# COMENTARIO
## DEL NUEVO TESTAMENTO
### JUAN Y HECHOS

tomo 2

L. BONNET Y A. SCHROEDER

# COMENTARIO
## DEL
# NUEVO TESTAMENTO

---

## II. JUAN Y HECHOS

INDICE

El Evangelio de Juan ........ 5
Los Hechos de los Apóstoles ........ 377

# COMENTARIO

DEL

# NUEVO TESTAMENTO

POR

LUIS BONNET y ALFREDO SCHROEDER

(TRADUCIDO DEL FRANCES)

---

VOL. II.

## JUAN Y HECHOS



CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

*Agencias de Distribución*

**ARGENTINA:**
Casilla 48, Suc. 3, Buenos Aires
**COLOMBIA:**
Apartado Aéreo 15333, Bogotá
**COSTA RICA:**
Apartado 1883, San José
**CHILE:**
Casilla 1253, Santiago
**ECUADOR:**
Casilla 2166, Quito
**ESPAÑA:**
Arimón 22,
Barcelona-6
**ESTADOS UNIDOS:**
Apartado 4255, El Paso, Texas 79914
**GUATEMALA:**
Apartado 1135, Guatemala
**HONDURAS:**
Apartado 279, Tegucigalpa
**MEXICO:**
Vizcaínas No. 16, México 1, D. F.
**PARAGUAY:**
Casilla 1171, Asunción
**PERU:**
Apartado 2562, Lima
**REPUBLICA DOMINICANA:**
Apartado 880, Santo Domingo
**URUGUAY:**
Casilla 2214, Montevideo
**VENEZUELA:**
Apartado 152, Valencia

Primera edición de C.B.P.: 1970
Clasifíquese: Comentarios - N. T. - DL
C.B.P. Art. No.: 03051
2.5 M 12 70

# INTRODUCCION

## I

## EL APÓSTOL JUAN

El cuarto evangelio ha ejercido en todo tiempo, la influencia más profunda en la iglesia cristiana; es pues natural que aquel de los discípulos de Jesús a quien se atribuye, sea para ella objeto del más vivo interés. Tracemos primeramente la biografía de Juan, reuniendo los datos del nuevo testamento, y utilizando, para los últimos tiempos de la vida del apóstol, las tradiciones recogidas por los escritores eclesiásticos de los primeros siglos.

En los días en que iba Jesús a entrar en su ministerio, había sobre las márgenes entonces fértiles y alegres del lago de Genezaret, probablemente en Betsaida (Luc. 5:10; comp. Juan 1:44), una familia de pescadores de la cual cuatro miembros nos son conocidos: el padre, que se llamaba Zebedeo (Mat. 4:21; Mar. 1:19, 20); la madre, que tenía por nombre Salomé (Mat. 27:56; comp. Mar. 15:40 y 16:1); y dos hijos, Jacobo, el primero de los apóstoles que sufrió el martirio, y Juan, nuestro evangelista. Zebedeo empleaba obreros (Mar. 1:20). Practicaba pues al por mayor la industria, entonces muy lucrativa, de la pesca. Se puede inferir que su familia vivía con cierto desahogo. Salomé, en efecto, es mencionada en ese grupo de mujeres piadosas que, desde Galilea, siguieron a Jesús y a sus discípulos en sus viajes ayudándoles con sus bienes. (Mat. 27:56; comp. Luc. 8:3). Según una variante que presenta nuestro evangelio, y que varios críticos admiten (19:25, véase la nota), Salomé habría sido hermana de María, madre de Jesús, de quien Juan habría sido así primo hermano. Pero si tal parentesco hubiera existido entre el maestro y el discípulo, otras huellas de ello se hallarían en el nuevo testamento. No era necesario que Salomé fuera la tía de Jesús para que diera, no solamente sus bienes, sino su corazón y su vida al profeta en quien había reconocido el Libertador prometido a su pueblo. Y

desde entonces la hallamos, con sus piadosas compañeras, en la sociedad de Jesús, hasta el pie de la cruz (Mat. 27:56) y junto a su tumba adonde ella también llevaba aromas, cuando él había ya roto los lazos de la muerte. (Mar. 16:1). Ese santo entusiasmo con que siguió al Salvador fué magníficamente recompensado, puesto que tuvo la dicha de ver a sus dos hijos llamados al apostolado. Aun llevó un día su ambición maternal, poco iluminada todavía, hasta desear verlos ocupar el primer lugar junto al Señor en su reino. (Mat. 20:20 y sig.)

Con razón pues pone Neander a nuestro evangelista en el número de los hombres eminentes que debieron a una madre piadosa las primeras inspiraciones de su vida religiosa. No hay duda de que Salomé educó sus hijos en la piedad de una verdadera israelita, y procuró despertar en sus corazones las santas esperanzas mesiánicas de que se nutrían entonces tantas almas que, como Simeón, "esperaban la consolación de Israel".

Por eso, en cuanto se hizo oír la voz del Precursor sobre las márgenes del Jordán, los dos hermanos, así como algunos de sus amigos de Galilea, se apresuraron a ir a escuchar su poderosa predicación; se sometieron a su bautismo, que fué sin duda para ellos la señal de un verdadero arrepentimiento. ¡Mas cuál no fué su asombro al oír a Juan el Bautista mismo dirigirlos a otro profeta, al que contemplaba entonces con veneración profunda, y al que llamaba: "¡El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!"

"Ese mismo día, dos de sus discípulos empezaron a seguir a Jesús en silencio y tímidamente. Y habiéndose vuelto Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabbí ¿dónde moras? Él les dijo: Venid y veréis. Fueron pues, y vieron dónde moraba, y quedaron con él ese día. Y era cerca de la hora décima. (Juan 1:35-40). Uno de esos dos discípulos era Andrés, hermano de Simón Pedro. ¿Y el otro? Precisamente el que nos ha dejado este relato tan exacto y tan modesto, el que nombra a uno de los dos discípulos, mientras guarda silencio sobre su propio nombre, Juan, hijo de Zebedeo." *Lücke.*

Tal fué el primer encuentro de Juan con su Maestro. Se ve en cada detalle del relato la imborrable impresión que recibió. Medio siglo más tarde puede indicar aún el día y la hora.

Inmediatamente después, los discípulos volvieron con Jesús a Galilea y fueron, en las bodas de Caná, testigos de su primer milagro: Jesús les manifestó su gloria, y "creyeron en él". (Juan



2:11). Después de ese suceso, parecen sin embargo haber vuelto por algún tiempo a su familia y reanudado su oficio de pescadores. Pero pronto Jesús, que había cambiado su domicilio de Nazaret a Capernaúm (Juan 2:12; Mat. 4:13), y quería empezar su ministerio, los llamó a seguirle permanentemente. Los evangelistas observan especialmente que Jacobo y Juan debieron no sólo abandonar su vocación, sino dejar a Zebedeo, su padre. (Mat. 4:22; Mar. 1:20.) Jesús, en efecto, los llevó primeramente a Jerusalén y a la tierra de Judea, donde trabajaron bajo su dirección durante nueve meses aproximadamente. (Juan 3:22 a 4:3; comp. 4:35). Luego su maestro los volvió a llevar a Galilea para emprender allí el trabajo intenso y fecundo cuyos principales episodios han conservado los sinópticos. Gran número de discípulos se agruparon pronto alrededor del nuevo profeta y empezaron a seguirle de lugar en lugar. Jesús escogió entre ellos los doce apóstoles. Los nombres de ambos hermanos Jacobo y Juan figuran entre los primeros en las listas de los doce. (Mat. 10:2; Mar. 3:16; Luc. 6:14; Actos 1:13). Los relatos de los evangelios nos muestran igualmente a Jacobo y a Juan ocupando con Pedro un lugar privilegiado en el círculo de los discípulos. En los momentos graves de su vida, en que deseaba rodearse de los discípulos más capaces de comprenderle, escogía Jesús a Pedro, a Jacobo y a Juan: así, cuando iba a volver a la vida la hija de Jairo (Mar. 5:37), en el momento de su transfiguración (Mat. 17:1), durante las escenas misteriosas de Getsemaní. (Mat. 26:37). Fué también a Pedro y a Juan a quienes confió Jesús la misión de preparar la pascua. (Luc. 22:8).

Erróneamente pues se ha pretendido que los evangelios sinópticos no atribuyen al apóstol Juan el papel eminente que desempeña en el cuarto evangelio. Pero es verdad que en nuestro evangelio la predilección de Jesús por este discípulo se delínea con rasgos más íntimos y más patéticos que en los sinópticos. En el momento supremo de la vida del Salvador, en la noche de sus padecimientos, cuando pronunciaba sus discursos de adiós, cuando dejaba en recuerdo a su iglesia los símbolos de su cuerpo roto, de su sangre derramada por ella, Juan ocupaba el lugar inmediato a él, reclinado sobre su seno; y la iglesia griega de los primeros siglos recordaba esa escena emocionante con el sobrenombre que daba a Juan: *Epistéthios*, "colocado sobre el seno". Cuando los discípulos, en esa misma noche, vieron a su Maestro prendido y atado como un malhechor, huyeron; Juan le siguió al atrio del sumo sacerdote. Helo

ahí aun al pie de la cruz, donde sostiene con su presencia a María, cuya alma una espada traspasaba. Por eso a él y a ningún otro confía Jesús su madre. Cuando se divulgó entre los discípulos el rumor de que se había visto vacía la tumba, fué Juan el primero en acudir, el primero también en creer que el Salvador había resucitado. (Juan 20:8). Después de su resurrección, Jesús se muestra en las márgenes del lago de Tiberias a los discípulos, que no le reconocen; Juan, cuya mirada es aguzada por el amor, les dice con emoción: *¡Es el Señor!* Luego después, las últimas palabras de Jesús conciernen todavía a este discípulo y le anuncian un largo porvenir en la iglesia. (21:22).

Lo que todos esos detalles descubren es el amor, el ardiente amor del discípulo hacia su Maestro. No es pues extraño que Juan fuese *el discípulo a quien Jesús amaba* (20:2; 21:7), y que él mismo, evitando nombrarse, se designe así con tanta dicha como modestia. Por eso en vano se ha tentado aplicar esta designación a otro discípulo, como lo estableceremos más adelante.

Pero, se dice, hay diversos rasgos de la conducta de Juan, en los sinópticos, que no podrían concordar con el carácter que el cuarto evangelio atribuye al discípulo "a quien Jesús amaba" y que debió ser el del autor de este evangelio. ¿No era él quien, un día, con celo intolerante, impedía a un hombre exorcizar poseídos, porque no seguía a Jesús con él (Mar. 9:38); quien proponía a su Maestro hacer bajar fuego del cielo sobre gentes que le habían negado alojamiento (Luc. 9:54), cuya ambición aspiraba al primer lugar junto al Señor en su reino? (Mar. 10:35). No se ha dejado de invocar esos hechos para negar que el apóstol Juan pudiera ser el discípulo "a quien Jesús amaba". Esta conclusión precipitada es, por dos razones, contraria a una sana psicología.

1º Para no hablar primeramente sino del hombre natural, ¿no es cosa sabida que las almas capaces de potente afecto lo son también de fuerte odio? Bien: cada uno de los incidentes invocados revela, con un celo aún carnal y ciego, ardiente amor hacia Jesús. La figura tradicional de San Juan, toda hecha de mansedumbre, de sensibilidad, de benevolencia fácil y siempre igual, de amable debilidad, figura algo afeminada que excluiría la energía moral y la vigorosa resistencia al mal, es contraria a los datos mismos del cuarto evangelio: cuanto más íntima era el alma del discípulo a quien Jesús amaba; cuanto más profundamente concentrada y meditabunda, tanto mejor abarcaba con exclusiva potencia, el objeto de su amor. "Juan era, dice con razón Ebrard, lo que los franceses llaman un hombre *entero;* no tenía en grado alguno el sentimiento de lo relativo, no fué jamás hombre de conciliación o de justo medio." Ved como se mueve su pensamiento entre los más absolutos contrastes: la *verdad* o la *mentira,* la *luz* o las *tinieblas,* el *amor* o el *odio,* la *vida* o la *muerte*: estas antítesis son características del estilo del apóstol. Ningún escritor del nuevo testamento es más riguroso en la aplicación de la verdad divina al hombre pecador: "El que no cree ya está condenado." "Quien desobedece al Hijo, la ira de Dios permanece sobre él." "El que hace el pecado es del diablo." "Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa ni le saludéis." (Véase más adelante la anécdota relativa a Cerinto.) ¿No conviene por completo ese lenguaje al apóstol de Jesús cuyo retrato nos dan los sinópticos?



2º Pero se insiste: el discípulo de Jesús, de ideas judías, fanáticas y estrechas (Mar. 9:38; Luc. 9:54), no podría haber compuesto el cuarto evangelio, este escrito en que se expresan un universalismo libre de toda idea particularista, al mismo tiempo que el espiritualismo más puro. Habría debido soportar una transformación y pasar por un desarrollo para los cuales la vida de un solo hombre, aun prolongada hasta sus últimos límites, no presenta una duración suficiente. La identidad de ambos personajes es pues inadmisible. Tal vez, a los ojos de una teología para la cual no hay ni conversión, ni regeneración verdadera del alma humana. No cree que Juan haya podido ser renovado, santificado, por más de dos años de trato diario e íntimo con Jesús y sobre todo por la efusión del Espíritu de Dios. Pero será necesario que niegue también que Saulo de Tarso haya podido tornarse en Pablo, pues el autor de la epístola a los Gálatas está más lejos aun del fariseo perseguidor que el autor del cuarto evangelio lo está del Juan de los sinópticos.

Es pues cierto que Juan es el discípulo cuya alma ha reflejado con mayor intensidad y profundidad el amor de Jesús. Este amor había penetrado enteramente su poderosa naturaleza, y se mostraba en ella excluyendo todo lo que se le oponía. Llamando al apostolado a Juan y a su hermano, Jesús les puso el sobrenombre de Boanerges, hijos del trueno, por alusión, sin duda, a su carácter apasionado. Ese carácter natural, renovado y purificado por la gracia divina, es también el del autor de las epístolas y del evangelio atribuídos a Juan. (Mar. 3:17).

Después de la ascensión del Salvador y de la efusión del Espíritu Santo sobre su iglesia, Juan quedó en Jerusalén y tomó parte,

al lado de Pedro, en los trabajos apostólicos (Actos 3:1) y en la defensa de la verdad ante las autoridades. (Actos 4:1, 13, 19) Cuando más tarde, por efecto de las persecuciones, se esparció el evangelio por Samaria, Pedro y Juan fueron enviados allá por los demás apóstoles para confirmar en la fe a esos nuevos cristianos, y después de ello volvieron a Jerusalén. (Actos 8:14, 25). Juan se hallaba aún allí en ocasión del concilio apostólico, que tuvo lugar por el año 50. (Act. 15; Gál. 2:9). Se impone en qué época precisa dejó la capital de Judea, esa sede venerada de la iglesia primitiva. Es probable que ya no se hallara allí a la llegada de Pablo en 58 (Act. 21:17). No se sabe adónde se trasladó primeramente, pero el testimonio unánime de la antigua iglesia nos le muestra ejerciendo en la segunda mitad del siglo apostólico un largo ministerio en Asia Menor, especialmente en Éfeso.

Esas regiones adonde el apóstol Pablo y sus colaboradores habían llevado el evangelio y fundado numerosas iglesias, llegaron a ser, antes de terminar el primer siglo, el centro principal de la iglesia cristiana. Pablo las había dejado en 58 (Act. 20); volvió en rápida visita en 65 (1 Tim. 1:3). Era natural que, durante su ausencia y después de su muerte, otros apóstoles llevasen su actividad hacia esa región, donde, al lado de un admirable florecimiento de vida cristiana, nacían perniciosas herejías. (Act. 20:29). Para atajar el peligro y confirmarlos frente a las persecuciones, Pedro dirigió una epístola a los cristianos de Asia Menor. (1 Pedro 1:1). Pero fué Juan principalmente quien, durante largos años, ejerció en esa parte del mundo cristiano una profunda influencia. La antigüedad unánime lo atestigua. Ireneo, presbítero de la iglesia de Lión por el año 177, que había pasado su juventud en Asia Menor y había sido discípulo de Policarpo, habla con frecuencia del ministerio de Juan en Asia como de un hecho conocido de todo el mundo. "Todos los ancianos (o presbíteros) que se han hallado en Asia con Juan, el discípulo del Señor, dan testimonio de que él les ha trasmitido estas cosas, pues ha vivido con ellos hasta los tiempos de Trajano." (*Contra las Herej.*, II, 22, 5; Eusebio, *Hist. ecles.*, III, 23 etc.) "Luego, dice también Ireneo (luego, es decir después de los tres primeros evangelistas), Juan, el discípulo del Señor, el que había reposado en su seno, publicó también el evangelio, cuando residía en Éfeso, en Asia." (Obra citada, III, 1, 2; Eus., V, 8.) El testimonio de Ireneo hace superfluos los de Clemente de Alejandría, Tertuliano, Orígenes y otros, que podríamos citar. Eusebio nos ha conservado un documento oficial, una carta escrita por el año 190, en nombre de sus colegas de Asia, por



Polícrato, obispo de Éfeso, al obispo de Roma, Víctor, y relativa a la disidencia que existía entre las iglesias de Oriente y de Occidente acerca del día en que se debía celebrar la pascua. Polícrato apoya su opinión en la autoridad de los cristianos ilustres que habían vivido en Asia, y se expresa así: "En Asia han dormido hombres que han sido grandes luminares, que resucitarán en el día de la aparición del Señor, cuando venga en la gloria y resucite a todos los santos: Felipe, uno de los doce apóstoles..., y Juan, que ha reposado en el seno del Señor, que fué sacerdote y llevó la lámina de oro, testigo de la fe y doctor: éste duerme enterrado en Éfeso." (Eusebio, *Hist. ecles.* V, 24).

¿Pero para qué acumular pruebas de la estancia de Juan en Éfeso, puesto que este hecho era de notoriedad universal en la antigüedad cristiana? Porque toda esta parte de la vida de nuestro apóstol es puesta en duda por ciertos críticos modernos. Pretenden que Juan jamás vivió en Éfeso y que la tradición que afirma el ministerio y la muerte de nuestro apóstol en Asia Menor descansa en una confusión, hecha por Ireneo principalmente, entre el hijo de Zebedeo y otro Juan, apellidado el Presbítero, al que Papías menciona y distingue cuidadosamente del primero. Bien que la naturaleza de esta obra no permita discusiones de pura crítica histórica, en las que se necesita poder citar los textos en la lengua original, nos vemos obligados a exponer la cuestión circunstanciadamente porque es, en la actualidad, el nudo de todo el problema de la autenticidad del cuarto evangelio. Este evangelio apareció en Asia Menor en la época de Trajano. *M. Harnack* en un libro reciente (1), fruto de inmensos trabajos sobre la época obscura de los dos primeros siglos, ha suministrado la prueba perentoria de ello; fija el año 110 como fecha extrema de esta aparición, y agrega que se podría hacerla remontar a los últimos años del primer siglo (2). Si está uno obligado a asignar esta fecha a la composición del evangelio, no es posible rehusarse a admitir su autenticidad sino negando la tradición según la cual el apóstol Juan residió en Asia hasta los tiempos de Trajano. Bien: M. Harnack declara que nuestro evangelio no ha podido ser compuesto por el apóstol Juan: es a sus ojos "la consecuencia irrefragable de su contenido (3)". Se ve pues, obligado a intentar probar la falsedad

---

(1) *Die Chronologie der altchristlichen Literatur*, t. I, 1897.
(2) Obra citada, p. 658, 659.
(3) Obra citada, p. 680

de la tradición relativa a la estada de Juan en Asia Menor. Otros antes que él habían intentado esa demostración. *Keim* se había apoyado en un fragmento entonces recientemente descubierto de la crónica de un monje griego del siglo IX, Jorge Hamartolós, que decía haber leído en el libro de Papías que Juan, lo mismo que Jacobo, había sido matado por los judíos. Es verdad que Papías decía haber sido testigo del martirio del apóstol y colocaba la escena en Éfeso. Pero esos detalles no eran suficientes para poner en aprietos a Keim; infería, con cierta osadía, que Juan no había podido morir en Éfeso, puesto que había sido "matado por los judíos". ¡Papías pues, testificaba a pesar suyo, que el apóstol había muerto en Judea! Se ha hallado recientemente, la misma cita de Papías en un escritor del siglo V; su autenticidad es confirmada, pero no resulta de modo alguno que Juan el apóstol no haya muerto en Asia Menor; su muerte puede haber sido causada por judíos en Éfeso lo mismo que en Jerusalén. (Comp. Actos 19:33). En Éfeso tuvo lugar, según dice Papías; y por otra parte, ¿cómo habría sido el obispo de Hierápolis testigo de un crimen realizado en Judea? Pero ¿debemos admitir sobre el testimonio de Papías que Juan pereció de muerte violenta, contrariamente a la tradición general? M. Godet se inclina a creer que alguna persecución suscitada por los judíos en Éfeso, o algún accidente de que ellos fueron causa, apresuró el fin del viejo apóstol, que se calificó ese fin de martirio, de tanta mejor gana cuanto que, según la palabra de Jesús (Mat. 20:22; Mar. 10:38, 39), citada por el monje Jorge, tal fin parecía haberle sido predicho. Así se habría formado la tradición divergente, de la que hallamos un eco en la cita de Papías [1]. M. Harnack rechaza completamente ese testimonio de Papías; halla imposible mantenerlo en presencia del relato de Juan 21, que opone la suerte de Juan a la de Pedro, y atestigua por consiguiente que Juan murió de muerte natural. Piensa que el texto de la cita ha sido alterado y renuncia a invocarlo como una prueba de su tesis de que Juan no vivió en Asia Menor [2]. Funda esta tesis en primer lugar en el célebre preámbulo del libro de Papías, que nos ha sido conservado por Eusebio (*Hist. ecles.*, III, 39.) Éste lo cita para refutar la aserción de Ireneo de que Papías fué "oyente de Juan". El sentido preciso de este trozo capital ha sido objeto de interminables discusiones. Traducimos literalmente los

(1) F. Godet, *Introducción al Nuevo Testamento*, t. II, 1897, p. 16-20.
(2) Harnack, obra citada, p. 666.



principales pasajes: "No diferiré en agregar también para ti a mis explicaciones todo lo que bien aprendí en otro tiempo de los ancianos y bien retuve, certificando la verdad respecto de estas cosas... Y si a veces también llegaba alguno (a mi casa) que había acompañado a los ancianos, yo me informaba de las palabras de los ancianos: ¿Qué ha dicho Andrés, o Pedro, o Felipe o Tomás, o Jacobo, o Juan, o Mateo, o tal otro de los discípulos del Señor? ¿Y qué dicen Aristión y el presbítero Juan, los discípulos del Señor? Pues yo no creía que lo que provenía de los libros pudiera serme tan útil como lo que viene de la palabra viva y permanente." Con M. Luthardt, B. Weiss, Beyschlag [1], Godet [2], estimamos que "los ancianos" de quienes Papías había "aprendido en otro tiempo", eran los hombres de la primera generación cristiana. Papías, aun si no nació antes del año 80 (Harnack, obra citada, p. 356-358), pudo conocer a algunos de éstos, y especialmente, entre los apóstoles, a Juan, si éste vivió en Asia hasta la época de Trajano. Sin duda, no resulta de este pasaje que Papías fuese "oyente de Juan", y en esto tiene Eusebio razón, pero esta relación personal no es excluída por las expresiones empleadas. El término de "ancianos" debe ser entendido en el sentido de discípulos de la primera hora (Act. 21:16), y no en el de presbíteros de las iglesias de Asia, como lo quiere M. Harnack (obra cit., p. 660), pues éstos no eran necesariamente discípulos directos del Señor. Bien: la continuación del pasaje, en que Papías les opone "los que habían acompañado a los ancianos", muestra que esos "ancianos" eran los testigos inmediatos de la vida de Cristo y especialmente los apóstoles; este término de ancianos no puede ser tomado en dos acepciones diferentes con algunas líneas de intervalo [3]. A esos datos de primera mano, declara Papías haber añadido los que podía obtener de las personas que habían tratado con los testigos oculares ,"los discípulos del Señor", como él los llama. Los divide en dos clases: la primera no comprende más que apóstoles y entre ellos Juan; la segunda dos hombres: Aristión y Juan el presbítero. La mención de este último, dice M. Harnack, hace extremadamente dudoso el ministerio del Apóstol Juan en Asia Menor. La suposición de que dos Juanes, ambos "discípulos del Señor", hubieran ejercido su actividad en Asia casi en la misma época, es poco verosímil. Papías sólo conoce a Juan el presbítero. Los padres de fines

(1) Beyschlag, *Studien und Kritiken*, 1898, I, p. 100 y sig.
(2) F. Godet, obra citada, II, p. 24-28.
(3) F. Godet, obra citada, p. 26; Beyschlag, art. citado, p. 101,

del siglo II no mencionan más que a Juan el apóstol. Sólo en el siglo III aparece la leyenda de los dos Juanes, que resulta de la fusión de las dos precedentes tradiciones. Bien: nadie admitirá que Juan el apóstol haya sido transformado en Juan el presbítero. Lo contrario es más verosímil. Si los dos, pues, no vivieron simultáneamente en Asia, el presbítero sólo ejerció allí su ministerio, y a él remontan los escritos que llevan el nombre de Juan (1).

A esta argumentación del sabio crítico se puede responder que, aun si fuera necesario optar entre ambos Juanes, no resultaría necesariamente que es el presbítero el que vivió en Éfeso. Papías no dice haberle conocido personalmente. "Se informa de lo que dice". Y aun si había recibido de él "tradiciones" (Eus., III, 39, 14), eso no implica que Juan residiera en Asia Menor. M. Schlatter supone en efecto que esas "tradiciones" eran escritas, e identifica a Juan el presbítero con un Juan que figura en la lista de los obispos de Jerusalén (Eusebio, IV, 5); habría vivido en esa ciudad y habría sido matado en ella por los judíos, mientras que su homónimo, el apóstol, ejercía su ministerio en Asia (2).

Pero se puede también decir que la coexistencia, o mejor la presencia sucesiva en Éfeso de Juan el apóstol y de Juan el presbítero no tiene nada de inadmisible. M. Harnack mismo, explica el epíteto de "presbítero", añadido al nombre del uno, por el deseo de distinguirlo del otro. Pero ¿habríase sentido la necesidad de distinguirlos, si no hubieran habitado la misma región? Explica el pasaje 19:35, y el papel eminente que desempeña en el evangelio el discípulo "a quien Jesús amaba", por relaciones íntimas que unían al apóstol con el redactor del evangelio. (Obra cit., p. 677.) ¿Pero no suponen tales relaciones que ambos hombres han vivido juntos durante largo tiempo? Por último, se puede oponer a las conclusiones de M. Harnack un argumento decisivo, sacado del texto mismo de Papías. Éste escribe que se informaba de lo que Andrés, Pedro, etc., *han dicho*, y de lo que *dicen* Aristión y el presbítero Juan. De este verbo en presente opuesto a un verbo en pretérito resulta que los dos últimos personajes vivían aún en el momento en que Papías escribía, es decir, según M. Harnack, entre 145 y 160, o por lo menos en la época en que estaba establecido como obispo en Hierápolis (es decir, si había nacido después del año 80, no antes del 120) y en que tomaba informaciones de los

(1) Harnack, obra citada, p. 674.
(2) Schlatter, *Die Kirche Jerusalems vom Jahre 70 bis 130*, 1898, p. 40 y sig.



que llegaban a su casa. Pero si Juan el presbítero vivía aún entre 120 y 140, no podría ser identificado con el Juan que Ireneo nos presenta como "residiendo en Éfeso hasta la época de Trajano" (98) y muriendo entonces a edad muy avanzada (1). No se puede atribuir importancia decisiva al hecho de que Papías califica al presbítero Juan de "discípulo del Señor". Este término debe ser tomado en el sentido amplio. M. Weizsäcker hasta sospecha que Papías ha cometido, aplicándolo a Juan el presbítero, un error tanto más explicable cuanto que no le conocía personalmente. La mención de Juan el presbítero parece al eminente crítico "un clavo demasiado débil para suspender de él toda la tradición johánica" (2).

Este juicio parecerá absolutamente fundado, si se considera que, para substituir Juan el presbítero al apóstol Juan, hay que rechazar el importante testimonio de Ireneo e imputar a este padre un error verdaderamente increíble. M. Harnack (3) se empeña en mostrar que Ireneo, habiendo dejado muy joven el Asia Menor, no había podido llevar de ella sino datos poco numerosos y vagos, y que, en todos los pasajes de su grande obra en que invoca el testimonio de los "ancianos", cita textualmente el escrito de Papías de quien no es más que un eco. Pero resulta más bien del examen imparcial de los textos que Ireneo añade el testimonio de Papías a las noticias que él tenía directamente de los ancianos (4). M. Harnack debe sin embargo conceder que Ireneo tuvo relaciones personales con Policarpo. En una carta a Florino, su antiguo condiscípulo caído en los errores gnósticos, escribe (Eusebio, V, 20): "Yo te he visto, cuando eras aún niño, en el Asia inferior, junto a Policarpo... y podría aún mostrarte el lugar en que él estaba sentado cuando enseñaba y relataba sus relaciones con Juan y con los otros que han visto al Señor..." Para desembarazarse de este testimonio preciso y molesto, M. Harnack queda reducido a suponer que, mientras Policarpo hablaba de Juan el presbítero, Ireneo creía que se trataba de Juan el apóstol. Bien que los escritos de Ireneo contienen noticias erróneas y afirmaciones extrañas, no estamos sin embargo autorizados a atribuirle una equivocación tan grosera. Esa explicación tiene todo el aspecto de un expediente.

Hay una solución mucho más natural; es admitir que el apóstol Juan y el presbítero Juan vivieron en Éfeso simultáneamente,

(1) Beyschlag, art. cit., p. 94.
(2) Weizsäcker, *Das Apostolische Zeitalter*, 1886, p. 499.
(3) Obra cit., p. 338-340, 656 y sig.
(4) Beyschlag, art. cit., p. 89.

o más bien sucesivamente, pues resulta de los datos de Papías, que el presbítero era mucho más joven que el apóstol. Esta conclusión es confirmada por un pasaje de las *Constituciones apostólicas* (VII, 46) (1), según el cual Juan, el evangelista, estableció como obispo, (es decir presbítero) en Éfeso a otro Juan. Las objeciones contra el ministerio del apóstol en Éfeso, que se sacan, ya del silencio de Ignacio en su *Carta a los Efesios*, ya de la oposición que los Alogos (adversarios del *Logos*) hicieron por el año 165 al cuarto evangelio, no son probatorias. Si Ignacio habla de Pablo solo, sin mencionar a Juan, es porque la analogía entre el último paso de Pablo por Éfeso y el suyo propio, ambos trasladándose a Roma para sufrir allí el martirio, le lleva naturalmente a evocar el recuerdo de este apóstol. Parece aun hacer alusión a Juan, cuando dice que los Efesios "*siempre* han estado reunidos con *los apóstoles* en el poder de Jesús". En cuanto a la oposición de los Alogos, por sí sola no podría prevalecer contra el testimonio unánime de los padres. Hay que añadir la prueba suministrada por la existencia del Apocalipsis: este libro apareció seguramente en Asia Menor; Justino Mártir ya, que había habitado en Éfeso por el año 135 (2), lo atribuye al apóstol Juan; bien: no habría podido emitir una opinión semejante, si el apóstol no hubiera habitado jamás esa región.

Concluyamos. La estada de Juan en Éfeso es un hecho que resiste todos los ataques de la crítica más penetrante, y que debe ser considerado como demostrado, por lo menos en la medida en que los acontecimientos de esa época tan obscura son susceptibles de demostración.

Y ahora reanudemos el relato de la vida del apóstol. No tardó en asumir el papel de director y obispo de las numerosas y florecientes comunidades de que estaba sembrada la provincia de Asia. "Visitaba las iglesias, dice Clemente de Alejandría, establecía obispos, arreglaba los asuntos." Con esta actividad pastoral tiene conexión la composición del *Apocalipsis* que acabamos de nombrar. Este escrito empieza en efecto por epístolas dirigidas a siete de las iglesias de Asia. Dejamos para la Introducción de ese libro las cuestiones relativas a su autenticidad y a su fecha.

Los padres nos han conservado del ministerio de Juan en Asia diversos incidentes interesantes y propios para caracterizar al

(1) Citado por M. Beyschlag, p. 92.
(2) Harnack, obra cit., p. 284.



apóstol. Ireneo (*Contra las Herejías*, III, 3) cuenta, sobre el testimonio de Policarpo, discípulo de Juan, que un día éste había entrado en una casa de baños en Éfeso, y habiendo percibido a Cerinto que se hallaba allí, salió presto y dijo a los que le rodeaban: "Huyamos, no sea que se desplome la casa en que se halla Cerinto, el enemigo de la verdad." Eusebio relata dos veces esta anécdota (*Hist. ecles.*, III, 28 y IV, 14), que hace remontar también por Ireneo a Policarpo. El incidente está completamente en armonía con el carácter del discípulo que, en su juventud, prohibía a un hombre expulsar los demonios, porque no seguía a Jesús. Y lo que Juan mismo practicaba, lo prescribía a los demás. (2 Juan 10, 11).

Clemente de Alejandría, en su libro: *¿Qué rico puede ser salvado?* (cap. 42) y, siguiéndole, Eusebio (III, 23) relatan un ejemplo conmovedor de la fidelidad y del amor con que desempeñaba Juan los deberes de su apostolado. "Cuando este apóstol, después de la muerte del tirano, hubo vuelto de la isla de Patmos a Éfeso, fué llamado a las regiones vecinas para establecer obispos, ordenar la disciplina de las iglesias y hacer entrar en el clero a los que le fueran designados por el Espíritu Santo. Fué a una ciudad no lejos de Éfeso, cuyo nombre aun indican algunos; después de haber exhortado a los hermanos, percibió en la asamblea un joven de buena talla, de rostro agradable y dotado de un alma ardiente. "Te recomiendo este joven con todo mi poder, dijo al obispo; tomo por testigos a Cristo y a la iglesia." El obispo recibió al joven discípulo en su casa, le instruyó, le vigiló y por fin le administró el bautismo. Después, puso menos celo en sus cuidados y su vigilancia, estimando que el sello del Señor que le había imprimido era una perfecta salvaguardia.

"Pero el joven, suelto demasiado pronto, se dejó corromper por camaradas ociosos, desviados y acostumbrados al mal, quienes le arrastraron primeramente a numerosos y suntuosos festines, y acabaron por asociarlo a sus expediciones nocturnas para asaltar a los transeúntes, y a otros crímenes mayores aún. Pronto habituado al mal, el joven, arrastrado por el ardor de su naturaleza, semejante a un caballo sin freno que se lanza fuera de su camino, se arrojaba más hondo cada vez en el abismo. Desesperando de la gracia de Dios, se hizo audaz en el mal y, puesto que debía ser perdido, quería por lo menos en esa vida criminal hacer algo grande. Reunió a sus compañeros y formó con ellos una banda de ladrones de los cuales se hizo jefe, sobrepujando a todos ellos en crueldad y violencia.

"Algún tiempo después Juan, llamado por nuevos deberes, volvió a aquella ciudad, y habiendo terminado lo que tenía que hacer, se dirigió al obispo: "Y bien, le dijo, restituye el depósito que el Señor y yo mismo te hemos confiado en presencia de la iglesia." El obispo, espantado, pensaba que se trataba de una suma de dinero a él confiada. "No, dijo el apóstol, sino el joven, el alma de tu hermano, hé ahí lo que reclamo de ti." Entonces el anciano, suspirando profundamente, respondió bañado en lágrimas: "¡Ha muerto!" —"¡Muerto!, exclamó el apóstol. ¿Y de qué muerte?" —"Ha muerto a Dios, respondió el obispo; se ha pervertido, se ha perdido; en dos palabras: se ha hecho un bandido, y ahora, en lugar de pertenecer a la iglesia, ocupa la montaña con la banda de sus asociados." Al oír estas palabras, el apóstol desgarra sus vestiduras, se hiere la cabeza y se lamenta en alta voz: "¡Oh! a qué guardián he confiado, pues, el alma de mi hermano? ¡Tráigaseme al instante un caballo y un guía!" Y tal como estaba, deja en el acto la iglesia. Llegado a la región donde están los bandidos, es detenido por sus centinelas, no procura ni escapar de ellos, ni aplacarlos. "Para esto he venido, dice: ¡conducidme ante vuestro jefe!" Este, enteramente armado, esperaba con arrogancia. Pero en cuanto conoció en ese forastero al apóstol Juan, huyó avergonzado. Juan, olvidando su edad, empezó a perseguirle, gritándole varias veces: "¿Por qué huyes de mí, hijo mío, de mí, tu padre, un anciano sin armas? Ten piedad de mí, hijo mío, no temas; hay aún para ti, esperanza de la vida eterna. Yo responderé de ti al Salvador. Yo moriré por ti, si es necesario, como el Señor ha muerto por nosotros; mi alma doy por la tuya, ¡Detente! ¡Cree! ¡Cristo me envía!

"Al oír estas palabras, el joven se detuvo bajando la cabeza. Luego arrojó lejos de sí sus armas y, temblando, lloró amargamente. Cuando el anciano se acercó a él, abrazó sus rodillas, implorando su perdón con gemidos y lágrimas que fueron para él un segundo bautismo. Sólo ocultaba su mano derecha. Pero el apóstol, constituyéndose fiador por él, le promete con juramento que obtendrá del Salvador su perdón. Se arroja por último a sus pies, le suplica, y besando esa mano que el joven retira, como ya purificada por el arrepentimiento, le conduce de nuevo a la iglesia. Y allí, intercediendo con abundantes oraciones, combatiendo con él con frecuentes ayunos, persuadiendo su espíritu por discursos varios, no se fué hasta que lo hubo devuelto a la iglesia, como un gran ejemplo de verdadero arrepentimiento y de esa regeneración que es un monumento de la resurrección que esperamos".



La tradición refiere otros incidentes todavía. Según Tertuliano, Juan habría sido sumergido en aceite hirviente sin recibir ningún mal. Al decir de Apolonio, escritor del segundo siglo, Juan resucitó un muerto en Éfeso. (Eus., V, 18). En fin, diversos textos apócrifos cuentan que nuestro apóstol habría bebido una copa de veneno sin ningún perjuicio para su salud. Se puede decir, con M. Luthardt, que aquí se pierde la historia en la leyenda.

Todos los testimonios de la antigüedad cristiana concuerdan en el hecho de que Juan alcanzó los últimos límites de la vida humana y vivió hasta la edad de cerca de cien años. Jerónimo cuenta que, muy avanzado en edad y demasiado débil para trasladarse a las asambleas, se hacía llevar a ellas por jóvenes discípulos, y que incapaz de pronunciar discursos prolongados, se contentaba con repetir: "Hijitos míos, amaos unos a otros." Extrañados de oír las mismas palabras salir siempre de esa boca en otro tiempo tan elocuente, algunos hermanos le preguntaron por qué las repetía así. Respondió: "Porque es el mandamiento del Señor, y, si es cumplido, todo es cumplido."

La larga vida del apóstol confirmaba a sus amigos en la opinión de que no vería la muerte. (21:23, nota). Sin embargo murió. En los *Actos de Juan*, atribuídos a Leucio Carino (por el año 160), se cuenta que un domingo, después del servicio divino, Juan se trasladó, en compañía de algunos discípulos íntimos, ante las puertas de la ciudad, y se hizo cavar una tumba profunda; depositó en ella sus vestidos exteriores para que le sirvieran de lecho; después de una última oración, descendió, se despidió de los hermanos presentes y dió el espíritu [1]. Sea lo que fuere de los detalles de este relato, confirma la muerte tranquila del apóstol. Un sucesor de Juan en la dirección de la iglesia de Éfeso, Policrato, atestigua que fué sepultado en Éfeso, y Eusebio cuenta que mucho tiempo después se veía aún allí su tumba. (*Hist. ecles.*, VII, 25.) Agustín dice sin embargo que todavía algunos de sus contemporáneos, persistiendo en la opinión de que el apóstol no estaba muerto, creían ver a cada respiración de su pecho moverse la tierra sobre su tumba. Así el corazón, ayudado por la imaginación, se sacia de quimera antes que renunciar a las ideas que le son queridas.

Tal fué el discípulo a quien Jesús amaba, en cuanto podemos describirle según los detalles esparcidos que de él nos han dejado

(1) Zahn, *Einleitung in das Neue Testament*, II 1899, p. 457. La misma leyenda es referida por Agustín, *Tratados sobre el Evangelio de Juan*, *CXXIV*.

el evangelio y la tradición. Las líneas siguientes de Meyer nos parecen resumirlos con felicidad y trazar un retrato fiel del apóstol de la caridad: "El amor era el rasgo fundamental de su ser, porque vivía por completo en la comunión más verdadera, la más profunda, la más viva de espíritu y de corazón con Jesucristo. Contemplativo, pero práctico; de un misticismo ideal y profundo, pero alejado de todo fanatismo; reflejando como un espejo puro la gloria del Hombre-Dios (1:14; 1 Juan 1:1); tierno y humilde, pero de apostólica energía; teniendo la gloria de ser, en el seno de las iglesias de Asia, el representante del sacerdocio espiritual y de la verdadera *gnosis* cristiana; habiéndose elevado del punto de vista del apostolado judío hasta el universalismo de un Pablo, pero a una altura tranquila y serena, por encima de las luchas y de los combates; último de los apóstoles y, gracias a su larga y rica experiencia, el intérprete más completo de la verdad y de la vida que aparecieron en Cristo; llevando todo el cristianismo a la persona del Salvador, Juan dejó su evangelio a la iglesia, que lo conservará como una herencia de paz, de unidad, de progreso, hasta que ella haya alcanzado su completo perfeccionamiento."

## II

## JUAN, AUTOR DEL CUARTO EVANGELIO

El hombre cuya biografía acabamos de delinear, ¿es en efecto el autor del cuarto de nuestros evangelios canónicos? Para responder a esta pregunta, examinaremos primeramente los datos suministrados por los escritores de los primeros siglos; consultaremos luego nuestro evangelio mismo.

A. *Pruebas externas.* Hemos dado a conocer ya algunos de los principales testimonios sobre los cuales reposa la autenticidad de nuestro evangelio, al discutir la cuestión conexa del ministerio de Juan en Éfeso (p. 12 y sig.). Nos contentaremos con enumerar brevemente los escritos de los padres en los cuales el evangelio de Juan es expresamente mencionado o que contienen palabras e incidentes tomados de este evangelio.

EUSEBIO, obispo de Cesárea, muerto en 338, nos ha dejado una *Historia eclesiástica* en diez libros, para cuya composición había despojado toda la literatura cristiana de los tres primeros siglos, y que es para nosotros la principal fuente de información sobre la iglesia de esos tiempos. Bien: Eusebio (*Hist. ecles.*, III, 24) coloca el evangelio de Juan entre los libros reconocidos de toda la iglesia (*Homologoúmenoi*) y que no encuentran "ninguna contradicción". Dice de este evangelio que es "conocido de todas las iglesias que están bajo el cielo", y declara que "además del evangelio, la primera epístola de Juan era reconocida como auténtica, lo mismo en su tiempo que por los antiguos". Citamos estas últimas palabras, porque afirmar la autenticidad de la epístola de Juan es afirmar por segunda vez la del evangelio, siendo estos dos libros evidentemente del mismo autor.

ORÍGENES (185-254), el hombre más sabio de su época quien, desde la edad de 18 años, enseñaba en la célebre escuela de Alejandría y fué el primer comentador de los escritos del Nuevo Testamento, cuyos manuscritos examinaba cuidadosamente, ha dejado un comentario sobre el evangelio de Juan, al que llama "las primicias de los evangelios". Distingue con cuidado nuestros evangelios canónicos de los evangelios apócrifos rechazados por la iglesia, y dice: "Estos cuatro solos son aprobados por la iglesia de Dios." (*Homilías sobre san Lucas.*) "Este testimonio no es el de un individuo", observa M. Luthardt, es el testimonio de la iglesia.

TERTULIANO (nacido por el año 160, muerto por el 230), hace, en sus escritos, tal uso del nuevo testamento, que un sabio alemán (Rönsch, en 1871) ha podido reconstruir sus libros según las citas de aquél. El evangelio de Juan ocupa el principal lugar en esa notable colección. El testimonio de Tertuliano representa la opinión de las iglesias de África; pero lo que hay que notar sobre todo, es que cita el nuevo testamento, y nuestro evangelio en particular, según una versión latina que él mismo designa como antigua.

EL CÁNON DE MURATORI (catálogo de los libros del nuevo testamento, del siglo II) indica el evangelio de Juan como el cuarto de nuestros evangelios, y por una referencia a 1 Juan 1:1, atribuye al autor la calidad de testigo ocular. (Comp. F. Godet, *Introd. al N. T.*, II, 1897, p. 96-111.)

TEÓFILO de Antioquía escribió un Comentario y una Armonía de los cuatro evangelios, hoy perdidos, pero conocidos por Jerónimo, quien nos habla de ellos. En un escrito de este mismo Teófilo, compuesto alrededor del 180, y que ha llegado hasta nosotros, el cuarto evangelio es citado y atribuído expresamente a Juan, como en el fragmento de Muratori (*ad Autolycum* II, 22): "Así es, dice Teófilo, cómo nos enseñan las santas escrituras y todos los hom-

bres inspirados, entre los cuales Juan dice: *Al principio era la Palabra*".

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, predecesor de Orígenes en la célebre escuela de esa ciudad a fines del segundo siglo, hacía remontar sus informaciones por medio de su maestro Pantænus hasta los sucesores de los apóstoles. (Eusebio, *Hist. ecles.*, VI, 13.) Contando el origen de nuestros evangelios, "tal como él lo había aprendido de los antiguos presbíteros", se expresa así: "Juan, el último, viendo que las cosas corporales habían sido referidas en los (tres primeros) evangelios, compuso, instado por sus amigos, y conducido por el Espíritu, el evangelio espiritual". (Eus., *Hist. ecles.*, VI, 14.) Estos dos últimos términos: *cosas corporales* y *evangelio espiritual*, se comprenden por el carácter respectivo de los sinópticos y de Juan.

Hemos citado ya (pág. 12), el testimonio de IRENEO, presbítero de Lión por el año 177, que había pasado su juventud en Asia Menor, y cuyas informaciones remontaban hasta Policarpo, discípulo éste del apóstol Juan. Eusebio (V, 8), reproduciendo las declaraciones de Ireneo relativas a los escritos del Nuevo Testamento, dice: "Menciona también la primera epístola de Juan y toma de ella diversos testimonios."

En la CARTA emocionante en que los cristianos de Lión y de Viena hacen conocer a sus hermanos de Asia y de Frigia la terrible persecución que tenían que sufrir bajo Marco Aurelio, se lee estas palabras: "así se cumple la palabra del Señor: El tiempo viene en que cualquiera que os matare creerá hacer servicio a Dios." (Juan 16:2.) Esta carta, que se puede leer en Eusebio (V, 1), contiene aún otras huellas de la influencia de nuestro evangelio, tales como la designación del Espíritu Santo por el nombre de *Paracleto*, y así nos prueba que este libro estaba ya en las manos de los cristianos de las Galias en 177.

Hemos citado (p. 13) una carta de POLICRATO, obispo de Éfeso en 190, en la cual se habrá notado estas palabras aplicadas a Juan: "El que ha reposado en el seno del Señor." Bien: eso es una reminiscencia evidente de nuestro evangelio, donde este recuerdo es mencionado dos veces.

TACIANO escribió, probablemente ya por el año 155 (1), una apología titulada *Discursos a los Griegos*, que nos ha sido conser-

(1) Harnack, obra cit., p. 284.



vada y en la que se hallan palabras que nos parecen tomadas de nuestro evangelio, tales como "Dios es espíritu." (4:24.) "La palabra es la luz de Dios." (1:5) "Todas las cosas han sido hechas por ella y sin ella nada ha sido hecho." (1:3.) Una de ellas es introducida por una fórmula que parece designarla como una cita de la escritura: "Y eso es lo que ha sido dicho: las tinieblas no han recibido la luz." Taciano había compuesto además una especie de Armonía de los evangelios, titulada el *Diatessaron*. La significación más probable de este término es: compuesto por medio de cuatro. Implicaría pues que el evangelio de Juan era añadido a los tres primeros para la composición de esa Armonía. Ese hecho ha sido puesto fuera de duda por descubrimientos recientes que han permitido reconstituir casi la obra de Taciano (1).

JUSTINO MÁRTIR, que habitó en Éfeso en 135 y fué muerto en Roma por el año 165, escribió sus dos *Apologías* y su *Diálogo* entre los años 150 y 160, obras que están llenas de nuestros evangelios. Menciona la costumbre de los cristianos de reunirse "en el día del sol" para leer juntos, con los escritos de los profetas, las *Memorias de los Apóstoles*, "las cuales, dice, son llamadas también *evangelios*." (*Apol.* 1:6): "Cristo ha dicho: Si no naciéreis de nuevo, no entraréis en el reino de los cielos." (Juan 3:3.) Y la prueba de que Justino ha querido ciertamente citar ese pasaje está en que recuerda al mismo tiempo las palabras características de Nicodemo: "Es evidente que todos los que han nacido una vez, no pueden volver a entrar en el seno de su madre y renacer." No solamente los escritos de Justino están llenos de expresiones tomadas del evangelio de Juan, sino que, como observa con razón de Pressensé en su *Vida de Jesús* (p. 226), "lo que importa más que citas, es el punto de vista dominante de Justino, su doctrina del Verbo, luz y vida del mundo, que es por completo tomada del cuarto evangelio." (Véase sobre el valor del testimonio de Justino: F. Godet, *Comentario sobre el evangelio de Juan*, 3ª edic., I, p. 248-261; *Introducción al N. T.*, II, p. 77-90; Harnack, obra cit., p. 673, 674.)

Con Justino hemos remontado los tiempos hasta la primera mitad del segundo siglo; por otros testigos nos acercamos más aún al último sobreviviente de los apóstoles, el autor del cuarto evangelio. Así, POLICARPO, obispo de Esmirna, mártir, el 23 de febrero del 155, a la edad de 86 años (o aun de cerca de 100 años), de quien

(1) Zahn, *Forschungen*, 1881, I, p. 112 y sig.; F. Godet, *Introducción al N. T.*, t. II, págs. 90-95.

sabemos por Ireneo que había estado en relación con los apóstoles y especialmente con Juan (Eus., V, 20; Ireneo, III, 3, 4), Policarpo, en su carta a los Filipenses, cita en estos términos la primera epístola de Juan (4:3): "Pues cualquiera que no confiesa a Jesucristo venido en carne, es un anticristo." Bien: nunca se repetirá demasiado, la epístola de Juan y su evangelio son solidarios entre sí. PAPÍAS igualmente ha debido conocer el evangelio de Juan, puesto que citaba su primera epístola. (Eus., *Hist. ecles.*, III, 39.) Ireneo hasta cita unas palabras que ha hallado en la obra de Papías y que tiene todas las apariencias de provenir directamente del evangelio: "El Señor ha dicho: En lo que es de mi Padre, hay muchas moradas". (Comp. Juan 14:2. Harnack, obra cit., p. 336.) Se halla en una biblia latina del siglo IX un sumario que empieza por estas palabras: "El evangelio de Juan fué publicado y dado a las iglesias por Juan aún vivo, como lo refirió en sus cinco libros Papías de Hierápolis." Por último, resulta del testimonio de un escritor arminiano del siglo XII, Vardan Vardapet, que la obra de Papías contenía una explicación sobre la mezcla de mirra y de áloes llevada por Nicodemo. (19:39) (1).

En la parte no disputada de las Cartas de IGNACIO, que muchos críticos hacen remontar al año 110, se hallan diversas reminiscencias evidentes de nuestro evangelio. Así: "Quiero el pan de Dios, que es la carne de Jesucristo, y quiero su sangre por bebida." (Romanos, c. 7.) Esas expresiones son demasiado características para no reconocer en ellas las palabras de Jesús en Juan 6:33 y 51. También designa Ignacio ordinariamente a Satanás por este término que sólo pertenece a nuestro evangelio: "el príncipe de este mundo".

Por último, en la obra recientemente hallada y que lleva el título de *Enseñanza (Didaché) de los doce apóstoles*, M. Harnack hace notar doce sentencias que recuerdan las expresiones de Juan. Declara "que no es posible poner en duda la conformidad de las oraciones de la santa cena contenidas en este escrito, con el evangelio de Juan." (Comp. F. Godet, *Introd. al N. T.*, II, p. 52.) Esta obra es colocada por M. Harnack entre 100 y 160 (obra cit. páginas 428-438).

Hemos llegado así hasta la época en que, según toda apariencia, Juan vivía aún. Hay que observar sin embargo, en cuanto a muchos de los escritores citados, que, si sus escritos contienen pala-

(1) Th. Zahn, *Einleitung in das Neue Testament*, II, 1899, p. 457 y 458.



bras semejantes a las que leemos en nuestro evangelio, no prueban la existencia de este evangelio, pues podían ser corrientes en el medio en que el evangelio fué compuesto más tarde. Y aun, si se cree poder inferir de ellas que el evangelio estaba ya publicado, no resulta que su autor sea Juan el apóstol.

Al lado de esta serie de testigos pertenecientes a la iglesia, hay otros, no menos importantes, que, fuera de la iglesia, llenan todo el siglo II y nos muestran el evangelio de Juan esparcido por todas partes. Se trata de los escritores pertenecientes a todas las sectas de la herejía. Después de haber oído a los amigos, habría que escuchar aquí a los adversarios, sirviendo a su pesar la causa de la verdad. Hallaríamos así nuestro evangelio en las manos de un *Celso* que, escribiendo entre 176 y 180, lo citaba para sacar motivos de sarcasmos; de un *Marción*, que enseñaba en Roma por el año 140; de un *Basílides*, jefe de escuela en Alejandría por el año 130 y de quien Eusebio (IV, 7) nos hace saber que había escrito veinticuatro libros sobre los evangelios; de *Valentino* y de todos los escritores de las diversas sectas gnósticas. Pero a fin de no pasar los límites asignados a este trabajo, nos referimos, para todas esas citas, a las obras de M. Godet, *Comentario sobre el evangelio de Juan*, 3ª edic., I, p. 261 y sig.; *Introducción al N. T.*, II, p. 57 y sig.

Entre los *evangelios apócrifos*, se podría invocar el testimonio del *evangelio de Pedro*, recientemente hallado, y que es colocado por M. Harnack entre los años 100 y 130. Parece haber sido citado por Justino Mártir como formando parte de las *Memorias de los Apóstoles*. Este evangelio fija la muerte de Jesús en el 14 de Nisán, y dice que la primera aparición de Jesús fué concedida a Pedro sobre las márgenes del mar de Tiberias. (Juan 21.) M. Harnack no cree sin embargo poder inferir de ello con certidumbre que el autor ha utilizado nuestro evangelio (obra cit., p. 474, 622-625). No nos parece probado que el *evangelio de los Hebreos* no presente ningún punto de contacto con nuestro evangelio. M. Harnack (obra cit. p. 625-650) hace de este escrito, del cual nos han llegado sólo fragmentos conservados por Jerónimo y otros escritores de los primeros siglos, un documento contemporáneo de nuestros primeros evangelios y aun anterior a ellos. La fecha de su composición podría ser fijada ya en el año 65. Pero los detalles legendarios que contiene, y que contrastan con la primitiva simplicidad de nuestros evangelios canónicos, nos parecen poco favorables a una fecha tan cercana de los orígenes. En cuanto a las relaciones de este escrito con nuestro evangelio ¿no serían indicadas, entre otros, por

este detalle del bautismo de Jesús: "El Espíritu Santo reposó sobre él?" Citándolo (p. 648), M. Harnack pretende que Juan 1:32 ha provenido de allí. ¿Pero qué impide suponer la relación inversa? En cuanto a los *Actos de Pilato* que cuentan la comparición de Jesús ante Pilato y su conversación sobre su dignidad real con el gobernador romano, en los términos mismos del evangelio de Juan, parecen pertenecer a una época muy posterior. Justino Mártir y Tertuliano mencionan, sí, *Actos de Pilato,* pero sin decir que los hayan tenido en sus manos, y en todo caso no se puede identificar el documento a que aluden con el escrito que nos ha llegado bajo ese nombre. (Véase Tischendorf, *Evangelia Apocrypha,* página 218. Harnack, obra cit., p. 603-612.)

M. Harnack termina la erudita investigación sobre el origen de los evangelios que corona su gran obra sobre la *Cronología* de la literatura cristiana, con estas palabras: "El resultado a que hemos llegado, de que el evangelio de Juan no puede haber sido escrito más tarde que en los diez primeros años del segundo siglo; de que "el evangelio en cuatro formas" (1) se preparaba en ese momento y fué luego después constituído en Asia Menor por los discípulos de Juan; de que se esparció poco a poco por las iglesias y adquirió una autoridad exclusiva en la mayor parte de ellas en el curso de la segunda mitad y especialmente el último cuarto del segundo siglo, este resultado triunfará, lo espero, sobre todas las pruebas a que se pueda someterlo" (2).

"Y, agregaremos con M. Luthardt, si Juan vivió en Éfeso hasta la época de Trajano, esos dos hechos se encadenan uno con otro de modo que excluyen absolutamente todo error de la tradición (3)."

B. *Pruebas internas.* "Si no tuviéramos ningún dato histórico sobre el autor del cuarto evangelio, ha dicho Credner, no dejaríamos por eso de ser llevados a un resultado positivo por los indicios que suministra el libro mismo."

1. *El autor es judío de Palestina.* 1º El autor escribe en griego con todos los elementos de la lengua hebrea, y, como dice M. Luthardt, con el alma de un hebreo. (Véase, para el detalle de las pruebas, F. Godet, *Comentario sobre san Juan,* 3ª edic. I, p. 227 y sig.). 2º El autor conoce perfectamente la lengua hebrea, lo que no era el caso en los judíos extraños a Palestina. Cita siempre el antiguo testamento según el original y corrige la versión griega de los Setenta cuando se aparta de él. (Véase 6:45; 12:40; 13:18; 19:37.) 3º Las escrituras del antiguo testamento son familiares al autor. Son como la patria de su espíritu; su pensamiento hunde en ella sus profundas raíces. Les copia sus más significativas expresiones. Esos contrastes absolutos que ya hemos hecho observar: luz y tinieblas, vida y muerte, amor y odio, etc., son tomados por el autor del antiguo testamento, dándoles un sentido más espiritual y más profundo. Ha adornado su evangelio con las impresionantes figuras que su Maestro mismo tomaba de los profetas: los dolores de la mujer que pare (16:21; comp. Isa. 21:3); el buen pastor y el mercenario (10:1 y sig.; comp. Ezeq. 34:1 y sig.); el agua viva que salta hasta la vida eterna (4:14; comp. Isa. 44:3, etcétera). Lo mismo que Mateo, ve en los hechos que cuenta el cumplimiento de la escritura (19:28, 36, 37), pues sabe que "la escritura no puede ser anulada." (10:35.) 4º El autor descubre su origen israelita por el perfecto conocimiento que tiene de las costumbres, de los hábitos, de las ideas del pueblo judío. Sabe que era prohibido realizar curaciones el día del sábado (5:1 y sig.; 9:1 y sig.), pero que era lícito practicar la circuncisión en ese día. (7:22.) Sabe que Elías debía aparecer en Israel antes de la venida del Mesías (1:21); que entrar en una casa pagana era contaminarse (18:28); que una grande hostilidad existía entre judíos y samaritanos (4:9); que los sabios judíos sentían soberano desprecio hacia el pueblo ignorante (7:49), etc. Sus relatos de los viajes de Jesús a Jerusalén muestran que conocía las fiestas judías y los menores detalles del modo cómo se celebraban; y así de todo lo demás. 5º Lo que revela también en él con certidumbre un judío nacido en Palestina, es su exacto conocimiento de todos los lugares de que habla. No podría haber adquirido ese conocimiento por el estudio; supone los recuerdos personales de un hombre familiarizado por largo hábito con los lugares de que habla. Describe todos los aspectos del hermoso lago de Genezaret; cuando su Maestro atraviesa ese lago en un barco, sabe que la multitud puede seguirle a pie, contorneando su extremo (6:22-25). Judea no le es menos conocida que Galilea. Nos hace saber que Betania está a quince estadios de Jerusalén (11:18); que, para trasladarse de esta ciudad al monte de los Olivos, hay que atravesar el torrente del Cedrón (18:1); que había una piscina con el nombre de Betesda, y que se encontraba cerca de la puerta de las Ovejas. (5:2.) Conoce el lugar del templo donde estaba el tesoro (8:20), el pórtico de Salomón (10:23), el palacio del sumo sacerdote (18:15.) En otra parte, indica la situación del pozo de

(1) O "de cuatro *catas*", expresión de Ireneo.
(2) Obra cit., p. 699.
(3) Luthardt, *Des johanneische Ursprung,* 1874, p. 93.

Jacob, trayendo a la memoria los recuerdos de los patriarcas. (4:5 y siguientes.)

2. *El autor es testigo ocular de lo que refiere.* Todo en su relato lo demuestra. Y primeramente, este relato sigue una cronología de tal modo luminosa que se ve hasta qué punto está presente la vida de Jesús en el espíritu del que la cuenta. No solamente las fiestas a las que asiste Jesús en Jerusalén, sino los días y a menudo las horas han quedado grabadas en el recuerdo del autor. Desde el principio de su historia, fija los acontecimientos de tres días sucesivos por estas palabras: *"el día siguiente."* (1:29, 35, 43); En otra parte dice: *"tres días después* había bodas en Caná" (2:1); *"dos días* más tarde Jesús se fué a Galilea" (4:43); *"el día siguiente* el pueblo que estaba junto a la mar" (6:22); *"en medio de la fiesta* subió Jesús a Jerusalén" (7:14); "el *último* y gran día de la fiesta Jesús se puso en pie y exclamó" (7:37); habiendo sabido Jesús de la enfermedad de Lázaro, "permaneció aún *dos días* en donde estaba" (11:6); al llegar, "halló que Lázaro hacía *cuatro días* que estaba en el sepulcro" (11:17); *"seis días* antes de la pascua, Jesús fué a Betania." (12:1.) Pero, lo hemos ya dicho, aun las horas ha retenido en su recuerdo el autor. Cuenta su primera entrevista con el Salvador y añade: "Y era como la *décima hora* del día" (1:40); "era la *sexta hora*" (4:6); "ayer a la *séptima hora.*" (4: 52.) Señala también de diversas maneras los tiempos y los momentos: Nicodemo vino "de noche" a Jesús (3:2); "cuando llegó la tarde" (6:16); y era de noche" (13:30); "y era de mañana." (18:28.) O bien son nombres propios que el testigo ocular no ha olvidado: Nicodemo, Natanael, Malco; sabe que uno de los hombres que interrogaban a Pedro en el momento de su caída, era pariente de ese Malco (18:26); o también son ciertas palabras de Jesús que era necesario haberlas oído para repetirlas; así, esta orden abrupta en medio de un discurso: "Levantaos, partamos de aquí." (14:31.) Como el autor había visto y oído todo, ha conservado hasta el número de los objetos: "Había allí seis vasos de piedra y cada uno de ellos contenía dos o tres medidas" (2:6); Nicodemo trae "cien libras" de ungüento (19:39); los discípulos estaban a "doscientos codos" de la costa; sus redes contenían "ciento cincuenta y tres peces," (21:8, 11.) Y, al lado de esos detalles, se hallan grandes escenas descriptas de un modo tan actual y tan vivo que el lector cree haber estado presente: la enfermedad y la resurrección de Lázaro (11), la última comida de Jesús con sus discípulos (13), el proceso del Salvador ante Pilato (18 y 19), su resurrección y su aparición a María Magdalena (20). En fin, el autor refiere experiencias íntimas que no podían ser conocidas sino por el que las había tenido: el discípulo que Jesús amaba, en la mañana de la resurrección, corriendo a la tumba, la halla vacía, a lo que el narrador agrega estas dos palabras: "Y vió y creyó." (20:8.) Si ese narrador no fuera Juan, ¿cómo sabría que fué en ese momento preciso cuando la fe en la resurrección del Salvador nació en el alma de ese discípulo? La conclusión que se impone a todo hombre no prevenido, es ésta, que copiamos de M. Godet: "Otros tantos detalles de precisión, dice M. Renán, que se comprenden perfectamente si se ve en ellos recuerdos de anciano, de prodigiosa frescura"; pero, añadiremos nosotros, que se tornan repelentes, en una narración tan grave, si no son más que detalles ficticios destinados a ocultar al romancero bajo la careta del historiador. Sólo un profano charlatán podría hacer así un juego de la persona y del carácter de los actores más conocidos del drama evangélico y de la persona del Señor mismo." (*Comentario*, I, p. 341.)



3. *El autor declara solemnemente que ha sido testigo de lo que cuenta.* Siempre la iglesia ha comprendido en ese sentido la notable frase que termina el prólogo de este evangelio: "Y la Palabra se hizo carne, y ha habitado entre nosotros; y *nosotros hemos contemplado su gloria,* gloria tal como la del Hijo único (venido) del Padre." En presencia de una declaración tan clara, Baur y su escuela se habían visto obligados a acusar al autor desconocido del evangelio de una especie de fraude literario: habría querido darse las apariencias de un apóstol. Hoy se esfuerzan en espiritualizar y generalizar esas palabras. Se les atribuye un sentido místico, que todo cristiano puede apropiarse. Es así como resulta claramente, se dice, de la historia de Tomás y de estas palabras que son su conclusión: "Porque me has visto, has creído. ¡Dichosos los que no han visto y han creído!" El autor opone a la vista, a la experiencia sensible, la fe que coge lo invisible y única que tiene valor. Lo mismo ocurre con el testimonio con que comienza la primera epístola: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y nuestras manos han tocado..., os lo anunciamos." El sentido místico de esta declaración resulta de otras palabras análogas que siguen: "Cualquiera que peca no ha *visto* a Dios." (Harnack, obra cit., p. 676.) El defecto de esa argumentación es evidente: Si Dios es objeto de una percepción espiritual, de ningún modo resulta que no se haya "manifestado en carne" y que una manifestación semejante haya carecido de importancia para los que fueron tes-

tigos de ella. Si Jesús, en el momento de dejar este mundo, exhortó a sus discípulos a substituir a las relaciones exteriores que habían tenido con él, relaciones enteramente espirituales, no resulta de ello que las primeras hayan carecido de valor. La vista espiritual no excluye la percepción sensible, no podría anularla, la supone al contrario y se funda sobre ella como sobre una base indispensable. Y para volver a la declaración del prólogo, al negar que el autor se atribuye la calidad de testigo ocular, se desconoce la relación de los tres grandes hechos históricos que están ligados por la partícula *y*: "La palabra se hizo carne, *y* habitó... *y* contemplamos..." ¿No es claramente determinado el sentido de este último hecho por los otros dos? Se trata del Hijo de Dios hecho hombre, habitando sobre la tierra; ¿quién puede decir: *Nosotros le hemos contemplado*, excepto sus discípulos, que han vivido con él? Además, esta interpretación desconoce el desarrollo del prólogo entero. En efecto, el v. 14 introduce un hecho nuevo, el de que la Palabra hecha carne ha sido contemplada y háse tornado en objeto de experiencia para los que han sido testigos de su vida. Esta experiencia sensible tiene una importancia capital para el evangelista: sobre ella hace reposar toda su narración (Comp. Beyschlag. art. cit., p. 102-104).

Hay aún otro pasaje donde el evangelista se revela como testigo ocular. Acaba de contar que un soldado romano abrió de un lanzazo el costado de Jesús; ve en ese hecho el cumplimiento de una profecía, y añade: "Y el que lo vió ha dado testimonio (por este mismo relato, verbo en perfecto), y su testimonio es verdadero, *y sabe que dice verdad*, a fin de que vosotros también creáis." (19:35.) Las palabras: "*Él sabe* que dice verdad..." muestran con la última evidencia que el testigo del hecho es quien tiene la pluma, pues como precisamente dice M. Godet: "Se testifica para su propia conciencia, no para la de otro."

Hallamos, en fin, en el apéndice de nuestro evangelio (21:24) una declaración notable, ya se la atribuya al autor mismo, ya se la considere como un testimonio dado a su relato por los ancianos de la iglesia de Éfeso, quienes, según una antigua tradición, le habían exhortado a escribir su evangelio. Encargados de publicar este libro, a fin de que se esparciese por todas las iglesias, los amigos del apóstol lo acompañan con la atestación de que en efecto es "este discípulo quien lo ha escrito", y de que todos "saben que su testimonio es verdadero."



4. *El autor mismo se designa claramente como el apóstol Juan.* Hay un hecho que llama la atención de todo lector cuidadoso del cuarto evangelio: mientras los demás discípulos de Jesús que figuran en la narración son designados por su nombre, ni el apóstol Juan ni su hermano Jacobo, que formaban parte del grupo de los tres discípulos privilegiados, ni Salomé su madre, son nombrados jamás. Los "hijos de Zebedeo" no son mencionados sino en el Apéndice (21:2) y, en ese único pasaje, son colocados al fin de la enumeración de los discípulos. En cambio, hay un discípulo de Jesús que aparece siempre velado por alguna perífrasis, llamado ya: "uno de los discípulos" (13: 23), ya: "el otro discípulo" (18:15; 20:2, 3, 4, 8), ya: "el discípulo a quien Jesús amaba." (13:23; 19:26; 20:2; 21:7, 20.) Bien: si el apóstol Juan es el autor de este evangelio, todo espíritu delicado comprenderá muy bien que se cubra así, él y los suyos, de sombra y de silencio; no podía ni quería, en un relato semejante, escribir su nombre al lado del del Salvador, y mucho menos aún decir *yo* y *mí*. Pero si se supone este libro escrito por otro que no sea Juan, ¿cómo explicar que haya introducido en su relato un discípulo al que asigna la relación más íntima con el Maestro, y cuyo nombre sin embargo afecta no pronunciar jamás?

Sabemos que se ha visto precisamente en ese título característico "el discípulo a quien Jesús amaba" una prueba de que el evangelio no es de Juan: designarse así, se dice, sería, de parte de ese discípulo, una orgullosa presunción y "la condenación moral de un apóstol vanidoso." (*Kleim.*) M. Sabatier ha proseguido la misma acusación, extendiéndola a toda la actitud que nuestro evangelio atribuye al discípulo anónimo. Si éste fuera uno con el autor del relato, "se podría uno extrañar con buen derecho del papel que se atribuye en su narración, de la superioridad de inteligencia y de fe que se atribuye sobre todos sus compañeros. Sería difícil poner la humildad entre sus virtudes." (Enciclopedia Lichtenberger, VII, 192.) Los que lean nuestro evangelio sin opinión preconcebida tendrán dificultad en suscribir ese juicio. Los hechos que M. Sabatier alega para justificarlo no son probatorios. Pedro, dice, tiene necesidad de pasar por intermedio de Juan para llegar al Maestro; y cita 1:41, donde no es Juan, sino Andrés, hermano de Simón Pedro, quien sirve de intermediario a éste, y 13:24, en que Juan, que se encuentra colocado al lado de Jesús, es naturalmente encargado de hacerle la pregunta cuya primera idea partió de Pedro. M. Sabatier hace todavía a Juan un agravio de su actitud ante la tumba de Jesús, donde llega el primero a la fe (20:4-8), y

al borde del lago, donde es el primero en reconocer al Señor (21:7). Pero si los hechos han ocurrido así, ¿había realmente falta de modestia en referirlos con toda simplicidad, y no se deja el crítico extraviar por su imaginación, cuando habla de una "rivalidad bien acusada entre los dos apóstoles, que impresiona al leer el evangelio?" En cuanto al título: "el discípulo a quien Jesús amaba", ¿no estamos igualmente autorizados a ver en él la humilde expresión de la gratitud del que había gozado de la dicha inmensa de ser el amigo particular de Jesús? Sólo una humildad enfermiza hubiera podido llevar al apóstol a dejar ignorar a sus lectores esta circunstancia tan apropiada para inspirarles confianza y para dar autoridad a la exposición que hacía del pensamiento del Maestro. Por otra parte, se comprende muy bien por qué sentimiento delicado, al evocar este recuerdo de la amistad de su Maestro, que no podía mencionar sin la más dulce emoción, calla su nombre. La expresión de "discípulo a quien Jesús amaba" se halla por lo demás en relatos en que no puede aplicarse más que a Juan, el autor del evangelio. Así, el testigo ocular de las escenas de la crucifixión (19:35) debe ser identificado, lo hemos visto, con el autor del evangelio; bien: no había más que un solo discípulo presente, "el que Jesús amaba" (v. 26); se designa, pues, a sí mismo por ese nombre, y eso muy naturalmente en esta circunstancia conmovedora en que Jesús le confiaba su madre. Así también el discípulo a quien Jesús amaba tiene que haber sido uno de los tres confidentes de Jesús, Pedro, Jacobo y Juan (Mat. 17:1; Mar. 5.37; 14:33); bien: en el cap. 21, es nombrado al lado de Pedro (v. 20), y Jacobo murió pronto a manos de Herodes (Act. 12:1), mientras que el discípulo amado de Jesús alcanzó a una edad tan avanzada que circuló el rumor de que no moriría (v. 23). Este discípulo no es, pues, otro que el apóstol Juan. Y de él es atestado, en la declaración del v. 24, que "da testimonio de estas cosas y que las ha escrito."

## III

## EXAMEN DE LAS PRINCIPALES OBJECIONES HECHAS A LA AUTENTICIDAD DEL CUARTO EVANGELIO

Si las pruebas históricas e internas de la autenticidad del cuarto evangelio son tales como acabamos de exponerlas, ¿de dónde viene la oposición con que tropieza en el espíritu de un gran número de críticos? Cuando se examina de cerca la naturaleza de



sus objeciones, queda uno convencido de que su verdadera razón para rehusar a Juan este evangelio, es, en el fondo, enteramente dogmática. Se conoce el famoso silogismo de Strauss relativo al milagro. El milagro es, según nuestra filosofía, imposible; el nuevo testamento relata milagros; por tanto el nuevo testamento no es histórico. Un razonamiento semejante se hace, de modo más o menos inconsciente, en el espíritu de muchos críticos de nuestra época, respecto del cuarto evangelio. La verdadera causa por la que sostienen que este libro no puede haber sido escrito por un apóstol, está en que contiene la vida de un Cristo incompatible con sus sistemas filosóficos.

Todos sin embargo no obedecen a tales prejuicios. La opinión que atribuye la composición del cuarto evangelio al apóstol Juan presenta dificultades que detienen a más de un crítico exento de prejuicio. Vamos a exponerlas tan completamente como lo permita la naturaleza de esta obra. Bosquejaremos en seguida los debates a que han dado lugar los problemas planteados, y las hipótesis en que se detienen los que no creen que el evangelio haya sido escrito por el hijo de Zebedeo. Indicaremos por último las soluciones que parecen más verosímiles en la suposición de que nuestro evangelio es auténtico.

Las objeciones hechas a la autenticidad del cuarto evangelio pueden ser divididas en dos categorías: unas son sacadas de los caracteres mismos de este escrito; las otras se refieren a la persona de su presunto autor.

A. *Objeciones que resultan de los caracteres del evangelio.* Aparecen sobre todo cuando se lo compara con los tres primeros evangelios. Cuando se pasa de la lectura de los sinópticos a la del cuarto evangelio, se halla uno transportado en otro mundo; se respira otro aire. Parece imposible que relatos tan diferentes se refieran a una misma vida y hayan sido inspirados por una misma personalidad. Si los primeros nos presentan la historia verdadera, el último nos ofrece esa historia transformada por el narrador bajo la influencia de preocupaciones teológicas. ¿Es creíble que ese narrador sea un apóstol de Jesucristo? Las divergencias son particularmente sensibles en la exposición histórica, en los discursos atribuídos a Jesús, en la idea misma que los escritores se hacen de la persona del Salvador.

1º *La exposición histórica.* Según los sinópticos, Jesús ejerce durante un tiempo indeterminado su ministerio en Galilea y no se traslada a Jerusalén sino para morir allí. El cuarto evangelio nos

le muestra manifestándose brillantemente en el centro de la teocracia desde la primera pascua que siguió a su bautismo, ejerciendo luego durante nueve meses en la tierra de Judea una actividad semejante a la de su precursor; volviendo a Jerusalén en el mes de marzo, luego a la fiesta de los tabernáculos en septiembre, a la de la dedicación en diciembre; pasando, en fin, los últimos meses de su vida en esa misma región del Jordán donde había empezado su ministerio. Si el cuadro es enteramente distinto en ambos relatos, los hechos referidos no difieren menos. El cuarto evangelio no habla ni del bautismo de Jesús, ni de la tentación, ni de la transfiguración, ni de la institución de la cena, ni de la agonía de Getsemaní. Y además imprime a los pocos hechos que relata un carácter particular. No los cuenta por sí mismos sino por la significación que les atribuye. Entre los milagros del Salvador, escoge los más extraordinarios: el agua cambiada en vino, los panes multiplicados, la marcha sobre las aguas, la curación de un ciego de nacimiento, la resurrección de un muerto depositado desde hacía cuatro días en la tumba; y no cuenta esos hechos con el gozo ingenuo del que ha sido testigo; los invoca como *señales*, pruebas de la divinidad de Jesús, testimonios del poder de aquel que es el Pan descendido del cielo, la Luz, la Vida. Por último se reprocha a la narración johánica su falta de progresión. Desde su primer encuentro con sus discípulos, Jesús se presenta a ellos como el Hijo de Dios y ellos le reconocen como tal (1:50), mientras en los sinópticos no llegan a esta convicción sino después de un largo desarrollo (Mat. 16:15-17). Igualmente, en Juan, afirma Jesús de golpe sus pretensiones mesiánicas y se torna inmediatamente en objeto del odio de los judíos; en los sinópticos al contrario, oculta con cuidado su calidad de Mesías, y la hostilidad sólo gradualmente se substituye al entusiasmo primero.

2º *Los discursos.* En los sinópticos, Jesús se expresa en breves sentencias y reviste su pensamiento de parábolas que, por la maravillosa claridad de su bosquejo, se graban en el recuerdo de los más sencillos. Habla del reino de Dios, cuya ley resume en una moral enteramente práctica. El cuarto evangelio pone en su boca largos discursos, a menudo abstractos y difíciles de seguir, que no responden a la situación supuesta; sobrepasan la inteligencia de los oyentes, que no dejan jamás de errar groseramente sobre su sentido. (3:4; 4:11, 15; 6:52, etc.) Estos discursos, que tratan todos de la persona divina de Jesucristo, no forman, en el fondo, sino un solo y mismo discurso, en el cùal se desarrolla la idea de *la Palabra*, tal como el evangelista la expone en su prólogo. Por último el estilo de esos discursos es de una uniformidad monótona: sea Jesús o Juan el Bautista quien hable o que el evangelista intercale sus propias reflexiones (12:36-50), es siempre el mismo lenguaje, y ese lenguaje presenta una analogía impresionante con el de la primera epístola de Juan.



3º *La persona del Salvador.* El cristo de los sinópticos es un Cristo verdaderamente humano. Aparece como un niñito, nacido en el pesebre de Belén; si es llamado "Hijo del Altísimo", es por ser concebido del Espíritu Santo (Luc. 1:32,35); crece y se desarrolla; habla poco de su persona; le agrada el título de hijo del hombre y no se llama jamás directamente Hijo de Dios; lleva, gradualmente, sus discípulos a reconocerle esa calidad y se oculta luego a sus homenajes. El cuarto evangelio nos presenta un Salvador que "era en el principio con Dios y que era Dios", que en toda ocasión afirma que ha "descendido del cielo", que escandaliza a sus interlocutores por declaraciones tales como ésta: "Vosotros sois de abajo; yo soy de arriba" (8:23); "antes que Abrahán fuese, yo soy" (8:58); "yo y el Padre somos uno" (10:30).

B. *Objeciones relativas a la persona del presunto autor.* Juan, el hijo de Zebedeo, no puede haber escrito un evangelio que está exento de todo particularismo judío, y que, por el universalismo y la espiritualidad de sus nociones, sobrepuja los atrevidos conceptos del apóstol Pablo mismo. El Juan histórico, el que nos revelan los sinópticos y la epístola a los Gálatas, es un hombre apasionado, exclusivo hasta el fanatismo (Luc. 9:49, 54; comp. aquí p. 10.) En la conferencia de Jerusalén, donde es citado como una de las "columnas" de la iglesia de esa ciudad, Pablo parece contarle en el número de los que exigieron la circuncisión de Tito, y a los cuales debió resistir enérgicamente (Gál. 2:1-6). Si admitimos que el apóstol Juan coronó su carrera con un largo ministerio en Éfeso, allí aún nos hallamos en presencia de dos hechos que parecen incompatibles con la idea de que este apóstol hubiera compuesto nuestro evangelio. En el segundo siglo, las iglesias de Asia Menor celebraban la pascua —probablemente por un servicio de cena—, el 14 de Nisán, en la fecha en que estaba ordenado a los judíos inmolar el cordero pascual, y en que Jesús, según la tradición sinóptica, instituyó la cena, mientras que las otras iglesias la celebraban el día de la resurrección de Jesucristo. En la controversia a que esta divergencia dió lugar, los cristianos de Asia Menor apelaron a la costumbre de los apóstoles y especialmente de Juan. Bien: si Juan conmemoraba la última comida pascual de Jesús y la institución de la cena el 14 de Nisán, no es el autor del cuarto evangelio, pues-

to que este evangelio, según la cronología más verosímil, coloca la cena de adiós de Jesús con sus discípulos el 13 de Nisán y la muerte del Salvador en el 14. (13: 1, nota.) Por último, la tradición afirma que Juan escribió el Apocalipsis cuando fué desterrado a Patmos por Domiciano, en 96. Si el Apocalipsis presenta analogías de estilo con los otros escritos johánicos, está sin embargo muy impregnado de espíritu judaico para haber podido salir de la misma pluma que el cuarto evangelio. Es inadmisible que el mismo autor haya compuesto, en la misma época, dos escritos tan diferentes.

Tales son las principales razones que han inducido, en el curso de este siglo, a gran número de críticos a discutir que el apóstol Juan sea el autor del cuarto evangelio. *Baur* y la Escuela de Tubinga niegan a este escrito todo valor histórico. Lo consideran como un relato ficticio, inspirado por preocupaciones teológicas y filosóficas. Fijan la fecha de su aparición entre 170 y 130. Siguiéndoles, muchos historiadores de la vida de Jesús no tienen en cuenta los datos dados por este evangelio en su exposición del ministerio del Salvador, así *Strauss* (Das Leben Jesu, 1864), *Keim* (Geschichte Jesu von Nazara, 1867-1872) *P. W. Schmidt* (Die Geschichte Jesu, 1899). El autor de una reciente *Introducción* al Nuevo Testamento (1) emite este juicio: "No se aprecia sanamente el cuarto evangelio sino viendo en él una ficción filosófica de tendencia religiosa datando de la tercera generación cristiana. Como fuente de historia del Cristo encarnado, es casi sin valor".

Esta conclusión radical no es sin embargo la del mayor número de los críticos contemporáneos. Bien que rehusando al apóstol Juan la composición del evangelio, unos son llevados por su sentido histórico a reconocer el valor de ciertas indicaciones contenidas en este relato; otros se ven constreñidos por los testimonios de los padres a hacer remontar la composición del evangelio hasta el principio del segundo siglo (2), es decir hasta una época demasiado cercana de los orígenes para haber podido producir un relato enteramente ficticio de la vida de Jesús. En cuanto a la importancia de los elementos históricos, las estimaciones varían mucho, unos reduciéndola a poca cosa o negándose a toda conclusión concreta, otros adoptando sin vacilar el cuadro cronológico del cuarto evangelio y las diversas rectificaciones que su autor ha-

(1) A. Jülicher, *Einleitung in das Neue Testament*, 1894, p. 258-259.
(2) Así Harnack, obra cit., p. 699. Comp. precedentemente, p. 28.



ce a la tradición sinóptica. Iguales divergencias en lo que concierne a la persona de ese autor; unos se abstienen de toda hipótesis; otros afirman que el evangelio ha sido publicado en Éfeso por los discípulos del apóstol, que ha salido de su escuela y refleja más o menos fielmente su pensamiento; otros designan como autor al presbítero Juan, pero su juicio varía según admitan o no que el presbítero haya estado en relación con el apóstol. Los representantes más eminentes de la tendencia que acabamos de caracterizar son MM. *Weizsäcker* (Das apostolische Zeitalter, 1886), *Renan* (Apéndice a la 13ª edición de la vida de Jesús, 1867), *Reuss* (La teología johánica, 1879), *Sabatier* (artículo Juan, Enciclopedia, VII, 1879), *H. J. Holtzmann* (Einleitung in das N. T., 1885, y Handcommentar, 1893). Recientemente M. *Wendt* (Die Lehre Jesu, 2 vol., 1886-1890) ha desarrollado una hipótesis interesante. Ha creído reconocer como base del cuarto evangelio una colección de discursos del Señor semejante a la que los críticos, sobre el testimonio de Papías, atribuyen al apóstol Mateo bajo el nombre de *Logia* (1). Esos *discursos* serían, en el cuarto evangelio, la parte del apóstol Juan. Un redactor posterior habría añadido ya datos históricos tomados de los sinópticos y de la tradición johánica, ya consideraciones religiosas, fácilmente discernibles porque interrumpen torpemente el texto primitivo del discurso y descubren un concepto diferente de las obras y de la persona del Cristo. M. Wendt procura reconstituir la fuente primitiva; presenta en apoyo de su hipótesis consideraciones ingeniosas, sin conseguir sin embargo producir la convicción en el lector. Su tentativa no escapa al juicio que M. Sabatier emitía sobre ideas semejantes propuestas ya anteriormente: "Estos ensayos no podían tener éxito, condenados anticipadamente por la viva y profunda unidad de la composición. Trazar en ella en su interior una línea de demarcación, es querer desgarrar la túnica sin costura del Señor (2)."

El gran inconveniente del punto de vista de los que niegan al apóstol Juan la composición del cuarto evangelio, aunque admitiendo el origen más o menos johánico de este escrito, es que están obligados a desembarazarse, por una exégesis arbitraria, de los pasajes en que el evangelista se presenta como testigo ocular (comp. p. 30), o a acusarlo de superchería cuando se hace pasar

(1) Comp. nuestra Introducción a los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, p. 23 y sig.
(2) Art. cit., Enciclop., VII, p. 183. La teoría de M. Wendt ha sido refutada detalladamente por E. Haupt, *Studien und Kritiken*, 1893, p. 217 y sig. Comp. J. Bovon, *Teología del N. T.*, I, pág. 152 y sig.

por "el discípulo a quien Jesús amaba" y procura atribuirse la autoridad de un apóstol (1). Basándose principalmente en esta prueba interna, en este testimonio que el evangelio da de su autor (comp. p. 33), muchos comentadores afirman que ese autor es el apóstol Juan. *Thiersch, Ebrard, Bleek, Hase,* tomaron la defensa del evangelio contra los primeros ataques de la escuela de Tubinga. Entre los autores más recientes, citaremos MM. *Luthardt* (Der johanneische Ursprung, 1874; Das johanneische Evangelium, 2 vol., 1875), *Keil* (Comentar über das Evangelium des Johannes, 1881), *B. Weiss* (Leben Jesu, 1888; Einleitung in das N. T., 1886; octava edición del Comentario de Meyer, 1893), *Schlatter* (Das Evangelium des Johannes, 1899); *Th. Zahn,* Einleitung in das N. T., II, 1899; y en francés las obras de MM. *F. Godet* (Comentario sobre el evangelio de san Juan, 3ª edición en tres volúmenes, el primero de los cuales es dedicado enteramente a la Introducción); *G. Chastand* (El apóstol Juan, 1888); *J. Bovon* (Teología del Nuevo Testamento, 2 vol., 1893 y 1894).

Réstanos ver cómo se puede resolver las dificultades que levanta la hipótesis de la autenticidad. Las consideramos en el orden en que las hemos enumerado.

A. *Objeciones que resultan de los caracteres del evangelio.*

1º *La exposición histórica.* El cuadro cronológico propio al cuarto evangelio se impone como el más natural. No es verosímil que el ministerio de Jesús no haya contado más que con una pascua y se haya desarrollado entero en un año. Los sinópticos atestiguan que Jesús hizo estadas en Jerusalén, de las que ellos no hablan (Mat. 23:37; 26:18; comp. Actos 2:22; 10:39). En cuanto a la omisión, por el cuarto evangelio, de muchos hechos referidos en los sinópticos, se explica muy naturalmente, si se admite que el autor tenía ante sus ojos los tres primeros evangelios: ha dejado de lado tal hecho, aún capital, de la vida de Jesús, ya porque no tenía nada que agregar al relato de los sinópticos, ya porque el relato de ese hecho no entraba en el plan especial de su escrito y no concurría al fin que se proponía. En esa selección que hace, no está, como se ha dicho, dominado por la preocupación exclusiva de glorificar al Hijo de Dios, pues si no cuenta las escenas de humillación

(1) Véase la refutación muy concluyente que M. Beyschlag da de los conceptos de M. Harnack y de su explicación de los orígenes del "evangelio de cuatro caras", *Studien und Kritiken,* 1898, p. 102 y sig.



del desierto y de Getsemaní, guarda silencio también sobre la escena gloriosa de la transfiguración. Ha conocido ciertamente los tres primeros evangelios. Eso resulta, entre otras, de la nota rectificativa de 3:24, de la designación de Betania como "aldea de María y de Marta, su hermana" (11:1, alusión a Luc. 10:38-42), del "ante Annás *primeramenee*" (18:13). Bien: la posición que el escritor toma respecto de esos evangelios, corrigiéndolos ocasionalmente y trazando un cuadro de la vida de Jesús enteramente distinto del de ellos, es una prueba de autenticidad; pues a fines del primer siglo, sólo un testigo ocular y un apóstol tenía la autoridad necesaria para contradecir la tradición establecida por evangelios que circulaban en las iglesias desde hacía años. Un escritor del segundo siglo habría tenido por primer cuidado el conformarse al tenor recibido de la biografía del Cristo. El reproche hecho a la narración johánica de atribuir a Jesús hechos de carácter inverosímil, es poco fundado. El milagro de Caná está fuera del cuadro de los sinópticos; no hay que extrañarse de que ellos lo callen. La multiplicación de los panes es atestiguada por los cuatro evangelios. En cuanto a la resurrección de Lázaro, el relato está marcado con un acento de simplicidad y de verdad que impresiona a todos los lectores no prevenidos. El hecho mismo es, por lo demás, el nudo del drama que tiene por desenlace la condenación de Jesús. Por último, se exagera cuando se acusa a nuestra narración de falta de progresión. Sin duda la fe de los discípulos nace desde su primer encuentro con Jesús (1:50), pero esa fe tiene grande necesidad aún de ser confirmada (2:11). Debe pasar por una crisis temible (6:66-71), que es colocada por el cuarto evangelio en la misma época en que los tres primeros refieren la declaración de Pedro (Mat. 16:13 y sig.). Lo mismo ocurre con la actitud de los judíos, que primeramente es simpática (2:23; 3:2; 6:14) y se hace gradualmente más hostil (5:18; 7:12, 20, 31, 40 y sig.; 8:59; 10:31).

2º *Los discursos.* Es necesario confesar que a primera vista difieren completamente de los que nos son conservados por los sinópticos. Hay tentación de suscribir este juicio de M. Jülicher: "Un Jesús que hubiera usado sucesivamente el lenguaje de Mat. 5-7 y el de Juan 14-16 es una imposibilidad psicológica (1)" Después de un examen atento, esa diferencia aparece menos grande sin embargo. Se puede citar muchas declaraciones de Jesús en el cuarto evangelio que tienen su equivalente en los sinópticos, cuando no se

(1) *Einleitung,* p. 258.

hallan en ellos textualmente: Juan 2:19 comp. Mat. 26:61; Juan 3:18, comp. Mar. 16:16; Juan 6:35, comp. Mat. 5:6; Juan 1:18 y 6:46. comp. Mat. 11:27; Juan 12:25, comp. Mat. 10:39; Juan 13:16, comp. Mat. 10:24; Juan 13:20, comp. Mat. 10:40; Juan 14:18, comp. Mat. 28:20; Juan 15:20, comp. Mat. 10:25; Juan 16:32, comp. Mat. 26:31; Juan 17:2, comp. Mat. 28:18. Otras tantas palabras características del cuarto evangelio, cuya autenticidad es garantizada por esas semejanzas. Pero la diferencia se muestra en el tono general y en todo el tenor de los discursos. Es necesario reconocer que en su forma han recibido el sello de la personalidad del escritor que nos los ha conservado. Eso parece natural, si se reflexiona. Cuando el evangelista escuchaba a Jesús o a su precursor, no tomaba notas. Sus discursos no han sido conservados sino en su memoria; durante sesenta años los ha meditado y vuelto a meditar. Cuando por fin los ha puesto por escrito, nos ha dado solamente la substancia de las enseñanzas que enunciaban. ¿Es extraño que esos resúmenes, que él ha redactado después de tan largo tiempo, lleven la marca de su potente individualidad? No por eso dejan de ser estos discursos el fiel reflejo del pensamiento del Maestro. Sería un error considerarlos como libres composiciones del evangelista. Su carácter histórico está garantizado por el hecho de que corresponden perfectamente, a pesar de lo que se ha dicho al respecto, a la situación dada; la interpretación detallada lo probará. Era natural que en Jerusalén, en sus conflictos con los doctores de la ley y los jefes de la teocracia, Jesús hablase ante todo de su misión divina y que su enseñanza tomara el carácter de una incesante controversia. "En esa situación tendida, el testimonio que debía dar de sí mismo tomaba formas más enérgicas, un acento más sincero; se hacía también más teológico, si se puede decir así, por tanto menos popular (1)." Por último ¿no es natural también que en sus postreras conversaciones con sus discípulos, en el momento del supremo adiós, se expresase de otro modo que en sus primeras enseñanzas a las poblaciones ignorantes de Galilea? Lo que muestra por último el valor histórico de los discursos y de las conversaciones que nos ha conservado el cuarto evangelio, es el hecho de que examinándolos de cerca se descubre, en su trama en apariencia uniforme, cierto número de palabras características, semejantes a las breves sentencias de los sinópticos, y que, por su giro original, revelan su autenticidad. Esas pala-

(1) F. Godet, *Comentario sobre Juan*, II, 390.



bras sirven de texto a los desarrollos que las acompañan. M. Sabatier las ha llamado acertadamente "clavos de oro que soportan las tapicerías del discurso (1)". Se puede suponer que han sido los puntos de mira que han permitido a la memoria del evangelista retener la enseñanza del Maestro. Sólo citaremos algunas de esas declaraciones que llevan la marca de Jesús; han sido pronunciadas en su mayor parte en situaciones que debían contribuir a grabarlas en el recuerdo: 2:19; 3:3; 4:13, 21, 32; 5:17; 6:35, 53; 7:17, 37; 8:12, 21, 31-36, 56-58; 14:2, 9, 18, 28; 16:32, etc. Notemos también que las parábolas, tan numerosas en los sinópticos, no faltan del todo en el cuarto evangelio, bien que el carácter menos popular de las enseñanzas que menciona hubiera bastado para explicar su ausencia. Hay que estar muy prevenido para tratar de "pálidas alegorías (2)" las admirables similitudes del buen pastor (cap. 10), de la vid y los sarmientos (cap. 15).

Por último, una postrer consideración nos mostrará que no se debe exagerar la transformación que el evangelista ha hecho sufrir el pensamiento del Maestro. Es menos grande de lo que parece a primera vista. Llama la atención no hallar en él una noción, que se encuentra en cada página de los sinópticos, la del "reino de Dios". En éstos, toda la enseñanza de Jesús está unida a esa idea (Mat. 5-7, 13, 18, 22, 24-25). El término de reino de Dios no se lee sino una vez en el cuarto evangelio (3:3-5). Como esta expresión hebraica era poco inteligible a lectores griegos, poco familiarizados con las profecías del antiguo testamento, Juan la ha substituído por el término de "vida eterna". ¿Pero ha hecho esta traducción —algunos dirían traición— por su cuenta, sin ser absolutamente autorizado por el lenguaje propio de Jesús mismo? De ningún modo. Jesús ciertamente habló de "vida eterna", y empleó este término como sinónimo y equivalente de "reino de los cielos"; es lo que prueba la comparación de Mat. 18:3 y 8; de Mat. 19:17 y 23; de Mat. 25:34 y 46; de Mar. 9:45 y 47. Este ejemplo mostrará que Juan ha prestado su propio lenguaje a Jesús mucho menos de lo que se cree.

3º *La persona del Salvador*. Es falso oponer el Cristo de los sinópticos al Cristo del cuarto evangelio diciendo que el primero es el Cristo hombre, el segundo el Cristo Dios. Si la divinidad del Cristo está más velada en los primeros evangelios, aparece sin

(1) *Enciclop.*, VII, 189.
(2) Jülicher, obra cit., p. 258.

embargo en cada página y es netamente afirmada en muchas declaraciones. Toda la educación de los apóstoles conduce a esta pregunta suprema, que Jesús mismo les hace: "¿Quién decís vosotros que soy yo?" Bien: Si Jesús pudo interrogarlos así en ese momento, es porque las enseñanzas relativas a su persona habían ocupado desde el principio un gran lugar en sus conversaciones con ellos. (Mat. 16:13; Mar. 8:27; Luc. 9:18). La respuesta de los discípulos no descubre vacilación alguna: Jesús es a sus ojos EL CRISTO, EL HIJO DEL DIOS VIVIENTE (Mat. 16: 16, 17). Este título de HIJO DE DIOS, aplicado al Salvador en sentido absoluto y que le es exclusivamente propio, se encuentra por lo demás frecuentemente en los sinópticos. (Mar. 1:1; Mat. 3:17; Mar. 1:11; Luc. 3:22; Mat. 17:5; Mar. 9:7; Luc. 9:35; Mat. 26:63, 64; Mar. 14:61, 62; Mat. 27:54; Mar. 15:39; Luc. 22:70; Mar. 12-:6; Luc. 20:13; Mat. 14:33). Pero la divinidad del Salvador resalta sobre todo, de manera indirecta, en muchos detalles de su conducta. Opone su palabra a la de Moisés (Mat. 5:21, 22); se arroga el derecho de perdonar los pecados (Mar. 2:3-12); ordena a la tempestad (Mat. 14: 24-33). Se presenta a los hombres como el objeto de la fe (Mat. 18:6), y llama hacia sí todas las miserias humanas diciendo: "Venid *a mí*, los que estáis fatigados y cargados" (Mat. 11:28). El amor hacia él es el motivo supremo de las obras de sus discípulos; recibir *en su nombre* a uno de esos pequeños, es recibir a él mismo (Mat. 18:5), más aun, es recibir a Dios que le ha enviado (Luc. 9:48); la causa de la salvación o de la condenación, es el haberle hecho bien en la persona del menor de sus hermanos, o el no haberlo hecho (Mat. 25: 34 y sig.); la desgracia suprema de los reprobados, es el ser forzados a alejarse *de él* (v. 41); las relaciones más sagradas, las más íntimas, de la familia, deben serle sacrificadas en cuanto sean un obstáculo al supremo amor que le debemos. (Mat. 19:29; Mar. 10:29; Luc. 18:29.) "El que ama a su padre o a su madre, a su hijo o a su hija, más que a mí, no es digno de mí." (Mat. 10:37; Luc. 14:26.) Ninguno puede ser su discípulo si no está listo para sacrificar su propia vida *a causa de él.* (Mat. 10:39; Luc. 17:33.) Y obsérvese bien, es el Señor mismo quien enseña eso a sus discípulos, es él quien coloca así la salvación en la consagración a su persona; lo que sería, de parte de cualquier otro, imponer a los hombres una verdadera idolatría. En la grande escena del juicio (Mat. 25), él será el juez del mundo; y, para preparar ese juicio, enviará *sus ángeles*. (Mat. 13:41). Es también en los evangelios sinópticos donde el Salvador glorificado se atribuye la omnipresencia (Mat. 18:20), la omnipotencia (Mat. 28:18) y donde da a los



suyos esta preciosa certidumbre: "Hé aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos." En ninguna parte, ni aun en el cuarto evangelio, revela la plenitud de su divinidad como en la orden suprema que deja a sus discípulos: "Bautizad en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." (Mat. 28:19.) Por último, dos de los primeros evangelistas nos han conservado estas palabras sublimes y profundas que se creería escritas por Juan: "Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quisiere revelar." (Mat. 11:27; Luc. 10:22). Por cierto, si el Cristo del cuarto evangelio es un ser divino, el Cristo de los tres primeros no lo es menos.

Pero, por otra parte, ¿sería verdad que el Cristo del cuarto evangelio no perteneciera a nuestra humanidad sino en apariencia? Para pretenderlo es necesario no tener en cuenta la grande revelación que el autor de este evangelio coloca al principio de todo su escrito: "La Palabra se hizo carne". (1:14). ¿Y no es un verdadero hombre, uno de nosotros, aquel cuyo cuerpo fatigado busca algún reposo al borde del pozo de Jacob? (46). ¿No comparte con nosotros esa turbación del alma, tan dolorosa en las grandes pruebas? (12:27). Se estremece en su espíritu al ver los estragos que la muerte hace en nuestra humanidad y las lágrimas que hace derramar (11:33). Lágrimas que él mismo derrama, y es imposible no reconocer con emoción su completa humanidad en estas dos palabras: "Jesús lloró." (11:35). ¿Quién pues, por último, es el que sufre y muere sobre la cruz? El hombre semejante a nosotros. No, no hay dos Cristos en el nuevo testamento; el Cristo de los sinópticos y el Cristo de Juan son un solo y mismo Cristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre, el Salvador del mundo. Son, eso sí, dos aspectos del mismo ser que se completan necesariamente uno a otro. La vida, a la vez divina y humana, de Jesucristo es demasiado grande, demasiado elevada, demasiado rica para que ningún hombre pudiera concebirla y describirla entera. Cada uno de los evangelistas ha recibido la impresión de ella y se ha esforzado en reflejar algunos rayos de su gloria. De ahí, entre ellos, las diversidades que hallan su armonía en la unidad viviente de la grande figura del Hombre-Dios.

B. *Objeciones relativas a la persona del presunto autor.* Responderemos brevemente que no hay que exagerar las tendencias judaizantes del hijo de Zebedeo. No había pasado dos años y medio en la sociedad íntima de Jesús sin que sus ideas hubieran sido modificadas. Debió sin duda sufrir una transformación profunda para

llegar a concebir y a escribir nuestro evangelio; pero esa transformación no tiene nada de imposible para quien cree en la acción efectiva del espíritu de Dios. (Véase precedentemente, p. 22). En el pasaje Gál. 2:1-6, Juan no tiene la actitud intransigente que se le atribuye. Pablo no dice que fueron los doce quienes exigieron la circuncisión de Tito; a los "falsos hermanos" debió resistir; y añade: "Habiendo reconocido la gracia que me había sido dada, Jacobo, Cefas y Juan me dieron... la mano de compañía". (v. 3). El hombre que reconocía la gracia concedida al apóstol de los gentiles, que le tendía la mano de compañía, y veía con gozo el evangelio de la salvación gratuita anunciado a los paganos, ¿puede acaso ser tachado de estrechez judaica? Como los doce, practicaba aún la ley; pero, cuando la ruina de Jerusalén le hubo dado la señal de la abrogación de las instituciones teocráticas, y después que hubo vivido largos años en el seno de las iglesias de Asia Menor, fundadas por Pablo y herederas de su espíritu, ¿no podía haber llegado al punto de vista universalista y espiritual que supone su evangelio? ([1]).

La dificultad suscitada por la disputa respecto a la fiesta de pascua puede resolverse fácilmente, aun si no se admite con Wieseler, Tholuck, Ebrard, Luthardt, Zahn y nuestra primera edición que el cuarto evangelio, de acuerdo con los sinópticos, coloque la muerte de Jesús en el 15 de Nisán y la última cena en el 14. Se puede escoger entre dos suposiciones: 1º Los cristianos de Asia Menor celebraban el 14 de Nisán como día fijado por la ley, sin relacionarlo con ningún recuerdo de la pasión. 2º Festejaban en ese día el aniversario, no de la institución de la Cena, sino de la muerte de Jesús, el verdadero "cordero de Dios". Se encontraban pues de acuerdo con la cronología más probable de nuestro evangelio.

En cuanto a la objeción que se saca del Apocalipsis contra la autenticidad del cuarto evangelio, no entraremos aquí en esa cuestión compleja. Remitimos al lector a nuestra Introducción al Apocalipsis, vol. IV de la presente obra. (Comp. también la Introducción de M. Godet a su Comentario sobre Juan, 3ª edic., p. 310 y siguientes).

---

(1) M. Bovon ha caracterizado este desarrollo del apóstol en una página que nos parece demostrar una observación psicológica muy justa. Según él, el papel oscuro de Juan, en la primera mitad del período apostólico, se explicaría por la lucha que hacían en el alma de este discípulo el viejo espíritu judaico y los gérmenes de espiritualismo que habían sido implantados en ella por las palabras de Jesús. (*Teología del Nuevo Testamento*, I, p. 162-166.)



A pesar de todas esas objeciones, creemos en la autenticidad de nuestro evangelio; se dará siempre testimonio a sí mismo, para todo espíritu no prevenido, y para todo corazón recto. Por eso queremos concluir con estas palabras del primer exégeta de nuestra época, H. A. W. Meyer: "La prueba interna del origen apostólico de este libro nos es suministrada, ante todo, por su carácter grandioso e ideal: se presenta a nosotros como el *evangelio espiritual* (Clemente de Alejandría); revestido de tanta sencillez, profundidad y verdad, que parece imposible considerarlo como una ficción y ver en él una composición tardía, sobre todo si se lo compara con las producciones de los escritores cristianos del segundo siglo. Una creación semejante, que en nada imita los primeros evangelios, no es de un poeta posterior, sino en efecto de un testigo ocular que da lo que ha recibido. Se siente latir en él "el corazón de Cristo" según el nombre que Ernesti tan justamente ha dado al libro mismo. (*Handbuch über das Evangelium des Johannes,* Introd. de la edic., p. 22).

## IV

## FIN Y PLAN

1. *El fin.* ¿Cuál ha sido el fin de Juan al escribir su evangelio? Los exégetas han dado a esta pregunta respuestas muy diversas. Primeramente, como es evidente que el apóstol ha conocido los tres primeros evangelios y en todas partes los supone (2:12; 3:24; 11:1, 2; 18:24), como sin embargo no relata sino un corto número de hechos referidos por ellos, y se complace en tomar de su recuerdo materiales diferentes, muchos comentadores, desde los padres de la iglesia hasta nuestros días, han pensado que el fin de Juan era *completar* los relatos de sus predecesores. Otros, atribuyéndole una intención *polémica,* creen que ha querido refutar errores que ya se habían introducido en la iglesia. Y en cuanto a los adversarios de la verdad que habría tenido en vista, la imaginación de los padres, como de los sabios modernos, se ha ejercitado en descubrir en nuestro evangelio golpes dirigidos contra todas las herejías entonces existentes. Cerinto, los gnósticos, los docetas, los ebionistas, los discípulos de Juan el Bautista, etc., habría tenido sucesivamente el honor de ser combatidos por el apóstol. En cuanto a los autores que, no viendo en nuestro evangelio sino un tratado de teología, atribuyen a Juan un fin puramente *especulativo,* desconocen el carácter histórico de su escrito. No hemos de tener

en cuenta su punto de vista. ¿Pero qué hay de verdad en las dos primeras aserciones? ¿Completar los evangelios sinópticos sería el fin que Juan ha propuesto? Quizás, si se entiende por ello que ha procurado poner en plena luz la revelación de la Palabra eterna en la persona de Jesucristo, lo mismo que el lado más íntimo, más espiritual, más profundo de su enseñanza. Pero no, si se pretende que ha querido solamente llenar los claros de los otros; pues jamás entonces habría alcanzado su evangelio la viva y armónica unidad que lo distingue; y por otra parte, el autor no habría repetido ciertos hechos ya relatados por los sinópticos. (1:23 y sig.; 4:44; 6:1-22; 12:1 y sig.; 13:21 y sig. 18:15 y sig.). Intenciones polémicas se encuentra ciertamente en la primera epístola de Juan; pero si existen también en nuestro evangelio, no se manifiestan sino indirectamente, a menos que, según la observación de Neander, el refutar errores por una exposición luminosa de la verdad sea hacer controversia.

¿Por qué, por otra parte, discutir tan largamente el fin que se ha propuesto el evangelista, cuando él mismo lo ha designado del modo más claro? Al terminar su evangelio (20:30, 31), el autor afirma dos cosas: 1º que "Jesús ha hecho en presencia de sus discípulos muchas otras señales, que no están escritas en este libro, "ha hecho pues una selección en la vida tan rica del Salvador, y no ha querido repetir lo que estaba escrito en otra parte. 2º Afirma que su evangelio es escrito "para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre". En efecto, Jesús, el CRISTO (el Ungido, el Mesías). Jesús el HIJO DE DIOS, tal es el objeto de la fe que Juan presenta a sus lectores, desde el primero hasta el último versículo de su libro; y esa fe es la vida del alma, la vida eterna: "a fin de que *creyendo* tengáis *la vida* en su nombre." Tal es el fin grande y santo que se había propuesto el apóstol, y ese fin resalta, en efecto, de cada página de su evangelio. "Cuenta, dice M. Godet, la historia del desarrollo de su propia fe y de la de los otros apóstoles desde el día en que los dos discípulos de Juan el Bautista reconocieron en Jesús *al Cristo* (cap. 1), hasta aquél en que Tomás lo adoró como su Señor y *su Dios* (cap. 20). Son éstos el punto de partida y el de llegada. El relato comprendido entre esos dos términos no hace sino conducir del uno al otro; y este solo hecho basta para iluminarnos acerca de su fin." (*Comentario*, I, 6. 361).

2. *El plan.* Sería inútil referir aquí los numerosos ensayos hechos por los comentadores para darse cuenta de la marcha seguida por el evangelista. Primeramente, se ha buscado su bosquejo en los detalles externos de su libro, como la cronología, los lugares donde Jesús ejercía su ministerio, y sobre todo las diversas fiestas a que Jesús asistía en Jerusalén. De Wette ha sido el primero en comprender que el evangelista sigue un plan determinado por los hechos internos. Su fin, se acaba de ver, era producir la fe en el Salvador. En consecuencia, todo su relato se mueve entre los dos términos de este gran contraste, la fe y la incredulidad; la fe de los que abrazaban con confianza y amor al Salvador que se ofrecía a ellos, la incredulidad de los que le rechazaban. Así se verifica, desde el prólogo y a través de todo el relato, este pensamiento temible expresado por el apóstol Pablo: el evangelio es para unos olor de vida para la vida; para otros, olor de muerte para la muerte. (2 Cor. 2:16).



Sea cual fuere, pues, la división del evangelio que se adopte, siempre se verá reproducirse, en cada página, este gran contraste. Todo el libro podría resumirse en estas tres grandes partes: el Hijo de Dios manifestándose 1º al mundo (1-12); 2º en el círculo íntimo de sus discípulos (13-17); 3º por su muerte y su resurrección. (18-21). Pero, para obtener una vista de conjunto más detallada, lo dividiremos del modo siguiente:

PRÓLOGO. Cap. 1-18. *La Palabra* en sus relaciones con Dios y con el mundo (v. 1-5); la Palabra rechazada por la incredulidad y recibida por la fe (v. 6-13); la Palabra hecha carne, objeto de la experiencia de los creyentes (v. 14-18).

PRIMERA PARTE. Cap. 1:19 a cap. 4. Jesús, introducido por Juan el Bautista, se presenta como *el Hijo de Dios* a sus primeros discípulos, en Jerusalén y en Judea, en Samaria, en Galilea.

SEGUNDA PARTE. Cap. 5-12. *el Hijo de Dios y los judíos.* Los judíos, llamados a creer en el Hijo de Dios, en Jerusalén (cap. 5), luego en Galilea (cap. 6). luego nuevamente en Jerusalén (cap. 7-12), permanecen en su mayor parte incrédulos y se endurecen en su oposición al Cristo. A ese desarrollo de la incredulidad corresponde un desarrollo de la fe en los adictos a Jesús.

TERCERA PARTE. Cap. 13-17. *el Hijo de Dios y los suyos.* Rechazado por su pueblo, Jesús queda solo con sus discípulos; sus actos y sus discursos, durante esa última tarde, en el aposento alto, después de haber provocado la partida del traidor, fortalecen la fe de los demás discípulos. Jesús los recomienda a su Padre en una suprema intercesión.

CUARTA PARTE. Cap. 18-20. *Desenlace del drama.* La incredulidad de los judíos y la fe de los discípulos llegan ambas a su consumación, el pueblo de Dios rechazando al Mesías y firmando así su caída (19:15, 16); los discípulos llegando a la convicción de que Jesús ha resucitado (20:8) y saludándole con Tomás como "su Señor y su Dios". (20:28).

APÉNDICE. Cap. 21. Jesús resucitado concede a sus discípulos una pesca milagrosa (v. 1-14). Rehabilita a Pedro, le anuncia el martirio y emite sobre el porvenir del "discípulo al que amaba" una predicción que fué mal comprendida y que el autor rectifica (15-23). El evangelio concluye por una atestación de su autenticidad. (v. 24).

Bien que este análisis difiere en diversos puntos del de M. Godet, podemos concluir con este sabio, nuestro amigo, a quien tenemos a menudo ocasión de citar: "Esta exposición bastaría para apartar toda hipótesis contraria a la unidad del relato. El cuarto evangelio es en efecto, según la expresión de Strauss, «la túnica sin costura sobre la cual se puede echar la suerte, pero que no se podría dividir». Es el cuadro admirablemente graduado y matizado del desarrollo de la incredulidad y de la fe en la Palabra hecha carne" (*Comentario*, I, p. 104).

---

# EVANGELIO SEGUN JUAN

---

## P R Ó L O G O

1-18. — 1º *La Palabra en sus relaciones con Dios y con el mundo.* En el origen de todas las cosas la Palabra existía, estaba en relación viviente con Dios, y era Dios. Por ella existen todas las cosas; en ella estaba la vida, esa vida que es la luz de los hombres; pero la humanidad rebelde rechaza esa luz (1-5). — 2º *La Palabra rechazada por la incredulidad, pero recibida por la fe.* Bien que fuera precedida del testimonio de Juan el Bautista; que hubiera una relación natural entre ella y todo hombre; que el mundo hubiera sido hecho por ella y que viniera al pueblo que había sido preparado como casa suya, no obtuvo ni del mundo ni de ese pueblo la acogida que se podía esperar. Pero a los que la recibieron les concedió el ser hechos hijos de Dios; a los que han nacido, no de la carne, sino de Dios (6-13). — 3º *La Palabra hecha carne, objeto de la experiencia del creyente.* La Palabra ha sido hecha carne y ha morado entre nosotros, llena de gracia y de verdad; el evangelista y los creyentes sus contemporáneos han contemplado su gloria de Hijo único venido del Padre; Juan el Bautista lo atestó y el evangelista enumera todo lo que han recibido de Jesucristo, el Hijo único en quien Dios se ha revelado (14-18).

1 En el principio [1] era la Palabra [2]; y la Palabra era con Dios [3];

1. Mientras los otros evangelistas empiezan su narración con la venida de Jesucristo a este mundo, o su entrada en el ministerio, Juan remonta, con vuelo de aguila, más allá del tiempo, para tomar al Salvador en su eterna preexistencia, luego nos muestra en Jesús de Nazaret *la Palabra hecha carne* (v. 14). Es éste el tema del "prólogo" de su evangelio. (v. 1-18). Este trozo se divide naturalmente en tres partes: en la primera (v.1-5), el autor, elevándose al origen de todas las cosas, nos presenta la Palabra en sí misma y en su relación primordial con Dios; luego nos describe sus relaciones con el mundo en general y su acción sobre la humanidad rebelde. En la segunda parte (v. 6-13), el autor caracteriza la acogida que los hombres, y especialmente el pueblo elegido, hicieron a la Palabra, cuando, anunciada por Juan el Bautista, apareció en Jesucristo. Rechazada por el pueblo que habría debido recibirla, ella dió a los que la recibieron, y que, por la fe, nacieron de Dios, el poder de tornarse en hijos de Dios. Esta experiencia de los creyentes es expuesta en la tercera parte: la Palabra hecha carne ha habitado entre los que creyeron en ella. Es necesario observar además que el último pensamiento de la primera parte

(v. 5) es el tema de la segunda parte (v. 6-13), e igualmente el pensamiento final de la segunda parte (v. 13), es desarrollado en la tercera (v. 14-18). Juan nos eleva así como en una espiral. No creemos que el prólogo siga un plan histórico. El v. 5 nos muestra ya en términos generales a Jesús aparecido en carne y rechazado por los hombres que le hicieron morir. Y la segunda parte (v. 6-13) no tiene por tema, como se ha pretendido, el papel del Cristo preexistente bajo el antiguo pacto; en efecto, empieza por el testimonio de Juan el Bautista (v. 6), que, lo mismo que en los sinópticos (Mar. 1:1), abre la historia evangélica; no se podría tomar aquí a Juan el Bautista como el representante de los profetas, sin caer en lo arbitrario. Y además esa segunda parte termina por la afirmación de que "la Palabra dió a los que la rcibieron el poder de tornarse en hijos de Dios, los cuales no han nacido de la voluntad de la carne, sino de Dios"; estas últimas palabras nos llevan al terreno del nuevo pacto. Las primeras palabras del evangelio de Juan: *En el principio era la Palabra*, recuerdan las primeras palabras del Génesis; y no se trata de una sencilla semejanza en los términos, sino de una profunda analogía. Si el Génesis cuenta la creación del universo, el evangelio describe la creación nueva de un mundo moral. En su prólogo, Juan remonta al origen de todas las cosas para mostrarnos al Autor de esa doble creación. En efecto, si las palabras: *en el principio* no llevan el pensamiento más allá de la primera creación, Juan no dice sin embargo que la Palabra misma fuera entonces creada, sino que ella *era* en el momento en que todas las cosas fueron creadas, que es anterior a toda la creación, por consiguiente al tiempo mismo (véase Prov. 8:23; Juan 17:5; Ef. 1:4); pues bien: eso es designar la eternidad. Si el pensamiento de la eternidad no estuviera implicado en los términos mismos de que se sirve el evangelista, se presentaría como una consecuencia de la naturaleza divina atribuída a la Palabra. Y, por lo demás, esta idea de la preexistencia eterna del Hijo de Dios no es una especulación metafísica del apóstol, sino una verdad religiosa claramente enseñada en todo el nuevo testamento (Col. 1:17; 1 Juan 1:1; Apoc. 3:14; Comp. Míqueas 5:1), y que resulta de muchas declaraciones de Jesús mismo, en nuestro evangelio (6:62; 8:58; 17:5,24).

2. *La Palabra.* Es necesario dejar a este término su acepción primera, ordinaria. Refiriendo su pensamiento al principio del Génesis (nota precedente), Juan afirma (v. 3) que toda la creación ha sido obrada por la Palabra, expresión de la voluntad y del poder de Dios. "El término de *Palabra*, no menos que el de *en el principio*, sirve para recordar el relato del Génesis; hace alusión a ese: *y Dios dijo*, ocho veces repetido, que es como el estribillo de ese magnífico poema. Todos esos *decires* de Dios, los reúne Juan como en una Palabra única, viviente, dotada de inteligencia y de actividad, de la cual emane cada una de esas órdenes particulares. En el fondo de esas palabras divinas habladas, él descubre la palabra divina que habla. Pero, mientras aquéllas resuenan en el tiempo, ésta existe por encima y fuera del tiempo." *Godet* ¿Cómo fué Juan llevado a concebir como una persona esa Palabra eterna, por la cual tuvieron lugar la creación y todas las revelaciones divinas? El antiguo testamento, comprendido a la luz de las enseñanzas de su Maestro, le suministró esa idea. Muchos de sus datos conducen en efecto a la noción



de la Palabra que hallamos en nuestro evangelio. 1º En una serie de pasajes, la Palabra del Eterno es objeto de personificaciones más o menos poéticas: por ella han sido hechos los cielos (Sal. 33:6); la envía Dios a los que están en angustia, y "ella los sanó" (Sal. 107:20); a ella envía Dios sobre la tierra y "corre con rapidez" (Sal. 147:15); ella, "saliendo de la boca de Dios, ejecuta su voluntad y lleva a buen término aquello a lo que la envió." (Isa. 55:11). En los libros de los profetas, la Palabra del Eterno es presentada como el órgano de las revelaciones divinas: Jer. 1:4,11; Isa. 2:3; Ezeq. 1:3. Desde la cautividad, los doctores judíos consideran esas acciones atribuídas a la Palabra divina como la obra de un agente permanente y personal al que nombran la *Memra* (Palabra) de Jehová. 2º En Prov. 8 y 9, la *Sabiduría* divina se presenta a los hombres, hablando, obrando como un ser personal: "El Eterno me poseía desde el principio, antes de sus obras; fuí establecida desde la eternidad, antes del origen de la tierra". (v. 22,23). "Cuando él disponía los cielos, allí estaba yo." (v. 27; comp. sobre todo v. 28-31). La misma noción de la sabiduría personificada se ha desarrollado más tarde entre los judíos, como se ve por diversos pasajes de los libros apócrifos (Eclesiástico 1:1-10; 24:1 y sig.; véase sobre todo Sabiduría 7:7 y los cap. 10 y 11). 3º Dos verdades, en apariencia contradictorias, son enseñadas en toda la escritura: por una parte, Dios el Dios invisible inaccesible jamás se ha manifestado a los hombres. "Nadie vió jamás a Dios" (v. 18); ningún hombre puede verle y vivir (Ex. 33:20; comp. 1 Tim. 6:16). Por otra parte, la Biblia relata en todas las épocas de la historia de Israel diversas teofanías o apariciones de Dios a sus siervos. ¿Cómo se concilia esa contradicción? Por la manifestación de un ser misterioso que es llamado "el ángel del Eterno" (Gén. 22:15), o "el ángel de su rostro" (Isa. 63:9) o también "el ángel del pacto" (Mal. 3:1) y que, no solamente se revela a los hombres de parte de Dios, sino que recibe muy frecuentemente el nombre sagrado y exclusivo de Jehová, el Eterno. Así, el ángel del Eterno aparece a Agar en el desierto y le dirige la palabra (Gén. 16:7), y en el v. 13 Agar "llamó el nombre del Eterno que le hablaba: *Tú eres el Dios que me ve*". Esa misma revelación divina por el ángel que se llama el Eterno es a menudo referida en la escritura. (Gén. 19:1 y sig.; 22:15,16; 31:11-13; 32:24-30; comp. Os. 12:4,5; Ex. 3:2-5; 4:5; 14:19-24; Juec. 6:11-14, etc.). *Mi nombre está* en él, dice el Eterno hablando del ángel que enviaba delante de Israel (Ex. 23:20-21), es decir que él era la manifestación de la esencia divina misma. Por último, el postrero de los profetas anuncia en estos términos la aparición definitiva sobre nuestra tierra de ese gran revelador de Dios: "He aquí, yo envío mi mensajero: él preparará el camino delante de mí e inmediatamente entrará en su templo el señor (*Adonai*) que vosotros buscáis, el ángel del pacto que deseáis." (Mal. 3:1). Las dos verdades contradictorias que acabamos de señalar son así conciliadas, y nuestro evangelista, que está compenetrado de ambas, nos muestra su sublime acuerdo en estas palabras: "Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único, que está en el seno del Padre, él nos le hizo conocer". (v. 18; comp. 5:37-39; 6:45) Sabemos ahora por qué llama Juan la *Palabra* a Aquel por quien el Dios invisible se ha manifestado siempre al mundo, ya en la creación, ya en sus revelaciones sucesivas, ya por último en la redención de nuestra humani-

2, 3 y la Palabra era Dios[4]. Ésta era en el principio con Dios[5]. Todo
por medio de ella fué hecho, y sin ella no fué hecha ni una cosa
4 que hecha esté[6]. En ella era la vida, y la vida era la luz de los

dad. Y se concibe que viva luz proyecta este hecho sobre todas las escrituras, que nos aparecen así en su plena armonía. Juan ha tomado pues del antiguo testamento su noción de la Palabra (gr. *Logos*). Si, del hecho de que esta voz era entonces usada en las escuelas de la filosofía alejandrina y se halla a menudo en los escritos de Filón, se quiere inferir que Juan la ha tomado de ese filósofo, no hay por qué negarlo absolutamente. Pero si lo ha hecho, ha sido para rectificar las nociones falsas que ese término cubría, y poner la verdad divina en lugar de las especulaciones metafísicas de su época. Así es como Pablo tomaba de la filosofía de su tiempo esa importante palabra de *sabiduría*, de que estaba tan orgullosa a fin de mostrar su locura añadiendo con santo atrevimiento: "Pero predicamos sabiduría entre perfectos, sabiduría que no es de este siglo sino sabiduría de Dios." (1 Cor. 2:6).

3. *Con Dios;* la preposición que traducimos así no significa solamente que la Palabra estaba *junto a* Dios, en su sociedad; nos la presenta en un movimiento constante *hacia* él, realizando con él la comunión viviente e íntima del amor. Este matiz se halla nuevamente en el v. 18: "el Hijo único que está en el seno del Padre." Juan emplea la misma preposición en su primera epístola (1:2), hablando de "la vida eterna, que estaba *junto al* Padre y que nos ha sido manifestada." (Comp. 2 Cor, 5:8). Por esta segunda sentencia, el evangelista establece una distinción entre la *Palabra* eterna y *Dios*, y esto en el momento de declarar que esa Palabra era Dios.

4. *La Palabra era Dios;* no hay nada que explicar en esta declaración solemne; no hay más que recibirla en toda la plenitud de su significado; atribuye a la Palabra todos los caracteres y todas las perfecciones de la esencia divina. Es verdad que aquí la palabra *Dios* no tiene artículo, de que está habitualmente precedida; esta omisión se imponía, ya porque el vocablo desempeña en la frase el papel de atributo, ya sobre todo porque escribiéndola con el artículo, Juan habría identificado la Palabra y Dios, y borrado la distinción que acababa de hacer al decir: "La Palabra era con Dios." Hay algo de majestuoso en la gradación de las tres sentencias de este versículo, la primera de las cuales enseña la preexistencia eterna de la Palabra, la segunda su relación única con Dios, la tercera su divinidad. La misma solemnidad se encuentra en este término tres veces repetido: *la Palabra, y la Palabra, y la Palabra.*

5. *Aquélla,* esa misma Palabra, *era...* Juan repite en este versículo lo que ha dicho de la preexistencia eterna de la Palabra y de su relación con Dios: prepara así lo que va a exponer (v. 3) del papel de la Palabra en la creación del mundo. Para tener esa potencia creadora que solamente pertenece a Dios, era necesario que la Palabra poseyera realmente todos los atributos divinos que le son conferidos desde la primera línea del evangelio.

6. Gr. *todo llegó a ser por ella y ni una de las cosas que son ha llegado a ser sin ella.* Traducción de M. Godet, que hace observar que el verbo *llegar a ser* tres veces repetido, en



5 hombres[7]. Y la luz en las tinieblas brilla, y las tinieblas no la
comprendieron[8].

griego, forma un contraste con los *era* de los v. 1 y 2 (Comp. 8:58). Aquí se encuentra por primera vez esta particularidad del estilo de Juan, a quien agrada expresar el mismo pensamiento primeramente en forma de afirmación, luego en forma de negación. (Véase, por ejemplo, v. 20). Al declarar que *todas las cosas* han sido creadas por la Palabra, importaba al apóstol excluir toda excepción. Como en el v. 1, hace ciertamente alusión a las primeras palabras del Génesis. Se encuentra, por lo demás, en perfecto acuerdo con otros escritores del nuevo testamento, que dan la misma idea de un modo más explícito aún. (Col. 1:16; Hebr. 1:2; comp. Sal. 33:6). *Por ella* no significa que la Palabra sólo haya sido el instrumento de la creación (véase v. 4), pues la misma preposición es empleada cuando se trata del papel de Dios mismo en la creación. (Rom 11:36; Hebr. 2:10). Pablo dice semejantemente hablando de Cristo que "todas las cosas fueron creadas *en él, por él* y *para él.*" (Col. 1:16,17). Si los apóstoles aplican los mismos términos ora al Padre, ora al Hijo, es porque el Hijo no obra sino en perfecta comunión de voluntad y de amor con el Padre. Desde los tiempos más antiguos se ha discutido sobre la puntuación del fin del v. 3 (texto griego), *A, C, D,* las vers. sir., Orígenes, Ireneo, conectan las palabras *lo que hecho está* a la primera proposición del v. 4. Editores modernos, Lachmann, Westcott & Hort, adoptan esa puntuación. La traducción más probable es entonces: "lo que hecho está era vida en ella" (la Palabra). Como observa Weiss, sería necesario el presente: *es* vida en ella. *Sin. D. Itala,* presentan en efecto esta lección. Pero el pensamiento así expresado no tiene paralelo en nuestro evangelio. Juan habría dicho solamente: "*tenía* (o *tiene*) vida en ella." Por estas razones exegéticas, la mayor parte de los intérpretes conectan las palabras *lo que hecho está* al v. 3. No constituyen repetición ociosa, pues el perfecto *lo que hecho está,* tiene en griego el sentido de un presente: lo què, habiendo llegado a ser, existe actualmente.

7. Juan acaba de decir: *Por ella fué todo hecho;* ahora escribe: *En ella era la vida.* "Hay aquí doble gradación: primeramente, de la idea de *existencia* a la de *vida,* luego del "*por* él" al "*en* el". *Godet.* La segunda expresión, más íntima, más profunda, más completa nos hace comprender mejor la declaración del versículo, precedente y prepara la que sigue. La palabra *vida* está sin artículo. Weiss piensa que el autor reanuda la descripción de la naturaleza de la Palabra (v. 1,2) para preparar lo que va a decir de su acción iluminadora. (v. 4b.-5). La *vida* sería, según él, la vida de la Palabra misma, y limita el alcance de este término a la vida espiritual que la Palabra posee por su comunión con Dios e imparte a los que la reciben. Parece sin embargo más natural admitir, con la mayor parte de los intérpretes, que hay progreso en la exposición y no retroceso y que Juan continúa caracterizando la obra de la Palabra. No hay por qué restringir aquí el alcance de la palabra *vida.* La ausencia del artículo muestra que se trata de la vida en el sentido más indeterminado: *toda vida* era en la Palabra y manaba de ella como de su fuente. (5:26; 1 Juan 5:11). Pero la *vida,* cuya fuente es la Palabra, se

torna en *luz* para las criaturas inteligentes y morales: *la vida era la luz de los hombres.* Después de haber descrito la Palabra en sí misma, en su relación con Dios y en su relación con el mundo, Juan nos la muestra en su relación con nuestra *humanidad.* El término profundo y muy rico de *luz* no es una noción enteramente intelectual: la razón, ni una noción puramente moral: la santidad o la salvación. Cuando Juan escribe: "Dios es luz y no hay en él tinieblas" (1 Juan 1:5), o cuando Jesús dice: "Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no andará en tinieblas (Juan 8:12; 9:5; 12:46), ese término de *luz*, opuesto al de *tinieblas*, designa al mismo tiempo la perfección moral y la claridad que ella comunica al entendimiento. Para el hombre que la recibe, la *luz* es la verdad divina que ilumina su alma y derrama en ella el conocimiento de Dios por la Palabra. Pero ese conocimiento no es jamás puramente intelectual; es inseparable de la vida moral que él crea y mantiene en el corazón; crece o disminuye y se extingue con ella. Es lo que resulta de la relación que Juan establece entre la vida y la luz. Primeramente la vida, y por ella la luz, tal es el orden del reino de Dios y de la experiencia cristiana. Pero, ¿cuándo la vida *era* así realmente la luz de los hombres? Esos verbos en pretérito, *era* la vida, *era* la luz, no expresan una simple posibilidad y no solamente sirven a caracterizar el estado normal. En su contraste con el presente *alumbra* (v. 5), designan un momento determinado del tiempo y nos transportan al día siguiente de la creación (v. 3), a la mañana luminosa y pura de la existencia humana, en que el hombre creado a la imagen de Dios, en comunión con él, recibía de él la vida y la luz. El pecado no había aún esparcido en su alma las tinieblas que resistirían la claridad de arriba. Entre los v. 4 y 5, supone Juan evidentemente el hecho trágico de la caída, sin el cual la presencia de las *tinieblas* sería incomprensible.

8. A pesar de la aparición de las *tinieblas* que han invadido la humanidad, la *luz* no ha cesado de proyectar sus rayos salutíferos; insiste en *brillar, alumbrar* (verbo gr. en activo) esta humanidad en *tinieblas;* pero, a consecuencia del obscurecimiento moral, la humanidad resiste a la acción de la luz: *las tinieblas no la recibieron.* No se debe limitar, con algunos intérpretes, esa acción de la luz a las revelaciones concedidas al pueblo judío en el antiguo pacto; pues el verbo en presente, *alumbra, brilla,* no convendría para designar un hecho perteneciente por completo al pasado. Juan habla de modo general de los rayos de luz con que la Palabra eterna continúa iluminando al mundo, aun en su estado de caída, en todo tiempo y lugar (v. 9, nota). Los medios naturales de esa iluminación son, por una parte, la contemplación de las obras de Dios en la creación (Rom. 1:20) y, por otra, las advertencias de la conciencia, esa ley escrita en los corazones (Rom. 2: 14, 15). Estos medios, con el auxilio de la Palabra eterna que los emplea, bastarían para volver los hombres a Dios, si estuvieran en estado normal; bastan por lo menos para hacerlos "inexcusables" (Rom. 1:20) por resistir a las solicitaciones de esa luz. *No la recibieron,* dice el evangelista con tristeza. Expresa así la experiencia de los siglos, sin detenerse en las raras excepciones de esos hombres que, de tiempo en tiempo, se han elevado, por sus luces, muy por encima de sus semejantes. Aunque haya grados diversos en el obscurecimiento de la inteligencia y del corazón (Ef. 4:18), todos, aun los mejores han



6 Apareció un hombre, enviado de Dios; su nombre Juan [9]. És-
7 te vino por testimonio, para que testificara sobre la luz, para que
todos creyeran por medio de él [10].
8 No era él la luz, sino para que testificara sobre la luz [11].
9 Existía la luz verdadera, que ilumina todo hombre que viene al

quedado más o menos bajo la influencia de esas tinieblas en el seno de las cuales brilla la luz. (v. 10, 11). Si esta explicación es la primera que se presenta al espíritu y permanece la más natural, no se debe excluir —tan general es la declaración del apóstol— la venida de Jesucristo a este mundo, de que se va a tratar. (Comp. 1:1, nota primera).

9. Después de haber dicho lo que era la Palabra divina, creadora, vida y luz de los hombres (v. 1-4), y cómo no ha sido recibida a causa de las tinieblas que reinan en el mundo, el evangelista prosigue su exposición, transportándonos al momento más trágico de esa lucha de la luz con las tinieblas: precedida y anunciada por el solemne testimonio de Juan, la Palabra viene al seno del pueblo que había sido preparado para recibirla; es rechazada por él, pero ella se forma un nuevo pueblo, constituído por los que reciben de ella por la fe el poder de tornarse en hijos de Dios. (v. 6-13.) La expresión *enviado de Dios* recuerda la profecía del Mal. 3: 1; 4:5, de donde es tomada. El precursor *apareció* (gr. llegó a ser); este término, que indica un hecho histórico, un acontecimiento, es el mismo de que se sirve Marcos. (1:4.)

10. *Éste vino en testimonio* (o *por testimonio), para que testificara acerca de la luz.* El hecho de este testimonio es tan importante a los ojos del evangelista, que lo menciona desde luego sin indicar sobre qué versaba el testimonio (*vino por testimonio);* luego añade: a fin de dar testimonio *de la luz.* Juan debía anunciar lo que había recibido por revelación divina (Luc. 3:2), y aquello de que había sido testigo ocular. (Juan 1:33, 34). El objeto del testimonio de Juan era que *todos creyeran* (en la *luz*) *por él,* por intermedio de Juan. Tal era la intención de Dios en su misericordia; y el testimonio de Juan era bastante claro, bastante poderoso, para que esa intención hubiera sido realizada en todos, si la mayor parte no hubieran sido retenidos lejos de la fe por la dureza de sus corazones. Sin embargo, muchos creyeron, y los más eminentes discípulos de Juan se hicieron discípulos de Jesús.

11. Aunque Juan el Bautista era el mayor de los profetas, y Jesús mismo le llama "la lámpara que arde y que alumbra" (5:35), él no era *la luz;* su papel se reducía a *dar testimonio de la luz.* Se ha visto en estas palabras del evangelista una intención de polémica contra los discípulos de Juan que no habían creído en Jesús. (1.20; 3:25 y sig.; Actos 19:3,4). Según otros, recordaría la experiencia personal del evangelista, que creyó primeramente haber hallado en Juan la luz que él buscaba, pero que debió reconocer, cuando Juan le hubo dirigido a Jesús, que tampoco Juan era la luz. Por interesantes que sean esas suposiciones, ¿no es más sencillo decir que el evangelisa se propone señalar el verdadero lugar del Precursor en presencia de aquel a quien anunciaba? Aun los mayores profetas no obtienen su luz sino del que es "la luz del mundo"; a él deben ellos glorificar, haciendo remontar todo a él como a su fuente; ellos mismos no pueden sino dar testimonio de la

10 mundo [12]. En el mundo estaba, y el mundo por medio de ella fué

verdad que les ha sido revelada y cuya experiencia han hecho en sus corazones. Juan el Bautista se mantuvo en este papel con admirable humildad. (v. 33, 34; 3:28-30).

12. El testimonio de Juan no era el único hecho que habría debido producir una acogida favorable a la Palabra: una relación primordial la unía a cada hombre y al mundo en su conjunto (v. 9 y 10), y, por otra parte, el medio en que ella apareció había sido especialmente preparado para ella (v. 11ª). La Palabra, aquella luz de la cual debía Juan dar testimonio (v. 8), *era la verdadera luz* (comp. v. 4) *que ilumina a todo hombre*. La palabra *verdadera*, expresión característica del cuarto evangelio, no designa propiamente lo que es *verdadero* por oposición a lo falso, sino más bien la calidad de lo que responde perfectamente a su idea y que realiza su esencia. (4:23; 6:32; 7:28; 15:1; comp. 1 Juan 5:20.) La Palabra es llamada *verdadera* luz por contraste con la luz que esparcía Juan el Bautista y que no era más que un reflejo de la verdadera luz manifestada en Cristo. (v. 8). Esta luz divina *ilumina* (débese observar el verbo en presente) *a todo hombre*. Se trata de esa iluminación universal e interior (v. 4, nota) que la Palabra eterna procura al hombre creado a la imagen de Dios y por la cual es llevado a sentir la necesidad de un Salvador y a reconocerle cuando le es presentado. "El evangelista se detiene principalmente en este punto, en mostrar por el efecto, que cada uno de nosotros siente en sí, que Cristo es la luz... Esta luz ha derramado de sus rayos generalmente sobre todo el género humano. Pues sabemos que los hombres tienen esto de singular por sobre los demás animales, que están dotados de razón y de inteligencia, que llevan la diferencia entre el bien y el mal grabada en la conciencia. Pero... recordemos que aquí solamente se habla de la luz común de la naturaleza, que es cosa mucho menor que el don de la fe: pues no hay hombre, sea cual fuere, que con toda la sutileza y vivacidad de su entendimiento pueda penetrar hasta el Reino de Dios... Además recordemos que la luz de la razón, la cual había Dios puesto en los hombres, ha sido de tal modo obscurecida por el pecado, que apenas se ven relucir algunas pequeñas chispas, y aún esas muy pequeñas chispas pronto son apagadas." *Calvino*. La mayor parte de los comentadores actuales separan las palabras *viniendo al mundo* de las palabras *todo hombre*, que, en el texto, las preceden inmediatamente. Hacen de aquéllas el atributo de la proposición, y traducen: *la verdadera luz venía* (gr. *estaba viniendo) al mundo*. Su principal argumento es que la expresión *venir al mundo* es habitualmente aplicada a Cristo y a su encarnación. (3:19; 6:14; 9:39; 18:37.) Hay, sin embargo, un pasaje donde una expresión semejante designa el nacimiento de un hombre cualquiera. (16:21.) Por eso creemos poder referir esas palabras a *todo hombre*, lo único conforme al orden de los términos en el original. Godet que, con Meyer y los antiguos intérpretes, había adoptado esta construcción en la primera edición de su comentario, decía con razón: Si *viniendo al mundo* no se refiere a *todo hombre*, que precede inmediatamente, hay que confesar que Juan ha escrito de manera que hace su expresión enteramente equívoca." Por lo demás, la idea que estas palabras añaden al término



11 hecho, y el mundo no la conoció [13]. A lo suyo vino, y los suyos
12 no lo recibieron [14]. Mas cuantos lo recibieron, dióles poder de ser

*todo hombre*, no es superflua. No constituyen solamente una amplificación llena de solemnidad. (Meyer.) Son destinadas a afirmar que cada miembro de la humanidad, desde el momento en que hace su entrada en el mundo y cualesquiera sean las tinieblas que reinen a su alrededor, halla en sí mismo, en su conciencia, rayos de esta luz verdadera, "la Palabra que en el mundo estaba, y por la cual fué hecho." (v. 10.) Esta interpretación tiene la ventaja de establecer un vínculo natural entre los v. 9 y 10.

13. En los versículos que preceden (v. 7-9), Juan ha hablado de la *luz;* aquí, substituye mentalmente a ese término abstracto la persona de Aquél a quien él designaba como "la verdadera luz", Jesucristo. Es lo que resulta del empleo del pronombre masculino. Éste no se refiere a la palabra *luz*, que es en griego del género neutro. La mayor parte de los intérpretes modernos estiman que representa a *la Palabra* (gr. *el Logos)*. Pero esta noción está muy lejos, puesto que ha sido reemplazada desde el v. 5 por la de *la luz*. Por otra parte la expresión del v. 12: Los que creen *en su nombre*, no podría aplicarse a *la palabra*, sino, según todas las analogías (2:23; 3:18; 1 Juan 5:13), a Jesucristo. Jesucristo es el sujeto desde los v. 11 y 12. En él piensa el autor ya en el v. 10. Por eso, desde este versículo, hemos puesto en masculino los sujetos de los verbos, según el ejemplo de la traducción alemana de Weizsäcker, y de las versiones de Calvino, en su comentario, y de Pau-Vevey. Juan repite otra vez aquí, sin cansarse, dos hechos de alcance inmenso: primeramente que Jesucristo *estaba en el mundo* (v. 4, 5, 9); luego que *el mundo fué hecho por él* (v. 3); y eso, a fin de mostrar, en estos dos hechos, dos razones que habrían debido llevar a los hombres a creer en Jesús. Habrían podido creer, puesto que él era la luz interna que procuraba iluminarlos; y habrían debido creer, puesto que, creados por él y a su imagen, no tenían más que reconocer su parentesco intelectual y moral con él, e inferir que eran hechos para él. "Cristo jamás ha estado de tal modo ausente del mundo que los hombres, siendo despertados por sus rayos, no debiesen elevar los ojos hacia él" *Calvino*. En lugar de esto, el evangelista comprueba con tristeza que *el mundo no le ha conocido* (v. 5, 11), tan cegado estaba por las tinieblas del pecado.

14. El contraste trágico entre la acción misericordiosa de Dios y la incredulidad obstinada de los hombres aparece sobre todo en el hecho que este versículo enuncia. *Él vino a lo suyo* (gr. *a su casa*, comp. 19:27). Por estas palabras, el evangelista proclama de un modo general el gran acontecimiento de la aparición personal y visible de la Palabra en Jesucristo. Se reserva decirnos pronto (v. 14) cómo se ha realizado este prodigio del amor divino. A pesar de todo, *los suyos no le acogieron*. Este último término es más expresivo aún que los precedentes: *no comprendido* (v. 5), *no conocido* (v. 10). En efecto, muy lejos de haber sido acogida, la Palabra viva y personal fué rechazada, despreciada, crucificada. — Ahora ¿qué se debe entender por las palabras: *lo suyo?* Casi todos los intérpretes antiguos y modernos las han aplicado al pueblo de Israel, que es llamado en la escritura la propie-

13 hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre [15]; los que

dad preciosa de Dios, su pueblo particular (Ex. 19:5; Deut. 7:6; Sal. 135:4); los *suyos* son los propios conciudadanos de Jesús, sus vecinos, aquellos a quienes amaba. Esta designación hace resaltar vivamente la ingratitud y la culpabilidad de los judíos. Reuss, Astié, Holtzmann entienden, por estos términos, el mundo o la humanidad entera, que Jesús venía a salvar y que era, en efecto, su propiedad, puesto que él era su Creador (v. 10) y su Salvador. Esta explicación desconoce la gradación evidente que Juan ha querido señalar entre el v. 10 y el v. 11 con esta importante expresión: *Él vino a lo suyo*, que no es una simple repetición de la idea enunciada en los v. 5, 9 y 10. Se objeta que, si hay que entender por *los suyos* el pueblo de Israel, habría que ver también en *los que creen* en el *Salvador* (v. 12) solamente a israelitas, con exclusión de todos los demás. Pero es esa una conclusión exagerada; ella no tiene en cuenta el cambio ocurrido en los hechos: Jesucristo tenía *"su casa"*, el pueblo escogido; a ese pueblo son substituídos individuos, *todos los que* (v. 12) le reciben por una consagración personal, en virtud del nuevo nacimiento. (v. 13.)

15. Hasta aquí el evangelista, desarrollando la historia de la Palabra eterna, no ha podido señalar más que la ceguera y la incredulidad de los que la han desconocido, repudiado. Ahora pasa, por un *mas* significativo, al lado luminoso del asunto, a la fe de los que, recibiendo al Salvador, han sido hechos, por él, hijos de Dios. *A cuantos le recibieron;* es lo directamente opuesto al hecho señalado en los v. 5, 10, 11. Y, a fin de que no quede ninguna duda sobre lo que el apóstol entiende por *recibir* al Salvador, se explica añadiendo: *a los* 1 Juan 3:23). A los que creen en él, *que creen en su nombre.* La *fe*, una *confianza íntima* del corazón en Aquel que se ofrece a nosotros como Salvador, tal es el medio de unirnos a él, de abrazarle, de poseerle con todas las riquezas de su gracia. Creer *en su nombre*, es, en el fondo, creer *en él;* pero Juan emplea ese término porque, en el estilo de la escritura, que es el de la verdad, el *nombre* expresa la esencia íntima y real de un ser. (Mat. 6:9, 3 nota; Juan 3:18; 1 Juan 3:23). A los que creen en él, el Salvador comunica una gracia inmensa: *el poder volverse hijos de Dios.* Es difícil verter en francés (y en castellano) el sentido completo de la palabra griega que traducimos por *poder.* No es el "derecho", según nuestras antiguas versiones, aun las de Lausana y de Rilliet; pues esa palabra está fuera de lugar cuando se trata de una gracia divina; no es tampoco la "dignidad", ni el "privilegio", ni la "prerrogativa"; sería más bien la "autoridad", la "competencia", añadiendo a esa noción la idea de una fuerza moral comunicada al hombre por Dios, resultante de la posición nueva en que el creyente es colocado por su fe: es lo que llamamos el *poder.* La versión inglesa dice: *power*; Lutero: *Macht.* Jesús da a sus discípulos *autoridad* sobre los espíritus impuros, es decir, evidentemente "el *poder* de expulsarlos y de sanar toda enfermedad". (Mat. 10:1; Mar. 3:15). He ahí por qué se encuentra esa palabra *autoridad* unida a la *potencia.* (Luc. 4:36; 9:1). Bien: el Salvador sólo puede dar a pobres pecadores, que son "por naturaleza hijos de ira" (Ef. 2:3), el poder de tornarse en *hijos de Dios;*



fueron engendrados no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios [16].

solamente él puede enriquecerlos con todas las disposiciones morales que supone este hermoso título. Esa es la obra de Dios, el efecto y la prueba de su amor inmenso. (1 Juan 3:1). El versículo siguiente nos hace saber cómo se opera esta transformación moral.

16. El apóstol expresa desde luego con insistencia el pensamiento de que ninguna filiación humana, ningún esfuerzo de la naturaleza corrompida del hombre o aun de su *voluntad* puede engendrar hijos de Dios. "Lo que es nacido de la carne, carne es" (3:6). Para llegar a ser hijo de Dios, es necesario ser *nacido* (gr. *engendrado*) de Dios. No es esto solamente una metáfora; estos términos caracterizan en toda su realidad la transformación moral que la escritura llama *regeneración, nuevo nacimiento, nueva creación,* y que Dios mismo opera por la potencia de su Espíritu. (Juan 3:5; Sant. 1:18; 1 Pedro 1:23; 1 Juan 5:1; 2 Cor. 5:17).

17. El evangelista continúa su exposición con esta simple partícula *y*, que conecta el versículo 14 al v. 11 y al 12 al mismo tiempo. Al versículo 11, que el v. 14 explica cómo Jesucristo "vino a lo suyo". Al v. 12, que desarrolla igualmente revelando el gran objeto de la fe de los creyentes y señalando el acontecimiento gracias al cual esta fe puede hacer de hombres nacidos de la carne hijos de Dios. Además, como observa Meyer, nombra a *la Palabra* por primera vez después del v. 1, a fin de dar más solemnidad al hecho que anuncia; y expresa en tres palabras el mayor acontecimiento que haya ocurrido desde la creación del mundo por esa misma Palabra (v. 3: *La Palabra se hizo carne.* ¡Qué contraste! ¡Qué abismo entre ambos términos!—La *carne*, que no debe confundirse con el *cuerpo*, designa, como siempre en la escritura la naturaleza humana, el hombre entero, en el estado de debilidad, de enfermedad, de sufrimiento y de mortalidad a que se encuentra reducido a consecuencia del pecado. (Véase Rom. 1:4, nota). No se debe excluir esa idea de debilidad cuando se define la *carne* que ha revestido el Salvador. Esa carne enferma no le hacía participar el pecado de los hombres; solamente le hacía accesible a la tentación. (Heb. 4:15; Rom. 8:3, nota). Por lo demás, la historia evangélica, al contarnos el nacimiento de Jesús, nos pone en condiciones de comprender cómo no tuvo parte alguna en la corrupción nativa de nuestra humanidad (Mat. 1:20; Luc. 1:35). La declaración del v. 14 significa pues que la Palabra eterna se hizo hombre completo en Jesús; que el Hijo de Dios, como todos los hijos de los hombres, ha "participado de carne y sangre" (Heb. 2:14); que él, "que era en forma de Dios, se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres". (Fil. 2:6-8; comp. 1 Tim. 3:16). Esta encarnación del Hijo de Dios nacido en el seno de nuestra humanidad, a fin de salvarla impregnándola de nueva vida, es, a los ojos de nuestro apóstol mismo, el fundamento de la fe cristiana; por la posición que toma en presencia de ese hecho, se puede reconocer si un hombre es de Dios o si lleva en sí el espíritu del anticristo (1 Juan 4:2, 3; 2 Juan 7). La unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana, que tan claramente resulta del acercamiento de los v. 1 y 14, es un gran misterio, pero un "misterio de

14 Y la Palabra se hizo carne[17], y habitó entre nosotros[18] (y
miramos su gloria, gloria como del unigénito de parte del Pa-
15 dre[19]) llena de gracia y de verdad[20]. Juan testifica sobre él, y ha

piedad", como Pablo lo llama, porque es, para el hombre pecador, la fuente de su reconciliación con Dios y de toda vida cristiana (1 Tim. 3:16). Se permite a la teología, fundada en la experiencia religiosa, esforzarse en sondar este misterio, para que, si es posible, la razón lo domine lo mismo que la fe. Pero hay que confesar que hasta este día, esas laudables tentativas nos han dejado en presencia del misterio con las mismas aspiraciones que alimentaba Melancthon cuando, en su lecho de muerte, se regocijaba de que pronto llegaría a conocer cómo podía Jesucristo ser a la vez Hijo de Dios e Hijo del hombre, Palabra eterna hecha carne. Aquí "en parte conocemos y en parte profetizamos"; "un día" conoceré plenamente como he sido conocido". (1 Cor. 13:9, 12).

18. La palabra que traducimos por *habitó* significa propiamente *levantar una tienda* y *morar* en ella. Ese término alude a la *tienda* en que el Eterno habitaba en medio de su pueblo en el campamento de Israel y que fué llena de la gloria del Eterno cuando su inauguración. (Ex. 40:34; comp. 37:27). Ese hecho era el cumplimiento visible de las promesas de Dios de habitar en medio de su pueblo. (Ex. 25:8; 29:45; Lev. 26:11, 12; Ezeq. 37:27). Los comentadores judíos designaban todas las formas sensibles por las cuales manifestaba Jehová su presencia en el seno de Israel, con el término de *Schekina*, la *habitación* de Dios. Nuestro evangelista, diciendo que la Palabra *habitó en una tienda entre nosotros*, recuerda esas gloriosas manifestaciones de Dios a Israel, y las ve realizadas en su plenitud por la encarnación de la Palabra. En ella Dios nos ha aparecido verdaderamente; ha descendido a nuestro alcance, semejante a nosotros, accesible al más pobre, al más débil, al más ignorante, al más culpable. Y, en el cumplimiento de los tiempos, esa morada de Dios con nosotros será la plenitud de su comunión, de su luz, de su amor. (Apoc. 7:15; 21:3) — Las palabras *entre nosotros* no se refieren, ni a los hombres en general, ni exclusivamente a los apóstoles, sino a los creyentes, a todos los que habían recibido al Salvador (v. 12) y contemplado su gloria.

19. Impresionado por la majestad de esta aparición del Hijo de Dios sobre nuestra tierra, el evangelista, que evoca con emoción sus recuerdos personales, da curso a sus sentimientos celebrando *la gloria* con que ha resplandecido, aún en su humillación la palabra hecha carne. Juan ha *contemplado* esa gloria, su alma ha sido penetrada por ella. (1 Juan 1:1). Pero ¿en qué consistió esa manifestación de la gloria del Hijo de Dios, aparecido en forma de siervo? No solamente en sus milagros (2:11) o en su transfiguración sobre la santa montaña. Para los que supieron *contemplarla*, la gloria de Jesucristo fué su santidad, su amor, sus tiernas compasiones para con los desdichados y los culpables, su heroica abnegación en sus sufrimientos y en su muerte, en dos palabras, su vida entera, única en el seno de nuestra humanidad. Esa gloria ha brillado sobre todo en lo que fué el rasgo dominante de la vida del Cristo, su relación filial de obediencia y de comunión con su Padre. "Jesús nos pone en el camino, dice Godet, cuando, antes de pronunciar estas pala-



clamado diciendo: Éste era de quien dije[21]: El que tras mí viene,

bras: "Yo soy glorificado en ellos", dice (17:10): "Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío." Una relación semejante con Dios es la gloria más perfecta que pueda irradiar la frente de un ser humano. Ella comprende naturalmente... todo lo que los discípulos han contemplado de divinamente grande y bello en Jesús." Esta interpretación concuerda con el hecho de que Jesús había dejado en su encarnación la gloria divina, de que gozaba junto al Padre como Palabra eterna, puesto que la vuelve a pedir en el momento en que va a volver junto al Padre (17:5). Y, por otra parte, esta interpretación es confirmada por Juan mismo, cuando agrega, al fin de nuestro versículo: "Gloria *como la del Hijo único, venido del Padre*", y que la Palabra ha aparecido *"llena de gracia y de verdad"*. — Aquí se encuentra, por primera vez, ese término de *Hijo único* (gr. *unigénito*), que solamente se halla en los escritos de Juan (v. 18; 3:16-18; 1ª epíst. 4:9), y que expresa tan bien la relación metafísica y exclusiva del Hijo de Dios con su Padre. Todos los hombres regenerados, nacidos de Dios, son hijos de Dios (Rom. 8:14, etc.); pero el nombre de Hijo único eleva el pensamiento a una relación divina que ninguna criatura puede pretender. Pablo expresa más o menos la misma idea con el término *primogénito* (Col. 1:15).

20. Estas últimas palabras con las cuales acaba el evangelista su cuadro de la aparición del Salvador sobre la tierra, se refieren a la *Palabra*, lo que hace que la mayor parte de los traductores viertan como sigue el principio de nuestro versículo: "La Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros, llena de gracia y de verdad". Hemos preferido conservar el orden adoptado por el evangelista. "Llevado del encanto del recuerdo, dice Godet, el evangelista ha interrumpido la descripción histórica de las relaciones que la Palabra ha sostenido con los que la rodearon." Acaba ahora su cuadro con este rasgo sublime: ella era *llena de gracia y de verdad*. Manteniendo estas palabras al fin de la frase, les dejamos todo su relieve. — La *gracia y la verdad* fueron, en efecto, los dos rasgos más salientes del carácter del Salvador en toda su vida. La *gracia* no es sino otro nombre de la misericordia y del amor de Dios que perdona al pecador y se inclina hacia él. Este sentimiento del favor de Dios tiene por fruto la paz. (1 Cor. 1:3; 2 Cor. 1:2; Gál. 1:3,etc.). La *verdad* es la esencia de Dios, su pensamiento y su voluntad descubiertos; han sido fielmente manifestados en la vida y en la enseñanza de Jesús. Estas palabras nos repiten, pues, que en Jesús Dios mismo se ha dado y revelado a los hombres. En efecto, es bueno recordar que estas palabras *gracia* y *verdad* no eran nuevas, aun cuando no hayan encontrado sino en el Salvador la plenitud de su significado. En el antiguo testamento ya sirven para expresar los dos rasgos esenciales del carácter de Dios. (Ex. 34:6,7; Sal. 25:10; 26:3; 85:11, etc.) En esos dos rasgos, los testigos de la vida de Jesús han reconocido pues en él al Hijo único venido del Padre.

21. Por segunda vez, en el prólogo el evangelista invoca el testimonio de Juan el Bautista (v. 6, 7). Su intención no es aún describir el papel histórico del Precursor; lo hará después; quiere apoyar su propio testimonio relativo a la encarnación de la Palabra eterna, con las declaraciones del Profeta a quién él mismo de-

16 mayor que yo ha llegado a ser, porque era primero que yo [22]. Y de
17 su plenitud todos nosotros recibimos, y gracia tras gracia [23]; por-

bía las primeras revelaciones de este misterio. Tal es el objeto de esta observación del v. 15, que parece interrumpir el discurso. Después de haber invocado la autoridad de Juan el Bautista, el evangelista continúa refiriendo su experiencia personal, que es la de todos los creyentes: hemos recibido de su plenitud la gracia y la verdad (v. 16, 17). — Las palabras: *Aquel de quien dije...* reproducen literalmente el testimonio referido en el v. 30; éste hace alusión al primer testimonio (v. 27).

22. Las primeras palabras de este testimonio son enigmáticas y encierran una contradicción intencional en los términos: *El que viene tras mí*, puesto que no ha entrado aún en su ministerio, *me ha precedido*, según el orden de los tiempos, puesto que *era antes que yo*, que existía antes de su aparición sobre la tierra, en la eternidad. Las palabras del Precursor confirman así las del Evangelista. La mayor parte de los intérpretes entienden estas palabras: *me ha precedido*, en el sentido de: *me ha sobrepujado, es preferido, es superior a mí;* como designando el rango, la dignidad, y no el orden de los tiempos. Con Meyer, Weiss y Godet, preferimos el sentido indicado, el único que conserva al pensamiento su carácter enigmático y paradójico. La última expresión del testimonio de Juan: *era antes que yo* (g. *era primero que yo*) es, igualmente, entendida por muchos de la superioridad del rango. Habría sido necesario no el imperfecto *era*, sino el presente *es*. — Esta declaración, comprendida en el sentido de la anterioridad, no es una repetición de la precedente, pues ésta nos colocaba en el terreno de la historia *(ha sido antes* que yo), mientras que la segunda se refiere a la naturaleza (*era*) del Hijo de Dios. Esta doble afirmación supone en Juan el Bautista el conocimiento de la preexistencia del Cristo. Y eso es lo que ciertos exégetas hallan poco probable. ¿Pero es admisible ese conocimiento en un profeta tan grande, lleno del Espíritu de Dios e iluminado por las revelaciones de su Palabra? ¿Sobrepuja acaso sus otras concepciones luminosas de la persona y la obra del Salvador? ¿No es él quien le llama "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo?". v. 29, nota). Le bastaba, por lo demás, comprender bien Mal. 3:1, para no tener la menor duda sobre la preexistencia del Mesías. (Véase Mat. 11:10; Mar. 1:2, notas).

23. El evangelista es quien habla aquí, y no ya Juan el Bautista. Enuncia la experiencia de todos los creyentes, que viene a agregarse al testimonio del Precursor v. 15) para confirmar el gran hecho de la encarnación, atestado por los testigos inmediatos de la vida del Cristo (v. 14). Todas esas riquezas de Cristo, los creyentes, miembros de la iglesia, (*todos nosotros*), las conocen por los dones que han recibido *de su plenitud*. Esta última palabra vuelve a llevar el pensamiento a la del v. 14, *llena* de gracia y de verdad. La conexión de ambos términos es aún más llamativa si se admite al principio del v. 16 la variante de *Sin. B, C, D, pues*, en lugar de *y:* la Palabra habitó entre nosotros *llena* de gracia y de verdad, *pues* todos nosotros hemos recibido de su *plenitud*. Pero habría que hacer en ese caso del v. 15 un simple paréntesis, cuya razón de ser sería difícil explicar. Weiss supone que el *pues* se



que la ley por medio de Moisés fué dada; la gracia y la verdad
18 vino por medio de Jesucristo [24]. A Dios nadie ha visto jamás; el

refiere al hecho mismo del testimonio de Juan el Bautista, y no sobre su contenido: Juan pudo dar su testimonio, porque *todos nosotros* (por consiguiente él mismo también) hemos recibido... Es la mejor interpretación del *pues*, si se lo considera como la verdadera lección, pero da al pensamiento un giro muy alambicado. Esa dificultad exegética nos lleva a conservar la *y* del texto recibido.— El verbo *recibimos* está empleado sin régimen. El evangelista llama primeramente la atención sobre el hecho mismo que expresa el verbo: hemos tomado de esa fuente inagotable. En la continuación de la frase, introducida por *y* precisa los dones recibidos: *gracias por gracia*, una gracia siguiendo siempre y sobrepujando la gracia precedente, una sucesión no interrumpida de gracias que emanan de la inagotable plenitud de la Palabra hecha carne. Tal es el testimonio de la experiencia cristiana, que se encuentra expresado también por Pablo en diversos pasajes de sus epístolas. Por ejemplo, Rom. 5:1-5: justificación, paz con Dios, libre acceso cerca de él, esperanza de gloria, fuerza en las aflicciones, amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. (Véase también Ef. 3:16-19, donde una cadena ininterrumpida de gracias lleva al alma cristiana hasta la *plenitud* de Dios.)

24. Este versículo motiva y explica el precedente (*porque*); no que deba entenderse la *ley* y el evangelio como explicación de las palabras *gracia por gracia*, de modo que el antiguo pacto hubiera sido una primera gracia, y el nuevo otra gracia añadida a la primera. Esta interpretación desconoce el hecho de que aquí la *gracia* y la *verdad* son puestas en oposición con la *ley*, y que el objeto del evangelista es el hacer resaltar la grandeza, la riqueza y la hermosura del evangelio traído por el Salvador. La *ley*, en efecto, no puede hacer más que ordenar, exigir, condenar; ella no da nada al hombre pecador. La *gracia*, al contrario, responde a todas las necesidades; ella es para él el perdón, el amor divino, la salvación completa. En este sentido completo hay que tomar la palabra *gracia* (con el artículo). Lo mismo con la *verdad* que el apóstol entiende en su sentido absoluto, como la revelación de Dios mismo y de sus perfecciones. Era imperfecta bajo la dispensación de la ley; es perfecta por medio de la gracia. Así el contraste que estas dos grandes dispensaciones, la gracia y la verdad, forman con la *ley*, es doblemente completo: para aquel a quien la ley condena, he aquí la *gracia;* y en lugar de las sombras y figuras que presentaba la ley, he aquí la *verdad*. (Comp. Rom. 10:4; Hebr. 10:1 y sig.) El evangelista señala otro contraste entre *Moisés*, por cuyo intermedio la ley fué *dada*, y *Jesucristo*, por quien han *venido* la gracia y la verdad. "Observad cómo este nombre viene a tomar su lugar en la hermosa armonía del prólogo. Después de haber descripto con santo entusiasmo la encarnación de la Palabra eterna y la revelación de su gloria, el evangelista pronuncia ahora este gran nombre histórico que designa al *Logos* hecho hombre, su persona, toda su aparición sobre la tierra: *Jesucristo*. (Comp. 1 Juan 1:1-3.) Sólo aquí, el desarrollo del prólogo está bastante

unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él lo hizo conocer [25].

adelantado para que *Jesucristo,* la persona histórica, la Palabra hecha carne, pueda aparecer ante los ojos del lector, pues éste está ahora en condiciones de comprender toda la gloria del Hombre - Dios relacionada con este nombre." *Meyer.*

25. Esta importante declaración que corona tan admirablemente el prólogo, se liga estrechamente al versículo precedente y explica cómo la *verdad,* la verdad absoluta que es Dios, ha *venido por Jesucristo.* Antes de él, fuera de él, *nadie vió jamás a Dios,* ni aun Moisés (Ex. 33:20,23; 1 Juan 4:12; Col. 1:15; 1 Tim. 6:16). *Ver a Dios* es tener una intuición inmediata de su esencia, de sus perfecciones, y es lo que jamás ha sido dado a ningún hombre sobre la tierra y que sigue siendo la prerrogativa exclusiva del *Hijo único* (Véase sobre este nombre v. 14, 4ª nota.) Juan había oído esta declaración de la boca misma de su Maestro. (6:46; Mat. 11:27.) Todo hombre caído habría quedado para siempre excluído de un conocimiento perfecto de Dios, si no nos hubiera sido Él revelado en Jesucristo. Mas esta misma revelación es la que el evangelista proclama ahora con entusiasmo. Y para que comprendamos mejor aún cómo el Hijo único podía *hacernos conocer* a Dios (gr. *revelarlo, explicarlo*), describe su comunión perfecta con él por medio de estas profundas palabras: el Hijo único *que está en el seno* (comp. 13:23, nota) *del Padre.* Algunos intérpretes (Meyer, Hofmann, Weiss) ven en estas palabras la relación del Hijo con Dios después de su regreso a la gloria, y no durante su estado de humillación sobre la tierra. Juan emplearía esta expresión desde el punto de vista del tiempo en que escribía: *que está* ahora *en el seno del Padre.* Pero, como justamente lo hace observar Godet, "el estado celeste de que goza actualmente Jesús no podría explicar cómo ha podido revelar a Dios perfectamente mientras estaba sobre la tierra". Jesús ha estado siempre en el seno del Padre, por su comunión íntima con él; "en el cielo" (3:13) bien que viviendo sobre la tierra, y, en muchas ocasiones, declara en nuestro evangelio que no habla sino conforme ve y oye de su Padre. Porque estaba en el seno del Padre ha podido ser, no sólo el revelador, sino la revelación misma de Dios. — Juan ama este hermoso y dulce nombre de *Padre,* porque Jesús expresa habitualmente por este nombre el inefable amor que es la esencia de Dios. "Jesús ha manifestado a Dios *como Padre,* y para ello... le ha bastado mostrarse *como Hijo.* Mostrar en él al Hijo, era el modo más sencillo de mostrar en Dios al Padre." *Godet.* Por eso, al contemplar a su Maestro, halló el discípulo esta definición sublime de Dios: *Dios es amor.* — Este v. 18 resume todo el prólogo, que no tiene otro objeto que mostrarnos en el Hijo único la revelación misma de Dios y llevar los hombres a la fe en él. Éste es también el objeto de todo este evangelio 20:31). — *Sin., B. C,* tienen: el *Dios* unigénito que está en el seno del Padre. Esta variante ha dado lugar a sabias discusiones, de las cuales resulta que ambas lecciones existían ya en el segundo siglo. La lección: el Dios unigénito, es atestada por los padres alejandrinos casi exclusivamente. No tiene paralelo en ningún texto del nuevo testamento.

---

# PRIMERA PARTE

(1:19 a 4:54)

---

# EL HIJO DE DIOS

---

## I. El Hijo de Dios designado por Juan el Bautista y reconocido por los primeros discípulos

(1:19 a 2:11)

### 1. *Juan el Bautista presenta a Jesús como el Hijo de Dios.*

19-34. Dos testimonios de Juan. — 1º *Juan responde a los delegados del sanedrín:* a) *Dice lo que él es.* El evangelista refiere el testimonio que Juan dió en presencia de una diputación del sanedrín que fué a interrogarle. Juan declara no ser el Cristo, ni Elías, ni el profeta; él es la voz del que clama en el desierto, según la palabra de Isaías (19-23). — b) *Justifica su bautismo y denuncia la presencia del Mesías.* Preguntado por los fariseos respecto del rito que practica, dice que su bautismo de agua no es sino un símbolo preparatorio, pero que Aquél que él anuncia está ya en medio de ellos. Esta conversación tuvo lugar en Betania (24-28) — 2º *Juan designa a Jesús.* El día siguiente, yendo Jesús a él, Juan le designa como el Cordero de Dios. Afirma que Jesús era antes que él, que ha visto al Espíritu descender y posar sobre él, y que de este modo Dios se lo ha hecho conocer. Basado en esta señal, atesta que Jesús es el Hijo de Dios (29-34).

19 Y éste es el testimonio de Juan, cuando enviaron a él los
judíos [26] desde Jerusalén sacerdotes y levitas para que le pregun-

26. Cerrado el prólogo, el evangelista empieza su narración refiriendo el testimonio de Juan el Bautista. Los sinópticos, igualmente colocan al principio de la suya el ministerio del Precursor. Pero mientras ellos refieren la predicación que Juan dirigía al pueblo para anunciarle la próxima venida del reino de Dios y llevarlo al arrepentimiento, nuestro evangelista no nos ha conservado más que las palabras por las cuales presentó Juan a Jesús ante Israel y le designó a sus discípulos como el Hijo de Dios. Introduce su relato simplemente por la partícula *y,* refiriéndose al v. 15, donde este testimonio de Juan ha sido invocado como un argumento para la fe. Va a decir en qué momento y en qué circunstancias este testimonio había sido dado. — La ocasión del primer testimonio de Juan el Bautista fué una diputación de miembros del sanedrín, enviados a él para inquirir

20 taran: Tú ¿quién eres[27]? Y confesó, y no negó; y confesó: Yo no
21 soy el Cristo[28]. Y le preguntaron: ¿Qué pues?, ¿tú eres Elías?
22 Y dice: No soy. ¿El profeta eres tú? Y respondió: No[29]. Dijé-

acerca de su autoridad. Encontramos aquí por primera vez esta expresión: *los judíos*, que aparece frecuentemente en el cuarto evangelio. Designando primitivamente los miembros de la tribu de Judá, ese término había sido extendido, después del destierro, a todo lo que quedaba del pueblo de Dios. Juan lo emplea ora en ese sentido general, como sinónimo de israelita (2:6,13; 3:1; 7:2), ora atribuyéndole una significación religiosa, aplicándolo al pueblo incrédulo y rebelde a la predicación del evangelio, especialmente a las autoridades de Jerusalén, en las cuales se concentraba esa resistencia (2:18; 5:10, 15,16; 6:41,52; 7:11,13; 11:45, etc.). Se ha alegado el empleo de esta expresión *los judíos*, y el sentido desfavorable que se halla unido a ella, para probar que el autor mismo no era de origen judío. Pero en la época en que Juan escribía, después de la ruina de Jerusalén y la dispersión de los judíos, éstos no formaban ya una nación. El nombre de *judíos* había tomado un significado más religioso que político. Era natural que Juan lo aplicara a una comunidad a la cual no pertenecía más, de la que, al contrario, estaba profundamente separado por su calidad de discípulo de Jesucristo. (Comp. Apoc. 2:9; 3:9; 1 Tes. 2:14-16).

27. La diputación se componía de sacerdotes, miembros del sanedrín, pertenecientes a la secta de los fariseos (v. 24), y de *levitas*, que les servían de acólitos y secretarios. Era pues una delegación oficial y solemne que iba a proponer al Precursor esta pregunta: *Tú ¿quién eres?* La autoridad teocrática tenía por misión velar sobre todos los intereses religiosos de la nación. (Mat. 21:23). Ahora bien: Juan buatizaba para el reino mesiánico (v. 25); excitaba gran atención entre el pueblo (Mat. 3:5), que iba a reconocerle como el Mesías (Luc. 3:15); el sanedrín no carecía pues de razones para preguntarle oficialmente quién era, y para averiguar, en particular, si tendría la pretensión, quizás, de ser el Cristo.

28. No es raro que el evangelista, queriendo acentuar fuertemente un pensamiento, lo exprese en forma negativa y positiva al mismo tiempo. Es lo que hace aquí, para decir que el Precursor *declaró* sin vacilar y claramente que él *no era el Cristo.* Según el texto recibido, habría que traducir: "no soy yo el Cristo." Una variante de *Sin., B, A, C, Itala*, presenta como sigue el orden de las palabras *YO no soy el Cristo.* Equivalía a decir a los miembros de la diputación que otro lo era, y que ese otro estaba presente en medio de ellos.

29. En este rápido diálogo, las preguntas son dictadas por la espera, entonces general, de un enviado de Dios. Esa espera, que había sido excitada por la aparición de Juan el Bautista, se referirá más tarde a Jesús mismo (Mat. 16:14). — *¿Qué pues?* preguntan, ¿qué hay que decir? ¿qué pasa pues? *B* dice: *¿qué eres tú?).* Hay, en esta pregunta, cierta impaciencia. — Juan el Bautista niega ser *Elías.* Es verdad que le representaba espiritualmente (Mal.4:5; comp. Luc. 1:17; Mat. 11:14; 17:11, 12); pero como los delegados del sanedrín, en sus puntos de vistas carnales, pensaban en un regreso perso-



ronle pues: ¿Quién eres?, para que respuesta demos a los que
23 nos han enviado. ¿Qué dices sobre ti mismo? Dijo: Yo soy la
voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del
24 Señor, conforme dijo Isaías el profeta[30]. Y habían sido enviados
25 de parte de los fariseos[31]. Y le preguntaron y le dijeron: ¿Por
qué pues bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el pro-
26 feta[32]? Respondióles Juan diciendo: Yo bautizo en agua; en
27 medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis, el que
tras mí viene, que mayor que yo ha llegado a ser, del cual no soy
28 yo digno de desatar la correa de su zapato[33]. Esto aconteció en

nal de Elías, podía responder negativamente, pues él no era Elías en el sentido que ellos daban a esa palabra. — Su última pregunta: ¿Eres tú *el profeta?* (no *un* profeta), era inspirada por Deut. 18:15. En ese profeta que Dios prometía por boca de Moisés, unos veían al Cristo mismo (Juan 1:46; 6:14; comp. Actos 3:22; 7:37); otros, sólo uno de sus precursores. (7:40, 41.) Esta última opinión era la de los diputados del sanedrín. Juan el Bautista responde también *no*, porque, en su humildad, no quiere proclamarse a sí mismo un profeta "semejante a Moisés".—"Rechaza de sí todos los homenajes, a fin de confesar a Cristo y conducir a Cristo los que les interrogan." *Bengel.*

30. Isa. 40:3, según los Setenta, salvo que se halla aquí *enderezad*, en lugar de *preparad* el camino. Las palabras: *en el desierto*, pueden referirse, en griego como en hebreo, ora a la frase que precede: *voz del que clama*, ora al verbo que sigue: *enderezad.* (Véase sobre esta profecía Mat. 3:3; Mar. 1:2; Luc. 3:4, notas.)

31. El evangelista sólo ahora hace notar el hecho de que los delegados eran de los fariseos, porque su actitud hostil va a manifestarse en la pregunta siguiente. *Sin., B, A, C* presentan una variante que podría traducirse: *y habían sido enviados de parte de los fariseos.* Esta variante parece provenir de un error de copista. Aun admitiéndola, se puede ver en el texto un hebraísmo que habría que verter por: "algunos fariseos habían sido enviados". (Comp. 16:17.)

32. Los fariseos no se contentan con la respuesta de Juan (v. 23), que hallan sin duda muy vaga para darle derecho a su misión. Rigurosos observadores de la ley y de las tradiciones recibidas, se indignan de que Juan se permita una innovación como la del bautismo, puesto que él mismo declara que no es *ni el Cristo, ni Elías, ni el profeta. ¿Por qué pues bautizas?* Con esta pregunta, piensan convencerle de usurpación de poderes.

33. Con estas palabras: *Yo bautizo con agua*, Juan opone a su humilde persona el Mesías que va a manifestarse; se apresura a dirigir la atención de sus interlocutores hacia *Aquel* que ya *se halla en medio de ellos*, a quien ellos *no conocen.* Él substituirá al bautismo en *agua*, practicado por Juan y que sólo tiene un carácter preparatorio, el verdadero bautismo, el bautismo del Espíritu Santo (v. 33), o como es llamado en Mateo (3:11, 4ª nota), el bautismo "de Espíritu Santo y fuego". Así se coloca el Precursor bajo la autoridad del Cristo cuya presencia justificaba y hacía necesario su

Betania, al otro lado del Jordán, donde estaba Juan bautizando [34].
29 El día siguiente ve a Jesús yendo a él [35], y dice: He aquí

bautismo en agua; pues éste, como bautismo de arrepentimiento, debía preparar las almas a la fe. — En cuanto a las palabras que siguen, véase v. 15, 2ª nota. — Las palabras: *que me ha precedido* (gr. *que antes de mí ha llegado a ser*), faltan en *Sin., B. C;* pero en el v. 30, Juan reproduce este testimonio, y es natural suponer que lo hace en términos idénticos a los que había empleado; ahora bien: las palabras en cuestión se leen en el v. 30. — Después de haber precisado su misión, el Precursor se humilla profundamente delante de Aquel a quien anuncia; no es siquiera digno de hacerle el servicio de un esclavo, *desligando la correa de su calzado.* (Mar. 1:7; Luc. 3:16).

34. Los testimonios son casi unánimes en favor del nombre de *Betania* y contrarios al de *Betábara,* que se lee en el texto recibido. Orígenes refiere que no halló ninguna *Betania más allá del Jordán,* sino un lugar llamado Betábara, que la tradición designaba como el lugar *donde Juan bautizaba.* Pero reconoce que casi todos los manuscritos de su tiempo tenían *Betania.* Es probable que bajo la influencia de ese padre la lección *Betábara* fué substituída a la lección primitiva *Betania.* En tiempos de Juan el Bautista, ha podido existir en esa región una localidad obscura llamada Betania, que habría sido destruída, como tantas otras ciudades y aldeas, durante la guerra romana. En todo caso, es imposible suponer que el evangelista haya podido confundir esa Betania con la aldea de Marta y de María, que él conocía tan bien (cap. 11), y que estaba situada lejos del Jordán, a corta distancia de Jerusalén y del monte de los Olivos. —Algunos críticos han disputado el carácter histórico de este relato. No han visto en él más que una amplificación del de Lucas (3:15 y sigs.; comp. Marc. 1:7,8). Pero la indicación precisa del lugar (v. 28), y de los diputados del sanedrín (v. 19, 24) llevan a distinguir ambas escenas. En Lucas 3:15, el Precursor anuncia en términos vagos el advenimiento próximo del Mesías. Esta declaración es anterior al bautismo de Jesús. (Luc. 3:21). El relato de Juan (1:19-28), en que el precursor designa a Jesús personalmente, nos transporta a una época posterior al bautismo y probablemente a los cuarenta días de la tentación en el desierto. (Mar. 1:12). Es lo que resulta de los v. 31-33, en que Juan el Bautista declara que no conocía a Jesús antes que éste fuera a pedirle el bautismo. Estos mismos versículos destruyen la opinión de los que han pretendido que el cuarto evangelio ignora el bautismo de Jesús, pues contienen una evidente alusión al relato que los sinópticos hacen de ese bautismo.

35. En el momento de referir un segundo testimonio que el Precursor dió en presencia de sus discípulos, el evangelista señala el tiempo exacto: *el día siguiente.* Dará indicaciones semejantes en los v. 35 y 44. El recuerdo de esos tres días consecutivos ha quedado imborrable en el corazón de Juan, pues fueron los días de su primer encuentro con Jesús y, por lo mismo, de su nacimiento a la fe y a una vida nueva. — *Juan ve a Jesús que va a él,* no para ser bautizado, el bautismo ha tenido ya lugar; sino, como nos lo hará saber la continuación de este capítulo, para buscar y hallar entre los discípulos de Juan sus primeros discípulos. El evange-



30 el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo [36]. Éste es sobre
quien yo dije: Tras mí viene un varón que mayor que yo ha

lista no dice de dónde venía: probablemente volvía del desierto y de su primera lucha con la potencia de las tinieblas (nota precedente).

36. Estos términos, tan profundos y tan verdaderos, con los cuales Juan el Bautista presenta el Salvador a sus discípulos, pueden, a primera vista, extrañarnos; pero no tenían nada de inusitado para israelitas. Y ante todo, esta figura: *el Cordero* (con el artículo que designa un cordero especial), era bien conocida de todo lector del antiguo testamento. Isaías (53:7) había anunciado al siervo del Eterno como un "cordero llevado al matadero, oveja muda delante de sus trasquiladores"; y todos los escritores del nuevo testamento han aplicado esa profecía al Salvador, como lo habían hecho, antes que ellos, muchos intérpretes judíos. Añadiendo que éste era el Cordero *de Dios,* el Precursor hace comprender que no es el hombre quien se ha dado un Salvador, sino que le viene de la misericordia eterna de Dios. Quizás haya aún que remontar más allá de Isaías para hallar la figura bajo la cual pintaba al Libertador futuro de su pueblo. Por la sangre de un cordero ese pueblo había sido salvado de la destrucción en Egipto (Ex. 12:13); y desde entonces, cada año, Israel celebrada la pascua inmolando un cordero, en recuerdo de esa liberación. Esta idea del cordero pascual no es extraña al nuevo testamento (Juan 19:36; 1 Pedro 1:19); ¿por qué lo sería al pasaje que nos ocupa, como lo pretenden varios intérpretes que prefieren atenerse exclusivamente a la profecía de Isaías? Las dos opiniones se concilian perfectamente. — Sea lo que fuere, si el Precursor designa al Salvador bajo esa figura de un cordero, no es sólo para indicar la inocencia y la mansedumbre que lo distinguen, sino a fin de expresar este gran hecho que es el objeto esencial de su misión: él *quita el pecado del mundo.* El verbo que traducimos así significa igualmente *llevar* (Mat. 11:29; 16:24) y *quitar* (Juan 11:39; 17:15; 1 Juan 3:5). Esta última acepción debe ser preferida, pues si Juan el Bautista hubiera designado solamente al Mesías como *llevando* el pecado, el evangelista, para traducir su palabra, se hubiera servido del verbo empleado por los Setenta en Isaías 53. Las dos ideas, lejos de excluirse, se suponen por lo demás mutuamente. La santa víctima *quita* el pecado, porque primeramente lo ha *llevado;* ha hecho expiación de él en presencia de la justicia divina. Es la gran verdad que se encuentra claramente enseñada en la profecía de Isaías (53:4, 5, 6, 10, 11, 12), como en todo el nuevo testamento. (Mat. 8:17; Luc. 22:37; Act. 8:32; 1 Pedro 1:19; 2:24; 1 Juan 2:2; 3:5). — *El pecado* (no los pecados), expresa la enfermedad moral y la culpabilidad del hombre, en su conjunto, en su unidad real y profunda. (Juan 8:21; Rom. 6:1, etc.). — El pecado *del mundo,* dice por último Juan el Bautista, y esa importante palabra eleva el pensamiento hasta la universalidad de la obra de la redención que realizará el Salvador, y que no será revelada a los apóstoles mismos sino mucho después. (Act. 10; 1 Juan 2:2). — Pero esta declaración del Precursor es demasiado luminosa, demasiado evangélica, para que muchos intérpretes no la hayan declarado inadmisible

31 llegado a ser, porque era primero que yo [37]. Y yo no lo conocía;
pero para que fuera manifestado a Israel, por esto vine yo
32 bautizando en agua [38]. Y dió Juan testimonio, diciendo: He mirado
al Espíritu bajando del cielo como paloma; y permaneció sobre

en su boca y hayan sospechado que el evangelista le atribuye su propio pensamiento. Bastaría quizá, para refutar esa opinión, observar que Juan el Bautista era profeta, el mayor de los profetas, que estaba iluminado por el Espíritu de Dios, y que conocía las escrituras donde se encontraba anunciada anticipadamente toda la obra divina de la salvación (Isa. 52:13-15; 53:11; 19:23-25; Génesis 12:3); pero preferimos recordar simplemente con Meyer que, como él mismo positivamente lo declara (v. 33), había recibido de Dios una revelación acerca del Salvador a quien debía anunciar.

37. Juan el Bautista repite solemnemente delante de sus discípulos, el testimonio que había pronunciado en presencia de la delegación del sanedrín (v. 26), y que el evangelista había invocado en el v. 15. (Véase la 2ª nota).

38. El Precursor cuenta (v. 31-34) cómo ha llegado a la certidumbre de que Jesús es el Mesías. Justifica así el hermoso testimonio que acababa de darle (v. 29, 30); este testimonio descansaba exclusivamente sobre la orden y la revelación de Dios. (v. 33; comp. Luc. 3:2). Para obedecer la orden de Dios habría empezado a *bautizar en agua*, expresión que abarca todo su ministerio como Precursor. Al empezar ese ministerio, sabía solamente que el Mesías iba a ser *manifestado a Israel* y que su propia vocación consistía en prepararle el camino. — Esta declaración: *yo no le conocía*, que Juan repite en el v. 33, significa que no sabía que *Jesús* fuera el Mesías; para enterarse de ello tuvo necesidad de la señal que le había sido anunciada y que le fué dada por Dios (v. 33, 34). Godet entiende estas palabras en un sentido absoluto y piensa que Juan el Bautista, que había vivido en los desiertos, jamás había encontrado a Jesús y no le conocía ni siquiera como hombre. Esta suposición es admisible pero poco probable, puesto que Juan era pariente de Jesús y que sus familias sostenían relaciones íntimas (Luc. 1: 36, 39 y sig.). Pero aun aplicada a la dignidad mesiánica de Jesús, la declaración del Precursor parece en contradicción con el relato de Mateo (3:14), donde Juan rehusa bautizar a Jesús, y le dice: "Yo tengo necesidad de ser bautizado por ti, y tú vienes a mí". ¿Cómo explicar esa negativa, si Juan ignoró que Jesús era el Mesías hasta el momento en que Jesús, saliendo del agua, recibió el Espíritu en forma visible? Meyer piensa que Juan tuvo una especie de presentimiento profético del mesiazgo de Jesús. Godet supone que Juan tuvo una conversación íntima con Jesús, antes del bautismo, como tenía generalmente con todos los que iban a él y que, en ese momento, confesaban sus pecados. En esta conversación, Juan el Bautista fué impresionado de las disposiciones singulares de este penitente de nuevo género que no tenía ningún pecado sobre su conciencia. La verdad que empezó a entrever, y que le arrancó la humilde protesta conservada por Mateo, le fué plenamente confirmada por la manifestación divina que siguió al bautismo. Tal es el modo más natu-



33 él [39]. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar en
agua, aquél me dijo: Sobre quien vieres al Espíritu bajando y
permaneciendo sobre él, éste es el que bautiza en Espíritu San-
34 to [40]. Y yo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo
de Dios [41].

ral de conciliar ambos relatos. Según Lüke, habría habido transposición en el relato de Mateo: la frase del v. 14 no habría sido pronunciada sino después del bautismo de Jesús. Esta hipótesis sería confirmada por el evangelio de los Hebreos que relata los hechos en ese orden; pero es ése, hay que convenir, un testimonio muy débil.

39. Estas palabras: *Y Juan dió testimonio*, son del evangelista, que interrumpe así el discurso del Precursor, a fin de introducir solemnemente su testimonio. — Juan el Bautista podía decir que había *visto al Espíritu descender del cielo*, porque se presentó en una forma visible, "como una paloma". El testimonio de Juan, en nuestro evangelio, está pues en plena armonía con el relato de los sinópticos (Mat. 3:16; Mar. 1:9-11; Luc. 3:22; véanse las notas), y excluye claramente la idea de algunos intérpretes (Tholuck, Meyer, Astié), de que Juan el Bautista no habría tenido más que una visión interior, producida por una acción del Espíritu de Dios sobre el espíritu del profeta, y no habría contemplado un fenómeno en el dominio de los sentidos. ¿Para qué entonces ese símbolo de la paloma? Bajo esa "forma corporal" (Luc. 3:22), que recuerda el fenómeno de las lenguas de fuego descendiendo sobre la primera iglesia y posando sobre cada uno de los presentes (Act. 2:3), vió Juan al Espíritu *descender y permanecer* sobre Jesús.

40. Juan el Bautista insiste en repetir que él *no conocía* a Jesús como Mesías (v. 31, nota), que por consiguiente su testimonio no venía de él; luego hace remontar la certidumbre de este testimonio hasta Dios mismo, quien *enviándole* a llenar su misión, le había dado una señal que no debía dejar ninguna duda en su espíritu (v. 34). — Algunos intérpretes piensan que, según el relato de nuestro evangelista, Jesús no habría recibido, cuando su bautismo, un don nuevo y especial del Espíritu Santo, puesto que había siempre estado, como Palabra hecha carne, bajo la influencia de ese Espíritu. El objeto exclusivo de la escena relatada por Juan el Bautista habría sido el dar a éste la certidumbre de que Jesús era el Mesías. Esta idea está en contradicción directa con el relato de los sinópticos, según el cual las manifestaciones divinas que se producen en el bautismo de Jesús se dirigen a éste en primer lugar (véase las notas); y no podría ser atribuída al autor del cuarto evangelio, pues ella desconoce el hecho de la encarnación, punto capital del Prólogo (v. 14). Este hecho, considerado en todas sus consecuencias, nos obliga a admitir que Jesús pasó, en su infancia y su juventud, por un desarrollo religioso y moral (Luc. 2:40); se realizó, sin duda, bajo la acción constante del Espíritu Santo; pero eso no impidió que recibiera una efusión especial de este Espíritu en la hora decisiva del bautismo, que marca para él una etapa importante de su vida interior, al mismo tiempo que la entrada en la carrera mesiánica.

## 2. *Los primeros discípulos.*

A. 35-51. EL PRIMER ENCUENTRO. — 1º *El primer grupo de discípulos: a) Juan el Bautista dirige a dos de sus discípulos a Jesús.* El tercer día designa Juan nuevamente a Jesús a dos de sus discípulos, como el Cordero de Dios. Los discípulos siguen a Jesús y son recibidos por él en su morada. Era la décima hora (35-39). b) *Los dos discípulos buscan a sus hermanos y los llevan a Jesús.* Andrés, el primero, encuentra a su hermano Simón y le dice: ¡Hemos hallado al Mesías! Jesús cambia el nombre de Simón en el de Cefas (40-42). — 2º *Vocación de Felipe y de Natanael:* a) *Felipe es* invitado por Jesús a seguirle, en el momento en que éste parte para Galilea. Era de la ciudad de Andrés y de Pedro (43-44). b) *Natanael,* hallado por Felipe e informado por él de que Jesús de Nazaret es el Mesías, manifiesta primeramente incredulidad; luego, convencido por unas palabras de Jesús, que muestran un conocimiento sobrehumano, le saluda como el Hijo de Dios y el rey de Israel. Jesús le anuncia mayores revelaciones (45-51).

35 El día siguiente otra vez estaba Juan y dos de sus discípu-
36 los[42]; y mirando a Jesús que andaba dice: He aquí el cordero
37 de Dios[43]. Y le oyeron los dos discípulos hablar, y siguieron a

41. Hay algo de solemne en las afirmaciones de este relato en que, tres veces seguidas, empieza el Precursor sus declaraciones con estas palabras: *Y yo* (v. 31, 33, 34). Con el mismo fin emplea aquí los verbos en perfecto (*he visto, he dado testimonio*), afirmando así un hecho cumplido, pero permanente en su realidad. — En cuanto a este importante nombre de *Hijo de Dios,* no debe sorprendernos en la boca de Juan el Bautista, puesto que éste ya ha afirmado la preexistencia de la Palabra eterna (v. 15,30), y por lo demás había oído una voz de los cielos decir de Jesús, en el momento de su bautismo: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco". (Mat. 3:17; Mar. 1:11; Luc. 3:22). La variante de *Sin.* y de las vers. sir.: "el *Elegido* de Dios", hace más evidente aun la relación de este testimonio de Juan con la escena del bautismo. — El testimonio del Precursor tuvo un resultado inmediato, relatado al fin de este capítulo, y ha quedado en la iglesia, cuya fe ha confirmado al certificar la misión divina del Salvador. — Se ha preguntado cómo el Precursor después de haber dado a Jesús estos testimonios tan luminosos y tan firmes, pudo atravesar, en el fondo de su prisión, una hora de prueba interior tal como nos la cuentan Mateo (11:2 y sig.). y Lucas (7:18 y sig., véase las notas). Hay que conocer muy poco el corazón humano para estimar que tal contradicción no podría producirse en la vida del mismo hombre.

42. Uno de esos *dos discípulos* era Andrés (v. 41); el otro era ciertamente Juan, nuestro evangelista, que a menudo descubre su presencia sin nombrarse, lo que es un indicio muy significativo de la autenticidad de nuestro evangelio. (Véase la Introd. y comp. 13:23; 19:26; 20:2, 3, etc.). Basta leer los detalles tan precisos del relato que va a seguir, para reconocer en cada rasgo el testigo ocular.

43. Juan, *detenida su mirada sobre*



38 Jesús[44]. Y volviéndose Jesús y mirándolos que seguían, les dice:
¿Qué buscáis[45]? Y ellos le dijeron: Rabí (que se dice, interpre-
39 tado, Maestro) ¿dónde moras[46]? Díceles: Venid y veréis[47]. Fue-
ron pues, y vieron donde moraba, y con él posaron aquel día;
40 era como la décima hora[48]. Era Andrés, el hermano de Simón
Pedro, uno de los dos que habían oído de Juan y le habían se-
41 guido[49]. Halla éste el primero a su propio hermano Simón y le
dice: Hemos hallado al Mesías (que es, interpretado, Cristo)[50].

*Jesús,* no dirige especialmente sus palabras a sus dos discípulos, pero las pronuncia para ellos. La víspera habían oído ese mismo testimonio, más completo (v. 29), y esta alusión bastaba para inspirarles el deseo de conocer más de cerca a Aquel anunciado por su maestro. Tal era la intención humilde y desinteresada de ese gran siervo de Dios. (3:26-30).

44. Le *siguieron* procurando acercarse a él. No se trata aún del momento en que se consagrarán a su servicio, y sin embargo se ha podido decir con razón: "Estos son los primeros orígenes de la iglesia cristiana". *Bengel.*

45. Jesús, viendo a esos dos jóvenes seguirle para entrar en relación con él, les previene con benevolencia y les facilita así un encuentro que decidirá de su vida.

46. Este título de Rabí, aunque muy honorable entre los judíos, estaba muy por debajo de la idea que ambos discípulos se hacían de Jesús conforme al testimonio que acababan de oír; pero, por el momento, no osan elevarse más al dirigir la palabra a Jesús.

47. O, según el texto recibido (*Sin., A,* la mayor parte de las *mayúsc.*): *venid y ved.* Los dos discípulos se informaban modestamente de la morada de Jesús, con la intención de visitarle más tarde; pero él los invita a hacerlo inmediatamente; y cuando le hayan visto y oído, serán suyos para siempre. La verdadera fe, que es la confianza del corazón, no nace sino de un contacto inmediato con el Salvador.

48. Es decir, las cuatro de la tarde, a contar desde las seis de la mañana, según el hábito de los judíos. Nuestro evangelista adopta probablemente en todas partes esta división del día usada en todos los pueblos antiguos, que contaban las horas a partir de la salida del sol, y no, como piensan algunos intérpretes (Tholuck, Ebrar, Ewald, Westcott, Keil), la de los modernos, que las cuentan a partir de medianoche. Esta última manera de contar colocaría el hecho que nos ocupa a las diez de la mañana. (Véase 4:6,52; 11:9; 19:14, notas). *Aquel día* se explicaría mejor si se tratara de las diez de la mañana, pero esta expresión puede aplicarse también al fin del día. Opone a la corta visita que los discípulos se proponían hacer a Jesús, las largas horas que pasaron a su lado. Este primer encuentro con su Maestro dejó en Juan un recuerdo tan imborrable, que escribiendo su evangelio medio siglo más tarde, sabe indicar aún la hora precisa.

49. Comp. v. 35, nota.

50. ¿Qué significan esas expresiones: *el primero* y *su propio hermano?* Evidentemente el evangelista sobrentiende aquí el hecho de que cada uno de estos dos discípulos, después de su conversación con Jesús, empezó

42 Le llevó a Jesús. Mirándole Jesús dijo: Tú eres Simón, el hijo
de Juan; tú serás llamado Cefas (que es interpretado, Piedra)[51].

inmediatamente con solicitud a buscar a su hermano, Andrés en busca de Simón Pedro y Juan de Jacobo. Andrés fué *el primero* en hallar a su hermano. Esa palabra supone que Juan encontró luego al suyo y le llevó a Jesús (comp. Mar. 1:19); pero el evangelista, según su costumbre, calla lo que le concierne. No lo comprendieron así los copistas que corrigieron *el primero* en *primeramente*. Esta lección (*B*, *A*, vers. sir) no podría dar un sentido satisfactorio, puesto que el relato no dice que Andrés haya encontrado en segundo lugar a algún otro discípulo. El objeto de ambos discípulos era anunciar, cada uno a su hermano, esa grande nueva que acababa de llenar de gozo su corazón: *¡Hemos hallado al Mesías!* (Comp. v. 46). Estas palabras fueron, sin duda, pronunciadas con santo entusiasmo, puesto que se trataba de Aquel que, desde hacía tantos siglos, era esperado como "el consuelo de Israel". Juan, que ordinariamente se sirve del término griego: *Cristo* (v. 20,25), emplea aquí la palabra hebrea *Mesías (Ungido)*, a fin de conservar exactamente las palabras de Andrés; pero cuida de traducir ese nombre, porque escribe para griegos.

51. Las palabras de Jesús a Pedro son precedidas por éstas: *habiéndole mirado*, considerado, con esa mirada que penetraba hasta el fondo de los corazones (2:25) y que bastó a Jesús para descubrir en ese carácter la energía y la fuerza que hará de él el Cefas (la roca) de su iglesia. La introducción: *tú eres Simón, hijo de Juan*, sólo sirve para dar más solemnidad a este cambio de nombre, señal de un cambio de vida o de posición. (Gén. 17:5; 32:28). "Señalándole con ese nuevo nombre, dice Godet, Jesús toma posesión de él y le consagra, con todas sus cualidades naturales, a la obra que le confiará". Según otros, el nombre de *Cefas* (roca) propone al discípulo un ideal que debe esforzarse en realizar, y que es precisamente lo contrario de su versatilidad natural (13:36-38). Por su carácter propio, Pedro es inconstante, hombre del primer movimiento, pero sin perseverancia en sus resoluciones, dominado por el temor de los hombres (18:17; Gál. 2:11 y sig.); la gracia de Dios hará de él una roca. Se ha querido ver una contradicción entre este relato y el de Mat. 16:18. Pero en Cesárea de Filipo Jesús no hace más que reconocer y confirmar a su discípulo el nombre que antes le había dado: *Tú eres Pedro*. — Esta presentación de Pedro a Jesús tuvo lugar probablemente en la tarde del mismo día en que los dos discípulos habían hallado a su Maestro. Se puede suponer que le dejaron algunos instantes para ponerse en busca de sus hermanos. El evangelista hace el cómputo exacto de los días de esa semana memorable repitiendo esta indicación *el día siguiente*, v. 29,35,44; comp. 2:1. Los intérpretes que estiman que las palabras del v. 40: "quedaron con él aquel día", obligan a colocar en el día o los días siguientes la búsqueda hecha por Andrés y por Juan, y la entrevista de Simón con Jesús, deben renunciar a hallar en nuestro trozo datos cronológicos precisos y concordantes: *el día siguiente* (v. 44) sería el que siguió la visita de Pedro; pero como no se habría dicho cuándo tuvo ésta lugar, esa indicación a nada correspondería.



43 El día siguiente quiso partir a Galilea, y halla a Felipe; y le
44 dice Jesús: Sígueme. Y era Felipe de Betsaida, de la ciudad de
45 Andrés y de Pedro[52]. Halla Felipe a Natanael[53] y le dice: Aquél
de quien escribió Moisés en la ley, y los profetas, hemos hallado;
46 a Jesús, hijo de José, de Nazaret[54]. Y le dijo Natanael: ¿De
Nazaret puede algo bueno venir[55]? Dícele Felipe: Ven y ve[56].

52. En el momento en que, *al día siguiente*, se disponía Jesús a partir hacia Galilea, para ejercer allí su ministerio, encuentra a Felipe a quien invita a *seguirle*. Esta invitación no era aún un llamado al apostolado (Mat. 4:19); significaba para Felipe: "Vuelve conmigo a Galilea". Pero, en el pensamiento de Jesús, tenía un alcance mayor. El evangelista hace luego esta observación, que Felipe era de la misma *ciudad* que Andrés y Pedro (12:21), sin duda a fin de hacer comprender que entró en relación con Jesús por intermedio de esos dos discípulos.

53. "El papel de Felipe en la vocación de Natanael es semejante al de Andrés en la vocación de Pedro y a la de Pedro y Andrés en la de aquél. Una antorcha encendida sirve para encender otra; así se propaga la fe". *Godet*. — No se dice dónde *halla* Felipe a Natanael; probablemente durante ese viaje a Galilea (v. 44), en que los discípulos acompañaban a Jesús. Quizás hacia Natanael el mismo camino, en sentido inverso, para reunirse con Juan el Bautista. Sea lo que fuere, Natanael, después de este encuentro con Jesús, se hizo discípulo suyo, y aun muy probablemente un apóstol. En efecto, en el cap. 21:2, es nombrado entre los apóstoles y, en las diversas listas de estos últimos (Mat. 10:3; Luc. 6:14; Mar. 1:18; Act. 1:13), donde su nombre falta, se halla el de Bartolomé colocado al lado del de Felipe, su amigo. Ahora bien: como Bartolomé no era más que un nombre patronímico ("hijo de Tholmaí"), se puede inferir que es Natanael quien lo lleva en los sinópticos.

54. *Hemos hallado*, tal es la gozosa exclamación por la cual esos nuevos discípulos se anunciaban uno a otro la buena nueva de su primer encuentro con Jesús. (v. 42). Para afirmar su propia fe y la de su amigo, Felipe se complace en recordar que este enviado de Dios no aparece inesperado en Israel. *Moisés y los profetas* han escrito de él; Moisés en Deut. 18:15, y en todas las instituciones de *la ley* que prefiguraban al Mesías (comp. Juan 5:46; Luc. 24:27,44); los profetas, en la mayor parte de sus escritos. Agregando que Jesús era *hijo de José* y originario *de Nazaret*, Felipe no hace más que expresar la opinión corriente, y es necesario que la crítica negativa esté muy ávida de vanas objeciones para inferir de ello que el autor de nuestro evangelio ignoraba el nacimiento de Jesús en Belén y su origen sobrenatural. Olvida que no es el evangelista quien habla aquí, sino Felipe que, aparentemente, no estaba al corriente entonces de las circunstancias particulares en que Jesús había venido al mundo.

55. ¡Ingenua expresión del prejuicio! ¿De dónde podía venir esta prevención al espíritu del virtuoso Natanael? ¿de que Nazaret estaba en Galilea? (7:52), ¿de que era ésa una pequeña y obscura localidad? o, por último, ¿de que esa ciudad hubiera tenido mala fama en cuanto a moralidad? Los intérpretes han sostenido sucesivamente todas esas opiniones.

47 Vió Jesús a Natanael yendo a él y dice sobre él: He aquí verda-
48 deramente un israelita, en quien no hay engaño[57]. Dícele Nata-
nael: ¿De dónde me conoces[58]? Respondió Jesús y díjole: Antes
49 que Felipe te llamara, estando tú bajo la higuera, te vi[59]. Res-
pondióle Natanael: ¡Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú Rey eres
50 de Israel[60]! Respondió Jesús y díjole: Porque te dije que te vi

Godet piensa que la duda de Natanael venía del hecho de que ninguna profecía asignaba a Nazaret un papel tan importante. Pero la pregunta de Natanael parece demasiado general *(algo de bueno)* para comportar esa idea. En cambio, el mismo comentador hace esta observación muy exacta, que siendo Natanael de Caná (21:2), a una legua solamente de Nazaret, podía ceder a esos mezquinos celos que existen a menudo entre aldea y aldea y que no le permitían creer que esa localidad, tan obscura como la suya, tuviera parte en una gloria tan esplendente. Sea lo que fuere, por cierto que los habitantes de Nazaret no dejaron de justificar, con el andar del tiempo, la opinión poco favorable que Natanael tenía de ellos. (Mar. 6:6; Luc. 4:16 y siguientes).

56. *¡Ven y ve!* "Este es el mejor remedio contra las opiniones preconcebidas". (v. 39). *Bengel.*

57. Gr. *verdaderamente un Israelita,* que no lo es solamente por su origen nacional (Rom. 9:6), sino en su corazón (Rom. 2:29); y lo es por su rectitud y su sinceridad; es un hombre íntegro. (Sal. 32:2.) Jesús dirige estas palabras a los que le rodean, pero de modo de ser oído de Natanael y a fin de entrar en relación con él, y ganar su confianza descubriéndose desde el principio a él como Aquel que sonda los corazones. (v. 43; 2:25.)

58. Natanael no rechaza la alabanza de Jesús; eso es, como lo observa Meyer, una prueba de su sinceridad, y su pregunta no es sino la expresión de un profundo asombro.

59. Parece que, poco tiempo antes del encuentro de Felipe y Natanael, este último se había retirado y recogido *debajo de una higuera* cerca del camino, donde creía estar oculto a todas las miradas. *Allí,* le dice Jesús, *te vi.* La mirada del Salvador, no solamente ha descubierto a Natanael en un lugar donde estaba naturalmente oculto, sino que ha penetrado hasta el fondo de su corazón y reconocido los sentimientos íntimos que le ocupaban en ese momento. Es lo que resulta de la impresión profunda y decisiva que hacen sobre Natanael estas sencillas palabras: *te vi.* Nada menos podría explicar cómo esas palabras crean la fe en este hombre, y provocan la hermosa confesión que se escapa de su corazón y de sus labios. (v. 50.)

60. Sintiéndose en presencia de un Ser que ha penetrado hasta el fondo de su alma, Natanael le reconoce y le confiesa complacido como el *Hijo de Dios* y el *Rey de Israel.* Estos dos términos no son sinónimos, como lo prueba ya la repetición de estas palabras: *tú eres;* pero cada uno de esos títulos debe ser entendido en su significado bíblico. Sin duda, el conocimiento de Natanael es muy débil aún; no es un teólogo que habla de metafísica, sino un creyente que confiesa su fe, y esta fe contiene en germen todo lo que creerá más tarde, con mayores luces, Natanael hecho apóstol. Los que se extrañan de encontrar desde el principio en su boca tal



debajo de la higuera, crees; cosas mayores que éstas verás[61].
51 En verdad, en verdad os digo[62]: Veréis el cielo abierto y a los
ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el hijo del hombre[63].

B. 1-11. El primer milagro de Jesús afirma la fe de los discípulos. — 1º *Jesús es invitado a las bodas de Caná.* El tercer día después de su partida para Galilea, llega a Caná, donde se celebraba una boda. Es convidado, con sus discípulos (1,2). — 2º *Rechaza la intervención de María,* que le expone el apuro causado por el hecho de que la provisión de vino

confesión, han olvidado que todo israelita piadoso conocía las escrituras y que Natanael había podido hallar en el Sal. 2, los dos títulos que da aquí a Jesús.

61. La mayor parte de los intérpretes consideran esta palabra de Jesús como una pregunta: *¿crees?* Esta pregunta expresaría la sorpresa; de Wette va hasta ver en ella una ligera desaprobación de que Natanael creyera, sin una experiencia mejor fundada. Es un error. Jesús se habría guardado muy bien de poner en duda, y mucho más aun de censurar, la fe naciente de esa alma recta y sincera. La prueba de que la reconoce y aprueba, está en que promete a su nuevo discípulo nuevas gracias: *cosas mayores.*

62. Esta solemne afirmación: *en verdad, en verdad,* que se encuentra aquí por primera vez, pero que aparece con tanta frecuencia en este evangelio sólo, es la palabra hebrea: *amén, amén,* conservada por Juan en la lengua original, aun cuando escribe en griego. Esta fórmula por la cual afirmaba Jesús la *verdad* de su palabra, la tomaba del antiguo testamento que se complacía en citar. (Nehem. 8:6; Sal. 41:14; 72:19; comp. Apoc. 3:14) — Jesús se dirige aquí, no ya a Natanael sólo, sino a todos los discípulos que le rodeaban: *os* digo.

63. Todo, en estas solemnes palabras, tiene un sentido simbólico, lleno de verdad *en adelante* son auténticas (varios críticos las cercenan siguiendo a *Sin., B, Itala*), dirigen el pensamiento al ministerio de Jesús que iba a empezar. Entonces los discípulos *verán el cielo abierto;* ese cielo que el pecado del hombre había cerrado a la tierra, iba a volverse nuevamente accesible a su fe, a sus esperanzas, a sus oraciones. (Comp. Mat. 3:16; Act. 7:55.) Los discípulos verán aun a *los ángeles de Dios subir y descender sobre el Hijo del hombre.* Ellos comprendieron desde el principio esta figura sublime, pues conocían la hermosa visión de Jacob de la que es tomada. (Gén. 28:12). Ésta iba a ser realizada en su plenitud para el Salvador y para todos los que se unieran a Él. (Véase sobre esa expresión *hijo del hombre* Mat. 8:20, nota). La comunión íntima y viva de Jesús con Dios su Padre, sus ardientes oraciones, que subirán al cielo, y que volverán a descender sobre él en ondas de gracias y potencias divinas para permitirle realizar las obras que le servirán de señales (5:36; comp. 2:1, 11), ejercer sobre todos los que se le acerquen una acción profunda, hacer participar de las bendiciones celestiales a todos los que crean en Él: tal será la realidad de esta figura.

está agotada. Responde que su hora no ha llegado aún, y que María no está en comunión de sentimientos con él. Esta entonces recomienda a los servidores que hagan lo que él les dijere (3-5). — 3º *Cambia el agua en vino.* Seis vasos de piedra son llenados de agua a su orden. El agua es cambiada en vino. El maestresala encuentra ese vino mejor que el precedente, y expresa su extrañeza al esposo (6-10). — 4º *La fe de los discípulos es confirmada* por este primer milagro, que les revela la gloria de su Maestro (11).

II Y el tercer día se celebraron bodas en Caná de Galilea [1], y
2 estaba la madre de Jesús allí [2]. Y fué invitado también Jesús y
3 sus discípulos a las bodas [3]. Y habiendo faltado el vino la madre
4 de Jesús le dice: Vino no tienen [4]. Y le dice Jesús: ¿Qué tengo

1. El *tercer día* a partir del día indicado 1:44 como el de la partida de Jesús a Galilea. El encuentro con Natanael tuvo lugar quizás el segundo día (1:46, 1ª nota); el tercero fué el de la llegada a Caná. Eran necesario, en efecto, tres días para trasladarse de Judea a *Caná*. Meyer y Holtzmann, siguiendo a Robinson, sitúan esta localidad a tres leguas al noroeste de Nazaret. Godet y otros reconocen el *Caná* de nuestro relato en la aldea de Kefr-Kenna a una legua y media al este de Nazaret. La designación: *Caná de Galilea* sirve para distinguir esa ciudad de otra localidad de ese nombre, situada en la tribu de Aser, al sudeste de Tiro. (Jos. 19:28).

2. *La madre de Jesús estaba allí*, cuando Jesús llegó a esa familia amiga, quizás pariente. Algunos detalles de nuestro relato (v. 3, 5) parecen indicar que María tomaba parte activa en los arreglos de la fiesta.

3. No se debe traducir, con algunas versiones: *había sido invitado*, puesto que Jesús estaba ausente desde hacía largo tiempo de Galilea; *fué invitado* a su llegada. Pero lo que importa más observar, es que acepta esa invitación y consiente en participar de una fiesta de familia. Honra así el matrimonio que Dios instituyó. "Él sabrá, en la humanidad, tomar todo lo suyo, respetar todo lo legítimo. Su presencia santifica todas las relaciones, todos los sentimientos y todas las alegrías; nada humano le es extraño". *Astié.* Es también en este santuario de la familia donde hará su primer milagro y manifestará su gloria (v. 11). *Sus discípulos* son los cinco que acababa de atraer hacia sí. (1:37-52).

4. He aquí el texto de este versículo, tal como Tischendorf lo establece según el manuscrito del Sinaí y algunos documentos de la *Itala: Y no tenían vino, porque se había agotado el vino de la boda. Entonces la madre de Jesús le dice: No hay vino.* Aun si esa variante fuera bastante autorizada para admitirse, no presentaría una idea diferente del texto recibido. Como la sociedad era numerosa y entre los judíos las bodas duraban varios días, es fácil explicarse esa circunstancia de que el vino terminó por *faltar.* ¿Pero qué quiere María con esta observación dirigida a su hijo? Es ésta una cuestión difícil de resolver y que ha ocupado singularmente a los intérpretes. ¿Tenía ella la idea de que Jesús iría en auxilio de sus amigos con un acto de su potencia divina? Pero Jesús no había hecho aún ningún milagro (v. 11); no se podría dar crédito a las fábulas relatadas



5 yo contigo, mujer [5]? Aún no ha venido mi hora [6]. Y dice su madre

por los evangelios apócrifos sobre su infancia y su juventud. Por eso los intérpretes se han ingeniado de diversos modos en hallar otro sentido a las palabras de María. Pro memoria recordemos solamente la interpretación de Calvino: "Puede ser que no esperando tal remedio, ella le amonestó de hacer alguna santa exhortación para que la compañía no se aburriese y para cubrir también honestamente la vergüenza del esposo". La de Bengel está en el mismo tono: María había simplemente querido dar a Jesús y a sus discípulos la señal de la partida, a fin de no prolongar el apuro de la familia que los recibía. Meyer admite que la madre de Jesús no tenía otro pensamiento que el de pedirle un auxilio de orden natural, un consejo de su sabiduría. Weiss observa que Jesús estaba en condiciones de sacar de apuro a sus huéspedes, puesto que estaba rodeado de jóvenes listos para hacer un servicio, y uno de los cuales, Natanael, era del lugar mismo y no carecía de relaciones. Esta explicación sería muy verosímil si la respuesta de Jesús (v. 4) no la hiciera imposible. Constreñida pues por esta respuesta, la exégesis vuelve sin cesar a la idea de que María pedía un milagro. Para quitar a esta suposición lo que puede tener de extraño a primera vista, basta recordar las revelaciones que María había tenido cuando nació su hijo; el recuerdo fué evocado poderosamente por los relatos entusiastas de los discípulos que Jesús traía de Judea. ¿Cómo admitir que éstos no hayan hecho saber a la asamblea reunida en Caná lo que ellos habían visto y sentido junto al Jordán, los testimonios solemnes dados a Jesús por Juan el Bautista? Podían haber comunicado aun a María los hechos más íntimos que habían señalado su encuentro con el Cristo (1:49), y las palabras llenas de promesas que Jesús había pronunciado poco antes. (1:51, 52). "El hecho solo, añade Godet, de que Jesús llegaba rodeado de discípulos debía bastar para hacer comprender que una nueva fase empezaba..., que el período de las manifestaciones mesiánicas iba a comenzar". Por eso María sentía alguna impaciencia maternal y femenina por ver a su hijo manifestar su potencia. Crisóstomo llega aun a sospechar que deseaba que algunos rayos de su gloria resplandecieran sobre ella. Quizás hace agravio a María al suponer que preocupaciones personales la guiaran en su diligencia ante Jesús; sin embargo esta hipótesis haría comprender mejor la respuesta de Jesús, que extraña a primera vista.

5. En la lengua que Jesús hablaba, como en aquella en que está escrito nuestro evangelio, esta alocución: *¡mujer!* no tiene nada de contrario al afecto y a los respetos debidos a una madre. Jesús se servirá nuevamente de ella con inefable ternura en la hora de su muerte (19:26; comp. 20:15). Pero es imposible dejar de ver una reprensión en las palabras: "¿Qué hay entre yo y tú?". Esta fórmula es un hebraísmo (Jos. 22:24; Juec. 11:12; 1 Reyes 17:18; 2 Reyes 3:13) que significa: no hay comunión de sentimientos entre nosotros. Nuestras maneras de ver son diferentes, tú no comprendes mi misión (Comp. Luc. 2:49; y por la expresión misma, Mat. 8:29; Mar. 1:24; Luc. 8:28). El Salvador había entrado en su ministerio; su relación de sumisión hacia su madre (Luc. 2:51) no podía subsistir en lo que

6 a los servidores: Cualquier cosa que os dijere, haced[7]. Y estaban
allí seis tinajas de piedra, según la purificación de los judíos[8],
7 que contenían cada una dos o tres medidas[9]. Díceles Jesús:
8 Henchid las tinajas de agua. Y las hinchieron hasta arriba[10]. Y
les dice: Sacad ahora y llevad al maestresala[11]. Y ellos llevaron.

concernía a su actividad. El hijo es desde ahora el "Señor", aun de su madre, que no puede sino trabajar en su propia salvación por la fe y la obediencia a él. Precisamente porque ella se sentía en una relación terrenal tan íntima con el Cristo, podía ser difícil a María reconocer la elevada esfera en que su hijo acababa de entrar. De ahí la seria advertencia que Jesús le da señalándole el límite de su competencia (Comp. Mat. 12:46-50; 2 Cor. 5:16).

6. Cuando Jesús dice: *mi hora,* designa siempre el momento determinado por la voluntad de Dios en que debe realizarse algún gran acontecimiento de su vida, en particular la hora de su manifestación como Mesías, que, bien lo sabe, será seguida de la hora de su muerte (7:30; 8:20; 12:27; 13:1). Jesús hace comprender a María que sería prematuro realizar milagros que hicieran creer en la inauguración de los tiempos mesiánicos. Estas palabras contienen pues una instrucción dada a María, más bien que una negativa a su pedido: no hay contradicción entre ellas y el acto que realiza inmediatamente después.

7. María acepta humildemente la reprensión, se eclipsa; pero, cierta de que su hijo, si no ha querido prestarse a la manifestación esplendente que ella le sugería, hallará sin embargo algún medio más modesto de sacar a sus amigos de apuro, ordena a los servidores hacer *tolo lo que él* les *dijere.*

8. Gr. *Cántaros para agua,* la misma palabra que se encuentra en 4:28; pero había, según parece, de diferente tamaño y de diversas formas (v. 8). Servían para las diversas *abluciones* que *los Judíos* practicaban antes y después de cada comida (Mar. 7:3, 4).

9. La *medida* para líquidos usada en Palestina con el nombre de bath equivalía exactamente, según dice Josefo (*Antig.* VIII, 2, 9), a la medida ática llamada *metretés,* y esta es la palabra que Juan, que escribía para griegos, emplea aquí. El *metretés* contenía 39,39 litros. Como cada *tinaja* contenía dos o tres y eran seis en número, se llega así a una cantidad que varía entre quinientos y setecientos litros. Se ha hallado tal cantidad exagerada. Lücke supone que toda el agua no fué cambiada en vino, sino solamente la que se sacó, mientras hubo necesidad para el festín. Esta opinión sería admisible, si el evangelista no hubiera, con evidente intención, indicado el *contenido* de las tinajas de piedra y su número.

10. *Hasta arriba;* este detalle es destinado también a indicar la grande cantidad de agua que, en ese mismo momento, fué cambiada en vino por la palabra creadora del Maestro.

11. Jesús ordena *sacar* y no verter, porque esos vasos *de piedra* (v. 6), de la capacidad de un hectólitro más o menos, no eran fáciles de mover. El *maestresala* era el primero de los que servían; estaba encargado de proveer a todos los arreglos de la fiesta. Si se ha inferido de la falta de vino que la familia era pobre, la presencia de ese *maestresala* parecería indicar lo contrario.



9 Y como gustó el maestresala el agua hecha vino[12] (y no sabía
de dónde era, mas los servidores que habían sacado el agua lo
10 sabían) llama al novio[13] el maestresala y le dice: Todo hombre
pone primero el buen vino, y cuando se han embriagado el peor;
11 tú has guardado el buen vino hasta ahora[14]. Este principio de
sus señales hizo Jesús[15] en Caná de Galilea, y manifestó su
gloria; y creyeron en él sus discípulos[16].

12. Gr. *el agua tornada en vino;* es esa la expresión más clara del milagro; y es necesario notar el perfecto, indicando un hecho cumplido.

13. El *maestresala* no sabía de dónde venía el vino, mientras que los servidores, que habían extraído de los vasos, lo sabían muy bien. Por este peréntesis, el evangelista quiere señalar nuevamente la realidad del milagro y explicar la extrañeza que el maestresala va a expresar al esposo. Este estaba en la sala del banquete de donde el maestresala *le llama.*

14. El maestresala cree realmente que el esposo había reservado ese vino, y como lo ha hallado muy bueno, le dice jovialmente que en eso había obrado contrariamente al uso ordinario. Esa costumbre no está probada; en todo caso no existe ya en ninguna parte; pero no se debe atribuir demasiada importancia a esta especie de galantería, que el evangelista no menciona sino para señalar una vez más con ese detalle la realidad del milagro. Muchos traductores atenúan el sentido de estas palabras: *cuando se han embriagado,* temiendo que esta expresión presente la embriaguez de los convidados como la conclusión natural de un banquete de bodas, y dé a pensar que la fiesta de Caná tuvo por resultado tales excesos. Pero eso sería comprender mal una locución proverbial, que no debe ser entendida literalmente.

15. Gr. *este principio de las señales;* éste fué el primero de todos sus milagros; éste abre la larga serie de obras de potencia y de amor por las cuales Jesús se hará conocer como Salvador.

16. Si el objeto inmediato de Jesús, al realizar este milagro, había sido el de auxiliar, con conmovedora condescendencia, a una familia amiga, su objeto supremo es expresado por el evangelista en estas palabras: *manifestar su gloria,* su potencia divina, su amor (1:14, tercera nota). Es lo que ocurrió, principalmente para *sus discípulos,* quienes *creyeron en él.* Ya habían creído, puesto que le habían seguido; pero la fe, que es la confianza del corazón, tiene grados, proporcionados al conocimiento que adquiere de su objeto y a la experiencia que hace de las perfecciones divinas de Aquel a quien abarca. Los milagros solos de Jesús no podían crear la fe, pero la elevaban y la confirmaban en aquellos que habían creído por un contacto inmediato con él. Y, por otra parte, atraían sobre él la atención de los que buscaban la verdad. Los que tienen interés en las objeciones del racionalismo contra el relato que precede, como hecho milagroso, las hallarán expuestas y refutadas en el *Comentario* de Godet. Para nosotros que pensamos que toda la cuestión del milagro se resuelve en una cuestión de fe en Dios y en Jesucristo, Hijo de Dios; convencidos, por otra parte, que un milagro no se explica, como tampoco

## II. Jesús se presenta como Hijo de Dios en Jerusalén y en Judea, en Samaria, en Galilea

(2:12 a 4:54)

---

### 1. *Jesús en Jerusalén y en Judea*

A. 12-25. Jesús en Jerusalén. Los vendedores expulsados del templo. — 1º *Establecimiento en Capernaúm.* Jesús, después de las bodas de Caná, se traslada con su familia a Capernaúm, pero sólo queda allí algunos días (12). — 2º *Jesús se manifiesta en el templo al expulsar a los vendedores.* Para la fiesta de pascua, sube Jesús a Jerusalén. Encuentra vendedores y cambistas en el templo; los expulsa, reprochándoles el hacer de la casa de su Padre casa de mercado. Sus discípulos le aplican la sentencia del salmo: el celo de su casa me devorará (13-17). — 3º *La señal que legitima el acto realizado por Jesús.* Los judíos le piden que establezca por una señal que tiene derecho de poner orden en el templo; Jesús les invita a derribar ese templo, y ofrece levantarlo en tres días. Los judíos entienden del templo material; Jesús hablaba del templo de su cuerpo, según comprendieron sus discípulos después de su resurrección (18-22). — 4º *Actitud de los habitantes de Jerusalén.* Un gran número creyó en Jesús, viendo los milagros que hacía; pero Jesús no se fiaba de ellos, pues los conocía y sabía lo que hay en el hombre (23-25).

12 Después de esto bajó a Capernaúm [17], él y su madre y sus hermanos y sus discípulos; y allí moraron no muchos días [18].

ninguna acción divina, como tampoco la creación, como tampoco la vida y todos los misterios de que estamos rodeados; nos limitamos a recordar, con San Agustín, una simple analogía: "El que, en las bodas de Caná, creó el vino en vasos de piedra, es el mismo que, cada año, lo crea en los sarmientos de la vid. Como entonces, el agua, sacada por los servidores, fué cambiada en vino por la potencia del Señor, lo mismo su potencia cambia en vino, cada año, en los sarmientos, el agua que cae de las nubes. No nos extrañamos, porque este milagro acontece cada año; la frecuencia del hecho nos quita la admiración".

17. *Después de esto*, es decir, después de las bodas de Caná y quizá de una corta permanencia en Nazaret, Jesús se trasladó a Capernaúm. En nuestro evangelio como en los sinópticos, los manuscritos más antiguos dicen Cafarnaúm (véase, sobre esa ciudad, Mat. 4:13, 2ª nota).

18. Esta llegada de Jesús a Capernaúm, con toda su familia *y sus discípulos*, debe ser identificada probablemente con su establecimiento en esa ciudad, relatado por Mateo (4:13). Sólo que este evangelista confunde los dos primeros regresos de Jesús a Galilea (Juan 1:44; 4:1-3). Juan, que los distingue cuidadosamente, agrega a la mención de la emigración de Jesús a Capernaúm, que no quedó allí entonces más que *pocos días*, y emprendió, al aproximarse la pascua, un nuevo viaje a Jerusalén. En cuanto a los *hermanos* de Jesús, comp. Mat. 12:46, nota. Véase también el *Comentario* de Godet sobre nuestro versículo.



13 Y cerca estaba la pascua de los judíos, y subió Jesús a Jeru-
14 salén. Y encontró en el templo a los que vendían bueyes y ovejas
15 y palomas, y a los cambistas sentados [19]; y haciendo un azote de
cuerdas expulsó a todos del templo, así como las ovejas y los
bueyes, y derramó las monedas de los cambistas y trastornó sus
16 mesas; y a los que vendían las palomas dijo: Quitad esto de aquí,
17 no hagáis la casa de mi Padre casa de mercado [20]. Se acordaron
sus discípulos de que escrito está: El celo de tu casa me devo-
18 rará [21]. Respondieron pues los judíos y le dijeron: ¿Qué señal

19. *Sentados* o *establecidos, instalados.* Véase sobre este relato Mat. 21:12, 13, notas.

20. Ese *látigo de cuerdas*, símbolo de autoridad, es un rasgo que acaba el cuadro de la severidad desplegada por el Señor respecto de los profanadores del templo. En cambio Jesús pronunciará una sentencia más severa en ocasión de la segunda purificación de la casa de Dios. Dirigiéndose a los vendedores y a los compradores, dirá, empleando la sentencia de un profeta: "Vosotros hacéis de la casa de Dios una *cueva de ladrones*". Aquí habla simplemente de una *casa de mercado.* Esta palabra hace ya un contraste muy picante con la santidad del lugar. Jesús ordena a los *vendedores de palomas* que *lleven* su mercadería, porque estando esas aves en jaulas no podía echarlas con un látigo. El término: *mi Padre* tiene en la boca de Jesús un significado que el es exclusivamente propio (Comp. Luc. 2:49). "Contiene, dice Godet, la explicación del acto de Jesús. Es un hijo que venga el honor de la casa paterna". Juan coloca a la entrada del ministerio de Jesús el relato de la purificación del templo. Los sinópticos refieren un hecho semejante, a fines de ese mismo ministerio. ¿Se trata de un solo y mismo hecho, o ha realizado Jesús dos veces esa acción? "Que haya tenido lugar antes o después, que haya sido repetida o no, eso no abre brecha alguna en nuestra fe". *Lutero.* Si, como nosotros pensamos, ambos hechos han ocurrido en las épocas que les son asignadas, se comprende que los sinópticos hayan omitido el primero, porque no se ocupan de la actividad de Jesús en Jerusalén en los tiempos anteriores a la pasión; y que Juan haya callado el segundo, porque ya había contado esta manifestación de la autoridad mesiánica de su Maestro (véase sobre este asunto Mat. 21:13, nota).

21. Sal. 69:10. Que se considere o no este salmo como una profecía directamente relativa al Mesías, el justo cuyos profundos sufrimientos describe es un tipo de Aquel que llevará los dolores de su pueblo. Jesús mismo lo juzgaba así (15:25; 19:28; comp. Rom. 15:3; 11:9; Act. 1:20). En todos estos pasajes, el mismo salmo es aplicado al Mesías. Los discípulos, al ver el santo *celo* desplegado en ese momento por su Maestro, se acuerdan de esta palabra de la escritura, que es efectivamente el comentario más verdadero de la acción de Jesús. Este

19 nos muestras, ya que esto haces [22]? Respondió Jesús y díjoles:
20 Destruid este santuario, y en tres días lo levantaré [23]. Dijeron

*celo* por la *casa* de su Dios, es decir, por su servicio y por su causa, terminará, en efecto, p o r *devorarle*, puesto que le conducirá a la muerte de la cruz. El evangelista, según el verdadero texto (todas las *mayúsc.*) substituye el futuro *me devorará*, al pasado *me devoró*, que se lee en los Setenta y el hebreo.

22. Gr. los judíos *respondieron* (comp. Mat. 11:25, 1ª nota) y le dijeron. *Responden* al acto de autoridad que Jesús acababa de realizar exigiendo de él un *milagro* (gr. *señal*) que le legitimase como un enviado de Dios (Comp. Mat. 16:1, 1 Cor. 1:22). En los sinópticos, miembros del sanedrín dirigen oficialmente a Jesús una pregunta semejante (Mat. 21:23; Mar. 11:27, 28; Luc. 20:1, 2); pero su respuesta en ambos casos es enteramente distinta. Esta pregunta no prueba pues que la purificación del templo no haya tenido lugar más que una vez; las palabras de Jesús, que son el rasgo esencial, demuestran lo contrario.

23. "Esta respuesta de Jesús es repentina como el rayo. Brota de una profundidad inconmensurable; ilumina dominios entonces completamente inexplorados para toda otra conciencia que la suya". *Godet*. Para comprender esta respuesta, no se debe entender la palabra *templo*, ni exclusivamente en su sentido material, como lo hicieron los judíos (v. 20), ni exclusivamente a la luz del v. 21 (*el templo de su cuerpo*), sino en ambos sentidos. Es una parábola, que presenta al mismo tiempo, como todas las otras parábolas de Jesús, la figura y la realidad. La figura es *este* templo mismo que Jesús acababa de purificar, y bajo cuyo pórtico hablaba. No hay pues que imaginarse, con un gran número de intérpretes, que al pronunciar estas palabras, se mostraba a sí mismo con el ademán, pues entonces la mala interpretación del v. 20 habría sido imposible. Este templo, donde se concentraba toda la teocracia judía, todo culto, toda adoración, todo sacrificio, del que Dios había hecho por un tiempo su habitación en medio de los hombres, donde manifestaba su gloria, no era sin embargo, más que una piedra de espera hasta la erección de un templo espiritual donde aparecería la gloria del Hijo único, de la Palabra hecha carne (1:14; Hageo 2:7-9). Ese gran revelador de Dios acababa de aparecer en Jesús de Nazaret. ¡Allí estaba él, el verdadero templo, la habitación de Dios con los hombres (1:14), el centro viviente de toda adoración en espíritu y en verdad! Jesús podía decir de sí mismo: "Hay aquí más que el templo" (Mat. 12:6). Pero los jefes de la teocracia que habían dejado profanar la casa de Dios, que habían materializado y corrompido el culto, muy lejos de reconocer a este enviado de Dios se irritan de sus tentativas de reforma, le piden cuenta de su autoridad; y Jesús que, desde el primer momento de este conflicto con ellos, preveía su resultado (3:14), pronuncia en tono solemne la sentencia que nos ocupa. En su pensamiento, ella significaba: ¡Demoled el antiguo templo destruyendo el nuevo! Y es lo que ocurrió, literalmente. El asesinato del Hijo de Dios, ese crimen de los crímenes, colmó la medida de la culpabilidad del pueblo judío y atrajo sobre él los juicios bajo los cuales pereció el templo con la nación. Hay que dejar aun a este imperativo todo



pues los judíos: En cuarenta y seis años fué edificado este san-
21 tuario, ¿y tú en tres días lo levantarás [24]? Mas él hablaba sobre
22 el santuario de su cuerpo [25]. Cuando resucitó pues de entre los

su enérgico significado: *¡Derribad este templo!* Sintiendo el aborrecimiento que ellos tenían a la verdad, el Señor provoca sus manifestaciones. Es así como les decía en otra ocasión: "*Henchid* la medida de vuestros padres" (Mat. 23:32), y como dirigía al que iba a hacerle traición estas palabras: "Lo que haces, hazlo presto" (Juan 13:27). Si tal es el significado de las primeras palabras del versículo, no podría haber la más mínima duda sobre el sentido de las últimas: *en tres días lo levantaré*. Jesús acaba de decir: *¡Matadme! Y en tres días*, agrega, *yo resucitaré*. He ahí la *señal* que Jesús da a esos judíos que le pedían una; es exactamente la misma que les dará más tarde (Mat. 12: 39, 40). Se objetará que estas palabras de Jesús debían quedar incomprensibles para su oyentes. Sin ninguna duda, y aun lo fueron para sus discípulos; pero después que el acontecimiento hubo explicado la profecía, comprendieron (v. 21, 22). Esparcir en los espíritus granos de semilla que solamente debían germinar más tarde, era lo singular del método de enseñanza del Salvador (3:3; 4:10; 5:17; 6:27, 31, etc.). Esta interpretación de la profunda sentencia de Jesús que nos ocupa es de aquella que han aceptado, con diversos matices, todos los exégetas que respetan la autoridad apostólica (v 21). En cuanto a la de los comentadores que rechazan la interpretación de Juan para preferirle la propia, véase v. 21, nota.

24. Los judíos hablan aquí de la restauración del templo por Herodes el Grande. Los trabajos habían empezado el año 18 de su reinado (Josefo, *Antig. XV*, 11, 1), en el otoño del año 734 de Roma. Se había trabajado *cuarenta y seis años* en la edificación del templo, que no fué terminado sino más tarde, bajo el reinado de Herodes Agripa II (Josefo, *Ant.* XX, 9, 7). Esta indicación puede servir para fijar la cronología de la vida de Jesús. Si los trabajos del templo fueron empezados en el otoño del año 734 de Roma y se proseguían desde hacía *cuarenta y seis años*, estamos en la pascua del año 781. La pascua en que Jesús murió fué la del año 783 (probablemente el año 30 de nuestra era). Comprendida por los adversarios en su sentido literal y material, la sentencia de Jesús debió parecerles una presuntuosa locura y una impiedad. Por eso fué reproducida como una causa de acusación contra él (Mat. 26:61, Mar. 14:58). Sólo que los falsos testigos acusan a Jesús de haber dicho: *Yo destruiré* este templo, mientras que en realidad es a ellos, jefes del pueblo, a quienes había dejado toda la responsabilidad de esa destrucción. La sentencia de Jesús, así falseada, quedará no obstante grabada en los espíritus (Mat. 27:40, 63. Act. 6:13, 14).

25. El *templo de su cuerpo* era la grande realidad, de la cual el templo material no era sino la figura (v. 19, nota). Muchos exégetas modernos rechazan esta interpretación del apóstol Juan y, con diversos matices, atribuyen a la palabra de Jesús (v. 19) el significado que sigue: Destruir el templo, es continuar profanando el culto mosaico y así destruirlo, y tal era el pecado de los judíos. Levantar el templo, es establecer una religión más espiritual y más pura y tal era

muertos se acordaron sus discípulos de que había dicho esto, y
creyeron la escritura y el dicho que dijo Jesús [26].
23 Y cuando estaba en Jerusalén en la pascua, en la fiesta, mu-
chos creyeron en su nombre mirando las señales que hacía [27].

la misión de Jesús. ¡Así Juan, el discípulo amado de Jesús, que siempre penetraba en el sentido más íntimo de sus palabras, no le habría comprendido absolutamente aquí, y, escribiendo su evangelio medio siglo más tarde, cuando ya el culto mosaico había desaparecido, y "esta religión más espiritual y más pura" lo había reemplazado hacía ya mucho tiempo, no se habría apercibido de su error! ¡Así también, esa *señal* esplendente que Jesús quería dar a los Judíos, *tres días* después de la destrucción del templo, sería el establecimiento *lento y progresivo* del cristianismo en el mundo! Se objeta aún que si estas palabras: *yo lo levantaré* (v. 19), debieran entenderse de la resurrección de Jesús, Él se habría resucitado a sí mismo; ahora bien: al Padre atribuye siempre el nuevo testamento ese acto de potencia divina. Sí, pero ¿no ha dicho el Señor que "todas las cosas que el Padre hace, el Hijo las hace igualmente" (5:19), y declarado positivamente, hablando de su vida: "Dejo mi vida para volverla a tomar tengo el poder de dejarla, y tengo el poder de volverla a tomar?" (10:17, 18). Se objeta por último que Jesús no podía conocer, desde esa época, su muerte y su resurrección. Ésta es, para los que no ven en Jesucristo más que un hombre como cualquier otro, la verdadera razón de todos estos esfuerzos exegéticos. Quieren quitar a esta sentencia un sentido que supondría en el que la ha pronunciado una presciencia divina. Pero ésta se muestra en otras palabras del Salvador, tales como 3:14, 6:51, o en las predicciones tan precisas de sus padecimientos, o en fin en las luminosas concepciones del porvenir más lejano de su reinado, expresadas en sus parábolas (Mat. 13:41, 49). Véase la refutación de esas objeciones por Meyer, reproducida por Astié en su *Explicación del evangelio según San Juan*. Véase también el *Comentario* de Godet.

26. El glorioso acontecimiento anunciado por Jesús trajo a la memoria de sus discípulos su palabra que hasta entonces no habían comprendido (Luc. 24:7,8), y la *creyeron* en toda su verdad profética. El evangelista agrega aun que ellos creyeron *la escritura*, es decir, las profecías del antiguo testamento, cuya divina armonía vieron con la palabra de su Maestro (Sal. 16:10; Isa. 53:10,11; comp. Juan 20:9; Luc. 24:27; Act. 13:32 y sigs.; 1 Cor. 15:4). "Este pequeño detalle que pertenece a la biografía íntima de los apóstoles, imprime a la narración el sello de la realidad histórica" *Godet*. Reflexiones análogas están diseminadas por todas partes en nuestro evangelio (4:32,33; 7:39; 11:12; 12:16; 13:28, etc.).

27. Estas últimas palabras muestran cuál era la naturaleza de su fe. A la vista de los *milagros* (gr. *señales*) que Jesús hacía, adquirieron la convicción de que él era el Mesías; es lo que el evangelista entiende por estas palabras: *en su nombre*. Esa fe podía volverse viva y verdadera, si los conducía a un contacto personal con Jesús (3:2); pero también podía quedar infructuosa y muerta, lejos



24 Mas Jesús mismo no se confiaba a ellos, por conocer él a todos y
25 porque no tenía necesidad de que nadie testificara sobre el hom-
bre; pues él mismo sabía qué había en el hombre [28].

B. 1-21. Conversación de Jesús con Nicodemo. — 1º *El reino de Dios y el nuevo nacimiento:* a) *Nicodemo y Jesús.* Un fariseo, miembro del sanedrín, Nicodemo, va de noche a buscar a Jesús, e invocando las obras que Jesús hace, le saluda como a un doctor venido de Dios (1,2). b) *El nuevo nacimiento.* Jesús le declara que nadie puede ver el reino de Dios sin nacer de lo alto. Como Nicodemo comprende esta condición en sentido material, Jesús le indica su verdadero carácter llamándolo un nacimiento de agua y de Espíritu (3-5). c) *Su necesidad y su posibilidad.* El nuevo nacimiento es necesario, pues lo que ha nacido de la carne es carne, y no hay más espíritu que lo que Espíritu engendra. Si la causa de esta transformación escapa a nuestras investigaciones, ésta, como el fenómeno natural del viento, no por eso deja de atestar por sus efectos que es posible y real (6-8). d) *Sentimientos de ambos interlocutores.* Persistiendo Nicodemo en su asombro, Jesús se asombra a su vez de que el doctor de Israel no comprenda esta enseñanza (9,10). — 2º *El plan de Dios para la salvación:* a) *El Revelador.* Jesús afirma a Nicodemo que él le da testimonio de lo que sabe por haberlo visto. Si Nicodemo no comprende cuando le habla de cosas terrestres que puede comprobar por la experiencia, tales como el nuevo nacimiento, ¿cómo comprenderá los celestes secretos del plan divino? Sin embargo, Jesús se presenta a él como el perfecto revelador, descendido del cielo, quien, aunque es hijo del hombre, vive en el cielo (11-13). b) *El Redentor.* Ese hijo del hombre debe ser levantado, como la serpiente fué levantada por Moisés en el desierto, a fin de llegar a ser para todos objeto de contemplación, y por tanto de salvación, pues Dios ha amado al mundo y dado su Hijo único para que cualquiera que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna (14-16). c) *El juicio.* El Hijo de Dios, en efecto, no ha sido enviado para juzgar al mundo, sino para salvarlo. El que cree en él no es juzgado; el que no cree en él, incurre por ese mismo hecho en juicio. Este juicio es de naturaleza enteramente moral: los hombres prefieren las tinieblas a la luz, porque sus obras son malas, y porque quien hace el mal aborrece la luz; pero a la inversa, el que practica la verdad viene a la luz, porque sus obras son hechas en Dios (17-21).

de él. Él mismo conocía perfectamente el valor de esa fe (v. 24).

28. Hay aquí un singular retruécano: "Muchos *creyeron* en su nombre, pero Jesús mismo no *creía* en ellos." *Creer* es confiarse. En Jesús, esa falta de confianza se manifestaba sin duda por una especie de reserva que solamente un testigo ocular, hábil observador, podía notar. Nuestro evangelista indica la causa profunda de la desconfianza de Jesús: era el perfecto *conocimiento* que tenía de *todos* los que se le acercaban. Y ese conocimiento no era solamente la sagacidad penetrante de que muchos espíritus están dotados; sino una vista sobrenatural de lo que había *en el hombre*, es decir, de su carácter, de las disposiciones de su corazón. (Comp. 1:47,49, notas; 4:17-19; 6:61,64; 11:4,15; 13:11).

III Y había un hombre de entre los fariseos —Nicodemo su
2 nombre—, jefe de los judíos [1]. Éste vino a él de noche y le dijo [2]:
Rabí, sabemos que de Dios has venido por maestro, pues nadie
puede hacer estas señales que tú haces si no fuere Dios con él [3].

1. Los comentadores se toman mucho empeño para conectar, cada uno a su modo, este relato a los hechos que preceden. Juan, piensan, quiere dar una prueba de ese perfecto conocimiento que Jesús tenía del corazón del hombre (2:24,25); o bien, quiere mostrar en Nicodemo un ejemplo de esa fe que se basaba solamente en los milagros (2:23); o también, introduce este incidente como una excepción a la actitud llena de reserva que Jesús había tomado (2:24); o, por último, Juan reproduce y resume en este relato las importantes revelaciones que Jesús ha dado, en los primeros tiempos de su ministerio, sobre su persona y su obra. ¿No basta admitir que este memorable encuentro de Jesús con el *fariseo* Nicodemo fué uno de los principales episodios de esa primer estada del Salvador en Jerusalén, cuyos resultados Juan se empeña en trazar? Nicodemo es designado como *un jefe* del pueblo judío, es decir, que era miembro del sanedrín, consejo supremo de la nación (7:50). Era del partido de los *fariseos* (véase Mat. 3:7, nota). Por lo demás, es desconocido en la historia, pues su identidad con un Nicodemo, discípulo de Jesús, de que habla el Talmud, y que vivió hasta la ruina de Jerusalén, no está demostrada. Pero nuestro evangelista le ha levantado un monumento bastante duradero para que jamás sea olvidado.

2. Del hecho de que fué a Jesús *de noche*, se ha inferido que Nicodemo, era un hombre tímido, y ha quedado como el prototipo de los que ceden al temor de comprometerse. Nuestro texto por sí sólo no bastaría para fundar esta opinión; pero el cuidado que toma nuestro evangelista en recordar esta circunstancia cada vez que habla de Nicodemo, poca duda deja subsistir a este respecto (7:50; 19:39). Sin razón, sin embargo, se le juzgaría muy severamente por eso. En la posición social que ocupaba como miembro del sanedrín, rodeado de hombres llenos de prejuicios contra Jesús, y no teniendo él mismo más que una fe débil y obscura, Nicodemo tomó una determinación de muy meritorio atrevimiento al decidirse a buscar instrucción de este nuevo profeta galileo. Su diligencia demuestra una sinceridad que le libertará gradualmente del temor de los hombres. A pesar de la hostilidad creciente del sanedrín, sabrá un día tomar en su seno la defensa de Jesús (7:50); y, en el momento del mayor peligro, no temerá declararse abiertamente en favor de Aquel en quien habrá reconocido su Salvador (19:39).

3. El título de *Rabí* es intencionalmente honorable, tanto más cuanto que solamente podían llevarlo aquellos que habían seguido la carrera de los estudios acostumbrados entonces; ahora bien: Jesús no lo había hecho (7:15). Este verbo en plural: *sabemos*, parece indicar que Nicodemo no era el único de su clase en preguntarse si Jesús era un Enviado de Dios (12:42), y a este plural corresponde el del v. 7. El pequeño discurso que Nicodemo dirige a Jesús nos ilustra sobre el grado de sus conocimientos y la naturaleza de su fe. Una cosa le ha impresionado vivamente: los *milagros* (gr. *señales*) que



3 Respondió Jesús y díjole: En verdad, en verdad te digo: si alguien
no fuere engendrado de arriba, no puede ver el reino de Dios [4].

Jesús hace. (Comp. 2:23.) "Infiere pues de esos milagros la *potencia* de Dios y de esta potencia la *misión divina* de Jesús." *Meyer*. ¡Nada más racional! El verdadero efecto de los milagros es, no crear la fe viva, sino despertar la atención y llevar los testigos a pensar que Aquel que está así investido de la potencia de Dios es enviado por él. Era esa, como observa Olshausen, la legitimación del Enviado. Tal reflexión puede tornarse en fe, como Nicodemo tuvo la dicha de experimentarlo más tarde.

4. Jesús *respondió* a los pensamientos que Nicodemo no había tenido aún tiempo de expresar, y que se referían al *reino de Dios*. (Véase sobre este término Mat. 3:2, nota.) Era, en efecto, el gran tema que preocupaba a todo israelita piadoso. ¡Pero qué trastorno de las ideas de Nicodemo!, con los fariseos, de los que era (v. 1), esperaba un reino exterior, nacional, político. Jesús le presenta un reino invisible, en el cual se entra por una transformación moral. ¡Y al afirmar la necesidad para todos de ese nacimiento de agua y de espíritu, destruye Jesús con el mismo golpe ese edificio de virtudes, de obras, de observancias de la ley, por las cuales la justicia propia farisaica, pensaba poder subsistir delante de Dios! No se trata ya de hacer, sino de ser, y antes de ser, es necesario *nacer*. Así responde Jesús a las preocupaciones íntimas de Nicodemo. Esta explicación de la respuesta de Jesús nos parece más natural que la que le atribuye la intención de hacer pasar a su interlocutor de la fe basada en los milagros a la fe moral que produce una transformación del corazón (Agustín de Wette); o que la que, ateniéndose al título de *Rabí*, otorgado a Jesús por Nicodemo, nos presenta a éste como un doctor satisfecho de sí mismo, ávido de discusiones y de instrucciones nuevas, en el cual se empeñaría Jesús en despertar la conciencia de sus fallas morales (Weiss). Jesús va por lo demás a explicar y completar su pensamiento en el v. 5. ¿Debe traducirse: nacer *de nuevo*, o nacer *de lo alto?* Crisóstomo ya menciona ambas interpretaciones. La primera es la de Agustín, la Vulgata, Lutero, Calvino, Beza, Tholuck, Olshausen, Luthardt, Godet, Weiss y de la mayor parte de nuestras versiones antiguas y modernas. Su principal argumento es que la mala interpretación de Nicodemo no hubiera sido posible si Jesús hubiera hablado de un nacimiento *de arriba* (v. 4, véase la nota). Pero es difícil justificar esa traducción por el uso del nuevo testamento. Tomado como adverbio de tiempo, el término empleado en nuestro pasaje significa *desde el principio, desde el origen* (Luc. 1:3; Act. 26:5); tan cierto es que Pablo, en Gál. 4:9, le añade el adverbio *otra vez*. Ahora bien: en nuestro pasaje, donde se halla solo, debería propiamente traducirse: "Si un hombre no naciere desde el principio", lo que no da ningún sentido aceptable. Es necesario pues tomarlo como adverbio de lugar, significando *de arriba, de lo alto, del cielo, de Dios*. Juan lo emplea siempre en este sentido local (3:31; 19:11,23; comp. Mat. 27:51; Jac. 1:17; 3:15), de conformidad a su noción de hombre regenerado, al que designa como "nacido de Dios" (1:13; 1 Juan 2:29; 3:9; 4:7; 5:1). Si hubiera querido decir: nacer *de*

4 Dícele Nicodemo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?,
¿puede acaso segunda vez entrar en el vientre de su madre y
5 nacer [5]? Respondió Jesús: En verdad, en verdad te digo: si alguien
no fuere engendrado de agua y de Espíritu, no puede entrar en
6 el reino de Dios [6]. Lo engendrado de la carne, carne es, y lo en-

*nuevo*, tenía para ello a su disposición el verbo griego que emplea el apóstol Pedro (1 Pedro 1:23), u otro término expresando la *renovación* del alma, que se halla con frecuencia en la pluma de Pablo (Rom. 12:2; Ef. 4:23; Col. 3:10). El nuevo testamento entero nos parece pues favorable al sentido que adoptamos y en el cual el pensamiento de Jesús es más completo y más en armonía con la explicación que él mismo da en el v. 5, cuando llama a ese nacimiento *de lo alto* un nacimiento *de Espíritu*. Nuestra traducción es la de Orígenes y de varios padres griegos, de Erasmo, Bengel, Lücke, de Wette, Meyer, Lange, Weizsäcker, Rilliet, Reuss, y de la versión de Lausana.

5. *Puede entrar segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?* Nicodemo sólo se detiene en el verbo *nacer*, sin tomar en cuenta el circunstancial *de arriba;* lo repite dos veces, tan incomprensible y absurda le parece la idea que presenta. Y precisamente ese absurdo es lo que él hace notar en su pregunta. No es necesario excusar su error diciendo que estaba turbado por la brusca declaración de Jesús, ni reducir su pregunta a significar: ¿No entiendes sin embargo esa palabra *nacer* en su sentido literal y material? "Nicodemo hace intencionalmente, quizá con irónica sonrisa, una pregunta absurda, para mostrar que el pensamiento de Jesús le parece tal, si se atiene al sentido literal de sus palabras. Diciendo: Puede un hombre nacer *cuando es viejo*, piensa probablemente en sí mismo, y se dice que no podrá, de ningún modo, llenar la condición puesta por la palabra enigmática de Jesús, aun cuando le presentara un sentido aceptable. Hay tristeza en esta reflexión.

6. Con estas palabras luminosas y profundas, Jesús eleva el pensamiento de Nicodemo por encima del materialismo que ha inspirado su pregunta; le indica los únicos medios por los cuales puede realizarse el *nacimiento* espiritual de que le ha hablado. Esos medios son el *agua* y el *Espíritu*. El uno es el símbolo, el otro la realidad Nicodemo, que conocía las escrituras, no podía ser enteramente ajeno al hecho así descripto en los términos mismos de los profetas (Ezeq. 36:25-27; Jer. 33:8; Zac. 13:1). Además, no podía ignorar el bautismo de agua que Juan el Bautista predicaba y administraba para arrepentimiento (Mat. 3:11); quizá había sabido que Juan anunciaba a Aquel que debía venir después de él y que bautizaría con el Espíritu Santo (Mat. 3:11; Juan 1:33). Podía pues comprender que el *agua*, enmpleada en todas las purificaciones rituales en uso entre los judíos, era la señal y el sello del arrepentimiento, del dolor causado por el pecado y que, haciéndolo aborrecer, "purifica la conciencia de las obras muertas" (Hebr. 10:22); pero que ese arrepentimiento no bastaba; que era necesaria, para realizar la transformación moral llamada por Jesús un "nacimiento de lo alto", el *Espíritu*, el principio eterno, todopoderoso, creador de la vida divina, el único por el cual el hombre es rege-



7 gendrado del Espíritu, espíritu es [7]. No te admires de que te
8 dije: Es necesario que seáis engendrados de arriba [8]. El viento
donde quiere sopla, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde
viene y adónde va; así es todo el que es engendrado del Espí-
9 ritu [9]. Respondió Nicodemo y díjole: ¿Cómo puede ser hecho

nerado y santificado. Tal es la enseñanza de todo el nuevo testamento, y Jesús emplea en otra parte los dos mismos términos para designar la plenitud de la vida nueva por el Espíritu Santo (7:38,39). La condición puesta por Jesucristo es absoluta: *no puede entrar en el reino de Dios*, por la sencilla razón de que este reino es espiritual y que sólo aquellos que son nacidos del Espíritu son capaces de disfrutar de él. Esta sentencia de Jesús contiene toda la profunda verdad que el bautismo cristiano simbolizará más tarde Mat. 28:19; Tito 3:5), pero no trata aun formalmente de este rito. Lo mismo ocurre con su enseñanza de la necesidad de "comer su carne y beber su sangre" (Juan 6:52 y sig.), donde no habla propiamente de la cena, que aun no había sido instituída, pero donde presenta a sus oyentes la verdad eterna de una comunión íntima y viviente del fiel con el Salvador, verdad que será un día figurada en la ceremonia de la santa cena.

7. Con este contraste profundo entre la *carne* y el *Espíritu*, reproduciendo necesariamente cada cual a su semejante, explica Jesús y motiva la sentencia que precede. La palabra carne designa al hombre natural, tal como nace, crece y vive, desde que, por la caída, invadió el pecado nuestra humanidad (Comp. Rom. 1:3,7:14, notas). La palabra es tomada aquí en su sentido moral; pero contiene, además, la noción de debilidad, sufrimiento y muerte, que son la consecuencia del pecado. Ahora bien: de tal hombre sujeto a la carne, no pueden *nacer*, sino seres en todo semejantes a él. Al contrario, lo que es *nacido* bajo la acción potente y creadora del Espíritu de Dios es un ser de naturaleza espiritual, libre del dominio de la carne, penetrado y dirigido por el mismo principio que le ha dado la vida, el Espíritu Santo. (Véase la nota precedente y, para este contraste de la carne y el Espíritu. Rom. 8:5-9, Gál. 5:16-24). Jesús habría podido decir: "Lo que es nacido de la carne es *carnal*, lo que es nacido del Espíritu es *espiritual*" pero empleando el sustantivo en lugar del adjetivo da a entender que la carne o el Espíritu son la esencia misma del ser que está bajo el dominio de una u otra de esas potencias (comp. 6:63; 12:50). La primera de las dos sentencias de este versículo formula, según Godet, la necesidad del nuevo nacimiento, la segunda su realidad y por consiguiente su plena posibilidad. Es necesario observar también con Meyer que, aunque Jesús habla de seres personales, emplea el pronombre neutro *lo que*, a fin de indicar tanto mejor la universalidad del doble principio que establece aquí.

8. v. 3, nota. *Os es necesario*, "a ti y a aquellos en cuyo nombre has hablado" (v. 2) *Bengel*. La necesidad de este nacimiento de arriba es absoluta para todos.

9. Para disipar si es posible la extrañeza de Nicodemo, Jesús describe la acción del Espíritu con una comparación tomada de la naturaleza. Esta comparación se ofrecía a él en el término mismo que, en hebreo y en griego, designa al *espíritu* y sig-

10 esto [10]? Respondió Jesús y díjole: ¿Tú eres el maestro de Israel
11 y no sabes esto [11]? En verdad, en verdad te digo que lo que sabe-
mos hablamos, y lo que hemos visto testificamos; y no recibís
12 nuestro testimonio [12]. Si lo terrenal os he dicho y no creéis, ¿cómo,

nifica al mismo tiempo *viento*. Personifica al viento (sopla donde *quiere)* y hace observar que se lo comprueba por sus efectos *(su ruido*, gr. su *voz)*, aun cuando no se sepa *ni de donde viene, ni adónde va* (Ecles. 11:5). Lo mismo ocurre con la obra del Espíritu; aquel en quien ella se realiza tiene conciencia de la transformación que se opera en él, la comprueba por sus efectos, pero ignora de qué modo se realiza. Toda vida es un misterio. Nicodemo ha preguntado (v. 4) y va a preguntar aún (v. 9) *¿cómo?* A esta pregunta no podría haber respuesta capaz de satisfacer una curiosidad enteramente intelectual. Recójase en sí mismo, deténgase en el hecho de experiencia y pregúntese: ¿Soy yo nacido de lo alto? Por la figura que ha elegido, revela Jesús la perfecta libertad del Espíritu en su acción. "Sopla donde quiere", y a menudo precisamente donde menos lo sospechan los hombres. Jesús enseña también con esta misma figura que aquellos en quienes ese Espíritu obra no saben hasta dónde los conducirá. Abre así delante de ellos grandes y gloriosas perspectivas.

10. Erróneamente se ha pensado que, con esta nueva pregunta, se obstina Nicodemo en su oposición a lo que le enseña Jesús. Diremos más bien con Stier: "Ahora interroga realmente, en lugar de contradecir". No niega; pero confiesa que, en cuanto a sí mismo, es ajeno a *estas cosas;* querría saber *cómo* se realizan (lo que no es el asunto), y estar seguro de su posibilidad. ¿Cómo *pueden hacerse?* No se interroga así sin una vuelta sobre sí mismo y el deseo serio de instruirse. Por eso Jesús, a pesar del reproche que va a dirigirle (v. 10), condescenderá dándole abundantemente las enseñanzas y explicaciones que necesita.

11. Jesús se asombra, a su vez, y no teme expresar ese asombro, a riesgo de humillar a su interlocutor, haciéndole sentir que hasta aquí había descuidado el foco donde habría podido encontrar las luces que le faltaban. Como *doctor de Israel* (el doctor, artículo definido, mostrando que Jesús le considera como representante del cuerpo docente en su nación), habría debido comprender, para sí mismo y para otros, por las escrituras, las verdades religiosas que Jesús le enseña (Ezeq. 11:19,20; 36:26, 27; 37:1 y sig.; Jer. 31:31-34; Isa 44: 3-5).

12. Jesús insiste, y quiere ahora hacer sentir a Nicodemo que hay en él y en sus semejantes *(vosotros)* no solamente ignorancia, sino incredulidad. En efecto, no solamente no han penetrado en el sentido profundo de las escrituras que los habrían iluminado, sino he aquí un *testimonio*, dado con la más completa certidumbre *(lo que sabemos)*, descansando en una intuición inmediata de la verdad *(lo que hemos visto)*, un testimonio afirmado en los términos más solemnes *(en verdad, en verdad);* y ellos *no reciben* ese testimonio (Comp. v. 32; 1:11). Muestran así que están animados de la incredulidad que rechaza las cosas divinas. Se trata menos, en efecto, de comprender éstas por la inteligencia, que de *recibirlas* en el corazón, es decir



13 si os dijere lo celestial, creeréis [13]? Y nadie ha subido al cielo

creerlas. Resta una cuestión que los intérpretes han resuelto de diversas maneras. ¿De quién habla Jesús al emplear este plural *nosotros: sabemos, hablamos, testificamos?* Algunos (Luthardt, Weiss) han pensado que Jesús asocia a su propio testimonio el de Juan el Bautista, varias veces recordado en los primeros capítulos de nuestro evangelio, y que reprocharía así a los fariseos por no haberle recibido. Lutero, Beza, Tholuck, piensan que Jesús quiere decir: yo y todos los profetas; Bengel: Yo y el Espíritu Santo; Crisóstomo: Yo en mi unidad con Dios. Otros solamente han visto en ese *nosotros* un plural de majestad; pero esa forma de lenguaje no aparece en boca del Salvador. Godet, con Lange Hengstemberg, Westcott, admite que se trata de los discípulos de Jesús, "de los cuales uno o varios se encontraban en ese momento junto a él, y que empezaban ya a tornarse en órganos de ese nuevo doctorado inaugurado por él. En la persona de Jesús, luego en sus actos y en sus palabras, el cielo está constantemente abierto ante sus ojos (1:52); ya *ven* y *saben* verdaderamente... Sobre este fundamento, ya testifican. ¡Qué vivacidad, qué frescura en la declaración de Juan y de Andrés (1:42), en la de Felipe (1:47), en la exclamación de Natanael (1:50)!... Jesús pues ya no se siente solo. De ahí el sentimiento de profundo gozo que respira en estos plurales: *hablamos, sabemos*, y que se descubre hasta en la forma del lenguaje. En efecto, Luthardt ha hecho observar con razón que vemos aparecer aquí esa forma de paralelismo que constituye el ritmo poético de la lengua hebrea. Este rasgo de estilo muestra la emoción y caracteriza siempre un momento de elevación particular (5:37; 6:35, 55, 56; 12:44, 45)... Nicodemo debe comprender que las cosas están más adelantadas de lo que piensa!... Mientras sus colegas y él esperan aún la hora solemne del advenimiento del reino, este reino está ya aquí sin su noticia y otros participan de él antes que ellos."

13. "No recibís nuestro testimonio v. 11); ¿qué será pues cuando os hablare de cosas mucho más elevadas?" Las *cosas terrestres* son las que tienen lugar *sobre la tierra* (sentido de la palabra griega), al alcance del hombre, o en el hombre mismo, cualquiera que por otra parte sea su naturaleza (1 Cor. 15:40; 2 Cor. 5:1; Fil. 2:10; Sant, 3:15). Ahora bien: aun la regeneración de que Jesús ha hablado a Nicodemo pertenece a este dominio, porque se realiza en la tierra y en la experiencia misma del hombre, que puede sentir necesidad de ella y saber cuándo ha sido verificada en él. Las *cosas celestiales* son las que tienen lugar *en el cielo* y que, por su naturaleza, pertenecen exclusivamente a ese mundo invisible donde Dios reina (Mat. 18:35; 1 Cor. 15:40, 48, 49; Ef. 1:3; Fil. 2:10). Aquí, las cosas celestiales de que Jesús va a hablar (v. 14 y sig.) son todas aquellas que estaban contenidas en el consejo de Dios para la redención del mundo, incluso la vida eterna que es su objeto supremo (v. 15, 16). Sin duda, estos grandes hechos de la salvación se realizan también sobre la tierra y serán objeto de la fe de los creyentes; pero aun no estaban revelados cuando Jesús hablaba de ellos a Nicodemo; podía pues aun designarlos como cosas celestiales, que aun siempre permanecerán tales por su naturaleza, su origen y su destino. Ahora bien: es cierto que,

sino el que del cielo bajó, el hijo del hombre que está en el cielo [14].

si el hombre no cree cuando se le habla de sí mismo, de su conciencia, de la necesidad de una renovación moral, mucho menos creerá cuando se le hable de su redención por el envío del Hijo de Dios, por su vida, por su muerte, y por su vuelta a la gloria. Con mucha razón pues hace observar Godet que "esta sentencia de Jesús debe enseñar a la apologética a colocar el punto de apoyo de la fe en las declaraciones del evangelio que se refieren directamente a los hechos de conciencia y a las necesidades morales del alma.. . La verdad moral del evangelio es la garantía primera de su verdad religiosa". Todas las demás verdades de la fe serán recibidas ávidamente por quien haya sido conducido a desearlas, a tener hambre y sed de ellas. Jesús dice *vosotros*, como en el v. 7., porque Nicodemo había dicho *nosotros*, queriendo hablar en nombre suyo y de los hombres de su clase.

14. "Y ninguno puede revelar esas cosas celestiales, excepto el Hijo del hombre." Es así como Meyer, siguiendo a de Wette, indica simple y claramente el sentido de este versículo y su relación con el precedente. Godet lo hace en éstos términos, que presentan la otra faz de la misma verdad: "Sin la fe en mi testimonio, no hay para vosotros acceso a las cosas celestiales." Estas palabras de Jesús reproducen, en el fondo, el pensamiento expresado en el cap. 1:18: "Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único que está en el seno del Padre, él nos le hizo conocer." (Véase la nota.) Este hecho: Nadie vió jamás a Dios, y por consiguiente, ninguno le conoce en su esencia, es expresado aquí en estos términos: *Nadie subió al cielo*, ni ha podido traer de allá la verdad divina. Solamente es exceptuado el que por su encarnación, *descendió del cielo*, y ha llegado así a ser *el hijo del hombre* (Mat. 8:20, nota). El solo puede enseñaros las cosas celestiales que habéis de creer; pues, no solamente ha venido del cielo, sino que por su comunión íntima e indisoluble con Dios *está en el cielo*. Estas últimas palabras (que están omitidas en *Sin.*, *B)* tienen el mismo sentido que las del cap. 1:18: "que está en el seno del Padre". La explicación allí dada de esta sentencia profunda se recomienda por su sencillez. Sin embargo, algunos intérpretes sienten escrúpulos en tomar como una metáfora la expresión *subir al cielo*, a causa de su antítesis: El que *descendió* del cielo. Esta última expresión, como observa Weiss, significa en el lenguaje del cuarto evangelio (16:28) que Jesús dejó la existencia celestial que vivía antes junto al Padre. Si se toma pues en sentido recto el término *subió*, sería necesario, con Meyer-Weiss, aplicarlo a los hombres en general, exceptuando Jesús: "Nadie subió al cielo, sino el que (sin haber subido) descendió de allí, el Hijo del hombre que *está* (por esencia) o que *estaba* (anteriormente) en el cielo": interpretación que equivale a decir que Jesús explica por su esencia divina o por su preexistencia el conocimiento que tiene de las cosas celestiales. A esta explicación observa Godet que no toma en cuenta el *sino*. Esta palabra obliga a aplicar a Jesús también, pero tomándolo en un sentido figurado, el verbo *subió*. Godet cree hallar en el bautismo de Jesús la ascensión espiritual a que alude. "El cielo entonces le fué abierto; hundió en él sus miradas; leyó en el corazón de Dios, y conoció en ese momento todo lo que debía reve-



14 Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario
15 que el hijo del hombre sea levantado, para que todo el que cree
16 en él tenga vida eterna [15]. De tal manera, en efecto, amó Dios
al mundo, que dió su Hijo Unigénito, para que todo el que en él
17 cree no se pierda sino que tenga vida eterna [16]. Pues no envió

lar a los hombres del plan divino, *las cosas celestiales*.

15. Por las declaraciones de los v. 14 y sig., se esfuerza Jesús en iniciar a Nicodemo en esas "cosas celestiales" (v. 12) que él solo podía revelar (v. 13). El v. 13 enunciaba un primer motivo de creer, legitimando a Jesús como revelador; el v. 14 añade *(y)* a ese primer motivo un segundo, presentándolo como redentor. Para hacer accesible a Nicodemo el misterio de su obra redentora, Jesús toma del antiguo testamento (Núm. 21:5-11) un magnífico símbolo bien conocido de su interlocutor; y aplicándolo a sí mismo hace de él una predicción muy clara de su muerte. Habiendo murmurado el pueblo de Israel contra Dios, fué castigado con el azote terrible de serpientes ardientes que causaron la muerte de un gran número de culpables. Entonces el pueblo arrepentido, confesando su pecado, fué a Moisés, suplicándole que intercediera por él. En respuesta a la súplica, el siervo de Dios recibió la orden de levantar sobre una percha una serpiente de metal; y todos los que, creyendo la promesa de Dios, contemplaban esa figura del mal de que padecían, fueron sanados. Igualmente, agrega Jesús, *es necesario que el hijo del hombre sea levantado;* levantado sobre la cruz primeramente, que será para él el camino de la gloria. El sentido de esta frase *ser levantado* nos es certificado por otras declaraciones del Salvador mismo (8:28; 12:32, 33), y también por el hecho de que, en la lengua aramea en que hablaba, el término correspondiente que ha debido emplear, significa: ser levantado sobre un madero, ser ahorcado o crucificado en él. *Es necesario*, dice Jesus: gloriosa necesidad, basada en la misericordia eterna de Dios, en su consejo ya anunciado por las profecías, que *deben* ser cumplidas. Y el objeto de esa obra inmensa del amor de Jesús será semejante al que fué alcanzado en el desierto por los israelitas moribundos: *a fin de que todo el que cree en él* (gr. *todo creyente en él*, ¡universalidad y riqueza de esta obra de redención!) *no perezca* en su pecado, como los culpables perecían en el desierto, *sino que tengan la vida eterna.* Esta última expresión se halla aquí por primera vez en nuestro evangelio. Reaparecerá muy a menudo en adelante. El don de la *vida eterna* implica no solamente el perdón, la reconciliación con Dios, sino la participación del alma salvada en la vida de Dios mismo, vida imperecedera y feliz. Y es necesario observar el presente: *tenga* la vida, que la tenga desde el instante en que abrace con fe viva del corazón a ese Salvador al que contempla sobre la cruz (v. 16, 36). Las palabras: *no perezca sino*, faltan en *Sin.*, *B*, algunas versiones, y la mayor parte de los críticos las suprimen, suponiendo que han sido copiadas por descuido del v. 16. Pero, como observa M. Godet, podrían haber sido escritas por el autor para establecer entre nuestro versículo y el siguiente ese paralelismo que es la señal de la exaltación del sentimiento (Comp. v. 11, nota).

16. Este versículo explica el precedente *(en efecto, porque)*; eleva el

Dios el Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que sea
18 salvado el mundo por medio de él[17]. El que en él cree no es

pensamiento por encima de los símbolos y muestra en el misterio de la cruz la revelación del amor eterno de Dios. Hay en esta sentencia más de adorar, creer, amar, que de explicar. *De tal manera amó Dios:* ese amor es el principio y la fuente suprema de la salvación. Amó *al mundo,* este mundo caído, pecador, en rebelión contra él; amó a nuestra humanidad entera a la que destinaba esa manifestación de su amor. *Dió,* no solamente envió, sino abandonó lo que de más querido tenía, *su Hijo unigénito;* "lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también todas las cosas con él?" (Rom. 8:32; comp. 1 Juan 4:9). No exige de ningún hombre, para que *no perezca* en su pecado y su miseria, más que *creer* en su Hijo, es decir, poner en él toda la confianza de su corazón. Por último, abre a los ojos de ese creyente las inmensas y benditas perspectivas de *la vida eterna* (v. 15, *nota).* Varios intérpretes de tendencias teológicas diversas se han preguntado si los versículos que nos ocupan (16-41) son aún la continuación de la conversación de Jesús con Nicodemo, o si contienen una meditación que el evangelista habría agregado; y se deciden por esta última opinión. Si fuera fundada, no dejaríamos de tener aquí los pensamientos que el discípulo había tomado del espíritu y el corazón de su Maestro. Pero las razones invocadas en favor de esa opinión no son decisivas: los verbos en pretérito (v. 19) parecen indicar una época más adelantada; pero la actitud que las autoridades habían tomado ya respecto de él (2:18), como respecto de Juan el Bautista (1:19 y sig.), autorizaba a Jesús a expresarse así. La palabra *Hijo unigénito* no se halla en otra parte en boca de Jesús; es particular de Juan (1:14, 18; 1 Juan 4:9); pero ¿por qué no se habría servido de él Jesús, que se llama tan a menudo *el Hijo, el Hijo de Dios?* Por último, se invoca el silencio de Nicodemo, que parece quitar de este discurso el carácter de una conversación; mas ¡cuán natural era que ese hombre, habiendo ido a Jesús para instruirse, y compenetrado cada vez más de sus palabras, se contentase con escucharlas con religiosa atención? Por eso Meyer, Godet y otros intérpretes consideran, con razón, este final del discurso como pronunciado por Jesús. "La cohesión de todas las partes de la conversación, dice Godet, es demasiado evidente para permitir distinguir entre la parte de Jesús y la del evangelista. O es el todo una composición libre de éste, o el todo también debe ser considerado como el resumen de una conversación real de Jesús". Tal es también la opinión de Weiss que se inclina hacia el primer partido, estimando que el evangelista, aun cuando relata una conversación que verdaderamente tuvo lugar, atribuye a Jesús pensamientos (v. 14, 19) que éste ha debido emitir en situación más avanzada.

17. Jesús confirma en estas palabras *(pues)* que el objeto de su venida al mundo era realmente manifestar el amor eterno de Dios (v. 16), y no *juzgar al mundo.* El designio de ese amor es tan universal, que *el mundo* entero podría *ser salvado* por Jesucristo. Esta universalidad de la salvación es expresada también del modo más solemne por la triple repetición de la palabra *mundo* (Comp. Luc. 19:10). Pero Jesús, proclamando así el objeto misericordioso de su



juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído
19 en el nombre del unigénito Hijo de Dios[18]. Y éste es el juicio:
que la luz ha venido al mundo y amaron los hombres más las
20 tinieblas que la luz, pues eran malas sus obras[19]. En efecto, todo
el que hace lo malo aborrece la luz y no viene a la luz para que
21 no sean reprendidas sus obras. Mas el que hace la verdad viene a

venida, está muy lejos de negar, como se ha pretendido, el juicio final, que, al contrario, le está reservado para el fin de los tiempos y que anuncia del modo más solemne (5:28, 29). Y, aun durante su permanencia sobre la tierra, y mientras anuncia la misericordia divina, el Salvador ejerce, por la potencia de la verdad, otro juicio, actual, interior, al cual ningún hombre escapa (v. 18,19; comp. 9:39). Sin razón alguna pues nuestras antiguas versiones traducen la palabra *juzgar* por la de *condenar.* Este error ha sido cometido porque se ha confundido los dos juicios muy distintos que acabamos de señalar. Observamos también que por este último desarrollo (v. 17-21) Jesús rectifica las ideas de Nicodemo. "Jesús, que acaba de revelar el amor redentor para con el mundo entero, descubre ahora a Nicodemo la naturaleza del verdadero juicio. Y esta revelación también es una transformación completa de la opinión corriente. La línea de demarcación no pasará entre judíos y paganos, sino entre creyentes e incrédulos, cualquiera que fuere su nacionalidad." *Godet.*

18. Puesto que el Hijo de Dios ha venido, no para juzgar sino para salvar, *el que cree en él,* quien ha recibido en él la gracia divina, quien se ha dado a él, *no es juzgado.* El juicio ha debido, es verdad, ejercerse en su conciencia, por la verdad, y llevarle al arrepentimiento, pero ahora está libre de él y respira en la atmósfera de la gracia y del amor divinos; tiene el testimonio de ello dentro de sí (1 Juan 5:10). Jesús confirma abundantemente estas precisas palabras declarando que el creyente está libre hasta del juicio final (5:24), donde no comparecerá sino para ver comprobar en plena luz su estado de alma. *Mas* (partícula omitida en *Sin., B.),* añade el Salvador, *el que no cree,* quien persiste en su incredulidad, *ya está juzgado,* por el único hecho de que el *unigénito Hijo de Dios* se ha presentado a él, lleno de gracia y de verdad, y él le ha rechazado cerrándole su corazón. Queda en su pecado, al cual ha añadido el pecado más grave, el desprecio de la misericordia divina.

19. Jesús penetra más profundamente aun en el alma humana y descubre en ella la naturaleza y la causa del juicio. Es que la *luz,* es decir la verdad y la santidad divinas, han aparecido *en el mundo* por la venida del Salvador, y en presencia de tal Ser, una decisión, una *crisis,* un juicio se opera en toda alma: o ella ama la luz y se entrega a Aquel que la hace resplandecer; o *ama más las tinieblas,* es decir el error, la mentira, el mal, y se refugia en ellas para entregarse a sus *obras* que *eran malas* y continúan siéndolo. El verbo en imperfecto muestra que esas obras eran ya malas antes del juicio interior de que se trata. "Rechazando a Jesús el hombre se juzga. La investigación más rigurosa sobre toda su vida no comprobaría mejor que su incredulidad su disposición opuesta al bien." *Godet.*

la luz, para que sean manifestadas sus obras, porque han sido hechas en Dios [20].

C. 22-36. JESÚS EN JUDEA. ULTIMO TESTIMONIO DE JUAN EL BAUTISTA. — 1º *Jesús y Juan el Bautista en Judea.* Jesús se traslada a tierra de Judea. Sus discípulos bautizan. Juan bautiza también en Enón, cerca de Salim. En efecto, no había sido aún puesto en la cárcel (22:24). — 2º *Queja de los discípulos de Juan.* A consecuencia de una disputa con un judío, los discípulos de Juan se quejan a él de la competencia que les hace Jesús (25,26). — 3º *Respuesta de Juan.* Cada uno tiene su tarea que Dios le asigna. El lo ha dicho: No es el Cristo; al Cristo pertenece la esposa; él no es sino el amigo del esposo, que se goza de oír la voz del esposo. ¡Es necesario que él crezca y que yo mengüe! (27-30). — 4º *La superioridad absoluta de Jesús.* Resulta: a) *de su origen:* él viene del cielo (v. 31); b) *de la naturaleza de su testimonio:* habla de lo que ha visto y oído, y sin embargo su testimonio no es recibido, pero el que lo ha recibido atesta

20. Estos dos versículos (20,21) confirman y desarrollan *(pues)* la gran verdad moral expresada en el v. 19. *Todo el que* se entrega a malas obras o *hace el mal,* no solamente no ama la *luz* (v. 19), sino que la *aborrece,* porque ella revela, acusa y condena las disposiciones íntimas de su corazón; se cuida muy bien de ir a la luz, es decir, de acercarse a Jesús; porque sabe que *sus obras* serían *reprendidas,* convencidas de culpabilidad, como ante un tribunal. Enteramente distinto es el caso del que *practica la verdad,* la verdad moral, que, en los escritos de Juan, es a menudo casi sinónima de santidad (4:23; 8:44; 1 Juan 1:6) y que, aquí es lo opuesto a las *obras malas* (v. 19), o al *mal* (v. 20). *"Hacer la verdad* designa el esfuerzo perseverante por elevar su conducta a la altura de su conocimiento moral, por realizar el ideal del bien percibido por la conciencia (Rom. 7)", *Godet.* El que obra así *viene a la luz,* se acerca con confianza al Salvador, no temiendo, sino deseando que *sus obras sean manifestadas.* Es que tiene en sí el testimonio de que *sus obras,* su vida, las disposiciones de su corazón son hechas *en Dios,* en comunión con él, en conformidad con su espíritu y su voluntad. Se puede preguntar, con Godet, si esta expresión no es "muy fuerte para caracterizar las obras del hombre sincero, antes de haber hallado a Cristo. Pero ora en Israel, ora aun fuera de la esfera teocrática, todo bien en la vida humana proviene de un impulso divino (6:37,44; Rom. 7). Dondequiera que haya docilidad de parte del hombre ante esta iniciativa divina, se aplica esta expresión de *obras hechas en Dios,* que comprende tanto los suspiros del publicano humillado y del creyente arrepentido como las nobles aspiraciones de un Juan o de un Natanael". Así, a pesar de la sentencia general del v. 19, Jesús reconoce que hay hombres que, aun antes de ir a él, la luz perfecta, tienen un corazón sincero y recto, amando la verdad y buscando la luz. "Todo el que es de la verdad, escucha mi voz" (18:37). Estas son las almas que el Padre atrae hacia el Salvador (6:44) y que no le resisten. Estas palabras, que terminan la conversación, eran un estímulo para Nicodemo, que había "venido" a Jesús.



que Dios es veraz, pues las palabras de Jesús son las mismas de Dios, ya que le ha dado Dios el Espíritu sin medida (32-34); c) *de su posición de Hijo:* el Padre le ama y le ha entregado todas las cosas (35); d) *Conclusión.* El que cree en el Hijo tiene la vida eterna; el que desobedece al Hijo, la ira de Dios queda sobre él (36).

22 Después de esto fué Jesús y sus discípulos a la tierra de
23 Judea; y allí moraba con ellos y bautizaba [21]. Y estaba también
Juan bautizando en Enón, cerca de Salim, porque había allí mu-
24 chas aguas, e iban y eran bautizados [22]; pues aún no había sido
25 echado Juan a la cárcel [23]. Hubo pues una cuestión de los discípu-

21. *Después de esto,* es decir después de esa primera permanencia en Jerusalén (2:13 y sig.), donde tuvo lugar la conversación con Nicodemo v. 1 y sig.). Jesús deja la capital, donde su manifestación en el templo y los milagros que había realizado no habían podido asegurarle la adhesión general ni la aprobación de las autoridades teocráticas. Ha inferido de ello que la obra de preparación realizada por Juan el Bautista debe proseguirse aún, y se asocia a ella él mismo; se traslada a los campos de Judea para *residir allí* algún tiempo *con sus discípulos.* Allí también a la predicación agrega el *bautismo.* El evangelista rectifica y completa la noticia que da aquí, diciendo que "Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos" (4:2). Este bautismo era como el del Precursor, un bautismo administrado en señal de arrepentimiento; el bautismo de Espíritu no tuvo lugar sino después de Pentecostés (7:39; Ac. 1:5). En la iglesia cristiana, estos dos bautismos fueron reunidos en uno solo, que se tornó en el sello de la regeneración (Ef. 5:26; Tito 3:5).

22. Juan continuaba su obra, porque a sus ojos el reino de Dios, para el cual predicaba y bautizaba, aun no estaba establecido. Le era necesario, para poner término a su misión, una orden de Dios; pronto la recibió por el hecho de su encarcelamiento. No hay más que conjeturas sobre la situación exacta de estas dos localidades *Enón y Salim.* El primero de estos nombres es derivado probablemente de una palabra hebrea que significa *las fuentes,* y el segundo es en los Setenta la transcripción del nombre hebreo de *Schiljim,* que quiere decir *las vías de agua, los arroyos.* Esta doble significación está en armonía con la observación del evangelista de que había allí *mucha agua.* Se ha inferido, con razón, que entonces Juan no bautizaba en el Jordán, sin lo cual esta observación habría sido superflua. Los dos nombres de *Schiljim y Aín* se encuentran reunidos en una enumeración de las ciudades de "la región del mediodía" de Judá (Jos. 15:32).

23. El evangelista explica cómo la actividad de Juan el Bautista podía continuar aún. Pero, ¿por qué era necesaria esta observación? Evidentemente porque el relato de los dos primeros evangelios (Mat. 4:12; Marc. 1:4), que no seguían un orden cronológico riguroso, dejaba creer que el encarcelamiento de Juan el Bautista había tenido lugar antes del primer regreso de Jesús de Judea a Galilea, inmediatamente después de su bautismo. Ahora bien: nuestro

26 los de Juan con un judío sobre la purificación [24]. Y fueron a Juan
y le dijeron: Rabí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán,
al que has dado testimonio, he aquí, él bautiza, y todos van a él [25].
27 Respondió Juan y dijo: No puede un hombre recibir nada si no
28 le hubiere sido dado del cielo [26]. Vosotros mismos me dais testi-
monio de que dije: No soy yo el Cristo, sino que enviado he sido
29 delante de aquél [27]. El que tiene la novia, el novio es; mas el
amigo del novio, que está en pie y le oye, con gran gozo se goza

evangelista, que refiere (1:44) un primer viaje a Galilea y (4:3,43 y sig.) un segundo viaje, distinguiendo así esos dos regresos, que la tradición sinóptica había fundido en uno solo, restablece el orden cronológico de esos primeros tiempos de la actividad del Salvador, y nos hace saber que la predicación del Precursor tuvo lugar, por algún tiempo aun, simultáneamente con la de Jesús.

24. Según el texto recibido, esta disputa de los discípulos de Juan habría tenido lugar con *algunos judíos*, pero la mayor parte de los documentos están en favor del singular, *un judío*. El plural se lee en varias versiones antiguas y en Orígenes, pero entre los manuscritos solamente tiene en su favor *Sin.*, y algunas *minúsc.* El Evangelista no dice quién era ese *judío*. Esta discusión tenía por tema la *purificación*, es decir el bautismo. Se trataba probablemente, según el contexto, de decidir cuál de los dos bautismos, el de Juan o el de Jesús, era más eficaz. De ahí una especie de irritación en los discípulos de Juan, y su diligencia cerca de su Maestro (v. 26).

25. Estas palabras respiran celos: *Aquel a quien diste testimonio*, al que recomendaste con un desinterés tan generoso (gr.) *¡he aquí, él bautiza!* ¡procura suplantarte por una concurrencia directa! Y agregan con la exageración del despecho: *¡y todos van a él!* Se comprende esos sentimientos en hombres sinceros pero poco iluminados, vivamente adictos a su maestro y que no habían creído en Jesús. Pero ¡qué contraste entre tales disposiciones y la admirable humildad que resalta de cada palabra de la respuesta de Juan!

26. Juan expresa en estas palabras una verdad general, absoluta. (Comp. Sant. 1:17). Pero, ¿a quién la aplica? Unos responden: A sí mismo; no tiene ninguna pretensión de tener o ser nada más que lo que le ha sido impartido (Bengel, Lücke, Hengstenberg, Godet). Otros, a Jesús; no tendría el éxito de que los discípulos de Juan estaban celosos si éste no le hubiera sido *dado del cielo*. (De Wette, Meyer, Astié, Weiss, Holtzman). Otros por último, a Juan y a Jesús juntos debiendo cada uno de ellos cumplir la misión que le ha sido asignada de Dios (Tholuck, Luthardt, Keil). Nos parece que la primera de esas explicaciones está más en armonía con el v. 28, donde Juan continúa hablando de sí mismo y de lo que no le ha sido dado.

27. Los discípulos de Juan no podían ignorar las declaraciones tan positivas de su maestro (1:20-34) sobre su relación con el Mesías. Ellos mismos acaban de aludir (v. 26) al testimonio dado por Juan. El se contenta pues con decirles: *Vosotros mismos me sois testigos.*



30 por la voz del novio; éste mi gozo pues está cumplido [28]. Necesario
31 es que aquél crezca, pero que yo mengüe [29]. El que de arriba viene,

28. El Precursor muestra aún, con una hermosa y conmovedora figura, cuál es su posición subordinada respecto del Salvador: *Él es el esposo*, a quien pertenece la *esposa*, es decir la iglesia que él ha rescatado. Juan no es más que el *amigo del esposo*, pero eso basta plenamente para su *gozo*. Esta figura, había sido hallada por Juan en el antiguo testamento (Isa. 54:5; 62:5; Oseas 2:16 y sig.); ¡mas qué noción profunda era necesario que tuviera, de la escritura y del Mesías, para aplicar a este último lo que los profetas habían dicho de la unión del Eterno con su pueblo! Jesús mismo se sirve de esta figura que pinta tan al vivo su amor hacia la iglesia (Mat. 9:15; 25:1 y sig.), y sus discípulos, después de él, se han cuidado bien de olvidarla (Ef. 5:25 y sig.; Apoc. 19:7; 21:2). La posición de Juan se atribuye por esta comparación es la de *amigo del novio*, su intermediario ante la novia, encargado de pedir la mano de ésta, y en fin de preparar las bodas. Este hermoso papel describe Juan con estos detalles: El amigo del esposo *está allí*, a su disposición, le *escucha*, *está transportado de gozo* (gr. *con gozo se goza*) *al oir su voz*, durante la fiesta de las bodas (Jer. 7:34). Luego agrega Juan que este gozo que es *el suyo* es *perfecto*, llegado a su pleno cumplimiento. (La misma palabra que se encuentra en 15:11; 16:24; 17:13). ¡Qué contraste entre ese gozo del maestro y los celos de los discípulos! (v. 26).

29. ¡Admirable conclusión de la similitud que precede! ¡expresión de la humildad más conmovedora que haya salido de la boca de un siervo de Dios! ¡Jesús *crecerá* en efecto, su reinado se extenderá sobre el mundo entero, todo poder le será dado en el cielo y sobre la tierra! Y Juan pronto verá *menguar* su misión, su influencia, su vida misma, que irá a apagarse en un calabozo. *Es necesario*, dice; tal es, para con Jesús y con él mismo, la soberana voluntad de Dios! La mayor parte de los intérpretes consideran esta hermosa conclusión como el fin del discurso de Juan el Bautista y estiman que los versículos siguientes (31-36) contienen desarrollos de su pensamiento, añadidos por el evangelista. Se basan primeramente en que las ideas expresadas en estos versículos sobre la naturaleza divina del Salvador sobrepujan, según ellos, el punto de vista en que se hallaba el Precursor; y luego en el hecho de que el estilo de este trozo es decididamente el de Juan. Estas razones no carecen de importancia, y nada tendría que perder la fe, si este magnífico testimonio dado al Salvador hubiera salido de la pluma de Juan, en lugar de venir de la boca del Precursor. Sin embargo, eminentes exégetas, Meyer y Godet entre otros, ven en estos versículos la continuación del discurso de Juan el Bautista, no indicando nada que éste haya terminado con el v. 30. Y en efecto, ¿por qué Juan el Bautista, que ha llamado a Jesús "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo", que acaba de mostrarnos en él al celestial esposo de la iglesia, no expresaría también, respecto de él, los hermosos pensamientos que siguen? "Juan el Bautista, dice Meyer, habla realmente, en el círculo íntimo de sus discípulos, con el entusiasmo creciente del último de los profetas, descubre otra vez toda

sobre todos es; el que de la tierra procede, de la tierra procede y
32 de la tierra habla. El que del cielo viene, sobre todos es[30]; lo que
ha visto y oído, esto testifica, y su testimonio nadie recibe[31].
33 El que ha recibido su testimonio certificó con su sello que Dios
es veraz, pues el que Dios envió, las palabras de Dios habla[32],

la grandeza divina de Jesús y corona así sus testimonios antes de desaparecer de la historia". Y si no se puede desconocer en la forma de su enseñanza los caracteres del estilo del evangelista, no se debe olvidar que éste ha debido reproducir en griego un discurso pronunciado en arameo.

30. Juan el Bautista confirma y generaliza el contraste absoluto que acaba de establecer entre el Salvador y él. *El que viene de arriba*, el Hijo de Dios, *es sobre todos*, sobre todos los hombres, sobre sus siervos más eminentes, ora fueran profetas, ora apóstoles. es lo confirmado abundantemente por la experiencia; ninguno de sus más excelentes siervos soporta la menor comparación con el Maestro. Juan expresa esta verdad oponiendo al que viene de arriba *el que es de la tierra:* emana de ella, pertenece a nuestra pobre humanidad caída, *es* y sigue siendo *de la tierra*, lleva sus caracteres, sus flaquezas; y cuando *habla*, no puede hacerlo sino *como siendo de la tierra*. El griego dice literalmente: *habla de la tierra;* las palabras *de la tierra* se refieren propiamente al contenido de los discursos: no tratan más que de las cosas terrestres. (Comp. v. 12). Véase lo opuesto en el v. 34. Estas palabras, a pesar de lo que tienen de absoluto, no excluyen ni la vocación de arriba que puede haber recibido un siervo de Dios (Luc. 3:2), ni las revelaciones o los auxilios del Espíritu de Dios que hacen de su palabra una palabra divina (Juan 1:33, 34). Pero la propia experiencia de Juan el Bautista (Mat. 11:2) mostró luego que este juicio severo estaba demasiado bien fundado. Una variante, adoptada por Tischendorf siguiendo a *Sin.*, *D*, suprime las palabras: *sobre todos es*, de modo que la frase sería esta: "El que viene del cielo testifica lo que ha visto y oído".

31. El que *viene del cielo*, y habla de *lo que ha visto y oído*, tiene un conocimiento inmediato y perfecto de lo que afirma. (Comp. v. 11 y 13, notas). ¡Gran contraste con "el que es de la tierra!" ¿Cómo puede Juan agregar esta reflexión triste: *mas nadie recibe su testimonio?* Acababan de decirle: "Todos van a él" (v. 26); él mismo ha expresado todo su gozo al ver las primicias de la iglesia reunirse alrededor del celestial esposo (v. 29). Es que Juan, como el evangelista (1:10,11), como Jesús mismo (3:11), no se hacía ilusiones sobre las disposiciones del corazón del hombre; siempre es cierto que, frente a la masa de incrédulos y de indiferentes, el número de los que se entregan a Jesús es infinitamente pequeño. "Esta palabra: *nadie*, es la hipérbole de un profundo dolor" (Meyer); y Juan el Bautista mismo va a modificar la expresión hablando (v. 33) de los que reciben al Salvador.

32. El que *ha recibido* en su corazón, con fe viva, el *testimonio* dado por Jesucristo (gr.) *ha sellado, certificado* con su sello por el hecho mismo, el hecho de que *Dios es veraz*. Es lo que explica *(pues)* el v. 34, al afirmar que el testimonio de Jesús es el de Dios mismo: *El que Dios ha enviado habla las palabras de Dios* mismo. La fe, la confianza del corazón es en sí misma, de parte del creyente, una atestación de la veracidad de Dios, mientras que el que a Dios no cree "le hace mentiroso" (1 Juan 5:10). El verbo *sellar*, empleado en sentido figurado y espiritual, aparece a menudo en el nuevo testamento (6:27; 1 Cor. 9:2; 2 Cor. 1:22, etc.).



35 pues no da el Espíritu por medida[33]. El Padre ama al Hijo, y
36 todo ha dado en su mano[34]. El que cree en el Hijo tiene vida
eterna; mas el que desobedece al Hijo, no verá la vida, sino que
la ira de Dios permanece sobre él[35].

33. Gr. *Pues Dios* (esta palabra falta en *Sin.*, *B*, *C*, es probablemente una glosa) *no da el Espíritu con medida*. Lo que no es dado *con medida* es dado *sin medida*, con abundancia infinita, como Dios da. ¿Pero a quién lo da así? Evidentemente a Aquel a quien ha enviado (v. 34), a su Hijo al que amaba y a quien ha entregado todas las cosas (v. 35). Con razón pues todas nuestras versiones suplen el pronombre *le*, que no está en el griego, y sin el cual esta frase general "no tendría sentido". (De Wette). En efecto, ningún profeta recibió el Espíritu de Dios de modo infinito y permanente. Cada creyente lo recibe en la medida que Dios le da; el Hijo de Dios sólo tiene toda la plenitud de él. (Col. 1:19). Hablando de este *don* del Espíritu, Juan el Bautista piensa sin duda en lo que ha visto en el bautismo de Jesús (1:32).

34. *Dió todo en su mano*, lo puso en su poder. En esa inefable relación de *amor* que le une al Padre, el Hijo posee, no solamente la plenitud del Espíritu, sino *todas las cosas*. "Todo lo que es mío, es tuyo; y lo tuyo, mío" (Juan 17:10; comp. 13:3; 17:2; Mat. 11:27; 28:18; 1 Cor. 15:27; Ef. 1:22).

35. Tal es la conclusión práctica de todo lo que acaba de ser dicho del *Hijo de Dios;* la fe en él o la incredulidad para con él tienen consecuencias que se prolongan por la eternidad. *Creer en él, es tener* actualmente *la vida eterna. (Tiene*, y no: *tendrá)*. Él mismo es *la vida* (14:6); estar con él, por la fe, en viva comunión, es poseer, en él, esa vida imperecedera que, un día, se manifestará plenamente en el cielo (5:24). ¡Pero qué contraste entre esta declaración y la sentencia que sigue! 1º Se esperaba que a estas palabras: *creer en el Hijo*, serían opuestas éstas: *no creer;* en su lugar, leemos: *desobedece al Hijo*. Es que, como la fe es un acto moral de la conciencia y del corazón que constituye la *obediencia* misma, la incredulidad es una rebelión moral del hombre pecador contra Aquel que le ofrece la salvación. 2º A este verbo en presente: *tiene* la vida, se halla opuesto un verbo en futuro: no *verá* la vida, ni ahora ni después. 3º Por una parte, la *vida eterna;* por la otra, la *ira de Dios*, que es la indignación de la santidad contra el pecado y la ingratitud. Esta ira *permanece* sobre el incrédulo; estaba pues ya sobre él por efecto del pecado hereditario (Ef. 2:3); queda sobre él y se acrecienta por el hecho del desprecio de la ofrecida gracia. Estas palabras son la conclusión verdaderamente profética del discurso y de todo el testimonio del precursor. Es como si hubiera dicho, con Moisés: "He aquí ¡he puesto delante de ti la vida y la muerte" (Deut. 30:15).

2. — *Jesús en Samaria*

A. 1-26. Jesús y la Samaritana. — 1º *Introducción histórica:* a) *La partida de Judea.* Jesús, habiendo sabido que los fariseos estaban informados del éxito de su ministerio en Judea, vuelve a Galilea (1-3). b) *Junto al pozo de Jacob.* Obligado a pasar por Samaria, llega, cerca de Sicar, al pozo de Jacob, a mediodía, y fatigado se sienta (4-6). — 2º *Conversación con la samaritana: primera parte:* a) *Entra en relaciones.* Una mujer samaritana viene a sacar agua. Jesús le pide de beber, pues sus discípulos habían ido a comprar víveres. La mujer se extraña de que un judío le haga tal demanda (7-9). b) *Jesús excita en esa mujer el deseo de una condición mejor ofreciéndole agua viva.* Si ella conociera al que le pide de beber, ella misma le rogaría, y él le daría agua viva. La mujer objeta que Jesús no tiene con qué sacarla, y se indigna al pensamiento de que él se presente como uno mayor que Jacob. Jesús opone al agua de ese pozo la que él mismo da, que quita la sed para siempre y se torna en fuente que brota para vida eterna. La mujer le pide de esa agua, para no estar ya obligada a ir a sacar del pozo (10-15). — 3º *Segunda parte de la conversación:* a) *Jesús despierta la conciencia de su interlocutora.* Le dice que llame a su marido. Ella responde que no tiene. El le declara que ha tenido cinco maridos y vive ahora en una unión irregular. Ella reconoce a Jesús por profeta (16-19). b) *El le presenta el verdadero culto.* La mujer le pregunta si se debe adorar sobre el Gerizim o en Jerusalén. Jesús le revela un culto nuevo cuya hora ha llegado, que no será ni el de los samaritanos ni el de los judíos (los judíos tienen, sin embargo, la ventaja del conocimiento, pues de ellos viene la salvación). Pero desde ahora el verdadero culto será la adoración tributada al Padre en espíritu y en verdad. Dios, que es espíritu, reclama tales adoradores (20-24). c) *El se declara el Mesías.* Expresando la mujer la creencia de que el Mesías, a su venida, anunciará todas las cosas, le declara Jesús que él lo es (25-26).

IV Como supo, pues, el Señor que habían oído los fariseos que
2 Jesús más discípulos hacía y bautizaba que Juan [1] (aunque Jesús
3 mismo no bautizaba sino sus discípulos [2]), dejó la Judea y fué

1. Estas palabras: *Como pues* llevan el pensamiento al momento cuando numerosos discípulos afluían alrededor de Jesús durante su estada en Judea (3:26). *Los fariseos, habiendo oído* hablar de la acción creciente del nuevo profeta que sucedía a *Juan,* se preocuparon. Como habían rechazado el ministerio del Precursor, quien sin embargo vivía según el rigor de la ley, debían con mayor razón volver su enemistad contra Jesús, que predicaba una vida enteramente nueva, hacía milagros y había asumido la autoridad mesiánica al purificar el templo (2:14 y sig.). *Habiendo sabido* el Salvador, sin duda por algunos de sus discípulos, que tales eran las disposiciones de sus adversarios, y no queriendo provocar, antes de tiempo, su odio, "dejó la Judea y regresó a Galilea" (v. 3). Tal es, en nuestro evangelio, la primera mención de esa oposición de los jefes del pueblo, que irá creciendo hasta la cruz del Calvario.

2. El evangelista precisa y rectifica con esta observación una frase



4 otra vez a Galilea. Y era necesario que cruzara por Samaria [3].
5 Llega pues a una ciudad de Samaria llamada Sicar [4], cerca del
6 campo que dió Jacob a José su hijo [5]; y estaba allí la fuente de
Jacob [6]. Jesús pues, fatigado del viaje, estaba sentado así a la

de la que se habría podido inferir que Jesús *mismo bautizaba* 3:22), mientras que dejaba esa función a *sus discípulos.* Pero, ¿por qué no bautizaba él mismo? Se ha respondido que era a fin de evitar que se atribuyera al bautismo recibido de sus propias manos un valor superior. Se ha dicho también que, entregado completamente a su ministerio, no quería apartarse de él para realizar una ceremonia que podía dejar a sus discípulos. Los apóstoles obraron de igual modo más tarde (1 Cor. 1:17; Ac. 10:48). Estas explicaciones pueden ser fundadas; pero la verdadera razón es que Jesús era el *Señor* (v. 1). El que debía bautizar con el Espíritu Santo, no podía bautizar con agua (Mat. 3:11); mucho menos cuando ese bautismo administrado por los discípulos no era aun entonces más que preparatorio, como el del Precursor.

3. Estando situada *Samaria* entre Judea y Galilea, *era necesario* atravesar esa provincia si se quería seguir el camino más directo. Los judíos evitaban ordinariamente atravesar Samaria, haciendo un rodeo por Perea y la margen oriental del Jordán. Jesús, queriendo dar un ejemplo de magnanimidad y mostrar que no compartía el prejuicio de los judíos respecto a los samaritanos (v. 9, nota), tomó el camino más corto, que era sin embargo de tres días. ¿Pero no se podría ver, con R. Stier, en esa frase *era necesario,* una dirección de la providencia y de la gracia divinas, por la hermosa obra que Jesús tenía que hacer en esa misma Samaria y que Juan va a contarnos con evidente predilección?

4. Antes se identificaba *Sicar* con *Siquem,* ciudad célebre en la historia del pueblo de Israel (Jos. 20:7; Juec. 9:7), conocida ya en tiempos de los patriarcas (Gén. 12:6; 33:18; Jos. 24:32). Fué llamada Neápolis, y subsiste aún bajo el nombre de Nablus. Se explicaba el cambio del nombre de *Siquem* en *Sicar* por el odio de los judíos a los samaritanos: *Sicar,* en efecto, sería derivado de *scheker,* mentira, o de *schekar,* bebida (ciudad de los bebedores, comp. Isa. 28:1). Pero es más probable que se debe distinguir Sicar de Siquem. Eusebio habla de "Sicar que está delante de Nablus"; el Talmud menciona una localidad del nombre de Sukar; y se halla aún hoy cerca del pozo de Jacob un lugar que tiene el nombre de *El Askar.* Véase las hermosas páginas que F. Bovet ha consagrado a Siquem en su *Viaje a Tierra Santa* (2ª edic. p. 358 y sig.) "...Pronto cambia la naturaleza: la cultura es más rica y menos rara. Estamos en el hermoso país de Efraím, muy diferente del de Judá... Principalmente al llegar al gran valle donde se halla el pozo de Jacob se apercibe uno de este cambio. Esta llanura no tiene árboles, es verdad, y las montañas que la limitan son también desnudas y rocosas, pero el fondo del valle está cubierto de campos cultivados y praderas de la verdura más fresca y brillante. Unos cuantos días más y los trigos estarán *blancos para la siega...*".

5. Sobre ese *campo que Jacob dió a José,* véase Gén. 48:22; comp. 33:19 y 34:25-27; Jos. 24:32.

7 fuente; era como la sexta hora[7]. Viene una mujer de Samaria a
8 sacar agua[8]. Dícele Jesús: Dame de beber[9]; pues sus discípulos

6. La *fuente* y no al *pozo*, como nuestras versiones ordinarias; esta última palabra sólo se encuentra en el v. 11. Empleando así dos términos distintos, el evangelista quiere hacer notar, sin duda, que ese pozo no era una cisterna destinada a recoger las aguas de lluvia, según la costumbre del oriente, sino que era alimentado por una *fuente* subterránea de agua corriente. Además, sólo este término podría suministrar la figura que Jesús saca de él en el v. 14. "Llegamos, escribe Bovet, a ese pozo de Jacob donde, por primera vez, el gran principio de un nuevo culto fué enunciado por Jesús en oposición al semipaganismo de los samaritanos y al teísmo formalista de los judíos: "Dios es espíritu, y es necesario que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad" (v. 24). Es sin contradicción uno de los sitios más interesantes que haya en toda la Tierra Santa, no sólo por la grandeza de la escena que allí ocurrió, no sólo por la importancia de las palabras que el hijo del hombre pronunció allí, sino también porque no hay localidad mejor circunscripta y más fácilmente reconocible. El evangelio es sobrio en cuadros, pocos nos presenta que estén tan completamente delineados como el de la conversación de Jesús con la samaritana. Aquí, sobre el borde de este pozo, se sentó Jesús a la hora de mediodía, cansado del camino, y pidió de beber a esa mujer de Sicar. He ahí esta fuente de que decía: "Todos los que beben de esta agua tendrán otra vez sed, pero el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá más sed jamás." Estas piedras, esta llanura, esas montañas, fueron testigos de esa conversación. Estos hermosos campos de trigo que se extienden delante de mí son los que Jesús mostraba a sus discípulos: "¿No decís vosotros, que aun hay cuatro meses hasta la siega?..." He ahí, sobre nosotros, esa cumbre del Gerizim al que se refieren estas palabras: "La hora viene en que ni sobre *esta montaña* ni en Jerusalén adoraréis al Padre." El pozo de Jacob está en una admirable situación, en el punto de incidencia del angosto valle de Siquem y del gran valle de Mojna... A mi izquierda está el Hebal, y al pie, a poca distancia de mí, la tumba de José." F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, p. 361.

7. La *sexta hora*, es decir mediodía (1:40, 2ª nota), la hora del mayor calor. Esta observación nos hace sentir cuán *fatigado* debía estar Jesús, agotado por la marcha y abrumado por el ardor del sol, cuando fué a sentarse sobre el borde del pozo de Jacob! El evangelista acentúa aun esta impresión con esta pequeña palabra: *así*, fatigado como estaba, según Erasmo, Beza. Otros (Crisóstomo, Meyer, Weiss, Rilliet, Oltramare), estimando que para tener el primer sentido, *así* debería estar colocado delante del participio *fatigado*, traducen: "Se había sentado *simplemente*", tal como estaba, sin otro asiento, o, según la expresión de Godet, "sin otro preparativo tomando las cosas como las hallaba."

8. El evangelista, al indicar la nacionalidad de esa mujer, hace presentir el giro que tomará su conversación con Jesús. Llega ella inesperadamente a la fuente. Momento importante para ella, que el texto señala y acerca más por el verbo en presente, *viene*.



9 habían ido a la ciudad para comprar alimentos[10]. Dícele pues la
mujer samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, de mí pides de beber,
que soy mujer samaritana? (pues no se tratan judíos con sama-
10 ritanos[11]). Respondió Jesús y díjole: Si conocieras el don de
Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías
11 pedido y te habría dado agua viva[12]. Dícele la mujer: Señor, ni

9. Al dirigir la palabra a esta mujer, Jesús presentía lo que iba a seguir, pero hay que tomar el pedido que le dirige en toda su sencillez y realidad; pide de beber, porque padecía sed. Esto resulta de lo que se dice en el v. 6 (véase la nota).

10. La observación del evangelista hace comprender *(pues)* por qué pide Jesús a la mujer un servicio que ningún otro podía hacerle, en ausencia de *sus discípulos*. Esta ausencia permitirá a la conversación hacerse más directa e íntima.

11. Con este paréntesis el evangelista explica la extrañeza de la mujer. Los samaritanos procedían de una mezcla de israelitas quedados en el país en ocasión de la cautividad, y de paganos transportados de oriente a esa región, para repoblarla. (2 Reyes 17:24). Tenían sobre el monte Gerizim un templo, y su religión era la de Moisés, igualmente mezclada con paganismo. Admitían el pentateuco con exclusión de todo el resto del antiguo testamento (2 Reyes 17:29). Había entre los judíos y los samaritanos un odio nacional que remontaba a la época de la vuelta del destierro (Esdr. 4:1-5; comp. Luc. 9:52 y sig.) Por eso era hacer a un judío una grosera injuria el llamarle samaritano (Juan 8:48). A pesar de esa hostilidad entre ambos pueblos, hay cierta exageración en la extrañeza expresada por la samaritana. Reconociendo en Jesús, ya por su lenguaje, ya por su vestido, un *judío*, aprovecha del pedido que le dirige para dar salida a un sentimiento nacional, a menudo más vivo en las mujeres que en los hombres.

12. Jesús conoció sin duda que el corazón de esa mujer no quedaría cerrado a su palabra, a pesar de la ignorancia y los prejuicios de que estaba lleno. ¡Y con qué condescendencia prosigue la conversación! ¡A qué altura la eleva desde el principio! Si la mujer supiera con quién trataba, en lugar de mezquinarle un poco de agua para su sed, empezaría a *rogarle* ella misma humildemente. Hay gradación en estas palabras tan ricas y muy diversamente interpretadas. Primeramente el *don de Dios*, que, sin ninguna duda, estaba ya contenido en esta preciosa ocasión ofrecida a la mujer de ver y oir al Salvador. Luego, esta primera gracia le llevaría muy pronto a saber *quién es el* que condesciende a pedirle un poco de agua. La samaritana lo sabrá pronto, por lo menos en la medida en que podía conocerle entonces (v. 29 y 42). El, por último, le habría dado *agua viva*. En el sentido recto, el agua viva, es decir, la que mana de la fuente (por oposición al agua de lluvia recogida en cisternas) es particularmente preciosa en oriente. Ella sola refresca y restaura al viajero agotado por la fatiga y la sed ¿Qué ofrece Jesús, bajo esta hermosa figura, a la pobre mujer samaritana? Cada intérprete responde a esta pregunta según lo que piensa ser la esencia misma del evangelio. Meyer y Astie: *la gracia y la verdad* (1:14); Lücke: *la fe* (7:38); Olshausen: *Je-*

tienes con qué sacar y el pozo es profundo: ¿de dónde pues tienes
12 el agua viva? ¿Eres acaso tú mayor que nuestro padre Jacob,
que nos dió el pozo, y él mismo bebió de él y sus hijos y sus
13 ganados [13]? Respondió Jesús y díjole: Todo el que bebe de esta
14 agua tendrá otra vez sed; mas cualquiera que bebiere del agua
que yo le daré, de cierto no tendrá sed por la eternidad, sino que
el agua que le daré se hará en él una fuente de agua que salte
15 para vida eterna [14]. Dícele la mujer: Señor, dame esa agua, para
16 que no tenga sed ni venga hasta aquí a sacar [15]. Dícele: Ve, llama

*sús mismo y la vida que de él viene;* Luthardt, Hofmann: *el Espíritu Santo;* varios padres de la iglesia: *el Espíritu* dado por el *bautismo*. ¿No se podría reunir todos esos pensamientos diciendo que el agua viva es la figura de *la vida*, la vida espiritual y eterna del alma? (v. 13, 14). Pero esa vida no se encuentra sino en Jesús (14:6; Col. 3:4) y no es comunicada al alma sino por el Espíritu Santo. Todas las interpretaciones precedentes se hallan comprendidas en esta última que está en armonía con la escritura entera (Sal. 23: 2; 42:2, 3; Isa. 12:3; 41:17, 18; Jer. 2:13; Juan 7:37-39).

13. La samaritana ha recibido de las palabras de Jesús una primera impresión que la inspira respeto: al que ella ha llamado *judío* (v. 9) da ahora el título honorable de *Señor*. Hasta presentía quizá bajo esas palabras de *agua viva* un pensamiento más elevado; pero, como Nicodemo (3:4), afecta tomar la figura de que Jesús se sirve en su sentido literal y material, y desafía a Jesús a que pueda darle lo que le ofrece, puesto que, sin un *vaso para sacar*, no puede alcanzar el agua en ese *pozo profundo*. "No hay aquí otra fuente; *de dónde tendrías pues esa agua viva?*" Luego cediendo a un movimiento de orgullo nacional, pregunta a Jesús si se cree *mayor*, más poderoso que el patriarca que había donado ese pozo a sus descendientes y lo había hallado bastante para *sí mismo*, para *sus hijos* y para *sus ganados*. Hay en estas últimas palabras una ironía con la cual la mujer cree responder a esta frase de J e s ú s: Si supieras *quién es el* que te habla. Ella llama a Jacob *nuestro padre* porque los samaritanos pretendían descender de ese patriarca por José y sus hijos, Efraim y Manasés (Josefo, *Antig.*, IX, 14, 3; XI 3, 6).

14. *Esta agua* dice Jesús designando con el ademán el pozo, no puede apagar la sed más que por un momento; la sed renace muy pronto. Lo mismo ocurre con todos los goces de la tierra, que son incapaces de satisfacer el alma del hombre. C r i s t o solo, por el Espíritu que le comunica, apaga su sed para siempre. Pero esta fuente de vida y de dicha no existe solamente fuera del alma regenerada; el Espíritu de Dios que la vivifica, permanece *en ella* y constituye en ella una *fuente* permanente, que siempre mana *hasta la vida eterna*. "Lo que es eterno remonta siempre hasta la eternidad." *Olshausen.*

15. Se podría con Lücke y Tholuck, ver cierta ironía en la demanda de la mujer, o con Meyer y Stier, pensar que, en su apuro no sabe lo que dice. Mas no; habla seriamente, como lo muestra la palabra respetuosa de *Señor*. Las palabras de Jesús, sobre todo ese término imponente de *vida*



17 a tu marido y ven aquí [16]. Respondió la mujer y dijo: No tengo
18 marido. Dícele Jesús: Bien has dicho: Marido no tengo; pues
cinco maridos has tenido, y ahora el que tienes no es tu marido;
19 esto has dicho con verdad [17]. Dícele la mujer: Señor, veo que tú
20 eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde es necesario
21 adorar [18]. Dícele Jesús: Créeme, mujer, que viene hora cuando

*eterna*, la han impresionado; tiene el presentimiento de una vida apacible y feliz, pero es incapaz de concebir esa vida fuera del cuadro de su existencia terrestre; por eso asocia ingenuamente el don que le es ofrecido a la supresión de sus penas presentes. ¿Cómo iluminarla para hacerle comprender por la simple inteligencia lo que es la vida del alma, la vida eterna? Jesús dirige la conversación hacia un dominio más accesible a su interlocutora, el de la conciencia y la vida moral.

16. El objeto de Jesús, al dar a la mujer la orden de llamar a *su marido*, era el de clavar en su conciencia una espina que debía llevarla al arrepentimiento. Algunos intérpretes, estimando que habría habido, en el empleo de ese medio indirecto, algo poco conforme a la perfecta sinceridad de Jesús, piensan que quería realmente hacer venir a él al marido de esa mujer, a fin de hacerle también partícipe de sus instrucciones. Para ello, deben admitir que Jesús ignoraba, en ese momento, lo que era la vida de esa mujer, y que su vista profética sólo se despertó cuando ella le dijo: "No tengo marido." Pero la objeción que hacen al procedimiento de Jesús nos parece dictada por escrúpulos exagerados y es más natural y más conforme al relato suponer que Jesús conoció de entrada la miseria moral de su interlocutora.

17. Con esta respuesta: *No tengo marido*, respuesta que era una semiconfesión, la mujer quería escapar a la vergüenza que sentía. Pero Jesús, extendiendo delante de ella el cuadro de su vida pasada y actual, la humilla por la potencia irresistible de la verdad (v. 19). Vemos aquí en Jesús un conocimiento inmediato y sobrenatural, que se ha manifestado más de una vez en su vida y que Juan le atribuye explícitamente (2: 24, 25). Los cinco primeros matrimonios de esa mujer habían sido legítimos y sucesivamente disueltos por el divorcio o por la muerte; eso resulta del modo como Jesús designa al hombre con quien vivía ella entonces irregularmente. Y sin embargo, ¡oh misericordia infinita! el Señor continúa hablándole e instruyéndola para salvarla.

18. Por esa mirada de Jesús que ha traspasado su corazón y su vida, la samaritana reconoce en él un enviado de Dios, un *profeta*. E inmediatamente, le propone una cuestión cuyo sentido ha sido falseado de dos modos opuestos. Algunos intérpretes no han visto más que el deseo de escapar de sí misma y de su humillación, para llevar la conversación hacia un tema religioso general. Otros han creído hallar la súplica ansiosa de un alma penitente que se informa del verdadero santuario donde hallará más ciertamente el perdón de sus pecados. La verdad está, como lo observa justamente Godet, entre ambos extremos. Sin duda, podía instintivamente d e s e a r apartar la atención de sí misma, pero con toda la seriedad de una conciencia con-

22 ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre [19]. Vosotros
adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos,
23 porque la salvación de los judíos procede [20]. Pero viene hora, y
ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre
en espíritu y verdad; pues también el Padre tales adoradores
24 suyos busca [21]. Dios es espíritu; y los que le adoran, en espíritu

movida pide a Jesús la solución de la cuestión religiosa vivamente debatida entre samaritanos y judíos, sobre *el lugar donde se debía adorar.* Los samaritanos *(nuestros padres)* celebraban su culto sobre el Gerizim (Deut. 11:29; 27:12). Se habían construído allí un templo en la época de Nehemías. Ese templo había sido destruído por Juan Hircano 127 años antes de Jesucristo. En cuanto a los judíos, sostenían que no se podía ofrecer sacrificios sino en el templo de Jerusalén. Diciendo: *sobre este monte,* la mujer podía mostrarlo con la mano; pues el pozo de Jacob, donde tenía lugar esta conversación, está situado al pie del Gerizim.

19. Con esta sola sentencia, Jesús eleva la adoración a su inmensa altura de verdad y de espiritualidad (v. 24). Para los verdaderos adoradores, no se tratará ya de buscar *al Padre* en un lugar antes que en otro, puesto que, en todas partes, él oye sus oraciones. Así no decidía Jesús la cuestión ni en favor de los judíos ni en favor de los samaritanos; invitaba a unos y otros a encontrarse y unirse en la adoración del *Padre.*

20. Después de haber puesto por encima de toda duda su alta imparcialidad, Jesús decide, sin embargo, la cuestión planteada entre ambos pueblos en favor de los judíos, por lo menos en cuanto al pasado. Los samaritanos, permaneciendo separados del pueblo del pacto, no admitiendo del antiguo testamento más que los cinco libros de Moisés, se habían privado voluntariamente de todas las revelaciones subsiguientes de Dios por el ministerio de los profetas, así como de todos los privilegios religiosos de que habían gozado los judíos (Rom. 9:4, 5). Su *conocimiento* de Dios, y por consiguiente su *adoración,* era pues muy incompleto. Esto es lo que Jesús hace constar primeramente. Pero la gran razón *(porque)* de la superioridad del culto de los judíos, es que Dios debía dar por ellos al mundo la *salvación,* haciendo salir de entre ellos al Salvador. Isaías, había conocido ya, por el espíritu profético, y anunciado el plan de Dios a este respecto (Isa. 2:3). Dios no es *conocido* sino de los que reciben esta plena revelación de la salvación. En efecto, Jesús declaraba a los judíos mismos que le rechazaban, que no conocían a Dios (7:28). Se ha discutido que con este pronombre *nosotros* designe Jesús a sí mismo y a los judíos, y se ha pensado que entendía con ello *él y sus discípulos,* opuestos a los judíos y a los samaritanos. Pero el conjunto del texto exige la interpretación dada. Jesús, que sabía que la salvación venía de Israel, amaba bastante a su pueblo para identificarse con él.

21. La *hora,* es aquella de que ha hablado en el v. 21, como de un tiempo futuro, mientras que aquí puede agregar que *ahora es,* porque ya tenía él a su derredor un pequeño número de esos *verdaderos adoradores.* Una adoración *en espíritu* es primeramente, según los v. 20 y 21, la que no es determinada por ninguna circunstancia de lugar, de tiempo, de actos o de ceremonias exteriores, cosas todas que no tienen ninguna virtud en sí mismas. La adoración en espíritu tiene lugar en la parte más íntima de nuestra alma (Rom. 1:9); consiste en una comunión viva con Dios, que es espíritu (v. 24). Tal adoración será necesariamente también una adoración *en verdad,* es decir, conforme a la naturaleza del Dios que adoramos. Este doble carácter de la adoración supone la acción del Espíritu de Dios en el hombre (3:5; Rom. 8:14-16 y 26, 27). En efecto, para adorar *al Padre,* es necesario conocerle, amarle como tal, y para ello, es necesario haber sido hecho un hijo de Dios. "¿Buscas un lugar santo? Consagra a Dios tu interior para serle un templo; porque el templo de Dios es santo y vosotros lo sois" (1 Cor. 3:16, 17). *Agustín.* Jesús añade que tales adoradores pide el Padre, o más bien *busca,* según la traducción literal; pues, en ese momento mismo, como observa justamente Godet, "Jesús hace presentir a esa mujer que él mismo es el enviado del Padre para formar ese nuevo pueblo, y que la invita a incorporarse a él".



25 y verdad es necesario que adoren [22]. Dícele la mujer: Sé que
Mesías viene (el llamado Cristo); cuando venga aquél, nos anun-
26 ciará todo [23]. Dícele Jesús: Yo soy, que te hablo [24].

22. *Dios es espíritu.* Jesús justifica por esta afirmación de la esencia de Dios lo que ha dicho de la verdadera adoración. Debe estar en armonía con la naturaleza de Aquel que es su objeto. La espiritualidad de Dios era bien conocida de los creyentes de la antigua alianza (1 Reyes 8:27, 39); pero Jesús la presenta en su relación profunda con el alma humana y muestra la transformación que ella debe obrar en el culto para hacer de éste una adoración digna de Dios. En efecto, Jesús no está preocupado por dar una definición metafísica de Dios, sino por enseñar a adorarle como el Ser infinito, eterno, omnipotente, viviente, santo, que se comunica a la criatura esclavizada al pecado y a la carne, a fin de libertarla, santificarla, volverla a su comunión, hacerle posible, en dos palabras, la adoración *en espíritu y en verdad.*

23. La samaritana está evidentemente impresionada por estas grandes enseñanzas de Jesús, aun cuando no pueda entenderlas completamente; desea recibir más amplias instrucciones; lleva la conversación al *Mesías,* que ella esperaba con su pueblo. Los samaritanos hallaban en el pentateuco el fundamento de esta esperanza de un libertador (Gén. 15:1-6; 49:10, y sobre todo Deut. 18:15). Si el nombre mismo de *Mesías* (cuya traducción *que es llamado Cristo* pertenece al evangelista) no se encuentra en esos pasajes, los samaritanos podían perfectamente haberlo recibido de los judíos. A propósito de las palabras: *nos anunciará todas las cosas* hay que observar el contraste que hay entre esta noción de un Mesías profeta y las ideas de los judíos, que hacían del Mesías un rey, un personaje político. La ausencia de tales preocupaciones permite a Jesús declararse. Los intérpretes que no ven en esta reflexión de la mujer más que un medio de escapar nuevamente a los llamados que Jesús dirigía a su conciencia (v. 23, nota) están en error. Si su opinión fuera fundada, el Salvador no habría podido conceder a la samaritana la grande revelación con que la favorece (v. 26).

24. ¡Con qué asombro debió ser sobrecogida la samaritana al oír esta

B. 27-42. JESÚS Y LOS DISCÍPULOS. CONVERSIÓN DE LOS SAMARITANOS. — 1º *Regreso de los discípulos y partida de la mujer samaritana.* Los discípulos vuelven; se admiran de hallar a su Maestro en conversación con una mujer, pero no osan interrogarle. La mujer, dejando su cántaro, se va a hablar a sus conciudadanos de aquél que ha hallado. Salen de la ciudad y corren a través de los campos (27-30). — 2º *Conversación de Jesús con sus discípulos:* a) *El alimento de Jesús.* Entretanto, los discípulos exigen a Jesús que coma. Jesús les dice que tiene un alimento que ellos no conocen: cumplir la voluntad de Aquél que le envió (31-34). b) *La siega y los segadores.* Faltan aún cuatro meses hasta la siega, pero la mies espiritual está ya lista; sembrador y segador gustan un gozo simultáneo en esta circunstancia única, en la cual se verifica también el dicho: Uno es el que siembra, otro el que siega; pues Jesús envía a sus discípulos a segar donde no han labrado (35-38). — 3º *Jesús y los samaritanos.* Muchos samaritanos creen por el testimonio de la mujer. Invitan a Jesús a morar en su ciudad. Se queda allí dos días. Un mayor número llegan a la fe después de haberle oído. Declaran a la mujer que creen, no ya solamente por su palabra, sino por haberse convencido por sí mismos de que él es verdaderamente el Salvador del mundo (39-42).

27 Y en esto vinieron sus discípulos, y se admiraban de que
con una mujer hablaba [25]; nadie empero dijo: ¿Qué buscas? o
28 ¿por qué hablas con ella [26]? Dejó pues la mujer su cántaro y se
29 fué a la ciudad, y dice a los hombres [27]: Venid, ved un hombre

declaración tan simple, tan clara, tan grande! Jamás Jesús se había expresado tan claramente sobre su dignidad mesiánica, ni al pueblo judío, ni aun a sus discípulos. Prohibirá más tarde a estos últimos hacerle conocer, antes de tiempo, como el Mesías (Mat. 16:20; Mar. 8:30; Luc. 9:21). La crítica negativa ha encontrado pues una contradicción entre esas reticencias y la franca declaración de nuestro relato. Es desconocer la diferencia de situaciones. Entre los judíos, imbuídos de falsas esperanzas mesiánicas, Jesús debía evitar el abuso que podían hacer de sus palabras, mientras que en Samaria no corrían los mismos peligros. Aprovechó con la solicitud de la caridad la ocasión de revelarse a una mujer que buscaba la salvación, y por ella a sus conciudadanos (v. 29, 39).

25. El texto recibido dice: *se admiraron;* el imperfecto: *se admiraban,* que se lee en *Sin., B, A, C, D,* pinta la actitud de los discípulos e indica que su sorpresa duró algún tiempo. ¿Cuál era la causa? Que esa mujer era extranjera, una samaritana; especialmente que, según los principios de los rabinos judíos, que juzgaban a la mujer indigna de toda instrucción, no era decente para un hombre tener largas conversaciones aún con su propia esposa, ¡y cuánto más con una extraña! Jesús, más tarde, libertó a la mujer de un modo más decidido aún de esa abyección, puesto que recibió entre sus discípulos a mujeres a quienes autorizaba a seguirle sirviéndole (Luc. 8:2, 3, etc.).

26. Los discípulos guardaban silencio, por respeto a su maestro.

27. *Pues,* a causa de la llegada de los discípulos, que interrumpió la conversación, la mujer *dejó su cántaro,* ya por efecto de su emoción, ya, como piensa Bengel, para correr más ligero hacia sus conciudadanos, ya por último, porque estaba decidida a volver. Este detalle es característico y revela al testigo ocular.



que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿es acaso éste el Cristo [28]?
30, 31 Salieron de la ciudad e iban hacia él [29]. Entretanto le rogaban los
32 discípulos diciendo: Rabí, come [30]. Mas él les dijo: Comida tengo
33 yo para comer que vosotros no conocéis. Decían pues los discípulos unos a otros: ¿Acaso le ha traído alguien de comer [31]?
34 Díceles Jesús: Comida mía es hacer la voluntad del que me envió
35 y terminar su obra [32]. ¿No decís vosotros: Aun hay cuatro meses
y llega la siega? He aquí, os digo: Levantad vuestros ojos y mirad
36 los campos, qué blancos están para la siega ya [33]. El que siega,

28. El pensamiento que domina a la samaritana es que ese *hombre* ha penetrado en su corazón y en su vida *(todo lo que he hecho);* y cómo le ha declarado que es el *Cristo,* el Mesías, ella está dispuesta a creerle. Pero para sus conciudadanos, y a causa de la magnitud de su descubrimiento, expresa tímidamente su convicción por una pregunta destinada sólo a despertar la atención de ellos y a decidirlos a ir a convencerse por sí mismos (v. 42).

29. Hay que observar estos diferentes tiempos de verbo: *Salieron* e *iban.* Así señala el evangelista primeramente la premura de los habitantes en dejar la ciudad, y luego nos los hace ver corriendo a través de los campos en larga procesión.

30. *Entretanto* (gr. *en el intervalo)* es decir, entre la partida de la mujer y la llegada de los samaritanos. Los discípulos expresan su solicitud por su Maestro fatigado y agotado, invitándole a *comer.*

31. Jesús ha pronunciado una sentencia enigmática que va a explicar y que los discípulos entienden literalmente.

32. Jesús trabaja en la *obra* de Dios con tanto amor, que halla en ello realmente su *alimento,* su fuerza, su gozo y como la hartura de su alma y de su cuerpo (Sal. 63:6; Mat. 4:4). Es que siempre obraba en comunión íntima con Dios que es la fuente de la vida. De estos dos verbos *hacer* y *terminar* la obra de Dios, el primero está en presente (en *Sin., A,* vers.) y designa la acción actual del Salvador entre los samaritanos; el segundo está en futuro y lleva el pensamiento hasta la terminación completa de esa obra. "La relación entre los dos sustantivos *voluntad* y *obra,* dice Godet, corresponde a la de ambos verbos. Para que la *obra de Dios* se encuentre terminada en el momento supremo, es necesario que su *voluntad* haya sido ejecutada cada momento". "Jesús no estaba aún en medio de su carrera, y ya ve el fin glorioso de ella". *Bengel.* (Comp. v. 36).

33. Jesús ha hablado alegremente de la obra de Dios que él realizaba (v. 34). Ahora contempla anticipadamente sus resultados entre esos samaritanos a quienes va a llevar a la salvación. Describe ese triunfo del evangelio con una figura muy hermosa tomada de la naturaleza. En las campiñas verdes que se extendían a su derredor, se podía ver una pro-

recibe y allega fruto para vida eterna, para que el que siembra y
37 el que siega se gocen juntos[34]. En esto, en efecto, es verdadero
38 el dicho: Uno es el que siembra y otro el que siega. Yo os he en-
viado a segar lo que vosotros no habéis trabajado; otros han
trabajado, y vosotros habéis entrado en su trabajo[35].

mesa de la *siega*, pero ésta no debía estar a punto sino dentro de *cuatro meses*. Jesús invita a sus discípulos a mirar esas campiñas como estando *ya blancas para la siega*. Entiende con ello la siega espiritual entre esos habitantes de Samaria que ve acudir a él. Tischendorf, y con él varios exégetas, conectan la palabra *ya* al principio del versículo siguiente, que debería entonces traducirse así: "Y *ya* el que siega, etc". Preferimos dejarle el lugar que le asigna el texto recibido; Jesús quiere señalar con esta palabra el contraste entre los cuatro meses que hay *aún* hasta la siega natural y esas campiñas *ya* blancas para la siega espiritual. La siega tenía lugar en abril; los *cuatro meses* de que habla Jesús nos llevan a diciembre. La estada de Jesús en Judea, empezada en la fiesta de pascua, se había prolongado pues más de ocho meses. Algunos intérpretes ven sin razón en estas palabras: "Aun cuatro meses y la siega llega", un dicho popular indicando el tiempo que transcurre entre la siembra y la siega. Ese pretendido proverbio no aparece por ninguna parte, y en Palestina no se cuentan cuatro meses sino seis de la siembra a la siega.

34. El que siega recibe un *salario* que consiste en (la *y* tiene este sentido explicativo) *allegar fruto para vida eterna*, es decir, recoger almas salvadas. Esta sentencia general hace comprender a los discípulos que la siega de que acaba de anunciar que ya está lista (v. 35), es una siega espiritual. La primera parte del v. 36 es un paréntesis explicativo. Jesús vuelve luego al hecho que ha señalado a sus discípulos: los campos están ya blancos para la siega (v. 35); así es, continúa, en la intención de Aquel que ha apresurado al marcha de los acontecimientos, *a fin de que el que siembra y el que siega se regocijen juntos*. Como regla su gozo no es simultáneo. Y aun la siembra nos es presentada, en una comparación conocida del antiguo testamento, como un trabajo penoso (Sal. 126:5,6). Pero en esta circunstancia única, Dios permite que la dicha de la siembra coincida con la de la siega. A continuación (v. 38), Jesús dará a entender el sentido de esta parábola: *el que siembra*, es él mismo que acaba el esparcir el buen grano en el alma de la samaritana y va a enseñar también a sus conciudadanos (v. 40-42). Los discípulos tendrán que desempeñar el papel de *el que siega*.

35. En el v. 37 Jesús confirma *(en efecto)* lo que daba entender al final del v. 36, a saber, que en el caso particular y contrariamente a la regla general, el segador es distinto del sembrador. Lo hace citando un proverbio que comprueba ser *verdadero* en el caso dado; luego dice positivamente que él ha enviado a sus discípulos *a segar donde otros han labrado*. Estas palabras hallaban aplicación inmediata en lo que ocurría entonces, cerca del pozo de Jacob; pero tienen un alcance más extenso que se verificará en toda la carrera de los discípulos. Si Jesús no hubiera sembrado, implantado en nuestra huma-



39 Y de aquella ciudad muchos creyeron en él, de los samarita-
nos, por causa del dicho de la mujer que testificaba: Me ha dicho
40 todo lo que he hecho[36]. Como llegaron pues a él los samaritanos,
41 le rogaban que morara con ellos; y moró allí dos días[37]. Y muchos
42 más creyeron por causa de su palabra[38]; y a la mujer decían:
No creemos ya por causa de tu relato; pues nosotros mismos he-
mos oído, y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del
mundo[39].

nidad los gérmenes de una vida divina, jamás los apóstoles habrían allegado una siega para la vida eterna. Por estas palabras: *otros* labraron, varios intérpretes entienden Jesús y Juan el Bautista, o también los profetas antes que ellos. Es más probable que Jesús entiende hablar sólo de sí mismo, y que se encubre de cierto modo bajo este plural. Hablando así, no desconoce la ruda labor que espera a sus discípulos; pero, así como en Samaria participan del gozo de la siega que su Maestro ha preparado, igualmente, en el porvenir, no harán más *entrar en su labor* y proseguirla, como lo hacen hoy aún todos sus fieles servidores.

36. El evangelista reanuda su relato, interrumpido en el v. 30. *Muchos* de los samaritanos *creyeron* en Jesús, con una fe que no tenía aún otro fundamento que *el testimonio* de la mujer y otro objeto que el conocimiento sobrenatural manifestado por ese profeta que le había descubierto toda su vida *(todo cuanto he hecho*, v. 28). Pero como esa fe era sincera, se va a convertir en otra muy distinta por un medio más directo (v. 42).

37 El ruego de *morar con ellos*, que los samaritanos hacen a Jesús, después de haber *ido hacia* él, es decir, después de haberle visto y oído, es indicio de un progreso en su fe, y de la necesidad que sienten de más luz. Por su parte, Jesús, contento de ver esos hombres sedientos de verdad, va a consagrarles *dos días* enteros.

38. Estas palabras: *a causa de su palabra*, cuya verdad y potencia habían experimentado en su corazón, forman aquí un contraste notable con éstas: "a causa de la palabra de la mujer". (v. 39).

39. Los samaritanos expresan claramente la diferencia que hay entre la fe de autoridad, que se basa en un relato, un testimonio *(lo que tú nos has dicho)* (gr. *tu lenguaje*) y la fe que se funda en la experiencia inmediata y personal *(nosotros mismos hemos oído)*. Y tal fué la potencia de la palabra de Jesús en su alma, durante esos dos días, que pueden decir, no solamente *creemos*, sino *sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo*. (El texto recibido agrega: *el Cristo;* estas palabras faltan en *Sin.*, *B*, *C*, vers.). Se ha considerado extraño el encontrar en boca de esos samaritanos una profesión tan explícita de su fe, que se eleva hasta la universalidad de la salud. Pero, como observa Meyer, esta confesión es muy comprensible, puesto que es fruto de dos días de instrucciones de Jesús; y lo es tanto más cuanto que las esperanzas de los samaritanos relativas al Mesías no estaban impregnadas del estrecho particularismo judío. La semilla de vida esparcida por el Salvador en esa región no pereció, sino que preparó la rica siega que los discípulos hicieron más tarde (Art. 8:5-8, 14-17).

### 3. *Jesús en Galilea*

43-54. JESÚS SANA AL HIJO DEL OFICIAL REAL. — 1º *Llegada a Galilea.* Después de dos días pasados en Sicar, se traslada Jesús a Galilea. Es bien recibido, gracias a la fama adquirida en Jerusalén. Va a Caná, donde había realizado su primer milagro (43-46a). — 2º *Jesús responde a la solicitación del oficial real.* Un oficial real va desde Capernaúm a pedir a Jesús que vaya a sanar su hijo moribundo. Jesús censura a los galileos por mostrarse ávidos de prodigios. Luego, respondiendo a la instante súplica del padre, le declara que su hijo vive. Ese hombre cree a la palabra de Jesús y se va (46b-50). — 3º *El oficial comprueba la curación obrada por Jesús y llega a la fe con toda su casa.* Sus siervos van a su encuentro y le anuncian que su hijo vive. Preguntándoles, llega a la certidumbre de que la fiebre le dejó en la misma hora en que Jesús hablaba. Se hace discípulo de Jesús con todos los suyos (51-53). — 4º *Observación del evangelista.* Este segundo milagro de Caná señala el segundo regreso de Jesús a Galilea (54).

43 Y después de los dos días partió de allí hacia Galilea [40]; pues
44 Jesús mismo había testificado que un profeta en su propia
45 patria no recibe honor [41]. Cuando llegó pues a Galilea le reci-

40. *Esos dos días* son los que Jesús acababa de pasar con los samaritanos (v. 40). El evangelista reanuda su narración del regreso de Jesús a Galilea (v. 3), interrumpida por el relato de la estada en Sicar.

41. He aquí uno de los pasajes que han dado a los intérpretes una tarea infinita. El evangelista cuenta el regreso de Jesús a Galilea y motiva ese regreso *(pues)* recordando un proverbio que Jesús había citado y que aparece antes como una razón contra ese regreso a Galilea. Primera contradicción. Luego refiere, como consecuencia de ese dicho *(pues*, v. 45), que Jesús fué bien recibido de los Galileos. Segunda contradicción. No citaremos más que las principales tentativas hechas para allanar esas dificultades. ¿Cuál es la *patria* de Jesús mencionada en este proverbio? Varios responden: Galilea. Jesús se traslada a ella, porque sabe que no obtendrá éxito, pero busca ya la lucha (Weiss), ya el retiro (Luthardt, Holtzmann, Schlatter). Esta explicación equivale a cambiar el *pues* en *aunque* (como lo hace la traducción errada de Ostervald), y hace incomprensible el *pues* del v. 45. Meyer piensa que Jesús, sabiendo que en su calidad de profeta no sería desde el principio *honrado* en Galilea, *su patria*, había empezado por buscar esa honra fuera, en Jerusalén, en Judea. Su cálculo no le engañó: fué luego *(pues)* bien recibido de los galileos, porque habían visto sus milagros en Jerusalén (v. 45). Esta explicación, muy admisible, es adoptada, con algunas modificaciones, por Astié, Godet y Reuss. Otros, desde Orígenes hasta Baur, Ebrard y Keil, creen que, en el pensamiento de Juan, la patria de Jesús era Judea, donde había nacido, y que, no habiendo sido honrado allí, volvía a Galilea. Esta idea es contraria a todas las noticias del nuevo testamento que designa a Nazaret de Galilea como la patria de Jesús. En este mismo hecho se basan



bieron los galileos, habiendo visto todo cuanto había hecho en
Jerusalén en la fiesta; pues también ellos habían ido a la
fiesta [42].
46 Fué pues otra vez a Caná de Galilea, donde había hecho el
agua vino [43]. Y había cierto oficial real cuyo hijo estaba enfermo
47 en Capernaúm [44]. Éste, oyendo que Jesús había venido de Judea
a Galilea, se fué a él y le rogaba que bajara y sanara su hijo,
48 pues estaba a punto de morir [45]. Dijo pues Jesús a él: Si no

un gran número de intérpretes para proponer una cuarta explicación de nuestro pasaje. Entienden por Galilea, adonde Jesús volvía, esa provincia en su conjunto, con exclusión de Nazaret, adonde Jesús no quería ir. Así se explicaría el motivo *(pues)* invocado por el evangelista, y la cita de ese proverbio, que Jesús realmente había pronunciado en Nazaret y respecto de Nazaret (Luc. 4:23,24). Además, aunque Jesús fuera vulgarmente llamado Galileo (Mat. 26:69), en ninguna parte le da el nuevo testamento esa provincia por patria, sino constantemente Nazaret. (Véase Mat. 13:54, 57; Mar. 6:1, 4; Luc. 4:16-30; Juan 1:46; 19:19). ¿Por qué no tendría la expresión *su propia patria* el mismo sentido en el pensamiento de Juan? Se objeta que Jesús se trasladó pronto a Caná, que no estaba muy lejos de Nazaret (v. 46); pero Juan mismo indica bastante claramente, en ese versículo, que Jesús tenía tantos motivos de volver a Caná como pocos de ir a Nazaret. Esta explicación admitida por Erasmo, Calvino, Beza, Bengel, Olshausen, Hengstenberg y otros, es quizá la más sencilla de las que se han propuesto.

42. El evangelista explica la buena *acogida* que recibió Jesús de los *galileos* recordando que habían sido testigos de *todas las cosas que había hecho en Jerusalén durante la fiesta*, a la cual ellos mismos habían acudido. Habían sido impresionados por la autoridad que había desplegado purificando el templo (2:13 y sig.), lo mismo que por los milagros que había realizado (2:23). Eran ésas, manifestaciones exteriores que podían preparar las almas a la fe, pero insuficientes para crearla en ellas (v. 48).

43. Este *pues* parece indicar que Jesús, alentado por esta buena acogida, quiso proseguir su viaje por Galilea, hasta Caná, donde su estada precedente podía haber preparado los espíritus a recibir su palabra. Es lo que el evangelista quiere hacer sentir recordando que allí *había cambiado el agua en vino* (2:1 y sig.).

44. *Un oficial real* (gr. *un real*) puede designar cualquier funcionario, civil o militar. Se trata aquí de un servidor de Herodes Antipas, que reinaba en Galilea y a quien se daba el título de rey, aunque oficialmente no llevase más que el de tetrarca.

45. La confianza de este hombre, que sin embargo no era aún discípulo de Jesús (v. 53), se explica, ora por el milagro de Caná, de que quizá había sido informado, ora por el conocimiento que él también había tenido de todo lo que Jesús había hecho en Jerusalén. Pero esta confianza se explica mejor aún por la angustia de su corazón de padre. *Su hijo*, que *estaba por morir*, parece haber sido hijo único, como lo indica, en griego, el artículo. Ruega a Jesús que *descienda*, porque Caná estaba situada en las montañas.

49 viereis señales y prodigios, de cierto no creeréis [46]. Dícele el oficial
50 real: Señor, baja antes que mi niñito muera. Dícele Jesús: Ve,
tu hijo vive [47]. Creyó el hombre el dicho que le dijo Jesús, y se
51 iba. Y bajando él ya, sus siervos le encontraron, diciendo que su
52 niño vivía [48]. Inquirió pues de ellos la hora en que había mejo-
rado [49]. Dijéronle pues: Ayer, a la hora séptima, le dejó la
53 fiebre [50]. Conoció pues el hombre que en aquella hora en que le

46. Esta sentencia, que tiene algo de severo, sorprende a primera vista. Hay una desaprobación evidente en estos términos que Jesús escoge y acumula intencionalmente: *milagros* (gr. *señales*) *y prodigios*, indicando el uno una manifestación del mundo invisible, el otro un acto maravilloso contrario a las leyes de la naturaleza. Lo mismo ocurre con la doble negación que se halla en el original y que significa: *por cierto creeréis*. ¿A quién se dirige este reproche? Primeramente al que le implora (*le* dijo) y que habría debido creer, sin milagro, por el conocimiento que tenía de Jesús (v. 47, nota); más también a los galileos que le rodeaban, como lo indican los verbos en plural. Todos buscaban milagros (Mat. 12:38; 1 Cor. 1:22), y Jesús quería que creyeran en él por su palabra, que ponía la verdad en contacto inmediato con el alma de ellos. No niega el valor de sus milagros para preparar la fe; él mismo apela a ellos (10:37,38; 14:11); pero no es ése, a sus ojos, más que un medio secundario y que resulta inútil si no conduce las almas directamente a él. Por lo demás no rehusa el pedido a ese padre que le implora; le da una instrucción que contribuirá a llevarle a la verdadera fe (v. 53).

47. El padre no se deja desanimar por lo que había de severo en las palabras de Jesús; sino que, en su angustia, insiste, con una emoción que se descubre por el empleo de este diminutivo lleno de ternura: *mi niñito*. (Comp. Marc. 5:23, nota). Por eso responde Jesús a su confianza concediéndole más de lo que pedía. Sin ir con él (v. 49), en el mismo instante, le anuncia la curación de su hijo con estas palabras supremas: *Ve, tu hijo vive*. Este modo de obrar del Salvador constituye también una nueva prueba para la fe naciente del oficial, puesto que debe volverse no llevando más que una palabra. Pero esa palabra le basta (v. 50).

48. *Como ya descendía* hacia el lago de Tiberias, los *siervos* acuden llenos de gozo al encuentro de su amo, a fin de hacerle saber más pronto la buena nueva. Se sirven, para anunciársela, de los mismos términos que había empleado Jesús, y que, en boca de ellos significa: No sólo no ha muerto sino que está sano.

49. El padre tiene ahora la alegre certidumbre de la curación de su hijo; pero quiere cerciorarse de que la palabra de Jesús a la que había creído ha sido verdaderamente la causa única de ello; esa comprobación terminará de afirmar su fe.

50. La *séptima hora* según la manera judía de dividir el día, indica *la una* de la tarde. En este caso, el padre ha tenido tiempo de regresar de Caná a Capernaúm en el mismo día, siendo la distancia de seis a siete horas de marcha y debiendo acelerar su carrera la angustia de su corazón. Cuando los siervos pues hablan de la curación como realizada la víspera



54 dijo Jesús: Tu hijo vive; y creyó él y su casa entera [51]. Otra vez
hizo Jesús esta segunda señal en llegando de Judea a Galilea [52].

(*ayer*), se expresan al modo de los judíos, que después de las seis de la tarde designan el día transcurrido como el día de *ayer*. Desconociendo el alcance de este término, se ha supuesto erróneamente que el oficial había pasado la noche ya en Caná, ya en el camino; o bien se ha hecho de nuestro pasaje un argumento para probar que el evangelista divide el día contando las horas a partir de mediodía. En este caso, la curación habría sido realizada por la palabra de Jesús a las siete de la noche, y el padre no habría podido llegar a Capernaúm sino el día siguiente por la mañana.

51. *Creyó*, no solamente a la palabra de Jesús, cuya potencia divina reconoce ahora, sino que creyó en Jesús mismo, como Mesías y Salvador. Y pronto *toda su casa*, su familia entera y sus siervos, compartieron su fe. ¡Resultado del milagro, mayor y más precioso aun para ese padre que la curación de su hijo!

52. *Jesús hizo otra vez este segundo milagro en llegando de Judea a Galilea;* alusión al primer milagro de Caná que había señalado el precedente regreso de Jesús a Galilea. "Dos ideas, dice Godet, son reunidas en esta proposición: hizo un *segundo* milagro en Caná, y lo hizo *nuevamente llegando* de Judea a Galilea." Esta circunstancia de los dos regresos diferentes de Jesús, ambos marcados por un milagro, es lo que Juan quiere señalar aquí.

---

# SEGUNDA PARTE

(Cap. 5-12)

## EL HIJO DE DIOS Y LOS JUDÍOS

### I. Los judíos rehusan creer en Jesús

(Cap. 5 y 6)

#### 1. *El conflicto en Jerusalén*

A. 1-18. Ocasión del conflicto. Curación obrada en día de sábado. — 1º *El enfermo sanado lleva su lecho.* Jesús sube a Jerusalén para una fiesta. En el estanque de Betesda numerosos enfermos esperaban el movimiento del agua; entre ellos un hombre que sufría desde hacía treinta y ocho años. Jesús le pregunta si quiere ser sanado. El enfermo le describe el abandono en que se encuentra y sus repetidas decepciones. Jesús le ordena levantarse y llevar su lecho. Inmediatamente obedece (1-9ª). — 2º *El efecto producido en los judíos.* Esto ocurría el día de sábado. Los judíos dijeron a ese hombre que no le era lícito llevar su lecho. El apela a la autoridad de Aquél que le sanó, pero no puede nombrarlo (9ᵇ-13). — 3º *Jesús, reconocido y designado por el hombre sanado, responde a la acusación de los judíos.* Habiéndole encontrado en el templo, recomienda Jesús a ese hombre que no peque más. El va a decir a los judíos que Jesús es quien le sanó. Los judíos persiguen a Jesús como transgresor del sábado. Jesús se justifica declarando que ha obrado en perfecto acuerdo con su Padre. Los Judíos son aún más exasperados por esta última afirmación, por la cual Jesús, piensan, se hace igual a Dios (14-18).

V Después de ésto había una fiesta de los judíos, y subió Jesús
2 a Jerusalén [1]. Y hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las

1. *Después de esto*, es decir, a continuación de lo que acaba de ser contado en el capítulo precedente, concerniente a la permanencia de Jesús en Galilea. El texto recibido, apoyado por *B, A, D*, dice: *una fiesta.* Se lee en *Sin, C: la fiesta.* Tischendorf es el único de los editores modernos del nuevo testamento que adopta esta lección. Si el artículo *(la)* fuera auténtico, la fiesta designada sería probablemente la pascua, principal fiesta de los judíos. Sin embargo se podría preguntar por qué Juan no la nombra, como lo hace en otras partes (2:13; 6:4; 11:55). Lo que principalmente hace esa opinión difícil de admitir, es que en el capítulo siguiente



Ovejas [2], un estanque, el llamado en hebreo Betesda, que tiene
3 cinco pórticos [3]. En éstos yacía muchedumbre de enfermos, ciegos,
5 cojos, secos [4], aguardando el movimiento del agua [5]. Y había

menciona otra fiesta de pascua (6:4); habría así, en su relato, un año casi entero de la vida de Jesús pasado en silencio. Se trata pues de otra fiesta, claramente indicada por una sencilla comparación de textos. En el cap. 4: 35 (véase la nota), estábamos en el mes de diciembre; en el cap. 6:4, el evangelista nos dice que *la pascua estaba cerca.* Se debe tratar pues en el cap. 5 de una fiesta que caiga entre ambas épocas; de donde se puede inferir que era la de *Purim* (es decir, *las suertes)*, celebrada en marzo, en memoria de la liberación del pueblo judío por medio de Esther (Esth. 9: 18 y sig.). Es esta la opinión que aceptan varios intérpretes (Olshausen, Wieseler, Meyer, Weiss, Godet).

2. Este verbo en presente: *hay*, no implica, como se ha pensado, que nuestro evangelio haya sido escrito antes de la ruina de Jerusalén; pues un estanque alimentado por una fuente podía muy bien subsistir después de esa catástrofe; y, en efecto, se lo veía aún algunos siglos más tarde, en tiempos de Eusebio. *La puerta de las Ovejas*, mencionada en el antiguo testamento (Neh. 3:1,32; 12:39), estaba situada al noreste de Jerusalén, cerca del templo. Llevaba ese nombre, dice F. Bovet, porque "el ganado menor que entraba en Jerusalén llegaba ciertamente por el este, pues de ese lado se encuentran los inmensos campos de pastores del desierto de Judá. En nuestros días aún, por la puerta de San Esteban entran en Jerusalén todos los carneros necesarios para la manutención de la ciudad." Ahora bien: se estima que esta puerta de San Esteban es la misma que la llamada en otro tiempo puerta de las Ovejas. Quizás hubiera también cerca de esa puerta un mercado donde se vendían esos animales para los sacrificios.

3. Este *estanque*, o piscina, era un vasto receptáculo donde manaba una fuente de agua, que había sido rodeado de *pórticos* para abrigar los enfermos que allí se reunían. Se había llamado (gr. *sobrenombrado)* ese lugar *Bethesda*, es decir *casa de gracia*, o de *misericordia*, sin duda porque se veía, con razón, en esa fuente, una señal de la bondad de Dios para con tantos desdichados que iban a buscar en él la curación o el alivio de sus males.

4. El evangelista nombra algunas de esas enfermedades, para dar una idea de todas las que aún podían hallarse allí. Verdadera figura de nuestra pobre humanidad paciente. La palabra traducida *paralíticos* significa literalmente enfermos cuyos miembros estaban *secos*, tullidos, atrofiados. (Comp. Mat. 12:10; Luc. 6:6.) Tal era quizás el hombre cuya curación va a ser relatada. (v. 5.) F. Bovet ha sido testigo de un triste espectáculo totalmente semejante al que debía presentar Bethesda. Era en la piscina de Ibrahim, cerca de Tiberias: "El recinto donde se halla la fuente está rodeado de varios pórticos, en los cuales vemos a una multitud de gentes amontonadas unas sobre otras, echadas sobre pequeños lechos, o envueltos en cobertores, con lamentables expresiones de miseria y de dolor. ¡Qué bien se representa uno, viéndolas, los enfermos que se llevaban de todas partes a Jesús, o, mejor aún, esos ciegos, esos cojos, esos paralíticos echados en los cinco pórticos del lavadero de Bethesda!... La piscina es de mármol blanco, de

cierto hombre allí, que llevaba treinta y ocho años en su enfer-
6 medad[6]. A este viendo Jesús acostado, y habiendo conocido que
7 mucho tiempo llevaba ya, le dice: ¿Quieres ser hecho sano[7]? Res-

forma circular, y cubierta de una cúpula sostenida por columnas. El estanque está rodeado interiormente de una grada donde se puede uno sentar". (*Viaje a Tierra Santa*, p. 420.)

5. Esos enfermos *esperaban el movimiento del agua*, es decir el salto de la fuente, que era intermitente. El mismo fenómeno ha sido observado, recientemente aún, por diversos viajeros en una fuente situada al sudeste del Moría, y que se llama la fuente de la Virgen. Algunas veces está completamente seca; luego se la ve nuevamente manar en abundancia, dos o tres veces por día. Estas últimas palabras del versículo: *que esperaban el movimiento del agua*, faltan en *Sin.*, *B,A,C;* Tischendorf y la mayor parte de los críticos las omiten. Pero se leen en *D* y en la *Itala*, y el v. 7 apenas se comprendería si no estuviera advertido el lector por el v. 3 de que se trataba de una fuente intermitente. Esta razón lleva a Ewald, Tholuck y otros a mantenerlas en el texto. Como el *movimiento del agua* mencionado al fin del v. 3, no ha sido comprendido como un fenómeno natural, se ha querido explicarlo por una intervención sobrenatural. De ahí, en el texto recibido, un v. 4, que dice: *Pues un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque y turbaba el agua; el que entraba pues el primero después que el agua había sido turbada, se sanaba de cualquier enfermedad que padeciese*. Este versículo probablemente fué escrito al margen por algún lector, luego introducido en el texto por algún copista. Falta en *Sin.*, *B,C,D*, vers. Varios manuscritos que lo contienen, lo señalan con signos de duda y, además, presenta una cantidad de variantes, lo que hace siempre sospechoso un texto. Por último, el contenido mismo de este versículo tiene todos los caracteres de una leyenda. Por estas razones decisivas, conviene cercenarlo.

6. *Teniendo treinta y ocho años en su enfermedad.* ¡*Treinta y ocho años!* ¡qué prueba, qué vida! De ahí resalta más aún la grandeza del milagro que se va a realizar. (Comp. Luc. 8:43.)

7 Jesús *ve* a ese enfermo entre todos los otros y siente por él profunda compasión. *Conoce*, en efecto, que *hace mucho tiempo* que sufre, no que haya recibido, como se ha supuesto, alguna noticia, o lo haya sabido por el enfermo mismo; sino por esa intuición divina con que veía la vida toda de los que tenía delante de sí. (v. 14; Comp. 4:18,29.) La pregunta: *¿Quieres ser sanado?* ha parecido extraña. ¡Bien evidente era que lo quería! ¿No es cierto? Paralizado desde tantos años, desanimado, habiendo visto frustradas todas sus esperanzas, ese hombre había perdido probablemente hasta la facultad de *querer*. Y el primer fin de la pregunta de Jesús era precisamente el excitar esa voluntad paralizada como el cuerpo del enfermo, el producir en él un movimiento de esperanza y de alegría. Luego el Salvador quería sobre todo atraer hacia sí la atención de ese desdichado, entrar en relación con él, encender en él una primera chispa de confianza y de fe. (Comp. Luc. 18:40,41.) El enfermo siente la compasión de Jesús



pondióle el enfermo: Señor, no tengo hombre para que, cuando
fuere turbada el agua, me eche al estanque; y mientras yo voy
8 otro baja antes de mí[8]. Dícele Jesús: Levántate, alza tu camilla
9 y anda. Y luego fué hecho sano el hombre, y alzó su camilla, y
andaba[9].
10 Mas era sábado aquel día. Decían pues los judíos al que había
11 sido sanado: Sábado es, y no te es lícito llevar la camilla[10]. Mas
él les respondió: El que me hizo sano, aquél me dijo: Alza tu
12 camilla y anda[11]. Le preguntaron: ¿Quién es el hombre que te
13 dijo: Alza y anda? Mas el que había sido sanado no sabía quién
era, pues habiendo una multitud en el lugar, Jesús se había reti-
14 rado[12]. Después de ésto, le halla Jesús en el templo y le dijo:
He aquí, has sido hecho sano; no peques más para que no te
acontezca algo peor[13].

y no vacila en contarle toda su miseria. (v. 7.) Por lo demás, el Salvador tenía en vista una curación más grande que la del cuerpo (v. 14); y para poder obrar esa renovación moral, le importaba más aún obtener del enfermo una respuesta firme a esta pregunta: *¿Quieres?*

8. Hay una conmovedora sencillez en la respuesta de este hombre. No solamente está enfermo, impotente, sino abandonado: ¡*No tengo nadie!* Vengo siempre el último, ¡siempre demasiado tarde! ¡Qué desaliento! *Cuando el agua está turbada;* turbada por el salto intermitente de la fuente. Estas palabras, así como el fin del v. 3, son las que han dado lugar a la leyenda del v. 4.

9. La palabra creadora del Salvador tiene su efecto inmediato: *en el acto*. Es necesario observar también este verbo en imperfecto que describe la acción: *andaba*. (Comp. Mat. 9:6). El *lecho* (gr. *catre*) que lleva el enfermo sanado era una ligera camilla sobre la cual le había retenido hasta entonces su parálisis.

10. Estos *judíos* eran miembros del sanedrín (v. 15,33; Comp. 1:19; 2:18) que, sin tener en cuenta el milagro realizado, ni la liberación de un desdichado, no piensan más que en hacer respetar la letra de la ley! (Jer. 17:21.)

11. Contento de su liberación, ese hombre apela a la orden y a la autoridad de *el que le sanó;* opone sin vacilar esa autoridad a la de los miembros del consejo.

12. La pregunta de los jefes del pueblo es hábil, y descubre su escasa sinceridad. No preguntan: ¿Quién te sanó? Evitan con cuidado reconocer el milagro, que les molesta. El enfermo sanado no puede responder, porque Jesús no se había hecho conocer. Hasta se había (gr.) *esquivado, habiendo multitud en el lugar.* (v. 3.) Unos traducen: *porque* había multitud; estas palabras indicarían el motivo del retiro de Jesús, que no quería excitar vana curiosidad en medio de esa multitud. Según otros, harían notar la circunstancia que hizo posible la desaparición de Jesús; tuvo lugar *gracias* a la multitud que allí había.

13. Jesús halla a ese hombre en el *templo*. Se cree que, luego después de su liberación, se había trasladado allí para dar gracias a Dios. Y allí le

15 Fuese el hombre y dijo a los judíos que Jesús era quien le
16 había hecho sano [14]. Y por ésto perseguían los judíos a Jesús,
17 porque esto hacía en sábado [15]. Mas él les respondió: Mi Padre
18 trabaja hasta ahora, y yo también trabajo [16]. Por esto pues más

esperaba una gracia nueva, el serio apercibimiento del Salvador. El *pecado*, causa del padecimiento, tal es la ley universal del mundo moral que nos revela en todas partes la escritura, de acuerdo con la experiencia. (Comp. 9:2, nota.) Pero en ese hombre, la enfermedad había sido probablemente efecto de algún pecado particular, puesto que Jesús, después de su liberación, le exhorta a *no pecar más*, es decir a no abandonarse más a la vida desordenada de antes. Si volviera a empezarla, podía esperar *algo peor*. Ahora bien: por *algo peor* que treinta y ocho años de enfermedad, Jesús entendía la perdición.

14. ¿Con qué intención? Según unos sería por maldad, para perjudicar a Jesús. Eso nos parece psicológicamente imposible y en plena contradicción con el v. 11. Otros, al contrario, piensan que, lleno de gratitud hacia su bienechor, quería glorificarle revelando a sus adversarios al que había realizado con él esa obra de potencia y de amor. Según otros aún, habría obrado por obediencia a la autoridad, por el temor que le inspiraba su violación del sábado (v. 10), y con el deseo de desprenderse de toda responsabilidad. La primera declaración de este hombre en el v. 11, muestra que había en él más que esa preocupación personal: se había protegido bajo la autoridad de *el que le había sanado;* aprovecha la ocasión de confirmar nuevamente, al recordar su curación, la autoridad de aquél que ha realizado su maravillosa liberación, haciendo conocer esta vez el nombre de su bienhechor. No podía saber qué resultarían de ello inconvenientes para éste. Esta interpretación nos parece en plena armonía con el v. 14, donde Jesús halla en ese mismo hecho: *has sido sanado,* motivo para una exhortación que debió hacer profunda impresión en el enfermo sanado. Véase en el cap. 9, la historia del ciego de nacimiento y sus relaciones con los adversarios de Jesús.

15. A estas palabras: *perseguían a Jesús,* el texto recibido añade éstas: "y procuraban matarle", que faltan en *Sin., B, C, D,* vers. y que han sido copiadas del v. 18. *Perseguir* significa aquí: buscar los medios de cogerle, de acusarle, y el motivo de los adversarios es el milagro que Jesús había realizado en *el día del sábado.* Pero el evangelista hace sentir, por los términos de su relato, cómo generalizaban y exageraban esa acción. El verbo en imperfecto: *hacía,* indica que era su costumbre; el plural: *esas cosas,* no designa una acción única, sino también otras semejantes. Es necesario observar que Juan está de acuerdo aquí con los sinópticos que también atribuyen los primeros ataques de los adversarios a pretendidas violaciones del sábado. (Mat. 12:1 y sig., v. 9 y sig.; Mar. 2:23 y sig.; 3:1 y sig.; Luc. 6:1 y sig.)

16. Cada palabra de esta declaración tiene profundo significado. Jesús, para justificarse de haber hecho bien en el día del sábado, eleva su pensamiento hacia Aquél a quien llama su *Padre,* en un sentido que sólo él puede dar a ese nombre. Ve a su Padre ejerciendo una acción inmensa e incesante sobre todo el universo y, en particular, sobre sus criaturas inteligentes, que quiere llevar a la salvación. Eso es lo que Jesús, con una



procuraban los judíos matarle [17], porque no sólo violaba el sábado,
sino que también llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose igual
a Dios [18].

expresión popular, llama la *obra,* el *trabajo* de Dios. Este trabajo no es interrumpido por ningún sábado. Dios obra no sólo desde la creación del mundo de modo continuo, incesante; sino que obra *hasta ahora,* o *hasta aquí.* Por este último término, Jesús designa el momento actual, el instante en que se ha realizado la curación que se le reprocha y en la cual precisamente se ha manifestado la acción de Dios. Y, sintiéndose en comunidad perfecta de voluntad y de acción con el Padre, Jesús añade: *y yo también obro, trabajo.* Trabaja, no por simple imitación de Dios, sino en virtud de una necesidad moral de su naturaleza divina. Y obrando así, no viola el sábado como tampoco Dios lo viola; *lo cumple* (Mat. 5:17), no según la letra, sino según el espíritu y en el amor que condujo a Dios a instituirlo. "No responde que la ley de guardar el sábado ha sido temporal y que ahora sería abolida: sino más bien niega haber violado la ley, por cuanto lo que había hecho era una obra divina... Es este el punto en que Cristo se detiene, que el santo reposo que fué ordenado, ordenado por la ley de Moisés, no es turbado cuando se emplea en obras de Dios. Y por esta razón, no solamente excusa su hecho, sino también el hecho de ese hombre que cargó con su lecho. Pues era una dependencia y como una parte del milagro, por cuanto no era más que una aprobación de él. Y además, si se estima entre las obras de Dios la acción de gracias, y la publicación de su gloria, no era una profanación del sábado el dar testimonio con pies y manos de la gracia de Dios." *Calvino.* Este último pensamiento del reformador refuta anticipadamente una objeción de Weiss que, estimando la respuesta de Jesús fuera de lugar, puesto que se le reprochaba el impeler a los demás a violar el sábado (v. 16, Comp. v. 10,12), pone en duda su autenticidad. Si Jesús, para justificarse, invoca aquí su relación única con Dios, una afirmación semejante estaba implícita en esta sentencia conservada por los sinópticos: "El Hijo del hombre es señor del sábado." (Mat. 12:8; Mar. 2:28; Luc. 6:5.) Sus adversarios no se equivocaron sobre el alcance de esta afirmación. (v. 18, nota.) El gran principio que Jesús acaba de enunciar, es desarrollado en la porción de su discurso que se extiende hasta el v. 30, y que reproduce bajo sus diferentes aspectos el pensamiento de la actividad común del Padre y del Hijo. Tenemos pues en ésta sentencia como el tema del discurso siguiente. Bengel hace observar que Jesús procede a menudo así, expresando un pensamiento que salta como un relámpago, y que es desarrollado luego. (6:27; 7:37; 8:12.)

17. *A causa de esto,* es decir a causa de la sentencia que acaban de oir. (v. 17.) La palabra *más* prueba que, en las persecuciones de los judíos contra Jesús (v. 16), se encontraba ya ese designio criminal, expresado por la variante no auténtica que hemos hecho notar. Godet hace la observación muy justa de que los sinópticos hacen remontar a la misma época los proyectos de los adversarios de Jesús contra su vida. (Mat. 12:14; Mar. 3:6; Luc. 6:7,11.)

18. Los judíos articulaban así tres agravios contra Jesús: 1º *Violaba el sábado* (gr. lo *disolvía, destruía*). Es necesario notar ese verbo en imperfecto que generaliza la acción; los

B. 19-47. DISCURSO DE JESÚS. Primera parte: LAS OBRAS DIVINAS QUE EL HIJO REALIZA EN COOPERACIÓN CON EL PADRE. — 1º *El hijo obrero del Padre.* Repitiendo su declaración precedente, proclama Jesús, bajo forma negativa primeramente, positiva luego, que él ejerce una actividad semejante a la del Padre: nada hace por sí mismo, todo por la indicación de Dios. Esta similaridad de acción se basa en el amor con que el Padre ama al Hijo, que le impele a mostrarle todo lo que hace, aún obras mayores que las que ha realizado (19,20). — 2º *Las obras divinas de la resurrección y del juicio.* Jesús describe de un modo general estas obras mayores que él realizará en comunión con el Padre: como el Padre, él hace vivir a quien quiere, pues el Padre le ha entregado todo juicio para que todos le honren como a Dios (21-23). — 3º *La resurrección espiritual y el juicio actual.* El que oye a Jesús está en posesión de la vida eterna. Desde ahora el Hijo empieza su obra de vivificación moral, pues el Padre le ha dado el tener la vida en sí mismo. Ejerce así el juicio, porque es hijo de hombre (24-27). — 4º *La resurrección y el juicio al fin de los tiempos.* Los muertos oirán la voz del hijo del hombre y saldrán de sus sepulcros; los que hubieren hecho el bien para una resurrección de vida, los que el mal para resurrección de juicio. Jesús no realizará esas obras por sí mismo, sino en una entera sumisión a Aquél que le envió (28-30). — Segunda parte: LOS TESTIMONIOS POR LOS CUALES SANCIONA EL PADRE LAS AFIRMACIONES DEL HIJO. — 1º *Necesidad de un testimonio divino. Las obras.* Jesús reconoce que otro testimonio es necesario para confirmar el que se da a sí mismo. Otro le da testimonio, en efecto. Como sus oyentes piensan en Juan el Bautista, Jesús, bien que apartando esa equivocación, recuerda incidentalmente el testimonio del precursor, y esto para su salvación. Caracteriza el papel efímero de ese profeta y la acogida frívola que le tributaron los judíos. Luego da a conocer el superior testimonio que le concede el Padre: las obras cuya realización le permite (31-36).

adversarios dan a entender que Jesús hacía de ello una costumbre. Comp. v. 16, nota. Nuestras antiguas versiones, traduciendo: *había violado el sábado*, borran ese matiz. 2º Jesús pretendía que Dios era *su propio Padre*. Los acusadores, pues, han comprendido perfectamente que diciendo *mi Padre* (v. 17), y nunca *nuestro Padre*, Jesús empleaba esa palabra en un sentido único, exclusivo; y que diciéndose Hijo de Dios, se atribuía una dignidad que a él sólo pertenecía. La expresión *mi Padre* era tanto más sorprendente cuanto que en el antiguo testamento, el nombre de Padre no es aplicado jamás a Dios en sus relaciones con el creyente individualmente considerado. 3º Jesús *se hacía igual a Dios*, al acabar de declarar que su actividad era semejante a la acción creadora y constante de Dios, y que no era limitada por la ley del sábado. (v. 17.) Todo eso constituía, a los ojos de los adversarios, una blasfemia que la ley castigaba con la muerte; y esta pretensión de ser el Hijo de Dios será realmente la causa de la condenación de Jesús. (Mat. 26:65,66.) De donde es necesario inferir que, si el Salvador no fuera lo que decía ser, los miembros del sanedrín habrían tenido razón contra él. Ellos comprendieron lo que implicaban las afirmaciones de Jesús ¡y un número tan grande de los que hoy declaran ser cristianos no lo comprenden!



— 2º *Las escrituras.* A este primer testimonio se agrega un segundo, más directo, que el Padre mismo le da. Sus oyentes no han visto apariciones de Dios ni recibido revelación interior, a causa de su incredulidad. Sondan las escrituras pensando tener en ellas la vida, y ellas dan testimonio de Jesús. Sin embargo, no quieren acudir a él para tener la vida (37-40). — Tercera parte: LA INCREDULIDAD DE LOS JUDÍOS, SUS CAUSAS Y SUS CONSECUENCIAS. — 1º *Las causas.* No quieren acudir a él porque él no busca gloria de hombres. Extraños al amor de Dios, son incapaces de reconocer la inspiración del que viene en nombre de su Padre; que venga otro en su propio nombre y le reciben. ¿Cómo podrían creer, ellos que sacan su gloria los unos de los otros y no de Dios sólo? (41-44). — 2º *Las consecuencias* de esa negativa de creer son que Moisés mismo, en quien se apoyan, los condenará, pues si creyeran a Moisés creerían en Jesús; pero no creyendo los escritos del primero, ¿cómo podrían creer las palabras del segundo? (45-47).

19 Respondió pues Jesús y les decía: En verdad, en verdad os
digo, no puede el Hijo hacer nada de sí mismo si no viere hacer
algo al Padre; pues cualquier cosa que aquél haga, ésta hace tam-
20 bién el Hijo semejantemente [19]. El Padre, en efecto, ama al Hijo
y le muestra todo lo que él hace, y obras mayores que éstas le
21 mostrará para que vosotros os admiréis [20]. En efecto, así como el

19. Jesús confirma la declaración que acaba de hacer (v. 17), pero explicándola. Para ello enuncia primeramente un pensamiento negativo, luego una gran afirmación. En el primero, no niega tener, absolutamente hablando, poder en sí, sino que expresa la imposibilidad moral en que está de hacer nada que no esté en plena armonía con la voluntad de su Padre, y eso precisamente porque es el Hijo, su imagen, su revelador, su representante que no puede obrar sino en perfecta comunión con él. Ahora bien: tiene siempre inmediata intuición de todo lo que Dios hace; no puede hacer nada *a menos que lo vea hacer al Padre* (gr. *si no viere haciendo algo al Padre*). Comp. v 10. Es como un hijo que observa con atención todo lo que hace su Padre, a fin de no apartarse jamás de la senda que el Padre le muestra. De esta unión de naturaleza, de voluntad y de amor, en la cual vive el Hijo con el Padre, resulta que (gr.) *las cosas, cualesquiera que sean, que el Padre hace, el Hijo las hace semejantemente.* Esta declaración, es una confirmación expresa de la sentencia que ha escandalizado a los judíos. (v. 17.)

20. La unidad de acción del Padre y del Hijo (v. 19) no resulta solamente de la relación de naturaleza que los une como Padre e Hijo. Jesús tiene cuidado, en la explicación *(en efecto)* que da de ella, de acentuar su carácter moral: es una inefable relación de *amor* (3:35), en la cual el Padre se comunica al Hijo *y le muestra todo lo que hace.* "El que *ama* no oculta nada." *Bengel.* Las palabras *ver* (v. 19) *y mostrar* (v. 20) expresan actos enteramente interiores, enteramente espirituales. El padre no muestra al Hijo *obras* ya exteriormente realizadas que el Hijo no tendría más que imitar. Y por otra parte, el Padre no otorga solamente al Hijo visiones pasajeras, como en otro tiempo a los profetas, iluminaciones excepcionales en los momentos críticos

Padre despierta los muertos y los vivifica, así también el Hijo
22 a los que quiere vivifica [21]; pues ni aun juzga el Padre a nadie,

de su carrera. No, la acción del Padre que *muestra* y la del Hijo que *ve* son acciones continuas. El Hijo es objeto de parte del Padre de una iniciación en todos los momentos. Él, el Hijo único, que está "en el cielo" (3:13), "en el seno del Padre" (1:18), contempla los pensamientos eternos de Dios, que son ya virtualmente *obras*, y los realiza, los hace pasar uno tras otro al estado real. Pero esta iniciación del Hijo es progresiva; y la actividad que él despliega en virtud de esta iniciación está igualmente sometida a una gradación. Es la verdad que enuncia la segunda parte del v. 20: *le mostrará obras mayores que éstas.* Esta última palabra se refiere, según Godet, a la curación del impotente y a los milagros del mismo género que Jesús realizaba, y de que los judíos eran entonces testigos; según Weiss, designaría las obras que Jesús realizaba en el día del sábado (v. 16), pretendiendo regular su conducta por la actividad de Dios que no conoce la interrupción del sábado. Hay verdad en esta última explicación; no es incompatible con la primera, pues si la curación del impotente había provocado el asombro y el escándalo de los judíos, era principalmente por haber sido realizada en el día del sábado y pregonaba la pretensión de Jesús de ser señor del sábado. (v. 17, nota.) Las *obras mayores* que realizará en el porvenir son entonces obras que, mejor aún que ese milagro hecho en día sábado, pondrán de relieve su soberana dignidad y harán resplandecer su gloria divina. Jesús va a mencionar (v. 21-30) algunas de esas grandes obras que realizará hasta el fin de los tiempos; pero antes añade: *a fin de que vosotros os asombréis. A fin de que,* tal es el designio de Dios; y como Jesús habla a hombres que se han mostrado incrédulos, "ese *asombro* será el de la confusión." *Meyer.* (*Comp.* Act. 4:13.) Por otra parte, como esa palabra significa también *admirarse,* Bengel la entiende en este sentido: "Vosotros, que ahora aborrecéis, rendiréis homenaje por vuestra admiración y vuestra fe". Es lo que ocurrió, por lo menos con algunos de los adversarios. (11:44,45.)

21. Jesús justifica y explica *(pues, en efecto)* su afirmación de que el Padre le mostrará *obras mayores,* nombrando esas *obras:* son la resurrección y el juicio de la humanidad. (v. 21-29.) Aquí se presenta una cuestión que ha dividido los intérpretes, desde los padres de la iglesia hasta nuestros días: ¿De qué *muertos* y de qué *resurrección* se trata en este discurso de Jesús? (v. 21-29.) Unos piensan que, en todo este pasaje, se trata de la resurrección de los muertos en el sentido corporal y del juicio final. (Varios padres, Bengel, Hengstenberg.) Esta opinión es incompatible, primeramente con las palabras: "a los que quiere", luego con los v. 23, 24,25. (Véase las notas). Otros, al contrario, entienden todo este discurso en el sentido exclusivo de una resurrección espiritual y del juicio interior y moral que ejerce el evangelio dondequiera que es predicado. Esta interpretación se vuelve imposible en presencia de los v. 28 y 29. Un tercer grupo reconoce que el Salvador habla primeramente de su acción espiritual y actual sobre las almas (v. 21-27), y anuncia en seguida la resurrección universal del último día. (v. 28,29.) Esta interpretación, presentada ya por Calvino, ha sido admitida por la



23 sino que todo el juicio ha dado al Hijo [22], para que todos honren

mayor parte de los exégetas modernos: Lücke, Tholuck, Meyer, etc. Se puede, por un análisis más exacto aun del discurso, distinguir en él tres partes: 1º Jesús habla de un modo enteramente general de la obra de resurrección y de juicio que realiza. (21-23.) 2º Caracteriza esa obra tal como la realiza en la esfera moral. (24-27.) 3º Describe la resurrección de los muertos que realizará al fin de los tiempos y que será seguida del juicio final. (28-29.) Esta división, indicada ya por de Wette, es adoptada por Astié, Luthardt, Weiss, Keil, Godet, etc. *Resucitar los muertos y hacerlos vivir,* mantener en ellos la vida, después de haberlos arrancado a la muerte, es eminentemente una obra de Dios, fuente de toda vida. (Deut. 32:39; 1. Sam. 2:6; Rom. 4:17.) Ahora bien: *el Hijo* declara solemnemente que esa obra de Dios es también la suya. Los intérpretes se preguntan en qué relación la obra de vivificación realizada por el Hijo se halla con la que el Padre realiza. Resolver esta cuestión, equivale a determinar el sentido de la locución: *como... así también...* Godet estima que no es tener en cuenta esta locución el decir: el Hijo es el órgano del Padre; por él ejecuta el Padre la obra de resurrección que entraba en su plan de salvación. Empleando esta locución, Jesús pensaría en una obra real que realiza el Padre y a la cual responde la suya. Esa obra sería la obra a la vez creadora, conservadora y reparadora que el antiguo testamento atribuye a Dios. Dios la ha realizado hasta aquí, pero Jesús se hace ahora "su agente en el medio particular en que a cada momento se encuentra; ese medio se extenderá cada vez más; la capacidad de él para obrarla, crecerá en la misma medida, hasta que ese dominio sea el universo y el poder del Hijo la omnipotencia." (Comp. Mat. 28:18.) Y Godet indica como grados de ese crecimiento: los milagros aislados de resurrección corporal y espiritual, la resurrección moral de la humanidad por la comunicación del Espíritu Santo, la victoria sobre la muerte y la resurrección universal. Se ha objetado a esta explicación, que seduce a primera vista por sus concepciones profundas sobre la obra de Jesucristo y la parte de verdad que contiene: 1º que, según la enseñanza del prólogo, el Padre no ha transmitido al Hijo en un momento dado la actividad que habría ejercido hasta entonces él solo, sino que, desde el origen, la actividad del Padre se ha ejercido por intermedio del Hijo (1:3); 2º que nada en nuestro texto indica que esa transmisión se haya hecho de un modo gradual y progresivo: la locución *como... igualmente...* asimila enteramente la obra del Hijo a la del Padre, sin fijar nada sobre la manera como esas dos actividades se combinan, sin decir si se ejercen simultánea o sucesivamente, si una es subordinada a la otra. Lo vago del pensamiento, a este respecto, proviene de que, en todo este pasaje (v 19-23), el Hijo no describe aún su actividad, sino que afirma, por declaraciones generales y abstractas, su unidad y su igualdad con el Padre, para llegar a la conclusión del v. 23. Diciendo: *a los que quiere,* Jesús no pretende que jamás *su voluntad* pueda ser independiente de la del Padre (v. 19), ni que haya en esa voluntad cosa arbitraria. Calvino ve sin razón en estas palabras la idea de la predestinación; expresan, de modo general, el poder que el Salvador tiene de dar

al Hijo conforme honran al Padre. El que no honra al Hijo no
24 honra al Padre que le envió [23]. En verdad, en verdad os digo que
el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna [24];
25 y no va a juicio sino que ha pasado de la muerte a la vida [25]. En

la vida. Él querría derramarla sobre todos; si hay un límite, no está en su voluntad, sino en los hombres, según crean o no crean. (v. 24,25.)

22. Este versículo explica *(pues)* el poder que tiene el Hijo de *vivificar a los que quiere.* (v. 21.) Ese poder resulta del hecho de que "el Padre *tampoco juzga a nadie,* sino que ha dado todo el juicio al Hijo." Esta prerrogativa de *juzgar* está implícita en la precedente: El que da la vida *a quien él quiere* debe también ejercer solo el juicio en virtud del cual vivifica. De ahí esta declaración de que *el Padre no juzga a nadie,* sino que deja al Hijo *todo el juicio,* el juicio en todas sus formas. No se debe entender esta palabra de *juicio* como lo hacen varios exégetas, en el sentido de condenación, sino tomarla en el sentido más general; se trata ante todo de ese juicio interior y actual que se realiza en cada alma, en el momento en que oye la palabra de verdad, y que se volverá definitivo por el juicio del último día. (Véase 3:18, nota.) De ahí este verbo en presente: no *juzga* a nadie.

23. La conjunción: *a fin de que* indica la intención de Dios mismo al entregar todo juicio al Hijo: que sea *honrado* de *todos* de igual modo que el Padre *(como).* Ahora bien: *honrar a Dios,* con todos los sentimientos de veneración y de amor que se le deben, es *adorarle,* y esta adoración se dirige al Hijo como al Padre. (Fil. 2:9-11.) El Salvador confirma esta verdad por una declaración negativa que la hace más absoluta aún: no *honrar al Hijo* es no *honrar al Padre que le envió,* que se revela en él solo y que no es conocido sino en él. (Mat. 11:27; 1 Juan 2:23.) ¡Qué revelación para esos oyentes de Jesús que le aborrecían hasta querer hacerle morir! (v. 18; Comp. 15:23.)

24. *¡En verdad, en verdad!* estas palabras señalan la solemnidad de la afirmación y la importancia de la verdad enunciada. Jesús aborda el segundo punto de su discurso. (v. 21, nota). Describe, en su realización histórica y progresiva en el seno de la humanidad, la obra de juicio y de vivificación que el Padre le ha confiado. (v. 24:27.) Jesús resucita los muertos por *su palabra,* cuya potencia divina crea en ellos, juntamente, *la fe* y *la vida,* una vida imperecedera del alma, *la vida eterna* que posee desde ahora el creyente *(tiene* y no: *tendrá)* y que se desarrollará hasta la perfección. (8:51.) Es necesario también observar también que *escuchar la palabra* de Jesús *y creer* en Dios *que le envió* es una sola y misma cosa, tan compenetrado está el Salvador del pensamiento de que su palabra es la palabra misma de Dios.

25. De la muerte espiritual a la vida eterna. (Véase 1 Juan 3:14, donde se encuentra la misma expresión.) El verbo está en perfecto, indicando un hecho cumplido y permanente. Por esa razón el creyente, que está desde aquí en posesión de la vida eterna *no va a juicio.* Ya ha sido juzgado por la palabra divina (12:48); en el momento en que ella produce en él el arrepentimiento, ha producido interiormente el juicio que, en el gran día, alcanzará al incrédulo. (1 Cor. 4:5.) Este, por lo demás, está juzgado desde ahora por su incredulidad misma.



verdad, en verdad os digo que viene hora, y ahora es, en que los
muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hubieren oído
26 vivirán [26]. Así como el Padre, en efecto, tiene vida en sí mismo,
27 así también dió al Hijo tener vida en sí mismo [27]; y dióle autori-

(3:18; 9:39.) Este juicio moral no está en contradicción con los pasajes de la escritura que anuncian un juicio universal (Mat. 25:31 y sig.; Rom. 14:10; 2 Cor. 5:10); pues este último no puede ser más que la clasificación definitiva de cada uno, según su estado interior, yendo el uno a la *vida,* el otro a la *muerte,* pero la vida o la muerte serán ya la porción de cada uno y el juicio no hará más que comprobarlo. Es lo indicado aquí, por los tiempos mismos de los verbos: no *va* a juicio, *ha pasado* de la muerte a la vida.

26. Solemne repetición de la afirmación del versículo precedente. La *voz del Hijo de Dios* resuena *ahora* en medio de los *muertos* espirituales (Ef. 2:1; Mat. 8:22), y *los que la hubieren oído,* escuchado y creído, *vivirán* con vida eterna. (v. 24.) La *voz* del Hijo de Dios es su *palabra* (v. 24), cuya potencia creadora hace revivir los muertos. (Rom. 4:17; Comp. Ezeq. 37:1-14.) La conexión íntima de este versículo con el precedente, y principalmente las palabras: *la hora es ahora* (ya) no dejan subsistir ninguna duda acerca el sentido espiritual de los términos: *muertos* y *vivirán.* Los que, a pesar de estas pruebas, las aplican a la muerte y a la resurrección corporal son forzados a explicar la palabra *ahora* por las pocas resurrecciones milagrosas que realizó Jesús en el curso de su ministerio. Pero es evidente, como observa Meyer, que volver por un tiempo a la vida terrestre a algunos muertos que sin embargo morirán otra vez, no era impartirles *la vida* de que habla Jesús en este discurso. Y si se quiere aplicar esas palabras a la resurrección universal del postrer día, ¿qué significa esta distinción: *los que la hubieren oído?* Lo que hay de verdad en la opinión que refutamos, es que la resurrección espiritual de que habla aquí el Salvador encierra en sí misma todos los elementos de la resurrección final que va a anunciar (v. 29), y que no será más que la completa manifestación de la primera, por la cual el hombre entero, el espíritu, el alma y el cuerpo, serán perfeccionados. (1 Tes. 5:23; Comp. Juan 6:39,40,44.)

27. Esta gran sentencia explica *(en efecto)* la potencia vivificadora que el Hijo se atribuye en las dos declaraciones precedentes. (v. 24,25). El Hijo de Dios no resucita los muertos, no derrama la vida divina en las almas, sino porque la posee *en sí mismo, como el Padre tiene la vida en sí mismo.* Es necesario observar la repetición de esta fórmula: *tiene la vida en sí mismo,* aplicada sucesivamente al Padre y al Hijo. Así como el Padre es la fuente soberana de toda vida (Sal. 36:10), de igual modo el Hijo *tiene la vida en sí mismo* y es, él también, desde el principio, la fuente de la vida, (1:4;11:25;14:6; 1 Juan 1:2); por él tuvo lugar la creación del universo (1:3), por él también se realiza la creación nueva en el mundo moral. Pero esta prerrogativa de tener la vida en sí y de ser fuente de vida, la posee el Hijo como un don: el Padre *dió* al Hijo el tener la vida en sí mismo. Hay en esta afirmación una aparente contradicción. Pero, como observa Godet, "vemos resuelta en nosotros mismos una contradicción análoga. Poseemos como *dada,* la facultad

28 dad de ejercer juicio porque es hijo de hombre[28]. No os admiréis
de esto, porque viene hora en que todos los que están en los sepul-
29 cros, oirán su voz y saldrán: los que hubieren hecho el bien a
resurrección de vida, los que hubieren cometido el mal, a resurrec-
30 ción de juicio[29]. No puedo yo hacer de mí mismo nada; conforme

de determinarnos... Sacamos a cada instante de esa facultad decisiones morales que nos pertenecen en absoluto... Lo que la libertad es para el hombre, la facultad divina de vivir por sí mismo lo es para el Hijo... Por este don de la independencia divina hecho al Hijo, el Padre le ha dado todo; por su subordinación voluntaria, el Hijo devuelve todo al Padre. Dar todo, devolver todo, ¿no es esto el amor perfecto?'

28. Comp. v. 22, nota. La razón indicada en las palabras: *porque es hijo de hombre,* ha sido interpretada: porque es el Mesías. Pero esta idea no explica por qué es el juicio entregado al Hijo y, en este caso, Jesús habría debido decir *el* hijo de *el* hombre (como siempre, con los artículos; Comp. Mat. 8:20, nota), y no: *hijo de hombre.* Se ha dicho también, por el contexto: Porque él es quien imparte la vida y sabe quiénes son los que la poseen. Se ha dicho por último: Porque es el Salvador y, habiendo tenido la redención su punto de partida en nuestra humanidad, lo mismo debe ocurrir con el juicio que es su cumplimiento final. Hay verdad en estas interpretaciones. Pero el texto dice simplemente: porque es hijo de hombre, es decir *hombre.* Nos parece pues que la explicación de F. de Meyer, en su Biblia anotada, explica este término del texto del modo más simple: "Porque el hombre debe ser juzgado por su semejante y aun por el más humilde y más amante de los hombres, que ha llevado el pecado de la humanidad y puede tener compasión de sus hermanos, de modo que es la gracia misma quien juzga. (Hebr. 2:17,18; 4:15.) Por su humillación voluntaria, el Hijo de Dios ha adquirido la prerrogativa de juzgar a aquellos a quienes vino a salvar." R. Stier, adoptando esta explicación, añade: "Sí, ¡tal es el juicio de un hijo de hombre!" (Comp. Act. 17:31.) Pero si ese juicio está lleno de consuelo y de esperanza para los que han hallado en tal juez su Salvador, es tanto más terrible para los que rechazan su gracia. Por lo demás, para comprender esta explicación de las palabras de Jesús, no se debe perder de vista que no se trata exclusivamente aquí del juicio final, sino de ese juicio interior, progresivo, que se ejerce en la conciencia, por la verdad divina, y del cual el juicio eterno será tan sólo el último acto (Véase v. 22 y v. 30.)

29. Jesús lee en el rostro de sus oyentes la impresión del asombro, de la duda, de la incredulidad, al oír las grandes cosas que acaba de decirles; les dice entonces: *No os asombréis de esto,* pues he aquí cosas mayores aún; y anuncia el hecho inmenso de la resurrección universal del día postrero. Los términos de ambos versículos (28, 29) son tales que no se puede entenderlos en el sentido de una resurrección espiritual: todos los verbos están en futuro; diciendo: *la hora viene,* Jesús no agrega, como en el v. 25: *ahora es ya;* no hay aquí ya distinción entre los que hubieren oído su voz y los demás (v. 25), sino que *todos* la oyen; por último estas palabras: *en los sepulcros, saldrán,* no permiten ninguna otra interpretación que la de una resurrección corporal. La grande



oigo juzgo, y el juicio mío es justo, porque no busco la voluntad
mía sino la voluntad del que me envió[30].
31 Si yo doy testimonio sobre mí mismo, mi testimonio no es
32 verdadero[31]. Otro es el que da testimonio sobre mí, y sé que

*voz* del Hijo de Dios, que entonces se hacía oír en medio de sus adversarios y de todo el pueblo, llena de gracia y de verdad, resonará al llegar la *hora* de su gloriosa vuelta, y cumplirá, por la potencia creadora de Dios, el mayor milagro que haya tenido lugar desde la creación del mundo, la *resurrección* de los muertos. Esta resurrección es, al mismo tiempo, la separación de nuestra humanidad en dos partes: *resurrección de vida,* para los que tenían ya la vida (v. 24,25); *resurrección de juicio* para los demás. Las razones de esta diferencia están en la conducta que hubieren observado y que entonces saldrá a luz: *los que hubieren hecho el bien, los que hubieren practicado el mal;* "el árbol se reconoce por sus frutos". Se habría pensado que esas razones serían la fe o la incredulidad, la vida o la muerte espirituales; y en el fondo, eso es en efecto lo que Jesús entiende por: *el bien* (gr. *las buenas* obras) o *el mal* (gr. *las malas* obras), en su sentido absoluto; pero emplea términos más generales que comprenden, el primero, la rectitud moral que precede a la fe (1:48;3:21;7:17) y los frutos de santificación y de actividad que la fe produce; el segundo, la corrupción moral que es a la vez la causa y la consecuencia de la incredulidad. (3: 19-20.) Una *resurrección de vida* es una resurrección que conduce a la vida perfecta y eterna; una *resurrección de juicio,* la que conduce al juicio; pero no se debe traducir con Martin y Ostervald: resurrección de *condenación.* (Mat. 7:21 y sig.; 24:31 y sig.; Luc. 14:14; Rom. 2:7,8.)

30. Jesús, después de haber rechazado la acusación levantada contra él por sus adversarios (v. 18), elevándose a una altura divina donde el acusado se ha tornado en el juez de los acusadores, vuelve aquí a su punto de partida (v. 19), es decir a esa unidad perfecta con Dios fuera de la cual le es moralmente imposible *hacer nada.* Lo afirma de nuevo, atribuyéndose más directamente esta prerrogativa: no dice ya solamente: *"El Hijo* no puede hacer nada", sino: *"Yo* no puedo hacer nada." Todo lo que él hace tiene pues por sanción la autoridad de Dios mismo; cuando *juzga* (el verbo en presente no puede entenderse solamente del juicio venidero, v. 29, sino de toda su obra en el seno de la humanidad, v. 22,27; 3:18), *su juicio es justo,* porque no hace más que cumplir la *voluntad del que le envió.* Esta plena y constante armonía de su voluntad con la voluntad de Dios (Mat. 26:39), es la santidad, la victoria constante obtenida sobre todos los esfuerzos del enemigo; ahora bien: la santidad perfecta de Jesucristo será siempre su mejor apología. Hasta aquí, en este discurso, el Salvador ha afirmado lo que es; ahora va a apelar al testimonio que Dios le da y, a su vez, a acusar la incredulidad de sus adversarios en presencia de ese testimonio. (v. 31-47.)

31. Con estas palabras, Jesús previene una objeción que, más tarde, los adversarios formularán expresamente: "Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero." (8:13.) Jesús responderá entonces: "Aun si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero; porque sé de dónde he venido y adónde

33 verdadero es el testimonio que testifica sobre mí[32]. Vosotros
34 habéis enviado a Juan y ha dado testimonio a la verdad[33]; mas
yo no recibo de hombre el testimonio, pero esto digo para que
35 vosotros seais salvados[34]. Aquél era la lámpara que arde y que
brilla, y vosotros quisisteis alegraros por poco tiempo en su luz[35].
36 Mas yo tengo el testimonio mayor que el de Juan; pues las obras
que me ha dado el Padre para que las termine, las obras mismas
37 que hago dan testimonio sobre mí que el Padre me envió[36]. Y el

voy." (v. 14.) Aquí admite el principio formal del derecho, según el cual un hombre no puede testificar por su propia cuenta; pero es para apelar inmediatamente a *otro* que da testimonio de él. (v. 32.)

32. ¿Quién es este *otro*, a cuyo testimonio Jesús apela? Varios antiguos intérpretes han respondido: Es Juan el Bautista, de quien el Señor va a hablar. Pero esta aplicación es precisamente eliminada por las palabras de los v. 33-36. No, el que da este testimonio, es Dios mismo (v, 36-40); y Jesús *sabe*, tiene en sí mismo la íntima convicción, que este testimonio es la *verdad* soberana. *Sin., D, Itala* tienen *sabéis*. Esta variante, que Tischendorf solo admite, proviene de la falsa suposición de que se trata del testimonio de Juan el Bautista.

33. Véase 1:19 y sig. Cuando Jesús dijo que otro daba testimonio de él, (v. 32), sus interlocutores pensaron en el acto en Juan el Bautista. Jesú habla pues del testimonio dado por su Precursor, que conserva su valor (verbo en perfecto) a pesar de la desaparición del testigo.

34. Jesús afirma que el testimonio de Juan ha sido plenamente conforme *a la verdad;* y sin embargo, en esta disputa con los adversarios, no apela a ese testimonio, ni al testimonio de *ningún hombre*, porque tiene uno más grande (v. 36); si menciona el testimonio del Precursor, es solamente en interés de sus oyentes, a fin de que se acuerden de las palabras de arrepentimiento y de verdad que Juan les hizo oír, y así sean *salvados*.

35. Otra hermosa alabanza del Precursor pronuncia Jesús con estas palabras: *Era la lámpara que arde y resplandece,* la única lámpara que ilumina la casa (Mat. 5:15,16, nota), el profeta que Dios había destinado a iluminar a su pueblo y llevarle al Salvador. Esa lámpara ya se había consumido; Juan no era ya, como lo indica el verbo en imperfecto. Prosiguiendo esta graciosa figura, en la segunda parte de este versículo dirige Jesús a sus oyentes un severo reproche: en lugar de aprovechar, para su salvación, de esa luz fugitiva, no habían pensado más que en *regocijarse.* El anuncio del reino del Mesías había excitado su curiosidad y sus esperanzas carnales; pero la predicación del arrepentimiento, que Juan les hacía oír, pronto les había disgustado.

36. He ahí el *testimonio* divino de que Jesús ha hablado (v. 32), y que es *mayor* que el del Precursor: son primeramente las *obras* del Salvador. Este testimonio es en efecto de Dios, pues el *Padre* le ha *dado* las obras que *hace, a fin de que las concluya.* Este último verbo significa concluir hasta la perfección, y está en futuro, pues Jesús tiene la certidumbre de que acabará su obras hasta el fin. La prueba, para sus oyentes, está en que ya *las hace* (presente). Ahora bien: ¿qué *obras* eran esas? Ante todo sus milagros, esos actos de potencia y de amor que esparcían la salud y la vida, el consuelo y la esperanza, sobre tantos desdichados. Eran también sus palabras divinas que iluminaban y vivificaban las almas (v. 20-27); eran, en pocas palabras, toda su hermosa y santa vida que, en su conjunto, constituía "la obra del que le había enviado." (4:34.) He ahí su *testimonio.* ¿Es de extrañar que apele a él tan a menudo? (10:32,37,38;14:11;17:4.)



Padre que me envió, aquél ha dado testimonio sobre mí[37]. Ni
38 habéis oído jamás su voz ni habéis visto su aspecto, y su palabra
no tenéis permanente en vosotros, porque al que aquél envió,
39 a éste vosotros no creéis[38]. Escudriñáis las escrituras, porque
vosotros pensáis tener en ellas vida eterna, y aquéllas son las que

37. ¿Se trata, aquí también, del mismo testimonio, el de las obras? (v. 36.) Varios intérpretes lo han pensado. Pero estas palabras solemnes: *el Padre mismo* y el verbo en perfecto: *ha dado testimonio* (mientras que está en presente en el versículo precedente), muestran evidentemente que Jesús tiene en vista un testimonio nuevo. ¿Cuál es? Unos piensan que se trata de ese testimonio interior e inmediato que Dios da en las almas (v. 24-26) atrayéndolas al Hijo (6:44); así de Wette, Tholuck, Astié. Esta explicación tampoco tiene en cuenta el verbo en perfecto. Otros Crisóstomo, Bengel) ven aquí una alusión al testimonio divino dado a Jesús en ocasión de su bautismo. (1:33; Mat. 3:17.) Esta suposición conduciría otra vez al testimonio de Juan el Bautista. (v. 33.) Es contradicha por las palabras que siguen: "Jamás habéis oído su voz." Pensamos pues, con Calvino, Lücke, Meyer, Luthardt, Weiss, Keil y Godet (3ª edic.), que Jesús aborda aquí el gran testimonio que Dios le ha dado en las santas escrituras del antiguo testamento y de que va a hablar más detenidamente. (v. 38-40.) Este testimonio ha sido dado en el pasado, pero subsiste en el presente: es lo que significa el verbo en perfecto.

38. A pesar de todas las revelaciones y todas las apariciones divinas (teofanías) en la antigua alianza, jamás habéis sabido discernir la *voz de Dios* ni reconocer su presencia en las escrituras. Vosotros no le conocéis porque su *palabra* no ha penetrado jamás en vuestros corazones, de modo que *permanezca en vosotros.* Lo que lo prueba con evidencia, es el hecho de que *no creéis a quien envió Aquel,* y al cual da un testimonio tan brillante. (v. 36,37.) Tal es, en general, el reproche que Jesús dirige a sus oyentes. (v. 38.) Pero las últimas palabras del v. 37 prueban que él no piensa solamente en el modo superficial y ligero como estudiaban las escrituras. Estos términos característicos: *Ni habéis oído jamás su voz ni visto su rostro* no significan solamente: No conocéis a Dios, sino: No podríais conocerle, salvo en Aquel que le revelaba en el antiguo testamento, y que, por su presencia, le revela ahora a vuestros ojos. Es exactamente lo que se dice en 1:18;6:46. Ahora bien: a este único revelador de Dios, los jefes le rechazan, *no creen en él;* quedan pues en la ignorancia y la muerte. (v. 39.) Tal es aproximadamente la interpretación de R. Stier; y es, nos parece, la única que explica bien este texto profundo y difícil.

40 dan testimonio sobre mí; y no queréis venir a mí para que ten-
gáis vida[39].
41 Gloria de hombres no recibo, pero os conozco que no tenéis
42 el temor de Dios en vosotros mismos[40]: Yo he venido en el
43 nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en el nombre
44 propio, a aquél recibiréis[41]. ¿Cómo podéis vosotros creer, reci-
biendo gloria unos de otros... Y la gloria que del solo Dios viene

39. Las primeras palabras del v. 39 han sido en todo tiempo comprendidas y traducidas de dos modos diferentes. 1º Por el imperativo: *escudriñad* o sondad las escrituras, lo que sería una exhortación a hacerlo. (Así, entre otros: Agustín, Lutero, Calvino, Tholuck, R. Stier, Hengstenberg, Keil y nuestras versiones ordinarias.) Pero tal exhortación no formaría ya, con la continuación del versículo y principalmente con las últimas palabras, la contradicción punzante que Jesús quiere señalar a sus oyentes entre esas escrituras que ellos conocen y su incredulidad respecto de Jesús. 2º Por esta razón, la mayor parte de los intérpretes: Beza, Bengel, Olshausen, de Wette, Meyer, Weiss, Holtzmann, Astié, Godet, y todas las versiones recientes, adoptan el indicativo: *Escudriñáis* las escrituras. Era en efecto lo que hacían los judíos, sobre todo desde la vuelta de la cautividad; estudiaban mucho las escrituras, pero mucho más para contar sus palabras y sus sílabas que para penetrar en su sentido y en su espíritu. *Pensaban tener*, por el solo conocimiento literal de esas escrituras, *la vida eterna*. Sin duda, si no se detuvieran en la letra, si supieran elevarse hasta el espíritu (6:63; 2 Cor. 3:6), hallarían esa vida verdadera y eterna en las escrituras, pues están llenas del *testimonio* dado al Libertador que había de venir. Pero a pesar del conocimiento que tenéis de esas escrituras, *que dan testimonio de mí*, agrega Jesús, *¡no queréis venir a mí para tener la vida!* ¡Qué contradicción! ¡Qué ceguedad! Y la causa de ello es su voluntad depravada. (v. 40.) Jesús pronuncia estas palabras con profunda tristeza. Recuerdan su lamento sobre Jerusalén: *Vosotros no quisisteis.* (Mat. 23:37.)

40. En esta tercera parte del discurso (v. 41-47), Jesús no hace más que desarrollar el reproche que acaba de dirigir a sus oyentes: *No queréis.* Muestra primeramente de dónde proviene su mal querer (v. 41-44); luego les manifiesta sus consecuencias. (v. 45-47). Si les reprocha con tanta fuerza el no creer en él, no es porque busque de ningún modo *la gloria que viene de los hombres* (Comp. v. 44); sino porque *los conoce* (2:24), y sabe que su corazón es extraño al *amor de Dios.* Tal es la primera y grande causa de su incredulidad. Si tuvieran ellos una chispa de ese amor a Dios, lo sentirían en cada una de las palabras del Salvador. (Comp. 3:19-21).

41. *Al que viene en el nombre de su Padre*, que es el verdadero Mesías, el Salvador, *no le reciben*, porque su corazón es incapaz de sentir su amor; si *otro* viniere *en su propio nombre*, sin la autoridad de Dios que sin embargo invocaría falsamente, *le recibirán.* ¿Por qué? porque adulará sus prejuicios, sus pasiones, como lo hacen todos los falsos mesías y falsos profetas que no buscan más que su propia gloria. (v. 44).



45 no buscáis[42]? No penséis que yo os haya de acusar ante el Padre;
hay el que os acusa, Moisés, en quien vosotros habéis esperado[43].
46 Si creyerais, en efecto, a Moisés, creeríais a mí, pues sobre mí
47 escribió aquél[44]. Mas si a los escritos de aquél no creéis, ¿cómo
creeréis a mis palabras[45]?

42. Segunda razón de incredulidad, que Jesús expresa vivamente con una pregunta directa y significa: Os es imposible creer, porque, idólatras de la *gloria* que os viene de los hombres, no tenéis consideración alguna por la gloria que viene de *Dios solo* y que debería dominar todos vuestros pensamientos. (v. 41). Véase sobre esta idolatría de la aprobación y de la gloria de los hombres que Jesús reprochaba en otras ocasiones a los jefes del pueblo, Mat. 6:1-5 y 16-18; Mat. 23:5-12; Comp. Juan 12:43.

43. Después de haber mostrado a sus adversarios su incredulidad y sus causas, Jesús les quita por último el fundamento de sus falsas *esperanzas* que ponen en Moisés. Por un celo ciego por Moisés y por su ley han acusado a Jesús de haber violado el sábado (v. 17), acusación que ha dado lugar a todo este discurso. Ahora bien: precisamente es *Moisés quien* los *acusa* desde ahora (gr. *está, el que os acusa, Moisés*); de modo que Jesús no tendrá que acusarlos *delante del Padre* en el día del juicio. ¡Qué situación trágica: hallar su acusador en aquél en quien se había colocado la esperanza de salvación! Y Jesús va a decir la causa de esta inmensa decepción que les espera. (v. 46, 47).

44. La prueba de que Moisés los acusa *(en efecto)*, está en que, gloriándose de él, no le creen con fe iluminada y viva: *Si creyeseis a Moisés...* Y su incredulidad respecto de Moisés, es a su vez, la causa por la cual no *creen* en Jesús. *En efecto*, los escritos de Moisés están llenos de él. Las palabras: *Escribió de mí* no deben entenderse solamente de algunas declaraciones proféticas tales como Gén. 3:15; Deut. 18:15, 18 y otras; sino de todos los tipos, los sacrificios, las ceremonias simbólicas del culto, que tenían en vista el futuro Libertador del pueblo de Dios. Hasta habría bastado comprender la espiritualidad y la santidad de la ley para entender que no sería jamás cumplida sino en Aquel que había de venir. (Comp. Luc. 24:27, 44).

45. La incredulidad hacia *Moisés* y sus *escritos* tenían por consecuencia necesaria la incredulidad hacia *Jesús* y sus *palabras.* "La antítesis esencial, como observa Godet, no es la de los substantivos *escritos* y *palabras*, sino la de los pronombres *sus* y *mis*". Endurecer su conciencia y su corazón en presencia de la ley que debe producir el arrepentimiento, es endurecerlos también respecto del que anuncia la gracia y la salvación. En una palabra, la incredulidad es un estado moral que hace al hombre incapaz de comprender ninguna de las manifestaciones de la verdad y de la misericordia divinas. Tal es la conclusión abrumadora de este discurso.

### 2. *La crisis en Galilea*

A. 1-21. LOS DOS MILAGROS QUE PREPARAN LA CRISIS. — 1º *Jesús multiplica los panes:* a) *El retiro de Jesús.* Jesús se retira al otro lado del lago. Multitudes, atraídas por sus curaciones, le siguen. Sube Jesús con sus discípulos al monte (1-3). b) *Las intenciones misericordiosas de Jesús y el apuro de los discípulos.* Estando cerca la pascua, al ver Jesús la multitud ir a él, pregunta a Felipe dónde se podría comprar panes para alimentar todo ese gentío. Felipe estima en más de doscientos denarios la suma necesaria. Andrés señala la presencia de un muchacho que tiene cinco panes y dos peces, ¡víveres muy insuficientes! (4-9). c) *El milagro.* Jesús ordena sentar a todos. Cinco mil hombres se sientan. Jesús toma los panes, da gracias y los distribuye; hace lo mismo con los peces. A una orden suya, después de la comida, los discípulos recogen doce cestas llenas de restos (10-13). d) *El entusiasmo de la multitud.* Al ver el milagro, la multitud reconoce que Jesús es el Mesías. Jesús, sabiendo que iban a arrebatarle para hacerle rey, se retira solo a la montaña (14-15). — 2º *Jesús anda sobre las aguas:* a) *Los discípulos en el lago.* Llegada la tarde, los discípulos se embarcan para Capernaúm. Es de noche; Jesús no está con ellos; un fuerte viento levanta el mar (16-18). b) *Jesús va a ellos.* Los discípulos ven a Jesús andando sobre el mar y acercándose a ellos. Él calma el terror de ellos y, mientras le acogen con solicitud, el barco llega a la ribera (19-21).

VI Después de esto [1] fuese Jesús al otro lado del mar de Galilea,
2 de Tiberias [2]. Y le seguía grande multitud, porque veían las señales

1. *Después de estas cosas,* es decir, después de los hechos y los discursos contados en el capítulo precedente. Si la fiesta para la cual Jesús había subido a Jerusalén era realmente la de Purim (5:1, nota), que se celebraba en marzo, las palabras: *Después de estas cosas* nos lleva a algunas semanas más tarde, pues la fiesta de pascua que se aproximaba (v. 4) tenía lugar en abril. Juan no quiere decir que Jesús *se fué* de Jerusalén *al otro lado del mar de Galilea.* Sobrentiende el regreso de Jesús a la región de Capernaúm; éste es el punto de partida de esta excursión a la ribera oriental del lago.

2. Juan alcanza aquí los relatos de los sinópticos. Los supone conocidos, por tanto no nos indica los motivos de esta excursión al otro lado del lago. (Mar. 6:30 y sig.; Luc. 9:10 y sig.; Comp. Mat. 14:13). Jesús quería retirarse a la soledad con sus discípulos, a fin de buscar para sí y para ellos algún tiempo de reposo y de recogimiento, pero la multitud que le siguió frustró su proyecto. (v. 2). Juan agrega: *de Tiberias,* porque fuera de Palestina el *mar de Galilea* (Mar. 1:16; Mat. 15:29) era más conocido por el nombre de "lago de Tiberias". Así lo llama Pausanias. *Tiberias,* ciudad situada cerca del extremo meridional del lago y sobre la orilla galilea, había sido edificada por Herodes Antipas y nombrada así en honor del emperador Tiberio. (Véase las interesantes páginas que F. Bovet consagra a Tiberias, en su *Viaje a Tierra Santa,* p. 399 y sig.).



3 que hacía sobre los enfermos [3]. Mas subió Jesús al monte y estaba
4 allí sentado con sus discípulos [4]. Y estaba cerca la pascua, la
5 fiesta de los judíos [5]. Habiendo pues levantado los ojos Jesús y
viendo que grande multitud viene a él, dice a Felipe: ¿De dónde
6 compraremos panes para que coman éstos [6]? Mas decía esto pro-
7 bándole, pues él sabía qué había de hacer [7]. Respondióle Felipe:

3. Todos estos verbos en imperfecto: *seguía, veían, hacía,* muestran que esas multitudes se reunían habitualmente alrededor del Salvador, desde su regreso a Galilea y que, por su parte, Jesús multiplicaba los hechos de curación *en los enfermos.* Muchos podían seguirle en interés de esos enfermos mismos, otros por simple curiosidad, otros aun, ávidos de verle y oír su palabra.

4. El *monte* sobre el cual se retiró Jesús con sus discípulos, no es designado; pero como toda la región es montañosa, se debe entender una de las colinas de la vecindad. Jesús *estaba sentado* allí, en actitud de reposo, y sin duda conversando con *sus discípulos.*

5. ¿Cuál puede ser el objeto de esta observación del evangelista sobre la proximidad de *la pascua?* Unos no ven en ella más que una simple nota cronológica; pero ésta habría sido puesta al principio del relato. Otros piensan, con Meyer, que el evangelista quiere explicar ese gran concurso de gente. Serían caravanas de peregrinos, trasladándose a Jerusalén para la fiesta. Pero nuestro narrador ha motivado ya de otro modo esa reunión de gente (v. 2), y la continuación del relato, en todo este capítulo (v. 22 y sig.), no indica de ningún modo que se trate de viajeros en viaje a Jerusalén. Otros ponen nuestro versículo en estrecha relación con el precedente y hallan indicado en él el tema de la conversación de Jesús con sus discípulos. "Jesús estaba allí, sentado con sus discípulos. "Ahora bien: como "la pascua estaba cerca", serios pensamientos del porvenir llenaban su alma, pues, en la pascua siguiente, debía morir. Por último, otros intérpretes, entre ellos Godet, ven en esta observación de Juan una especie de introducción al relato de la multiplicación de los panes: el evangelista quiere indicar que Jesús va, a su modo, a celebrar la pascua con sus discípulos y con esas multitudes que alimentará con un pan milagroso, y a quienes se presentará como el pan de la vida. Si se compara esta suposición con las palabras profundas de Jesús sobre la necesidad de comer su carne y beber su sangre (v. 51 y sig.), se ve que Jesús celebró con los que creyeron en él una fiesta que no solamente agotaba la idea de la pascua judía, sino que expresaba anticipadamente la de la pascua cristiana. Estas dos últimas explicaciones del v. 4 no se excluyen una a otra; al contrario, se complementan mutuamente.

6. En el original y según el texto de la mayor parte de las *mayúsc.,* este verbo: *compraremos,* no está en futuro, mas tiene una forma deliberativa que significa: ¿De dónde hemos de comprar? Era el modo de provocar la reflexión en el espíritu del discípulo. Según Juan, Jesús es quien toma la iniciativa, mientras que, en el relato de los sinópticos, los discípulos son quienes primero tienen el pensamiento de socorrer a la multitud. (Mat. 14:15; Mar. 6:35).

7. Jesús, pues, no dirige esta pre-

Panes por doscientos denarios no les bastan para que cada uno
8 reciba un poco [8]. Dícele uno de sus discípulos, Andrés, el hermano
9 de Simón Pedro: Hay un muchacho aquí que tiene cinco panes de
10 cebada y dos peces; pero esto, ¿qué es para tantos [9]? Dijo Jesús:
Haced reclinar los hombres. Y había mucha hierba en el lugar.
Se reclinaron pues los varones, en número como de cinco mil [10].

gunta a su discípulo para enterarse él mismo; el milagro estaba ya resuelto en su pensamiento, y sabía que tenía el poder de realizarlo. Pero quería *probar* a ese discípulo, es decir, llevarle a reflexionar, y ver si, en una situación en que ningún auxilio humano se le ofrecía, sabría poner su confianza en la sabiduría y en el poder de su Maestro. Se ha preguntado por qué hace Jesús soportar esta prueba a Felipe. El texto no lo dice. Pero, si se considera que otro incidente relativo a este discípulo (14:8, 9) nos muestra en él un espíritu inclinado a apegarse al sentido literal y material de las palabras (Comp. v. 7), se comprende que Jesús, como verdadero educador, procure elevar sus pensamientos por encima de lo que se ve y calcula.

8. La respuesta de Felipe confirma lo que acabamos de decir. No viendo sino la multitud a alimentar, se apresura a hacer un cálculo e infiere que *doscientos denarios de pan* (el denario, en aquella época, valía aproximadamente un franco) no bastarían para que cada uno tuviera *un poco*. ¡No queda pues ningún recurso! En efecto, la pobre bolsa que servía a la manutención de Jesús y de sus discípulos jamás, probablemente, había contenido tal fortuna. Marcos (6:37) es el único de los sinópticos que ha conservado también ese cálculo de los discípulos.

9. Así pues, Andrés se ha informado de los víveres que podían hallarse a mano, ¡y todo se reducía a *cinco panes y dos peces!* Es exactamente la provisión indicada en los relatos de los sinópticos (véase las notas), con la única diferencia de que Juan nos hace saber que esos panes eran hechos de harina *de cebada*, que empleaba ordinariamente la gente pobre. Las búsquedas de Andrés habían sido tan precisas que, según el texto recibido, se expresa así: Hay aquí *un solo* muchacho. (La palabra en bastardilla es conservada por Lachmann, Meyer, Godet, aunque falta en *Sin.*, *B*, *D*, y la mayor parte de los críticos del texto la cercenan). Llega ese discípulo pues, como Felipe, a la misma conclusión desalentadora: *¿Qué es esto para tantos?* El evangelista ha querido evidentemente, entrando en estos detalles, hacer resaltar el contraste que hay entre el aprieto de los discípulos y la potencia que el Salvador va a desplegar.

10. Jesús, que va a mostrarse como el amo de la naturaleza, ordena también como amo a sus discípulos y a esa multitud. Marcos (6:40), nos ha descripto el orden perfecto con que todos se sentaron. Si Juan no nos habla más que de los *varones*, es porque, *cada uno de ellos*, como jefe de familia, debía recibir su parte de alimento para sí mismo y para los suyos. Las mujeres y los niños no fueron pues olvidados. (Mat. 14:21). Nuestro evangelista hace observar por último que había allí *mucha hierba*, una alfombra de césped esmaltado de flores, pues estaban en primavera, en abril (v. 4); de modo que todo contribuía a dar a esa escena, bajo el cielo de oriente, un carácter de hermosura y



11 Tomó pues los panes Jesús y habiendo dado gracias distribuyó
a los que estaban recostados; semejantemente también de los
12 peces cuanto quisieron [11]. Y como fueron hartos, dice a sus discí-
pulos: Allegad los pedazos que han sobrado para que nada se
13 pierda. Allegaron pues, e hinchieron doce cestas de pedazos de
los cinco panes de cebada que habían sobrado a los que habían
14 comido [12]. Los hombres pues, viendo la señal que había hecho
decían: Éste es verdaderamente el profeta que viene al mundo [13].
15 Jesús pues, habiendo conocido que habían de venir y arrebatarle
para hacerle rey, se retiró otra vez al monte, él solo [14].
16 Y como llegó la tarde bajaron sus discípulos al mar; y ha-
biendo entrado en un barco fueron al otro lado del mar hacia
17 Capernaúm; y había llegado ya la obscuridad y aún no había

de alegría. En el momento de tomar los panes, el Salvador eleva su mirada al cielo y pronuncia, al mismo tiempo, *la acción de gracias* por lo que Dios había dado y la *bendición* que iba a procurar la abundancia. (Mat. 14:19; Mar. 6:41; Luc. 9:16).

11. El texto recibido dice: "Los distribuyó *a los discípulos y los discípulos* a los que estaban sentados". Las palabras en bastardilla faltan en *Sin.*, *B*, *A*, *vers.*, y son tomadas de los sinópticos; pero es evidente que de ese modo se hizo la distribución. Las palabras: *cuanto quisieron* y *fueron saciados*, muestra cuál fué la abundancia de la comida. (Comp. v. 7 y 9).

12. Véase Mat. 14:20, nota, y sobre este milagro en general, v. 21, nota.

13. Es decir, el Mesías, según Deut. 18:15 y otras profecías.

14. En cuanto el pueblo está convencido de que Jesús es el Mesías, quiere, lleno de entusiasmo, proclamarle *Rey*. Pero ¡cuán falsas eran las ideas de la multitud sobre esa dignidad real! No tenía ella ningún deseo de la verdadera libertad, de la liberación interior del pecado, que habría podido ser el medio de su liberación de la tiranía política y social en que gemía. La contradicción entre la opinión reinante y los pensamientos del Salvador, sobre los medios de la liberación y la naturaleza de su reinado, debía acentuarse cada vez más y llevar finalmente al pueblo a rechazar su Mesías. De modo que como observa muy justamente Luthardt, "este falso entusiasmo de que Jesús fué aquí objeto, fué para él la señal de su rechazo y de su muerte." En este punto de vista hay que colocarse para comprender las palabras profundas que Jesús pronuncia en el discurso que va a seguir. (v. 26 y sig.) Se revela allí como la fuente de la vida espiritual, pero de una vida que no podrá comunicar al mundo sino por medio de su muerte. ¡Por esa muerte fundará una realeza de que el pueblo no tiene idea alguna! He aquí por qué se sustrae Jesús a esas ovaciones y se *retira nuevamente* (alusión al v. 3, que indica que Jesús había descendido de la montaña adonde había subido) *él solo, a la montaña*. En el seno de esa soledad volverá a empapar su alma en la comunión de Dios; pues sabe que en ese momento ha alcanzado la cumbre del favor popular y que en adelante no hará más que descender, hasta la cruz.

18 ido a ellos Jesús[15]; y el mar, soplando grande viento, se agitaba.
19 Habiendo pues remado como veinticinco estadios o treinta, ven
a Jesús andando sobre el mar y llegando cerca del barco, y
20 temieron[16]. Mas él les dice: Yo soy, no temáis[17]. Querían pues
recibirle en el barco, y luego llegó el barco a la tierra a que
iban[18].

15. Los discípulos *descendieron* hacia el mar: esta expresión no obliga a admitir que la multiplicación se verificó en la montaña (v. 3), sino sobre alguna meseta entre ésta y el lago (véase la nota precedente). Según los sinópticos, Jesús mismo había dado a sus discípulos la orden de volver a embarcarse y a pasar el lago. A tal punto les repugnaba hacerlo, que leemos en Mat. 14:22 y Mar. 6:45 que Jesús los *constriñó* a partir. El relato de Juan nos explica de dónde provenía esa repugnancia y lo que obligó a Jesús a emplear su autoridad: se trataba de sustraerlos al arrastre del falso entusiasmo que acababa de manifestarse. El texto recibido dice: *el* barco; el artículo, que es suprimido por la mayor parte de los editores, siguiendo a *Sin.*, *B*, es considerado como auténtico por Weiss. Este intérprete piensa que los discípulos esperaron para ejecutar la orden de Jesús, que *hubiera llegado la tarde; que estaba ya obscuro y Jesús no se había reunido aún con ellos*, cuando se decidieron por fin a embarcarse. Weiss toma la última proposición, *y era ya obscuro y Jesús aún no había ido hacia ellos* (gr. verbos en pluscuamperfecto), como un paréntesis que se refiere al momento en que los discípulos dejaron la ribera. Esta explicación es inadmisible, porque el texto griego tiene una conjunción que une estrechamente las palabras: *y el mar estaba agitado* a las que preceden; esta última observación nos transporta naturalmente al momento en que los discípulos están ya empeñados en la navegación. Es lo que resulta también de la var. de *Sin., D: y la obscuridad los sorprendió.* Admitimos pues con Godet que la obscuridad vino mientras *pasaban;* y para explicar la observación. *Jesús aún no se había reunido con ellos,* suponemos que Jesús les había dado cita sobre algún punto de la costa de Bet saida a Capernaúm, siendo ésta casi paralela a la dirección que debían seguir en su navegación.

16. Véase sobre este relato: Mat. 14:24 y sig. y Mar. 6:47 y sig. La tempestad que sorprendió a los discípulos debió singularmente aumentar su pesar por haberse separado de su Maestro. Lucharon contra el viento y las olas una grande parte de la noche (Mat. 14:24), sin haber recorrido más de *veinticinco a treinta estadios;* es decir que estaban aproximadamente en medio del lago (Mat. 14:24), que tenía cuarenta de anchura 7,399 kilómetros). Este detalle preciso descubre al testigo ocular. De repente los discípulos *ven* (gr. *contemplan*) *a Jesús andando sobre el mar y acercándose a su barco.* No reconociendo al principio a su Maestro, a quien toman por un fantasma (Mat. 14:26), *tuvieron miedo.*

17. Jesús se hace reconocer por su voz y por estas tiernas palabras que los cuatro evangelistas han consignado en sus relatos; tanta impresión había hecho sobre los testigos de la escena.

18. Hemos vertido literalmente este versículo; ¿pero qué significa? Tres



B. 22-59. Discurso de Jesús sobre el pan de vida y sobre su carne y su sangre. Introducción histórica: *La multitud se reúne con Jesús.* Después de haber pensado primeramente que Jesús había quedado en la ribera oriental, la multitud, no viéndole aparecer, aprovecha de los barcos llegados de Tiberias para cruzar de nuevo el lago. Encuentra a Jesús en Capernaúm, y le pregunta cuándo ha llegado (22-25). — Primera parte: El pan de vida. — 1º *La fe, condición para tener la vida:* a) *El alimento que perece y el que subsiste.* Jesús reprocha a sus oyentes el buscarle por motivos carnales y les exhorta a adquirir con su trabajo el alimento imperecedero, que les dará él, que es designado para ello por el Padre (26, 27). b) *La obra de Dios: creer en Jesús para tener la vida.* Los oyentes piden a Jesús que les indique las obras que deben realizar para complacer a Dios. Jesús les responde que la única obra de Dios es creer en su enviado (28,29). c) *El verdadero pan del cielo, única señal propia para llevar a la fe.* Piden a Jesús que haga un milagro que funde la fe de ellos en él, y recuerdan en apoyo de su demanda, el maná que dió Moisés a sus padres. Jesús niega que el maná fuera el pan del cielo; el pan de Dios es el que desciende del cielo y da vida al mundo (30-33). — 2º *El don de Dios, condición para llegar a la fe en Jesús, el pan de vida:* a) *Los creyentes son dados por Dios a Jesús y guardados por Jesús para la vida eterna.* Jesús responde al pedido de sus oyentes: Danos siempre ese pan, declarándoles que él mismo es el pan de vida. Él calma toda hambre y apaga toda sed en cualquiera que crea en él. Ellos lo ven sin creer. Pero todo lo que el Padre le da irá a él y será acogido por él, pues él ha venido a realizar la voluntad de Dios, y

explicaciones diferentes se nos ofrecen. Meyer, Weiss y Holtzmann admiten que los discípulos *querían* recibir a Jesús en el barco, pero que Jesús no entró y todos *llegaron inmediatamente a la ribera* por un milagro. En este caso, Juan se pondría en contradicción con los sinópticos, según los cuales Jesús subió al barco. Una segunda opinión, sostenida por Luthardt y Godet, procura evitar esa contradicción suponiendo que Jesús fué recibido en el barco, pero que apenas había puesto en él su pie, abordó a tierra, igualmente por un milagro. Una tercera explicación propuesta por Teodoro de Beza, admitida por Tholuck, consiste en entender el verbo *querer* hacer una cosa, en el sentido de hacerla *de buena gana, con placer, con alegría.* Este significado de la palabra es perfectamente comprobado en los autores clásicos y en el nuevo testamento. (Luc. 20:46; Col. 2:18.) Se podría pues parafrasear como sigue nuestro versículo: "Le recibían pues con gozo (con un sentimiento enteramente diferente del *miedo* que antes habían sentido, como observa Tholuck) en el barco, y, habiéndose calmado el viento (Mat. 14:32; Mar. 6:51), llegaron pronto, sin más demora, a la otra orilla." Se objeta a esta interpretación el verbo en imperfecto: *querían;* pero se explica fácilmente por las demostraciones prolongadas de asombro, de admiración y de alegría que los discípulos hicieron a Jesús, adorándole y diciéndole: "Ciertamente, tú eres el Hijo de Dios." (Mar. 6:51; Mat. 14:33.) De este modo, Juan cuenta el mismo hecho que los sinópticos, aunque en términos diferentes; y, en el fondo ¿no es éste el relato más verosímil?

esta voluntad es que salve todos los que le son dados por el Padre, que cualquiera que ve al Hijo y cree en él tenga parte en la resurrección y en la vida eterna (34-40). b) *Los que creen en Jesús a pesar de su humilde origen humano, son atraídos por el Padre y enseñados de Dios.* A las murmuraciones provocadas en sus oyentes por esta declaración de que él es el pan descendido del cielo —él, conocido de todos por el hijo de José—, responde Jesús que nadie puede ir a él si no lo atrae el Padre; cita la promesa del profeta de que todos serán enseñados por Dios; esa enseñanza es interna, pues nadie ha visto a Dios; y no es concedida plenamente sino por el Hijo, único que ha visto a Dios (41-46). c) *Jesús es el pan de vida; lo es en su humildad misma y por el don de su vida.* El que cree en mí, dice Jesús, tiene la vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná y murieron. El que me come no muere. El pan que yo daré es mi carne, que yo daré para la vida del mundo (47-51). — Segunda parte: COMER LA CARNE Y BEBER LA SANGRE DEL HIJO DEL HOMBRE. — 1º *Unico medio de participar de la vida.* Una discusión estalla entre los judíos sobre la posibilidad de comer la carne de Jesús. Repite Jesús solemnemente su afirmación añadiendo a la primera condición, comer su carne, la de beber su sangre. El que llena ambas tiene vida eterna, Jesús le resucitará, pues su carne es verdadera comida, su sangre verdadera bebida (52-55). — 2º *La comunión con Jesús es la fuente de la vida eterna.* El que come su carne mora en él, y por eso mismo es unido al Padre, fuente de toda vida. Así está en una condición muy superior a la de los padres quienes, bien que comiendo el maná, murieron; el vivirá eternamente (56-58). — 3º *Nota histórica.* Jesús dijo estas cosas enseñando en Capernaúm (59).

22 El día siguiente, la multitud que estaba del otro lado del mar
vió que otra barquilla no había allí sino una, y que no había en-
trado con sus discípulos Jesús al barco sino que solos sus discí-
23 pulos habían partido; pero habían venido barquillas de Tiberias,
cerca del lugar donde, habiendo el Señor dado gracias, habían
24 comido el pan. Cuando vió pues la multitud que Jesús no estaba
allí ni sus discípulos, entraron ellos en las barquillas y fueron a
25 Capernaúm buscando a Jesús[19]. Y habiéndole hallado del otro
lado del mar dijéronle: Rabí, ¿cuándo has llegado aquí[20]?

19. Esta introducción histórica al discurso que sigue (v. 26-59) no presenta al principio al espíritu una idea clara de los hechos. Para comprenderla, hay que trasladarse en pensamiento a los lugares mismos donde Jesús había multiplicado los panes y a la tarde de ese mismo día. *La multitud* que había quedado allí *vió que no había habido allí otro barco que* aquél en el cual habían entrado *los discípulos solos, y que Jesús no había entrado en él.* Infirieron esas gentes que debía haber quedado, como ellos, del lado oriental del lago. Pero el *día siguiente*, no hallando allí ni a Jesús ni a sus discípulos, que no habían vuelto a buscarle, aprovecharon de algunos *barcos* que, en el intervalo, *habían venido de Tiberias* (v. 1, 2ª nota) y atravesaron el lago para trasladarse a Capernaúm y buscar



26 Respondióles Jesús y dijo: En verdad, en verdad os digo: Me
buscáis, no porque visteis señales, sino porque comisteis de los
27 panes y os hartasteis[21]. Trabajad, no por la comida que perece,
sino por la comida que permanece para vida eterna, la que el
hijo del hombre os dará[22]; a éste, en efecto, certificó con su sello

allí a Jesús. Es evidente que no se trata ya de los cinco mil hombres de la víspera sino de cierto número de entre ellos, que habían pasado la noche en el lugar, mientras que la mayor parte de los demás se habían ido rodeando a pie la extremidad del lago. Los manuscritos presentan numerosas variantes en este pasaje. No mencionaremos más que las dos más importantes: en el v. 22, en lugar de *vió*, el texto recibido dice: *habiendo visto* (algunas *mayúsc.*, y la sir. de Cureton); en el mismo versículo, después de: *otro barco que uno sólo, Sin., D, mayúsc.*, dicen: *aquel en el cual habían entrado sus discípulos.* Esta frase falta en *B,A*, la *Itala*. La mayor parte de los críticos la cercenan, como una glosa.

20. Esas gentes, hallando a Jesús *del otro lado del mar*, le preguntan, con ingenuo asombro: *¿Cuándo* has llegado aquí? Sospechan en ese hecho, que les es inexplicable, un nuevo milagro. Estaban en efecto más ávidos de milagros que de la verdad que habrían podido recibir por la palabra de Jesús. De ahí su respuesta (v. 26), y el discurso que sigue, tan eminentemente apropiado para derramar la luz en esas almas.

21. La pregunta del v. 25 era inspirada por vana curiosidad: querían saber cómo había pasado Jesús el mar. Jesús no considera oportuno responder; pero, según su costumbre en casos semejantes, hace un llamado a la conciencia de sus oyentes, dirigiéndoles un reproche. Le buscan, *no porque vieron milagros* (gr. *señales*). Cada milagro del Salvador era *señal* visible de cosas invisibles, es decir de la presencia, de la potencia y de la misericordia de Dios. Pero, en lugar de considerar el milagro como una *señal* y elevarse a los bienes eternos representados por esa señal, los judíos se detenían en los efectos materiales del milagro. Así, no habían visto en la multiplicación de los panes más que el alimento con que se habían *hartado*. Para combatir esa tendencia carnal Jesús, en el discurso que sigue, expone con tanta elevación como profundidad el significado simbólico y espiritual del milagro que acababa de realizar. Jesús, después de haber llegado a Capernaúm, parece haber entrado en la sinagoga, donde sus oyentes de la víspera le habían hallado; según la nota del v. 59, allí pronuncia su discurso y responde a las objeciones de sus oyentes. Esta circunstancia aumenta la solemnidad de las enseñanzas que presenta. Según otros, la indicación del v. 59 no se aplicaría sino a la última parte de la conversación. Ésta habría empezado en otra parte. Es sin embargo difícil encontrar el momento en que habría podido tener lugar ese cambio de escena. La observación del evangelista parece extenderse a todo el discurso de Jesús. Es por otra parte natural que la multitud haya hallado a Jesús en la sinagoga, que era el lugar habitual de reunión.

22. Al *alimento que perece* y con el cual se contentaban sus oyentes, opone Jesús el alimento que se torna en la vida del alma en cuanto ésta lo recibe, y que *subsiste para vida eter-*

28 el Padre, Dios[23]. Dijéronle pues: ¿Qué haremos para obrar las
29 obras de Dios[24]? Respondió Jesús y díjoles: Esta es la obra de
30 Dios, que creáis en el que aquél envió[25]. Dijéronle pues: ¿Qué
señal pues haces tú, para que veamos y te creamos?, qué obras[26]?

*na*, es decir que produce la vida eterna y prolonga sus efectos hasta el pleno florecimiento de la vida en la eternidad (4:14). Jesús va a decir del modo más claro lo que entiende por ese *alimento* (v. 33-35). Se contenta con agregar aquí: *el hijo del hombre os lo dará* (*Sin.*, *D' Itala* tienen: *os da;* el futuro es preferible). Él mismo era, como hijo del hombre (véase sobre este término Mat. 8:20, nota), la manifestación de la vida divina en nuestra humanidad, y él solo podía *darla.* Pero, para obtenerla, es necesario *trabajar* (gr. *obrar, adquirir por el trabajo*), es decir hacerse apto para recibirla renunciando, por un esfuerzo serio de la voluntad, a los errores y a los prejuicios del hombre natural, para ir a Aquel solo que da la vida.

23. Gr. *le ha sellado,* es decir solemnemente *aprobado,* acreditado como enviado suyo por los milagros que le permite realizar y especialmente por el que acaban de presenciar (Comp. 3:33; 5:36, 37; 10:36, notas). Al nombre de su *Padre,* Jesús *añade* aquí el de *Dios,* para indicar que tiene su investidura del que posee la autoridad suprema.

24. Gr. para *obrar* las obras de Dios (el mismo término que en el v. 27). Han comprendido que Jesús exigía de ellos un esfuerzo moral; preguntan qué *obras* serán agradables a Dios, conformes a su voluntad. Empleando esa palabra en plural, piensan en ciertos actos exteriores cuya recompensa sería "el alimento que subsiste en vida eterna" (Comp. Mat. 19:16; Luc. 10:25). Desde este punto de vista la respuesta de Jesús es tanto más notable.

25. A *obras* Jesús opone *la obra,* la única que Dios pide. Y esta obra consiste en *creer* en Jesucristo a quien *él envió.* Esta fe, acto moral de la conciencia y del corazón, es ya, en sí misma, el principio de la vida divina, porque pone al alma en comunión con Dios por Cristo. Es así la fuente de todas *las obras* de obediencia, de gratitud y de amor; es la raíz del árbol que, de por sí, llevará buenos frutos. Estas palabras: *la obra de Dios,* no significan, como lo pensaba Agustín, la obra que Dios obra en nosotros, idea verdadera en sí misma, pero que no resulta de este texto.

26. ¡Pregunta extraña, después de lo que había ocurrido la víspera! Se ha supuesto que estas palabras eran pronunciadas por personas que no habían asistido a la multiplicación de los panes. Se ha sacado de ellas consecuencias contra la verdad histórica de todo este relato. Se ha emitido la suposición de que esta parte de la conversación no era referida en su verdadero sitio. Sin embargo no es tan difícil comprender estas exigencias de parte de galileos ignorantes y ávidos de prodigios. En efecto: 1º han comprendido muy bien que Jesús, presentándose a ellos como *el que Dios envió* (v. 29), decía ser el Mesías. Ahora bien: ellos le preguntan: ¿Cómo lo pruebas? ¿Qué *señal* nos das de ello? Pues queremos *ver* con nuestros ojos para *creerte.* El milagro de la víspera les parecía insuficiente para probar que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios; tanto más



31 Nuestros padres comieron el maná en el desierto, conforme escri-
32 to está: Pan del cielo dióles a comer[27]. Díjoles pues Jesús: En
verdad, en verdad os digo: No Moisés os ha dado el pan del cielo,
33 sino que mi Padre os da el pan del cielo, el verdadero; en efecto,
el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo[28].
34 Dijéronle pues: Señor, siempre danos este pan[29]. Díjoles Jesús:
35 Yo soy el pan de la vida: el que viene a mí de cierto no tendrá

cuanto que la negativa de Jesús de prestarse a la manifestación que habían proyectado (v. 15) los había disgustado y había atenuado la impresión producida primeramente por el milagro (v. 14). 2º Jesús mismo les ha hablado de los panes multiplicados como de un alimento que perece, y los ha exhortado a *obrar,* a adquirir por su trabajo, un alimento por completo diferente, que produce la vida eterna. Ahora bien: le piden que les dé el ejemplo y, para ello, le remiten, no sin malicia, su propia palabra: *¿Qué obras tú?* (traducción literal en lugar de: ¿qué obra haces?). 3º Jesús, designándose como el Mesías, se ponía muy por encima de Moisés; ahora bien: ¿qué era el pan que les había dado la víspera, comparado al maná del desierto, que durante cuarenta años había alimentado todo un pueblo? (v. 31, nota).

27. Esta cita es sacada del Sal. 78: 24 (Comp. Ex. 16:4, 14-15). El *pan del cielo* debe entenderse en el mismo sentido que se da a esta expresión: la lluvia del cielo. Se lee, en efecto, en el salmo citado (traducción griega): "Y les hizo llover el maná para comer, y dioles pan del cielo". (El hebreo dice: *trigo* del cielo). Los judíos miraban el milagro del maná como el mayor de su historia, y esperaban que el Mesías haría más aún que lo que había tenido lugar bajo el ministerio de Moisés, tipo del Mesías. Se cita este adagio de los rabinos: "El primer Libertador hizo descender para ellos el maná; así también el último Libertador hará descender el maná".

28. Jesús no niega el gran milagro citado por sus interlocutores; pero, aun cuando el maná era símbolo de un alimento espiritual (1 Cor. 10:3, nota) estaba destinado a nutrir el cuerpo, y la mayor parte de los que de él comieron no vieron en él sino un pan material. Jesús opone pues a ese alimento el *pan venido del cielo,* el que *su Padre* solo *da* y que es *el verdadero.* Él os lo *da* actualmente, dice, por la presencia del que os habla. El origen y la naturaleza de ese pan son enteramente celestiales, pues es *de Dios y desciende del cielo;* y su eficacia es inmensa, pues *da la vida al mundo.* Esta última expresión proclama la universalidad de la salvación (Comp. 3:16). La construcción que hemos adoptado para el v. 33 nos parece más sencilla que la propuesta por Luthardt, Weiss y otros: "Pues el pan que desciende del cielo y que dará la vida al mundo, ése es el pan de Dios".

29. No hay que ver en estas palabras una ironía, como Calvino; el título de *Señor,* dado a Jesús, muestra que esos hombres hablan seriamente. Algunos de entre ellos podían hasta tener el presentimiento de que Jesús les hablaba de un alimento y de una vida superiores (4:15); pero la mayor parte toman todavía sus palabras en sentido material, y lo que piden es un alimento maravilloso, capaz de satisfacer sus concupiscencias carnales (v. 28). Su incredulidad (v. 36)

hambre, y el que cree en mí, de cierto no tendrá sed jamás[30].
36 Pero os he dicho que me habéis visto y que no creéis[31]. Todo
37 lo que me da el Padre a mí vendrá[32], y al que viene a mí, de
38 cierto no echaré fuera[33], porque he bajado del cielo no para

consiste en rehusarse a ver a Jesús mismo el alimento y la vida de que les hablaba. De ahí la respuesta tan positiva y tan clara que va a hacerles.

30. Jesús opone una declaración categórica a todas las ideas falsas de sus interlocutores: *Yo soy* (Comp. 11: 25). El *pan de la vida* es el que imparte la vida (v. 33). Jesús es ese pan de vida, porque en Él la vida se ha manifestado (1 Juan 1:2). Pero para hallarlo en Jesús es necesario *ir a él y creer en él*, dos términos sinónimos que caracterizan la conducta del que halla en Jesús su Salvador. El primero designa el asentimiento de la voluntad, quizá también el arrepentimiento (Luc. 15:18), que son las condiciones preliminares de la fe. Esta fe fijada en Jesús es lo único que pone al hombre en condición de no tener *jamás* más *hambre* ni *jamás* más *sed*, es decir de sentir todas las necesidades de su alma plenamente satisfechas (4:13, 14; Isa. 49:10).

31. Esos hombres habían pedido *ver* para *creer* (v. 30). Y ahora le *han visto*, a Él y a sus obras, y han oído las palabras divinas que salen de su boca, ¡y *no creen!* Jesús debió pronunciar estas palabras con una profunda tristeza; pero sabía dónde estaba su consuelo (v. 37). ¿A qué mensaje alude Jesús cuando dice: *Os lo he dicho?* Varios intérpretes piensan que se trata del discurso del capítulo precedente (v. 37-44), que contiene, en efecto, el mismo reproche de no creer; pero, como aquel discurso había sido pronunciado en Judea y ante otro auditorio, es más probable que Jesús aluda a las palabras del v. 26 de nuestro capítulo, donde, al descubrir a sus oyentes el sentido carnal de los mismos, les había indicado a la vez la causa de su incredulidad.

32. Jesús pasa, sin transición, a este nuevo pensamiento, que es una magnífica revelación de la gracia divina (v. 37-40). Es fácil captar su conexión con el v. 36: Vosotros no creéis, pero otros creerán; vuestra incredulidad no anulará los designios de la misericordia de Dios. Sólo que, para que el hombre crea en verdad, es necesario que Dios realice en él la obra de su gracia, o, según la expresión del texto, que *lo dé* al Salvador; en otros términos, que "le atraiga a Él" (v. 44). Es lo que Jesús llama también (v. 65) un don de su Padre. Sin duda, el hombre puede resistir a esta acción divina, pero un alma sincera, humilde, arrepentida, sedienta de justicia y de paz, acaba siempre por ser atraída. No es pues necesario ver en este texto, con Calvino y otros, la doctrina de una predestinación divina; pero es cierto que la relación de la soberana gracia de Dios con la libertad del hombre constituye un misterio que no nos será revelado sino en la pura luz. El neutro: *todo lo que* el Padre me da, podría traducirse por: *todos los que* (v. 39; 16:2); pero este término es escogido para indicar la totalidad de los que serán salvados y hallarán su dichosa unidad en su comunión con el Salvador (17:21). El verbo *vendrá* a mí (gr. *llegará*) significa: llegará a la meta, alcanzará definitivamente la salvación en Cristo.

33. Jesús, después de haber empleado un término colectivo, individualiza



39 hacer la voluntad mía, sino la voluntad del que me envió. Y ésta
es la voluntad del que me envió: que todo lo que me ha dado,
40 no pierda de ello, sino que lo resucite en el último día[34]. Ésta es,
en efecto, la voluntad de mi Padre: que todo el que mira al Hijo
y cree en él tenga vida eterna, y le resucitaré yo en el último día[35].
41 Murmuraban pues los judíos sobre él porque había dicho:
42 Yo soy el pan que bajó del cielo; y decían: ¿No es éste Jesús, el
hijo de José, de quien nosotros conocemos el padre y la madre?,

su pensamiento: *el* que viene a mí; pues cada alma personalmente debe entrar en comunión con él (Mat. 11: 28). Promesa llena de gracia y de amor: *no le echaré fuera.* No será excluído ni de su comunión ni de su reino. Hay también en griego una doble negación que significa: *no, ciertamente.* Esta frase negativa encierra un sentido muy positivo: Yo le recibiré con gozo.

34. Estos v. 38-40 confirman (*porque*) el v. 37: Es imposible que Jesús rechace a los que van a Él, puesto que ha *descendido del cielo para hacer* en todas las cosas *la voluntad del que le envió; y la voluntad del* (el texto recibido dice *del Padre*) *que le envió*, esa voluntad llena de misericordia y de amor, consiste en que el Hijo *no deje perderse* ninguno de los que le son dados, sino que los salve, impartiéndoles una vida imperecedera que tendrá su pleno florecimiento *por la resurrección del postrero día.* Entonces la salvación estará completa: "Es el límite, más allá del cual no hay ya peligro". *Bengel.* Esta solemne declaración cuatro veces repetida en este discurso (v. 40, 44, 54), corona la enseñanza del Salvador sobre su oficio de vivificador y la acción que ejerce como *pan de vida.* Igualmente en el capítulo anterior las palabras de los v. 29-30 completaban la descripción de la obra de resurrección que debe obrar en el seno de la humanidad. Hay pues un paralelismo notable, al mismo tiempo que un progreso constante, en las enseñanzas de Jesús que nos da nuestro evangelio. "En su conversación con la samaritana, Jesús se había contentado con presentarse a ella como el agua viva que refresca y restaura el alma; aquí, indica que quiere ser más aún: El que renueva y glorifica al hombre entero, el cuerpo tanto como el alma. El Salvador desarrolla así el pensamiento sublime de que él es la vida del mundo, y muestra en la glorificación del cuerpo el coronamiento de su obra de vivificación". *Olshausen.* Tal es también la enseñanza apostólica (1 Cor. 15; 1 Tes. 5:23).

35. Este versículo confirma el pensamiento del precedente e indica el medio de su realización. *Contemplar al Hijo* no es solamente verle (v. 36); contemplarle con los ojos del alma, con confianza, con amor, es ya *creer en él*, y es también tomar de él *la vida eterna.* Y Jesús declara nuevamente aquí que esta vida se desarrollará hasta que el hombre entero sea llevado a su destino por la *resurrección del último día.* El texto recibido repite aquí, como en los v. 38 y 39: *la voluntad del que me envió.* Jesús dice, según el texto de *Sin., B.C,D:* la voluntad *de mi Padre*, porque se presenta como *el Hijo* que es para nosotros la plena revelación de su Padre.

43 ¿cómo dice ahora: Del cielo he bajado [36]? Respondió Jesús y
44 díjoles: No murmuréis unos con otros [37]. Nadie puede venir a
mí si el Padre que me envió no lo atrajere, y yo le resucitaré en
45 el último día [38]. Está escrito en los profetas: Y serán todos ense-

36. *Los judíos*, así es como designa Juan ordinariamente los jefes del pueblo (1:19, nota); ¿quiere decir que había entonces emisarios del sanedrín (Mat. 15:1), en la sinagoga de Capernaúm donde Jesús hablaba? (v. 59). Es más natural admitir que el evangelista nombra así a aquellos galileos que manifestaban por sus *murmuraciones* su oposición contra Jesús. Lo que les escandalizaba era que el Salvador se hubiera presentado a ellos como el *pan descendido del cielo* (v. 33). En su ignorancia, veían una contradicción entre esa declaración y el conocimiento que tenían de la familia de Jesús según la carne (Mat. 13:55-57, nota; Mar. 6:3; Luc. 4:22).

37. *Murmuraban* pues *entre ellos*, sin expresar abiertamente su oposición a las palabras que acababan de oir.

38. Jesús no responde a la objeción de sus oyentes (v. 42) revelándoles el misterio de su nacimiento sobrenatural, "pues el origen milagroso de Jesús, como con precisión dice Godet, no puede ser aceptado sino por el corazón ya creyente". Por otra parte "esos escrúpulos no son la causa de su incredulidad; es su incredulidad lo que da nacimiento a esos escrúpulos; por tanto Jesús no se ocupa en levantarlos". *Weiss*. Se contenta con insistir en la necesidad de una obra de la gracia divina que debe realizarse en todo hombre que quiere *ir a él* y creer en él. *Nadie* llega de otro modo. Ahora bien: él caracteriza aquí esa obra que acaba de designar con estas palabras: "Todo lo que el Padre me da vendrá a mí" (v. 37), como una *atracción* del Padre hacia el Salvador. Dios le da las almas *atrayéndolas* hacia él. Este término característico se encuentra en Jer. 31:3, versión de los Setenta. Dios tiene, en su potente mano, mil medios de ejercer esta acción de su misericordia sobre las almas. Ora son las dolorosas experiencias de la vida, el padecimiento, el pensamiento de la muerte, que les hace sentir con tristeza la necesidad de un consolador, de un Salvador; ora es el sentimiento amargo del pecado que se despierta en ellas y les inspira este grito de angustia: ¿qué haré para ser salvado? Y en cuanto Jesús se presenta, le reconocen como Aquel por quien suspiraban. Pero el gran medio de Dios para atraer los hombres al Salvador, es su palabra y su espíritu, que obra incesantemente en nuestra humanidad y aprovecha los momentos favorables para realizar su obra. Dejemos en las escuelas donde ha nacido la ociosa cuestión de saber si esa atracción de la gracia es irresistible o no. La experiencia sola, esa grande conciliadora de los contrastes, puede instruirnos a este respecto; ella enseña a los humildes a decir con un reformador: "Queremos, porque nos es dado querer", y con Pablo: "Dios es quien obra en vosotros la voluntad y la ejecución según su buena voluntad", lo que no le impide agregar, a pesar de la aparente contradicción: "Obrad vuestra propia salvación con temor y temblor" (Fil. 2:12 y 13). Sea lo que fuere, en cuanto un pobre pecador ha sido así atraído a Jesús, el Salvador se encarga de acabar en él la obra divina hasta



ñados por Dios. Todo el que ha oído del Padre y aprendido viene
46 a mí [39]. No que haya alguien visto al Padre, sino el que viene de
47 Dios; éste ha visto al Padre [40]. En verdad, en verdad os digo:
48 El que cree en mí tiene vida eterna [41]. Yo soy el pan de la
49 vida [42]. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y mu-
50 rieron; éste es el pan que baja del cielo, para que alguien de él
51 coma y no muera [43]. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo;

el fin: *Y yo le resucitaré en el día postrero.*

39. Estas palabras explican cómo atrae el Padre las almas al Hijo: lo hace iluminándolas interiormente por su palabra y por su Espíritu. La cita es tomada de Isaías 54:13, donde la versión griega de los Setenta, conforme al hebreo, dice: "Y todos tus hijos serán enseñados de Dios, y tus hijos serán en grande paz". Estas palabras no se hallan literalmente más que en el citado pasaje de Isaías; si Jesús pues dice: *en los profetas*, entiende con ello la colección de los libros proféticos, como se diría en los salmos citando una sentencia de un salmo; o bien, por ese plural, alude Jesús a las numerosas promesas igualmente contenidas en otros profetas y relativas al conocimiento de Dios que será generalmente extendido en los tiempos evangélicos (Isa. 11:9; Jer. 31:33; Joel 2:27). Basándose en esas promesas, Jesús afirma con alegre certidumbre que *todo el que así ha oído al Padre* y *ha sido instruído, viene a él* y halla en él su Salvador. Los manuscritos varían entre *ha oído* (texto recibido, con *Sin., B,A,C*) y *oye* (presente). La idea es la misma, excepto en que el presente indicaría una atención continua a esa enseñanza divina. El texto recibido dice: *Todo* el que, *pues*. Esta partícula falta en *Sin., B,C,D.*

40. Este versículo contiene una restricción. Jesús quiere prevenir una mala interpretación respecto de las palabras precedentes, y completarlas: *oir* a Dios y *ser instruído* de él no supone, como se podría pensar, un contacto inmediato, tal como la *vista* puede establecerlo. La enseñanza que los hombres han recibido de Dios no es sino preparatoria, destinada a llevarles al Hijo, el único que *ha visto al Padre* toda la eternidad (Mat. 11:27; Juan 1:18; 3:13), pues *viene de Dios*. En él pues, que es la imagen de Dios, el esplendor de su gloria, los creyentes *ven a Dios* (1:14; 14:9). Así responde Jesús al mismo tiempo a la objeción del v. 41.

41. Las palabras *en mí* faltan en *Sin., B.* La mayor parte de los editores modernos las omiten como provenientes del v. 35. Se puede sin embargo invocar en favor de su autenticidad el hecho de que, en el contexto, la persona de Jesús es puesta en relieve.

42. Después de esta instrucción profunda, provocada por las murmuraciones de los judíos (v. 43-46), Jesús vuelve a su enseñanza sobre la *vida eterna* que él imparte a los creyentes entregándose él mismo a ellos como el *pan de la vida* (32-40).

43. Jesús devuelve a los judíos su objeción (v. 31): El *maná* que alimentó a sus padres *en el desierto* no les impidió morir. Pero hay otro pan, que liberta de la muerte, es el que ha *descendido del cielo* y comunica la vida eterna. Gr. *a fin de que alguien coma de él, y no muera.* No se puede entender *morir* en el sentido de la perdición. La antítesis con la muerte

si alguien comiere de este pan, vivirá por la eternidad [44]; y el pan también que yo daré la carne mía es, que yo daré por la vida del mundo [45].

de los israelitas en el desierto impone aplicar este término a la muerte física. Ésta no es más realmente una muerte para el que la sufre en la comunión del Salvador (8:51; 11:25, 26).

44. Jesús resume todo lo que acaba de decir afirmando que él mismo es ese *pan vivo* y por consiguiente vivificante, puesto que hace *vivir eternamente* a los que se lo apropian por la fe y por una comunión viviente con él. Meyer hace notar esta triple gradación en las ideas: 1º el *pan de la vida* (v. 48), y el *pan vivo*, el que es la vida divina realizada en una persona humana (v. 51); 2º que *desciende* del cielo en general (v. 50), y que *ha descendido* del cielo, en un sentido histórico y concreto, en la persona de Cristo (v. 51); 3º la expresión negativa: *no muera* (v. 50), y la grande afirmación positiva: *vivirá eternamente* (v. 51).

45. Con estas palabras, presenta Jesús su pensamiento bajo un aspecto nuevo y pasa a la última parte de su discurso. En la precedente, ha hablado varias veces del pan de vida, de un pan descendido del cielo y que imparte la vida eterna a los que de él comen (v. 32, 33, 50, 51); ha declarado que ese pan vivificante es él mismo (v. 35, 48, 51), y que el medio de vivir de él es creer en él (v. 47). Ahora emplea un término enteramente diferente: ese pan es *su carne*, que *él dará para la vida del mundo.* Hay que observar este verbo en futuro, indicando un acto venidero, mientras que hasta aquí ha hablado constantemente en presente. Ahora bien, ¿qué acto es éste? *Dar* su *carne* y su *sangre* (v. 53 y sig.) no puede designar otra cosa que su *muerte*, y una muerte violenta, en la cual su sangre será derramada. En efecto, la *carne* y la *sangre*, es la naturaleza humana viviente; *darlas* es entregarse a la muerte; darlas *por la vida del mundo*, de ese mundo que está en muerte, es rescatarlo y salvarlo (Comp. Ef. 2:15; Col. 1:20, 22; Hebr. 10:20; 1 Pedro 3:18). El medio, para el hombre pecador, de apropiarse los frutos de la muerte de Jesús, es el entrar con él, por la fe, en comunión íntima y personal, por la cual muere con él y vive de su vida. Es lo que el Salvador va a expresar con estas palabras: "comer su carne y beber su sangre". Tal es la interpretación que admiten hoy, con algunas pequeñas diferencias, la mayor parte de los exégetas. Hay otra que consiste en ver en todo este pasaje, no la muerte de Jesús especialmente, sino su persona y su vida en general, que ofrece a los que creen en él como la fuente de su vida espiritual. El pensamiento sería pues exactamente el mismo que el que Jesús presentó bajo la figura del pan vivificante. Pero entonces es imposible concebir por qué habla de repente del porvenir (mi carne que *daré*); imposible, sobre todo, comprender por qué presentaría por segunda vez el mismo pensamiento, que ha ofuscado ya a sus oyentes, y en términos que debían ser aún más ininteligibles para ellos. Por último, hay una tercera explicación de nuestro pasaje admitida por varios padres de la iglesia y por algunos teólogos modernos: consiste en pensar que, en estos versículos, Jesús habla de la santa cena. Volveremos a tratar esta idea (v. 58, nota). Hemos conservado el texto recibido. El segundo *que yo daré* es omitido en *B,C,D,* y cercenado por la



52 Disputaban pues, unos contra otros los judíos diciendo: ¿Cómo
53 puede éste darnos su carne a comer [46]? Díjoles pues Jesús: En ver-
dad, en verdad os digo: Si no comiereis la carne del hijo del hom-
54 bre y bebiereis su sangre, no tenéis vida en vosotros mismos [47]. El
que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resu-
55 citaré en el último día [48]. La carne mía, en efecto, es verdadera

mayor parte de los críticos. Pero en todo caso es necesario sobreentenderlo, pues esta expresión *mi carne por la vida del mundo*, no tendría sin ello sentido alguno.

46. *Disputaban unos con otros:* un vivo debate sucede a los sordos murmullos (v. 41); este debate prueba que los oyentes de Jesús no eran unánimes en su oposición. La pregunta hecha expresa la duda con un timbre de desprecio que se descubre por esta palabra: *Éste.* Jesús no ha hablado aún de *comer su carne;* pero no podían comprenderlo de otro modo, puesto que se la presenta como *el pan* que él dará (v. 51). Con razón pues agregan esta palabra: *comer* su carne; pero, así comprendido, el pensamiento de Jesús debía parecerles absolutamente inexplicable. Lo es aún para tantos cristianos; ¡hasta para más de cuatro teólogos de honda erudición!

47. En lugar de responder a la pregunta de sus oyentes y explicarles cómo puede dar su carne a comer, Jesús se contenta con afirmar solemnemente (*en verdad*), la necesidad de *comer la carne del hijo del hombre*, so pena de *no tener la vida* y permanecer en muerte. Aun agrega, para completar su pensamiento: *ni bebiereis su sangre.* Con ello responde indirectamente a la pregunta de los judíos, haciendo mucho más precisa la alusión a su muerte, a una muerte cruenta, cuyos frutos deberán ellos apropiarse por la fe y por una comunión viva con él (v. 54). Jesús se designa como el *hijo del hombre*, porque por su encarnación ha implantado en el seno de nuestra humanidad el principio de una vida nueva (Comp. Mat. 8:20, nota). Se ha hecho, contra esta parte del discurso, una objeción bastante plausible a primera vista: ¿Cómo, se ha dicho, habría Jesús pronunciado, en presencia de tales oyentes, palabras de que estaba cierto que no serían comprendidas? Ebrard responde: "Se trataba de hundir en esos corazones duros un aguijón que provocara en ellos la reflexión: de ahí estas palabras enigmáticas que, por su mismo carácter extraño, debían quedar fijas en la memoria. Ahogadas en apariencia, podrán revivir y madurar cuando resuene la predicación apostólica de la muerte y la resurrección de Jesucristo".

48. Jesús confirma, con una declaración positiva, el pensamiento que ha expresado negativamente en el versículo precedente. Como él mismo es la vida, el que *come su carne y bebe su sangre*, y se apropia así su persona, todo su ser, por una comunión íntima y viva con él, *tiene*, desde ese momento, una vida imperecedera, *la vida eterna.* Sin duda, la misma gracia es prometida a la *fe* (v. 47); pero es evidente que esta comunión viva y progresiva con él es más que la simple fe en él. Es lo que el apóstol Pablo llama "ser revestido de Cristo" (Gál. 3:27), o también "ser una misma planta con él" (Rom. 6:5); es lo que le permitía decir: *"Cristo es mi vida"* (Fil. 1:21). Nada más natural, entonces, que la gloriosa consecuencia

comida y mi sangre es verdadera bebida [49]. El que come mi carne y
56 bebe mi sangre en mí permanece, y yo en él [50]. Conforme me envió
57 el Padre viviente y yo vivo por causa del Padre, así el que me
58 come, también aquél, vivirá por causa de mí [51]. Este es el pan que
bajó del cielo; no conforme comieron los padres y murieron: el

afirmada aquí por Jesucristo: *Yo le resucitaré el día final.* Esta resurrección es virtualmente dada con la vida divina que el creyente ha bebido en Cristo, que acabará su obra en él, resucitándole y glorificándole (Rom. 8:10, 11). "Como Jesús mismo ha resucitado porque tenía la vida en sí mismo (5:26), así resucitará a los que tienen la vida en sí mismos". *De Wette.*

49. Una *comida* y una *bebida* que contienen la vida y la comunican. Por eso son *verdaderos.* Con estas palabras, Jesús confirma y prueba la negación y la afirmación de los versículos precedentes. El texto recibido, con *Sin D*, vers., dice: *verdaderamente* un alimento, *verdaderamente* una bebida. La idea es la misma.

50. Estas palabras profundas (v. 56, 57) explican cómo *comer la carne* de Jesús y *beber su sangre* produce la vida (v. 55). En efecto, el creyente que se nutre así *permanece* en Cristo y Cristo vive en él; vive con Cristo en una comunión habitual y permanente. Cristo es el centro de su vida, dominando sus pensamientos, sus afectos, su voluntad, todos los motivos de su conducta. Esta manera de expresar una verdadera comunión con Jesús es particular a los escritos de nuestro evangelista (15:4 sig.; 17:23, 1 Juan 3:24; 4:13, 16).

51. La fuente soberana de la vida, (gr.) *el Padre viviente*, comunica incesantemente la vida al Hijo, que *vive por causa del Padre*, que halla en el Padre el principio de su vida y de todo su ser; y, del Hijo, esta vida se derrama sobre todo el que está en comunión con él. "El *creyente también*, alimentándose de Jesús, halla en él la misma fuente y garantía de vida que la que Jesús mismo halla en su relación con el Padre". *Godet.* Las palabras: *me ha enviado*, recuerdan la misión del Hijo, que es de derramar así la vida en el seno de nuestra humanidad. Hasta aquí Jesús había dicho: "comer mi carne y beber mi sangre"; hé aquí ahora un término más directo aún: *El que me come*, expresando, por una parte, la unión del creyente con la persona entera del Salvador y afirmando, por otra, una comunión habitual y permanente con él (Verbo en presente).

52. *No como los padres comieron y murieron* (gr.), el que comiere... Jesús, volviendo a la primera figura que empleó, la del *pan*, resume y concluye todo este discurso (v. 49-51). Desde la época de los padres de la iglesia hasta nuestros días, se ha agitado á menudo la cuestión de saber si, en la última parte de este discurso, Jesús había tenido en vista la *santa cena.* En la época de la reforma, esta cuestión fué vivamente debatida entre católicos y protestantes, por una parte y entre reformados y luteranos por otra. Es necesario hacer aquí una distinción: si se entiende por la cena el rito ceremonial de la comunión, que Jesús instituyó más tarde, se deberá responder: No, Jesús ciertamente no habla de ese acto simbólico. Primeramente, habría sido una anticipación sin ejemplo en sus instrucciones; luego, jamás ninguna iglesia cristiana ha profesado la absoluta necesidad de la cena para tener la vida del Salvador; y eso es lo que enseñaría expresamente Jesús al decir: "Si no comiereis mi carne ni bebiereis mi sangre no tenéis la vida". Por último, no se encuentra, en este discurso, los términos mismos que empleó más tarde el Salvador al instituir la cena. Pero si, del acto ceremonial y visible, se eleva uno a lo que es la idea, la esencia de la cena, sí, se halla completa en este discurso. En las palabras que él pronunció en Capernaúm, como en el sacramento que instituyó más tarde en Jerusalén, Jesús no revela otra cosa que la necesidad de entrar y permanecer en una comunión viva con él. Hemos debido hacer la misma observación sobre la relación de la conversación de Jesús y Nicodemo con el bautismo que Jesús ordenó a sus discípulos practicar (3:5, nota). Aun se puede, con Stier y Luthardt, decir que nuestro evangelista, habiéndonos conservado la conversación con Nicodemo y el discurso de Capernaúm, no ha juzgado necesario referir la institución del bautismo y de la cena; los símbolos visibles importaban poco al autor del "evangelio del espíritu"; le bastaba haber referido discursos del Salvador que revelan la más íntima esencia de aquéllos. Igualmente podía también omitir la lucha de Getsemaní, después de habernos hecho conocer una escena análoga (12:20 y sig.).



59 que come este pan vivirá por la eternidad [52]. Esto dijo en una si-
nagoga, enseñando en Capernaúm [53].

C. 60-71. LA CRISIS DE LA FE ENTRE LOS DISCÍPULOS. — 1º *En el círculo más amplio de los adherentes de Jesús.* La enseñanza de Jesús les parece inaceptable. Jesús, conociendo su oposición, dice: ¿Qué será cuando viereis al hijo del hombre ascender de nuevo al cielo? Sólo el Espíritu da la vida. Mis palabras son espíritu y vida. Luego declara que hay entre ellos quienes no creen, pues desde el principio de sus relaciones él se daba cuenta de las disposiciones de cada uno; y les recuerda que nadie puede ir a él si no le es dado del Padre. Desde ese momento, muchos de sus discípulos cesaron de seguirle (60-66). — 2º *En el círculo de los doce.* A la vista de esa defección, pregunta Jesús a los doce si no quieren, ellos también, irse. Simón Pedro responde: ¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros te hemos reconocido por el Santo de Dios. Jesús responde: Bien que yo os haya elegido, uno de vosotros es un demonio. Decía esto de Judas Iscariote, que debía entregarle (67-71).

60 Muchos pues de sus discípulos, habiendo oído dijeron: Dura
61 es esta palabra; ¿quién puede oírla [54]? Mas conociendo Jesús en sí

53. Haciendo esta observación, no parece tener el evangelista otro fin que indicar al lector el lugar de las discusiones que preceden. *En la sinagoga de Capernaúm*, estos discursos tuvieron grande solemnidad; y como la ciudad era populosa, Jesús tuvo sin duda un numeroso auditorio. Ahora el evangelista referirá los efectos diversos del discurso que precede.

54. Hasta aquí, Jesús había discutido con los judíos, más o menos opuestos a su enseñanza (v. 41, 52). Ahora ha dejado la sinagoga, seguido de *sus discípulos, y muchos* de éstos son los que entran en escena. Una crisis de fe se produce entre ellos. Por estos *discípulos*, no se debe entender los apóstoles (v. 67), sino aquellos que, en gran número, le seguían

mismo que murmuran sobre esto sus discípulos, díjoles: ¿Esto os
62 hace tropezar [55]? ¿Si viereis pues al hijo del hombre subiendo
63 adonde antes estaba [56]? El Espíritu es quien vivifica, la carne no
aprovecha nada; las palabras que yo os he hablado son espíritu y

de lugar en lugar para escuchar su palabra y ser testigos de sus obras. Sabemos por Lucas que un día Jesús pudo escoger setenta de entre ellos para enviarlos en misión (Luc. 10:1). Para *muchos*, el final del discurso que precede parece haber pasado la medida de su inteligencia y de su fuerza. Su observación: *Esta palabra es dura*, no significa solamente que les parece difícil de comprender, sino más bien imposible de aceptar: *¿Quién puede escucharla* y ponerla por obra? No habría que inferir de ello sin embargo que esos discípulos habían tomado las últimas palabras de Jesús en un sentido tan literal y material como los judíos; pero hallaban una piedra de tropiezo en el pensamiento de que su Maestro debiese sufrir y morir por la vida del mundo (v. 51) y que ellos mismos debiesen apropiarse los frutos de su muerte por una comunión misteriosa con él. Eso los escandalizaba (v. 61). Esa perspectiva fué siempre una causa de escándalo para los judíos (12:33, 34; 1 Cor. 1:23; Gál. 5:11), y aun para los apóstoles, antes de haber recibido el Espíritu divino (Mat. 16:21-23). No ocurre otra cosa en nuestros días con muchas personas.

55. Jesús conoció *en sí mismo* las secretas murmuraciones de los discípulos (comp. 2:24, 25); vió inmediatamente que tenían por causa un desfallecimiento de su fe. *¿Esto os escandaliza?* ¿Es esto, para vosotros, ocasión de caída y de defección? (v. 66).

56. *Y si* (gr. *si pues) viereis...* La frase queda suspendida. Hay que sobreentender: *¿Qué será?* o: *¿qué diréis entonces?* Jesús remite pues sus oyentes escandalizados de sus declaraciones precedentes (v. 52-58), al tiempo en que habrá vuelto a la gloria que poseía antes de su encarnación. (17:5). Esta palabra es bastante clara en sí misma; pero ¿en qué sentido es aplicada a los que la escuchan? ¿Quiere Jesús decir que entonces se escandalizarán mucho más, o que entonces cesarán de escandalizarse? Tal es la cuestión que divide a los intérpretes. Unos, considerando que Jesús no puede subir al cielo sino pasando por una humillación profunda y por la muerte de que acaba de hablar (v. 51), piensan que quiere decir a sus oyentes: Entonces hallaréis más poderosas razones de escandalizaros. Y no se puede negar que el *si pues* es favorable a esta interpretación (Así Lücke, Olshausen, de Wette, Meyer, Weiss). Otros ateniéndose exclusivamente a la idea de la ascensión y de la glorificación de Cristo, aquí anunciada, estiman que él abre ante los ojos de sus oyentes la perspectiva de un tiempo en que les será más fácil comprender el sentido espiritual de sus palabras, creer en él, en una palabra, no escandalizarse más (Así Calvino, Stier, Luthardt, Ebrard, Godet, Keil, Holtzmann). Estos últimos comentadores tienen en su favor la razón de que la terminación de la obra de Cristo y su regreso a la gloria tendrán, en efecto, este dichoso resultado para gran número de los discípulos de Jesús que, hasta entonces, no habían creído en él. Pero, ¿ocurrirá lo mismo con los hombres que, en la situación actual, no hallaban en las palabras de Jesús más que una ocasión de escándalo y de caída? Seráles más fácil



64 son vida [57]. Pero hay de entre vosotros algunos que no creen [58].
Conocía en efecto desde el principio Jesús, quiénes son los que no
65 creen y quién es el que le entregará [59]. Y decía: Por esto os he

comprender y abarcar la persona de Cristo en su carácter espiritual, cuando esté separado de ellos y deban andar por fe y no por vista? ¿Podía Jesús dar ese aliento, esa promesa, a oyentes que han visto sus milagros, oído sus palabras, y que, a pesar de todo ello, van a abandonarle? (v. 66). Nos cuesta creerlo. Y no pudiendo admitir de lleno ni la primera interpretación, ni la segunda, dejamos la conclusión en suspenso, como hizo Jesús. No terminando la frase y expresándose de ese modo enigmático, daba esta seria advertencia a sus oyentes.

57. Este versículo también ha sido objeto de diversas interpretaciones. Jesús habla a oyentes que se escandalizan de su discurso (v. 58). Quería disipar sus prejuicios; enuncia, a este efecto, tres proposiciones: 1º *El Espíritu es quien vivifica*, el Santo Espíritu de Dios, de que Jesús estaba lleno sin medida (3:34) y que, por su palabra, regenera las almas e imparte la vida 3:5; Rom. 8:2; 1 Cor. 2:4). 2º *Las palabras que os he dicho* hace un momento (v. 52-58) *son espíritu y vida* (gr. *son espíritu y son vida;* esta doble afirmación adquiere gran energía por la repetición del verbo); llevan consigo el Espíritu Divino y transmiten la vida. Pero, para ello, es necesario que el alma esté abierta a la luz y a la potencia vivificadora del Espíritu, pues sin él 3º *la carne de nada sirve.* Aun la carne de Cristo, que él debía dar por la vida del mundo (v. 51), toda su persona y toda su obra, que se trata de apropiarse por la fe (v. 53, 54), no puede vivificar sino por el Espíritu, el único que hace comprender la encarnación y el sacrificio de Jesucristo y nuestra unión con él (16:14). A los que se limitan a lo exterior y no conocen a Cristo más que según la carne (2 Cor. 5:16), Cristo mismo de nada sirve. Se sabe el papel que estas palabras representaron en las controversias sobre la cena, y particularmente en la discusión de Lutero y de Zwinglio en Marburgo. Zwinglio repetía a menudo las palabras: *La carne de nada sirve*, y Lutero respondía: Jesús no dice: *mi carne*, sino *la* carne, y entiende por *carne* la disposición carnal del corazón corrompido del hombre que le lleva a tomar las palabras de Cristo en un sentido groseramente literal (2 Cor. 3:6). Zwinglio, en su concepción de la cena, desconocía el sentido profundo de las palabras de Jesús (v. 53-57); Lutero, por su parte, tomando la palabra *carne* en un sentido enteramente distinto del que tiene en los versículos precedentes, desconocía la evidencia del contexto.

58. Puesto que las palabras que yo os digo son espíritu y vida, no está en ellas la razón del escándalo que os causan, sino que esa razón está en vuestra incredulidad. Jesús suaviza esta acusación reduciendo a *algunos* el número de los que rehusaban *creer* en él, recibirle tal como acababa de presentarse a ellos en este discurso. Y, sin embargo, véase v. 66.

59. Por esta observación, el evangelista explica *(en efecto)* la declaración que precede: nos advierte que Jesús no fué sorprendido por esta crisis que sufrió la fe de sus discípulos, que la esperaba, que anticipadamente la había percibido en sus corazones. (Comp. 2:24). Mucho más, *él sabía desde el principio quiénes son los que no creen y quién es el que le entregará.* En griego, esos verbos están en

dicho que nadie puede venir a mí si no le fuere dado del Padre [60].
66 Desde entonces muchos de sus discípulos se hicieron atrás y no
67 andaban más con él [61]. Dijo pues Jesús a los doce: ¿Queréis acaso
68 iros vosotros también [62]? Respondióle Simón Pedro: Señor, ¿a
69 quién iremos? Palabras tienes de vida eterna; y nosotros hemos

presente, excepto el último, que está en futuro. ¿Qué significa la expresión *desde el principio?* La mayor parte de los intérpretes entienden por ello el tiempo en que Jesús entró en su ministerio y empezó a reunir discípulos (como 15:27; 16:4); pero este sentido no podría aplicarse a esos oyentes galileos que, ahora, *no creen*. Jesús no los conocía aún en esa época. Sería, pues, más exacto decir, con de Wette, Tholuck, Luthardt, Keil, que esta expresión designa el momento en que cada discípulo fué puesto en contacto con Jesús y se juntó a él; desde entonces, Jesús le conoció enteramente. Pero, ¿no se puede, teniendo en cuenta los verbos en presente, pensar, con Lange y Weiss, que esa expresión significa: "Desde que los primeros gérmenes de la incredulidad nacían en el corazón de un discípulo, desde ese momento ya Jesús lo conocía hasta el fondo?" En este caso, la observación del evangelista, concerniente a Judas, no se referiría al momento en que Jesús le admitió en el número de los doce, sino al tiempo en que la avaricia y la hipocresía de ese discípulo echaron raíz en su corazón (Comp. v. 70, nota, y 13:11). Si se interpreta así la observación del evangelista, no se tropieza en ese pensamiento inaceptable de que Jesús habría llamado a Judas al apostolado sabiendo que le ponía en una senda en cuyo término se hallaban su crimen y su ruina! Por lo demás hay que confesar que hay en el destino de Judas un misterio insondable (Véase 12:4; 17:12).

60. Véase v. 37 y 44, notas. Estas palabras: *por esto* se refieren a la declaración de Jesús, v. 64 *a:* "Algunos de vosotros no creen". *Por esto,* para llamarles la atención a ese hecho, ha empleado Jesús el lenguaje que les recuerda ahora. Hay quienes no creen, porque, aunque siguiendo a Jesús para oír su palabra, no han abierto su corazón a la acción de la gracia divina, lo único que hace posible la fe.

61. La expresión griega que traducimos por: *desde entonces* puede significar igualmente: *a causa de eso,* es decir a causa de ese discurso (51-65) que hería todas las falsas esperanzas relativas al Mesías y todos los prejuicios carnales de esos *discípulos. Muchos de entre ellos,* los mismos que acababan de murmurar contra la palabra de Jesús, *se retiraron* (gr. *se fueron hacia atrás)* y cesaron completamente de seguirle. Este verbo es imperfecto: *no andaban más con él,* describe el cambio que esa ruptura trajo en su existencia: en lugar de acompañar a Jesús en sus viajes y compartir su vida errante, volvieron a tomar sus ocupaciones sedentarias.

62. El abandono de un gran número de sus discípulos causó al Salvador profunda tristeza; pero sabía también que una depuración debía hacerse entre los que se habían juntado con él, y le importaba menos el número que la fe sincera y la abnegación absoluta de los que debían seguirle en sus humillaciones. Por eso hace, aun a los doce apóstoles que había escogido, esta seria y solemne pregunta: *¿Queréis acaso iros vosotros también?* Jesus quiere probarlos y provocar en ellos una plena decisión, pues pide un



70 creído y conocido que tú eres el Santo de Dios [63]. Respondióles Je-
sús: ¿No elegí yo a vosotros los doce? Y de entre vosotros, uno es
71 un diablo [64]. Y decía de Judas Iscariote hijo de Simón; pues éste
debía entregarle, uno de entre los doce [65].

pueblo de franca voluntad. Los conocía bastante para saber que todos, excepto Judas (v. 70), le quedarían fieles, y la respuesta de ellos no era para él objeto de duda alguna, pero quería oirlo de su boca, pues la hermosa profesión de Pedro debía contribuir a la confirmación de la fe de ellos.

63. Estas palabras son un grito del alma. Pedro las pronuncia con plena persuasión, santo entusiasmo, ardiente amor a su Maestro. Cada palabra, examinada de cerca, produce esa impresión. Y ante todo, esta exclamación dolorosa, al simple pensamiento de dejar a Jesús: *¿A quién iremos?* El porvenir, sin Jesús, parece terrible a su discípulo. Luego, ya Pedro ha experimentado que las palabras de su Maestro son *palabras de vida eterna,* que contienen y comunican al alma la vida imperecedera del cielo. Confirma la declaración de Jesús que acababa de oir: "Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida" (v. 63). Esta afirmación de la verdad objetiva de las palabras de Jesús es hecha con certidumbre íntima basada en una experiencia personal: *Nosotros,* sea lo que fuere lo que otros puedan pensar o hacer, *nosotros hemos creído y hemos conocido que tú eres el Santo de Dios.* Los dos verbos en perfecto indican un hecho cumplido y permanente. Es necesario observar también el orden de estas palabras: *creyendo* los discípulos han llegado a *conocer;* tal es la senda divina de la experiencia; ninguno conoce a Jesús sino por la fe que es la confianza del corazón (Comp. 8:32; 1 Juan 4:16). Según el texto recibido, Pedro habría dicho: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". Estas palabras, tomadas de Mateo 16:16, han sido introducidas aquí con la intención benévola de poner en armonía ambos relatos. Según el verdadero texto *(Sin., B.C.D),* esos títulos del Salvador están resumidos en éste: *el Santo de Dios,* "El que el Padre santificó y envió al mundo" (10:36), habiéndole "marcado con su sello" (v. 27; comp. 1 Juan 2:20; Mar. 1:24; Luc. 5:8). Es probable que esta confesión de Pedro sea la misma que la que tuvo lugar, según los sinópticos, en Cesárea de Filipo (Mat. 16:13 y sig.; Mar. 8:27 y sig.; Luc. 9:18 y sig.). Un intervalo de algunas semanas separa pues esta escena final del discurso pronunciado en Capernaúm. Durante ese tiempo se produjeron las defecciones mencionadas en el v. 66 (Comp. Luc. 9:23 y sig., 43 y sig.).

64. ¡Tal es la *respuesta* de Jesús a la hermosa confesión de Pedro! Forma con esa confesión un contraste trágico. *¿No escogí yo,* a quien acabáis de confesar como el Santo de Dios, *a vosotros doce,* para la alta vocación del apostolado? *¡Y uno de vosotros es un demonio* (gr. *un diablo)!* Este epíteto terrible designa un ser que se ha puesto bajo el dominio del diablo, y que se ha tornado en una encarnación del espíritu de las tinieblas (13:2, 27; 1 Juan 3:8, 10). Este término es más severo que el de *Satanás,* adversario (Mat. 16:23; comp. Juan 8:44). ¡Con qué profundo dolor debió pronunciar Jesús estas palabras! Jesús no dice *era* un demonio, cuando os escogí, sino *es* un demonio, se ha hecho tal (Comp. v. 64, 2ª nota).

65. Juan no quiere que los lectores tengan la menor duda sobre el discí-

## II. Jesus en lucha con la incredulidad de los judíos
(Cap. 7 a 12)

---

### 1. *Lucha intensa en la fiesta de los tabernáculos* (cap. 7 y 8)

A. 1-13. Jesús va en secreto a la fiesta de los tabernáculos. — 1º *La posición de Jesús*. Recorre Galilea y evita la Judea a causa de las intenciones criminales de los jefes (1). — 2º *La intervención de los hermanos de Jesús*. Al acercarse la fiesta de los tabernáculos, sus hermanos le exhortan a trasladarse a Judea para desplegar allí su acción milagrosa; les parece contradictorio titularse el Mesías y permanecer oculto; es que ellos mismos —observa el evangelista—, no creían en él (2-5). — 3º *La respuesta de Jesús*. Su tiempo, dice, no ha llegado aún. En cuanto a ellos, siempre es tiempo de ir a la fiesta; pues, siendo del mundo, no podrían ser objeto de su odio. Tal es la razón por la cual declara que no subirá a Jerusalén. Queda, efectivamente, en Galilea (6-9). — 4º *El viaje clandestino de Jesús*. Después de la partida de sus hermanos, Jesús sube en secreto a la fiesta (10). — 5º *Las disposiciones de la muchedumbre en Jesuralén*. Buscaban a Jesús en la fiesta. Las opiniones estaban divididas acerca de él; pero los concurrentes no osaban expresarse abiertamente por temor de las autoridades (11, 13).

VII Y después de esto [1] andaba Jesús por Galilea, pues no quería
2 andar por Judea porque procuraban los judíos matarle [2]. Mas estaba

pulo designado por Jesús; y, compartiendo el dolor de su Maestro, le nombra expresamente: *Judas, hijo de Simón, Iscariote* (Comp. Mat. 10: 4, nota). No puede menos que hacer resaltar, a su vez, ese terrible contraste: *¡Había de entregarle, él, uno de los doce!* El evangelista no fué impresionado por ese contraste sino más tarde, pues en el momento de la declaración de Jesús ninguno de los discípulos sabía de cuál de ellos había hablado, y lo ignoraron hasta el momento en que Judas consumó su traición (13:21, 22, 28, 29). La incertidumbre en que Jesús les dejaba encerraba una temible advertencia para todos.

1. *Después de estas cosas* (Comp. 6:1), es decir después de la multiplicación de los panes y el discurso de Capernaúm, referidos en el capítulo 6. Ese término vago abarca un tiempo considerable de la vida del Salvador. Seis meses separaban la fiesta de Pascua (6:4), que tenía lugar en marzo, de la de los tabernáculos (v. 2), que se celebraba en octubre. Nuestro evangelista no ha contado nada de la actividad de Jesús durante ese tiempo; se contenta con indicarla con estas palabras: "Jesús recorría Galilea" (v. 1). No quería repetir los relatos de los otros evangelistas (Mat. 14:34 a 18:35; Mar. 6:53 a 9:50; Luc. 9:18-50).

2. Gr. Jesús *andaba* por Galilea, pues no quería *andar* por Judea; este término que significa *ir y venir*, recorrer el país residiendo en él, caracteriza bien la actividad incesante desplegada por el Salvador. Jesús evitaba la Judea porque los judíos *procuraban hacerle morir* (gr. *matarle*). Jesús lo sabía por su precedente residencia en Jerusalén (5:18), y también por las emboscadas que los jefes de la teocracia habían ido a tenderle hasta en Galilea (Mar. 7:1). No quería pues hacer nada antes de tiempo, que pudiera precipitar la catástrofe (v. 6); pero cuando haya llegado su hora irá voluntariamente, con heroica abnegación, al encuentro de los padecimientos y de la muerte.



3 cerca la fiesta de los judíos, la de los tabernáculos [3]. Dijéronle pues
sus hermanos: Pasa de aquí y vete a Judea, para que también tus
4 discípulos miren las obras tuyas que haces [4]; pues nadie hace algo
en secreto y busca él mismo estar en público. Si esto haces, manifiés-
5 tate tú mismo al mundo [5]. Ni aun sus hermanos, en efecto, creían en

3. La *fiesta de los tabernáculos* o *de las tiendas*, una de las mayores y más alegres fiestas israelitas, se celebraba cada año, a partir del décimo quinto día del séptimo mes (correspondiendo casi a nuestro mes de octubre), en recuerdo de la larga permanencia de Israel bajo las *tiendas* del desierto, y del reposo que ese pueblo había al fin hallado en la tierra prometida. Era al mismo tiempo la fiesta de acción de gracias por las cosechas del año; duraba ocho días de los cuales el primero y el último eran sábados. (Véase la ordenanza de esta fiesta en Lev. 23:33 y sig.). Se puede leer también su descripción en Josefo. (Ant. III, 10, 4). Todo el pueblo levantaba sobre las plazas, en las calles, y sobre las azoteas de las casas, tiendas, construídas con ramas verdes de árboles frutales, y cada familia habitaba en esa tienda durante la fiesta entera, comiendo alegremente en ella. En cuanto al culto público, se ofrecía en el templo diversos sacrificios, se hacía cada mañana una libación de agua pura, recordando el agua que Moisés había hecho brotar de la roca (comp. v. 37, 2ª nota); además, en el año sabático, se hacía una solemne lectura de la ley (Deut. 31: 10, 11). No habiendo Jesús asistido ese año a las fiestas de pascua ni de pentecostés en Jerusalén, era muy natural que sus hermanos esperasen que fuera a la de los tabernáculos, pues era deber de todo israelita asistir por lo menos a una de esas tres grandes fiestas. De ahí el *pues* del v. 3.

4. *Pues*, puesto que la grande fiesta está cerca y todo israelita piadoso debe asistir, *parte de aquí, ve a Judea*. Los *hermanos de Jesús* (véase nota sobre este término Mat. 12:46, nota) invocan la proximidad de la fiesta como un argumento para impelerle a acceder a su deseo. Encuentran otro en la idea de que *sus discípulos* de Judea (4:1) no deben ser privados de *ver también las obras que él hace*. Por último, tienen la pretensión de enseñar a Jesús un principio de conducta al cual no podría sustraerse (v. 4).

5. No habría que inferir de estas palabras y de la observación del evangelista (v. 5) que los hermanos de Jesús tenían intenciones hostiles hacia él, que querían exponerle a los peligros de una visita a Jerusalén. Han sido testigos de sus obras, que no pueden negar, y por otra parte no pueden decidirse a reconocer como Mesías a ese hermano al cual están ligados por los lazos de la sangre, con quien están habituados a tratar familiarmente y cuya naturaleza superior no han penetrado; la sublime elevación de su carácter y de sus enseñanzas también se les escapa, cegados como están por los groseros prejuicios respecto del Mesías que ellos compartían con todos los judíos. Si realmen-

6 él [6]. Díceles pues Jesús: El tiempo mío aún no está presente, mas el
7 tiempo vuestro siempre está preparado. No puede el mundo aborre-
ceros, mas a mí aborrece, porque yo doy testimonio sobre él que
8 sus obras son malas [7]. Vosotros subid a la fiesta; yo no subo a esta
9 fiesta, porque el tiempo mío aún no está cumplido [8]. Y habiéndoles

te es el Mesías, ¿por qué ejerce su actividad en esta obscura provincia de Galilea? Hay contradicción entre *obrar en secreto* de ese modo, cuando sin embargo *busca uno mismo estar en evidencia.* La conclusión es pues sencilla: *Si haces esas cosas,* o *puesto que* las haces, lleva tu actividad a un teatro digno de ti, al centro de la teocracia judía, a Jerusalén, *manifiéstate tú mismo al mundo!* Es precisamente la senda en la cual quería el tentador poner al Salvador, la de la gloria mundanal. (Mat. 4:1-10). ¡Y el pensamiento secreto de los hermanos de Jesús era, sin duda alguna, que esa gloria se reflejaría sobre ellos, sobre su familia, sobre su pueblo!

6. Sus hermanos *tampoco* creían en él, como tantos otros que habían visto sus obras y oído sus palabras. Otra cosa es necesaria para creer en Jesús con una fe que nos introduzca en el santuario de su comunión (6: 44, 65). "Cada uno es incrédulo mientras, insensible a esa hermosura intrínseca de la verdad, tiene necesidad de verla circundada de privilegios externos y de un brillo prestado". *Astié.* Esta triste observación del evangelista sobre los hermanos de Jesús, está en demasiada armonía con algunos relatos de los sinópticos respecto de ellos (Mar. 3: 21, 31 y sig.) Sólo después de la muerte y la resurrección del Salvador aparecen en el número de aquellos que, por la fe, le han dado el corazón (Act. 1:14). Vanamente se ha procurado atenuar el sentido de esta observación. Los más antiguos manuscritos ya tienen huellas de tentativas de ese género: así se lee en D. no *creyeron* en él; en ese momento, su fe sufrió un eclipse. La continuación (v. 7) condena esas atenuaciones.

7. El v. 7 explica el v. 6: "*Vuestro tiempo siempre está presto,* vosotros podéis en cualquier momento mostraros sin temor en medio del mundo, pues *el mundo no puede aborreceros,* porque le pertenecéis (15:19). Muy diferente cosa ocurre conmigo; *mi tiempo aun no ha venido* de presentarme abiertamente en el mundo; cuando llegue, será la hora de mis sufrimientos y de mi muerte pues *el mundo me aborrece,* a causa del *testimonio* que doy contra su corrupción. La expresión: *mi tiempo* no designa pues el momento de ir a la fiesta. Jesús está preocupado con pensamientos más graves y más elevados, como lo prueba esta otra expresión (v. 8): *mi tiempo aún no está cumplido.* "Hay así, en la respuesta de Jesús a sus hermanos, algo de amable, al mismo tiempo, y de severo: amable en cuanto condesciende a hacerles presentir su situación trágica frente al mundo; severo, en cuanto los asimila a ese mundo malo que le aborrece". *Stier.*

8. El texto recibido hace decir a Jesús: "Yo no subo *aún*"; pero esta última palabra no es más que una corrección, muy antigua (*B* y numerosas *mayúsc.*) es verdad, destinada a levantar la contradicción que hay entre esta declaración y el hecho de que fué sin embargo a la fiesta (v. 10). Es ésta, en efecto, una seria dificultad que la incredulidad ha explotado



10 dicho esto quedó en Galilea. Mas como hubieron subido sus herma-
nos a la fiesta, entonces también él subió, no abiertamente sino
11 como en secreto [9]. Los judíos pues le buscaban en la fiesta y de-

desde los primeros siglos de la Iglesia. Se sabe por Jerónimo que Porfirio aprovechaba de ella para acusar a Jesús "de inconstancia". La exégesis moderna ha hecho diversas tentativas para explicar estas palabras de Jesús. Así, insistiendo en el presente del verbo: Yo no *subo,* lo hace significar: no subo *ahora,* lo que equivale al *no aún* del texto recibido (Lücke, Olshausen, Tholuck). O bien ella ha parafraseado así: "Yo no subo *con vosotros,* o *con la caravana*". O también, poniendo el acento sobre *esta fiesta,* ha pensado que Jesús quería decir: Yo no quiero celebrar la fiesta, participar de sus ceremonias, de sus sacrificios, de sus alegrías; y en efecto, la fiesta estaba a medio transcurrir (v. 14) cuando Jesús subió en secreto (v. 10) y se trasladó directamente al templo. (Así Lange, Ebrard y otros). Por último, una interpretación más elevada y verdadera, propuesta por Bengel, admitida por Luthardt y desarrollada por Godet, consiste en ver en las palabras de Jesús una respuesta directa al pedido que sus hermanos le hacían de aparecer públicamente y como el rey-Mesías en *esta fiesta.* Eso sería lo que Jesús rehusa, en vista de que *su tiempo aún no ha venido, no está aún cumplido.* No irá pues a *esta fiesta* a manifestarse como Mesías; dice: no subo a *esta* fiesta, y no: a *la* fiesta; es que tiene otra en vista, la de pascua, cuando su tiempo habrá llegado, y entonces no se sustraerá a la demostración pública que sus hermanos demandan y que le conducirá a la muerte. Esta interpretación contiene una parte de verdad: hace resaltar la oposición que Jesús establece ciertamente entre *esta* fiesta de los tabernáculos y una fiesta subsiguiente hacia la cual dirige sus pensamientos; pero no da cuenta de su declaración tan clara y tan categórica: *Subid vosotros a la fiesta; yo no subo.* Dando a esta última palabra el sentido de: "Yo no me manifestaré públicamente como Mesías", atribuye al lenguaje de Jesús un equívoco que es contrario a su perfecta veracidad. ¿Es admisible que diciendo: Yo no subo a esta fiesta, tuviera ya el proyecto definido de subir en secreto? No queda pues más que una explicación posible: que en el momento en que hablaba así, Jesús estaba decidido a quedarse lejos de la fiesta de los tabernáculos que se celebraba en Jerusalén, remitiendo a la pascua próxima su manifestación como Mesías. Algunos días después tomó una resolución diferente. No hay que decir simplemente con Bleck y Meyer que cambió de opinión, pues sería exponerle al reproche de Porfirio. Es más justo suponer, con Weiss, que recibió de su Padre una indicación que modificó sus ideas y sus planes. Tal cambio nada tiene de sorprendente, pues Jesús esperaba de momento en momento, y seguía dócilmente las direcciones internas de su Padre (5:20; 12:49, 50).

9. Jesús, sabiendo que estaba expuesto en Jerusalén a las emboscadas de sus enemigos, no se trasladó allá *públicamente,* es decir, con las caravanas galileas, ni quizá rodeado de todos sus discípulos; sino *como en secreto,* como un viajero que tiene serias razones de guardar el incognito. El *como* (que es omitido en *Sin., D,* pero es auténtico) suaviza la expresión *en secreto;* su incógnito no era

12 cían: ¿Dónde está aquél [10]? Y murmuración grande sobre él había
en las multitudes; unos decían: Bueno es; otros decían: No, sino
13 que engaña a la multitud [11]. Nadie empero abiertamente hablaba
sobre él por el temor de los judíos [12].

B. 14-36. Declaración de Jesús sobre su doctrina y su actividad, sobre el misterio de su origen y su próximo fin. — 1º *La fuente de su enseñanza y su modo de obrar:* a) *Jesús enseñando en el templo.* Aparece en el templo, mediada la fiesta, y, por su enseñanza, provoca el asombro de los judíos que saben que no ha estudiado (14,15). b) *Legitimación de la enseñanza de Jesús.* Su doctrina no es de él, sino de Aquel que le envió. Todo el que quisiere hacer la voluntad de Dios, reconocerá que Jesús no habla de por sí. No busca su propia gloria, y esta actitud desinteresada muestra que es veraz y sin reproche (16-18). c) *Jesús defiende su conducta, especialmente en lo que concierne a la curación realizada en sábado.* Reprocha a los judíos no estar en disposición de obediencia requerida para conocer la verdad. Ninguno de ellos observa la ley que Moisés les dió, y en su odio procuran matarle. Protestando la multitud contra esta acusación y viendo en ello un indicio de locura, Jesús le recuerda la curación del inválido. Al mismo tiempo justifica ese acto citando la disposición legal que permitía circuncidar en sábado: ¿no podía él, con mayor razón, sanar todo un hombre en ese día? No hay qué juzgar según la apariencia, sino según justicia (19-24). — 2º *El misterio de su origen:* a) *Una objeción a la dignidad mesiánica de Jesús.* Algunos moradores de Jerusalen, viendo que se deja hablar a Jesús libremente, se preguntan si los jefes lo habrían reconocido

absoluto y no durará, pues, desde el primer momento favorable, Jesús se mostrará públicamente y con santo atrevimiento para dar su gran testimonio (v. 14 y sig).

10. Gr. *¿Dónde está aquél? Los judíos* son los jefes del pueblo (v. 13); hablan de Jesús evitando nombrarle, y no sin un timbre de desprecio. *Le buscaban* con intenciones hostiles. La palabra *pues* indica que esperaban verle llegar *abiertamente* con las caravanas de Galilea, y no en secreto (v. 10).

11. Este versículo pinta vivamente las conversaciones y las disputas que causaban, un *gran rumor en la multitud,* es decir en los diversos grupos que se formaban en las plazas y en las calles. La opinión estaba dividida respecto de Jesús, sosteniendo unos que era *hombre de bien* (gr. *bueno,* recto, sincero, justo), otros pretendiendo que era un *engañador del pueblo.* Dos partidos contrarios se delineaban, el uno favorable a Jesús, el otro hostil. Eso muestra cuán fácilmente habría podido producirse un tumulto entre el pueblo, si no hubiera obrado Jesús con mucha prudencia (v. 10).

12. Esta observación del evangelista no se aplica solamente a los que tenían de Jesús una opinión favorable, sino a ambos partidos (v. 12). Los amigos no osaban manifestar sus simpatías por temor de las autoridades que sabían estaban mal dispuestas; pero, como sin embargo esas autoridades aún no se habían pronunciado definitivamente contra Jesús, los adversarios vacilaban en dar curso a todo su odio.



por el Mesías; pero rechazan esta idea por la razón de que el origen de Jesús es bien conocido, mientras que nadie debe saber de dónde viene el Mesías (25-27). b) *La respuesta de Jesús.* Protesta con vehemencia contra la pretensión de ellos de conocer su procedencia. Él no ha venido de sí mismo. Dios le ha enviado realmente, pero ellos no conocen a Dios. Él conoce a Dios y sabe que es enviado de Dios (28, 29). — *Su próximo fin:* a) *Hostilidad y adhesiones. Decreto de arresto.* Procuran prenderle, pero en vano, no habiendo llegado su hora. Muchos creen a causa de sus milagros. Instruído de los sentimientos de la multitud, el sanedrín envía alguaciles a arrestar a Jesús (30-32). b) *Declaración de Jesús.* Sólo por poco tiempo está con ellos; se va hacia el que le envió. Le buscarán sin hallarle, pues donde él está ellos no podrán ir (33, 34). c) *No es comprendido.* Los judíos se preguntan si se irá a los griegos; no entienden el sentido de esa predicción (35,36).

14 Mas mediada ya la fiesta subió Jesús al templo y enseña-
15 ba [13]. Se admiraban pues los judíos diciendo: ¿Cómo conoce letras
16 éste no habiendo aprendido [14]? Respondióles pues Jesús y dijo:
17 La enseñanza mía no es mía sino del que me envió [15]. Si alguien
quisiere hacer su voluntad, conocerá sobre la enseñanza, si proce-
18 de de Dios o si yo de mí mismo hablo [16]. El que de sí mismo habla

13. Como la fiesta duraba ocho días y estaba (gr.) *ya en su mitad,* se ve que Jesús había dejado transcurrir tres o cuatro días antes de ir a Jerusalén (v. 9). De repente *subió al templo,* donde la multitud se reunía para las ceremonias del culto, ¡y se puso a *enseñar!* Este proceder estaba lleno, al mismo tiempo, de sabiduría y de santa osadía. Tuvo así tiempo de captar la atención de su inmenso auditorio, antes de que los jefes hubieran tomado medida alguna contra él, y ellos mismos fueron sorprendidos (v. 15).

14. Este *asombro* de los adversarios muestra que han recibido de la palabra de Jesús una impresión bastante viva para expresarla ingenuamente, aun en presencia del pueblo. Pero esa impresión no era la de la verdad divina que Jesús anunciaba; lo único que les asombraba, era el *conocimiento* profundo que él tenía *de las escrituras* (gr. *de las letras,* de la literatura sagrada, Act. 26:24), aun cuando no hubiese *estudiado.* Estas palabras son características. Los jefes del pueblo sabían pues que Jesús no había frecuentado ninguna de las escuelas rabínicas de la época, como lo hacían los doctores de la ley. ¡No era ni jurista ni teólogo. (Comp. Act. 4: 13). Ese testimonio involuntario de los adversarios es importante, como observa Meyer, para mostrar que Jesús no había sido formado en las escuelas de los rabinos.

15. Tal es la respuesta de Jesús a la pregunta de los judíos, ¡y qué respuesta! "Es verdad que no he tomado *mi enseñanza* de ninguna de vuestras escuelas; pero tampoco la he inventado, sacado de mí mismo; esta enseñanza *no es mía,* viene directamente de *el que me envió*". Su enseñanza es un mensaje divino que Dios les dirige y del cual llevarán ellos la responsabilidad, si la rechazan.

16. Gr. *conocerá, respecto de esta enseñanza, si proviene de Dios o si yo hablo de por mí,* de mi propia au-

la gloria propia busca; mas el que busca la gloria del que le envió,
19 éste es verdadero e injusticia no hay en él[17]. ¿No os dió Moisés
la ley? y ninguno de vosotros observa la ley. ¿Por qué procuráis
20 matarme[18]? Respondió la multitud: Demonio tienes, ¿quién pro-

toridad. *Hacer la voluntad de Dios* es la condición absoluta para *conocer la enseñanza de Jesús.* Este conocimiento no depende de la inteligencia del hombre, sino de su voluntad: *si alguno quisiere.* Toda la revelación no tiene otro fin que el de llevar al hombre a *hacer la voluntad de Dios*, en otros términos, santificarle; resulta de ello que las pruebas de la verdad divina no sirven de nada al que no *quiere* dejarse conducir a aquel fin. El endurecimiento de su corazón obscurece su inteligencia, y la hace incapaz de comprender. El que, al contrario, hace la voluntad de Dios, no tarda en aprender, por su propia experiencia (que es la demostración más cierta), cuán adaptada es la enseñanza de Jesús a la naturaleza moral del hombre, y cuán bien responde a todas las necesidades de su alma. *Reconoce* que una enseñanza semejante no puede ser más que la verdad divina. Percibe, por la conciencia y por el corazón, la voz del que es santidad y amor. "En las cosas humanas, hay que conocer para amar; en las divinas, hay que amar para conocer". *Pascal.* La *voluntad de Dios*, en el pensamiento de Jesús y según el único sentido que sus oyentes podían dar a esa palabra, es la verdad moral enseñada a los israelitas en la ley y los profetas (5:46). El hombre que trata de practicar sinceramente ese ideal moral se convence de su miseria y es llevado a hallar su Salvador en Aquel cuyo amor y santidad responden tan bien a los deseos que él mismo siente. Bengel observa, con delicadeza, que entre las palabras *el que quisiere* y la *voluntad* de Dios hay "una dulce armonía". Pero no hay que olvidar, como observa Meyer, que esa voluntad de obedecer es en el hombre un efecto de la *atracción* del Padre, un *don* de su parte (6:44, 65; 8:47; comp. Fil. 2:13).

17. Lo que prueba también la verdad divina de la enseñanza de Jesús, es el espíritu en que la presenta y que anima toda su actividad. Si él *hablara de por sí, si buscara su propia gloria,* no merecería ninguna confianza (5:44); pero como no *busca* más que *la gloria del que le envió*, es *verdadero*, veraz, es la manifestación viva de la verdad de Dios (5:41). No *hay* *pues en él injusticia*, improbidad, falsedad. La santidad de la vida del Salvador, su entera consagración a la gloria de Dios será siempre la más potente apología de su enseñanza. "Hay al mismo tiempo en esta sentencia una respuesta a la acusación de los que decían: Engaña al pueblo. El que engaña a los demás, obra ciertamente así para sí mismo, no en atención a Dios. Para comprender bien este razonamiento, basta aplicarlo a la biblia en general: el glorificado en este libro, de la primera página a la última, con exclusión de todo hombre, es Dios; el hombre en ella es constantemente juzgado y humillado. Este libro es pues de Dios. Este argumento es el que alcanza más directamente la conciencia". *Godet.*

18. Jesús ha respondido (v. 16-18) a la pregunta de los judíos (v 15), y dado las pruebas de la verdad de su enseñanza. Ahora toma la ofensiva y prueba a sus adversarios por un doble reproche, dirigido directamente a su conciencia, cuán poca voluntad tienen de obedecer a Dios que es la condi-



21 cura matarte[19]? Respondió Jesús y díjoles: Una sola obra hice y
22 todos os admiráis[20]. Por esto os ha dado Moisés la circuncisión
—no que de Moisés proceda sino de los padres—, y en sábado cir-
23 cuncidáis un hombre[21]. Si recibe un hombre la circuncisión en

ción indispensable para reconocer su divina misión (v. 17). *Moisés*, el gran legislador de quien os gloriáis, *os ha dado la ley*, que es la revelación de la voluntad de Dios; ahora bien: *ninguno de vosotros la observa* (en su santa espiritualidad). Y además, tenéis contra mí, en esta misma hora, sentimientos de odio y designios criminales, que son una transgresión flagrante de esa ley y muestran vuestras malas disposiciones. ¿Cómo pues recibiríais mi enseñanza? Tenéis en vosotros mismos la prueba de que *no queréis hacer* la voluntad de Dios. Algunos intérpretes entienden especialmente la palabra *la ley* del mandamiento relativo al sábado; al decir: *Ninguno de vosotros observa la ley*, Jesús hablaría del hecho de la circuncisión administrada el día del sábado (v. 22, 23). Aludiría a la acusación hecha contra él durante su precedente estada, y a las tentativas criminales de que había sido objeto (5:16, 18). Es posible, en efecto, que Jesús tenga ya en vista la apología que va a presentar (v. 21 y sig.); pero los términos del v. 19 son demasiados generales para ser limitados a este orden de ideas.

19. Esos hombres de *la multitud* eran aparentemente forasteros venidos a la fiesta, que nada sabían de lo que se tramaba contra Jesús en la capital. La idea de que se pudiera *procurar matar* a Jesús les parece tan extravagante, que la consideran una aberración de espíritu. Y, como entonces se atribuían todos los síntomas de la locura a la acción de un demonio, decir: *Demonios tienes*, significaba: Estás loco (8: 48; 10:20). Los habitantes de Jerusalén estaban mejor enterados de los designios de los jefes del pueblo respecto de Jesús (v. 25).

20. Jesús soporta, sin levantarla, la injuria que se le dirige, y prosigue su pensamiento, recordando *la obra* que había provocado el odio de sus adversarios, y va a justificar esa obra (v. 22, 23). Se trata de la curación del paralítico que había él realizado en su precedente estada en Jerusalén, un día sábado (5:5 y sig.), y que había excitado contra él tal indignación de parte de los jefes del pueblo, que habían procurado hacerle morir (5:18). Esa indignación subsiste aún, al punto de poder él decir: *Una obra hice* (gr. *una sola obra*), durante mi precedente estada en medio de vosotros; *y todos vosotros os asombráis*, os indignáis, os irritáis como por una violación del sábado. Si Jesús vuelve sobre esa *obra*, aunque la hubiera realizado varios meses antes (v. 2, nota), es porque los habitantes de Jerusalén no podían haberla olvidado, a causa de la resonancia que había tenido y del escándalo que había causado.

21. El v. 22 empieza por esta fórmula de transición: *a causa de esto*, cuyo sentido es difícil de comprender. Tischendorf la suprime por la autoridad única del *Sin.*, que la ha omitido a causa de su dificultad misma. Varios comentadores (Lücke, de Wette, Weiss, Keil) y la mayor parte de nuestras versiones eluden esa dificultad refiriendo las palabras *a causa de esto* al verbo: *os asombráis* del versículo precedente. Pero esta fórmula es empleada siempre para introducir

sábado para que no sea violada la ley de Moisés, ¿contra mí os
24 irritáis porque hice sano un hombre entero en sábado [22]? No juz-
guéis según la apariencia, sino juzgad el justo juicio [23].
25 Decían pues algunos de los jerosolimitanos: ¿No es éste al
26 que procuran matar? Y he aquí, abiertamente habla y nada le di-
cen. ¿Habrán acaso conocido verdaderamente los jefes que éste es

un nuevo eslabón del razonamiento; es pues más natural considerarla como una locución que abre el v. 22. Se refiere al conjunto de este versículo: "*Por eso*, para enseñaros a no escandalizaros respecto de una obra de amor realizada el día sábado, *Moisés os dió* el mandamiento de *la circuncisión*, que entra en conflicto con el del reposo sabático, *y en día de sábado* en virtud de las prescripciones de la ley misma vosotros *circuncidáis un hombre*". Jesús primeramente había atribuído la circuncisión a Moisés; no siendo esa aserción rigurosamente exacta, la rectifica con este paréntesis *(no que venga de Moisés, sino de los padres*, de los patriarcas). Eso no era inútil, en presencia de escribas censuradores que habrían tenido placer en cogerle en falta en una alusión a la escritura. Pero, en lugar de ver en ese paréntesis una simple rectificación histórica, la mayor parte de los intérpretes hallan en él uno de los eslabones del razonamiento por el cual Jesús justifica su obra. Unos dicen: Jesús hace notar la alta antigüedad de la institución de la circuncisión para explicar cómo ella prima sobre el mandamiento del sábado; pero esa consideración debilita el razonamiento de Jesús en vez de fortalecerlo. Otros: la última reglamentación intervenida anula las más antiguas; la ordenanza de la circuncisión debería ceder el paso a la del sábado, más reciente y más precisa. Lo contrario es lo que ocurre; atribuís pues una importancia exagerada al reposo sabático. Esta argumentación es muy complicada y sutil para ser expresada en un breve paréntesis. De Wette con buen derecho pues, declara que con esas consideraciones no se hace más que obscurecer el razonamiento de Jesús.

22. Este razonamiento es irrefutable. He aquí dos instituciones igualmente ordenadas por Moisés: la *circuncisión* y el *sábado*. Ahora bien: administrando la circuncisión el día del sábado, violáis este último: y sin embargo es necesario, todas las veces que el octavo día de un niño cae en sábado, hacerlo, a fin de que la ordenanza mosaica sea observada (Lev. 12:3). Si realizáis pues ese acto simbólico en día de sábado, ¿con qué derecho *os irritáis contra mí*, porque, en ese día, *he sanado todo un hombre?* Añadiendo: *todo* un hombre, Jesús hace notar el hecho de que la obra por él realizada en ese hombre tuvo por resultado la curación del alma así como la del cuerpo (5:14). Tal ha sido el objeto de todos los milagros del Salvador; ¿y no era también ése, como observa Etier, el fin supremo de la ley de la circuncisión, del sábado y de todas las instituciones divinas? En los sinópticos, Jesús justifica por una argumentación semejante las curaciones que obraba el día del sábado (Mat. 12:5; Mar. 2:27, 28).

23. *Según la apariencia* (gr. *la vista*), si se consideraba el lado externo, formal, la letra de la ley, seguro es que Jesús había violado el sábado; pero *según la justicia* (gr. *sino pronunciad justo juicio)*, y elevándose al espíritu de la ley, que es la caridad, es cierto que había hecho una obra excelente. Esta sentencia, en su forma general, es susceptible de aplicaciones infinitamente diversas.



27 el Cristo [24]? Pero a éste conocemos, de dónde es; mas el Cristo
28 cuando viniere, nadie sabe de dónde es [25]. Clamó pues, enseñando
en el templo Jesús y diciendo [26]: ¡Y a mí conocéis y conocéis de
dónde soy [27]! y de mí mismo no he venido, pero es verdadero el
29 que me envió, al que vosotros no conocéis [28]; yo le conozco, porque

24. Estos *habitantes de Jerusalén* están mejor enterados de los designios de los jefes del pueblo que la multitud que hablaba en el v. 20; saben que las autoridades sacerdotales *procuraban* ya entonces *hacer morir* a Jesús, y se extrañan de que se le deje *hablar libremente*. Hasta se preguntan si los principales del pueblo *habrían verdaderamente* (este adverbio es omitido en *B*, *C*, vers.) *reconocido* a Jesús como el Mesías. Pero una idea extendida en esa época les impide persistir en esas conclusiones favorables a la misión divina del profeta de Nazaret (v. 27).

25. *Saber de dónde era* Jesús, conocer su familia, su humilde extracción galilea, era aquí, como siempre, una objeción contra él (v. 41, 52); 6:42). La señal por la cual quieren ellos reconocer al Mesías es ésta: que (gr.) *cuando viene, nadie sabe de dónde es*. Se cita esta sentencia de los rabinos: "Tres cosas llegan inesperadamente: el Mesías, el Enviado de Dios y el escorpión". Esa opinión provenía de la profecía de Daniel (7:13) y de algunos pasajes que afirman el origen divino del Mesías (Miq. 5:1; Isa. 9:5). Se la conciliaba con las predicciones relativas a su filiación davídica (Isa. 11:1) por la consideración de que la familia de David había caído entonces a una condición obscura e ignorada de todos. (Comp. Isa. 53:2). Las palabras: *de dónde es* solamente se refieren a la familia del Cristo, no al lugar de su nacimiento, indicado por la profecía (Miq. 5:1; comp. Mat. 2:4,5).

26. *Pues*, al oír esas palabras que descubrían la ignorancia y los prejuicios de sus oyentes, Jesús se emociona, y con voz sostenida y fuerte, *exclamó, diciendo*, Quiere hacer penetrar en los espíritus la solemne declaración que va a seguir. (Este mismo verbo es empleado para designar una palabra vibrante, 1:15; 7:37; 12:44; Rom. 9:27). Juan hace también notar aquí que Jesús hablaba *en el templo* (v. 14): es que la conversación que relata toma una importancia y una solemnidad mayor, en ese momento en que Jesús pasa de la justificación de su enseñanza a la afirmación del origen divino de su persona.

27. De Wette, Meyer, Weiss y otros piensan que, en estas palabras, Jesús hace una concesión a sus oyentes: les concede que tienen cierto conocimiento de su persona y de su origen humanos, pero ese conocimiento es insuficiente y les impide más bien creer en él (v 27). Luego les declara que están en profunda ignorancia acerca de su origen divino. Pero la mayor parte de los intérpretes ven en estas palabras una afirmación irónica o una pregunta: "(gr.) *y* me conocéis, *y* sabéis de dónde soy"? Las palabras que siguen les mostrarán cuán ajenos son a ese conocimiento.

28. La *y* marca profundamente la antítesis y debe traducirse: *y sin embargo*. Yo no me he dado a mí mismo mi misión; pero hay otro *que me en-*

30 de él vengo y aquél me envió [29]. Procuraban pues prenderle, y na-
31 die echole mano, porque aún no había llegado su hora [30]. Mas mu-
chos de entre la multitud creyeron en él, y decían: El Cristo cuan-
32 do venga, ¿hará acaso más señales que las que éste ha hecho [31]?
Oyeron los fariseos la multitud murmurando esto sobre él, y envia-
ron los principales sacerdotes y los fariseos alguaciles para que le
33 prendieran [32]. Dijo pues Jesús: Aún poco tiempo con vosotros es-

*vió*, él es *verdadero*. Esta última palabra, tan familiar a Juan, no significa *verdadero, veraz*, por oposición a *falso*, sino *real, auténtico* (1:9; 6:32; 17:3; 1 Juan 5:20). Existe en realidad, y no solamente en mi imaginación. *El que me envió* al mundo, y ese hecho envuelve la realidad y la verdad divina de mi misión. Pero Jesús agrega: *vosotros no le conocéis*, palabras severas que no deben entenderse en sentido absoluto, puesto que los judíos hacían profesión de creer en el único y verdadero Dios; mas si le hubieran conocido de una manera viva, como el *Verdadero*, habrían creído también en Aquel que Dios envió (8:19). Gracias a la ignorancia en que están de Dios, ignoran de dónde viene Jesús; éste llena pues las condiciones puestas al Mesías por la opinión corriente (v. 29). Jesús vence así a sus adversarios con las propias armas de ellos.

29. "Vosotros no le conocéis; *yo le conozco"*; vivo contraste. Esta grande declaración: *Yo conozco* a Dios, recibe un significado eminente, exclusivo, de las relaciones que Jesús mantiene con Dios; *yo vengo de él*, dice Jesús, expresando la conciencia que tiene de su relación íntima con él (6:46). Sobre esa relación está fundada su misión: *aquél me envió*, pues el que envía hace conocer todo su pensamiento a su Enviado.

30. Pues, es decir como resultado de la grande declaración que precede. Cuanto más luminosos y penetrantes se hacían los testimonios de Jesús sobre su persona y su origen divino, tanto más aumentaba el odio de los adversarios (v. 32). Tal es el carácter del endurecimiento. Pero esos designios criminales no debían realizarse entonces, *porque su hora no había llegado aún. Su hora*, el momento de sus sufrimientos y de su muerte, Dios la había determinado en su sabiduría; y hasta que hubiera dado retenía la mano de sus enemigos. (Comp. 8:20; 12:23; 13:1.) Lo que detenía a éstos, no eran ciertamente, como se ha pensado, escrúpulos de conciencia; sino más bien el favor popular que rodeaba aún a Jesús y le protegía contra los ataques de los jefes (Mat. 26:5; Luc. 20:19).

31. *Creyeron en él*, como Mesías. Esa fe, es verdad, se funda solamente en los *milagros* de Jesús; no llega hasta proclamar directamente su dignidad de Mesías; pero el modo indirecto como expresan sus sentimientos era quizá todo lo que les permitía el temor de los jefes del pueblo. Basta, por otra parte, para excitar el odio de éstos (v. 32).

32. *Los fariseos* mismos *oyeron* lo que *la multitud murmuraba de él* o *lo supieron* por sus espías; el verbo griego permite ambas suposiciones. E inmediatamente tomó el sanedrín una pronta resolución y envió *alguaciles* para detener a Jesús. Es, en efecto, el sanedrín, el designado en estas dos clases de hombres: los *principales sacerdotes* y los *fariseos*. Parece que este cuerpo estaba justamente entonces reunido; es que, en efecto,



34 toy y me voy al que me envió [33]. Me buscaréis y no me hallaréis, y
35 donde yo estoy vosotros no podéis venir [34]. Dijeron pues los judíos
entre sí: ¿Adónde ha de irse éste, que nosotros no le hallemos?
¿Hase de ir acaso a los dispersos entre los griegos y enseñar a los
36 griegos? ¿Cómo es el dicho éste que dijo: Me buscaréis y no me
hallaréis, y donde yo estoy vosotros no podéis venir [35]?

C. 37-52. El último y grande día de la fiesta. — 1º *Jesús llama a sí a todo el que tiene sed.* Exclama: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba, y ríos de agua viva saldrán de su seno. Decía esto del Espíritu que debían

los jefes *procuraban* apoderarse de Jesús (v. 30). "El sanedrín se deja arrastrar a una diligencia que puede considerarse como la apertura de las medidas jurídicas cuyo término fué el suplicio de Jesús." *Godet.*

33. Jesús no ignora lo que se trama respecto de él; por lo tanto *(pues)* se siente impelido a hacer oír a sus adversarios una seria advertencia (v. 33, 34). Y ante todo, previendo claramente el resultado del conflicto, les recuerda que no está *con ellos* más que por *corto tiempo.* ¡Apúrense pues a aprovechar su presencia! Por otra parte, la muerte que le infligirán pronto no aniquilará su vida: será el momento de su regreso *al que le envió.* ¿Mas qué será de ellos? (v. 34).

34. Este versículo no es fácil de comprender; por eso ha sido muy diversamente interpretado. Todo depende del sentido que se atribuya a la palabra: me *buscaréis*. No puede tratarse de una búsqueda inspirada por el arrepentimiento, pues entonces Jesús no diría: *no me hallaréis.* ¿Se trataría pues de una búsqueda hostil, de un odio impotente que se ejercerá después de la partida de Jesús contra sus discípulos? No es probable, y poco en armonía con las últimas palabras del versículo. ¿O anunciaría Jesús a aquéllos de sus oyentes que han resistido a todos sus llamados y que se preparan a hacerle morir, que aun cuando le buscaran en lo sucesivo, no le hallarían, porque el tiempo de la gracia ha pasado para ellos? Esta sentencia sería un juicio pronunciado sobre su endurecimiento. (Comp. Luc. 19:42.) Tal pensamiento no es extraño a nuestro versículo; pero para abarcar el sentido completo de éste, es necesario acordarse de que Jesús habla en su carácter de Mesías a los jefes de la teocracia, representantes de ese pueblo que iba a rechazar y crucificar al Libertador que Dios le destinaba, y provocar así terribles juicios que pronto caerán sobre él. Entonces, en su angustia, esperará vanamente a su Mesías, buscará, sin saberlo, a Aquel que era el único verdadero Mesías y cuya gracia había despreciado, y no le hallará más. En ese temible sentido repetirá pronto estas mismas palabras: "Yo me voy, y me buscaréis, y moriréis en vuestros pecados" (8:2). Lo mismo aquí añade: *adonde yo estaré* (gr. *yo estoy*, es decir: adonde estaré en ese momento), *vosotros no podéis venir.* En su desdicha, ni aun tendrán el recurso de entrar en comunión gloriosa con Dios, donde Jesús estará entonces, y adonde sólo él podría introducirlos (14:3,6).

35. *Los judíos* han sido tan poco afectados de la advertencia triste y solemne de Jesús, que se dirigen unos a otros esta pregunta irónica: ¿Irá a los judíos *dispersos* entre los griegos (la *diasporá*, Jac. 1:1; 1. Pedro

recibir los que creerían en él; pues el Espíritu no era, mientras Jesús no había sido glorificado (37-39). — 2º *Los sentimientos de la multitud.* Unos ven en Jesús al profeta, otros al Cristo. Otros objetan que el Cristo no puede venir de Galilea, sino que debe proceder, según la escritura, de la posteridad de David y de Belén. La multitud está dividida. Algunos quieren prenderle, pero nadie le echa mano (40-44). — 3º *La sesión del sanedrín* Los ministriles vuelven sin haber ejecutado su mandato. Interrogados, se excusan diciendo que jamás hombre alguno ha hablado como Jesús. Los fariseos les echan en cara el haberse dejado engañar. Ningún jefe ha creído en él. La muchedumbre ignorante es maldita. Nicodemo hace observar que la ley no permite condenar a un hombre sin haberle oído. Le tratan de galileo y le declaran que ningún profeta viene de Galilea (45-52).

37 Mas en el último día, el grande, de la fiesta, estaba Jesús en
pie y clamó diciendo [36]: Si alguien tuviere sed, venga a mí y be-
38 ba [37]. El que cree en mí, conforme dijo la escritura, ríos de agua

1:1)? *¿Irá a enseñar a los griegos*, es decir a los paganos, viendo que no tiene ningún éxito entre nosotros? Luego repiten nuevamente, como no hallándoles ningún sentido, las palabras de Jesús, que en el fondo hieren su orgullo: *Adonde yo estoy vosotros no podéis venir.* Profetizan así, sin quererlo, que el evangelio de la gracia, rechazado por ellos, será anunciado a los paganos. Caifás pronunciará más tarde una profecía inconsciente semejante (11:49-52).

36. *La fiesta* duraba siete días; pero, según la ley, se le añadía un octavo, que era un sábado, y que se celebraba con solemnidad particular (Lev. 23:36,39; Núm. 29:35 y sig.; Nehem. 8:18). Éste es el que nuestro evangelista llama *el último y gran día de la fiesta.* Entonces todo el pueblo dejaba las tiendas donde había morado durante siete días (v. 2, nota), y se trasladaba en procesión al templo, donde ofrecía los sacrificios y cumplía las otras ceremonias de ese gran día. Allí, en medio de esa multitud de adoradores, se levanta Jesús y pronuncia con grande solemnidad las palabras que siguen. *(Estaba en pie y exclamó;* comp. v. 28, nota).

37. *Tener sed*, es la figura con la cual la escritura expresa las necesidades morales y espirituales. Bajo el sol ardiente del oriente, en lugares áridos que a menudo carecen de agua, la sed atormenta frecuentemente al hombre y le hace morir en medio de grandes sufrimientos. Jesús se ofrece a apagar la sed del alma: *¡venga a mí, y beba!* Se admite generalmente que en la ocasión presente esta comparación fué inspirada a Jesús por una ceremonia que era propia de la fiesta de los tabernáculos. Cada día, después del sacrificio de la mañana, un sacerdote, con un vaso de oro en la mano, descendía, seguido de la multitud, a la fuente de Siloé y sacaba agua que llevaba al atrio del templo; los otros sacerdotes le recibían al son de las trompetas y de los címbalos, y en medio de las alegres aclamaciones de la multitud. El pueblo cantaba: ("Sacaréis agua con alegría de las fuentes de salud" (Isa. 12:3). Entonces el sacerdote subía al altar de los holocaustos y hacía una libación vertiendo del lado de occidente el agua contenida en el vaso de oro y derramando del lado de oriente una copa de vino. Esa costumbre daba



39 viva manarán de su vientre [38]. Y esto dijo sobre el Espíritu que
debían recibir los que creyeran en él; pues aún no había Espíritu,
porque Jesús aún no había sido glorificado [39].

a las palabras de Jesús una actualidad particular. Godet objeta que no habría sido digno de Jesús tomar por punto de partida del testimonio importante que va a dar una ceremonia que no había sido ordenada de Dios en la ley, sino inventada por los sacerdotes para recordar uno de los grandes milagros realizados en el desierto, el agua brotando de la peña (Ex. 17; Núm. 20). Piensa que Jesús remontó hasta el beneficio divino que el rito instituído por los hombres conmemoraba, y que se comparó, no al cántaro de agua que derramaba el sacerdote, sino a la peña misma de donde Dios hizo brotar el agua viva. Esta explicación no es opuesta a la precedente, pues la ceremonia de la fiesta de los tabernáculos permitió a Jesús hacer alusión a la peña de Refidim; la completa muy bien. (Comparando 1 Cor. 10:4.)

38. *Creer en Jesús* es el acto real figurado por las dos figuras precedentes: "ir a él y beber". Entrar, por una fe viva del corazón, en comunión íntima con Jesús, es el unico medio de apropiarse los tesoros de gracia, de vida y de amor de que él es fuente. Jesús pinta, en una magnífica figura, los beneficios que él procura al que en él cree, y por él a otras almas: *ríos de agua viva manarán de su seno.* Es decir que una efusión potente del Espíritu de Cristo (v. 39), que es el Espíritu de luz y de vida, se derramará en *su interior*, en *su corazón*, y brotará sobre otros, con la abundancia de ríos que riegan y vivifican regiones enteras. Unido a Cristo, será para otros lo que Cristo es para él, una roca de que brotan aguas vivas. (Comp. Ex. 17:6; Núm. 20:11.) Este gran pensamiento estaba ya expresado en el cap. 4:14, con la diferencia de que aquí, el agua viva se extiende, del que en ella ha apagado su sed, hacia otros que tienen aún sed de salvación. La promesa de Jesús fué cumplida en el día de pentecostés y en la acción del Espíritu que siguió. Jesús agrega: *como dice la escritura.* No hay pasaje en el antiguo testamento que contenga exactamente esas palabras; mas todos los profetas anuncian, para los tiempos evangélicos, la efusión del Espíritu de Dios bajo esa figura de las *aguas vivas* que el Eterno derramará sobre su pueblo (Isa. 35:6,7; 41:17,18; 44:3; 58:11; Ezeq. 36:25; Ex. 17:6; Núm. 20:11; Deut. 8:15; Sal. 114:8).

39. Así es como el evangelista explica la promesa de Jesús. Ésta se refería *al Espíritu que habían de recibir los que creerían en él.* Juan agrega que ese Espíritu *no era aún.* No quiere decir que el Espíritu de Dios no hubiese existido y no se hubiese manifestado en el antiguo pacto. Desde antes de la creación, "el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas", para producir en ellas la vida y la armonía (Gén. 1:2); e impelidos por él todos los profetas hablaron (2 Pedro 1:21). No se debe sin embargo debilitar la expresión traduciendo: *no había sido aún dado (B* y la *Itala* presentan esta variante, pero esta lección es una corrección evidente). El pensamiento de Juan debe ser interpretado a la luz de las declaraciones de Jesús en sus conversaciones del aposento alto (Juan 14:15

40 De la multitud pues, habiendo oído estas palabras decían:
41 Éste es verdaderamente el profeta; otros decían: Este es el Cris-
to[40]. Mas otros decían: ¿Viene pues acaso de Galilea el Cristo?
42 ¿No dijo la escritura que de la descendencia de David y de Belén
43 la aldea donde estaba David, viene el Cristo[41]? Una división pues

y sig.; 16:5 y sig.), que hacen depender la venida del Consolador del regreso de Jesús al lado de su Padre, e identifican el don del Espíritu Santo con la presencia de Jesucristo en el corazón de sus discípulos (14:17, 18, 23). En pentecostés solamente empezó el Espíritu a habitar en el corazón de los hombres y a obrar en él como un principio de regeneración y de vida. En ese sentido el evangelista puede decir: *No era aún el Espíritu.* Y da la razón de ello, tan verdadera como profunda: *porque Jesús no estaba aún glorificado.* Esta condición indispensable del envío del Espíritu Santo es expresamente indicada por Jesús mismo (16:7). ¿Mas cómo debe entenderse? Se ha dicho que hasta la glorificación de Cristo "la fe de los discípulos, ligada aún a la presencia de Jesús en carne, era débil y obscurecida por sus falsas ideas del Mesías; la presencia y la autoridad de Jesús los retenían en un estado pasivo y puramente receptivo. Mas cuando su *gloria* les fué revelada por los grandes hechos de su muerte y de su resurrección, su fe se elevó a su verdadera espiritualidad; entregados a sí mismos por la partida de su Maestro, su actividad propia se desarrolló, y todos los gérmenes del Espíritu depositados en ellos llevaron sus frutos". *(De Wette.)* Esta explicación es verdadera, pero insiste demasiado exclusivamente sobre las disposiciones de los discípulos. En Cristo mismo y en su obra es necesario buscar las razones que hacían necesaria su *glorificación* para que la obra del Espíritu pudiera cumplirse. Cristo debía, previamente, por su muerte expiatoria, reconciliar nuestra humanidad con Dios; debía, por su vuelta a la gloria (17:5), tomar posesión del reino que había venido a fundar, de modo que "toda potencia le fuere dada en el cielo y en la tierra" (Mat. 28:18). Después de ello solamente estaba en condiciones de derramar sobre sus redimidos el Espíritu que debía glorificar a él mismo en ellos (Juan 16:14), y crear para siempre su comunión con el Salvador invisible.

40. *Estas palabras (mayúsc.*, vers. El texto recibido dice: *esta palabra)* son las que Jesús acababa de pronunciar, y cuyos efectos d i v e r s o s sobre *algunos de la multitud* describe ahora el evangelista. (El texto recibido dice: *muchos* de la multitud. *Sin., B, D,* omiten *muchos.)* Para unos, que habían recibido una impresión seria, él era *el profeta* (1:21; 6:14), es decir el precursor del Mesías. Para otros, más adelantados en la fe, era *el Cristo*, el Mesías (v. 41). ¡Conclusión capital que sacaban de los discursos de Jesús y de la viva impresión que habían recibido de ellos!

41. Esta objeción prueba que los que la hacían estaban familiarizados con las profecías (Miq. 5:1). Juan no la refuta, lo que le hubiera sido fácil, precisamente porque estima que se refuta por sí misma. Como dice Godet, "se complace en mencionar objeciones que, para sus lectores al corriente de la historia evangélica, se transformaban inmediatamente en pruebas".



44 se produjo en la multitud por causa de él; y algunos de entre ellos
quisieron prenderle[42], mas nadie le echó mano[43].
45 Fueron pues los alguaciles a los principales sacerdotes y fa-
46 riseos, y aquéllos dijéronles: ¿Por qué no le trajisteis? Respondie-
ron los alguaciles: Nunca habló así un hombre, como habla este
47 hombre[44]. Respondiéronles pues los fariseos: ¿Habéis sido acaso
48 vosotros también engañados? ¿Acaso alguno de los jefes ha creído
49 en él, o de los fariseos[45]? Pero la multitud ésta, que no conoce la
ley, malditos son[46].
50 Díceles Nicodemo, el que había ido a él antes, siendo uno de
51 ellos[47]: ¿Juzga acaso nuestra ley al hombre si no oyere pri-

Se ha desconocido pues su intención infiriendo de su silencio que ignoraba el nacimiento de Jesús en *Belén* y de la *posteridad de David.*

42. Hubo pues *división entre la multitud* (9:16; 10:19; 1 Cor. 1:10). Como el evangelista ha señalado dos tonos entre los creyentes (v. 40,41), nota también dos entre los opositores. Unos expresan su duda por una objeción (v. 41,42), o t r o s querrían proceder inmediatamente por vías de hecho (v. 44).

43. *Nadie puso sobre él mano,* sin duda por la misma razón indicada en el v 30. Aun los alguaciles enviados para arrestarle sintieron sus manos retenidas por la potencia divina de su palabra (v. 46).

44. Esos *alguaciles* enviados por el sanedrín para apoderarse de Jesús (v. 32) retroceden ante la ejecución de su mandato. Habrían creído cometer un sacrilegio poniendo la mano sobre él. Ni aun buscan la menor excusa por haber faltado a su deber. Enteramente llenos de lo que han oído, se contentan con esta respuesta, que es un hermoso testimonio dado a la potencia de la palabra de Jesús. "(Es este un poderoso discurso, una palabra enérgica que pronuncian ellos en tu humildad." *Lutero.* "Es este un carácter de la verdad, el convencer a hombres sencillos, más bien que a sus amos." *Bengel.*

45. El sanedrín estaba reunido para recibir al prisionero que los alguaciles debían llevar. Son *los fariseos,* los rígidos guardianes de la ortodoxia, quienes toman la palabra; citan a los hombres de su partido, como los únicos modelos que los alguaciles habrían debido imitar. Cegados por su orgullo, pretenden que *ninguno* de los *jefes* ni de los *fariseos había creído* en Jesús. Había sin embargo, presente en la sesión, un fariseo que iba a probarles lo contrario (v. 50; comp. 12:42).

46. Es éste, de parte de los jefes, el lenguaje de un soberano desprecio y del odio a la *multitud* ignorante. Esta maldición que pronuncian sobre ella en su cólera iba a ser pronto oficial, bajo la forma de excomunión pronunciada contra todos los que creyeran en Jesús (9:22).

47. Véase sobre Nicodemo 3:1 y siguientes, notas. "Tres veces hace este evangelio mención de Nicodemo; el presente pasaje forma la transición de la timidez primera (cap. 3), a la valiente confesión del fin" (19:39). *Luthardt.* "A menudo los que han sido tímidos fuera del peligro son los defensores de la verdad en el peligro mismo." *Bengel.* Estas palabras del evangelista: *que era uno de ellos,* dan tanto mayor peso al testimonio de

52 mero de él y conociere qué hace [48]? Respondieron y dijéronle:
¿Acaso procedes también tú de Galilea [49]? Escudriña y vé que de
Galilea no es suscitado profeta [50].

7:53 a 8:11.— Fragmento interpolado. LA MUJER ADÚLTERA.—1º *Introducción histórica.* Cada uno regresa a su casa y Jesús va al monte de los Olivos. El día siguiente, muy temprano, vuelve al templo, donde se sienta y enseña (53-2).—2º *Conducen la mujer.* Los escribas y los fariseos traen una mujer que han sorprendido en adulterio y, recordando la disposición de la ley de Moisés, preguntan a Jesús qué hay que hacer con esa mujer (3-5).—3º *Jesús confunde a sus adversarios.* Era un lazo que tendían a Jesús. Este escribe un rato sobre la tierra; luego, ante la insistencia de ellos, responde: Que aquél de vosotros que no tenga pecado le arroje la primera piedra; y vuelve a escribir. Confundidos, se retiran unos tras otros. Jesús queda solo con la mujer (6-9). 4º *Jesús despide a la mujer.* Levantándose, pregunta Jesús a la mujer dónde están sus acusadores. Ella comprueba que ninguno la ha condenado. Jesús le dice que él tampoco la condena, y la despide recomendándole que no peque más (10,11).

VIII Y se fueron cada uno a su casa [51]; mas Jesús se fué al monte
2 de los Olivos. Mas de madrugada se allegó otra vez al templo, y

Nicodemo y desmiente las de los fariseos, v. 48. Hay aquí diversas variantes en los manuscritos: *B* dice: *que había venido antes; D: que había venido antes de noche; Sin.*, al que sigue Tischendorf, omite toda la frase. Véase 19:30, donde las mismas palabras son aplicadas a Nicodemo.

48. *Lo que ha hecho*, es decir sus actos y su conducta. La ley es aquí personificada, ella es quien *oye, juzga, conoce*, en la persona del juez que es el órgano de la ley. Esa apelación a la ley, en presencia de hombres que acaban de reprochar a la multitud por no conocerla, es de mordaz ironía.

49. En lugar de responder a la pregunta de Nicodemo, esos hombres apasionados y endurecidos se contentan con decirle una injuria; pues era una a sus ojos llamar *galileo* a un miembro del sanedrín. Y, al mismo tiempo, insinuaban que Nicodemo tenía simpatías por Jesús, el galileo.

50. *Sin., B, D*, vers. tienen el verbo en presente: *no es suscitado;* es decir, que ningún profeta podría ser originario de esa provincia. El verbo en perfecto (texto recibido), expresa un hecho histórico; el presente indica que los fariseos se colocan en el punto de vista de la profecía, según la cual ningún profeta *ha venido ni puede venir* de esa provincia, y por consiguiente, Jesús, a quien nombran galileo, no puede ser ni un profeta ni el Mesías. Aquí nuevamente, la ira ciega esos sabios doctores, pues Jonás era galileo (2 Reyes 14:25), y quizá también Elías y Nahum. Olvidan también que, según Isaías, de Galilea resplandece la luz de los tiempos evangélicos (Isa. 8:23; 9:1). Pero, para la pasión, todos los argumentos son buenos.

51. ¿A quién se aplica esta observación: a los miembros del sanedrín que se retiran después de la sesión (7:45-52), o a los de la multitud quienes, terminada la fiesta, vuelven a sus domicilios? Esta falta de relación clara con lo que precede muestra que el



3 todo el pueblo iba a él, y habiéndose sentado les enseñaba [1]. Y le
traen los escribas y los fariseos una mujer sorprendida en adul-

fragmento siguiente ha sido intercalado en un texto al que no pertenecía.

1. Se encuentra una descripción semejante en Lucas 21:37,38. El último versículo del cap. 7 y los dos primeros con que se abre nuestro cap. 8, forman una especie de introducción a la historia de la mujer adúltera que va a seguir. Forman parte del fragmento cuya autenticidad es discutida. He aquí ante todo, a este respecto, el estado de los documentos en que se apoya la crítica del texto. 1º Un gran número de manuscritos, *Sin., B, A, C*, etc., del siglo IV al IX omiten enteramente este relato y varios de los que lo han conservado lo marcan con signos de duda. 2º Las versiones antiguas, excepto algunos manuscritos de la *Itala*, no lo contienen tampoco. 3º Los padres de la iglesia de los tres primeros siglos, y aun Crisóstomo, no lo mencionan como contenido en nuestro evangelio. Orígenes, que se ocupó especialmente del estado del texto, no habla de él. 4º En muchos documentos, este trozo se encuentra colocado al fin del evangelio de Juan; en algunos otros, a continuación del cap. 21 de Lucas. 5º Estos versículos abundan en variantes diversas, lo que es siempre una señal poco favorable a la autenticidad. 6º El estilo de este relato no es el de Juan; tiene todos los caracteres de las narraciones sinópticas. Por eso la mayor parte de los críticos y de los exégetas se niegan a considerar este relato como formando parte del evangelio de Juan. Así Erasmo, Calvino, Beza, Lücke, Tholuck, Olhausen, de Wette, Reuss, Meyer, Hengstenberg, Weiss, Luthardt, Keil, Godet y todos los modernos editores del texto. Recordemos, por otra parte, que siete *mayúsc.* (entre ellas *D*), del siglo VI al IX, y un gran número de *minúsc.*, lo mismo que algunos ejemplares de la *Itala*, la Vulgata, la vers. sir. de Jerusalén, contienen este relato sin marcarlo con ningún signo de duda. Jerónimo, escribiendo en el siglo IV, testifica (Adv. Pelag. 2,17) que esta relación se hallaba "en muchos manuscritos, tanto griegos como latinos". Por eso muchos intérpretes eminentes, Agustín, Bengel, Hug, Ebrard Stierd, Lange, sostienen la autenticidad de este fragmento, alegando con Agustín que no fué cercenado, al principio, sino por el temor de la influencia moral que podía ejercer en una época en que por una parte, un gran relajamiento de las costumbres y, por otra, un falso ascetismo, se habían introducido en la iglesia. En cuanto a la verdad histórica del hecho, se puede decir con Meyer: "Esta historia tiene tal sello de originalidad, es tan evidente que no es imitada de ningún otro relato de la tradición evangélica, que es imposible ver en él una leyenda de un tiempo posterior; su verdad interna se justifica fácilmente por la exégesis, a pesar de las dudas que han sido levantadas." En todo caso el relato es muy antiguo; Eusebio dice (Hist. ecles. 3:39) que el escrito de Papías sobre los evangelios contenía la historia de una mujer que, a causa de sus pecados, fué acusada delante del Señor. "Esta historia, agrega, se halla en el evangelio de los hebreos." Eso probaría que nuestro relato pertenece a la tradición apostólica. Ha sido insertado posteriormente en este lugar, porque el lazo tendido a Jesús (v. 6) parecía en armonía con las disposiciones hostiles de las autoridades respecto de él (7:32,45 y sig.).

4 terio, y poniéndola en medio dícenle: Maestro, esta mujer ha sido
5 sorprendida en el hecho mismo, cometiendo adulterio [2]. Y en la ley
6 nos mandó Moisés apedrear a las tales; ¿tú pues qué dices [3]? Mas
esto decían tentándole, para tener de qué acusarle [4]. Mas Jesús

2. ¿Quiénes eran esos *escribas* (término extraño al estilo de Juan) y esos *fariseos*, y cuál era la misión de ellos? A menudo se ha visto en ellos delegados del sanedrín y, por consiguiente, jueces de la desdichada mujer que llevan. Irían, antes de instruir su proceso, a proponer a Jesús una cuestión jurídica concerniente a la acusada. Esta concepción falsa de la situación ha sido la fuente de la mayor parte de las dificultades históricas que se ha hallado en nuestro relato. ¡Que el consejo soberano de la nació judía, que despreciaba y aborrecía a Jesús y acababa de enviar alguaciles para arrestarle (7:32, 45), quisiera someterle oficialmente la causa de una acusada a quien iba a juzgar! ¡que Jesús hubiese consentido pronunciarse en un asunto de la competencia exclusiva del tribunal! (Comp. Luc. 12:14). No, esos hombres no obran sino bajo su inspiración individual, y van, como a menudo habían hecho, a proponer a Jesús una cuestión capciosa (v. 6, nota). Para ello, cegados por la hipocresía y el odio, tendrán la crueldad de presentar en público la desdichada mujer que han tomado, y que no estaba aún ni juzgada, ni condenada (v. 9, nota).

3. Aquí también se ha disputado la verdad histórica de nuestro relato. La pena de muerte era pronunciada contra el adulterio (Lev. 20:10; Deut. 22:22), pero la *lapidación* no era infligida, según la letra de la ley, sino a la desposada infiel (Deut. 22:24); los fariseos no habrían pues tenido derecho de decir que *Moisés* había *ordenado* ese género de suplicio. Pero como, de hecho, era aplicado cuando la ley no prescribía otro (Ex. 31:14; comp. con núm. 15:32-36), podían basarse en la costumbre para pronunciar estas palabras. Meyer resuelve de otro modo la dificultad. Para hallar aquí exactamente la letra de la ley, admite que la mujer de que se trata era una desposada infiel. Es muy poco probable.

4. ¿En qué consistía la *prueba*, o el lazo tendido al Salvador? Resuelven de diversas maneras esta cuestión los intérpretes ¡Lücke y de Wette hasta la declaran insoluble! La mayor parte la explican como sigue: si Jesús se pronunciaba contra la lapidación, los fariseos le habrían acusado ante el sanedrín como menospreciador de la ley de Moisés; si se hubiera pronunciado por el suplicio, le habrían denunciado a la autoridad romana como incitándoles a usurpar un derecho —el de ejecutar— que no les pertenecía más. Esta última suposición es inverosímil. Pilato no se habría emocionado de porque un simple rabí galileo hubiera dado su opinión en una cuestión semejante. Y aun cuando Jesús hubiera sido competente para pronunciar una sentencia capital, el gobernador quedaba siempre libre de no confirmarla. El sanedrín mismo no vacilará en condenar a Jesús a muerte sin asegurarse previamente de si Pilato ratificaría su juicio: y Pilato no les hará por ello un cargo. Comprendemos pues el lazo tendido a Jesús de modo algo diferente: si Jesús se hubiera pronunciado por la aplicación rígida de la ley, los fariseos le habrían acusado, no ante la autoridad romana, sino ante todo el pueblo judío, como un hombre caído de su papel de Mesías misericordioso, que hasta entonces había anunciado la gracia y



7 encorvado hacia abajo con su dedo escribía en la tierra [5]. Mas como persistían preguntándole, se enderezó y les dijo: El que de vos-
8 otros carece de pecado arroje el primero piedra contra ella [6]. Y ha-

el perdón a los mayores pecadores, y que ahora quería restablecer una ley que por su rigor mismo había caído en desuso. Así, según su respuesta, acusar a Jesús ante el sanedrín como menospreciador de la ley, o desacreditarle ante el pueblo como rigorista, tal era el dilema en el cual sus enemigos esperaban encerrarle. Esta explicación es la de Lutero, Calvino, Bengel, Tholuck y otros.

5. Jesús estaba *sentado* en uno de los atrios del templo (v. 2); no tenía pues más que *bajarse, inclinarse* hacia adelante para *escribir en tierra*. ¿Mas cuál era su intención? Evidentemente como esa actitud era poco respetuosa respecto de los que le dirigían la palabra, era decirles tácitamente que no quería responderles, ni en particular, inmiscuirse en un asunto jurídico que no atañía más que a los tribunales (Comp. Luc. 12:14). El exégeta no debe pues preguntarse qué escribía Jesús. A lo más se podría pensar que escribía la sentencia que va a pronunciar (v. 7). "Primeramente, cuando la mujer es acusada, Cristo, como si estuviera ocupado en otra cosa, no responde nada, queriendo apartar de él ese asunto que correspondía a la jurisdicción del magistrado político. Luego, como le instaban, pronuncia una sentencia, no sobre la mujer, sino sobre los pecados de los mismos que la acusaban". *Melanchton.*

6. ¡Respuesta divina que confunde la astucia de los acusadores, clava en su conciencia las saetas ardientes de sus propios pecados, deja la ley intacta, sanciona la justicia, da libre curso a la misericordia y, sin atenuar el crimen, hace comprender que puede haber dentro del hombre pecados peores, a los ojos de Dios, que las más groseras transgresiones! Esta sentencia, cayendo como un rayo sobre los adversarios, les quita todo medio y toda ansia de acusar al Salvador ante el sanedrín o ante el pueblo. Si quieren aplicar la ley en su rigor, es cosa de ellos, y aun ellos mismos deberán echar mano, pues, según esa ley, los testigos deben, *los primeros, arrojar la piedra* sobre el condenado (Deut. 17:7; comp. Act. 7:58). Pero Jesús pone a eso una condición que ninguno podrá llenar: ¡*El que de vosotros carece de pecado*! No que quiera Jesús acusar así a todos los hombres de ser adúlteros, pero si se considera ese pecado a la luz del principio que él mismo ha establecido (Mat. 5:28) ¿quién es inocente? ¡y cuántas concupiscencias carnales son violaciones flagrantes del mandamiento de Dios! Tal es la interpretación de esta sentencia, según el contexto. Pero algunos intérpretes piensan que Jesús entiende por estas palabras, *sin pecado*, ser exento de toda especie de transgresión. No podemos compartir esa opinión; pues Jesús habría puesto así una condición imposible que, como tal, no habría podido alcanzar la conciencia de los acusadores de la mujer. Esta sentencia de Jesús tiene un alcance moral que se extiende mucho más allá del caso actual; es apropiada para hacer volver en sí a todos los que, como los fariseos del texto, se constituyen en acusadores y jueces de sus hermanos; sondando su corazón, hallarán siempre bastantes razones de guardar silencio, de humillarse y no sentir para los mayores pecados más que tierna compasión (Mat. 7:1-5; Rom. 2:1).

biéndose encorvado hacia abajo otra vez, escribía en la tierra [7].
9 Mas ellos, habiendo oído y reprendidos por la conciencia salían uno
por uno empezando por los más viejos hasta los últimos [8], y fué
10 dejado solo Jesús y la mujer que estaba en medio [9]. Mas Jesús, ha-
biéndose enderezado y a nadie visto fuera de la mujer, díjole: Mu-
jer, ¿dónde están aquéllos tus acusadores? ¿Nadie te ha condena-
11 do [10]? Y ella dijo: Nadie, Señor [11]. Y dijo Jesús: Tampoco yo te
condeno; vé, desde ahora no peques más [12].

7. Esta segunda vez, quería Jesús sin duda significar que no añadiría palabra alguna ya en este asunto (v. 6, nota).

8. Cualesquiera que fuesen la ceguedad y el endurecimiento de esos fariseos, hay situaciones en que el hombre no puede resistir la fuerza de la verdad moral. ¿Qué será en el día del juicio? Cada pecador, viéndose a la luz de la santidad divina, pronunciará su propia sentencia. Es necesario observar este imperfecto que pintan la escena: *salían;* se les ve desfilar *uno a uno*. Son los *más viejos* los que *empiezan*, siendo bastante prudentes para no exponerse a una nueva confusión, y todos siguen, *hasta los últimos*. Esta palabra designa los últimos que salen, y no un rango que habrían observado entre ellos. El hecho de que abandonan así a la mujer que acusaban, muestra hasta la evidencia que no había nada de oficial en la misión que ellos mismos se habían dado, por odio contra el Salvador. Las palabras: *reprendidos por la conciencia* faltan en un gran número de manuscritos; si no son auténticos, no por eso dejan de expresar un hecho interno que es evidente de por sí.

9. *En medio* de los discípulos y del pueblo, pues es claro que éstos no habían salido con los fariseos. La mujer quedando sola con Jesús, era, como tan bien lo dice Agustín: "la miseria con la misericordia". "El hecho de que ella queda allí, en vez de aprovechar de la confusión para ocultarse a todas las miradas, muestra que las primeras palabras de Jesús han producido en ella una impresión de humillación, un movimiento de arrepentimiento que muchos intérpretes no han sabido ver en esta historia. Las palabras que Jesús va a pronunciar suponen y prueban esa impresión. La angustia de la muerte es quitada a esa pobre mujer pero es para hacer lugar a la angustia de la conciencia, que no es menor. ¿Qué va a decirle el Salvador, él que *es* "sin pecado"? Después de haber recordado el derecho mosaico de "la primera piedra", ¿contradirá la ley de Moisés, o va a confirmarla contra la pecadora? Ella queda allí y espera su sentencia." *R. Stier*.

10. *Condenado* a pasar a juicio para ser tratada según la ley; pues esos hombres, en aquel momento, no eran sus jueces. De ahí esa palabra individual *nadie*, ninguno de ellos.

11. Esta palabra llena de respeto, *Señor*, muestra también la impresión que hacían en la mujer la presencia y la palabra del Salvador.

12. Estas importantes palabras de Jesús, como todos los detalles de este relato, apartan toda idea de una sentencia jurídica que jamás habría él querido pronunciar. Se coloca en el punto de vista enteramente moral de su reino, adonde ha venido para "buscar y salvar lo que está perdido." No



D. 12-59. ULTIMAS DECLARACIONES DE JESÚS. PUNTO CULMINANTE DE LA LUCHA EN LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS. — 1º *Jesús, la luz del mundo. El juicio que él pronuncia y el testimonio que recibe:* a) *Declaración de Jesús.* Jesús dice que él es la luz del mundo y que quien le sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (12). b) *Objeción de los adversarios.* El testimonio de Jesús carece de valor, puesto que lo da en su propio favor (13). c) *Respuesta de Jesús.* Abordando directamente el fondo de la objeción, responde Jesús que su testimonio no es menos digno de fe, pues él tiene conciencia íntima de su misión divina, de la que ellos no tienen conocimiento alguno. Ellos juzgan según la carne. La función de él no es juzgar; sin embargo, las apreciaciones morales que él emite son justas, pues el Padre está con él. Así es llevado a la cuestión de forma suscitada por los judíos; cita el texto de su ley que exige dos testigos para certificar un aserto: el Padre y él son los dos testigos requeridos. Los judíos le preguntan irónicamente: ¿Dónde está tu Padre? Jesús replica: No conocéis ni a mí ni a mi Padre. Si me conocierais, conoceríais también a mi Padre (14-19). d) *Nota histórica.* Jesús pronunció estas palabras en la cámara de tesoro; nadie le prendió, pues no había llegado su hora (20). — 2º *La próxima partida de Jesús. Su origen celeste, que será reconocido después de su elevación:* a) *Jesús anuncia su partida.* Él se va. Los judíos le buscarán y morirán en su pecado, no pudiendo ir adonde él va. Ellos se preguntan si Jesús se dará muerte. Replica Jesús que ellos son de abajo mientras él es de arriba y, por esta razón, ellos morirán si no creen (21-24). b) *¿Quién es Jesús?* Los adversarios preguntan a Jesús quién es. Él se remite a sus precedentes declaraciones, les dice que tiene mucho que reprender en ellos y apela al testimonio de Aquél que le ha enviado. Ellos no entienden que les habla del Padre. Jesús les dice que cuando hubieren levantado al hijo del hombre conocerán su calidad divina, su perfecta obediencia, la fidelidad de su enseñanza. El que le ha enviado no le deja solo (25-29). — 3º *El libertador. La esclavitud de Israel y su filiación moral. La santidad de Jesús, garantía de su veracidad:* a) *La esclavitud de Israel y la libertad ofrecida por el Hijo.* Muchos creen en Jesús. Les dice Jesús que si perseveran en su palabra, la verdad los libertará. Responden que son descendientes de Abraham y no fueron jamás esclavos de nadie. Jesús declara que el que hace pecado es esclavo del pecado, que el esclavo no queda en casa para siempre, que si el Hijo los libertare serán ellos realmente libres (30-36). b) *La filiación moral de Israel.* Ellos son realmente la posteridad de Abraham, y procuran matar a Jesús, quien les dice lo que ha visto en su Padre. Hacen así los que han oído de su padre. Los judíos afirman que su padre es Abraham. Si fuérais hijos de Abraham, replica Jesús, obraríais como él; mas vosotros procuráis matarme, a mí que os digo la verdad. Abraham no habría hecho eso. Vosotros obedecéis a la inspiración de vuestro padre. Ellos protestan no ser hijos ilegítimos y no tener otro padre que Dios. Jesús les dice que si Dios fuera su padre amarían a él, que ha salido de Dios y por él es enviado. Mas ellos no pueden escuchar su palabra. Tienen por padre al diablo, homicida desde el principio, y padre de la mentira. Por tanto no creen en Jesús que les dice la verdad (37-45). c) *La santidad de Jesús, prenda de su veracidad.* Jesús arroja a sus adversarios como un desa-

fío esta pregunta: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Si yo digo la verdad, agrega, ¿por qué no me creéis? Porque no sois de Dios (46-47). — 4º *Supremo testimonio que da Jesús de su persona:* a) *Jesús responde a una injuria de los judíos.* Tratan a Jesús de samaritano y de loco. Jesús responde que él honra a su Padre y le deja el cuidado de glorificarle (48-50). b) *Jesús promete la vida eterna.* Si alguno guarda su palabra, dice, no verá jamás la muerte. Los judíos ven en esta promesa la confirmación de su pensamiento de que Jesús está loco. Recuerdan que Abraham y los profetas murieron. ¿Sería Jesús mayor que Abraham? ¿Quién pretendes ser? le preguntan (51-53). c) *Jesús afirma su preexistencia.* Empieza por repetir que él no procura glorificarse. Su Padre, Aquél al que, sin conocerle, ellos llaman su Dios, le glorifica. Jesús le conoce y debe a la verdad el proclamarle. Luego, abordando la objeción de sus adversarios, declara que Abraham se regocijó de ver su día. Los judíos exclaman: ¡No tienes tú cincuenta años y has visto a Abraham! Jesús responde con esta afirmación solemne: Antes que Abraham fuese, yo soy (54-58). d) *Fin del debate.* Los judíos cogen piedras para apedrear a Jesús. Éste se oculta y sale del templo (59).

12 Otra vez pues hablóles Jesús diciendo [13]: Yo soy la luz del
mundo; el que me sigue de cierto no andará en las tinieblas, sino
13 que tendrá la luz de la vida [14]. Dijéronle pues los fariseos: Tú so-

dice a esa mujer, como a otra pecadora, "tus pecados te son perdonados" (Luc. 7:48); pero *no condenar* es absolver, y esa misericordia divina era lo más apropiado para obrar en el corazón de la mujer el arrepentimiento y la regeneración. El porvenir lo probará; de ahí estas últimas palabras que garantizan la moralidad de esta historia, porque no hay nada más santificante que la gracia: *¡Ve, y no peques más!* "Por consiguiente, Jesús condena también, pero el pecado, y no a la pecadora." *Agustín.*

13. Estas palabras no indican con precisión el momento en que tuvieron lugar las enseñanzas y las discusiones que van a seguir; si se omite la historia de la mujer adúltera, se unen al cap. 7:52, pero de una manera bastante vaga, pues éste terminaba por el relato de una sesión del sanedrín. Parece que Jesús tiene delante de sí otro auditorio (véase el fin de la nota siguiente), reunido en otro lugar (v. 20). Por otra parte, las palabras *otra vez, pues,* muestran que en el pensamiento del evangelista estos nuevos testimonios dados por Jesús tienen conexión con los referidos en el cap. 7. Sea lo que fuere, se reconoce fácilmente, en este discurso de Jesús, tres partes distintas: en la primera (v. 12-20), Jesús declara que es la luz del mundo; en la segunda (v. 21-29), hace resaltar el contraste profundo que existe entre su persona y el pueblo que le rodea; por último en la tercera (v. 30-59), prosigue ese contraste hasta en sus razones más profundas. Sin cesar interrumpido por algunos de los oyentes, las enseñanzas de Jesús toman aquí la forma del diálogo. Los adversarios, retenidos primeramente por la mano de Dios (v. 20), luego divididos porque muchos entre el pueblo creyeron en Jesús (v. 30), concluyen por dar salida a todo su odio, al punto de atentar contra la vida del Salvador (v. 59).

14. Este gran testimonio que el Salvador se da a sí mismo no deja al



lector del evangelio otra alternativa que creer plenamente su divinidad o acusarle de una pretensión extravagante. Jesús no es solamente *la luz* de su pueblo, al cual revelaba la verdad divina, sino la luz *del mundo,* es decir, de nuestra humanidad entera (Comp. 9:5; 12:35). ¿Cómo comprender este pensamiento inmenso? Nuestro evangelista ha dicho en otro lugar: "Dios es luz" (1 Juan 1:5); ahora bien: lo que Dios es en sí mismo, el Salvador lo es para el mundo, pues Dios no es conocido sino por él y en él. Cuando diga Jesús más tarde: "Yo soy la verdad", no expresará una idea diferente. Pero hay que cuidarse de dar a estas palabras de "verdad" y de *luz* un sentido puramente intelectual, pues Jesús las pone siempre en relación con *la vida.* "Yo soy la verdad y la vida" (14:6); "el que me sigue tendrá *la luz de la vida*". En efecto, como el sol es para nuestra tierra al mismo tiempo luz, calor y vida, tal es el Salvador para nuestra humanidad (Comp. 1:4, nota). Por eso se ha presentado él primeramente como *la vida* (6:32-58) antes de declararse *la luz,* pues no es luz sino para aquellos cuya *vida* es ya. Esta afirmación supone que *el mundo* no tiene luz, que está sumergido en las tinieblas, y es lo que resulta de la segunda parte del versículo. Para no *andar en las tinieblas,* que son en todo sentido lo opuesto de la luz, el hombre debe *seguir a Jesús,* es decir, recibir sus enseñanzas, entrar en comunión con él por una fe viva y conformar toda su vida a la vida santa del Salvador. Así no solamente no andará más en tinieblas, sino que *tendrá* en su posesión *la luz de la vida,* es decir, una luz que procede de la vida (1:4). En efecto, así como las tinieblas son el error, el pecado y la muerte, igualmente la luz es, para el alma creyente, inseparable de la santidad y de la vida (Ef. 5:8; Col. 1:13; comp. con Gál. 2:20). Como Jesús había conectado su precedente testimonio a uno de los recuerdos evocados por las ceremonias de la fiesta de los tabernáculos (7:37, 2ª nota), muchos intérpretes piensan que la idea de designarse como *la luz del mundo* le fué inspirada por la vista del inmenso candelabro que se encendía durante la fiesta en el atrio de las mujeres y que, desde allí, iluminaba una parte de la ciudad. Godet prefiere aquí también (Comp. 7:37, 2ª nota) remontar del símbolo establecido en los tiempos de Jesús, al hecho milagroso cuyo memorial era; piensa que Jesús se compara a la columna de fuego que, en el desierto, iluminaba la marcha de Israel durante la noche, que sólo tenía que seguir para no extraviarse. Se puede objetar a esa doble suposición que la fiesta de los tabernáculos había pasado. En efecto, Jesús pronunció la declaración de 7:37 y sig. "el último y gran día de la fiesta". Ahora bien: parece resultar de diversos indicios que las enseñanzas y las discusiones referidas en el cap. 8 tuvieron lugar el día siguiente o uno de los días que siguieron a la fiesta. La situación ha cambiado; el auditorio no es el mismo. En el cap. 7 era "la multitud", compuesta principalmente de peregrinos (7:20,31, sig., 40, 43); el evangelista distingue de ésta a los "habitantes de Jerusalén" (7:25). En el cap. 8, no se hace ya mención de esa "multitud", de donde se ha inferido que la fiesta había terminado. Por otra parte, el candelabro en que piensa no era encendido, según ciertos autores, más que la primera tarde de la fiesta. ¿Es acaso necesario suponer una alusión a esa ceremonia especial? ¿No bastaba recordar que las escrituras presentes en la memoria de todos los oyentes de Jesús anuncian en todas partes la venida del salvador empleando esa hermosa

14 bre ti mismo das testimonio; tu testimonio no es verdadero [15]. Res-
pondió Jesús y díjoles: Aun si yo doy testimonio sobre mí mismo,
verdadero es mi testimonio, porque conozco de dónde vine y adón-
de voy; mas vosotros no sabéis de dónde vengo o adónde voy [16].
15 Vosotros según la carne juzgáis, yo no juzgo a nadie [17]. Y aun si
16 yo juzgo, el juicio mío es verdadero, porque solo no estoy sino yo y
17 el que me envió [18]. Mas en la ley vuestra también escrito está que

figura de la luz que alumbra en las tinieblas? (Isa. 49:6; 60:1-3; Mal 4:2; comp. Luc. 1:79; 2:32)

15. Esta asombrosa declaración provoca la contradicción de los *fariseos;* sin tocar el fondo, presentan una cuestión de forma. Habrían podido redargüir a Jesús una de sus sentencias (5:31). Es admitido en efecto, ora en justicia, ora en sociedad, que un hombre no puede *dar testimonio de sí mismo.* En su respuesta Jesús trata primeramente la cuestión de fondo, luego vuelve a la objeción de forma (v. 16-18).

16. La regla de derecho que le oponen los adversarios no le es aplicable porque él no se *da testimonio* como un hombre común, sino con la conciencia clara de que *ha venido de* Dios para llenar de su parte su santa misión, y de que *va* a él para tomar nuevamente posesión de su gloria. Su testimonio de ser "la luz del mundo" está pues revestido de la autoridad misma de Dios. Por una razón inversa, la causa por la cual no creen sus oyentes su testimonio es ésta: que en su ceguedad moral, *no saben, ni de dónde viene, ni adónde va,* se han hecho incapaces de reconocer, en sus palabras y en sus obras, las señales evidentes de su origen divino.

17. Los adversarios acababan de emitir sobre Jesús un juicio injusto (v. 13); él afirma que eso es *juzgar según la carne.* (Comp. 7:24.) Unos traducen *según la carne* por "carnalmente": las disposiciones carnales de los contradictores falsean su juicio; otros le dan el sentido de "según la apariencia": en su apreciación de Jesús, los adversarios consideran su apariencia débil, su "forma de siervo". La presencia del artículo (*la*) recomendaría este segundo sentido, que por lo demás comprende al primero. Mientras que los adversarios se permiten juzgarle, Jesús les hace oír estas palabras llenas de misericordia: *Yo no juzgo a nadie.* ¿No está esta declaración en contradicción con el v. 16? Muchos comentadores restringen su alcance de diversas maneras, haciendo decir a Jesús: "Yo no juzgo a nadie según la carne, como vosotros"; o bien: "Yo no juzgo ahora"; o también: "No soy yo solo quien juzga, puesto que el Padre está conmigo" (v. 16); o, por último, poniendo el énfasis sobre *nadie:* "Yo no juzgo a ningún individuo en particular, sino solamente el estado moral del pueblo en su conjunto." Es necesario explicar estas palabras por las 3:17, donde Jesús declaraba que su oficio de Mesías no consistía en juzgar, sino en salvar. Este carácter general de su misión no excluye las apreciaciones morales que es llamado a formular en este mundo pecador donde prosigue su obra (v. 16).

18. Su juicio *es verdadero* y digno de fe, porque es el de Dios mismo que *está con* él y habla por su boca. Gr. *sino yo y el Padre que me envió,* sobrentendido: estamos juntos para juzgar (5:30; comp. 9:39). *Sin., D,* omiten: *el Padre.*



18 el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que da testi-
monio sobre mí mismo, y da testimonio sobre mí el Padre que me
19 envió [19]. Decíanle pues: ¿Dónde está tu padre? Respondió Jesús:
Ni a mí conocéis ni a mi Padre; si a mí conociérais, también a mi
20 Padre conoceríais [20]. Estas palabras habló en el tesoro, enseñando
en el templo; y nadie le prendió, porque aún no había llegado su
hora [21].

19. Por la afirmación de que no está solo, sino que el Padre está con él (v. 16), Jesús ha vuelto a la objeción de forma que le hacían sus contradictores (v. 13). Les cita ahora el artículo de la ley que exige el *testimonio de dos hombres* y les muestra que él llena esa condición, pues, a su propio testimonio, se agrega el del *Padre que le envió* (v. 17,18). ¡Y qué autoridad la de Dios mismo hablando por su Enviado! La prescripción legal a que Jesús hace simple alusión, sin citarla textualmente, se lee en Deut. 17:6 y 19:5. Comp. Mat. 18:16.) Es necesario observar esta expresión: *vuestra ley* (comp. 10:34; 15:25), esa ley en que los judíos se apoyaban para rechazar el testimonio de Jesús, y que los condenará. Jesús no niega la autoridad de la ley para sí mismo, ni la declara abolida, como han pensado algunos intérpretes; pero, en su posición única, no podía ni quería decir *nuestra ley,* lo que hubiera sido ponerse al nivel de sus oyentes. Es así como jamás dice, hablando de Dios: *nuestro Padre,* sino *mi* Padre y *vuestro* Padre (20:17; comp. Mat. 5:16; 6:8, 15,32). Los intérpretes se preguntan cuál es este *testimonio* del Padre al que apela Jesús aquí. Unos piensan en las declaraciones solemnes de Dios en ocasión del bautismo de Jesús o de su transfiguración; otros ven en él sus milagros (5:36). Se trata más bien de la conciencia íntima que tenía de su unidad con Dios, que se manifestaba a los que se le acercaban por una irradiación de toda su persona y hacía de su hermosa y santa vida, de sus enseñanzas como de sus obras, un evidente testimonio dado por Dios.

20. La pregunta de los judíos: *¿Dónde está tu Padre?* es una burla impía, pues no podían ignorar que Jesús les hablaba de Dios y de su testimonio que es interno. El Salvador se contenta pues con declararles que rechazan ese testimonio, porque *no conocen,* de una manera viviente, *ni a su Padre, ni a él mismo,* el único por quien Dios se revela. Si le conocieran, verían que no está solo (v. 16), reconocerían al Padre en él (14:9; Mat. 11:27).

21. Esta observación del evangelista sobre el lugar donde Jesús acababa de pronunciar *estas palabras* muestra la importancia que éstas tomaron a sus ojos; su recuerdo ha permanecido unido al del lugar donde las oyó. Además, nos llama la atención a este hecho significativo: Jesús *enseñaba* en una dependencia del templo, *en el lugar donde estaba el tesoro* o la tesorería (véase Mar. 12:41, nota), donde se hallaba sobre el paso de la multitud. Ahora bien: ese lugar estaba próximo a la sala donde el sanedrín celebraba sus sesiones; y sin embargo *nadie se apoderó de él,* porque una potencia divina retenía la mano de los adversarios. Es lo que Juan indica con las palabras: *porque su hora no había llegado aún.* (Véase 7:30, nota).

21 Díjoles pues otra vez [22]: Yo me voy, y me buscaréis, y en
vuestro pecado moriréis; adonde yo voy vosotros no podéis venir [23].
22 Decían pues los judíos: ¿Se matará, acaso, que dice: Adonde yo
23 voy vosotros no podéis venir [24]? Y les decía: Vosotros de abajo
procedéis, yo de arriba procedo; vosotros de este mundo procedéis,
24 yo no procedo de este mundo [25]. Os he dicho pues que moriréis en
vuestros pecados; si no creyereis, en efecto, que yo soy, moriréis
en vuestros pecados [26]. Decíanle pues: Tú, ¿quién eres? Díjoles Je-

22. Les dijo *pues nuevamente; pues*, porque tenía aún libertad de ello (v. 20); *nuevamente*, es decir dirigiéndose a oyentes que habían recibido ya sus precedentes declaraciones. (Comp. v. 12).

23 Comp. 7:33,34. Este anuncio reiterado de su partida era, para los oyentes de Jesús, una seria advertencia, pues si persistían en rechazar la luz y la gracia que les ofrecía, no les quedaría, después de él, más que las tinieblas y la condenación. Es lo que les anuncia en estos términos claros y terribles: *Moriréis en vuestro pecado. El pecado* es la corrupción natural del corazón y la incredulidad que hace imposible la renovación moral. *Los pecados* (v. 24) no son más que los frutos malos e inevitables de ese estado de alma. Bajo los juicios de Dios que caerán sobre ellos, le *buscarán*, no con la fe que aspira a la salvación, sino impelidos por el único deseo de un socorro terrestre, y no le hallarán, porque *adonde él va*, al cielo, a la gloria, no podrán ellos alcanzarle sino por una fe viva, y su pecado, es la incredulidad (v. 35, nota). ¡No quedará pues más que la ruina!

24. A las temibles palabras del Salvador los judíos, incrédulos y frívolos, responden con la burla. Poco antes (7:35), se preguntaban irónicamente si iba a hacerse el Mesías de los paganos; aquí ¡si se irá por el suicidio! E insinúan que, en este caso, no se cuidan de seguirle adonde va (v. 21). ¡Es así como la impiedad interpretaba las palabras de Jesús!

25. Sin detenerse en sus sarcasmos, Jesús les revela la causa profunda de las disposiciones de sus corazones y les expone al *mismo* tiempo por qué no pueden ni comprenderle, ni s e g u i r l e adonde va (v. 21). Ellos son *de abajo*, literalmente *de las cosas de abajo;* lo que Jesús explica por las palabras: *de este mundo*, donde reinan las tinieblas, el pecado y la muerte; provienen de ellas, han nacido en ellas y en ellas viven; tal es el estado moral de todo hombre natural. Jesús, al contrario, es *de arriba*, del cielo, y este término expresa, a la vez, su origen y el espíritu celestial que le anima. Hay un abismo entre los dos términos de esta antítesis que se encuentra a menudo en las enseñanzas de Jesús y de sus apóstoles (3:31; 1 Juan 4:5,6; Col. 3:1,2; Fil. 3:19,20)

26. *Por eso* (gr. *pues*), a causa de esa corrupción natural de vuestro corazón, *os dije...* y el Salvador repite aquí dos veces esta terrible predicción: *moriréis en vuestros pecados.* Una sola cosa habría podido libertar a los judíos de ese estado moral y de esa condenación, la fe; de ahí estas palabras condicionales que dejan aún abierta la puerta de la salvación: *Si no creyereis.* Pero ¿qué debían creer? *Que yo soy...* (Comp. v. 28 y 58.) Se completa ordinariamente: *que yo soy* el Mesías, el Cristo (según 4:26), y esta interpretación es verdadera; pero omitiendo todo atributo y diciendo simplemente: *que yo soy*, Jesús da a su pensamiento algo de majestuoso que deja entender todo lo que él es para nuestra humanidad. "¿Qué es él, en efecto, como objeto de la fe, sino la plenitud de la salvación, el contenido de todas las promesas de Dios, que eran la esperanza y la fe de Israel desde el principio? Él es la vida, la luz, el camino, la verdad; en una palabra, es todo, en sentido absoluto." *Luthardt.* Hablando así, Jesús adopta simplemente la palabra divina del antiguo testamento: *Yo soy.* "Como Dios, en su *Yo soy*, resume la suma entera de la fe de los fieles en el antiguo pacto (Ex. 3:14; Deut. 32:39; Isa. 41:13; 43:10), así Cristo, por esta misma palabra, expresa todo el objeto de la fe en el nuevo." *Meyer.*

27. En lugar de recibir la advertencia que Jesús les daba, los adversarios le preguntan con desprecio: *¿Tú, quién eres?* ¿De dónde te viene el derecho de hablarnos así? La respuesta de Jesús ha dado lugar a diversas interpretaciones. Pueden ser agrupadas en dos clases. Los unos no ven en ella más que una manera de romper la conversación: *En general, por qué hablo aún con vosotros*, no lo sé, o: ¡Debierais preguntároslo! (Lücke, Weiss, Holtzmann, Westcott). Otros le dan mayor alcance y hacen de ella una respuesta directa a la pregunta hecha: *¿Quién eres?* —Yo soy *precisamente* o *ante todo, lo que también os declaro.* Esta explicación es la de Winer, de Wette, Reuss y Godet. (Véase para su legitimación el comentario de este último.) Jesús, en lugar de responder por una definición de su persona, que habría quedado ininteligible para sus oyentes, apela simplemente a su palabra, a los testimonios numerosos que ha dado de su persona y de su misión divina. Llenan este capítulo mismo y los que preceden. Constituían para los judíos el único medio de saber *quién es él.* Pero era aún necesario que su palabra fuera recibida por la fe. Ahora bien: los adversarios la rechazaban; no quedaba pues a Jesús más que rehusarles toda otra revelación sobre su persona; no la habrían comprendido ni creído. La mayor parte de los exégetas modernos rechazan la traducción: Yo soy lo que os dije *desde el principio.*



25 sús: Absolutamente lo que también os digo [27]. Mucho tengo sobre
26 vosotros que hablar y que juzgar; pero el que me envió es verda-
27 dero y yo lo que he oído de él esto hablo al mundo [28]. No conocieron

28. No hay que conectar estas palabras a las del v. 25, que no encierra más que un incidente; sino al v. 24, donde Jesús dirige como aquí reproches a sus oyentes y enuncia los juicios que tiene que emitir sobre ellos. Continúa: *Tengo* aún *mucho que decir de vosotros y juzgar en vosotros*, y esto en proporción de vuestra culpable resistencia a la verdad; *mas* por severas q u e puedan pareceros mis palabras *el que me envió*, y en cuyo nombre las pronuncio, *es verdadero*, es la verdad misma; y yo no revelo *al mundo más que las cosas que he oído de él.* Es decir que, en su unidad absoluta con el Padre, Jesús tiene conciencia clara de que todas las palabras y todos los juicios que pronuncia son las palabras y los juicios de Dios mismo. Estas palabras *en el mundo*, o *para el mundo*, muestran que Jesús sabía muy bien que las verdades que enunciaba no eran destinadas solamente al círculo limitado de sus oyentes actuales, sino que

28 que del Padre les decía [29]. Díjoles pues Jesús: Cuando levantareis
el hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy, y de mí mismo
nada hago, sino que conforme me ha enseñado el Padre, ésto di-
29 go [30]. Y el que me envió conmigo está; no me ha dejado solo, por-
que yo lo agradable a él siempre hago [31].

tomarían posesión del *mundo* entero, como revelación divina y definitiva.

29. Esta observación del evangelista atribuye a los oyentes de Jesús una falta de inteligencia que varios exégetas (de Wette entre otros) hallan inexplicable. Sin embargo no es necesario, para levantar la dificultad, admitir, como se ha hecho, que Jesús no tenía delante de sí los mismos oyentes en los discursos que preceden; o insistir en el hecho de que en esta última conversación, hablando de "Aquel que le envió", el Salvador no le había nombrado *su Padre* (véase v. 16); o por último que lo que los judíos no comprendieron era la relación íntima de Jesús con Dios. No; basta, para hallar natural esta observación, releer el v. 19, y agregar con Bengel: "Con esta observación, expresa Juan su extrañeza de la incredulidad y la ceguera de los judíos, como en el cap. 12:37".

30. *Pues*, como consecuencia de esa incurable ignorancia voluntaria de sus oyentes, Jesús dirige su mirada hacia un porvenir cercano, en que la luz se hará necesariamente. *Cuando hubiereis levantado al hijo del hombre, entonces conoceréis... Levantado...* sobre la cruz (3:14; 12:32), Jesús no solamente tiene una concepción clara de ese destino que le está reservado; sabe que es su pueblo *(vosotros)* quien le clavará en la cruz. (Act. 5:30). Pero la cruz es para el Salvador el camino de la gloria, de una gloria que se manifestará en su muerte, en su resurrección, por la efusión del Espíritu de Dios, por la fundación de la iglesia y la creación de una nueva humanidad. *Entonces conoceréis*, los hechos os obligarán a admitir lo que ahora no creés por mi palabra (v. 24). "Leemos el cumplimiento de esta predicción en Mat. 27:54; Luc. 23:47,48; Act. 2:41; 21:20". *Bengel*. "Después del envío del Espíritu Santo, la esencia santa y divina de la persona de Jesús ha sido manifestada en Israel por la predicación apostólica, por la aparición de la iglesia, finalmente por el juicio que ha herido a Jerusalén y a todo su pueblo. Al ver todo esto la ininteligencia ha cesado para todos, por buenas o por malas, y se ha transformado en fe en unos, en endurecimiento voluntario en otros." *Godet*. El gran objeto de ese conocimiento será la divinidad de Cristo mismo: Conoceréis *que yo soy* (v. 24, nota); conoceréis, por fin, que todo lo que yo *hago* y todo lo que *digo* emana del Padre con el cual hablo y obro en perfecta unidad. Dios en Cristo, tal es el objeto del conocimiento y de la fe cristianas.

31. En presencia de la incredulidad que le rechaza, Jesús ha expresado la esperanza de que el porvenir le hará conocer (v. 28); expresa ahora la certidumbre que tiene de la presencia y el apoyo de Dios. Tal es la relación que Weiss establece entre los v. 28 y 29. Meyer y Godet hacen depender aún la primera proposición del verbo: *conoceréis*. A pesar de la soledad y el abandono en que Jesús parece estar en presencia de sus adversarios, tiene conciencia de que el Padre está *con él* y que jamás, en su vida de humillación sobre la tierra,



30 Hablando él esto muchos creyeron en él [32]. Decía pues Jesús a
31 los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en
32 la palabra mía, verdaderamente discípulos míos sois, y conoceréis
33 la verdad, y la verdad os libertará [33]. Respondiéronle: Descenden-

le ha *dejado solo*. Esta presencia permanente del Padre ha tenido por condición la constante y perfecta obediencia del Hijo: *porque yo hago siempre lo que le es agradable*. Gracias a esa obediencia completa, gracias a su santidad perfecta, Jesús disfruta sin interrupción, y disfrutará hasta el fin, de la comunión del Padre. Se concibe que Jesús experimentó un consuelo profundo al pronunciar esta importante declaración.

32. *Estas cosas* que Jesús *decía* son las palabras del v. 29. *Muchos* de sus oyentes, conmovidos por todo lo que había de mansedumbre, resignación, confianza en Dios, en su lenguaje, *creyeron en él*. Eran almas sinceras que se inclinaban a reconocer a Jesús como el Mesías. Cualquiera que fuese aún la debilidad de su fe, esa fe, como observa de Wette, tiene otro fundamento que la de los oyentes de que se habla en 2:23; 7:31, que no creían más que por haber visto los milagros de Jesús. Por eso Jesús procura iluminarla y confirmarla (v. 31). Pero aquí se presenta una dificultad: Jesús dirige luego a sus oyentes palabras de extrema severidad (v. 34, 37, 43, 44), y ellos, de su parte, manifiestan una hostilidad creciente, un odio que llega hasta buscar la muerte de Jesús (v. 37, 59). ¿Son esos oyentes los mismos hombres que el evangelista nos dice *creyeron* en Jesús? Muchos exégetas lo piensan, y deducen que su fe era una fe de mala ley, que dejaba subsistir en el fondo de su corazón los gérmenes de su enemistad natural. ¿Pero no es esa una contradicción psicológica y moral? Con de Wette, Lücke, Tholuck, Meyer y otros, pensamos pues que este discurso se dirige a un auditorio mezclado, donde, con los que creían, se hallaban los adversarios de la verdad, bastante claramente designados por el evangelista. Hubo también sin duda algunas defecciones entre los que habían sido primeramente conmovidos por las palabras de Jesús (v. 30). Si se hallaban en el número algunos jefes del pueblo, la promesa con la cual procuró Jesús desarrollar y depurar la fe de esos nuevos creyentes (v. 31, 32), reveló pronto su orgullo (v. 33). Esos hombres y sus semejantes son los que Juan llama en el transcurso de su conversación *los judíos*, término que le es familiar para indicar los jefes de la teocracia (v. 48,52,57; comp. 1:19, nota). Esos hombres son también los que, en esta discusión, se encolerizan contra Jesús con odio amargo (v. 48,52) y hasta con designios criminales (v. 37,40). Esto sólo explica las palabras severas que el Señor les dirige (v. 44). "(La multitud estaba mezclada", según la expresión de Bengel, y se puede distinguir, por las palabras mismas de Jesús, los oyentes a quienes se dirige.

33. Esta promesa es un estímulo y constituye al mismo tiempo una prueba para los que habían creído, a quienes Jesús distingue de la multitud con estas palabras: *Vosotros, si permaneciereis en mi palabra. Permanecer en la palabra* de Jesús, es practicarla con perseverante obediencia y vivir de ella por la inteligencia, por la conciencia, por el corazón; nosotros *permanecemos* de igual modo en el aire que respiramos. En otra

cia de Abraham somos y a nadie hemos servido jamás; ¿cómo di-
34 ces tú: Seréis hechos libres[34]? Respondióles Jesús: En verdad,
en verdad os digo que todo el que hace el pecado siervo es del pe-
35 cado[35]. Y el siervo no permanece en la casa para siempre; el hijo

parte dice Jesús: "Que mis palabras permanezcan en vosotros" (15:7); la idea es la misma. Si tal es vuestra actitud, *sois* (presente) *verdaderamente mis discípulos,* lo sois y continuaréis siéndolo, y no habréis recibido solamente una impresión pasajera de la palabra que acabáis de oír. La *verdad* que es el contenido de mi palabra, esta verdad que es la perfecta revelación de la esencia del Dios que es amor, esta verdad que yo mismo soy (14:6), y que es en mí la irradiación de mi santidad, esa *verdad os hará libres,* libres de toda servidumbre moral, del pecado, de la corrupción (comp. v. 34); os hará libres, llevandoos nuevamente a Dios que es vuestro destino. Un ser no es libre en efecto, sino cuando puede desarrollarse conforme a la naturaleza que Dios le ha dado, y alcanzar los fines de su existencia. Presentándoles así la verdadera libertad, Jesús anima a sus oyentes a perseverar en su fe naciente, pero al mismo tiempo pone esa fe a prueba y procura depurarla despojándola de los elementos de justicia propia, orgullo nacional, esperanzas políticas y carnales de que estaba aún contaminada.

34. El tono altivo de esta *respuesta* descubre a los jefes de la teocracia; estaban presentes, y haciendo un llamado al orgullo de raza, tan profundo entre los judíos, arrastran a otros oyentes a una oposición hostil a la palabra del Salvador. Interpretando mal estas palabras: *ser hechos libres,* se imaginan que Jesús desconoce los privilegios que tienen por su descendencia de Abraham, y de los que tan orgullosos estaban (Comp. Mat. 3:9). ¿De qué libertad se jactan, al decir: *Jamás hemos sido esclavos de nadie?* Los intérpretes difieren sobre esto. Unos piensan que los judíos se atribuían la libertad política, olvidando en la ceguedad de su orgullo nacional las diversas servidumbres de su pueblo en Egipto, en Babilonia, negando aún que en esa época están bajo el dominio de los romanos. Otros, estimando imposible una pretensión tan contraria a los hechos, creen que hablan de la libertad religiosa que su privilegio de pueblo elegido les aseguraba, elevándolos el conocimiento del verdadero Dios por encima de los otros pueblos esclavizados en las tinieblas del paganismo. Las promesas hechas a Abraham (Gén. 17:16; 22: 17, 18), tomadas al pie de la letra, los mantenían en esa idea de su superioridad y de su independencia espirituales. Pero esta explicación es alambicada, y es muy difícil creer que los adversarios de Jesús se hayan detenido en tales pensamientos. Es más sencillo admitir con Lücke, Weiss y Godet, que entienden la promesa de Jesús: la verdad *os hará libres,* de la verdad civil, y que se jactan de no haber sido jamás esclavos de sus conciudadanos, prohibiendo la ley (Lev. 25:39 y sig.) reducir a esclavitud a un israelita. La respuesta de Jesús (v. 35) muestra que se trataba en efecto de esclavos domésticos.

35. Esta sentencia clara y profunda, hecha más penetrante aún por la afirmación solemne: *En verdad, en verdad os digo,* coloca la cuestión de libertad o de esclavitud sobre su verdadero terreno, el de la conciencia moral. El *pecado* es, en su esencia, la



36 permanece para siempre[36]. Si el Hijo pues os libertare, seréis real-
37 mente libres[37]. Sé que sois descendencia de Abraham; pero pro-
curáis matarme, porque la palabra mía no avanza en vosotros[38].
38 Lo que yo he visto junto al Padre hablo; vosotros también pues lo
39 que habéis oído de parte del padre hacéis[39]. Respondieron y dijé-

rebelión contra Dios, la locura de querer ser independiente de él. El hombre que se entrega a él cae por el mismo hecho en la *esclavitud* de la carne, del mundo, del príncipe de este mundo; hay mil amos, todos extraños a su naturaleza. El desarrollo de las pasiones, en particular, es un comentario terrible de estas palabras (Comp. Rom. 6:17,18; Luc. 15:11 y sig.) .

36. Jesús explica y desarrolla su pensamiento de la esclavitud moral comparándola a la esclavitud social. El *esclavo* no tiene ningún derecho en la casa; no *permanece siempre* en ella; su amo puede venderlo o despedirlo. Tal era por todas partes, en la antigüedad, su deplorable condición. Quizá también, para responder a la objeción de los judíos (v. 33), alude Jesús al hijo de Agar echado de la casa, bien que fuera "la posteridad de Abraham" (Gén. 21:10; Gál.4:30). El *hijo,* al contrario, tiene todos sus derechos en la casa, permanece en ella siempre; será el heredero; entonces tendrá el derecho de libertar a todos los esclavos (v. 36). Si se recuerda ahora que esa *casa* es la casa de Dios, su familia, su reino, se comprenderá ¡qué seria advertencia había en estas palabras para los oyentes de Jesús! Muchos intérpretes piensan que ya aquí Jesús se designa a sí mismo por estas palabras: el *hijo.* Pero este término no designa aún más que la calidad de hijo y no la persona del Hijo; sólo en el versículo siguiente aplica Jesús a sí mismo la figura.

37. *Si pues* (puesto que tiene el derecho y el poder de hacerlo) *el Hijo os hiciere libres, seréis realmente libres. Realmente,* no con la falsa libertad de que pretendéis disfrutar (v. 33), sino con "la libertad de los hijos de Dios" (Rom. 8:21). "Jesús substituye aquí su propia persona a esa *verdad* de la que decía (v. 32): *ella os libertará.* Es porque él es la verdad viviente, y porque la verdad no resplandece para el hombre sino en su palabra". *Godet.* (2ª edic.)

38. Jesús no niega los privilegios exteriores que esos judíos tenían por su descendencia de Abraham; pero les prueba, sacando a luz los malos designios de sus corazones, cuán lejos están de ser sus hijos. Les muestra así que conocía sus sentimientos, y que el odio de que sabía estaban animados debía tener por resultado su muerte: *Procuráis hacerme morir* (gr. *matarme*). Y la razón de ello que da, es ésta: que su *palabra,* que los habría hecho libres de sus pasiones, *no penetra en ellos.* Otros traducen: no *progresa* en vosotros, y piensan que esta declaración se dirigía a los que habían empezado a creer (v. 30). El verbo significa propiamente *avanzar.*

39. ¿Por qué no tiene mi palabra dominio sobre vosotros? Porque esta palabra proviene de una fuente totalmente diferente de vuestros sentimientos y de vuestros hechos. *Yo digo lo que he visto en mi Padre;* él pues es quien habla por mi boca. *Vosotros pues también* (este *pues* señala una ironía llena de tristeza), *lo que habéis oído de vuestro padre lo hacéis.* No dice aún quién es ese padre, lo dirá en el v. 44. Así, Dios y el príncipe de las

ronle: Nuestro padre es Abraham. Díceles Jesús: Si fuerais hijos
40 de Abraham, las obras de Abraham haríais [40]; mas ahora procu-
ráis matarme, a mí, hombre que os he hablado la verdad que he
41 oído de parte de Dios; eso no hizo Abraham [41]. Vosotros hacéis las
obras de vuestro padre [42]. Dijéronle: Nosotros no hemos nacido
42 de fornicación, un solo padre tenemos, Dios [43]. Díjoles Jesús: Si
Dios fuera vuestro padre, me amaríais; yo en efecto de Dios he
salido y venido; pues tampoco de mí mismo he venido sino que

tinieblas: tales son los dos seres invisibles de quienes dependen Jesús por un lado y sus oyentes por otro. ¿Cómo podría haber entre ellos armonía? ¿Cómo podría penetrar la palabra de Jesús en los que le oyen? El texto recibido dice: *Mi Padre* y *vuestro padre. Mi* es omitido en *B, C; vuestro* en *B;* queda entonces, en ambas proposiciones, simplemente *el padre.* Este texto adoptado por los editores modernos da al pensamiento un carácter aún más finamente enigmático e irónico. Además, el texto recibido con *Sin., D, Itala,* dice: que habéis *visto,* en lugar de: *oído.* Los copistas habrán querido hacer semejantes las dos frases paralelas.

40. Oyendo a Jesús hablar de un *padre* al que imitan en sus acciones, sus oyentes invocan por segunda vez (v. 33) su descendencia de *Abraham;* pero el Señor, hundiendo sus miradas en su corazón y en su vida, les prueba que moralmente no son hijos de Abraham, puesto que hacen *obras* enteramente opuestas a las de él (v. 40). Según una variante, Jesús habría dicho: "Si *sois (Sin., B, D,)* hijos de Abraham, *haréis* o (imperativo) *haced* (*B,* Vulgata) las obras de Abraham". En el fondo sería la misma idea.

41. ¡Qué contraste chillón entre tal conducta y *las obras de Abraham!* El rasgo más saliente de su carácter fué una humilde obediencia a Dios; y vosotros *procuráis hacer morir a un hombre que os anuncia la verdad de Dios.*

42. Por segunda vez (v. 38), procura Jesús hacerles sentir que, lejos de ser moralmente hijos de Abraham, están bajo la influencia de otro *padre* cuyas obras imitan (v. 44) y que aún evita nombrar.

43. Apercibiéndose por fin de que Jesús habla de una filiación espiritual y les reprocha ser los hijos de un padre invisible al que obedecen, afirman osadamente que no tienen más que *un solo padre,* y que ese padre es *Dios.* Para probarlo, dicen con orgullo indignado: *Nosotros no somos hijos ilegítimos* (gr. *nosotros no hemos nacido de fornicación o de adulterio).* Puesto que se trata de su pretensión de tener a Dios por padre, entienden estas palabras en un sentido espiritual. En efecto, en el lenguaje de la escritura, Dios es el Padre de su pueblo (Isa. 63:16; Mal. 2:10); los israelitas que se apartan de él para seguir otros dioses, son nombrados hijos de adulterio (Isa. 1:21;57:3; Oseas 2:4; Jer. 3:8). En este sentido, de su fidelidad al único Dios verdadero, los oyentes de Jesús se apresuran a afirmar que no son hijos ilegítimos, sino que no tienen más que un Padre, Dios. Se han dado diversas explicaciones de estas palabras; la que acabamos de indicar nos parece la más conforme a las ideas que los judíos tomaban de las escrituras. Cuanto más se podría agregar con Godet que, "aun elevándose con Jesús al punto de vista moral, no podían desembarazarse de su idea de filiación física", y que, comparándose a los samaritanos, se jactan de "no tener ni una gota de sangre idólatra en las venas", de ser "hebreos de hebreos" (Fil. 3:5).



43 aquél me envió [44]. ¿Por qué no conocéis mi lenguaje? Porque no
44 podéis oír la palabra mía [45]. Vosotros del padre el diablo procedéis
y las concupiscencias de vuestro padre queréis hacer [46]. Aquél ho-
micida fué desde el principio [47], y en la verdad no persiste, porque
no hay verdad en él. Cuando habla la mentira de lo suyo propio

44. *Si Dios fuera vuestro Padre,* tendríais en vosotros los sentimientos de que sus hijos son animados, y me habríais reconocido desde el principio; mucho más, *me amaríais,* puesto que de él tomo mi origen: *de Dios he salido;* de su esencia misma yo emano (Comp. 13:3; 16:27, 28, 30; 17:8) y también de él tengo mi misión: *él me envió.*

45. El *lenguaje* es la forma, el acento, el idioma (Mat. 26:73); la *palabra* es el fondo, el contenido, el pensamiento. Bien: los oyentes de Jesús no reconocen su lenguaje porque *no pueden escuchar* su palabra de modo de recibirla en sus corazones; se han hecho moralmente incapaces de ello. Es así como, muy a menudo, el lenguaje mismo del evangelio es ininteligible a los que no sienten la verdad.

46. Gr. *vosotros sois del padre, el diablo,* es decir, el padre de quien sois hijos, es el diablo. Jesús acaba de negar que sus adversarios fueran hijos de Dios (v. 42). Dos veces había insinuado que tenían otro padre (v. 38 y 41); ahora, en presencia de sus orgullosas pretensiones, nombra ese *padre del cual procéden,* sin retroceder ante la severidad de esa revelación. Es evidente que no se debe entender esta palabra de *padre,* ni en su sentido natural, ni en un sentido metafísico, sino darle un significado moral. En el lenguaje de la escritura cada uno es hijo de aquel de quien recibe las inspiraciones y que le anima con su espíritu. "Lo mismo que nosotros somos llamados hijos de Dios, no solamente porque le somos semejantes, sino también porque él nos gobierna por su Espíritu y porque Cristo vive en nosotros, a fin de hacernos conformes a la imagen de su Padre, de igual modo, al contrario, el diablo es llamado padre de aquellos cuyos entendimientos ciega, y cuyos corazones impele a cometer toda injusticia". *Calvino.* (Comp. 1 Juan 3:10.) Es pues muy natural agregar que tales hombres *quieren* obrar al modo del que los inspira, *cumplir sus deseos o sus concupiscencias.* ¿Qué *deseos* son esos? Jesús va a decirlo, trayendo a la memoria en rasgos impresionantes el carácter de Satanás, carácter en el cual los adversarios del Salvador estarán obligados a reconocerse.

47. Hay en estas palabras una alusión evidente a la historia de la caída, bien conocida de los oyentes de Jesús. Satanás ha sido *homicida* arrastrando al primer hombre al pecado, causa de la muerte temporal y eterna (Rom. 5:12; comp. 2 Cor. 11:3; 1 Juan 3:8). Las palabras *desde el principio,* es decir, desde el origen de la humanidad, confirman esta interpretación. Otros, basándose en 1 Juan 3:12, 15, ven en estas palabras una alusión al asesinato de Abel; pero en ninguna parte atribuye la biblia a Satanás un papel especial en ese crimen. Es evidente, por otra parte, que Jesús tiene

45 habla, porque es mentiroso y el padre de la mentira [48]. Mas yo,
46 porque la verdad digo, no me creéis [49]. ¿Quién de entre vosotros
me convence de pecado? si verdad digo, ¿por qué vosotros no me

en vista un hecho universal en sus consecuencias y que ha constituído *hijos del diablo* a los que, como él, llevan en su corazón designios criminales. Es lo que resulta claramente de este discurso (v. 37, 40, 44) y principalmente de estas palabras: "Queréis cumplir los deseos de vuestro padre".

48. Jesús emplea aquí las palabras de *verdad* y de *mentira* en su sentido absoluto. La verdad es la perfecta armonía de un ser consigo mismo y con el pensamiento que ha precedido a su creación; en otros términos, la armonía entre su naturaleza y su destino, que es Dios. En cuanto un ser cae de esa verdad, se separa de Dios que es la verdad suprema, se torna en una viva contradicción, una mentira, y vive en la mentira. Esto es lo que Jesús nos revela sobre la naturaleza de Satanás. No se debe traducir, con la Vulgata y la mayor parte de las versiones antiguas: *no se mantuvo en la verdad*, ni ver en estas palabras, con Agustín y la mayor parte de los intérpretes católicos, una afirmación de la caída del demonio (2 Pedro 2:4; Judas 6). El sentido es: *no persiste en la verdad*, y estas palabras caracterizan la posición actual de Satanás. No por eso deja de ser cierto que la caída de Satanás es supuesta en nuestro pasaje. Satanás no ha sido creado en el mal, y la concepción dualista de un principio eterno del mal es extraña a nuestro evangelio. Satanás no está en la verdad, *porque no hay verdad en él.* Godet hace notar la ausencia del artículo delante de la palabra *verdad*, y parafrasea así: "Satanás está privado de *la* verdad, porque carece *de* verdad, de esa rectitud de la voluntad que aspira a la realidad divina." La mentira es su naturaleza y *cuando profiere la mentira, habla de lo suyo propio.* Y por último, no solamente es *mentiroso*, sino el *padre de la mentira*, porque la ha introducido en este mundo, pronunciando esta primera mentira: "De ningún modo moriréis" (Gén. 3:4), y porque ha inspirado desde entonces todas las mentiras que han tenido curso entre los hombres. El griego tiene aquí literalmente: *es mentiroso y su padre;* muchos intérpretes refieren el pronombre *su* a *mentiroso* y entienden que es el padre *del mentiroso*, que le inspira. Pero, con de Wette y otros, preferimos la versión admitida en el texto, que hace de la mentira un principio emanado del diablo. Un hombre podría ser el "padre del mentiroso" inspirándole una falsedad; pero ser el "padre de la mentira" no puede decirse más que del demonio. Cuando Jesús habla así de Satanás, no se podría imputarle una acomodación a las ideas recibidas, pues "espontáneamente da Jesús esta enseñanza sobre la persona, el carácter y el papel de ese ser misterioso". *Godet.* A lo que se puede agregar, con Tholuck, que si las declaraciones de este versículo se aplican muy bien a un ser personal caído, resisten al contrario a toda explicación que tendiera a no hacer del *diablo* más que una personificación, propia del lenguaje popular, del espíritu del mundo o del mal.

49. Estas palabras: *Mas a mí*, colocadas a la cabeza de la frase, señalan la oposición absoluta que hay entre Jesús y "el padre de la mentira"



47 creéis [50]? El que procede de Dios las palabras de Dios oye; por es-
to vosotros no oís, porque no procedéis de Dios [51].

(v. 44). Yo *digo la verdad;* y ésa es precisamente la razón *(porque)* por la cual *vosotros*, los hijos de aquel padre, *no me creéis.* Si yo profiriera la mentira, me creeríais, porque hablaría según el espíritu que os anima (v. 47). ¡Abismo de depravación moral e intelectual!

50. La prueba irreplicable de que Jesús *dice la verdad*, es la santidad perfecta de su vida (v. 29; 7:18): *¿Quién de vosotros* (gr.) *me convence de pecado?* "Es necesario imaginarse esta pregunta seguida de una pausa para dejar a todo el que quiera acusarle tiempo de hacerse oír... Ninguno abre la boca. La confesión contenida en ese silencio, sirve de premisa al razonamiento siguiente. Y bien pues, si, como vuestro silencio lo demuestra, yo enseño la verdad, ¿por qué no creéis?" *Godet.* La pregunta que Jesús arroja como un desafío a sus adversarios, "testimonio de una conciencia infalible que no teme ninguna contradicción, lleva su prueba en sí. Sentirse interiormente puro de todo pecado, tal es la verdadera apología". *De Wette.* La santidad perfecta de Jesucristo resulta con evidencia del aplomo con que hace esta pregunta. En efecto, como dice Godet, "a suponer que Jesús no fuese sino un hombre más santo que los demás, un sentimiento moral tan delicado como el que implicaría tal estado no habría dejado desapercibida la menor tacha, ora en su vida, ora en su corazón; y ¡qué hipocresía no habría sido necesaria en ese caso para dirigir a otros una pregunta con el fin de hacérsela resolver de un modo distinto de aquel con que él respondía en su fuero íntimo! En otros términos: dar una prueba falsa cuya poca solidez espera que ninguno podrá demostrar! "Este hecho de la santidad perfecta de Jesucristo se impone pues a la conciencia humana y debe ganar al Salvador la confianza de toda alma sincera. Y como ese hecho es absolutamente único en la historia de nuestra humanidad, forzará a todo hombre no prevenido a inferir de la santidad del Salvador su divinidad. Es lo que ha hecho Ullmann en su hermoso libro: *La santidad perfecta de Jesucristo*, traducido por Th. Bost. Hay que cuidarse pues de dar aquí a la palabra *pecado* el sentido de *error* y decir, como Calvino, que Cristo "defiende más bien su doctrina que su persona"; pues Jesús no procura provocar una disputa meramente intelectual, que sería contraria a su método habitual. Esa explicación despoja las palabras de Jesús de su significado profundo desconociendo la solidaridad que establecen entre la santidad y la verdad.

51. Tal es la verdadera respuesta a la pregunta que precede: ¿Por qué no me creéis? Y esta respuesta es al mismo tiempo una sentencia pronunciada sobre su incredulidad. Para *creer* la verdad, es necesario *ser de Dios de* quien ella emana, es decir, estar bajo la influencia de su Espíritu, sentir "la atracción del Padre" (6:44); es lo que en otro lugar llama Jesús "ser de la verdad" (18:37). Ahora bien: sus adversarios *no son de Dios;* son del diablo (v. 44, la preposición que indica esta relación es la misma en ambos casos); y he ahí por qué *no escuchan* sus palabras. Este verbo tiene aquí el sentido del hebreo que significa, al mismo tiempo, *escu-*

48 Respondieron los judíos y dijéronle: ¿No decimos bien nos-
49 otros que samaritano eres tú y demonio tienes[52]? Respondió Jesús:
Yo demonio no tengo, sino que honro a mi Padre, y vosotros me
50 deshonráis. Mas yo no busco mi gloria; hay quien busca y juzga[53].
51 En verdad, en verdad os digo: Si alguien mi palabra guardare, no
52 verá muerte por la eternidad[54]. Dijéronle los judíos: Ahora hemos
conocido que tienes demonio. Abraham murió y los profetas, y tú
dices: Si alguien mi palabra guardare, de cierto no gustará muerte
53 por la eternidad. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abra-
ham, el cual murió? Y los profetas murieron: ¿quién te haces a ti

*char con atención, comprender, obedecer.*

52. Los judíos aborrecían y despreciaban a los *samaritanos*, porque los consideraban enemigos del pueblo de Dios y cismáticos (Mat. 10:5, 6, nota; comp. Juan 4:9). Llamar a alguno *samaritano* era una injuria. Pero, no contentos con ese ultraje, los adversarios de Jesús agregan un segundo, más odioso aún, por estas palabras: *Tienes un demonio*, es decir, estás poseído, loco. Los judíos veían en la locura un efecto de la influencia satánica (v. 52; 7:20). Así, cuanto más claras y severas se hacían las verdades que profería el Salvador, tanto más aumentaba el odio de sus adversarios. No pudiendo refutar sus palabras, le injuriaban.

53. Sin conmoverse por esas injurias, Jesús se contenta con responder con calma y dignidad que, en todo lo que acaba de decir, no busca más que el *honor de Dios*, no su propia *gloria*, y remite su causa y todo *juicio* a su Padre celestial. Ellos, al contrario, le *deshonran* con sus ultrajes; muy bien lo siente él, pero se remite a Dios (1 Pedro 2:23).

54. ¿A quién se dirigen estas palabras? Los intérpretes se dividen en este punto. Unos, Calvino, de Wette, Godet, piensan que Jesús, después de una pausa, se vuelve a sus oyentes mejor dispuestos, a los que habían experimentado un primer movimiento de fe (v. 30) y llenado la condición puesta por él en el v. 31; hace ahora brillar a sus miradas la magnífica promesa del v. 51. Otros, como Meyer, Weiss, Luthardt, piensan que estas palabras se ligan inmediatamente a las que preceden, y que Jesús, aunque anunciando el juicio de Dios (v. 50), declara por última vez que la *palabra* que él anuncia es el único medio de escapar de la *muerte*. Si la primera suposición parece más conforme al tenor del v. 51, se puede observar en apoyo de la segunda que en el v. 52 son los mismos adversarios quienes responden reproduciendo el pensamiento injurioso que había enunciado (v. 48). Sea lo que fuere, Jesús proclama una de esas verdades profundas que encierran tesoros de consuelo y de esperanza. *Guardar su palabra* es *permanecer en ella* (v. 31), hacer de ella el elemento de la vida interior, practicarla en toda su conducta (14:23, 24; 17:6). Todo el que vive de esa palabra, posee la vida eterna: *no verá jamás la muerte.* No hay que disminuir el alcance de estas palabras, parafraseándolas: "Morirá sí, pero *no para siempre*". Esta declaración absoluta y paradójica debe explicarse a la luz de 11:25, 26; comp. 5:24; 6:50. A los ojos de Jesús la



54 mismo[55]? Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi
gloria nada es; es mi Padre el que me glorifica, del que vosotros
55 decís: Dios nuestro es[56], y no le conocéis, mas yo le conozco; y si
dijere que no le conozco, seré semejante a vosotros, mentiroso; pe-
56 ro le conozco y su palabra guardo[57]. Abraham vuestro padre se
57 alegró de que vería el día mío, y se gozó[58]. Dijéronle pues los

muerte del cuerpo no es la muerte, sino un sueño (Mat. 9:24; Juan 11:11), el paso a la plenitud de la vida. La muerte verdadera, completa, es la del alma, su separación de con Dios; bien: una muerte semejante se ha hecho imposible para quien posee en Dios la vida eterna. Sobre esta expresión significativa: *ver la muerte*, comp. Luc. 2:26.

55. Los judíos, tomando la palabra *muerte* en un sentido puramente material, se afirman en su opinión injuriosa de que Jesús está loco, de que habla bajo la influencia de un *demonio* (v. 48, nota). Los más grandes hombres de Dios, *Abraham, los profetas han muerto;* y tú ¡pretendes tener el poder de eximir de la muerte! *¿Quién pretendes tú ser?* (gr. *¿quién te haces a ti mismo?)* En lugar del término: *ver la muerte*, esos disputadores dicen *gustar* la muerte. La idea es la misma, con esta diferencia: que esta última palabra presenta la figura de una copa amarga que se trata de beber. (Comp. Mat. 16:28).

56. Jesús responde a los que le acusan de elevarse a sí mismo hasta pretender libertar de la muerte: Si *yo*, yo solo, *me glorifico*, esta gloria es vana; mas yo la tomo enteramente de mi unidad con *mi Padre*. (Comp. v. 16). El, de quien decís: *Es nuestro Dios, él me glorifica.* Si fuera verdaderamente vuestro Dios, creeríais en mí; mas vuestra oposición contradice vuestras palabras. El texto recibido con *Sin., B, D*, dice: "que es *vuestro* Dios". Meyer, Tischendorf, Tregelles prefieren el texto de *A, C*, la mayor parte de las *mayúsc.*, estimando que *vuestro* es una corrección hecha bajo la influencia del *vosotros* que precede.

57. *No le conocéis;* hay en griego el perfecto que significa: no habéis aprendido a conocerle y no le *conocéis* actualmente. A pesar de la revelación de Dios en su palabra, están en esa profunda ignorancia, a causa de su ceguedad moral. Mas Jesús *le conoce* y *guarda su palabra*, pues está con él en completa unidad de voluntad y de amor. En este carácter habrían debido los judíos reconocer la verdad divina de sus palabras. Indignado de su resistencia a esta verdad, Jesús les recuerda aún el espíritu de *mentira* que es la causa de ella y que ya les ha indicado en el v. 44.

58. Jesús, después de haberse justificado del reproche de glorificarse a sí mismo, aborda la pregunta hecha por los judíos: "¿Eres tú mayor que Abraham?" (v. 53). Sí, lo soy, responde osadamente, puesto que he sido el objeto de la esperanza y del gozo de ese patriarca. Hay ironía en estas palabras: *Abraham, vuestro padre*, el que vosotros veneráis, se regocijó humildemente en la esperanza de mi venida. ¡Qué contraste con la actitud de ellos! El acontecimiento por el cual suspiraba Abraham, y que Jesús llama *mi día*, no puede ser más que la aparición del Salvador sobre la tierra para realizar la redención del mundo. (Luc. 17:22).

judíos: ¡Cincuenta años aún no tienes y has visto a Abraham [59]!
58 Díjoles Jesús: En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham

En efecto, aunque este término designa frecuentemente su segunda venida (Luc. 17:24, 26; 1 Cor. 1:8; Fil. 1:6; 1 Tes. 5:2, etc.), no es probable que haya de entenderse aquí en ese sentido. ¿Pero cuándo *se estremeció* Abraham en la esperanza *de ver* ese *día* de Cristo? ¿y cuándo *lo vió y se gozó?* pues son, en efecto, sucesivos estos dos gozos que Jesús atribuye al patriarca. Sobre la primera pregunta los intérpretes están de acuerdo: las promesas de Dios, a las que Abraham creyó, fueron causa de su alegre esperanza, pues tenían por objeto la salvación del mundo. (Gén. 18:17, 18; 22:18, etc.). Sobre la segunda pregunta: ¿cuándo *vió* Abraham esas esperanzas realizadas y *se regocijó?* las opiniones son diversas. Los padres de la iglesia y los reformadores han referido generalmente este hecho a la vida de Abraham sobre la tierra y lo explican, ora, aquí también, por su fe a las promesas de Dios, ora por una visión profética (Comp. Hebr. 11:13) o alguna revelación, que le habrían sido concedidas en un momento de su carrera que no conocemos, ora por algún acontecimiento importante de su vida, por ejemplo, cuando Isaac le fué dado en su vejez o le fué devuelto después de la prueba de Moría. (Gen. 22). Pero los intérpretes modernos objetan a esa explicación que las dos proposiciones del versículo: *se estremeció de gozo de ver mi día* y *lo ha visto y se ha regocijado* no expresarían más que una misma emoción, lo que no es natural; y que, por otra parte, no da cuenta de este término preciso *mi día*, o le da un sentido forzado. Admiten pues que Abraham realmente *ha visto el día* del Salvador, es decir, su venida a la tierra, y eso desde lo alto del cielo donde vive. Sería esto al mismo tiempo, una refutación indirecta de las palabras de los judíos: "Abraham murió" (v. 52), y una confirmación de la declaración del Salvador: "Si alguno guardare mi palabra, no verá jamás la muerte". (v. 51). Es la interpretación admitida por la mayor parte de los exégetas modernos, Lücke, Tholuck, de Wette, Lange, Luthardt, Weiss, Godet. Se podría objetar que la idea de poner así a un habitante del cielo en relación con la tierra y atribuirle el conocimiento de lo que en ella ocurre es extraña al nuevo testamento. Diversos indicios significativos muestran sin embargo que ambos mundos no están absolutamente cerrados el uno para el otro. Véase, con relación al mismo Abraham, Luc. 16:23-25. Y cuando se trata de un hecho tan inmenso como la venida del Salvador, ¿podía ser ignorado en el cielo? ¿No fueron testigos de él Moisés y Elías? (Mat. 17:3; Mar. 9:4; Luc. 9:30, 31) ¿no fué anunciado por ángeles a la tierra? (Luc. 2:10, 11, 13, 14).

59. Del hecho de que Abraham ha visto el día de Cristo, parecía resultar que Cristo había debido *ver a Abraham*, es decir, haber existido dos mil años antes de su tiempo. ¡Qué absurdo a los ojos de los judíos! Aun cuando Jesús no tenía más que treinta y tantos años, los judíos dicen: *Aún no tienes cincuenta años*, a fin de estar seguros de sobrepujar su edad en la estimación. Quieren decir: Aún no eres un anciano. (Núm. 4:3, 39; 8:24, 25).



59 recibiera el ser, yo soy [60]. Alzaron pues piedras para arrojarlas
contra él [61]; mas Jesús se ocultó y salió del templo [62].

2. *La curación del ciego de nacimiento. Ultima fase del conflicto.*

(Cap. 9 y 10)

A. 9:1-41. EL CIEGO DE NACIMIENTO CURADO. — 1º *El hecho:* a) *Encuentro del ciego y pregunta de los discípulos.* Jesús ve, al pasar, un ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntan si tal prueba tiene por causa las faltas de ese hombre o las de sus padres. Jesús declara que está destinada a manifestar las obras de Dios. Él debe realizar las obras de Aquél que le envió antes de que la noche venga. Él es la luz del mundo mientras está en el mundo (1-5). b) *La curación.* Jesús hace barro, lo aplica sobre los ojos del ciego y le envía a lavarse al Siloé. El ciego obedece y vuelve viendo claro (6,7). c) *Los vecinos y relaciones.* Dudan de su identidad, y le preguntan cómo ha sido sanado. Hace el relato de su curación, afirma que Jesús es quien le sanó, pero no puede decir dónde está (8-12). — 2º *La investigación de los fariseos:* a) *El ciego llevado a los fariseos.* Lo conducen a los fariseos. Era día de sábado cuando Jesús le había dado la vista. Interrogado, cuenta cómo ha sido obrada la curación. Los fariseos

60. Gr. Antes que Abraham *llegara a ser*, naciera a la existencia, *yo soy*. El *llegar a ser* pertenece a todo lo creado; el *ser* absoluto, eterno, pertenece a Dios solo, y en este sentido habla aquí Jesucristo. (Comp. v. 24, nota). Hay que notar bien este presente: *yo soy;* Jesús no dice: *yo era*, como lo querría la gramática. Esta gran verdad de su preexistencia eterna es afirmada por Jesús solemnemente, en presencia de sus enemigos, como la expresara hablando a Dios su Padre, en su última oración. (17:5). De la boca misma de su Maestro ha sacado Juan la idea sublime de su prólogo. (1:1). Es *tristemente instructivo* ver los esfuerzos de imaginación que hacía el antiguo socinianismo, y que hacen hoy aún bastantes teólogos, para escapar a la verdad revelada por estas palabras.

61. Han comprendido. "En presencia de esta respuesta, no quedaba a los judíos sino adorar... o apedrear". *Godet.* (5:18; 10:31-33).

62. Jesús *se ocultó* en la multitud que le rodeaba y donde sus discípulos pudieron facilitar su evasión. Así *salió del templo* para sustraerse a los designios criminales de sus enemigos. El texto recibido añade: *atravesando por medio de ellos; y pasó así.* Estas palabras que faltan en *Sin.*, *B*, *D*, *Itala* son casi literalmente tomadas de Lucas 4:30, y han sido introducidas en nuestro texto a fin de indicar que Jesús recurrió a un milagro para sustraerse al peligro. Pero la expresión: *se ocultó* excluye más bien que supone una acción sobrenatural. "Es éste el término de la lucha más violenta que Jesús haya tenido que sostener en Judea. La victoria general de la incredulidad queda decidida para Judea como lo ha sido en el cap. 6 para Galilea. Por eso, desde ahora, Jesús abandona gradualmente el campo de batalla a sus adversarios hasta el otro *se ocultó* definitivo (12:36), que cerrará su ministerio público en Israel". *Godet.*

están divididos: unos tropiezan en la violación del sábado, otros consideran el milagro. Preguntan al ciego su opinión sobre Jesús. Él lo tiene por profeta (13-17). b) *Interrogatorio de los padres.* Ellos atestan que es realmente su hijo, y que ha nacido ciego, pero no osan decir nada respecto de su curación, por temor de los judíos, que habían resuelto excluir de la sinagoga a los adherentes de Jesús (18-23). c) *Segunda comparición del ciego.* Los fariseos, habiendo vuelto a llamar al ciego, le conjuran que dé gloria a Dios y le declaran que Jesús es violador de la ley. El ciego invoca la experiencia que ha hecho. Le preguntan nuevamente sobre el acto de Jesús. Se remite a lo que ya tiene dicho, y les pregunta si se proponen ellos también hacerse discípulos suyos. Responden con injurias. Su maestro es Moisés, a quien Dios habló, mientras que no saben de dónde es Jesús. Eso es lo asombroso, replica el ciego, pues me ha abierto los ojos; pues bien: Dios no escucha a los pecadores; si Jesús, pues, no viniera de Dios, nada podría hacer. Los fariseos reprochan al ciego pretender enseñarles, él que ha nacido entero en el pecado, y le expulsan (24-34). — 3º *El resultado moral:* a) *Jesús hace del ciego un discípulo.* Se entera Jesús de su expulsión y, encontrándole, le pregunta si cree en el hijo del hombre. ¿Quién es?, pregunta el ciego. El que te habla, dice Jesús. El ciego de nacimiento confiesa su fe postrándose (35-38). b) *Jesús proclama el doble fin de su misión.* Es hacer ver a los ciegos y hacer ciegos a los que ven. Los fariseos, sintiéndose alcanzados por estas palabras, preguntan a Jesús si los coloca entre los ciegos. Jesús declara que el estado de ellos no tiene remedio a causa de su orgullosa resolución (39-41).

IX Y pasando vió un hombre ciego de nacimiento [1]. Y le pregunta-
2 ron sus discípulos diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres,
3 para que naciera ciego [2]? Respondió Jesús: Ni éste pecó ni sus

1. Si las palabras que, en el texto recibido, terminan el cap. 8: *Y así se fué* (gr. *pasó)*, fueran auténticas, el principio del cap. 9: *Y como pasaba,* o *pasando,* se referiría inmediatamente a la escena violenta que marcó la salida de Jesús del templo. (8:59). Pero en este caso sería inverosímil que los discípulos hubieran recobrado tan pronto la calma que supone su pregunta. (v. 2). Nada obliga, en el texto auténtico, a acercar tanto ambos hechos. Más lejos, en las calles de Jerusalén, quizás en la tarde de ese día (v. 4), o de uno de los días siguientes, se ofreció a las miradas de Jesús ese objeto digno de toda su compasión; *un hombre ciego de nacimiento,* que había vivido siempre en las tinieblas y jamás había visto ni las bellezas de este universo, ni los rasgos de los que amaba. Además, era indigente y reducido a mendigar su pan. (v. 8). Por eso excitó la piedad del Salvador. Jesús le *vió,* y ese desdichado le suministró la ocasión de uno de sus mayores milagros, al mismo tiempo que de una profunda instrucción para sus discípulos.

2. Los *discípulos,* viendo que Jesús detenía sus miradas en ese desdichado, le dirigen una pregunta que supone en su espíritu, al mismo tiempo, una verdad profunda y un peligroso error. La verdad es que todo mal en este mundo, todo sufrimiento de nuestra humanidad proviene *del pecado,* y no podría, sin blasfemia, ser atri-



padres, sino para que fueran manifestadas las obras de Dios en
4 él [3]. Necesario es que obre yo las obras del que me envió mientras
5 es de día; viene la noche cuando nadie puede trabajar [4]. Mientras

buído a Dios. (Gén. 3; Rom. 5:12). El error, que era general entre los judíos, consistía en pensar que todo sufrimiento personal es el castigo de pecados personales. Esa idea hacía injustos a los amigos de Job: las terribles pruebas de ese hombre íntegro les parecían señal irrecusable de graves transgresiones, de que se había hecho culpable, sin saberlo los demás. (Comp. Luc. 13:1, 2ª nota). Con un pensamiento semejante en su espíritu, los discípulos no conciben otra alternativa que ésta: o la prueba del *ciego* tenía por causa los pecados de *sus padres,* por una solidaridad que podían basar en Ex. 20:5 y en la experiencia, que nos muestra muy a menudo a hijos heredando de los autores de sus días males diversos; o bien ese hombre sufría la pena de *sus propios pecados.* Mas ¿cómo era esto posible, puesto que había *nacido ciego?* Aquí muchos exégetas atribuyen a los discípulos diversas especulaciones de que eran, pensamos, inocentes. Unos les atribuyen la idea de que es posible a un niño pecar desde el seno de su madre (según la explicación que los rabinos daban de Gén. 25:22, pero contrariamente a la afirmación de Pablo, Rom. 9:11); otros piensan que su pregunta era inspirada por la creencia en la metempsícosis, o por la idea platónica de la preexistencia de las almas, que podrían sufrir en esta vida la pena de pecados cometidos en una existencia precedente; otros aun se detienen en la idea de una participación del niño en el pecado original desde antes de su nacimiento. (Sal. 51:7). Todo eso carece de fundamento en el texto. Los discípulos se hallan en presencia de una alternativa cuyo primer término es una simple imposibilidad, mientras que el segundo término supone un hecho posible, pero que hiere sus sentimientos de justicia. Piden a su Maestro que les explique esta dificultad. No serán frustrados en su esperanza.

3. Jesús no niega los *pecados* del ciego o los de *sus padres,* sino que niega que su enfermedad sea castigo especial de sus faltas personales. Luego eleva los pensamientos de sus discípulos hacia la misericordia infinita de Dios que sabe transformar un mal temporal en un bien eterno. Esta acción salutífera de la providencia divina, de la que sabe que es el órgano particular (v. 5), es lo que Jesús llama *las obras de Dios,* esas obras de su gracia que Jesús realizaba entonces en toda su vida. (v. 4; Comp. 5:36; 10:25). Iba a obrar una *obra* semejante en el cuerpo y en el alma del ciego. Este último había nacido ciego *a fin de que las obras* divinas fueran *manifestadas en él.* Fué, en efecto, por su enfermedad misma, puesto en relación con Jesús y llevado a la fe y a la vida eterna. (v. 38). Estas palabras de Jesús nos revelan la verdadera teodicea y son la única solución del problema que plantean los sufrimientos de nuestra humanidad. (Comp. 11:4). Al ver a los que sufren, guardémonos de juicios falsos e injustos, mas acordémonos antes de palabras tales como éstas: "El Señor castiga al que ama, y hiere con su vara a todos los que reconoce por hijos". (Hebr. 12:6). Desde este punto de vista nos aparecen en plena armonía la justicia y la misericordia de Dios.

4. Para Jesús, como para los suyos, no hay más que un tiempo determi-

6 en el mundo estuviere, luz soy del mundo [5]. Habiendo dicho esto
escupió en tierra e hizo barro con la saliva, y untó el barro sobre
7 sus ojos [6], y le dijo: Vé, lávate en el estanque de Siloé (que es

nado cuando pueden *trabajar* y *hacer las obras* de Dios: es el tiempo de la vida presente. En efecto, estas palabras: *mientras es de día*, son claramente explicadas por éstas: *Mientras estoy en el mundo*. (v. 5). *El día*, durante el cual se trabaja, es pues el de nuestra vida; *la noche* es la muerte. Jesús alude así a su fin próximo y muestra, en su infatigable actividad, el ejemplo que deben imitar los suyos. Se podría objetar que, para Jesús, esa actividad no cesó con su muerte, puesto que desde el seno de su gloria ha hecho las mayores obras y fundado el reino de Dios sobre la tierra. Es verdad, pero lo es también que el tiempo determinado de su vida terrestre era aquel en que debía realizar su obra especial y salvar al mundo por sus sufrimientos y su muerte. Después de esto, proseguirá su obra por el Espíritu de Dios y por el ministerio de su testigos. Por lo demás, esta objeción caería si hubiera que admitir, con Tischendorf, la lección del *Sin.: Nos* es necesario... del que *nos* envió, o la de *B, D*, que prefieren la mayor parte de los críticos: *Nos* es necesario... del que *me* envió; pues de este modo, Jesús comprendería a todos sus discípulos en esa seria declaración de que ninguno puede trabajar durante la noche. En el fondo, es éste el pensamiento del Salvador, aun en los términos del texto recibido, y éste tiene en su favor la autoridad de la mayor parte de las *mayúsc.* y la de las antiguas versiones.

5. Gr. *Cuando* estoy... Esta conjunción hace resaltar el carácter transitorio de la actividad de Jesús aquí. Jesús confirma y explica su declaración precedente. El hace verdaderamente las obras de Dios, porque es *la luz del mundo.* Esta importante declaración, que sería de un necio si no fuera del Hijo de Dios, ha sido repetida por él más de una vez (8:12; 12:35); pero aquí la pronuncia con oportunidad particular en el momento en que va a impartir a ese ciego la luz del cuerpo y la del alma. Y, en lo que acaba de decir, ¿no ha hecho ya resplandecer la luz sobre los dolorosos misterios de nuestra vida (v. 3) y sobre el empleo del tiempo que aquí nos es dado? (v. 4).

6. Ordinariamente el Señor sana a los enfermos simplemente por su palabra creadora. En ciertos casos, bastante raros, emplea medios exteriores. Mat. 8:3; Mar. 7:33; 8:23). Aquí hace *barro* con su *saliva* y *unta* el barro *sobre los ojos del ciego.* ¿Por qué? No lo sabemos. Todas las explicaciones que se han dado de este procedimiento se reducen a conjeturas. Jesús, que no hacía nada inútil, nada que fuera simple apariencia, juzgaba sin duda esos medios necesarios para la realización de la cura. No dejaba por eso el milagro de ser un acto sobrenatural de su potencia divina. Que luego se suponga que quiso por este tratamiento especial ponerse en relación personal con el enfermo, inspirarle confianza, despertar y, al mismo tiempo, probar su fe, nada más natural, y lo admiten la mayor parte de los intérpretes. Ir más lejos, decir que Jesús, agregando a la ceguedad natural del ciego una ceguedad artificial, producida por la unción del barro, quería enseñar al enfermo que para recobrar la vista era necesario empezar por hacerse más completa-



interpretado Enviado) [7]. Se fué pues y lavóse, y volvió viendo [8].
8 Los vecinos pues y los que le veían antes que era mendigo,
9 decían: ¿No es éste el que estaba sentado y mendigaba? Unos
decían: Éste es; otros decían: No, pero semejante a él es. Aquél
10 decía: Yo soy [9]. Decíanle pues: ¿Cómo pues fueron abiertos tus

mente ciego, por abandonarse enteramente a la potencia del Salvador, eso nos parece algo rebuscado.

7. Ordenar al ciego ir *a lavarse en el estanque de Siloé*, era todavía ejercitar su fe, al mismo tiempo que se cumplía el milagro de su curación. (Comp. 2 Reyes 5:10-14). La fuente de *Siloé* había desempeñado un papel en las ceremonias de esos días de fiesta (7:37, 2ª nota). "El pie del monte Moría, frente a Siloé, está cubierto de huertas dispuestas en terraplenes donde hay granadas y se cultivan alcachofas y otras legumbres. Son las antiguas *huertas del Rey;* tienen la verdura más fresca que he visto en Palestina. La deben al agua del estanque de Siloé que está encima y por medio del cual se las riega. El manantial propiamente dicho está un poco más arriba en el valle; se le llama hoy *fuente de la Virgen.* Comunica por un conducto subterráneo con la fuente de Siloé. Esta mana mansamente (Isa. 8:6) en una gruta situada en el extremo del Tiropeón adonde se desciende por gradas; delante de la gruta está el estanque adonde Jesús envió al nacido ciego. Hallamos allí una mujer ocupada en sacar agua. He gustado esa agua que no me ha parecido muy fría y a la que no he encontrado el gustillo salado que le atribuyen algunos viajeros". *F. Bovet, Viaje a Tierra Santa*, p. 261 Hasta aquí todo es sencillo en este relato. Pero el evangelista halló conveniente traducir el nombre de *Siloé* (hebr. *Schebaj* o *Schiloaj*, Nehem. 3:15; Isa. 8:6), al cual evidentemente atribuía importancia a causa de su significado de *Enviado*. Bien: más de un comentador no ha hallado en ello sino un juego de palabras poco digno del apóstol: éste relacionaría el nombre de *Enviado* con el hecho de que el ciego mismo era *enviado* a ese estanque por Jesús. Lücke supone que el paréntesis es una interpolación. Para hallar el verdadero pensamiento del evangelista, basta recordar, con Bovet, que "esa doble fuente de Siloé, brotando de la roca misma sobre la cual se elevaba la casa de Dios, era para los israelitas, un símbolo de vida espiritual y a menudo se alude a ella en la escritura." (Ezeq. 47.) Esa fuente bendita era pues a doble título un don de Dios. El nombre que había recibido como tal: *Enviado*, era precisamente el término por el cual, en nuestro evangelio, Jesús caracteriza su misión divina. (3:17;5:36;6:29; 10:36;17:3,8,21, etc.) ¿No era natural entonces establecer una relación entre la fuente que llevaba ese nombre profético y Aquel que ofrecía a todas las almas sedientas aguas vivas, y que se designaba incesantemente a sí mismo por ese mismo nombre?

8. Quizás había sido el ciego conducido a la fuente por alguno que le hacía, por última vez, ese servicio; pero *volvió viendo.* ¡Y con qué alegría! *Volvió*, no inmediatamente a Jesús al que no conocía, sino hacia los suyos (v. 8 y 18.)

9. El resultado del milagro es que los *vecinos* del ciego sanado discuten la identidad de su persona y difieren de opinión respecto de él. Su vacilación se concibe, tanto más cuanto que la fisonomía de ese hombre debía parecer muy distinta después que sus

11 ojos? Respondió aquél: El hombre llamado Jesús hizo barro y untó
mis ojos y me dijo: Vé al Siloé y lávate; habiendo pues ido y la-
12 vádome recibí la vista [10]. Y le dijeron: ¿Dónde está aquél? Dice:
No sé [11].
13 Llévanle a los fariseos, al que en otro tiempo fuera ciego. Y
14 era sábado el día en que hizo Jesús el barro y abrió sus ojos [12]. Otra
15 vez pues le preguntaban también los fariseos cómo había recibido
la vista. Y él les dijo: Barro puso sobre mis ojos, y laveme, y
16 veo [13]. Decían pues algunos de los fariseos: No viene de Dios el
hombre éste, porque el sábado no guarda. Otros decían: ¿Cómo
puede un hombre pecador tales señales hacer? Y había división

ojos se habían abierto y radiaban de gozo. Esta primera escena es descrita de un modo vivo y dramático. En el v. 8, el texto recibido dice: *ciego* en lugar de *mendigo*. En el v. 9, el texto recibido dice solamente: "Se le asemeja" (gr. *semejante*). La lección de *Sin.*, *B*, *C*, vers.: *"No, pero* se le asemeja", implica una negación más pronunciada de su identidad

10. Se le pregunta *cómo* ha sido sanado. Es esa una pregunta a la que ningún hombre habría podido responder; pues el cómo de un milagro es siempre un misterio. Pero lo que ha pasado, su experiencia, el ciego sanado la cuenta con tanta precisión como sencillez y verdad.

11. Como el ciego no había podido *ver* a Jesús antes de su curación e inmediatamente después había vuelto a su casa, no podía realmente *saber* dónde estaba su libertador. El evangelista nos describe de admirable manera los desarrollos progresivos de la luz interior en ese hombre que acababa de ver, por primera vez, la luz del día. Primeramente no conoce más que la experiencia que ha hecho de la potencia y del amor de Jesús (v. 11); llega luego a la convicción de que su libertador es un profeta, un enviado de Dios (v. 17); luego afirma valientemente esta convicción delante de los enemigos del Salvador (v. 27-33); por último, en presencia y por la palabra de Jesús, llega a una plena fe en él. (v. 38.)

12. ¿Quiénes son los que *llevan* ese hombre *a los fariseos*? Evidentemente algunos de esos *vecinos* de que se acaba de hacer mención (v. 8), más particularmente los que habían expresado sus dudas (v. 9.) El evangelista observa incidentalmente que la curación había tenido lugar en *día sábado*. Esta circunstancia aumentaba su incertidumbre. Solamente los fariseos, piensan, podían emitir juicio sobre el valor legal de esa acción; ellos mismos no se permiten apreciarla. Hay pues, en sus motivos, más ignorancia y de servilismo que enemistad contra Jesús. ¿Pero quiénes eran esos *fariseos* a quienes se constituye en jueces del Salvador? ¿Era el sanedrín en sesión, a pesar del sábado, o una delegación de ese cuerpo, o bien los fariseos, en Jerusalén, tenían una organización propia, con una especie de tribunal permanente? Los intérpretes difieren en este punto. Lo que importa observar es que los que son así designados obran como hombres oficiales y se atribuyen la autoridad de jefes del pueblo.

13. Le preguntaron *a su vez* (gr. *otra vez)*, porque no hacen más que repetir la pregunta del v. 10. El *cómo* se refiere a lo que Jesús había hecho;



17 entre ellos [14]. Dicen pues al ciego otra vez: ¿Qué dices tú sobre él,
18 de que abrió tus ojos? Y él dijo: Profeta es [15]. No creyeron pues
sobre él los judíos que hubiera sido ciego y recibido la vista, hasta
que llamaron los padres del mismo que había recibido la vista [16],
19 y les preguntaron diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, que vosotros
20 decís que nació ciego? ¿Cómo pues ve ahora [17]? Respondieron pues
sus padres y dijeron: Sabemos que éste es nuestro hijo y que ciego
21 nació; mas cómo ve ahora no sabemos, o quién abrió sus ojos nos-
otros no sabemos; a él preguntad, edad tiene, él hablará por sí
22 mismo [18]. Esto dijeron sus padres porque temían a los judíos; ha-
bían ya en efecto convenido los judíos que si alguien le confesare
23 como el Cristo sería excluído de la sinagoga [19]. Por esto sus padres
24 dijeron: Edad tiene, a él preguntad. Llamaron pues por segunda

les importaba saber si había en ello en qué fundar la acusación de una violación del sábado. (v. 16.) ¡Qué precisión y qué verdad en la respuesta del ciego sanado! Tres palabras le bastan.

14. Esos *algunos*, de entre los peor intencionados, no niegan aún el milagro (v. 18); pero infieren que el que lo ha realizado no puede ser un Enviado de Dios, porque a sus ojos su acción era una violación del sábado. *Otros*, más iluminados, mejor dispuestos, deducen, como Nicodemo (3: 2), que *tales milagros* no pueden ser la obra de un *hombre pecador*, es decir, de un transgresor de la ley divina. Rehusan pues admitir que haya habido violación del sábado. Es así como había *división entre ellos*.

15. La opinión del ciego sanado no importaba mucho a los más hostiles de esos hombres (v. 34); pero se la piden en la esperanza de arrancarle alguna palabra que les permitiera fundar una acusación contra Jesús o convencer de impostura al que había recobrado la vista. (v. 18). En lugar de eso, oyen de su boca esta primera confesión: *Es un profeta*, un Enviado de Dios. La convicción de este hombre se había iluminado y afirmado por la discusión misma a que acababa de asistir.

16. Ahora Juan no emplea más la palabra fariseos; dice: *los judíos*, término por el cual designa siempre a los adversarios del Salvador: (1:19, nota). No *creyeron* (gr.) *a su respecto que había sido ciego y que había recobrado la vista;* antes, sospechando un convenio entre él y Jesús, quisieron tener el testimonio de *sus padres* mismos, que debían conocer mejor el estado precedente y el estado actual de su hijo.

17. Dos preguntas, la primera de las cuales era muy fácil de contestar. En cuanto a la segunda, sus padres no pueden ni quieren responder. Con estas palabras: vuestro hijo *que vosotros decís haber nacido ciego*, los que interrogan dejan entrever su incredulidad sobre el hecho mismo.

18. Los padres afirman este doble hecho: que ése es *su hijo* y que *nació ciego*. Pero, en cuanto a la curación y a quién la ha realizado, se apresuran a negar todo conocimiento y echar sobre su hijo el cuidado de responder a esas preguntas. Las palabras que siguen (v. 22-24) explican demasiado bien esa cobardía y servilismo, así como la especie de terror que la auto-

vez al hombre que había sido ciego, y dijéronle: Da gloria a Dios;
25 nosotros sabemos que este hombre es pecador [20]. Respondió pues
aquél: Si pecador es no sé; una cosa sé: que habiendo sido ciego,
26 ahora veo [21]. Dijéronle pues: ¿Qué te hizo? ¿Cómo abrió tus ojos [22]?
27 Respondióles: Ya os he dicho y no habéis oído; ¿por qué queréis
oír otra vez? ¿Acaso queréis vosotros también volveros discípulos
28 suyos [23]? Y le injuriaron y dijeron: Tú eres discípulo de aquél,
29 mas nosotros de Moisés somos discípulos [24]; nosotros sabemos que
a Moisés ha hablado Dios, mas a éste no conocemos de dónde es [25].

ridad despótica de los fariseos inspiraba al pueblo.

19. La *exclusión de la sinagoga*, y por ende de toda comunión religiosa con el pueblo, era el primer paso de la excomunión. Esta decisión tomada por el sanedrín contra los adherentes de Jesús había debido hacer sensación en Jerusalén, y los padres del ciego no podían ignorarlo.

20. Los adversarios, como observa Luthardt, descubren ante todo su apuro, al llamar por segunda vez como testigo a aquel cuya curación testificaba contra ellos; les importaba mucho decidirle a retractar sus precedentes declaraciones. Tomando un tono solemne, le dicen: *¡Da gloria a Dios!* lo que era una especie de adjuración a decir la verdad y dar a Dios el honor que le había rehusado por su pecado o por su blasfemia. (Jos. 7: 19). Insinuaban al mismo tiempo que ellos combatían por la gloria de Dios, mientras que él le ofendía, reconociendo a Jesús por profeta. (v. 17). Por último, invistiéndose de toda su autoridad, agregan: *Nosotros sabemos que ese hombre es pecador*, transgresor de la ley divina del sábado. Ostervald traduce aquí y v. 16: *un malvado*, lo que no es exacto y sobrepasa el pensamiento de los adversarios mismos.

21. ¡Respuesta admirable de sencillez y de verdad! Unica apologética verdadera. Los enemigos procuran, por los sofismas de su dogmática, arrancarle una confesión contraria a su conciencia. Ellos dicen: *Nosotros sabemos;* él no disputa su ciencia, la deja de lado y responde: *No sé;* pero agrega: *Una cosa sé*, y esa cosa, el hecho de su curación, es su experiencia que todos los razonamientos del mundo no podrían conmover: *era ciego, y ahora veo.* Todo el que puede hablar así de la vida en Cristo, como de un hecho de experiencia, no tiene ya que temer las objeciones de la incredulidad.

22. El apuro de ellos va en aumento; esperan aún obtener de él, acerca del modo como Jesús le ha sanado, algo que pueda servir para acusarle.

23. Penetrando más y más en sus intenciones hostiles, el ciego sanado pasa de la defensiva a la ofensiva; su palabra se vuelve irónica y acaba por preguntarles si quieren, *ellos también*, ellos, los sabios, los magistrados del pueblo, *¡hacerse sus discípulos!*

24. Los adversarios sienten, en las palabras del ciego, el aguijón de un reproche moral que excita su ira: *Le injuriaron.* El evangelista calla sus injurias y se atiene a su argumento: *Tú*, bien lo vemos ahora, *tú eres discípulo de ese hombre* (gr., *de ése*, termino de desprecio), *mas nosotros* no reconocemos por maestro más que a Moisés.

25. Estas últimas palabras respiran aún el desprecio hacia Jesús y la incredulidad respecto de su origen y de su palabra. Esos hombres no encuentran sus obras comparables a las majestuosas apariciones de Dios sobre las montañas de Horlo y de Sinaí, en donde *habló a Moisés.*

26. No hay una palabra, en esta valiente confesión del ciego sanado, que no lleve el sello de una irrecusable verdad. Ante todo, la respuesta a las palabras: No sabemos de dónde es. *¡Esto es lo asombroso! Me ha abierto los ojos*, ¿no es ésa la prueba de que viene de Dios? El ciego lo establece: 1º por un principio bíblico (v. 31), y devuelve a los adversarios su palabra altiva: "Sabemos" (véase Job 27:9;35:13; Sal. 109:7; Prov. 15:29, etc.); 2º por un hecho indubitable (v. 32); 3º por una conclusión que los adversarios mismos no negarán. (v. 33.).

27. El orgullo clerical, herido por la inexorable lógica, no conoce más que el furor. Con estas palabras injuriosas: *Tú has nacido todo en el pecado*, aluden a la ceguedad que ellos juzgan, como los discípulos (v. 2), ser un castigo de Dios causa de sus pecados. "Y no se aperciben, como observa acertadamente Godet, que, por esta misma injuria, rinden homenaje a la realidad del milagro que pretenden negar." Después de estas palabras: le *echaron fuera*, hay que sobrentender: fuera de la sala donde se hallaban. No puede tratarse de una excomunión oficial, que hubiera exigido una deliberación regular. Pero esa excomunión debía ser la consecuencia inevitable y próxima de la escena que acababa de tener lugar.



30 Respondió el hombre y díjoles: En esto pues está lo asombroso, en
31 que vosotros no sabéis de dónde es y ha abierto mis ojos. Sabemos
que Dios a pecadores no oye, sino que si alguien fuere piadoso y
32 su voluntad hiciere, a éste oye. Desde la antigüedad no fué oído
33 que abriera alguien los ojos de un nacido ciego; si no viniera éste
34 de Dios, no podría hacer nada [26]. Respondieron y le dijeron: ¿En
pecados tú entero naciste, y tú nos enseñas? Y le echaron fuera [27].
35 Oyó Jesús que le habían echado fuera, y habiéndole encontrado
36 dijo [28]: ¿Tú crees en el hijo del hombre [29]? Respondió aquél y dijo:

28. Por esta observación, de que Jesús *supo* (sin duda por alguno de sus discípulos), lo que acababa de acontecer al ciego, el evangelista prepara y motiva el encuentro que va a referir. En efecto, Jesús, sabiendo que ese hombre había sufrido ya por su nombre, tanto más vivamente debió desear el concluir su obra en él, es decir dar la luz a su alma, como la había dado a sus ojos. Es lo que va a hacer, llevándole a la fe, que es el ojo del hombre interior. *"Le halló, porque le buscaba." Bengel.*

29. *¿Tú, crees en el hijo del hombre?* Tal es la traducción literal de esta pregunta que supone una respuesta afirmativa. En efecto, Jesús sabía que había en ese hombre un principio de fe sincera en su bienhechor. No se trataba pues más que de llevarle a conocer a éste más completamente. Jesús alcanza ese objeto por la pregunta directa del v. 35 y la revelación del v. 37. *Sin., B, D* y una o dos versiones tienen: *Hijo del hombre* en lugar de *Hijo de Dios.* La mayor parte de los críticos y exégetas adoptan esta variante por razón de que la substitución del término, corriente en nuestro evangelio, de *Hijo de Dios*, al término raramente empleado de *hijo del hombre* es más probable que la inversa. En 6:69 tam-

37 ¿Y quién es, señor, para que crea en él[30]? Díjole Jesús: Y le has
38 visto; y el que habla contigo, aquél es[31]. Y él dijo: Creo, señor; y
39 le adoró[32]. Y dijo Jesús: Para juicio he venido yo a este mundo;
para que los que no ven, vean y los que ven, ciegos se vuelvan[33].
40 De los fariseos que con él estaban oyeron ésto, y dijéronle: ¿Acaso

bién, el término de *Hijo de Dios* había tomado el lugar de la expresión característica: "el Santo de Dios."

30. La pronta respuesta de ese hombre: *¿Y quién es, Señor?* muestra que ha captado vivamente la pregunta de Jesús, y sólo pide conocerle para *creer en él.*

31. Gr. *Y le has visto, y el que habla contigo, él es.* Esta partícula repetida: *y, y,* señala dos inmensas gracias de Dios concedidas a ese hombre. La primera consiste en que *ha visto* a su libertador, le ha visto en el momento en que éste le ha encontrado (v. 35), y en que ha podido por primera vez contemplar sus facciones. Otros piensan que por estas palabras Jesús recuerda al ciego la liberación que le había concedido: *tú has visto,* experimentado mi potencia y mi amor. Esta explicación es menos natural. La segunda gracia divina, mucho mayor aún, consiste en que Jesús *habla con él* y se revela a él como su Salvador.

32. *Se prosternó ante de él:* como lo hace observar Meyer, Juan emplea siempre este término en el sentido de adoración. (4:20-24;12:20.) Se concibe, en efecto, que después del brillante milagro por el cual Jesús había dado la vista a ese ciego, y en el momento en que se presentaba personalmente a él como el Salvador, hablándole con divina caridad, ese hombre, vivamente emocionado, exclame con efusión: *¡Creo, Señor!* y no tenga desde ese momento, en el corazón, ningún otro sentimiento más que el de la adoración. Es el pleno cumplimiento de la importante declaración del Salvador: había nacido ciego, "a fin de que las obras de Dios fueran manifestadas en él" (v. 3.)

33. Jesús, viendo prosternado a sus pies ese pobre ciego que posee ahora la luz del cuerpo y la del alma, y percibiendo entre los que le rodeaban a algunos de esos fariseos cegados por su orgullo y por su endurecimiento (v. 40), debió pronunciar estas palabras en alta voz y con tono emocionado. Ve un *juicio* de Dios en la enemistad de los adversarios. Cuando declara que ese juicio era el objeto de su *venida* a este mundo, parece hallarse en contradicción con 3:17. Pero quiere hablar aquí de esa crisis interior que se produce en toda alma que oye la palabra divina; crisis que puede tener por resultados opuestos la luz o las tinieblas, la vida o la muerte. (Comp. 3:19; Mat. 13:14.) He aquí el emocionante espectáculo que Jesús tenía entonces ante sus ojos: por una parte, el ciego que, en ambos sentidos de la palabra, *no veía,* y que acaba de recobrar la vista corporal y espiritual; y por otra, esos sabios e inteligentes que *ven,* o se imaginan ver, gracias a su instrucción y a sus luces naturales, pero que, rechazando con orgullo la verdad, son heridos de ceguera moral, *¡se vuelven ciegos!* En otra ocasión (Mat. 11:25), Jesús alababa a Dios su Padre porque así ha "ocultado estas cosas a los sabios y a los inteligentes y las ha revelado a los niños", a las almas sencillas y rectas. Es esa una dispensación de la verdad y de la justicia divinas. Después de esta interpretación que resulta naturalmente del contexto y que es confirmada por los versículos si-



41 también nosotros somos ciegos[34]? Díjoles Jesús: Si fuerais ciegos
no tendríais pecado; mas ahora decís: Vemos; vuestro pecado permanece[35].

B. 1-21. Los falsos pastores y el verdadero pastor — 1º *La comparación.* El que no entra en el redil por la puerta es un ladrón. Un verdadero pastor se presenta a la puerta; el portero le abre. Las ovejas oyen su voz cuando las llama por su nombre. Las conduce fuera; ellas le siguen, porque conocen su voz, pero no seguirán a un extraño (1-5). — 2º *Primera aplicación de la similitud: Jesús es la puerta.* Como los oyentes no han comprendido, Jesús les declara que él es la puerta. Por él deben entrar los pastores; los que estaban antes de él son ladrones; las ovejas no los han escuchado. Por Jesús también las ovejas entran y salen para hallar pastos. El ladrón destruye, Jesús procura la vida en abundancia (6-10). — 3º *Segunda aplicación de la similitud: Jesús es el buen pastor:* a) *El buen pastor y el mercenario.* El buen pastor su vida da por sus ovejas. El mercenario huye ante el lobo, que arrebata y dispersa las ovejas (11-13). *El buen pastor y*

guientes, nos parece superfluo tomar parte en un debate planteado por algunos exégetas. Unos entienden por *los que no ven* los que tienen el sentimiento de lo que les falta, y suspiran por la luz; en *los que ven,* los que, alimentando la orgullosa ilusión de la ciencia, están satisfechos de sí mismos y de su condición natural. Otros piensan que Jesús designa en esos términos, por un lado, los ignorantes, los sencillos, los pequeños, la gente del pueblo (7:49); por el otro, los sabios, los inteligentes, los escribas y los doctores de la ley, los jefes, que, convencidos de su infalibilidad, acababan de condenar el acto que había realizado. Que Jesús tuviera en vista a estos últimos, cuando hablaba de *los que ven,* es evidente; pero en su aplicación general esta sentencia no es limitada a una clase de hombres, puesto que sólo según las disposiciones de su corazón los hombres de toda categoría, sabios o ignorantes, reciben o rechazan la verdad divina.

34. Gr. *De entre los fariseos, los que estaban con él,* que se hallaban aún allí, espiando las palabras de Jesús. A causa de la sensación producida por este brillante milagro, y como consecuencia de la escena relatada en el v. 34, sentían la necesidad de observarle de cerca. Comprenden que Jesús los designaba como los que se vuelven ciegos; heridos en su orgullo e insensibles al juicio divino que Jesús anunciaba, le hacen, con tono altivo y burlón, esta pregunta: *¿Y nosotros, también somos acaso ciegos?*

35. *Si fuerais ciegos,* semejantes a esos ignorantes que se sienten tales y suspiran por la luz, no tendríais ese *pecado* especial de la incredulidad y del endurecimiento, que es el peor de todos, y que os hace rechazar la verdad. *Mas ahora decís* con orgullo: *Vemos,* poseemos la llave de la ciencia, somos los conductores de los ciegos, los doctores de los ignorantes, los maestros de los sencillos (Rom. 2:19,20); *vuestro pecado permanece,* y permanece sin remedio. (El texto recibido dice vuestro pecado *pues,* Esta partícula es sobrentendida en el texto de *Sin., B, D, vers.)* El ciego que dice ver, el enfermo que dice estar sano (Mat. 9:12), el pobre que dice ser rico (Apoc. 3:17), no iran jamás a beber a la fuente de la liberación.

*las ovejas.* El buen pastor está unido a sus ovejas por una relación de conocimiento tan íntimo como el que le une a su Padre. El da su vida por sus ovejas. Tiene aún otras ovejas que no son de este redil. Las traerá, para que todas las ovejas sólo formen un rebaño bajo un solo pastor (14-16). c) *El amor del Padre correspondiendo al don espontáneo del Hijo.* El Padre le ama en razón del don que él hace de su vida. Él la da libremente; nadie se la quita; él tiene el poder de darla y de volver a tomarla. Dios ha establecido esta regla para su Hijo (17,18). — 4º *Efectos de este discurso.* Divide a los oyentes. Unos tratan a Jesús de loco. Otros, impresionados de sus palabras, invocan la curación del que nació ciego (19-21).

X En verdad, en verdad os digo [1]: El que no entra por la puerta
en el redil de las ovejas sino que sube por otra parte, aquél ladrón
2 es y bandolero [2]; mas el que entra por la puerta pastor es de las

1. Este discurso está en relación íntima con las palabras y los hechos referidos en el capítulo precedente. La conducta de los judíos que procuraban anular la impresión producida por la curación del ciego, ora negando el milagro, ora persiguiendo al que había sido objeto de él, obligó a Jesús a decir severas verdades sobre la propia ceguedad de ellos. (9:39-41.) Se esfuerza ahora en hacer sentir a esos orgullosos perseguidores que no son más culpables como conductores del pueblo que como individuos. Sus primeras palabras son solemnes: *En verdad, en verdad.*

2. Esta hermosa alegoría, que el Salvador toma de las costumbres pastoriles del oriente, era familiar a sus oyentes. A fin de preservar sus ganados de las bestias feroces o de los ladrones, los pastores las reunían en pleno campo, en un *redil* a cielo abierto, rodeado de un muro. Se hacía una puerta, en la cual estaba un servidor bien armado, que hacía la guardia y no dejaba entrar más que a los pastores conocidos de él. Por la mañana, esos pastores venían; cada uno llamaba sus propias ovejas que, conociendo su voz, le seguían para ir a los pastos. Jesús mismo expone, en su discurso, el sentido espiritual que da a los diversos detalles de esta alegoría. Pero como varía en la aplicación de esos diversos detalles, se puede preguntar si tenemos o no varias parábolas entrelazadas. Godet distingue tres: la del pastor (v. 1-6), la de la puerta (v. 7-10), la del buen pastor (v. 11-18.) Weiss no halla en este discurso más que dos parábolas: la primera, v. 1-10, que él titula la parábola del pastor y del bandolero; la segunda, v. 11-18, que él llama la parábola del pastor y del mercenario. Nosotros consideramos más conforme al texto, más respetuoso de sus matices, no ver en este trozo más que una sola similitud, que Jesús expone en términos generales en los v. 1-5, y de la cual hace dos aplicaciones diferentes, identificándose sucesivamente con la puerta por la que deben pasar pastores y ovejas v. 7-10), y con el verdadero pastor a quien pertenecen las ovejas y quien da su vida por ellas (v.-11-18). En la primera exposición de la parábola (v. 1-5) están ya sobrentendidas las aplicaciones que Jesús hará de los dos detalles principales: la puerta y el pastor legítimo. La puerta representa a Jesús mismo (nota siguiente, Comp. v. 7); y el pastor que nos describen los v. 3 y 4, no puede ser otro que el buen Pastor; de



3 ovejas [3]. A éste abre el portero [4], y las ovejas su voz oyen, y las
4 propias ovejas llama por nombre y las guía afuera. Cuando hubie-
re sacado todas las propias, delante de ellas va, y las ovejas le si-
5 guen, porque conocen su voz [5]; mas a un extraño de cierto no se-

él sólo se puede decir con verdad que "las ovejas le pertenecen" y que "las llama por su nombre." El cuadro de los v. 3 y 4 contiene en germen la descripción de la actividad del buen pastor. (v. 11-18.)

3. El *redil de las ovejas* es el pueblo de Dios, Israel, de quien Jehová, por medio de sus profetas, se había proclamado el pastor y al cual había prometido el envío de pastores según su corazón. (Jer. 23:1-8; Ezeq. 34; 37:24; Isa. 40:11.) La *puerta,* por la cual debe *entrar* todo verdadero *pastor de las ovejas,* no representa solamente la autorización divina dando acceso legítimo al redil (Tholuck, Godet y otros), sino a *Cristo mismo,* como lo dice expresamente. (v. 7.) Los verdaderos conductores del pueblo de Dios no pueden entrar más que *por él* en su vocación; él es quien los hace capaces y los llama; él quien establece una relación íntima entre ellos y las ovejas. Algo muy distinto ocurría con los fariseos que, independientes de él, incrédulos y enemigos de su verdad, se arrogaban la calidad de conductores del pueblo de Dios. Es pues enteramente arbitrario admitir que Jesús no se designaba aún aquí bajo esta figura de la puerta, aun cuando lo haga luego expresamente. (v. 7,9.) "Él mismo agrega a la figura su interpretación, dijo Melancton, y debemos contentarnos con ella." El que entra pues por Cristo es *un pastor* o simplemente *es pastor de las ovejas,* por oposición "al bandolero y al ladrón." (v. 1.) Es necesario observar que esta palabra, sin artículo, conserva toda su generalidad. Muy distinto ocurre cuando Jesús mismo se llama *el* pastor, *el buen pastor.* (v. 11, 14.) Pero si Jesús empieza por establecer las condiciones que debe llenar todo pastor de las ovejas, a fin de mostrar que los jefes del pueblo eran ladrones (v. 1 y 2), su pensamiento, saliendo de la generalidad, se refiere, desde el v. 3, al único pastor verdadero.

4. El *portero* es, como lo hemos indicado, ese servidor armado que velaba a la entrada del redil. No habiendo interpretado Jesús este detalle de la similitud, los exégetas han querido suplir a su silencio. Unos pues han visto en ese portero a Dios (6:44), que abre la entrada de su reino; otros, el Espíritu Santo, que prepara los corazones; otros, Moisés, que, por la ley, abre el camino al evangelio (5:46); otros, Cristo mismo; otros, por último, Juan el Bautista, el precursor del Salvador. De estas diversas interpretaciones, la última, propuesta por Godet, es la más verosímil (1:6, 7,35, sig.; Mat. 21:23, sig.); pero nos parece más natural ver solamente en este detalle la indicación de que el verdadero pastor encuentra acceso al redil de las ovejas.

5. ¡Admirable cuadro de una relación íntima, llena de confianza y de amor, entre el pastor y las ovejas! Él, en cuanto ha entrado en el redil, *llama sus ovejas por su nombre;* él conoce, nombra a cada una de ellas (Comp. Isa 43:1; Juan 1:43;20;16); *las conduce afuera;* y, cuando ha hecho salir a todas *(B, D, Itala)* sus *propias* ovejas, *anda delante de ellas,* para conducirlas a los pastos. Ellas, por su parte, *oyen su voz,* y, como la *conocen, le siguen* dócilmente. La pa-

guirán, sino que huirán de él, porque no conocen de los extraños
la voz [6].
6 Esta alegoría les dijo Jesús; mas aquéllos no conocieron qué
7 era lo que les hablaba [7]. Dijo pues otra vez Jesús: En verdad, en
8 verdad os digo: Yo soy la puerta de las ovejas [8]. Todos cuantos
vinieron antes de mí ladrones son y bandoleros [9]; pero no les oye-

labra dos veces repetida: sus *propias ovejas*, parece establecer una distinción entre las que pertenecen al pastor, y otras. Por su llamado, el pastor obraría una selección entre las ovejas; las que *oyen su voz* representarían a los miembros vivientes del rebaño, según la expresión de Calvino; o, siguiendo la explicación de Godet, esas ovejas, que el pastor *conduce afuera*, figurarían "la salida del rebaño mesiánico del cercado teocrático destinado a la ruina." Pero no se dice expresamente que el cercado contenga varios rebaños mezclados. El término *sus propias ovejas* significa simplemente que son suyas, le pertenecen y que, como tales, él las ama. Se puede leer en los v. 5 y 12 el pensamiento opuesto.

6. Las ovejas, lejos de *seguir a un extraño, huirán de él,* por cuanto *ellas no conocen la voz de los extraños.* Hay en todo verdadero discípulo de Cristo un tacto cristiano, un discernimiento de los espíritus, que le hacen reconocer inmediatamente una palabra, una enseñanza, un tono, un modo de obrar opuestos al carácter del verdadero pastor, descripto en los v. 3 y 4.

7. Lo que los oyentes de Jesús *no comprendieron,* no son los términos tan sencillos y claros que empleaba, sino las *cosas* espirituales y morales que quería enseñar. No podían ni querían comprenderlas; pues su ceguera (Comp. 9:40,41) los hacía incapaces de entender tales verdades.

8. He ahí sobre todo lo que los adversarios no querían comprender ni creer: que Jesucristo es *la puerta de las ovejas* (v. 2, nota), la única por la cual entran los verdaderos pastores (v. 8) y las ovejas mismas (v. 9.) Es esta la primera aplicación de nuestra similitud que Jesús se hace a sí mismo; una segunda, la principal, está en el v. 11 y sig.

9. Es esta una sentencia que ha ocupado singularmente a los intérpretes y que es, en efecto, bastante difícil de explicar. Un comentador célebre (de Wette) encuentra que no responde a la sabiduría y a la mansedumbre de Jesús y renuncia a hallarle un sentido satisfactorio. Las palabras: *antes que yo* son omitidas por nueve *mayúsc.*, más de cien *minúsc.*, la *Itala,* la Vulgata y algunos padres de la iglesia. Tischendorf las omite, pero su cercenamiento parece ser una corrección destinada a allanar la dificultad; por lo demás, cambia poco al pensamiento. La mayor parte de los críticos y de los exégetas las conservan, basándose en *B, A, D, mayúsc.* Pero ¿cuál es el pensamiento del Salvador? Evidentemente, no habla ni de Moisés, ni de los profetas, cuya autoridad reconoce en muchas palabras de nuestro evangelio (4:22; 5:39,45-47.) Los términos de *ladrones y bandoleros* no podrían aplicarse tampoco a los falsos mesías, que no aparecieron sino en época posterior. Por último, es hacer violencia al texto tomar *antes que yo* en el sentido de: "separándose de mí" o traducir *en mi lugar.* Jesús habla únicamente de los jefes actuales de la teocracia, a quienes se dirigía este discurso y a



9 ron las ovejas [10]. Yo soy la puerta; por mí si alguien entrare, será
10 salvado, y entrará y saldrá y hallará pasto [11]. El ladrón no viene
sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que vida
tengan y en abundancia tengan [12].

los que ya ha designado en los mismos términos en el v. 1. Lo prueba bien claramente el verbo en presente, *son* ladrones y bandoleros, que han de cuidarse muy bien de traducir, con Ostervald, por *fueron.* Jesús puede decir de ellos: *Vinieron antes de mí,* "porque ya los ha encontrado en la obra cuando empezó su propio trabajo en Israel... La parábola de los viñadores en los sinópticos es la explicación de esta palabra de Jesús." *Godet.* ¿No merecían los epítetos de que se habían apoderado del pueblo *ladrones* y *bandoleros* esos hombres de Dios para oprimirlo con su tiranía; que "habiendo alzado *la llave* de la ciencia, ellos mismos no habían entrado, mas impedían entrar a los que lo querían" (Luc. 11:52; comp. Mat. 7:15); que pronto formarán contra el Salvador designios criminales, y cuyo odio tampoco será calmado cuando lo hayan clavado sobre la cruz, sino que perseguirán con sus persecuciones a sus discípulos? Reléase, en el cap. 23 de Mateo, los juicios terribles pronunciados por el Cristo sobre esa jerarquía orgullosa, hipócrita y enemiga de la verdad, y no se hallará nada de extraño en la sentencia de nuestro texto.

10. Las *ovejas* son aquí las mismas de que ha hablado Jesús en los v. 3 y 4. No solamente las almas piadosas rehusaban *escuchar* a los fariseos y escribas, sino en general, las clases pobres y pacientes del pueblo, para quienes esos hombres no tenían ni corazón ni entrañas, que se sentían abandonadas "como ovejas que no tienen pastor" (Mat. 9:36) y que temblaban de temor bajo la opresión de sus jefes (9:22).

11. Jesús acaba de decir que las ovejas no han escuchado la voz de sus conductores; en los v. 9 y 10, que forman un contraste sorprendente con las palabras que preceden, pinta la feliz condición de los que van a él. Él es *la puerta. Si alguno entrare* por él en el redil de las ovejas, si obtuviere por él la reconciliación con Dios y el acceso a su reino, he aquí los inmensos beneficios de que disfrutará: *será salvado,* lo que no significa solamente, como piensa Meyer: hallará protección y seguridad; sino: será *salvado* con salud eterna. Luego: *entrará* y *saldrá,* expresión hebraica que significa el libre uso de una morada en la que se entra y de la que se sale a voluntad, en donde uno se siente *en su casa,* para hablar con Godet, y designa de un modo general, la libertad de los movimientos, de la actividad a la que nada traba (Deut. 28:6; 31:2; Jer. 37:4; Act. 1:21, nota). Por último: *hallará pasto,* término cuyo sentido espiritual se comprende de por sí y que es abundantemente explicado en el versículo siguiente. Esta última palabra habría debido bastar para hacer comprender que Jesús habla aquí de las *ovejas* y no de los *pastores;* hace inadmisible la explicación de Meyer y de Luthardt según la cual, en el v. 9 también, Jesús se presentaría como *la puerta* para los pastores como para las ovejas (comp. v. 1). Aplicando este versículo al pastor, pretenden que "será salvado" en el sentido de 1 Tim. 4:16, y que "hallará pasto" para el ganado. Interpretación ciertamente forzada.

12. Una vez más, Jesús hace resaltar el contraste entre el *ladrón* (v.

11 Yo soy el buen pastor [13]. El buen pastor su vida pone por las
12 ovejas [14]; mas el asalariado y que no es pastor, de quien no son
propias las ovejas, ve al lobo viniendo y deja las ovejas y huye, y
13 el lobo las arrebata y dispersa. El asalariado huye porque es asa-
14 lariado y no se cuida de las ovejas [15]. Yo soy el buen pastor, y co-

1,8), que no tiene sino pensamientos de injusticia, de crimen, de destrucción, y *él mismo* que es para los suyos la fuente de la *vida*, de la vida eterna, que puede y quiere impartirles *en abundancia*. Con esta afirmación de sus compasiones infinitas y de su amor hacia las ovejas, prepara Jesús la revelación que va a dar presentándose como *el buen pastor*, comparación que desarrollará largamente (v. 11-18), oponiéndola a la figura del *mercenario*.

13. Gr. *Yo soy el pastor, el bueno*. Jesús no dice: *un* pastor, como en el v 2, y como Lutero erróneamente traduce; sino *el* pastor, en un sentido absoluto y exclusivo. Además el adjetivo significa al mismo tiempo *bueno* y *hermoso;* "designa entre los griegos la bondad como suprema belleza moral. Esta palabra explica el artículo *el:* El que realiza perfectamente este tipo sublime". *Godet*. Hablando así, Jesús presentaba a sus oyentes, como plenamente realizada en él, una figura que les era familiar por las escrituras (véase Sal. 23; Sal. 80:1; Isa. 40:11; Ezeq. 34:11-23). Sólo que, como en todos esos pasajes del antiguo testamento es el Eterno mismo quien se representa bajo la figura del pastor, se ve que Jesús, mostrándonos en él la plena realización de esa figura, habla con conciencia de ser *uno* con Dios. Es ésta la segunda aplicación de la similitud (v. 7, nota, y v. 2, nota). No hay contradicción en que Jesús se represente, al mismo tiempo, como la *puerta* y como el *pastor*. Él es la puerta única por la cual los pastores y las ovejas entran en el redil del reino de Dios, y, en este reino, Él es el conductor supremo de unos y otros. Él es el Pastor de los pastores y el Pastor de las ovejas.

14. Gr. *pone su vida*, literalmente *su alma*, por sus ovejas. Esta manera de hablar es propia de nuestro evangelista (v. 15, 17,18; 13:37,38; 15:13; 1 Juan 3:16). La expresión *pone su vida*, significa que el buen pastor expone su vida en el combate, por la defensa de sus ovejas, por oposición al mercenario que huye cobardemente (v. 12); anuncia el inmenso sacrificio por el cual Jesús entregará su vida para salvar a los suyos (13:37). Algunos intérpretes piensan que este término figurado es tomado de la idea de un vestido que se *depone* (13:4), o de la de un depósito de dinero, de un rescate pegado (Mat 20:28). Pero esas ideas no pueden aplicarse a las relaciones que el pastor tiene, ya sea con sus ovejas, ya con el lobo.

15. El personaje del *asalariado*, diferente del del ladrón y del bandido (v. 1 y 8), es en la similitud un rasgo nuevo. Su carácter es descripto en algunos rasgos impresionantes. Es *mercenario*, no trabaja más que por un salario; *no es pastor, las ovejas no son propias de él*, no tiene pues por ellas ni interés ni amor; al acercarse el peligro, *abandona las ovejas y huye*. Esta odiosa conducta es explicada por el carácter servil e interesado del personaje, que *no se preocupa por las ovejas*. ¿A quién ha querido Jesús pintar en ésta nueva figura? La mayor parte de los intérpretes la aplican a los fariseos que eran entonces los conductores de Israel, y que Jesús ha comparado precedentemente a "ladrones" y a "bandoleros" (v. 8, nota). Godet ve en ellos a los sacerdotes y los levitas, únicos funcionarios titulares y asalariados de la teocracia, mientras que el lobo representaría a los fariseos, que obligaban a los jefes legítimos a doblarse ante ellos y soportar su influencia. Pensamos más bien que la figura del asalariado es principalmente destinada a hacer resaltar por contraste el carácter del buen pastor (Hengstenberg, Weiss). Ha habido por desgracia, en todo tiempo, conductores de ovejas que, no estando animados del espíritu del Pastor, han realizado este triste tipo. Los *mercenarios* no han faltado jamás en la iglesia de Dios. Igualmente la comparación del *lobo* que *arrebata* algunas de las *ovejas* y *dispersa* las demás, que, en una palabra, hace un verdadero estrago en el rebaño, no debe ser entendida de una categoría especial: los fariseos (Godet), o los herejes, enemigos de la verdad, Agustín, según Act. 20:29); es toda la potencia enemiga del reino de Dios, esa potencia que se personifica en el príncipe de este mundo (12:31; 14:30). En el v. 13, las palabras: *el mercenario huye*, son omitidas por *Sin., B. D.*



15 nozco las mías y me conocen las mías, conforme me conoce el Pa-
16 dre y yo conozco al Padre y mi vida pongo por las ovejas [16]. Tam-
bién otras ovejas tengo que no son de este redil; también aqué-
llas es necesario que yo las guíe, y mi voz oirán, y habrá un solo
17 rebaño, un solo pastor [17]. Por esto me ama el Padre porque yo

16. Jesús repite esta importante declaración: *Yo soy el buen pastor*, para ponerla en oposición con el carácter del mercenario; luego describe en dos rasgos profundos lo que hace de él el Pastor perfecto. Primeramente, hay entre él y las ovejas un *conocimiento* mutuo basado en la confianza y en el amor, una comunión de la misma naturaleza que la que existe entre él y *su Padre* (comp. 14:20; 15:10;17:8,21,26). Luego, lo que sobre todo le caracteriza como el buen Pastor, es la abnegación suprema de su amor. Él *da su vida por sus ovejas* (v. 11, nota). Así se consuma la comunión profunda y viva del fiel con Dios, por intermedio del Salvador, que, para reintroducir a los suyos en esa unidad divina, da su vida. *Sin., B, D,* vers. dicen: *y mis ovejas me conocen,* en lugar de la lección recibida: *soy conocido de mis ovejas*.

17. Jesús al declararse una vez más el buen Pastor y describir su obra divina que se consumará por su muerte (v. 14, 15), es captado del pensamiento de que esa obra no será limitada a su pueblo, y echa una mirada llena de gozo sobre ese porvenir cercano en que los paganos tendrán parte también en los frutos de su sacrificio y entrarán en el reino de Dios. Pero hay que observar bien cada término de esta grande profecía, que nos muestra qué concepción luminosa tenía el Señor del porvenir de su reinado. 1º No dice: tendré: sino *tengo* otras ovejas fuera de este *redil* de Israel; ya es el poseedor, según el designio inmutable de la gracia de Dios (Comp. Act. 18:10, nota) y en virtud de la afinidad natural que existe entre él y toda alma humana (1:4, 9-11). "Este verbo tiene gran potencia". *Bengel*. 2º Jesús sabe con certidumbre que esas ovejas, entonces aún dispersas

18 pongo la vida mía, para otra vez tomarla [18]. Nadie me la quita, sino
que yo la pongo de mí mismo; poder tengo para ponerla, y poder
tengo para otra vez tomarla [19]; este mandamiento recibí de parte

por todas las naciones del mundo, *oirán su voz. Es necesario*, dice, *que las traiga* al redil de mi reino. ¿En qué está fundada esa necesidad? En la voluntad de Dios, en su eterna misericordia, cuyo cumplimiento nada podría impedir. 3º *Habrá un solo rebaño, un solo* pastor. Todo lo que separaba a Israel de las demás naciones, todo lo que divide los pueblos, nacionalidades, religiones, prejuicios, habrá desaparecido en la grande unidad de los redimidos de Jesucristo, formando la familia de Dios (Comp. 11:52; 12:32; Ef. 2:11-16; 3:4-6). Y ese único rebaño estará bajo la dirección del único pastor, el gran Pastor de las ovejas elevado a su gloria (Hebr. 13:20; 1 Pedro 2:25). "De derecho, Jesús es siempre el único Pastor; lo será pues de hecho y de derecho". *Bengel.* El cumplimiento de esta grande profecía de Jesús que nos revela tan magníficamente la universalidad del evangelio de la gracia, empezó con la conversión de los paganos y se prosigue a través de los siglos por la evangelización del mundo, hasta que haya llegado a su perfección (Rom. 11:25).

18. Jesús ha terminado de describir la conducta del buen Pastor v. 11; 16); el buen Pastor se consagra hasta la muerte (v. 11, 15). Pero Jesús siente la necesidad de explicar el carácter moral de esta muerte, y de indicar sus motivos; declara solemnemente que será perfectamente libre (v. 17, 18). De parte de Dios, ninguna obligación le es impuesta, pues toda comunicación entre el Padre y él es una efusión del amor divino (3:35; 5:20). Así, especialmente en el don de su vida, *el Padre le ama*, porque su sacrificio cumple el designio eterno del amor divino, la salvación del mundo. En el misterio de nuestra redención, hay que guardarse pues muy bien de pensar que no hay en Dios más que la justicia que pide satisfacción, y que el Hijo sólo manifiesta el amor que salva al pecador. Somos deudores de la salvación al amor del Padre tanto como al amor del Hijo (Juan 3:16). Pero si Jesús da su vida, no es, no podía ser, para quedar en la muerte; la da *a fin de volverla a tomar.* Estas palabras no solamente indican la consecuencia o la condición de su muerte, como piensan Calvino y de Wette, sino la intención, claramente expresada, el fin verificado del Salvador. "Quiere *volver a tomar* su vida, a fin de proseguir como glorificado su oficio de Pastor supremo". *Luthardt.* Y si su muerte es el rescate por los pecados del mundo, su resurrección es la vida de los suyos. He ahí por qué, en los sinópticos, todas las veces que Jesús anuncia sus sufrimientos y su muerte, anuncia al mismo tiempo su resurrección (Mat. 16:21, etc.).

19 Si, de parte de Dios, ninguna obligación era impuesta a Jesús fuera de la del amor (v 17), de parte de los hombres ninguno podía, sin su voluntad, *quitarle la vida;* él la *da de sí mismo*, en la santa libertad del amor. La necesidad de morir es, para el hombre, la consecuencia del pecado (Rom. 6:12); para el Santo y el Justo esa necesidad no existía. Jesús lo afirma en esta declaración repetida: *Tengo el poder de ponerla, y tengo el poder de volver a tomarla.* Esta sentencia del Salvador no está en contradicción con la doctrina cons-



19 de mi Padre [20]. División otra vez se produjo entre los judíos por
20 estas palabras [21]. Y decían muchos de ellos: Demonio tiene y está
21 loco; ¿por qué le oís [22]? Otros decían: Estas palabras no son de
un endemoniado; ¿puede acaso un demonio abrir ojos de ciegos [23]?

C. 22-42. JESÚS EN LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN. — 1º *Jesús interrogado por los judíos.* Como pasea bajo el pórtico de Salomón, rodéanle los judíos e intímanle que no los tenga por más tiempo en suspenso, sino que les diga si es el Cristo (22-24) — 2º *Respuesta de Jesús.* Recuerda sus declaraciones precedentes y sus obras. Los judíos no creen porque no son de sus ovejas. Estas le siguen y él les da la vida eterna. Ellas son guardadas por la doble acción del Hijo y del Padre, que son uno. Los judíos toman otra vez piedras

tante del nuevo testamento según la cual *Dios* es quien ha resucitado a Jesús de entre los muertos (Act. 2: 32; 3:15; 4:10; Rom. 6:4). pues, como dice Godet: "Si en el Padre está la potencia que le devuelve la vida, es él quien por su libre voluntad llama hacia su persona el despliegue de esa potencia". "Un acto espontáneo del Hijo viene al encuentro de la acción de los hombres por una parte y de la del Padre por otra". *Luthardt.*

20. Toda la vida del Salvador, desde su encarnación, que fué una primera e inmensa abnegación, hasta su muerte y su resurrección, no ha sido más que el cumplimiento de la voluntad de Dios (14:31; Mat 26:39, 42). Jesús ha obedecido constantemente a lo que él llama la *orden* o el *mandamiento* que *recibió de su Padre;* era la misión que libremente aceptara y que ha cumplido perfectamente. En nuestro pasaje, sin embargo, la *orden* del Padre al Hijo se aplica menos a los actos de dar su vida y volver a tomarla, que a establecer la plena libertad con que el Hijo realizará esos actos. Godet parafrasea como sigue esa orden: "Podrás morir o no morir, resucitar o no resucitar, según las libres aspiraciones de tu amor".

21. *Otra vez*, pues ya había habido *división* entre ellos (9:16). *Los judíos* son, según el lenguaje de Juan, esos mismos fariseos que acababan de oponerse a las palabras de Jesús (9:40). Persisten en su enemistad y la expresan por injurias.

22. Jesús había debido oir más de una vez ya esas palabras ultrajantes (7:20; 8:48, 52). Las palabras: *está loco* son la explicación de éstas: *tiene un demonio;* pues, según las ideas populares de la época, la locura tenía por causa la posesión. De donde deducen con desprecio que no vale la pena *escuchar* al que habla. Es necesario convenir, en efecto, que las palabras que Jesús acababa de pronunciar (v. 17-18) son, o de Aquel que es uno con Dios, o de un necio. No hay otra alternativa; no la hay más para los lectores actuales que para los oyentes de entonces.

23. Estos *otros* eran también oyentes de Jesús, que menos prevenidos, más sinceros, más serios, habían sacado una conclusión enteramente distinta de la curación del ciego (9:16). Aquí, no solamente del *milagro* se muestran impresionados, sino, lo que es mucho más importante, de las *palabras* mismas del Salvador: *No son estos los discursos de un endemoniado.* El contacto inmediato de la verdad con el alma humana es el único medio de una verdadera convicción; y la

para apedrearle (25-31). — 3º *Vana tentativa de Jesús de apartar el gran escándalo de los judíos: la acusación de blasfemia.* Les pregunta por cuál de sus buenas obras le apedrean. Responden que porque él, hombre, se hace Dios. Jesús les cita un pasaje de la escritura en que son llamados "dioses" aquéllos a quienes la revelación es dirigida. Y al que ha recibido del Padre la misión de revelarlo, ellos acusan de blasfemia porque ha dicho: ¡Soy el Hijo de Dios! Por último apela Jesús nuevamente a sus obras e invita a los judíos a creer por lo menos a sus obras: ellas los conducirán a reconocer que el Padre está en él y él en el Padre. Ellos procuran nuevamente prenderle, pero él escapa de ellos (32-39). — 4º *Nueva permanencia del otro lado del Jordán.* Jesús se traslada al lugar donde Juan había bautizado. Permanece allí. Muchas gentes van a él y creen, después de haber comprobado que es tal como Juan le ha descripto anticipadamente (40-42).

22 Y se celebró la dedicación en Jerusalén; era invierno [24]; y an-

conclusión de aquellos hombres será siempre la más potente apología del evangelio. Se hace observar que este juicio es aun enteramente negativo: es verdad en cuanto a su forma; pero nada impide creer que denota una impresión más positiva en el corazón de los que lo expresan, pues les era necesario, para hablar así en presencia de los poderosos enemigos de Jesús, cierto valor. Y sus enemigos no hallan qué responder.

24. Esta *fiesta*, llamada en hebreo y en griego *Renovación, Inauguración, Dedicación*, había sido instituída por Judas Macabeo, en recuerdo de la restauración del templo y del altar, después que Antíoco Epifanes los hubo profanado. Se la celebraba durante ocho días, a partir del 25 del mes de Kisleu, que corresponde al mes de diciembre. (Véase 1 Mac. 4:55 y sigs.; 2 Mac 10:2 y sigs., y también Josefo, Antig. XII, 7,8.) Esta fiesta era de institución humana, y por lo tanto no había, para los judíos, la misma obligación de asistir a ella que en las otras solemnidades religiosas. Pero Jesús se conformaba de buena gana a todo lo que había de bueno y de laudable en las costumbres de su pueblo, y aprovechó esta ocasión para dirigir a éste un postrer llamado, antes de la pascua. *Era invierno*, la mala estación, por eso fué el discurso que sigue pronunciado *bajo el pórtico de Salomón* (v. 23, nota), y no al aire libre. Estos pequeños detalles denotan el testigo ocular. Entre la fiesta de los tabernáculos (7:2), en que tuvieron lugar las discusiones que preceden (7:14 a 10:21), y la de la dedicación, dos meses habían transcurrido sobre los cuales nuestro evangelista guarda absoluto silencio. Unos piensan que, en ese intervalo, Jesús permaneció en Jerusalén y en los alrededores. (Así Bengel, Tholuck, Olshausen, Stier, Lücke, Hengstenberg, Meyer, Weiss, Holtzmann.) Pero, objetan otros, ¿es probable que el Salvador haya podido permanecer todo ese tiempo en Jerusalén, expuesto a las emboscadas de sus enemigos cuyo odio y designios criminales más de una vez se habían declarado contra él? (Véase también v. 31.) Además, habría que admitir, en este caso, que después de la partida de Galilea mencionada en 7:10, Jesús no volvió más a esa provincia. Ahora bien; si se consulta el relato que Lucas nos ha hecho del último viaje de Jesús de Galilea a Ju-



23 daba Jesús en el templo, en el pórtico de Salomón [25]. Rodeáronle
24 pues los judíos y le decían: ¿Hasta cuándo tienes nuestra alma en
25 suspenso? Si tú eres el Cristo, dinos abiertamente [26]. Respondió-
les Jesús: Os he dicho y no creéis; las obras que yo hago en el
26 nombre de mi Padre, éstas dan testimonio sobre mí [27]; pero vos-

dea (Luc. 9:51 a 19:28), es uno naturalmente conducido a las dos observaciones siguientes: 1ª La partida de Galilea meridional (9:52, comp. 17: tuvo algo de solemne y de público; Jesús se pone en marcha rodeado de un séquito numeroso (10:1). Juan nos dice, al contrario, que cuando Jesús se trasladó a la fiesta de los tabernáculos, "subió, no públicamente, sino en secreto". Lucas habla pues, de otro viaje (7:8-10). 2ª Lucas coloca, en medio de una narración que nos mostraba a Jesús recorriendo la Galilea referida por Lucas (9:51) 11), la parábola del buen samaritano, cuyo teatro es el camino de Jerusalén a Jericó, y la visita de Jesús a Marta y a María, que nos transporta a Betania. Este hecho se explica, si suponemos que Jesús interrumpió su gira de evangelización por Galilea meridional y Perea para hacer una rápida excursión a Jerusalén para la fiesta de la dedicación. Hay que admitir, pues, que después de la fiesta de los tabernáculos, Jesús volvió a Galilea. Traía de Jerusalén la convicción de que sus llamados a las autoridades teocráticas habían sido definitivamente rechazados, de que su muerte era inevitable y cercana. Bajo esa impresión se despide de esa provincia que había sido el principal campo de su actividad. Efectúa entonces la partida solemne cuyo carácter trágico ha indicado el relato de Lucas (9:51). Se encamina lentamente hacia Jerusalén, evangelizando Galilea meridional y Perea. Hace una corta aparición en Jerusalén, en la fiesta de la dedicación; luego vuelve a Perea, donde queda hasta que se acerca la pascua (Juan 10:40). Tal es la opinión de Ebrard, de Neander, de Lange, de Luthardt, Keil y Godet.

25. El *pórtico de Salomón*, situado en la parte oriental del templo, era, según Josefo (Antig. XX, 9, 7), la única porción del antiguo edificio que quedó en pie cuando su destrucción bajo Nabucodonosor. Ese lugar era caro al recuerdo de los cristianos (Act. 3:11), y nuestro evangelista no lo había olvidado. Esta observación pues revela, como tantas otras, al testigo ocular. (Comp. 8:20).

26. *Pues;* esta partícula muestra que los adversarios aprovechan con solicitud la ocasión que les ofrece la presencia de Jesús bajo este vasto pórtico para *rodearle*, separarle de sus discípulos, estrecharle de cerca y hacerle una pregunta directa que debía forzarle a declarar *francamente, abiertamente*, si era *el Cristo*, el Mesías. Que los que así le estrechan obran con espíritu hostil, resulta de este término: *los judíos*, por el cual designa Juan en general a los enemigos del Salvador. La respuesta de Jesús igualmente lo demuestra.

27. Gr. *Os he dicho*, el régimen sobrentendido es: lo que me preguntáis. Jesús no se declaró el Mesías en términos explícitos; pero emitió muchas afirmaciones capaces de demostrar que se consideraba el Cristo, el Hijo de Dios (8:25, nota). Por esas declaraciones, como dice Godet, les ha "deletreado, en cierto modo, su título de Cristo, de tal manera que, si quieren creer, no tienen más que pronunciarlo ellos mismos". Además

27 otros no creéis, porque no sois de las ovejas mías [28]. Las ovejas
28 mías mi voz oyen, y yo las conozco, y me siguen [29], y yo les doy
vida eterna, y de cierto no perecerán por la eternidad, y no las
29 arrebatará alguien de mi mano [30]. Mi Padre que me ha dado mayor

si no les bastan, consideren *las obras* que él *hace* evidentemente *en el nombre de su Padre* que llevan todas el sello de la potencia y del amor divinos. Ese es el *testimonio* que habría debido llevarlos a la fe en él y en su palabra (v. 38; 5:36; 15:24). Pero Jesús añade con tristeza: *no creéis*, y va a decir directamente la razón de ello.

28. Jesús halla en el fondo del corazón de sus adversarios la causa de su incredulidad: *no creéis, porque no sois de mis ovejas*, y la prueba de que no lo sois, está en que *mis ovejas* me conocen y *oyen mi voz* (v. 27, comp. v. 15, 16), mientras que vosotros rechazáis mis palabras. Si las palabras: *como os lo dije*, omitidas por *Sin.*, *B*, son auténticas, no hay que tomarlas al pie de la letra, pues Jesús aún no había declarado abiertamente a sus adversarios, en términos propios, de *que no eran de sus ovejas*; pero, describiendo, en la alegoría 10:1-15, los caracteres de los que le pertenecen, había hecho entender bastante claramente a sus enemigos que ellos no eran de ese número. Algunos intérpretes hacen de esa frase un preámbulo del v. 27, que es una cita literal de palabras pronunciadas en el discurso precedente. En una u otra de esas aplicaciones, estas palabras: *como os dije* son pues bastante claras. Pero la mayor parte de los editores y de los comentadores las cercenan. Se ha hallado extraño que Jesús se refiera aquí a su parábola del pastor y las ovejas, que había pronunciado dos meses antes (v. 22, nota), y la crítica negativa se ha apresurado a sacar de ello conclusiones contra la verdad histórica de estos discursos. Pero, como observa Meyer, esa referencia se explica por el hecho de que Jesús no había tenido, en el intervalo, más relaciones con sus adversarios y se vuelve a encontrar por primera vez en presencia de ellos, como lo prueba el v. 24. Jesús recordaba igualmente a los judíos (7:21) la curación que había realizado en su precedente estada en Jerusalén, seis meses antes (5:2 y sig.).

29. Los caracteres que Jesús hace notar otra vez en sus ovejas dicen con harta claridad a los adversarios que no son de ellas. Pero, al mismo tiempo, ¿no constituía este cuadro conmovedor un llamado para los que no estaban enteramente endurecidos? ¡Qué relación íntima y viva establece Jesús entre él y sus ovejas! Ellas *oyen su voz*, esa voz conocida y amada; *y yo*, dice, *las conozco*, con todo el amor del buen pastor; *y*, porque conocen mi voz, *me siguen* (v. 14, 15). Luego va Jesús a elevar esta relación a una altura más sublime aún: *Y yo*... (v. 28).

30. Cada una de estas tres declaraciones revela el amor del Salvador y funda la perfecta seguridad de sus ovejas. No dice: yo les *daré*, sino yo les *doy*, desde ahora, *la vida eterna*. ¡La vida que ellas toman de mi comunión se desarrollará hasta en la eternidad! (3:16, 36; 5:24; 17:2). Puesto que tienen la vida eterna, *no perecerán jamás*. Por último, bien que estén rodeadas de enemigos encarnizados en su pérdida, *nadie las arrebatará de mi mano*. Estas últimas palabras les aseguran una protec-



que todos es, y nadie puede arrebatar de la mano del Padre [31]. Yo
30 y el Padre una sola cosa somos [32].
31 Alzaron pues otra vez piedras los judíos para apedrearle [33].

ción potente y llena de amor. "Su mano las protege, las lleva, las cuida, las conduce". *Meyer* (Comp. Sal. 23:2, 3 y Luc. 15:4-7).

31. Para acrecentar aún la seguridad que quiere inspirar a los suyos, eleva Jesús su pensamiento hasta el Dios omnipotente, eterno, que es amor, pues es *su Padre*. Sus ovejas le han sido *dadas* por ese Padre (17:6, 9, 12); ahora bien: como él es *mayor*, más poderoso *que todos*, ¿quién podría jamás *arrebatarlas de su mano?* El texto de este versículo presenta muchas variantes. La más importante para el sentido es la de *B*, *Itala*, adoptada por la mayor parte de los editores modernos: *lo que el* (o mi) *Padre me ha dado es mayor que todo*. Weiss declara esa lección inaceptable bajo el punto de vista exegético, porque introduce una idea extraña al contexto.

32. Es necesario ante todo comprender la relación de esta grande declaración con lo que precede, pues por ella explica Jesús y completa su pensamiento. Acababa de atribuirse el poder divino de dar a los suyos la vida eterna y de guardarlos en *su mano* (v. 28). Luego, elevándose más alto aún, había fundado la seguridad de ellos en el hecho de que no podían ser sustraídos de *la mano*, es decir de la omnipotencia de su Padre (v. 29). ¿Son éstas dos cosas diferentes? No, pues todo lo que el Padre hace en favor de sus hijos, lo hace por el Hijo que es el Salvador de ellos. Mejor aún, estas dos potencias no son más que una, en virtud de la unidad de esencia entre el Padre y el Hijo: *Yo y el Padre somos uno*. Es necesario observar que esta unidad es expresada en griego por un pronombre neutro, que la hace aún más absoluta y exclusiva: Yo y el Padre somos *una misma cosa* (Comp. 17:10, 11, 21.). Así pues los dos Seres y las dos acciones reveladas en los v. 28 y 29 aparecen ahora en su completa armonía. Es precisamente así como explicaba el Salvador y justificaba su poder de volver la vida a los muertos (5:25, 26). Se ha pretendido no ver aquí entre el Padre y el Hijo más que una unidad de *voluntad* o de actividad: queremos una misma cosa, trabajamos en la misma obra (1 Cor. 3:9). "Si Jesús no hubiera querido decir más que eso, dice Godet, ¿por qué no determinar más claramente esa noción de colaboración, por qué sobre todo dar inútilmente y como por placer un escándalo a los judíos empleando una expresión que parecía decir más de lo que él quería decir en realidad?" Agustín observa con razón que la palabra *somos*, que establece una distinción entre el Padre y el Hijo, refuta el sabelianismo; y que la palabra *uno* o *una misma cosa* refuta el arrianismo. Godet responde a la objeción sacada del hecho de que la expresión: *ser uno* es aplicada en otra parte a la relación de Jesús con los fieles (17:22): "La unión de Jesús y de los fieles no es un simple acuerdo de voluntad, es una unión consubstancial. La encarnación ha fundado entre Jesús y nosotros una relación de naturaleza, y esa relación abarca en adelante nuestra personalidad entera, física y moral". Y añadiremos nosotros: esta relación fundada por la encarnación es confirmada y realizada de modo cada vez más efectivo por nuestra co-

32 Respondióles Jesús: Muchas buenas obras os he mostrado de parte
33 del Padre; ¿por cuál obra de ella me apedreáis [34]? Respondiéronle
los judíos: Por buena obra no te apedreamos sino por blasfemia, y
34 porque tú, siendo hombre, te haces Dios [35]. Respondióles Jesús:
35 ¿No está escrito en vuestra ley [36]: Yo dije: Dioses sois? Si a aquéllos llamó dioses a quienes vino la palabra de Dios, y no puede
36 ser abolida la escritura, ¿del que el Padre santificó y envió al mun-
37 do vosotros decís: Blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy [37]? Si

munión viva con la vid cuyos sarmientos somos (15:1-8), con la cabeza cuyos miembros somos (Ef. 4:15, 16: 5:30).

33 *Pues,* a causa de las palabras que preceden. *Nuevamente,* porque ya habían manifestado esos designios homicidas (5:18; 8:59). Algunos de los adversarios o de sus acólitos *trajeron piedras* con la intención de apedrearle, y no fueron retenidos sin duda sino por la imponente dignidad del Salvador. Ellos mismos dirán (v. 33) la causa que excita su fanatismo.

34. Se podría traducir, con Rillet: muchas *hermosas* obras. "Este epíteto designa, en efecto, no sólo el carácter benéfico de esas obras, sino su hermosura moral, su perfección en santidad, en potencia, tanto como en bondad". *Godet.* El complemento *de parte* del Padre *(Sin., B,D* omiten el posesivo: *mi* Padre) indica la voluntad y la potencia de Dios como la causa de las obras realizadas por el Hijo (5:30, 36). Hay en esta pregunta: *¿Por cuál buena obra me apedreáis?,* una mordaz ironía. Esa apelación que Jesús hace sin cesar a *sus obras,* a toda su vida, hubiera sido, para hombres menos cegados, una demostración sin réplica (v. 37, 38).

35. Meyer y otros exégetas pretenden que los judíos obran y razonan así porque comprenden mal la palabra de Jesús y exageran su alcance (v. 30). Al contrario, la han comprendido muy bien. Pero en su monoteísmo riguroso, ven un abismo entre el *hombre* y *Dios;* y piensan que Jesús, declarándose *uno* con el Padre, franquea temerariamente ese abismo; de ahí la acusación de *blasfemia,* más de una vez hecha contra él por la misma razón (5:17,18; 8:58,59); y al fin por ese pretendido crimen de blasfemia será Jesús ejecutado (Mat. 26:65,66). Ahora bien: si los jefes del pueblo hubieran errado en el sentido de sus palabras, ¿Aquel que es la verdad, no se lo hubiera declarado?

36. La palabra *ley* es tomada aquí por la escritura en general, no estando el pasaje citado en la ley propiamente dicha, sino en el Sal. 82:6. Comp. 12:34; 15:25; 1 Cor. 14:21.) Como en el cap. 8:17, Jesús dice intencionalmente *vuestra* ley, esa ley hecha para vosotros, sobre la cual os fundáis y de la que estáis tan orgullosos.

37. Jesús rechaza ante todo, basándose en un pasaje de la escritura, la acusación de blasfemia hecha contra él (v. 34-36), luego prueba, por sus obras, su unidad esencial con Dios que ha declarado en el v. 30 (v. 37-38). Se lee en las primeras palabras de ese Salmo 82: "Dios está en la asamblea de Dios, en medio de los dioses juzga", es decir en medio de los jefes de la teocracia, que ejercían en ella en nombre de Dios las funciones de juez y eran así sus representantes en medio del pueblo. A pesar de ello, Dios les dirige los reproches más se-



veros por las prevaricaciones y las injusticias de que se hacían culpables, luego añade (v. 6): "Yo había dicho: *Vosotros sois dioses,* vosotros todos sois hijos del Altísimo. Sin embargo como hombres moriréis, caeréis como un príncipe cualquiera." Se ve que se trata aquí de personajes *a quienes la palabra de Dios* (la palabra misma de ese salmo) *es dirigida* para reprenderlos de sus iniquidades y anunciarles el castigo que se habían atraído al contaminar su sagrado cargo. Se ve también que todo lo que Jesús quiere constatar en este salmo es que, en la escritura, el nombre de *dios* es atribuído a hombres mortales, a causa del cargo de que están investidos, sin que por ello la escritura blasfeme, pues permanece verdadera y santa; ella *no puede ser abolida o anulada.* (Comp. Mat. 5:17.) Bien; a esos hombres mortales y culpables, que reciben sin embargo el título de *dioses,* opone Jesús, no sin alguna ironía, *el que el Padre santificó y envió al mundo.* Esta última frase implica la preexistencia de Cristo, pues Dios le ha *santificado* primero, apartado para su misión, llenado del Espíritu Santo sin medida, para la obra que tenía que hacer, luego le ha *enviado al mundo.* No se puede, sin trastornar arbitrariamente el orden de los términos, aplicar la expresión *santificólo* al nacimiento milagroso o al bautismo, siendo esos hechos posteriores al envío del Hijo al mundo. No puede designar más que "la orden" (v. 18) recibida antes de la encarnación (1 Pedro 1:20) *Santificado* y *enviado* por el *Padre,* él es el Santo y el Justo, el Salvador del mundo. (Comp. 6:27; Rom. 1:4). ¿Blasfema él cuando se denomina *Hijo de Dios?* Este título de *Hijo* de Dios es escogido intencionalmente; expresa exacta y completamente el pensamiento del v. 30, de donde los adversarios habían sacado esta conclusión: "Tú te haces Dios y blasfemas" (v. 33). Jesús, en lugar de afirmar nuevamente su igualdad con Dios, acentúa en su respuesta su subordinación al *Padre: Yo soy Hijo de Dios.* Se podría objetar (y no se ha dejado de hacer), que Jesús, por su cita, ha probado solamente que podía, sin blasfemia, aun siendo hombre, atribuirse el título de *dios,* pero que no ha justificado la afirmación, que escandalizaba sobre todo a sus adversarios, de su divinidad efectiva, cuando declaraba que "él y el Padre eran uno" (v. 30). Hablando así, él se decía Dios en un sentido diferente del que este título comportaba cuando era aplicado por el salmista a los jueces teocráticos. Muchos intérpretes han inferido de ello que Jesús, llamándose *Hijo de Dios,* se atribuía solamente la más alta de las funciones teocráticas, el papel de Mesías. Pero, así comprendido, su pensamiento estaría en contradicción con muchas otras declaraciones, especialmente la del v. 30, que implica, como hemos visto, la unidad substancial del Hijo con el Padre. Para entender el razonamiento de Jesús, hay que observar la gradación que hay entre los v. 35 y 36: "Si la escritura no ha blasfemado al llamar dioses las personas a quienes es dirigida la revelación, ¿cómo habría yo blasfemado declarándome Dios, yo a quien envía Dios al mundo como su revelación misma?" Godet, que hace notar esa importante gradación, agrega una reflexión que pone este pasaje en su verdadera luz: "El monoteísmo bíblico difiere absolutamente del frío y muerto deísmo que la ortodoxia judía había extraído de los libros santos y que separa por un abismo al hombre y al Creador. Toda función teocrática, ejercida en el nombre de Jehová, que la ha conferido, pone a su depositario en relación viva, con el Altí-

38 no hago las obras de mi Padre, no me creáis; mas si hago, aun si
no creyereis a mí, a las obras creed, para que lleguéis a conocer y
39 sepáis que en mí está el Padre y yo en el Padre[38]. Procuraban
pues otra vez prenderle; y salió de sus manos[39].
40 Y se fué otra vez al otro lado del Jordán al lugar donde estuvo
41 Juan primero bautizando, y moró allí[40]. Y muchos fueron a él y
decían: Juan, sí, señal ninguna hizo, mas todo cuanto dijo Juan
42 sobre éste, verdadero era. Y muchos creyeron en él allí[41].

simo, le hace participar de su aliento y le constituye su agente. Con ello ese hombre, rey, juez o profeta, se torna relativamente en una manifestación de Dios mismo (Zac. 12:3). El antiguo testamento está, por su más profunda tendencia, en marcha constante hacia la encarnación, coronamiento de ese acercamiento constante entre Dios y el hombre. He ahí el verdadero fondo de la argumentación de Jesús: si esa corriente entera no tiene nada de blasfemo, el término a que llega, la aparición de un hombre que se dice *uno con Dios*, no tiene nada en sí de atentatorio a la majestad de Dios."

38. ¡Conclusión impresionante de todo este debate! Jesús acaba de justificar su título divino; ahora prueba la calidad misma que se atribuye por la única demostración que está al alcance de todos: *sus obras*, que son las obras de *su Padre*, porque todas ellas llevan el sello de la potencia y de la misericordia de Dios mismo. (Comp. v. 25; 15:24.) Y qué fuerza en este dilema: *si no las hago, no me creáis*, permaneced en vuestra incredulidad; *pero si las hago*, y, a pesar de ello, no pudiereis elevaros hasta la fe en mí como Hijo de Dios, *creed a mis obras* (se puede traducir también: a *sus* obras, las obras de mi Padre) que no podéis negar, a fin de que *sepáis* y *reconozcáis (B;* texto recibido: *creáis)* lo que os he dicho (v. 30): *que el Padre está en mí, y que yo estoy en el Padre*. Expresión completa de esa unidad inefable de esencia, de vida, de voluntad y de amor, que Jesús revela de modo tan luminoso en todo este evangelio.

39. *Pues;* ¡qué conclusión, después de un discurso semejante! *Nuevamente*, triste alusión a tantas otras tentativas semejantes (v. 31; 7:30; 8:59). Mas aquí también, los enemigos son frustrados en su espera. Jesús *escapó* (gr. *salió*) *de sus manos*, ya extendidas para cogerle. El evangelista no dice cómo ocurrió. Quizá se alejó Jesús y se perdió en la multitud. Nada autoriza a ver en ello, con algunos intérpretes, un acto milagroso, como el de hacerse invisible (Comp. 8:59).

40. Con estas palabras: *otra vez*, el evangelista recuerda la época memorable en que *Juan había bautizado* en Betania *más allá del Jordán* (1:28), y donde Jesús, entrando en su ministerio, había hecho el conocimiento personal de su Precursor (1:40). *Primero* opone este lugar a Enón junto a Salim, donde Jesús y Juan trabajaron más tarde juntos (3:23). ¡Cuán vivos han quedado todos esos detalles en la memoria del narrador, y qué bien revelan al testigo ocular!

41. Se ve, por este relato, que había en esa región, donde Juan había predicado y bautizado, gran número de almas que habían quedado bajo la impresión de su palabra, y que en cuanto tienen ocasión se apresuran a *ir* a Jesús. Fué, como



3. *La resurrección de Lázaro y el fin del ministerio de Jesús.*

(Cap. 11 y 12)

A. 1-44. LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO. — 1º *Jesús vuelve a Judea:* a) *El mensaje de las hermanas.* Estando enfermo Lázaro, de Betania, hermano de Marta y María (la que ungió al Señor), las hermanas informan a Jesús de ello. Declara Jesús que esa enfermedad no terminará en muerte, sino que servirá a la gloria de Dios y a la manifestación del hijo del hombre (1-4). b) *La demora de Jesús y las vacilaciones de sus discípulos.* Jesús amaba a ambas hermanas y a Lázaro; sin embargo queda aún dos días donde está. Cuando se propone regresar a Judea, los discípulos le objetan las recientes tentativas criminales de los judíos. Por la alegoría del hombre que anda durante el día y no tropieza, les hace comprender Jesús que no hay peligros en la senda de la obediencia a Dios. Luego las hace saber que Lázaro duerme y que va a despertarle. Tomando los discípulos estas palabras al pie de la letra, Jesús les dice abiertamente que Lázaro ha muerto; a causa de ello se alegra de no haber estado en Betania. Da la señal de partida y Tomás dice: ¡Vamos, y muramos con él! (5-16). — 2º *Jesús resucita a Lázaro:* a) *Llegada de Jesús.* Cuando llega Jesús a Betania, Lázaro está desde hace cuatro días en el sepulcro. A causa de la proximidad de Jerusalén, numerosos judíos habían ido a consolar a sus hermanas (17-19). b) *Jesús y Marta.* Informada de la llegada de Jesús, Marta va a su encuentro y le dice que si él hubiera estado allí Lázaro no habría muerto; no por eso deja ella de creer que Dios le concederá todo lo que Jesús demandare. Jesús dice a Marta que su hermano resucitará. Y como Marta piensa en la resurrección del día final, Jesús le declara que él es la resurrección y la vida; que el que en él cree no morirá jamás. Marta confiesa su fe en el Hijo deDios (20-27). c) *Jesús y María.* Marta va a llamar en secreto a su hermana. María se apresura a ir a Jesús, que está aún a la entrada de la aldea. Los judíos la siguen, creyendo que va a llorar al sepulcro. María, cayendo a los pies de Jesús, le expresa el mismo lamento que Marta. A la vista de su dolor y del llanto de los judíos, se estremece Jesús. Pregunta dónde han puesto al muerto. Le invitan a ir a verlo. Jesús llora. Los judíos comprueban su afecto por Lázaro, y algunos se preguntan si no habría podido impedir que muriera (28-37). d) *Lázaro resucitado.* Se traslada Jesús al sepulcro y ordena que quiten la piedra. Responde a las objeciones de Marta, recordándole la promesa de hacerle ver la gloria

observa Bengel, un fruto póstumo del ministerio de Juan. Sin duda no quedó Jesús inactivo en medio de ellos; y, en cuanto le ven y oyen, recuerdan el testimonio que le había dado el Precursor, y dicen: Bien que Juan no haya hecho *ningún milagro, todo lo que dijo de éste era verdadero.* Sacan esta conclusión ya sea de lo que habían oído contar de la vida de Jesús, ya sobre todo de la experiencia personal que entonces hacían de su potencia. Y es así como la fe nació en esas almas. *Muchos creyeron en él allí.* ¡Qué contraste para el corazón de Jesús entre las escenas violentas a que le habían expuesto la incredulidad y el odio de los jefes de la teocracia (v. 31,39), y este momento apacible en que tiene el gozo de ver gran número de almas nacer a la fe y a la vida!

de Dios. Quitada la piedra, Jesús da gracias a su Padre, que le escucha siempre, pero dice, habla a causa de la multitud. Ordena a Lázaro que salga. Lázaro sale, ligados pies y manos con vendas, el rostro cubierto con un lienzo. Jesús dice que le desliguen y le dejan ir (38-44).

XI Y había alguien enfermo, Lázaro de Betania, de la aldea de
2 María y de Marta su hermana [1]. Y era María la que ungió al Señor
con ungüento y enjugó sus pies con sus cabellos, cuyo hermano
3 Lázaro estaba enfermo [2]. Enviaron pues las hermanas a él dicien-
4 do: Señor, hé aquí el que amas está enfermo [3]. Y habiendo oído
Jesús dijo: Esta enfermedad no es para muerte sino por la gloria
5 de Dios, para que glorificado sea el Hijo de Dios por ella [4]. Y ama-

1. El evangelista describe así (v. 1, 2), en algunas palabras muy sencillas, el lugar del acontecimiento cuyo relato va a hacer con tanta verdad, intimidad y grandeza. Nombra primeramente al *enfermo* que será objeto del milagro más esplendente del Salvador, *Lázaro*, abreviación de *Eleázaro*, que significa *Dios es socorro*. Recuerda luego que ese enfermo era de *Betania* (véase sobre este nombre Mat. 21:17 nota), *aldea* bien conocida como residencia de Marta y de María. Nuestro evangelista no ha hablado aún de ella. Supone a sus lectores instruídos por la tradición, apostólica. Las dos *hermanas*, Marta y María, eran conocidas en particular por el gracioso relato de Luc. 10:38-42. Es así como el evangelio de Juan y los sinópticos se completan y suponen mutuamente. Del hecho de que María es nombrada la primera, se ha inferido algunas veces que ella era la mayor, pero erróneamente. Se ve por los versículos 5, 19, 20, y sobre todo por el relato de Lucas ya citado, que Marta tenía en la casa el puesto de la hermana mayor; si María ocupa aquí el primer lugar es porque era más conocida por el testimonio de veneración y de amor que había dado al Salvador y que Juan va a recordar (v. 2).

2. Nuevamente aquí se refiere Juan al relato de los primeros evangelistas (Mat. 26:6-16; Mar. 14:3-9) respecto de un incidente que él mismo va a referir después (12:1-8).

3. Este mensaje de ambas hermanas que Juan ha conservado en los términos mismos que ellas habían empleado, está lleno, al mismo tiempo, de confianza y delicadeza. Ellas no piden nada; se limitan a hacer conocer a Jesús la enfermedad de su hermano, que las llena de inquietud, bien convencidas de que esta palabra de tierno afecto: *el que amas*, bastará para traer al Salvador en su auxilio. En efecto, Jesús, hablando de Lázaro, ratificará esta expresión de su amistad por él (v. 11).

4. *No para muerte*. ¿Se habría equivocado Jesús? Sería necesario, para pensarlo, conocer muy poco su manera enigmática y profunda de hablar (Comp. Mat. 9:24). Desde este momento, él sabía lo que iba a ocurrir en Betania (v 11,14). Lo que quiere decir, es que la muerte no será el resultado definitivo de esta enfermedad. Tendrá otro muy diferente: *la gloria de Dios*, es decir, la manifestación de su potencia y de su amor, por el triunfo de la vida sobre la muerte (Rom. 6:4). Y esta gloria resplandecerá sobre el *Hijo de Dios* por quien revela el Padre todas sus perfecciones y opera todas sus obras (Comp. 9:3; 10:30,38). Jesús volverá (v. 40). Sobre este pensamiento de la gloria de Dios, que es el objeto supremo de todo este relato y de toda la obra del Salvador (17:4). Esta importante declaración podían sostener las dos hermanas afligidas hasta la llegada del Salvador. Debían, cuando vieran morir a su hermano, relacionar con estas palabras la esperanza que se manifestó realmente en el corazón de Marta (v. 22). Al mismo tiempo esta declaración podía preparar los discípulos de Jesús y todos los que le escuchaban, al milagro que iba a realizarse. Es lo que resulta de este término general *dijo*, dijo a todos, y no *respondió* al mensajero de Marta y de María.



6 ba Jesús a Marta y a su hermana y a Lázaro [5]. Como oyó pues:
Está enfermo, entonces quedóse en el lugar en que estaba dos
7 días [6]; luego, después de esto dice a los discípulos: Vamos a Ju-
8 dea otra vez [7]. Dícenle los discípulos: Rabí, muy poco ha procura-

5. "¡Dichosa familia!" exclama Bengel. Jesús tenía para cada uno de sus miembros ese afecto particular, toda cuya felicidad Juan mismo conocía (13:23). Pero, ¿cuál es la intención del evangelista, al colocar aquí este paréntesis? Se ha resuelto la cuestión de diversas maneras: ya conectando el paréntesis con el v. 3, como confirmación de la frase de ambas hermanas, *el que amas* (Bengel, de Wette); ya viendo en él el motivo de la promesa del v. 4 (Meyer); ya pensando que el evangelista, con sentimiento muy delicado, no quiere que se pueda interpretar como indiferencia de parte de su Maestro lo que va a contar en el v. 6. "Su modo de obrar se explica al contrario por su amor para todos los miembros de esa familia" (Luthardt); ya por último, y es la interpretación que nos parece más acertada, considerando este amor de Jesús como la causa de su valiente resolución (v. 7) de volver a Judea (Godet, Weiss): la observación del v. 5 prepara la palabra que Jesús pronuncia en el v. 7.

6. Estas palabras *como pues* reanudan la narración interrumpida por la observación del v. 5. Pero, ¿por qué difirió Jesús por *dos días* su partida, días que las hermanas de Lázaro debieron pasar en la angustia? Pregunta difícil, que la exégesis racionalista se ha apresurado a explotar contra la verdad histórica de nuestro relato, atribuyendo esa demora a un cálculo de Jesús, que quería dejar morir a Lázaro, a fin de tener ocasión de resucitarle. El v. 15 prohibe esa suposición. Decir, con Calvino y Olshausen, que eso debía ser para las dos hermanas la prueba de su fe; o con Lücke y Tholuck, que Jesús era retenido en Perea por trabajos de su misión (10:41,42), no basta a explicar este procedimiento de parte de Aquel que vamos a ver movido a compasión por sus amigos afligidos; y además el texto no indica nada parecido. La única explicación que éste nos presenta se encuentra en la palabra del v. 15, en que Jesús se alegra, como de una dispensación providencial, de que no estaba en Betania en el momento en que Lázaro murió. Siguió en esto pues, como en toda su vida, la dirección interior de su Padre, cuya voluntad hacía siempre (8:28,29).

7. Jesús no ignoraba lo que había ocurrido en Betania (v. 11); el momento de Dios había llegado pues;

9 ban apedrearte los judíos, ¿y otra vez vas allá [8]? Respondió Je-
sús: ¿No son doce las horas del día? Si alguien anduviere de día,
10 no tropieza, porque ve la luz de este mundo; mas si alguien andu-
11 viere de noche, tropieza, porque la luz no está en él [9]. Esto dijo,
y después de esto díceles: Lázaro nuestro amigo está dormido; pero
12 voy para despertarle [10]. Dijéronle pues los discípulos: Señor, si

pero al hablar de *volver* (gr. *ir otra vez) a Judea* y de exponerse así a los más inminentes peligros, provocó en el corazón de sus discípulos objeciones y temores que procuró disipar, v. 8 y sigs.).

8. Había transcurrido poco tiempo entre el momento actual y la escena descrita en el cap. 10:31 (comp. 8: 59); los discípulos estaban aun llenos de temor, no solamente por sí mismos, sino por el Maestro que amaban. Habrían pues querido retenerle en Perea, del otro lado del Jordán, donde estaba en seguridad.

9. Estas palabras destinadas a confortar a los discípulos contienen una doble figura de la que se hace una doble aplicación. Primeramente *las doce horas* del día representan el tiempo asignado a nuestra vida, durante el cual debemos cumplir la tarea que nos es dada; pues "la noche viene en que nadie puede trabajar" (9:4). El que *anda* así *de día*, no corre ningún peligro de *tropezar*, porque está iluminado por la *luz de este mundo*, es decir, la luz del sol, que mide las doce horas. Pero más allá de este tiempo determinado, no hay más que tinieblas y peligros. Algunos intérpretes (Meyer) no quieren ver en esta figura más que la idea del tiempo asignado a cada uno; y Jesús, aplicándosela a sí mismo, en ese momento, habría querido decir simplemente: "El tiempo que Dios ha asignado a mi actividad aún no ha transcurrido; mientras dura, ninguno puede perjudicarme; pero cuando haya transcurrido, caeré en las manos de mis enemigos." ¿Sería ese todo el pensamiento del Salvador? ¿Se serviría de este término: *tropezar*, para designar la muerte que le espera? ¿Y qué significaría esta expresión: *la luz no está en él?* No, evidentemente Jesús emplea la figura, además, en el sentido moral de obediencia a la vocación recibida, de cumplimiento de la voluntad de Dios. Quien practica esta obediencia, quien obra según la voluntad de Dios, quien anda a la luz de su Espíritu, está en seguridad, aun en medio de los peligros; pero, fuera de allí, no hay para el hombre más que ocasiones de caída, en el seno de las tinieblas, porque ninguna luz le alumbra interiormente ni brilla sobre su ruta: *la luz no está en él* ni a su derredor. Los discípulos harán más tarde, mejor aún que en el momento actual, la experiencia de esta profunda verdad. Tal es la interpretación entrevista por los padres, sostenida por Calvino y por muchos comentadores modernos.

10. Gr. *Lázaro está dormido* (verbo en perfecto). Dulce figura que significa que, para los hombres piadosos, la muerte es un reposo después del trabajo del día, un sueño que será seguido de su *despertar* (Mat. 9: 24; Act. 7:60; 1 Cor. 15:20; 1 Tes. 4:13. "¡Lenguaje celeste!", exclama Bengel; y este autor añade respecto de esta expresión, *nuestro amigo:* "¡Con qué ternura enteramente humana asocia a sus discípulos a su amistad por Lázaro!" Jesús emplea también este término en respuesta a



13 dormido está será salvado [11]. Mas Jesús había dicho sobre su muer-
te; más aquéllos pensaron que sobre el reposar del sueño decía [12].
14 Entonces pues díjoles Jesús abiertamente: Lázaro ha muerto [13], y
15 me gozo por vosotros, para que creáis, de que no estaba allí; pero
16 vamos a él [14]. Dijo pues Tomás el llamado Dídimo a los condiscí-
17 pulos: Vamos también nosotros para morir con él [15]. Habiendo pues
llegado Jesús halló que llevaba cuatro días ya en el sepulcro [16]. Y

la declaración de las dos hermanas (v. 3) *"el que amas* está enfermo".

11. *Salvado* del peligro, de la muerte. Los discípulos que, según su costumbre, han comprendido la palabra de su Maestro en su sentido literal, piensan que ese sueño es señal de una crisis favorable, como se observa a menudo en las enfermedades; y toman esta idea como un argumento nuevo para impedir a su Maestro ir a Judea. Se ha hallado imposible tal error de interpretación. De seguro que los discípulos no podían pensar seriamente que Jesús iba a hacer ese viaje para despertar a Lázaro de un sueño natural; pero en el ardiente deseo de retener a su Maestro y, convencidos, según el v. 4, de que Lázaro no moriría, se detienen únicamente en la idea del sueño y no atribuyen ninguna importancia a esta palabra misteriosa: *voy a despertarle.*

12. Gr. *del dormir del sueño*, es decir de un sueño natural.

13. *¡Lázaro ha muerto!* Con emoción pronunció Jesús estas palabras y los discípulos mismos debieron encontrar en ellas la razón poderosa que su Maestro tenía para ir en socorro de la familia en duelo. Se ve también aquí, como en los v. 4 y 11, que Jesús sabía, por una ciencia divina, todo lo que ocurría en Betania, pues erróneamente, según nosotros, piensan algunos intérpretes que acababa de recibir un segundo mensaje, haciéndole saber la muerte de su amigo.

14. Si Jesús hubiese estado en Betania, habría sanado a Lázaro, y el mayor de sus milagros no habría tenido lugar. "Es digno del honor divino que no leamos que jamás persona alguna haya muerto en presencia del Príncipe de la vida. Si creemos pues que, presente Jesús, Lázaro no habría muerto, la palabra de ambas hermanas (v. 21,32) adquiere un sentido tanto más sublime; es lo que explica *el gozo del* Señor de haber estado ausente." *Bengel.* Si el Salvador *se regocija*, aun en su tristeza actual, es, dice a sus discípulos, *a causa de vosotros, a fin de que creáis*, a fin de que vuestra fe sea confirmada y desarrollada por el gran milagro de que seréis testigos. Este último término no significa, en efecto, que hasta entonces los discípulos no hubieran creído en Él, sino que indica un nuevo grado de su fe. (Comp. 2:11; 16:31; 20:31.) En cada desarrollo nuevo de la fe, al que no llegamos sino por rudos combates, nos parece que hasta allí no habíamos creído aún.

15. El nombre hebreo de *Tomás* significa *Gemelo*, en griego *Dídimo*, y por su nombre así traducido era Tomás conocido de los cristianos del Asia Menor para quienes Juan escribía. Tomás, viendo *(pues)* que su Maestro no se dejaba retener por ningún argumento, y bien convencido de que trasladándose a Judea iba al encuentro de la muerte, toma bruscamente una resolución desesperada en la cual, como observa Godet, había "más amor para la persona de Jesús que fe en la sabiduría de sus pasos". Es el mismo hombre que ha-

18 estaba Betania cerca de Jerusalén como a quince estadios. Y mu-
19 chos de los judíos habían ido a Marta y a María, para consolarlas
20 sobre el hermano [17]. Marta pues como oyó: Jesús viene, encontrole;
21 mas María en la casa estaba sentada [18]. Dijo pues Marta a Jesús:
Señor, si hubieras estado aquí, no estaría muerto mi hermano [19].
22 Aun ahora sé que cuanto pidieres a Dios darate Dios [20]. Dícele Je-

llamos en otras partes de nuestro evangelio, pero sombrío, inclinado a la duda, ateniéndose a lo presente, a lo visible, incapaz de entender por la fe el porvenir, lo invisible (14:5; 20:25). "Esta consecuencia, de ningún modo calculada, en el papel de los personajes secundarios, es, como admirablemente lo ha desarrollado Luthardt, uno de los rasgos más impresionantes del relato de Juan y una de las mejores pruebas de la verdad histórica de este escrito". *Godet*.

16. *Llegado* cerca de Betania, donde no entró en el acto (v. 30). *Tischendorf* cercena *ya*, por el testimonio de *A,D*, varias versiones. Los otros críticos la mantienen. Para darse cuenta de esos *cuatro días*, se admite generalmente que Lázaro murió el día mismo en que Jesús recibió el mensaje de sus hermanas en Perea, del otro lado del Jordán (10:40), es decir a una distancia de diez leguas por lo menos. Jesús, habiendo quedado allí aún dos días (v. 6), y habiendo luego puesto un día para trasladarse a Betania, no llegó hasta el fin del cuarto día. Y como los judíos depositaban sus muertos en la gruta sepulcral el día mismo del deceso, hacía realmente cuatro días que Lázaro reposaba en ella.

17. Esta observación del evangelista sobre la distancia de Jerusalén a Betania *(15 estadios*, tres kilómetros aproximadamente) no tiene otro objeto que el de explicar cómo *muchos judíos* habían podido ir a ofrecer sus condolencias a las dos hermanas de duelo. Resulta de este detalle que la familia de Lázaro era bien conocida en Jerusalén y disfrutaba en ella de alguna consideración. ¡Cuán bien conoce el autor de este evangelio lugares y distancias!

18. Marta, activa por fuera hasta en su aflicción, sabe la primera la llegada de Jesús; y, sin avisar aun a su hermana, se lanza a su encuentro. María, sumergida en su dolor, queda *sentada en la casa*. Son precisamente los caracteres diversos que Lucas (10:38-42) atribuye a ambas hermanas.

19. Comp. v. 32, nota. ¡Qué confianza en la potencia de Jesús expresa esta primera palabra de Marta! No es un reproche, ni aún una queja, sino un profundo pesar; pues está bien persuadida de que en presencia del Salvador *la muerte* no habría tenido ningún dominio sobre su hermano (v. 15, nota). Pero ella se eleva más alto aún.

20. No solamente la fe de Marta es bastante fuerte para estar segura de que Jesús presente habría sanado a su hermano, *mas* (este *mas*, que se lee en el texto recibido, falta en *Sin. B,C) aún ahora*, que está muerto, y que, humanamente hablando, todo ha concluído, ella *sabe* que la oración de su Salvador será omnipotente ante Dios. *Todo lo que pidieres:* ¿comprende Marta, en este *todo*, hasta la vuelta de su hermano a la vida? Ella no lo dice. Pero esta esperanza se descubre en sus palabras. Se basaba en la declaración del Salvador (v. 4), que ciertamente había sido referida textualmente a am-



23, 24 sús: Resucitará tu hermano [21]. Dícele Marta: Sé que resucitará
25 en la resurrección, en el último día [22]. Dícele Jesús: Yo soy la resu-
rrección y la vida; el que cree en mí aun si hubiera muerto vivi-
26 rá, y todo el que vive y cree en mí de cierto no morirá por la eter-
27 nidad, ¿crees esto [23]? Dícele: Sí, señor; yo he creído que tú eres
28 el Cristo, el Hijo de Dios, que viene al mundo [24]. Y habiendo dicho

bas hermanas. Esa promesa debe realizarse de un modo o de otro. Marta lo cree firmemente, pero sin osar formular el objeto de su esperanza, se remite con plena confianza a la solicitud de su celeste amigo y a la omnipotencia de *Dios*, cuyo nombre augusto ella pronuncia por dos veces.

21. Había ya para Marta un gran consuelo en esta promesa: *Resucitará su hermano*, y bien sabemos en qué sentido Jesús la pronunciaba (v. 11). Pero, para Marta, podía tener dos significados muy diferentes: la liberación actual de su hermano, que le sería devuelto inmediatamente, o su resurrección en el último día. Intencionalmente emplea Jesús este término de doble sentido, a fin de incitar a esa alma creyente a elevarse por encima de un interés actual y personal hasta la fuente de la vida que se ofrecía a ella en Aquel que la hablaba (v. 25).

22. De las dos esperanzas que podía presentar a Marta la palabra de Jesús, ella se atiene a la más débil, la más lejana, *la resurrección del último día*. Parece pues que aquí su fe no es tan valiente como en el v. 22. ¿Pero, es cierto que no le queda más que tristeza (Luthardt), o aun la resignación de una gran esperanza frustrada (Meyer)? ¿No se puede pensar, con de Wette, que al pronunciar estas palabras que expresaban lo menos, el espíritu penetrante de esa mujer angustiada interrogaba a las miradas de Jesús para descubrir en ellas lo más?

23. No habiendo osado Marta captar la promesa de Jesús (v. 23) en toda su realidad actual, buscaba en un porvenir lejano la resurrección y sus consuelos (v. 24). Jesús la vuelve a traer al presente y a su persona, diciéndole: *Yo soy*. Él, en efecto, es *la resurrección*, porque es *la vida* (14:6; Col. 3:4); lo es en sí mismo; y en sus redimidos, la resurrección no será más que el último florecimiento de la vida imperecedera que él les ha impartido (Comp. 6:54, nota). Jesús aplica inmediatamente esta profunda verdad, agregando que quien *cree* en él, quien ha tomado de él la vida de la fe, *aunque hubiere muerto* como Lázaro, *vivirá* de una vida eterna sobre la cual la muerte no tiene imperio. Después de esta gran afirmación, Jesús expresa la misma verdad de manera negativa, para los que viven aún sobre esta tierra: *Todo el que vive, y cree en mí*, aun cuando sufra la disolución del cuerpo, *no morirá jamás*. Hay aquí una doble negación que significa: *no morirá ciertamente jamás*. Todo, para Marta, dependía de su fe en el Salvador, tal como él se revelaba a ella. De ahí la pregunta directa y penetrante que él le dirige: *¿Crees esto?*

24. Marta, en presencia de Jesús y bajo la impresión de su palabra, siente afirmarse y crecer su fe; responde sin vacilar: *¡Sí, Señor!* Y la prueba de que ahora ha comprendido que el verdadero objeto de su fe y de todas sus esperanzas se concentra en la persona del Salvador, está en que le confiesa (gr.): *Yo he*

esto se fué y llamó a María su hermana secretamente diciendo: El
29 Maestro está aquí y te llama[25]. Y aquélla, como oyó, levántase
30 pronto y va a él[26]. Y aún no había entrado Jesús en la aldea, sino
31 que estaba aún en el lugar donde le había encontrado Marta[27]. Los
judíos pues que estaban con ella en la casa y la consolaban, viendo
a María que pronto se levantó y salió, la siguieron, pensando que
32 iba al sepulcro para llorar allí[28]. María pues como llegó adonde
estaba Jesús, habiéndole visto, postróse a sus pies, diciéndole: Se-
33 ñor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto[29]. Je-

*creído* (verbo en perfecto, expresando un hecho realizado y permanente, como 6:69) *que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.* Por el primero de esos títulos Marta reconoce en Jesús al Mesías, el Ungido de Dios, el Libertador prometido a su pueblo; por el segundo, confiesa en él un ser que está con Dios en la relación especial de hijo a padre y que, como tal, es verdaderamente "la resurrección y la vida". (Comp. 6:69.) El último calificativo aplicado por Marta a Jesús no constituye un tercer título, paralelo a los otros dos. Es inexacto pues traducirlo por: El que debía venir. (Comp. 6:14.) Hay en griego un participio presente. Se debe pues traducir: *que viene* al mundo, que debe venir, según la promesa divina, y que viene en efecto. Esta expresión es constantemente aplicada al Libertador prometido en las escrituras que, según la fe de los israelitas creyentes, *viene* ciertamente (Mat. 11:3, nota).

25. Jesús, después de haber conducido a Marta a apoyarse sobre el único fundamento que puede sostenerla y consolarla, pone fin a la conversación y la invita a hacer venir a su hermana, a la que quería ver a fin de prepararla también para las grandes escenas que van a desarrollarse. Es lo que resulta claramente de esta palabra: *te llama.* Marta cumplió esa misión con diligencia, pero *en secreto.* Quería que María sola fuese advertida de la llegada del *maestro* y que pudiera verle en privado, como ella misma había tenido el privilegio de hacerlo.

26. Estos verbos en presente pintan vivamente la diligencia de María. La mayor parte de los críticos adoptan las variantes: *Se levantó (Sin., B, C, D). e iba (Sin., B, C),* Tischendorf mantiene, con razón, el presente para los dos verbos.

27. Jesús no había entrado ni *en la aldea,* ni, por consiguiente, en la casa mortuoria, adonde ciertamente su corazón le atraía; es que sabía que había allí mucha gente y quería ver sin testigos a las hermanas afligidas.

28. Puesto que esos hombres habían ido con la intención de *consolar* a María, no querían dejarla ir sola al sepulcro, adonde pensaban que ella iba *para llorar.* Ignoraban la impotencia de los consuelos humanos y no sabían que esa alma en duelo iba a encontrar al único verdadero consolador.

29. Vers. 21, nota Ambas hermanas expresan los mismos dolorosos pesares. Es probable que, antes de la llegada de Jesús, se hubieran comunicado este pensamiento que con frecuencia les seguía en su aflicción. Su exclamación, que parece idéntica, presenta en griego dos variantes: 1ª Marta (v. 21) dice, según el texto recibido *(A, mayúsc.): "no estaría, en este momento, muerto";* María



sús pues, como vió a ella llorando y a los judíos que con ella habían
34 venido llorando, se irritó en su espíritu y se turbó[30]; y dijo: ¿Dón-
35 de le habéis puesto? Dícenle: Señor, ven y vé[31]. Lloró Jesús[32].

(v. 32): *"no habría muerto".* 2ª El pronombre posesivo *mi* hermano es colocado al principio de toda la frase en la expresión de María; en la de Marta no aparece sino al fin. El dolor de María es más personal, más egoísta, más desesperado también. La diferencia entre los dos caracteres se muestra por lo demás en su actitud. María, entregada por completo a su dolor, no puede más que dejarse *caer a los pies* de Jesús y dejar manar sus lágrimas sobre la muerte de *su hermano* (v. 32), sin agregar, como lo había hecho Marta (v. 22), ninguna palabra de esperanza. Si se compara este cuadro con el que nos ha descripto Lucas (10:38 y sigs.) y Juan mismo (12:1 y sigs.), sorprende la verdad íntima que se revela en la pintura de esos caracteres; evidentemente son tomados de la vida. En presencia de semejante postración, Jesús no pronuncia ninguna palabra de consuelo. Su profunda simpatía (v. 33-35) y su acción divina únicamente, serán bastante poderosas para levantar esa alma que desfallece.

30. El *pues* presenta la emoción como el efecto del dolor de María y del llanto de los judíos. El término del original que todas las versiones vierten, aquí y en el v. 38, por esta frase: *se estremeció en su espíritu,* significa que Jesús experimentó entonces, en la más íntima profundidad de su ser, una *violenta indignación.* Quien examina con cuidado los otros pasajes del nuevo testamento en que esa palabra se encuentra (Mat. 9:30; Mar. 1:43; 14:5), se convencerá de que implica siempre la idea de viva desaprobación. ¿Pero qué es lo que causa ese estremecimiento en el alma del Salvador? Y si llega hasta la indignación, ¿contra quién la siente? Según Crisóstomo y varios padres, Jesús ¡se indignaría contra sí mismo por no poder dominar su emoción! ¡O porque no ha podido evitar ese gran duelo a sus amigos! Según Erasmo, Keim, Holtzmann y otros, sería la falta de fe de ellas o la incredulidad de los judíos lo que atraerían su desaprobación. Según Meyer y Weiss, Jesús ve *llorar* a María ve *llorar* a los judíos que la rodean, y el contraste entre el dolor de la primera y las condolencias hipócritas de los segundos excita su indignación. Según Godet, ésta sería sí provocada por los judíos que rodeaban a María, pero en cuanto ve Jesús en ellos a los traidores (comp. 13:21) que tomarán ocasión de la más hermosa de sus obras (10:32) para denunciarle y precipitar el momento de su muerte (11:46-53). Lo más sencillo y natural nos parece el suponer que este estremecimiento de indignación era excitado en Jesús por la vista de la muerte y de los males que causa, y por la proximidad del enemigo que es su artífice cruel (8:44). Por eso este estremecimiento se renueva en el momento en que Jesús se traslada al sepulcro (v. 38). Poco más o menos así es como muchos intérpretes, Calvino, Olshausen, Tholuck, Ebrard, Luthard, Hengstenberg, Keil, Astié, se explican esta escena misteriosa de la vida de Jesús. Algunos intérpretes hacen notar el hecho de que el griego dice, no: *fué turbado;* sino: *se turbó, se emocionó;* el evangelista habría escogido este giro para apartar la idea de que Jesús hubiera sentido una sacudida irreflexiva.

31. A las hermanas de Lázaro o a

36 Decían pues los judíos: ¡Ved cómo le amaba[33]! Mas algunos
37 de ellos dijeron: ¿No podía éste que abrió los ojos del ciego hacer
38 que también éste no muriera[34]? Jesús pues irritándose otra vez

los que las rodeaban dirige Jesús esta pregunta, y ellos le responden.

32. Jesús *llora* con los que lloran. En el v. 33 se halla una palabra que significa *llorar* con los ojos y la voz, con sollozos; aquí hay un término diferente cuyo sentido es *verter lágrimas*, lágrimas silenciosas que corren por el rostro de Jesús, provocadas por una profunda y dolorosa simpatía por sus amigos (v. 36). En presencia de esta escena, uno se detiene, contempla con emoción y se dice: éste es Aquel que ha sido hecho semejante a sus hermanos en todas las cosas, a fin de ser un sumo sacerdote misericordioso; él puede tener compasión de nuestras debilidades, porque ha sido tentado como nosotros, en todas las cosas, sin pecado (Heb. 2:17; 4:15). "Cosa extraña que sea el evangelio en el que se afirma con el mayor brillo la divinidad de Jesús el que nos haga conocer también mejor el lado profundamente humano de su vida", dice Godet, y agrega que este detalle "prueba cuán poco tal Jesús es hijo de la especulación".

33. *Pues*, a la vista de esas lágrimas de Jesús, esos hombres tienen naturalmente la prueba de su profundo amor por Lázaro, y ellos mismos se conmueven.

34. La reflexión de esos *algunos* es enteramente natural. La curación del *ciego* de nacimiento, que está aún fresca en su recuerdo (9:1 y sig.), era, a sus ojos más difícil de obrar que la de Lázaro enfermo. Pero, ¿qué sentimiento les inspira esta pregunta? Viniendo inmediatamente después de las palabras llenas de simpatía que preceden, parece natural ver en ella la expresión de un interés benevolente y del pesar sincero de que Jesús no haya sanado al hermano de Marta y de María. Un gran número de excelentes intérpretes ven sin embargo en estas palabras un sentimiento de hostilidad contra Jesús, una insinuación de su impotencia. Meyer, Weiss y Godet llegan hasta pretender que esos hombres ven en las lágrimas de Jesús una prueba de su impotencia y niegan la curación del ciego de nacimiento. Explican por esta manifestación de incredulidad y de odio el nuevo *estremecimiento* de Jesús, v. 38. Esta interpretación procede de la idea que los mismos intérpretes se han hecho, en general, respecto de los amigos de la familia de Lázaro, venidos de Jerusalén para compartir el duelo de sus hermanas. Porque Juan los ha llamado *judíos* (v. 19, 31, 36), término por el cual designa ordinariamente los jefes de la teocracia enemiga de su Maestro (1:19, nota), y porque el v. 46 nos muestra *algunos* de entre ellos yendo a contar a los fariseos el milagro de Betania, los mismos intérpretes infieren que esos hombres eran, en su mayor parte, adversarios del Salvador. ¿Es esa realmente la impresión que quiere producir el evangelista? ¿No nos dice dos veces (v. 19,31) que esos visitantes habían ido para "consolar" las hermanas de duelo? ¿No nos los muestra llorando con ellas (v. 33) y admirando el amor de Jesús por Lázaro (v. 36)? Por último, y sobre todo, ¿no nos hace saber (v. 45) que *muchos* de entre ellos (mismo término que en el v. 19), bajo la impresión del milagro, *creyeron* en Jesús? Es pues, nos parece introducir una nota falsa en este hermoso relato el presentar a esos amigos de la familia de Betania como adversarios de Aquel a quien ella amaba. Y como, en nuestro versículo, no hay una palabra que suponga la malevolencia, concluimos con Lücke, Tholuck, de Wette y otros, que se puede ver más bien en la reflexión que nos es referida un simpático interés.



39 en sí mismo va al sepulcro[35]. Y era una cueva, y una piedra estaba
39 puesta sobre ella[36]. Dice Jesús: Quitad la piedra[37]. Dícele la her-
mana del finado, Marta: Señor, ya hiede, pues es cuatriduano[38].
40 Dícele Jesús: ¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de
41 Dios[39]? Quitaron pues la piedra[40]. Y Jesús alzó los ojos arriba y

35. Esta violenta emoción del alma del Salvador se renueva en el momento supremo en que *va al sepulcro*, y por las mismas causas que hemos expuesto en el v. 33. Los intérpretes cuyas opiniones no hemos podido admitir piensan, aquí también, que Jesús se estremeció de indignación contra los judíos a causa de sus palabras (v. 37); se basan en esa partícula *pues* que les parece conectar ambos versículos. Pero Juan reanuda simplemente con esa palabra su relato interrumpido; Jesús ha preguntado: ¿Dónde le habéis puesto? Se le ha dicho: Ven y vé. Va pues al sepulcro; de ahí su emoción.

36. Se ve ahora todavía en Pelestina, alrededor de Jerusalén y en otras partes, numerosas tumbas talladas en la roca cuya entrada una piedra cierra (Comp. 20:1; Mat. 27:60). En Betania misma, se muestra a los viajeros un sepulcro de Lázaro; pero esa tradición es más que incierta. Se puede traducir: colocada *sobre* o *ante*, pues, según la forma del sepulcro, se entraba en él a nivel o se descendía por una escalera.

37. Hay algo de solemne en esta orden. Seguro de lo que va a hacer, Jesús ordena a los que le rodean como va a ordenar a la muerte.

38. Del hecho de que *está hace cuatro días*, Marta infiere que la corrupción debe haber empezado, y por el sentimiento natural e instintivo de horror que inspira un espectáculo semejante, querría evitar su vista a Jesús y a sí misma. Es lo que el evangelista hace delicadamente sentir con esta palabra conmovedora: *la hermana del muerto.* Ordinariamente se considera la palabra de Marta como una prueba de que la confianza de que estaba animada a la llegada del Salvador (v. 22), a aun la fe que había profesado poco después (v. 27), desfallecieron en presencia de la tumba. Es probable que no creyera en la resurrección inmediata de su hermano. Jesús, por lo demás, se había presentado a ella como la resurrección y la vida (v. 25); pero no le había dicho expresamente que iba a llamar a su hermano de entre los muertos; podía pues dudar de ello en ese momento, sin que su fe en el Salvador, que elevaba su alma por encima de la vida y de la muerte, hubiese sufrido ningún menoscabo.

39. Jesús recuerda así a Marta su grande afirmación (v. 25,26); pero se sirve para ello de los términos que había empleado en su primer mensaje a las dos hermanas (v. 4): *la gloria de Dios*, su potencia y su misericordia iban a manifestarse con brillo por el triunfo de la vida sobre la muerte. Pero para *ver* esa gloria, para ser empapada en ella, consolada, fortalecida, era necesario que Marta *creyese;* la fe sola capta lo

42 dijo[41]: Padre, te doy gracias de que me has oído[42]. Que yo sabía
que siempre me oyes; pero por causa de la multitud que está alre-
43 dedor he dicho, para que crean que tú me enviaste[43]. Y habiendo
44 dicho esto con grande voz clamó: ¡Lázaro, ven fuera[44]! Salió el

invisible. Sin la fe, aun cuando hubiera Marta vuelto a ver a su hermano vivo, no habría *visto la gloria de Dios*.

40. El texto recibido añade: *de donde el muerto yacía;* estas palabras, omitidas por *Sin.*, *B,C,D*, son inútiles.

41. Jesús *levantó los ojos a lo alto*, por encima de la muerte hacia la fuente de la vida, más arriba de la tierra hacia el cielo que, para él, no era un cielo vacío (17:1).

42. Esta acción de gracias pronunciada anticipadamente y sobre todo las palabras *me has oído*, ¿suponen que Jesús había, antes de ese momento, elevado su corazón a Dios. en oración silenciosa? ¿O expresan solamente la certidumbre actual de que Dios iba a desplegar por él su omnipotencia? Se han sostenido ambas interpretaciones, y ambas pueden ser verdaderas. Sea lo que fuere, no hay que olvidar que, desde el primer anuncio de la enfermedad de Lázaro, Jesús sabía que ella tendría un resultado que sería para la gloria de Dios (v. 4).

43. ¿Por qué ha pronunciado Jesús en alta voz y delante de todos su acción de gracias? No porque hubiera considerado el milagro que Dios le permitía realizar como una cosa nueva, inesperada o extraordinaria en su vida. Dios que *le oía siempre*, porque vivía con él en íntima comunión, había obrado a menudo por él actos de su potencia respondiendo a sus oraciones. Su misión habitual era manifestar las perfecciones de Dios en nuestra humanidad caída. Pero era necesario que *la multitud que le rodeaba* comprendiera esa grande verdad y fuera penetrada de ella; sin esto el mayor de los milagros de Jesús no habría sido, a sus ojos, más que un prodigio propio a excitar su asombro y no habría creado en ella la verdadera fe. Ahora bien: el deseo ardiente de Jesús, es que ella sea conducida por ese milagro a reconocerle como el *enviado* de Dios, el Salvador. El efecto de la curación del ciego de nacimiento había sido anulado por esta afirmación de los adversarios: una obra realizada en violación del sábado no puede ser de Dios. Por esto, antes de resucitar a Lázaro, Jesús toma a Dios por testigo, le requiere que le conceda o le rehuse su demanda, le constituye fiador de la obra que va a llevar a cabo (Luc. 5:22-24; comp. 1 Reyes 18:36). Aparta así anticipadamente todos los obstáculos que podrían detener el desarrollo de la fe en los que le rodean. Este objeto tan elevado y tan santo de salvar las almas habría debido prevenir, parece, la objeción de ciertos exégetas que encuentran extraño que Jesús dirija *a Dios* palabras que tienen el aspecto de una reflexión antes que de una oración. No es una oración, en efecto, sino un testimonio dado a la verdad y distinto de la acción de gracias pronunciada primeramente (v. 41), en presencia de esa tumba, donde la vida iba á triunfar de la muerte.

44. Gr. *¡Lázaro, aquí fuera!* No hay verbo en esta frase, es una exclamación potente, teniendo el sentido de una orden, de un llamado dirigido al muerto, y que le hace volver a la vida. Tal fué la obra de la Palabra



muerto atado pies y manos con vendas y su rostro envuelto con un
sudario. Díceles Jesús: Desatadle y dejadle ir[45].

B. 45-47. CONSECUENCIAS DE LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO. DELIBERACIÓN DEL SANEDRIN. — 1º *Los testigos del milagro.* Muchos creen en Jesús. Algunos van a contar a los fariseos lo que Jesús había hecho (45-46). — 2º *El sanedrín.* Se reúne, comprueba los milagros de Jesús y manifiesta el temor de que, si se le deja hacer, los romanos destruyan a Jerusalén y al templo, Caifás expresa la opinión de que la salvación del pueblo justifica el sacrificio de un hombre. El evangelista observa que hizo esta profecía en su calidad de sumo sacerdote de aquel año, y que la muerte de Jesús debía tener por fin, no solamente salvar la nación judía, sino reunir en un cuerpo los hijos dispersos de Dios. El sanedrín busca el medio de matar a Jesús. Éste se retira a Efraín, donde permanece con sus discípulos (47-54). — 3º *La multitud en Jerusalén.* Estando cerca la pascua, los peregrinos afluyen a Jerusalén. Buscan a Jesús en el templo y se preguntan si irá a la fiesta. Las autoridades habían ordenado a todo el que supiera dónde estaba que lo denunciara, a fin de poder prenderle (55-57).

de "El que hace revivir los muertos y llama las cosas que no son como si fueran" (Rom. 4:17). Esta misma Palabra es la que resonó en el origen de las cosas: *¡SEA LA LUZ!* (Gén. 1:3,4).

45. Los antiguos amortajaban sus muertos envolviéndolos en *vendas* de tela, el cuerpo y cada miembro aparte. Lázaro, vuelto a la vida, pudo sin dificultad andar y *salir*. No hay, pues que ver, con algunos padres, un nuevo milagro en este hecho. Pero no tuvo toda la libertad de sus movimientos sino después de la ejecución de esta orden: *Desligadle y dejadle ir.* Y entonces apareció evidente a los ojos de todos la importante declaración de Jesús a Marta: "¡Yo soy la resurrección y la vida!" El relato de la resurrección de Lázaro tiene todos los caracteres de la verdad histórica, no solamente en el encadenamiento de los hechos externos, sino hasta en los matices psicológicos más delicados que son observados en los sentimientos manifestados por los personajes de este drama conmovedor. A pesar de ello, se debía esperar que los teólogos racionalistas, cuya filosofía ha decidido que todo milagro es imposible, no hallasen en este capítulo, más que nuevo tema para ejercitar su crítica negativa. Para muchos, Lázaro no estaba muerto más que en apariencia y fué reanimado, por la frescura de la tumba, o por las drogas aromáticas de que estaba rodeado. No se dejará de aplicar la misma explicación fantástica a la resurrección de Jesucristo mismo. Ha parecido ella demasiado grosera a los historiadores modernos que, desde Strauss, y según su sistema, hallan en esta historia un mito, un relato ficticio destinado a ilustrar esta tesis metafísica: "Yo soy la resurrección y la vida" (Baur); o según los más recientes (Keim, Schenkel, Holtzmann), ¡la parábola del mal rico y de Lázaro contada por Jesús, habría sido transformada por la tradición, y habría dado nacimiento a nuestra historia! Para la exégesis que admite la realidad del milagro se presenta una cuestión: es la del silencio de los

45 Muchos pues de los judíos que habían ido a María y mirado
46 lo que había hecho, creyeron en él[46]; mas algunos de ellos se fue-
ron a los fariseos y les dijeron lo que había hecho Jesús[47].
47 Congregaron pues los principales sacerdotes una asamblea[48],
y decían: ¿Qué hacemos? porque este hombre muchas señales ha-
48 ce[49]. Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos

evangelios sinópticos. ¿Cómo es que no han referido este milagro, que, según nuestro evangelio, tuvo tan grande influencia en la catástrofe en que iba a terminar la vida de Jesús? Se ha respondido que los primeros evangelistas han callado por una delicada consideración hacia la familia de Lázaro, que podía vivir aún y que se había tornado en objeto del odio y designios criminales de los enemigos (12:10). Se ha respondido también (Meyer, Luthardt) que los tres primeros evangelios obran aquí de perfecto acuerdo con su plan general, siguiendo el cual han querido contar solamente el ministerio de Jesús en Galilea y su fin trágico en Jerusalén. Se ha respondido por último que en su origen, la tradición apostólica, completamente llena de la muerte y de la resurrección de Jesucristo, no había recogido, de todo lo que había ocurrido en Jerusalén más que ese grande hecho de la salvación, dejando en la sombra todo el resto. (Véase el *Comentario* de Godet).

46. *Pues*, a consecuencia de este triunfo de la vida sobre la muerte de que acaban de ser testigos *muchos*, gran número, *creyeron en él*. Podía haber grados muy diversos en esa fe obrada por la vista del milagro. (Comp. 2:11 y 23, notas). Según lo que hemos visto de las disposiciones de esos amigos de Lázaro (v. 37, nota), es posible que varios estuvieran previamente preparados para la fe en Jesús. En otros, esa fe no fué quizá más que la impresión viva, pero pasajera, del milagro. Otros, por último, ni aun tal impresión recibieron (v. 46).

47. Al gran número de los que creyeron, el evangelista opone *(mas) algunos* que, testigos de la potencia divina y del amor de Jesús, *fueron hacia los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho.* ¿Con qué intención? Los términos mismos que emplea el evangelista y la continuación del relato demasiado lo prueban. Fueron a denunciar a esos fariseos, enemigos del Salvador y que ejercían la mayor influencia en el sanedrín, lo que acababa de ocurrir en Betania.

48. *Pues*, como consecuencia de la denuncia que precede. Esos mismos fariseos, con los *principales sacerdotes convocan una sesión del sanedrín* (gr. *un sanedrín;* es ésta la única vez que Juan emplea esta palabra), para deliberar sobre el acontecimiento que acaban de denunciarles y que era de naturaleza apropiada para acrecentar desmesuradamente la influencia temida de Jesús sobre el pueblo.

49. Es necesario observar este verbo en presente: *¿qué hacemos?* Urge hacer alguna cosa y hacerla inmediatamente. Lo que los llena de inquietud es que *ese hombre* (término de menosprecio) *hace muchos milagros.* No tan sólo es, pues, la resurrección de Lázaro lo que los turba; ésta no ha hecho más que llevar al colmo esas manifestaciones de la potencia divina que obraba por Jesús y que los jefes del pueblo no pueden tolerar. Creen en esos milagros, los comprueban oficialmente, ¡y quieren condenar *al que los hace!*



49 y quitarán de nosotros tanto el lugar como la nación[50]. Mas uno
de entre ellos, un tal Caifás, siendo sumo sacerdote de aquel año,
50 díjoles[51]: Vosotros no conocéis nada, ni consideráis que os con-
viene que un solo hombre muera por el pueblo y que no perezca la
51 nación entera[52]. Mas esto de sí mismo no dijo, sino que siendo
sumo sacerdote de aquel año profetizó que debía Jesús morir por
52 la nación[53], y no por la nación solo sino para que también los hi-

50. ¿Era sincero este temor de los *romanos?* Varios intérpretes lo piensan; con las ideas carnales que los judíos se hacían del Mesías, podían temer que Jesús suscitase entre el pueblo algún motín, que habría provocado una represión severa de parte de los romanos y traído tal vez la supresión del poder del sanedrín. Eso es lo que expresan con estos términos enérgicos: *Destruirán* (gr. *quitarán, suprimirán) y nuestro lugar*, es decir Jerusalén y su templo, sede de nuestro gobierno, *y nuestra nación*, a la que quitarán lo que le queda de su antigua independencia. Que ese temor fuera sincero o simulado, su principal móvil era la ambición egoísta: temen que los romanos pongan fin a su dominio sobre lo que llaman *nuestro* (todo el énfasis recae sobre esta palabra en griego) *lugar, nuestra nación.*

51. Las palabras: *sumo sacerdote, de aquel año*, no significan que en el pensamiento del autor este cargo fuese anual. Aun si nuestro evangelista no fuera el apóstol Juan, se muestra demasiado instruído de las costumbres del antiguo pacto para ignorar que el sumo sacerdote era nombrado en carácter vitalicio. No es siquiera necesario, para explicar el término que emplea, recordar que esa alta dignidad era, desde hacía mucho tiempo, conferida arbitrariamente por la autoridad romana, que, temiendo el poder de un funcionario inamovible, reemplazaba frecuentemente los titulares de ese cargo. Todo lo que Juan quiere decir, con esta expresión que reaparece en el v. 51 y en el cap. 18:13, es que Caifás era sumo sacerdote en *aquel año*, el año memorable y fatal de la muerte del Salvador (18:13, nota; Mat. 26:3; Luc. 3:2, nota).

52. Caifás, como verdadero saduceo (Josefo, *Bell. jud.* 2,8,14), habla rudamente: *Vosotros no entendéis nada* (gr. *vosotros no sabéis nada);* luego, invocando la razón de Estado, en nombre de la cual tantas iniquidades se han cometido les dice: *No consideráis que os (B,D;* el texto recibido, con *A, mayúsc.* dice *nos)* *es conveniente* sacrificar *un solo hombre* para salvar la nación. ¡Inocente o culpable, es necesario que ese hombre perezca! De ese modo, ese político que se cree hábil no hace más que tomar otra vez subordinadamente el razonamiento del v. 48, ¡y no ve que precisamente el crimen que aconseja acarreará por justo juicio de Dios, la ruina de su pueblo!

53. El evangelista agrega (v. 51, 52) a las palabras de Caifás un comentario inesperado, luminoso, profundo. Los exégetas no están de acuerdo sobre la naturaleza de esa *profecía* atribuída al sumo sacerdote. Unos, recordando que, en los hermosos días de la vida religiosa en Israel, el sumo sacerdote era reputado poseedor del don de profetizar, o de pronunciar oráculos consultando al Eterno (Ex.28:30; Núm.27:21; Deut. 33:8), piensan que en ese momento el Espíritu de Dios renovó en Caifás

53 jos de Dios dispersos congregara en uno [54]. Desde aquel día pues
54 tomaron consejo para matarle [55]. Jesús pues no andaba más en pú-

ese don desde hacía largo tiempo desaparecido y le hizo pronunciar, en virtud de su cargo, una verdadera profecía. Pero ¿no hay algo de repugnante en el pensamiento de que el Espíritu de Dios hubiera obrado realmente sobre el espíritu de un hombre enteramente lleno de criminales propósitos? ¿Es eso lo que Juan ha querido decir? ¿No se parecía ese pensamiento al monstruoso error del catolicismo atribuyendo a los papas más corrompidos la infalibilidad, en virtud de su sacerdocio? No, Caifás mismo es quien, por su propia cuenta, pronuncia un principio de su detestable política; pero por una dirección especial de la providencia divina, lo hace en términos en los cuales el evangelista podía, con buen derecho, ver una profecía involuntaria de la muerte del Hijo de Dios. Pilato también, como observa Bengel, proclamó la divina realeza de Jesucristo ante los ojos de todos, al poner en su cruz el título de esa dignidad. Diremos pues, con Luthardt, que Caifás profetizó no *como sumo sacerdote*, en virtud de su cargo, sino como sumo sacerdote *de aquel año* (la adjunción de estas últimas palabras no tendría sentido si no llevaran el énfasis), pues ese año debía ver realizarse el gran sacrificio que no pondría fin a todo el antiguo sacerdocio. "Hay, dice R. Stier, una alta ironía de la providencia especial de Dios en el hecho de que el sacerdocio expirante debió aún anunciar, sin saberlo y sin quererlo, por boca de quien lo investía, el gran sacrificio de expiación".

54. El principio enunciado por Caifás: *uno por todos* no se aplica solamente al pueblo judío; tiene un carácter universalista que el evangelista también hace notar. *No solamente por la nación* judía debía Jesús morir, sino *a fin de reunir en un solo cuerpo*, por la predicación del evangelio, *los hijos de Dios dispersos* entre todas las naciones (Comp. 10:16, nota). Las palabras: *en un solo cuerpo* (gr. *en uno)* indican la santa comunión de espíritu y de amor en la cual judíos y paganos convertidos no son ya más que un corazón y un alma en Jesús, su jefe y su Salvador. ¿Pero en qué sentido puede Juan llamar *hijos de Dios* a esos millares de hombres del porvenir que aún no tenían conocimiento alguno de él? Algunos intérpretes, celosos por atribuir al hombre lo más posible y a Dios lo menos posible en la obra de la salvación, responden que esos hijos de Dios eran los que Dios veía dispuestos a serlo. Pero, responden Meyer y Luthardt, aunque son luteranos, es ponerse en contradicción con todos los principios de la escritura el dar el título de hijos de Dios a hombres pecadores que están aún fuera de todas las condiciones de la salvación. La expresión es pues profética, como dice Meyer, aquí en perfecto acuerdo con Calvino; el evangelista habla desde el punto de vista de la prescindencia de Dios, en otros términos, de la elección de su gracia. Ese es el misterio de la misericordia divina, extendiéndose a todas las naciones y del cual Pablo ha sido el gran predicador (Rom. 8:28, 29; Ef. 1:9 y sig.; 3:4 sig.; Col. 1:26, 27).

55. La palabra *pues* muestra que la decisión de *hacer morir a Jesús* fué tomada en consecuencia de la proposición de Caifás, que fué así adoptada por el Consejo. *Desde ese día* sus deliberaciones no se refirieron más que a



blico entre los judíos, sino que se fué de allí a la región cerca del
desierto, a una ciudad llamada Efraín, y allí moró con los discí-
pulos [56].
55 Y estaba cerca la pascua de los judíos, y subieron muchos a
56 Jerusalén de la región antes de la pascua, para purificarse [57]. Bus-
caban pues a Jesús y decían unos con otros estando en el templo:
57 ¿Qué os parece? ¿que de cierto no vendrá a la fiesta [58]? Mas ha-
bían dado mandamientos los principales sacerdotes y los fariseos
para que si alguien supiere dónde está informe para prenderle [59].

las maneras y medios de ejecutar su proyecto.

56. Jesús no ignoraba la decisión que acababa de tomarse; deja *pues* las cercanías de Jerusalén y la Judea, *no aparecía más* (gr.) *no andaba más abiertamente*, en público, libremente, *entre los judíos;* se retira *a la región vecina* del *desierto* de Judá que se extendía a lo lejos en dirección del Jordán y del mar Muerto. Va a *morar* con sus discípulos *en una ciudad llamada Efraín.* Esa ciudad, según Eusebio, estaba a ocho millas, según Jerónimo a veinte millas al noroeste de Jerusalén. El historiador Josefo la coloca en la vecindad de Betel. (Comp. 2 Crón. 13:19). Luthardt observa que con esta retirada Jesús mostraba a sus adversarios que la voluntad de ellos no sería cumplida sin la suya y que lo sería, no como ellos querían, sino como él quiera. Cuando haya llegado su hora, él mismo irá al encuentro de ellos.

57. La palabra *región* no designa especialmente el país adonde Jesús se había retirado, sino en general los campos, por oposición a la capital. Esas gentes se trasladaban a Jerusalén *antes de la pascua*, a fin de que los que estuvieran afectados de alguna impureza legal tuviesen tiempo de *purificarse* con sacrificios y diversas ceremonias, para poder tomar parte en la fiesta. Con esta observación, prepara Juan lo que va a contar en el versículo siguiente.

58. El evangelista nos describe así un movimiento de curiosidad en unos, de seria espera en otros. Su espera era excitada por el eco que había tenido el último milagro de Jesús: Pero la decisión tomada por el sanedrín contra él hacía muy dudosa, a sus ojos, su venida a la fiesta. Se preguntan pues unos a otros, con vivo interés: *¿Qué os parece* (gr.) *que no vendrá de cierto a la fiesta?* Se hacían estas preguntas *estando en el templo*, adonde sabían que Jesús tenía la costumbre de ir para hablar al pueblo.

59. Mientras se producía entre la multitud ese movimiento, que mostraba la influencia que Jesús ejercía aún sobre ella, los jefes del sanedrín habían tomado sus medidas para ejecutar su decisión. *Habían dado orden* de que quienquiera *supiera dónde estaba*, le denunciara, a fin de poder *apoderarse de él.* El texto recibido, con *D* y algunas *mayús.*, dice: habían dado *también* la orden. Ese *también* señala, según Godet, "un nuevo eslabón en la serie de medidas hostiles, tan bien traída a la memoria por Juan: 5:16,18; 7:32; 9:22; 11: 53". Todo está pues preparado, la hora de la catástrofe se acerca. Pero si Jesús hubiera quedado en las montañas adonde se había retirado, todos esos designios de los adversarios habrían sido vanos (12:1,12).

C. 1-8. LA COMIDA DE BETANIA. — 1º *Jesús ungido por María.* Seis días antes de la pascua, habiendo llegado Jesús a Betania, le ofrecen una cena. Marta sirve. Lázaro es del número de los convidados. María unge con un ungüento de mucho precio los pies de Jesús y los seca con sus cabellos. La casa se llena de perfume (1-3). — 2º *Crítica de Judas.* Este discípulo, que había de hacer traición a Jesús, pregunta por qué no se ha vendido ese ungüento en trescientos denarios, que se habrían distribuído entre los pobres. Dice esto, no por amor a los pobres, sino por avaricia (4-6). — 3º *Defensa de Jesús.* Jesús defiende el acto realizado por María, que pone en relación con su sepelio. Los pobres quedan, él se va (7,8).

XII Jesús pues seis días antes de la pascua fué a Betania [1], donde
estaba Lázaro, al que había resucitado Jesús de entre los muer-
2 tos [2]. Hiciéronle pues allí una cena, y Marta servía, mas Lázaro
3 era uno de los que estaban recostados con él [3]. María pues, ha-
biendo tomado una libra de ungüento de nardo puro de mucho pre-
cio, ungió los pies de Jesús y enjugó sus pies con sus cabellos; y

1. Por esta partícula *pues* el evangelista se remite al cap. 11:55, donde había hecho presentir que la proximidad de la pascua iba a llevar a Jesús a Jerusalén para cumplir allí la redención del mundo. En efecto, nuestro capítulo nos conduce hasta las grandes escenas de la pasión. *Seis días* solamente nos separan de ella. Pero estas palabras no nos dicen qué día de la semana llegó Jesús a Betania, porque no sabemos si el evangelista entiende por *la pascua* el 14 de nisán, en que se inmolaba el cordero pascual, o el 15, que era el primer día de la fiesta. Esa cuestión no tendría grande importancia, si la relativa al día de la muerte de Jesús no se mezclara hasta cierto punto. (Véase 13:1, nota). La mayor parte de los intérpretes piensan que Jesús llegó junto a sus amigos de Betania el viernes a la tarde y quedó allí el día siguiente, día de sábado. El Salvador, ya en la senda de su pasión, habría tenido el agrado de pasar ese último sábado de su vida con los que amaba. Ese sábado sería el primero de los *seis* días que nota aquí el evangelista y que nos conducirían al jueves de la semana siguiente. El día siguiente, viernes, la fiesta empezaba. Tal es la opinión de Wieseler, Tholuck, Olshausen, Meyer, Luthardt, Weiss y Godet, en la primera edición de su comentario sobre san Juan. Desde la segunda edición Godet sigue una cronología diferente: viaje de Jericó a Jerusalén el domingo, comida de Betania el domingo a la tarde, entrada en Jerusalén el lunes.

2. El evangelista observa, desde el principio, en términos sorprendentes, la presencia de ese *Lázaro al que Jesús había resucitado,* porque estaba allí en medio de la escena que va a seguir, como un testigo viviente de la potencia y del amor del Salvador. Le nombrará aún segunda vez en el versículo siguiente: El texto recibido dice: Lázaro *que había estado muerto.* Estas palabras faltan en *Sin., B,* vers., y son generalmente consideradas como no auténticas

3. Véase, sobre este relato, Mat. 26:6-13 y sobre todo Mar. 14:3-9, notas. *Le hicieron una cena;* ¿quiénes? Evidentemente los amigos de Jesús, reunidos con sus parientes y sus amigos, todos llenos de viva gratitud y de santo entusiasmo por el Salvador. Juan no dice dónde tuvo lugar esa *cena;* pero Mateo y Marcos nos han hecho saber que era en casa de Simón el leproso, pariente o amigo de la familia. Nuestro evangelista mismo, con esta observación de que Marta servía y Lázaro estaba a la mesa con Jesús, indica que la cena no se daba en su casa; pues esa observación hubiera sido ociosa en este caso. Aquí, como en el tercer evangelio, y de conformidad a su carácter activo y abnegado, Marta sirve. "Ese banquete, observa Godet, era una valiente respuesta al edicto del sanedrín (11:57); allí se honraba al proscripto".



4 la casa se llenó del olor del ungüento [4]. Mas dice Judas Iscariote,
5 uno de sus discípulos, el que había de entregarle: ¿Por qué no ha
sido vendido este ungüento en trescientos denarios y dado a los
6 pobres [5]? Mas dijo esto no porque él de los pobres se cuidara, sino
porque era ladrón y teniendo la bolsa lo que se echaba llevaba [6].
7 Dijo pues Jesús: Déjala, para el día de la preparación de mi sepul-

4. Para comprender bien el acto de María, esa efusión de su veneración y de su amor cuyo símbolo es el *ungüento* que se derrama, hay que recordar las costumbres del oriente. Cuando se recibía en una casa un huésped distinguido, se le ofrecía, ante todo, un olio oloroso para ungir su cabeza, y agua tibia para lavar sus pies cubiertos de polvo, ablución que el uso de sandalias hacía necesaria. Eran esos cuidados encargados a servidores. María misma los hará. Toma un vaso, un frasco de alabastro, lleno de un perfume *de gran precio* (véase Mar. 14:3, nota), unge primeramente la cabeza de su Salvador (Mateo y Marcos), luego derrama también el olio sobre *sus pies,* como si ese perfume de gran precio no fuera más que agua, y con tanta profusión que debe *enjugarlos con sus cabellos.* Con estos últimos rasgos, termina Juan el cuadro de la tierna y humilde veneración de María por su Maestro. Según los dos primeros evangelios, no habría ungido más que la cabeza de Jesús. Juan nos la muestra ungiendo *sus pies* y enjugando *sus pies.* Nuestras versiones, aun las más modernas, suprimen esta repetición intencional. La crítica negativa no teme atacar este admirable relato, ¡para ponerlo en contradicción con el de los dos primeros evangelios! Hay que cuidarse de identificar nuestro relato con el de la mujer pecadora, donde todo es completamente diferente (Véase a ese respecto Luc. 7:36, nota).

5. Véase Mar. 14:5, nota ¡Qué contraste *(mas)* entre el generoso amor de María, y este frío cálculo de la avaricia y la hipocresía! Y sin embargo esa murmuración interesada no era proferida únicamente por Judas; expresaba el sentimiento de algunos de los discípulos, como nos lo hacen saber los dos primeros evangelios. El texto recibido añade: *hijo de Simón,* al nombre de Judas; estas palabras faltan en *Sin., B.*

6. *Tomaba,* gr. *llevaba.* Juan toma este verbo en el sentido de *llevarse,* hurtar (20:15): lo hace entender con bastante claridad por esta observación de que *Judas era ladrón.* Tenía el cuidado de la *bolsa común,* donde los amigos del Salvador depositaban sus donativos para su modesto mantenimiento (Luc. 8:3); y, poseído de avaricia, era infiel a ese depósito sagrado. Se ha preguntado cómo es que Jesús, que no podía ignorar el carác-

8 tura lo ha guardado[7]; pues los pobres siempre tenéis con vosotros, mas a mí no siempre tenéis[8].

D. 9-19. Entrada de Jesús en Jerusalén. — 1º *La afluencia del pueblo a Betania prepara la manifestación en honor de Jesús.* Una grande multitud, informada de la presencia de Jesús, acude a Betania. El deseo de ver a Lázaro la atrae. Las autoridades deciden matar también a este último, temiendo las defecciones que, a causa de él, se producen entre sus partidarios (9-11). — 2º *Jesús, con su entrada real en Jerusalén, cumple la profecía.* Una multitud numerosa, al saber que Jesús se traslada a Jerusalén, va a su encuentro con palmas y le saluda con sus hosannas como al rey de Israel, que viene en el nombre del Señor. Jesús monta un pollino para ajustarse a la profecía. Sus discípulos no comprenden sino después de su glorificación el sentido de esa manifestación (12-16). — 3º *La resurrección de Lázaro, causa del triunfo de Jesús. Despecho de los fariseos.* Los que fueron testigos del milagro de Jesús lo publican, y los que van al encuentro del Señor lo hacen atraídos por la fama de lo que ha hecho. Los fariseos comprueban el propio fracaso y la atracción que él ejerce sobre la multitud (17-19).

ter de Judas, le había dejado el cuidado de la bolsa común, puesto que era para él una tentación continua. Mucho más aun podríase preguntar por qué le había llamado al apostolado. (Véase, a este respecto, Mat. 26:15, 1a. nota y Juan 17:12, nota).

7. *"Ha guardado*, conservado este perfume para rendirme, vivo, los honores que se rinden a los muertos". (Comp. Mat. 26:12, nota). Hay aquí una variante admitida por Tischendorf y muchos críticos y exégetas, según la cual habría que traducir este versículo como sigue: "Dejadla, *a fin de que* guarde eso para el día de mi sepultura". Esta versión, una vez admitida, es explicada de diversas maneras. Meyer, por ejemplo, piensa que Jesús quiere decir que María conservará *eso*, es decir *el resto* de ese ungüento para embalsamar el cuerpo del Señor, después de su muerte, en el día de su amortajamiento. Pero de ese perfume no quedaba nada, pues María había roto el frasco de alabastro que lo contenía y que no podía ser ya cerrado (Mar. 14:3). ¡Qué probabilidad de que Jesús quisiera pedir por segunda vez esta manifestación de Veneración y de amor! El sentido de Luthardt, Weiss, Keil: "Permítele *haber* reservado este perfume para el día... "es decir: considera su acto como una sepultura anticipada, es difícilmente admisible, pues *permitir* se refiere a un hecho venidero. Creemos pues, con Lücke, de Wette, Godet y otros intérpretes, que esta variante, aunque apoyada por testimonios importantes *(Sin., B, D)*, es una glosa errónea, proveniente de no entenderse que Jesús, vivo, hablara de su sepultura.

8. Este versículo entero falta en *D.* Véase, sobre estas palabras, Mat. 26:11, nota. Comp. Deut. 15:11. Tal fué la respuesta directa de Jesús a Judas que ponía por pretexto el cuidado *de los pobres*. Jesús habla en presente: *tenéis* siempre a *los pobres*, pero no me *tenéis* siempre, a fin de establecer con tanta más vivacidad el contraste entre los pobres que siempre están, y él mismo cuya partida era tan cercana. El presente se encuentra igualmente en Mateo y en Marcos. Erróneamente pues nuestras



9 Supo pues la grande multitud de los judíos que allí estaba, y
fueron no por causa de Jesús solo, sino para ver también a Láza-
10 ro al que había resucitado de entre los muertos[9]. Mas tomaron
consejo los principales sacerdotes para matar también a Lázaro,
11 porque muchos de los judíos por causa de él se iban y creían en
Jesús[10].
12 El día siguiente la grande multitud que había venido a la fies-
13 ta, oyendo que venía Jesús a Jerusalén, tomaron las ramas de las
palmas y salieron a su encuentro[11], y clamaba: ¡Hosanna! ¡Bendecido sea el que viene en el nombre del Señor, y el rey de Israel[12]!

versiones ordinarias traducen esos verbos por el futuro.

9. Esa *grande multitud de judíos* eran habitantes de Jerusalén, donde Jesús era esperado con vivo interés (11:56), y que, habiendo *sabido que estaba allí*, muy cerca, en Betania, se apresuraron a ir para encontrar a Jesús, y sobre todo para *ver* con sus ojos a ese *Lázaro al que había resucitado de entre los muertos*. Querían convencerse, por sí mismos, de la realidad de ese gran milagro. Aquí también (comp. 11:37, nota), varios intérpretes han querido ver en esos *judíos* a adversarios de Jesús, porque Juan designa así ordinariamente a estos últimos. El v. 11 hace inadmisible esa opinión.

10. Juan pone en oposición *(mas)* esos principales *sacerdotes* con la multitud del versículo precedente. Habían decidido ya la muerte de Jesús (11:57); y ahora quieren deshacerse *también* de Lázaro, ese testigo molesto de la potencia divina del Salvador. Ven, en efecto, con viva irritación, que *muchos judíos*, convencidos por la vista de ese resucitado *(a causa de él)*, los abandonaban (gr. *se iban)* y *creían en Jesús*. Este ejemplo sorprendente muestra que, para hombres cegados por el endurecimiento y el odio de la verdad, las pruebas más brillantes son enteramente impotentes. ¡Qué confirmación de la palabra de Jesús: Lucas 16:31!

11. *El día siguiente* designa el día que siguió la visita de Jesús a Betania, es decir, según la suposición más generalmente admitida (v. 1, nota), el domingo, llamado desde entonces en la iglesia el domingo de Ramos o de Palmas, en recuerdo de la entrada real de Jesús en Jerusalén. Aquí, en efecto, el relato de Juan se une al de los sinópticos, que callan la estada de Jesús en Betania; colocan algunos días más tarde el acto realizado por María en casa de Simón el leproso, a fin de ponerlo en una relación directa con la historia de la pasión. (Véase Mat. 21:1, nota). No hay que confundir esta *grande multitud* con la que se menciona en el v. 9. Aquí se trata menos de habitantes de Jerusalén que de esa multitud de peregrinos forasteros venidos a la fiesta y que, habiendo sabido que Jesús se acercaba, fueron en grupos diversos a su encuentro. Así, a medida que avanzaba, Jesús veía aumentar su séquito. "Un soplo de gozo celeste pasa por esa multitud. Su alegría y sus esperanzas estallan en cánticos y símbolos significativos. La *palma*, por la hermosura permanente de su magnífica corona de hojas, es emblema no solamente de la fuerza, de la hermosura y de la alegría, sino de la salvación (Lev. 23:40; 1 Mac. 13:51)". *Godet.*

12. Véase, sobre este cántico de alabanza tomado del Sal. 118, Mat.

14 Y habiendo hallado Jesús un asnillo se sentó sobre él, conforme está
15 escrito: No temas, hija de Sión; hé aquí tu rey viene, sentado so-
16 bre un pollino de asna [13]. Esto no entendieron sus discípulos pri-
mero, pero cuando fué glorificado Jesús, entonces se acordaron de
17 que esto estaba sobre él escrito y esto le habían hecho [14]. Daba pues
testimonio la multitud que estaba con él cuando llamó a Lázaro del
18 sepulcro y le resucitó de entre los muertos. Por esto también le
encontró la multitud, porque oyeron que él había hecho esta se-
19 ñal [15]. Los fariseos pues dijeron entre sí: Véis que no aprovecháis
nada; he aquí, el mundo se ha ido tras él [16].

21:9, nota. Por estas palabras llenas de alegría, la multitud reconoce en Jesús *al que viene en el nombre del Señor* (en hebreo, *en el nombre del Eterno*), es decir al Mesías prometido, el *Rey de Israel.* Y mientras que antes Jesús se había ocultado de otras multitudes que querían proclamarle rey (6:15), acepta ahora esos homenajes, porque su hora había llegado.

13. Juan no dice cómo Jesús *halló*, se procuró ese *pollino;* supone conocido el hecho según los primeros evangelios (Mat. 21:2 y sig.). En cuanto a la profecía de Zacarías 9:9, el evangelista no hace más que recordarla abreviándola, a fin de mostrar su cumplimiento en los hechos que cuenta (Véase, sobre esta cita, Mat. 21:5, nota). A las palabras triunfantes del profeta: "Estremécete de júbilo, hija de Sión", Juan substituye un simple: No *temas*, porque a sus ojos la humilde cabalgadura del Salvador muestra sobre todo el carácter manso y pacífico de su reinado. Hasta hay en el texto un gracioso diminutivo: *asnillo*, opuesto dice Bengel, al caballo de guerra, de que Jesús no ha querido servirse.

14. Al principio, los *discípulos* no *comprendieron* ni el sentido simbólico de esta entrada real bajo tan sencilla pompa, ni la relación de ese acontecimiento con la profecía; pero después que Jesús fué *glorificado* y ellos mismos fueron llenados del Espíritu de luz, entonces *se acordaron* y comprendieron. Las últimas palabras: *que ellos le habían hecho*, podrían referirse a los discípulos mismos y recordar que éstos habían procurado a Jesús su humilde cabalgadura y le habían hecho sentar encima. Tal es el pensamiento de varios exégetas (Meyer, Holtzman, Godet). Pero como hace notar Weiss, no era ese sino un incidente secundario de que Juan no habla; es pues más natural considerar la grande multitud (v. 12) como sujeto sobrentendido de este verbo y referir éste a las aclamaciones de que Jesús acababa de ser objeto. Ese era el hecho importante del día; era *su pueblo* quien había *hecho esas cosas* a Jesús y los discípulos se acordaron con satisfacción, cuando hubieron comprendido la realeza eterna de su Maestro.

15. En estos dos versículos (17,18) el evangelista explica *(pues)* que la causa de esos homenajes rendidos a Jesús era la resurrección de Lázaro. Este hecho es expresado en términos triunfantes: *había llamado a Lázaro fuera del sepulcro y le había resucitado de entre los muertos.* Juan menciona aquí dos *multitudes* que glorificaban al Salvador: una que *estaba con él* en Betania, que había estado presente en la resurrección de Lázaro, y *daba testimonio;* la otra que, de Jerusalén, *fué a su encuentro, porque había sabido que él había hecho ese milagro* (v. 12). Estas dos multitudes reunidas aclamaron a Jesús como Mesías y Rey de Israel (v. 13). Según una variante de *D*, algunas *mayúsc.*, *Itala*, admitida por Lachmann, Tischendorf, Meyer, habría que traducir como sigue el v. 17: "La multitud que estaba con él daba testimonio *de que* había llamado a Lázaro", en lugar de: "Que estaba con él *cuando* había llamado a Lázaro". Según el contexto, la idea es la misma en el fondo; pero la lección que nosotros adoptamos es mucho más autorizada *(Sin., B, A, C, mayúsc.* y *minúsc.)*, y la mayor parte de los editores e intérpretes la admiten considerando la otra como una corrección.

16. ¡Qué contraste entre esos *fariseos* enemigos y la multitud llena de entusiasmo por el Salvador! Los primeros parecen mirar su causa como perdida: "*Veis* con vuestros propios ojos que *no ganáis nada* con vuestra lentitud; he ahí que *el mundo*, todo el pueblo, os abandona y ya *se ha ido tras él!*" Se ve aquí a hombres únicamente ocupados en sus intereses, en su dominio, y de ningún modo en la verdad.

17. Esos *griegos* eran prosélitos



E. 20-36. Las últimas palabras de Jesús en público. — 1º *Unos griegos piden ver a Jesús.* Unos prosélitos, venidos a la fiesta, dirígense a Felipe para ser presentados a Jesús. Felipe lo dice a Andrés y ambos discípulos informan de ello a Jesús (20-22). — 2º *Jesús habla de su muerte inminente y necesaria, y del deber que ella impondrá a sus discípulos. Expresa, en una súplica, la turbación que le causa.* Ha llegado para él la hora de ser glorificado. Afirma solemnemente que él es semejante al grano de trigo, que debe disolverse en la tierra para llevar fruto. El que ama su vida la pierde, el que la aborrece la conserva por la eternidad. El siervo debe seguir al amo, y será recompensado con él. Jesús expresa su angustia en presencia de la muerte. Pide a Dios que le evite la muerte; luego muda de opinión comprobando que ella es el objeto de su venida. Dice al Padre que glorifique su nombre (23-28ª). — 3º *La respuesta divina.* Una voz del cielo dice: ¡Lo he glorificado y lo glorificaré otra vez! Unos creen oír un trueno, otros la palabra de un ángel. Jesús les dice que no por él sino por ellos se ha hecho oír esa voz ($28^b$-30). — 4º *Consecuencias de la muerte de Jesús.* Jesús añade que la hora presente verá obrarse una selección en el mundo y desplomarse el poder del príncipe de este mundo; declara que atraerá hacia sí todos los hombres cuando haya sido levantado de la tierra. Indicaba, con esta expresión, el género de suplicio que había de ser el suyo (31-33). — 5º *Suprema invitación a creer en Jesús.* La multitud objeta que, según la ley, el Mesías debe quedar eternamente, y pregunta quién es ese hijo del hombre cuya muerte anuncia Jesús. Éste les declara que la luz está aún por un poco de tiempo entre ellos: que aprovechen para andar, antes que las tinieblas los sorprendan, para creer en la luz, a fin de volverse hijos de luz. Después de estas palabras Jesús se va y se oculta (34-36).

20 Y había algunos griegos de los que subían a adorar en la fies-
21 ta; éstos pues se allegaron a Felipe que era de Betsaida de Galilea,
22 y le rogaban diciendo: Señor, queremos ver a Jesús [17]. Va Felipe y

23 lo dice a Andrés; va Andrés y Felipe y lo dicen a Jesús [18]. Mas Je-
sús les responde diciendo [19]: Llegado ha la hora para que sea glori-

nacidos en el paganismo y llegados al conocimiento del verdadero Dios por sus relaciones con los judíos. Es lo que resulta de esta observación del evangelista de que habían *subido a adorar en la fiesta* (comp. Act. 8:27), en esa fiesta de pascua que estaba cerca (11:55). Su deseo era *ver a Jesús*, trabar conocimiento con él, oírle; no pedían solamente que Felipe se lo mostrase de lejos (Weiss), pues en este caso la conducta vacilante de Felipe no se explicaría. Ese deseo era sin duda inspirado por esperanzas mesiánicas y por todo lo que oían de Jesús en Jerusalén. Quizá habían sido testigos de los homenajes que el pueblo le tributaba (v. 12 y sig.). Se dirigen pues respetuosamente *(Señor)* a Felipe, *que era de Betsaida de Galilea*. Se ha inferido de esta mención expresa del lugar de origen de Felipe que esos griegos mismos moraban en Galilea. Esa provincia contenía un gran número de gentiles. El evangelista no nos dice dónde ocurrió esta escena que fué ocasión de las profundas palabras que Jesús va a pronunciar. Fué probablemente en algún atrio exterior del templo. Pero lo que es digno de observar es que, mientras calla Juan todas las grandes enseñanzas del Salvador durante esta última semana de su vida, porque las supone conocidas por los otros evangelios, recoge con cuidado el relato que va a seguir. Atribuye una importancia tanto mayor a esta escena cuanto que Jesús habla en términos emocionantes de su muerte, todas cuyas tristezas experimenta ya. Este relato nos prepara a la agonía de Getsemaní, que Juan no se propone repetir después de los otros evangelistas.

18. Había para los discípulos algo de insólito en presentar a Jesús esos extranjeros, gentiles de nacimiento (comp. Mat. 15:24); Felipe, que era de carácter tímido y circunspecto (6:5-7; 14:8), se dirige pues a Andrés, que era de la misma aldea que él (1-45) y, como hermano de Simón Pedro (1:44), se hallaba más cerca del Maestro y no temía dirigirle la palabra (6:8,9; comp. Mar. 13:3). Los dos discípulos expresan a Jesús el deseo de los griegos. Se ve en todos estos pequeños detalles históricos cómo los caracteres de los personajes permanecen constantes, lo que es señal evidente del testigo ocular.

19. El *mas* hace presentir un contraste entre la respuesta de Jesús y el deseo que los discípulos le transmiten de parte de los griegos. La expresión: *les* respondió *(Sin., B,* tienen: *responde)* se aplica a los dos discípulos (v. 22), pero este pronombre no excluye a otros oyentes. Se puede pues suponer con Godet que Jesús, después de haber pronunciado el discurso que sigue, y atravesando el atrio de los gentiles para salir del templo (v. 36), habrá concedido a esos griegos un testimonio de simpatía. O bien se puede suponer que los griegos fueron admitidos en su presencia y oyeron las palabras que pronunció. En este caso, el contraste fué grande entre las esperanzas que los llevaban a Jesús y las declaraciones que oyeron. Esperaban sin duda la revelación de alguna gran verdad religiosa, nueva para ellos, o aun ver a Jesús obrar en su presencia alguna obra de su potencia divina; ¡y él habla de su muerte, de una muerte a la que deberán seguirle todos los que quisieren ser sus discípulos! En todo



24 ficado el hijo del hombre [20]. En verdad, en verdad os digo: Si el
grano de trigo, habiendo caído en la tierra, no muriere, él solo
25 queda; mas si muriere, mucho fruto lleva [21]. El que ama su vida la
pierde, y el que aborrece su vida en este mundo para vida eterna
26 la guardará [22]. Si alguien me sirviere, sígame, y donde yo estoy,
allí también el servidor mío estará; si alguien me sirviere el Padre

caso, no hay que dudar, como lo hace Meyer, de que Jesús haya admitido esos extranjeros en su presencia. Su respuesta (v. 23 y sig.) no implica negarse a recibirlos

20. *Ha llegado la hora*, esta hora suprema señalada por la voluntad soberana de Dios (13:1; 17-1), en que *el hijo del hombre*, el representante de la humanidad, iba a *ser glorificado*, primeramente por sus sufrimientos y su muerte, que serán la redención del mundo, luego por su vuelta a la gloria eterna (17:5), de donde obrará por el Espíritu (7:39) para atraer a todos los hombres hacía sí (v. 32).

21. Por oposición a todos los ensueños de un Mesías glorioso que los discípulos mantenían aún, y a todos los pensamientos de sabiduría humana que podían ocupar el espíritu de los griegos, afirma Jesús del modo más solemne *(en verdad, en verdad)* la necesidad absoluta de su muerte para la salvación del mundo. La figura con que expresa este pensamiento está plena de precisión y de profundidad. Es necesario que el *grano de trigo*, para producir su fruto, sea *echado en tierra* y allí *muera*, se disuelva, de modo que el germen que encierra se nutra de los jugos del suelo, y la vida nazca de la muerte (Comp. 1 Cor. 15: 36). Bajo esta única condición, el grano *lleva mucho fruto*. Si, al contrario, es guardado en algún sitio que no provoque su muerte, se conserva, pero *queda solo*, porque no tiene ninguna fuerza de reproducción. A sí mismo aplica Jesús en primer lugar esta figura. Si no hubiera él dado su vida para la salvación del mundo, habrían quedado de él algunas grandes verdades religiosas y morales, y los pocos discípulos que había hasta entonces reunido a su derredor; no se habría visto formarse una iglesia cristiana, una humanidad nueva, y nacer a la vida divina los millones de almas que, desde hace diecinueve siglos, han sido *el fruto* de su muerte (Comp. Apoc.. 7:9) Pero si este principio absoluto del reino de Dios: *por la muerte a la vida*, ha sido verdadero para el Jefe de nuestra humanidad, no lo es menos para todos sus miembros. Es lo que Jesús nos declara positivamente en el versículo siguiente.

22. En lugar de: *su vida*, hay propiamente: *su alma*. El *alma*, es la vida física y la vida psíquica, natural, con todas las facultades con que la actividad manifiesta esa vida. El que la *ama* rehusará entregarla a la muerte como el Salvador ha entregado la suya (v. 24); el que la *aborrece en este mundo* en que reina el pecado, la salvará *para la vida eterna*, o, como se puede traducir, también, *la conservará en vida eterna* porque será cambiada en vida eterna. Hay que observar bien estos contrastes absolutos: *amar* y *aborrecer*, *perder* y *conservar*, *este mundo* y *la vida eterna*. Entre esos términos extremos, es necesario escoger. Estas palabras, que no son más que la aplicación del v. 24 a todos los cristianos, tenían a los ojos del Salvador una importancia suprema, pues reaparecen frecuente-

27 le honrará [23]. Ahora está turbada mi alma, ¿y qué diré?... ¡Padre,
sálvame de esta hora!... Mas por esto he venido, para esta hora.
28 ¡Padre, glorifica tu nombre [24]! Vino pues una voz del cielo: Y he

mente en sus discursos. (Véase las notas sobre Mat. 10:39; 16:25; Mar. 8:35; Luc. 9:24; 17:33). *Sin., B,* tienen el presente: la *pierde,* en lugar del futuro: *la perderá,* que ha sido introducido por analogía con el segundo futuro: *la conservará.* El verbo en presente significa que amar su vida natural es perderla ya actualmente.

23. Hay en estas palabras una seria exhortación y una rica promesa que manando inmediatamente de lo que precede, desde el v. 23. *Servir* al Salvador, es entregarse a él y por consiguiente *seguirle* en su vida y en su muerte (v. 24, 25). Ese camino que él mismo ha seguido conduce ciertamente *adonde él está,* es decir, a su gloria (v. 23; comp. 2 Tim. 2:11) Hay que observar este verbo en presente: *donde yo estoy,* por el cual anticipa Jesús su gloriosa vida como poseyéndola ya (Comp. 14:3; 17:24). Ahora bien: estar con Jesús donde él está, es la felicidad y la gloria del cielo; y es así como será realizada perfectamente esa preciosa promesa: *mi Padre le honrará.*

24. El presentimiento de su muerte terrible y tan cercana *(ahora)* hace sentir a Jesús una emoción profunda; su *alma,* ese asiento íntimo de la vida y de los afectos, su alma está *turbada,* Lo dice con candor, como hará más tarde de sus discípulos amados los confidentes de su angustia (Mat. 26:38). Siente la necesidad de orar; pero, apremiado entre en el sentimiento de su alta vocación y el deseo de su liberación, vacila sobre qué pedirá a Dios: *¿qué diré?* Lucha temible, observa Bengel, entre el horror de la muerte y el ardor de la obediencia. El grito de la naturaleza se escapa de su alma en esta ardiente súplica: *¡Padre, sálvame de esta hora!* Pronto en Getsemaní resonará esa misma demanda: "¡Padre! ¡pase esta copa lejos de mí!" Pero, en esa lucha suprema, agregará inmediatamente, con absoluto abandono a la voluntad de Dios: "No como yo quiero, sino como tú." Igualmente aquí, reanuda por así decir su oración con estas palabras de santa resignación: *pero para esta hora misma he venido.* Y desde entonces toda su alma se eleva victoriosa hacia ese fin supremo de su sacrificio: *¡Padre, glorifica tu nombre!* Este nombre, expresión de todas las perfecciones divinas, será, en efecto, glorificado por la redención del mundo. Así las escenas misteriosas de Getsemaní son el verdadero comentario de este doloroso momento de la vida del Salvador, y este hecho nos explica quizá por qué no las ha referido Juan en su evangelio. La mayor parte de los intérpretes objetan a la interpretación que damos de las palabras: *Padre, sálvame de esta hora,* que si Jesús hubiera realmente querido pedir a su Padre dispensarle de morir, habría añadido, como en Getsemaní: "Si es posible." Unos piensan que su demanda significa: Hazme salir victorioso de la lucha interior actual. Otros, en mayor número, hacen de ella una pregunta y traducen: ¿Diré: Padre, sálvame de esta hora? Nos parece que los primeros desconocen que "esta hora", de que Jesús pide a Dios que le "salve", no podría ser más que la hora de su muerte; y a los segundos diremos, con Meyer, que hacen de una ardiente oración una simple reflexión incompatible con una situación semejante.



29 glorificado y otra vez glorificaré [25]. La multitud pues que estaba
allí y había oído, decía que se había producido un trueno; otros
30 decían: Un ángel le ha hablado [26]. Respondió Jesús y dijo: No por
causa de mí se ha producido esta voz sino por causa de vosotros [27].

No, cuando Jesús paciente se dirige a *su Padre,* no especula, ora. Si se teme hallar en esta palabra, entendida como una oración, una contradicción demasiado directa con esta expresión de entera resignación; *pero para esta misma hora he venido,* responderemos que esta contradicción está en las cosas, digamos mejor, en el fondo del alma de Jesús, donde se libra una lucha terrible, entre la naturaleza humana, verdaderamente humana y el amor divino que se sacrifica. Por último, en lugar de esta traducción: *pero para esta misma hora he venido* (gr. *pero por esto he venido para esta hora,* o *hasta* esta hora), se ha propuesto interpretar: *a causa de esto,* a causa de los sufrimientos y de la muerte que debo soportar, he perseverado en el camino en que he andado hasta ahora. Pero la expresión *esta hora* no podría tener otro sentido que en el principio del versículo y en el v. 23 (2a. nota). Ella designa el momento supremo de la muerte, y, por consiguiente, las palabras: *para esta misma hora* no son más que una exposición explicativa de la locución: *a causa de esto.*

25. La partícula *pues* indica que esta *voz del cielo* y las palabras que pronuncia son una respuesta a la oración de Jesús: "¡Glorifica tu nombre!" *He glorificado* mi nombre, en toda la aparición de mi Hijo sobre la tierra, en su perfecta obediencia, en sus obras de potencia, en la santidad de su vida; *y lo glorificaré otra vez:* Dios lo glorificará sosteniendo al Salvador en la cruz, resucitándole, exaltándole a su diestra, y por último consumando su obra por medio del Espíritu Santo a través de todos los siglos y hasta la eternidad. Así se concluye la alianza de gracia: en que el Hijo se ofrece en sacrificio a su Padre, y el Padre acepta solemnemente delante de todo el pueblo ese sacrificio voluntario, último grado de la abnegación y del amor. Es la tercera vez que, según nuestros evangelios, esta voz del cielo da solemne testimonio al Hijo amado de Dios (Mat. 3:17; 17:5).

26. La voz del cielo fué bastante sonora y majestuosa para que una parte de la *multitud* creyera haber oído el *trueno.* Varios exégetas infieren de ello que no hubo en realidad más que un trueno y que éste fué considerado como la voz del Eterno (Sal. 18:14; 29:3 y sig.). El evangelista habría interpretado (v. 28) el sentido de esa manifestación celestial. El contexto no permite esa explicación. Jesús mismo no hablaría de *esta voz* (v. 30), si no hubiera habido más que un fenómeno físico. Por lo demás si unos creyeron *que un trueno había retumbado, otros* oyeron realmente palabras, sin quizá comprenderlas claramente, pues *decían: Un ángel le ha hablado.* En todas las revelaciones del cielo, cada uno *oye* según el grado de su receptividad y de su inteligencia espiritual; no ocurría otra cosa con la palabra y las enseñanzas del Salvador mismo.

27. Jesús no observa esas opiniones diversas sobre *la voz oída;* sino que se empeña en explicar el objeto de esa manifestación divina, que era menos el de responder a su oración *(a causa de mí)* —pues "él sabe que el Padre siempre le oye" (11:42)—, que el de

31 Ahora hay juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo
32 será echado fuera [28]; y yo, cuando fuere levantado de la tierra, a
33 todos atraeré hacia mí mismo [29]. Y esto decía significando de cuál

instruir y convencer a aquellos de sus oyentes que hasta entonces no habían creído en él *(a causa de vosotros)*. En efecto, el momento supremo se acercaba para ellos, en que no oirían más la voz del Salvador y no podrían ya andar en su luz (v. 31, 35).

28. Hay algo de muy solemne y, como observa Meyer, el aplomo de un vencedor en esta palabra *ahora*, dos veces repetida, y que corresponde al *ahora* del v. 27. el *mundo*, rebelde a la verdad, se preparaba a *juzgar* al Hijo de Dios, y se encontrará que, por ese hecho, ese mundo mismo será *juzgado*. ¿Pero qué *juicio* es ese? Se puede tener una idea falsa si, con todas nuestras versiones (excepto la de Rilliet), se traduce: *el* juicio de este mundo. Esta traducción inexacta parece confirmar la opinión de los intérpretes que pretenden que nuestro evangelista no admite el juicio del último día, sino que le sustituye una selección gradual entre los creyentes y los incrédulos. Al contrario, mantiene las dos nociones y las coordina. La palabra *juicio* no tiene tampoco en nuestro pasaje el sentido de "condenación"; como si Jesús quisiera decir: el mundo, al crucificarme, va a pronunciar su condenación. No, Jesús piensa en un juicio, una selección, que va a obrarse en nuestra humanidad por su muerte; pues por una parte, esta muerte revelará el fondo último de perversidad y de enemistad que está en el corazón del hombre, y, por otra, atraerá hacia él a todos aquellos que tienen hambre y sed de justicia. "Pasando delante de la cruz, una parte de los hombres hallan allí por la fe su salvación, mientras que la otra, por la incredulidad, consuma su condenación. He ahí el juicio del mundo que resulta del viernes santo. Empezará interiormente ese día mismo. Su primera grande manifestación externa será pentecostés; la segunda, la ruina de Jerusalén. El juicio final universal será la solemne ratificación de aquél". (v. 48.) *Godet*. Pero la muerte del Salvador hará sobre todo caer de su dominio al *príncipe de este mundo: será echado fuera*, es decir, fuera del imperio que ha usurpado sobre nuestra humanidad por el pecado que introdujo (Comp. Luc. 10:18). Sólo hay que observar, con R. Stier, que este verbo en futuro, *será* echado fuera, indica que esta victoria sobre el mal debe ser gradual, como toda la obra de nuestra redención, y que no será definitiva sino en el postrer día. Esta palabra no está pues en contradicción con las otras declaraciones de la escritura sobre la influencia del príncipe de las tinieblas (Rom. 16:20; 2 Cor. 4:4; Ef. 2:2; 1 Pedro 5:8). Hay una amarga ironía en ese nombre de *príncipe de este mundo* dado al espíritu de las tinieblas (14:30; 16:11; 2 Cor. 4:4; Ef. 2:2); Dios debía ser, en todo sentido, el príncipe de este mundo y lo será (v. 32).

29. Por oposición al príncipe de este mundo cuya derrota anuncia, continúa Jesús con esta palabra solemne: *y yo;* él, en efecto, declara, va a hacerse el verdadero jefe de nuestra humanidad salvada. ¡Qué grandeza, qué certidumbre de la victoria en estas palabras: *atraeré a todos hacia mí! Todos*, ¿qué hay que entender con ello? ¿Las naciones paganas tanto como los judíos? (10:16). ¿Los hijos de Dios dispersos? (11:52). ¿Todos los que el



34 muerte debía morir [30]. Respondiole pues la multitud: Nosotros hemos oído de la ley que el Cristo permanece por la eternidad; ¿y cómo dices tú que necesario es que sea levantado el hijo del hom-
35 bre? ¿Quién es este hijo del hombre [31]? Díjoles pues Jesús: Aún

Padre ha dado al Hijo (6:37), es decir, los elegidos? ¿Todos, en el sentido de un restablecimiento universal? Cada una de esas respuestas ha sido hecha a nuestra pregunta. Pensamos que hay que dejar a la palabra *todos* su pleno significado. No hay ningún hombre que, en diversos grados, por diferentes medios, aunque no fuese más que por las profundas necesidades de su naturaleza caída, no experimente en tal momento de su vida esa *atracción* del Salvador. Pero, como el hombre tiene el triste poder de resistirla, eso no quiere decir que todos vayan realmente a Jesús. Ahí está el misterio de la gracia de Dios y de la libertad del hombre. Lo mismo ocurre con la declaración de 6:44, donde esa acción divina es atribuída al Padre en los mismos términos. En cuanto a las palabras: *cuando hubiere sido levantado de la tierra*, véase la nota siguiente.

30. Con esta observación, el evangelista nos da su comentario sobre estas palabras de Jesús: *levantado de la tierra*. Ve en ellas el género de *muerte* que debía soportar su Maestro, la cruz. Bien: gran número de exégetas se han apresurado a afirmar que esa explicación no concuerda con los términos del texto, puesto que las palabras *levantado de la tierra* no pueden significar otra cosa que la vuelta de Cristo a la gloria celestial. Es necesario confesar que este último sentido se presenta naturalmente al pensamiento. Pero como Juan había oído más de una vez a Jesús hablar en los mismos términos de su elevación *en la cruz* (Juan 3:14; 12:32); como él mismo vuelve más tarde (18:32) a su interpretación, a la cual evidentemente atribuía grande importancia; como es un hecho que la cruz del Salvador, es decir, el inmenso amor divino que en ella se revela, es el medio más potente de *atraer* los corazones hacia él; como por último no podía Jesús ser levantado de la tierra al cielo sino siendo previamente levantado en la cruz, se concibe muy bien que se atuviese Juan a este pensamiento. Sabía, tan bien como sus críticos, que el término supremo de la elevación de Jesús era la gloria celestial; pero como ningún otro camino conduce allí que el de la cruz, señala así una realidad profunda que pone por sobre la lógica de los términos.

31. La *multitud* ha comprendido muy bien que por estas palabras: "Ser levantado de la tierra", Jesús anunciaba su muerte. Ahora bien: algunos, en esa multitud, le objetan que, según *la ley*, es decir, según las escrituras (así 10:34) el Mesías *permanece eternamente*. (Véase Dan. 7:13, 14, 27; Sal. 110:4; Isa. 9:6). Si así es, Jesús no podía ser el Mesías. ¿Quién eres tú pues? le preguntan. Al dirigirle esta pregunta, se sirven del término de *hijo del hombre* con que se designaba Jesús frecuentemente y que hace un instante acaba de pronunciar (v. 23). ¿Ese nombre, en su boca, designaría otro que el Mesías? No parece que por hostilidad hicieran esos hombres esa objeción, sino porque realmente estaban confundidos. Por eso les hace Jesús bondadosamente una última y seria advertencia (v. 35, 36).

poco tiempo está la luz entre vosotros [32]; andad mientras tenéis la
luz, para que las tinieblas no os sorprendan, que el que anda en
36 las tinieblas no sabe adónde va. Mientras tenéis la luz, creed en
la luz, para que seais hechos hijos de luz [33]. Esto habló Jesús, y ha-
biéndose ido se ocultó de ellos [34].

F. 37-50. CONCLUSIÓN DEL EVANGELISTA. — 1º *La incredulidad de los judíos, cumplimiento de la profecía.* A pesar de todos los milagros de Jesús, los judíos no creían, a fin de que se cumpliese una doble profecía de Isaías, que el evangelista cita. Gran número, aun de los jefes, creyeron sin embargo, pero, por temor de los fariseos, no osaban pronunciarse por él (37-45). — 2º *Resumen de las declaraciones de Jesús sobre las posiciones respectivas del creyente y del incrédulo, sobre la fuente y la virtud de su enseñanza.* El creyente está en relación con Dios por Jesús. Éste ha venido al mundo como una luz, para iluminar al que cree en él. No juzga al que rechaza sus palabras, pues ha venido para salvar. La palabra anunciada le juzgará en el día final. Jesús ha recibido del Padre el fondo y la forma de su enseñanza, y esta enseñanza imparte vida eterna (44-50).

37 Mas habiendo hecho él tantas señales delante de ellos no
38 creían en él [35], para que la palabra de Isaías el profeta fuera cum-

32. *Sin.*, *B*, *D*, vers. El texto recibido con *A*, *mayúsc.* dice: *con* vosotros.

33. Jesús no responde directamente a la pregunta de sus oyentes, bien persuadido de que, si abrían su corazón a la seria exhortación que les dirige, no tardarían en ser iluminados por su *luz* divina y comprender la necesidad y el objeto de su muerte. Esta luz iba a desaparecer de entre ellos; si no aprovechan este último momento, serían *sorprendidos* por las *tinieblas* y semejantes a un hombre que yerra en la obscuridad y que *no sabe adónde va*, correrían el riesgo de perecer. Jesús insiste, y explica esta palabra: *andar* en la luz, por éstas: *creed en la luz*, es decir en Aquel que la hace brillar ante vuestros ojos (8:12). Entonces os volveréis *hijos de luz*, hebraísmo que significa seres nacidos de esa luz y totalmente penetrados de ella, de modo que la hacen resplandecer a su derredor (Comp. Luc. 16:8; Ef. 5:8; 1 Tes. 5:5).

34. *Habiéndose ido*, probablemente a Betania, como supone Meyer, a fin de pasar en el círculo íntimo de sus amigos las últimas horas que le quedaban. Pero no volvió; *se ocultó de ellos.* Palabra temible, trágica, para ese pueblo que había "desconocido el día de su visitación", y cuya incredulidad va a deplorar nuestro evangelista (v. 37 y sig.).

35. Después de haber señalado claramente el fin del ministerio público de Jesús (v. 36), Juan echa una mirada triste sobre la incredulidad de su pueblo (v. 37-43); luego resume en algunos trazos luminosos la enseñanza del Salvador sobre su misión divina (43-50). *Tantos milagros* (gr. *señales*), señales de la potencia y del amor divinos, no habían podido llevar los judíos a la fe; *no creían en él;* este verbo imperfecto señala la persistencia de su incredulidad. Recordando esos *milagros*, que fueron muchos más numerosos que los relatados por los evangelios (20:30), Juan no



plida, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestra predicación? y
39 el brazo del Señor, ¿a quién ha sido revelado [36]? Por esto no podían
40 creer, porque otra vez dijo Isaías: Ha cegado sus ojos y endureció
su corazón, para que no vean con los ojos y entiendan con el cora-
41 zón y se conviertan y los sane [37]. Esto dijo Isaías cuando vió su
42 gloria y habló sobre él [38]. Pero sin embargo aun de entre los jefes

los considera como el único medio de llevar los hombres a la fe; la palabra de Jesús y la santidad de su vida eran más apropiadas aun para convertir a él las almas sinceras (7:17); pero resistir a manifestaciones tan directas de la presencia de Dios como las de los milagros, suponía un grado de incredulidad que llegaba hasta el endurecimiento. Eso es lo que aflige al apóstol, y tal era también el pensamiento a menudo expresado de Jesús mismo (10:38; 15:24). Por eso ve Juan en ese endurecimiento de su pueblo un juicio de Dios (v. 38 y sig.)

36. Isaías 53:1, citado exactamente según los Setenta, conformes al hebreo. Tal era la queja dolorosa del profeta sobre la incredulidad de su pueblo; estas palabras introducen la descripción de las humillaciones y padecimientos del Mesías despreciado y rechazado por ese pueblo. Ella se ha realizado en la historia del Salvador. No solamente su *predicación*, como la del profeta, ha carecido de efecto en la muchedumbre, sino que *el brazo del Señor*, es decir, su potencia manifestada en las obras de Jesús, no ha sido *revelado* a su pueblo. Esa incredulidad debía producirse, por extraño que sea *para* cumplir la profecía. Es necesario dejar a la palabra *para* todo su significado, pues el evangelista va a explicarlo con otra cita.

37. Isaías 6:10. Véase sobre esta cita: Mat. 13:14, 15, nota. Lo que en el hebreo es una orden de Dios al profeta, es presentado por el evangelista como un acto de Dios mismo que, por justo juicio sobre la incredulidad de su pueblo, *ha cegado sus ojos y endurecido su corazón;* era, en efecto, entonces un hecho cumplido. Juan saca allí esta conclusión: Gr. *Por esto no podían creer. Él por eso* se refiere al *porque* siguiente (como en 5:18; 10:17): No podían creer *por esta razón:* El designio de Dios, al enviar a su Hijo al mundo, era, no endurecer y perder los hombres, sino salvarlos; y Jesús había abundantemente ofrecido a todos la gracia y la salvación. Por eso el juicio de Dios, aquí recelado, no empieza sino allí donde su misericordia encuentra una incredulidad y un endurecimiento sin esperanza. "Ante todo, *no creen*, siendo rebeldes; luego, *no pueden* creer. Se equivocan pues los que invierten el orden de estas palabras como sigue: no han podido creer, luego no han creído." *Bengel.*

38. Las palabras del profeta, que el evangelista acaba de citar, fueron pronunciadas inmediatamente después de la grande visión de la *gloria* del Señor, por la cual fué Isaías confirmado en su santa misión (Isa. 6:1-7). En conformidad con todas las escrituras, Juan no vacila en mostrarnos, en el Adonai que apareció al profeta, la Palabra eterna por la cual tuvieron lugar todas las revelaciones divinas del antiguo pacto y que se hizo carne en Jesucristo (Comp. 1:1, nota). Las palabras: *habló de él*, se refieren precisamente a las palabras del profeta que Juan acaba de citar y que se hallan a continuación de la visión aquí

muchos creyeron en él, pero por causa de los fariseos no confesa-
43 ban, para no ser excluídos de la sinagoga [39]; pues amaron la gloria
de los hombres más que la gloria de Dios [40].
44 Y Jesús clamó y dijo [41]: El que cree en mí, no cree en mí sino
45 en el que me envió, y el que me mira mira al que me envió [42]. Yo,

recordada (Isa. 6:8 y sig.). Una variante de *Sin.*, *B*, *A*, adoptada por la mayor parte de los editores y por varios exégetas (Luthardt, Weiss, Meyer), dice: *porque* vió su gloria, en lugar de *cuando* vió su gloria. En este caso, el evangelista indicaría que la visión del profeta fué la causa o el fundamento de las palabras que pronuncia. Pero, como las antiguas versiones latina y siríaca son favorables a la palabra *cuando* y ésta, de empleo más raro, ha podido ser cambiada en *porque*, más bien que a la inversa, preferimos con Godet la lección recibida que da un sentido más natural y más conforme al contexto.

39. El evangelista se complace en recordar que, a pesar de la incredulidad de Israel, de que habla con tristeza, *muchos, aun de entre los jefes*, es decir, miembros del sanedrín, *creyeron* en Jesús; pero que no osaban *confesar su fe* por temor de ser *excluídos de la sinagoga*. El partido que aterraba al consejo y al pueblo era el de los *fariseos* (Comp. 9:22).

40. La fe tímida de esos hombres no tenía aún la energía necesaria para renunciar a *la gloria que viene de los hombres* y preferirle *la gloria que viene de Dios*. El imperio de la *opinión* (éste es propiamente el sentido de la palabra griega) los dominaba aún. Pero sabemos de algunos de entre ellos, Nicodemo, José de Arimatea, que, más tarde, en el momento mismo del mayor peligro, fueron libertados de esa tiranía y compartieron el oprobio de Cristo (19:38 y sig.).

41. Como es evidente que el evangelista ha cerrado (v. 36) el relato de la vida pública de Jesús; como no indica ni el tiempo, ni el lugar en que las palabras siguientes fueron pronunciadas, ni los oyentes a quienes fueron dirigidas; como por último este postrer discurso no contiene más que palabras de Jesús que se hallan en substancia en sus enseñanzas precedentes, la mayor parte de los intérpretes admiten que el evangelista ha querido dar aquí un resumen enérgico y luminoso de la predicación del Salvador acerca de los beneficios asegurados a los que creyeran en él, a fin de mostrar cuán culpable era la incredulidad de los judíos, de que acababa de hablar. En este caso, las palabras: *clamó y dijo*, son destinadas a hacer vivamente sentir cuán alta y públicamente había Jesús proclamado la verdad sobre su misión divina y sobre la desgracia de los que la rechazaban. En efecto, sobre este punto capital insiste el evangelista en este resumen, que no contiene más que palabras realmente pronunciadas por el Señor. Tal es, sobre este trozo que termina nuestro capítulo, la opinión de Lücke, Tholuck, Olshausen, Meyer, Ewald, Ebrard, Astié, Luthardt, Godet, Weiss, Schlatter. Otros exégetas, Calvino, Bengel, Hengstenberg, piensan que Jesús pronunció realmente aún este discurso antes de separarse de los judíos. Esa idea difícilmente concuerda con la declaración del v. 36.

42. La experiencia de todos los cristianos les demuestra que, en cuanto *creen* de corazón en Jesús y *contemplan* a Jesús con los ojos del alma, esa fe y esa contemplación no se detienen en su personalidad humana, tal como



46 luz, he venido al mundo, para que todo el que cree en mí en las
47 tinieblas no permanezca [43]. Y si alguien oyere mis palabras y no
las guardare, yo no le juzgo; no he venido, en efecto, para juzgar al
48 mundo, sino para salvar al mundo. El que me desecha y no recibe
mis palabras tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado,
49 aquélla le juzgará en el último día [44]. Porque yo de mí mismo no he
hablado, sino que el Padre que me envió, él mismo me ha dado
50 mandamiento, qué he de decir y qué he de hablar; y sé que su
mandamiento es vida eterna. Lo que yo pues hablo, conforme me
ha dicho el Padre así hablo [45].

apareció sobre la tierra, sino que abarca a Dios mismo *que le envió*, y del cual es la revelación perfecta (Comp. sobre estas palabras 5:36; 7:29; 8:19, 42; 10:38; 14:9).

43. Gr. *Yo luz he venido al mundo para que*. Véase sobre estas palabras 1:4, 9; 3:19; 8:12; 9:5; 12:35. En presencia de esa *luz* divina, si alguno *permanece en las tinieblas* llevará solo la responsabilidad, pues habrá cerrado los ojos voluntariamente.

44. Después de haber recordado la manifestación de Dios en su persona, insiste Jesús con energía en la responsabilidad y la desdicha de los que *rechazan sus palabras*. El no los juzga ahora, pues ha venido a salvar; pero no serán sino más rigurosamente juzgados *en el último día*, y eso por aquella *palabra* misma, eterna verdad que han despreciado (Comp. 3:17-19; 5:45-47; 8:15,16).

45. Estas declaraciones últimas confirman y motivan las que preceden (*porque*); en efecto, la palabra de Jesús siempre ha sido la palabra de Dios mismo, fielmente reproducida. *El Padre que me envió*, dice (gr.), *me ha dado mandamiento, lo que digo y lo que enuncio*; el primero de estos verbos se refiere al fondo, el segundo a la forma del discurso (Comp. 8:43, nota). Este *mandamiento*, esta *enseñanza* que él siempre dócilmente ha recibido y fielmente trasmitido, tiene el poder de regenerar y de vivificar; así *es la vida eterna* para todos los que lo oyen y lo reciben con fe (6:63; comp. 5:30; 7:16; 8:25-28; 14:10).

# TERCERA PARTE

(Cap. 13-17)

## EL HIJO DE DIOS Y LOS SUYOS

### 1. *Jesús lava los pies de los discípulos y aleja a Judas.*

A. 1-20. El lavado de los pies. — 1º *El evangelista describe la situación.* Antes de la fiesta de la pascua, Jesús, sabiendo que ha llegado la hora de volver junto a su Padre y dejar a los suyos, les testifica todo su amor. La cena ha empezado; Satanás ha inspirado a Judas su traición; Jesús sabe que el Padre le ha entregado todas las cosas, que ha venido de Dios y a Dios va (1-3). — 2º *El acto de Jesús.* Se levanta de la mesa y empieza a lavar los pies de sus discípulos. Cuando llega a Simón Pedro, éste rehusa dejarse lavar. Jesús le dice que más tarde entenderá. Pedro insiste en su negativa; Jesús le dice: Si no te lavare no tendrás parte conmigo. Pedro pide que Jesús le lave también las manos y la cabeza. El que ha tomado un baño, responde Jesús, no necesita más que una ablución de pies. Vosotros sois puros, pero no todos. Porque él conocía al que le entregaba (4-11). — *Jesús explica su acto.* Después de haber vuelto a tomar sus vestidos y su lugar en la mesa, Jesús, recordando a los discípulos que él es su Señor y su Maestro, declara que les ha dado un ejemplo para que ellos se traten recíprocamente como él los ha tratado. El siervo no es sobre su amo. Dichosos son ellos siempre que pongan en práctica lo que saben. Jesús no dice esto de todos. Él los ha escogido, conociéndolos bien, pero la escritura, que anuncia la traición de uno de los suyos, debe ser cumplida. Él se lo dice para prevenir el escándalo que les causará el acontecimiento y llevarlos a creer que él es Cristo. Proclama solemnemente la dignidad de su cargo de enviados: recibirlos es recibir a Jesús mismo; y recibir a Jesús es recibir a Dios (12-20).

XIII Y antes de la fiesta de la pascua [1] sabiendo Jesús que había llegado su hora para pasar de este mundo al Padre, habiendo ama-

1. Las palabras: *antes de la fiesta de pascua* no contienen sino una indicación vaga de la fecha de la última cena (v. 2) que Jesús hizo con sus discípulos, y por consiguiente de su muerte, que tuvo lugar el día siguiente. Como abordamos, con el cap. 13, el relato de la pasión del Salvador, es este el lugar de dar una vista de conjunto sobre esta cuestión cronológica, una de las más obscuras que presenta la historia evangélica. La tradición unánime designa el viernes como el día en que Jesús murió. La



incertidumbre empieza cuando se trata de determinar las relaciones de ese acontecimiento con la pascua judía, y de fijar el día del mes en que tuvo lugar. Los unos, basándose en los datos, a sus ojos inatacables, de los sinópticos, dicen que Jesús tomó la última comida con sus discípulos en la tarde del 14 de nisán, a la hora en que todos los judíos comían el cordero pascual, y que murió en la cruz el 15 de nisán, el gran día de la fiesta de pascua. Los otros, basándose en las indicaciones del cuarto evangelio que no les parecen susceptibles de ser apartadas de su sentido primero y natural, estiman que la última comida tuvo lugar en la tarde del 13 de nisán y que Jesús murió el 14. La discusión remonta a los primeros siglos. Fué complicada, desde el origen, por una polémica de orden litúrgico entre las iglesias de occidente y las de Asia Menor, conocida por el nombre de disputa pascual. (Véase Introducción, p. 35). No volveremos sobre esa disputa, pues, como lo reconocen los mismos defensores de la cronología de los sinópticos, no suministra argumento perentorio para decidir por qué fecha se ha pronunciado Juan en su evangelio. Este debate divide a los sabios más competentes. Olshausen, Tholuck, Wieseler, Ebrard, Hengstenberg, Riggenbach, Lange, Luthardt, Keil, Zahn se pronuncian por el 14-15 de nisán. y estiman generalmente poder poner de acuerdo con esta fecha los datos del cuarto evangelio. La fecha 13-14 de nisán es adoptada por de Wette, Lücke, Bleek, Neander, Meyer, Weiss Beyschlag, Godet, Chastand. 1º En favor de la fecha del 14-15 de nisán, se invoca los siguientes pasajes: Mat. 26-17: "El primer día de los panes sin levadura (14 de nisán), los discípulos se acercaron a Jesús, diciendo: ¿Dónde quieres que te preparemos la comida de la pascua?" Mar.14:12: "Y el primer día de los panes sin levadura, cuando se inmolaba al pascua, sus discípulos le dicen: ¿Dónde quieres que vayamos a hacer preparativos para que comas la pascua?" Luc. 22:7. "Y el día de los panes sin levadura llegó, en el cual debía ser inmolada la pascua." **No puede haber vacilación** alguna sobre la fecha, claramente indicada por esos pasajes. Ahora bien: los datos de los sinópticos tienen un valor muy grande a causa de la relación del primer evangelio con el apóstol cuyo nombre lleva, y de Marcos con el apóstol Pedro. Por lo demás, las indicaciones suministradas por los tres primeros evangelistas no son opiniones individuales: representan la creencia de la iglesia entera hasta por el año 80. Tienen además en su favor su verosimilitud. La última comida que Jesús hizo con sus discípulos fué la comida pascual de los judíos. Eso resulta del relato de los preparativos en los sinópticos y de palabras como ésta: "Ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros antes de sufrir." (Luc. 22:15.) Ahora bien: Jesús no podía comer la pascua sino a la hora en que todo Israel la comía, en la tarde del 14 de nisán (comienzos del 15). Las ordenanzas de la ley eran formales (Ex. 12:6 y sig. 18; Lev. 23: 5,6; Núm. 28:16-18; Deut. 16:2,3). El cordero pascual debía ser inmolado en el templo, y no se procedía a ese sacrificio antes del día fijado. Admitiendo, por estas razones, que Jesús comió la pascua el 14 de nisán y murió el 15, los intérpretes y los historiadores que reconocen la autenticidad del cuarto evangelio, o por lo menos atribuyen algún valor a sus datos históricos, están obligados a acusar al evangelista de un error,

imputable a "una preocupación dogmática: hace poner a Jesús en la cruz el 14 de nisán, a la hora misma en que se inmolaba el cordero pascual, porque ve una correspondencia entre ambos actos" (Stapfer). O bien, para sostener la exactitud de sus datos cronológicos, deben procurar interpretarlos de tal suerte que fijen, lo mismo que los de los sinópticos, la última comida de Jesús en el 14 de nisán. 2º Esto nos conduce a hacer un rápido examen de los pasajes de nuestro evangelio, de los cuales se puede inferir la fecha que Juan asignaba a la última cena. 12:1. "Seis días antes de la pascua, llegó Jesús a Betania." Esa llegada no pudo tener lugar el sábado, pues Jesús no habría hecho un día de sábado el viaje de Jericó a Betania. Debe ser fijada en el viernes por la tarde. Ahora bien: contando seis días desde ese viernes, Juan coloca en el jueves el comienzo de la pascua; ese jueves era pues, para él como para los primeros evangelistas, el 14 de nisán. He aquí el defecto de ese razonamiento: nada demuestra que Juan haya contado el viernes como el primero de los seis días que indica. Lo contrario es probable, pues Jesús llega sin duda hacia la tarde a Betania, y el sábado empezaba para los judíos el viernes al ponerse el sol. El pasaje invocado no resuelve la cuestión ni en un sentido ni en otro. 13:1. *Antes de la fiesta de pascua*... Es natural que Juan designe así la noche del 14-15 de nisán, el momento de la comida pascual, principal acto de la fiesta? En vano se cita Núm. 28:16 y sig.; Lev. 23:5 y sig., donde la fiesta de los panes sin levadura parece no empezar sino el día siguiente 15 de nisán. En esos mismos pasajes, el 14 es llamado la pascua, y por otra parte se comía panes sin levadura en la comida pascual (Ex. 12:8). Josué 5:10,11 y Mat. 26:17 (véase la nota) ponen fuera de duda que la fiesta de pascua empezaba para los judíos con la noche del 14 de nisán. 13:29. Judas no había podido "comprar aquello de que tenían necesidad para la fiesta" en esa noche del 14, en que todas las familias estaban reunidas en sus moradas alrededor del cordero pascual. Los partidarios del 14 de nisán responden que, si estuviéramos en el 13 de nisán, todo el día siguiente quedaría para esas compras y la idea de que Jesús pudiera enviar a Judas a hacerlas en el acto no vendría a los discípulos. 18:28. "Ellos no entraron en el pretorio, para no contaminarse y poder comer la pascua." Este pasaje es decisivo a los ojos de la mayor parte de los intérpretes. Los judíos aun no habían comido el cordero pascual; se preparaban para comerlo en la tarde de ese día. Ese día era pues, según nuestro evangelio, el 14 de nisán. Los que lo disputan están obligados a dar a la expresión "comer la pascua", el sentido indeterminado de celebrar la fiesta de pascua. Esta interpretación es poco probable, a pesar de los argumentos especiosos con que se intenta apoyarla. 19:14,31. "Era la preparación de la pascua; ese día de sábado era un gran día." El término de "preparación" no es sólo la designación usual del viernes, víspera del sábado (Mar. 15:42), puesto que el evangelista añade expresamente "de la pascua"; además, si el sábado del día siguiente era "un gran día", es porque coincidía aquel año con el primer día de los panes sin levadura, 15 de nisán. La interpretación natural de todos estos pasajes de nuestro evangelio nos obliga pues a admitir que, según él, Jesús tomó su última comida con sus discípulos en la noche del 13 de nisán y murió el 14. ¿Constituye un error este dato? De ningún modo. Nos parece



2 do a los suyos que estaban en el mundo, hasta el fin los amó [2]. Y

mucho más verosímil que el de los sinópticos. La noche del 14 al 15 de nisán tenía todos los caracteres de un sábado solemne (Ex. 12:16). El Talmud confirma esta indicación de la ley y menciona entre los hechos prohibidos el llevar armas, las sesiones de tribunal, el pronunciamiento de una sentencia y las ejecuciones. Según Ex. 12:22, Deut. 16:5-7, no se podía dejar la casa ni, en ningun caso, salir de la ciudad durante la noche de la comida pascual. Ahora bien: Judas no duda que Jesús irá esa noche, según su costumbre, a Getsemaní; la tropa que él allí conduce está compuesta de servidores del sanedrín a quienes acompañan hasta sacerdotes y fariseos; el sanedrín se reúne, delibera y pronuncia un juicio; poco antes de la crucifixión, Simón de Cirene vuelve de los campos, donde había trabajado, según toda probabilidad; Jesús es crucificado, es verdad, por soldados romanos, pero los jefes judíos hacen toda clase de diligencias poco compatibles con la celebración de la fiesta. Si estuviéramos en el primero y gran día de la fiesta de pascua, su conducta formaría un contraste extraño con los escrúpulos del rey Herodes Agripa, que no osa juzgar y ejecutar a Pedro durante la fiesta (Act. 12:3,4). Ellos, que imputaron tan a menudo a Jesús el "crimen de violar el sábado, habrían olvidado así todas las prescripciones de la ley, que asimilaba el gran día de pascua a un sábado. El fanatismo no puede explicar tal actitud; por lo demás no están hasta ese punto dominados por él, puesto que evitan entrar en el pretorio (18:28), reserva que no era apropiada para disponer a Pilato en su favor. Agreguemos por último que después de la muerte de Jesús, José de Arimatea compra un lienzo (Mar. 15:46), y que las mujeres renuncian a embalsamar a Jesús porque el sábado se acerca (Luc. 23:56). Todos estos hechos parecen probar que el día de la muerte de Jesús no era un día de fiesta. Ahora bien: la mayor parte de ellos son referidos por el relato de los sinópticos; éstos contradicen así la fecha que ellos mismos asignan a los acontecimientos. El error que han cometido, sin tener conciencia de ello, se explica por el hecho de que en esa última cena con sus discípulos Jesús se había propuesto comer con ellos la pascua (Luc. 22:15) y se había conformado al ritual de la ceremonia judía. La tradición admitió por esta razón que la comida había tenido lugar en el día fijado por la ley. Perdió de vista que Jesús había anticipado la celebración de la pascua, circunstancia secundaria cuyo recuerdo pudo muy bien borrarse. Que algunas narraciones nacidas espontáneamente de las necesidades de la predicación y cuya menor preocupación era la exactitud cronológica, hayan cometido un error de un día colocando en el 14 y el 15 de nisán acontecimientos que se habían llevado a cabo el 13 y el 14, de ningún modo es inadmisible. ¿No han colocado nuestros dos primeros evangelios la comida de Betania "dos días" antes de la pascua? (Mar. 14:1-9; Mat. 26:6, nota). Si sus redactores y sus primeros lectores no se han hecho las objeciones que hemos expuesto precedentemente, es porque atribuían al fanatismo esas violaciones de la ley cometidas por las autoridades sacerdotales y veían en ellas una agravante del crimen de que se habían hecho culpables al matar al Mesías. El error de Juan, al contrario, no podría explicarse. Un defecto de memoria es inadmisible de parte

llegando una cena [3], habiendo ya el diablo puesto en el corazón que

del discípulo que había seguido los acontecimientos con sereno valor, y que sigue siendo el principal testigo. Y no se podría sin injusticia acusarle de haber antedatado voluntariamente la muerte de Jesús para obedecer a preocupaciones dogmáticas. Él solo, al contrario, tenía la autoridad necesaria para corregir la tradición que se había establecido. Si no la rectifica en términos más expresos, es porque tal rectificación no concordaba con el carácter de su narración. Le bastaba, por los detalles de ésta, colocar los hechos en su verdadera fecha. ¿Se objetará a esta fecha que Jesús no podía separarse de su pueblo y derogar la costumbre establecida por la ley celebrando la comida pascual la víspera del día fijado? Pero el que se proclamaba "el Señor del sábado", ¿no podía permitirse esta ligera infracción al ritual pascual, en el momento sobre todo en que iba a substituirlo por un rito nuevo? Por lo demás estaba excomulgado, así como sus discípulos; los sacerdotes habrían rehusado inmolar para él un cordero en el templo. Estaba obligado a celebrar esa pascua de un modo independiente: es lo que le condujo a anticiparla. ¿No está indicada esta anticipación en el mensaje que envía al propietario del aposento alto? "Mi tiempo está cerca; haya yo la pascua en tu casa con mis discípulos." (Mat. 26:18.) Como observa Godet, "la única relación satisfactoria a establecer entre ambas proposiciones es ésta: es necesario que me apresure, pues mañana será demasiado tarde; no estaré ya; haz pues de modo que pueda comer inmediatamente la pascua en tu casa (verbo en presente)."

2. El discípulo amado nos hace leer en el corazón de su Maestro; en cuatro rasgos pinta las circunstancias externas e internas en medio de las cuales se humilló Jesús hasta lavar los pies de sus discípulos. Primer rasgo: Jesús iba a realizar ese acto *sabiendo que había llegado su hora*, esa hora solemne, suprema, de que nuestro evangelio habla tan a menudo (7:30; 8:20; 12:23). Jesús sabía que esa hora era la de sus padecimientos y su muerte; pero sabía también que ese sombrío desfiladero le hacía *pasar de este mundo al Padre*. Segundo rasgo: ese pensamiento tan dulce de dejar este mundo tan agitado y hostil para volver a entrar en el seno del amor eterno, era inseparable de otro pensamiento, el de que iba a dejar a *los suyos*, sus queridos discípulos, a quienes siempre había *amado*, a los que había dado tantas pruebas de ese amor. Ahora bien: sabiendo que los dejaba *en el mundo* en que *estaban*, expuestos a tantos peligros y sufrimientos, los *amó hasta el fin* (Mar. 13:13), o mejor: *hasta el más alto grado* (Weiss). Godet traduce: *acabó* de testificarles todo su amor". Y va a darles de ello el testimonio más emocionante. Cada discípulo de Jesús puede también recoger en su corazón esta palabra como una preciosa promesa de que su Salvador le amará hasta el fin.

3. No *después de la cena*, como traducen erróneamente nuestras versiones ordinarias, sino gr. *llegando una cena*, en el momento en que acababan de ponerse a la mesa (v. 4 y 12). Aun la lección recibida, que tiene el participio aoristo, no significa: *habiendo tenido* lugar una cena, sino: *habiendo llegado* y en curso de ejecución (Weiss). Es probable que haya que leer el participio presente, según el texto de *Sin.*, *B*, adoptado por la ma-



3 le entregara Judas Iscariote, hijo de Simón [4] sabiendo que todo le
había dado el Padre en sus manos, y que de Dios había salido y a
4 Dios va [5], levántase de la cena y depone sus vestidos, y habiendo
5 tomado una toalla ciñóse; luego echa agua en el lebrillo, y empezó
a lavar los pies de los discípulos y a enjugarlos con la toalla con
6 que estaba ceñido [6]. Viene pues a Simón Pedro; dícele: Señor, ¿tú

yor parte de los críticos. De la ausencia del artículo delante de *cena*, varios intérpretes infieren que el autor no considera esta cena como la comida pascual. Esta conclusión no nos parece justificada, pues en el griego del nuevo testamento el artículo falta a menudo donde los escritores clásicos lo hubieran puesto, y el autor de nuestro evangelio ha compuesto su relato para lectores que sabían por los sinópticos que Jesús había comido la pascua con sus discípulos la víspera de su muerte; esos lectores no podían pensar en otra comida que esa comida pascual que les era bien conocida.

4. Tercer rasgo de esta introducción profunda por la cual prepara Juan sus lectores para la acción que va a seguir: el *diablo ya* había hecho su obra en el *corazón de Judas*. ¿Pero cuál es el objeto de esta observación? Según unos, debe señalar la inminencia de la catástrofe, mostrando que ya el traidor, bajo la inspiración del demonio, había concebido su negro proyecto (comp. Mat. 26:14-16), y que Jesús, que no lo ignoraba, quiso aprovechar ese momento supremo para testificar a los suyos su amor. Otros piensan que el evangelista señala este hecho para hacer resaltar mejor la paciencia y la caridad de Jesús que iba a lavar los pies de Judas mismo. Godet estima que este rasgo debe "motivar las diferentes alusiones que Jesús va a hacer a la presencia del traidor en todo el curso de la escena siguiente (comp. v. 18, 19, 21, 26), y sobre todo explicar la conducta y la palabra severa de Jesús, v. 27". Esas mismas alusiones no tenían otro objeto que el de advertir al desdichado discípulo, despertar su conciencia, salvarle aún si era posible. Una variante de *Sin.*, *B*, *Itala*, admitida por la mayor parte de los críticos y de los exégetas dice: "Habiendo ya el diablo puesto en el corazón que Judas, hijo de Simón, el Iscariote, le entregase." ¿*El corazón* de quién? no del diablo mismo, como pretendía Meyer, sino *de Judas Iscariote*, cuyo nombre aborrecido ha sido relegado al fin de la frase para llevar el énfasis.

5. Este cuarto rasgo de la introducción nos muestra que Jesús va a obrar con plena conciencia de su eterna divinidad. Este sentimiento es establecido aquí por tres declaraciones de sublime grandeza. La primera expresa la autoridad y la potencia divinas: *sabe que el Padre le ha entregado* (gr. *dado*) *todas las cosas en sus manos*. (Comp. Mat. 28:18.) La segunda nos revela su preexistencia eterna: *ha* (gr.) *salido de parte de Dios*. (Comp. 8:42.) La tercera nos muestra en Jesús el presentimiento de la gloria divina de que va a tomar nuevamente posesión: *va a Dios*. (Verbo en presente; comp. 17:5.) ¡Y con esta conciencia de su grandeza divina va Jesús a condescender a cumplir la obra de un esclavo!

6. ¡Qué contraste entre los pensamientos del v. 3 y esta escena del v. 4! ¡Con qué emoción Juan la describe hasta en sus menores detalles! La torna viva y completamente ac-

7 mis pies lavas [7]? Respondió Jesús y díjole: Lo que yo hago tú no
8 entiendes ahora, mas después de esto entenderás [8]. Dícele Pedro:
De cierto no lavarás mis pies nunca jamás [9]. Respondióle Jesús:
9 Si no te lavare, no tienes parte conmigo [10]. Dícele Simón Pedro:

tual con estos verbos en presente: *se levanta, depone sus vestidos* (ropa exterior, el manto, que le habría molestado en su acción, y no guarda más que la túnica, vestidura de los esclavos); luego *echa agua en el lebrillo*, el que se encontraba allí y servía para ese uso. Aun la expresión *empezó*, que Juan no emplea casi jamás, tiene algo solemne. ¡Qué asombro y qué confusión para los discípulos! Se lo comprenderá tanto mejor si se admite, con la mayor parte de los intérpretes antiguos y modernos, que esa acción de Jesús fué provocada por una discusión que acababa de levantarse entre los discípulos sobre esta cuestión: "¿Cuál de entre ellos era estimado el mayor?" (Luc. 22:24, nota.) Eran pues literalmente verdaderas las palabras que Jesús les dirige entonces: "Yo he sido en medio de vosotros como el que sirve." (Luc. 22: 27.) Para comprender esta escena, bastante extraña a nuestras costumbres, hay que recordar que entre los orientales, donde se calzaban con sandalias que dejaban el pie desnudo, era costumbre proceder a la ablución cuando se entraba en una casa, especialmente cuando se iba a comer. Pero a un esclavo se encargaba ese deber.

7. Pedro, cuya alma ardiente está llena de veneración por el Salvador, ha comprendido la lección que quiere dar a sus discípulos; tiene vergüenza, y expresa su sentimiento haciendo notar el contraste hiriente por estas dos palabras: *¡Tú, a mí!* Y el título de *Señor*, que Jesús va a aprobar y reclamar (v. 13), hace más completo aun el contraste. Se dice primeramente: *empezó*, luego: *llega* pues a *Simón Pedro;* este discípulo no fué pues el primero al cual Jesús lavó los pies. Las palabras *y éste* faltan en algunos manuscritos.

8. Gr. *conocerás después de esto*, o de estas cosas. Algunos intérpretes han supuesto que Jesús designaba así el momento en que Pedro sería iluminado por el Espíritu de Dios. Pero es más sencillo referir estas palabras a la explicación que Jesús iba a dar a sus discípulos (v. 12 y sig.) Esta sentencia es de aplicación universal a todos los caminos del Señor que no comprendemos en el momento mismo.

9. *Jamás*, gr. *por la eternidad.* Hay en esta negativa absoluta de Pedro una vehemencia muy en armonía con su carácter. Pedro muestra su veneración y su amor por el Maestro; pero olvida que el primer deber de un discípulo es la obediencia. Su presunción le oculta su ignorancia *(tú no sabes)*, y le impide recibir con confianza la promesa de Jesús *(comprenderás después)*.

10. La respuesta de Jesús a la primera objeción de su discípulo era llena de mansedumbre y de bondad. Por su negativa reiterada le habla con tono severo. Su amenaza debió producir tanto más efecto cuanto que Pedro se había mostrado, hacía poco tiempo (Mat. 19:27), preocupado por las ventajas que le procuraría su consagración a Jesús. ¿Pero qué significan las palabras de Jesús? Es evidente que aquí, y en el v. 10, Jesús da a su acción un significado nuevo. No es ya solamente un "ejemplo" (v. 15) de humilde consagración al servicio ajeno. Se torna en el símbolo



Señor, no los pies míos solo sino también las manos y la cabeza [11]
10 Dícele Jesús: El que está bañado no tiene necesidad de lavarse
sino los pies, sino que está todo limpio; y vosotros limpios estáis,
11 pero no todos [12]. Conocía, en efecto, al que le entregaba; por esto
dijo: No todos estáis limpios.

de la regeneración, la condición de la salvación. (Comp. v. 10, nota.) En efecto, *tener parte con él*, es hallar en su comunión el perdón de los pecados, la reconciliación con Dios, la vida eterna; *no tener parte con él*, es ser privado de esos inmensos beneficios (Luc. 12:46; Apoc. 20:6; 21:8; 22: 19). Ahora bien: es claro que Jesús no podía hacer depender esta alternativa del simple hecho de *lavar*, o de no lavar, *los pies* de su discípulo. Es necesario observar por otra parte que Jesús le dice: "si no *te lavare*", lo que es muy distinto de lavar los *pies*. Estas palabras significan pues: Si yo no te purificare de tu voluntad personal, de tus pecados, de tu corrupción natural, no tienes parte conmigo. "Jesús se complace en elevarse así de un objeto actual, externo, a un pensamiento más alto y más íntimo. Como en su conversación con la samaritana el agua es para él la figura del Espíritu, lo mismo aquí su acto, que debía ser ante todo para sus discípulos un ejemplo de humildad, se torna en la figura de la purificación espiritual que él obra y que es la condición de la salvación. Esto es lo que recuerda a Pedro." *Luthardt.*

11. ¿Ha comprendido Pedro el pensamiento profundo de su Maestro? En este caso, su respuesta significa: "¡Señor, no me laves *solamente los pies*, sino purifícame en todo mi ser!" Es así como algunos intérpretes (Tholuck, Luthardt) comprenden al discípulo. Otros piensan al contrario que Pedro, sin darse tiempo a reflexionar (Mar. 9:5, 6), mas sobrecogido, asustado del pensamiento de ser excluído de la comunión de su Salvador, se entrega a él con la impetuosidad de su carácter y pasa la meta, porque conserva aún su voluntad propia, bien que obedeciendo. Es así como Olshausen, Meyer, Astié interpretan el pensamiento de este discípulo. Es, en efecto, difícil creer que Pedro se haya elevado de golpe a la idea de una renovación espiritual.

12. Var. del *Sin.:* no tiene necesidad de lavarse, está todo puro. Jesús no desaprueba el celo de su discípulo; rectifica con calma el error en que estaba, y aprovecha ese error para añadir a la lección que primeramente quería dar a los suyos (v. 8, 2a nota), una enseñanza nueva. Lavar *los pies* era un acto por el cual el Salvador se humillaba. Lavar *también las manos y la cabeza*, el ser *entero*, daba al acto otro carácter. La figura de que se sirve es ésta: un hombre que *se ha bañado*, lavado enteramente, no tiene necesidad ya, al entrar en su casa, más que de *lavarse los pies* para purificarlos del polvo que se les ha pegado durante el trayecto (v. 5, nota). De esta figura saca el Salvador una instrucción alentadora para sus discípulos: cuando un hombre ha sido purificado por el perdón de sus pecados y por la renovación de su naturaleza moral, no tiene más necesidad que de ser lavado de las inevitables impurezas que puede contraer andando en este mundo corrompido; entonces *está todo puro*, y no tiene que poner en cuestión sin cesar su estado de gracia y de salud. Para dar a esta

12 Cuando hubo pues lavado sus pies y tomado sus vestidos y
13 reclinádose otra vez, les dijo: ¿Entendéis qué os he hecho? Vos-
otros me llamáis el Maestro y el Señor, y bien decís, pues lo soy.
14 Si yo pues he lavado vuestros pies, el Señor y el Maestro, también
15 vosotros debéis lavar los pies unos a otros; ejemplo en efecto os he
dado para que conforme yo os he hecho también vosotros hagáis [13].
16 En verdad, en verdad os digo: No es un siervo mayor que su se-
17 ñor, ni un enviado mayor que el que le envió [14]. Si sabéis esto, di-

verdad más fuerza y precisión, la aplica inmediatamente a sus discípulos; *y vosotros estáis puros;* y pronto les dirá cómo han llegado a ello (15: 3). Pero ¡ay! no lo estaban *todos*; y el evangelista, en el versículo siguiente, nos hace saber la razón de esta restricción. Se puede observar también con Meyer, que si hasta aquí, Pedro no había comprendido el sentido más profundo de la acción de su Maestro, debió entenderlo por esta aplicación directa que Jesús hacía a sus discípulos. Y sin embargo, aún debe éste sacar para ellos la lección de caridad que desde el principio pensaba darles (v. 12 y sig.).

13. *¿Comprendéis lo que os he hecho?* ¿habéis entendido su significado profundo? Con esta pregunta introduce Jesús la instrucción que quiere dar a sus discípulos. Estos le llamabar ordinariamente *Rabí, Maestro*, el que enseña, y Jesús reclamaba ese título para él solo, en su acepción más elevada (Mat. 23:8). Le llamaban también *el Señor*, nombre que debía tomar para ellos un sentido cada vez más religioso, pues por este vocablo la versión griega de los Setenta traduce constantemente el nombre de Jehová. Jesús aprueba y añade: *Si yo pues, el Señor y el Maestro*, me he humillado hasta *lavaros los pies*, con mayor razón *debéis vosotros también* estar listos a haceros mutuamente los servicios más humildes de la abnegación y del amor. Como Jesús fué, en toda su vida, el modelo perfecto que los suyos debían imitar, acababa de *darles*, en este caso particular, *un ejemplo* de humildad profunda y de amor sin límites, que quedaba como el ideal hacia el cual debían tender. Aquí también, Jesús enseña con actos lo que había enseñado de palabra (Luc. 22: 26; Mat. 20:26). Hemos dado un sentido enteramente moral a esta orden: *Vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros*, y ése es en efecto su significado principal; pero nos guardaremos de excluir el sentido literal, en los casos en que tal deber se impone. El apóstol Pablo alaba la ablución de los pies como una de las prácticas de la hospitalidad entre los primeros cristianos (1 Tim. 5:10). Sin embargo Jesús no ha querido instituir un rito, como lo ha admitido la iglesia desde el siglo IV; cumplir literalmente este deber sin la humildad y el amor que supone, es una vana formalidad o aun un acto de hipocresía y de orgullo. Esta ceremonia se practica cada año en Roma y otras partes.

14. Luego, vosotros, *siervos* y *apóstoles (enviados)*, no debéis negaros a actos de humildad y de amor que vuestro Señor y Maestro acaba de realizar. Gustaba a Jesús esta comparación que emplea a menudo en otras ocasiones, en aplicaciones diversas (15:20; Mat. 10:24, 25; Luc. 6:40).



18 chosos sois si lo hiciéreis [15]. No digo sobre todos vosotros: yo co-
nozco a quiénes elegí [16]; pero para que se cumpla la escritura: El
19 que come el pan conmigo levantó contra mí su calcañar [17]. Desde
ahora os lo digo antes de acontecer, para que cuando hubiere acon-
20 tecido creáis que yo soy [18]. En verdad, en verdad os digo: El que

15. Entre *saber* y *hacer* hay un abismo; el primero, por sí solo, hace culpable; el último hace *dichoso*, pues da al discípulo un precioso rasgo de semejanza con el Maestro: la humildad y el amor. Se ve que Jesús, al exhortar a sus discípulos a imitar su ejemplo, calla el sentido particular que la resistencia de Pedro le había llevado a dar a su acción (v. 8-10, notas). La razón es muy sencilla: es que, él solo, por medio de su sangre y de su Espíritu, puede purificar al pecador de sus impurezas. Nosotros no podemos tener en esa obra más que una parte muy indirecta para otros llevándolos a Jesús. En este sentido, el ejemplo nos concierne también.

16. *No lo digo de todos vosotros*, es decir, que sois dichosos (v. 17); pues hay en medio de vosotros quien no lo será jamás. En efecto, *yo sé* muy bien *quiénes son los que escogí, los conozco*, penetro hasta el fondo. No he escogido pues a Judas por error, sino a fin de cumplir el designio de Dios, predicho en las escrituras. (Véase la nota siguiente y comp. 6:64, 70, nota). Varios intérpretes han entendido esa elección en el sentido de la elección para la salud. Pero el contexto y los dos pasajes que acabamos de citar no son favorables a esa opinión.

17. Gr. *Pero* (así es) *a fin de que la escritura se cumpla* (Comp. 17:12, donde el mismo pensamiento misterioso es expresado en los mismos términos). La palabra de la escritura que Jesús aplica aquí a Judas es tomada del Salmo 41:10. *Comer pan* con alguien, es decir, ser recibido en su mesa, significa, según las costumbres orientales, ser admitido en su familiaridad y en su confianza, como un huésped en su casa; toda perfidia de parte de ese huésped se vuelve mucho más culpable. La expresión: *levantar su calcañar* contra alguien como el caballo que cocea, es la figura de la brutalidad, no de la astucia. Si este Salmo es de David, como lo indica su suscripción (véase la *Biblie annotée*), el personaje histórico a quien se refieren esas palabras es Achitofel, consejero de David (2 Sam. 15:12), que tomó partido por Absalom en la rebelión de ese hijo ingrato contra su padre (2 Sam. 17:1-4), y que, viendo su traición descubierta, se fué y se estranguló (2 Sam. 17:23). ¡Extraña semejanza de su destino con el de Judas, al cual aplica Jesús estas palabras! La queja de David, sobre ese traidor, se lee como sigue en el hebreo: "Aun el hombre con quien yo estaba en paz, en quien yo me confiaba, que comía de mi pan, ha levantado el calcañar contra mí." Jesús evita decir *mi pan*, porque, pobre, no tenía para dar. Pero hacía más por Judas, le daba el pan de vida. Lo han desconocido los copistas que, para hacer conforme la cita con el texto del salmo, han escrito: *El que come mi pan (B, C)*, en lugar de: *el que come pan conmigo (Sin., A, D, mayúsc.*, vers.)

18. *¡Qué yo soy!* Que yo soy todo lo que os he revelado sobre mi persona, el Mesías, el Hijo de Dios, el Salvador. (Véase sobre esta expresión 8:24, 28, 58, notas.) Jesús persiste en advertir a sus discípulos de la traición de Judas (v. 11 y 21), temiendo que su fe en él fuera conmovida si no se la hubiera predicho y si les pare-

recibe a quienquiera que enviare a mí recibe, y el que me recibe
recibe al que me envió [19].

B. 21-30. JESÚS ALEJA AL TRAIDOR. — 1º *Judas es denunciado por Jesús.* Con profunda emoción y gran solemnidad, Jesús declara a sus discípulos que uno de ellos le hará traición. Los discípulos se miran perplejos. Pedro hace señas al discípulo amado para que pida una explicación al Maestro. Jesús dice que es aquél a quien dará el pan mojado, y lo da a Judas (21-26). — 2º *Judas sale.* Después de haber tomado el bocado, Judas cae en poder de Satanás. Jesús le invita a ejecutar prontamente lo que tiene que hacer. Los demás comensales no entienden; piensan que se trata de provisiones a comprar para la fiesta o de una limosna que hacer a los pobres. Judas sale, después de haber tomado el bocado. Era de noche (27-30).

21 Habiendo dicho Jesús esto fué turbado en su espíritu y dió
testimonio y dijo: En verdad, en verdad os digo que uno de entre
22 vosotros me entregará [20]. Miraban unos a otros los discípulos per-

cía, al mismo tiempo, la cándida víctima de ese horrible crimen.

19. Véase, sobre estas palabras, Mat. 10:40, nota. Aquí, no se ve a primera vista cómo se adaptan al conjunto del discurso. Algunos exégetas han llegado hasta pensar que no eran más que una reproducción fuera de lugar del pasaje de Mateo. Entre los que rechazan con razón esta suposición, unos (Weiss y Godet) conectan esta solemne declaración *(en verdad, en verdad)* con el v. 16, y entonces significaría: Si el siervo, el enviado, no debe querer ser más que el Maestro y el Señor, éste, por su parte, quiere elevarle hasta su altura, igualarle a él, como él es igualado al Padre *que le envió.* "Jesús acaba de decir: el siervo *no es mayor* que el Señor; parece decir ahora: y *no es menor* que él." *Godet.* Otros relacionan este versículo con las palabras (v.17): "Dichosos sois", y Jesús haría sentir así a sus discípulos, en qué consiste esa dicha. Otros por último, hallando poco natural esa conexión con palabras ya lejanas, conectan nuestro versículo con lo que precede inmediatamente. Jesús acaba de decir que el crimen de Judas no conmoverá la fe de los discípulos, y les da aquí un nuevo y poderoso motivo de seguridad, en el pensamiento de que, llenando su santa misión, serán recibidos como él mismo, que es en medio de ellos el representante y el enviado de Dios. Trabajando por él, trabajarán por Dios mismo que será su luz y su fuerza. Tal es la interpretación de Meyer que era ya defendida por Calvino: "Es más probable que Cristo aquí ha querido remediar el escándalo... Esta admonición del Señor Jesús muestra que no es cosa razonable que la impiedad de algunos, que conversan malignamente o de un modo distinto al necesario en sus funciones, disminuya algo de la autoridad apostólica."

20. *Después de haber dicho estas cosas,* es decir después de la seria instrucción que Jesús acababa de dar a sus discípulos (v. 12-20), su pensamiento vuelve con dolor a Judas; es *turbado en su espíritu.* Dos veces ya, ha aludido al crimen de ese desdichado (v. 11 y 18); ahora ha llegado el momento de advertir directamente de ello a los discípulos; lo hace con la mayor solemnidad. Da un *testimonio*



23 plejos sobre quién decía [21]. Estaba recostado uno de entre sus dis-
24 cípulos en el seno de Jesús, a quien amaba Jesús [22]; hace pues se-
ñas a éste Simón Pedro para que preguntara quién podría ser so-
25 bre quien decía [23]. Reclinándose aquél así sobre el pecho de Jesús
26 le dice: Señor ¿quién es? Responde pues Jesús: Aquél es para
quien yo mojaré el bocado y le daré. Habiendo pues mojado el bo-
27 cado, tómalo y dalo a Judas Iscariote hijo de Simón [24]. Y después

en estos términos tan graves: *En verdad, en verdad;* luego revela este hecho inaudito: *uno de vosotros me entregará.* Esta revelación, necesaria para los discípulos (v. 19), es también contada por los tres primeros evangelios, en los mismos términos (Mat. 26:21; Mar. 14:18; Luc. 22:21). Prueba evidente de que Juan relata la misma cena que los sinópticos (Comp. v. 36 y sig.).

21. Gr. *estando perplejos* para saber de cuál hablaba. La impresión dolorosa que los discípulos recibieron de esta revelación es expresada con mucha más fuerza en los primeros evangelios: "Se entristecieron muchísimo, y empezaron cada uno de ellos a decir: Señor, ¿soy yo?" (Mat. 26: 22). La turbación en que estaban les inspiraba esa pregunta.

22. Entre los orientales, se ponían a la mesa semiacostados sobre el costado izquierdo y apoyados sobre los cojines de un diván. El que se hallaba a la diestra de su vecino, estaba pues *recostado sobre su seno* (Luc. 7:38, nota). Juan, evitando nombrarse, se designa con estas palabras: *aquel a quien Jesús amaba* (19:26; 20:2; 21:7-20). "Le parece más precioso ser amado del Salvador, y permanecer ignorado que hacerse célebre bajo su propio nombre." *Gerlach.* Jesús *amaba a todos sus discípulos* (15: 14), pero Juan era evidentemente para él un amigo particular, al cual descubría sus íntimos pensamientos y quien mejor le comprendía.

23. *Pedro, pofundamente* afligido de lo que acababa de oír, siempre ardiente en sus impresiones, no puede guardar silencio. *Hace pues señas* a Juan *de preguntar* a Jesús *de quién* de entre ellos *hablaba.* Una variante de *B, C, Itala,* dice: "Pedro le hace señas y le dice: Di quién es de quien habla." Pero eso supondría que Juan lo sabría; y por otra parte puesto que Pedro debía *hacerle seña,* eso prueba que estaba demasiado alejado de él para hablarle. El texto recibido, *A, D, mayúsc.,* es pues preferible.

24. Dos variantes deben notarse en los v. 25 y 26: 1º *Sin., D,* mayúsc. tienen: Éste *pues habiéndose inclinado.* El texto que hemos adoptado con Westcott y Hort, Nestle, Weiss, es el de *B, C.* 2º Estos dos últimos manuscritos tienen la lección admitida en el v. 26; los otros tienen: *a quien daré el bocado habiéndolo mojado.* En la comida de la pascua, el padre de familia daba a los convidados trozos de pan mojados en un potaje de frutas cocidas (Mat. 26:23, nota). Dando así *el bocado* a Judas, Jesús lo designaba a Juan; pero al mismo tiempo, dirigía un supremo llamado a la conciencia del traidor. "Si, recibiéndolo, su corazón se hubiera quebrantado, podía aún obtener gracia. Ese momento era pues decisivo; y es lo que Juan hace sentir con esta palabra *entonces* (v. 27), palabra de trágica gravedad." *Godet.* Jesús hablaba en voz baja, de modo que no fuera oído más que de Juan (v. 28), y eso en consideración a Judas. En los otros evangelios, igualmente, Jesús designa al desdi-

del bocado, entonces entró Satanás en aquél [25]. Dícele pues Jesús:
28 Lo que haces, hazlo más pronto [26]. Mas esto ninguno de los que
29 estaban recostados entendió para qué le había dicho [27]; algunos, en
efecto, pensaban, por cuanto tenía Judas la bolsa, que Jesús le decía: Compra aquello de que necesidad tenemos para la fiesta; o

chado discípulo en términos vagos (Mat. 26:23; Luc. 22:21). Pero parece que la escena se prolongó por las preguntas de los discípulos que preguntaban: "¿Soy yo, Señor?" Y cuando Judas llevó la hipocresía hasta decir también: "¿Soy yo?" Jesús le respondió abiertamente: *¡Tú lo has dicho!* Pero aun ese diálogo parece no haber sido oído o entendido de los otros discípulos (Mat. 26:25, nota).

25. *Entonces*, esta palabra, borrada por la mayor parte de nuestras versiones *(Sin., D* la omiten), señala, ya hemos dicho, el momento fatal. Pero no habría que ver en el hecho expresado por estas palabras: *Satanás entró en él*, una acción mágica del bocado de pan. Juan no dice: con el bocado, sino: *después* del bocado. La toma de posesión del corazón de Judas por Satanás se explica, al contrario, de un modo enteramente psicológico. Judas, cediendo a sus pasiones, a la avaricia (12:6), había abierto su corazón a la influencia del demonio; luego, viéndose engañado en su ambición, irritado de no encontrar siguiendo a Jesús lo que había esperado, no sintió ya para él sino una especie de repulsión y de odio. Y bajo la influencia del espíritu de tinieblas concibió la idea horrible de su traición (v. 2). Nuestro evangelista marca pues las etapas de su caída. En el momento en que el desdichado se vió penetrado por su Maestro, hubo en su conciencia una crisis que aún podía hacerle volver. "Su alma tenía que escoger entre Jesús y Satanás." *Luthardt.* Pero se endureció y se entregó así a la potencia del espíritu del mal. Este momento trágico describe Juan con esta frase: *Satanás entró en él.* Lucas (22:3) expresa este desenlace en los mismos términos (Comp. sobre la caída de este discípulo, Mat. 26:15, nota).

26. Se ha dado de esta orden de Jesús a Judas dos explicaciones que están lejos de excluirse mutuamente. Meyer piensa que Jesús desea realmente realizar lo más pronto posible su sacrificio, sabiendo que su hora había llegado; "su decisión resignada no quiere ninguna mora", dice este exégeta. Otros intérpretes buscan la explicación de esta orden en la necesidad apremiante que Jesús tenía de ver alejarse el traidor para quedar solo con sus discípulos fieles, en esas últimas horas tan importantes. "La tarde era ya avanzada (v. 30), y Jesús tenía necesidad del poco tiempo que le quedaba para terminar su obra junto a los suyos." *Godet.* Es cierto que este último pensamiento sale a luz en el v. 31. Por lo demás, si Jesús hubiera tenido la menor esperanza de ver a Judas volver a él, no le habría dado esta orden, de que la exégesis racionalista se ha escandalizado a menudo; pero a los ojos de Aquel que sonda los corazones, el destino de Judas estaba cumplido, Satanás había *entrado en él.*

27. *Ninguno.* Godet piensa que Juan se exceptúa tácitamente. Weiss no es de esa opinión. Considera que Juan, lo mismo que los demás, no debió comprender el alcance de la orden de Jesús, porque no podía sospechar que la traición de Judas fuera tan inmediata, y que Jesús mismo le invitaba a consumarla.



30 que diera algo a los pobres [28]. Habiendo pues tomado aquél el bocado salió luego [29]; y era noche [30].

2. *Conversaciones de Jesús con sus discípulos.*

A. 31-38. LA SEPARACIÓN PRÓXIMA. EL AMOR FRATERNAL, CONSUELO DE LOS DISCÍPULOS. — 1º *La gloria del hijo del hombre.* Salido Judas, proclama Jesús como terminada su glorificación, que ha sido también la de Dios. Dios le dará pronto la gloria junto a sí (31,32). — 2º *Los discípulos privados de la presencia de Jesús, invitados al amor fraternal.* Con ternura les advierte Jesús su inminente partida. Adonde él va ellos no podrán, como tampoco los judíos, seguirle ahora. Jesús les da un mandamiento nuevo, el del amor mutuo. Este amor será la señal que los distinguirá como sus discípulos (33-35). — 3º *La pregunta de Pedro y la predicción que se le hace.* Pedro pregunta a Jesús a dónde va. Le responde que no puede seguirle ahora, pero que más tarde le seguirá. Pregunta Pedro por qué no puede seguir a Jesús inmediatamente, y se dice presto a dar su vida por él. Jesús le anuncia que antes del canto del gallo le negará tres veces (36-38).

28. Juan da esta doble suposición de *algunos* de los discípulos como una prueba de que no habían comprendido. Es éste el segundo pasaje en nuestro evangelio (Comp. v. 1, nota) de donde se saca un indicio de que esta comida no podía tener lugar en la tarde del 14 de nisán, según la cronología de los sinópticos; pues ¿cómo *comprar lo necesario para la fiesta*, puesto que la fiesta había empezado ya por su acto más importante, y que, desde ese momento, compras no debían ya ser permitidas? Los defensores de la fecha suministrada por los sinópticos responden que se trataba de provisiones para todo el curso de la fiesta. Citan el pasaje Ex. 12:16, según el cual la ley autorizaba a las familias israelitas, aun el 15 de nisán, a "preparar el alimento de cada persona", e infieren que hasta se podían hacer compras; conclusión algo forzada. Objetan, por otra parte, que si esa comida hubiera tenido lugar el 13, los discípulos no pensarían que fuera necesario hacer a toda prisa aprovisionamientos para la fiesta, puesto que el día siguiente entero quedaba para ello. Pero pueden haber interpretado así la orden de Jesús sin haber comprendido sus motivos.

29. Según Mat. 26:21 y Mar. 14:18, la conversación relativa a Judas, durante la cual dióle Jesús el pan mojado, tuvo lugar *antes* de la institución de la cena; y como aquí se ve que ese discípulo salió *inmediatamente* después de tomar el bocado, es claro que no participó de la cena que, por lo demás, no fué celebrada sino después de la comida de la pascua. Lucas solo refiere esos sucesos de modo que autoriza una conclusión diferente; pero es probable que no siga el orden cronológico (Comp. Luc. 22:21, nota).

30. *¡Era de noche!* No sólo en la naturaleza, sino más aún en el alma de Judas. Se siente también en esta observación del testigo ocular, que Juan había conservado de ese momento una impresión indeleble." Su narración, como observa Godet, está salpicada de detalles semejantes, que no se explican más que la vivacidad del recuerdo personal" (1:40; 6:59; 8:20; 10:23).

31 Cuando hubo pues salido, dice Jesús: Ahora ha sido glorifi-
32 cado el hijo del hombre, y Dios ha sido glorificado en él; si Dios
ha sido glorificado en él, también Dios le glorificará en sí mismo, y
33 luego le glorificará [31]. Hijitos, aún un poco con vosotros estoy; me
buscaréis, y conforme dije a los judíos que adonde yo voy vosotros
34 no podéis venir, también a vosotros digo ahora [32]. Mandamiento

31. *¡AHORA!* La partida del traidor, salido para realizar su tenebrosa obra, causa a Jesús un alivio inmenso. Ahora el *hijo del hombre ha sido glorificado.* Este verbo en pretérito abarca toda la vida pasada del Salvador hasta ese momento, esa vida de renunciamiento, de padecimientos, de obediencia, de abnegación eficaz, de actividad potente, por la cual el *hijo del hombre ha sido glorificado* en el corazón de los que le han reconocido como el enviado de Dios (11:4; 12:28, 2a. nota). Esta gloria que así ha adquirido por la humildad y la caridad resplandecerá aún con el brillo más puro en sus humillaciones y sus sufrimientos, en Getsemaní y en la cruz, donde podrá exclamar con su voz moribunda: *¡Todo está consumado!* Su obra estará concluída, habrá salvado un mundo perdido. Mas, por una vida semejante *Dios ha sido glorificado en él.* La *gloria* de Dios son sus perfecciones, su justicia y su santidad, su misericordia y su amor; jamás han sido manifestadas de modo más luminoso que en Jesucristo, quien nos las revela en su plena armonía. Ahora bien: el sentimiento profundo de haber así glorificado a Dios por su perfecta obediencia *(si Dios ha sido glorificado en él,* palabras omitidas en *Sin., B, C, D, Itala,* pero que, a pesar de esos testimonios, son mantenidas por Tischendorf, Weiss y Godet) da a Jesús la victoriosa certidumbre de que *Dios también le glorificará en sí mismo,* es decir, le admitirá en la gloria que es su esencia divina. Así es como pronto dirá Jesús en su última oración: "Yo te he glorificado sobre la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera; y ahora, glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo, con la gloria que yo tenía junto a ti antes que el mundo fuese" (17:4,5). Pablo igualmente indica la humillación y la obediencia del Salvador como el camino que le ha conducido a la gloria divina (Fil. 2:5-11; comp. Ef. 1:20-23). *Y le glorificará pronto* (gr. *inmediatamente),* añade Jesús, aludiendo a su resurrección, que será el primer peldaño de su glorificación. Por último, Jesús no dice: el Hijo de Dios, sino el *hijo del hombre* es glorificado (comp. sobre este término Mat. 8:20, nota); pues como hijo del hombre, miembro y jefe de nuestra humanidad, a la que ha estrechado en los abrazos de su amor para salvarla; como hijo del hombre, ha realizado su obra y ha ascendido a la gloria. Y así ha reabierto a nuestra humanidad salvada el camino de esta gloria.

32. De esas alturas de su gloria, vuelve Jesús a sus pobres discípulos que pronto va a dejar: *Estoy aún por corto tiempo con vosotros,* y simpatizando con su tristeza, con efusión de ternura les habla: *¡Hijitos!* (Es éste el único pasaje de nuestros evangelios en que Jesús emplea este término). Siente el vacío inmenso y doloroso que va a dejar en sus corazones y en su vida: *Me buscaréis,* con ardiente deseo de reanudar nuestras relaciones actuales (20:15. Comp. Luc. 17:22). Pero el momento de la reunión eterna no ha llegado; os queda a cumplir vuestra tarea y, *como dije a los judíos,* pero en un sentido bien diferente (7:34; 8:21), os digo también ahora: *adonde yo voy vosotros no podéis ir.* Jesús, en sus últimas comunicaciones íntimas, va a dedicarse a consolarlos de esta separación (14:1 y sig.) y a elevar su corazón al pensamiento de una comunión invisible y espiritual con él. (Cap. 14-17). Por eso creemos que en este momento del relato de Juan hay que colocar la institución de la cena, después de la cual las palabras que van a seguir (v. 34) son admirablemente propias.



35 nuevo os doy: Que os améis unos a otros; conforme os he amado,
que también vosotros os améis unos a otros [33]. En esto conocerán
todos que discípulos míos sois, si tuviereis amor unos en otros [34].

33. En esta tristeza de la separación, Jesús hace a sus discípulos, como una primera compensación de su ausencia, un don infinitamente precioso: *el amor fraternal.* Es verdad que se trata de un *mandamiento;* pero es un mandamiento que él mismo se encarga de cumplir en sus corazones y en su vida. En esto mismo es *nuevo.* Esta palabra ha ocupado singularmente a los exégetas. ¿Cómo, han preguntado, puede ser nuevo este mandamiento del amor mutuo, puesto que se halla ya en el antiguo testamento (Lev. 19:18) y que Jesús mismo lo cita como siendo el alma de la ley? (Mat. 22:39.) Y han respondido: Es nuevo porque contiene todos los demás mandamientos de la ley (Lutero), porque Jesús lo ha renovado (Calvino), porque renueva al hombre (Agustín), porque es siempre nuevo (Olshausen), porque es el principio de una vida nueva (de Wette), porque establece la diferencia que hay entre el amor fraternal *(unos a otros)* y la caridad hacia el prójimo. (Grotius y otros.) Hay verdad en todas esas interpretaciones; pero más cierto aún es decir que ese mandamiento es *nuevo* en su esencia, porque Jesús mismo lo cumple en el corazón de sus discípulos por el amor con que los ha amado. Este amor "parte de un centro nuevo de vida y de afecto... Jesús ha traído al mundo y testificado a los suyos un amor específicamente diferente de todo amor que había aparecido hasta entonces, el que se une a la personalidad humana para salvarla. De ese hogar enteramente nuevo brota la llama de un afecto esencialmente distinto de todo lo que el mundo había conocido antes bajo ese nombre. *En Cristo,* he ahí la explicación de la palabra *nuevo.*" *Godet.* (Comp. 1 Juan 2:7,8, nota.) Esto es evidentemente lo que Jesús ha querido decir al añadir en la segunda parte de este versículo: *que como yo os he amado, vosotros también os améis unos a otros.* El amor de Jesús no da solamente la medida sino la naturaleza y el carácter del verdadero amor mutuo de sus discípulos. El versículo siguiente muestra la importancia suprema que Jesús atribuye a ese amor. Por esto insiste varias veces. (15:12,17.) Y ninguno lo ha sentido mejor que nuestro evangelista. (1 Juan 2:7,8; 3:11; 4:20,21.)

34. El amor, un amor semejante al de Jesús, es la única prueba de que el hombre está bajo la influencia divina, que triunfa de todas las inclinaciones egoístas de su corazón. El conocimiento puede ser adquirido por pecadores endurecidos, la fe es aliada a menudo de una vida esclavizada a las pasiones, las obras son realizadas por diversos motivos; el amor sólo, uniendo los hijos de Dios unos a otros, como los une a su salvador y, por él, al Padre celestial, es una marca cierta de su participación en la

36 Dícele Simón Pedro: Señor ¿adónde vas[35]? Respondió Jesús:
Adonde voy no puedes ahora seguirme, mas me seguirás después[36].
37 Dícele Pedro: Señor ¿por qué no puedo seguirte ahora? La vida
38 mía por ti pondré[37]. Responde Jesús: ¿La vida tuya por mí pon-
drás? En verdad, en verdad te digo: De cierto no cantará un gallo
hasta que me hayas negado tres veces[38].

B. 1-11. OTRO CONSUELO: LA CASA DEL PADRE. — 1º *Jesús va a preparar a sus discípulos un lugar en la casa del Padre.* Les exhorta a combatir la turbación de su corazón por la confianza en Dios y en él. Dirige para ello sus miradas a la casa de su Padre, mansión de paz eterna, destinada a muchos. Jesús va a realizar lo necesario para abrirles el acceso a ella, luego volverá a tomarlos consigo, para que estén reunidos con él en un mismo lugar. Ellos conocen el camino (1-4). — 2º *Jesús es el camino.* Tomás objeta la ignorancia de ellos acerca del lugar adonde Jesús va, y, por consiguiente, del camino que allí conduce. Jesús declara que él es el camino, siendo la verdad y la vida. Él sólo conduce al Padre. Si los discípulos le conocieran, conocerían también al Padre. Desde ahora le conocen (5-7). — 3º *Jesús es la plena revelación del Padre.* Felipe dice: ¡Muéstranos el Padre y nos basta! Jesús responde: ¡Tanto tiempo hace que con vosotros estoy, y no me has conocido! El que me ha visto, ha visto a mi Padre. El Padre está en mí, inspirando mis palabras, haciendo mis obras. Creed lo que os digo de mi unión con el Padre; creedlo por lo menos en razón de mis obras (8-11).

naturaleza divina. *En esto,* dice Jesús, *todos conocerán,* y más lejos ve en esta unidad de los suyos un medio de llevar el mundo a la fe. (17:21.)

35. Pedro ha comprendido que el Maestro va a dejarlos para ser glorificado (v. 32,33); ha comprendido también vagamente que el camino que le conducirá a la gloria es la muerte. (v. 37.) Pero, como este pensamiento, que le llena de tristeza, está aún rodeado de obscuridad, en la vivacidad de sus impresiones le interrumpe con esta pregunta: *¿Adónde vas?* pronto seguida de otra: *¿Por qué no puedo seguirte?* Hay aún mucha ignorancia, pero hay también el más vivo amor hacia su Maestro en estas preguntas. Son inspiradas por los mismos sentimientos que le llevaban a resistir a Jesús cuando éste quería lavarle los pies (v. 6-9.)

36. La razón por la cual no podía Pedro *seguir* a Jesús *ahora,* es que tenía su obra que hacer en este mundo. "El discípulo también tiene *su hora.*" *Meyer.* Sin duda aún había, en su carácter natural, más de una mala inclinación de que debía ser purificado por el Espíritu de pentecostés, antes de poder seguir a su Maestro a la gloria. (v. 38.) *Pero,* agrega Jesús, como consuelo y aliento, *me seguirás más tarde;* le seguirá realmente por la senda del martirio.

37. Pedro es enteramente sincero al hablar así. Y sin embargo ¡qué doloroso contraste entre esta declaración tan llena de aplomo y la respuesta de Jesús! (v. 38.)

38. Esta advertencia precisa no im-



XIV No se turbe vuestro corazón[1]; creed en Dios, creed también
2 en mí[2]. En la casa de mi Padre moradas muchas hay[3]; que si no,

pidió la caída del presuntuoso discípulo. Parece sin embargo haber hecho impresión en él, pues, desde ese momento y hasta el fin de estas conversaciones, no vuelve a tomar ya la palabra. Véase, sobre este diálogo con Pedro, Mat. 26:33-35; Mar. 14: 29-31; Luc. 22:31-34, notas. Después de esta interrupción, Jesús reanuda su discurso destinado a consolar a sus discípulos y a prepararlos para la comunión espiritual con él. (14:1 y sig.).

1. Interrumpido por Pedro en su discurso de adiós (13:36), Jesús lo reanuda aquí con igual ternura para con sus discípulos. Les ha dicho claramente que va a dejarlos (13:33), lo que ya los ha llenado de tristeza; la predicción de la negación de Pedro (13:38), que siguió de cerca la declaración de que uno de ellos le entregaría (13:21), los había consternado; todo delante de ellos es pues obscuridad, motivo de inquietud y de angustia, *su corazón se turba.* Jesús lee en los rostros esa turbación, y se conduele tanto más vivamente cuanto que él mismo la ha experimentado. (12:27). Para consolarlos, los exhorta a la confianza y desarrolla la magnífica perspectiva que acababa de entreabrir ante ellos en esta respuesta a Pedro: *"Adonde voy..., me seguirás más tarde".* (13:36).

2. Para captar la fuerza de las palabras que Jesús opone a la turbación de sus discípulos, importa recordar que la *fe* es una plena *confianza* del corazón. Se podría pues traducir así: "Confiaos en Dios, confiaos también en mí". *En Dios,* el Dios de vuestros padres que, cumpliendo sus promesas ha fundado su reino en este mundo dándole un Salvador; *en mí,* sobre quien descansa todo el porvenir de este reino. Esta doble confianza disipará ciertamente la turbación de vuestro corazón. Como el verbo griego no tiene más que una forma para el indicativo y el imperativo, se pueden traducir estas palabras de diversas maneras. 1º Tomando los dos verbos por imperativos, como lo hacemos con Bengel, Lücke, de Wette, Luthardt, Gess, Godet y la mayor parte de los intérpretes modernos, porque esto está más en armonía con la exhortación: No se turbe vuestro corazón. 2º Nuestras antiguas versiones, imitando la Vulgata, traducen: *Creéis en Dios, creed también en mí.* El sentido sería que su fe en el Dios de sus padres debe revestirse de una nueva vida, tomando por objeto Aquél en quien el Padre nos es accesible. (v. 6). 3º Se ha propuesto por último (Lutero) traducir: *Creéis en Dios, creéis también en mí.* Sería entonces, en lugar de una exhortación, un aliento dado a los discípulos por la afirmación de su fe. Interpretación poco probable. Lo que debía impresionar vivamente a los discípulos es que Jesús les pide que tengan en él la misma confianza religiosa que tenían en Dios. "Aquí ves claramente que Cristo habla de sí mismo como siendo igual al Dios omnipotente, puesto que quiere que creamos en él como creemos en Dios. Si él no fuera verdadero Dios con el Padre, esta fe sería un error y una idolatría; pues el corazón del hombre no debe colocar su fe y su confianza más que en Dios sólo". (Comp. Mat. 28:19). *Lutero.*

3. Después de haber exhortado a sus discípulos a la confianza, Jesús quiere hacerles sentir que no deben

3 os lo hubiera dicho; porque voy a prepararos lugar [4]. Y cuando me
hubiere ido y preparádoos lugar, otra vez vengo y os tomaré con-
4 migo mismo, para que donde yo estoy también vosotros estéis [5]. Y
adonde yo voy conocéis, y el camino conocéis [6].

afligirse de su partida, puesto que *en la casa de su Padre* adonde va, hay lugar asegurado para ellos: *muchas moradas*, no las tiendas pasajeras del desierto, sino *moradas* permanentes, en que se respira la paz y el amor en la comunión *del Padre*. Imposible expresar con mayor sencillez, seguridad y dicha la idea de ese reino eterno de Dios, donde habitan millares de ángeles creados para su gloria y otros millares de pecadores salvados, llegados a la perfección. Y allí, sin embargo, "aún hay lugar". (Luc. 14:22). Era éste para los discípulos un pensamiento lleno de consuelo. Esta expresión: *muchas moradas* no designa posiciones diversas, grados diferentes de dicha, como piensan varios intérpretes, sino la inmensidad de la misericordia divina, gracias a la cual hay lugar para todos en la casa del Padre.

4. *Si así no fuera, es decir*, si no hubiera muchas moradas en la casa de mi Padre, *os lo habría dicho*, pues os revelo en todas las cosas la verdad y nada más que la verdad; pero esto es, *pues (Sin., B, A, C,), porque, voy a prepararos un lugar*. En efecto, no hay demostración más brillante y más dulce de las realidades del cielo, que el regreso y la presencia del Salvador en la casa del Padre. Es una prueba de hecho, irrecusable para todos los que creen en él. ¿Pero qué debe entenderse por esta expresión: *prepararos un lugar?* Ante todo, es el Salvador quien, volviendo, después de haber acabado su obra, a la casa del Padre, abre su acceso a sus redimidos. "Entró allí por nosotros como precursor, habiendo sido hecho sumo sacerdote eternamente". (Hebr. 6:20). Él es pues el fiador de nuestra admisión junto a Dios. Y, además, por el ejercicio de su sumo sacerdocio, por su intercesión ante Dios, asegura a los suyos los derechos que para ellos ha adquirido. El texto recibido, omitiendo la partícula *pues* o *porque*, *dice:* "Si así no fuera, os lo hubiera dicho. Voy a prepararos un lugar". El pensamiento es el mismo. Pero, desde los padres de la iglesia hasta Lutero, varios intérpretes, comprendiendo mal esta partícula, traducen así: "Si así no fuera, os habría dicho *que* voy a prepararos un lugar". Eso es introducir en el texto una contradicción y un contrasentido. Otros (Weizsäcker, Lange) hacen de la frase una pregunta: "Si así no fuera, ¿habríaos dicho que voy a prepararos un lugar?" ¡Pero aún no les había dicho nada semejante!

5. Después de haber afirmado la existencia de la casa del Padre donde su lugar será preparado, Jesús agrega, para sus discípulos, la preciosa promesa de *volver* y de *tomarlos consigo*, a fin de que *donde él está, ellos estén también* para siempre. Para ellos, que amaban a su Maestro y que estaban turbados al pensamiento de su partida, era la suprema consolación. (Comp. 12:26; 17:24). ¿Pero qué significa esta palabra: *Volveré* gr. *vengo otra vez?* ¿Cuándo? ¿cómo? Aquí las interpretaciones se dividen al infinito. Ebrard entiende por este regreso la resurrección de Jesucristo; otros (Lücke, Olshausen, Neander, Godet), la efusión del Espíritu Santo sobre los apóstoles (Comp. v. 18); otros piensan que esta promesa se



5 Dícele Tomás: Señor, no conocemos adónde vas; ¿cómo cono-
6 cemos el camino [7]? Dícele Jesús: Yo soy el camino y la verdad y la
7 vida; nadie viene al Padre sino por medio de mí [8]. Si me hubié-

cumple en la muerte de cada fiel. (Tholuck, Lange, Reuss, Gess). Otros por último (Meyer, Weiss, Luthardt) sostienen que esa palabra no puede entenderse sino del regreso glorioso y final del Salvador, que entonces reunirá todos sus redimidos a su lado. Pero el presente *vuelvo* (gr.) implica un hecho cercano, y Jesús jamás ha enseñado la inminencia de su glorioso retorno; por otra parte, este sentido no podría defenderse en el v. 18: ¿No se podría reunir y conciliar esas diversas opiniones? ¿No es uno invitado por este verbo en presente: *vuelvo?* "Esta palabra, dice R. Stier, abarca toda la obra potente del Salvador, que empieza con su resurrección y termina con su vuelta en el postrero día". Si los discípulos hubieran podido comprender entonces esta importante promesa, como la comprendieron más tarde, de seguro que habrían sacado de ella poderoso consuelo.

6. Jesús había dicho claramente a sus discípulos *adonde iba* (v. 2; 6:62; 7:33); y se había presentado constantemente a ellos como *el camino*, el único mediador entre Dios y su alma. Podían pues *saber* el fin y el camino. Pero la pregunta de Pedro (13:36) y la objeción de Tomás (v. 5) muestran que ese conocimiento era aún muy obscuro. Por eso quiere Jesús, por estas últimas palabras, provocar en ellos la reflexión sobre los grandes pensamientos que acaba de expresar. (v. 2,3). Según una variante de *Sin., B, C*, admitida por muchos críticos y exégetas, habría que traducir así este versículo: *Y adónde yo voy sabéis el camino*. Pero el texto recibido que se basa en *A, D*, la mayor parte de las versiones, es más apropiado al pensamiento de Jesús.

7. *¿Cómo sabemos el camino?* El texto recibido dice: *y* cómo *podemos saber* el camino? Tomás es el hombre positivo que no admite nada sino con pruebas evidentes y por eso mismo es inclinado a la duda, al desaliento. (11:16; 20:25). Interrumpe a Jesús por esta brusca declaración de que no conoce ni el lugar adonde va ni por consiguiente el *camino*. Después de las últimas palabras de Jesús (v. 2,3), lo *sabía*, más de lo que quiere decir, pero no lo creía.

8. La razón humana busca siempre a lo lejos lo que la palabra de Dios le presenta muy cerca. Así, Marta relegaba a un lejano porvenir la esperanza de la resurrección de su hermano; y Jesús le dice: "Yo soy la resurrección y la vida". (11:25). Igualmente aquí, Tomás pretende ignorar *el camino*, y lo tiene ante sus ojos; y Jesús debe responderle: *Yo soy el camino*. No dice que muestra el camino que conduce al Padre, lo que, como observa de Wette, establecería una relación enteramente externa entre él y su discípulo. Dice: *YO soy* el camino; él mismo es el mediador vivo que se une al creyente y así le conduce al fin, es decir a la comunión con Dios. (Comp. Ef. 3:12; Hebr. 10:20). Lo es en cuanto es *la verdad*, es decir la revelación completa de Dios mismo, *la verdad* que el hombre debe apropiarse personalmente para ser salvado. Por ello mismo es *la vida*, porque es para el creyente la fuente única de la vida del alma, de la vida eterna (6:50; 11:25); de tal modo que todo el que

rais conocido, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis y le habéis visto [9].
8 Dícele Felipe: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta [10]. Dí-
9 cele Jesús: ¿Tanto tiempo con vosotros estoy y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto ha visto al Padre; ¿cómo dices tú:
10 Muéstranos el Padre [11]? No crees que yo estoy en el Padre y el

no toma esa vida de él, permanece en la muerte. De estas premisas resulta esta sentencia absoluta que se comprende de por sí después de tales palabras: *ninguno va al Padre sino por mí.* La mayor parte de los intérpretes modernos concuerdan en no considerar estos tres términos: *camino, verdad, vida,* como coordinados, de modo que indicaran el principio, el medio y el fin de la fe. (Lutero, Calvino.) En efecto, el Salvador es, de modo constante, para el creyente, *el camino,* es decir el medio de llegar al Padre, siendo para él *la verdad* y *la vida.* Lo es, sin duda, más o menos completamente, según el grado de nuestra comunión con él.

9. Este versículo es al mismo tiempo la aplicación y el comentario del que precede. Todo el que *conoce* a Jesús tal como acaba de revelarse a sus discípulos, *conoce también a su Padre,* cuya manifestación visible él es. (8:19.) "Por este *si,* Jesús no niega positivamente el conocimiento que los discípulos tienen de él y del Padre, sino que solicita sus almas al progreso. (Comp. v. 28.)" *Bengel.* Mucho más, llega hasta afirmar que, *desde ahora,* después de la instrucción profunda que acaba de darles, *conocen* al Padre y *le han visto* en él. Los discípulos no tenían sin duda más que los primeros rudimentos de ese conocimiento; pero hay una grande sabiduría pedagógica en alentarlos así, suponiéndoles más luces de las que tienen; y, por lo demás, la Palabra divina que Jesús derramaba entonces en el alma de ellos permanecerá en ella como el principio vivificante de un conocimiento que les falta aún. Así exactamente es como les habla en el cap. 15:3. La interpretación que acabamos de exponer es la que admiten Tholuck, Meyer, Luthardt y Godet. Otros exégetas (Crisóstomo, Lücke) estimando que Jesús no podía, desde entonces, hablar así a sus discípulos, piensan que era ésa una especie de indicación anticipada de lo que les será concedido por el Espíritu en pentecostés. Pero este sentido no puede concordar con los pluscuamperfectos y el *desde ahora.* La objeción que detiene a esos intérpretes ha dado origen probablemente a la lección de *Cin., D: Si me conocéis, conoceréis también a mi Padre. B, C* omiten la *y* delante de *desde ahora;* Weiss adopta esta variante y traduce por el imperativo: *Conocedle desde ahora,* tal como os es revelado en mí, *y le habréis visto.*

10. La palabra de Jesús: *Le habéis visto,* comprendida por Felipe como si Dios pudiera existir para él al lado o fuera del Salvador, le inspira el deseo de ver una teofanía o revelación extraordinaria de Dios, como la pedía Moisés (Ex. 33:18); y expresa ingenuamente ese deseo a su Maestro. *Nos basta,* añade; no tendremos ya ninguna duda de que el Padre se revela plenamente por ti.

11. Con tristeza reprocha Jesús a su discípulo el *no* haberle *conocido*



Padre en mí está [12]? Las palabras que yo os digo no hablo de mí
11 mismo; mas el Padre que en mí mora hace sus obras [13]. Creedme que yo estoy en el Padre y el Padre en mí; que si no, creed por causa de las obras mismas [14].

C. 12-24. NUEVAS FUENTES DE CONSUELO: LAS OBRAS Y LA ORACIÓN, EL ESPÍRITU SANTO, LA COMUNIÓN CON JESÚS Y CON DIOS. — 1º *Obrar y orar.* Jesús declara que quien en él cree hará obras semejantes a las suyas, y aun mayores, y esto en virtud del regreso de Jesús al Padre. Jesús realizará todo lo que los discípulos pidieren en su nombre, a fin de que el Padre sea glorificado en él (12-14). — 2º *La promesa del Espíritu.* Obedezcan sus mandamientos, y, a su pedido, el Padre les dará un Ayudador permanente, el Espíritu de verdad, al que el mundo no puede recibir, que está con ellos y será en ellos (15-17). — 3º *La comunión con Jesús y con el Padre.* No los dejará huérfanos. Dentro de poco tiempo, hecho invisible para el mundo, se hará ver de ellos y les comunicará la vida que él posee. Serán entonces convencidos de que él es en su Padre y ellos están unidos a él. El que le obedece testifica que le ama, y está seguro del amor del Padre y del del Hijo; Jesús se manifestará a él. Ante la pregunta de Judas sobre el por qué de esa manifestación otorgada a los discípulos sólo y

a pesar de todas las experiencias que, en *tanto tiempo,* había podido hacer a su lado. Le llama afectuosamente por su nombre: *Felipe,* a fin de invitarle a reflexionar sobre la demanda que acababa de dirigirle. Esta interpelación: *Felipe,* puede también ser unida a la frase siguiente: Así hacen la mayor parte de nuestras versiones. Pero es más natural unir *Felipe* a la frase que precede. Lo que Jesús dirige personalmente a su discípulo es el reproche. *El que ha visto a Jesús ha visto al Padre,* el Dios es santidad y amor, y del cual el Salvador era sobre la tierra la perfecta manifestación. Esta grande revelación es explicada en el versículo siguiente; está conforme con todas las enseñanzas del nuevo testamento. (1:18; 12:45; Col. 1:15; Hebr. 1:3.)

12. Felipe pedía *ver,* Jesús le exhorta a *creer.* Unicamente por la fe podía penetrar en ese misterio de la unidad absoluta del Padre y del Hijo, que le permitiría *ver* al Padre en el Hijo. (v. 9.) En efecto, estas palabras de Jesús expresan, en conjunto, la íntima unidad de esencia y la relación mutua viviente, activa, que hay entre el Padre y el Hijo, lo que Jesús va a probar declarando que el Padre es quien habla y obra en él.

13. Las *palabras* y las *obras* del Salvador, estas palabras que son espíritu y vida (6:63), esas obras de poder y de amor divinos: tal es la demostración irrecusable de que el Padre era en él, hablaba y obraba por él. "(Ni una sola de sus palabras saca el Cristo de sí mismo. Ni una sola de sus obras no obra Dios mismo por él. De su propia sabiduría, nada. ¡Por la fuerza de Dios, todo!" *Godet.* En lugar de *él hace las obras, Sin, B, D,* tienen: *él hace sus obras.* (5:19-21; 10-25,37,38;12:49.)

14. Después de haber dado a Felipe esta instrucción profunda, Jesús se vuelve hacia todos sus discípulos y los exhorta a *creerle* cuando les declara que *él es en el Padre y el Padre en él,* a creerle por la sola autoridad

rehusada al mundo, repite Jesús que la obediencia a su palabra es la condición necesaria para tener parte en el amor del Padre y en la comunión del Padre y del Hijo. Quien no obedece muestra que no le ama. Su palabra es la de Dios (18-24).

12 En verdad, en verdad os digo: El que cree en mí las obras que
yo hago también aquél hará, y mayores que éstas hará, porque yo
13 voy al Padre [15] y cualquiera cosa que pidiéreis en mi nombre esto
14 haré, para que sea glorificado el Padre en el Hijo. Si algo pidiéreis

de su palabra. Pero agrega, sin duda con tristeza, que si su fe es aún demasiado obscura y débil para fundarse únicamente en su palabra, deben por lo menos creerle *a causa de sus obras mismas*, consideradas en sí mismas. (10:37,38.) Por ello entiende sus milagros. La fe basada en esas obras, no es aún la verdadera fe (2:23; 3:2), pero puede conducir a la fe inmediata. En lugar de traducir: Creedme *que* yo soy,... es decir: cuando os digo que estoy... se puede traducir también: Creedme *porque* yo soy en el Padre, y porque no solamente mis palabras, sino toda mi manera de ser, mi santidad perfecta y mis obras (v. 10) atestan que el Padre está en mí; si no, si no tenéis bastante discernimiento espiritual para reconocerle en mí, creed por lo menos a causa de las obras mismas.

15. Jesús vuelve aquí al discurso lleno de consuelo que dirige a sus discípulos respecto de su partida (v. 1 y sig.), y en el cual ha sido interrumpido por Tomás (v. 5) y por Felipe (v. 8) Y como les ha mostrado, respondiendo al pedido de éste, que el Padre se manifestaba plenamente en él en sus palabras y en sus obras (v. 9-11), les hace ahora una magnífica promesa que, realizándose, les dará de su divinidad y de la plena revelación de Dios en él una prueba apropiada para crear una íntima convicción: que *el que cree en él hará, él también*, las mismas *obras y hará* aún *mayores*. Promete con autoridad solemne: *En verdad, en verdad*, la comunicación del Espíritu y de las gracias que de ella resultarán para los discípulos. (v. 12-24.) Esta promesa, al mismo tiempo, agrega a la perspectiva aún lejana de la reunión en la casa del Padre (v. 1-3), la de una próxima reunión en espíritu: los discípulos volverán a ver pronto al Salvador que va a dejarlos para irse al Padre. (v. 18,19.) ¿Qué debe entenderse por esas *obras* semejantes a las del Salvador, y *mayores* aún, que realizarán los que hubieren creído en él? No son seguramente obras externas, milagros materiales, más asombrosos aún que los suyos, como han creído algunos exégetas; sino milagros espirituales, que los apóstoles harán, cuando su palabra, animada del Espíritu de Dios, regenerará las almas, fundará la iglesia y llevará la luz y la vida al seno de todas las naciones. "El libro de los Actos es el comentario de estas palabras." *Meyer.* Esas *obras mayores* no podía hacerlas ni Jesús mismo, porque "el Espíritu no era aún." (7:39.) Pero luego serán posibles y se producirán realmente, dice Jesús, *porque yo voy al Padre*. Cuando hubiere tomado nuevamente posesión de su gloria y "toda potencia le haya sido dada en el cielo y en la tierra" (Mat. 28:18), él mismo cumplirá en sus discípulos la palabra que pronuncia. Lo hará respondiendo a todas sus oraciones (v. 13,



15 en mi nombre, yo lo haré [16]. Si me amáis, los mandamientos míos
16 guardad [17]; y yo rogaré al Padre y otro Ayudador os dará, para
17 que esté con vosotros por la eternidad [18], el Espíritu de la verdad,

14) y derramando sobre ellos el Espíritu Santo de pentecostés. (v. 16,17.)

16. Esta promesa está aún en relación inmediata con la palabra precedente: "porque yo voy al Padre." Por eso la mayor parte de los intérpretes modernos, quizá con razón, hacen depender también la segunda proposición del *porque;* traducen: "porque yo voy al Padre y todo lo que pidiéreis en mi nombre lo haré." Los discípulos quedan con Jesús en una relación más íntima y más viviente que nunca. Ellos, sobre la tierra, *piden en su nombre*, y él les otorga todas sus demandas. (Gr. *yo lo haré.)* Gracias a su acción poderosa, ellos realizan sus obras, y aun mayores, *a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo.* (Véase 13:32, nota.) Pero, nótese bien, Jesús da aquí a la oración un carácter enteramente especial y nuevo para sus discípulos; se trata de la oración que se dirige a Dios *en su nombre*, e insistirá aún sobre esta palabra. (15:16;16:23.) ¿Cuál es su sentido? *En su nombre*, no significa solamente: por su orden, en su autoridad, por sus méritos; en el estilo de las escrituras, el *nombre* designa el ser, revelado en su esencia y en todas sus propiedades. Orar en el nombre de Jesús, es pues, como dice Keil, cuya interpretación adopta Godet, orar "sumergiéndonos con fe en el conocimiento que hemos recibido de él como Hijo de Dios humillado y glorificado", o, mejor aun (pues ese conocimiento no es puramente intelectual, mas implica una relación de vida), es orar *en* Jesús mismo, el único mediador que nos abre acceso al trono de la gracia; es orar en comunión íntima con él, según su voluntad, por su Espíritu, el único que nos imparte el poder de realizar ese acto religioso. Cuando el que ora así se siente uno con el Salvador, está seguro de ser oído. (Comp. Rom. 8:26.) El verdadero comentario de estas palabras nos es dado por Jesús mismo: "Si *permaneciereis en mí* y mis palabras *permanecieren en vosotros*, pedid todo lo que quisiereis y os será hecho" (15:7). *Sin.*, *B* y algunas *mayúsc.* tienen: Si *me* pidiereis alguna cosa en mi nombre. Esta lección no presenta ningún sentido aceptable.

17. Jesús acaba de hacer a sus discípulos una preciosa promesa (v. 13, 14); va a hacerles otra más preciosa aun (v. 16); en este momento les presenta la condición moral que deben llenar para recibir lo que él les promete; los invita a permanecer con él en verdadera comunión de amor y de obediencia; de este modo su corazón estará abierto a la acción del Espíritu Santo que va a anunciarles. *Amar* a Jesús y *guardar sus mandamientos* debe ser, en el corazón de su discípulo, una sola y misma cosa. v. 21;15:10.) Por sus mandamientos no debe entenderse solamente algunos preceptos o algunos deberes prescriptos, sino todo lo que él ha enseñado, su revelación completa. Es lo que llama en otra parte guardar su palabra (8:51), conservarla preciosamente en el corazón y ponerla en práctica en la vida. *B* y algunos otros testimonios tienen el futuro: *guardaréis.*

18. La conexión de estos dos versículos es muy notable: "Si me amáis, guardad mis mandamientos *y yo rogaré al Padre*, que hará él mismo abundar en vosotros el amor y la obediencia." El Salvador pedirá a Dios que dé a los discípulos su Espíritu Santo, que será su vida y la de la

al que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; mas
vosotros le conocéis, porque con vosotros mora y en vosotros esta-
18 rá[19]. No os dejaré huérfanos, vengo a vosotros[20]. Aún un poco

iglesia. Es ésta la primera vez que aparece el término de *Paráclетos* (Comp. v. 26;15:26;16:7), que no se encuentra más que los escritos de Juan (Comp. 1 Juan 2:1) y que, siguiendo a Orígenes y Crisóstomo, nuestros reformadores (Lutero, Calvino) han traducido por *Consolador*. Este nombre sería muy hermoso y muy en armonía con el fin de estos discursos de Jesús. Pero la palabra griega no tiene el sentido activo; es pasiva y significa literalmente: *llamado al lado de;* es exactamente el sentido del latín *advocatus*, y de nuestra palabra *abogado, defensor* de un acusado delante de un tribunal. Los autores clásicos le dan siempre este significado y es también el que admiten la mayor parte de los exégetas modernos. Si nosotros no adoptamos este término de *abogado* en la traducción, es porque sugiere la idea de un proceso, que es enteramente extraña al contexto. Nos atenemos a la palabra *Ayudador*, que conserva el carácter indeterminado de la expresión original. "Jesús pues pedirá al Padre, en favor de ellos, otro apoyo, siempre a su alcance, siempre presto para ir en su ayuda, al primer llamado, en su lucha con el mundo. De este significado fundamental derivan fácilmente las siguientes aplicaciones: sostén en los momentos de flaqueza; consejero en las dificultades de la vida; consolador en el dolor. De ese modo hará por ellos lo que había hecho durante esos últimos años el Maestro amado que los dejaba. Diciendo: *otro*, Jesús se da implícitamente a sí mismo el título de *Paracleto*." *Godet*. Este *Ayudador* no estará con los discípulos por poco tiempo solamente, como ha estado el Salvador en su vida en este mundo; estará para siempre, *eternamente con ellos*.

19. Las palabras: *El Espíritu de verdad*, indican cuál es el *Ayudador* que Jesús anuncia a sus discípulos. El Espíritu Santo es así designado (aquí y en otras partes, 15:26;16:13), porque, como Espíritu de Dios, es luz y vida, es decir *verdad* completa. Y él imparte esta verdad al alma por medio de la palabra divina. Toda verdad revelada no es para nosotros *la verdad* sino cuando por el Espíritu de Dios hemos hecho de ella una experiencia viva. Él es quien, poniéndonos en comunión con Dios, nos le revela tal como es en su santidad y en su amor; él es quien glorifica a Cristo en nosotros, es decir nos pone en posesión de él. Él es por último quien restituye a la verdad todo lo que está falseado en nosotros; quien, en una palabra, ilumina, regenera, santifica el alma. *El mundo*, alejado de Dios e incrédulo, *no puede recibir* este Espíritu, dice el Salvador, *porque no le ve*, es decir no sabe discernirle en ninguna de sus manifestaciones; *no le conoce* por una experiencia íntima, porque queda extraño y cerrado a su influencia. (1 Cor. 2:14.) Muy diferentes eran, ya entonces, los discípulos, a quienes podía Jesús decir: *vosotros le conocéis; porque mora con vosotros*. En efecto, ellos, en cierta medida, habían respirado este Espíritu viviendo con Jesús, siendo testigos de sus actos, de su santa vida, escuchando sus palabras, sometiéndose a las direcciones con las cuales el Maestro se había esforzado en educarlos. En Jesús, y por su intermedio, el Espíritu obraba constantemente sobre ellos, y solamente por este Espíritu habían creído en él y confesado su nombre. (Mat. 16:17.) A la inversa de los discípulos, *el mundo*, es decir los judíos incrédulos, desconociendo todas esas manifestaciones del Espíritu en Jesús, atribuyendo sus milagros a Beelzebul (Mat. 12:24 y sig.), habían rehusado ver al Espíritu, y se habían puesto en la imposibilidad de recibirle. Es pues un error el no ver en estos verbos en presente, como lo hacen varios intérpretes, más que una anticipación de lo que no será realizado sino después de pentecostés. Hay sin duda una promesa relativa a pentecostés, pero ella está solamente en este verbo en futuro: *será en vosotros*. Hasta aquí, quiere decir Jesús, mientras yo estoy en vuestra sociedad, *el Ayudador está con* vosotros; entonces este Ayudador *será en* vosotros. Poseerán en sus corazones el Espíritu, que no será otro que Jesús mismo bajo otra forma. (v. 18 y sig.) Este matiz es desconocido por *B, D*, que tienen este último verbo en presente como los precedentes: *está* en vosotros.



19 y el mundo no me ve más, mas vosotros me veis; porque yo vivo
20 también vosotros viviréis[21]. En aquel día conoceréis vosotros que
21 yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros[22]. El que

20. A los que Jesús había llamado con ternura *hijitos*, ama demasiado para abandonarlos como *huérfanos* que van a perder en él más que un padre. La rica promesa que acaba de hacerles es la garantía de que no será así: *Vendré a vosotros*, les dice. Por su Espíritu pues irá a ellos y no, como piensan algunos exégetas, por su resurrección o aun por su retorno en el día final. El contexto se opone a esas explicaciones. (v. 21,23.)

21. Quedaba un *corto*, muy corto *tiempo*, puesto que Jesús debía morir el día siguiente y desaparecer a los ojos del *mundo*, que no le *verá más*. A pesar de ello, los suyos *le verán*. Y, como si ese momento fuera ya presente, es expresado en griego por verbos en presente: El mundo no me *ve* más, pero vosotros me *veis*. ¿Cuándo y cómo? Cuando Jesús les aparezca resucitado. Es así como algunos intérpretes entienden estas palabras. Pero se trata aquí de una vista espiritual y permanente (verbo en presente, Comp. 2 Cor. 3:18). que se realiza por una comunión enteramente nueva con él. Lo prueban las últimas palabras de este versículo y todo el contexto. (v. 20,21,23.) Hay gran fuerza en la razón que Jesús alega en apoyo de la promesa de vida que hace a sus discípulos: *vosotros viviréis, porque yo vivo*. Jesús no dice: *Yo resucitaré, yo viviré*, sino *yo vivo*. (Véase la nota precedente.) El que "tiene la vida en sí mismo" sabe que la muerte que va a soportar no tendrá el poder de destruir esa vida. Y la consecuencia magnífica que de ello saca para los suyos es ésta: *Vosotros también viviréis*. Su vida es la de ellos en el tiempo y en la eternidad. Así hablaba el apóstol Pablo, según su propia experiencia. (Gál. 2:20; Fil. 1:21; Col. 3:3,4.) La relación entre la vida del Cristo y la del creyente es menos claramente expresada cuando se traduce, con Luthardt y Weiss: "Vosotros me veréis, porque yo vivo *y* vosotros viviréis". La antítesis del futuro: vosotros *viviréis* y el presente yo *vivo*, recomienda más bien la construcción que hemos adoptado.

22. *En aquel día*, fecha precisa que no hay que hacer incierta y vaga con

tiene mis mandamientos y los guarda, aquél es el que me ama; y el
que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me mani-
festaré a él [23].
22 Dícele Judas, no el Iscariote: Señor, ¿y qué ha acontecido pa-
23 ra que a nosotros hayas de manifestarte y no al mundo [24]? Res-
pondió Jesús y díjole: Si alguien me amare, mi palabra guardará,
y mi Padre le amará, y a él vendremos y haremos en él nuestra
24 morada [25]. El que no me ama mis palabras no guarda; y la pala-
bra que oís no es mía sino del Padre que me envió [26].

falsas interpretaciones; es *el día* de la efusión del Espíritu de luz y de vida, pentecostés. En ese día, los discípulos *conocerán*, por este Espíritu y por su experiencia personal, primeramente la unidad de Cristo con su Padre, que tan a menudo se la ha afirmado (v. 10; 10:38); luego harán la experiencia cada vez más íntima de su comunión con el Salvador en quien viven y quien en ellos vive. Esta relación nueva en que estarán con Jesús les hará comprender la relación de Jesús con el Padre; comprenderán lo que aún no habían podido entender (v. 9-11), que el Padre es en el Hijo. En esta doble relación tan íntima y tan profunda que Jesús expresa con tanta sencillez: *yo en mi Padre, vosotros en mí* y *yo en vosotros*, los discípulos tienen la total revelación del inmenso amor de Dios manifestado en Jesús. (v. 21.)

23. Este versículo desarrolla el precedente y precisa su sentido. ¿Quiénes son aquellos a quienes Jesús ha dicho: Conoceréis? Responde: *El que tiene* en su corazón *mis mandamientos y los guarda* con fidelidad en su vida (v. 15, nota); pues *ése* solo *es el que me ama*. Su corazón está entonces abierto a todos los tesoros del amor divino: será *amado del Padre*, que le contempla en su Hijo, objeto supremo de su amor; Jesús también *le amará* y le dará de ello pruebas cada vez más íntimas *manifestándose a él* en su vida interior; el verbo griego significa manifestarse *por dentro*. Estas magníficas promesas se cumplirán por el Espíritu de verdad (v. 17), cuya acción describe Jesús en la continuación del discurso. (Comp. v. 26).

24. Este Judas, llamado también Lebeo y Tadeo (Mat. 10:3), era hijo de un hombre llamado Jacobo (Luc. 6:16; Comp. Act. 1:13.) La observación por la cual le distingue el evangelista de Judas Iscariote, superflua después de 13:30, revela el horror que su homónimo le inspiraba. La pregunta de este discípulo muestra que esperaba aún un Mesías que fuera el rey terrestre de Israel, el juez de las naciones. Ahora bien: no podía comprender que, como tal, Jesús no *debiera manifestarse* más que al corto número de los que le amaban, *y no* a todo *el mundo*. La *y* con que se abre la pregunta ha sido omitida en *B*, *A*, *D*, *Itala*. Señala muy bien la extrañeza de Judas.

25. Jesús no responde directamente la pregunta, y sin embargo la resuelve del modo más profundo. Por tercera vez (v. 15,21), señala, en el corazón mismo de los que *le aman*, las causas morales por las cuales él se manifiesta a ellos. Era ya decir claramente por qué no podía él revelarse al mundo que le aborrecía; luego enuncia más explícitamente, en el v. 24, la razón de su modo de obrar. Pero aquí, a las grandes promesas que acababa de hacer a los suyos (v.



D. 25-31. Ultimos consuelos. La partida inminente. — 1º *Don del Espíritu y de la paz.* Jesús les pronuncia este discurso porque va a dejarlos; pero el Espíritu Santo les instruirá y recordará las enseñanzas de Jesús. Éste les deja su paz, don distinto de los del mundo. ¡Cesen ya de temer! (25-27). — 2º *La partida de Jesús.* Si amaran a Jesús, su regreso junto al Padre les regocijaría, pues el Padre es mayor que él. Se lo ha anunciado anticipadamente, a fin de que el acontecimiento confirme la fe de ellos. Sus conversaciones van a tener fin, pues el príncipe de este mundo se acerca. No tiene derecho alguno sobre Jesús, pero a fin de probar su amor para con Dios y su obediencia, Jesús invita a sus discípulos a levantarse y partir (28-31).

25 Esto os he hablado morando con vosotros [27]; mas el Ayuda-
26 dor, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, aquél
27 os enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho [28]. Paz

20,21), agrega Jesús la declaración expresa de que la comunión del alma con Dios resulta de su unión con él, Jesús: *Vendremos a él y haremos en él nuestra morada.* Dios había establecido su morada visible en medio de Israel (Lev. 26:11,12; Ezeq. 37:26-28); había habitado en medio de su pueblo por la Palabra hecha carne (1:14); ahora promete hacer de cada fiel su *morada* (misma palabra que en el v. 2), su tabernáculo, su templo. (1 Cor. 3:16;6:19.) "No es ya la manifestación exterior de la majestad divina, sino la revelación íntima de la gracia. Lo que un día será el privilegio de la iglesia salvada (Apoc. 21:3) debe ser desde ahora realizado por el Espíritu en el alma de cada creyente." *Luthardt*.

26. Las *palabras* de Jesús son las palabras de Dios mismo. Ahora bien: ¿Cómo podría el Salvador manifestarse *al que no le ama* y rechaza sus palabras? Esta conclusión debía ser evidente para el discípulo que había hecho la pregunta.

27. Hay evidentemente aquí una pausa en el discurso, como lo indican estas palabras, que tienen el aspecto de un sumario: *Os he dicho estas cosas* (verbo en perfecto). Jesús echa así una mirada retrospectiva sobre los grandes consuelos que ofrece a los suyos la esperanza de la reunión futura en la casa del Padre (v. 1 y sig.) y la perspectiva de su regreso próximo por el Espíritu Santo. (v. 12 y sig.) Al mismo tiempo, estas palabras: *mientras moro con vosotros*, hacen presentir su partida tan cercana. *Mas*, se apresura a añadir, he aquí un poderoso auxilio que proveerá todo en vuestra vida interna y en vuestros trabajos. (v. 26.)

28. El *Ayudador* (v. 16, nota) acababa de ser designado como el Espíritu *de verdad* (v. 17); aquí Jesús le nombra el *Espíritu Santo*. Es porque la verdad divina no es jamás en las escrituras, una fría doctrina destinada a iluminar la inteligencia sola; es una vida que penetra la conciencia y el corazón y los *santifica*. En efecto, el Espíritu que crea esta vida en nosotros es *santo*, como Dios es santo. Este Espíritu será enviado de mi Padre *en mi nombre*, dice Jesús. ¿Qué hay que decir? Explicaciones diversas: Porque tomará mi lugar junto a vosotros; porque los discípulos piden el Espíritu en el nombre de Jesús (v. 13); porque Jesús le pide para ellos (v. 16); porque glorificará el

os dejo, la paz mía os doy [29]; no conforme el mundo da os doy yo [30].

nombre de Jesús que es la fuente única de la salvación; porque el Padre envía el Espíritu a los que aman a Jesús y a quienes Jesús ama. (v. 23.) ¿No se puede reunir los elementos de verdad que hay en esas interpretaciones, diciendo que el nombre de Jesús es el de Mediador, el único por el cual reciben los creyentes todas las gracias de Dios y especialmente el don del Espíritu Santo? Este Espíritu *os enseñará todas las cosas*, es decir, todas las verdades relativas a la salvación (16:13); y, para ello, *os hará recordar*, hará luminosas y vivas en vosotros *todas las cosas*, todas las palabras *que os he dicho*. El Espíritu hace recordar, no sólo por la memoria, sino por el corazón. De esta doble declaración de Jesús resulta que el Espíritu no enseña cosas extrañas a la palabra del Salvador; enseña, al contrario, por esa palabra. "Enseñará lo nuevo, dice Godet, recordando lo antiguo, y recordará lo antiguo enseñando lo nuevo. Las palabras de Jesús, cuyo recuerdo despertará en ellos el Espíritu, serán la materia de donde él sacará la enseñanza de la verdad completa, el germen que él fecundará en sus corazones; como, en cambio, esa actividad interna del Espíritu retraerá incesantemente a su memoria alguna antigua palabra de Jesús." No hay pues nada en este pasaje que sea favorable a la doctrina católica de la tradición eclesiástica, elevada al lado o por sobre la palabra, ni a las ilusiones de misticismo que sueña con una iluminación del Espíritu superior a la palabra revelada. Jesús funda, con esta promesa, la soberana autoridad de la enseñanza apostólica que iguala a la suya. (17:8,20.)

29. El Salvador, presintiendo todas las dificultades y todos los temores que podrán aún asaltar el corazón de sus discípulos, les hace participar de una gracia suprema, de un bien sin el cual no hay para el hombre felicidad, con el cual jamás podría ser desdichado: *la paz*. Jesús alude en estas palabras a la fórmula de saludo con que los israelitas se acercaban o se alejaban (comp. 20:26). La mayor parte de los comentadores alemanes toman la palabra paz en el sentido de la hebrea *schalom, bienestar, prosperidad, salud*, y piensan que Jesús presenta aquí a los suyos todos los frutos objetivos de su obra, en una palabra, la salvación eterna. Mas no; lo que les da es la paz interna de un alma llena de dulce confianza en su Dios Salvador. Este sentido es hecho evidente, como observa Godet, por las últimas palabras del versículo: el *corazón* de los discípulos es lo que debe ser preservado de la *turbación*, de las tristezas y de los temores que les inspiraba el pensamiento de quedar en este mundo, solos, sin su celestial amigo. Les *deja* pues la paz, como el más precioso de los legados a su partida. Hace más: *les da* actual y realmente *su paz*, la paz inalterable y profunda de que él mismo disfrutaba y que constantemente tomaba de la comunión con su Padre. Así les hará también compartir *su gozo* (15:11; 17:13), pues todo lo que es suyo pertenece a sus redimidos.

30. En rigor, se podría, con la mayor parte de nuestras versiones, traducir estas palabras así: No os *la* doy como el mundo *la* da; pero como ese pronombre no está en el original, y como ese pensamiento supondría que el *mundo* puede, en un sentido cualquiera, *dar la paz*, preferimos



28 No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo [31]. Oísteis que yo os
dije: Me voy y vengo a vosotros. Si me amárais os gozaríais de
29 que voy al Padre [32], porque el Padre mayor es que yo [33]. Y ahora

dejar en toda su generalidad este contraste que Jesús establece entre su manera de dar y la del mundo. El mundo está reducido a vanos deseos, a engañadoras promesas, a menudo interesadas. Jesús da realmente, abundantemente y con el amor más puro. Estas palabras debían pues inspirar a los discípulos la más completa confianza en él.

31. Jesús, al fin del discurso, vuelve así a su punto de partida (v. 1); pero es después de haber dado a los suyos todos los auxilios más poderosos para disipar la *turbación* y los *temores* que podían aún asaltar *su corazón*.

32. Los pobres discípulos demasiado bien habían *oído* esta palabra: *me voy* (v. 2,12), pero no habían entendido tan bien ésta: *vuelvo a vosotros* (v. 3,18); de ahí su tristeza y su turbación. Por eso Jesús, hundiendo una mirada en sus corazones, querría hacerles sentir que su *amor* por él debiera hacerles de su elevación junto *al Padre* un motivo de *gozo*. Compartirían el gozo que él mismo siente al dejar este mundo de pecado y de dolor para volver junto al Padre y compartir su felicidad y su gloria. Es éste quizás el único pasaje de los evangelios en que Jesús piensa en sí mismo, y saca de su propio reposo el motivo de una exhortación. Pero "las palabras: *si me amarais*, son de una delicadeza exquisita. Con ellas halla Jesús el medio de hacerles del gozo un deber de ternura. No enuncia aquí la idea de la actividad más poderosa que esa elevación sería medio para él. (17:12.) Apela únicamente a sus corazones de amigos." *Godet*. Así igualmente Tholuck, R. Stier, Luthardt, Weiss y otros exégetas comprenden este hermoso pensamiento. Los que (de Wette, Meyer) piensan que Jesús invita a sus discípulos a considerar el interés que tienen en su elevación, que le permitirá asegurarles una protección más poderosa (Comp. 16:7), no tienen en cuenta esta palabra: *si me amarais*.

33. *Porque:* hay que notar ante todo esta partícula importante, pues nos muestra que Jesús, en esta sentencia: *el Padre es mayor que yo*, da sencillamente la razón por la cual sus discípulos deben *regocijarse* de su vuelta al lado de su Padre. Aislando esta declaración de su contexto, se la ha solicitado en sentidos diversos para iluminar por su medio el misterio de las relaciones del Hijo con su Padre. ¿Pero qué motivo de *gozo* habrían hallado los discípulos en una teoría abstracta de la que no habrían comprendido nada? Jesús se expresa así, teniendo conciencia de que es el Hijo de Dios, el que "ha recibido del Padre el tener la vida en sí mismo" (5:26), y al mismo tiempo de que es "la Palabra hecha carne", Aquél que "existiendo en forma de Dios, se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres", y que iba a "humillarse haciéndose obediente hasta la muerte, aún hasta la muerte de la cruz." (Fil. 2:6-8.) En esta posición, que era entonces la suya, experimentaba en su alma santa, como observa Bengel, un sentimiento profundo de su humillación, que no podía impedir se expresara a veces (Mar. 10:18; 13:32, véase la nota) y que le hacía suspirar por el término de la prueba. (Luc. 12:50.) ¿Cómo pues no habría experimentado un gozo profundo y

os lo he dicho antes de que acontezca, para que cuando aconteciere
30 creáis [34]. No hablaré ya mucho con vosotros, pues viene el prínci-
31 pe del mundo; y en mí no tiene nada [35]. Pero para que conozca
el mundo que amo al Padre, y conforme me mandó el Padre, así
hago, levantaos, vamos de aquí [36].

santo ante la perspectiva tan cercana de su elevación al lado del Padre? Era, para él, volver a entrar en posesión de la gloria eterna, objeto de su última oración (17:5); era su reintegración a todas las prerrogativas divinas de que iba a disfrutar, en plena comunión de esencia y de amor con Dios, su Padre. Él invita a sus discípulos a compartir este gozo con él. Obedeciendo a su invitación, el apóstol Pablo, después de haber descrito, en las palabras que acabamos de recordar, la profunda humillación del Salvador, celebra su elevación con amor (Fil. 2:9-11); y el gozo que expresa en ese cántico de triunfo es el de la iglesia entera. (Ef. 1:20-23). Desde este punto de vista consideran Lutero, Calvino, Luthardt y Godet este pasaje. "Cristo, dice Calvino, no compara aquí la divinidad del Padre con la suya, ni su naturaleza humana con la esencia divina del Padre; sino más bien su estado presente con la gloria celestial en la cual iba pronto a ser recibido. Es como si dijera: Vosotros deseáis retenerme en el mundo pero es mejor que ascienda al cielo." En cuanto a la divinidad de Jesucristo, esta palabra la proclama altamente; pues si un hombre, un ángel del cielo dijera: Dios es *mayor que yo*, emitiría una afirmación que su evidencia misma haría ociosa. Cuando Jesús nos habla de su gozo, es necesario que la exégesis no transforme este gozo en dogma.

34. *Creáis* que realmente me he ido al Padre, y comprendáis la naturaleza espiritual de mi reinado. Esas promesas tan positivas de Jesús, luego vivificadas en sus corazones por el Espíritu Santo, les serán explicadas por los grandes acontecimientos de su muerte, de su resurrección y de su regreso a la gloria. Entonces *creerán*.

35. *El príncipe del mundo* (12:31, nota) *viene*, se acerca. Jesús le ve venir en los miserables instrumentos de que se va a servir para realizar su obra tenebrosa. (13:2,27.) Pero agrega inmediatamente: Por más que es príncipe del mundo, *no tiene nada en mí*, ni derecho, ni poder. La muerte misma a la cual Jesús va a someterse será enteramente libre y voluntaria (10:18); será el sacrificio de su abnegación y de su amor. Para hablar así, era necesario que Jesús tuviera conciencia de su perfecta santidad.

36. La muerte libre y voluntaria del Salvador hará *conocer* al *mundo* que el Hijo *ama al Padre* y *obra según su mandamiento*. Y a fin de suministrar al mundo esta demostración brillante dice Jesús a sus discípulos: *¡Levantaos, partamos de aquí*, vamos valientemente a ese jardín de Getsemaní, nuestro lugar de reunión habitual (18:2), donde me entregaré a la turba conducida por el traidor! Los dos últimos versículos son susceptibles de dos interpretaciones que, en cuanto al sentido, concurren. "El príncipe de este mundo viene, *y*, en verdad, nada tiene en mí que legitime el poder que va a tomar sobre mí, *pero*, para que el mundo conozca mi amor al Padre, me entrego a él libremente." O bien: "Viene, *pero* no



E. 1-17. La unión de los discípulos con Cristo y entre sí. — 1º *La vid y los sarmientos:* a) *Lo que Jesús es para los discípulos.* Él es la vid. Su Padre es el viñador que cercena los pámpanos estériles y limpia los fértiles. Los discípulos ya han sido limpiados por la palabra que han oído de Jesús (1-3). b) *Obligación que incumbe a los discípulos.* Permanecer en Jesús; no podrían producir fruto separados de Jesús, como no lo puede el sarmiento desprendido de la vid. En él ellos producirán mucho fruto; es lo que prueba su incapacidad de hacer nada fuera de Jesús. Si no cumplen esta obligación sufrirán la suerte del sarmiento seco que es echado al fuego. Si la cumplen, todas sus demandas serán oídas. El Padre será glorificado por el fruto abundante que ellos llevarán, y ellos se mostrarán discípulos de Jesús (4-8). — 2º *El amor de Jesús hacia los suyos y su amor mutuo:* a) *El amor con que ha amado Jesús a los suyos, la condición para permanecer en ese amor y el bien que él procura.* Jesús los ha amado como el Padre a él mismo. Obedézcanle, como él ha obedecido a su Padre, y participarán de su gozo (9-11). b) *El amor mutuo de los discípulos, inspirado por el amor con que Jesús los ha amado.* Jesús les ordena amarse recíprocamente, como él los ha amado. Este amor es el mayor de todos los amores, puesto que le impele a sacrificar su vida por sus amigos. Ellos son sus amigos, si obedecen. Jesús los llama amigos, y no siervos ya, porque están enterados de todos sus designios. Él los ha escogido de su propia iniciativa, y los ha establecido para llevar fruto permanente y obtener la atención de sus oraciones. La conclusión y el objeto de estas instrucciones es el amor fraternal (12-17).

tiene poder sobre mí; *sin embargo*, para que el mundo conozca..." Se puede también construir el v. 31 poniendo un punto después de: *así obro*. Entonces es necesario sobrentender un verbo: "*Pero* esto acontece *a fin de que el mundo conozca que amo al Padre, y* que, *como el Padre me ha ordenado, así obro. Levantaos, partamos de aquí.* La mayor parte de los editores del texto y de los traductores prefieren esta puntuación. Pero la que hemos adoptado, con Rilliet, Astié, Godet, es más natural y da un giro más vivo a la palabra de Jesús. A pesar de la orden dada a sus discípulos, Jesús continúa sus discursos (15:1) sin que nada indique un cambio de escena. De ahí, entre los intérpretes, dos maneras de explicar la situación. "Después de esta orden: levantaos, se puede imaginar que toda la sociedad se levanta, en efecto. Pero Jesús, completamente lleno de lo que quería aún decir a sus queridos discípulos en el momento de la separación, y retenido por su amor, vuelve a tomar la palabra, pronuncia de pie los discursos de los caps. 15 y 16, y su última oración (cap. 17); y sólo después de esto tiene lugar la partida para Getsemaní. (18:1.)" *Meyer*. Tal es, también, la opinión de Lücke, Tholuck, Olshausen, Keil, Luthardt, Weiss. Por otra parte, Lutero, Lange, Ebrard, Hengstenberg, Gess, Godet, piensan que Jesús y sus discípulos dejaron, en ese momento, la sala donde estaban reunidos y se trasladaron a algún lugar solitario del valle del Cedrón, cerca de Getsemaní, donde Jesús habría pronunciado los discursos que siguen, así como su última oración. Esta opinión difícilmente concuerda con 18:1. Se puede objetar también que si Jesús hu-

XV Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador [1]. Todo sar-
2 miento que en mí no lleva fruto, lo quita; y todo el que lleva fruto
3 le limpia para que más fruto lleve [2]. Ya vosotros limpios sois por

biera pronunciado la oración sacerdotal (cap. 17) sobre el camino de Getsemaní y en el momento de llegar a ese lugar, habría pasado casi instantáneamente de la paz profunda que en esta oración se expresa a las terribles angustias que experimentó en el huerto de los Olivos. (Mat. 26: 37; Mar. 14:33.) Eso no es verosímil desde el punto de vista psicológico. Esa suposición aumenta la dificultad que hay en conciliar el relato de Juan con los de los sinópticos.

1. Los intérpretes se han preguntado que circunstancia exterior podía haber insinuado a Jesús a presentarse a sus discípulos bajo la figura de una *vid*. Unos piensan que fué la vista de la copa con que acababa de instituir la cena, pronunciando estas palabras: "No beberé más de este producto de la vid..." (Mat. 26:29); otros que una parra adornaba las paredes exteriores del aposento alto y sus sarmientos entraban por las ventanas. Los exégetas que admiten que este discurso fué pronunciado al aire libre, sobre los declives del Cedrón (14:31, nota), se imaginan a Jesús pasando a lo largo de un viñedo. Pero puesto que el evangelista ha guardado silencio sobre este detalle, podemos resignarnos a ignorarlo, y agregaremos, con R. Stier, que hay algo de mezquino en pensar que Jesús debía necesariamente tener ante sus ojos el objeto material que toma por figura. Más digna de toda nuestra atención es la admirable parábola con la cual figura su unión con los suyos, esta unión de que acababa de hablarles (14:18-23), esta unión que quería ser tan viviente, tan íntima, tan orgánica como lo es la de los sarmientos con la vid, de la que sacan la savia, la vida, la fertilidad. Él es la *vid verdadera*, la que, en la esfera espiritual y moral, y en sus relaciones con las almas, realiza plenamente la idea de la vid en la naturaleza. "La palabra *vid*, observa Godet, comprende aquí el tronco y las ramas, como el término *el Cristo*, 1 Cor. 12:12, designa a Cristo y a la iglesia." La vid es una planta sin apariencia (Isa. 52: 2) y sin hermosura (Jesús no toma por figura el cedro del Líbano). pero es vivaz y produce frutos exquisitos, vino generoso. Tal planta da lugar a una comparación llena de verdad, de riqueza y de hermosura. *Mi Padre es el viñador*, gr. *el cultivador*, agrega Jesús. Dios, en efecto, ha plantado esa cepa en el seno de nuestra humanidad, al enviar su Hijo al mundo, y por la efusión del Espíritu, provocará su crecimiento; Dios lleva las almas a la comunión con el Salvador (6:37,44); Dios en fin, por el trabajo incesante de su gracia, purifica y santifica a los que ha atraído al Salvador. (v. 2.)

2. Se puede traducir: *todo sarmiento* que está *en mí*, unido en apariencia a la vid, y *que no lleva fruto*; o bien: *todo sarmiento que no lleva fruto en mí* por su unión orgánica conmigo. Hay, en la vid, brotes silvestres que no *llevan* jamás *fruto*: el viñador los *cercena*, a fin de que no absorban inútilmente la savia. Un hombre puede, de diversas maneras, pertenecer exteriormente a Jesucristo uniéndose a su iglesia, profesando la fe cristiana sin tener parte en la vida santificadora del Cristo. Temprano o tarde, se verá *cercenado*, excluído de



4 causa de la palabra que os he hablado [3]. Permaneced en mí, y yo en
vosotros. Conforme no puede el sarmiento llevar fruto de sí mismo si no permaneciere en la vid, así tampoco vosotros si en mí no
5 permaneciéreis [4]. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que
permanece en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto, porque fuera
6 de mí no podéis hacer nada [5]. Si alguien no hubiere permanecido

esa comunión aparente con el Salvador. Pero los verdaderos *sarmientos llevan fruto*. A éstos, Dios los *limpia*, los *purifica*, o según la mayor parte de nuestras versiones, los *poda*. Adoptamos el primero de esos términos para hacer resaltar, como en el griego, la relación de ese acto con las palabras que siguen: Ya vosotros sois *limpios*. (v. 3.) Jesús quiere decir que esos sarmientos fértiles deben ser limpiados de todo brote inútil, y aun de una parte de su follaje que impediría al fruto madurar. Dios es aún quien prosigue, en sus hijos, esta obra de purificación y de santificación continua; la realiza por su palabra (v. 3), por su Espíritu, por todos los medios de su gracia. Y si esto no basta, el celestial cultivador emplea el instrumento cortante y doloroso de las pruebas, del sufrimiento y de los renunciamientos que impone a sus hijos. Pues lo que él quiere a todo precio, es que *lleven más fruto*.

3. Jesús, volviéndose hacia sus discípulos, les conforta respecto de esta palabra severa: *limpia* todo sarmiento que lleva fruto. *Ya* son ellos *limpios*, puros, en el sentido indicado en el v. 2, es decir que por medio de la *palabra* divina de Jesús les ha *anunciado*, un principio imperecedero de vida nueva ha sido depositado en su corazón, y se desarrollará allí poco a poco hasta la perfección. Jesús expresa en otra parte esta idea profunda y consoladora. (13:10:17:8; Comp. Jac. 1:18; 1 Pedro 1:23.)

4. De las palabras precedentes que describen su posición de sarmientos unidos a la vid *(en mí)*, se deriva para los discípulos un deber absoluto que Jesús formula así: *permaneced en mí*, renunciando constantemente a todo mérito propio, a toda sabiduría propia, a toda voluntad y fuerza propias; lo que es la condición de una comunión viva conmigo. Si lo hiciereis, yo permaneceré *en vosotros*, como la fuente inagotable de vuestra vida espiritual. Si no, os condenaríais a la esterilidad del *sarmiento* separado de la *vid*. Esta consecuencia resulta con evidencia de la figura misma empleada por Jesús. Jesús establece así claramente la distinción entre la naturaleza y la gracia.

5. A fin de hacer más impresionante aun la consecuencia negativa que precede, Jesús declara solemnemente que él es la vid y sus discípulos son los sarmientos; pero es para inferir una vez más que *en él*, llevarán *mucho fruto*, pero que, *fuera de él*, no llevarían ninguno, no más que el sarmiento separado de la vid. Esta segunda idea, introducida por la palabra *pues*, *porque*, parece dada como una prueba de la precedente afirmación; eso no parece a primera vista muy lógico: el hecho de que *fuera de* Cristo no pueden hacer nada no prueba que, *en Cristo*, llevarán *mucho fruto*. ¿Mas quién lleva ese fruto? Solamente el que permanece *en mí*, dice Jesús; de donde resulta que sólo el Espíritu de Cristo, como la savia de la vid en el sarmiento, hace llevar fruto al hombre; es lo que confirma *(pues)* el hecho bien experimentado de que el hombre *fuera* de

en mí, es echado fuera como el sarmiento y se seca, y los allegan
7 y al fuego los echan, y arden [6]. Si permaneciéreis en mí y mis pa-
labras en vosotros permanecieren, cualquiera cosa que quisiéreis
8 pedid; y os será hecha [7]. En esto es glorificado mi Padre, que mu-
cho fruto llevéis, y os volveréis discípulos míos [8].

Cristo, como el sarmiento separado de la vid, no *puede* producir *nada*, nada de verdaderamente bueno, nada que soporte la mirada del Dios santo y que le sea agradable. San Agustín infería de este pasaje la entera incapacidad moral del hombre para el bien. A lo que Godet responde con Meyer y los exégetas modernos: "El tema aquí formulado no es el de la impotencia moral del hombre natural para todo bien; es el de la no fecundidad del creyente dejado a sus propias fuerzas, cuando se trata de producir de adelantar la vida espiritual, la vida de Dios, en él o en los demás."

6. No solamente quien *no permanece* en Jesús, en comunión viva con él, no puede hacer nada (v. 5), sino que va al encuentro de una sucesión de juicios terribles. El *sarmiento* separado de la vid es primeramente *echado fuera*, fuera de la viña que representa el reino de Dios, y *se seca* necesariamente, puesto que no recibe ya la savia de la vid. Piénsese en Judas, por ejemplo, cuya ruina acababa de anunciar Jesús. (13:21 y sig.) Pero este juicio, moralmente realizado desde ahora, tendrá, en el último día, su resultado trágico, que describen las palabras siguientes: luego *recogen esos sarmientos, y los echan al fuego, y arden;* ¿quién es el sujeto de estos verbos? En la parábola son los siervos del viñador; en la realidad son los ángeles de Dios. (Mat. 13:40-42.) Todos estos verbos están en presente, y hacen la escena tanto más actual y viva. El pensamiento se fija con pavor en esta última palabra: *arden*. (Comp. Mat. 3:10.) *D*, algunas *mayúsc.* y vers. tienen: *lo* recogen, *lo* echan al fuego. Tischendorf adopta esa lección.

7. Después de haber pronunciado estas temibles palabras, vuelve Jesús con ternura a sus discípulos que *permanecen* en él (la palabra *si* no expresa una duda), y les promete las más preciosas gracias: todas sus oraciones serán oídas (v. 16;14:13,14; 16:23) y tendrán la dicha de glorificar a Dios con frutos abundantes. (v. 8.) La comunión de los discípulos con Jesús es expresada aquí por estos dos términos: *Si permaneciereis en mí y mis palabras permanecieren en vosotros*, y no, como lo harían entender los v. 4 y 5: y yo permaneciere en vosotros. Las *palabras* de Jesús, que son espíritu y vida, y que ellos guardan en su corazón, son el vínculo viviente de comunión con él. Inspirados por ellas, están en la fuente de todas las gracias divinas, y sus oraciones, que no serán más que las palabras de Jesús transformadas en súplicas, obtendrán siempre segura concesión. "Dos cosas correlativas: las palabras de Jesús a las cuales ellos obedecen, y sus oraciones que serán oídas". *Bengel.*

8. *En esto*, no se refiere a lo que precede, como lo quiere Meyer, sino a lo que sigue: En que *llevéis mucho fruto, el Padre es glorificado.* Dios en sus perfecciones, su poder, su santidad, su amor, *se glorifica* al reproducir, en el menor de sus hijos, esos diversos rasgos de su semejanza, más que por toda la magnificencia de las obras de la creación. Llevad mucho fruto a la gloria de Dios, eso será la



9 Conforme me amó el Padre también yo os he amado; perma-
10 neced en el amor mío [9]. Si mis mandamientos guardáreis, perma-
neceréis en mi amor, conforme yo de mi Padre he guardado los
11 mandamientos y permanezco de él en el amor [10]. Esto os he habla-
do para que el gozo mío en vosotros esté y vuestro gozo sea cum-
12 plido [11]. Este es el mandamiento mío, que os améis unos a otros

prueba cierta de que sois *mis discípulos* y el medio de *volveros* tales cada vez más. El griego tiene: *y os volveréis (B,D y os volváis) discípulos míos*, verdaderamente *discípulos* y verdaderamente *míos*. "Es necesario siempre *volverse* discípulo; no se es tal una vez por todas". *Godet.*

9. En la instrucción que hasta aquí ha sacado de la parábola de la vid y los sarmientos, Jesús no ha hablado expresamente de *su amor* por sus discípulos; pero cada rasgo de esta hermosa figura respira ese amor. ¿Qué prueba la insistencia con que les recomienda permanecer en él, y qué significa su promesa reiterada: Yo permaneceré en vosotros, sino que los *ama?* Ahora se lo dice con efusión. El amor inefable de su *Padre* para con él es la medida de su amor para con ellos. ¡Qué conmovedor motivo de *permanecer en su amor!* El amor de que habla no es el amor de ellos para con él, sino su amor para con ellos, que él les abre como una atmósfera de luz, de vida, de paz, en la cual podrán respirar, pensar, amar, obrar. ¿Por qué estos verbos en pretérito: mi Padre *me amó*, yo os *he amado?* Porque Jesús, que llega al fin de su vida, echa una mirada hacia atrás y comprueba con emoción que jamás el amor de su Padre le ha faltado (5:20; 8:29:10:17), y que él mismo ha amado siempre a los suyos tiernamente. (13:1,34). Pero este doble amor es, por su naturaleza, permanente, eterno. Lutero, con ese genio práctico que debía hacer de su versión un libro popular, traduce atrevidamente por el presente: "Como mi Padre me ama, yo también os amo". Todo creyente sincero y humilde puede, en este sentido, aplicarse la admirable declaración del Salvador.

10. Jesús no ha *permanecido* en el amor de su Padre, no ha disfrutado de ese amor más que por su perfecta obediencia; los discípulos tampoco pueden sentirse dichosos en el amor del Salvador sino con esa condición. Pero en ello estribará su gozo. (v. 11).

11. *Esto* es todo este discurso (v. 1-10) relativo a la comunión íntima en que les invita a vivir con él, particularmente el deber de permanecer en su amor y seguirle en la senda de la obediencia. (v. 10). Todo eso les ha dicho a fin de poder hacerlos compartir *su gozo* que será *en ellos*. No hay que entender por ello ni el gozo que él producirá en ellos, ni el gozo cuyas fuentes les descubre, ni el gozo que él siente respecto de ellos, ni el gozo que ellos tienen en él, sino *su gozo* (gr. *el mío*), el gozo íntimo y profundo que él mismo gusta en el amor de su Padre, y que la aproximación de los sufrimientos y de la muerte no puede quitarle, porque sabe que su sacrificio será la redención del mundo. Él quiere hacerlos participar de ese gozo como de *su amor* (v. 10), como de *su paz* (14:27). Ese gozo será *en ellos* y crecerá hasta tornarse en *gozo cumplido.* (Comp. 17:13). El apóstol Pablo conocía muy bien este gozo que subsistía para él en medio de sus padecimientos y que recomendaba tan a menudo a sus hermanos. (2 Cor. 13:11; Fil. 2:17;4:4).

13 conforme os he amado[12]. Mayor amor que éste nadie tiene, que
14 alguien ponga su vida por sus amigos[13]. Vosotros amigos míos
15 sois, si hiciéreis lo que yo os mando[14]. No os llamo más siervos,
porque el siervo no conoce qué hace su señor; mas os he llamado
amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os he hecho conocer[15].
16 No me elegísteis vosotros, sino que yo os elegí, y os puse para que
vosotros vayáis y llevéis fruto y vuestro fruto permanezca, para
que cualquiera cosa que pidiéreis al Padre en mi nombre os dé[16].
17 Esto os mando, para que os améis unos a otros[17].

12. El *amor* de Jesús viviente en el corazón de los discípulos es la fuente de su amor mutuo. Insiste sobre este *mandamiento*, cuya observancia es el alma de la vida cristiana. (v. 10, 17; Comp. 13:34). La medida del amor que deben tener unos a otros está en esta frase: *como yo os he amado*. Y Jesús va a decir cómo los ha amado. (v. 13).

13. *Dar su vida por sus amigos*, es la mayor prueba de amor que se les pueda dar. Por eso, contemplar a Jesús muriendo sobre la cruz será siempre el mejor medio de empaparse de la grandeza de su amor. Esta palabra del Maestro quedó profundamente grabada en el corazón de nuestro evangelista; él la repetía, más tarde. tomando al pie de la letra el deber que resulta para los discípulos de Jesús, el de dar también su vida por sus hermanos. (1 Juan 3:16). Se podría decir que, según el apóstol Pablo, Jesús ha mostrado un amor mayor aun, cuando quiso morir, no solamente por *sus amigos*, sino "por pecadores". (Rom. 5:8). De Wette refuta esta objeción diciendo, 1º que aquí no hace Jesús esa diferencia, porque tiene en vista el amor fraternal que quiere inspirar a sus discípulos, y 2º que es también "el amigo de los pecadores" (Luc. 7:34), y que amándolos hasta la muerte quería precisamente hacer de ellos *sus amigos*.

14. Jesús acaba de decir que él da su vida por sus amigos. Luego, volviéndose amorosamente hacia sus discípulos, agrega: *¡Vosotros sois mis amigos!* Equivalía a decirles al mismo tiempo: Lo probaréis, por vuestra parte, por *la obediencia* del amor. (Comp. v. 10, nota).

15. Jesús querría hacerles apreciar en sumo grado este hermoso título de *amigo* que acaba de darles. Y, para ello, les explica su profundo sentido. *No os llamo más siervos, esclavos*, porque el siervo queda extraño a los pensamientos y a los proyectos de *su amo; mas* os he probado que sois *mis amigos, porque os he hecho* conocer todos los designios de misericordia y de amor que *mi Padre* me ha encargado cumplir para la salvación del mundo. Esto es lo que Jesús expresa con estos términos familiares: *todas las cosas que oí de mi Padre*. Estas palabras: *No os llamo más siervos* no están en oposición ni con el v. 20, que enuncia un principio general, ni con el hecho de que los discípulos continuaron siempre llamándose "siervos de Jesucristo" (Ac. 4:29; Rom. 1:1; Gál. 1:10, etc.); pues, a pesar de todo su amor por su Maestro, jamás pudieron olvidar que era el *Señor;* y cuanto más los elevaba él hasta sí, tanto mayor necesidad sentían de humillarse en su presencia. (v. 16, nota).

16. Aunque Jesús ha elevado a sus discípulos hasta esta relación íntima de amor con él, no deben ellos olvidar que en esto toda la iniciativa ha venido de él. Él los *escogió* para su apostolado. (Luc. 6:13; Juan 6:70; 13:18). El verbo griego está compuesto con una partícula que significa "escoger de en medio de". Él los escogió de en medio del mundo (v. 19), donde habrían quedado, sin la libre gracia del Salvador. Él también los *estableció* en su apostolado, y los calificó con sus dones para esa grande y santa vocación. Todo esto, agrega Jesús, lo he hecho *a fin de que vayáis* (Mat. 28:19) libremente, alegremente, a vuestra obra y podáis *llevar fruto*, fruto que será permanente para la vida eterna. De estas palabras: Yo os escogí y establecí, depende también el segundo *para;* ellos están, por este hecho, en una posición que les asegura que *todo lo que pidan al Padre en el nombre* del Salvador, *él se lo dará*. (14:13;16:23).



F. 18. Cap. 16:4. El odio del mundo. — 1º *Los discípulos aborrecidos como el Maestro*. Jesús anuncia a sus discípulos que el mundo los aborrecerá, porque a él primero aborreció, y porque ellos no son del mundo sino que de él han sido sacados por Jesús. Él se lo ha dicho: El siervo no es mayor que su amo. Esperen pues encontrar las mismas persecuciones y los mismos éxitos. El mundo los perseguirá con su enemistad a causa del nombre de Jesús, y porque no conoce a Dios (18-21). — 2º *La culpabilidad de ese aborrecimiento del mundo*. La incredulidad del mundo frente a la aparición y las palabras de Jesús no tiene excusa. Su odio alcanza a Dios. Si Jesús no hubiera realizado sus obras sin ejemplo, los judíos no tendrían pecado; pero las han visto y han aborrecido a Jesús y a su Padre. Han cumplido la escritura (22-25). — 3º *El sostén de los discípulos*. El espíritu de verdad que Jesús les enviará de parte del Padre dará tetimonio de él; ellos también darán testimonio, porque habrán estado desde el principio con él (26,27). — 4º *Jesús describe anticipadamente las persecuciones que tendrán que sufrir y les indica su causa*. Para prevenir el escándalo que los discípulos podrían recibir, les enumera Jesús las persecuciones que los esperan; la exclusión de las sinagogas, la muerte; los perseguidores obrarán así creyendo servir a Dios, porque no conocerán ni al Padre ni a Jesús. ¡Cuando la prueba haya llegado, recuerden estas predicciones! Él no las hizo desde el principio, porque con ellos estaba (16:1-4).

18 Si el mundo os aborrece, sabed que a mí primero que a vos-
19 otros aborreció ha[18]. Si del mundo procediérais, el mundo amaría

17. Esta es la conclusión de esta parte del discurso, desde el v. 9. *Estas cosas*, estas palabras y estas instrucciones del Salvador, en las cuales todo es amor de su parte, han sido por él prodigadas a los suyos, *a fin de que* a su vez *se amen unos a otros*. Les hace de ello una dulce obligación, sobre la cual insiste (13:34; 15:12); por eso los apóstoles comprendieron la inmensa importancia de este amor mutuo que es el alma de la iglesia en su comunión con el Salvador. (1 Juan 2:7 y sig.; 3:11; 4:20,21; Rom. 13:8 y sig.).

18. ¡Qué doloroso contraste! A tanto amor de parte del Salvador, el *mundo* responde con el *odio* que mantiene contra él y sus discípulos. Jesús lo comprueba con tristeza, en varias ocasiones. (7:7; 15:24; 17:14). Y quiere que sus discípulos lo *sepan*, a fin de que, cuando tengan que sufrir

lo suyo; mas porque del mundo no procedéis, sino que yo os elegí
20 fuera del mundo, por esto os aborrece el mundo [19]. Acordaos de la
palabra que yo os he dicho: No es un siervo mayor que su señor [20].
Si a mí han perseguido, también a vosotros perseguirán; si mi pa-
21 labra han guardado, también la vuestra guardarán [21]. Pero todo

ese odio del mundo, recuerden que ha sido la porción de Aquél cuya caridad igualaba a su santidad, y sean así preservados del desaliento y de la duda. (Comp. 1 Juan 3:13; 4:5,6).

19. Jesús indica aquí a sus discípulos la razón muy natural de ese extraño fenómeno de que les habla. *Si fuerais del mundo,* si tuvierais sus principios y su espíritu, *él os amaría,* porque seríais *de él;* pero, porque (gr.) *yo os escogí fuera del mundo,* os saqué de su seno y os sustraje a su dominio, para atraeros a mí y haceros mi propiedad, *él os aborrece.* Era, para los discípulos, un consuelo saber que no pertenecían ya a ese mundo que iba a crucificar al Santo y al Justo, sino enteramente a este Salvador amado. Esta palabra de *mundo,* repetida cinco veces en este solo versículo, tiene algo de muy solemne y el cuadro que Jesús traza aquí (hasta el v. 25) de la oposición y de la enemistad del mundo, hace de estos versículos una pintura clásica del carácter que toda la escritura atribuye a los adversarios de la verdad divina.

20. Les había *dicho esta palabra* (13:16) para exhortarlos a la humildad; se la recuerda aquí para animarlos a sufrir con paciencia. (Comp. Mat. 10:24).

21. Puesto que el siervo no es mayor que su señor, los discípulos no deben esperar evitarse las *persecuciones* que su Maestro ha soportado; él se lo previene, a fin de que no se desalienten cuando aquéllas se produzcan. (16:1-4). Mas ¿cuál es el sentido de estas últimas palabras: *si han guardado mi palabra, guardarán también la vuestra?* A primera vista, parece muy sencillo considerar como sujeto de la proposición los individuos bien dispuestos que se han separado de la masa hostil: si, aun en medio de su pueblo que le rechazaba, tuvo Jesús la dicha de ver un corto número de almas recibir su palabra y allegarse a él, lo mismo ocurrirá con los discípulos. Tal es la interpretación de Olshausen, Lange, Godet. Pero se objeta a esta interpretación que el sujeto de la segunda parte del v. 20 debe ser el mismo que el de la primera parte, a saber los judíos perseguidores, a los cuales, por lo demás, se refieren todos los verbos de este discurso. (v. 20,21,22 y hasta el v. 25). No hay que ver, con Grotius y Stier, en la segunda proposición, una dolorosa ironía: ¡no guardarán vuestra palabra más que guardaron la mía!... La ironía no conviene a la seriedad y a la serenidad de este discurso; y esta declaración amarga no sería exacta, pues el fracaso de Jesús no había sido completo. Es necesario dejar a la palabra de Jesús su sentido general. La acogida que ha recibido de parte del *mundo* presagia a los discípulos la acogida que ellos mismos deben esperar: unos los perseguirán, otros guardarán su palabra; un tercer grupo, como Saulo de Tarso, pasarán de las filas de los perseguidores a las de los fieles. El *mundo* enemigo de Dios no es jamás toda nuestra humanidad; su oposición violenta contra el evangelio no se manifiesta por todas partes de la



esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que
22 me envió [22]. Si no hubiera venido y les hubiera hablado, pecado no
23 tendrían; mas ahora no tienen excusa sobre su pecado. El que me
24 aborrece también a mi Padre aborrece [23]. Si no hubiera hecho en-
tre ellos las obras que ningún otro hizo, pecado no tendrían; más
ahora, y han visto y han aborrecido tanto a mí como a mi Padre [24];
25 pero es para que se cumpla la palabra en su ley escrita: Aborrecié-

misma manera absoluta. Queda siempre un vasto campo donde los discípulos pueden esparcir la palabra de vida con la certidumbre de encontrar almas que la *guardarán.* Tal es la interpretación de Wette, Meyer, Luthardt, Weiss, Keil, Astié.

22. Esta enemistad del mundo que Jesús anuncia a los discípulos podrá asombrarlos y llevarlos a preguntarse si no llevan mal camino. *Pero,* añade Jesús, no os dejéis detener, esto está en la naturaleza de las cosas. Y les da de ello dos razones que explican todo. Os harán todo eso *a causa de mi nombre,* ese nombre que ellos aborrecen, aunque es la expresión de la verdad y de la santidad de Dios. (Comp. Act. 4:17; 9:14; 26:9; Mat. 24:9). Y sentirán ese aborrecimiento *porque no conocen al que me envió.* Si le conocieran, recibirían con solicitud a su enviado (16:3). Esta explicación que Jesús da a sus discípulos debía ser, y fué en efecto para ellos, después, una poderosa consolación; serán dichosos de sufrir por *el nombre de Jesús* (Act. 5:41; 21:13); se glorificarán de esos sufrimientos por él (Rom. 5:3; 2 Cor. 12:10), porque verán en ellos un rasgo de su semejanza con él, un medio de testificarle su amor.

23. ¿En qué consiste propiamente el pecado de los israelitas, por el cual *no tienen excusa?* en el hecho de que no han reconocido al Mesías en Jesús. La incredulidad y las innumerables rebeliones de que se habían hecho culpables en el curso de su historia, no les hubieran sido imputadas como *pecado* si hubieran teminado por acoger al Salvador. Sin duda, eran responsables de aquéllas; pero esa responsabilidad desaparece, por así decirlo, ante el crimen que Jesús les reprocha aquí. Él había *venido* a ellos, habían ellos sido testigos de su vida santa, de sus obras (v 24); les *había hablado* de toda la misericordia y de todo el amor de su Padre; y, en presencia de esa manifestación divina, se habían endurecido en una incredulidad que llegaba hasta el *odio.* Ahora bien: ese *odio* contra el Hijo de Dios llegaba hasta *su Padre,* e iba a saciarse con el asesinato del Santo y del Justo. Ese era el *pecado* por el cual *no tenían excusa* (gr. *pretexto).* La palabra: *El que me aborrece, aborrece también a mi Padre,* no se justifica más que siendo Jesús el Hijo de Dios. (Comp. 5:23; 12:44; 14:9).

24 A sus palabras que han oído (v. 22), Jesús ha agregado, y esto aumenta su culpabilidad, *obras* que ellos *han visto.* Eran *obras que ningún otro ha hecho,* pues llevaban el sello de la divinidad (5:36; 9:3,4; 10:37,38; 14:10). Aun los menos inteligentes, que habrían podido no comprender sus palabras, tenían por lo menos ojos para ver sus obras. ¿Y qué sucedió? Gr. *mas ahora y han visto y han aborrecido tanto a mí como a mi Padre.* Ahí está el pecado sin excusa y la causa de la condenación.

26 ronme sin causa [25]. Mas cuando viniere el Ayudador que yo os en-
viaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del
27 Padre, aquél dará testimonio sobre mí; y vosotros dais testimonio,
porque desde el principio conmigo estáis [26].

25. *Pero,...* este hecho tan extraño y tan apropiado para escandalizar a los discípulos no era imprevisto. Todo lo que acontecía a Jesús estaba predicho en las escrituras. *Su ley,* dice, como en otras partes *vuestra ley* (8: 17,18;10:34, notas), esa ley sobre la que se apoyaban y de que se jactaban, ella los acusaba. La palabra *ley* es tomada aquí en sentido general, en que designa a todo el antiguo testamento, pues la cita es sacada del Sal. 69:5 (comp. Sal. 35:19). Allí el justo, expuesto al odio gratuito de sus enemigos, es efectivamente tipo de Aquel que ha tomado sobre sí nuestros dolores; pues en todo tiempo ha existido la enemistad del mundo contra Dios y contra sus siervos.

26. Cuanto más hace Jesús presentir a sus discípulos las dificultades y las luchas que tendrán que sostener en medio del mundo, tanto más insiste en la promesa de ese poderoso *Ayudador, el Espíritu de verdad,* del que tendrán tan apremiante necesidad. (14:16,17,26; Luc. 24:49). Aquí interrumpe su descripción de la hostilidad del mundo para renovarles esta promesa, a la que volverá más largamente. (16:7-15). El *mas* con que es introducida esta proposición (v. 26), falta en *Sin., B.* La obra que Jesús atribuye al *Espíritu de verdad* (14: 17, nota) es la de un *testimonio: Él dará testimonio de mí.* ¿Cómo? Por la palabra de los apóstoles: *Y vosotros también daréis testimonio.* Hay en griego el presente: *vosotros dais,* y no el futuro. Jesús los considera como transportados al momento en que el Espíritu dará testimonio. Se podría también considerar este verbo como un imperativo: *Y vosotros también, ¡testificad!* ¿Es un solo y mismo testimonio el del Espíritu y el de los apóstoles? No, Jesús los distingue primeramente por estas palabras: *y vosotros también;* luego, por éstas principalmente: *porque estáis conmigo desde el principio.* El Salvador ha establecido a sus discípulos por *testigos* de su ministerio entero (Act. 1:8); debían estar completamente instruídos de él (Act. 1:21,22), a fin de comprobar los hechos que el Espíritu Santo no enseña directamente, mas cuyo sentido y alcance revela. En dos palabras, los discípulos dan testimonio del Cristo *histórico* al contar su vida, mientras que el Espíritu Santo, fecundando sus relatos y creando la fe en las almas, da testimonio del Cristo *viviente.* El apóstol Pedro, en uno de sus discursos, hace muy claramente esta distinción. (Act. 5: 32; comp. Rom. 8:16). El versículo 26 (así como 14: 16,17) ha sido siempre considerado en la iglesia cristiana como una revelación completa de Dios, *Padre, Hijo y Espíritu Santo.* Pero esta doctrina es puesta en una relación directa con la vida práctica, la salvación de las almas. Así responde a las profundas necesidades del hombre pecador, al cual hace falta un Padre celestial que le asegure su misericordia, un Salvador que le rescate del pecado y de la muerte, y el Espíritu Santo que le ilumine, le regenere y le santifique. (Comp. Mat. 28:19; 2 Cor. 13:13; 1 Pedro 1:2, notas). Pero, en cuanto al espíritu humano se aventura, a este respecto, en especulaciones metafísicas, cae en lo incomprensible y lo insondable. Se sabe, por ejemplo, a qué luchas acerbas y prolongadas dió lugar, entre la iglesia griega y la iglesia latina, esta sencilla palabra: *yo os enviaré el Espíritu que procede del Padre;* sosteniendo la primera que el Espíritu no procede más que del Padre, la segunda agregando esta frase tan famosa; *y del Hijo.* ¡Así, una proposición que debía revelarnos la potencia divina y luminosa del *testimonio* del Espíritu Santo se ha tornado en objeto de polémicas tan irritantes como estériles! La mayor parte de los intérpretes modernos estiman que las palabras *que procede del Padre* se refieren al envío del Espíritu Santo a los discípulos, y que por consiguiente hay que traducirlas, como lo hace Rilliet: *que sale de con el Padre.* Hay en griego la misma preposición que en la frase: *Os le enviaré de parte del Padre.* Pero Godet piensa que así comprendida la proposición: *que procede del Padre* no sería más que una repetición ociosa de la precedente, y la aplica, como los antiguos intérpretes de la iglesia griega, a las relaciones eternas y esenciales del Padre y del Espíritu.



XVI Esto os he hablado para que no tropecéis [1]. Os excluirán de
2 las sinagogas [2]; pero aun viene hora en que todo el que os matare
3 piense ofrecer culto a Dios [3]. Y esto harán porque no han conocido
4 al Padre ni a mí [4]. Pero esto os he hablado para que cuando hu-
biere llegado su hora de esto os acordéis que yo os dije [5]. Mas esto
no os dije desde el principio, porque con vosotros estaba [6].

1. *Esto* es el discurso que precede inmediatamente (15:18-27) y que Jesús acaba aquí (v. 1-4). Ha hablado a sus discípulos del odio del mundo, de las dificultades y de las luchas que hallarán en su vocación, a fin de que, cuando estén empeñados en ellas, no sean *escandalizados,* es decir, que no hallen en sus combates y sus padecimientos una *ocasión de caída* para su fe y su valor. (Véase, sobre esta expresión, Mat. 11:6 13:21; 24:10, notas).

2. *Ser excluído o expulsado de la sinagoga* era, entre los judíos, la excomunión (9:22, notas; comp. 12:42).

3. Gr. *todo el que os matare* creerá *ofrecer* a Dios *un culto de ofrenda.* Esta idea de ofrenda es expresada por el verbo griego que traducimos por *ofrecer.* Está enteramente de acuerdo con el principio rabínico que se lee en el Talmud: "quien derrama la sangre del impío iguala a quien hace un sacrificio". Ese ciego fanatismo se manifestó desde el tiempo de los apóstoles (Act. 8:1,3) y reaparece en todas las persecuciones que se han emprendido ¡en el nombre y para la gloria de Dios!

4. La causa profunda de ese fanatismo religioso es la ignorancia de Dios, que Jesús ya ha indicado con tristeza (15:21; comp. 1 Cor. 2:8). Mas esa ignorancia era doblemente culpable y sin excusa, después de la aparición del Salvador en medio de su pueblo (15:22-24). — El texto recibido, con *Sin., D,* tiene: *os* harán estas cosas. Es más natural cercenar ese *os,* pues el pensamiento de Jesús se generaliza, y anuncia que esas persecuciones se producirán, no solamente contra sus primeros discípulos sino en todos los tiempos.

5. *B, A* tienen: cuando *su* hora haya llegado. Ese pronombre ha sido omitido en los otros documentos. Hay literalmente: *os acordéis de estas cosas, que yo os dije.* El *recuerdo* de esas predicciones tan precisas de su Maestro debía sostener a los discípu-

G. 5-15. LA VENIDA DEL ESPÍRITU Y SU OBRA. — 1º *La partida de Jesús es la condición de la venida del Ayudador.* Jesús se extraña de que ni uno de sus discípulos le interrogue acerca de la meta gloriosa hacia la que se dirige, y de que queden absortos en la tristeza que les causa su partida. Declara que esa partida les conviene, pues tendrá por consecuencia el envío del Ayudador (5-7). — 2º *La obra del Espíritu en el mundo.* Le demostrará que su incredulidad respecto de Jesús era culpable; que Jesús era el Justo, él, que habrá sido elevado a la gloria y vuelto invisible a los ojos de sus discípulos; que el juicio es inminente, ese juicio que habrá comenzado por la ruina del poder de Satanás (8-11). — 3º *La acción del Espíritu sobre los discípulos.* Jesús tendría aún muchas cosas que decirles, pero no pueden ellos recibirlas ahora. El Espíritu de verdad les hará explorar todo el dominio de la verdad; la dependencia en que se encuentra respecto del Padre dará autoridad a sus revelaciones; éstas se referirán a las cosas futuras. Glorificará a Jesús comunicando a los discípulos lo que es de Jesús, pues lo que pertenece al Padre pertenece también a Jesús (12-15).

los en sus sufrimientos, haciéndoles comprender que el odio del mundo no les era personal, sino que se hallaba basado en la enemistad del corazón del hombre contra Dios (v. 1).

6. Mientras Jesús estaba con sus discípulos, contra él se dirigía la oposición de la incredulidad; y como su presencia bastaba para proteger y confortar a los suyos, les evitaba las más sombrías predicciones relativas al odio del mundo. — Pero estas palabras: *No os las dije desde el principio,* presentan una dificultad que ha ocupado singularmente a los exégetas. En efecto, *desde el principio,* es decir, desde el sermón del monte (Mat. 5:10-12; Luc. 6:22,23), y desde el primer envío de los discípulos (Mat. 10:16 y sig.; Luc. 12:51 y sig.), Jesús había anunciado muy claramente a sus discípulos que tendrían que soportar persecuciones. De nada sirve decir, con Bengel y otros, que esas predicciones eran menos explícitas que las de nuestro capítulo, lo que no es exacto, o recordar que los discípulos no las habían comprendido, lo que no importa a la cuestión. No es tampoco una solución observar con Luthardt que, en el último discurso de adiós, estas predicciones tenían una importancia muy distinta. Algunos intérpretes, Olshausen, Meyer, Godet, han recurrido a la idea de que los sinópticos no refieren las palabras de Jesús en su orden cronológico, sino que han agrupado artificialmente, en el sermón del monte y en el discurso del cap. 10 de Mateo, enseñanzas pronunciadas en diversas épocas y especialmente en los últimos tiempos de su ministerio. Eso es lo que habría que probar primeramente, y la prueba está lejos de ser hecha. Por lo demás, es inadmisible que Jesús jamás haya hablado de persecuciones a los suyos hasta estas últimas pláticas. La oposición, a menudo violenta, de que fué objeto desde el principio, le indujo a ello necesariamente. Pero no les había aún presentado este asunto como lo hace ahora: lo que hay de nuevo en el discurso actual, es que les descubre la causa profunda y dolorosa de esas persecuciones que tendrán que soportar, el odio del mundo contra él mismo y contra los suyos, un odio tal que Dios mismo es el primer objeto de él (15: 18-24). Tampoco hasta entonces les había señalado tan directamente ese fanatismo ciego



5 Mas ahora voy al que me envió, y ninguno de entre vosotros
6 me pregunta: ¿Adónde vas? sino que porque esto os he hablado, la
7 tristeza ha llenado vuestro corazón [7]. Yo empero la verdad os digo:
Os conviene que yo me vaya; pues si no me fuere, el Ayudador de
cierto no vendría a vosotros; mas si me fuere lo enviaré a vos-
8 otros [8]. Y habiendo venido aquél convencerá al mundo sobre pecado
9 y sobre justicia y sobre juicio [9]; sobre pecado, porque no creen en

del que él debía ser, al día siguiente, la primera víctima. El no les había revelado *desde el principio* esas profundidades de la corrupción humana, porque no debían manifestarse más que en presencia de la cruz. En los primeros tiempos, cuando disfrutaban aún del favor del pueblo, los discípulos no habrían creído tales predicciones.

7. Oyendo estas palabras tan claras: *ahora me voy al que me envió,* los discípulos se detienen únicamente en el dolor de la separación, *la tristeza llena su corazón,* y ni sueñan en pedir nuevas luces acerca del fin glorioso que su Maestro iba a alcanzar. Jesús se extraña de ello y se aflige, y querría provocar en ellos preguntas a las cuales sería dichoso en responder. Tomadas en este sentido preciso, estas palabras no están en contradicción con la pregunta de Pedro (13: 36), la interrupción de Tomás (14:5). En ese momento, los discípulos, enteramente preocupados aún por un reino terrestre del Mesías, deseaban no ser separados de él, sino al contrario poder seguirle inmediatamente (13: 37).

8. Jesús querría sacar sus discípulos de esa melancólica tristeza que los deja mudos en su presencia; y, para ello, procura hacerles comprender que su regreso a la gloria es la condición indispensable del envío del Espíritu Santo que será para ellos la luz y la vida. El verdadero comentario de estas palabras se halla en el cap. 7:39. (Véase la nota). — Esta frase: *os conviene que yo me vaya,* es pues, desde dos puntos de vista, una verdad profunda. Por una parte, era necesario que la obra de nuestra redención fuera cumplida por la muerte, por la resurrección del Salvador y por su elevación a la gloria divina; era necesario, en una palabra, que "toda potestad le hubiera sido dada en el cielo y por la tierra" (Mat. 28:18), para que pudiera derramar su Espíritu sobre los suyos. Por otra parte, éstos iban a ser elevados por este espíritu a una vida religiosa muy superior a la que habían conocido hasta entonces. Iban a ver ensancharse el estrecho horizonte en que habían vivido. "No conocerán más a Cristo según la carne", bajo su "forma de siervo"; mas, por una comunión espiritual y viva con él, le poseerán glorificado y comprenderán la espiritualidad y la universalidad de su reinado, que irán a establecer sobre la tierra, por la potencia de su Espíritu. Erales pues *conveniente* que él se fuera. Esta palabra, que debió parecer misteriosa a los discípulos, es, en un sentido, aplicable a todos los cristianos, pues todos deben elevarse del conocimiento del Cristo histórico al del Cristo glorificado y viviente.

9. Por tercera vez (14:16,17; 15: 26), Jesús vuelve a la grande promesa del Espíritu que disipará la tristeza de los discípulos y proveerá a todo en su vida y en su obra. Jesús describe aquí la acción potente de ese Espíritu sobre *el mundo* (v 8-11), luego sobre los discípulos mismos (v. 12-

10 mí [10]; sobre justicia, porque al Padre voy y no me véis más [11]; so-
11 bre juicio, porque el príncipe de este mundo está juzgado [12].

15). En cuanto al mundo, el Espíritu le *convencerá* con potencia *de pecado, de justicia y de juicio. Convencer* es un término jurídico; así se dice: convencer a alguno de un crimen ante un tribunal. En la escritura, esa palabra tiene siempre un sentido moral, íntimo, que se realiza en la conciencia. Nuestras versiones francesas, la traducen a menudo por *reprender, ser reprendido*, lo que produce la *convicción* (3:20; 8:9,46; Mat. 18:15; Luc. 3:19). Cuando un alma es así *convencida* de estos tres grandes hechos del mundo moral: *pecado* delante de Dios, *justicia* divina, *juicio* eterno, se produce en ella una crisis cuyo resultado puede ser el arrepentimiento y la salvación (1 Cor. 14:24,25), o el endurecimiento y la ruina (Act. 24:25). Algunos exégetas no han visto más que este último sentido en nuestro pasaje, que anunciaría así la condenación del mundo incrédulo (v. 9, 11). No podríamos admitir esa interpretación. La condenación no es toda la obra del Espíritu, que quiere convencer a fin de convertir y salvar. — Estas tres palabras: *pecado, justicia, juicio*, están sin artículo, tomadas en su mayor generalidad; pero Jesús añade a cada uno de esos términos un motivo que determina su sentido e indica su causa (v. 9-11).

10. Convencer al mundo *de pecado*, tal es la primera acción del Espíritu de Dios; es también el primer paso que pueda hacer el pecador hacia su renovación moral. Pero a la idea general del pecado expresada en el v. 8, Jesús añade un rasgo especial que caracteriza la verdadera naturaleza del pecado en todo hombre y en particular en *el mundo* judío que había rechazado al Mesías, la incredulidad: *de pecado, porque o en cuanto no creen en mí.* La más abrumadora demostración del pecado en el hombre, de su enemistad contra Dios, de su rebelión, consiste en rechazar a Aquel que fué sobre la tierra la imagen viviente de la santidad y del amor de Dios. Ese es *el pecado* en su esencia, la fuente de todos los demás, la única causa de la condenación. Todos los demás pecados, expiados por la muerte de Cristo, pueden ser perdonados en cuanto el pecador abraza al Salvador con fe; pero ese pecado le retiene en la muerte y hace imposible su salvación. En cuanto un hombre es *convencido* de él, no le queda ya ni excusa ni escape: es necesario que se arrepienta y vuelva a Dios, o que se pierde. Desde el día de pentecostés, esa obra del Espíritu Santo se realizó en medio del pueblo judío, por boca del apóstol Pedro (Act. 2:22,23; 3:14,15); y esa convicción de pecado penetró inmediatamente en las conciencias sinceras (Act. 2:37).

11. Al mismo tiempo que el Espíritu Santo convencerá al mundo de pecado, lo convencerá también de *justicia;* estas dos cosas son inseparables. Pero esta justicia divina ha sido manifestada al mundo en Jesucristo y, especialmente en su persona misma, por su elevación a la gloria. Aunque fuera el Santo y el Justo, no por eso dejó de ser desconocido del mundo, acusado, condenado, ejecutado como un malhechor. En él, y según las apariencias, la iniquidad triunfaba de la justicia. Pero, por su resurrección gloriosa y por su elevación a la diestra de su majestad divina, fué "declarado Hijo de



12 Aún mucho tengo que deciros, pero ahora no las podéis lle-
13 var [13]; mas cuando viniere aquél, el Espíritu de la verdad, os guia-

Dios con potencia" (Rom. 1:4), "justificado por el Espíritu" (1 Tim. 3:16), "elevado a la diestra de Dios como Príncipe y Salvador" (Act. 5:30,31; comp. 2:32,33; 3:15; 10:40). Ante todo, pues, el Espíritu Santo debía convencer al mundo de la *justicia* de Cristo mismo, como lo indica claramente el Salvador con estas palabras: *de justicia, porque,* o *en cuanto me voy a mi Padre.* El que murió sobre la cruz permanece pues eternamente *el Justo* (1 Juan 2:1; 3:7; 1 Pedro 3:18). La *justicia* de que el Espíritu convencerá al mundo es pues la justicia de Cristo, que le es personal, esta palabra no podría entenderse aquí en el sentido que el apóstol Pablo le da: La justicia que el pecador obtiene por la fe en Cristo. Agustín, Lutero, Melancton, Calvino y otros, la explican así erróneamente. Mas, como lo reconocen de Wette, Luthardt y otros exégetas, esa explicación, si no da el verdadero sentido del término de *justicia*, contiene un pensamiento que no es enteramente extraño al contexto, pues la justificación de Cristo tiene por consecuencia la justificación de los que se fían de él como de su Salvador. Jesús agrega, dirigiéndose a sus discípulos: *y no me veréis más.* Esta palabra es la confirmación de la que precede: *me voy al Padre.* Si Jesús declara a sus discípulos directamente que se va a hacer invisible por su retorno al lado del Padre, este giro personal que da al enunciado de su pensamiento puede explicarse ora por la intención de testificarles su tierna simpatía por el dolor que les causará la separación (Meyer, Luthardt), ora por el deseo de advertirles que tendrán que perder el hábito de su presencia material, que deberán aprender a no verle más según la carne, sino a entrar, por medio del Espíritu Santo, en una comunión íntima y viviente con él. Uniéndolos en esta comunión, constituyendo así la iglesia que es el cuerpo de Cristo y su representante sobre la tierra, el Espíritu Santo convencerá al mundo de la justicia de Jesucristo y demostrará a todos que Jesús es el Santo de Dios, el Salvador de los hombres, la fuente de la salvación y de la vida eterna.

12. Donde quiera que el mundo sea convencido de su propio pecado y de la justicia de Cristo, será también convencido de *juicio.* Este juicio debía empezar por el que ha sido, sobre nuestra tierra, el autor del pecado, *el príncipe de este mundo* (12:31, nota; comp. 14:30), el jefe del reino de las tinieblas. Él *está* ya *juzgado* por el solo hecho de la obra de redención que iba a realizar el Salvador. La potencia y el dominio del enemigo van a ser quebrantadas, y la tierra, donde reinaba, abierta a la predicación de la salvación. "Cada pecador arrancado a Satanás y regenerado por el Espíritu, es el monumento de la condenación del que en otro tiempo se llamaba el príncipe de este mundo". *Godet.*

13. Para que el Espíritu pueda convencer al mundo, es necesario ante todo que obre en los apóstoles que serán los instrumentos de su acción sobre el mundo. Por eso después de haber descrito ésta, Jesús promete a sus discípulos que el Espíritu los conducirá por toda la verdad y completará la instrucción que de él han

rá en la verdad toda [14]; pues no hablará de sí mismo, sino que
14 cuanto oyere hablará [15], y lo venidero os anunciará [16]. Aquél me

recibido. Las enseñanzas de Jesús a sus discípulos contenían toda la verdad divina que habían podido comprender hasta entonces (15:15; 16:30). Pero los grandes desarrollos y las aplicaciones diversas de esta verdad que debían realizarse por el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra les eran aún desconocidos; ignoraban el nacimiento y los progresos de una iglesia cristiana que uniría en un solo cuerpo judíos y paganos. Además, aunque Jesús les hubiera anunciado que debía morir por la redención del mundo (3:14-16) y les hubiera presentado la fe en él como el medio de participar de aquélla, no podía, mientras su obra no estaba acabada, enseñarles, en su plenitud, la grande doctrina de la justificación por la fe. Por último, los apóstoles no podían entonces comprender ni prever las últimas profundidades de la regeneración, del renunciamiento, de la vida divina en el hombre. Jesús tenía pues *aun muchas cosas que decirles;* pero no podían *llevarlas;* este término es escogido intencionalmente; "pues *la verdad entera* (v. 13) es una pesada carga para el que no está ni bastante maduro ni bastante fuerte para cargar con ella". *(Luthardt).* El Espíritu de Dios la revelará a los discípulos, haciéndolos al mismo tiempo capaces de abarcarla y de anunciarla a otros. Poseemos, en las epístolas del nuevo testamento, todo lo que Jesús no había podido aun enseñarles.

14. *La verdad,* observa Godet, es presentada como una región desconocida, por la cual *el Espíritu* sirve de guía (gr. *muestra el camino*). *Si* se conserva el texto recibido *(B, A, mayúsc.),* está encargado de introducir en ella a los discípulos, pues están aun fuera; según la lección de *Sin., D,* ya han entrado en ese dominio, y el Espíritu tiene el cargo de hacérselo explorar. Por último la lección de *Sin., B, A,* que coloca la palabra *toda* después de *verdad,* presenta *la verdad entera* como un todo orgánico (Weiss). Esta *verdad* es, en último análisis, Jesús mismo (14:6). Sobre esta promesa, magnificamente cumplida desde el día de pentecostés, se funda la autoridad divina de las enseñanzas apostólicas. Resulta de ella también que no hay ya otras revelaciones de la verdad a esperar en la economía presente. Resulta de ella por último que la palabra del v. 12 no puede servir de fundamento ni a la teoría de la tradición romana, ni a cierto misticismo que pretende revelaciones del Espíritu fuera del testimonio apostólico.

15. El Espíritu Santo puede revelar toda la verdad, porque no enseña *de por sí* (gr. *de sí mismo*) sacando sus instrucciones de sí mismo, sino en perfecta armonía con el Padre y con el Hijo (v. 14,15). Jesús formula así el fundamento de la autoridad del Espíritu casi en los mismos términos que el de su propia autoridad; una y otra reposan sobre la unidad de voluntad y de acción con Dios, el Padre (5:19 y sigs.; 7:17,18; 8:28; 12:49). De esta perfecta revelación del Espíritu da testimonio el apóstol Pablo (1 Cor. 2:10,11); pues "el Espíritu sonda todas las cosas, aun las profundidades de Dios".

16. Estas *cosas venideras* pertenecen también a la "verdad entera" que el Espíritu debía revelar. Hará cla-



15 glorificará, porque de lo mío tomará y os anunciará. Todo cuanto
tiene el Padre mío es; por esto he dicho que de lo mío toma y os
anunciará [17].

H. 16-33 LAS ÚLTIMAS PALABRAS CAMBIADAS: EXHORTACIONES Y PROMESAS — 1º *Declaraciones de Jesús sobre su partida y su regreso, no comprendidas de los discípulos.* Jesús anuncia a sus discípulos que luego no le verán más, y que luego después le verán nuevamente. Los discípulos se preguntan unos a otros lo que esto significa (16-18). — 2º *Tristeza cambiada en gozo.* Conociendo que iban a pedirle una explicación, anuncia Jesús a sus discípulos que van a ser afligidos, mientras el mundo triunfará; pero su angustia cederá pronto el lugar a un gozo semejante al que siente la madre cuando ha dado a luz un niño. Él los verá otra vez, y nadie podrá quitarles el gozo que experimentarán (19-22). — 3º *Promesa de un completo conocimiento y constante atención a sus oraciones.* Cuando estén nuevamente reunidos con su Maestro, los discípulos no tendrán que interrogarle más. El Padre les dará, en el nombre de Jesús, todo lo que pidan. Pero que pidan, para que el gozo de ellos sea perfecto. Jesús no les hablará más por figuras. No orará más por ellos, pues estarán en relación directa con el Padre, porque ellos han amado a Jesús y creído que ha venido de Dios. Jesús afirma nuevamente que del Padre ha venido y al Padre vuelve (23-28). — 4º *Ultima admonición y supremo estímulo.* Sus discípulos declaran comprender el lenguaje de Jesús y profesan su fe en su divinidad; Jesús los aprueba, pero añade que van a dejarle solo. Sin embargo no estará solo, pues el Padre estará con él. Él les ha dicho estas cosas, a fin de que tengan la paz en él. En el mundo tendrán aflicciones; pero cobren ánimo: Jesús les declara que él ha vencido al mundo (29-33).

16 Un poco de tiempo y no me véis más, y otra vez un poco y me

ras y vivientes, en el espíritu de los apóstoles, las predicciones de Jesús concernientes al porvenir de su reino, sus progresos sucesivos sobre la tierra, y su glorioso cumplimiento. Bengel hace notar que nuestro evangelista, que ha retenido y referido esta promesa, ha tenido la parte mayor en su realización, puesto que, por su libro del Apocalipsis, se ha hecho el profeta del nuevo pacto.

17. El Espíritu Santo *glorificará* al Salvador poniendo a los discípulos en comunión viva con él, revelándoles y apropiándoles así todos los tesoros de gracia, de verdad, de vida divina, de santidad, que están en él. Es lo que un apóstol llama "las riquezas incomprensibles de Cristo", lo que Jesús llama aquí *lo mío.* (Comp. 1:14; Col. 1:19; 2:3,9.) Puede emplear esta última expresión, porque, en su unidad con el Padre, puede agregar: *Todo lo que el Padre tiene es mío.* (Comp. 17:10.) De modo que toda la revelación de Jesucristo y todos los desarrollos de esta revelación por el Espíritu Santo emanan de Dios mismo, en su Hijo amado. "La obra del Espíritu introduciendo a los apóstoles en la verdad (v. 13), no será más que la glorificación creciente de Jesús en los corazones. Cristo, su palabra y su obra, he ahí el texto único que el Espíritu comentará en el alma de los discípulos. En

17 veréis, porque yo voy al Padre [18]. De sus discípulos dijeron pues
unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco de tiempo y no me
véis; y otra vez un poco y me veréis; y: porque voy al Padre?
18 Decían pues: ¿Esto qué es que dice: Un poco? No conocemos qué
19 habla [19]. Conoció Jesús que querían preguntarle, y les dijo: Sobre
esto inquirís unos con otros, que dije: Un poco de tiempo y no me
20 véis, y otra vez un poco y me veréis. En verdad, en verdad os digo
que lloraréis y lamentaréis vosotros, mas el mundo se gozará; vos-

un mismo acto hará crecer a los discípulos en la verdad y crecer a Jesús en ellos. Para la inteligencia de esta palabra *glorificar*, comparar la experiencia admirablemente descripta por San Pablo". (2 Cor. 3:17, 18). *Godet.*

18. Después de las promesas relativas al envío del Espíritu Santo, Jesús vuelve al momento presente, al pensamiento de su muerte. Lo anuncia con una expresión enigmática destinada a provocar las reflexiones de los discípulos, y que verdaderamente tuvo ese resultado (v. 17). Habrían podido comprender este dicho: *Aun un corto tiempo y no me veréis más*, que les anunciaba la muerte tan cercana de su Maestro; pero este pensamiento, en apariencia contradictorio: *nuevamente un corto tiempo, y me veréis, porque voy al Padre*, debía parecerles inexplicable (v. 17). Y sin embargo, si hubieran entendido bien las palabras que preceden (v. 13-15), este discurso no les sería tan obscuro. Jesús, en efecto, les había dicho claramente que su elevación suprema al lado del Padre sería el medio de enviarles ese Espíritu divino que les prometía y por el cual le *volverían a ver*, al entrar en una comunión viva con él (7:39; 14:18,19,28; 16:7). No hay que colocar pues, con algunos exégetas, este *volverse a ver* de que habla Jesús, en el momento de la resurrección, o aun en el de su advenimiento en el postrero día, sino en el día de pentecostés. (Comp. 14:19, nota.) Las palabras: *porque me voy al Padre*, son omitidas en *Sin.*, *B*, *D*. Muchos críticos las consideran como introducidas aquí del v. 17. Pero se puede también pensar, con Godet, que han sido cercenadas porque no se comprendía que Jesús hablaba de un volverse a ver espiritual y entonces esta proposición: "Me veréis porque me voy" parecía absurda.

19. Los discípulos, sintiendo por instinto que su ininteligencia es poco excusable después de todas las instrucciones que preceden, no osan dirigir a Jesús directamente sus preguntas. *Algunos* de entre ellos se las comunican *unos a otros* en una especie de aparte. No habiendo captado aún sus enseñanzas sobre su muerte, su resurrección y la efusión del Espíritu Santo, no comprenden nada de estos dos términos opuestos: *aun un corto tiempo*, uno de los cuales debía sustraer su Maestro a su vista, y el otro devolvérselo. Debían ver una contradicción irreductible en estas palabras: *me veréis porque me voy*... Infieren pues, no sin alguna impaciencia: *No sabemos de qué habla.* No lo sabrán, en efecto, sino cuando la obra del Salvador esté cumplida y hayan recibido el Espíritu de luz y de vida. Entonces, su predicación poderosa probará que han comprendido.



otros seréis entristecidos, pero vuestra tristeza será cambiada en
21 gozo [20]. La mujer cuando pare tiene tristeza, porque ha llegado su
hora; mas cuando ha parido el niñito, no se acuerda más de su
angustia por causa del gozo de que ha nacido un hombre en el
22 mundo [21]. Vosotros también pues ahora, sí, tenéis tristeza; mas
otra vez os veré, y se gozará vuestro corazón, y vuestro gozo nadie
quita de vosotros [22].

20. Jesús *conoció*, con esa penetración divina de que su vida nos da tantos ejemplos (comp. 2:24,25), que sus discípulos querían interrogarle. Los previno expresando la cuestión que los embargaba; pero, en lugar de desarrollar ante sus miradas los acontecimientos próximos que habrían explicado sus palabras del v. 16, se contenta con decirles qué impresiones profundas esos acontecimientos harán en ellos. Durante los días tenebrosos de su muerte, *llorarán, se lamentarán*, mientras que *el mundo*, imaginándose haber triunfado de la verdad y de la justicia de que Cristo era testigo, *se regocijará.* Mas luego, en el día de la resurrección y especialmente en el día de la efusión del Espíritu, toda su *tristeza será cambiada en* un *gozo* tanto mayor, que ninguno podrá arrebatarles (v. 22).

21. Figura sorprendente por la cual hace Jesús más viva la impresión de las palabras que preceden. El punto de comparación a retener es, por una parte, esa *tristeza*, esa *angustia*, que sobrecoge a una mujer cuando *su hora*, la hora inopinada de los dolores, *ha llegado.* Y, por la otra, *el gozo* profundo que siente ante las primeras señales de vida de ese *niñito* que ella posee. Jesús hace notar también la diginidad de ese gozo de la madre: ella lo siente porque ha tenido el privilegio de *traer al mundo un hombre.* Esta hermosa metáfora del dolor que cede lugar al gozo, ha sido tomada por Jesús del antiguo testamento donde es empleada a menudo (Isa. 21:3; 26:17; 37:3; 66:7; Oseas 13:13, etc.). Algunos exégetas hallan en esta metáfora el pensamiento de que los sufrimientos y la muerte de Jesús iban a ser para él y para los suyos como el doloroso parto de la vida nueva sobre la tierra; una humanidad nueva iba a salir de la tumba con el Salvador. Más aún, Jesús habría querido describir los dolores del arrepentimiento, de la muerte del viejo hombre, que, para los apóstoles como para los creyentes de todos los tiempos, sería el preludio indispensable de la regeneración y del nacimiento a esta vida nueva que es la única fuente inagotable de gozo. En la predicación, puede ser lícito sacar de un texto tales aplicaciones, que tienen su parte de verdad, pero como Jesús mismo expresa aquí claramente todo el sentido que él da a esta comparación (v. 22), la exégesis, para permanecer sobria y verdadera, no debe ir más allá.

22. Jesús, lleno de simpatía por la *tristeza* de sus discípulos, les aplica la figura que precede y les promete un *gozo* que nadie podrá jamás *quitarles*. El verbo está aquí en presente (excepto en *B*, *D*, que tienen el futuro): Nadie os *quita* vuestro gozo, porque Jesús ve ya en espíritu ese día cercano en que lo poseerán. La fuente, el manantial de este gozo está enteramente en la preciosa

23 Y en aquel día no me preguntaréis nada [23]. En verdad, en ver-
dad os digo: Si algo pidiéreis al Padre os lo dará en mi nombre [24].
24 Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid, y reci-
25 biréis, para que vuestro gozo esté cumplido [25]. Esto os he hablado
en símiles [26]; viene hora en que no os hablaré más en símiles, sino

promesa: *otra vez os veré.* Jesús acababa de decir (v. 16, véase la nota): *me veréis;* dice ahora: *os veré,* dos expresiones del mismo pensamiento, que indican una reunión completa de ambas partes. ¿Cuándo será cumplida esta promesa? ¿En el día de la resurrección de Jesús, como piensan algunos intérpretes? Sin duda, entonces los discípulos le volverán a ver y se regocijarán de ello; sin duda también, la resurrección y la glorificación del Salvador harán posible el envío del Espíritu Santo (v. 7, nota); pero sólo en el día de pentecostés será plenamente cumplida la promesa. Lo prueba de toda evidencia el v. 23.

23. *En aquel día significa*: desde el día en que hayan recibido la luz y la vida del Espíritu. Entonces no sentirán más la necesidad de *interrogarle* sobre todos los asuntos, como lo habían hecho hasta ese momento (comp. v. 19), porque su conocimiento de la verdad será suficiente para permitirles captar la salvación y anunciarla a otros. "El discurso de Pedro (Act. 2:14 y sigs.), es un vivo testimonio de esta divina certeza que Jesús les promete aquí." *Meyer,*

24. Otra gracia inmensa que será fruto del Espíritu en la vida de los discípulos: sus oraciones serán siempre oídas, porque *si pidieren alguna cosa al Padre, él se la dará en el nombre de Jesús.* (Véase, sobre esta expresión, 14:13, nota.) El texto recibido tiene: *todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre. (A, D,* vers.) Esta construcción de la frase parece haber sido adoptada por influencia de los v. 24,26; 14:13. Por eso los editores e intérpretes modernos prefieren la lección de *Sin., B. C.* Ella significa que Dios oirá las oraciones de ellos por amor de Jesús (14:26, nota).

25. *Hasta ahora* los discípulos oraban, sin duda; pero *no pedían en el nombre de Jesús,* porque no habían reconocido aún en él al único mediador entre Dios y los hombres. Mas cuando haya acabado su obra, cuando esté glorificado, cuando viva en sus corazones por el Espíritu Santo, entonces orarán *en su nombre* (14:13,14, nota), y Jesús les reitera aquí la promesa de que *recibirán* todas las gracias pedidas y que *su gozo será cumplido* (15:11; 17:13). Entonces será realizada para ellos la hermosa figura del v. 21 y la promesa que sigue (v. 22).

26. *Estas cosas* son las que Jesús les ha dicho relacionadas a su partida y al envío del Espíritu Santo, por el cual le volverán a ver (v. 16 y sigs.). Son también las predicciones de los sufrimientos que tendrán ellos que soportar en esta crisis cercana (v. 20 y sigs.). Había hablado de ellas *en lenguaje figurado* (gr. *en símiles, proverbios,* 10:6), es decir empleando los términos de "casa del Padre", "camino", "volver", "volver a ver", "hacer su morada", en sentido espiritual. No podía expresarse de otro modo entonces; pues, por una parte, los discípulos eran incapaces de comprender las cosas del Espíritu antes de haberlo recibido; y,



26 que abiertamente sobre el Padre os anunciaré [27]. En aquel día en
mi nombre pediréis, y no os digo que yo rogaré al Padre sobre
27 vosotros; pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis
28 amado y habéis creído que yo salí de Dios [28]. Salí del Padre y he
venido al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre [29].
29 Dícenle sus discípulos: He aquí, ahora hablas abiertamente, y

por otra, si les hubiera dicho claramente todo lo que iba a acontecerle, o habrían rehusado entrar en su pensamiento (Mat. 16:22), o habrían sido abrumados por ello. Ha tenido consideración a su debilidad; y es así como en todo tiempo conduce las almas gradualmente, según sus necesidades, con la sabiduría y la ternura de un padre.

27. Es decir *en términos propios* (11:14), *abiertamente. La hora* en que ocurrirá esto es la de la efusión del Espíritu Santo en los discípulos. A su viva luz, conocerán al Padre tal como se ha revelado en su Hijo y descubrirán todo el misterio de la redención cumplida por su misericordia infinita. (Comp. v. 13, notas.)

28. Nueva seguridad dada a los discípulos de que sus oraciones serán oídas: iluminados por el Espíritu, *pedirán en el nombre de Jesús* a un *Padre* que *los ama* como a sus hijos. "Os ama, luego os oye." *Bengel.* Han entrado en esta relación íntima y filial con Dios, porque *han amado* al Salvador y *han creído* su origen divino. Esta relación de confianza y de amor entre el creyente y Dios es hecha tan inmediata por el Espíritu Santo (Rom. 8:15), que la intercesión del Salvador no es ya necesaria. Este ha acabado su obra de redención y de reconciliación para el hombre que le *ha amado* y que es *amado* del *Padre mismo.* De ahí esta frase que extraña a primera vista: *No os digo que yo pediré al Padre por vosotros.* Esto no está en contradicción con las palabras que afirman la mediación permanente del Salvador y nos le muestran desempeñando siempre sus funciones de sumo sacerdote junto a Dios (14:16; 17:9; Rom. 8:33; Hebr. 7:25; 1 Juan 2:1). En efecto, la intercesión de Jesús tiene precisamente por objeto el introducir las almas en esa relación íntima con Dios que acaba de describir; cuando esta relación está establecida, y en la medida en que es mantenida por el Espíritu Santo, la oración de los hijos de Dios sube inmediatamente al corazón de su Padre celestial (Hebr. 4:16). "No dice que pedirá, pues mientras están en el estado normal de fidelidad, no tendrán necesidad; entonces ora *por medio de* ellos, no *para ellos.*" Godet. Comp. lo que hemos dicho de la oración *en el nombre* de Jesús, 14:14, nota.

29. Jesús repite la última frase del versículo precedente y declara otra vez solemnemente, para afirmar la fe de los discípulos, que él *salió de junto al Padre* (*B, S,* tienen *fuera del Padre,* "lección que tiene un sabor dogmático demasiado pronunciado para ser la verdadera", dice Godet) y ha *venido al mundo,* y que ahora, *deja nuevamente el mundo* para *ir al Padre.* Es esta una revelación luminosa de su preexistencia y de su regreso a la gloria; o, como se expresa Meyer, "un resumen sencillo y grande de toda su vida personal". (Comp. 8:42; 13:1.) Por estas palabras, vuelve Jesús al primer pensamiento de todo este discurso (v. 16 y sig.).

30 símil ninguno dices [30]; ahora sabemos que sabes todo y no tienes
necesidad de que alguien te pregunte; en esto creemos que de Dios
31, 32 saliste [31]. Respondióles Jesús: ¡Ahora creéis [32]! He aquí, viene
hora, y ha venido, en que seréis dispersados cada uno a su casa y a
mí dejaréis solo; y no estoy solo, porque el Padre conmigo está [33].

30. Gr. *ningún símil dices.* Comp. v. 25, primera nota.

31. Las últimas palabras del Salvador han hecho, en el espíritu de los discípulos, una impresión profunda; han comprendido por fin, en cierta medida, lo que su Maestro les revelaba sobre su persona; profesan unánimemente su fe, que acababa de recibir una luz tan viva. Cada uno de los términos de que se sirven procede de las palabras mismas que Jesús acababa de pronunciar. Es ante todo la promesa del Maestro (v. 25) que los discípulos consideran como ya cumplida; luego es la convicción de que Jesús *sabe todas las cosas* y que ellos no tienen ya necesidad de *interrogarle,* porque él ha conocido los pensamientos de sus corazones y respondido espontáneamente a todas las preguntas que querían dirigirle (v. 19-23); es por último la confesión de su fe en la grande revelación del origen divino del Salvador (v. 28): *creemos que has venido de* (gr. *salido de parte de*) *Dios.* Y todo esto no es remitido al porvenir, sino que existe actualmente en su corazón: *ahora* dos veces repetido.

32. Palabra llena de indulgencia y de amor, con la cual Jesús, con profundo gozo, aprueba y alienta la sincera profesión de la fe de sus discípulos. Sólo que agrega una seria advertencia para inducirlos a la vigilancia (v. 32). — Numerosos exégetas y varios editores del texto hacen de estas palabras de Jesús una pregunta: *¿Creéis ahora?* Esta pregunta expresaría la duda. Jesús consideraría la profesión de fe de los discípulos como prematura y les advertiría su defección inminente (v. 32). Pero esta interpretación no tiene para nada en cuenta las palabras llenas de paz y de aliento que terminan este discurso (v. 33), ni el hecho de que, en la oración sacerdotal que sigue inmediatamente, Jesús da de la fe de sus discípulos un testimonio lleno de confianza (17:8). Por eso Lücke, Meyer, Stier, Ebrard, Weiss y Godet explican este pasaje en el sentido que le hemos dado.

33. Esta predicción, completamente semejante a las que hallamos en los otros evangelios (Mat. 26:31; Mar. 14:27), y que iba a cumplirse en la noche misma (Mat. 26:56), no está en contradicción con la palabra que precede; pues, si la fe de los discípulos soportó mal el rudo choque que iba a alcanzarlos, esa fe no desfalleció, porque Jesús la sostuvo por su oración (Luc. 22:32). Mas esta advertencia era destinada a provocar en el alma de los discípulos la desconfianza de sí mismos, la vigilancia, la oración; por estos medios, habrían podido prevenir una caída profunda y dolorosa. — ¡Con qué tristeza debió pronunciar Jesús estas palabras: *Me dejaréis solo.* Esta tristeza concernía a sus pobres discípulos más que a él mismo, pues, en cuanto a él, la soledad profunda en que iba a hallarse será llenada de la presencia y del amor de su *Padre* que estaba siempre *con él* (8:29). Con estas notables palabras, Jesús nos revela "la conciencia serena y clara que tenía de la protección paternal de Dios, aun en medio del abandono de los hombres." *Meyer.* El mismo exégeta hace observar que estas palabras no están en oposición con el sentimiento momentáneo que Jesús experimentó sobre la cruz (Mat. 27:46). ¡Dichoso el discípulo de Jesús que, en el abandono y el sufrimiento, puede repetir con él: *No estoy solo, porque el Padre está conmigo.*

34. A pesar de la dolorosa advertencia que ha debido darles (v. 32), ¡las últimas palabras de Jesús a los discípulos son palabras de paz, de ánimo, de victoria! Todo lo que él les ha *dicho* hasta aquí, *(estas cosas),* todos estos últimos discursos de los capítulos 14 a 16 no tenían otro objeto que éste: *que en mí tengáis la paz.* La *paz,* la paz del corazón, ese bien supremo con el cual ningún hombre puede ser desdichado: la paz siempre hallada *en mí,* en una comunión íntima y viviente conmigo, tal es la herencia que os dejo (14:27). Hay, es verdad, un temible adversario de esta paz: *el mundo,* ese mundo enemigo de Dios y de su verdad, ese mundo en medio del cual os dejo, en él *tenéis aflicción.* Verbo en presente, según *Sin., B, A, C, mayúsc.,* porque el corazón simpático de Jesús ve ya a sus queridos discípulos en medio de los padecimientos que van a caer sobre ellos. Mas *tened buen ánimo, yo he vencido al mundo.* Hay un acento de triunfo en esta palabra, *yo,* que Jesús opone a la debilidad de los discípulos, y en este verbo en perfecto, *he vencido.* Jesús ve su victoria sobre el mundo realizada ya por su muerte, por su resurrección, por su gloria. (Comp. 12:31; 13:31.) De allí los discípulos sacarán siempre el *ánimo* que estas palabras debían inspirarles.



33 Esto os he hablado para que en mí tengáis paz; en el mundo tenéis
tribulación, pero tened buen ánimo, yo he vencido al mundo [34].

### 3. *La oración sacerdotal de Jesucristo*

1-26. JESÚS ORA POR SÍ MISMO, POR SUS APÓSTOLES, POR TODOS LOS QUE CREERÁN EN ÉL. — 1º *Jesús pide a su Padre que le glorifique, como él ha glorificado a su Padre en toda su obra:* a) *El Hijo pide ser glorificado para glorificar al Padre.* Levantando los ojos al cielo, Jesús pide a su Padre que le glorifique, en esta hora solemne, a fin de que él a su vez pueda glorificarle, según el poder que ha recibido, impartiendo a los creyentes la vida eterna, esa vida que se halla en el conocimiento del único Dios verdadero y de su enviado Jesucristo (1-3). b) *La obra acabada, la gloria divina recobrada.* Jesús ha acabado la obra que el Padre le ha confiado; pide a su Padre que le dé la gloria que poseía a su lado antes de la creación (4,5). — 2º *Jesús ora por sus apóstoles y pide al Padre que los guarde y los santifique:* a) *Jesús ora por aquellos que el Padre le ha dado, no por el mundo.* Comprueba que él les ha hecho conocer el nombre de su Padre, que han recibido su enseñanza y creído su origen y su misión divinos. No ora sino por aquéllos que Dios le ha dado, porque pertenecen a Dios (por lo demás, todas las cosas son comunes entre el Padre y él); Jesús es glorificado en ellos (6-10). b) *¡Padre, guárdalos!.* Considerando su partida y el abandono de ellos en medio del mundo, Jesús pide a Dios que los guarde en una unidad semejante a la que existe entre Dios y él. El motivo de esta demanda es que él no podrá más guardarlos, como a todos ha guar-

dado con excepción de aquél cuya perdición anunciaba la escritura. En el momento de dejarlos, pronuncia esta oración para darles una gozosa certidumbre (11-13). c) *¡Padre, santifícalos!* Separados del mundo por la palabra divina que han recibido de Jesús, están expuestos al odio del mundo. Jesús no pide a Dios que los saque del mundo, sino que los preserve del mal. Lo mismo que él, ellos no son del mundo. Ruega a su Padre que los santifique por la verdad, que es la Palabra de Dios. Los envía, como el Padre le ha enviado, y él mismo se santifica por ellos, a fin de que ellos sean verdaderamente santificados (14-19). — 3° *Jesús pide por todos los creyentes, que sean uno en él y en su Padre:* a) *La unidad de los creyentes en el Padre y en el Hijo.* Jesús ruega por todos los que serán llevados a la fe por la palabra de los apóstoles: que sean unidos entre sí como él mismo es unido al Padre, y eso para inducir al mundo a creer en la misión divina del Salvador (20,21). b) *La participación de los creyentes en la gloria del Hijo.* Jesús ha hecho don a los suyos de la gloria que había recibido del Padre, a fin de crear entre ellos una unidad perfecta, fundada en su comunión con Jesús y en la comunión de Jesús con Dios; esa unidad revelará al mundo la misión de Jesús y el amor con que Dios ha amado a los creyentes. La voluntad que Jesús expresa a su Padre, es de que los creyentes, reunidos con él, contemplen la gloria que el Padre le ha dado (22-24). c) *Motivos que justifican estas demandas.* Jesús apela a la justicia de su Padre; mientras que el mundo no ha conocido a Dios, él le ha conocido, y sus discípulos han creído en su misión. Les ha hecho conocer el nombre de Dios, y se lo hará conocer aún, a fin de que el amor con que el Padre ha amado a su Hijo antes de la creación del mundo pase a ellos, y que él también, el Salvador, sea en ellos (25,26).

XVII Esto habló Jesús, y habiendo levantado sus ojos al cielo dijo[1]:
Padre, ha llegado la hora[2]; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo

1. Jesús ha terminado los discursos que debían preparar a los discípulos para su partida, para su glorificación, para una comunión invisible y espiritual con él; los ha terminado por estas palabras triunfantes "¡Yo he vencido al mundo!" (16:33). Y ahora, *levantando los* (gr. *sus*) *ojos al cielo* (texto recibido): *levantó... y dijo*), se dirige a su Padre y ora. Ora en alta voz en medio de sus discípulos (v.13), ¡y qué oración! Oración ardiente, y sin embargo serena, en la cual, como Lutero, Jesús derrama en presencia de Dios y de sus discípulos el último fondo de su alma. "No hay, en la escritura, ni en las literaturas de los pueblos, nada que iguale la sencillez y la profundidad, la grandeza y la intimidad de esta oración". *Luthardt.* ¡Qué impresión debió dejar en el corazón de los discípulos! No es extraño que haya quedado grabada en el alma de Juan y haya podido conservárnosla fielmente. Todo, en efecto, en esta inimitable oración, está en perfecta armonía con la situación y con las necesidades del alma de Jesús y de sus discípulos. Ha sido llamada Oración sacerdotal, porque al pronunciarla Jesús obra como sumo sacerdote: va a ofrecerse a Dios como una oblación santa (v. 19), y preludia ese sacrificio intercediendo por sus discípulos y por toda su iglesia.



2 te glorifique[3], conforme le diste autoridad sobre toda carne, para
3 que todo lo que le has dado les dé vida eterna[4]. Y ésta es la eterna
vida, que conozcan a ti el solo verdadero Dios y al que enviaste,

2. *Padre*, dice Jesús, y este nombre, que es su consuelo supremo en presencia de la muerte (Mar. 14:36), lo pronuncia seis veces, con amor, en esta oración. Sus discípulos aprendieron de él a considerar a Dios como un Padre, pues, aunque Dios fuera su Padre en un sentido único y exclusivo, sin embargo él los autorizó a invocar a Dios bajo ese hermoso y dulce nombre (Mat. 6:9), porque, rescatados por él, han recibido la adopción y se han vuelto hijos de Dios. (Rom. 8:15; Gál. 4:6.) — *La hora ha llegado*, la hora de la muerte, que será pronto seguida de la gloria (12:23; 13:1). Mientras esa hora marcada por la voluntad soberana de Dios no había llegado, los adversarios eran impotentes para emprender nada contra Jesús (7:30); pero ahora va a entregarse voluntariamente a ellos.

3. La primera cosa que pide el Salvador, es su *glorificación.* Y lo que entiende con ello, lo dice claramente (v. 5), es su reintegración a la gloria eterna. Pero no es, ante todo, para sí mismo por quien pide esta gloria; aquí, como siempre, su motivo supremo es la gloria de Dios; por eso se apresura a añadir: *a fin de que tu (Sin., B, C.: el) Hijo te glorifique.* Sin duda Jesús había glorificado a Dios en toda su vida (v. 4); mas sólo después de haber vuelto a entrar en la plenitud de su potencia divina podrá, manifestando los atributos divinos de la omnipotencia y de la omnipresencia (Mat. 28:18,20), acabar su obra por el envío del Espíritu Santo y por el establecimiento de su reinado en el mundo (7:39, nota; 13:31,32, nota).

4. Este versículo debe ser conectado estrechamente al precedente, pues contiene la razón de lo que Jesús pide: Glorifica a tu Hijo, a fin de que tu Hijo te glorifique, *según* o *en cuanto le has dado potencia* y *autoridad* (la palabra griega tiene ambos sentidos) *sobre toda carne*, es decir, sobre toda la raza caída de Adán. La expresión hebraica *toda carne*, empleada por Juan en este solo pasaje, tiene algo de solemne, El Hijo de Dios ha recibido, con su misión divina, esta potencia, esta autoridad sobre todos los hombres, pues a él, a él solo ha confiado el Padre la tarea de salvar al mundo perdido. (Comp. 13:3). Pero, para ejercer esta potencia divina, es necesario que el Hijo de Dios sea glorificado; de ahí su oración. — La intención misericordiosa de Dios, al conferir al Salvador este poder sobre nuestra humanidad, ha sido *que dé la vida eterna*, ¿a quién? *a todos los* que el Padre *le ha dado.* Desde Agustín varios exégetas han visto en estas últimas palabras la idea de la predestinación divina; esta doctrina es extraña a nuestro evangelio. Para el sentido de la expresión, véase 6:37, 44, 45, notas. — En lo que precede, hemos dejado indecisa una cuestión sobre la cual los exégetas difieren. La proposición *según le has dado*, ¿se refiere a ésta: *glorifica a tu Hijo*, o a la siguiente: *para que tu Hijo te glorifique?* Meyer, Weiss y otros están por la primera de esas conexiones, Luthardt por la segunda. Mas, como la glorificación del Hijo no tiene otro objeto que la gloria del Padre y es esto en cierto modo una sola y misma gloria, ¿no se puede referir a ambas este *don* que ha sido hecho al Hijo, y en virtud del cual ejerce

4 Jesucristo [5]. Yo te he glorificado sobre la tierra, habiendo termi-
5 nado la obra que me has dado para hacer [6]; y ahora glorifícame

la soberanía sobre la humanidad entera? (Comp. Ef. 1:22).

5. *La vida eterna*, que Jesús da (v. 2), ninguno debe buscarla fuera de Dios y de Cristo; Jesús dice, en esta sentencia profunda, en qué consiste. Para comprender este versículo es necesario, ante todo, acordarse de que, en el estilo de la escritura y en particular en el de Juan, *conocer* no es un acto pura y fríamente intelectual, sino una relación llena de confianza y de amor con el ser conocido, una comunión del corazón con él (1 Cor. 8:2,3; 13:12; 1 Juan 2:3, 4; 4:8). Entonces, *conocer al único Dios verdadero y al que ha enviado, Jesucristo*, no es solamente la condición o el medio de llegar a la vida eterna, *es esta vida eterna* misma, naciendo y creciendo en el alma desde aquí, para manifestarse plenamente un día en la perfección del cielo. Y hay que observar muy bien que no tenemos aquí una definición dogmática de Dios; el calificativo *único verdadero* Dios no opone a Dios a las falsas divinidades (Meyer y otros); Jesús no hace polémica, ora, adora; y confiesa que este Dios es en sí mismo el único verdadero, el único que realiza en su esencia la idea misma del Dios absoluto, el único cuyo conocimiento es vida eterna. — Mas ¿cómo puede este Dios ser *conocido* de los hombres? Unicamente en *el que él envió* (16:27,28), en quien se ha revelado plenamente, *Jesucristo*. — Los socinianos han abusado de este pasaje, en particular del calificativo: *único Dios* verdadero, aplicado al Padre, para sacar conclusiones contra la divinidad de Jesucristo. Olvidan que si Aquel que se nombra aquí al lado de Dios, que declara que conocerle es la vida eterna, no participara de la plenitud de la divinidad, su lenguaje se asemejaría muchísimo a una blasfemia. — Por otra parte, algunos exégetas (Lücke, de Wette, Weiss) encuentran extraño que Jesús hable de sí mismo en tercera persona, y enumerando todos sus títulos: *El que tú has enviado, Jesucristo*, y ponen a cuenta del evangelista un lenguaje que les parece poco apropiado a la situación. Pero ante todo, Jesús, en la emoción de su alma, ha empezado su oración por estas palabras solemnes (en tercera persona): *¡glorifica a tu Hijo!* y sólo en el v. 4 empieza a decir: *Yo* te he glorificado sobre la tierra. Y en cuanto a este doble nombre: *Jesucristo*, solemnemente pronunciado adrede, no hay que olvidar, como observa Meyer, que Jesús, hablando hebreo, hacía resaltar la alta significación de él: Jesús, *Salvador*, y Cristo, *Mesías*. ¿Qué hay en ello que no esté en su lugar en la oración del Hijo de Dios? Dios y Jesucristo, doble objeto del *conocimiento* religioso, son inseparables; Jesucristo, es la divinidad manifestada al hombre y destinada a volverse en él la vida eterna. (Comp. 1:18; 6:46,47; 14:7,9).

6. Estas palabras motivan la petición de ser glorificado que Jesús va a reiterar (v. 5, comp. v. 1). Tiene, en efecto, plena conciencia de *haber glorificado a Dios sobre la tierra* por sus palabras, por sus obras, por su vida entera; y ahora, en el momento en que va a coronar con sus sufrimientos y el sacrificio de sí mismo la *obra que* Dios le *dió que hiciera*, la considera como ya *acabada*. Es así como en otro lugar, en la certidumbre de su victoria, la anticipa como ya realizada (12:23; 13:31; 16:33).

7. *Ahora* que mi obra está terminada, *glorifícame tú, Padre*. Estas



tú, Padre, junto a ti mismo con la gloria que tenía junto a ti antes
de que el mundo fuera [7].
6 He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del
mundo; tuyos eran y me los diste, y han guardado tu palabra [8].

palabras corresponden a éstas del v. 4: *Yo te he glorificado*. Este acercamiento descubre en Jesús el sentimiento de una justa retribución que le es debida. Ese es el sentido del *por tanto* en Fil. 2:9. Los términos con los cuales designa Jesús esta *gloria* que requiere de su Padre encierran toda una revelación sobre su persona, sobre su preexistencia, sobre el estado divino en que va a entrar. Él *tenía* esta gloria, la poseía *junto a Dios, antes que el mundo fuese*. Compartía completamente las perfecciones divinas y la felicidad del cielo. Pablo caracteriza este estado diciendo: "era en forma de Dios" (Fil. 2:6), y nuestro evangelista nos lo revela en las primeras palabras de su libro: "En el principio era la Palabra, y la Palabra era con Dios, y la Palabra era Dios" (1:1). Jesús se había despojado de esta gloria que poseía por su encarnación al tomar la "forma de siervo" (Fil. 2:7), y ahora pide a Dios que le devuelva la plena posesión de ella. Sabemos cómo fué oído (Ef. 1:20-23; Fil. 2: 9-11; 1 Tim. 3:16). Dios puso así sobre el sacrificio de su Hijo, a los ojos del mundo entero, el sello de su aprobación divina. Desde entonces, el Salvador, poseyendo "la omnipotencia en el cielo y en la tierra", proseguirá su obra hasta su perfecta conclusión; y nuestra humanidad, devuelta en él a su glorioso destino, estará sentada a la diestra del Padre en los lugares celestiales (Ef. 2:6 y sigs.). Cuando nuestro evangelista nos dice que los discípulos de Jesús han podido "contemplar su gloria" aquí ya, cuando estaba en su estado de humillación (1:14, notas), esta afirmación no es contradicha por las notables palabras que aquí refiere, pues la gloria que se manifestaba en la existencia humana de Jesús difería, en más de un aspecto, de la gloria que debía recobrar junto al Padre.

8. Los versículos 6-8, que varios exégetas consideran como formando parte aún de la oración de Jesús por sí mismo y por su obra (v. 1, nota), son más bien la transición a su oración por los apóstoles. El Salvador expresa en ellos respecto de estos una apreciación confortadora: están, por efecto de la enseñanza que él les ha dado y de la acción que ha ejercido sobre ellos, bien preparados para recibir las gracias que va a pedir en su favor. Primeramente, les *ha manifestado el nombre de Dios*. Lo conocían sin duda, puesto que eran piadosos israelitas; pero como en el estilo de la escritura *el nombre* de Dios representa todo el conjunto de las perfecciones divinas (Mat. 6:9, 3a. nota), Jesús quiere decir que les ha revelado a Dios, su misericordia, su santidad, su amor, de un modo mucho más completo e íntimo. Lo que le ha permitido otorgarles una revelación semejante es, en segundo lugar, que Dios, *a quien pertenecían* por la obra de su gracia y por la disposición de sus corazones, los ha sacado *del mundo* (15:19) y *dado* al Salvador. (Véase, sobre el sentido de estas palabras, 6:37,44,45, notas.) En fin, esta doble obra de Dios y del Salvador ha tenido, en los discípulos, este hermoso resultado: *Han guardado tu palabra* en su corazón

7 Ahora han conocido que todo cuanto me has dado de ti viene; por-
8 que las palabras que me diste les he dado, y ellos recibieron y cono-
cieron verdaderamente que de ti salí, y creyeron que tú me en-
9 viaste [9]. Yo por ellos ruego; no por el mundo ruego, sino por los
10 que me has dado, porque tuyos son [10], —y lo mío todo tuyo es y lo

y en su vida. Jesús dice: *tu palabra*, porque considera sus enseñanzas como siendo las de Dios mismo (v. 8; 7:16; 12:49).

9. Jesús continúa dando testimonio de los efectos de su obra en los discípulos: 1º *Ahora* ya, *han conocido* (verbo en perfecto, hecho cumplido y permanente) que todos los *dones* desplegados por el Salvador en su enseñanza (12:49) y en sus obras (5:36), *venían de Dios*. 2º Han llegado a este conocimiento *porque* Jesús no les ha dado más que las *palabras* que recibía de Dios y porque ellos, de su parte, *las han recibido* en su corazón por la fe. (Aquí, como siempre, acción de Dios y acción del hombre en la obra de la salvación.) 3º De este conocimiento y de esta fe relativas a la palabra divina han nacido en el corazón de los discípulos el conocimiento y la fe relativas a la persona de su Maestro y a su origen divino: han *conocido y creído* que él *salió de junto a Dios* y que Dios *le envió*. (Comp. 6:69). Helos ahí pues, bien preparados para recibir las nuevas gracias que Jesús va a pedir para ellos.

10. *Yo, por ellos ruego; yo*, tu amado, al que oyes siempre (11:42), *por los que tú me has dado y que son tuyos*. ¡Qué alegato íntimo y amantísimo! ¿Cómo no habría de ser oído? Pero, además, Jesús dice a Dios que, en este momento supremo, ellos solos llenan su pensamiento y por ellos solamente ruega, *no por el mundo*. Desconociendo el sentido tan sencillo y tan íntimo de esta palabra, varios exégetas han visto en ella una exclusión absoluta y una condenación del mundo. Esta opinión está en contradicción directa con el espíritu y con el ejemplo de Jesús, que nos ordena de orar aún por los que nos ultrajan y nos persiguen (Mat. 5:44), y que a su vez oró por sus verdugos (Luc. 23:34). En la oración sacerdotal misma, comprende *al mundo* entre los que, un día, le conocerán (v. 21). Lutero hace una distinción entre "los hombres que deben ser convertidos de en medio del mundo y por los cuales hay que orar, y *el mundo* tal cual es, tal cual se muestra, enemigo y perseguidor del evangelio; ahora bien: por ese mundo, Jesús no nos dice que oremos como tampoco él mismo ora". Pero una distinción semejante es para nosotros enteramente ilusoria porque en nuestra ignorancia no podemos trazar con certidumbre la línea divisoria entre amigos y enemigos del Cristo (Mat. 13:29). Y aun si lo pudiéramos, la conclusión que saca Lutero sería falsa. Por su parte, Calvino admite que "nosotros debemos orar por todos los hombres creados a la imagen de Dios, pero la oración de Jesucristo, aquí referida, tenía una razón especial que no podemos imitar; él no ora en el sencillo sentido de la fe y de la caridad, sino como en el seno del santuario celestial, y teniendo ante sus ojos los juicios de su Padre que nos son ocultos en tanto que andamos aquí por la fe". Ese sería ciertamente el sentido más natural de las palabras de Jesús, si fuera necesario buscar en ellas una revelación de los misterios de la sal-



11 tuyo mío—, y he sido glorificado en ellos [11]. Y no estoy más en el
mundo, y ellos en el mundo están, y yo a ti vengo. Padre santo,
guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean
12 una sola cosa conforme nosotros [12]. Cuando estaba con ellos, yo

vación; pero nosotros admitimos, con la mayor parte de los comentadores modernos, que Jesús, al expresarse así, ha querido solamente hacer más intensa su súplica actual por sus discípulos, que le aparecían bien diferentes del mundo, en cuanto *son de Dios* y Dios *se los ha dado*. Este último pensamiento, que inspira su petición, explica la restricción: *no por el mundo*, pues, observa Godet, "no puede apelar a Dios por el mundo como por un ser precioso que le pertenece".

11. Este pensamiento de que el Padre le ha dado sus discípulos, que son así del Padre tanto como de él (v. 9), lleva a Jesús a una afirmación más general que constituye un nuevo argumento para que su oración en favor de los suyos sea oída. Todos los tesoros de potencia y de amor, de gracia y de verdad que son de Dios son también del Salvador; ¿qué hay pues que él no pueda obtener para los suyos? Estas palabras proclaman la unidad absoluta y esencial del Padre y del Hijo. (comp. 10:28-30). "Poca cosa sería, si dijera simplemente: *Todo lo mío es tuyo;* pues eso, cada uno puede decirlo; pero que afirme lo inverso y diga: *Todo lo tuyo es mío*, es lo que ninguna criatura puede pretender delante de Dios." *Lutero*. — Los discípulos son dignos de las gracias pedidas para ello, no sólo porque son del Salvador como son de Dios, sino porque el Salvador *ha sido y es glorificado en ellos* (verbo en perfecto). El *está* glorificado ya en cuanto ellos han creído en él y le han amado (de ahí esta palabra *en ellos*); y lo será en el mundo por el testimonio de ellos y por toda su vida.

12. *¡Guárdalos* y condúcelos a la eterna *unidad* del Padre y del Hijo! Tal es ahora el gran objeto de la oración que Jesús pronuncia por los discípulos y que se extiende hasta el v. 19. Pero antes de pedir esta gracia inmensa, Jesús expresa la profunda necesidad que de ella tienen, porque va a abandonarlos y dejarlos sin él en este *mundo* enemigo de Dios y de su reinado, donde encontrarán a cada paso nuevos peligros. "Jesús no está ya con ellos, en el mundo, para guardarlos; y no está aún junto a Dios, para poder protegerlos desde el seno de su gloria celestial. Hay un intervalo doloroso, durante el cual su Padre debe encargarse de ese cuidado". *Godet — Padre Santo*, dice Jesús con el sentimiento profundo de que la *santidad* de Dios, su eterna verdad, su inmutable amor, es lo opuesto absoluto de la mentira y de la corrupción que reinan en el *mundo*, y de que Dios preservará a los suyos haciéndolos participantes de esa santidad por su Espíritu. — Guárdalos *en tu nombre*: este nombre es la expresión de todas las perfecciones que Dios desplegará en favor de ellos para preservarlos del mal. Su fidelidad está empeñada en guardarlos hasta el fin. *Los que me has dado* (v. 9): ¡con qué amor los designa así Jesús, por segunda vez! — Por último, el fin supremo de esta ardiente súplica es que los discípulos de Jesús, sean llevados a esa *unidad* santa de la vida y del amor, que es la del Padre y del Hijo. El pecado ha dividido los hombres, separán-

los guardaba en tu nombre; a los que me has dado guardé, y
ninguno de ellos pereció sino el hijo de la perdición, para que la
13 escritura se cumpliera [13]. Mas ahora vengo a ti, y esto hablo en

dolos de Dios, su centro y su vínculo; la obra y la gloria de la redención obrada por Jesucristo, es el elevar nuestra humanidad hasta la unidad que el Hijo posee con su Padre. Jesús nos introduce en ella impartiéndonos el Espíritu de amor que le une a su Padre, y en este sentido profundo el conocimiento del Padre y del Hijo es la vida eterna (v. 3). Bengel hace, entre la unidad del Padre y del Hijo y aquella a la cual somos destinados, esta distinción muy justa: "Aquélla es una unidad de esencia; ésta una unidad por la gracia; así la segunda es semejante, pero no igual a la primera". — El texto presenta, aquí y en el v. 12, una variante que tiene en su favor casi todas las *mayúsc.* y que adoptan la mayor parte de los críticos y de los exégetas: "Guárdalos en tu nombre *que me has dado*". Y los comentadores agregan: dado para manifestarlo a los hombres (v. 6). Pero en ninguna parte se dice que Dios haya dado *su nombre* a Jesús; esta idea es extraña y sin analogía en el nuevo testamento; se puede preguntar si la lección de las *mayúsculas* no proviene de un error de copista. Esto parece tanto más probable cuanto que en el v. 12, las *mayúsc.* dejan de ser unánimes, y la lección: *tu nombre que me has dado* no se halla más que en *B. C.*

13. El texto recibido tiene: cuando estaba con ellos *en el mundo;* las palabras en bastardilla son omitidas en *Sin., B, C, D, Itala.* Según *B, C,* habría que traducir: "(Yo los guardaba en tu nombre *que* me has dado *y* sobre ellos velé." (Véase la nota precedente). — Diciendo: *Cuando estaba...* reanuda Jesús el pensamiento del v. 11: *No estoy más;* considera su partida como ya realizada. Una mirada retrospectiva despierta en él la conciencia de haber *guardado* fielmente a los suyos hasta este momento supremo en que los encomienda a Dios. Pero esta sentencia que pronuncia con satisfacción: *Ninguno de ellos pereció,* le recuerda una dolorosa excepción, la de Judas, que evita nombrar pero designa de modo que muestra que su responsabilidad a éste respecto está cubierta por una autoridad soberana, la de la *escritura* que debía ser *cumplida. Hijo de la perdición* es un hebraísmo en el cual el término abstracto (*perdición*) indica el principio que determina la vida moral de un hombre; así: *Hijo de la luz, de las tinieblas,* etc. La misma designación: Hijo de la perdición reaparece en 2 Tes. 2:3, aplicada al Anticristo, del cual Judas era en cierto modo símbolo y precursor: lo que éste hizo respecto de la persona del Salvador, aquél lo intentará contra su reino. Si la traición de Judas ha sido objeto de una previsión divina, eso no quiere decir que ese crimen no fuera el acto libre de su voluntad y que no debiese él llevar toda la responsabilidad. Una vez viviente el mal en su corazón, Dios dirigió sus efectos de modo que, según su insondable sabiduría, resultó la salvación del mundo. Nada prueba mejor la libertad y la responsabilidad de Judas que las numerosas advertencias que Jesús le dirigió hasta el último momento, a fin de convertirlo de su extravío y salvarle. Si ese discípulo las hubiera oído, y se hubiera arrepentido, aun después de su crimen, habría obtenido el perdón. Estas



el mundo para que tengan el gozo mío cumplido en sí mismos [14].
14 Yo les he dado tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no
15 proceden del mundo conforme yo no procedo del mundo [15]. No
ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal [16].
16 Del mundo no proceden conforme yo no procedo del mundo [17].

dos verdades, la presciencia de Dios y la libertad moral del hombre, nos parecen estar en contradicción, pero no lo están de ningún modo para Dios que, tanto para la reprobación como para la salvación, posee el medio de conciliar esa presciencia con esa libertad: él ocupa el centro de esa cadena de la que no vemos más que ambos extremos. Y de hecho, en la vida práctica, no hay ningún hombre que después de haber cometido un hecho malo, no deba decirse: Yo habría podido evitarlo si lo hubiera querido. Judas, a pesar de lo que de misterioso hay en su existencia no es una excepción. (Comp. 6:64,70; 13:11,18; Act. 1:16-20, notas).

14. Dice *estas cosas,* las pronuncia en alta voz, *en el mundo,* mientras está aún en él, a fin de que sus discípulos, oyéndolas, sean asociados a su gozo. "Es decir, que habiendo oído con sus oídos y retenido en su corazón estas palabras, sean llenados de consuelo y puedan apoyarse en ellas con alegre firmeza, diciéndose: He ahí lo que ha dicho mi Señor Jesucristo; he ahí cómo ha orado por mí, con fidelidad y de todo su corazón!" *Lutero.* Tal es el *gozo* que subsistirá en el corazón de los discípulos como fruto de esta oración, aun en medio de sus padecimientos y de sus peligros; es lo que Jesús llama *su gozo en ellos* (15:11, nota).

15. La *palabra* divina que Jesús ha *dado* a sus discípulos (v. 8) los ha separado del *mundo* y de la corrupción que en él reina (v. 16); por tanto el mundo *los ha aborrecido;* de ahí la necesidad apremiante que tienen de ser *guardados* (v. 12), *preservados del mal* (v. 15); de ahí también la insistencia de la oración de Jesús. (Véase, sobre este odio del mundo y su causa, 15:18 y sig.).

16. *Retirarlos del mundo,* admitirlos en la gloria adonde Jesús mismo va a entrar, sería evitarles los combates y los sufrimientos que les esperan; Jesús no lo *ruega,* porque tienen su obra que hacer en este mundo; más lo que pide a Dios con instancia es que sean *preservados del mal,* y luego sean *santificados* (*v.* 17). Cuando llegue el tiempo, los admitirá en su reposo y en su gloria (v. 24). — La palabra griega que traducimos por *del mal* se presenta, aquí, com en la oración dominical (Mat. 6:13), bajo una forma que hace incierto si es del género neutro y significa *el mal,* todo mal moral, o del género masculino, caso en que designaría *el maligno,* el diablo. Los intérpretes se dividen entre ambos sentidos. Lutero, Calvino, Olshausen, Stier, Tholuck, Hengstenberg, Godet sostienen el primero, y nosotros compartimos plenamente su opinión. De Wette, Meyer, Reuss, Weiss, Luthardt y otros, defienden el segundo.

17. Por segunda vez (v. 14), Jesús presenta a Dios esta consideración de *que no son del mundo,* como motivo de la gracia que va a pedir (v. 17). ¡Con qué amor y condescendencia iguala Jesús sus débiles discípulos a sí mismo, como no siendo del mundo! Su caridad cubre lo que aún quedaba *del mundo* en ellos; lo ve anticipada-

17 Santifícalos en la verdad; la palabra tuya es verdad [18]. Conforme
18 a mí enviaste al mundo, también yo los envié al mundo [19]; y por

mente aniquilado por la palabra que les ha dado (v. 8; 15:3; 13:10, nota). El no mira más que los dones de su gracia y olvida lo que, en ellos resiste aún.

18. Muchos exégetas, para explicar esta palabra: *santificar*, remontan al significado que tiene en el antiguo testamento: *poner aparte* de todo uso profano, *consagrar* enteramente a Dios y a su servicio (comp. v. 19 y 10:36); y aplican esta palabra, no a la persona de los discípulos, dándole su sentido moral e interno, sino a su vocación: Jesús pediría que sean llenados de luz, de fuerza, de valor, de alegría, de amor en su actividad (Meyer); en otros términos, "todas sus fuerzas, todos sus talentos, toda su vida deben ser marcados con el sello de la consagración a esa grande obra, la salvación de los hombres; lo que implica el renunciamiento a toda satisfacción propia, por legítima que pueda ser, la ausencia de toda idea interesada, de toda busca del yo. Es ésta la idea sublime de la *santidad cristiana*, pero considerada aquí, en que se trata de los apóstoles, como debiendo ser realizada bajo la forma especial del *ministerio* cristiano. *Godet*. Esta interpretación es muy verdadera; pero para que un siervo de Dios sea así *santificado* en su vocación, es necesario ante todo que él mismo lo sea interiormente, que sea purificado del pecado y de todas sus influencias, pues, sin esto, éstas contaminarían y arruinarían su actividad. Es necesario pues mantener a esta palabra: *santifícalos*, al mismo tiempo, los dos significados que se acaba de exponer. — Se puede traducir: *por la verdad*, lo que significaría que la verdad divina es el único medio de la santificación; o *en* la verdad (comp. v. 11), siendo considerada la verdad como el elemento en cuyo seno se respira y se realiza la santidad. Preferimos, con Meyer y Weiss, este último sentido, como más íntimo: *tu* verdad. El pronombre posesivo ha sído añadido probablemente por analogía con la expresión que sigue: *tu* palabra. Falta en *Sin., B, A, C, D, Itala*, Vulg. Hay que traducir, pues: *la* verdad. El sentido es el mismo, puesto que Jesús agrega inmediatamente: *tu palabra es la verdad*. Se refiere a esta palabra divina que él mismo ha anunciado, *dado* a los discípulos (v. 14). ¿Pero cuál es el objeto de esta última afirmación? No el explicar lo que es la verdad, ni repetir tan sólo que la palabra divina es el medio de la santificación; mas Jesús quiere decir que sus discípulos están ya *en la verdad*, por cuanto han recibido y creído *su palabra* (v. 6, 8, 14; 15:3). Y es éste otro motivo presentado a Dios para que oiga esta oración.

19. Jesús alega aún dos poderosos motivos en apoyo de esta petición: *¡santifícalos!* Por una parte, *los envía al mundo*, ese mundo que para ellos estará lleno de tentaciones y dolores y por otra, él mismo va a realizar por ellos la grande obra necesaria a su santificación (v. 19).—Jesús dice: *Yo los he enviado*, aunque formalmente este envío de los discípulos no haya tenido lugar sino algo más tarde (20:21; Mat. 28:19); pero los considera como habiendo recibido ya esta misión, desde el momento en que los ha llamado a ella y les ha dado el título de "apóstoles" (Luc. 6:13; Mat. 10:2, nota); y por otra parte, los había enviado realmente a anunciar el evangelio del reino (Mat. 10:5). — Es necesario observar también este paralelo que Jesús establece aquí entre la autoridad soberana de Dios, que *le envió*, a él, *al mundo*, y la autoridad divina con que él dispone de sus discípulos: *yo también* los envío.



19 ellos yo me santifico a mí mismo, para que sean ellos también
santificados en verdad [20].
20 Mas no ruego por éstos sólo, sino también por los que creen
21 en mí por medio de su palabra [21], para que todos sean una sola

20. ¿Qué significa esta palabra profunda: *Por ellos yo me santifico a mí mismo?* El que en toda su vida, fué santo y justo, no tiene más necesidad de *santificarse*, en el sentido ordinario de esta palabra (Hebr. 7: 26,27). Esta expresión, *por ellos*, en su favor, para su salvación (15:13; 1 Juan 3:16) muestra claramente que se trata de la consagración absoluta de sí mismo que Jesús cumple ofreciéndose a Dios en sacrificio por su muerte, en la cual él es, al mismo tiempo, sacerdote y víctima. Este término de *Santificar*, en esta acepción, es tomado del antiguo testamento en que expresa habitualmente la idea de *ofrecer en sacrificio* al Eterno (Ex. 13:2; Deut. 15:19; 2 Sam. 8:11; comp. Rom. 15:16; Hebr. 9:14). Este lenguaje de la escritura es enteramente verdadero, pues todo ser completamente consagrado a Dios es santo, porque ha alcanzado con ello su supremo destino. Es lo que la epístola a los Hebreos expresa por esta palabra profunda: *ser consumado* en la perfección (Hebr. 5:9). Y mientras que los sacrificios del antiguo testamento ofrecían la idea de la santidad, en tipos y en símbolos, el sacrificio del Salvador la produce, en realidad, no solamente en la persona del Salvador mismo, sino en todos los que se unen a él en viva comunión. Por eso Jesús puede añadir: *a fin de que ellos también sean santificados en verdad.* Esta palabra, aplicada a los discípulos, debe entenderse en el sentido completo que hemos indicado en el v. 17. En efecto, el sacrificio de Jesucristo no es solamente, para el creyente, la fuente de su justificación delante de Dios, sino también de su *santificación*. Él también, unido a su Salvador por una fe viva del corazón, *se consagra* a Dios en sacrificio vivo y santo (Rom. 12:1); le sigue hasta la muerte por la senda del renunciamiento y de la crucifixión del viejo hombre, a fin de revivir con él en una vida nueva (Rom. 6:3-8; 2 Cor. 5:14, 15; Gál. 6:14; Col. 3:1-4). — Santificados *en verdad*, dice Jesús, es decir verdaderamente, realmente, completamente. (Comp. 1 Juan 3:18; 3 Juan 1, etc.) Algunos intérpretes traducen: *en la verdad*, como en el v. 17. Este sentido no es inadmisible, sino poco probable. Primeramente, porque la palabra *verdad* está sin artículo; luego porque aquí no es la verdad en general el medio de la santificación, sino el sacrificio de Jesucristo.

21. Según todas las *mayúsc.*, el futuro del texto recibido (*creerán*) debe ser reemplazado por el presente. Jesús, después de haber orado por sí mismo y por sus apóstoles, abarca ahora en esta súplica a todos los que, en el porvenir más lejano, creerán en él y serán salvados; pero habla en presente (los que *creen*), anticipando así los tiempos dichosos del triunfo de su obra y de su reinado. El gran medio por el cual los que están sumergidos aún en las tinieblas de la igno-

cosa, conforme tú, Padre, en mí y yo en ti, para que también ellos
en nosotros una sola cosa sean, para que el mundo crea que tú
22 me enviaste [22]. Y yo la gloria que me has dado heles dado, para
que sean una sola cosa conforme nosotros una sola cosa somos;
23 yo en ellos y tú en mí, para que sean hechos perfectos en una
sola cosa, para que conozca el mundo que tú me enviaste y los
24 amaste conforme a mí amaste [23]. Padre, lo que me has dado,

rancia y de la incredulidad serán llevados a la fe en el Salvador (*en mí*), es *la palabra* de los apóstoles. Testimonio brillante dado por el Salvador mismo a la verdad y autoridad divinas de la palabra apostólica: tiene ella el poder de crear en las almas la fe que las regenera y las salva. Y de hecho, toda la iglesia cristiana no ha conocido a Jesucristo y no ha creído en él más que por este testimonio, que conservará su valor hasta el fin de las edades.

22. Se puede, admitiendo una inversión semejante a la de 13:34, construir este versículo como sigue: "A fin de que todos sean uno; a fin de que ellos también sean (uno) en nosotros, como tú, Padre, eres en mí y yo en ti..." (de Wette, Luthardt, Godet). En este caso el cercenamiento de la palabra *uno* en la segunda proposición *(B, C, D, Itala)*, se justifica completamente. El gran objeto de la oración de Jesús por su iglesia, es la unión de todos sus miembros en la comunión del Padre y del Hijo (v. 21-23).

Pide a Dios que, esta unión que ya había demandado especialmente para sus discípulos (v. 11), la realice en todos sus hijos; éstos deben ser *uno* como el Padre y el Hijo son *uno*, deben estar todos juntos unidos a Cristo, y por él a Dios. De ahí esta palabra profunda: *uno en nosotros*, que eleva a todos los redimidos hasta la gloria eterna que Jesús ha adquirido para ellos (v. 22,24). — Esta parte de la oración del Salvador nos revela la naturaleza de su iglesia. Ha venido para unir, al reconciliarlas con Dios, las almas que el pecado había dividido. El vínculo de esta unión es el mismo que el que hace la inefable armonía del Padre y del Hijo: *Como tú, Padre, eres en mí y yo en ti.* Pero esta unión, basada en la comunión con Dios por Cristo, no debe ni puede quedar invisible; se manifiesta necesariamente afuera; y precisamente esta santa unión de las almas, en la fe y en el amor, debe ser para el *mundo* mismo un brillante testimonio de que Jesús es *el enviado de Dios*. Por ella sobre todo son las almas atraídas al Salvador y *creen* en él. Ella fué, en efecto, desde los primeros siglos de la iglesia, el más poderoso medio de persuasión para el mundo (Act. 2:46, 47; 4:32, 33; 5:11-14, etc.). Por eso las exhortaciones a mantener esta unión de las almas en el amor, que llenan los escritos de Juan, aparecen igualmente a menudo bajo la pluma del apóstol Pablo (Rom. 12:4-6; 1 Cor. 12:12 y sig.; Ef. 4:1-6; Fil. 2:1-5).

23. *Que sean perfectamente uno:* gr. *cumplidos* o *consumados en uno.* Jesús, seguro de ser oído, recuerda aquí, como en los v. 6, 14, lo que ha hecho ya para elevar sus redimidos hasta la unidad perfecta que pide para ellos. *Y yo*, dice, *yo les he dado la gloria que tú me has dado.* Esta *gloria*, que los exégetas han intentado explicar de maneras tan diversas, no es otra que la gloria eterna, de que el Hijo de Dios es poseedor en su ca-



quiero que donde yo estoy aquéllos también estén conmigo, para
que miren la gloria mía, que me has dado [24] porque me amaste
25 antes de la fundación del mundo [25]. Padre justo, el mundo, sí, no

lidad de Hijo y en cuanto es el objeto del amor eterno del Padre, la gloria a la cual iba a entrar otra vez (v. 1, 5, 24). Él la ha *dado*, no sólo revelado o prometido, sino ya impartido a sus redimidos haciéndolos, a ellos también, objeto del amor de Dios e hijos del Padre. Esta gloria está contenida enteramente *de derecho* en la palabra de gracia que han recibido (v. 14, 17) y les es asegurada en virtud de la fe que los une a Jesús como a su Salvador (Rom. 8:17, 29; Ef. 1:10); y Jesús va a pedir (v. 24) que al fin de los tiempos la posean plenamente *de hecho.* Ahora bien: esta *gloria*, que encierra en sí la vida eterna e implica la comunión con Dios, constituye necesariamente la *unidad* que Jesús describe tan magníficamente en estas palabras. Cristo viniendo, pensando, amando, obrando en sus discípulos, como el Padre vive, piensa, ama y obra en él, tal es *la unidad perfecta* de las almas con el Salvador y con Dios, y por ende su unidad mutua. Y aquí también hace Jesús resaltar la influencia profunda que esta vida divina y este amor enteramente nuevo ejercerán necesariamente sobre *el mundo.* Él *conocerá* y creerá (v. 21) estas dos grandes verdades: primeramente, que Jesucristo es *el Enviado*, el representante de Dios mismo sobre la tierra; y luego, que un amor semejante derramado entre los hombres no puede ser más que la efusión *del amor de Dios mismo.* Hay una revelación profunda del amor de Dios hacia pobres pecadores en esta sentencia: *Los amaste como a mí amaste* (v. 26; comp. Ef. 1:6). Y este pensamiento podría verterse por el presente: *los amas como a mí amas*, pues Jesús no habla en pretérito sino porque tiene en vista el hecho particular por el cual Dios ha manifestado este amor, cuando amó tanto al mundo que dió su Hijo unigénito (3:16; comp. 15:9 nota).

24. Jesús pide así para los suyos la realización perfecta de esta *gloria* que ya por su palabra ha dado a su fe (v. 22). *Padre*, repite con la emoción creciente de su oración. Y esta oración será oída, pues concierne a *los que el Padre le ha dado*, todos sus redimidos (v. 20), y no solamente los primeros discípulos, como en los v. 9 y 11. Estas palabras tan llenas de amor hacia los suyos son expresamente colocadas al principio de la frase como motivo en apoyo de su oración. Y aquí el Hijo de Dios, no solamente ora, *quiere*, con una voluntad que está como siempre, en perfecta armonía con la del Padre, pero que se afirma así de modo excepcional, porque en este momento Jesús emite en cierto modo una disposición testamentaria. Su "última voluntad" es *que donde él está* (habla en presente, por anticipación) *ellos también estén con él.* Estar *donde él está, con él*, es el cielo para los que le aman. Este dulce y glorioso privilegio acababa de prometérselo Jesús como consolación suprema (14:3), y ahora lo pide a Dios para ellos. Allí *contemplarán su gloria;* contemplarla, es participar de ella (v. 22; 1 Juan 3:2; Rom. 8:17).

25. Estas últimas palabras están en relación íntima con éstas: *la gloria que tú me diste.* ¿Se trata aquí de la gloria del Hijo de Dios antes de su encarnación, de esta gloria en que iba a volver a entrar después de haber realizado su obra? Los intérpretes dis-

te ha conocido, mas yo te he conocido y éstos han conocido que tú
26 me enviaste [26]; y les he hecho conocer tu nombre y harelo conocer, para que el amor con que me amaste esté en ellos y yo en ellos [27].

cuten esta cuestión sosteniendo unos el primer sentido, a causa de las palabras: me amaste *antes de la fundación del mundo;* los otros declarándose por el segundo significado, porque es evidente que Jesús habla de la misma gloria de que acaba de decir que la ha dado a sus discípulos (v. 22); esta gloria desea hacérsela *contemplar* en la perfección (v. 24) y de ella va a tomar posesión nuevamente (Comp. Fil. 2:9). Pero, en el fondo, esta discusión nos parece superflua; no se trata más que de una sola y misma gloria considerada bajo estos dos aspectos, en el pasado y en el porvenir. Es exactamente así como en el v. 5, el Salvador pide la posesión de su gloria, mas de una gloria de que disfrutaba antes que el mundo fuese". Sólo que, en nuestro versículo, este último pensamiento es expresado de un modo más íntimo que nos revela el *amor* como el vínculo de la unidad eterna del Padre y del Hijo. En efecto, Jesús expresa en esta palabra: me *amaste*, al mismo tiempo que manifiesta un profundo amor filial, la conciencia que tiene de su preexistencia eterna agregando: *antes de la fundación del mundo.*

26. Con el v. 24, la oración de Jesús por su iglesia había alcanzado el más alto grado de sublimidad; no podía pedir por ella cosa superior a su participación en su gloria eterna. Por esto, echando una mirada retrospectiva, vuelve, al terminar, a sus discípulos, a sus relaciones con Dios, por oposición al *mundo* (v. 6-8), y, apelando a la *justicia* divina, espera de ella que atienda su oración por los suyos. *¡Padre justo!*, dice con profundo sentimiento de esta perfección de Dios, es verdad que el *mundo* queda voluntariamente en la ignorancia y las tinieblas, cuando habría podido conocerte (7:28; 16:3); pero no ocurre así con todos; pues *yo te he conocido* por la comunión íntima en que vivo contigo (8:55), y, por mí, *éstos te han conocido* y saben que yo soy tu *Enviado* (v. 8), tu representante en medio de ellos. A tu justicia pues, a tu fidelidad, apelo para que, oyendo mi oración, tu acabes tu obra en ellos.

27. Si los discípulos han conocido a Dios (v. 25), es únicamente porque Jesús *les ha hecho conocer su nombre*, expresión de todas sus perfecciones (v. 6-8); y esta luz divina la hará él resplandecer más aún en sus almas por la efusión del Espíritu Santo; *y se lo haré conocer.* El objeto supremo de tantas gracias *(para que)* es que los discípulos sean hechos partícipes de esta relación inefable de *amor* que une al Padre y al Hijo (15:9; Rom. 5:5); y que, por ello mismo, su comunión con el Salvador sea completa: *que yo sea en ellos* (Comp. 14:20-23; Gál. 2:20; Ef. 3:17). "Con esta grande promesa termina Jesús su oración; y ella se ha cumplido en toda la experiencia de los discípulos y en todos sus trabajos. Nada los ha separado del amor de Dios en Cristo; Cristo ha vivido en ellos y ellos han sido más que vencedores por Aquel que los amó (Rom. 8:37-39)". *Meyer.*



## CUARTA PARTE

(Cap. 18-20)

---

# LA MUERTE Y LA RESURRECCION DEL HIJO DE DIOS

## CONSUMANDO LA INCREDULIDAD DE LOS JUDIOS Y LA FE DE LOS DISCIPULOS

---

### 1. *La pasión.*

A. 1-11. JESÚS SE ENTREGA A SUS ENEMIGOS. — 1º *La turba guiada por Judas.* Después de haber pronunciado las últimas palabras referidas, Jesús va con sus discípulos al otro lado del Cedrón, a un huerto que era conocido de Judas como el lugar habitual de cita de Jesús con los suyos. Judas, pues, llega seguido de la cohorte y de los oficiales del sanedrín, munidos de antorchas y de armas (1-3). — 2º *Jesús se presenta a la turba.* Con pleno conocimiento de lo que le espera, Jesús se adelanta y se nombra, delante de Judas. Los soldados retroceden y caen a tierra. Jesús se designa a ellos por segunda vez, y les pide que dejen libres a sus discípulos, cumpliendo su declaración de que no había perdido ninguno de ellos (4-9). — 3º *Tentativa de resistencia de parte de Pedro.* Este saca su espada y corta la oreja derecha de Malco. Jesús, resuelto a beber la copa que le da su Padre, ordena a Pedro que vuelva la espada a su vaina (10-11).

XVIII Habiendo dicho esto Jesús salió [1] con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto, al que entró
2 él y sus discípulos [2]; y conocía también Judas, el que le entrega-

1. Gr. Jesús *salió más allá del torrente.* Sólo entonces, según todas las apariencias, abandonó la sala donde había celebrado la pascua y pronunciado todos los discursos que preceden, hasta el cap. 17. Se puede, es verdad, sobrentender: *(salió)* de la ciudad. El circunstancial que sigue: *más allá del torrente* hace creer que el evangelista pensaba en la salida de la ciudad más bien que en la de la sala (deWette); pero no resulta de ello que Jesús hubiera abandonado la sala antes de terminar las conversaciones. (Véase 14:31, nota).

2. El *torrente* del Cedrón, es un *barranco* sin agua, un "uadi" según la expresión usada en Palestina. La palabra griega, que sólo se halla aquí en todo el nuevo testamento, pero que los Setenta aplican al Cedrón en 2 Sam. 15:23; 1 Reyes 2:37, designa un arroyo "que corre en invierno", o a consecuencia de lluvias excepcionales.

ba, el lugar, porque muchas veces se había congregado Jesús allí
3 con sus discípulos [3]. Judas pues, habiendo tomado la cohorte y
alguaciles de parte de los principales sacerdotes y de los fariseos
4 va allí con antorchas y linternas y armas [4]. Jesús pues, conociendo
todo lo que sobre él venía [5] salió y les dice: ¿A quién buscáis?

En nuestros días no se ve algo de agua en el Cedrón más que a consecuencia de caídas de aguas extraordinariamente abundantes, que están lejos de producirse todos los inviernos. Es posible que en los tiempos antiguos, cuando la región era menos árida, el valle menos colmado por los escombros, y cuando las aguas del templo, con la sangre de las víctimas y los detritus de toda especie se vertían en ese barranco, se viera correr más a menudo un arroyo de ondas cenagosas. Éstas le habrían valido su nombre de Cedrón, el "negruzco" (Job 6:16). Otros derivan este nombre del color del terreno. El texto presenta dos variantes que provienen de la confusión que los copistas han hecho del nombre propio *Cedrón* con el substantivo *cedro. Sin., D,* tienen: el torrente *del cedro; B, C:* el torrente *de los cedros.* El *huerto* adonde Jesús se traslada es llamado, en los sinópticos, Getsemaní (Mat. 26:36, nota; Luc. 22: 39). El cercado que la tradición designa como el sitio de ese jardín está situado al pie de la pendiente del monte de los Olivos, a poca distancia del cauce del Cedrón.

3. Esta observación del evangelista preparaba el relato de la traición de Judas. Durante sus estadas en Jerusalén, Jesús *se había reunido a menudo con sus discípulos* en ese lugar solitario (Comp. Luc. 21:37; 22:39). En este momento se coloca el combate moral del Salvador contado por los sinópticos y omitido por Juan. La crítica negativa explica esta omisión pretendiendo que los prófundos padecimientos morales de Jesús én Getsemaní han parecido a nuestro evangelista incompatibles con el carácter divino del Cristo, tal como él nos le representa. ¿Qué se ha de decir entonces de la escena tan parecida à la de Getsemaní que él nos cuenta en el cap. 12:20-23 de su evangelio? ¿Y por qué omite la historia de la transfiguración, tan apropiada para hacer resaltar la gloria del Cristo? ¿Por qué calla también la institución de la cena y tantos otros incidentes relatados por los primeros evangelios? Precisamente porque sabía que esos incidentes de la vida de Jesús eran demasiado conocidos de toda la iglesia para que fuese necesario repetirlos.

4. Es necesario observar estas palabras: *de parte de los principales sacerdotes y de los fariseos,* que nos muestran a esas dos clases de hombres como los instigadores de toda esta escena. Judas no hacía más que servir de guía a la turba enviada por ellos. La *cohorte* era probablemente un destacamento de la legión romana que ocupaba la ciudadela Antonia, y no, como lo pretenden varios exégetas, la guardia levítica del templo (Mat. 27: 27; Act. 21:31). El sanedrín había obtenido del gobernador que esa cohorte, mandada por el tribuno mismo (v. 12), ayudase a sus *alguaciles,* no porque esperase una resistencia seria de parte de Jesús y de sus discípulos, sino porque temía que el arresto del profeta galileo suscitase algún tumulto entre el pueblo (Mat. 26:5). Esas *linternas,* esas *antorchas* y esas *armas* revelan las precauciones exageradas del miedo en los enemigos del Salvador.



5 Respondiéronle: A Jesús el Nazareno. Díceles: Yo soy [6]. Y estaba
6 también Judas, el que le entregaba, con ellos [7]. Como pues les dijo:
7 Yo soy, volvieron atrás y cayeron a tierra [8]. Otra vez pues les
preguntó: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: a Jesús el Nazareno
8 Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; si a mí pues buscáis,
9 dejad irse a éstos; para que se cumpliera la palabra que había
10 dicho: los que me has dado, de ellos ninguno perdí [9]. Simón Pe-

5. Lo *sabía,* no solamente porque lo infería de lo que ocurría ante sus ojos, sino por su ciencia divina (2:25; 6:64; 19:28).

6. En el momento en que Jesús *se adelantó* (gr. *salió)* fuera del círculo de esos discípulos o del interior del huerto, Judas, que precedía a la turba (Mat. 26:47), le dió su pérfido beso. Se ha pretendido (deWette) que puesto que esa señal convenida había ya sido dada, era inútil para Jesús hacer esta pregunta: *¿A quién buscáis?* y designarse a sí mismo por estas palabras: *Yo soy.* Así se pone al relato de Juan en contradicción con el de los primeros evangelios. Pero se olvida que Jesús no podía dejar creer que era la cándida víctima de una astucia indigna; quería, al contrario, probar, desde el principio, que se entregaba voluntaria, heroicamente a la muerte. Quería, además, proteger a sus discípulos del peligro presente (v. 8, 9). He ahí por qué se adelanta al encuentro de sus enemigos y se nombra a ellos.

7. ¿Por qué esta observación, que parece superflua después del v. 3? Los intérpretes la explican de diversas maneras. Unos ven una prueba de la impudencia del traidor que podía *estarse allí en tal momento* (Lücke, Tholuck); otros (Meyer), la señal de lo que había de trágico en su situación (17:12, nota); tales observaciones son muy frecuentes en nuestro evangelio; otros aún, porque estas palabras se encuentran entre la respuesta de Jesús y el efecto temible que tuvo (v 6), piensan que deben servir a explicar ese efecto; Judas habría sido, el primero, sobrecogido de temor, y su impresión se habría comunicado a los demás (Luthardt, Weiss, Godet). Nos parece que la opinión de Meyer es la más sencilla y la más verosímil.

8. Los intérpretes se dividen sobre la cuestión de saber si fué éste un efecto natural, psicológicamente explicable por la situación, en ese momento trágico, o si fué un milagro por el cual Jesús probaba que tenía el poder de quedar libre, y que se entregaba voluntariamente, porque su hora había llegado (17:1). Sin ninguna duda, fué la majestad divina de su mirada y de su palabra lo que tuvo este efecto (Comp. 2:13-17; 7:44-46). Pero que este efecto fuera accidental, o querido del que lo produjo, es lo que el texto no dice y es en vano conjeturar.

9. Se ve, Jesús quiere entregarse solo al peligro y preservar de él a sus discípulos. Diga lo que quiera Meyer, las palabras: *dejad ir a éstos,* hacen suponer que los alguaciles habían puesto ya su mano sobre algunos de entre ellos. Por eso ve Juan en esta liberación un último cumplimiento de la palabra de su Maestro (17:12). No es que limite el sentido de esta sentencia a una preservación enteramente corporal; pero sabe que si los discípulos hubieran debido, entonces, soportar el juicio y el suplicio de su Maestro, la fe de muchos habría desfallecido y no se habría levantado como la de Pedro. De su salva-

dro pues que tenía espada, sacóla e hirió al siervo del sumo sa-
cerdote y cortó su oreja derecha; y el siervo tenía el nombre de
11 Malco [10]. Dijo pues Jesús a Pedro: Pon la espada en la vaina;
¿la copa que me ha dado el Padre, no la tengo, por cierto, de
beber [11]?

B. 12-27. Jesús delante de Anás. Negación de Pedro. — 1º *Jesús conducido ante Anás, suegro de Caifás.* Toda la tropa se apodera de Jesús y le lleva atado, primeramente a Anás, suegro de Caifás. Caifás era, aquel año, sumo sacerdote, y el evangelista recuerda el consejo profético que emitió en el sanedrín. (12-14). — 2º *Primera negación de Pedro.* Después de haber seguido a Jesús con otro discípulo, Pedro es introducido por este último en el atrio del sumo sacerdote. La portera le pregunta si no es él también uno de los discípulos del prisionero. El lo niega. Como los servidores habían encendido un brasero, Pedro se acerca y se calienta (15-18). — 3º *Interrogatorio de Jesús. Su envío a Caifás.* El sumo sacerdote le pregunta respecto de sus discípulos y de su doctrina. Jesús invoca el carácter público de su enseñanza y apela a los que le han oído. Es abofeteado por un oficial, que halla inconveniente su respuesta. Dice a quien le golpea que muestre en qué ha hablado mal. Anás le envía atado a Caifás (19-24). — 4º *Segunda y tercera negación de Pedro.* Estaba allí calentándose, cuando los presentes le preguntan si no es él también de los discípulos de Jesús. Lo niega. Un pariente del que había sido por él herido cree haberlo visto con Jesús en Getsemaní. Lo niega otra vez, e inmediatamente canta el gallo (25-27).

guardia material dependía pues en ese momento la salvación de su alma.

10. Véase, sobre este relato, Mat. 26:51; Mar. 14:47, Luc. 22:50. Esta acción de Pedro denota en él un gran valor, mucho amor hacia su Maestro, la resolución de cumplir la palabra que había dado poco antes (13:37), pero también un celo carnal, que corría el riesgo de comprometer la causa de Jesús; por eso Jesús rechaza ese medio de defenderle (v. 11). Nuestro evangelista consigna aquí los nombres de *Simón Pedro* y de *Malco*, que los sinópticos prudentemente habían callado. Tal hecho, así como este pequeño detalle: la oreja *derecha*, muestra al testigo ocular y la verdad histórica del relato. "¿Cómo, pregunta Godet, persuadirse de que un cristiano serio del segundo siglo, escribiendo lejos de Palestina, haya ostentado la pretensión de conocer el nombre de un criado de la casa sacerdotal, y además el papel desempeñado por un pariente de ese criado? (v. 26). ¿Es compatible tan lastimoso charlatanismo con el carácter del autor del cuarto evangelio?"

11. *Pues*, a la vista del peligro que el falso celo de Pedro iba a hacer incurrir a su causa, Jesús le detiene y le desaprueba. ¡Cuántos males evitados a la iglesia y a la humanidad si no se hubiera olvidado o menospreciado tan a menudo esta santa enseñanza! Después de haber reprobado así el empleo de armas carnales en su reinado, Jesús acepta humildemente la voluntad entera de Dios, la *copa* que le ha *dado*. Esta figura dolorosa de sus sufrimientos y de su muerte, *la copa*, es ciertamente aquí un eco de la oración de Jesús en Getsemaní (Comp. Mat. 26:39 y 46, nota).



12 La cohorte pues y el tribuno y los alguaciles de los judíos
13 prendieron a Jesús y le ataron [12], y le llevaron a Anás primero;
era en efecto suegro de Caifás, que era sumo sacerdote de aquel
14 año [13]; y era Caifás el que aconsejó a los judíos: Conviene que
15 un solo hombre muera por el pueblo [14], y seguía a Jesús Simón
Pedro y otro discípulo [15]. Y el discípulo aquél era conocido del
sumo sacerdote, y entró con Jesús al patio del sumo sacerdote,
16 mas Pedro estaba en pie fuera, cerca de la puerta. Salió pues el
otro discípulo el conocido del sumo sacerdote y habló a la portera,
17 e introdujo a Pedro [16]. Dice pues a Pedro la sirvienta portera:

12. Juan nombra con intención señalada todos los que cooperaron al arresto de Jesús: la *cohorte*, el *tribuno*, los *alguaciles*, luego agrega (gr.): *tomaron juntos* a Jesús y *le ataron*. Luthardt hace observar que esta expresión pinta el efecto del terror que todas esas gentes acababan de experimentar (v. 6); creen deber reunir todas sus fuerzas para apoderarse de un solo hombre; y, además, le *atan*. Jesús *atado* ha quedado en el recuerdo de su iglesia como la imagen conmovedora del sacrificio completo de la voluntad.

13. Véase, sobre *Anás*, (en hebreo *Janán*, en griego *Annas* o *Ananos*), Luc. 3:2, nota. Juan indica aquí la razón *(en efecto)*, de esta comparición de Jesús delante de Annas, omitida por los primeros evangelios: que *era suegro de Caifás*, el sumo sacerdote, y habiendo él mismo por mucho tiempo desempeñado ese cargo, se creyó que se debía esta señal de deferencia a su edad y a su influencia. Debía pues, mientras se reunía el sanedrín en casa de Caifás, preparar la audiencia que iba a seguir y quizá, interrogando a Jesús, arrancarle alguna palabra de que pudieran aprovecharse (v. 19). Sobre esta expresión: sacerdote *de aquel año*, véase 11:49, nota, y en cuanto a la diferencia del relato de Juan con el de los sinópticos, comp. v. 16, nota.

14. Comp. 11:49-51. Nuestro evangelista recuerda esta sentencia inicua de Caifás para mostrar lo que Jesús debía esperar de un juez cuya resolución estaba ya tomada de antemano. La profecía involuntaria de Caifás iba a cumplirse.

15. Los manuscritos se reparten entre *otro (Sin., B, A)* y *el otro* discípulo (con el artículo). Aun admitiendo la primera lección, no hay lugar de pensar que ese discípulo sea un desconocido, ciudadano de Jerusalén (Agustín, Calvino, Grotius) o Jacobo, hermano de Juan (Godet). Es nuestro evangelista mismo, quien, según su costumbre, evita nombrarse (20:2, 3, 4, 8. Véase la Introd.). El verbo en imperfecto: *seguía a Jesús*, pinta la situación.

16. Cómo *era* Juan *conocido* en la casa del *sumo sacerdote*, es lo que se ignora, y sobre ello no hay más que conjeturas. Pero aquí se presenta una cuestión más importante. ¿Cuál era este *sumo sacerdote* en cuya casa los dos discípulos acaban de entrar? Es Anás, a cuya casa Jesús ha sido primeramente llevado (v. 13), quien llevaba aún ese título? ¿o bien es Caifás, a quien el evangelista acababa de designar expresamente como el "sumo sacerdote de aquel año" (v. 13, 14)? La solución de esta cuestión nos

¿Acaso también tú de los discípulos eres del hombre este? Dice

permitirá fijar el lugar del interrogatorio que va a soportar Jesús v. 19-23), y el de las diversas negaciones de Pedro, que nuestro relato hace empezar aquí mismo (v. 17). Después de las palabras: *le condujeron a Anás* (v. 13), no puede tratarse más que de ese suegro de Caifás y de su palacio. Allí fué Jesús interrogado por Anás mismo, y allí le negó Pedro. Según los sinópticos, al contrario, Jesús fué conducido directamente a casa de Caifás, cuyo palacio fué el teatro de todos estos hechos. Para salvaguardar su exactitud y hacer desaparecer el desacuerdo que hay entre la narración de ellos y el relato de Juan, se ha pretendido que en todo este relato (v. 13, 15, 19, 23, 24), el título de *sumo sacerdote* es dado a Caifás solamente, que tenía el cargo; y que, por consiguiente, estamos aquí en su palacio y él es el único actor en esta escena. Pero ¿cómo explicar entonces el hecho mencionado en el v. 24 a continuación del interrogatorio? (v. 19-23). La antigua exégesis intercalaba ese v. 24 inmediatamente después del v. 13, o tomaba el verbo por un pluscuamperfecto, como lo traduce Ostervald: "Y Anás *le había enviado* a Caifás", etc. Eso es lo que Ebrard llama, con razón, una exégesis peligrosa. Hay que dejar pues toda esta escena en casa de Anás, donde la ha colocado nuestro evangelista queriendo restablecer así un hecho omitido por los sinópticos. Sólo que es necesario cuidarse bien de inferir de ello que Juan niegue o ignore el juicio de Jesús ante el sanedrín, bajo la presidencia de Caifás, juicio que los primeros evangelistas cuentan por menudo. En efecto, Juan no atribuye ninguna acción oficial, ninguna sentencia, a Anás, que no tuvo con Jesús, más que una conversación privada (v. 13, nota). Todo, al contrario, en nuestro relato, supone y confirma el juicio oficial por Caifás. Se conduce a Jesús *primeramente* a Anás (v. 13), y esta palabra hace esperar lo que ocurrió *luego*. Anás envía a Jesús *a Caifás, el sumo sacerdote*, su verdadero Juez (v. 24). Por último, después de su condenación, Jesús es llevado *de casa de Caifás al pretorio* (v. 28). Pero ¿cómo explicarse que los sinópticos hayan no solamente confundido el interrogatorio en casa de Anás con la comparición ante Caifás, sino colocado la negación de Pedro en el palacio de Caifás, mientras había tenido lugar en el de Anás? ¿No sería inverosímil tal error? La solución es de las más sencillas: esos dos dignatarios, el suegro y el yerno, habitaban el mismo palacio, no teniendo más que un solo atrio. No es ésta una suposición, sino un hecho que resulta evidentemente del relato de Juan. En efecto, en el v. 18, vemos a Pedro calentarse junto al fuego en el atrio de Anás adonde ha entrado; y en el v. 25, después que Jesús ha sido llevado a casa de Caifás, volvemos a hallar a ese discípulo junto al mismo fuego en el mismo atrio. Este hecho indubitable es reconocido aun por de Wette, así como por muchos otros intérpretes. Godet, bien que admitiendo la doble comparición de Jesús ante Anás primeramente, luego ante Caifás, piensa que, según nuestro relato, aun en presencia de Anás Jesús fué interrogado por Caifás (v. 19-23); la mención de Caifás, en el v. 13, fijaría desde ese momento la atención del lector sobre él y relegaría a segundo plano a Anás. Pero si Caifás presidió el interrogatorio (v. 19-23), sería poco natural que el evangelista agregase, sin más (v. 24): "Anás pues le envió atado a Caifás, el sumo sacerdote". El título de *sumo sacerdote* es dado a Anás (Act. 4:6; comp. Luc. 3:2, nota). Y en nuestro evangelio mismo, este término en plural, los *sumos sacerdotes* es aplicado a toda clase de sacerdotes de orden superior que constituían una porción notable del sanedrín, y que desempeñan el papel principal en el proceso de Jesús (12:10; 18:35; 19:6, 21). Nada hay pues de anormal en que en nuestro pasaje, y especialmente en los v. 19 y 22, ese título designe a Anás.



18 aquél: No soy [17]. Y estaban en pie los siervos y los alguaciles,
habiendo allegado ascuas, porque hacía frío y se calentaban. Y
estaba también Pedro con ellos en pie y calentándose [18].
19 El sumo sacerdote pues preguntó a Jesús sobre sus discípulos
20 y sobre su enseñanza [19]. Respondióle Jesús: Yo abiertamente he
hablado al mundo; yo siempre he enseñado en la sinagoga y en el
templo, donde todos los judíos se reunen, y en secreto nada he
21 hablado [20]. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que han oído,

17. Véase, sobre la negación de Pedro, Mat. 26:69-75; Mar. 14:66-72; Luc. 22:55-62, notas. Esta *sirviente*, que desempeñaba el oficio de *portera*, sabía sin duda que Juan era discípulo de Jesús (v. 15), y como a pedido de él deja entrar a Pedro, infiere que este último debe serlo también; de ahí su pregunta: *¿Eres tú también?* Hay desprecio en las palabras: discípulo de *ese hombre*. — Juan coloca la primera negación de Pedro durante la comparición de Jesús ante Anás; las otras dos tuvieron lugar después que hubo sido llevado a Caifás (v. 25-27). Lucas confirma indirectamente el relato de Juan refiriendo que "como una hora" transcurrió entre las dos primeras negaciones y la última (Luc. 22:59). Esta circunstancia agrava singularmente el pecado de ese pobre discípulo, pues que tuvo, entre el primer ataque y el tercero, todo el tiempo de la reflexión.

18. Juan, tan exacto en todos estos detalles, distingue aquí los *siervos* de la casa y los *oficiales* del sanedrín, Aun esta observación de que *hacía frío*, denota el testigo ocular. *Pedro* se mezclaba a esa multitud, menos sin duda para *calentarse* que para no ser apercibido, y quizá también para saber algo de lo que ocurría en el palacio respecto de su Maestro.

19. Con esta partícula *pues* reanuda el evangelista su relato del v. 13. Anás pues es quien interroga a Jesús (v. 16, nota); y en efecto, no hay la menor relación entre sus preguntas y el interrogatorio que Caifás hizo soportar al Salvador delante del sanedrín (Mat. 26:59 y sig.; Mar. 14:55 y sig.; comp. Juan 18:16, notas). Las preguntas hechas por Anás conciernen primeramente a *sus discípulos*, su número, su carácter, quizá también el modo como se los había ganado; luego a *su doctrina*, es decir los principios que profesaba en su enseñanza. La respuesta de Jesús puede arrojar alguna luz sobre la naturaleza y el objeto de esas preguntas que tenían seguramente una intención insidiosa.

20. Esta respuesta de Jesús indica con bastante claridad que notaba, en las preguntas que se le dirigían, la intención de hacerle confesar que formaba con sus discípulos alguna sociedad secreta, en la cual enseñaba principios subversivos del orden religioso, social o político. De ahí estos términos

qué les he hablado; he aquí éstos saben lo que yo he dicho[21]. Y
22 habiendo dicho él esto uno que estaba allí de los alguaciles dió
una bofetada a Jesús diciendo: ¿Así respondes al sumo sacerdo-
23 te[22]? Respondióle Jesús: Si he hablado mal, da testimonio sobre
24 el mal; mas si bien, ¿por qué me hieres[23]? Envióle pues Anás
atado a Caifás, el sumo sacerdote[24].
25 Y estaba Simón Pedro en pie y calentándose[25]. Dijéronle
pues: ¿Acaso también tú de sus discípulos eres? Negó aquél y

multiplicados para expresar la completa franqueza, la libertad y la publicidad de su enseñanza. Ha hablado *abiertamente*, libremente, *al mundo*, delante de todo el pueblo; *siempre enseñó* (gr.) *en sinagoga*, es decir en plena sinagoga, *y en el templo, donde todos los judíos se reúnen.* (El texto recibido tiene: *donde los judíos se reúnen de todas partes;* algunas *mayúsc.:* se reúnen *siempre.)* No ha habido, pues, en todo su ministerio, nada de *secreto* de que se pudiera sospechar; pues hasta cuando hablaba en el círculo íntimo de sus discípulos, todos podían tener acceso hasta él y él enseñaba entonces las mismas verdades que en público. — Es necesario observar también que Jesús guarda silencio sobre lo concerniente a sus discípulos, ya a fin de no comprometerlos, ya porque lo que acababa de decir hacía inútil una respuesta.

21. En efecto, interrogar a sus oyentes, a los testigos de todo su ministerio, era el más seguro medio de conocer la verdad. ¿Y cómo habría podido Jesús hacer, delante de ese saduceo, una exposición de *su doctrina*, que no se dejaba encerrar en fórmulas? Hay pues, en esta respuesta, una denegación tácita. "Buena lección, observa de Wette, para todos los inquisidores en materia de fe y de opinión".

22. La palabra que traducimos por *una bofetada* significa también un bastonazo o garrotazo (Mar. 14:65); pero preferimos el primer sentido, que nos parece análogo a Mat. 5:39 y Act. 23:2. — Esta acción y estas palabras, revelan en ese *alguacil* un vil adulador que pensaba hacerse grato al *sumo sacerdote*.

23. *Testifica acerca del mal.* ¡Qué dignidad, qué calma, qué mansedumbre en estas palabras, en presencia de un odioso ultraje! Son el mejor comentario de Mat. 5:39.

24. *Pues* (esta partícula debe ser conservada, según *B, C, Itala); Anás*, no habiendo obtenido nada de Jesús que pudiera hacerlo acusar, y no siendo competente para pronunciar sentencia, *le envió atado* (v. 12) *a Caifás*, el único que tenía derecho de juzgarle, y que, en el intervalo, había reunido el sanedrín durante la noche (véase Luc. 22:66, nota). Relatando este envío de Jesús a Caifás, el evangelista distingue claramente su comparición ante Anás de la audiencia oficial que iba a tener lugar en presencia del sanedrín. Los intérpretes que confunden esos dos actos, y que se esfuerzan en sacar de su lugar nuestro versículo, lo traducen: Anás *le había enviado* a Caifás (Comp. v. 16, nota), introducen así una verdadera confusión en el relato de Juan. Este evangelista no cuenta el juicio de Jesús ante el sanedrín, porque lo supone conocido por los relatos de sus tres predecesores y porque ha indicado ya claramente el resultado de él (11:50-53; comp. más arriba, v. 14).

25. Comp. v. 16, nota, y v. 18, nota.



26 dijo: No soy. Dice uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente
que era de aquél de quien había cortado Pedro la oreja: ¿No te
27 he visto yo en el huerto con él[26]? Otra vez pues negó Pedro, y
luego un gallo cantó[27].

C. 18:28 a 19:16ª. Jesús ante Pilato. — 1º *Los judíos intentan arrancar a Pilato una confirmación de su sentencia, sin examen.* Llevan a Jesús de casa de Caifás al pretorio, evitando sin embargo entrar, a fin de poder comer la pascua. Pilato les pregunta de qué crimen acusan a Jesús. Responden que no le habrían llevado si no fuera culpable. Pilato les dice que lo juzguen según su ley. Confiesan que no tienen ya derecho de ejecutar una sentencia capital. Gracias a esta circunstancia, las predicciones relativas al género de muerte de Jesús se cumplieron (28-32). — 2º *Los judíos sostienen contra Jesús la acusación política de pretender a la dignidad real:* a) *Conversación de Pilato con Jesús.* Pilato, habiéndose retirado con Jesús al pretorio, le pregunta si es el rey de los judíos. Jesús quiere saber si otros han inspirado esa pregunta a Pilato. Pilato responde que él no es judío, que los sacerdotes han puesto en sus manos a Jesús, que él quiere saber qué ha hecho. Jesús declara que su reino no es de este mundo; de otro modo sus servidores lo hubieran defendido contra los judíos; ahora su reino no es de aquí. ¿Eres tú pues rey?, le pregunta Pilato. Jesús lo afirma; ha venido al mundo para dar testimonio a la verdad y reinar sobre todos los que obedecen a la verdad. ¿Qué es la verdad?, exclama Pilato (33-38a). b) *A Jesús, declarado inocente por Pilato, los judíos prefieren Barrabás.* Con estas palabras, Pilato sale a los judíos, y les dice que no halla ningún crimen en Jesús. Ofréceles soltar, en ocasión de la fiesta, al rey de los judíos. Los judíos rehusan y reclaman a Barrabás, un bandido (38ᵇ-40). c) *Jesús azotado con varas y entregado a los soldados.* Pilato expone a Jesús al suplicio de la flagelación. Los soldados le ponen una corona de espinas y un manto de púrpura, le saludan como Rey de

26. En nuestro relato, como en los sinópticos, la primera pregunta fué dirigida a Pedro por una sirvienta (v. 17); los autores del segundo ataque son designados aquí de un modo vago: *Le dijeron pues* (v. 25); el autor del tercero lo es, al contrario, con mucha precisión: *uno de los siervos* de la casa, *pariente de aquel* al que Pedro había herido, lo que hacía más peligrosa aún la situación de este discípulo; esta circunstancia hace comprender mejor aún su temor y su negación. Felizmente para él, ese hombre no estaba seguro de reconocerle, como lo indica su pregunta: *¿No te vi yo en el huerto?* Juan sólo ha conservado este detalle que denota el testigo ocular. (Véase, sobre la negación de Pedro, los relatos y las notas indicadas en el v. 17, y sobre las diversas preguntas que le fueron dirigidas, Luc. 22:58, nota).

27. Juan no cuenta ni las imprecaciones de Pedro contra sí mismo, que dan a su caída tanta gravedad, ni su arrepentimiento con que empezó su rehabilitación. Basta a su objeto haber puesto esas tres negaciones en su verdadero lugar por el relato de la comparición ante Anás, y principalmente haber mostrado el cumplimien-

los Judíos, y le hieren con varas (19:1-3). d) *Jesús presentado por Pilato a la multitud.* Pilato le hace salir del pretorio proclamándole inocente. Jesús se presenta coronado de espinas y vestido de púrpura. ¡He aquí al hombre!, dice Pilato. Los sacerdotes y los alguaciles gritan: ¡Crucificadle! Pilato les ordena que ellos mismos lo tomen, pues él no encuentra crimen alguno en él (4-6). — 3º *Los judíos presentan un agravio religioso.* Según su ley, dicen, Jesús debe morir, pues se ha hecho Hijo de Dios. Esta palabra aumenta el temor de Pilato. Vuelto a entrar al pretorio, pregunta a Jesús: ¿De dónde eres? Jesús calla. Pilato ofuscado le recuerda que él tiene poder de condenarle y de libertarle. Todo el poder que tienes, responde Jesús, lo has recibido de arriba. La responsabilidad del que me ha entregado a ti es mayor que la tuya. Al oír estas palabras, Pilato procura salvarle (7-12a). — 4º *Los judíos recurren a la intimidación, amenazando a Pilato con denunciarlo.* Si sueltas a Jesús, que se ha hecho Rey, dicen a Pilato, ¡no eres amigo de César! Entonces Pilato lleva a Jesús afuera y se sienta en su tribunal. El evangelista anota el día y la hora. He aquí a vuestro Rey, dice Pilato a los judíos. ¡Quita, crucifícale!, claman ellos. —¿Crucificaré a vuestro Rey? —No tenemos otro Rey que César. Pilato se lo entrega para ser crucificado (12b-16a).

28 Llevan pues a Jesús de Caifás al pretorio; y era de mañana [28]; y ellos no entraron en el pretorio, para no contaminarse

to de la triste predicción de Jesús a su discípulo (13:38).

28. Israel ha rechazado y condenado a muerte a su Mesías, a su Salvador; y como desde que ese pueblo está bajo el dominio romano, ha perdido el derecho de ejecutar sentencias capitales (v. 31), tiene la vergüenza de entregarle a la autoridad pagana, entonces representada por Pilato. El *pretorio* (Mat. 27:27) era en Roma el lugar donde el pretor administraba justicia. En las provincias, se llamaba con ese nombre el palacio del gobernador. En Jerusalén era, según unos, el antiguo palacio de Herodes, en la parte occidental de la ciudad alta; según otros, un edificio contiguo a la ciudadela Antonia, donde se alojaba la guarnición romana, en el ángulo noroeste del templo. Aunque el gobernador residiera en Cesárea, iba a Jerusalén durante las grandes fiestas, a fin de prevenir los tumultos que a menudo se producían allí. — *Era de mañana,* pues la noche había pasado, primeramente en casa de Anás, luego ante el sanedrín, donde Jesús acababa de ser condenado a muerte. Pilato, prevenido sin duda desde la víspera, consintió en dar esta audiencia matutina. (Comp. sobre este proceso ante Pilato, Mat. 27:11-30; Mar. 15:1-20; Luc. 23:1-25, notas.) En el relato que hace de ésta, Juan es más completo que los sinópticos, y él sólo ha conservado varios detalles de grande importancia. Fodet resume esas transacciones en los términos siguientes: "Los judíos piden a Pilato que confirme *sin examen* su sentencia (v. 30). Éste se niega a ello; es la primera fase de las negociaciones: v. 28-32. Entonces formulan una acusación *política:* se ha hecho rey. Pilato juzga esta acusación infundada; luego hace dos tentativas infructuosas para libertar a Jesús con el apoyo del pueblo; es la segunda fase: v. 33 a 19:6. Los judíos presentan entonces un



29 sino comer la pascua [29]. Salió pues Pilato fuera a ellos [30] y dice:
30 ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Respondieron y dijéronle: Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entrega-
31 do [31]. Díjoles pues Pilato: Tomadle vosotros, y según vuestra ley juzgadle [32]. Dijéronle los judíos: A nosotros no es lícito matar a
32 nadie [33]; para que la palabra de Jesús se cumpliera que dijo sig-

agravio *religioso:* Se ha hecho Hijo de Dios. Al oír esta acusación, Pilato se esfuerza cada vez más por libertar a Jesús; es la tercera fase: v. 7-12a. En ese momento los judíos, viendo su presa a punto de escapar, ponen a un lado todo pudor y emplean el odioso medio de la intimidación *personal* para doblegar la conciencia del juez. En esta senda, se dejan arrastrar hasta renegar de su más querida esperanza, la del Mesías: se enfeudan a César; es la cuarta fase: v. 12b-16".

29. Los jefes del pueblo, que acababan de entregar a Jesús a Pilato, rehusan *entrar en el pretorio,* a fin de no contaminarse. ¡Horrenda hipocresía en esos ministros de la religión que, con el odio en el corazón van a cometer el más odioso de los crímenes y tienen escrúpulo en entrar en una casa pagana donde había levadura! — Es éste el pasaje principal de nuestro evangelio sobre el que se fundan los intérpretes que admiten que Juan, contrariamente a los sinópticos, coloca la muerte de Jesús en el 14 de nisán. (Véase 13:1, nota.) Vemos, en efecto, a los judíos temer el *contaminarse* y no *poder comer la pascua.* Esta expresión: *comer la pascua* significa ordinariamente *comer el cordero pascual.* Los que piensan que estamos en el 15 de nisán se esfuerzan por extender esta expresión a la celebración de la fiesta entera. Pero los pasajes citados (Deut. 16:2, 3; 2 Crón. 30:22; 35:7-9) son poco concluyentes.

30. *Pues,* en consecuencia de que los jefes del pueblo no querían entrar en el pretorio. Esta condescendencia por escrúpulos que debían parecerle absurdos y poco respetuosos para él, muestra, desde el principio, en ese gobernador, cierto temor que tenían de los judíos, a causa de las acusaciones que podían llevar a Roma contra él; y ese temor terminó por triunfar de su conciencia (19:12-16). Véase, sobre Pilato, Mat. 27:2, nota.

31. Nada más natural que la pregunta de Pilato (v. 29); pero los miembros del sanedrín le hallan aún demasiado exigente: entienden que el gobernador debe creerlos por su palabra y ratificar su sentencia sin examinar su causa.

32. Puesto que no queréis exponer vuestras razones, cargad vosotros solos con el asunto y *juzgad vosotros mismos* al acusado según vuestra ley, bien entendido que en los límites de vuestra competencia. El sanedrín no tenía ya derecho de ejecutar, pero podía excomulgar, condenar a la pena del látigo, a prisión. Pilato capta de inmediato la ocasión de desembarazarse de este asunto, pero no autoriza de ningún modo a los judíos a ejecutar a Jesús bajo la responsabilidad de ellos. La situación es distinta en 19:6.

33. La concesión de Pilato no conviene a los judíos. Han condenado a Jesús a muerte, tienen en su espíritu el firme propósito de ejecutarlo sin demora, y están pues obligados a recusarse, por penoso que les sea confesar en alta voz y reconocer ante Pilato su dependencia. (Comp. 19:15.)

33 nificando con qué muerte debía morir [34]. Entró pues otra vez
Pilato al pretorio y llamó a Jesús y díjole: ¿Tú eres el rey de los
34 judíos [35]? Respondió Jesús: ¿De ti mismo dices tú esto, u otros
35 te han dicho sobre mí [36]? Respondió Pilato: ¿Acaso yo soy ju-
dío? La nación tuya y los principales sacerdotes te han entregado

34. Jesús había predicho, en diversas ocasiones, que sería *levantado* sobre la cruz, *crucificado*, y eso por mano de los gentiles (3:14; 8:28; 12:32; Mat. 20:19). Si hubiera sido condenado por el sanedrín, disfrutando aún del derecho de vida o muerte, o si hubiera sido ejecutado como Esteban, contra el orden establecido y aprovechando de un movimiento sedicioso, habría sido apedreado, pues éste era, según el Talmud, el suplicio reservado a los falsos profetas. El suplicio de la cruz, al contrario, era de institución romana. Ahora bien: el evangelista ve, con razón, en el hecho de que los judíos deben reconocerse incompetentes, una dirección divina por la cual *la palabra* de Jesús era cumplida.

35. *¿Tú eres el rey de los judíos?* El tono de estas palabras era sin duda de extrañeza y de ironía. Pero esta pregunta de Pilato, por nada motivada en lo que precede, no se comprende más que admitiendo que los judíos, a pesar de su pretensión del v. 30, han acabado por formular su acusación (comp. Mat. 27:11, 1a. nota) que, en efecto es referida íntegra por Lucas (23:2). El punto principal de esta acusación era que Jesús se decía ser *Mesías, Rey.* La iniquidad del procedimiento de los judíos consistía en transformar el agravio religioso, por el cual habían condenado a Jesús (Mat. 26:63-65. notas), en una acusación política, que reforzaban aún con esta calumnia: "Prohibe pagar tributo a César" (Luc. 23:2).

36. La pregunta de Jesús ha sido interpretada de diversos modos. Meyer piensa que Jesús hacía uso simplemente del derecho que todo acusado tiene de conocer sus acusadores, pues no podía suponer que Pilato tomara el título de rey en otro sentido que el político. Pero ¿cuál hubiera sido el objeto de tal pregunta? preguntaremos nosotros con Godet. Por otra parte, si Jesús quisiera simplemente informarse sobre sus acusadores ¿por qué pregunta a Pilato: *¿De ti mismo dices tú eso?* Otros piensan que Jesús quería hacer sospechosa, a los ojos de Pilato, una acusación que venía de sus enemigos. Pero todo eso no da buena cuenta de la doble pregunta del Salvador. Jesús hace evidentemente aquí una distinción importante: en el sentido político que un romano debía dar a ese título de *rey*, podía sencillamente negarlo; pero, en la significación teocrática y religiosa que los judíos daban al nombre de *Mesías, Rey*, se habría cuidado de rehusarlo, pues se habría puesto en contradicción con sus propias palabras (Mat. 26:64, nota; comp. Juan 18:36, 37). Por esto pregunta a Pilato si ha llegado por sí mismo a sospechar que aspira a la dignidad real; en este caso, habría respondido por una sencilla negativa, seguro de que ese título de rey no podía implicar sino ambiciones políticas. Pero si esta pregunta ha sido sugerida a Pilato por el sanedrín, la franqueza hace a Jesús un deber del explicarse sobre este título de Mesías, que él ha reivindicado realmente, y sobre el sentido en que lo ha tomado. Tal es, pensamos con Weiss y Godet, el verdadero sentido de la doble pregunta, que toma así una grande importancia y parece llena de sabiduría.



36 a mí; ¿qué has hecho [37]? Respondió Jesús: El reino mío no proce-
de de este mundo; si de este mundo procediera el reino mío, los
servidores míos habrían luchado, para que no fuera entregado a
37 los judíos; mas ahora el reino mío no procede de aquí [38]. Díjole
pues Pilato: ¿Entonces rey eres tú [39]? Respondió Jesús: Tú dices
que rey soy. Yo para esto he nacido y para esto he venido al
mundo, para dar testimonio a la verdad [40]; todo el que procede

37. Esta respuesta del funcionario romano revela cierto desprecio por el nombre de *judío* y significa: ¿Puedo yo acaso entender la menor cosa de vuestras sutiles distinciones judaicas? Dejemos eso, y puesto que *tu nación* y sus sacerdotes te acusan, responde claramente: *¿qué has hecho?* ¿cuál es tu crimen?

38. Tres veces pronuncia Jesús con solemnidad esta palabra: *mi reino* (comp. Mat. 3:2, 2a. nota), o mejor aun, aquí, *mi dignidad real;* y es para declarar tres veces que esta realeza *no es de este mundo, no es de aquí.* Por su origen, por su naturaleza, por su espíritu, por su fin, no tiene nada de común con las realezas de este mundo; no emana de la humanidad caída y corrompida, ni de ninguna fuerza que esté en ella; sino que viene de lo alto, del cielo. La prueba que Jesús da de ello, está en que repudia, para establecer esta realeza, todas las armas carnales y terrenales; sus *servidores no han combatido* por su causa; él no obrará sino sobre sus corazones, por la potencia de la verdad divina (v. 37). — Pero ¿quiénes son esos *servidores?* Los que habría tenido, los que habría dejado de proveerse, si su reinado fuera de este mundo; así responden algunos exégetas (Lücke, de Wette, Tholuck); pero, según otros (Meyer, Weiss, Godet), Jesús entiende con ello los servidores que realmente tiene, sus adherentes, esas multitudes que le aclamaban algunos días antes, cuando su entrada en Jerusalén, y que, en efecto, habían querido proclamarlo rey (6:15). ¿Quién dirá lo que Jesús, con su poder sobre las masas, habría podido hacer de ellas, si hubiera querido excitar su entusiasmo y sus pasiones nacionales? Una y otra de estas interpretaciones son admisibles. Mas no lo es la de entender por esos servidores *los ángeles*, como lo hacen Bengel y Stier, sin duda conforme a Mat. 26:53. ¿Habría expresado Jesús tal pensamiento en presencia de Pilato?

39. Pilato infiere de las palabras que preceden que Jesús se atribuye realmente una dignidad real cualquiera, cuya naturaleza él no comprende, y exclama con asombro: *¿Tú eres, pues, rey?* ¿Habla aún con ironía, o con desprecio? o bien, impresionado por las palabras y la dignidad del Salvador, ¿se ha puesto más serio, como parece indicar la continuación de estas transacciones? Los intérpretes están divididos sobre este punto, difícil de explicar.

40. *Tú lo dices*, es una afirmación directa que significa: *sí, como tú lo dices* (Mat. 26:25 y 64). Jesús añade solemnemente: *Yo soy rey*, y explica en qué sentido es rey, *dando testimonio de la verdad.* A esta grande vocación se refiere en el original la palabra dos veces repetida: *para esto.* Jesús afirma, pues, con solemnidad que *para dar testimonio a la verdad* divina, que él mismo ha revelado, ha *nacido* y *venido al mundo.* El primero de estos términos indica su nacimiento humano, el segundo su *venida* de arri-

38 de la verdad oye mi voz [41]. Dícele Pilato: ¿Qué es verdad [42]? Y
habiendo dicho ésto otra vez salió a los judíos, y díceles: Yo nin-
39 gún crimen hallo en él. Mas vosotros tenéis costumbre de que os
suelte uno en la pascua; ¿queréis pues que os suelte el rey de los
40 judíos? Clamaron pues otra vez diciendo: ¡No a éste, sino a Ba-
rrabás! Y el Barrabás era bandolero [43].

ba, del cielo, donde existía antes de su nacimiento. Tal es, en nuestro evangelio, el significado de esta expresión: *venir al mundo* (9:39; 11:27; 16:28). Es, pues, contrario al lenguaje de este evangelio entender esas palabras de la entrada de Jesús en su ministerio, como lo quieren algunos intérpretes. Precisamente porque el Salvador ha venido del cielo, donde ha contemplado la *verdad* en Dios mismo, puede *dar testimonio* de ella (3:11, 32; 1:7). Ser rey por la verdad, es la única realeza verdadera; se comprende si se entiende esta palabra de verdad en su sentido más profundo, más absoluto, que encierra la realidad eterna de las cosas, la armonía con Dios, la santidad. Los discípulos de Jesús son llamados al alto destino de compartir con él esa dignidad real.

41. *Ser de la verdad*, es depender de ella, sentirse en armonía con ella (3:21), someterse con gozo a su influencia (7:17), como *ser de Dios* (8:47), es pertenecerle de corazón. Jesús designa así a los que el Padre atrae hacia él (6:44, 65); y esos *escuchan su voz* (10:4, 16) y la reconocen con satisfacción. "Con estas palabras, Jesús se explica claramente sobre su dignidad real; ha declarado, por una parte, que es rey, y con qué destino lo es; por la otra, cuáles son los súbditos de su reino; y así ha resuelto plenamente la pregunta hecha por Pilato". *Meyer.*

42. Pilato, en esta pregunta que arroja con soberbia indiferencia, sin esperar respuesta, manifiesta toda la presuntuosa ligereza del hombre del mundo, al mismo tiempo que la sabiduría de corto alcance del hombre de Estado, que no cree más que en el reinado de la violencia y de la astucia. — Después de eso Pilato, no viendo ya en Jesús más que un exaltado muy poco peligroso, le declara inocente en cuanto a la acusación política formulada contra él. Pero en lugar de dejarle libre, por temor de los judíos, a quienes no quiere enajenarse más, recurre a diversos expedientes para libertarle. El primero fué el de enviar a Jesús a Herodes (Luc. 23:6 y sig.); el segundo fué ofrecer a los judíos soltarles a Jesús, aprovechando la ocasión del privilegio que tenían de pedir, en la fiesta de pascua, la liberación de un prisionero (v. 39, 40).

43. Véase, sobre este incidente relativo a Barrabás, Mat. 27:15-21; Mar. 15:6-15; Luc. 23:17-19, notas; comp. Act. 3:14. Marcos es quien lo cuenta con mayores detalles. Según él, el pueblo tomó la iniciativa, reclamando el prisionero que el gobernador soltaba en la fiesta, y, excitado por sus jefes, pidió la libertad de Barrabás. Pero Pilato, deseoso de libertar un acusado cuya inocencia reconoce, captó diligentemente la ocasión que así se le ofrecía. Sobre el título de *rey de los judíos*, que Pilato da a Jesús, véase Mar. 15:10, nota. Los judíos manifiestan, aquí también, las malas pasiones que los animan al reclamar, con sus gritos, a Barrabás, al



XIX Entonces pues tomó Pilato a Jesús y le azotó [1]. Y los sol-
2 dados, habiendo tejido una corona de espinas la pusieron sobre
3 su cabeza y vistiéronle con un manto de púrpura, e iban hacia
él y decían: ¡Salud, Rey de los Judíos! y le daban bofetadas [2].
4 Y salió otra vez fuera Pilato y les dice: He aquí, os le trai-
5 go fuera, para que sepáis que ningún crimen hallo en él. Salió
pues Jesús fuera, llevando la corona de espinas y el manto de
6 púrpura. Y díceles: ¡He aquí el hombre [3]! Cuando le vieron pues

que prefieren a Jesús. El evangelista juzga su actitud por esta sencilla observación, que la situación hace trágica: *Y Barrabás era un bandido.* Las palabras: clamaron *otra vez*, extrañan en el relato de Juan, donde los jefes del pueblo no han hecho oír aún sus apasionados gritos. Juan supone conocidas las narraciones de los que le precedieron. (Véase Mar. 15:8; Luc. 23:5, 10.)

1. *Pues;* habiendo quedado sin éxito su última tentativa de libertar a Jesús (18:33, 39), Pilato *pues tomó a Jesús y le azotó.* Sobre el horrible suplicio de la *flagelación*, véase Mat. 27:26, nota. Entre los romanos, la regla era que esa pena precediera siempre la crucifixión de un criminal; era el primer acto del suplicio (Mat. 20:19); y es así como la flagelación de Jesús es presentada por Mateo (27:26) y por Marcos (15:15). Pero, según Juan, Pilato, aunque proclamando la inocencia de Jesús (v. 4; 18:38), y porque no tenía la fuerza moral de declararle absuelto, le infligió este castigo ignominioso y cruel, no en la esperanza de que los jefes del pueblo se contentarían con ello (les había propuesto ya ese miserable expediente y había sido rechazado en su daño, Luc. 23:16, 22), sino porque esperaba mover a compasión la multitud y provocar en su seno algún cambio de opinión que le permitiese salvar a Jesús.

2. Véase, sobre este relato, Mat. 27: 28, 29, notas. El texto recibido omite erróneamente este detalle que se lee en *Sin., B, mayúsc.;* vers.: los soldados *se acercaban a él* para saludarle irrisoriamente como rey. Mateo dice: "se arrodillaban delante de él". Lo que podía dar a esos soldados romanos la idea de burlarse así del Salvador acerca de su dignidad real, era, sin duda, sus propias palabras (18:36, 37) que habían oído, o la acusación que los principales sacerdotes hacían contra él. La palabra traducida por *bofetadas* podrían significar *palos.* El primer sentido ciertamente tiene en Mat. 5:39 y se lo hemos dado en 18:22. Aquí se trata quizá de *palos*, como posiblemente en Mar. 14:65. Pilato no estaba presente mientras esos groseros soldados maltrataban así al acusado; pero no los desaprobó, puesto que presentó a Jesús ante sus acusadores en ese disfraz real, esperando, al despertar el honor nacional de los judíos, provocar un movimiento favorable a Jesús. Al mismo tiempo mostraba por ese tratamiento irrisorio que Jesús no le parecía un criminal peligroso (v. 4, 5).

3. Estas palabras que se han hecho tan célebres: *¡He aquí el hombre!* fueron sin duda pronunciadas por Pilato con mezcla de desprecio y compasión. Esperaba hacer compartir a los judíos este último sentimiento y quería hacerles entender que él no iría más lejos. Pero esta aparición emocionante del Salvador llevando su

los principales sacerdotes y los alguaciles, clamaron diciendo:
¡Crucifica! ¡crucifica [4]! Díceles Pilato: Tomadle vosotros y cru-
7 cificad; pues yo no hallo en él crimen [5]. Respondiéronle los judíos:
Nosotros tenemos una ley, y según la ley debe morir, porque se
8 hizo Hijo de Dios [6]. Cuando oyó pues Pilato esta palabra, temió

*manto de púrpura*, y su *corona de espinos*, mostrándose así al pueblo en la profundidad de su humillación y de sus sufrimientos, esta aparición ha quedado grabada en los recuerdos más religiosos de la iglesia; y la palabra del gobernador romano: *¡He aquí el hombre (¡Ecce homo!)* ha tomado un significado santo y profundo que Pilato no pensaba darle. Como Caifás, profetizó sin saberlo (11:50, 51); y era en efecto *el hombre, el hombre* ideal, poniéndose en el lugar del hombre pecador, el que presentó a su pueblo.

4. Pilato no había contado con el odio sacerdotal: *cuando le vieron pues*, muy lejos de sentir alguna compasión, *los principales sacerdotes y los oficiales* hicieron oír este grito salvaje: *¡Crucifica! ¡crucifica!* La mayor parte de los críticos cercenan el pronombre *le* después de *crucifica*. Ese pronombre se lee, sin embargo, en *Sin., A, D, mayúsc.*, vers.

5. No hay que tomar, con Stier, Weiss y Godet, estas palabras de Pilato al pie de la letra, como si quisiera excepcionalmente permitir a los judíos crucificar ellos mismos a Jesús a su costa y riesgo. Godet dice que ellos no habrían podido aprovechar de ese permiso, porque los partidarios de Jesús, no siendo ya retenidos por el gobernador, habrían vuelto al pueblo en su favor. Pero si ese cambio de de opinión hubiera sido posible, Pilato mismo, en su deseo de salvar a Jesús, lo habría alentado. Weiss explica la negativa de los jefes a entrar en el camino que Pilato les abría por esta razón: que no siendo la crucifixión una penalidad judía, no habrían podido legalmente ejecutarla. Pero poco les importaba el género del suplicio, con tal que pudieran matar al que era objeto de su aborrecimiento. Si el permiso de Pilato no les satisfacía pues, era porque sólo significaba negarse a ceder a sus exigencias, negativa presentada bajo la forma de un sarcasmo, en el cual exhala Pilato su mal humor haciéndoles sentir su impotencia (Meyer, Keil). Luego, una vez más, declara la inocencia del acusado como motivo de su negativa.

6. En general, los romanos dejaban a los pueblos vencidos su legislación nacional. Los judíos se aprovechan de ello con una especie de orgullo: *Nosotros*, dicen, *tenemos una ley*. Entienden con ello Lev. 24:16, que condena a muerte al blasfemador del nombre de Dios. Ahora bien: según esos teólogos judíos, Jesús ha blasfemado al declararse *Hijo de Dios*. Lo había hecho esa noche misma, de manera solemne, ante el sanedrín (Mat. 26:64; Mar. 14:62-64). Luego debe morir. (Comp. 5:18; 10:33.) Había, en este nuevo giro que dan a la acusación, tan poca destreza como buena fe. Después de haber condenado a Jesús por ese agravio religioso de haberse hecho Hijo de Dios, han presentado ante Pilato una acusación política: Se ha hecho rey (18:33, nota). Ahora, no habiendo obtenido nada del gobernador, vuelven a la primera acusación. Habrían debido prever que Pilato rehusaría más decididamente aún admitirla (v. 8).



9 más [7], y entró al pretorio otra vez y dice a Jesús: ¿De dónde eres
10 tú [8]? Mas Jesús no le dió respuesta [9]. Dícele pues Pilato: ¡A mí
no hablas! ¿No sabes que autoridad tengo para soltarte y auto-
11 ridad tengo para crucificarte [10]? Respondió Jesús: No tendrías

7. *Más temor* de que se le forzase a condenar a Jesús. ¿Cuál era la causa de ese temor creciente? Los intérpretes están casi unánimes en pensar que Pilato, oyendo esta palabra de *Hijo de Dios*, y bajo la impresión que podía haber recibido de la presencia y de las palabras de Jesús, veía realmente en él algún ser sobrenatural, el hijo de un dios. Su temor habría tenido así un carácter supersticioso, que podía haber adquirido a consecuencia de la advertencia que la mujer de Pilato acababa de darle (Mat. 27:19). Esta explicación no es, como se ha pretendido, psicológicamente improbable, pues la superstición se liga muy bien con el escepticismo o la incredulidad. Sin duda, se podría atribuir el temor de Pilato a otra causa. Se exigía de él la ratificación de una sentencia de muerte de conformidad a una ley (v. 7) que él no conocía y sobre un agravio religioso que él no podía admitir. Además, ese agravio era formulado por enemigos encarnizados cuyo odio todo él comprendía, y que cambiaban de acusación en su presencia. Esta última circunstancia debía impresionar tanto más al magistrado, cuanto que iba a ver a esos jueces inicuos volver pronto a su acusación política (v. 12). Pero lo que decide en favor de la primera explicación, es la pregunta de Pilato a Jesús (v. 9).

8. No es posible que esta pregunta signifique: ¿Cuál es tu país?, lo que no tendría ningún sentido en este contexto. Por lo demás, Pilato acababa de saber que Jesús era de Galilea (Luc. 23:6). Su pregunta significa pues: ¿Pretendes tú realmente venir del cielo y ser el Hijo de Dios? (Comp. v. 7 y 8).

9. ¿Por qué rehusa Jesús responder? Había dicho ya a Pilato todo lo que podía revelarse sobre su persona, hablándole de la naturaleza celestial de su reino (18:36, 37). Si le hubiera respondido: Yo he venido del cielo, yo soy el Hijo de Dios, eso habría significado para el pagano Pilato: el hijo de una divinidad mitológica cualquiera. Por otra parte Pilato, esclavo de sus pasiones mundanas, no estaba en una disposición moral que le hiciera capaz de entender más sobre este gran misterio de piedad (Comp. Mat. 27:12-14). "La verdadera respuesta, dice Godet, nos parece resultar de lo que precede: Pilato sabía bastante al respecto para libertarle; él mismo le había declarado inocente. Eso habría debido bastarle. Lo que quería saber demás "no era de su competencia (Ebrard). Si no libertaba a Jesús como por inocente, merecería ser crucificado de él, del Hijo de Dios. Su crimen se tornaba en su castigo. "Estas razones evidentes bastan para explicar el silencio de Jesús, sin que sea necesario buscar otras, como ésta: Jesús no podía decir nada que pudiera inducir a Pilato a libertarle, porque hubiera sido contrario a los designios de Dios (Luthardt).

10. Pilato queda asombrado y herido del silencio de Jesús, que le parece carecer de respeto hacia él (Gr. *¡a mí no me hablas!*). De ahí la expresión altiva y dos veces repetida de *su poder* sobre la libertad y sobre la vida de Jesús. No se trata de *justicia* en estas palabras de Pilato: lo arbi-

contra mí autoridad ninguna si no te hubiera sido dada de arri-
ba; por esto el que me ha entregado a ti mayor pecado tiene [11].
12 Por esto Pilato procuraba soltarle [12]; mas los judíos clamaban
diciendo: ¡Si a éste soltares, no eres amigo de César! Todo el que
13 se hace rey se declara contra César [13]. Pilato pues, habiendo oído
estas palabras llevó afuera a Jesús y se sentó sobre el tribunal en

trario del *poder* debe decidir todo. Así, como observa Luthardt, el temor supersticioso de Pilato cede a su orgullo (Comp. sobre el silencio de Jesús, Mat. 27:12; Luc. 23:9).

11. Jesús humilla primeramente en Pilato ese orgullo del *poder* de que se jacta, declarándole que no tiene esa autoridad por sí mismo, sino que le *ha sido dada* por uno más poderoso que él; le viene *de arriba* (véase sobre esta palabra 3:3, 27, 31; Jac. 1: 17), de Dios, quien puede quitárselo. Se podría esperar que Jesús sacara de esta declaración la consecuencia de que Pilato es tanto más culpable respecto de él, puesto que es responsable de su poder ante Aquel que se lo ha confiado. Pero él ve, al contrario, en la situación providencial del gobernador, que no hace más que ejercer respecto de él la autoridad que Dios ha dado a los romanos sobre su pueblo, una circunstancia atenuante. De donde infiere *(por esto)*, por comparación, que *el que le ha entregado* a Pilato (el sanedrín) *está cargado con un* (gr. *tiene un) pecado mayor;* pues no ha recibido de Dios ninguna autoridad para ello, sino que la ha usurpado. Jesús no ve pues en Pilato más que el depositario de un poder al cual él mismo se somete humildemente; pero, al mismo tiempo, el instrumento ciego y débil del odio del sanedrín. Pilato es culpable, pero el sanedrín lo es mucho más. Jesús, atado, acusado y ya condenado, "se erige juez de sus jueces; y, como si él mismo estuviera sentado en su tribunal, pesa en su infalible balanza a Pilato y al sanedrín". *Godet.*

12. Gr. *desde esto*, es decir a causa de la palabra pronunciada por Jesús (v. 11). Sin duda Pilato había *procurado* varias veces ya *soltarle;* pero, impresionado por las últimas palabras de Jesús, hizo nuevos esfuerzos para ello (el imperfecto *procuraba* indica una acción persistente). El evangelista no dice en qué consistieron esos esfuerzos. Sin duda Pilato hizo aún tentativas para doblegar a los acusadores; pero éstos, endurecidos por el odio, cubrieron con sus gritos la voz del demasiado débil magistrado.

13. Gr. *contradice a César*, le resiste, es un rebelde. *Si soltares* a un hombre semejante, *no eres amigo de César*, es decir, su adherente, su fiel servidor. Tal fué el último recurso de los acusadores, su ataque decisivo, que sabían había de ser victorioso. Volviendo a su acusación política, hacen resonar tres veces en los oídos del gobernador el nombre temido de *César* (v. 15). Ahora bien: César era el cruel y desconfiado Tiberio, celoso de su autoridad despótica y que jamás habría perdonado a un funcionario del Estado el haber puesto en libertad a un súbdito que aspiraba a la realeza. Por su parte, Pilato no tenía manos limpias en su administración; diversas quejas habían sido entabladas contra él ante el temible emperador (Josefo, *Antig.*, XVIIII, 3, 1 y sig.). Algunos años más tarde fué realmente citado a Roma para dar cuenta de



14 el lugar llamado Empedrado, y en hebreo Gabbatha [14]. Y era
preparación de la pascua [15]; era como la sexta hora [16]. Y dice a
15 los judíos: He aquí a vuestro Rey [17]. Clamaron pues aquéllos:

sus actos, y destituído. Por eso, esta amenaza de una denuncia tuvo un efecto inmediato (v. 13).

14. Pilato, cuya resistencia es quebrantada por el temor, lleva a Jesús afuera del pretorio, y él mismo se sienta *en el tribunal* o asiento judicial, a fin de pronunciar la sentencia, que debía darse públicamente, en presencia del acusado. El lugar donde ese tribunal estaba, en el atrio del palacio, se llamaba en griego *lugar empedrado*, es decir, cubierto de un piso de mosaico. El nombre hebreo *Gabbatha*, que no es la traducción de precedente, significa un lugar *elevado*, una *eminencia*. Este detalle de nuestro relato corresponde a la escena en Mat. 27:24.

15. Este momento, el más importante de la historia, en que el Salvador del mundo va a ser entregado y crucificado, es tan solemne para nuestro evangelista, que interrumpe su relato para indicar el *día* y la *hora*. Pero ¡cosa extraña; ese día y esa hora se han tornado, ambos, en objetos de controversia! (Véase 13:1, nota). La expresión, *la preparación de la pascua*, es traducida por los intérpretes que piensan que Jesús fué crucificado el 15 de nisán: "el viernes de la semana de pascua", designando la palabra *preparación* a veces el viernes, víspera del *sábado*.

16. La *sexta hora*, es decir, contando desde las seis de la mañana, mediodía. Marcos (15:25, véase la nota) dice *la tercera hora*, es decir, las nueve. Mateo (27:45) y Lucas (23:44) están de acuerdo con Marcos, pues hacen empezar las tinieblas a mediodía, bastante tiempo después que Jesús hubo sido puesto en la cruz. De las diversas explicaciones que se han dado para borrar esta diferencia, la más satisfactoria consiste en recordar que, entre los judíos, el día se dividía no en horas, sino en cuatro partes de tres horas cada una, y en decir que Marcos y Juan toman la segunda (de las nueve a mediodía) de un modo indeterminado *(como)*, designándola uno por la hora en que empezaba, el otro por la hora en que concluía. Algunos manuscritos de nuestro evangelista tienen: la *tercera hora;* pero no es eso, evidentemente, más que una corrección destinada a hacer desaparecer la diferencia. Ya Eusebio emitió una suposición que es adoptada por algunos críticos: como, en griego, las cifras son indicadas por letras del alfabeto, y las dos letras que representan 3 y 6 tienen bastante parecido, podría ser que no hubiese más que un error de copista. Sea lo que fuere por otra parte, es difícil admitir que la *tercera* hora (las nueve de la mañana) haya sido exactamente aquella en que empezó el suplicio de Jesús, pues las numerosas transacciones que preceden: última sesión del sanedrín, negociaciones de los judíos con Pilato, envío de Herodes, flagelación, pronunciamiento de la sentencia, debieron ocupar un tiempo más largo.

17. Hay en este título: *vuestro rey*, que Pilato se complace en repetir en el v. 15, una amarga ironía, por la cual se venga de la violencia que los miembros del sanedrín han hecho a su conciencia. ¿Es necesario ver también en ello, con algunos exégetas, una última y vana tentativa de aplacar su furor y libertar a Jesús, al que les muestra en su inocencia, sus humillaciones y sus dolores? Es posible, pero poco probable.

¡Quita, quita! crucifícale[18]! Díceles Pilato: ¿A vuestro Rey he
de crucificar? Respondieron los principales sacerdotes: No tene-
16 mos rey sino a César[19]. Entonces pues entrególo a ellos para que
fuera crucificado.

D. $16^{b}$-37. JESÚS CRUCIFICADO. — 1º *La crucifixión.* Jesús, llevando su cruz, va al Gólgota; es crucificado allí entre otros dos ($16^{b}$-18). — 2º *El rótulo.* Pilato hace colocar sobre la cruz un rótulo que dice: *Jesús de Nazaret, el Rey de los Judíos.* Un gran número de judíos leyeron la inscripción que estaba en hebreo, en latín y en griego. A pesar de la exigencia de los principales sacerdotes, Pilato se niega a cambiarla (19-22). — 3º *El reparto de los vestidos.* Los soldados hacen cuatro partes de los vestidos de Jesús, pero echan suerte sobre su túnica. Cumplen así la escritura (23,24). — 4º *María y Juan.* Al pie de la cruz están varias mujeres, entre ellas la madre de Jesús. Jesús, viéndola, y junto a ella al discípulo que amaba, los confía uno al otro. Desde esa hora Juan tomó a María en su casa (25-27). — 5º *Jesús expira.* Sabiendo que el término de sus padecimientos y de su obra se acercaba, dice Jesús, para ajustarse a la escritura: Sed tengo. Le ofrecen una esponja empapada en vinagre. Cuando ha gustado, dice: Todo está consumado. Y bajando la cabeza da el espíritu (28-30). — 6º *Su muerte comprobada.* Los judíos, a causa de la proximidad del sábado, piden a Pilato que haga quebrar los miembros a los ajusticiados para poder quitar sus cuerpos. Los soldados acaban así a los dos hombres que habían sido crucificados con Jesús. Viendo que Jesús ya estaba muerto, se abstienen de esa mutilación, pero uno de ellos le atraviesa el costado con su lanza. Sale de él sangre y agua. El evangelista, tsetigo del hecho, lo atesta solemnemente para fundar la fe de sus lectores. Él ve en esta circunstancia el cumplimiento de los dichos de la escritura (31-37).

17 Tomaron pues a Jesús[20]; y llevando para sí la cruz[21] salió

18. Con estas palabras llenas de odio: *¡Quita, quita!* piden a Pilato que *quite* a Jesús del mundo, no hallándole digno de vivir. El mismo verbo es empleado en el cap. 17:15, donde expresa un deseo inspirado por un sentimiento muy diferente.

19. ¡Palabras hipócritas en la boca de hombres que aborrecían el dominio del emperador romano y jamás habían reconocido su legitimidad! ¡Palabras trágicas, por las cuales reniegan solemnemente de Dios, su único verdadero Rey, y del Mesías que les había enviado! Es así como la incredulidad, en que desde el principio rechazaron al Hijo de Dios, se consuma, y ellos mismos causan la reprobación y la ruina de su nación.

20. El verbo: *tomaron*, tiene por sujeto los jefes del pueblo judío, a los cuales Jesús fué entregado *para ser crucificado.* Ellos son los verdaderos autores del crimen de que los soldados romanos no fueron sino ciegos instrumentos (v. 23; comp. Mat. 27:26, 27; Act. 2:23; 3:15). El texto recibido agrega: *y le llevaron.* Estas palabras, tomadas quizás de Mat. 27:31, faltan en *B*, y son reemplazadas en otros manuscritos por diversas variantes. Si fueran auténticas, el sujeto de toda la proposición sería: los soldados romanos.



al lugar llamado de la Calavera, que se llama en hebreo Gólgota[22],
18 donde le crucificaron, y con él otros dos a uno y otro lado, y en
19 medio a Jesús[23]. Y escribió también un rótulo Pilato y lo puso
sobre la cruz; y estaba escrito: JESÚS EL NAZARENO, EL REY DE
20 LOS JUDÍOS[24]. Este rótulo, pues, muchos de los judíos leyeron, por-
que cerca estaba de la ciudad el lugar donde fué crucificado Je-
21 sús; y estaba escrito en hebreo, en latín, en griego[25]. Decían pues
a Pilato los principales sacerdotes de los judíos: No escribas: El
Rey de los Judíos, sino que aquél dijo: Rey soy de los Judíos.
22 Respondió Pilato: Lo que he escrito, he escrito[26].
23 Los soldados pues, cuando hubieron crucificado a Jesús, to-
maron sus vestidos e hicieron cuatro partes, para cada soldado
una parte, y la túnica; mas la túnica era inconsútil, desde arriba

21. *¡Llevando él mismo su cruz!* Juan solo nos ha conservado este detalle emocionante que ha quedado grabado en su recuerdo de testigo ocular. Entre los romanos, la costumbre quería que el condenado llevase su cruz o por lo menos, según algunos autores, el leño transversal, que formaba los brazos de la cruz, habiendo sido previamente colocado el leño vertical de ésta en el lugar de la ejecución. Jesús fué sometido a esa humillación profunda, hasta el momento en que, viéndole exhausto y que sucumbía bajo el instrumento de su suplicio, cargaron con ella a Simón de Cirene (Comp. Mat. 27:32, nota). Aquí se debe meditar con recogimiento en la palabra de Jesús, Mat. 10:38.

22. Véase, sobre estos nombres, Mat. 27:33, nota. *Salió...* de la ciudad (Lev. 24:14; Hebr. 13:12, 13).

23. Véase, sobre el suplicio de la cruz, Mat. 27:35, 1ª nota, y sobre la crucifixión de dos malhechores, uno a su diestra, otro a su siniestra, Mat. 27:38, nota.

24. Comp. Mat. 27:37, nota. Era costumbre, entre los romanos, suspender del poste de la cruz, encima del criminal, un *rótulo* indicando la causa de su condenación. Fué ésta una última burla y una última venganza de Pilato, irritado contra los jefes del pueblo judío. Vierte sobre ellos su desprecio, dándoles por rey este crucificado, y, al mismo tiempo, pone en ridículo la acusación que habían hecho contra él. Pero sin quererlo, dió así a Jesús su verdadero título, pues sobre esa misma cruz fundó Jesús su eterna realeza en el corazón de sus redimidos.

25. El *hebreo* era la lengua sagrada, la lengua nacional de los judíos; el *latín*, la lengua de los romanos, que dominaban el mundo; el *griego*, la lengua universalmente conocida, el órgano de la cultura más adelantada de la antigüedad. Así esa inscripción era una profecía de la dignidad real de Jesucristo que debía extenderse sobre el mundo entero.

26. Esos *principales sacerdotes* temen, aun sobre la cruz, el título dado al Mesías que ellos han rechazado. *Decían pues;* este verbo en imperfecto indica la insistencia que pusieron en su petición, y la partícula *pues* significa que la causa de esa petición se hallaba en el hecho referido en el v. 20, de que muchas gentes leían la inscripción. La negativa perentoria de Pilato revela por fin alguna fir-

24 tejida por entero. Dijeron pues unos a otros: No la desgarremos,
sino que echemos suertes sobre ella, de quién será [27]; para que la
escritura se cumpliera: Repartieron para sí mis vestidos y sobre
mi atavío echaron suertes. Los soldados pues esto hicieron [28].
25 Y estaban en pie junto a la cruz de Jesús su madre y la her-
mana de su madre, María mujer de Clopas y María Magdalena [29].

meza y, al mismo tiempo su mal humor.

27. *Pues*, con esta palabra reanuda Juan su relato, interrumpido en el v. 18. Cuenta el hecho del reparto de los vestidos con más detalles que los tres primeros evangelistas (Mat. 27:35, 2ª nota; Mar. 15:24; Luc. 23:34). Los *vestidos* de un condenado pertenecían a sus verdugos. Los *cuatro* soldados encargados de esa función hicieron primeramente otras tantas partes, una para cada uno; pero estimando sin duda que la *túnica, de un solo tejido*, era demasiado preciosa para ser la porción de uno solo, y que era lástima desgarrarla, la *echaron a la suerte*. El evangelista ve en esos hechos el cumplimiento de una profecía.

28. Sal. 22:19, citado exactamente según los Setenta. Ese salmo es una patética descripción de los sufrimientos del Mesías y de la gloria que debía seguirlos. El que en ese cántico es tipo del Salvador, llegado hasta las últimas profundidades del padecimiento, ve a sus perseguidores repartirse sus vestidos y echar suertes sobre su túnica, último grado del oprobio y del dolor; no le queda más que morir. Esa grande profecía de los sufrimientos y muerte del Salvador habría sido perfectamente cumplida aun sin este detalle tan sorprendente; pero acontece a menudo que las predicciones de la palabra divina se realizan hasta en sus menores detalles, a fin de que su rigurosa verdad salga a plena luz. — Estas últimas palabras: *Esto, pues, hicieron los soldados*, con que resume Juan su relato, parecen decir: es así como, en su grosera ignorancia, cumplieron la escritura.

29. A esa escena de brutal indiferencia, en la cual los soldados romanos fueron actores, sucede (v. 25-27) un incidente que Juan sólo nos ha conservado y que nos permite echar una mirada a la exquisita delicadeza y el tierno amor que llenaban el alma de Jesús, aun en medio de su agonía. Es ésta una perla en la historia de la pasión. — Véase, sobre las mujeres aquí mencionadas, Mat. 27:56, nota. Juan nombra primeramente la *madre* de Jesús, para la cual se cumplió en ese momento la profecía de Simeón: "una espada te atravesará el alma" (Luc. 2:35), y a quien va a dar Jesús un último y emocionante testimonio de su ternura filial. — La madre de Jesús tenía a su lado a *su hermana, mujer de Clopas*, llamado también Alfeo, en hebreo *Jalpai*, y que era madre de uno de los apóstoles, Jacobo, llamado el Menor (Mat. 10:3). En cuanto a *María Magdalena* o María de Magdala, véase Luc. 8:2; comp. 7:37, 1ª nota. — Juan que, por modestia, jamás se nombra a sí mismo, ni a su hermano Jacobo, no menciona tampoco aquí a Salomé, su madre, que sin embargo *estaba* también *cerca de la cruz*, en ese momento supremo (Mat. 27:56; Mar. 15:40). Pero varios historiadores y exégetas (Wieseler, Meyer, Luthardt, Weiss, Westcott, Zahn) creen poder hallarla en este pasaje, fundándose en la *Peschito* y otras dos traducciones orientales que tienen: *la hermana de su madre y María*. De donde resultaría: 1º que habría aquí cuatro mujeres en lugar de tres; 2º que se evita la suposición inverosímil de que dos hermanas hayan tenido el mismo nombre de *María;* 3º que la designada como *hermana de la madre* de Jesús sería justamente *Salomé*, madre de Jacobo y de Juan; 4º que estos dos discípulos serían primos de Jesús y por consiguiente también parientes de Juan el Bautista (Luc. 1:36). A esta opinión sostenida por eminentes intérpretes se puede objetar: 1º que esta variante, fundada únicamente en algunas versiones antiguas, no podría prevalecer contra todos los manuscritos griegos, que están conformes al texto recibido; 2º que si esa relación de parentesco existiera entre los dos discípulos y el Señor, sería sin duda mencionada en alguna parte en el nuevo testamento. Es pues más seguro atenerse al texto ordinario.



26 Jesús pues viendo a su madre y al discípulo presente al que ama-
27 ba, dice a su madre: Mujer, he aquí tu hijo. Luego dice al discí-
pulo: He aquí tu madre. Y desde aquella hora tomóla el discípulo
en su casa [31].
28 Después de esto sabiendo Jesús que ya todo está consumado,
29 para que se cumpliera la escritura dice: Sed tengo [32]. Y estaba

30. *El discípulo a quien amaba* es Juan, nuestro evangelista (13:23, nota; 20:2; 21:7, 20). No presume de sí mismo al designarse así, como tampoco Pablo muestra orgullosa satisfacción en 1 Cor. 15:10. Los dos apóstoles hablan así con un sentimiento de humilde gratitud hacia Aquel a quien deben todo lo que son.

31. Esta palabra: *mujer*, no tenía en la lengua que Jesús hablaba nada de rudo ni de irrespetuoso, y fué pronunciada sin duda con infinita ternura. (Comp. 2:4 y 20:15.) — Jesús, dando a María el discípulo a quien amaba, con esta palabra suprema: *he ahí tu hijo*, quería llenar en cierta medida el vacío inmenso y doloroso que su partida iba a causar en el corazón de su madre; pero no se puede inferir de ello, con algunos exégetas, que no tuviera ella otros hijos. Aunque los hermanos de Jesús, después de haber rehusado por largo tiempo creer en él (7:5), debiesen luego hacerse sus discípulos (Act. 1:14), se comprende que el Salvador tuviera excelentes razones de no confiar su madre más que a su discípulo amado. Las últimas palabras de este relato muestran que Juan entendió la voluntad de su Maestro como un testamento por el cual le legaba su madre y testificaba al uno su plena confianza y a la otra su tierna solicitud. La expresión: *desde aquella hora* parece significar que Juan no tardó en apartar la pobre madre de un espectáculo que quebrantaba su corazón. Y eso explica quizá por qué los sinópticos no mencionan a María entre las mujeres que habían "contemplado de lejos" la muerte del Salvador. (Comp. Mat. 27:56, nota; Mar. 15:40, 41.) Ewald hace sobre este relato del evangelio de Juan, que tenía para su autor tan grande importancia personal, esta observación: "Era para él en edad avanzada, una dulce recompensa el poder evocar esta escena en su recuerdo; para sus lectores, el relato que de ella ha dejado es, sin que así lo haya querido, la señal de que sólo él puede haber escrito estas cosas".

32. *Después de esto*, debe ser tomado en sentido lato. El grito de angustia: "Dios mío, Dios mío, ¿por

allí un vaso lleno de vinagre; una esponja pues empapada de
30 vinagre, poniéndola en un hisopo, presentaron a su boca[33]. Cuan-

qué me has abandonado?" y otras palabras quizá también, fueron proferidas después de las que dirigió Jesús a su madre. El evangelista señala el momento doloroso y supremo de la agonía del Salvador con estas palabras: *sabiendo Jesús que todo estaba consumado*, es decir, toda su obra acabada por su muerte inminente. En este momento, el más terrible tormento del torturado era *la sed* ardiente de la fiebre, ocasionada por las heridas. Jesús expresa ese sufrimiento que siente y manifiesta la profunda necesidad de algún alivio. El evangelista ve en la expresión de ese supremo dolor el cumplimiento literal de un último rasgo del cuadro que la escritura había trazado de los sufrimientos del Salvador. El pasaje a que alude es una profecía típica que se lee en el Sal. 69:22, y que Segond traduce: "Echan hiel en mi alimento, y para apagar mi sed me dan a beber vinagre". (Comp. v. 29). Atribuye a Jesús hasta la intención de ayudar al cumplimiento de la profecía haciendo conocer la sed que le atormentaba. Pero no es natural que el espíritu del Salvador estuviese, en semejante momento, dominado por tal pensamiento. La alusión al Sal. 69 es, por lo demás, discutible, pues este salmo no es citado, como lo era en el v. 24 el Sal. 22 y como otros pasajes lo serán en los v. 36 y 37. Esto ha inducido a eminentes intérpretes (Bengel, Tholuck, Meyer, Luthardt, Keil) a construir este versículo de diferente modo; refieren la palabra *para*, no a lo que sigue, sino a lo que precede, de modo que el pensamiento sería éste: ("todo estaba ya consumado para que la escritura se cumpliese", todo lo necesario para ello estaba acabado; en ese momento, Jesús, habiendo terminado con preocupaciones más importantes que absorbían su espíritu, exhala su dolor en este gemido: *Sed tengo*. Sin embargo, nos parece que la primera explicación se impone a causa del empleo de la fórmula: *a fin de que la escritura se cumpliese* en los v. 24, 36 y 37, y sobre todo a causa de las palabras del v. 30: "Cuando Jesús, pues, hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado está".

33. Son los soldados, sin duda, que habían crucificado a Jesús los que realizan ahora este acto de humanidad (v. 23). El *vinagre* era un vino ácido, bebida de los soldados y de los pobres. Parece, puesto que ese vino se hallaba allí, así como *una esponja y un tallo de hisopo*, que habían sido llevados para alivio de los crucificados. El *hisopo* es una planta muy pequeña (1 Reyes 4:33); su *tallo* alcanza sin embargo una longitud de un pie a pie y medio; podía bastar para llevar la esponja hasta la boca del torturado, pues éste no estaba muy elevado sobre el suelo. No hay que confundir este incidente con el referido en Mat. 27:34, Mar. 15:23; pero parece ser idéntico con el que se lee en Mateo 27:48. (Véase la nota.)

34. *¡Consumado está!* La obra de Jesús, la redención del mundo, estaba terminada (17:4). Hay en estas palabras el sentimiento de una gran victoria, pues al sucumbir, el Salvador triunfa, y su muerte será para millones de almas la vida eterna.

35. La palabra griega que traducimos por *dió el espíritu*, significa literalmente: *entregó* su espíritu (a Dios). Es el mismo pensamiento expresado por la última de las palabras de la cruz: *Padre, en tus manos en-*



do hubo pues tomado Jesús el vinagre dijo: Consumado está[34];
31 e inclinando la cabeza entregó el espíritu[35]. Los judíos pues, por
cuanto era la preparación para que no quedaran sobre la cruz
los cuerpos en el sábado, pues era grande el día de aquel sába-
do[36], rogaron a Pilato que quebraran sus piernas y fueran quita-
32 dos[37]. Vinieron pues los soldados, y del primero, sí, quebraron
33 las piernas y del otro crucificado con él[38]; mas habiendo venido
a Jesús, como vieron que ya estaba muerto, no quebraron sus
34 piernas[39], pero uno de los soldados con una lanza traspasó su
35 costado, y salió luego sangre y agua[40]. Y el que ha visto ha dado

*comiendo mi espíritu* (Luc. 23:46). Se ve que Juan abrevia considerablemente el relato de la muerte de Jesús, porque supone conocidas, gracias a los tres primeros evangelios, todas las demás circunstancias que en ellos se encuentran referidas.

36. Esta observación ha sido explicada en 13:1, nota. Ese *sábado* era *grande*, solemne, porque era también el primer día de la fiesta de pascua.

37. Los judíos, conforme a Deut. 21:22, 23, no debían dejar a un criminal pasar la noche en el madero. Los romanos, por su parte, tenían la costumbre, desde la antigüedad, de abreviar el suplicio de los crucificados quebrándoles las piernas o matándolos a palos. Esos mismos jefes del pueblo que, con la odiosa hipocresía de que han dado tantas pruebas en esta historia, observan las prescripciones de su ley, aunque cometiendo el mayor de los crímenes piden a Pilato la ejecución de esa medida.

38. *Los soldados vinieron*, es decir, se acercaron a los crucificados (como en el v. 33), pues eran probablemente los mismos soldados que habían procedido a la ejecución. Sin embargo Olshausen, Weiss y Godet encuentran que el verbo *vinieron* se explica con mayor naturalidad si se admite que fueron otros soldados, enviados por Pilato con los instrumentos necesarios para realizar la operación prescripta.

39. Juan comprueba con satisfacción que Jesús no fué mutilado, que esa última barbarie, ese último ultraje, le fueron evitados; y que así una prescripción de la escritura fué cumplida de un modo admirable (v. 36).

40. Los soldados vieron que Jesús *estaba ya muerto* (v. 33); pero uno de ellos quiso elevar esa presunción hasta la certidumbre. Por tanto *traspasó con su lanza el costado* de Jesús (probablemente el costado del corazón), de modo que no le pudiera quedar absolutamente ninguna duda. — Se vió entonces salir de esa herida *sangre y agua*. Este hecho ha ocupado singularmente a los intérpretes. Unos ven en ello un fenómeno natural y se entregan a disertaciones fisiológicas para demostrar su posibilidad; otros, desde los Padres hasta nuestros días, pretendiendo que el hecho no puede ser explicado así, le atribuyen un carácter milagroso e infieren varias conclusiones dogmáticas. Según 1 Juan 5:6, el agua sería símbolo del Espíritu Santo y la sangre el medio de nuestra redención, o también el agua un símbolo del bautismo y la sangre representaría la santa cena. Pero el evangelista no ha pensado en tales alegorías, puesto que se limita a atestar el hecho con solemnidad sin

testimonio, y verdadero es su testimonio, y aquél sabe que dice
36 verdad, para que también vosotros creáis [41]. Esto aconteció, en
efecto, para que se cumpliera la escritura: Hueso suyo no será
37 quebrantado [42]. Y otra vez otra escritura dice: Mirarán al que
traspasaron [43].

añadir ninguna reflexión que autorice la interpretación simbólica del fenómeno. Otros piensan que el evangelista, al relatar este hecho tenía por fin suministrar una prueba incontestable de la realidad de la muerte de Jesús. Pero había que admitir entonces que esa muerte fué causada por el lanzazo, pues si Jesús hubiera estado ya muerto, no se habría visto aparecer *sangre y agua*. Un cadáver no sangra cuando se lo traspasa, y la expresión empleada caracterizaría mal el derrame de un depósito de sangre extravasada, que habría sido alcanzado por la lanza. La aparición de la sangre y del agua es un fenómeno extraordinario, que está fuera de las leyes de la fisiología. El apóstol lo señala porque ve en él la prueba de que el cuerpo de Aquel que no había cometido pecado, escapando de la disolución, que empieza inmediatamente después de la muerte, había entrado ya en la senda de la glorificación. Tal es la explicación de Godet y algunos otros intérpretes. Si se estima que atribuye a Juan un pensamiento que no resulta con evidencia de los datos del texto, es necesario por lo menos admitir que el evangelista tiene la intención de referir un hecho sobrenatural, que es, a sus ojos, una "señal" (v. 35, nota).

41. Para dar mayor solemnidad a esta declaración, Juan habla de sí mismo en tercera persona, como de un testigo ocular: *El que lo ha visto;* luego afirma dos veces la *verdad* de su *testimonio*. Por último, declara que el objeto de su relato es el de llevar a sus lectores a la fe, o confirmar a los que ya han creído: *A fin de que vosotros creáis*. *Creer* tiene aquí su sentido absoluto; se trata de la fe en el Cristo Salvador. (Comp. 20:31). De donde resulta que esta solemne declaración no se refiere a la aparición de la sangre y del agua (v. 34), sino a los dos hechos que Juan acaba de referir, y que, cumpliendo de un modo notable las dos profecías recordadas en los v. 36 y 37, eran apropiados para confirmar la fe en el mesiazgo de Jesús en un israelita adicto a las escrituras .

42. *Estas cosas* son los dos hechos referidos en los v. 33 y 34 y en los cuales Juan ve un *cumplimiento de la escritura*. Según las prescripciones de la ley relativas al cordero pascual (Ex. 12:46; Núm. 9:12), *ninguno de sus huesos* debía *ser quebrantado*. Ese cordero, cuya sangre había salvado a Israel de la destrucción, era consagrado al Eterno, no debía, de ningún modo, ser profanado. Ahora bien; nuestro Evangelista, como Juan el Bautista (1:29), como el apóstol Pablo (1 Cor. 5:7), ve en el cordero pascual el símbolo de "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Y comprueba que, por su muerte, Jesús ha realizado este símbolo hasta en esta circunstancia especial de que sus miembros no fueron quebrantados. (Comp. v. 24, 28). Lo que hizo completa la analogía entre el símbolo y la realidad, fué el hecho de que Jesús murió en la fiesta de pascua, cuyo punto central era la inmolación del cordero. El evangelista no alude



E. 38-42. LA SEPULTURA DE JESÚS. — 1º *José de Arimatea y Nicodemo*. El primero, discípulo secreto de Jesús, después de obtener el permiso de Pilato, va a tomar el cuerpo de Jesús. El segundo trae cien libras de aromas. Amortajan a Jesús según la costumbre judía (38-40). — 2º *Jesús colocado en el sepulcro*. En un huerto, próximo al lugar del suplicio, se hallaba un sepulcro, que jamás había servido. Depositan allí a Jesús, porque el sábado iba a empezar (41,42).

Y después de esto rogó a Pilato José de Arimatea, que era
38 discípulo de Jesús mas oculto por el temor de los judíos, que pu-
diera quitar el cuerpo de Jesús; y permitiólo Pilato [44]. Vino pues
39 y quitó su cuerpo. Y vino también Nicodemo, el que había ido
a él de noche primero, trayendo una mezcla de mirra y de áloes
40 como de cien libras [45]. Tomaron pues el cuerpo de Jesús y le en-

al Sal. 34:20, pues ese pasaje expresa la esperanza de que la vida misma del justo será conservada, y no solamente de que su cadáver será respetado.

43. La palabra de la escritura que Juan cita como cumplida por el lanzazo del soldado romano y como debiéndose cumplir más tarde en Zac. 12:10. El evangelista aplica directamente al Mesías, representante de Dios, lo que, en el antiguo testamento, es dicho de Jehová, el Eterno. Ahora bien: en ese pasaje, el profeta describe un gran movimiento de humillación que se produce entre el pueblo. Juan prevé asimismo un día en que los judíos arrepentidos mirarán con fe *al que traspasaron*. En otra parte, el mismo apóstol muestra un segundo y solemne cumplimiento de la misma profecía (Apoc. 1:7).

44. Véase, sobre el sepelio de Jesús, Mat. 27:57 y sig.; Mar. 15:42 y sig.; Luc. 23:50 y sig. *Después de esas cosas*, es decir después de lo referido en los v. 31 a 34. Un tiempo bastante considerable transcurrió desde la petición de los judíos hasta que los soldados hubieron cumplido su triste misión y los crucificados a los que se había roto las piernas, hubieron muerto, pues, antes de eso, no se podía quitarlos de la cruz. Durante ese tiempo José de Arimatea *pidió* y obtuvo de Pilato *el cuerpo* de Jesús. La contradicción que de Wette pensaba haber descubierto entre las primeras palabras de este relato y el v. 31 no existe pues. — Véase, sobre *José de Arimatea*, Mat. 27:57; Mar. 15:43; Luc. 23:50, 51, notas. Era *discípulo de Jesús, pero en secreto, a causa del temor* que inspiraba el poder tiránico del sanedrín (12:42; 7:13; 9:22). Y ahora, como Nicodemo (v. 39), en el momento en que el peligro es mayor, y cuando la causa de Jesús parece haber perecido con él, José halla el valor, que le había faltado hasta entonces, de cumplir con su Maestro los piadosos deberes de la sepultura. Por eso Marcos (15:43) dice que "se atrevió" a ir a Pilato.

45. Tres veces, en su evangelio, pone Juan en escena a este honrado fariseo, Nicodemo, miembro del sanedrín; y, cada vez, es para marcar un progreso en el valor con que manifiesta su convicción. Primeramente, va tímidamente *de noche* hacia Jesús (3:1, 2). Luego, pronuncia una palabra de justicia en su favor, en medio mismo del sanedrín irritado contra él

volvieron en lienzos con los aromas, conforme costumbre tienen
41 los judíos de preparar para la sepultura [46]. Y había en el lugar
donde había sido crucificado un huerto, y en el huerto un sepul-
42 cro nuevo, en el que aún no había sido puesto nadie [47]. Allí pues,
por la preparación de los judíos, porque cerca estaba el sepulcro,
pusieron a Jesús [48].

### 2. *La resurrección*

A. 1-18. La tumba vacía. Aparición de María Magdalena. — 1º *La tumba hallada vacía*: a) *María Magdalena*. Va temprano al sepulcro, ve que la piedra ha sido quitada y corre a advertir a Pedro (1,2). b) *Pedro y Juan*. Ambos corren al sepulcro. Juan llega primero y ve los lienzos en tierra. Pedro le sigue y entra; ve los lienzos en tierra y el sudario plegado aparte. Juan penetra a su vez en el sepulcro; ve y cree. No comprendían aún las profecías relativas a la resurrección de Jesús. Vuelven a su casa (3-10). — 2º *Jesús aparece a María Magdalena*: a) *María ve ángeles. Estaba delante del sepulcro y lloraba*. Habiéndose inclinado para

(7:50). Por último, cuando el Salvador ha sucumbido bajo los golpes de sus adversarios, Nicodemo, como José su colega, se declara abiertamente por el crucificado. Como observa Luthardt, el evangelista se empeña en notar el hecho de que José de Arimatea y Nicodemo, ambos hasta entonces reservados en sus relaciones con Jesús, se deciden en este momento abiertamente. "La muerte del Salvador, agrega, es el poder que triunfa de los hombres". — Extraña, a primera vista, la cantidad de *aromas* que Nicodemo hace llevar para embalsamar el cuerpo de Jesús. Pero, como María de Betania (12:3), muestra con esta especie de prodigalidad la magnitud de un amor que no sabe calcular. (Comp. 2 Crón. 16:14).

46. Véase, sobre todos los piadosos cuidados de este amortajamiento. Mat. 27:60, nota.

47. Ese *sepulcro* era el de José de Arimatea (Mat. 27:60). Tres evangelistas, Mateo, Lucas y Juan, hacen observar que ese sepulcro era *nuevo* y que *nadie había sido puesto* en él. Ven, en este detalle, no solamente un modo de honrar tanto más al Salvador, sino que se empeñan en demostrar con ello que él no tuvo ningún contacto con muertos, lo que, a los ojos de los judíos, hubiera sido una impureza. ¿Es necesario añadir, con algunos exégetas, que, cuando esa tumba fué hallada vacía, no pudo haber duda alguna sobre la resurrección de Jesús?

48. El objetivo de este versículo es mostrar el apuro con que José y Nicodemo cumplieron su santo deber, *a causa de la preparación*, porque estaban en viernes al anochecer y el sábado iba a empezar. — Ese sábado fué verdaderamente para Jesús el gran sábado (v. 31), el día de su *reposo*. Sus miembros fatigados y maltratados hallaron por fin ese reposo en la tumba que él ha santificado para los que le aman, como había santificado la vida de ellos por su vida, por sus sufrimientos, por su muerte. No queda ya al evangelista más que mostrárnosle en su victoria, por la cual ha roto las ataduras de



echar una mirada al interior, ve dos ángeles, que le preguntan la causa de sus lágrimas. Responde ella: ¡Han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto! (11-13). b) *María ve a Jesús*. Se vuelve y ve a Jesús, que le hace la misma pregunta que los ángeles. Ella, tomándole por el hortelano: Si tú le has llevado, dime dónde le has puesto ¡y yo iré a tomarle! Jesús la llama por su nombre: ¡María! Ella exclama "Rabbuni, Maestro! Jesús le prohibe tocarle, porque aún no ha subido hacia su Padre; la envía a decir a sus hermanos que él sube hacia su Padre de él y de ellos. María va a referir a los discípulos lo que ha visto y oído (14-18).

XX Mas el primer día de la semana María Magdalena va [1] de

la muerte y puesto en evidencia la vida y la inmortalidad.

1. Véase sobre María Magdalena, Luc. 8:2; 7:37, nota. Juan habla de ella como si hubiera ido sola al sepulcro, mientras que los otros evangelistas mencionan varias mujeres que se apresuran igualmente a visitar la tumba, con la intención de embalsamar el cuerpo del Señor (Mat. 28: 1, 2, nota; Mar. 16:1; Luc. 24:1, nota). Para conciliar esta diferencia, varios exégetas admiten que habrían ido todas juntas, pero que Juan no menciona más que a María Magdalena sobre la que se concentra todo su interés, a causa del papel importante que va a desempeñar. El evangelista no ignoraba, por lo demás, que ella tenía compañeras, puesto que la hace hablar en plural y en nombre de ellas (v. 2). Otros intérpretes piensan que María Magdalena habría ido realmente sola al sepulcro y antes que todas las demás, lo que parecería indicar esta expresión de Juan: *siendo aún obscuro* (véase la nota siguiente). Si es así, Juan habría distinguido esta carrera apresurada de María Magdalena de la de las otras mujeres, mientras que los primeros evangelistas reúnen ambos hechos en un mismo relato. La aparición de Jesús a María sola (v. 11-18) no es por lo demás extraña a la tradición apostólica de los primeros evangelios (Mar. 16:9). Las cosas podrían haber ocurrido como sigue: 1º María Magdalena va al sepulcro, ve con asombro que la piedra que lo cerraba ha sido quitada, y corre a advertir de ello a Pedro y a Juan (v. 1,2). 2º Mientras ella entra en la ciudad, las otras mujeres llegan junto a la tumba abierta y ven un ángel que les anuncia que Jesús ha resucitado. Luego ellas se alejan presto y corren a anunciar esta noticia a los discípulos (Mat. 28:5-8). 3º Entretanto María Magdalena vuelve con los dos discípulos y cuando éstos, después de haber visto la tumba vacía, se vuelven a casa, María queda junto al sepulcro llorando, y es entonces cuando ve dos ángeles en el sepulcro (v. 11 - 13) y le aparece en fin el Señor (v. 14-17). Tal es la interpretación de Ebrard, de Ewald, de Luthardt y de otros. Ambos medios de conciliar los relatos evangélicos son admisibles, y en todo caso, no dejan a la crítica negativa ninguna razón de ver entre estos relatos una contradicción insoluble. — He aquí cómo Godet hace concordar la segunda manera de concebir la serie de los acontecimientos con la relación del primer evangelio, según la cual Jesús habría aparecido a todo el grupo de las mujeres que habían ido al sepulcro: "Mateo 28:9, 10, cuenta que a su regreso del sepulcro estas mujeres tuvieron una aparición de Jesús. Pero el relato de

mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro, y ve la piedra quitada
2 del sepulcro [2]. Corre pues y va a Simón Pedro y al otro discípulo
al que amaba Jesús, y les dice: Han llevado al Señor del sepulcro,
y no sabemos dónde le han puesto [3].
3 Salió pues Pedro y el otro discípulo, e iban al sepulcro [4]. Y
4 corrían los dos juntos; y el otro discípulo corrió delante, más
5 pronto que Pedro y llegó primero al sepulcro, y encorvándose ve
6 echados los lienzos, empero no entró. Llega pues también Simón
Pedro siguiéndole, y entró en el sepulcro; y mira los lienzos echa-
7 dos, y el sudario, que había estado sobre su cabeza, no echado
8 con los lienzos sino aparte, envuelto en un lugar. Entonces pues
entró también el otro discípulo que había llegado primero al se-

Marcos (16:8) y sobre todo la palabra de los dos discípulos de Emmaús (Luc. 24:22-23): "Ellas han tenido una aparición de ángeles diciendo que vive", son incompatibles con ese hecho. Esta aparición a las mujeres no es, pues, otra que la aparición a María Magdalena (que va a seguir en Juan) generalizada. Todos los detalles de la aparición coinciden. El primer evangelio aplica al grupo entero lo que ha ocurrido con uno de sus miembros. Como María Magdalena no vió al Señor sino después que las otras mujeres habían vuelto a la ciudad, se comprende que los dos discípulos de Emmaús hayan podido partir de Jerusalén sin haber oído hablar de ninguna aparición de Jesús (Luc. 24:24). No ha habido, pues, en realidad, otras apariciones, en la mañana de ese día, que las de los ángeles a las mujeres, luego a María Magdalena, y por último la de Jesús a esta última".

2. Todos los evangelistas se empeñan en señalar con cuidado el momento preciso en que las mujeres y los discípulos iban a renacer a la fe y a la alegría, viendo la tumba vacía o al Señor mismo. Pero hay alguna diferencia en los términos de que para ello se sirven. Véase, a este respecto, Mar. 16:2, nota. La expresión de Juan: *siendo aún obscuro*, parece indicar que María Magdalena precedió a las demás mujeres al sepulcro (véase la precedente nota), pues cuando éstas llegaron, Marcos dice que "el sol acababa de salir". — Mateo (28:2) cuenta cómo *la piedra* había sido *quitada de la entrada del sepulcro.* (Comp. Mar. 16:3, 4). — Es necesario observar estos verbos en presente: *va, ve, corre, va, dice* (v. 2, 5, 6); hacen la escena actual y vivaz. La mayor parte de nuestras versiones, cuidando de la elegancia del estilo, borran esos matices delicados e importantes.

3. El verbo en plural: *no sabemos*, muestra que María Magdalena no había ido sola al sepulcro (Mat. 28:1; Mar. 16:1). La emoción y el terror de María Magdalena se descubren en los términos en que cuenta esta novedad a los discípulos. La idea de que Jesús podría haber resucitado no ha abordado aún su espíritu, puesto que no piensa sino en que han *llevado* su cuerpo. *El otro discípulo a quien Jesús amaba* es Juan, nuestro evangelista, que se complace en designarse así, sin nombrarse jamás. (Comp. 13:23; 19:26; 21:7, 20; véase la Introd).

4. Este incidente se encuentra muy abreviado en Luc. 24:12, 24.



9 pulcro, y vió y creyó [5]; pues aún no conocían la escritura: Es
10 necesario que él resucite de entre los muertos [6]. Se fueron pues
11 otra vez los discípulos a su casa. Mas María estaba cerca del se-

5. Los dos discípulos, llenos de la más viva emoción al oír las palabras de María Magdalena (v. 2), se lanzaron fuera de la ciudad; e *iban al sepulcro, corrían juntos* hacia el lugar en que Jesús estaba sepultado. Juan, sin duda más joven y más ágil, aventaja a su condiscípulo y *llega primero al sepulcro.* Habiéndose inclinado para mirar en la gruta, ve allí los lienzos con que el cuerpo había sido envuelto (19:40); pero, retenido por el temor instintivo que le inspiran el misterio de la muerte y la incertidumbre de la situación, no osa penetrar. Pedro llegó en ese momento, y, más resuelto que Juan, *entró en el sepulcro*, y *ve* (gr. *observa*), por una parte, *los lienzos echados* por tierra, y, por otra, *el sudario* que había cubierto la *cabeza* de Jesús (11:44), cuidadosamente *plegado aparte en un lugar*, mientras que los lienzos habían sido echados aquí y allá. (Comp. Luc. 24:12, 24). *Entonces pues*, alentado por el ejemplo de su condiscípulo, Juan *entró también* en la gruta, *y vió y creyó.* ¿Qué creyó? el evangelista no quiere decir que creyó las palabras de María Magdalena (v. 2); pues el notable orden que el Señor había querido dejar en su sepulcro (v. 6 y 7) excluían absolutamente la idea de un rapto obrado apresuradamente por sus enemigos. No; creyó que Jesús había resucitado, y esta convicción le confirmó en su fe de que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios (v. 31). El versículo siguiente no deja ninguna duda sobre esta interpretación. — Mas hay que observar aquí, con Godet, que al emplear estos dos verbos en singular: *vió* y *creyó*, el autor quiere referir una experiencia propia. "No puede testificar por el otro discípulo; pero puede hacerlo por sí mismo. Nos inicia en un recuerdo personal incomparable".

6. *Debía resucitar:* "Necesidad divina", como se expresa Meyer. (Comp. Luc. 24:26). Como Tomás (v. 25) los dos discípulos tuvieron necesidad de *ver* para *creer.* Juan señala, humillándose, la causa de su lentitud en creer: *no comprendían aún,* ni aún entonces, *la escritura que dice que* Jesús *debía resucitar de entre los muertos.* En efecto, habrían podido hallar la resurrección del Salvador anunciadas en pasajes tales como Sal. 16; Sal. 23; Sal. 110; Isa. 53, etc. Las enseñanzas de Jesús (Luc. 24:25-27 y 45) y sobre todo la luz del Espíritu Santo abrieron los ojos de los apóstoles sobre este punto, como sobre tantos otros. Entonces comprendieron las escrituras (Ac. 2:25, 34; 8:32, 33; 13:33, 35. — Además de las revelaciones del antiguo testamento, los discípulos habían oído las declaraciones claras y numerosas de Jesús sobre su muerte y su resurrección (Mat. 16:21; Luc. 18:31 y sig., etc.). Se encuentra, pues, extraño que el evangelista no las mencione aquí, y la crítica negativa no ha dejado de inferir de ello que esas predicciones habían sido inventadas después del acontecimiento. Pero los evangelistas mismos nos han hecho saber, con candor y humildad inimitables, que los discípulos no habían comprendido mejor esas predicciones de Jesús que las escrituras (Luc. 18:34 y sobre todo, Mar. 9:10). Las entendían en un sentido figurado porque, según sus pre-

pulcro, fuera, llorando [7]. Como lloraba pues, encorvóse hacia el
12 sepulcro, y ve dos ángeles con vestidos blancos sentados, uno cer-
ca de la cabeza y otro cerca de los pies, donde había yacido el
13 cuerpo de Jesús [8]. Y aquéllos le dicen: Mujer, ¿por qué lloras?
Díceles: Porque han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han
14 puesto [9]. Habiendo dicho esto, volvióse hacia atrás, y mira a Je-
15 sús que allí estaba, y no sabía que era Jesús [10]. Dícele Jesús: Mu-
jer ¿por qué lloras? ¿a quién buscas [11]? Aquélla, pensando que

juicios mesiánicos, los sufrimientos y la muerte de Jesús les parecían imposibles y su resurrección un acontecimiento tan inaudito que jamás había penetrado en su espíritu.

7. María, después de haber anunciado a los dos discípulos que había visto la tumba vacía (v. 2), había vuelto allí siguiéndoles; y cuando ellos se alejan, ella queda allí para *llorar*. Su amor la retiene junto a ese sepulcro vacío; llora, porque ninguna esperanza ha penetrado aún en su corazón (v. 13).

8. Este hecho no está en contradicción con la aparición anterior del *ángel* (Mat. 28:2; Mar. 16:5), o *de los dos ángeles* (Luc. 24:4, nota) a las mujeres. "Los ángeles no son inmóviles y visibles al modo de estatuas de piedra". *Godet*. Hay, en griego, el participio presente: *sentándose*, que puede significar que ella los percibió en el momento en que fueron a sentarse en el sepulcro.

9. Comp. v. 2 y v. 11, notas.

10. Jesús mismo va a esa alma que le busca con amor, en medio de sus lágrimas y de su angustia. Pero ¿por qué no le reconoce ella? No basta, para responder a esta pregunta, decir, con algunos exégetas, que quizá María no le miraba al rostro, o que sus ojos llenos de lágrimas le impedían ver, o que el pensamiento de la resurrección de Jesús estaba muy lejos de su espíritu, o que Jesús se presentaba a ella bajo una indumentaria distinta de la acostumbrada. Numerosos pasajes de los evangelios nos muestran claramente que debía haberse producido en la persona de Jesús un gran cambio, causado por sus sufrimientos, su muerte, y sobre todo su resurrección. Fué esto para él la primera etapa de la glorificación de su cuerpo, cuyo supremo cumplimiento fué la ascensión. Tal ha sido la verdadera causa del hecho que nos ocupa y de otros fenómenos semejantes en las apariciones de Jesús resucitado (Comp. Luc. 24:16; Mar. 16:12, notas, y véase más adelante v. 19, 26; 21:4). "Es muy importante observar que María Magdalena ve al Señor de pie delante de ella sin reconocerle al principio. Es una prueba de que la resurrección de Jesús fué un hecho objetivo y de ningún modo una representación subjetiva en el espíritu de los discípulos. Si hubiera sido una alucinación por la cual María se hubiera imaginado ver al Señor vivo delante de sí, sin estarlo realmente, esa alucinación habría debido ser producida por la espectación de que el Señor debía resucitar; pero esa espectación no existía en grado alguno en los discípulos (Luc. 24:21; Juan 20:25). Si María pues, y más tarde los discípulos de Emmaús, viendo delante de sí una figura humana, no reconocen en ella a su Señor, es porque su imaginación no tenía la



era el hortelano, le dice: Señor, si tú le has llevado, dime dónde
16 le has puesto, y yo le traeré [12]. Dícele Jesús: ¡María! Vuelta
17 aquélla le dice en hebreo: ¡Rabbuni! (que se dice Maestro) [13]. Dí-
cele Jesús: No me toques, pues aún no he subido al Padre [14]; mas

menor parte en ese encuentro y porque no fueron convencidos sino cuando Jesús se hizo conocer claramente a ellos". *Ebrard*.

11. Con profunda compasión por María y por su dolor le dirige Jesús esta pregunta. A menudo interroga así a los desdichados que le buscan, sólo a fin de atraer hacia sí su atención y animarles a abrirle su corazón con confianza y a pedirle todo lo que necesitan (5:6; Mar. 10:51).

12. A fin de explicar cómo tomó María Magdalena al personaje que allí estaba por *el hortelano*, una minuciosa exégesis ha supuesto que Jesús había tomado los vestidos de éste, o que aparecía a María teniendo por todo vestido la ropa con que había sido crucificado, lo que hizo creer a María que era un servidor ocupado en algún trabajo en el jardín (21:7). Pero era muy natural, viendo a alguien en una propiedad privada, en esa hora matinal, pensar que era el hombre encargado de su cuidado; y María se detiene en esa suposición, no permitiéndole su dolor considerar las facciones del que se presenta a ella. En efecto, si se dice en el v. 14: "Se volvió, y ve a Jesús", no fué sino una mirada fugitiva que echó sobre él; inmediatamente volvió a tomar su primera posición; esto resulta del v. 16, donde, al llamado de Jesús, ella se vuelve nuevamente. María habla con respeto a ese extraño: *Señor*, le dice; es que el sufrimiento y la necesidad de socorro humillan. Luego, sin nombrar a Jesús, dice: Si tú *le* has llevado, yo *le* traeré, no suponiendo que se pueda pensar en ningún otro que en Aquel que llena su alma entera.

13. "Lo que hay de más personal en las manifestaciones humanas, es el tono de la voz; por este medio se hace Jesús conocer a María. El acento que toma, en su boca, este nombre de *María*, expresa todo lo que ella es para él, todo lo que él es para ella". *Godet*. Por eso con estremecimiento de júbilo María, a su vez, lanza esta exclamación en la cual pone toda su alma: *Rabboni ¡Maestro!* No puede decir más. Esta única palabra, pronunciada en tal situación, ha parecido tan importante al evangelista, que la ha conservado en la lengua original, y observa expresamente para sus lectores griegos que la cita *en hebreo*. Esta última palabra, omitida por el texto recibido, es seguramente auténtica. Se lee en *Sin.*, *B*, *D. Itala*, vers. siríacas.

14. Las palabras de Jesús: *No me toques*, suponen que María quería echarse a sus pies, abrazar sus rodillas (Mat. 28:9). Jesús se lo prohibe. ¿Cuál era pues el pensamiento que inspiraba la actitud de María y que Jesús desaprueba? ¿Cómo comprender las palabras con las cuales Jesús motiva su prohibición: *pues aun no he subido hacia* el Padre? (El texto recibido tiene: *mi* Padre. *Sin.*, *B. D. Itala* omiten el pronombre posesivo). 1º Meyer piensa que María, *tocando* al Señor con sus manos, quería asegurarse de que en realidad había resucitado, que estaba corporalmente presente, que no veía una simple aparición de su espíritu. Y Jesús le daría esa seguridad diciendo: Yo soy en

vé hacia mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre,
18 y mi Dios y vuestro Dios [15]. Viene María Magdalena, anunciando
a los discípulos: ¡He visto al Señor! y que le había dicho esto [16].

efecto, pues aun no he subido a la gloria del Padre. Pero ¿pueden suponerse esas dudas en María, cuando acababa de exclamar, llena de certidumbre y gozo: *¡Maestro!* Y por otra parte ¿por qué rehusaría Jesús a María un medio de convicción que él mismo ofrecía a otros discípulos? (v. 20, 27; Luc. 24:39). 2º El pensamiento de María sería de *adorarle*, y Jesús le diría que no debe hacerlo hasta que haya entrado en su gloria (Lücke y otros). Pero esta explicación desconoce la divinidad del Hijo de Dios, tan realmente de su ascensión como después, y Jesús no ha desaprobado ese ímpetu de adoración en otro de sus discípulos (v. 28). 3º Algunos intérpretes (Beza, Bengel), deteniéndose principalmente en la segunda frase de Jesús: "Ve hacia mis hermanos...", piensan que habría querido simplemente decir a María: No te detengas ahora en estos testimonios de gozo, mas apresúrate, ve y anuncia a mis hermanos que yo subo... Esta idea no nos parece convenir a la situación, y por lo demás no explica las palabras: *pues aún no he subido hacia mi Padre.* 4º María habría querido retener junto a sí al Señor, asegurarse de que no va a dejarla de nuevo. A lo que Jesús respondería que el momento de su partida definitiva aún no ha llegado y que ella le volverá nuevamente a ver (Neander, Ebrard). Pero este último motivo parece poco en armonía con la solemnidad de un momento semejante y también con el mensaje que Jesús va a encargar a María. 5º Ella habría pensado que las numerosas promesas de Jesús relativas a su regreso a los suyos, tales como 16:16, estaban ya cumplidas; y habría querido reunirse con él y gozar plenamente de su presencia. Las palabras de Jesús significarían entonces que sólo después de su glorificación estará realmente con los suyos y vivirá en ellos. Calvino y, con algunas modificaciones, Godet). Esta interpretación, verdadera en el fondo, nos parece solamente, en lo que concierne a María, suponerle una inteligencia demasiado clara de las promesas del Salvador y una muy alta espiritualidad. Pensamos con de Wette, Tholuck, Weiss, Keil, que María, lanzándose hacia Jesús para *tocarle* (Comp. Luc. 7:38, 39) y testificarle su amor y su veneración, creía que sus relaciones anteriores y habituales con él iban a recomenzar, sin que nada hubiera cambiado en ellas; y que se abandonaba, completamente dichosa a ese pensamiento. Había que sacarla pues de ese error, arrancarla de esas relaciones terrestres con su Maestro, elevar sus afectos hacia el momento cercano en que, sustraído a sus miradas, *subido hacia su Padre*, el Salvador entraría con los suyos en una comunión infinitamente más íntima, más elevada, más santa (Comp. 2. Cor. 5:16). *Tocar*, dice san Agustín, es hallar el límite de la idea que nos hacemos de un objeto; Jesús glorificado se ofrece al alma como el infinito sólo que le satisface. *Subo hacia mi Padre*, tal es el gran pensamiento de que María debe compenetrarse y del que debe ser mensajera ante los "hermanos" de Jesús.

15. *Mis hermanos*, dice Jesús; los nombra así por primera vez, con tanta solemnidad como amor, porque, acabada ya su obra, ha hecho de ellos hijos de Dios. Son sus *hermanos*, por cuanto *su Padre* es *Padre de ellos* (Mat. 28:10; Hebr. 2:11; comp. Sal. 22:23). El mensaje de María debe ser el de la gloria eterna del Salvador que compartirán. *Subo hacia mi Padre;* este verbo en presente expresa la certidumbre y la inminencia de ese gran acontecimiento, quizá también el pensamiento de que la ascensión de Jesús, como su glorificación, es gradual y se realiza ya. *Mi Padre, vuestro Padre; mi Dios, vuestro Dios*, palabras de inescrutable profundidad y de infinito amor, por las cuales Jesús eleva a los suyos hasta su propia relación con Dios. Por ello también les hace participar de la gloria y de la felicidad en que él va a entrar. "En el nombre de *Padre*, hace observar Godet, hay la intimidad filial; en el de *Dios*, la completa dependencia, y esto para los discípulos como para Jesús mismo". En adelante los discípulos comprenderán toda la dulzura y la realidad de ese nombre de *Padre* que Jesús daba a Dios (Comp. Rom. 8:15; Gál. 4:6). Sin embargo no dice: *nuestro Padre;* jamás lo ha dicho, porque él solo es Hijo de Dios, en un sentido único, exclusivo, divino.

16. Gr. *llega María Magdalena anunciando a los discípulos...* El presente pinta vivamente la emoción y la alegría de la que lleva tal noticia y la sorpresa de los que la oyen. ¡Ella *ha visto* al Señor; él ha hablado y ella repite *las cosas* que él le ha *dicho! Sin., B* tienen: *He visto al Señor*, lección que es adoptada por la mayor parte de los editores recientes, pero que no puede verterse en la traducción a causa de la proposición siguiente: "Y que *le* había dicho esas cosas". Ese brusco paso del discurso directo al indirecto no tiene nada de extraordinario en griego. Es obscurecido por otra parte en la variante de *D:* y *les contó* las cosas que le había dicho. La tradición apostólica, recogida en Marcos (16:10, 11) nos hace saber cómo recibieron los discípulos este mensaje: al principio "no lo creyeron" (Comp. Luc. 24:11, 22-24).

17. Gr. *Jesús estuvo en medio de ellos*, sin que viesen cómo había entrado, *estando cerradas las puertas.* Es evidente que el evangelista ve en esta aparición de Jesús algo de misterioso, tanto más cuanto menciona la misma circunstancia en ocasión de la segunda aparición de Jesús (v. 26); todas las tentativas hechas para explicar la entrada de Jesús de un modo natural hacen violencia al texto. Calvino y otros exégetas piensan que las puertas se abrieron ante una se-



B. 19-23. APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS REUNIDOS. — 1º *Jesús aparece a los discípulos.* En la tarde del día de la resurrección, los discípulos están reunidos en un lugar cuyas puertas están cerradas. Jesús se presenta en medio de ellos y les dice: ¡La paz sea con vosotros! Luego les muestra sus manos y su costado. Al verlo, los discípulos se llenan de gozo (19-20). 2º *Jesús envía los discípulos.* Jesús les dice: Como el Padre me ha enviado, también yo os envío. Luego sopla sobre ellos, diciendo: Recibid el Espíritu Santo. Finalmente les confiere autoridad de remitir los pecados (21-25).

19 Siendo pues la tarde de aquel día, el primero de la semana,
y estando cerradas las puertas donde estaban los discípulos por el
temor de los judíos, vino Jesús y estuvo en medio [17], y les dice:

20 ¡Paz a vosotros[18]! Y dicho esto les mostró tanto las manos como
el costado[19]. Gozáronse pues los discípulos viendo al Señor[20].
21 Díjoles pues otra vez: ¡Paz a vosotros[21]! Conforme me ha en-
22 viado el Padre, también yo os envío[22]. Y dicho esto sopló sobre

ñal de la majestad divina del Salvador. Si así fuera, Juan lo habría contado simplemente. Y, por otra parte, eso también sería un milagro. Es más, conforme a diversos rasgos de la vida de Jesús resucitado admitir que entonces ya su cuerpo se encontraba en vías de ser glorificado, se acercaba al estado de "cuerpo espiritual" (1 Cor. 15:44), y que estaba, desde entonces, libertado de las leyes del espacio. (Comp. v. 14, nota). El término empleado en Luc. 24:31: "Desapareció de delante de ellos", autoriza la misma conclusión. De ahí viene que a menudo los discípulos no le reconocieron a primera vista y debió probarles que él era en realidad el que veían (v. 14, 20, 27; 21:4; Luc. 24:16, 37-40). Esta aparición de Jesús en medio de sus discípulos, en el día mismo de su resurrección, es la misma cuyo relato más completo hallamos en Lucas 24:36-48. (Véase las notas).

18. Comp. Luc. 24:36, segunda nota. Este hermoso saludo, en uso entre los israelitas, tomaba, en boca de Jesús, principalmente en aquel momento, una significación y un poder enteramente nuevos; no solamente deseaba *la paz*, sino que la daba.

19. *Sus manos* atravesadas y su *costado* con la herida del lanzazo (19:34). Jesús, conociendo toda la debilidad de sus discípulos y la grande dificultad que había para ellos en creer en su resurrección, condesciende a darles pruebas tangibles y visibles (v. 27; Luc. 24:40; comp. 1 Juan 1:1); pero al mismo tiempo les dirá claramente que no era eso lo que constituía la fe, que es un acto libre de la conciencia y del corazón (v. 29).

20. *Viendo al Señor*, los discípulos *se regocijaron;* ese vivo *gozo* sucedió en sus corazones a las dudas angustiosas que sufrían desde hacía tres días. Era para ellos como el sol levantándose en medio de las tinieblas y de la tempestad. Entonces ya fué cumplida en ellos la promesa de Jesús (16:22).

21. *Sin., D. Itala* omiten *Jesús.* Hay algo de solemne en la repetición de esta importante y dulce palabra. *La paz sea con vosotros.* Viendo a los discípulos convencidos y gozosos *(pues)*, Jesús se empeña en asegurarles este bien supremo, *la paz*, más precioso aún, a sus ojos, que el gozo. Algunos exégetas conectan esta palabra con el versículo siguiente: Jesús, después de haber dado a sus discípulos la paz para sí mismos (v. 19), querría comunicársela también para la misión que les va a encargar. La distinción es quizás algo sutil.

22. Comp. 17:18 y Mat. 28:19. Jesús encarga así solemnemente a sus discípulos esa *misión* que debe continuar la suya en el mundo, y a la que da un carácter divino, atribuyéndole el mismo origen que su propia misión *(como)*. El momento actual era admirablemente escogido; pues Jesús inviste a sus discípulos del apostolado después de su resurrección cuyos testigos debían ser ante el mundo (Act. 1:21, 22; 2:32; 4:2, etc.).

23. Hallamos aquí, al mismo tiempo, el símbolo y la realidad: el símbolo en esta acción de Jesús: *sopló sobre ellos*, *acción* tanto más significativa cuando que, en hebreo y en griego, el *aliento* o el viento, es designado por la misma palabra que el *espíritu* (Ezeq. 37:5 y sig.; Juan 3:8; comp. Act. 2:2); la realidad es claramente indicada por estas palabras: *Recibid el Espíritu Santo.* Esto no es solamente una renovación de la promesa (v. 14-16) que debía cumplirse en pentecostés; y por otra parte, el evangelista no pretende referir aquí la efusión poderosa del Espíritu que tuvo lugar entonces, como piensan los que pretenden que Juan coloca en el día mismo de la resurrección la ascensión (v. 17) y el descenso del Espíritu Santo (v. 22). El v. 20 prueba que Jesús no estaba aún plenamente glorificado. No podía pues, según nuestro mismo evangelista (7:39; 16:7), enviar el Espíritu Santo a los suyos. Por otra parte, el acto realizado por él no es puramente simbólico, pues agrega: *Recibid* el Espíritu Santo. Basta, para comprender su sentido, considerar que los discípulos, en el momento mismo en que recibían el cargo del apostolado (v. 22), tenían la urgente necesidad de un socorro divino que confortara su fe y su esperanza, y les sirviera de confortante hasta el día en que tendrían la plenitud del Espíritu. Debían, en efecto, vivir en la espera y en la oración (Act. 1:4, 14); debían también tomar solemnes decisiones (Act. 1:13-26). No podían pues, en ese importante intervalo, estar abandonados a sí mismos y a su ignorancia. A esa necesidad provee Jesús, con su ordinaria solicitud.

24. Jesús acababa de asimilar la misión de sus discípulos a la suya propia, que ellos debían continuar sobre la tierra (v. 22). Ahora bien: como él había venido para abrir o cerrar el cielo a todos los hombres, para pronunciar su absolución o su condenación (Mat. 9:6; Juan 9:41; 15:22), quiere que sus enviados ejerzan también esa función temible, que era el coronamiento de su obra (Comp. Mat. 16:19; 18:18, notas). Hay que dejar pues a las palabras: *remitir los pecados*, todo su significado. No implican solamente el poder de anunciar el perdón de los pecados, sino el de pronunciarlo. Pero, ¿a qué condición? Jesús acaba de impartir a los discípulos el Espíritu Santo de que pronto serán llenados. Ahora bien: únicamente por el Espíritu podrán cumplir esta parte esencial de su misión. El Espíritu será su principio, la fuerza que en ella se manifestará. Esta actividad no será pues privilegio de los apóstoles solos



23 ellos y les dice: Recibid Espíritu Santo[23]. Cuyos pecados perdo-
náreis, perdonados les son; cuyos retuviéreis, retenidos están[24].

C. 24-29. SEGUNDA APARICIÓN DE JESÚS, EN PRESENCIA DE TOMÁS. — 1º *Las dudas de Tomás.* Tomás, ausente cuando la primera aparición, responde al testimonio de sus condiscípulos que él no creerá la resurrección de Jesús sino después de haber visto y tocado sus cicatrices (24-25). — 2º *Jesús convence a Tomás.* Ocho días después, Jesús aparece a los discípulos reunidos con Tomás, en las mismas condiciones, y les dirige la misma salutación. Luego invita a Tomás a tocarle, y le advierte que no se meta en la senda de la incredulidad, sino en la de la fe. Tomás dice a Jesús: ¡Mi Señor y mi Dios! Jesús declara dichoso a los que creen sin ver (26-29).

24 Mas Tomás, uno de entre los doce, el llamado Dídimo, no estaba
25 con ellos cuando vino Jesús [25]. Decíanle pues los otros discípulos:
¡Hemos visto al Señor! Mas él les dijo: Si no viere en sus manos
la marca de los clavos y pusiere mi dedo en la marca de los cla-
vos y pusiere la mano mía en su costado, de cierto no creeré [26].
26 Y después de ocho días otra vez estaban dentro sus discípulos, y
Tomás con ellos. Viene Jesús, estando cerradas las puertas, y es-
27 tuvo en medio y dijo: Paz a vosotros [27]! Luego dice a Tomás: Trae
tu dedo aquí y vé mis manos, y trae tu mano y ponla en mi cos-

o de sus pretendidos sucesores. Siendo todos los creyentes agentes del Espíritu Santo, todos serán aptos para remitir o retener los pecados. Investidos de la potencia del Espíritu, desempeñarán esa función, no por su propia autoridad, sino únicamente en el nombre de Dios y del Salvador. Este Espíritu de luz y de vida les dará el discernimiento necesario para asegurarse de que aquellos a quienes remitieren así los pecados, son almas penetradas de arrepentimiento y de confianza en la gracia que les es ofrecida. En estas condiciones, la experiencia ha probado que puede ser, para un alma desalentada y angustiada, un inmenso beneficio recibir directa y personalmente, por la voz de un servidor de Dios, la certidumbre del perdón de sus pecados. No hay nada en ello que se parezca a la absolución sacerdotal practicada en algunas iglesias. Según el texto más autorizado hay que leer el presente para el primer vervo: *son remitidos*. Este presente indica un efecto inmediato; Dios ratifica en el momento mismo. El segundo verbo, en cambio: *están retenidos* está en perfecto, indicando el efecto persistente, un estado de endurecimiento o de incredulidad. Se puede pues traducir: *quedan, están retenidos*, no perdonados.

25. Por dos incidentes ya nuestro evangelista nos ha descripto este discípulo con su carácter sombrío, inclinado a la duda, a la crítica, al desaliento (11:16; 14:5). Pero es sobre todo en este relato donde Tomás se nos muestra tal cual era. Y ante todo, lo vemos ausente del círculo de sus condiscípulos, cuando Jesús les apareció. Sin duda, no teniendo ya ninguna esperanza, había buscado la soledad para entregarse a sus tristes pensamientos y se había privado así de una gracia inmensa.

26. Fué, sin duda, en una reunión subsiguiente cuando los discípulos dijeron a Tomás, con la alegría que irradiaban sus rostros: *¡Hemos visto al Señor!* Es necesario observar en su respuesta la obstinación de su duda que se expresa con términos enérgicos y repetidos (esta repetición intencional es obscurecida cuando, con Tischendorf y Weiss, se lee *lugar* en vez de *marca*. Esa variante no se halla más que en *A*, *Itala*). Tomás llega a esta conclusión. *No creeré.* Hay, en el griego, una doble negación que significa: *no creeré de ningún modo.* Hablando así, ese discípulo pensaba no obedecer más que a su razón; y sin embargo era muy irrazonable (v. 29, nota).

27. Parece que, durante esos *ocho* días, no hubo nueva aparición de Jesús, aunque, sin duda, los discípulos se habían reunido a menudo, como para esperarle. Por fin, *viene*. Es necesario observar este verbo en presente, que hace sentir la solemnidad del momento. El Salvador *se presentó en medio de ellos* del mismo modo y en la misma casa (v. 19). Esta vez, Tomás estaba allí.



28 tado, y no te vuelvas incrédulo sino creyente [28]. Respondió To-
29 más y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío [29]! Dícele Jesús: Porque
me has visto has creído; dichosos los que no vieron y creyeron [30].

28. En cuanto el Señor ha pronunciado sobre los discípulos su dulce palabra de *paz*, se dirige directamente a Tomás. Conocía su estado, pues sabía por sí mismo lo que hay en el hombre" (2:25). Condesciende a dar a ese discípulo todas las pruebas que había pedido. "Si un fariseo hubiera establecido esas condiciones como Tomás, no habría obtenido nada; pero a un discípulo, hasta aquí probado, nada es rehusado". *Bengel.* Sin embargo, repitiendo intencionalmente las palabras de Tomás, Jesús le hace sentir su yerro y le cubre de confusión. Concluye con esta seria advertencia: *no te hagas incrédulo, sino creyente.* No hay que traducir pues con todas nuestras versiones: *no seas.* "Con la expresión: *no te hagas*, Jesús le hace sentir en qué crítica posición se encuentra actualmente, en el punto en que se separan las dos rutas: la de la incredulidad decidida y la de la fe perfecta". *Godet.*

29. Cuanto más resistencia había opuesto Tomás a la fe en Jesús resucitado y glorificado, tanto más penetrado es de la luz divina que inunda su alma. La omnisciencia, la caridad del Salvador se apoderan de él, le humillan. En ese instante, todas las declaraciones de Jesús sobre su divinidad, que no habían podido vencer las dudas de Tomás, se le tornan en otros tantos rayos de luz y, después de haber sido el último en creer en la resurrección del Salvador, es el primero en llamarle con un nombre que quizá ningún otro había aún pronunciado: *¡Mi Señor y mi Dios!* En el original, el artículo precede cada uno de esos nombres y los distingue uno del otro; luego esta palabra: *mío*, dos veces repetida, da más intimidad aun y amor a ese grito de la fe y de la adoración, que se eleva del fondo del alma de Tomás. — Todas las tentativas de la exégesis racionalista para explicar estas palabras como si fueran una exclamación de sorpresa o de acción de gracias dirigida *a Dios*, a causa del milagro de la resurrección, caen en presencia de estas palabras: *Tomás respondió y LE dijo.* En Jesús, pues, realmente, ese discípulo, que ahora cree, reconoce a su *Señor* y a su *Dios*. Y Jesús, lejos de rechazar ese homenaje como un acto de idolatría, lo aprueba (v. 29). Así, el relato de Juan nos muestra a los discípulos llegando gradualmente a la fe en esta gran verdad que su evangelio estaba destinado a probar: *la Palabra era Dios* (1:1).

30. *¡Has creído!* (El texto recibido inserta aquí el nombre de *Tomás* que falta en todas las *mayúsc.*). A pesar del afectuoso reproche que Jesús expresa en estas palabras, no creemos que haya que tomarlas en sentido interrogativo, como si Jesús pusiera en duda la fe de este discípulo. No, él reconoce esta fe, la aprueba y la confirma tal como Tomás acaba de expresarla con efusión de corazón. Hasta emplea Jesús el perfecto, expresando un acto del alma realizado y permanente. Y, a pesar de ello, hay una ligera censura en estas palabras:

## CONCLUSION DEL EVANGELIO

30,31. CARÁCTER Y OBJETO DE ESTE LIBRO. — Lejos está de contener todas las señales hechas por Jesús, pues éste ha realizado muchas otras todavía en presencia de sus discípulos. El objeto de estos relatos es el de llevar los lectores a la fe en Jesús como el Cristo y el Hijo de Dios, y asegurarles, por la fe, la vida.

30 Otras, pues, y muchas señales hizo, sí, Jesús en presencia de
31 los discípulos, que no están escritas en este libro [31]; mas éstas
están escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de
Dios, y para que creyendo vida tengáis en su nombre [32].

*Porque me has visto*, así como en la segunda parte del versículo. ¿Por qué? ¿acaso no han *creído* todos los demás discípulos la resurrección de Jesús porque le han *visto?* ¿O bien declarando *dichosos* a los que han creído sin *ver*, entiende Jesús que la fe pueda nacer sin razón de creer? No, pero Tomás se había hallado en una situación particular que le daba todas las razones para creer. Diez de sus condiscípulos, cuya inteligencia y buena fe no podía poner en duda, le habían dicho con alegría: *Hemos visto al Señor* (v. 25); y él, recusando ese testimonio, había exigido una demostración material de los sentidos. Era eso lo irrazonable (v. 25, nota); pues era desconocer y negar el valor del testimonio, sobre el cual sin embargo reposan la mayor parte de nuestros conocimientos y de nuestras convicciones, aun en las cosas de este mundo; ¡y cuánto más en las verdades religiosas que deben unir nuestra alma al Dios invisible! He ahí por qué Jesús establece aquí para su reino este importante principio: *Dichosos los que no vieron y creyeron.* La fe es, en efecto, un acto moral de la conciencia y del corazón, independiente de los sentidos; todos los objetos de la fe pertenecen al mundo invisible; la iglesia cristiana, desde hace diecinueve siglos cree en Jesucristo y en su résurrección sobre ese mismo testimonio apostólico que Tomás recusaba. (Comp. 1 Pedro 1:8). Todo el que hace depender su fe de la vista, de los sentidos, o del razonamiento, la expone a una desoladora inestabilidad, puesto que "las cosas visibles no son más que por un tiempo y las invisibles solas son eternas". (2 Cor. 4:18). Por esto Jesús declara *dichosos* a los que creen en él; pues la fe, uniéndonos a él, nos pone en posesión de los tesoros de gracia, de paz, de amor, de vida que son en él y que constituyen solos la verdadera dicha del alma humana.

31. Gr. *Jesús pues hizo, sí, muchas y otras señales... mas...* Con este giro, Juan hace resaltar que no ha tenido la intención de presentar el relato completo de una vida tan plena como la de Jesús. Va a decir por qué no ha referido más que un número de hechos comparativamente limitado. En esta ocasión, nos hace saber lo que ha querido y lo que ha hecho al escribir *este libro;* nos dice claramente cuál ha sido su objeto. Jesús *hizo además muchas otras señales*, es decir un gran número de milagros que han sido manifestaciones de su potencia divina (Comp. 12:37), que nuestro evangelista no ha querido ni podido



## APÉNDICE

*Apariciones de Jesús sobre las márgenes del mar de Tiberias.*

A. 1-14. APARICIÓN DE JESÚS A LOS DISCÍPULOS. — 1º *La pesca*: a) *Trabajo infructuoso.* Siete discípulos, de los cuales cinco son nombrados, se encuentran reunidos. Pedro los lleva a pescar. En toda la noche no cogen nada (1-5). b) *Jesús se muestra.* Por la mañana él se halla sobre la ribera; los discípulos ignoran que es él. Les pregunta si tienen algo de comer; ante su respuesta negativa les aconseja echar la red del lado derecho del barco. No pueden ellos ya retirarla a causa de la cantidad de peces (4-6). c) *Jesús es reconocido.* Juan dice a Pedro: ¡El Señor es! Pedro se arroja al agua. Los otros discípulos van a tierra con el barco, arrastrando la red llena de peces (7,8). — 2º *La comida.* Los discípulos encuentran carbones encendidos, pescado, pan. Jesús les ordena traer los peces que acaban de coger. La red contenía ciento cincuenta y tres, sin romperse, sin embargo. Jesús les dice que vayan a comer. No osan preguntarle quién es. Jesús les distribuye el pan y el pescado. Era la tercera vez que se mostraba a ellos (9-14).

*escribir en este libro.* El término *señales* se aplica en primer lugar a las obras de Jesús, pero no excluye sus discursos, pues "el testimonio que Jesús se da a sí mismo, dice Weiss, es en cierto modo el comentario de sus milagros". La vida del Salvador fué tan rica en *señales*, que Juan ha debido escoger; y lo que ha dirigido su selección es el objeto que se había propuesto. (c. 31). Godet añade: "Me parece difícil no ver en la posición del pronombre *este*, después del substantivo *libro: el libro éste*, una oposición tácita a otros escritos que contenían las cosas omitidas en éste. Esta expresión así comprendida concuerda con todas las pruebas que hemos hallado del conocimiento que Juan tenía de nuestros sinópticos. El apóstol confirma pues con estas palabras el contenido de esos evangelios anteriores al suyo y da a entender que ha trabajado en completarlos". Las palabras: *en presencia de los discípulos (Sin., C, D: de sus)*, no significan que las obras del Salvador no hayan sido hechas en presencia de todo el pueblo, sino que tenía en vista sobre todo a sus discípulos, a quienes se trataba de instruir y de persuadir, a fin de que pudieran llegar a ser sus testigos para todo el mundo.

32. Tal es pues el objeto elevado y santo que se ha propuesto el discípulo que Jesús amaba; a la luz de esta declaración hay que leer su evangelio entero. *A fin de que creáis*, dice a sus lectores, *que Jesús es el Cristo*, el Mesías (1:42,46), el Ungido del Eterno, el Salvador del mundo, prometido a su pueblo. Pero Jesús no puede ser todo eso sino siendo *el Hijo de Dios*, en el sentido exclusivo que todo nuestro evangelio ha dado a este nombre. Una fe semejante no es una fría opinión de la inteligencia; los que la poseen *tienen* al mismo tiempo *la vida*, la vida del alma, la vida eterna, como dicen *Sin., C, D*, vers. Por último, la fuente única de esa vida está *en su nombre*, este nombre que es la expresión de todo su ser.

XXI Después de esto[1] manifestóse otra vez Jesús a los discípu-
2 los junto al mar de Tiberias; y manifestóse así[2]: Estaban juntos
Simón Pedro y Tomás el llamado Dídimo y Natanael el de Caná
3 de Galilea y los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos[3]. Díceles
Simón Pedro: Me voy a pescar. Dícenle: Vamos también nosotros
contigo. Salieron y entraron en el barco, y en aquella noche nada
4 cogieron[4]. Y llegando ya la mañana estuvo Jesús en la orilla; no

1. *Después de esas cosas*, es decir después de la resurrección y las primeras apariciones de Jesús a sus discípulos, cuyo relato contiene el cap. 20. Esta indicación vaga del tiempo es familiar a Juan. (5:1;6:1; 7:1.) Aquí, basta para colocar el relato que va a seguir en los cuarenta días que transcurrieron entre la resurrección y la ascensión del Salvador. Así, desde las primeras palabras, este cap. 21 está íntimamente ligado al precedente. Formaba parte integrante del cuarto evangelio desde los primeros tiempos. Se encuentra en efecto, en todos los documentos, manuscritos, versiones antiguas, y es mencionado por los Padres de la iglesia. Es digno en todo del discípulo que Jesús amaba; se reconoce en él su pensamiento y su estilo. ¿Qué otro podría habernos conservado el inimitable relato de los v. 15-17? Pero como tenemos en 20:30,31, la conclusión evidente de su evangelio, es necesario considerar este último capítulo como un apéndice o suplemento, escrito por Juan mismo, o quizá por sus discípulos, que no han hecho sino redactar un relato muchas veces oído de boca del apóstol, y lo han agregado al libro, antes o luego después de su publicación.

2. Jesús se manifestó *otra vez*. Con estas últimas palabras conecta el evangelista de nuevo su relato con el de las dos primeras apariciones de Jesús resucitado a todos los discípulos. (20:19 y sig.; 24 y sig.) Luego indica el lugar de la escena: era *las márgenes del mar de Tiberias*. Juan sólo da este nombre (6:1) al lago célebre que Mateo llama *mar de Galilea* (Mat. 4:18, véase la nota), y Lucas (5:1) *lago de Genezaret*. Estamos pues en Galilea, donde todos los discípulos se han trasladado, según la orden de Jesús y contando con la promesa que les había hecho de aparecerles allí. (Mat. 26:31,32;28: 7-10.) El relato de Juan está en armonía con el de Mateo (28:7,16-20) y el de Pablo (1 Cor. 15:6), que nos hacen conocer las apariciones de Jesús en Galilea.

3. De los siete discípulos presentes en la escena que va a seguir, cinco son nombrados y bien conocidos: *Simón Pedro* (1:43); *Tomás* (11:46); *Natanael* (1:46 y sig.); *los hijos de Zebedeo*, Jacobo y Juan, nuestro evangelista. (Mat. 4:21.) *Otros dos discípulos* no son nombrados, probablemente porque no eran del número de los apóstoles. Ahora bien: Jacobo y Juan ocupan aquí el último lugar, mientras que en todas las listas de los apóstoles vienen inmediatamente después de Pedro, nombrado siempre el primero. Godet dice con razón que este hecho es significativo y que la explicación más plausible que de él se pueda dar es que nuestro evangelista es el autor de este relato y, por modestia, se ha atribuído el último lugar.

4. Los discípulos, de regreso a Galilea, habían vuelto momentáneamente a su antiguo oficio. Pedro, como siempre, tiene la iniciativa.



5 sabían empero los discípulos que era Jesús[5]. Díceles pues Jesús:
6 Muchachos ¿tenéis acaso algo de comer? Respondiéronle: No[6]. Y
él les dijo: Echad la red hacia la parte derecha del barco y hallaréis. Echaron pues, y no podían sacarla más por la muchedum-
7 bre de los peces[7]. Dice pues el discípulo aquél a quien amaba
Jesús, a Pedro: ¡El Señor es[8]! Simón Pedro pues, habiendo oído: El Señor es, ciñóse la ropa de encima, pues estaba desnudo,
8 y echóse a la mar[9]; mas los otros discípulos vinieron con la barquilla, pues no estaban lejos de la tierra sino como a doscientos
9 codos, arrastrando la red de los peces[10]. Como descendieron pues

5. Sin duda a causa del cambio que se había obrado en su persona después de su resurrección. (20:14, nota).

6. La palabra griega empleada no es el término de afecto que Jesús usaba ordinariamente para con discípulos (13:33) y que le habría hecho reconocer; es más bien el lenguaje de un amo hablando a servidores. El objeto de Jesús dirigiéndoles esta pregunta era entrar en relación con ellos; tenía en vista la comida que quería proponerles. (v. 12.) La palabra griega traducida por: *algo de comer* significa lo que se comía con pan, es decir, en esta situación, pescado. La respuesta negativa de los discípulos da así lugar a la pesca que va a seguir.

7. El carácter milagroso de esta pesca consiste en la ciencia divina por la cual conocía Jesús que *del lado derecho del barco* se hallaba una gran cantidad de peces. A la vista de esto, los discípulos debieron acordarse de la palabra de Jesús al llamarlos al apostolado: "Seguidme, y os haré pescadores de hombres" (Mat. 4:19) y del hecho análogo de que habían sido testigos. (Luc. 5:4 y sig.) Era también un tipo magnífico de las inmensas bendiciones que el Salvador debía otorgar a su futuro ministerio. El sentido simbólico de esta pesca abundante no es indicado en el texto, pero no podía escapar al espíritu de los discípulos.

8. La vista de esta pesca milagrosa y más aún el instinto del corazón revelan a Juan quién era el extraño que estaba sobre la ribera. Él nos descubre la fuente de su clarividencia designándose también aquí como *el discípulo que Jesús amaba*. (v. 20, nota.) Conmovido de íntimo gozo, dice a Pedro, en voz baja: *¡Es el Señor!* Varios intérpretes ven en el énfasis con que Juan es designado (gr. *el discípulo aquél a quien amaba Jesús*) una prueba de que el Apéndice no ha sido escrito por el apóstol mismo.

9. Apenas ha oído la palabra de su condiscípulo cuando Pedro, que se había despojado de su *ropa de encima* para entregarse a la pesca, se apresura a ponérselo, a *ceñírselo*, y se *arroja a la mar*, a fin de alcanzar a nado la ribera y llegar el primero junto a su Maestro. ¡Cuán admirablemente descripto está el carácter de ambos discípulos en esta escena! Mientras Juan goza íntimamente de la presencia de Jesús, Pedro, más ardiente y más pronto, se lanza a su encuentro. Más que ningún otro, sentía una necesidad profunda de oír de su boca una palabra de perdón, de reconciliación y de amor. Y no fué frustrado. (v. 15-17.)

10. *Los otros discípulos*, quedados

10 a tierra, ven ascuas puestas y un pez puesto encima y pan [11]. Dí-
11 celes Jesús: Traed de los peces que ahora cogisteis [12]. Subió Si-
món Pedro y sacó la red a tierra llena de peces grandes, ciento
12 cincuenta y tres; y siendo tantos no se desgarró la red [13]. Díceles
Jesús: Venid, desayunaos. Y ninguno osaba de los discípulos in-

en el barco, *fueron* también hacia la ribera, *arrastrando* tras sí *la red llena de peces.* El evangelista, para hacer sentir que muy pronto franquearon esa distancia, observa que no era más que de *cerca de doscientos codos,* aproximadamente cien metros.

11. Este verbo en presente: *ven,* hace actual esta escena de su llegada, y quizás describe su extrañeza al hallar allí una comida preparada, *pescado y pan.* (La palabra *ascuas* no se lee en otra parte del N. T. que en el evangelio de Juan, (18:18.) Pero, ¿es necesario, con muchos intérpretes, ver en este hecho tan sencillo, un milagro? Unos nos dicen que Jesús había creado el brasero y los alimentos; otros, que habían sido preparados por ángeles. Luego, al milagro se agrega la alegoría: esos alimentos preparados son, para unos, una figura de la santa cena; para otros, el símbolo de las gracias por las cuales el Señor restaura y fortifica a los suyos que trabajan en su reinado; para otros aún, un emblema del banquete celestial, prometido a los bienaventurados. Desde que se aparta uno del texto, cae en lo arbitrario, perdiendo de vista el hecho histórico. Lo que quiere Jesús es, nos lo ha dicho el evangelista (v. 1), manifestarse a sus discípulos, convencerlos completamente de su resurrección; y para esto, entra con ellos en relaciones personales, la más directa de las cuales es la de tener con ellos una comida, precisamente como lo había hecho dos veces ya (Luc. 24:30,42); y todo ello en vista de la importante conversación que seguirá. (v. 15). En cuanto a los elementos de esta comida, el texto no nos dice de dónde provenían, pero ¿era difícil procurarse pescado y pan sobre las márgenes de un lago donde había siempre pescadores?

12. No bastando los alimentos preparados para las ocho personas que debían tomar parte en la comida (Comp. v. 2), Jesús ordena sencillamente a los discípulos *traer de los peces que acababan de coger.* ¿No puede inferirse, con Weiss, que esta orden dada por Jesús excluye el carácter milagroso y simbólico atribuído por algunos intérpretes a esa comida?

13. Pedro, siempre activo, se apresura a ejecutar la orden de su Maestro, y los discípulos, contentos con tal pesca, se complacen en contar los pescados. Aun esa cifra de 153 ha debido prestarse a las más aventuradas alegorías. Según antiguos intérpretes, 100 representaría a los paganos, 50 a los judíos, y 3 la Trinidad! Jerónimo dice que 153 es el número total de las especies de peces, y esa cifra representaría la universalidad de las naciones destinadas a ser conquistadas por los apóstoles del Cristo. Aun el hecho señalado por el evangelista de que *la red no se rompió* sería efecto de un milagro y un símbolo; no se rompió a causa de una intervención divina, y ese hecho significaría que la iglesia no será desgarrada! Es más natural y más útil ver en la mención de esta cifra precisa la prueba de que el autor de este relato fué testigo de los hechos que cuenta.



13 terrogarle: Tú ¿quién eres? conociendo que el Señor era [14]. Viene
14 Jesús y toma el pan y les da, y el pez semejantemente [15]. Esta
ya tercera vez se manifestó Jesús a los discípulos, habiendo resu-
citado de entre los muertos [16].

B. 15-25. Conversación con Pedro. Conclusión. — 1º *Pedro puesto a prueba y rehabilitado.* Después del desayuno, Jesús pregunta por tres veces a Simón, hijo de Jonás, si le ama, y, por la triple respuesta afirmativa de Pedro, le confía el cuidado de apacentar sus ovejas (15-17). — 2º *Pedro llamado a seguir a Jesús hasta en la muerte.* Jesús le anuncia que cuando sea de edad avanzada, deberá renunciar a su independencia para dejarse conducir al suplicio. Le indicaba así la muerte con que había de glorificar a Dios. Le invita a seguirle (18,19). — 3º *El destino de Jesús.* Pedro, viendo a Juan que los seguía, interroga a Jesús acerca del porvenir que le está reservado. Jesús le responde: Si quisiera yo que permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú, ¡sígueme! Esta declaración dió lugar a un rumor, que el autor rectifica, según el cual Juan no moriría (20-23). — 4º *Atestación final.* Este mismo Juan da testimonio de estas cosas. Sabemos que su testimonio es verdadero. Jesús hizo además muchas otras cosas. Si se hiciera el relato de ellas una por una, el mundo entero no podría contener los libros que se escribirían (24,25).

15 Cuando se hubieron pues desayunado, dice a Simón Pedro
Jesús: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que a éstos [17]? Díce-

14. Los discípulos están convencidos de que *es el Señor;* mas aun cuando desearan oír la confirmación de ello de su boca, ninguno de ellos *osa preguntárselo;* todos son retenidos por el temor que les inspira el Salvador resucitado, y, a sus ojos, ya glorificado. (Comp. Mar. 9:32; Luc. 9:45.) Sin embargo habían oído, dos veces ya, su voz y sus palabras. (20:21,27.)

15. Jesús desempeña aquí, como era en otro tiempo su costumbre, el papel de jefe de familia (Comp. Luc. 24:30); se manifestaba así a sus discípulos como el Maestro bien conocido. (Comp. 6:11.)

16. *La tercera vez,* dice el evangelista, recordando así las dos primeras apariciones *a los discípulos* reunidos. (20:19,26.) No habla de la aparición a María Magdalena, aunque él mismo ha ya relatado (20:11 y sig.); mas la palabra *ya* indica que había nuevas manifestaciones del Señor a esperar. (Mat. 28:16 y sig.) Godet ve en esta observación la intención de rectificar la tradición conservada por Mateo, según la cual la aparición en Galilea habría sido el primer encuentro del Resucitado con sus discípulos. Compara esta expresión a las de 2:11 y 4:54. En todo caso, esta observación prueba que el cap. 21 se relaciona estrechamente con el evangelio de Juan.

17. Simón Pedro acababa de atravesar una crisis moral de que debe salir completamente sanado. Es verdad que su arrepentimiento profundo había empezado su rehabilitación. (Mat. 26:75; Mar. 14:72; Luc. 22:62,

le: Sí, Señor, tú sabes que te quiero [18]. Dícele: Apacienta mis
16 corderillos [19]. Dícele otra vez, la segunda: Simón, hijo de Jonás,
¿Me amas [20]? Dícele: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Dícele:

notas.) Pero sus relaciones con el Salvador, profundamente turbadas por su negación, debían ser restablecidas por entero. Tal es el fin de Jesús, en esta conversación. Hace soportar a su discípulo un examen de conciencia y de corazón que éste no olvidará jamás. Jesús no le interroga sobre su fe, que no había desfallecido, gracias a la intercesión del Salvador (Luc. 22:32), sino sobre su *amor*, que se había hecho dudoso por su infidelidad. Ahora bien: el amor del Salvador es el alma de la vida cristiana y de todo apostolado verdadero. No sin intención pues designa Jesús a su discípulo, no por el nuevo nombre que le había dado, el de Pedro, o Cefas, *Roca* (1:43; Mat. 16:18); sino por su nombre antiguo: *Simón, hijo de Jonás (B, C, D, Itala* tienen *Juan)*, tres veces pronunciado, y que recordaba a su discípulo su estado de hombre natural y de pecador. Algunos exégetas han pretendido que esta interpelación repetida no tenía otro objeto que dar más solemnidad a la conversación; mas la opinión que acabamos de expresar es igualmente sostenida por intérpretes tales como R. Stier, Hengstenberg, Luthardt y Godet. Sin embargo, si la pregunta de Jesús podía ser humillante para su discípulo, prueba que Jesús no había cesado de amarle; es el amor que busca al amor. Y era, al mismo tiempo, la manera más delicada de asegurar a Pedro que le perdonaba su culpable negación. Hay, en la pregunta de Jesús, una frase que hay que observar: ¿Me amas *más que éstos?* es decir más que tus condiscípulos presentes en esta conversación. Era una alusión evidente y humillante para Pedro, a su palabra presuntuosa. (13:37, Mar. 14:29.) Puesto que se había comprometido así, Pedro debía amarle *más que* todos los demás.

18. Pedro, seguro de su sinceridad, afirma resueltamente su amor a su Maestro. Pero se observa, en su respuesta, tres restricciones importantes. Primeramente, instruído por su triste experiencia, desconfiando de sí mismo, apela a Aquél único que conoce su corazón y puede juzgar de su amor: *Tú sabes* que te amo. Luego, mientras Jesús al decirle: ¿Me amas? se sirve de un verbo que designa el amor profundo y religioso del alma, Pedro emplea un término que significa el *afecto* del corazón, sentimiento puramente humano, no osando afirmar más que eso. Por último, se cuida mucho de compararse ventajosamente a otros, y no menciona esas palabras: *más que éstos.* Su caída y su arrepentimiento han producido la humildad.

19. Gr. *Mis corderillos.* Hay en el original un gracioso diminutivo que revela gran ternura, un corazón conmovido en favor de los que Jesús designa así. Y con ello, recomienda ante todo a los cuidados de su discípulo los pequeños y los débiles, los que como él estaban expuestos a caer. Con estas palabras y con las que van a seguir, es evidente que Jesús reintegraba a su discípulo a sus relaciones con él y a su apostolado. Algunos exégetas (Weiss entre otros) no admiten que se trate de la reintegración de Pedro al apostolado, puesto que había sido ya rehabilitado con todos sus condiscípulos por la palabra de Jesús (20:21), y que el apostolado



17 Pastorea mis ovejitas [21]. Dícele tercera vez: Simón, hijo de Jo-
nás, ¿me quieres [22]? Entristecióse Pedro porque le había dicho
tercera vez: ¿Me quieres? y le dijo: Señor, todo conoces tú, ¡tú
sabes que te quiero! Dícele Jesús: Apacienta mis ovejitas [23].

no es jamás comparado al oficio de un pastor. El objeto de Jesús sería pues el colocar nuevamente a Pedro en su posición de jefe de la comunidad cristiana. (Mat. 16:18.) Pero este último pensamiento no resulta de nuestro relato, y nos parece evidente que Pedro, profundamente afectado por su negación, debía ser personalmente rehabilitado delante de todos y ante sus propios ojos, y restablecido de un modo particular en su dignidad de apóstol de Jesucristo.

20. Le dijo *nuevamente, por segunda vez.* Este pleonasmo es destinado a señalar con fuerza la repetición de esta pregunta que debía hacer volver a Pedro más profundamente en sí, para permitirle sondar su corazón y asegurarse de que amaba realmente al Salvador; pues era esta, según toda la conversación, la condición de su rehabilitación.

21. Jesús, después de la segunda y franca declaración de su discípulo, le confía lo que de más precioso tiene, *sus ovejas*, las almas que él ha rescatado con el precio de su sangre. Y aquí, el verbo traducido por *apacentar* expresa toda la acción del *pastor* que alimenta, vigila y conduce su ganado. (Act. 20:28.) El apóstol no olvidó la hermosa y seria significación de estas palabras. (1 Pedro 5:2.) *B, C,* tienen: *mis ovejitas*, en lugar de *mis ovejas.* Varios editores y exégetas adoptan este diminutivo, que expresaría el tierno amor de Jesús por los que le pertenecen.

22. Pedro debió sentir que esta tercera pregunta encerraba una alusión evidente a su triple negación que debía ser reparado por una triple declaración de su amor hacia Aquél de quien había dicho: "No conozco a ese hombre." (Mat. 26:72.) Y aquí, Jesús toma de su discípulo el verbo con el cual éste, con modestia, había afirmado su dedicación a él, como si pusiera en duda ese *afecto* mismo. (v. 16, segunda nota.) La pregunta, en esta forma, debió penetrar como una flecha hasta el fondo del corazón de ese pobre discípulo y alcanzar allí los últimos restos de su antigua presunción y de su confianza en sí mismo.

23. ¡Era muy natural esa *tristeza* del discípulo así examinado y sondado! En efecto, la tercera pregunta de Jesús en los términos en que estaba formulada, no solamente le recordaba su pecado, sino que parecía expresar cierta desconfianza que subsistía a pesar de todas sus afirmaciones. Por eso, Pedro, humillado, pero penetrado de un amor sincero a su Maestro, apela con confianza al conocimiento perfecto que éste tenía del corazón de su discípulo: *¡Señor, tú sabes todas las cosas, tú conoces que te amo!* Pedro sale victorioso de esta ruda prueba. Por tercera vez, el Señor le confía el cuidado de su rebaño, le reintegra en su apostolado y le da la consoladora certidumbre de una plena reconciliación con él. Pero él, de su parte, no olvidará jamás que ese rebaño cuya conducción le es confiada no es suyo, sino que pertenece a su Señor, quien tres veces ha dicho claramente *mis* corderos, *mis* ovejas. (1 Pedro 5:3.)

18 En verdad, en verdad te digo: Cuando eras más joven, te
ceñías y andabas por donde querías; mas cuando hubieres enve-
jecido, extenderás tu mano, y otro ceñirate y llevará adonde no
19 quieres [24]. Y esto dijo significando con qué muerte glorificaría a
20 Dios [25]. Y habiendo dicho esto, dícele: Sígueme [26]. Y habiéndose

24. Jesús continúa la conversación con su discípulo; y con esta declaración solemne, que pertenece exclusivamente al cuarto evangelio: *En verdad, en verdad*, le anuncia lo que le acontecerá en esta vocación a que acaba de reintegrarle. En medio de grandes pruebas será Pedro llamado a testificar a su Maestro el amor que por tres veces le ha declarado. Esta predicción reviste la forma de una figura vivaz: Poder *ceñirse uno mismo*, ajustar alrededor de sus lomos, para la marcha o el trabajo, el largo vestido oriental; *ir adonde se quiere*, es la marcha de la independencia, de la actividad, de la fuerza. Tal era entonces Pedro: *cuando eras más joven* (este comparativo y el verbo en imperfecto muestran que Jesús se coloca en el punto de vista de ese porvenir que va a anunciarle). Pedro usaba con amplitud de esa libertad, según la naturaleza de su carácter ardiente y pronto. En efecto, cuando el Salvador le hablaba así, no era él ya un joven, puesto que era casado. (Mat. 8:14.) Muy rápidamente vendrá *la vejez* que le pondrá en la dependencia *de otro*, y le obligará a renunciar a su voluntad, a su actividad propias. Para un hombre del carácter de Pedro, una abdicación semejante debía ser ya un penoso sacrificio. Pero he aquí lo que es aun más grave: será reducido a *extender sus manos* y entregarse pasivamente a ese *otro* que *le ceñirá*, le atará y le *llevará por fuerza adonde no querrá*, es decir a la muerte. (v. 19.) Entonces probará, a sí mismo y a los demás, que ama al Salvador, al cual sabrá hacer el sacrificio de su vida. Tal es evidentemente el sentido de esta predicción. Pero los intérpretes se dividen sobre el significado de estas palabras: *extenderás tus manos*. Unos, desde los Padres hasta de Wette, Tholuck, Hengstenberg, Ewald, toman esta expresión en sentido literal significando que Pedro sufrirá el suplicio de la cruz. Tendríamos pues aquí la predicción precisa del hecho referido por Tertuliano, Orígenes, Eusebio (Hist. ecles. III, 1), de que Pedro fué crucificado. El v. 19 parece confirmar esta explicación. Otros exégetas (Meyer, Weiss, Luthardt, Godet) piensan que estas palabras: *extenderás tus manos* no pueden designar la actitud del hombre que se deja clavar sobre la cruz, pues preceden a las que describen al apóstol cogido y conducido al suplicio; que pertenecen pues simplemente a la figura con que representa Jesús la pasividad que no opone ninguna resistencia.

25. Este versículo es una observación del evangelista, con la cual explica la figura que precede. Jesús decía eso, *indicando con qué muerte*, es decir con qué especie de muerte moriría Pedro. Es ésta la tercera vez que esta frase se encuentra, idéntica, en nuestro evangelio (12:33; 18:32), y muestra, para decirlo de paso, que nuestro capítulo forma parte de él. Las dos primeras veces, se aplica a la muerte de Jesús y el contexto muestra que se trata de su muerte sobre la cruz. Algunos intérpretes han inferido de ello que en nuestro pasaje igualmente, designa la crucifixión de Pedro. Los que, al contrario, no reconocen esta idea en la figura del versículo precedente, piensan que el evangelista ha querido decir que Pedro glorificaría a Dios por la muerte del martirio sin especificar el género del suplicio. Por esta muerte Pedro *había de glorificar a Dios*. Morir al servicio de Dios y por la verdad divina, es en efecto la manera más eminente de contribuir a su gloria en este mundo. (Comp. Fil. 1:20; 1 Pedro 4:16.) Por esto, entre los cristianos de los primeros siglos *glorificar a Dios* se había hecho sinónimo de sufrir el martirio.

26. *Sígueme* en esta senda donde has entrado (v. 15-17), cuya salida acabo de predecirte, y que, para ti como para mí, tendrá por fin la muerte. (Comp. v. 22; 13:36; Mat. 10:38; 9:9.) Se ha dado de esta orden tan solemne, que en el fondo concierne a todos los cristianos, explicaciones que la hacen enteramente insignificante. Así, Jesús habría querido decir: "Sígueme, adonde voy a conducirte para conversar sólo contigo." Los intérpretes modernos adoptan esta explicación, porque el mismo verbo *seguir* es empleado en el v. 20 para designar el acto de Juan que *va tras* Jesús y Pedro (gr. que *sigue.)* Pero no es admisible más que si se agrega, con Godet: "No resulta sin embargo de ello que el sentido de la orden: *sígueme*, sea puramente externo. Es claro que por este primer paso Pedro vuelve a entrar en esa senda de la obediencia a Jesús que le conducirá al término trágico de su apostolado. Es así como el sentido superior se vincula naturalmente al inferior, como en 1:44. Este simbolismo forma el fondo del evangelio de Juan entero."



vuelto Pedro ve seguir al discípulo que amaba Jesús, que tam-
bien se había reclinado en la cena sobre su pecho y había dicho:
21 Señor ¿quién es el que te entrega [27]? A éste pues viendo Pedro
22 dice a Jesús: Señor, ¿y éste, qué... [28]? Dícele Jesús: Si quiero

27. Parece que Jesús, durante su conversación con Pedro, se había puesto en marcha, y que Juan los seguía, a fin de no quedar separado de su Maestro. Pedro, *habiéndose vuelto*, le *ve* y dirige a Jesús la pregunta del v. 21. Se ha visto que el modo como Juan se designa como el *discípulo al que Jesús amaba* le es muy habitual (13:23; 19:26; 20:2); y aquí, añade también con emoción un recuerdo reciente (13:25) que explica muy bien por qué no pensaba ser indiscreto al seguir a Jesús y a Pedro para tomar parte en su conversación. Otros intérpretes piensan que esta designación tan completa de Juan muestra que no es él quien escribe. (Comp. v. 7, 1ª nota.)

28. Pedro ha comprendido lo que Jesús acaba de anunciarle sobre su porvenir (v. 18,19) y, lleno de serio y simpático interés por un condiscípulo a quien amaba, pregunta: (gr.) *Señor, mas éste, ¿qué?* ¿qué le acontecerá en el porvenir? ¿Deberá, también él, seguirte hasta la muerte? Pregunta muy natural para un carácter tal como el de Pedro; y es necesario desconocer extrañamente las disposiciones que, entonces, llenaban su corazón (v. 15-17), para atribuir estas palabras a simple curiosidad (de Wette), o también a un sentimiento de celos respecto de Juan. (Meyer).

23 que él quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú, sígueme [29]. Salió
pues este dicho entre los hermanos: Aquél discípulo no muere;
mas no le dijo Jesús: No muere, sino: Si quiero que él quede has-
ta que yo venga, ¿a ti qué [30]?
24 Este es el discípulo que da testimonio sobre esto y que es-

29. Hay seguramente una ligera desaprobación de la pregunta de Pedro en estas palabras: *¿qué te importa?* y en éstas: *tú ¡sígueme!* (v. 19, segunda nota.) Quizás hallaba Jesús que Pedro, en la vivacidad de sus impresiones, se olvidaba demasiado pronto de sí mismo y de las serias palabras que acababa de oír, para ocuparse de su condiscípulo. Y sin embargo da a Pedro una respuesta que le explicó sin duda, pero que, para nosotros, queda obscura. No es pues extraño que haya sido objeto de interpretaciones muy diversas. Señalaremos aquí las principales, a fin de poner al lector en condiciones de formarse una convicción personal. Toda la dificultad estriba en estas palabras: *hasta que yo venga.* 1º Meyer las toma en su sentido ordinario, como significando la vuelta de Cristo para el juicio del mundo, que la edad apostólica esperaba en un porvenir cercano; de modo que Jesús quería decir: Juan vivirá hasta ese acontecimiento y no pasará por la muerte (v. 23), sino que será "cambiado" al venir el Señor. (1 Cor. 15:51,52; 1 Tes. 4:17.) 2º Otros aplican estas palabras a la destrucción de Jerusalén considerada como preludio de la venida de Cristo y del juicio final. (Lange, Luthardt.) 3º Según otros (Bengel, Hengstenberg, Ebrard), se trataría de la venida del Señor en la época de la gran lucha del cristianismo contra el paganismo bajo Domiciano, época en que Jesús *vendría* a su discípulo Juan y le revelaría los destinos de la iglesia descritos en el Apocalipsis. 4º Olshausen y Ewald piensan que Jesús predecía a Juan una larga vida seguida de una muerte tranquila cuando *vendría* a tomarle consigo, según su promesa. (14:3.) 5º Godet, declarando la explicación de Lange y de Luthardt (Nº 2) la menos inverosímil de las que han sido propuestas, agrega: "Como la época primitiva tuvo su Henoc, la época teocrática su Elías, la época cristiana podría bien tener su Juan... ¿No acompañaría Juan de un modo misterioso la marcha de la iglesia terrestre, como en la escena de la pesca había acompañado hasta la ribera el barco abandonado bruscamente por Pedro?" (Véase la nota siguiente.)

30. *Sin.*, *Itala* omiten: *¿qué a ti?* Gr. "*Esta palabra* se extendió entre los hermanos (los cristianos), que este discípulo *no muere*". Esta palabra es la de Jesús (v. 22) interpretada en el sentido de que Juan no moriría. El verbo en presente (*no muere*) muestra que ese discípulo, aunque muy avanzado en edad, *vivía aún.* Pero si, en un porvenir cercano, aconteciera que muriese, se hallaría que la palabra de Jesús, así comprendida, no se verificaría, y sería eso un motivo de tropiezo para la fe de los *hermanos.* Por eso el evangelista se empeña en rectificar la interpretación que se daba de esa palabra. Para ello, recuerda primero simplemente que Jesús *no ha dicho que no moriría;* luego cita textualmente el vers. 22 dejándole su sentido hipotético: *si quiero* ¡Qué autoridad divina en esta palabra: *si quiero!* Era necesario pues que Juan mismo no admitiera la interpretación



25 cribió esto, y sabemos que verdadero es su testimonio [31]. (Y hay
también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si fueran

que refuta como un error, o por lo menos que estuviera en la incertidumbre a este respecto. ¿No nos conduce esta rectificación al verdadero sentido del v. 22? No queriendo Jesús responder a la pregunta de Pedro, le impondría silencio por una simple suposición: *si yo quiero;* no es asunto suyo, sino mío: *¡tú sígueme!*

31. Este *discípulo* es evidentemente aquél de quien se habla en los v. 20-23, Juan, nuestro evangelista, que se ha designado claramente en el v. 20. Es necesario observar el verbo en presente, *da testimonio* (gr. *testifica*), formando un contraste notable con este otro verbo en aoristo: *las escribió.* El primero muestra que Juan *vivía aún;* el segundo certifica que, no solamente el cap. 21, sino todo el evangelio tiene por autor a este apóstol: él es quien *ha escrito estas cosas.* En efecto, esta atestación es demasiado solemne para no aplicarse más que a los escasos relatos del apéndice. Así juzgan la mayor parte de los exégetas. Se comprende entonces qué peso tiene esta solemne declaración de la *verdad* del *testimonio* que nuestro evangelista ha dejado a la iglesia cristiana para todos los tiempos, al escribir este libro. Pero se ha levantado, respecto a este versículo, una cuestión que es resuelta en dos sentidos diversos: ¿quién da este testimonio de la verdad de nuestro evangelio? Varios eminentes intérpretes (Tholuck, Brückner, Luthardt, Weiss, Godet) lo atribuyen a los ancianos de la iglesia de Efeso que rodeaban al apóstol y que habrían sido encargados por él de publicar y difundir su evangelio. Esta opinión se funda primeramente en este verbo en plural: *sabemos,* que no aparece en otra parte de nuestro evangelio y que indica pluralidad en los que dan testimonio; se funda, luego, en una tradición muy antigua conservada por Padres de la iglesia y sonsignada en el fragmento de Muratori, y según la cual Juan escribió su evangelio a pedido de estos mismos ancianos, a los cuales les confió luego el cuidado de publicarlo. Tendríamos pues aquí su importante testimonio, el más antiguo de todos los que confirman la autenticidad de nuestro evangelio. Otros intérpretes, sorprendidos de la semejanza de esta atestación y la afirmación de 19:35 (Comp. el v. 12 de la 3ª epístola), sostienen que es de Juan mismo. (Así Hengstenberg, Lange, Meyer y otros.) Si es así, tendríamos en este versículo la confirmación por el evangelista del testimonio consignado en el cap. 19:35, y la conclusión de todo su libro, que habría añadido, después de haberlo acabado, a la conclusión precedente. (20:30.) De estas dos suposiciones la primera nos parece, sin embargo, la mejor fundada.

32. Este versículo es cercenado por Tischendorf, por la autoridad, es cierto, del solo manuscrito del Sinaí. En este documento mismo ha sido introducido, según Tischendorf, por un corrector. Según otros críticos formaba parte ya del texto primitivo de este manuscrito. Pero si se le considera en sí mismo, se llega fácilmente a la convicción de que no pertenecía originariamente a nuestro evangelio. En efecto: 1º no contiene más que una repetición bastante torpe de la hermosa conclusión de Juan. (20:30). 2º Recurre a una hipérbole que, tomada al pie de la letra, encierra una extraña exageración. 3º No se halla en este versículo ni el estilo ni la no-

escritas una por una, ni aun el mundo mismo pienso que contendría los libros que se escribirían [32].)

ble sencillez de Juan que no dice jamás *yo* y nunca emplea el verbo que traducimos por *pienso*. 4º El v. 24 es evidentemente una conclusión del relato de Juan después de la cual no puede haber repetido la del cap. 20:30 desnaturalizando su sentido. 5º Los exégetas que atribuyen el v. 24 a los ancianos de Efeso, que dicen *nosotros*, suponen que el v. 25 (cuyo autor dice *yo)* ha sido escrito por otro personaje; el fin de este capítulo provendría pues de dos fuentes diferentes: los ancianos ¡y un supuesto desconocido! La afirmación clara y firme del v. 24 cierra todo el relato de Juan y, en particular, el admirable cap. 21 en el cual cuenta el apóstol la manifestación que Jesús resucitado otorgó a sus discípulos: primeramente en un acto de su potencia que simbolizaba las inmensas bendiciones de que sus trabajos serán coronados; luego, en un acto de su insondable amor que restaura un discípulo caído a su relación con su Salvador y a su apostolado; por último por un acto de su ciencia divina, anunciando a sus dos principales discípulos su porvenir. Así, como observa con exactitud Godet, este último capítulo de nuestro evangelio nos vuelve a conducir al primero. Allí (1:35 y sig.) Juan nos hace conocer los comienzos de esas relaciones íntimas y santas de Jesús con sus discípulos; aquí, los confirma definitivamente sobre el fundamento de la fe que han adquirido. En adelante no les quedará más que entrar en una comunión mucho más íntima aun con su Salvador glorificado e invisible.

---

# HECHOS O ACTOS DE LOS APÓSTOLES

## INTRODUCCIÓN

### I

Desde el principio del *libro de los Actos*, el autor nos lo da como la segunda parte de una obra cuya primera ha publicado. (1:1.) En otros términos, los Actos son la continuación del tercer evangelio. La comparación de ambos libros, dedicados al mismo personaje, Teófilo, prueba hasta la evidencia la identidad del autor: mismo estilo, misma manera de disponer los materiales, mismos caracteres de todo el relato. "Es cierto, ha dicho un crítico, a menudo muy negativo, pero siempre de buena fe, de Wette, es cierto que el autor es el del tercer evangelio, y que lo que le caracteriza como escritor se reconoce en ambos escritos, y desde el principio hasta el fin del libro de los Actos [1]." Esta constatación es de una grande importancia en todos los juicios relativos al libro de los Actos.

El título que lleva, aunque muy antiguo, no es sin duda del autor. No es tampoco muy exacto, puesto que, por una parte, Lucas habla casi únicamente de *dos* apóstoles; y por la otra, cuenta los trabajos de cristianos piadosos que no eran apóstoles. Por eso se encuentra, en algunos manuscritos antiguos, el título modificado así: *Actos de apóstoles* (sin artículo), es decir de algunos apóstoles. Dos grandes asuntos son tratados en este libro: la fundación y primeros desarrollos de la iglesia cristiana por el mi-

1 *Kurzgefasstes exegetisches Handbuch, Die Apostelgeschichte*, 3ª edic., p. 10. En una lista de *obras a consultar*, que se hallaba en nuestra precedente edición, y que no hemos podido conservar, porque no entraba en el programa de nuestra publicación, L. Bonet apreciaba como sigue la obra de de Wette: "Hace más de medio siglo que, como alumno de este maestro venerado, admirábamos su inmenso saber, su rectitud científica, su tolerancia por las convicciones opuestas a las suyas, bien que lamentando lo que había de demasiado negativo en su crítica. La extraña brevedad de sus comentarios, cuyas explicaciones cortas y claras contienen sin embargo todo lo que puede dilucidar el texto, hace que sean de fácil uso, y les ha valido una grande popularidad".

nisterio del apóstol Pedro (cap. 1 a 12); luego la propagación del evangelio entre las naciones paganas por la ardiente actividad de Pablo. (Cap. 13 a 28.) Pero no se debe buscar en nuestro libro una historia completa del trabajo de estos dos apóstoles.

La obra revela, por lo demás, en todas sus partes, a un discípulo de Pablo, que, en la importante cuestión agitada en su tiempo entre los judíos creyentes y los gentiles convertidos, admite, con todas sus consecuencias, la doctrina de la salvación por gracia, por la fe. Y sin embargo, no deja de notar la condescendencia y amplitud de espíritu del apóstol; nos le muestra dejando toda libertad a los que querían observar ciertas ceremonias legales, y observándolas él mismo alguna vez. Nos ha trazado así un retrato fiel del que afirmaba con intransigencia el principio de la justificación del hombre pecador por la fe sola, y de la universalidad de la salvación, destinada por la misericordia divina a toda nuestra humanidad caída; y por otra parte tenía por regla de conducta: "Hacerse todo a todos, para, de todas maneras, salvar a algunos." (I Cor. 9:19-23.) Por esto ha podido Lutero llamar al libro de los Actos un comentario de las epístolas de Pablo.

## II

A pesar de la evidencia de esos caracteres generales del libro de los Actos, pocas cuestiones han sido resueltas de maneras tan diversas como la de *propósito* de esta obra. Muchos críticos rehusan admitir que el autor haya escrito, con sencillez y candor, el relato de hechos de que poseía todos los medios para conocer bien: ha compuesto un libro de tendencia, una obra de diplomacia eclesiástica. Se conoce la opinión de Baur y de su escuela; sólo la recordamos como ejemplo de las aberraciones de una teología hoy desacreditada, pero que no carece de influencia aún sobre el espíritu de más de un crítico. para Baur, el hecho que domina todo el siglo apostólico es un antagonismo profundo, no entre el judaísmo y el evangelio predicado por Pablo, sino entre este gran misionero y los apóstoles de Jerusalén. Ahora bien: he aquí que un adherente de Pablo, emprende, en el segundo siglo, una obra destinada a reconciliar, a los ojos de la iglesia, el partido de Pedro y el de Pablo. Para ello, no tiene el menor escrúpulo en falsear los hechos, en inventarlos a su antojo, en hacer hablar a Pedro como Pablo, y a Pablo como Pedro, en todos sus discursos. (F. C. Baur, *Paulus, der Apostel Jesu Christi*, 1ª edic., Stuttgard, 1845.) Nuestro libro de los Actos sería pues la novela de un falsario, un tejido de mentirosos cálculos. Otro crítico, Schneckenburger (*Ueber den Zweck der Apostelgeschichte*, Berna, 1841), había emitido antes ya la opinión de que el autor había escrito con la intención de hacer la apología de Pablo, es decir de justificarle de todos los reproches que le hacían los cristianos judaizantes; en pocas palabras, de realzar ante los ojos de todos la dignidad de su apostolado. Pero, como observa de Wette, toda la primera parte del libro de los Actos no tiene ninguna relación con tal fin; y además, esa hipótesis estaría en contradicción con la declaración expresa del autor (1:1), de que los Actos son la continuación histórica del evangelio.



Más conforme a la verdad podría parecer la opinión según la cual el autor hace una exposición de la historia de la iglesia primitiva cuyo fin es probar que el evangelio de la gracia estaba destinado a todos los pueblos, y que ha manifestado su potencia divina más aun entre los gentiles que en el pueblo judío; que así el método y la doctrina de Pablo están plenamente justificados.

Pero esta explicación, como todas las que atribuyen al autor ideas preconcebidas y preocupaciones dogmáticas, tropieza con el hecho de que su libro tiene todos los caracteres de un sencillo relato. El autor no mezcla jamás sus propias reflexiones a la exposición de los sucesos; jamás pone en boca de sus personajes la demostración de una tesis. Por esto la mayor parte de los intérpretes reconocen hoy el carácter histórico de la obra.

Para dar cuenta de las lagunas que presenta esta historia de la fundación de la iglesia, de las desigualdades que se nota en las diversas partes de la narración, se ha supuesto que el autor se había formado anticipadamente un plan, y que había podado todos los hechos que no entraban en su cuadro. Su fin habría sido describir la marcha conquistadora del evangelio, de Jerusalén, capital del pueblo de Israel, a Roma, capital del mundo pagano. Distinguiría en esta conquista del mundo por el evangelio tres etapas sucesivas: la iglesia se establece entre los judíos, entre los samaritanos, entre los gentiles. La orden que Jesús dejó a los apóstoles determinaba de antemano, se dice, este programa de su actividad misionera. El autor cita, desde las primeras líneas de su libro (1:8), esa orden, porque halla indicado en ella todo el plan de su obra. Y, por el mismo motivo, se detiene, cuando ha contado la llegada del evangelio a Roma, en la persona de su principal mensajero, el apóstol Pablo. La conclusión abrupta del libro de los Actos, que en todo tiempo ha extrañado a los in-

térpretes, se explica así muy naturalmente. El autor ha cumplido el programa que se había formado: ha alcanzado su meta; deja pues la pluma.

Esta idea indicada ya en la sentencia de Bengel: "Pablo en Roma es la cumbre del evangelio, el fin de los Actos", ha sido desarrollada en el comentario más completo y más profundo que haya sido escrito sobre nuestro libro, el de Baumgarten. (*Die Apostelgeschichte, oder der Entwicklungsgang der Kirche von Jerusalem bis Rom.* 2ª edic., 1859.) En ese escrito notable, al cual se puede reprochar, es verdad, desarrollos que carecen de sobriedad y comparaciones arbitrarias, Baumgarten se empeña en hacer resaltar el carácter normativo de la historia que Lucas nos traza de los orígenes de la iglesia. Ésta debe desarrollarse en todos los siglos, como se desarrolló en los tiempos de su primera manifestación, bajo la acción inicial del Espíritu Santo. El segundo tratado de Lucas es "el evangelio del Espíritu Santo"; cuenta la obra que Jesús glorificado continúa desde el cielo, después de haberla "comenzado" (1:1) sobre la tierra. El primer libro había presentado a Teófilo ese comienzo terrestre de la obra del Cristo.

Estas ideas contienen una gran parte de verdad. Sería cometer un anacronismo el imaginarse a Lucas como un historiador, en el sentido moderno de la palabra, únicamente preocupado de reunir todos los hechos de que puede tener conocimiento, de controlar su exactitud, de hacer de ellos una relación precisa, metódica y completa. El prólogo de su evangelio (Luc. 1:1-4) parece es verdad descubrir preocupaciones de este orden; pero mucho va de la intención a la ejecución. Que el autor tenga conciencia de ello o no, el interés que siente por los acontecimientos que relata, la emoción que le causan, se comunican a su narración; ésta toma el carácter de un escrito destinado a *edificar*, en el sentido más amplio de la palabra, no tan solo excitando sentimientos de piedad en los lectores, sino presentándoles ejemplos a seguir. Y de un modo más o menos inconsciente también, el autor es llevado a escoger, entre los materiales que están a su disposición, entre los hechos de que tiene conocimiento, los que le parecen más apropiados para producir una acción saludable en sus lectores. (Comp. H. H. Wendt, *Die Apostelgeschichte*, 8ª edic. del comentario de Meyer, 1899, p. 15.)

Estas consideraciones nos permiten considerar el libro de los Actos, no solamente como un precioso documento de los orígenes del cristianismo, sino también como un libro útil para instruir a la iglesia en su marcha a través de los siglos. nos hacen comprender muchas omisiones y lagunas del relato de Lucas, que no se puede explicar en ese compañero de Pablo diciendo que ignoraba lo que había pasado. ¿Debemos admitir también, con Baumgarten, que el autor se proponía únicamente referir el desarrollo de la iglesia, de Jerusalén a Roma, y que ha dejado de lado todo lo que no entraba en el programa de su relato? Por ingeniosa que sea esta hipótesis, no parece confirmada por un examen atento del libro de los Actos. Sin duda, el campo de este libro está abarcado enteramente por la fórmula: de Jerusalén a Roma, en el sentido por lo menos de que el libro empieza en la primera de esas ciudades y termina en la segunda. Pero, ¿puede decirse que el autor haya tenido la intención de exponer todo el desarrollo del cristianismo entre esos puntos de partida y de llegada? ¿Puédese pretender que haya indicado claramente esa intención y ese plan de su libro al citar la orden de Jesús a sus apóstoles: "Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra? ¿No es restringir singularmente el alcance de esta orden: "Seréis mis testigos... *hasta los extremos de la tierra*", el pretender que ha sido cumplida por la llegada de Pablo a Roma? La división en tres partes que Baumgarten aplica al libro de los Actos, y que ve representada en esos tres términos: Jerusalén, Samaria, los extremos de la tierra, es decir: la iglesia entre los judíos, la transición de la iglesia de los judíos a los paganos y la iglesia entre los paganos, no resulta naturalmente de la obra; ésta se divide más bien en dos grandes partes, la una (cap. 1 a 12) dominada por la personalidad de Pedro, la otra (cap. 13 a 28) por la de Pablo. Si el autor hubiera querido dejarnos un cuadro de la marcha del cristianismo de Jerusalén a Roma, su relato presentaría muchas lagunas graves; para no decir nada de las omisiones relativas a la biografía de Pablo, la declaración de este apóstol (Rom. 15:19): "Desde Jerusalén y los países vecinos *hasta Iliria*, he esparcido abundantemente el evangelio de Cristo", nos muestra que sus viajes misioneros se han extendido más lejos de lo que Lucas relata; el libro de los Actos no habla de la entrada del cristianismo en ese país de Europa, donde debía muy pronto hacer tan grandes progresos, y que se hallaba también, en más de un respecto, sobre el camino de Jerusalén a Roma. Por último, la principal objeción a la hipótesis de Baumgarten está en que no fué de ningún modo con el apóstol Pablo, y en el momento en que éste llegó cautivo a la ciudad imperial, como llegó el evangelio a Roma. Tres años antes,

cuando Pablo escribió de Corinto su epístola a los Romanos, existía en la capital del imperio una iglesia floreciente, compuesta en parte de cristianos de origen judío, en parte de cristianos salidos del paganismo, y que debía ser numerosa ya, como lo muestra los saludos que terminan la epístola a los Romanos y más de un indicio en esta epístola. Nuestro autor habría debido referir la *fundación* de la iglesia, si hubiera querido exponer la marcha del evangelio de Jerusalén a Roma.

Inferimos, pues, que el propósito del autor de los Actos es sencillamente hacer conocer a su amigo Teófilo, y transmitir a la posteridad, las circunstancias en las cuales la iglesia fué fundada en medio del pueblo judío y el evangelio predicado al mundo pagano; que, sin sujetarse a un método riguroso, y sin seguir un plan estrictamente concebido, relata, entre los hechos sobre los cuales ha podido tener antecedentes escritos u orales, los que le parecen más dignos de ser conocidos y más apropiados para edificar; en la última parte de su relato, se atiene sobre todo a recuerdos personales y cuenta de preferencia lo que había ocurrido ante sus ojos.

Esta manera de comprender la obra de Lucas permite también dar cuenta mejor del fin abrupto del libro: "Mas Pablo permaneció dos años enteros en una casa que había alquilado, y recibía a todos los que iban a verle, predicando el reino de Dios y enseñando las cosas relativas al Señor Jesús, con toda libertad y sin impedimento." (28:30, 31.) Ni una palabra de la suerte ulterior del apóstol, que es tan obscura para nosotros. El autor ni aun se toma la molestia de referir el resultado del proceso en que Pablo se hallaba envuelto desde su arresto en Jerusalén y su apelación a César, proceso que había sido la causa de su viaje a Roma. Su silencio es tan extraño, que se ha preguntado si el fin del escrito no se habría perdido. Pero como los documentos antiguos, los Padres tanto como las versiones y los manuscritos, no presentan rastros de una prolongación del libro de los Actos, esa hipótesis es muy aventurada. Lo mismo ocurre con una hipótesis a la que Meyer diera otrora cierta boga y por la cual, recientemente aún, se ha pronunciado Th. Zahn. (*Einleitung in das N. T.*, II, 1899, p. 380.) Lucas, inspirándose en las trilogías de los poetas antiguos, habría tenido la intención de componer su obra en tres partes: el evangelio que relata la vida de Jesús, nuestro libro de los Actos, que trata de los orígenes de la iglesia y de los viajes misioneros de Pablo, y un tercer libro, en el cual habría reanudado y acabado el relato de la estada de Pablo en Roma, de la suerte ulterior del apóstol hasta su martirio; luego habría vuelto a los doce y habría trazado un cuadro de su actividad. Ese tercer libro, no tuvo Lucas tiempo de componerlo. Se observa, en apoyo de esa hipótesis, que ya el evangelio de Lucas terminaba con un breve y pálido resumen, y que en el primer capítulo del segundo libro de Lucas reanuda ese relato para desarrollarlo y precisarlo. ¿No habría hecho lo mismo con el fin de los Actos en su tercera obra, si hubiera tenido tiempo de escribirla? Esta suposición, que parece a primera vista bastante plausible, tropieza sin embargo con las consideraciones siguientes: Los dos primeros libros de Lucas trataban cada uno asuntos de una importancia inmensa: la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo por una parte, la fundación de la iglesia y la conquista del mundo gentil por el apostolado de Pablo por la otra. ¿Suministraba al autor la historia del siglo apostólico un tercer tema que hubiera podido poner a la par de los dos primeros? Nos gustaría sin duda conocer el fin de la carrera del gran apóstol de los gentiles, pero, según toda verosimilitud, los últimos años de su vida no han contribuído al crecimiento de la iglesia tanto como los años de apostolado de que los Actos nos han conservado el recuerdo; y en cuanto al trabajo subsiguiente de los doce, ha dejado pocas huellas y no podría ser comparado al período decisivo de la fundación de la iglesia.



Los intérpretes que atribuyen al libro de los Actos un fin dogmático o polémico, los que piensan que el autor ha querido mostrar cómo la salvación destinada a todos los pueblos les ha sido efectivamente anunciada, cómo ha sido recibida por los gentiles, mientras que los judíos la rechazaban, hallan en la cita de Isaías, relativa al endurecimiento de Israel, la conclusión solemne del libro. (28:25-28.) Pero no pueden explicar la noticia final (28:30-31), sobre la estada de dos años que Pablo hizo en Roma. Baumgarten, y los que admiten con él que Lucas ha querido relatar la marcha victoriosa de la iglesia de Jerusalén a Roma, hallan ese fin conforme al plan que el autor se había trazado. Pero se puede preguntar si ese plan no le habría obligado precisamente a exponer con algún detalle la actividad de Pablo en Roma, así como había contado su trabajo en Asia Menor y en Grecia, y el de los primeros discípulos en Jerusalén y en Samaria.

Una opinión muy antigua, emitida ya por Jerónimo y que aceptan Blass y algunos teólogos modernos, pretende que el fin de los Actos indica la fecha de composición de la obra. Si ésta no habla del resultado del proceso de Pablo, es porque apareció

antes de que ese proceso hubiera terminado, antes del año 64, por consiguiente. Si se asigna esa fecha a la composición de los Actos, resulta que el evangelio de Lucas fué escrito poco después del año 60, quizá durante la cautividad de Pablo en Cesárea, que muy probablemente hizo que Lucas permaneciera mucho tiempo en Palestina. Esta hipótesis no es inadmisible. Se puede invocar en su favor serios argumentos. Sin embargo, otros indicios inducen a muchos críticos a postergar la composición del evangelio hasta después del año 70. (Comp. la Introducción a ese evangelio, en nuestro tomo I, pág. 461.) En la noticia final de los Actos, Lucas, por otra parte, emplea el pretérito (aoristo): "Pablo *permaneció* dos años enteros..."; ese período pues había transcurrido en el momento en que él escribía.

La conclusión de toda esta discusión es que debemos renunciar a explicar el fin abrupto del libro de los Actos; una circunstancia que ignoramos impidió al autor dar a la última parte de su obra la amplitud deseada y le obligó a terminarla bruscamente.

## III

Pasamos a la cuestión de la *autenticidad* de nuestro libro. Notemos ante todo los testimonios de los primeros siglos de la iglesia, luego consultaremos los que nos ofrece el libro mismo.

1º Los críticos discuten la cuestión de saber si, ya en los Padres apostólicos, se hallan citas o menciones del libro de los Actos. En Act. 13:22 se lee: *"He hallado a David,* hijo de Jessé, *un hombre según mi corazón."* Las primeras palabras: *He hallado a David,* son tomadas del Sal. 89:21; las últimas: *un hombre según mi corazón,* de 1 Sam. 13:14. El autor ha intercalado: hijo de Jessé. Ahora bien: esta sentencia entera se encuentra en la epístola de *Clemente Romano* (cap. 18), por los años 93 a 95. No se podría admitir una coincidencia accidental. La hipótesis de que ambos autores han tomado de una fuente común (Wendt, comentario, p. 41) es poco natural, pues no se sabe cuál sería esa fuente. Hay que pensar pues que Clemente tenía en sus manos el libro de los Actos. Es difícil también no reconocer una cita de Actos 2:24 en estas palabras de Policarpo (epístola a los Fil. 1): "Al cual Dios ha resucitado, habiendo roto los vínculos de la muerte" (gr. *desligado los dolores de la muerte.*) Estos términos son demasiado especiales para hallarse fortuitamente, al mismo tiempo, en boca de Pedro y bajo la pluma del obispo de Esmirna. Igualmente, cuando Ignacio (epístola a los Esmirn. 3), dice:



"Ahora bien: después de su resurrección, comió y bebió con ellos", es uno tentado de hallar allí una reminiscencia de Act. 10:41, donde el mismo hecho es expresado en los mismos términos.

Testimonios ciertos abundan desde la segunda mitad del siglo II. A partir de Ireneo, se ve el libro de los Actos divulgado por todas partes y ampliamente citado como un escrito de Lucas. "Este Lucas, dice el obispo de Lion (*Contra las her.* III, 14, 1), fué inseparable de Pablo y su compañero de trabajos en el evangelio. Él mismo nos ha hecho conocer, según la verdad misma", etc. Y aquí cita Ireneo una gran parte de nuestro libro, del capítulo 15 al 27; luego agrega: "Habiendo sido Lucas testigo de todos esos hechos, los describió con cuidado", etc.

Por la misma época los cristianos, cruelmente perseguidos en las Galias, escribieron, desde Lion y Viena, una emocionante carta a sus hermanos del Asia Menor, en la cual, después de haber descrito sus sufrimientos y sus martirios, añadían: "Lejos de quejarse o de devolver mal por mal, todos oraban por sus perseguidores, conforme al ejemplo de Esteban, el perfecto mártir: Señor, no les imputes este pecado. Si él oraba así por los que le apedreaban, ¡cuánto más por sus hermanos!" (Véase Eusebio, *Hist. ecles.*, V, 2.) Esta cita nos muestra que el libro de los Actos era conocido y divulgado por las Galias ya a mediados del siglo II.

No lo era menos en África, donde Tertuliano, en cuatro de sus escritos, se apoya en él como en autoridad divina, que opone a los errores de sus adversarios. (*Del Bautismo,* X; *del Ayuno,* X; *de las prescrip.*, XXII; *Contra Marción,* V, 2.) Por su parte, Clemente de Alejandría (Strom.. V, 2) cita nuestro libro con esta fórmula tan positiva: "Lucas, en los Actos de los apóstoles, recuerda a Pablo, diciendo", etc. (Act. 17:22.) El fragmento de Muratori catálogo de los libros del nuevo testamento, escrito hacia fines del siglo II, dice que Lucas reunió en un solo libro, dedicado a Teófilo, los actos de todos los apóstoles, limitándose a contar los hechos realizados en su presencia, como lo muestra callando el martirio de Pedro y la partida de Pablo a España. (Comp. F. Godet, *Introducción al N. T.*, 1897, II, p. 98 y sig.) La versión siríaca, la *Peschito*, que data de la misma época, atribuye los Actos a Lucas. Orígenes, que escribió también un catálogo razonado de los libros de la biblia, habla de Lucas, como autor del *evangelio* y de los actos *de los apóstoles.* (Eusebio, *Hist. ecles.*, VI, 25.) Por eso Eusebio coloca el libro de los Actos en el número de los "escritos recibidos sin contradicción como auténticos reconocidos". (III, 25.)

Contra la convicción unánime de la iglesia de los primeros siglos ninguna voz se levanta, excepto la de algunas sectas herejes, los marcionistas, los maniqueos, los ebionitas, que tenían sus razones dogmáticas para rechazar un libro donde sus errores eran claramente refutados. El libro de los Actos era menos divulgado que los evangelios y las epístolas de Pablo, y eso se explica por esta circunstancia: que los Actos ocupaban una posición aparte entre ambas colecciones, que formaban cada una un volumen, el *Evangelio* y el *Apóstol*, y eran leídas regularmente en las asambleas de la iglesia. No hay pues que extrañarse del pesar expresado por Crisóstomo de que más de un cristiano de su tiempo ignorara la existencia de este libro y quién lo había compuesto y escrito. Es necesario dar su parte a la exageración en el lenguaje del gran orador; no se podría sacar de allí un argumento contra la autenticidad de los Actos. En cuanto al hecho de que Tertuliano y Cipriano llaman generalmente a nuestro libro *los Actos*, sin nombrar a Lucas como su autor, se puede ver en él, con Zahn, la prueba de que nadie pensaba entonces atribuir la obra a otro autor. (Th. Zahn, *Einleitung in das N. T.*, 1899, II, p. 333 y sig.)

2º Si interrogamos ahora a nuestro libro mismo acerca de su origen, ¿confirmará este examen el sentimiento unánime de la iglesia antigua y de sus doctores? Dos particularidades llaman la atención a primera vista. Primeramente, el autor presenta su libro como continuación de un relato de la vida del Salvador que precedentemente ha compuesto para el mismo personaje, Teófilo, al cual dedica esta segunda obra. Ahora bien: el escrito a que alude no puede ser más que nuestro tercer evangelio, que es atribuído a Lucas. Todos los caracteres de ambos escritos confirman de manera evidente la identidad de autor. (Comp. Ed. Barde, *Comentario sobre los Actos de los apóstoles*, p. 566-569.) Además, a partir del cap. 16:10, y aun desde 11:28 según algunos manuscritos, aparece de repente la primera persona del plural, *nosotros*. Este pronombre se encuentra en los fragmentos 16:10-17; 20:5-15; 21:1-18; 27:1 a 28:16. La explicación más natural es que el autor de la obra ha querido con este cambio de persona, indicar discretamente que se encontraba entonces en compañía de Pablo, y que ha sido testigo ocular de los hechos que relata. Se ha pretendido que, si fuera así, el autor habría debido advertir de ello al lector más explícitamente. ¿Sería pues más natural, responderemos con Ebrard, que el autor en cada ocasión semejante interrumpiera su relato para decir: "Aquí, en Troas, yo, Lucas, autor de los Actos, me junté con el apóstol Pablo?" Tal pedantería despertaría la sospecha y haría pensar en que el autor procura hacerse pasar por lo que no es; el buen sentido y la humildad cristiana, al ver la vanidad de que daría pruebas, dirían: "¡Este escritor no es un hombre de la edad apostólica, un colaborador de san Pablo!"



Se ha hecho a la identificación del autor de los relatos en que aparece el pronombre *nosotros* con el autor del libro de los Actos, objeciones más serias. *a*) Esos fragmentos cuentan incidentes milagrosos (16:18, 26; 20:9-12) que tienen todas las apariencias de adiciones legendarias: no podrían pues provenir de un testigo ocular. B. Weiss mismo, bien que atribuyendo a Lucas los fragmentos en cuestión, estima que el pasaje 16:25-34 es un agregado posterior. Estas objeciones plantean el problema de lo sobrenatural. Para los que niegan *a priori* el milagro, la cuestión está resuelta; todas las pruebas históricas y literarias no harán de estos relatos la obra de un testigo de los hechos. Pero nosotros que creemos en la intervención de un Dios personal en el curso natural de los acontecimientos; que estamos persuadidos de que este Dios puede dar a sus siervos y les ha dado, especialmente en ese período creador en que tenían misión de fundar su iglesia, un poder sobrenatural, encontramos en esos relatos la particularidad interesante de que son, con algunos pasajes de las epístolas de Pablo y el cuarto evangelio, las únicas partes del nuevo testamento donde nos son atestados milagros por los mismos que los vieron realizarse. Haremos notar por otra parte que es difícil quitar el elemento sobrenatural del relato del cap. 27, cuya precisión todos los críticos concuerdan en alabar, y cuya unidad es difícil negar. (Comp. 27:21-26.)

*b*) Otras objeciones no se basan en opiniones preconcebidas, mas resultan del examen sólo de los textos. Los fragmentos en que se halla el pronombre *nosotros* se nos revelan como documentos escritos por una persona distinta del redactor final del libro de los Actos, pues constituyen la fuente única de sus informaciones; su ciencia se agota cuando termina el documento. Esto es notable en el cap. 28:16-17, donde se ve en cierto modo la soldadura de la pieza citada con la obra en la cual está inserta. Hasta 28:16 tenemos el diario detallado del compañero de viaje de Pablo. Ese diario se detiene en la llegada a Roma, y desde entonces el autor de los Actos, privado de las indicaciones precisas de su fuente, no nos presenta más que un relato confuso de la entrevista de Pablo con los judíos de Roma, seguido del

brusco fin del libro. Soldaduras análogas son visibles también en otros lugares y muestran que el autor de los Actos trabajaba sobre documentos que emanaban de hombres de los que uno podía ser compañero de Pablo, pero que él mismo no era un testigo que habla de lo que ha visto. El relato del primer viaje misionero de Pablo empieza en estos términos: "Había en la iglesia de Antioquía profetas y doctores: Bernabé, Simeón llamado Niger, Lucio de Cirene, Manahen, que había sido criado con Herodes el tetrarca, y Saulo." (13-1.) Esta frase, en la cual Bernabé y Saulo son introducidos como personajes desconocidos, "profetas y doctores de la iglesia de Antioquía", parece ser el comienzo de una obra especial que el redactor final del libro de los Actos ha insertado tal cual estaba, sin tener en cuenta el hecho de que dos de los personajes enumerados son ya bien conocidos del lector, puesto que han desempeñado importantes papeles en la primera parte del libro. (4:36, 37; 8:1; 9:1-30; 11:19-30.)

Estas objeciones parecen bastante fuertes; no hay que exagerar sin embargo su alcance. En lo relativo al fin de la obra, es, ya lo hemos reconocido, precipitado y trunco; pero no se podría explicar ese carácter por el hecho de que el autor carecía de informaciones, pues si vivía a fines del primer siglo o a principios del segundo, debía saber cuál fué el resultado de la carrera de Pablo. En cuanto a la introducción del primer viaje misionero, parece el principio de una nueva obra, pero no es ésa una razón suficiente para afirmar que estamos tratando con dos autores distintos. El mismo escritor puede haber reanudado su obra, después de alguna interrupción, y no haberse empeñado en conectar estrechamente la continuación al principio, y eso con tanta mayor razón cuanto que abordaba, con el cap. 13, la segunda parte principal de su obra. Un cristiano del primer siglo no tenía las preocupaciones literarias de un historiador contemporáneo. Forzoso es admitir que el redactor final del libro no ha tenido escrúpulo en publicar su obra en el estado en que la poseemos. ¿Qué razones se tiene para pensar que un compañero de viaje de Pablo se habría mostrado más cuidadoso de la composición de su obra? Ahora bien: reconocer en el autor de los Actos un compañero de viaje de Pablo es el único medio de limpiarle completamente del reproche de procurar hacerse pasar por testigo ocular, no siéndolo. Es inútil decir que al conservar el *nosotros* el autor quería solamente mostrar que citaba un documento original; la sospecha de una especie de fraude literario es mucho más natural. La sola posibilidad de dar lugar a



esa sospecha condena, a nuestros ojos, la opinión de los que distinguen el escritor que habla en primera persona del autor del libro de los Actos, y nos obliga, a pesar de las dificultades que presenta esta idea, a atribuir el libro entero a un colaborador del apóstol Pablo.

¿Cuál es el nombre de este colaborador de Pablo? Se ha propuesto sucesivamente, como autor de los fragmentos en que aparece el *nosotros*, a Timoteo, Silas y Tito. Timoteo es excluído por el hecho de que se encuentra con Pablo desde el paso del apóstol por Listra, 16:3, mientras que el *nosotros* no aparece hasta el v. 10, en el momento de la partida para Macedonia. Igualmente en el cap. 20:4, Timoteo figura en la lista de los compañeros de viaje de Pablo, de quienes el autor dice: (v. 5): "Éstos tomaron la delantera, y *nos* esperaron en Troas. En cuanto a *nosotros, nos* embarcamos en Filipos", etc. Silas no puede ser el autor de esos relatos, pues estaba con el apóstol desde el principio del segundo viaje (15:40), y en 16:19 es nombrado en tercera persona. En cuanto a Tito, el libro de los Actos no le nombra jamás, es verdad. Pero sabemos, por Gál. 2:1 y sig., que se hallaba con Pablo en la conferencia de Jerusalén; ahora bien, el relato de Act. 15 no parece provenir de un testigo ocular. De los colaboradores de Pablo que conocemos, no queda pues más que "Lucas, el médico amado", como Pablo le llama en Col. 4:14. (Comp. Filem. 24.) Si las epístolas a los Colosenses y a Filemón han sido escritas desde Cesárea (comp. nuestro tomo III, p. 449), esta circunstancia coincidiría con las informaciones de los Actos, según las cuales el autor de los relatos en primera persona hizo con el apóstol el viaje de Filipos a Jerusalén, y quedó, sin duda, junto a él durante su cautividad en Cesárea, puesto que le acompañó también de Cesárea a Roma. Y si esas epístolas son fechadas en Roma, en los primeros tiempos de la estada de Pablo en esa ciudad, es igualmente probable que Lucas estuviera aún con él, puesto que se halla entre los que le habían permanecido fieles hasta el fin de su vida. (2 Tim. 4:11.) Todos estos indicios nos muestran que el autor de los fragmentos en que aparece el pronombre *nosotros*, es Lucas. La tradición designa a este mismo Lucas como el autor del libro de los Actos. Una entera conformidad de estilo, que se observa en los fragmentos en que se encuentra el *nosotros* y el resto del libro, confirma este dato de la tradición.

Si el autor del libro de los Actos es Lucas, el colaborador de Pablo, se juntó con el apóstol en Troas, franqueó con él el Hellesponto y asistió a la fundación de la iglesia de Filipos

(Act. 16:10-18); como seis años más tarde, en esa misma ciudad de Filipos, Pablo le tomó consigo para su último viaje a Jerusalén (Act. 20:4-16; 21:1-18); acompañó por fin al apóstol de Cesárea a Roma en su peligrosa navegación, de la que nos ha dejado una relación admirablemente precisa. Lucas cuenta pues, como testigo ocular, los episodios relativos a esos diversos viajes. No ha tenido necesidad de fuentes escritas para reconstruir los hechos que han ocurrido en el intervalo. Aun si no ha acompañado a Pablo a Tesalónica, a Atenas, a Corinto, y más tarde a Efeso, ha sido tenido al corriente de los principales hechos que señalaron la predicación del evangelio en esas ciudades; desde la llegada a Jerusalén (21:17) hasta la partida de Cesárea (27:1), es probable que casi no dejó a Pablo. La historia que llena el fin del libro de los Actos, desde el cap. 16:10, es pues de primera mano. Ocurre aproximadamente lo mismo con la que nos es referida en los cap. 11:19-30; 13:1 a 16:9. Lucas, era según una tradición muy probable, un miembro de la iglesia de Antioquía. Se ha observado la frescura y la vida que distinguen el relato de la fundación de la iglesia de Antioquía. (Act. 11:19-30.) "Parece que el autor ha escrito estas líneas bajo el encanto de los más dulces recuerdos personales", dice F. Godet (*Comentario sobre el evangelio de san Lucas*, 1888, p. 9.) Esta hipótesis se encuentra confirmada por una de las más interesantes variantes del manuscrito de Cambridge (*D*), según la cual el pronombre *nosotros* aparece ya en el v. 28 del cap. 11. Se lee, en efecto, en ese texto: "En aquellos días, profetas descendieron de Jerusalén a Antioquía; y había grande gozo; y como *estábamos* reunidos, uno de ellos, llamado Agabo, dijo..." (v. 27, 28.) Si Lucas era de Antioquía, asistió a la partida de los primeros misioneros (13:3), y oyó de su boca (14:27) el relato tan completo que nos ha dejado de su viaje. (Cap. 13 y 14.) En cuanto a la relación de la conferencia de Jerusalén (cap. 15), tiene todas las apariencias de un informe oficial; éste fué hecho a la iglesia de Antioquía por sus delegados y por los enviados especiales que los acompañaban. (15:22, 30-32.)

Para la historia de la fundación de la iglesia en Jerusalén, del martirio de Esteban, de la evangelización de Samaria, de la conversión de Cornelio, el autor ha debido recurrir a informaciones de segunda mano. ¿Eran escritos esos antecedentes, o simplemente orales? Lucas ha podido recoger los relatos de Bernabé, de Marcos, y más tarde, cuando se trasladó con Pablo a Jerusalén, los de Felipe, de quien fué huésped (21:8), y los de los sobrevivientes de la primera generación cristiana. Sin



embargo, hay que reconocerlo, no es inverosímil que narraciones escritas hayan existido ya en los primeros tiempos y que Lucas se haya servido de ellas y haya insertado fragmentos de ellas en su obra. Los aramaísmos, que se hallan en mayor número en esta parte del libro, serían un indicio. Se observa también sumarios generales y fórmulas de transición (2:43 y sig.; 4:32 y sig.; 5:12 y sig.; 6:7, etc.) que parecen destinados a reunir documentos separados en su origen. ¿Es posible discernir aún esos documentos? En los últimos años, los críticos se han esforzado en reconstituir las fuentes de que habría bebido el autor de los Actos. Saldríamos de los límites que debemos imponernos en esta obra, si tratáramos de dar cuenta de sus trabajos considerables y de sus hipótesis a menudo complicadas. Nos limitaremos a indicar los resultados a que han llegado algunos de los más notables *Fr. Spitta* (*Die Apostelgeschichte, ihre Quellen und deren geschichtlicher Wert*, 1891) persigue a través de todo el libro de los Actos dos fuentes, una más antigua que comprendía los fragmentos en que se emplea el pronombre *nosotros*, que remonta probablemente a Lucas y tiene gran valor histórico; una más reciente que relataba la tradición popular y contenía muchos incidentes maravillosos. Los dos documentos referían en parte los mismos hechos. El redactor final los ha amalgamado sin mucho discernimiento; de ahí los relatos que constituyen repetición ociosa, en los cap. 4 y 5 especialmente, y muchas contradicciones de detalle, en la relación del martirio de Esteban, en los tres relatos de la conversión de Saulo. La primera fuente presentaba a Pablo como objeto del odio de los judíos y protegido por las autoridades paganas, prosiguiendo su obra misionera con independencia de los doce; la segunda realzaba, por el contrario, los malos tratamientos de que era objeto de parte de los paganos y hacía de los apóstoles de Jerusalén los iniciadores de la misión entre los gentiles. *A. Hilgenfeld* (en una serie de ocho artículos aparecidos en la *Zeitschrift für wissenschaftliche Theologie*, en 1895 y 1896) distingue tres fuentes: los *Actos de Pedro*, que han servido a la composición de los cap. 1:15 a 5:42; 9:31-43; 12:1-23; los *Actos de los Siete* (diáconos), que han suministrado al autor los cap. 6 a 8; los *Actos de Pablo*, redactados por Lucas, de donde el autor ha sacado la mayor parte de su obra. (cap. 9 a 28.) Estos *Actos de Pablo*, que eran la obra primitivamente compuesta por Lucas, y dedicada por él a Teófilo, han sido transformados por un autor posterior, con agregados sacados de las dos primeras fuentes, en *Actos de los apóstoles*. (Revista citada, 1898, p. 619 y sig.) *H. H. Wendt*, en la Introducción

a la 8ª edición del Comentario de Meyer, toma su punto de partida en los fragmentos en que se halla el pronombre *nosotros;* por sí solos no podían constituir un libro; pertenecían a una obra que relataba todos los viajes misioneros de Pablo, que el autor de los Actos utiliza ya en los cap. 13 y 14 y de la que saca sus principales datos para todo el final de su escrito, desarrollando en general las breves indicaciones de su fuente. Se halla ya ésta remontando más allá del cap. 13, en 11:27, 28 y en 11:19 y sig., luego en 8:1, 4, y por último en la historia de Esteban, cap. 6 y 7. La obra no empezaba con la mención de las dificultades a que se remedió por la elección de los diáconos (6:1), sino con una descripción de la iglesia primitiva; el autor de los Actos ha tomado de ella las características que nos deja, cap. 2:43-47; 4:32-35; 5:12-16. Al lado de esta fuente principal, no se podría, dice Wendt, determinar los otros documentos que el autor puede haber utilizado.

La grande diversidad de estas hipótesis prueba que los esfuerzos para reconstituir los documentos primitivos del libro de los Actos, si no deben ser tenidos por vanos, están aún lejos de llegar a un resultado que se imponga al asentimiento de los críticos.

## IV

A la cuestión de la autenticidad y de las fuentes del libro de los Actos se une estrechamente la de sus relaciones con las epístolas de Pablo por una parte, y con los escritos del historiador Josefo por otra.

El autor del libro de los Actos no parece haber conocido las epístolas de Pablo, ni, en todo caso, haber tomado de ellas datos históricos. Los teólogos de la Escuela de Tubinga habían pretendido que atenuaba a sabiendas las doctrinas intransigentes formuladas por el apóstol en sus cartas, y describía su actitud como más conciliadora de lo que había sido; es lo que resultaría de los pasajes: 9:19-30; 15:1-33; 16:1-3, comparados con las afirmaciones de Gál. 1 y 2. Pero esos críticos no podían explicar por qué, si el autor corregía las epístolas de Pablo, no tomaba de ellas muchos detalles interesantes, con que habría podido enriquecer su relato. Las apariciones enumeradas en 1 Cor. 15:1-7 habrían podido hallar lugar en el primer capítulo de los Actos o al final del evangelio. En lo que a Pablo concierne, las epístolas habrían suministrado al historiador muchos datos biográficos: Gál. 1:17 y 2 Cor. 11:32 acerca de los tiempos que siguieron a su



conversión; Gál. 1:18 acerca de sus relaciones con Pedro y Jacobo; 2 Tim. 4:10, 11; Gál. 4:13, 14; 1 Tim. 4:14; 2 Tim. 1:6, sobre los dos primeros viajes misioneros; las epístolas a los Filipenses, a los Tesalonicenses, a los Corintios, sobre las relaciones de Pablo con esas iglesias. Su historia habría ganado en precisión y en interés. Por esto la mayor parte de los críticos de diversas tendencias admiten hoy que el autor de los Actos no se ha servido de las epístolas de Pablo para componer su relato. Este hecho no tiene por qué sorprendernos, si reconocemos en él a Lucas, el colaborador de Pablo. Lucas no ignoraba la existencia de las epístolas de Pablo; pero, si no se encontraba junto al apóstol en el momento en que éste las escribió, no tuvo ocasión de conocerlas, pues sólo más tarde empezaron a circular por las iglesias. No las buscó como documentos históricos, porque sus relaciones personales con Pablo y sus colaboradores le ofrecían una fuente de informaciones suficientemente rica. Por el contrario, si el autor de los Actos no se ha servido de las epístolas de Pablo, se debe inferir que ha compuesto su obra antes del principio del segundo siglo, pues en esa fecha las epístolas de Pablo estaban esparcidas por todas las iglesias y el retrato del apóstol estaba fijado según los datos de aquéllas. El autor de los Actos no podía ignorarlas y no le era lícito dejarlas de lado al escribir su libro. (Comp. Th. Zahn, *Einleitung,* II, p. 394-424.)

Las relaciones del libro de los Actos con los escritos de Josefo han sido objeto de sabios estudios, en estos últimos años principalmente. (Comp. Krenkel, *Josephus und Lukas*, 1894.) Th. Zahn y Wendt estiman ambos que esas investigaciones no llegan a un resultado concluyente. Los numerosos pasajes alegados para probar que el autor de los Actos se ha servido de los escritos de Josefo no son decisivos, pues están concebidos en términos demasiado generales y no contienen expresiones bastante características para que se pueda inferir de ellas que el autor se ha inspirado en las obras del historiador judío. Wendt (Comentario, p. 37) no retiene más que una sola de esas comparaciones, que le parece significativa, la de Act. 5:36, 37, con Josefo, *Antigüedades*, XX, 5,1. Los dos escritores mencionan, en términos muy parecidos las rebeliones de Teudas y de Judas el Galileo. Josefo, después de haber relatado la sedición de Teudas, vuelve a la de Judas, que había tenido lugar mucho tiempo antes, porque cuenta la ejecución de los hijos de Judas. El autor de los Actos, leyendo con poca atención el texto de Josefo, habría sido inducido de ese modo a colocar la rebelión

de Judas después de la de Teudas y a poner ese error en boca de Gamaliel. Pero no es seguro que el pasaje 5:36 contenga error (véase la nota), ni que ese error, si existe, no pueda explicarse de otro modo que por una lectura defectuosa del texto de Josefo. En todo caso, Wendt mismo lo reconoce, ese único acercamiento no basta para establecer la dependencia de los Actos respecto a las *Antigüedades* de Josefo; conclusión que tiene su importancia, pues si se admitiera que los Actos dependen de aquéllas, habría que relegar su composición hasta los últimos años del primer siglo, debido a que aquella obra de Josefo no apareció sino en los años 93 ó 94.

## V

De todo lo que acabamos de decir resulta con evidencia la *credibilidad* y el alto valor histórico del libro de los Actos. Para conmover éste se alega, es verdad, las contradicciones que los Actos presentan con las epístolas de Pablo, inexactitudes históricas, relatos incompletos, actos atribuídos a Pablo que serían incompatibles con los principios de este apóstol (por ejemplo, 21:20 y sig.; 22:6 y sig.; 23:6 y sig.), y sobre todo milagros, particularmente la historia de pentecostés, que, impregnada de un carácter legendario, debe pertenecer a una tradición posterior.

La mayor parte de esas objeciones no son más que apreciaciones personales; resultan de principios preconcebidos y no se discuten. En cuanto a las que tienen algo de fundado, y las hay, han sido examinadas con cuidado en las notas exegéticas.

Para apreciar el alto valor histórico del libro de los Actos, basta considerar que es obra de un discípulo de Pablo, testigo de una parte de los hechos referidos, y que esta obra constituye la única historia que tenemos del origen de la iglesia; sin ella, el desarrollo de la iglesia primitiva sería para nosotros un enigma y parecería un mito; mientras que con este libro vemos a la iglesia nacer, vivir, crecer, extenderse por el poder de la verdad divina que trae al mundo. ¿Cómo podríamos reconstituir la vida del apóstol Pablo según las epístolas, si no tuviéramos el relato de los Actos? Si hay entre este relato y los datos suministrados por las epístolas algunas contradicciones de detalle, si se comprueban algunas lagunas (2 Cor. 11:23-33; Gál. 1 y 2), ¡qué admirable armonía presentan los Actos y las epístolas sobre los grandes rasgos de la vida y del carácter del apóstol de los Gentiles! Toda la parte del libro que le concierne es del más alto valor, sobre todo cuando se controlan y completan sus indicaciones con las de las epístolas.



Podría uno sentirse tentado a hacer más reservas sobre la primera parte de la obra donde el autor, no habiendo visto realizarse los acontecimientos que cuenta, ha recogido tradiciones más o menos vagas. Pero, en esta parte también, nos ha dejado un relato que, examinado, aparece enteramente digno de fe. "Se debe reconocer, dice A. Sabatier (*Encyclopédice Lichtenberger*, I, p. 68), que, del Apocalipsis, de la epístola de Jacobo y de los otros documentos judeo-cristianos, resulta un cuadro general de la vida, del espíritu y de las costumbres de los primeros cristianos que concuerda muy bien con los grandes rasgos del que Lucas ha dejado. No se puede por último desconocer que, en los primeros discursos de Pedro, hay un bosquejo del evangelio primitivo, empezando con el bautismo de Juan y concluyendo en la resurrección, y una concepción de la persona y la obra del Mesías enteramente originales, anteriores aun a la tradición sinóptica y muy sorprendentes por su sencillez y verosimilitud." Estableceremos, en el comentario, cuán apropiado a las circunstancias es el discurso de Esteban (cap. 7), aunque muchos críticos hayan pretendido lo contrario. Es falso igualmente el reproche dirigido al autor de hacer hablar a Pablo como Pedro, y viceversa. En una sola ocasión se encuentran los dos apóstoles en su argumentación: es cuando ambos prueban a los judíos la resurrección del Salvador comentando el salmo 16, 10 que sin embargo es bastante natural. (Act. 2:25 y sig.; comp. 13:35-37.) En todos los demás lugares, ellos hablan realmente desde su punto de vista particular. Los discursos de Pablo, especialmente, reproducen el tipo de doctrinas, la dialéctica, y hasta locuciones numerosas exclusivamente propias de este apóstol y que hallamos idénticas en sus epístolas. Es indudable, por lo demás, que esos discursos no nos son conservados in extenso, en los términos en que fueron pronunciados; pero en los sumarios que nos han dado, el autor o los documentos que cita han reproducido exactamente los pensamientos emitidos por aquellos a quienes hacen hablar.

Se necesita pues mucha ligereza, y aun algo más, para rehusar al autor del libro de los Actos los conocimientos y la sinceridad del historiador; no ha cambiado desde que escribía: "Me ha parecido bien a mí también, después de haber examinado exactamente todas estas cosas desde el origen, escribírtelas por orden, excelentísimo Teófilo, a fin de que conozcas la certeza de las cosas que te han sido enseñadas." (Luc. 1:3, 4.)

## VI

No se tienen más que conjeturas acerca del *tiempo* y el lugar en que fué compuesto el libro de los Actos. Los escritores de los primeros siglos estaban, a este respecto, en la misma ignorancia que nosotros; pues, por una parte, Jerónimo coloca la composición de este libro *en Roma y antes* de la muerte de Pablo; esta opinión, que puede basarse en la presencia de Lucas en esa ciudad en la época en que el apóstol concluía allí su carrera (Act. 28:13 y sig.; 2 Tim. 4:10), es admitida por numerosos intérpretes; algunos hallan en ella una explicación del fin abrupto del libro. (Comp. párrafo II.) Pero, por otra parte, un autor mucho más antiguo que Jerónimo, Ireneo, afirma que Lucas escribió su segundo libro *después* de la muerte de Pedro y de Pablo. (*Contra las Herej.*, III, 1.) Muchos críticos siguen este dato, porque estiman que el evangelio de Lucas (véase nuestra Introducción, tomo I, p. 461) no ha sido escrito hasta después de la ruina de Jerusalén. (70.) Así Th. Zahn, *Einleitung*, II, p. 434, fija la aparición de los Actos alrededor del año 75. El hecho de que el autor no se sirve de las epístolas de Pablo (párrafo IV) y de que los Actos parecen citados en la primera epístola de Clemente Romano, no permite postergar su composición hasta principios del segundo siglo. Nos parece también oponerse a la fecha de 94-100, aceptada por Hilgenfeld y Wendt. Harnack (*Chronologie*, I, p. 248) dice que el libro debió aparecer entre el 80 y 93. La determinación del *lugar* donde la obra apareció, depende de la cuestión del texto y de la hipótesis de una doble publicación emitida por Blass.

## VII

El *texto* del libro de los Actos presenta una particularidad que había sido observada desde hace mucho tiempo, pero que solamente en estos últimos años ha sido estudiada con cuidado. Cierto número de documentos, y especialmente el manuscrito dado por Teodoro de Beza a la Universidad de Cambridge (*D*), ofrecen en el libro de los Actos variantes de una especie singular. No pueden ser atribuídas, como la mayor parte de las demás variantes del nuevo testamento, a errores de copistas, a interpolaciones hechas para dilucidar un texto obscuro. Contienen informaciones nuevas, datos que un lector del segundo siglo no puede haber inventado y que parecen deber remontar al autor mismo. Estas particularidades han inducido a un filólogo alemán, Fr. Blass, a suponer que había habido desde el principio una doble redacción del libro de los Actos. Hallándose Lucas aún en Roma escribió por primera vez su obra; luego la copió, corrigiendo su estilo y podando muchos detalles que le parecían superfluos. Esta segunda redacción fué enviada a Antioquía, donde se hallaba Teófilo; se divulgó por el oriente y nos ha sido conservada en los más antiguos manuscritos en letras unciales (*Sin.*, *B*, *A*, *C*). La redacción que representa el primer resultado de la composición de Lucas, quedó en manos de sus amigos en Roma y se extendió en occidente. Se encuentra este texto, que Blass llama el texto romano u occidental, más o menos mezclado, en el manuscrito de Cambridge, que data del sexto siglo, proviene del convento de san Ireneo en Lión, y ofrece el nuevo testamento en griego y en latín, aproximadamente tal como era en tiempos de ese Padre de la iglesia. El mismo texto se reconoce también en varios otros documentos, en un manuscrito grecolatino de Oxford, el *Codex Laudianus*, del séptimo siglo (*E*), en una minúscula de la Biblioteca de Milán, en la versión siríaca, llamada filoxeniana, con las adiciones puestas al margen por Tomás de Hereclia en 616, en la traducción hecha en el Alto Egipto, llamada versión sahídica; por último en un cierto número de versiones latinas anteriores a Jerónimo. Las citas de Ireneo, de Cipriano y de Agustín, en una parte por lo menos de sus escritos, son sacadas de ese texto occidental. Blass ha publicado un ensayo de reconstitución en 1895 y 1896. Su hipótesis ha recibido la aprobación de sabios tales como E. Nestle, Zöc. kler, Hilgenfeld, que concuerdan por lo menos en reconocer el texto occidental como el primitivo. Otros, tales como B. Weiss y Wendt, no ven en él más que una deformación del texto original, que nos es conservado en las mayúsculas más antiguas. No podemos entrar en esta discusión, daremos en nuestras notas las variantes más características de ese texto occidental; pues, aun cuando no remonte en su totalidad al autor de los Actos, puede, como Wendt lo reconoce, contener muchas lecciones originales y suministrar más de un dato histórico digno de confianza.

## VIII

Creemos hacer un servicio a los lectores indicando la *cronología* de los acontecimientos relatados en el libro de los Actos. No podemos exponer las diversas combinaciones por las cuales

se la establece. La fecha sobre la cual principalmente reposa, y que los sabios se empeñan en determinar, es la de la entrada en funciones de Festo, que sucedió a Félix como procurador, al término de la cautividad de dos años que Pablo soportó en Cesárea. Se fija generalmente esa fecha, según datos de Josefo, en el año 60 o el 61. Recientemente Blass, Harnack (*Chronologie*, I, p. 233 y sig.) y otros, han procurado establecer, basándose en una indicación de la Crónica de Eusebio, que Festus sucedió a Félix ya en 56. Si se admite esta fecha, la cronología de la vida de Pablo se halla profundamente modificada. Harnack la establece como sigue (o. c., p. 717): conversión de Pablo, 30; sínodo de Jerusalén 47; segundo viaje misionero, 47-50; Pablo en Efeso, invierno 50 a otoño 53; segunda residencia de Corinto, epístola a los Romanos, invierno 53-54; Pablo prisionero en Cesárea, 54-56; Pablo prisionero en Roma, 57-59; epístolas pastorales, 59-64; incendio de Roma, martirio de Pedro y de Pablo, 19 julio 64. Lo que hay de interesante en esta reconstitución es que deja, entre la primera cautividad de Pablo en Roma y la grande persecución de Nerón, en julio 64, un espacio suficiente para conocer en él los hechos que marcaron el fin de la carrera del apóstol y cuyas huellas hallamos, ora en las epístolas pastorales, ora en tradiciones eclesiásticas muy antiguas.

Pero se objeta a esa cronología que los datos de la Crónica de Eusebio no son de los más seguros, y se le reprocha principalmente colocar la conversión de Pablo ya en el año 30, el año mismo de la muerte de Jesús. Ahora bien: todo el desarrollo externo e interno de la iglesia que se nos relata en Act. 1-7 ¿no supone un tiempo más largo?

Conviene pues, por el momento, atenerse a la cronología admitida, con algunas variantes, por la mayor parte de los historiadores:

| | |
|---|---|
| Muerte de Jesús ............................ | por el año 30 |
| Conversión de Saulo ........................ | „ „ „ 35 |
| Primera visita de Pablo a Jerusalén (Gál. 1:18) | „ „ „ 38 |
| Primer viaje misionero (Act. 13-14) .......... | de 45 a 50 |
| Conferencia de Jerusalén .................... | el año 51 ó 52 |
| Primera estada de Pablo en Corinto .. otoño 53 a | primavera 55 |
| Estada de Pablo en Efeso .......... otoño 55 a | primavera 58 |
| Segunda estada en Corinto epístola a los Romanos | invierno 58-59 |
| Cautividad de Pablo en Cesárea .............. | de 59 a 61 |
| Viaje de Cesárea a Roma .................... | invierno 61-62 |
| Cautividad de Pablo en Roma .. primavera 62 a | primavera 64 |



## IX

He aquí cuál nos parece ser la división de nuestro libro. Es, por lo menos, de las que se ha propuesto, la más conforme a la composición de la obra.

### *PRIMERA PARTE*

### Cap. 1-12. LA FUNDACIÓN DE LA IGLESIA

*1ª sección.* Cap. 1-5 La iglesia es fundada en Jerusalén.

*2ª sección.* Cap. 6-12. La iglesia pasa de los judíos a los gentiles.

### *SEGUNDA PARTE*

### Cap. 13-28. PABLO Y LA MISIÓN ENTRE LOS GENTILES

*1ª sección.* Cap 13 y 14. Primer viaje misionero de Bernabé y Pablo.

*2ª sección.* Cap. 15:1-35. Conferencia de Jerusalén.

*3ª sección.* Cap. 15:36 a 18:22. Segundo viaje. El evangelio en Grecia.

*4ª sección.* Cap. 18:23 a 20:3. Tercer viaje. Estada en Efeso y segunda estada en Corinto.

*5ª sección.* Cap. 20:4 a 23:35. Último viaje de Pablo a Jerusalén, su arresto.

*6ª sección.* Cap. 24-26. Cautividad de Pablo en Cesárea.

*7ª sección.* Cap. 27 y 28. Viaje de Cesárea a Roma.

---

# HECHOS DE LOS APÓSTOLES

## PRIMERA PARTE

## LA FUNDACION DE LA IGLESIA

(Cap. 1-12).

### I. La Iglesia es fundada en Jerusalén

(Cap. 1-5).

#### 1. *Jesús es elevado al cielo. El Espíritu desciende sobre los discípulos*

(Cap. 1-2).

A. 1-14. Introducción. Ascensión del Salvador. — 1º *La actividad de Jesús, hasta su ascensión, tema de un primer libro.* El autor recuerda a Teófilo que ha expuesto en un primer libro los hechos y las enseñanzas de Jesús hasta el día en que fué elevado después de haber dado órdenes a sus apóstoles y haberles convencido de que estaba vivo apareciéndoles durante cuarenta días (1-3). — *La última entrevista de Jesús con los apóstoles:* a) *La orden de esperar el Espíritu Santo.* Jesús, reunido con los apóstoles, les ordena no alejarse de Jerusalén hasta que hayan recibido lo que les ha prometido de parte del Padre, el bautismo del Espíritu Santo, que opone al bautismo de Juan (4,5). b) *Pregunta acerca del restablecimiento de Israel.* Preguntan a Jesús si entonces restablecerá el reino de Israel. Jesús responde que no les corresponde conocer los tiempos fijados por Dios, pero que la potencia que recibirán los establecerá como sus testigos en Jerusalén primero, luego en Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra (6-8). c) *Ascensión de Jesús.* Es elevado ante los ojos de sus apóstoles. Dos ángeles les preguntan por qué quedan mirando al cielo y les anuncian que Jesús volverá de allá del mismo modo como le han visto irse (9-11). d) *Regreso a Jerusalén. Reunión de los discípulos en el aposento alto.* Vueltos a Jerusalén, permanecen en el aposento alto. El autor da los nombres de los once, y nos refiere que, reunidos con las mujeres galileas, con la madre y los hermanos de Jesús, se ocupaban en la oración (12-14).

I El primer tratado compuse sobre todo, oh Teófilo, lo que
2 empezó Jesús tanto a hacer como a enseñar[1], hasta el día en
que habiendo dado mandamiento a los apóstoles por medio del

1. Gr. *El primer tratado hice acerca de todas las cosas...* Desde las primeras palabras, el autor recuerda que ha escrito ya, en un *primer libro*, la vida de Jesús. Se trata del evangelio de Lucas, designado por una palabra que puede significar *palabra discurso, relato, historia* o *libro*. Lucas lo había dedicado al mismo Teófilo cuyo nombre reaparece aquí. (Luc. 1:3, nota.) Este evangelio es resumido en dos palabras: contiene *todas las cosas que Jesús hizo y enseñó*. Es evidente que no hay que forzar esta palabra: *todas* las cosas; Lucas entiende con ella todo lo que, en la vida tan rica de Jesús, es necesario al conocimiento que podemos tener de él. (Comp. Juan 20:30, nota). Lo que el autor ha realizado en esta vida del Salvador, son sus obras y sus revelaciones, lo que ha *hecho* y *enseñado*. Para salvar al mundo, no se necesitaba solamente una *doctrina* nueva, por grande y divina que pudiera ser; eran necesarios *actos* realizados por el poder de Dios. Lucas caracteriza con estos dos términos: *hacer* y *enseñar* toda la actividad de Jesús sobre la tierra, abarcando sus sufrimientos, su muerte y su resurrección. Hasta coloca sus obras antes que su enseñanza, pues por aquéllas, más que por ésta, ha revelado a Dios y salvado nuestra humanidad. Pero es necesario observar también esta expresión: "lo que Jesús empezó a hacer y a enseñar." Algunos exégetas (de Wette, Meyer, Wendt) no ven en este término más que un helenismo frecuente en los sinópticos (Mat. 11:20; Mar 2:23; Luc. 3:8;4:21;5:21) y destinado a realzar la acción expresada por el infinitivo que lo acompaña. Igualmente en nuestro pasaje, dicen, no hay que poner el énfasis en este verbo. Otros, (Olshausen, Baumgarten, Lechler, Zahn, Barde) estiman que el pensamiento de Lucas es éste: Jesús, durante su vida en la tierra, no ha hecho más que *empezar* la obra inmensa de la salvación del mundo; ha colocado el fundamento, y la prosigue desde lo alto de su gloria por su Espíritu y por medio de sus discípulos, hasta que llegue a la perfección. (Act. 2:3.) Ahora bien: esta acción del Salvador glorificado, que es la continuación de la obra del Cristo histórico, es precisamente el tema del libro de los Actos, íntimamente ligado así por Lucas a su evangelio. Y los que sostienen esta interpretación la hallan confirmada por la circunstancia de que el autor presenta, como introducción a su segundo libro, los últimos hechos de la vida de Jesús después de su resurrección (v. 2-11), indicando con ello que los Actos no son más que la continuación del evangelio. Se puede objetar sin embargo a este sentido dado al verbo: *empezó*, el complemento: *todas estas cosas*. Jesús no hizo más que *empezar* el conjunto de su obra, pero no *todas las cosas* relatadas en el evangelio, lo que querría decir que cada una de ellas espera aún su terminación. Los que hallaren decisiva esta objeción podrán tomar la expresión de Lucas como una especie de prolepsis. Quería decir: He contado todas las cosas que Jesús hizo y enseñó desde que empezó su ministerio hasta el día en que fué tomado en alto." El empleo análogo de este verbo en el v. 22: (gr.) "*habiendo empezado* desde el bautismo



3 Espíritu Santo, a los que había elegido, fué tomado en alto[2]; a
quienes también se presentó vivo después de padecer con muchas
pruebas firmes, por cuarenta días apareciendo a ellos y hablando
lo relativo al reino de Dios[3].
4 Y estando juntos[4] mandóles no irse de Jerusalén, sino aguar-

de Juan", está en favor de esta interpretación. (Blass.)

2. *Hasta ese día*, día en que *fué tomado en alto* (traducción literal, v. 9, nota), llegaba el relato del evangelio de Lucas (cap. 24:50-52). Pero el autor quiere recordar aquí con mayores detalles lo que había precedido a ese día supremo. Así, primeramente, Jesús resucitado había *dado órdenes* (Luc. 24:49; Mat. 28:19,20) *a los apóstoles;* lo hizo *por el Espíritu Santo*, de que él mismo estaba lleno, pues esas órdenes eran de la más alta importancia, eran la carta orgánica de su reino sobre la tierra. Lucas recuerda también que estos apóstoles habían sido *elegidos* por Jesús (Luc. 6:13-16); eran los únicos a quienes había llamado al apostolado, y dándoles estas órdenes, confirmaba por última vez su autoridad apostólica. Algunos exégetas (Olshausen, de Wette, Wendt) refieren estas palabras: *por el Espíritu Santo*, a éstas: *que había escogido*, de modo que el Espíritu de Dios habría presidido en esa selección. Es más natural conectar esta acción del Espíritu con los *mandamientos* dados por el Salvador. (Meyer, Reuss, Holtzmann.)

3. En los v. 1 y 2, Lucas ha recordado lo que relató en su *primer libro* · el giro de la frase griega muestra que se proponía introducir en seguida su *segundo libro;* pero la mención hecha (v. 2) de las últimas relaciones de Jesús con los apóstoles se apodera de su espíritu, e interrumpe el desarrollo de su pensamiento para agotar lo que tiene que decir de esas relaciones. (v. 3 y sig.) ¡Cuántas cosas concentra en pocas palabras! 1º Jesús, *después de haber padecido*, padecido la muerte, y resucitado, *se presentó a sí mismo, vivo*, a todos sus discípulos, y en diversas ocasiones. 2º A fin de que no les quedara ninguna duda de su resurrección, les dió muchas *pruebas* de ella. Tal es en efecto el sentido del término griego que sólo aquí se encuentra en el nuevo testamento, pero al cual los autores clásicos dan este significado. Estas pruebas son abundantemente referidas en los evangelios. (Luc. 24:30,36-43; Mat. 28-16 y sig.; Juan cap. 20 y 21. Comp. 1 Juan 1:1-3; 1 Cor. 15:5-8.) 3º Jesús les dió esas pruebas *haciéndose ver de ellos durante cuarenta días*, desde su resurrección hasta su ascensión. Con este dato importante contempla Lucas o rectifica lo que no había hecho más que indicar en su evangelio. Allí (24:50), podía parecer que la ascensión había tenido lugar el día mismo de la resurrección; y ciertos críticos se obstinan en poner así al evangelista en contradicción consigo mismo. Mas obsérvese bien: no hace, en su primer relato, más que referir ambos hechos, sin hablar del intervalo que los separa, porque se proponía volver, pero sin decir tampoco que esos hechos hubieran tenido lugar el mismo día. Véase Luc. 24:49, nota.) 4º El Salvador empleó estas últimas entrevistas con sus discípulos en instruirlos de las grandes verdades del *reino de Dios* (véase sobre este término, Mat. 3:2, 2ª nota), y el v. 6 va a mostrar cuánta necesidad tenían aún de ello.

4. Varios Padres de la iglesia, la

5 dar la promesa del Padre —"que oísteis de mí [5]; porque Juan,
sí, bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados en Espíritu
6 Santo no muchos días después de éstos [6]".— Los que se habían
reunido, pues, le rogaban diciendo: Señor ¿en este tiempo res-
7 tauras el reino a Israel [7]? Díjoles: No es cosa vuestra conocer

Vulgata, y varios exégetas modernos (Meyer, Wendt, Holtzmann, Blass), atribuyendo a esta palabra una etimología diferente, la traducen así: "Como *comía* con ellos." Sería pues una comida de adiós que Jesús habría tenido con sus discípulos. (Comp. Luc. 24:41-43.) Aquí se presenta una cuestión sobre la cual los intérpretes difieren: Menciona Lucas dos reuniones distintas, la primera en los v. 4 y 5, y la segunda en el v. 6 y sig. (Meyer)? o continúa en los v. 4 y 5 la descripción general de las relaciones de Jesús resucitado con los discípulos (Wendt)? o empieza en el v. 4 el relato de la última reunión, relato que posigue en los v. 6 y sig. (Holtzmann)? El contexto nos parece decidir en favor de esta última explicación: tenemos aquí el relato de un solo encuentro, el que tuvo Jesús con sus discípulos el día mismo de su ascensión (v. 9) y que tuvo lugar sobre el monte de los olivos. (v. 12.)

5. Comp. Luc. 24:49. Jesús sabía cuán poco preparados estaban aún los discípulos para emprender su obra; quiere pues que *esperen en Jerusalén* el cumplimiento de *la promesa* del Espíritu Santo. Sin duda, como observa Lechler, era un duro renunciamiento para ellos permanecer en esa ciudad enemiga donde, algunas semanas antes, su Maestro había sufrido la muerte, y donde ellos mismos corrían peligro. Sin duda también, Dios habría podido enviarles el Espíritu Santo en cualquier parte fuera de Jerusalén; mas tal era el plan de su misericordia eterna, que sus mayores gracias fueran derramadas sobre la ciudad culpable, que el evangelio fuera anunciado allí en primer lugar, y que desde allí se esparciera por el mundo. (Comp. Isa. 2:2,3.) Jesús llama *promesa del Padre* la que ellos habían *oído de él* tan a menudo. Para explicar esta designación, los intérpretes se refieren a las numerosas promesas relativas al Espíritu Santo que se hallan en los profetas (2:17); Baumgarten aun muestra en la efusión del Espíritu el cumplimiento de todo el antiguo pacto. Es verdad, pero basta observar que el Salvador, al anunciar a los discípulos el envío del Espíritu, atribuye siempre a la soberana potencia *del Padre* ese gran milagro que debía regenerar al mundo. (Luc. 24:48; Juan 14:16,26;15:26, Comp. Act. 2:33.)

6. Gr. *bautizados* (es decir *sumergidos*) *en Espíritu Santo;* expresión que indica la plenitud de la acción del Espíritu, destinada a penetrar el hombre entero. Hallamos en este versículo el contraste notable, a menudo expresado en la escritura, entre el bautismo *con agua* y el bautismo de *Espíritu Santo*, que son el uno el símbolo, el otro la realidad, y que, juntos, constituyen el verdadero bautismo. Mat. 3:11; Luc. 3:16; Juan 1:33; 3:5.) Gr. *No después de muchos de estos días*, agrega el Salvador, es decir, dentro de pocos días, diez días después de haber sido glorificado. (Comp. Juan 7:39, nota.)

7. La partícula *pues* reanuda el relato del v. 4 e indica que se trata de la misma reunión. Los discípulos conectan con razón la promesa del Espíritu Santo con la *restauración* (3:



tiempos o sazones que el Padre fijó con su propia autoridad [8],
8 pero recibiréis potencia en viniendo el Santo Espíritu sobre
vosotros, y seréis mis testigos tanto en Jerusalén como en toda
la Judea y Samaria y hasta lo último de la tierra [9].

21, nota; Mar. 9:12,13, nota) de este *reino* de que Jesús les hablaba tan frecuentemente (v. 3); y esperan su restauración de Jesús mismo: *restaurarás;* pero limitándolo a *Israel* (gr. el reino *para* Israel), muestran al mismo tiempo su patriotismo y su poca inteligencia de la espiritualidad y universalidad de este reino. Están aún imbuídos de ese particularismo judío, al que no renunciarán sino por grados y por medio de revelaciones positivas. (10:9 y sig.) Y este primer error les induce a creer en el restablecimiento terrestre y material de ese reino en una época cercana, respecto de la cual interrogan a su Maestro.

8. En su respuesta, Jesús no censura la pregunta de los discípulos; mas sin embargo rehusa expresamente revelarles los *tiempos* o los *momentos*, es decir las épocas generales y las fechas precisas (o los momentos favorables) del restablecimiento del reino de Dios. (1 Tes. 5:1.) *No es de vosotros conocerlos;* esos tiempos dependen exclusivamente de *la autoridad del Padre*. En otra parte, Jesús llega hasta declarar que el Hijo mismo, en su estado de humillación, los ignoraba. (Mar. 13:32.) Con estas palabras, el Salvador rectifica también indirectamente lo que había de erróneo en la pregunta de los discípulos; pues les da a entender que el restablecimiento del reino está aún en un porvenir lejano (los *tiempos*, las *sazones*), y no será solamente *para Israel*, sino para todo el pueblo de Dios, judíos y paganos salvados. Sin embargo este restablecimiento permanece cierto, sin lo cual no tendría sus tiempos y sus momentos *que el Padre fijó*. ¡Cosa singular! el sabio y piadoso Bengel pensaba que estas palabras positivas: *No es de vosotros conocer los tiempos o los momentos*, concernían solamente a los apóstoles en la época en que les fueron dirigidas, visto que las revelaciones divinas tienen sus grados y que Dios ha hecho conocer por el Apocalipsis lo que Jesús rehusaba entonces. A lo que su compatriota, Lechler, responde que Bengel mismo ha fracasado totalmente cuando ha querido, conforme a ese libro, determinar *los tiempos y los momentos*. Y deduce de ello con mucha razón que las palabras: *No es de vosotros conocer*, subsisten para nosotros. Mas ¡ay! hoy aún, los discípulos quieren ser más sabios que el Maestro!

9. Gr. *Mas recibiréis potencia, el Santo Espíritu habiendo venido sobre vosotros*. Con estas palabras, Jesús opone *(pero)* la promesa, que se va a cumplir, a las vanas especulaciones de los discípulos sobre los tiempos y las sazones. Serán preparados para su tarea por el Espíritu de Dios, que será en ellos *una potencia*, intelectual y moral, tal cual aún no tienen idea alguna, y su obra consistirá en ser los *testigos* de Jesucristo; testigos de su vida santa, de sus obras, de su verdad y muy particularmente de su resurrección. (Luc. 24:48.) ¿Dónde darán ellos ese testimonio? Primeramente *en Jerusalén y en toda Judea* (véase v. 4, nota); luego en *Samaria* y por último *hasta los extremos de la tierra*. Estas palabras: *hasta los extremos de la tierra* parecen a primera vista una exageración; mas son lite-

9 Y diciendo esto, mirando ellos fué levantado, y una nube le
10 recibió ocultándole de sus ojos [10]. Y como yéndose él mirando
estaban fijamente al cielo, he aquí dos varones estaban junto
11 a ellos con vestiduras blancas [11], los que también dijeron: Varo-
nes galileos ¿por qué estáis aquí mirando al cielo? Este Jesús
que ha sido tomado en alto de vosotros al cielo así vendrá de la
manera que le habéis mirado yéndose al cielo [12].
12 Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte llamado Olivar,
13 que está cerca de Jerusalén camino de un sábado [13]. Y cuando
hubieron entrado, al aposento alto subieron donde estaban mo-
rando tanto Pedro como Juan y Jacobo y Andrés, Felipe y Tomás,

ralmente exactas, pues si la acción personal de los apóstoles fué limitada a un pequeño número de países, es en realidad su testimonio escrito el que, hoy mismo alcanza a los extremos de la tierra por la obra de las misiones. Los profetas habían anunciado esta extensión del reino del Cristo. (Isa. 49:6; Comp. Ac.13:47; Rom. 10:18.)

10. Es digno de notar que Lucas emplea dos verbos diferentes para expresar el acto de la ascensión, y los dos en pasiva; aquí: *fué levantado;* en los v. 2 y 11: *fué tomado en alto.* De donde se puede inferir que fué acción, no del Salvador mismo, sino del poder de Dios. Por lo demás, no hay que olvidar que Jesús, ya glorificado, no estaba sujeto a las leyes de gravedad. (Comp. Juan 20:19, nota.) La *nube,* probablemente luminosa (Mat. 17:5), que ocultó al Salvador a los ojos de los discípulos "era la manifestación de la presencia de Dios, que tomaba así al Hijo en la gloria celestial." *Meyer.*

11. Dos mensajeros celestes, cuyos *vestidos* resplandecían de luz. (Luc. 24:4; Juan 20:12.) Tenían un importante mensaje para los discípulos que quedaban allí, *las miradas fijas en el cielo,* como no pudiendo separarse de ese Maestro a quien amaban.

12. Consolaos, dicen los ángeles, no estaréis siempre separados de vuestro Salvador, *volverá;* este mismo Jesús que contempláis (gr.) *vendrá así del modo como le habéis visto yendo al cielo.* Así es como se mostró a Saulo sobre el camino de Damasco, y así es como volverá en el último día de modo visible para todos. La segunda venida del Salvador, tan frecuentemente anunciada por él mismo y por sus apóstoles (Mat. 24:30; 25:31; Luc. 21:27; 1 Tes. 4:16; 2 Tes. 1:7; Hebr. 9:28; Apoc. 1:7), supone el hecho de su ascensión, relatado aquí en particular. (Véase Luc. 24:53, nota.) Esta ascensión, realizada ante los ojos de los discípulos, les dió la certidumbre de que Jesús, siempre vivo, cumpliría todas las promesas que les había hecho. Recibieron con ello también la seguridad de todas las realidades del mundo invisible. Donde está Jesús, allí es el cielo.

13. Sobre *la montaña de los Olivos* pues, tan conocida por los evangelios (Mat. 21:1, etc.), tuvo lugar la ascensión, esa misma montaña a cuyo pie se hallaba Getsemaní; la escena de los dolores y humillaciones más profundas de Jesús fué también testigo de su gloria. Este acercamiento debió presentarse al espíritu de los discípulos y animarlos, en la espera de sus propios sufrimientos. *El camino de un sábado* era de 2000 codos, cerca de un kilómetro. Según las tradiciones de los rabinos judíos, no era permitido a un israelita pasar de tal distancia en día de sábado. En cuanto a la distancia de Jerusalén a Betania, d o n d e, según Lucas 24:50 (véase la nota) tuvo lugar la ascensión, es aproximadamente tres veces mayor. (Juan 11:18,19, nota.)



Bartolomé y Mateo, Jacobo hijo de Alfeo y Simón Zelote y Judas
14 hijo de Jacobo [14]. Estos todos estaban perseverando unánime-
mente en la oración con mujeres y María la madre de Jesús
y con sus hermanos [15].

B. 15-26. ELECCIÓN DE UN APÓSTOL EN REEMPLAZO DE JUDAS. — 1º *El discurso de Pedro.* Pedro toma la palabra en una asamblea de ciento veinte personas aproximadamente (15): a) *La caída de Judas.* Recordando Pedro el triste fin de Judas, muestra en él el cumplimiento de la escritura, de la que cita diversos pasajes (16-20). b) *Proposición de reemplazarlo.* De la última de sus citas, infiere que es necesario reemplazar a Judas escogiendo un hombre, entre los que han seguido a Jesús desde su bautismo hasta su ascensión, para ser con los apóstoles testigo de la resurrección de Jesús (21,22). — 2º *La elección de Matías.* La asamblea presenta dos candidatos. Pide al Señor que designe al que ha elegido. La suerte, consultada, cae sobre Matías, que es añadido a los once (23-26).

15 Y en esos días, levantándose Pedro en medio de los herma-
nos dijo (y había una multitud de personas en el mismo lugar

14. *El aposento alto* era la parte superior de una casa, donde se acostumbraba retirar para comunicaciones íntimas o para orar. (9:37, 20: 8.) En el que es aquí mencionado como *el* aposento alto, bien conocido, los discípulos (gr.) *estaban morando,* es decir, se reunían de ordinario. Este término de "aposento alto" muestra que se trata de una casa particular y no de algún departamento contiguo al templo, como se ha supuesto algunas veces según Luc. 24:52,53. En cuanto a la lista de los apóstoles, que se halla aquí por cuarta vez (Mat. 10:2-4; Mar. 3:17-19 ;Luc. 6:14-16), es conforme a la de Luc. 6:14-16; sólo que Juan y Jacobo separan a Pedro de Andrés, y Juan se encuentra colocado antes de Jacobo, de modo que está al lado de Pedro. Los relatos de 3:1 y sig. —8:14 y sig.—, han motivado este cambio. Véase Mat. 10: 4, nota; Luc. 6:16, notas.

15. Los discípulos privados de la presencia visible de Jesús, sienten la necesidad de permanecer tanto más estrechamente u n i d o s *(unánimes,)* Comp. 2:1) y de *perseverar en la oración.* (El texto recibido agrega: *y en la súplica,* palabras que no son auténticas). Sin duda pedían a Dios el cumplimiento de la promesa. (v 4.) Con los apóstoles se hallaban también *las mujeres,* que conocemos por los evangelios. (Mat. 27:61; Mar. 15:40; Luc. 24:10), entre las cuales Lucas nombra especialmente a *María, madre de Jesús.* Es la última mención hecha de ella en el nuevo testamento; desde ese momento entra en una completa obscuridad, y no sin intención es así. Por primera vez hallamos a *los hermanos* de Jesús en el número de los discípulos. Parece que su incredulidad (Mar. 3:21,31-35; Juan 7:5) había sido vencida por la resurrección. (1 Cor. 15:7.) Meyer hace

16 como de ciento veinte) [16]: Varones hermanos, era necesario que
se cumpliera la escritura que predijo el Espíritu Santo por boca
de David sobre Judas que se volvió guía para los que prendían
17 a Jesús [17], porque ha sido contado entre nosotros y recibió la
18 suerte de este ministerio. Éste, en efecto, adquirió un campo del
salario de la injusticia, y habiéndose precipitado reventó por me-
19 dio y se derramaron todas sus entrañas [18]; y llegó a ser conocido

observar que estos *hermanos* son distinguidos de los apóstoles (v. 13), de donde infiere que ninguno de ellos entraba en el número de los últimos. (Véase las *Introd.* a las epístolas de Jacobo y de Judas.)

16. *En aquellos días*, es decir en los días que transcurrieron entre la ascensión y pentecostés. Pedro ocupa aquí, desde el principio, *entre los hermanos (Sin., B, A, C)*, es decir entre los *discípulos*, como tiene el texto recibido, el primer lugar que el Señor le había asignado. Propone a la comunidad reemplazar a Judas por un duodécimo apóstol. Se cuida mucho de nombrarlo él mismo, como lo habría hecho su pretendido sucesor de Roma; ni los apóstoles reunidos, ni la pequeña iglesia que los rodeaba quisieron tomar la responsabilidad de la elección a hacer. (v. 24,26, notas.) Lucas observa que el número de los discípulos entonces *reunidos* era de *ciento veinte personas* (gr.), *ciento veinte nombres*. Eran estos probablemente todos los discípulos que se hallaban en Jerusalén; pero había muchos otros en Galilea, puesto que quinientos de ellos se reunieron alrededor de Jesús resucitado. (1 Cor. 15:6.)

17. El crimen y el horrible fin de Judas (v. 18) habían hecho sobre todos los discípulos una impresión que habría podido conmover su fe. Pedro se empeña pues en mostrar a sus hermanos que el destino de ese hombre era objeto de la soberana presciencia de Dios y que había sido predicho en la *escritura*. El Señor mismo había expresado más de una vez ese temible pensamiento (Juan 13:18; 17:12, nota), en el que no se debe ver la afirmación de una fatalidad inevitable, pues jamás el hombre es privado de su libertad, ni por lo tanto de su responsabilidad. Pedro atribuye al *Espíritu Santo* las palabras de la escritura que va a citar (v. 20); y he aquí por qué, a sus ojos, *era necesario* que fueran *cumplidas*. Las palabras que Pedro tiene en vista son las que citará en el v. 20, y no, como se ha supuesto, el pasaje bien conocido del Sal. 41:10. (Comp. Juan 13:18.)

18. Antes de citar los pasajes de la escritura a que alude, Pedro quiere recordar a todos quién era Judas y qué santa y hermosa vocación había abandonado para ir a un fin espantoso. Introduce esta característica por la conjunción *pues, porque*, que toma aquí, como en Juan 2:18 y 9:17, el sentido de: *por cuanto*. El segundo pasaje citado en el v. 20 habla de la destitución de un servidor infiel a su cargo; por esto, anticipadamente, Pedro acentúa el contraste entre el papel de Judas y su calidad de apóstol: *era contado entre nosotros* (apóstoles) *y* (gr.) *había obtenido el lote de ese ministerio* (o de este *servicio*) La palabra *el lote* designa lo que ha tocado a alguien por la suerte; luego, por extensión, *toda parte* que se obtiene, ora por herencia, ora por un cargo de que es uno investido. Para Judas era el apostolado. Ahora bien:



a todos los que habitan Jerusalén, de modo que ha sido llamado
el campo aquél en la propia lengua de ellos Hakeldamaj, esto
20 es campo de sangre [19]. Escrito en efecto está en el libro de los
salmos: Sea hecha desierta su morada y no haya quien more
21 en ella; y: Su cargo tome otro [20]. Es necesario pues que de los
varones que han venido con nosotros en todo tiempo en que
22 entró y salió entre nosotros el Señor Jesús, empezando desde el
bautismo de Juan hasta el día en que fué tomado en alto de
nosotros, testigo con nosotros de su resurrección sea hecho uno
23 de éstos [21]. Y pusieron dos: a José el llamado Barsabás, que fué

ese desdichado vendió ese precioso lote y recibió en cambio *el salario de la injusticia*, con el cual *adquirió un campo*. El apóstol refiere a esa triste adquisición el fin trágico del traidor. Su relato difiere notablemente del de Mateo. (27:3-10.) Según este último, Judas puso fin a sus días estrangulándose, y el sanedrín, después de deliberar acerca del empleo que había de dar a las treinta piezas de plata echadas por Judas en el templo, decidió adquirir el campo de un alfarero para la sepultura de los extranjeros. Se ha supuesto, para conciliar las dos tradiciones divergentes, que Judas se había ahorcado y que, habiéndose roto la cuerda, su cuerpo cayo y se rompió; y que, por otra parte, Pedro atribuye a Judas mismo la adquisición del campo hecha por el sanedrín porque el precio del mismo pertenecía a Judas. Por ingeniosas que sean esas tentativas de conciliación, dan de nuestro texto una interpretación que se aparta de su sentido primero y natural.

19. Lo que *ha sido* generalmente *conocido* en Jerusalén, es todo lo relatado en el v. 18. De ahí el nombre dado por el pueblo a esa siniestra localidad, *campo de sangre*. (Mat. 27: 8, nota). A causa de estas palabras: *en su propia lengua*, y de la interpretación griega de un nombre hebreo, inútil en el discurso de Pedro que hablaba en esta lengua a un auditorio israelita, se ha supuesto que este v. 19 es una observación insertada aquí por Lucas, lo que es muy probable. Calvino y varios intérpretes modernos consideran los v. 18 y 19 como un paréntesis explicativo del autor de los Actos. Mas el *en efecto* del v. 18 parece probar que éste forma parte del discurso de Pedro.

20. En el salmo 69:26, el texto hebreo tiene: *Sea devastada su habitación y no haya más habitantes en sus tiendas*. La segunda cita, Sal. 109:8, está conforme al hebreo y a la versión de los Setenta. En uno y otro de estos salmos, el autor habla de sus enemigos, a los que considera como los enemigos de Dios y de su pueblo. (Sal. 69:28.) Pedro aplica a Judas las palabras del salmista. (Comp. Juan 13:18.) En esta aplicación, la *habitación* que Judas ha dejado tornarse *desierta* por su crimen, es su apostolado, como resulta de la segunda cita. Otros ven en esa habitación la propiedad adquirida por Judas (v. 18); la primera parte de la profecía está cumplida, querría decir Pedro; nos resta cumplir la segunda, dando el cargo de Judas a otro. El término traducido por *cargo* significa propiamente la función de un *inspector (obispado)*.

21. La proposición que Pedro ha preparado por su discurso es la de

24 apellidado Justo, y a Matías [22]. Y orando dijeron: Tú, Señor,
conocedor de corazones de todos, muestra al uno que has elegido
25 de entre estos dos para tomar el lugar de este ministerio y apos-
tolado, del cual se apartó Judas para ir a su propio lugar [23].

nombrar un apóstol en lugar de Judas. Pero puesto que un *testigo* debe estar perfectamente instruído de las cosas que afirma, Pedro pone como condición que el elegido haya (gr.) *andado con* los primeros discípulos de Jesús, que haya compartido la vida errante del Salvador y de los suyos, y esto *durante todo el tiempo* que el Señor Jesús (gr.) *entró y salió entre nosotros*. Los límites del ministerio caracterizado por este hebraísmo (Juan 10:9, nota) son: *el bautismo de Juan*, que lo inauguró (gr. *habiendo empezado desde* el bautismo de Juan), y la ascensión, que señaló su término. Sólo el hombre que haya así seguido a Jesús desde el principio hasta el fin de su carrera terrestre podrá *ser testigo de su resurrección*. Será testigo de su vida entera; pero Pedro concentra ésta en *la resurrección*, que considera como el fundamento del evangelio. (Comp. 10:38-42.) Se ve por estas palabras qué alta idea los apóstoles mismos tenían del testimonio apostólico, fuente única y sola autorizada de todo lo que conocemos del Salvador y de su obra.

22. Se reconoció pues en esos dos hombres las condiciones que preceden. De donde podemos inferir que varios discípulos de Jesús le siguieron en todo su ministerio, como los apóstoles, lo que no es expresamente relatado en los evangelios, pero resulta de relatos tales como Lucas 6:13;9:57 a 10:20. Fueron *presentados* por la asamblea como los dos candidatos entre los cuales la suerte debía decidir. Se puede preguntar si el sujeto del verbo: *presentaron*, son los once o la asamblea de los ciento veinte. Según el caso análogo de 6:3,5, se trata más bien de ésta. Por lo demás, esos dos hombres no son conocidos en la historia. Según una tradición referida en los Actos apócrifos, habían sido de los setenta discípulos enviados en misión por Jesús.

23. Sin duda es el apóstol Pedro también quien pronuncia esta oración en nombre de todos (v. 15), pero con razón es atribuída a todos los presentes, porque todos oraban en su corazón. Lo que piden al Señor, es que *muestre*, que revele por la suerte que va a ser echada (v. 26), cuál de esos dos había escogido, a fin de que esa elección fuera de él y no de los hombres. Las palabras *ministerio* (servicio) y *apostolado* se aplican a una sola y misma función. Judas la había abandonado para irse *a su propio lugar*. Palabras trágicas que, aquí no pueden significar otra cosa que el lugar o el estado de una desdicha sin remedio. (Mat. 26:24.) Así cada uno, muriendo, se va a su propio lugar que es determinado por las disposiciones internas de su alma. Otras explicaciones dadas de este término, como *su casa*, o el *campo* que había adquirido (v. 18), *no se discuten*. ¿A quién se dirige esta oración? Al *Señor* Jesús, responden Bengel, Olshausen, Baumgarten, Ebrar, Lechler, porque por el nombre de *Señor* designan siempre los discípulos a su Maestro (v. 6), y porque él había elegido todos sus apóstoles y debía también elegir a éste. A él igualmente se dirigirá la última oración de Esteban. (7:59.) Meyer piensa, al contrario, que Pedro habla a Dios, a quien pertenece ese atributo de *conocer los corazones de*



26 Y les echaron suertes, y cayó la suerte sobre Matías, y fué con-
tado con los once apóstoles [24].

C. 1-13. La efusión del Espíritu Santo en el día de pentecostés. — 1º *El acontecimiento.* Estando los discípulos reunidos en el día de pentecostés, un ruido semejante al de un viento violento llena la casa donde estaban sentados; lenguas, como de fuego, posan sobre cada uno de ellos. Son llenados del Espíritu Santo y hablan en otras lenguas, según el Espíritu les da de expresarse (1-4). — 2º *El efecto producido.* Judíos venidos de todos los países se encontraban en Jerusalén. Se reúnen en multitud al ruido del acontecimiento, y se sorprenden mucho al oír a los discípulos expresarse en sus idiomas particulares. El autor enumera los países de origen de esos oyentes, que, en su asombro, se preguntan cuál es el significado del suceso. Algunos burladores pretenden que los discípulos están ebrios (5-13).

II Y al cumplirse el día de pentecostés [1] estaban todos juntos

*todos*. (15:8; Luc. 16:15; Jer. 17:10.) Mas Jesús, aun en su estado de humillación, "sabía lo que había en el hombre." (Juan 2:25;21:17.) No hay nada en el texto que decida la cuestión de modo perentorio.

24. Los apóstoles recurrieron a ese medio de la *suerte*, porque, por una parte, estaban convencidos de que Judas debía ser reemplazado y el número de doce apóstoles, querido por Jesús, completado; y por la otra, no querían tomar la responsabilidad de esa elección. Pero no obraron así sino después de *orar*, y seguros de que la suerte manifestaría realmente la voluntad del Señor. Bengel hace esta observación: que, mientras Jesús estuvo con ellos, los discípulos jamás emplearon ese medio, porque él los aconsejaba en todas las cosas; y que, después de pentecostés, jamás recurrieron a él, porque el Espíritu de Dios los conducía a toda verdad. Esta observación es muy justa y sobre todo aplicable a las elecciones en las iglesias; pero nuestro relato prueba por lo menos que consultar así la voluntad de Dios, cuando no se tiene ningún otro medio de conocerla, no tiene nada de contrario a esa voluntad. En cuanto al antiguo testamento, véase Lev. 16:8; Núm. 26:52-56; Jos. 7:14; 1 Sam. 10:20; 1 Crón. 24:5;25:8; Prov. 16:33; Comp. Luc. 1:9.

1. Gr. *Como se cumplía el día de pentecostés*, lo que no puede significar: en la tarde de ese día, a causa de la observación del v. 15; no se puede tampoco explicar esta expresión por la consideración de que para los judíos el día había empezado ya la víspera a la tarde. El pensamiento del autor es que el tiempo que debía transcurrir antes de ese día de pentecostés, quizá también el período que separaba esta fiesta de la de la pascua, estaban cumplidos. El término señalado para el cumplimiento de la promesa (1:4) había llegado. (Mar. 1:15; Luc. 1:57; 9:51; Gál. 4:4.) La palabra *pentecostés* significa *quincuagésimo*, porque esta grande fiesta se celebraba cincuenta días después de la pascua, como fiesta de acción de gracias por la cosecha. (Ex. 23:16; Núm. 28:26; Deut. 16:9, y sig.) Según el Talmud, los judíos celebraban al mismo tiempo en ese día el recuerdo de la promulgación de la ley

2 en el mismo lugar [2]; y se produjo de repente del cielo un ruido
así como de viento impetuoso, violento, y llenó la casa entera
3 donde estaban sentados [3]; y les aparecieron lenguas que se repar-

en el monte del Sinaí. Ni Josefo, ni Filón mencionan este significado de la fiesta. Parece que se contaban los cincuenta días tomando como el primero de ellos el segundo de la fiesta de pascua. (Lev. 23:15.) Según la tradición sinóptica, narrada por Lucas (22:7; 23:54), este segundo día (16 de nisán) fué ese año un sábado. Lucas se representaría pues el quincuagésimo día, el de pentecostés, como coincidiendo igualmente con el sábado. Mas según Juan (13:1, nota), Jesús murió el 14 de nisán, y el 16, segundo día de la fiesta de pascua, fué el domingo en que Jesús resucitó; y por consiguiente pentecostés cayó también en domingo. La tradición confirma este dato. La iglesia, en efecto, siempre ha celebrado pentecostés, lo mismo que la fiesta aniversaria de la resurrección del Salvador, el domingo. Hay, entre los grandes acontecimientos del antiguo pacto y los del nuevo, una notable armonía: la pascua cristiana cumplía, en un sentido espiritual y profundo, la pascua de los hebreos, realizando el Cordero de Dios lo que el cordero pascual prefiguraba. Igualmente, el día de pentecostés judía, el Espíritu de vida, que liberta a la servidumbre de la ley y único que inspira la verdadera acción de gracias, fué derramado sobre la iglesia.

2. El texto recibido tiene: todos *unánimes*, término tomado del cap. 1:14, pero que da bien la idea de la palabra todos *juntos (Sin., B, A, C.)* Cuando los discípulos de Jesús están unidos en la oración (1:14) es cuando viene sobre ellos el Espíritu de Dios. ¿Quiénes eran esos discípulos reunidos, simplemente designados por este pronombre *ellos?* No solamente los apóstoles, no solamente los ciento veinte que esperaban el cumplimiento de la promesa (1:15), sino sin duda otros también, que creían en Jesús y que habían ido de Galilea para la fiesta. Otra cuestión se presenta aquí: ¿cuál era *el lugar* de esta asamblea? Varios intérpretes han pensado que era una de esas numerosas salas dependientes del templo y que, según Josefo, se llamaban también *casas*. (v. 2.) Se apoya esa opinión en la idea de que era conveniente que la iglesia cristiana fuera fundada en el santuario mismo del antiguo pacto. Nada menos probable: 1º porque el lugar ordinario de las reuniones de la pequeña iglesia era una casa particular con su "aposento alto" (1:13, nota); 2º porque Lucas no diría (v. 2) *la casa* si se tratara del templo, sino que designaría a éste claramente, como lo hace en 2:46;3:2,11;5:21; 3º porque es más que dudoso que los enemigos del Salvador y de sus discípulos hubieran permitido a estos últimos reunirse en tan gran número en el lugar sagrado, más que dudoso también de que los discípulos, aún llenos de temor, lo hubieran deseado. Todo induce pues a creer que el milagro de pentecostés se realizó en una casa particular, probablemente aquella en donde Lucas nos ha mostrado a los discípulos reunidos en la tarde de la Ascensión (1:13,15), quizá, como se ha supuesto, la misma en que Jesús había pasado su última tarde con los doce.

3. Estos fenómenos que se produjeron primeramente al oído, luego a la vista (v. 3), eran símbolos del Espíritu. El ruido que vino *de repente* de arriba *(del cielo)*, manifestación de la presencia y de la acción de Dios, y



4 ten, como de fuego, y se asentó sobre cada uno de ellos [4]; y
fueron todos llenados de Espíritu Santo [5], y empezaron a hablar
en otras lenguas conforme el Espíritu les daba expresarse [6].

que *llenó toda la casa*, hizo en los discípulos la impresión *de un viento que sopla con violencia*. Figura muy exacta de la potencia (1:8) y de la libertad del Espíritu que, como el viento, sopla donde quiere. (Juan 3:8;20:22.) Dos expresiones señalan el carácter inesperado de la efusión del Espíritu: la palabra *de repente*, colocada al principio de la frase y que lleva el énfasis; luego este detalle: *estaban sentados*, de donde se puede inferir que no estaban en oración, pues los judíos oraban de pie. Esperaban el Espíritu desde hacía diez días; su espera debía ser avivada por la fiesta de ese día, y no obstante el don de Dios los sorprendió en un momento en que no lo esperaban precisamente.

4. Nuevo símbolo de profundo significado. Las *lenguas, como de fuego*, eran una doble figura del espíritu santo. Primeramente este Espíritu, santificando el hermoso don de la palabra humana, iba a hacer de ella el poderoso instrumento de la predicación del evangelio en el mundo. Luego, esta apariencia de *fuego*, del elemento que es, en toda la naturaleza, luz, calor, vida, no menos que medio activo de purificación, podía revelar a los discípulos la acción universal del Espíritu que iba a hacerse para ellos un bautismo de fuego. (1:5, nota.) Dos observaciones aún: 1º El participio traducido por lenguas *separadas* está en el original en presente, *separándose*, a la vista de los discípulos, en el momento en que el fenómeno se produce; 2º aunque el sujeto del verbo *posaron* son *las lenguas*, este verbo está, en griego, en singular (salvo en *Sin., D*, vers. sir.), irregularidad destinada a hacer sentir tanto mejor que *una* lengua *posó sobre cada uno de ellos*. Cada uno, en efecto, debe recibir individualmente el Espíritu Santo y ser por él penetrado, regenerado, santificado. (Véase la nota siguiente.)

5. No hay que cercenar nada de la riqueza de estas expresiones: *Todos*, no solamente los apóstoles, como se ha dicho a menudo, sino todos los discípulos reunidos, fueron *llenados del Espíritu santo*. Fueron pentrados de él en todas las facultades de su alma, recibieron toda la plenitud de sus dones, luz, verdad, vida, amor, principio de toda santidad; pues se trata del Espíritu *santo*. No habría que pensar sin embargo que este Espíritu vino sobre ellos y quedó en ellos de un modo mágico, sin participación de su voluntad y de su fe. Ellos se habían preparado por la oración (1:14), y ninguno de ellos conservó este Espíritu sin colocarse constantemente bajo su influencia. Por eso leemos que, en circunstancias solemnes, tal de los discípulos fué, nuevamente, "llenado del Espíritu santo." (6:5;11:24.)

6. *Hablar en otras lenguas*, y no *hablar en lenguas extranjeras*, según nuestras versiones ordinarias. En efecto, esta manera de traducir, contraria al texto original, da por resuelta una de las cuestiones exegéticas más difíciles del nuevo testamento. ¿Qué debe entenderse por esas *otras lenguas?* La respuesta más antigua que haya sido dada a nuestra pregunta es esta: este don extraordinario del Espíritu consistía para los discípulos en la facultad de hablar, sin haberlas aprendido, las lenguas más diversas, y de hacerse

5 Y estaban morando en Jerusalén judíos, varones piadosos de

comprender de todos los pueblos. (v. 8,11). Algunos Padres de la iglesia, Ireneo, Tertuliano, pensaban que este don fué permanente y que los apóstoles se sirvieron de él para anunciar el evangelio a todas las naciones. Sin retener esta última opinión, que no tiene el menor fundamento en la historia, varios exégetas modernos (Baumgarten, Lange, Ebrard, Lechler, Barde (admiten la misma interpretación, pero consideran este efecto del Espíritu como un don momentáneo, magnífico símbolo de la unión nueva de todos los pueblos, antes divididos por la confusión de las lenguas. (Gén. 11:7-9.) Meyer también estima que, en la idea del autor de los Actos, los que habían recibido el Espíritu Santo empezaron a hablar idiomas que hasta entonces les eran extraños, y cuyo conocimiento y uso les fueron impartidos por el Espíritu mismo. Pero ve en nuestro relato, así comprendido, un embellecimiento legendario. El fenómeno que se produjo realmente sería el que Pablo describe en la 1ª Cor. 14: un lenguaje particular, proferido en estado de éxtasis, y que debía ser interpretado para hacerse inteligible a los oyentes. Esta explicación era ya la de de Wette. Holtzmann la sostiene aún hoy; encuentra una analogía entre este "milagro filológico" y la leyenda, referida por Filón, según la cual la ley, en el momento de su promulgación sobre el Sinaí, fué comunicada a todos los pueblos en su lengua materna. A esta interpretación de nuestro relato, que hace hablar a los discípulos en lenguas extranjeras, se pueden hacer las siguientes objeciones: 1º los v. 6-11 no nos muestran a los discípulos hablando cada uno una lengua diferente y la multitud escuchándolos dividida en grupos según las nacionalidades. Nos los presentan más bien celebrando en una común oración, en una especie de canto quizá, "las cosas magníficas de Dios"; o hablando unos después de otros, pero dirigiéndose cada uno a la multitud entera. El milagro consiste en el hecho de que cada uno de sus oyentes oye a todos ellos expresarse en su lengua materna. 2º Lo que prueba que el autor no atribuye a los discípulos la facultad de hablar diversas lenguas extranjeras, sino que les atribuye más bien un solo y mismo lenguaje nuevo y extraordinario, es que menciona (v. 9) entre los oyentes asombrados de comprenderlos como si hablaran en su propio dialecto, "los habitantes de Judea". 3º Un lenguaje extático explica mejor que discursos en idiomas extranjeros, la observación de los escarnecedores (v. 13). 4º Los oyentes clasificados por nacionalidades (v. 9-11) eran todos "judíos y prosélitos" (v. 11), venidos a Jerusalén para la fiesta; las regiones enumeradas son las de su domicilio, para algunos el lugar de su nacimiento (v. 8), pero no su país de origen. Por consiguiente todos sabían el hebreo o el griego. Habría sido inútil hacerles oír lenguas diversas. Lo que causa su sorpresa, es oír a los discípulos expresarse en su dialecto particular y con el acento propio a su terruño. 5º Este "hablar en lenguas" es mencionado dos veces aún en el libro de los Actos. En el cap. 10:44-48, cuando el Espíritu descendió sobre la familia de Cornelio; y en este relato Pedro realza expresamente la identidad de esa manifestación del Espíritu con la que se produjo el día de pentecostés (10:47; 11:15). En el cap. 19:6, cuando Pablo pone



6 toda nación de las que hay bajo el cielo[7]; y producido este ruido
reunióse la muchedumbre, y fué confundida de que cada uno en
7 su propio dialecto los oían hablar. Y se pasmaban y se admiraban
diciendo: ¿No son, he aquí, todos estos que hablan galileos?

sus manos sobre los discípulos de Juan el Bautista. En estos dos casos, no puede ser cuestión de lenguas extranjeras. Ahora bien: ¿no se debe suponer que el autor del libro de los Actos ha escrito con bastante cuidado para no relatar en términos semejantes hechos sin analogía? No se podría admitir esa falta de concordancia más que admitiendo, con varios críticos recientes, fuentes diferentes yuxtapuestas por un redactor poco atento. Wendt, que opone a la interpretación de Meyer la mayor parte de esas objeciones, insiste sobre el hecho de que en el v. 3 las "lenguas de fuego" figuran los órganos de la palabra. El don del Espíritu tuvo por efecto renovar éstos, y a consecuencia de esa renovación los discípulos hablaron un lenguaje nuevo, diferente de su hablar habitual como de todas las lenguas conocidas. Este lenguaje milagroso tenía esta propiedad: que todos los que lo oían, lo oían como su lengua materna. El texto, en efecto, no dice que los discípulos hablaban el dialecto de los partos, etc., sino que los partos, etc., los *oían hablar, cada uno en su propio dialecto* (v. 6,8,11). El milagro no consistió en el hecho de que los oyentes creyeron oír su propia lengua, mientras que los discípulos hablaban la que les era habitual, el arameo o el griego, como lo suponía ya Gregorio Nazianceno. Los discípulos hablaban un lenguaje nuevo y sobrenatural, pero ese lenguaje, por otro milagro, era inteligible a todos. "Había en ese lenguaje excepcional un poder extraordinario, que iba del alma al alma y triunfaba de la diversidad de los idiomas." (De Pressensé, *Hist. de los tres primeros siglos de la iglesia*, tomo I, p. 356). El término: *en otras lenguas* debe pues ser interpretado: "en un lenguaje nuevo". Las palabras que siguen ***según el Espíritu les daba que se expresaran***, confirman este sentido, pues muestran que ese lenguaje nuevo, producido por la acción inmediata del Espíritu, era hablado en un estado de alma elevado hasta el entusiasmo y el éxtasis. Si comparamos el hecho que señaló la efusión del Espíritu en pentecostés, con el que se producía en la iglesia de Corinto, y de que se trata en 1 Cor. 14, la semejanza de ambos fenómenos nos parecerá sorprendente: en ambos casos, este lenguaje extraordinario es un don del Espíritu, don distinto del de la enseñanza y aun de la profecía (1 Cor. 12:10;14:2); ese lenguaje sirve para expresar, en la oración y la acción de gracias, emociones intensas del alma (1 Cor. 14:14 y sig.). Los que lo hablan parecen a los extraños estar fuera de sí (1 Cor. 14:23). La única diferencia es que, en Corinto, el que habla en lenguas debe ser interpretado para ser comprendido, aun de los fieles (1 Cor. 14:2-19), mientras que en pentecostés los oyentes bien dispuestos comprendieron inmediatamente a los discípulos como si hablaran en su lengua materna. Se puede inferir de ello que bajo la influencia primera del Espíritu, el lenguaje que éste se había creado poseía una fuerza de penetración que perdió después, por falta, sin duda, de los creyentes que se envanecieron.

8 ¿y cómo nosotros oímos cada uno en nuestro propio dialecto en
9 que nacimos [8]? Partos y medos y elamitas, y los que habitan
Mesopotamia, tanto Judea como Capadocia, el Ponto y el Asia,
10 tanto Frigia como Pamfilia, Egipto y las partes de Libia que
está por Cirene, y los romanos residentes, tanto judíos como
11 prosélitos, cretenses y árabes, les oímos hablar en las lenguas
12 nuestras las magnificencias de Dios [9]. Y se pasmaban todos
y estaban perplejos, uno al otro diciendo: ¿Qué quiere ser

de ese don maravilloso y no se preocuparon bastante por la edificación de los demás (1 Cor. 14:4,6,9,12,19).

7. Esos *judíos, varones piadosos* (8:2; 22:12) después de haber vivido dispersos en las diversas regiones aquí designadas (v. 9), se encontraban entonces en Jerusalén, ora de visita para la fiesta, ora en *morada* permanente; la palabra griega expresa este último pensamiento. No está en contradicción con la expresión del v. 9: *los que habitan* Mesopotamia..., pues las regiones indicadas eran las de su precedente residencia. Lucas hace esta observación a fin de preparar lo que va a seguir y prevenir en el lector la idea de que los hombres cuyos distintos lugares de habitación son enumerados en los v. 9-11 fueran paganos de esas nacionalidades. Las palabras: *de todas las naciones que hay bajo el cielo,* forman aquí una hipérbole que significa: todos los pueblos entonces conocidos. La expresión es clásica.

8. En lugar de: *habiendo ocurrido ese ruido,* se podría traducir: *habiéndose extendido la noticia.* Pero, según el v. 2, se trata del *ruido* que produjo el "violento soplo de viento", que "llenó toda la casa" y se extendió por fuera. (Comp. por este empleo de la palabra griega, Juan 3:8.) La *multitud se reunió* probablemente delante de la casa donde estaban los discípulos. La causa de su asombro, tan vivamente expresado (Comp. v. 12), fué el oírlos hablar, a ellos, *galileos,* en los diversos dialectos de sus países de origen. Conservamos (v. 6 y 8) la palabra griega *dialecto,* pues el lenguaje de esos judíos venidos de diversas regiones, era más bien dialectos diferentes que lenguas propiamente dichas. Los términos vagos de este relato no dicen si *cada uno* oía y comprendía a los discípulos que hablaban unos después de otros, o todos al mismo tiempo en una oración común. (v. 4, 2ª nota.)

9. Los que hablaban glorificaban pues con entusiasmo las *grandes cosas* que *Dios* había hecho para la redención del mundo, desde el envío del Salvador hasta la efusión del Espíritu Santo. ¡Qué motivo de alabanzas! En la lista de esas nacionalidades y diversos países, es extraño hallar, entre *Mesopotamia* y *Capadocia,* la *Judea.* La mención de ésta pone en apuros a los intérpretes que admiten que los discípulos hablaban lenguas extranjeras, pues la lengua de los habitantes de Judea era la misma de los discípulos. Han propuesto leer: *India* o *Iduméa,* pero no pueden apoyarse en ningún manuscrito. Tertuliano leía aquí *Armenia,* y Jerónimo *Siria.* En fin, el autor observa que los hombres de esa multitud eran, en cuanto a la religión, *judíos* de nacimiento o *prosélitos,* es decir convertidos del paganismo. Es posible también que esta indicación: *Judíos y prosélitos* no se refiera más que a los *romanos residentes.* Esto explicaría que sea seguida aún de dos nombres de pueblos: *cretenses y árabes.* (Blass). Wendt es inducido a considerarlas como una interpolación, pues no se comprendería por qué la distinción entre judíos y prosélitos sería especialmente realzada en los romanos.

10. *¿Qué quiere decir esto?* (gr.) *¿Qué quiere ser esto?* Se ha traducido también: ¿qué va a resultar? ¿qué acontecimiento se prepara?

11. Es decir, *están borrachos* (v. 15). Se entiende ordinariamente por *vino dulce el mosto* o vino no fer-



13 esto [10]? Mas otros burlándose decían: Llenos de vino dulce están [11]

D. 14-42. EL DISCURSO DE PEDRO. — 1º *Exordio.* Pedro se adelanta con los once y empieza por apartar la acusación de ebriedad mediante esta simple observación: que son las nueve de la mañana (14-15). — 2º *Explicación del acontecimiento.* El hecho que ha dado lugar a esta calumnia es el cumplimiento de la profecía de Joel, que prometía la efusión del Espíritu sobre toda carne (16-21). — 3º *Demostración del mesiazgo de Jesús de Nazaret:* a) *Cómo fué Jesús matado por los judíos y resucitado por Dios.* El apóstol recuerda a sus oyentes que Jesús de Nazaret había mostrado por sus obras que era aprobado por Dios; que ellos sin embargo le habían crucificado por mano de los paganos, obrando en eso conforme a los designios de Dios; pero Dios le ha resucitado, pues no podía permanecer presa de la muerte (22-24). b) *La resurrección de Jesús, predicha por David.* Citando el salmo 16, Pedro lo presenta como una profecía de la resurrección de Jesús, pues si las esperanzas que él expresa no se han cumplido para David, que murió y está enterrado en medio de su pueblo, es porque esas esperanzas concernían al Mesías, a ese Jesús cuya resurrección es atestada por los apóstoles (25-32). c) *Jesús elevado a la diestra de Dios, de donde derrama el Espíritu, es el Mesías.* Jesús ha sido elevado a la diestra de Dios. Ha recibido del Padre el Espíritu Santo y lo derrama sobre los discípulos, como los oyentes de Pedro pueden comprobarlo. Esta elevación ha sido también predicha por David en el salmo 110. Toda la casa de Israel puede, pues, tener la certidumbre de que Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús, a quien vosotros habéis crucificado. —dice Pedro a sus oyentes (33-36). — 4º *El arrepentimiento y el bautismo condición de la salvación.* Los oyentes heridos en su conciencia, preguntan qué deben hacer. Pedro les exhorta a arrepentirse y hacerse bautizar en el nombre de Jesucristo para obtener la remisión de los pecados. Recibirán entonces el Espíritu Santo, pues la promesa de este don es para ellos, para sus hijos, para los que están lejos, para cuanto el Señor llamare (37-39). — 5º *Resultado del discurso de Pedro.* El testimonio del apóstol, dado con muchas otras palabras aún, las exhortaciones por las cuales constriñe a sus oyentes a salvarse de en medio de una generación pervertida, los llevan a acoger su palabra y hacerse bautizar. Tres mil son añadidos a la iglesia ese día. Perseveran en la doctrina de los apóstoles y en la comunión mutua, celebran la cena y oran juntos (40-42).

14 Mas poniéndose Pedro en pie con los once, levantó su voz
y se expresó a ellos: Varones judíos y todos los que habitáis

Jerusalén, esto os sea conocido, y dad oído a mis palabras[12].
15 No están éstos ebrios, en efecto, como vosotros suponéis, pues
16 es la hora tercera del día[13], sino que esto es lo dicho por medio
17 del profeta Joel[14]: Y será en los últimos días, dice Dios, que
derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vues-
tros hijos y vuestras hijas, y vuestros mancebos verán visiones,
18 y vuestros ancianos soñarán con sueños; sí, y sobre mis siervos
y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y
19 profetizarán[15]. Y daré prodigios en el cielo arriba y señales

mentado; pero no era esa la estación de la vendimia; se trata pues de un líquido preparado con mosto. Es evidente que esos *burladores* no comprendían la lengua nueva del Espíritu; y como los discípulos se expresaban con entusiasmo, les parecieron privados de razón. Así es como en Corinto, el apóstol Pablo dice que "hablar en lenguas", sin interpretación, podría hacer pensar que los que hablan están "fuera de sí" (1 Cor. 14:23).

12. Hay en la manera como el discurso de Pedro es introducido algo de muy solemne. *Se presenta*, en la actitud del orador, rodeado *de los once, eleva la voz;* el verbo que traducimos por *habló* es el mismo que traducíamos por *expresarse* en el v. 4, es empleado por los Setenta (1 Crón. 25:1; Zac. 10:2) para designar palabras pronunciadas bajo la influencia del Espíritu Santo. Pedro mismo, penetrado de la santa gravedad de lo que tiene que decir, reclama la *atención* de su auditorio (gr. *recibid en vuestros oídos).* En este primer discurso, explica ante todo el milagro de pentecostés por la grande profecía de Joel (v. 14-21); luego anuncia a los judíos que Jesús de Nazaret, crucificado por ellos, pero resucitado y elevado a la diestra de Dios, desde donde ha derramado sobre sus discípulos el Espíritu Santo, es realmente el Mesías (v. 22-36).

13. Sin detenerse en lo que había de injurioso en las palabras de los escarnecedores, el apóstol, tranquilo y digno, responde simplemente que se equivocan, puesto que no es más que la *tercera hora del día*, es decir las nueve de la mañana. Se contesta hoy que fuera esa la hora de la oración, antes de la cual los judíos no tomaban nada ni bebían vino. El apóstol se funda más bien en el hecho de experiencia citado en 1 Tes. 5:7; Rom. 13:12, 13).

14. Joel 3:1-5 en la biblia hebraica, cap. 2:28-32 en los Setenta y en nuestras traducciones. Este pasaje es citado conforme a la versión griega, con algunas variantes intencionales que haremos notar. El milagro que causa el asombro de la multitud es el cumplimiento de una profecía bien conocida, que anunciaba esa efusión del Espíritu de Dios sobre nuestra humanidad. La profecía es citada in extenso, aunque sobrepase los tiempos de la fundación de la iglesia y se extienda hasta las señales que precederán la segunda venida del Salvador para el juicio del mundo (v. 19,20).

15. Tal es la promesa del Espíritu en toda su riqueza y su universalidad. Ya el verbo *derramar* denota la abundancia del don del Espíritu (v. 4, 1ª nota). *Toda carne* significa la *humanidad* entera (Rom. 3:20; Gál. 2:16), por oposición al



20 sobre la tierra abajo, sangre y fuego y vapor de humo. El sol
será cambiado en tinieblas y la luna en sangre, antes de venir
21 el día del Señor grande y manifiesto. Y será que todo el que
22 invocare el nombre del Señor será salvado[16]. Varones israelitas,
oíd estas palabras: A Jesús el Nazareno, varón acreditado de
parte de Dios para con vosotros con milagros y prodigios y seña-
les, que hizo Dios por medio de él en medio de vosotros, conforme

antiguo pacto, en que el Espíritu no era derramado más que sobre algunos profetas. No hay aquí ninguna distinción, ni de edad *(ancianos, jóvenes)*, ni de sexo *(vuestros hijos, vuestras hijas)*, ni de rango *(siervos, siervas)*. En cuanto a los efectos de este Espíritu, además de la influencia moral y santificadora que es lo esencial, se manifestará por dones extraordinarios, tales como el de *profetizar*, es decir, hablar en el nombre de Dios de modo que produzca la convicción y el arrepentimiento (véase 1 Cor. 14:2, nota); o también por *visiones* y *sueños* que, en el antiguo testamento, eran a menudo medios de revelación divina. Algunos términos de la cita difieren de los Setenta y del hebreo. 1º Estos dos textos dicen simplemente: *después de estas cosas;* Pedro substituye a esa fórmula las palabras: *en los últimos días*, porque evidentemente la profecía que cita se extiende mucho más allá de la economía evangélica (v. 19,20, nota). 2º Hay en el hebreo: Derramaré *mi Espíritu;* Pedro dice, con la versión griega: *de* mi Espíritu, expresión partitiva que, según Meyer, significa que de la plenitud de su Espíritu, Dios otorga a cada uno cierta medida, según sus necesidades, su capacidad o su vocación. Según Olshausen, este giro designaría la medida del Espíritu dispensada a la iglesia actual, por oposición a la plenitud que será derramada sobre la iglesia de los últimos tiempos. 3º El texto hebreo dice por último: *los* siervos y *las* siervas, lo que significa que los esclavos mismos no son excluídos de la promesa. Según la versión griega que dice: *mis* siervos, *mis* siervas, estas palabras no designan una nueva categoría de personas, sino que caracterizan las que acaban de mencionarse, y que, por el Espíritu, se tornan en siervos y siervas de Dios. Las palabras: *y profetizarán* (v. 18), no se hallan ni en el hebreo ni en la versión griega del pasaje de Joel.

16. Estos versículos (19,20), describen las señales y los juicios terribles que precederán el *día grande y esplendente del Señor*. Las señales que los anunciarán tendrán lugar *sobre la tierra:* son figuras de guerras, de crímenes, de incendios (comp. Mat. 24:6,7); tendrán lugar también *en el cielo* (v. 20): son símbolos de caída y de ruina para las potencias y los imperios. Pedro, anunciando así el juicio final por las palabras del profeta, quería llevar a sus oyentes al arrepentimiento. Pero era para agregar inmediatamente con Joel esta misericordiosa promesa: *Todo el que*, en medio de esas calamidades de los últimos días, *invocare* con confianza *el nombre del Señor será salvado.* (Rom. 10:13; Act. 7:59; 9:14.) El apóstol habría podido citar también las últimas palabras de esta hermosa profecía: "La salvación estará sobre el monte Sión,

23 vosotros mismos sabéis[17]; a éste, por el determinado consejo
y presciencia de Dios entregado, por medio de mano de inicuos
24 habiéndole clavado matasteis[18]; al que Dios ha resucitado, ha-
biendo suelto los dolores de parto de la muerte[19], por cuanto no

en Jerusalén"; pues su primer discurso en esa ciudad, era la proclamación de esa salvación.

17. Pedro, después de explicar el milagro de pentecostés, del modo más luminoso, por la grande profecía de Joel viene inmediatamente a hablar de *Jesús*, de quien va a recordar la muerte y probar la resurrección, de quien afirmara que, desde el seno de la gloria, ha derramado sobre su iglesia el Espíritu de Dios, para concluir que él es el Señor y el Cristo (v. 36). Da a Jesús el nombre de *Nazareno*, con que el pueblo judío le designaba, pero agrega inmediatamente los títulos gloriosos con que Dios le había revestido ante su pueblo. Dios le había *autorizado* o *acreditado* o *demostrado* por obras de potencia divina cuyos términos acumula el apóstol, y que eran como otras tantas cartas de crédito. (Comp. Hebr. 2:4; Rom. 15:19.) Y a fin de hacer sentir a sus oyentes su responsabilidad en presencia de este mensaje divino, Pedro les declara que había tenido lugar *junto a ellos, en medio de ellos.* Apela por último a su propio testimonio: *como vosotros mismos lo sabéis.* ¡Qué preparación a los terribles reproches que va a dirigirles!

18. Hay en estas palabras una concepción luminosa de las causas de la muerte de Jesús; el apóstol halla en ella causas *humanas*, pero dominadas desde lo alto por causas *divinas.* 1º Jesús fué *entregado* por Judas, luego *clavado* (agregamos *a la cruz,* aunque estas palabras no estén en el griego) *por mano de inicuos,* es decir (gr.) hombres *sin ley* (1 Cor. 9:21), de paganos, con lo que Pedro designa a los romanos que crucificaron a Jesús. Pero, ¿cómo entonces puede decir a sus oyentes: *vosotros le matasteis?,* pues seguramente muchos de entre ellos habían sido extraños al asesinato jurídico de Jesús. Es que él considera con razón ese crimen como siendo de todo el pueblo. Este pueblo, engañado por sus jefes, ¿no ha rechazado a su Mesías, pedido su muerte, gritado: "Que su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos?" Esta solidaridad de todo el pueblo con el sanedrín que condenó al Salvador fué profundamente sentida por los oyentes de Pedro (v. 37, nota). 2º Pero no debían creer sin embargo que la vida del Mesías pudiera depender únicamente de la voluntad perversa de los hombres; no, si todo eso le ha acontecido, es porque tal fué *el consejo determinado de Dios* cuya *presciencia* ha previsto y dirigido todo. ¡Qué sentido divino y qué alcance inmenso da esta declaración a la muerte del Salvador! Si esta muerte no hubiera sido indispensable para la salvación del mundo, ¿la habría querido Dios? El texto recibido con *D, E,* tiene: *habiéndole tomado* le hicisteis morir. El mismo texto tiene: *por manos,* en lugar de *por mano,*

19. Si la muerte de Jesús parecía ser la negación de su mesiazgo, su *resurrección* es la afirmación brillante de aquél. Por eso Pedro pronuncia sin ninguna transición esta importante declaración: *Dios le ha resucitado,* y emplea todo el resto de su discurso en probarlo. El apóstol



25 era posible que él fuera retenido por ella[20]. David en efecto dice
cuanto a él[21]: Veía al Señor continuamente delante de mí, porque
26 a mi diestra está, para que no sea yo conmovido. Por esto se
regocijó mi corazón y se alegró mi lengua, y aun también mi
27 carne habitará en esperanza, porque no abandonarán mi alma
en la mansión de los muertos ni permitirás que tu santo vea
28 corrupción. Hicísteme conocer los caminos de la vida, llenarasme
29 de regocijo con tu rostro[22]. Varones hermanos, lícito es deciros
libremente sobre el patriarca David, tanto que murió como que

explica esta declaración con una frase que presenta alguna dificultad: *habiendo disipado los dolores de la muerte.* Esta locución es tomada del Sal. 18:5 o del Sal. 116:3. La palabra hebrea vertida aquí por *dolores* significa *ligaduras.* Los Setenta la han traducido por *dolores* (de *parto).* Varios exégetas (de Wette, Meyer, Nösgen) piensan que Pedro, que hablaba hebreo, la tomó en el primer sentido, Lucas en el segundo. Es posible, pero de ningún modo demostrado. La palabra hebrea, con una ligera diferencia en los puntos vocales, significa también *dolores de parto* (Isa. 66:7; Jer. 13:21; 22:23). En el Sal. 116:3 en particular, el paralelismo es mucho más favorable a este sentido que al otro. Esta traducción había llegado a ser corriente gracias a la versión de los Setenta. Pedro puede haber tomado la expresión del salmo en el sentido de dolores de parto. Sea lo que fuere, nuestro texto griego no podría significar otra cosa que los *dolores de parto* que experimenta la muerte. La muerte parece personificada; sufre dolores de parto, porque no puede guardar al Mesías en su seno. Dios pone término a esos dolores llamando a Jesús a la vida. Esta explicación parece a Meyer la única admisible, pues, dice, si se entiende tales dolores de los sufrimientos que experimentaba Jesús, no fué libertado de ellos por su resurrección, sino por su muerte misma.

20. ¿Por qué *no era esto posible?* Porque, responden varios intérpretes, la resurrección de Jesús estaba predicha (v. 25 y sig.). Sin ninguna duda, pero estaba predicha porque estaba en la voluntad soberana de Dios, porque "el Santo" no podía "ver la corrupción", porque el "Hijo de Dios" tenía la vida en sí mismo" (Juan 5:26) y era "la resurrección y la vida" (Juan 11:25).

21. Gr. *Para él,* e *en vista de él,* con relación a él. La cita siguiente es tomada del Sal. 16:8-11; está hecha exactamente de acuerdo a los Setenta.

22. El salmista canta la dicha que le da su confianza en Dios, que está siempre a su lado, *a su diestra,* como su defensor (Sal. 109:31;121:5), a fin de que *no sea conmovido.* Por eso todo su ser está lleno de *gozo;* su *corazón* lo saborea, su *lengua* lo expresa con este canto (el texto hebreo dice: mi *gloria,* expresión que nuestras versiones vierten por mi alma, mi espíritu); aun su *carne reposará con esperanza* y al término de sus días no se tornará en presa definitiva de la muerte; su alma no será abandonada en el *hades,* mansión de los muertos, ni (hebr.) "el amado de Dios en la fosa". Y he aquí el fundamento de esta esperanza: *Hicísteme conocer* (hebr. "me harás conocer", aun en la muerte) *los caminos de la vida; me llenarás de gozo en tu presencia* (hebr.

fué sepultado, y su sepulcro está entre nosotros hasta este día[23].
30 Siendo pues profeta y sabiendo que con juramento le había
Dios jurado del fruto de su lomo hacer sentar sobre su trono,
31 habiendo previsto habló sobre la resurrección del Cristo, que ni
ha sido abandonado en la mansión de los muertos ni su carne
32 ha visto corrupción[24]. A este Jesús ha resucitado Dios, de lo que
33 todos nosotros somos testigos[25]. A la diestra pues de Dios levan-
tado y habiendo recibido de parte del Padre la promesa del
Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís[26].

"hartura de gozos delante de tu rostro, delicias eternas a tu diestra!").

23. El apóstol, dirigiéndose con respeto y afecto a sus oyentes, les prueba que las palabras de David, que no se han cumplido plenamente para él, puesto que *murió y fué sepultado*, y que ellos tienen ante sus ojos *su sepulcro*, lo han sido en *uno de sus descendientes*, *el Mesías*, cuya *resurrección*, animado por el espíritu profético, anunciaba en estos términos (v. 30,31). Pedro llama a David *patriarca*, como jefe de la línea real en la cual los israelitas esperaban su Mesías. David fué sepultado en Jerusalén (1 Reyes 2:10; Nehem. 3:16; Josefo, *Antig.* VII, 15,3; XIII, 8,4; *Guerra de los judíos* I,2,5).

24. Como *profeta* pues habló David, y el apóstol le atribuye la previsión de dos hechos importantes del porvenir: 1º *sabía* por la promesa infalible de Dios (2 Sam. 7:12; Sal. 89:4,5) que *uno de sus descendientes* (gr. *del fruto de sus lomos)* estaría *sentado sobre su trono*, reinando en un reino que sería la realización espiritual y eterna del reino de David. 2º Gr. *Previendo, habló* como profeta *de la resurrección del Cristo*, por quien sólo han sido cumplidas las esperanzas expresadas en el salmo. Es necesario observar esta palabra *previendo* o *viendo anticipadamente:* el don de profecía es una *vista* que el Espíritu de Dios abre sobre el porvenir. El aoristo *(no fué dejado, no vió)* es empleado en lugar del futuro (v. 27), porque Pedro expresa el hecho desde su propio punto de vista. Meyer, Rilliet, Barde traducen: "Por previsión habló de la resurrección del Cristo, *pues* este no fué dejado en la mansión de los muertos". Nuestra versión, más conforme a la costumbre, es admitida por la grande mayoría de los intérpretes. El texto recibido, con *D*, presenta como sigue el comienzo del v. 30: "Sabiendo que Dios le había prometido con juramento que, del fruto de sus lomos, *suscitaría al Cristo según la carne*, y le haría sentar sobre su trono". Las palabras en bastardilla faltan en *Sin.*, *B,A,C.* En el v. 31, el texto recibido tiene: "*Su alma* no fué dejada"; según *Sin.*, *B,A,C,D*, el sujeto es simplemente; *él*, Jesús.

25. Por segunda vez (Comp. v. 24), Pedro pronuncia esta solemne declaración: *a este Jesús*, objeto de la profecía, *Dios le ha resucitado*. Y apoya este gran acontecimiento con el *testimonio* de *todos* los apóstoles. Se puede traducir: *de lo que* o *de quien* somos testigos, es decir, testigos de la resurrección o testigos de Jesucristo o de Dios. La primera traducción es preferible.

26. *Pues*, a consecuencia de la resurrección a que debía necesariamente seguir su *elevación* a la gloria. Muchos traducen: elevado *a la diestra de Dios*, es decir, hecho partícipe de la autoridad divina en el gobierno del mundo; pero la mayor parte de los intérpretes prefieren la versión: elevado *por la diestra* de Dios, es decir por su potencia (5:31; Isa. 63:12). Este último sentido es más conforme al uso del griego; el primero parece, es verdad, concordar mejor con el contexto y con otras enseñanzas de la escritura (v. 34; Ef. 1:20; 2:6). El milagro de pentecostés ha sido la consecuencia directa de la elevación del Salvador a la gloria. *Ha recibido del Padre el Espíritu Santo que había prometido* (gr. *la promesa del Espíritu Santo).* El pensamiento de que el Espíritu Santo emana del Padre está en armonía con las enseñanzas de Jesús mismo (Juan 14:16;15:26). Mas el Hijo es quien *derrama* este Espíritu y le envía (Juan 16:7). "*Ha derramado esto que vosotros también veis y oís*, este fenómeno que os llena de asombro. Se podría traducir: "Ha derramado *el* Espíritu *que* vosotros véis; pero vale más tomar el pronombre relativo en sentido neutro e indeterminado, como en los v. 32, 3:15. El texto recibido dice: "lo que *ahora* vosotros también veis".



34 No subió en efecto David a los cielos, mas él mismo dice: Dijo
35 el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que haya puesto
36 tus enemigos por estrado de sus pies[27]. Sepa pues ciertamente
toda la casa de Israel que tanto Señor como Cristo le ha hecho
Dios, a este Jesús que vosotros habéis crucificado[28].
37 Y habiendo oído fueron compungidos en su corazón[29] y dije-
ron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué hemos de hacer,

27. Pedro prueba, igualmente por testimonio de la escritura, la *elevación* del Salvador, como había probado su *resurrección.* David *no ha subido* al cielo, por tanto no habla de sí mismo cuando declara que Dios ha dicho a *su Señor: Siéntate a mi diestra.* Este Señor, es el Mesías, quien *ha subido al cielo* y se ha sentado a la diestra de Dios. Véase, sobre estas palabras del Sal. 110:1, Mat. 22:44,45, notas; Luc. 20:43. En el pasaje de Mateo, la cita debe probar la divinidad de Jesucristo; aquí Pedro se sirve de ella para demostrar la realidad de su elevación a la gloria.

28. *Pues*, conclusión de todo el discurso. ¡Y qué grandeza, qué energía en estas últimas palabras! Es un llamado a *toda la casa de Israel*, a todo el pueblo, que debe *saber* (gr. *reconocer) con certidumbre*, por todos los hechos que acaban de ser expuestos, que Dios ha constituído *tanto Señor como Cristo*, Señor de todos y de todas las cosas (10:36), tanto como *Mesías*, *a este Jesús que vosotros crucificasteis.* ¡Qué contraste! Dios le ha elevado por sobre todo, como soberano de su reino, ¡y vosotros le habéis crucificado! Pedro quiere producir el arrepentimiento en sus oyentes; "su última palabra es un aguijón que permanecerá hincado en las almas hasta que sea retirado por la conversión y el perdón". *Lechler.* No se debe desconocer, con algunos exégetas, el alcance de las palabras de Pedro, como si no hubiera atribuído esos títulos al Salvador sino después de su elevación. "Antes de ésta, él era Señor y Cristo (Mat. 16:16; Juan 16:30), pero bajo la forma de siervo, habiéndose despojado de esta dignidad que recobró luego en toda su realidad efectiva, aun según su humanidad." *Meyer.*

29. *Traspasados, compungidos*, es decir, penetrados de un doloroso re-

38 varones hermanos[30]? Y Pedro a ellos: Arrepentíos, y sea bauti-
zado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para
perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Santo Espí-
39 ritu[31]. Para vosotros, en efecto, es la promesa y para vuestros
hijos y para todos los que están lejos, cuantos llamare a sí el
40 Señor nuestro Dios[32]. Y con muchas otras palabras dió testimo-

mordimiento. Sienten en su *corazón*, órgano de los afectos morales, y en su conciencia, el crimen de su pueblo, de que son solidarios (v. 23, nota); reconocen su propio pecado de no haber creído más pronto en este Salvador que Pedro les anuncia, quizá aún de haber sido del número de sus enemigos. Estos son la primera turbación y los primeros dolores del arrepentimiento (v. 38).

30. Esos hombres no se limitan a un sentimiento que habría podido ser estéril y pasajero; su voluntad está decidida ya a *hacer* lo que les aconseje el apóstol, y ese consejo lo piden en términos respetuosos y afectuosos *(varones hermanos)* que muestran que su corazón está ganado. *¿Qué hemos de hacer* para ser salvados? Es el primer grito del alma que nace a la vida del cielo (16:30).

31. La respuesta de Pedro, clara, precisa y profunda, contiene en cuatro palabras todo lo que constituye la salvación, esa salvación que es a la vez obra de Dios y del hombre. Les pide: 1º que *se arrepientan*, término que abarca al mismo tiempo el sentimiento doloroso del pecado y el deseo de una completa renovación moral (véase Mat. 3:2, nota; comp. 3:19; Luc. 24:47); 2º que reciban el *bautismo* (gr..) *sobre el fundamento del nombre de Jesucristo (B, C, D* tienen: *en* el nombre), es decir, creyendo en él como Salvador y como Mesías. El bautismo será el sello de su fe. Dos gracias divinas son prometidas a los que se arrepientan y sean bautizados: 1º *la remisión* o el perdón *de los pecados*, que da la paz al alma y la reconcilia con Dios; 2º *el don del Espíritu Santo* que regenera y santifica. Estas gracias constituyen la realidad de la vida divina, de que el bautismo en agua, es solamente el símbolo. Naturalmente los apóstoles explicaron a la multitud el sentido de estas profundas verdades. Su palabra y el Espíritu de Dios, obrando así juntos, produjeron el asombroso resultado referido en el v. 41.

32. El apóstol confirma *(en efecto)* su declaración: "Recibiréis el don del Espíritu Santo." En efecto, este don es el objeto de *la promesa*. Esta promesa, dice, es hecha primeramente a *vosotros*, pueblo de Israel; luego *a vuestros hijos* y descendientes; por último *a los que están lejos.* ¿Qué significa esta última expresión? Literalmente, *a lo lejos* es empleado por los Setenta (2 Sam. 7:19) para designar un "porvenir lejano". Th. de Beza proponía traducir: "Para vuestros descendientes más lejanos". Esta traducción, que ha sido recogida por un intérprete reciente, tiene el inconveniente de repetir una idea ya expresada por el término precedente: vuestros hijos. Varios (Meyer, Wendt, Holtzmann) entienden por *los que están lejos*, los judíos dispersos entre todas las naciones del mundo conocido. Otros, desde Calvino hasta de Wette, Olshausen, Lechler, Nösgen, Zöckler, admiten que el apóstol piensa en los paganos y en su conversión. Es verdad que,



nio y les exhortaba diciendo: Sed salvados de la depravada
41 generación esta[33]. Ellos, pues, habiendo recibido su palabra
fueron bautizados, y fueron añadidas en aquel día como tres mil
42 almas[34]. Y estaban perseverando en la enseñanza de los apóstoles
y en la comunión, en el rompimiento del pan y en las oraciones[35].

según el cap. 10, Pedro no había captado aún ese designio universal de la misericordia de Dios, que el apóstol Pablo llama "el misterio de Cristo" (Ef. 3:4-6). Mas ¿no podía en ese momento, a la luz del Espíritu, elevarse hasta ese pensamiento, sin comprender bien aún cómo se realizaría, tanto más cuanto que lo hallaba en la profecía que acababa de citar *(toda carne*, v. 17. Comp. 3:26, nota)? El apóstol Pablo también llama a los paganos "los que están *lejos*" (Ef. 2:13). Las palabras: *cuantos el Señor llamare* no podrían sin embargo ser invocadas en favor de la aplicación del pasaje a los paganos, pues, aun cuando los judíos formaban el pueblo elegido, debían, según 2:47; 17:4, ser individualmente llamados y escogidos para ser salvados.

33. La palabra griega, a la que hemos dejado su sentido primitivo: *dió testimonio*, significa también: *conjurar* tomando a Dios por testigo (1 Tim. 5:21). Varios intérpretes le dan este sentido aquí: *los conjuraba y les exhortaba.* Pero el sentido de *dar testimonio*, que es más habitual en el libro de los Actos (8:25; 10:42; comp. Luc. 16:28), nos parece imponerse a causa del cambio de tiempo del verbo; al aoristo: *dió testimonio* sucede el imperfecto: *les exhortaba*. El pronombre *les* no depende pues, más que de este último verbo; el primero debe ser tomado sin régimen. El *testimonio* que dió el apóstol *con muchas otras palabras* o *discursos* tenía por objeto la verdad divina que acababa de anunciar. Como consecuencia práctica compelía a sus oyentes a separarse moralmente de *esta generación perversa* que había crucificado a su Mesías, a fin de no perecer con ella bajo los juicios de Dios (19-21). De ahí esta palabra enérgica: *Sed salvados* de en medio de ella.

34. *Añadidas* "a la iglesia", como dicen la mayor parte de nuestras versiones; pero esas palabras no están en el texto (Comp. v. 47, nota). El pequeño rebaño de creyentes que existía antes de pentecostés se acrecentó con estas tres mil almas. ¡Qué rica mies, fruto de una sola predicación bajo la potencia del Espíritu Santo! Las primeras palabras del versículo han sido traducidas de tres maneras diferentes: 1º *Los que recibieron, pues...* lo que significa que no fueron todos los oyentes. Así traducen todas nuestras versiones, desde Calvino, Lutero, la Vulgata. 2º *Ellos pues, habiendo recibido...* Así todos los que son designados en el v. 37 habríanse hecho creyentes y recibido el bautismo (Comp. 1:6;8:4,25, etc., donde se halla el mismo giro). Tal es la interpretación de de Wette, Wendt, Holtzman, Meyer. 3º *Unos, habiendo recibido...* mientras que *otros* que son sobrentendidos, no habrían creído. Nos parece que la segunda de estas versiones es la más conforme al estilo de Lucas. El texto recibido tiene: que recibieron *de buen corazón* o *con gozo* la palabra. Esas palabras, que se entienden de por sí, han sido añadidas para hacer más completa la descripción. Los *tres mil*

E. 43-47. VIDA DE LA IGLESIA PRIMITIVA. — El efecto de Pentecostés fué un temor religioso que se apoderaba de cada uno. Milagros se realizan por los apóstoles. Todos los creyentes ponen sus bienes en común; son asiduos en el templo y rompen juntos el pan en las casas; gozan del favor del pueblo; y Dios agrega a la iglesia los que están salvados.

43 Y temor venía a toda alma; y muchos prodigios y señales
44 eran hechos por medio de los apóstoles [36]. Y todos los que habían

creyentes no fueron *bautizados* todos en el acto, lo que no habría sido posible. La expresión: *fueron añadidas aquel día,* no implica necesariamente que su bautismo haya sido celebrado ese mismo día. Una instrucción completa les fué dada más tarde (v. 42).

35. La mayor parte de los comentadores y editores recientes (Holtzmann, Wendt, Nestle) conectan el v. 42 a lo que precede. Los mencionados son los tres mil bautizados. Lucas nombra cuatro medios de gracia en los cuales *perseveraban.* Esos medios son, según su naturaleza, colocados dos a dos, unidos por la conjunción *y.* Son: 1º La *doctrina* o más bien *la enseñanza de los apóstoles,* tanto más necesaria cuanto que la mayor parte de esos convertidos tenían aún muy pocas luces cuando fueron bautizados. 2º la *comunión,* por lo que no hay que entender ni la santa cena que viene luego, ni la comunidad de bienes, ni la comunicación de las limosnas a los pobres (Rom. 15:26; 2 Cor. 8:4), como lo han pensado algunos exégetas; sino la *comunión mutua,* esa unión íntima en el amor del mismo Salvador que constituye la iglesia. Los primeros cristianos la practicaban, aun exteriormente, reuniéndose cada día (v. 46). El texto occidental decía: *la comunión de la fractura del pan;* los dos medios de gracia que son distinguidos en el texto ordinario están pues reunidos en uno solo que es la santa cena. Blass hasta afirma que este texto es el único auténtico y que la lección de los principales manuscritos es resultado de un error de copista. 3º El *rompimiento* o la *fractura del pan,* que se *rompía* al celebrar la cena y en las comidas hechas en común. 4º Por último *las oraciones.* Este plural no designa, según la opinión de Meyer, diversas especies de oraciones, súplicas, acción de gracias, etc., ni las horas reservadas a la oración entre los judíos (Sal. 55:18; Dan. 6:10). Es motivado por la frecuencia de esas oraciones en común, en cada asamblea, especialmente antes y después de la cena. Estos medios de gracia eran todo lo que de más apropiado había para desarrollar la vida del Espíritu en las almas y en la iglesia; siguen siendo aún hoy, para los cristianos, los verdaderos elementos del progreso y de la santificación. Pero para ello se trata de *perseverar.*

36. Gr. *Temor venía a toda alma* (toda alma, hebraísmo que significa *cada uno* 3:23; Rom. 13:1) tal fué la impresión producida en el pueblo. Las causas de ese temor eran los fenómenos de pentecostés, la vida santa de esos primeros cristianos y por último la contemplación de los *milagros* (gr. *señales)* que obraban los apóstoles. Toda manifestación del cielo inspira al hombre pecador una especie de pavor. Una var. de *Sin. A,C,* agrega, al final del v. 43: *en Jerusalén; y gran temor había sobre todos.*



45 creído estaban en un mismo lugar [37] y tenían todo común, y las
posesiones y los bienes vendían y repartíanlos a todos, según
46 lo que quienquiera tenía necesidad [38]. Y perseverando cada día
unánimemente en el templo, y rompiendo el pan en las casas,
47 tomaban su alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando
a Dios y teniendo gracia con el pueblo entero [39]. Y el Señor añadía cada día los que eran salvados en un mismo lugar [40].

37. *Los que habían creído o se habían tornado creyentes (Sin., B,;* el texto recibido tiene el participio presente) *estaban juntos* tenían frecuentes reuniones (Comp. 1: 14,15;2:1. En *B,* el v. 44 se lee así: *todos los que habían creído tenían juntos todas las cosas comunes,* Westcot y Hort, Weiss, adoptan este texto.

38. Estos términos: *tenían todas las cosas comunes, vendían sus posesiones* (bienes inmuebles) *y sus bienes* (muebles), han dado la idea de una verdadera y completa comunidad de bienes. La mayor parte de los intérpretes ven sin embargo en estos versículos, no la descripción de una rigurosa organización social, sino el cuadro del primer impulso de ardiente caridad, que hacía que los cristianos pusieran a disposición de sus hermanos pobres todos los bienes que exigían sus necesidades (Comp. 4:34,35). En efecto, 1º esta colocación de los bienes en común, si tuvo lugar, no se vió jamás sino en Jerusalén, en los primeros tiempos de la iglesia, bajo la acción del espíritu de pentecostés; la historia no ha conservado indicios de ella en ninguna otra iglesia, donde, muy a menudo, los apóstoles debieron exhortar a los cristianos ricos a la beneficencia (véase las colectas de Pablo en Corinto y comp. Jac. 5:1).

2º No hubo jamás, ni aún en Jerusalén, ninguna institución legal a este respecto, sino que todo este desprendimiento de los bienes terrestres fué efecto espontáneo del amor, unido quizás a la idea del próximo regreso de Cristo. 3º Todos los cristianos quedaban pues enteramente libres de conservar sus bienes (5:4), y vemos en efecto a María, madre de Marcos, en posesión de su casa (12:12). Cuando el comunismo moderno se apoya pues en este relato, ha confundido una ardiente caridad con su espíritu nivelador. "El comunismo bíblico dice: lo mío es tuyo; el otro dice: lo tuyo es mío. El uno dice: lo que tengo, te lo doy; el otro: dame lo que tienes". *K. Gerock, Bibelwark* de *Lange.* Mas lo que implica este detalle de la vida cristiana en los primeros días de la iglesia, es la condenación de la avaricia de los ricos que pretenden llevar el nombre de cristianos.

39. Qué admirable cuadro nos traza Lucas aquí en algunas pinceladas. Hace diez y nueve siglos que los cristianos releen con emoción y edificación estos rasgos de la vida de la iglesia en Jerusalén. 1º *Cada día estaban constantes* (gr. *perseveraban,* misma palabra que en el v. 42 *unánimes* en el templo, en las horas de la oración, tomando parte en el culto público de sus padres. Hasta entonces no tenían idea de separarse de esas piadosas instituciones de su pueblo. Tenían para ello el ejemplo de Jesús mismo, y sabían, como observa Meyer, que el cristianismo era el cumplimiento espiritual del mosaísmo. Más tarde, la separación tendrá lugar, mas por la enemistad de los judíos y no por la

### 2. *Primer desarrollo de la iglesia en Jerusalén.*

A. 1-10. Curación de un inválido. — 1º *La ocasión de esta curación.* Como suben Pedro y Juan al templo, a la hora de la oración, traen un inválido de nacimiento que todos los días colocaban en la puerta del templo llamada la Hermosa, para que mendigara. Pide limosna a los apóstoles (1-3). — 2º *Su realización.* Pedro y Juan le ordenan que los mire. Lo hace con la esperanza de recibir alguna cosa. Pedro declara no tener ni oro ni plata, pero dando lo que tiene ordena al impotente, en el nombre de Jesucristo de Nazaret, que se levante y ande. Le toma por la mano, e inmediatamente sus pies se afirman; se levanta de un brinco y anda. Luego entra en el templo, alabando a Dios (4-8). — 3º *El efecto producido.* El pueblo, viéndole andar, y reconociendo en él al mendigo de la puerta Hermosa, se llena de asombro (9,10).

III Pedro y Juan subían al templo a la hora de la oración, la
2 novena [1]. Y cierto varón que era cojo desde el vientre de su

voluntad de los cristianos (13:46). 2º Al lado de esos ejercicios religiosos en el templo, practicaban una comunión más íntima *en las casas;* y como la iglesia contaba millares de miembros, se repartían en pequeños rebaños, como los israelitas para celebrar la pascua. Allí *rompían el pan,* es decir, tomaban la cena del Señor y tenían *comidas* fraternales (ágapes) donde reinaban *el gozo, la alegría,* con grande *sencillez de corazón.* 3º Este gozo íntimo del Espíritu Santo se exhalaba en cantos de *alabanza* que hacían ascender hacia Dios (Luc. 24:53). Resultaba de una vida tan hermosa y tan santa que *hallaban favor* (gr. *gracia*) *ante todo el pueblo.* Basándose en las persecuciones que no tardaron en alcanzar a los discípulos, se ha pretendido que este último detalle no podía ser verdadero. Eso es confundir los tiempos y olvidar que la opinión popular es muy versátil.

40. *El Señor,* Cristo, que desde el seno de su gloria reina sobre su iglesia (v. 36). La acción del Espíritu de Dios, no había cesado desde pentecostés, sino que *cada día* nuevas almas *salvadas* del pecado y de la ruina eran *agregados a la iglesia.* Este hecho tan halagador para esos primeros cristianos, termina el cuadro de su vida religiosa, cuyo ejemplo contribuía poderosamente a ese crecimiento de la iglesia. *Sin., B, A. C, D,* omiten las palabras *a la iglesia,* y relacionan con este versículo las primeras palabras del capítulo siguiente: "El Señor añadía los salvados *juntos*", es decir, para estar juntos, *en un mismo lugar,* un mismo cuerpo. Según el texto recibido, en efecto, el capítulo III empieza como sigue en griego: "*Juntos* subían Pedro y Juan al templo". Todos los editores modernos y la mayor parte de los comentadores recientes consideran la locución que traducimos por *juntos* o: *en un mismo lugar,* como perteneciendo al final del cap. II. Si se comparte su modo de ver, hay que suprimir, en la traducción de 3:1, la palabra *juntos.*

1. Después de haber relatado la efusión del Espíritu, sus primeros efectos y el estado de la iglesia naciente (Lucas consigna aquí el relato de una curación importante en sí misma y principalmente a causa del segundo discurso de Pedro de que fué ocasión. *Juntos,* véase 2:47, 2ª nota. Hallaremos varias veces en lo sucesivo a Pedro asociado con Juan. Siempre es Pedro quien toma la palabra y obra. Juan le secunda con su presencia, observa, contempla y amontona ese tesoro de experiencias íntimas que depositará en sus escritos. La *novena hora,* las tres de la tarde, era la de *la oración* y de la oblación de la tarde a la cual ambos apóstoles querían asistir (10:3; comp. 2:46).



madre, era llevado, al que ponían cada día junto a la puerta del
templo llamada la Hermosa para pedir limosna de los que entraban
3 al templo [2]; quien viendo a Pedro y a Juan que iban a entrar en
4 el templo rogaba para recibir limosna. Mas mirándole fijamente
5 Pedro con Juan dijo: Míranos. Y él estaba atento a ellos aguar-
6 dando recibir algo de ellos [3]. Mas Pedro dijo: Plata y oro no
tengo; mas lo que tengo esto te doy; en el nombre de Jesucristo
7 el Nazareno, ¡anda [4]! Y habiéndole tomado de la mano derecha
le levantó; e inmediatamente fueron afirmados sus pies y tobi-
8 llos, y saltando estuvo en pie, y andaba, y entró con ellos en el
9 templo andando y saltando y alabando a Dios. Y vióle todo el
10 pueblo andando y alabando a Dios; y le reconocían, que éste era

2. Gr. "Un hombre... *era llevado*", en el momento en que ambos apóstoles subían. Puesto que ese hombre debía ser llevado, no era solamente *cojo,* sino *impotente,* paralizado, y eso (gr.) *desde el seno de su madre;* jamás, pues, había podido andar, y, además, era indigente y reducido a *pedir limosna.* Los discípulos no pasarán indiferentes delante de ese infortunio. La puerta del templo llamada *la Hermosa* no es conocida en otra parte por ese nombre. Josefo (*Guerra de los Judíos,* V. 5,3), que habla de nueve puertas, describe una décima como más magnífica que todas las demás, compuesta de bronce de Corinto, pero a la cual da el nombre de puerta de *Nicanor.* Se abría hacia el lado oriental del atrio exterior, sobre el valle del Cedrón.

3. Sin responder directamente al pedido del desdichado, los dos discípulos le consideran con compasión. Pedro, para despertar su atención, entrar en relación con él y asegurarse de que había en él alguna receptividad, le dice: *Míranos.* No solamente las miradas, sino las almas debían encontrarse así antes de que una potencia divina pudiera pasar de una a la otra por la palabra. El indigente enfermo mira atentamente a esos extraños que le demuestran tanto interés, pero sin elevarse aún por sobre la esperanza de una limosna. Hallaremos más lejos una escena semejante (14:8-10).

4. Se puede pues *no tener ni plata ni oro* y poseer otras riquezas infinitamente más poderosas y que son imperecederas. *En el nombre de* significa en la autoridad, por el poder, pues *el nombre* expresa todas las propiedades de un ser (Mat. 6:9; 28:19, notas). Pero da de buena gana al Señor el nombre de *Jesús el Nazareno* (2:22), que el pueblo le aplicaba con un timbre de desprecio, que había sido inscripto sobre la cruz y que

el que para la limosna estaba sentado a la Puerta Hermosa del templo, y fueron llenados de asombro y de pasmo por lo que le había sucedido [5].

B. 11-26. DISCURSO DE PEDRO. — 1º *La curación del impotente explicada.* Apegándose a Pedro y a Juan el inválido sanado, acude el pueblo al pórtico de Salomón. Pedro exhorta a sus oyentes a no mirar a ellos, a Juan y a él mismo, como si hubieran realizado ese milagro por su propia potencia. El Dios de sus padres ha glorificado a su siervo Jesús; ellos, judíos, lo han renegado delante de Pilato; han preferido un criminal al Santo y Justo; han matado al Príncipe de la vida, pero Dios le ha resucitado de los muertos; los discípulos son testigos de ello. Por la fe en su nombre este hombre ha sido sanado (11-16). — 2º *Llamado a la conversión:* a) *Circunstancias que atenúan la culpabilidad de los judíos.* Pedro concede a sus oyentes que ellos, como sus jefes, han obrado por ignorancia; y Dios, de ese modo, ha cumplido las profecías relativas a los padecimientos del Mesías (17,18). b) *Exhortación al arrepentimiento.* Pedro invita a sus oyentes a arrepentirse para recibir el perdón de sus pecados y apresurar la llegada de los tiempos del refrigerio y el regreso del Cristo; éste debe permanecer en el cielo hasta el restablecimiento de todas las cosas, que Dios ha prometido por los profetas (18-21). c) *Las promesas recordadas; la invitación reiterada.* Pedro cita un texto de Moisés, invoca las declaraciones de todos los profetas desde Samuel, y recuerda a sus oyentes que ellos son herederos del pacto hecho con Abraham a base de una promesa de salvación universal. Dios ha enviado, a ellos primero, su siervo Jesús, para que sean bendecidos al apartarse de su maldad (22-26).

11 Y reteniendo él a Pedro y a Juan concurrió todo el pueblo
12 a ellos al pórtico llamado de Salomón, asombrados [6]. Mas viendo

contrastaba así de sorprendente manera con el poder divino que este mismo *nombre* iba a manifestar por la curación del impotente. El texto recibido dice: "*Levántate y* anda". Las palabras en bastardilla faltan en *Sin.*, *B*, *D*, Su introducción en el texto puede haber sido provocada por el "*le levantó*" del v. 7, y por fórmulas análogas, Luc. 5:23, etc.

5. Lucas describe muy vivazmente esta escena. La acción de Pedro que *levanta* al enfermo *tomándole de la mano*, la pronta obediencia del enfermo, o, según otros, la repentina conciencia que tiene de estar sano, y que se manifiesta en el hecho de que *se pone de pie saltando*, su viva gratitud que se expresa con *alabanzas*, por último, el *asombro* del pueblo, testigo del milagro, todo da a esta curación algo de dramático y lleva el carácter de la verdad histórica.

6. El texto recibido dice: *El cojo que había sido sanado*, en lugar del pronombre *él*, corrección que debía dar al relato mayor claridad. *Se unía a ellos* (gr. los *retenía)*, no pudiéndose separar de sus bienhechores. Algunos intérpretes han pensado que quería quedar con ellos como discípulo de Jesús. Lo fué probablemente, pero esa idea no está fundada en el texto. En cuanto al *pórtico de Salomón*, adonde *el pueblo acudió* para ver nuevamente al enfermo sanado, comp. Juan 10:23, nota.



Pedro, respondió al pueblo [7]. Varones israelitas, ¿por qué os admi-
ráis por esto [8]? ¿o a nosotros por qué miráis fijamente como
a quienes por propia potencia o piedad hubieran hecho que él
13 anduviera [9]? El Dios de Abraham y de Isaac y de Jacob, el Dios
de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, al que vos-
otros, sí, entregasteis y negasteis en presencia de Pilato, habiendo
14 aquél resuelto soltarle [10]; mas vosotros al santo y justo negasteis,
15 y pedisteis que os fuera donado un varón homicida [11], mas al

7. Gr. *respondió al pueblo*, como si el asombro de ese pueblo y su apretura junto a los apóstoles hubieran significado: Explicadnos este milagro. Pedro aprovecha con gozo esta nueva ocasión de anunciar el Salvador y de exhortar a sus oyentes al arrepentimiento.

8. ¿Por qué os asombráis *de esto?* (Meyer) o *respecto de este hombre?* (Rilliet, Wendt, Holtzmann).

9. Ante todo los discípulos se esfuerzan por apartar de sí mismos la atención del pueblo y la gloria de ese milagro que su *propia potencia* no habría de efectuar ni su *piedad* merecer (Juan 9:31); todo el honor es para Dios. Esa es la verdadera humildad, muy apropiada para llevar al pueblo de una vana curiosidad a la fe.

10. Los nombres de los patriarcas que Pedro asocia al de Dios debían hacer más solemne su discurso. Una variante de *Sin.*, *A,C,D*, admitida por Tischendorf, contiene tres veces el nombre de Dios: "El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob". Es, según Exodo 3:15, el nombre completo del Dios del pacto. El "Dios de *nuestros padres*" es, en el pensamiento del apóstol, no el Dios de los patriarcas solamente, sino el de todos los antepasados de sus oyentes. Este Dios ha *glorificado a Jesús, su Servidor;* le ha glorificado por su resurrección; por su elevación a su diestra, y, en ese momento, por el hecho de que su nombre ha bastado para sanar a un desdichado paralítico de nacimiento (v. 4,16). Mas, contraste sorprendente, Aquel a quien Dios así ha glorificado, *vosotros le entregasteis, negasteis*, y eso (gr.) *en el rostro de Pilato*, que, menos injusto que vosotros, había *decidido* (gr. *juzgado*, pronunciado su juicio) *soltarle* como inocente. (Véase entre otros pasajes Luc. 23:14-16; Juan 18:38,39; 19:12). En cuanto a esta acusación directa que Pedro hace contra sus oyentes, véase 2:23, nota. La palabra que traducimos por *servidor* (y que se halla también en v. 26;4:27,30) significa igualmente *niño*, y a menudo ha sido traducida por *hijo*, Hijo de Dios; mas como se sabe que éste es el término por el cual los Setenta designan constantemente al siervo del Eterno (Isa. 42:1; 52:13, etc.), no hay la menor duda de que sea en este sentido como deba ser entendido aquí. Este siervo que se ha mostrado tal en toda su vida se ha tornado así en el Salvador, según el hermoso significado del nombre de *Jesús*.

11. *Mas vosotros* (por oposición a Dios que le ha glorificado), *vosotros negasteis al Santo y al Justo*, el único santo, el único justo, ¡preferisteis a él *un homicida!* Mat. 27:21; Luc. 23:18; Juan 18:40). ¡Con qué santa osadía puede Pedro pronunciar

autor de la vida matasteis, al que Dios ha resucitado de entre los
16 muertos, de que nosotros somos testigos[12]. Y por la fe de su
nombre a éste, que miráis y conocéis, ha afirmado su nombre, y
la fe que es por medio de él le ha dado esta integridad delante
17 de todos vosotros[13]. Y ahora, hermanos, sé que por ignorancia

esta palabra *negado*, de tal modo está seguro de que Dios le ha perdonado su propia negación, cuyo doloroso recuerdo tiene en su corazón! ¡Y cuál es la certeza histórica de todos esos hechos relativos a la muerte de Jesús, que el apóstol puede proclamar así delante de todo Jerusalén que los conocía!

12. Gr. *¡matasteis al Príncipe de la vida!* Crimen y locura, pues *Dios le ha resucitado, de lo que somos testigos* (2:32). Sencillez y grandeza caracterizan este testimonio. La palabra traducida por *Príncipe* significa *el que conduce* a la vida o *el autor de la vida* (5:31; Hebr. 2:10; 12:2). Aquí pues, el autor *de la vida*, de toda vida (Juan 1:4; 5:26;10:10; 11:25;14:6).

13. El apóstol concluye esta primera parte de su discurso volviendo al milagro que le ha dado ocasión y cuya causa indica aquí claramente, a fin de referir toda la gloria al Señor. Esta causa es únicamente el *nombre* de Jesús resucitado, glorificado (v. 13,15) e invocado *por la fe.* Pero Pedro no expresa este pensamiento de un modo tan simple; acumula los términos, hasta producir una frase incorrecta, a fin de acentuar más vivamente la idea de que no ha habido en esta curación más que dos factores, el *nombre* de Jesús y la *fe.* 1º Después de estas palabras: *por la fe en su nombre,* quería decir: este hombre ha sido *afirmado;* pero habría sido atribuir demasiado a la fe, y repite *su nombre: su nombre,* su potencia y su amor han hecho todo. 2º Mas aun esa fe que ha tenido tal efecto, ha sido *producida por él,* es Jesús quien la ha operado en nosotros los apóstoles. Estas dos proposiciones, que parecen repetición la una de la otra, no dicen pues la misma cosa; la una explica el origen del milagro, la otra el origen de la fe; la una muestra al impotente *afirmado,* la otra *perfectamente sanado.* ¡Qué poder de convicción hay en este hecho! *Este hombre* sanado lo *veis,* lo *conocéis; en presencia de todos vosotros la fe* en el nombre de Jesús le ha dado *esta perfecta salud* o, según la versión de Pau-Vevey, *esta entera disposición de todos sus miembros.* Nuestra traducción, y la explicación que damos, de acuerdo con la mayor parte de los comentadores, se basa en el texto tal cual está puntuado en la mayor parte de las ediciones. Blass ha adoptado una puntuación diferente, ya propuesta por Lachmann: *Y por la fe en su nombre,* Dios *ha afirmado a éste que véis y conocéis. Su nombre, y* (es decir) *la fe producida por él, ha dado a éste,* etc. El pensamiento permanece el mismo, pero es enunciado más claramente. El apóstol afirma: 1º que el autor de la curación es Dios (o Jesús, que se puede también sobrentender como sujeto del verbo: *ha afirmado)* obrando *por la fe en su nombre;* 2º vuelve a tomar, para explicarla, esta última expresión algo concisa. En lugar de: *la fe producida por él* (Jesús), se podría traducir también: *la fe que obra por él,* es decir por el *nombre* de Jesús.



18 lo habéis hecho así como también vuestros jefes[14]; mas Dios lo
que antes anunciara por boca de todos los profetas que su Cristo
19 padecería, ha cumplido así[15]. Arrepentíos pues y convertíos para
que sean borrados vuestros pecados[16], para que vengan tiempos
20 de refrigerio de la presencia del Señor y envíe al Cristo que os
21 ha sido determinado, a Jesús[17], al que es necesario que el cielo,

14. El apóstol prosigue con tono afectuoso *(hermanos),* queriendo persuadir a sus oyentes que, a pesar de la enormidad de su crimen, hay aún lugar para ellos al arrepentimiento y a la salvación (v. 19). En efecto, al matar al Santo y al Justo, al Príncipe de la vida (v. 14,15), han *obrado por ignorancia,* no conociéndole como tal, como tampoco *sus jefes* (Luc. 23:34; 1 Cor. 2:8, notas). Además, todo eso ha sido conducido por el consejo de la misericordia de Dios y anunciado por los profetas (v. 18).

15. Esta palabra: *todos* los profetas, en la que se ha encontrado una hipérbole, se justifica sin embargo (Luc. 24:27,44); pues si todos los profetas no anuncian especialmente *los sufrimientos de Cristo,* la liberación mesiánica, objeto de todas las profecías, ha sido realizada por los sufrimientos y la muerte del Salvador (v. 24;10:43). El griego dice literalmente: Dios ha cumplido *las cosas* que había anunciado sufrir su Cristo. Nuestras versiones traducen inexactamente: lo que había anunciado, a saber: que su Cristo debía sufrir.

16. El *arrepentimiento,* cambio completo de disposición moral (Mat. 3:2, 1ª nota), tiene por efecto la *conversión,* es decir, la *vuelta* hacia Dios que es la fuente del perdón y de la vida eterna. Por esto el fruto de esta transformación interna del hombre es que *sus pecados son,* no solamente perdonados, sino *borrados,* anulados, aniquilados. La figura es tomada de un escrito, de una cuenta que se tacha para quitarle todo valor (Col. 2:14; Sal. 51:3,11; Isa. 43:25; 44:22). Este pensamiento responde a una profunda necesidad de la conciencia humana.

17. Aquí el apóstol se eleva por el Espíritu profético hasta las más magníficas perspectivas del porvenir, ya anunciadas por los profetas (v.22-26). Pero es necesario observar su punto de partida, la razón de tales esperanzas. Arrepentíos, convertíos, para que vuestros pecados sean borrados, dice (v. 19), *a fin de que vengan tiempos de refrigerio.* Así esos tiempos dichosos dependen de la conversión de las almas y de la anulación de los pecados; condición conforme a la naturaleza de las cosas e indicada también en otra parte (2 Pedro 3:12). Jesús mismo había anunciado esta verdad (Mat. 24:14). Estos tiempos de *refrigerio* vendrán después de otros tiempos de trabajos, de fatigas, en que los hombres habrán llevado "el peso y el calor del día". Serán para el pueblo de Dios la "consolación de Israel" (Luc. 2:25), el "alivio" (2 Tes. 1:7), el "reposo" (Hebr. 4:9). Vendrán *de parte del Señor* (gr. *de su rostro, de su presencia);* y lo que por ello hay que entender, Pedro lo dice claramente con las palabras siguientes: *y envié al Cristo,* el Mesías *que os ha sido antes destinado, Jesús.* Se trata pues del regreso de Cristo para recoger sus redimidos y elevar su reinado a la perfección. Todas las demás explicaciones que se han dado

sí, reciba[18] hasta los tiempos de la restauración de todo aquello
de que habló Dios por boca de sus santos profetas desde la anti-
22 güedad[19]. Moisés, sí, dijo[20]: Profeta os suscitará el Señor Dios

de este pasaje caen en presencia de un texto tan claro. (Véase las dos notas siguientes). El texto recibido tiene: "el Cristo que os ha sido antes *predicado*" (por los profetas). La variante aquí adoptada conforme a autoridades decisivas (todas las *mayúsc.)* significa que *Dios ha destinado anticipadamente* el Salvador ante todo a su pueblo de Israel *(a vosotros)* y por él a toda la humanidad. (Comp. 1 Pedro 1:20).

18. Cristo, habiendo acabado su obra sobre la tierra, *fué recibido, es verdad,* en el reposo y la gloria del cielo, pero no debe quedar allí; volverá en el tiempo señalado, de que el apóstol acaba de hablar y nos hablará aún. Esta declaración no está en contradicción con la promesa de Jesucristo de que "dondequiera que dos o tres están reunidos en su nombre, allí está él en medio de ellos" (Mat. 18:20); pues "todo poder le ha sido dado en el cielo y sobre la tierra" (Mat. 28:18); pero el pensamiento de nuestro texto es totalmente opuesto a la idea de un reinado personal de Cristo sobre la tierra, destinado a obrar la conversión del mundo. Algunos intérpretes luteranos, para no afectar al dogma de la ubicuidad del cuerpo de Cristo, traducen como sigue estas palabras: "El cual debe ocupar el cielo" (llenarlo). Toman el objeto por sujeto, lo que el griego permite, pero dan al verbo el sentido de "ocupar", de que no puede ser establecido.

19. El *restablecimiento de todas las cosas,* su restitución o reintegración a su estado normal, perfecto, querido de Dios, tal será la obra final del Salvador en su segunda venida. Esto es lo que Jesús llama la *palingenesia* o el *renacimiento,* y que realizará cuando "se siente sobre el trono de su gloria" (Mat. 19:28). Esta renovación se extenderá a todo lo que Dios haya creado *(todas las cosas);* por tanto el profeta de Patmos ve "nuevos cielos y nueva tierra" (Apoc. 21:1). Por esto esta importante declaración de Pedro se ha convertido en el término clásico de los que esperan la salvación final de todos los hombres y hasta del demonio, su gran adversario. Sería esa ciertamente la más magnífica solución del porvenir, si estuviera claramente revelada en la escritura. Aquí, dos errores a refutar: 1º el de intérpretes como Baumgarten que limitan este restablecimiento a la restitución del reino de Israel; eso sería atribuir a Pedro las falsas concepciones de su tiempo relativas al Mesías (comp. 1:6); 2º el de Meyer que, forzando demasiado las palabras *hasta el tiempo,* pretende que Cristo no puede volver antes que el restablecimiento sea cumplido. ¿Quién pues lo realizaría? Esos errores caen en presencia del contexto que nos muestra los tiempos de refrigerio, el regreso de Cristo (v. 20) y el restablecimiento (v. 21) como simultáneos. La mayor parte de las versiones dicen: "los tiempos del restablecimiento de todas las cosas, de los cuales *(tiempos)* Dios habló". Parece más conforme al griego traducir: el restablecimiento de todas *las cosas de que Dios* habló. (Holtzmann, Wendt, Blass). Todas las promesas de los profetas relativas a los tiempos mesiánicos, tendrán entonces su cumplimiento. La restauración de la naturaleza misma está en el número



de entre vuestros hermanos, como yo; a él oiréis en todo cuanto
23 hablare a vosotros. Mas será que toda alma que no oyere a aquel
24 profeta será exterminada de entre el pueblo[21]. Y todos los profe-
tas también desde Samuel y de los siguientes cuantos hablaron,
25 anunciaron también estos días[22]. Vosotros sois los hijos de los
profetas y del pacto que Dios pactó con nuestros padres, dicien-
do a Abraham: Y en tu descendencia serán bendecidas todas las

de las "cosas de que Dios habló por los profetas" (Isa. 11:6-9). La *restauración* en el pensamiento del apóstol, no podría pues ser limitada al dominio moral; y este hecho por sí solo prueba que no precede, sino que sigue al advenimiento glorioso de Jesucristo.

20. Pedro acaba de decir que los tiempos felices de que habla han sido anunciados por los santos profetas *desde los siglos* antiguos (v. 18,21; comp. Luc. 1:70). Ahora va a citar algunos de esos profetas empezando por *Moisés,* el más antiguo de todos. El texto recibido dice: *pues* Moisés dijo *a nuestros padres.* Las palabras en bastardilla no son auténticas.

21. *Todo el que,* gr. *"toda alma que..."* Deut. 18:15,19, citado libremente conforme a los Setenta. El hebreo tiene: "El Eterno Dios tuyo te suscitará de en medio de ti, de entre tus hermanos, un profeta como yo; le escucharéis, y acontecerá que al hombre que no escuchare mis palabras que él dijere en mi nombre, yo le pediré cuenta" (v.19). Se ven las ligeras diferencias; el sentido en el fondo es el mismo. Sólo la última expresión: *Yo le pediré cuenta,* que los Setenta traducen: *Yo haré justicia,* es vertida aquí por un término muy usado en el antiguo testamento: *será exterminado de entre el pueblo.* Esta expresión significa propiamente: *será castigado de muerte.* Pedro entiende por ella: será excluído de en medio del pueblo de Dios y de su reino. Por esta exclusión de los rebeldes, por la supresión de todo elemento hostil y malo (1 Cor. 15:25,26,28) se operará el "restablecimiento de todas las cosas". Así este último ha sido predicho ya por Moisés. Moisés anunciaba, en esas mismas palabras, al que había de ser su autor. La aplicación al Mesías del pasaje citado, presenta cierta dificultad. Se trata en él de los profetas que debían suceder a Moisés como órganos del Eterno. Se podría forzar los términos: un "profeta *como yo,* y hacerles significar: profeta fundador que inaugurará un nuevo orden de cosas, como yo he instituído el pacto del Sinaí". Pero será más natural, y más conforme al sentido histórico del pasaje, decir con Calvino, que estas palabras "se dirigían al Cristo sobre todos los demás: no solamente porque él es el Príncipe de todos los profetas, sino también porque todas las profecías precedentes se dirigían a él y Dios ha hablado finalmente con perfección por la boca de Aquel" (Comp. Hebr. 1:1). Esta profecía es igualmente aplicada al Mesías por Esteban (7:37).

22. *Estos días,* es decir los mismos que Pedro anuncia aquí a sus oyentes (v. 21). Después de Moisés, nombra a *Samuel y los que le siguieron,* porque desde la época de Samuel se comprueba la presencia de escuelas de profetas y el profetismo empezó a desarrollarse en Israel (Comp. Luc. 24:27).

26 familias de la tierra [23]. A vosotros primero habiendo suscitado
Dios su siervo le envió para bendeciros al apartarse cada uno
de vuestras maldades [24].

C. 1-22. PRISIÓN DE PEDRO Y DE JUAN. SU COMPARICIÓN ANTE EL SANEDRÍN. — 1º *Pedro y Juan puestos en la cárcel.* Las autoridades sacerdotales, y especialmente los saduceos, irritados de que los apóstoles enseñaran la resurrección al pueblo al predicarles a Jesús, se apoderan de ellos y los echan en la cárcel hasta el día siguiente. Muchas gentes llegan a la fe; el número de los creyentes se eleva a cerca de cinco mil (1-4). — 2º *Comparecen ante el sanedrín:* a) *Reunión del sanedrín y comparición de los apóstoles.* El sanedrín se reúne, teniendo a su frente el sumo sacerdote Anás y otros representantes de las altas clases sacerdotales. Pedro y Juan son llevados; se les pregunta por qué poder han hecho ese milagro (5-7). b) *Discurso de Pedro.* Pedro, en su respuesta, realza ante todo el hecho de que su colega y él son perseguidos por haber sanado un enfermo; la curación ha sido obrada por el nombre de ese Jesús que los judíos han crucificado y Dios ha resucitado. Él es la piedra reprobada por los constructores y que se ha tornado en piedra de esquina. La salvación no se halla en ningún otro. Por su nombre nos es necesario ser salvados (8-12). c) *Deliberaciones del sanedrín.* Los miembros del sanedrín se asombran de la firmeza con que se expresan hombres del pueblo tales como eran Pedro y Juan; los reconocen por compañeros de Jesús. La presencia del enfermo sanado los traba. Hacen salir a los apóstoles y deliberan. Deciden prohibirles que hablen, en lo sucesivo, en el nombre de Jesús (13-17). d) *Resultado del proceso.* Después de haber llamado a los apóstoles, les comunican esta decisión; pero ellos los ponen por testigos de que su deber es obedecer a Dios primeramente. Las autoridades los sueltan, con nuevas amenazas, no osando castigarlos por temor del pueblo, que daba gloria a Dios de esa curación obrada en un hombre de más de cuarenta años (18-22).

23. *B,A,* dicen: *vuestros* padres. Westcott y Hort, Nestle, varios otros piensan que es esa la lección original. A fin de ofrecer a sus oyentes y a todo su pueblo las eternas bendiciones de que acaba de hablar, el apóstol les recuerda que ellos son los *hijos de los profetas,* aquellos en cuyo favor hablaron, y por consiguiente, también los *hijos,* es decir los herederos, *del pacto tratado con los padres.* Ese pacto tenía por carta orgánica la promesa inmutable a menudo repetida a Abraham: *Todas las familias de la tierra serán bendecidas en tu posteridad* (Gén. 12:3,22:18).

24. *A vosotros primeramente,* que sois los herederos del pacto y de la bendición (v. 25), Dios ha *suscitado y enviado a su siervo* (es decir: su hijo, Jesucristo: véase sobre esta palabra *siervo,* v. 13 nota), *para bendeciros,* haciéndoos compartir todas las gracias que ha prometido por sus profetas (v. 20-25). Pero en esta bendición no tendréis parte sino por el arrepentimiento (v. 19) yue Dios quiere obrar en vosotros y os hará aborrecer y abandonar *vuestras maldades.* (*B* tiene *las* maldades). La mayor parte de nuestras versiones (francesas), con los antiguos comentadores, traducen: *apartando a cada uno de vuestras maldades;* la



IV Mas hablando ellos al pueblo, les sobrevinieron los sacer-
2 dotes y el capitán del templo y los saduceos [1], molestados por
enseñar ellos al pueblo y anunciar en Jesús la resurrección de
3 entre los muertos [2]; y echaron mano sobre ellos y los pusieron en
4 prisión para el día siguiente, pues era ya tarde [3]. Mas muchos

bendición ofrecida consistiría en la santificación obrada por Dios. Se basan en el hecho de que él verbo empleado tiene siempre el sentido activo en el nuevo testamento. Pero como se encuentra en los Setenta con el sentido reflexivo: *apartarse,* los intérpretes modernos (Reuss, Holtzmann, Wendt) prefieren la traducción que hemos adoptado. Pone ella en la boca del apóstol un llamado semejante al del v. 19, que está en su debido lugar al término de este discurso. Después de haber anunciado las más ricas gracias del evangelio, Pedro predica la conversión, por la cual el hombre debe recibirlas. Y este llamado no fué vano, pues su predicación poderosa tuvo un magnífico resultado (4:4). No habría que creer sin embargo que el apóstol, enteramente penetrado de los privilegios de su pueblo, se encerrara en el particularismo judío. Esta palabra: A vosotros *primeramente,* abre una vasta perspectiva sobre otros pueblos que tendrán parte en las bendiciones del evangelio. Es como observa Olshausen, el Espíritu de Dios quien eleva al apóstol a esta concepción del porvenir. Le será necesaria luego una revelación especial para comprender y aceptar que la salvación es destinada a los paganos como a los judíos (Cap. 10; 11:17;15:7-11. Comp. 2:39, nota).

1. El gran éxito de los dos discursos de Pedro y el número creciente de los cristianos (v. 4) debían necesariamente llamar la atención y provocar la oposición de los adversarios. A su cabeza estaban *los sacerdotes.* *Tischendorf, Nestle, Wendt* conservan el texto recibido: *los sacerdotes,* lección fuertemente documentada. Westcott y Hort han admitido la variante: *los principales sacerdotes,* que se lee en *B, C.* Este término muy usado en los evangelios ha sido probablemente puesto en lugar del otro por un corrector. Con ellos se hallaban *los saduceos* que habían oído el discurso de Pedro (v. 2, nota. Véase sobre este partido político-religioso, Mat. 3:7, 1ª nota). Ya habían hecho advertir al *comandante del templo,* jefe de la guardia del templo, que era también sacerdote, que un gran concurso *de pueblo* se hallaba bajo uno de los pórticos (3:11); la función de ese jefe era mantener el orden en el templo y alrededores. Todos *sobrevinieron* mientras los discípulos *hablaban al pueblo.*

2. Dos causas les causaban esa *molestia,* ese profundo despecho, esa vejación de espíritu: primeramente que los discípulos *enseñaban al pueblo,* y obtenían sobre él una influencia que amenazaba la de sus jefes; luego, que *anunciaban la resurrección.* Esto contrariaba sobre todo a los saduceos, que negaban la vida venidera (Mat. 22:23) y que habían oído a Pedro hablar de la resurrección de Jesús (3:15). Estimaban con razón que eso era predicar la doctrina de la resurrección en general (1 Cor. 15:12, sig.). Es lo significado por los términos: *En Jesús la resurrección de entre los muertos;* no es ésta más que en él y por él.

3. Pedro y Juan habían subido al

de los que habían oído la palabra creyeron, y llegó a ser el número
de los varones como cinco millares [4].
5 Mas aconteció el día siguiente que se congregaron sus jefes
6 y sus ancianos y sus escribas en Jerusalén [5], y Anás el sumo
sacerdote y Caifás y Juan y Alejandro y cuantos eran de linaje
7 sumo-sacerdotal [6], y habiéndolos puesto en el medio preguntaban:
¿Con qué potencia o con qué nombre habéis hecho esto vosotros [7]?

templo a las tres de la tarde y habían asistido a la oración (3:1). Después de la curación del inválido (3:2 y sig.) y del discurso prolongado de Pedro, la noche debía estar cerca; no se podía pues reunir ya el sanedrín y hacer comparecer a los apóstoles delante de él. Por eso fueron *echados en la cárcel hasta el día siguiente.*

4. *Mas,* a pesar de la persecución que empezaba, gran número *creyeron,* por la *palabra* que acababan de oír. El número de los creyentes se elevó a *cerca de cinco mil.* Probablemente hay que comprender en este número los tres mil que fueron convertidos por el primer discurso de Pedro, (2:41) y los que el Señor añadía cada día a la iglesia (2:47). El artículo falta, es verdad, delante de *número;* muchos infieren de ello que los cinco mil fueron llevados a la conversión por el segundo discurso, solo. Cinco mil *varones,* dice el texto, lo que prueba que las mujeres convertidas no estaban comprendidas. Algunos intérpretes (de Wette, Ebrard, Wendt) piensan que se puede entender personas de ambos sexos (Mat. 14:35; Luc. 11:31; Comp. Act. 2:41); pero la palabra griega no designa más que personas del sexo masculino, y además, como observa Meyer, este sentido es confirmado por 5:14, donde los varones son distinguidos de las mujeres.

5. *Gr. Sus jefes,* es decir los *jefes de los judíos;* era el título general de todos los miembros del sanedrín (véase sobre esta corporación Mat. 5:22), nota), mientras que *los ancianos y los escribas* eran clases especiales de ellos. Las palabras *en Jerusalén,* con la preposición que indica el movimiento *hacia* la ciudad, según la lección del texto recibido y de *Sin.,* adoptada por Tischendorf, suponen que los miembros del consejo, de veraneo, no habitaban entonces la ciudad, y que debieron trasladarse a ella en esta ocasión. La lección de *B .A. D,* en Jerusalén (sin movimiento), admitida por la mayor parte de los críticos, parece un agregado bastante inútil, puesto que ya se sabe que el asiento del sanedrín es en Jerusalén. Se ha propuesto aplicar ese complemento a la palabra *escribas* exclusivamente. El autor querría distinguir los escribas de Jerusalén de los de Galilea.

6. Lucas no podía ignorar que *Anás* no tenía ya sino el título honorífico de *sumo sacerdote,* mientras que *Caifás,* su yerno, tenía el cargo. (Comp. Luc. 3:2; Juan 11:49; 18:13, notas). *Juan (D dice: Jonatás)* y *Alejandro* son nombres sin duda entonces notables en el *linaje de los sumos sacerdotes,* pero hoy desconocidos, y sobre los cuales no se tienen sino conjeturas.

7. *¿Con qué poder* o en qué autoridad? Y agregan *¿en qué nombre* invocado por vosotros? Sabían muy bien que ese *nombre* era el de Jesús (3:6, 16); pero precisamente querían arrancarles esa confesión (v. 10), a fin de acusarlos como blasfemadores



8 Entonces Pedro lleno de Espíritu Santo les dijo [8]: Jefes del
9 pueblo y ancianos, si nosotros somos hoy interrogados por el
beneficio de un hombre enfermo —con qué ha sido éste salva-
10 do [9]—sea conocido a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel,
que con el nombre de Jesucristo el Nazareno, al que vosotros
crucificasteis, al que Dios ha resucitado de entre los muertos,
11 con éste comparece éste en presencia vuestra sano [10]. Este es la

que substituían el nombre de Jesús al de Jehová, o como rebeldes, obrando en el nombre de un hombre que había sido crucificado por aspirar a la realeza. No osando ni queriendo emplear como agravio una curación milagrosa, se contentan con designar el hecho con esta palabra: *eso.* Ese era realmente el único motivo de acusación en que pudieran detenerse; pero, sin duda alguna, lo que más les irritaba era la influencia obtenida sobre el pueblo por la predicación de los discípulos (v. 2).

8. *Lleno de Espíritu santo.* (Comp. 13:9). "Esta expresión no significa solamente que los apóstoles no hablaban por sus propias fuerzas sino por las del Espíritu Santo; indica más bien que este Espíritu, siempre obrante en ellos, les otorgaba un socorro especial en estos momentos solemnes". *Olshausen.* Esto era, por lo demás, el cumplimiento literal de la promesa de Jesucristo (Mat. 10:19, 20). Compárese a Pedro delante de esa imponente asamblea de los personajes más sabios y poderosos, con el discípulo que negaba a su Maestro (Mat. 26:70), y se comprenderá lo que fueron las lenguas de fuego de pentecostés.

9. El apóstol se dirige primeramente a los *jefes de su pueblo* y a los *ancianos* (el texto recibido añade *de Israel,* palabras que faltan en *Sin., B, A)* en términos respetuosos que muestran que los reconocía por tales. Pero, háyalo querido o no, ¡qué fina y picante ironía en este contraste: *Ser requeridos* (ser objeto de una inquisición) *por* (gr.) *un acto de beneficencia a un hombre enfermo!* Pedro recuerda en esto a su Maestro (Juan 10:32). Lo que hay de extraordinario en esta situación es realzado, en griego, por el empleo de la conjunción *si* en lugar de *puesto que: ¡si* verdaderamente somos requeridos, *si* tal contradicción es posible! *Por qué medio* ha sido, no sanado, según nuestras versiones, sino *salvado;* aquí como en todas partes, la curación no tenía solamente en vista el cuerpo, sino el alma y su salvación (Mat. 9:22, nota).

10. ¡Qué santo atrevimiento en estas palabras! No solamente atribuye el milagro a ese *nombre,* odioso a sus jueces, *Jesucristo el Nazareno;* sino que el acusado se vuelve acusador y añade: *al que vosotros crucificasteis, a quien Dios ha resucitado* (gr. *despertado) de los muertos.* Es necesario notar el vivo contraste formado por esos dos "al que" no ligados por ninguna partícula. Luego el valiente confesor repite con solemnidad: *¡Por él éste aparece en vuestra presencia lleno de salud!* El pronombre *éste* puede ser neutro, refiriéndose al *nombre* de Jesucristo (Wendt), o masculino designando a Jesucristo mismo (Meyer, Holtzmann). Se ha preguntado cómo es que el enfermo sanado podía asistir a esa audiencia. No hay duda de que los jefes le habían citado como testigo, esperando sacar de él alguna causa de acusación, sin

piedra despreciada por vosotros los edificadores, que fué hecha
12 cabeza de esquina[11]. Y no está en otro ninguno la salvación;
pues ni hay otro nombre bajo el cielo dado entre los hombres
con que nos sea necesario ser salvados[12].
13 Y viendo de Pedro la osadía y de Juan, y habiendo compren-
dido que hombres sin letras eran y del vulgo, se admiraban, y los
14 reconocían porque con Jesús habían estado[13]; y viendo al hombre
que con ellos estaba, el que había sido sanado, nada tenían que
15 contradecir[14]. Mas habiéndoles mandado irse fuera del sanedrín
16 deliberaban unos con otros diciendo: ¿Qué hemos de hacer a

reflexionar que su presencia debía cerrarles la boca (v. 14).

11. Sal. 118:22. ¡Admirable y osada aplicación de esas célebres palabras! *Él* es esa *piedra rechazada por vosotros*, pero *¡hecha la principal de la esquina!* (Comp. 1 Pedro 2:4-7). No era la primera vez que esta profecía era aplicada a esos mismos arquitectos de la teocracia (Mat. 21:42; Luc. 20:17); ellos podían recordarlo.

12. Con la hermosa figura del v. 11, el apóstol había dicho ya que el único fundamento de la salvación era esa piedra rechazada por los hombres y tornada en la principal de la esquina. Pero insiste en declararlo nuevamente sin figura, y lo hace bajo dos formas diferentes, a fin de dar énfasis en todo lo posible a esa verdad absoluta. Muchos la han hallado demasiado absoluta, demasiado exclusiva; pero los que, por su experiencia, han adquirido una noción exacta del pecado y de la justicia divina, saben que ninguno puede ser salvado sin un Salvador. Sólo que se representan difícilmente la osadía de que Pedro dió pruebas presentando al sanedrín este *nombre* de Jesús de Nazaret (v. 10) como el único que Dios haya *dado entre los hombres*, es decir, en medio de nuestra humanidad caída, por el cual *nos (B: os) sea necesario ser salvados. Es necesario:* esta necesidad está fundada en la naturaleza de las cosas y en la voluntad soberana de Dios.

13. La causa del asombro de los miembros del sanedrín está en que hombres *sin instrucción*, (gr.) *no letrados, sin letras*, que no habían pasado por los estudios rabínicos, y, además, simples laicos, *del pueblo llano*, pudieran hablar delante del consejo supremo de la nación con esa *resolución*, o más bien esa *libertad*, esa *osadía*. Tal es el sentido del término original. La sencilla elocuencia de los discípulos, inspirada por el Espíritu de Dios, era tanto más asombrosa, en efecto, cuanto que su libertad y su vida dependían de sus oyentes. ¿Qué significa la última observación de este versículo? ¿Sencillamente una confirmación de la idea de que los discípulos eran hombres sin cultura, simples galileos, puesto que habían sido vistos en la compañía de Jesús? ¿No quieren decir estas palabras que los adversarios reconocían en la santa resolución de esos hombres sin letras algo de la autoridad y del poder de su Maestro?

14. Gr. *nada que contradecir.* En presencia de este testigo viviente del milagro, no podían pensar en negarlo (v. 16); y como todo el pueblo estaba admirado (v. 2), esta consideración les imponía cierta prudencia.



estos hombres? que, en efecto, señal notable ha sido hecha por
medio de ellos, manifiesto es a todos los que habitan Jerusalén y
17 no podemos negar; empero para que no se extienda más aún en
el pueblo, vedémosles bajo amenaza hablar más en el nombre
18 éste a ninguno de los hombres. Y habiéndolos llamado les man-
daron en absoluto no hablar ni enseñar en el nombre de Jesús[15].
19 Mas Pedro y Juan respondiendo dijéronle: Si justo es en presencia
20 de Dios, a vosotros oír más bien que a Dios, juzgad[16]; no pode-
21 mos nosotros lo que hemos visto y oído dejar de hablar[17]. Mas
ellos, habiéndolos amenazado de nuevo los soltaron, nada hallando
sobre cómo podrían castigarlos, por causa del pueblo, porque
22 todos glorificaban a Dios por lo que había acontecido; pues era
de más de cuarenta años el hombre en quien había sido hecha
esta señal de curación[18].

15. Lo que el sanedrín quiere impedir que se *extienda*, es al mismo tiempo el rumor del milagro (v. 16), y la enseñanza apostólica, a la cual ese milagro realizado en el nombre de Jesús daba una autoridad particular. Por tanto *prohibe con amenazas* a los apóstoles *hablar* o enseñar *en ese nombre.* Su silencio, en esas circunstancias, importaba a los jefes de la teocracia, amenazados en su influencia sobre el pueblo.

16. El gran principio aquí establecido por el apóstol, y que se basaba en una palabra de su Maestro (Mat. 22:21), supone dos cosas sin las cuales podría hacerse peligroso: 1º Que el que de él se prevale para rehusar obediencia a la autoridad tenga un mandamiento claro y positivo de Dios en que fundarse. Tal era evidentemente el caso de los discípulos de Jesús (1:8; Mat. 28:19, 20; Mar. 16:15; Juan 20:21). Cristo había ordenado, ninguna autoridad humana tenía el derecho de prohibir. 2º Que los que oponen a un gobierno esta resistencia pasiva estén dispuestos de antemano a soportar pacientemente todas las consecuencias. Es lo que siempre hicieron los apóstoles. Su principio no tiene pues nada de revolucionario. Por ello pueden apelar directamente al juicio de Dios y aun al juicio del tribunal donde comparecen: *Juzgad delante de Dios.* Más aún, repetirán este principio, bajo la forma de una afirmación categórica, después de haber hecho experiencia de las duras consecuencias que debían derivarse para ellos (5:29).

17. ¿Por qué *no pueden?* Porque *las cosas* que han *visto y oído* son la verdad divina que les ha sido confiada para la salvación del mundo; ahora bien: esta verdad no les pertenece, serían prevaricadores si callaran; les sería moralmente *imposible.* Éste es el origen de esa palabra famosa de que una jerarquía mundana ha abusado tanto: *Non possumus.*

18. Los apóstoles se van, absueltos por el momento; pero, ni la verdad que han oído, ni un sentimiento de justicia es lo que impone a sus jueces esa moderación; es el temor del *pueblo*, es decir su política egoísta. **Pues en cuanto a ellos**, pronuncian *nuevas amenazas*, ignorando el poder de la conciencia en esos hom-

D. 23-31. Los apóstoles devueltos a la iglesia. Oración de la iglesia. — 1º *El regreso de Pedro y de Juan.* Sueltos, van hacia los discípulos y les comunican la prohibición que les ha hecho el sanedrín (23). — 2º *La iglesia apela a Dios:* a) *Afirma su fe en el Todopoderoso.* Él es el Creador del cielo y de la tierra; él ha declarado por boca de David que los poderosos de este mundo en vano se ligarían contra él; y, en efecto, la alianza de Pilato y Herodes, de los paganos y de Israel contra su santo servidor, Jesús, no ha podido hacer otra cosa que cumplir sus designios (24-28). b) *Implora su ayuda.* Vea Dios las amenazas de las autoridades y confirme a sus siervos en la predicación de la palabra, realizando curaciones y milagros en el nombre de Jesús (29-30). — 3º *Respuesta divina.* Después de la oración, la casa tiembla, son llenados del Espíritu Santo y predican con resolución (31).

23 Y habiendo sido soltados fueron a los suyos y contaron
cuanto los principales sacerdotes y los ancianos les habían
24 dicho [19]. Y habiéndolo oído ellos unánimemente alzaron voz a
Dios y dijeron [20]: Señor, tú que hiciste el cielo y la tierra y la mar
25 y todo lo que en ellos hay [21], que por boca de David tu siervo

bres que no podrán obedecerles. La última observación de Lucas, sobre la edad del inválido sanado es destinada a hacer resaltar la magnitud del milagro de que todo el pueblo *glorificaba a Dios.*

19. Hacia *los suyos;* ¿quiénes entiende Lucas con ello? Según algunos exégetas (de Wette, Meyer), serían los otros apóstoles quienes, probablemente, moraban juntos y (v. 31) anunciaban la palabra de Dios. Es mucho más natural pensar con Ebrard, Lechler y Wendt, que se trata de un modo más general de los que compartían su fe. Una asamblea de discípulos estaba en oración mientras que Pedro y Juan comparecían ante el sanedrín; y éstos, libertados, se trasladaron al lugar donde los hermanos acostumbraban reunirse (Comp. 12:5,12).

20. ¿Es necesario entender estas palabras, con algunos intérpretes, en el sentido de que todos juntos empezaron a orar en alta voz? O bien que uno de ellos orara que la *unanimidad* estaba en los corazones que se elevaban a Dios al mismo impulso? Pensamos que este último sentido es el verdadero. Pero lo que importa mucho más, es el penetrarse de la hermosura y la fuerza de esta oración.

21. Estas palabras: *El cielo y la tierra y el mar,* designan todo el universo. Ahora bien: decir a Dios que él ha *hecho* todas las cosas, es creer en él, confiarse a él del modo más absoluto. Jamás en efecto el Dios viviente y verdadero ha manifestado su poder infinito de un modo más esplendente que por la creación del mundo. Y ese mundo que ha sacado de la nada, él lo conserva y lo gobierna. De ahí que esta afirmación aparece sin cesar en la escritura, principalmente en las oraciones de los siervos de Dios; pues ella es el fundamento de su confianza en él (Sal. 124:8; Isa. 37:15 etc.). La iglesia cristiana ha olvidado demasiado que el Dios de la creación, que se muestra a nosotros en sus obras (Rom. 1:20), es el mismo Dios que el de la redención y de la gracia.



dijiste: [22] ¿Para qué han bramado naciones, y pueblos han medita-
26 do cosas vanas? Allí han estado los reyes de la tierra, y los princi-
pes se han congregado en un mismo lugar contra el Señor y contra
27 su Cristo [23]. En efecto, se han congregado en verdad en esta
ciudad contra tu santo siervo Jesús, al que ungiste, Herodes y
28 Poncio Pilato con naciones y pueblos de Israel, para hacer cuanto
tu mano y consejo había predeterminado que habría de acon-
29 tecer [24]. Y ahora, Señor, advierte sus amenazas, y da a tus sier-

La palabra que nuestras versiones ordinarias traducen por *Señor* no es el mismo que aparece incesantemente en el nuevo testamento y que, en la versión griega de los Setenta, es la traducción constante del nombre de Jehová; tenemos aquí otro título que significa *amo,* el que manda: es atribuído a Dios (Luc. 2:29) y a Cristo (2 Pedro 2:1). El texto recibido, con *D,* vers. sir., etc., dice: "Tú, *el Dios* que...". Esta palabra *Dios* falta en *Sin., B,A,* la vulgata; los críticos la omiten.

22. Conservamos el texto recibido que, con la mayor parte de las *minúsc.* y otros testimonios, omite las palabras: *nuestro padre* y *por el Espíritu santo.* Estas palabras se leen en la mayor parte de las *mayúsc.,* vers. *(D,* vers. sir. y copta omiten *nuestro padre)* y en algunos Padres; pero tienen todas las apariencias de haber sido añadidas por copistas deseosos de completar el pensamiento. En los mejores manuscritos *(Sin., B, A, E)* se lee: *por el Espíritu santo de la boca de David* (el segundo *por falta),* lo que evidentemente es una falta de copista. Y por lo demás la expresión: *Dios ha hablado por el Espíritu Santo,* es extraña al nuevo testamento y constituye un pleonasmo. El pasaje citado es el principio del Sal. 2 tomado de la versión de los Setenta y conforme al hebreo. Este salmo, no teniendo título, es atribuído a David, según la costumbre de los judíos que hacían remontar a ese rey todos los salmos cuyo origen no era conocido. Ese salmo ha sido considerado como mesiánico, ya por los doctores judíos, ya por los escritores del nuevo testamento. (Véase 13:33; Hebr. 1:5; 5:5; Apoc. 2:26, 27; 12:5; 19:15).

23. *Cristo* es la traducción griega de *Mesías, Ungido,* ungido del Espíritu de Dios (v. 27; 10:38). Es probable que en el significado histórico del salmo ese ungido del Eterno, contra el cual se rebelan algunos enemigos, fuera el rey de Israel mismo. Pero al mismo tiempo, el salmista considera ese rey como tipo del Mesías. En efecto, ese cántico contiene expresiones que no son aplicables a ningún monarca terrestre, sino únicamente al verdadero Rey de Israel.

24. Las palabras del salmo son aplicadas directamente a las diversas clases de hombres que, en su ceguedad, habían tomado una parte cualquiera en la crucifixión del Salvador y que ahora le persiguen en sus discípulos. Los discípulos no piensan en sí mismos, sino únicamente en el *santo siervo* de Dios (véase sobre esta palabra, que reaparece en el v. 30 y que significa propiamente *niño,* 3:13, nota), que sus enemigos mataron. Pero haciéndolo, esos rebeldes no han podido más que "proyectar cosas vanas" (v. 25), pues sin saberlo ni quererlo, han cumplido lo que *la mano* (el poder) *y el consejo* (la sabiduría)

30 vos hablar con toda osadía tu palabra, al extender tú la mano
para que curación y señales y prodigios sean hechos por medio
del nombre del santo siervo tuyo Jesús [25].
31 Y habiendo ellos suplicado fué conmovido el lugar en que
estaban congregados, y fueron llenados todos del Santo Espíritu,
y hablaban la palabra de Dios con osadía [26].

E. 32 a 5:11. VIDA INTERIOR DE LA IGLESIA. LUZ Y SOMBRAS. — 1º *Caridad y unión de los creyentes: a) Su unión espiritual y la comunidad de bienes.* No tenían más que un corazón y un alma, y no consideraban cosa alguna como de propiedad personal (32). b) *La predicación de los apóstoles hecha eficaz por la caridad de los miembros de la iglesia.* Los apóstoles testifican con potencia la resurrección de Jesucristo, y la gracia de Dios descansa sobre todos los discípulos, porque no hay indigentes en la iglesia; los que poseen propiedades las venden y traen su importe a los apóstoles, que dan a cada uno según sus necesidades (33-35). c) *Un ejemplo de esa generosa solicitud,* fué dado por José, apellidado Bernabé, levita de Chipre, quien vende un campo y deposita el precio a los pies de los apóstoles (36,37). — 2º *Fraude y castigo de Ananías y de Safira: a) Su falta.* Venden una propiedad y, después de haberse concertado, Ananías no lleva a los apóstoles sino una parte del producto de la venta, dándola por el total (1,2). b) *Reproches de Pedro. Muerte de Ananías.* Pedro declara a Ananías que ha mentido a Dios apartando una parte del precio, puesto que era libre de guardar el todo. Al oír estas palabras cae Ananías muerto. Los mancebos lo entierran (3-6). c) *Safira.* Sobreviene ella tres horas después. Pedro le pregunta si el campo ha sido vendido en tanto. Ante su respuesta afirmativa, le reprocha haberse entendido con su marido para engañar al Espíritu Santo, y le anuncia que también ella va a morir. Expira. Los mancebos la entierran junto a su marido. Profundo temor se apodera de la iglesia y de los que lo saben (7-11).

*de Dios habían anticipadamente determinado* (2:23, nota, 3:18). Hay que notar, v. 27, las palabras: *en esta ciudad (Sin., B, A. D, vers.),* omitidas erróneamente por el texto recibido.

25. *¡Ahora mira, Señor, sus amenazas! Sus* se refiere gramaticalmente a los personajes enumerados en el v. 27, lógicamente a los jefes actuales de Israel, animados del mismo espíritu, y que acababan de proferir nuevas amenazas (v. 21). ¡Qué confianza expresa la súplica de los discípulos! Piden a su Señor dos cosas: plena *resolución,* santa *osadía* para *anunciar su Palabra,* precisamente lo que los jefes les han prohibido (v. 17); luego el poder de hacer *curaciones* y otros *milagros,* que despertarán la atención del pueblo para la predicación del evangelio; (gr.) *que extiendas la mano para curación y para que se hagan señales y prodigios...* (Comp. 1 Reyes 8:42; Ezeq. 20:33.)

26. Dios da inmediatamente a los discípulos la señal cierta de que su oración es oída. Los *llena de su Espíritu Santo* (comp. v. 8, nota); y los apóstoles (tal es probablemente el sujeto sobrentendido) *anunciaban la palabra de Dios* con plena *resolución,* a pesar de la prohibición del sanedrín (v. 29). Esta efusión nueva del Espíritu fué acompañada de un *temblor* de la casa donde estaban, como en el día de pentecostés (2:2). Con este fenómeno, que no hay que confundir con un temblor de tierra ordinario, puesto que fué limitado a esta casa, Dios les dió una señal externa de su presencia y de su poder.



32 Y de la muchedumbre de los que habían creído uno era el
corazón y alma [27], y ni aun uno decía ser propio algo de sus
33 bienes, sino que todo les era común [28]. Y con grande potencia
rendían los apóstoles el testimonio de la resurrección del Señor
34 Jesús, y gracia grande era sobre todos ellos [29]. No había, en

27. Gr. *Un solo corazón y alma,* es decir, la más íntima unión de pensamiento, voluntad y de sentimiento existía entre esos creyentes; la misma fe y el mismo amor hacia el mismo Salvador, tal era el vínculo que los unía. Eso es esencialmente lo que constituye la iglesia (Fil. 1:27; 2:2; comp. 1 Crón. 12:38). Ahora bien: el Espíritu sólo crea esta preciosa unidad de las almas, naturalmente separadas por el egoísmo. Por segunda vez (2:42-47), Lucas traza aquí un cuadro de la vida interior de la iglesia, después de haber contado sus éxitos por fuera.

28. Precisamente esa ardiente caridad que Lucas acaba de describir había, por así decirlo, borrado entre los fieles la distinción entre lo tuyo y lo mío, que el egoísmo de los hombres hace a menudo tan acerba. Y no era eso tan sólo una hermosa teoría; era la práctica de la primitiva iglesia en Jerusalén. No hay que forzar demasiado, sin embargo, los términos del texto, que no están exentos de cierto énfasis. Los bienes no eran todos puestos en común, como lo muestra el hecho referido en los v. 36 y 37, y las palabras de Pedro a Ananías, 5:4. Las propiedades particulares estaban virtualmente a disposicion de todos, en razón de la caridad que animaba a los miembros de la iglesia. Algunos críticos, desconociendo este punto, han establecido una contradicción entre la afirmación del v. 32 y los datos de los v. 36,37,5:4; y han inferido que esos pasajes provenían de fuentes diversas y habían sido amalgamados torpemente por el autor de los Actos. Véase por lo demás sobre la comunidad de bienes 2:45, nota.

29. A primera vista este versículo parece extraño al contexto, pues interrumpe la descripción del comunismo que reinaba en la iglesia. Por ello muchos críticos estiman que el autor introduce aquí, en el documento que transcribe, una información recogida en otra fuente. Pero eso es desconocer la relación estrecha que había entre las manifestaciones de la caridad enumeradas en los v. 32 y 34 y la *potencia* con la cual los *apóstoles daban testimonio de la resurrección de Jesucristo, el Señor.* Esta *grande potencia* resultaba, sin duda, de la verdad que proclamaban; era debida también a la acción del Espíritu Santo en ellos y por ellos, como lo muestran las palabras: *había grande gracia sobre todos ellos.* Mas esa acción no habría podido ejercerse tan eficazmente y la predicación de los apóstoles no habría encontrado tanto crédito, si la vida nueva, y en particular la caridad de que estaba animada la iglesia, no hubiera hablado en favor de su doctrina. Jesús ya había anunciado que su misión divina sería reconocida del mundo en la medida en que sus discípulos fueran uni-

efecto, alguien necesitado entre ellos; pues cuantos eran poseedo-
res de campos o de casas, vendiéndolas llevaban los precios de lo
35 vendido y los ponían a los pies de los apóstoles; y era distribuído
36 a cada uno según lo que quienquiera tenía necesidad [30]. Así José
el apellidado de los apóstoles Bernabé —lo que, interpretado, es
37 hijo de exhortación—, levita, chipriota por raza, teniendo un
campo, habiéndolo vendido llevó el dinero y lo puso a los pies
de los apóstoles [31].

dos en el amor (Juan 17). Esta relación es indicada en nuestro pasaje por el *en efecto* que introduce el v. 34. Si se nos dice, aquí y en otra parte (v. 2; 1:22; 3:15; 17:18, etc.), que la *resurrección* del Cristo era el tema principal del testimonio dado por los apóstoles, es porque esta resurrección demostraba la divinidad de Jesús de Nazaret, anunciaba el triunfo de su causa y abría a las almas creyentes la fuente de toda vida. La *grande gracia* que reposaba *sobre todos* no debe entenderse aquí del *favor* de que disfrutaban delante del pueblo (comp. 2:47), sino de la *gracia divina,* que producía estos hermosos frutos en todos ellos. *B.* tiene: *Y los apóstoles del Señor Jesús daban testimonio con grande potencia, de la resurrección.* Westcott y Hort, Nestle, Wendt, Weiss, adoptan esta lección.

30. Comp. v. 32 y 2:45, nota. Esta observación de que no había entre ellos *ningún indigente* muestra que el motivo de esa colocación en común de los bienes era el deseo de subvenir abundantemente a las necesidades de todos los pobres. Tal es el verdadero comunismo, el de una caridad espontánea. Un detalle nuevo es añadido aquí: que el producto de esas ventas de bienes era depositado a los pies *de los apóstoles,* es decir, puesto a su disposición para que ellos lo distribuyesen según *las necesidades de cada uno.* No pudieron ellos bastar a esa tarea; por eso fué necesario pronto darles ayudantes (6:1-6).

31. Este hecho es citado por Lucas como un ejemplo individual de lo que ocurría entonces, y porque *Bernabé* se hizo pronto célebre en la iglesia por sus dones y su actividad misionera, como compañero de obra del apóstol Pablo. Era *levita,* lo que constituía entre los judíos una distinción. Como levita, no era incapaz de poseer un campo, como se ha deducido erróneamente de pasajes tales como Núm. 18:20-24, Deut. 18:1. Resulta de Núm. 35:2 (Comp. Jer. 32:6-16 y Jos. 21:18), que en los alrededores de las ciudades que les eran asignadas, los levitas podían poseer propiedades individuales. La prohibición de Lev. 25:34 debe probablemente entenderse en este sentido: de que esas propiedades no podían ser cedidas definitivamente más que a levitas (Lev. 25:32,33). La patria de Bernabé era la isla de *Chipre,* y fué el primero que, con Pablo, anunció en ella el evangelio (13:4). Fueron *los apóstoles* quienes, más tarde, y a fin de honrarle, cambiaron su nombre de *Josef,* según *Sin., B,A,D,* vers. (los otros manuscritos dicen *Joses* o *José),* en el de *Bernabé* que Lucas traduce por *hijo de exhortación o de consolación* (la palabra griega tiene ambos sentidos). Este nombre hebreo de Bernabé *(Bar Nebuah)* significa propiamente *hijo de profecía.* En efecto, este discípulo era profeta (13:1); y fué, sin duda, porque desplegaba ese don con po-



V Mas cierto varón, Ananías por nombre, con Safira su mujer
2 vendió una posesión, y apartó para sí del precio en connivencia
con la mujer, y habiendo llevado una parte a los pies de los
3 apóstoles la puso [1]. Mas Pedro dijo: Ananías, ¿por qué ha llenado
Satanás tu corazón, para que mintieras al Espíritu Santo y apar-
4 taras para ti del precio del campo [2]? quedando ¿no quedaba para
ti; y vendido en poder tuyo estaba [3]? ¿Cómo es que has puesto
en tu corazón este hecho [4]? No has mentido a hombres sino a
5 Dios [5]. Y oyendo Ananías estas palabras cayendo expiró [6]; y vino

tencia, por lo que su nuevo nombre le fué dado (Comp. 11:22-26).

1. Lucas prosigue su narración con esta palabra *mas,* que pone lo que va a seguir en sorprendente contraste con el cuadro precedente del estado de la iglesia, y en particular con el ejemplo de Bernabé (4:37). *Ananías* quiere darse las apariencias del completo desprendimiento, que reinaba en la iglesia bajo la influencia potente del primer amor. *Vende un campo* y da *una parte del precio* pretendiendo que era todo. Mentira, hipocresía, tal es su pecado, hecho más culpable aún por un convenio con Safira, su mujer. "Quieren servir a dos amos pareciendo servir a uno solo". *Meyer.*

2. Pedro atribuye el pecado de Ananías a *Satanás* que ha *llenado su corazón;* expresión enérgica, significando que "el padre de la mentira" (Juan 8:44) se había apoderado de él (Comp. Juan 13:2,27; Luc. 22:3, notas). Pero la pregunta ¿por qué?, que se dirige a Ananías, prueba que éste habría podido y debido resistirle, como lo observa Meyer (Comp. v. 4, donde ese pecado es atribuído a Ananías mismo). *Mentir al Espíritu Santo* que llenaba los apóstoles y la iglesia, y cuyo influjo Ananías mismo había sentido en su corazón, era más culpable que engañar en las condiciones ordinarias (v. 4). ¿Quiere esto decir que Ananías hubiera cometido lo que Jesús llama el pecado contra el Espíritu Santo? Mat. 12:32, nota). Cuestión ésta que no corresponde al hombre resolver. ¿Cómo supo Pedro que Ananías había guardado parte del precio de su campo? Se ha pretendido que podía haber sido informado de ello; ¿pero por quién? ¿Se habría hallado en la iglesia un delator? No, el apóstol lo supo por una revelación del Espíritu de que estaba lleno (4:8), como supo, luego después, que Safira iba a sufrir el mismo castigo que su marido (v. 9).

3. Gr. *Quedando,* tal cual, sin vender, *¿no te quedaba?* Ananías era dueño de guardar su campo, y habiéndolo vendido tenía plena libertad de conservar el precio entero. Estas palabras prueban claramente que la comunidad de bienes en la iglesia de Jerusalén no era impuesta a nadie (Comp. 2:45, nota).

4. Gr. *Qué* ha pasado *para que hayas puesto en tu corazón ese negocio?*

5. *A Dios,* a quien Ananías profesaba haber hecho el sacrificio de su bien y a quien lo rehusa; a Dios, cuyo Espíritu de santidad obraba en la iglesia (v. 3; comp. I Tes. 4:8).

6. Gr. *cayendo dió el alma* (Véase, sobre este terrible juicio, v. 11, nota). Algunos exégetas han pretendido que la muerte de Ananías fué accidental: habría sido causada por la violenta conmoción que experimentó en su conciencia y en todo

6 gran temor sobre todos los que oían. Y levantándose los jóvenes
7 lo envolvieron y llevándolo fuera lo sepultaron [7]. Y hubo un
intervalo como de tres horas y su mujer no sabiendo lo acon-
8 tecido entró [8]. Mas respondióle Pedro: Dime ¿en tanto vendisteis
9 el campo? y ella dijo: Sí, en tanto [9]. Y Pedro a ella: ¿Cómo es que
fué concertado entre vosotros tentar al Espíritu del Señor? He
aquí a la puerta los pies de los que han sepultado a tu marido
10 y te llevarán fuera [10]. Y cayó inmediatamente a sus pies y expiró;
y entrando los mancebos la encontraron muerta, y llevándola
11 fuera la sepultaron junto a su marido. Y vino gran temor sobre
la iglesia entera y sobre todos los que oían esto [11].

F. 12-42. ACTIVIDAD CRECIENTE DE LOS APÓSTOLES; SU ENCARCELAMIENTO Y COMPARICIÓN ANTE EL SANEDRÍN. — 1º *Las curaciones obradas por los apóstoles.* Son numerosas. El pórtico de Salomón es el lugar de reunión de los discípulos. Mantienen a distancia a los indiferentes, pero disfrutan del favor popular. La iglesia crece; su buena fama atrae a enfermos en multitud, que son depositados al paso de Pedro para que su sombra por lo menos los cubra. Vienen aún de las ciudades vecinas de Jerusalén; todos son sanados (12-16). — 2º *Encarcelamiento y liberación milagrosa de los apóstoles.* Hacen detener a los apóstoles. Durante la noche un ángel los hace salir y les da orden de ir a predicar al pueblo en el templo. Ellos van desde el amanecer (17-21). — 3º *Segundo arresto.* El sanedrín se reúne en sesión plenaria. Los agentes, enviados para buscar a los apóstoles en la cárcel, la hallan vacía, y van a dar su mensaje, que causa viva inquietud a los sacerdotes. Alguien lleva la noticia de que los prisioneros están enseñando en el templo. El comandante del templo los lleva ante el sanedrín, pero sin violencia, por temor al pueblo (22-26). — 4º *Comparición ante el sanedrín:* a) *Interrogatorio por el sumo sacerdote.* Recuerda a los apóstoles la prohibición que les ha sido hecha de enseñar en el nombre de Jesús, y los acusa de incitar al pueblo a vengar sobre las autoridades la muerte de ese hombre (27,28). b) *Respuesta de Pedro.* Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús, al que los jefes habían crucificado. Le ha elevado a su diestra como Salvador, para procurar a Israel, con el arrepentimiento, el perdón de los pecados. Los apóstoles son testigos de ello, y su testimonio es confirmado por el Santo Espíritu que da Dios a los que le obedecen (29-32). c) *El consejo de Gamaliel.* Las palabras de los apóstoles exasperan al sanedrín, que delibera sobre su muerte. Pero un fariseo, doctor afamado, Gamaliel, pide que se les haga salir. Luego induce al sanedrín a obrar sin precipitación: recordando los movimientos suscitados por Teudas y por Judas el Galileo, que de por sí cesaron después de poco tiempo, aconseja dejar tranquilos a los apóstoles; pues si su empresa es de inspiración humana, caerá; si procede de Dios, las autoridades serán impotentes para detenerla. Deben ellas temer hallarse haciendo guerra a Dios. El sanedrín se plega a su opinión (33-39). d) *Resultado del proceso.* Los apóstoles, llamados, son azotados con varas. Se retiran dichosos por haber tenido que sufrir por el nombre de Jesús. No cesan, en el templo y en las casas, de anunciar que él es el Cristo (40-42).

su ser. Pero la certidumbre con que Pedro anuncia a Safira que va a compartir la suerte de su marido (v. 9) nos obliga a ver en el fin repentino de ambos esposos un castigo directo de Dios (v. 11, nota).

7. Se ha pensado que esos *jóvenes* eran servidores titulares de la iglesia a quienes incumbía el deber de mantener en ella el orden y hacer diversos servicios materiales. El texto no lo dice, y es dudoso que tal oficio existiera entonces. Eran pues probablemente los más jóvenes de la asamblea, que se apresuraron, espontáneamente o a pedido de los apóstoles, a llenar ese deber fúnebre. El verbo que traducimos por *le envolvieron* o *le cubrieron* significa también *arreglar, poner en orden;* pero el primer sentido conviene más en nuestro pasaje y es admitido por la mayor parte de los intérpretes. El entierro, entre los judíos, tenía lugar generalmente en el día mismo de la defunción (Juan 11:17, nota).

8. *Entró* en la asamblea. Sin duda Safira, no viendo volver a su marido, le buscaba. Las *tres horas* indicadas fueron empleadas por los jóvenes en el entierro de Ananías, visto que el lugar de las sepulturas estaba fuera de la ciudad.

9. Gr. Pedro *le respondió:* sobre lo cual Bengel observa: "Respondió a la mujer, cuya entrada en la asamblea de los santos equivalía a un discurso". Diciendo: *por este precio* (gr. *tanto),* Pedro nombró quizá la cantidad, o bien, como piensa Meyer, mostró simplemente con el dedo el dinero que Ananías había depositado allí (v. 2). Ese gesto sería trágico. En su respuesta, Safira miente resueltamente.

10. El *convenio* de ambos esposos hacía más culpable su acción, y habían *tentado al Espíritu,* que residía en los apóstoles, al imaginarse que ignorarían su pecado o lo dejarían impune. Por este mismo Espíritu supo Pedro que el castigo de que había muerto su marido iba a herir a Safira (v. 3, nota). Mientras Pedro anunciaba estas palabras, los pasos de los jóvenes se oían fuera; de ahí esta expresión tan actual: *sus pies están en la puerta.*

11. Este *temor* era muy natural (v. 5); fué causa de que, por un tiempo por lo menos, ninguno de los que no eran sinceramente creyentes osara unirse a la iglesia (v. 13). La mayor parte de los intérpretes consideran el terrible juicio que alcanzó a Ananías y su mujer como un acto de disciplina severa ejercido en la iglesia de Jerusalén. Pero ¿no estaría ese acto mucho más en el espíritu del antiguo testamento (Lev. 10:1-5; Jos. 7) que en el espíritu del nuevo? (Mat. 18:15-17; Jac. 5: 19,20). ¿No es tentado más de un lector a preguntar con de Wette: "Tiene el cristianismo acaso necesidad de tales medios? ¡Dos vidas humanas arrebatadas en medio mismo de su pecado, sin ningún plazo para el arrepentimiento!" El piadoso y sabio Bengel mismo se pregunta si no está este juicio en oposición directa con Luc. 9:52-56. A lo que él responde: 1º Jacobo y Juan pedían que el fuego del cielo cayera sobre los samaritanos, obedeciendo a su propia inspiración y con un sentimiento de irritación carnal, mientras que es el Espíritu de Dios quien ani-

12 Y por las manos de los apóstoles eran hechas muchas seña-
les y prodigios en el pueblo[12]; y estaban unánimemente todos
13 en el pórtico de Salomón[13]; mas de los demás ninguno osaba
14 juntarse con ellos, pero el pueblo los engrandecía[14]; y más eran

ma a Pedro; 2º los samaritanos ignoraban quién era Jesús, mientras que Ananías y Safira conocían su gloria y habían tenido en él todos los medios de salvación; 3º los dos esposos habían pecado pues gravemente, libremente, de común acuerdo, y así colmado de una sola vez la medida de su crimen; 4º en el principio de la economía nueva, ese castigo fué un ejemplo salutífero para muchos, que esparció el temor de Dios; 5º la gravedad de la pena que les alcanzó en su cuerpo ha podido tener por efecto evitar la condenación de su alma. Estas explicaciones son muy respetables; son las únicas que se pueden dar si se lo quiere explicar. En todo caso hay que rechazar la opinión de algunos Padres, de nuevo sostenida por Meyer, de que fué el apóstol Pedro mismo quien no solamente anunció este juicio, sino que lo ejecutó, sabiéndolo y queriéndolo, sin duda por la potencia de Dios. El hecho así comprendido como una obra del hombre sancionaría en cierto modo anticipadamente tantos hechos odiosos de los pretendidos sucesores de Pedro. No; es necesario ver en este juicio una intervención inmediata de Dios; una acción milagrosa de su justicia, que ninguno, entonces, puede explicar, ni imitar, ni criticar, sino que todos deben contemplar, con temor y temblor.

12. Estos *milagros* (gr. *señales)* y esos *prodigios* eran las curaciones numerosas que Lucas va a enumerar (v. 15,16). Los dones milagrosos, que contribuían tan poderosamente a la extensión de la iglesia, habían sido solemnemente pedidos por ella (4:30). Por tercera vez (2:43-47; 4:32-37), Lucas interrumpe sus relatos para trazar el estado floreciente de la iglesia, sus dones milagrosos y su unión (v. 12), el favor de que disfrutaba ante el pueblo (v. 13), su acrecentamiento (v. 14), las curaciones que se operaban (v. 15,16).

13. Véase, sobre este *pórtico*, 3:11; Juan 10:23, nota. Ese fué, parece, el lugar de reunión de los cristianos, por lo menos mientras poseyeron el favor popular (v. 13).

14. *Los demás*, eran los habitantes de Jerusalén que no eran creyentes. *No osaban juntarse* a los cristianos, a causa del temor que inspiraban su vida y su disciplina, sobre todo desde la muerte de Ananías y Safira. Mas *el pueblo* los *alababa* grandemente (gr. *los magnificaba). El pueblo*, esta expresión no es equivalente a la precedente: *los demás*, pues no se comprendería cómo las mismas personas estaban al mismo tiempo lejos de los cristianos por el temor y dispuestas a darles grandes alabanzas. *Los demás* es un término general, aplicado a toda la categoría de los que no habían creído; *el pueblo* designa especialmente las clases medias o inferiores que eran aun favorables a los discípulos, mientras que las autoridades los perseguían (4:1,17,21; 5; 26). Se puede, también, con Blass, forzar el sentido del verbo *juntarse* literalmente *apegarse a:* los demás no osaban allegarse a ellos de modo que los importunara, les molestara (Luc. 15:15); estos *demás* serían entonces las gentes que se hallaban en el templo al mismo tiempo que los discípulos, y *el pueblo*, los israelitas o los



añadidas, creyendo al Señor, muchedumbres tanto de varones
15 como de mujeres[15]; de modo que aun a las calles llevaban fuera
los enfermos y los ponían sobre yacijas y camillas, para que
llegado Pedro al menos su sombra cubriera alguno de ellos[16].
16 Y se reunía también la muchedumbre de las ciudades circun-
dantes de Jerusalén, llevando enfermos y turbados por espíritus
impuros, los cuales eran todos sanados[17].
17 Mas habiéndose levantado el sumo sacerdote y todos los que
con él estaban, la secta existente de los saduceos, fueron llenados
18 de celos y echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la
19 prisión pública[18]. Mas un ángel del Señor abrió de noche las

jerosolimitanos en general. Estas explicaciones bastan para apartar la contradicción que se ha hallado en nuestro pasaje y hacen inútil la interpretación, por lo demás poco natural, presentada por J. Weiss y Hilgenfeld, según la cual las palabras del v. 12: "estaban todos unánimes bajo el pórtico de Salomón" deberían entenderse de los apóstoles solos, y "los demás" (v. 13) serían los simples miembros de la iglesia, que habrían sido llenados de santo respeto a la vista de los milagros obrados por sus conductores. La unión íntima que reinaba entre todos los creyentes (2:42, 47; 4:32), la deferencia con la cual los apóstoles consultan a los miembros de la iglesia (6:2-6; 11:2 y sigs.) no permiten admitir que haya habido en ningún momento tal distanciamiento entre ellos y los demás cristianos. La vida que da testimonio de sí misma delante de todos es en todos los tiempos el secreto del aumento de la iglesia (v. 14).

15. *Creyentes al Señor más se agregaban.* Se puede considerar el verbo *se agregaban* como carente de régimen (2:41), y el complemento: *al Señor* como dependiendo de *creyentes* (16:15,34; 18:8), o conectar el complemento al verbo: *agregarse al Señor* (11:24).

16. Comp. sobre estas últimas palabras 19:12; Mat. 9:21; Mar. 5:30, nota. Estas curaciones milagrosas no eran obradas por el medio empleado, sino por el poder de Dios que respondía a la fe de los enfermos. Si las prácticas indicadas no estaban exentas de superstición, los apóstoles no hicieron nada para alentarlas. Las palabras *de modo que*, con que pasa Lucas al relato de todos estos milagros, tendría, parece, su lugar más natural a continuación del v. 12 o del v. 13. Por eso más de un intérprete ha propuesto poner entre paréntesis los v. 13 y 14 o solamente el v. 14 (Holtzmann, Wendt). Pero, aunque ese orden sea quizá el más lógico, no es menos verdadero que el hecho relatado en el v. 14, la grande extensión de la iglesia, era un motivo, para los que tenían enfermos, para llevarlos a los apóstoles, cuya fama e influencia crecían con el acrecentamiento de la iglesia. *D* tiene al final del v. 15: *pues eran libertados de toda enfermedad que cada uno de ellos tenía.*

17. Véase, sobre estos enfermos *atormentados por espíritus impuros*, o endemoniados, Mat. 8:28, nota. El texto recibido, con *D*, dice: iban *a Jerusalén.* La lección *de Jerusalén (Sin., B. A.* ver.) es admitida por todos los críticos.

18. Los grandes triunfos de la igle-

20 puertas de la cárcel y llevándolos fuera dijo[19]: Id, y estando en
pie hablad en el templo al pueblo todas las palabras de esta vida[20].
21 Y habiéndolo oído entraron de madrugada al templo y ense-
ñaban[21]. Mas habiendo llegado el sumo sacerdote y los que con
él estaban convocaron el sanedrín y todo el senado de los hijos
22 de Israel, y enviaron a la cárcel para que fueran llevados[22]. Mas

sia, que Lucas acaba de describir, excitan los *celos* de los adversarios y su odio perseguidor. Es lo que señala el *mas* que abre nuestro relato. Este término: *habiéndose levantado* el sumo sacerdote, no debe entenderse al pie de la letra; pinta la entrada de ese personaje en acción; caracteriza, como en 6:9; 23:9, una actitud hostil. *Los que estaban con él* son sus relaciones y sus partidarios en el seno del sanedrín: formaban *el partido de los saduceos*. Estos, con sus concepciones materialistas y su tendencia conservadora, aborrecían, más aún que los fariseos, innovadores que daban testimonio de la resurrección de Jesús (4:1, nota).

19. Este milagro, como todos los demás, ha provocado las objecciones de la crítica negativa. Sin hablar de los esfuerzos que ha hecho para explicarlo por causas naturales (un terremoto o la acción valiente de algún discípulo), ha querido ver en él la misma tradición que la referida en el cap. 12, a pesar de la diferencia de ambos relatos. Ha pretendido también que este milagro habría sido inútil, puesto que los apóstoles fueron detenidos nuevamente. Pero el heroico valor desplegado por éstos en el templo (v. 21) y ante el consejo (v. 29) ¿no era un fruto de esta liberación? Y la moderación relativa que los jueces van a mostrar, ¿no revela una secreta intimidación causada por estos hechos, inexplicables a sus ojos? Esa misma crítica ha hallado extraño que no se haga mención de tal liberación en la audiencia del sanedrín donde van a comparecer los apóstoles. ¡Qué absurdo, que los miembros de ese Consejo hubieran provocado la cuestión de una intervención divina que los habría confundido! o que los apóstoles hubieran apelado a ese milagro para conseguir ser puestos en libertad! Aun teólogos del valor de un Leander y de un Meyer hallan en este relato, con un fondo verdadero, embellecimientos debidos a la leyenda. Asunto de apreciación subjetiva. Serían necesarias mejores razones para pretender que nuestro historiador no ha sabido poner en práctica sus propios principios altamente profesados (Luc. 1:1-4).

20. *Manteniéndoos en pie*, resueltamente, *anunciad en el templo. Las palabras de esta vida* son las palabras de la vida eterna, que la contienen y la imparten a las almas (Juan 6:63, 68). La palabra *esta* designa la vida bien conocida que el Espíritu Santo había creado en la iglesia.

21. *En el templo* debe entenderse de alguna dependencia de ese edificio, como el pórtico de Salomón (v. 12; 3:11).

22. Se prepara así una asamblea solemne del sanedrín, compuesta de setenta y un miembros, bajo la presidencia del sumo sacerdote, a fin de juzgar a los apóstoles. Lucas nombra, como formando parte de ella, además del *sumo sacerdote:* 1º *los que estaban* habitualmente *con él*, es decir, los miembros del Consejo de que se rodeaba (v. 17); 2º el cuerpo de los *ancianos de los hijos de Israel* (gr.



los alguaciles que llegaron no los hallaron en la cárcel; y habién-
23 dose vuelto contaron diciendo: La cárcel hemos hallado cerrada
con toda seguridad y los guardas estando en pie a las puertas,
24 mas habiendo abierto dentro a nadie hemos hallado. Y como
oyeron estas palabras tanto el capitán del templo como los prin-
cipales sacerdotes, estaban perplejos sobre ellas, en qué vendría
25 esto a parar[23]. Mas llegando alguien contoles: He aquí, los
varones que pusisteis en la cárcel, están en el templo en pie y
26 enseñando al pueblo. Entonces, habiendo ido el capitán de los
alguaciles los llevó, no con violencias, pues temían al pueblo, no
27 fueran apedreados[24]; y habiéndolos llevado pusiéronlos en el
28 sanedrín. Y les preguntó el sumo sacerdote diciendo: Estrecha-
mente os hemos mandado no enseñar en el nombre éste, y he aquí
habéis llenado a Jerusalén de vuestra enseñanza, y queréis traer
29 sobre nosotros la sangre del hombre éste[25]. Mas respondiendo

*gerousía, la vejez).* Esta palabra, no hallándose más que aquí en el nuevo testamento, es explicada por los intérpretes de dos maneras diferentes: unos no ven en ella más que un sinónimo del sanedrín, generalmente compuesto de ancianos; *y* tendría entonces, como a menudo, el sentido de "es decir". El uso de los apócrifos que aplican frecuentemente este término al sanedrín y el hecho de que los sinópticos mencionan siempre a los *ancianos* en la enumeración de los miembros del sanedrín (Mat. 26:57), confirman esta interpretación, que concuerda por lo demás con lo que nosotros sabemos del estado de cosas existentes entonces. Los que la rechazan atribuyen a Lucas el pensamiento de que, en esta ocasión, se agregó al sanedrín los representantes de los consejos de las ciudades o los presidentes de las sinagogas, que se hallaban entonces en Jerusalén. Estiman que el texto, haciendo una distinción entre el sanedrín y el cuerpo de los ancianos, es favorable a esta explicación.

23. El *comandante del templo* (4:1) era más o menos responsable de los prisioneros; se comprende pues su apuro. En cuanto a los *sacerdotes*, sin creer en una liberación milagrosa de los apóstoles, debieron ver por lo menos, en lo que se les informaba, algo de extraordinario que los inquietaba.

24. Ante el informe extraño que acaba de oír (v. 25), el sanedrín, celoso de su autoridad, envía al *capitán del templo* con los *alguaciles* para detener y llevar los apóstoles. Pero cumplen este deber con ciertas consideraciones, *sin violencia;* pues el auditorio popular, que se había formado alrededor de los predicadores del evangelio, habría podido suscitar un motín en el cual el jefe y sus oficiales habrían corrido el riesgo de ser *apedreados*. Gr. *temían al pueblo, no fuesen apedreados*, es decir, que el pueblo los apedreara.

25. Temen que el pueblo de Jerusalén, convencido por los apóstoles de la dignidad mesiánica de Jesús de Nazaret, pida cuenta a sus jefes de la muerte de éste, que ellos habían ordenado. La sangre de *ese hombre*, expresión de desprecio, en la cual, sin embargo, había algo de trágico. Si esa sangre *viene sobre ellos*, como el

Pedro y los apóstoles dijeron: Obedecer es necesario a Dios más
30 bien que a hombres [26]. El Dios de nuestros padres ha resucitado
a Jesús, al que vosotros matasteis colgándole de un madero [27];
31 a éste ha levantado Dios a su diestra por príncipe y salvador
32 para dar arrepentimiento a Israel y perdón de pecados [28]. Y nos-

pueblo lo había pedido para sí mismo en su ceguedad (Mat. 27:25), será la justicia divina vengando sobre ellos el asesinato del Santo y del Justo. *Sin., B, A, vulg.* no dan a las palabras del sumo sacerdote la forma interrogativa, sino la de una afirmación: *Estrechamente os prohibimos,* etc. Después de las palabras: el sumo sacerdote *los interrogó,* era natural que el pensamiento fuera enunciado en una interrogación. Es lo que ha inducido a los copistas a corregir el texto. Pero el verbo *los interrogó* puede entenderse del interrogatorio a que el sumo sacerdote procede al dirigir la palabra a los apóstoles. Y a pesar de esa prohibición, agrega el presidente del sanedrín *¡habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza!* Estas palabras, aun si presentan alguna exageración, muestran los grandes progresos de la iglesia (Comp. 4:4).

26. La palabra *respondiendo* está en singular en griego, para mostrar que Pedro toma la palabra en nombre de todos. En cuanto al gran principio que repite aquí, véase 4:19, nota. Sólo que el apóstol es aun más positivo que la primera vez. Entonces decía: *Juzgad si...;* ahora: *Es necesario,* Y va a probar ampliamente esta obligación (v. 30-32).

27. El término: *el Dios de nuestros padres* (Comp. 3:13) tenía un sentido conmovedor para oyentes judíos y lo debe tener también para nosotros. Se puede traducir: ha *resucitado* o ha *suscitado* a Jesús, significando este último verbo: le ha enviado para cumplir su ministerio. Calvino, Bengel, de Wette, Lechler se deciden por este último sentido. Con Meyer, Ebrard, Holtzmann, Wendt, preferimos nosotros el primero. Es evidente, en efecto, que Pedro pone en contraste la palabra *resucitando* con éstas: *al que vosotros hicisteis morir;* y además, esta interpretación sola conviene a la idea de la elevación de Jesús, de que va a hablar el apóstol (v. 31). En lugar de: *vosotros hicisteis morir,* hay literalmente: vosotros le *matasteis con vuestras propias manos,* expresión exagerada intencionalmente, para hacer sentir a los jefes del pueblo toda su responsabilidad en el asesinato de Jesús. Los judíos se servían del término: *colgar del madero* para decir *crucificar;* implicaba la idea de una maldición (Deut. 21:22, 23; Gál. 3:13; Comp. 1 Pedro 2:24).

28. *Elevado por su diestra,* o, según otros, *a su diestra* (Comp. 2:33, nota), como *Príncipe,* Jefe, Soberano Dominador (3:15; comp. Hebr. 12:2) y *Salvador,* término que es necesario entender en su sentido absoluto, exclusivo, contenido ya en el nombre de JESUS. El objeto de la misericordia divina, al elevar a Jesús a la gloria, es el de *dar* (hay que observar este término) *el arrepentimiento a Israel* (véase sobre esta palabra Mat. 3:2, 1ª nota), y la *remisión* o el *perdón de los pecados,* que les asegura la salvación y la vida eterna (Comp. 2:38; Luc. 24:47. Arrepentimiento y perdón, dos actos siempre inseparables en la obra de la salvación y que resultan de la glorificación de Jesucristo; pues es el Cristo glorificado quien provoca el arrepentimiento en el corazón de los creyentes, por el Espíritu Santo



otros somos testigos de estas cosas, y el Espíritu Santo que ha
dado Dios a los que le obedecen [29].
33 Mas ellos oyendo se estremecían de ira y querían matarlos [30].
34 Mas habiéndose levantado en el sanedrín cierto fariseo por nom-
bre Gamaliel, maestro de la ley apreciado de todo el pueblo, man-
35 dó llevar fuera un poco los hombres [31], y les dijo: Varones isrea-
litas, cuidad de vosotros mismos sobre estos hombres, qué habéis
36 de hacer. En efecto, antes de estos días se levantó Teudas dicién-

y por la predicación del evangelio; es él quien les procura así el perdón y crea en ellos la vida verdadera (Juan 7:39; 16:7,8).

29. *Nosotros,* a quienes vosotros perseguís, nosotros somos los *testigos de estas cosas,* es decir, de las verdades que Pedro acaba de proclamar en medio del sanedrín (v. 30, 31). Más aún, *el Espíritu Santo* es testigo de ellas con nosotros (Juan 15:26, 27), pues por él hablamos nosotros y Dios le ha dado a estos numerosos creyentes que ya le *obedecen.* Para conservar este don del Espíritu, es necesario que nosotros mismos obedezcamos a Dios que ordena, antes que a los hombres que prohiben: ¡Qué respuesta a los reproches del sanedrín! (v. 28). El texto recibido tiene: somos *sus* testigos de estas cosas. *B* tiene: *y nosotros en él testigos de esas cosas; en él* puede significar: en Israel (Wendt) o en Cristo. Tischendorf, Nestle y otros adoptan la lección de *Sin., A, D,* que hemos mantenido en la traducción. Ésta es más fácil, pero eso mismo puede hacer sospechosa su autenticidad.

30. Gr. *eran aserrados por medio,* expresión que designa un violento *estremecimiento de* ira. Con estos pensamientos apasionados, decididos ya a *hacer perecer* a los discípulos, *deliberaban,* según el texto recibido, conservado por Tischendorf, y que se funda en *Sin., D,* vulg. sir. La mayor parte de los críticos recientes prefieren la lección de *B, A,* vers. egip.: *querían* matarlos. El consejo de Gamaliel los apartó de ese designio.

31. *Gamaliel (Gamli El,* Dios es *mi recompensa* o *mi bien,* Núm. 1:10), célebre doctor judío. Según una tradición disputable, era nieto de otro rabino ilustre, Hillel. Era *honrado de todo el pueblo,* no solamente entonces, sino que lo ha sido siempre. Fué el maestro venerado de Saulo de Tarso (22:3), que no supo siempre imitar su tolerancia. Se han producido sobre Gamaliel los juicios más diversos, desde algunos de los antiguos que lo creían secretamente ganado a la causa del evangelio, hasta ciertos exégetas modernos que no han visto en él más que un político frío. Como fariseo, habría afectado esa amplitud de espíritu porque los apóstoles predicaban la resurrección, doctrina aborrecida de los saduceos. La opinión de Meyer nos parece aproximarse mucho a la verdad: "Era, dice, un hombre sabio, imparcial, religiosamente entendido, carácter bastante fuerte para hacer oír los consejos de la experiencia en presencia del celo ciego de sus colegas" (véase, sobre el consejo de Gamaliel, v. 39, 1ª nota). No queriendo decir su opinión en presencia de los acusados, pide que se los haga salir un momento. No hay nada de despreciativo en las palabras *estos hombres (Sin., B, A)* de que se sirve; el texto recibido, con *D, mayúsc.,* tiene: *los apóstoles,* lo que se concebirá bajo el punto de vista de Lucas, pero no de Gamaliel.

dose ser alguien, a quien se juntó un número de hombres como
cuatrocientos; el que fué matado, y todos cuantos le obedecían
37 fueron dispersados y reducidos a nada [32]. Después de éste se
levantó Judas el galileo en los días del empadronamiento y arras-

32. Gamaliel, después de haber hecho oír su prudente *tened cuidado*, consulta primeramente las lecciones de la experiencia o de la historia. Cita el hecho de dos falsos profetas que, procediendo por rebelión, perecieron sus empresas; de ahí sacará la conclusión de los v. 38 y 39. *Antes de estos días*, es decir, precedentemente ya, *se levantó Teudas:* esta primera mención levanta algunas dificultades históricas. Josefo habla *(Ant.* XX, 5, 1) de un mago o falso profeta de este nombre, que arrastró mucha gente en pos de sí hasta el Jordán, pretendiendo que, a su palabra el río suspendería su curso. Un destacamento de caballería romana, enviado contra esa multitud, la dispersó; su jefe fué decapitado. El relato de Josefo concuerda así en todos sus puntos con el ejemplo citado por Gamaliel. Pero, según el historiador judío, ese Teudas apareció por el año 45, en tiempos del emperador Claudio, cuando Cuspio Fado era procurador de Judea, es decir diez años aproximadamente después de la época en que fueron pronunciadas las palabras de Gamaliel. Si hubiera que admitir pues que el Teudas de Josefo es el mencionado por Gamaliel, habría un anacronismo cometido por el autor del libro de los *Actos.* Lucas habría sido informado por la tradición de que Gamaliel, en su discurso, había citado ejemplos de levantamientos que habían caído por sí mismos. Reconstruyendo libremente ese discurso, según un procedimiento familiar a los historiadores antiguos, habría, por error, puesto en boca de Gamaliel esta alusión a un acontecimiento posterior. Pero, aun cuando nosotros no tendríamos dificultad en reconocer un error de cronología en la pluma de un escritor sagrado (error que Calvino admite aquí sencillamente) recordaremos que varios exégetas han presentado razones, que nos parecen suficientes, para no identificar los dos Teudas en cuestión. Habría que admitir, en efecto, que Lucas se hubiera equivocado de medio siglo, puesto que coloca la rebelión de Teudas antes de la que Judas el galileo; no es esto admisible en un historiador tan bien informado en general y tan próximo a los acontecimientos (Comp. 1ª nota siguiente). Ahora bien: Josefo menciona muchos falsos profetas en los tiempos turbulentos que siguieron la muerte de Herodes el Grande. Podía haber entre ellos uno que tuviese el nombre de Teudas. Por otra parte, Josefo cuenta *(Ant.* XVII, 6,2-4) que en los últimos tiempos de Herodes, dos doctores de la ley, Judas y Matías, se dedicaron a combatir todas las innovaciones del rey que eran contrarias a las prescripciones sagradas. Engañados por el rumor que corrió de la muerte del rey, habían emprendido, con el concurso de cuarenta mancebos, el derribar una gran águila de oro, colocada en la fachada del templo, que consideraban como un símbolo de paganismo. Detenidos y llevados ante Herodes, Matías y sus cómplices fueron quemados vivos. Ahora bien: algunos sabios quieren ver en ese Matías nuestro Teudas (o Teodas, Teodoro), cuyo nombre significa en griego "don de Dios" lo mismo que Matías en hebreo. Por una u otra de estas razones, un gran número de exégetas



tró pueblo en pos de sí; aquél también pereció, y todos cuantos
38 le obedecían fueron dispersados [33]. Y ahora os digo: Apartaos
de estos hombres y dejadlos; porque si procediere de los hombres
39 este designio o esta obra, será destruída; mas si procede de Dios
no podréis destruirlos, no sea que seais hallados aún guerreando
40 contra Dios [34]. Y convinieron con él [35]; y habiendo llamado a sí

no admiten la identidad de nuestro Teudas con el de Josefo. (Véase la *Introducción*, p. 241.)

33. Las palabras *después de éste* nos parecen probar hasta la evidencia la no identidad del Teudas de nuestro relato con el de Josefo; pues ¿cómo suponer que Lucas coloque *después* de Teudas la aparición de Judas el galileo que tuvo lugar *en la época del empadronamiento* ordenado por Augusto, y realizado por Cirenio, gobernador de Siria? Nuestro evangelista conocía muy bien la fecha de ese empadronamiento, puesto que la menciona con la mayor precisión (Lucas 2:2). Y ahora, contradiciéndose, y cometiendo un segundo anacronismo, peor que el primero, ¡el historiador de los Actos colocaría este hecho *después* de la rebelión del Teudas de Josefo, que tuvo lugar cuarenta y ocho años más tarde! Es necesario observar, respecto de este *Judas el galileo*, que Josefo pone también su rebelión en relación con el empadronamiento de Cirenio. Lo llama originario de Gamala en Gaulanitis, al nordeste del lago de Genezaret; de donde viene el nombre que también le da de "Judas el gaulanita". *(Ant.* XVIII, 1,1; XX, 5,2.) El falso profeta se levantó contra ese empadronamiento, que tenía por objeto la distribución de los impuestos, pretendiendo que el pueblo judío no debía pagar el tributo sino sólo a Dios. (Comp. Mat. 22:17.) *Arrastró (gr.) pueblo detrás de sí*, en pos de sí, pero él mismo, después de haber ocasionado grandes turbulencias, *pereció* y sus adherentes *fueron dispersados.* Sin embargo los hijos de Judas reanudaron la lucha y ese partido subsistió bajo el nombre de celotes hasta la guerra de los romanos contra los judíos (Josefo, *Guerra*, II, 17,8).

34. No podréis destruir*los (Sin., B, A, D):* pronombre en masculino plural refiriéndose a *estos hombres* (v. 38); el texto recibido tiene: destruir*la*, la obra. *D* presenta variantes notables: (v. 38) dejadles, *no contaminando vuestras manos;* y (v. 39), no podréis destruirlos, *ni vosotros ni los reyes, ni los tiranos; absteneos pues de estos hombres.* El célebre consejo de Gamaliel ha sido elogiado por unos como un oráculo de la sabiduría, y condenado por otros con injusticia. Para comprenderlo, es necesario colocarse en la situación, Gamaliel, fariseo sincero y tolerante, tenía delante de sí al sanedrín cuyos miembros, fanatizados y llenos de furor, deliberaban el hacer perecer a los discípulos (v. 33) como habían crucificado al Maestro. Gamaliel quiere salvarlos; y su discurso contiene la argumentación más apropiada para alcanzar ese objeto. Después de haber recordado las lecciones de la historia, invoca la providencia divina que no permite que falsos profetas puedan subsistir mucho tiempo en Israel, pero que dará pleno éxito, para con y contra todos, a una *obra* que sea *de Dios.* Oponerse a tal obra sería cometer la impiedad de *¡hacer la guerra a Dios!* Esta confianza en Dios, esta fe en su verdad, este temor de oponerse a su voluntad, eran

a los apóstoles, habiéndolos azotado mandáronles no hablar en el
41 nombre de Jesús, y los soltaron [36]. Ellos pues se iban de delante
del sanedrín, gozándose de que habían sido juzgados dignos de
42 padecer afrenta por el nombre [37]; y todo día en el templo y por
las casas no cesaban en enseñar y de anunciar el Cristo Jesús [38].

tanto más respetables y dignos de alabanza cuanto que eran raros en los días de Gamaliel. Es necesario reconocer también que, como magistrado, no tenía nada mejor que decir ni hacer. Calvino censura su actitud, pero el juicio del reformador es inspirado por el falso principio de que el error debe ser combatido por la espada. Cuando, por otra parte, el cristiano, individualmente, es llamado a juzgar del error o de la verdad de una causa, la actitud de Gamaliel no puede servirle de modelo. En efecto, 1º Gamaliel aplica a un caso particular lo que no es verdadero sino en general. Si, en último término, es cierto que la verdad triunfará del error y que el reinado y la gloria pertenecerán a Dios y a su Cristo, no es siempre así en las fases diversas de la lucha. El triunfo, en este mundo, no es una prueba infalible de que una obra es *de Dios*, o el fracaso, de que es *de los hombres*. 2º Es una concepción falsa y contraria a la conciencia el tomar, en presencia de un movimiento religioso, una posición neutral, pasiva, y decir: esperemos el fin. Puesto que Dios ha confiado a sus siervos el depósito sagrado de la verdad, ellos deben examinar toda empresa religiosa a la luz de la palabra divina, asegurarse si es *de Dios* o *de los hombres*, luego rechazarla y combatirla vigorosamente o abrazarla y defenderla con riesgo de su vida. Eso es lo que hacían los apóstoles.

35. Gr. *Fueron persuadidos*, o le *obedecieron*, es decir que desistieron de su designio de matar a los apóstoles (v. 33). Así el discurso de Gamaliel consiguió su fin.

36. Esos jueces inicuos no quieren admitir el haber puesto en juicio a los apóstoles sin causa; los castigan por haber contravenido a su prohibición de anunciar el nombre de Jesús. Y no piensan que infligirles el suplicio de la *flagelación*, era ya hacer la guerra a Dios.

37. Gr. *dignos de ser deshonrados por el nombre* de Jesús. La *dignidad* del *deshonor*, he ahí, en las relaciones sociales, nociones y sentimientos completamente nuevos, desconocidos del mundo y que hacen a los discípulos semejantes al Maestro (Hebreos 12:2; Juan 15:18). Él mismo los había instruído así (Mat. 5:10-12). *Por el nombre*, estas palabras no tienen complemento que lo determine en *Sin.*, *B*, *A*, *C*, *D*, vers. Lucas sabe que será comprendido, mencionando sencillamente ese *nombre*, "el nombre por excelencia cuya confesión y proclamación era, para los apóstoles, el deber más sagrado, el gozo supremo." *Meyer*.

38. Gr. *de enseñar y de anunciar la buena nueva*: *el Cristo Jesús*. Es decir que el gran tema de su enseñanza era probar que Jesús era el Cristo, el Mesías y el Salvador del mundo. Los apóstoles *no cesaban* de llenar *todos los días* esta santa misión a pesar de la flagelación que había desgarrado sus cuerpos (v. 40).



## II. La Iglesia pasa de los Judíos a los Paganos

(Cap. 6-12)

### 1. *Institución de los siete. Martirio de Esteban* (Cap. 6 y 7).

A. 1-7. Elección de siete hermanos para el servicio de las mesas. — 1º *Murmuraciones de los helenistas.* Encontrándose descuidadas sus viudas en la distribución cotidiana, levantan quejas contra los cristianos oriundos de Palestina (1). — 2º *Propuesta de los apóstoles.* Convocan una asamblea de toda la iglesia, delante de la cual declaran que no pueden descuidar la palabra de Dios para presidir el servicio de las mesas. Proponen pues a la iglesia que elija a siete hermanos bien reputados y llenos de Espíritu para encargarlos de este oficio; ellos continuarán entonces dedicándose a la oración y al servicio de la palabra (2-4). — 3º *Los siete son elegidos.* La proposición es adoptada. La iglesia elige siete hermanos cuyos nombres se indican. Los apóstoles los introducen en su cargo por la oración y la imposición de sus manos (5,6). — 4º *Progresos de la iglesia.* La palabra de Dios se extiende; el número de los discípulos aumenta; muchos sacerdotes abrazan la fe (7).

VI Y en aquellos días [1] multiplicándose los discípulos se produjo
una murmuración de los helenistas contra los hebreos, porque eran

1. *En aquellos días*, expresión indeterminada, que puede suponer un intervalo bastante grande desde los hechos relatados en el capítulo precedente. Fueron los días de las primeras persecuciones, de las grandes liberaciones y de los grandes progresos de la iglesia. Entonces se manifestó sin embargo un defecto de organización que fué necesario remediar creando un nuevo cargo que fué confiado a siete hermanos. La institución que nos es contada en este capítulo ha sido considerada por Ireneo y Cipriano como la del diaconato, que hallamos más tarde en todas las iglesias (Fil. 1:1). Es necesario observar sin embargo que los "siete" cuya elección nos cuenta Lucas no son llamados "diáconos" ni en este relato ni en el resto del libro (21:8). Tienen encargo, es verdad, de velar en el *servicio* (gr. la *diaconía*) *de las mesas* (v. 2); pero los apóstoles se reservan el *servicio* (gr. la *diaconía*) de la palabra. No se puede pues inferir del empleo para que fueron nombrados, que llevaran el título de diáconos. Su actividad por lo demás no quedó limitada a las necesidades de orden material para las cuales habían sido establecidos. Esteban y Felipe, los únicos cuya historia nos es relatada, nos aparecen como osados evangelistas que trabajaron con éxito en la propagación del cristianismo (6:8 y sig., 8:5 y sig.). Lo que conocemos de ese período obscuro de los orígenes nos hace considerar la elección de los "siete" como una institución propia de la iglesia de Jerusalén, y destinada a prevenir inconvenientes

2 sus viudas descuidadas en el servicio cotidiano [2]. Mas habiendo
llamado a sí los doce la muchedumbre de los discípulos dijeron:
No es conveniente que nosotros, habiendo dejado la palabra de
3 Dios sirvamos a las mesas [3]. Buscad pues, hermanos, siete varo-

que se habían manifestado en su seno. Más tarde, otras iglesias, impelidas por las mismas necesidades, reconociendo la verdad del principio de los Doce (v. 2), y sintiendo la necesidad de descargar los ministros de la Palabra del cuidado de los intereses materiales, nombraron hermanos a quienes aquéllos fueron confiados, los que recibieron el nombre de diáconos. Así, el diaconato nació espontáneamente en diversos lugares y se tornó pronto en una institución regular de la iglesia universal.

2. Dos clases de israelitas convertidos al evangelio componían la iglesia de Jerusalén: 1º los que Lucas llama aquí los *hebreos*, es decir judíos nacidos y criados en Palestina, que hablaban la lengua hebraica o aramea; 2º los *helenistas*, igualmente judíos, pero nacidos en diversas regiones extranjeras, o habiendo residido en ellas (2:9-11), y que habían adoptado la lengua griega o helénica. Habían ganado así, en su contacto con la civilización griega, costumbres e ideas más amplias, que no los habían apartado de sus creencias israelitas, mas los predisponían a acoger el cristianismo. El v. 9 nos mostrará cuán numerosos eran esos *helenistas* en Jerusalén. De en medio de ellos se levantaron quejas por cuanto sus viudas *eran descuidadas* en la *distribución* (gr. *el servicio, la diaconía*) diaria de los socorros a los pobres. Algunos exégetas han querido ver en esta negligencia una falta de consideración y de caridad de parte de los *hebreos*, y es lo que dice expresamente el texto occidental (Blass) que tiene: descuidadas *por los diáconos de los hebreos*, o según *D*: *en la diaconía de los hebreos*. Pero el autor va a referir la institución de los diáconos; éstos no existían pues aun. Es posible que la parcialidad que es natural al corazón del hombre y del judío, y que el Espíritu de Dios debe incesantemente combatir (Gál. 3:28; Col. 3:11; 1 Cor. 12:13), fuera una de las causas de esa desigualdad en los repartos; pero pensamos que ese hecho se produjo principalmente porque, a medida que la iglesia se hacía más numerosa, las viudas helenistas, como extranjeras, eran menos conocidas y menos en evidencia que las que eran de Jerusalén. Y esto parece indicarlo Lucas con esta observación: *aumentando el número de los discípulos.*

3. Gr. *No es agradable.* Varios sobrentienden no *nos* agrada. Se recuerda que desde el comienzo de la libre comunidad de bienes en la iglesia, los dones eran depositados "a los pies de los apóstoles", es decir puestos a su disposición para ser distribuídos según las necesidades (4:35,37; 5:1). Los apóstoles habían podido hacerse ayudar en esa distribución por miembros de la iglesia, pero sin orden regular. De ahí las negligencias cometidas en perjuicio de las viudas helenistas. Era necesario pues un remedio, que *los Doce* van a proponer; pues, en cuanto a ellos, no debían *dejar la palabra de Dios*, es decir la predicación del evangelio, que el Maestro les había impuesto, *para servir a las mesas.* No es necesario tomar estas palabras al pie de la letra; pueden significar que las distribuciones tenían lugar en alimentos y no en dinero. Pero como a menudo los cristianos, divididos en grupos tomaban sus alimentos en común. (2:46; comp. 1 Cor. 11:20-22, 33, 34), se trataba realmente, en estos casos, de servir a las mesas. El verbo *servir* se aplica especialmente a la distribución de los alimentos y al servicio de mesa (Luc. 17:8; 22:27; comp. Mat. 4:11): es lo que impide dar a la palabra *mesa*, el sentido de mesa de cambista, banco (Mat. 21:12; Luc. 19:23) y ver en la función de que aquí se trata de administración de las finanzas de la iglesia, y especialmente de las limosnas.



nes de entre vosotros que tengan buen testimonio llenos de Espí-
ritu y de sabiduría, a quienes estableceremos en esta tarea [4]; mas
4 nosotros en la oración y en el ministerio de la palabra persevera-
5 remos [5]. Y agradó la propuesta delante de toda la muchedumbre,

4. *B.* presenta una variante, que parece una corrección: *Mas busquemos. Qué estableceremos en este empleo* (gr. *necesidad*). El modo como se realiza este primer acto público de la iglesia es muy importante: los apóstoles proponen la elección de *siete* hermanos; indican las cualidades que deben poseer, luego (gr.) *establecen* a los elegidos por la imposición de sus manos (v. 6). Pero es la iglesia entera (la multitud de los discípulos, v. 2,5) quien los *escoge*. Este doble principio de la autoridad apostólica y de la organización democrática de la iglesia reaparecerá en todo nuestro libro de los Actos. La iglesia se gobierna por sí misma, bajo la dirección de los siervos de la palabra. En intereses tan sagrados como los del alma, no se puede rehusar a ningún miembro del cuerpo de Cristo su participación en el gobierno. Pero este principio supone una iglesia verdaderamente cristiana; fuera de ahí, se llega a esta monstruosidad, tan frecuente en nuestros días, de que son los adversarios del evangelio quienes hacen las elecciones y gobiernan la iglesia de la que no se preocupan más que para destruir sus principios. Aunque no se trate, para el cargo a crear aquí, más que del cuidado de los pobres, los que sean investidos no deben carecer primeramente de *un buen testimonio* de toda la iglesia, luego deben ser varones *llenos del Espíritu* de Dios *y de sabiduría.* (Comp. 1 Tim. 3:8-13). Es que la caridad no es cristiana sino cuando es ejercida con fe y amor, porque el cuidado de los pobres no debe tener por objeto sus cuerpos solamente, mas también sus almas. Se han indicado diversas razones que habrán inducido a los apóstoles a fijar en *siete* el número de los diáconos: era un número sagrado, de carácter religioso (Gén. 21:28; Ex. 37:23); entre los judíos el consejo colocado al frente de cada localidad se componía de siete hombres (Josefo, *Ant.* IV, 8,14); se ha supuesto que los cristianos de Jerusalén, para comer en común, estaban divididos en siete grupos (Zöckler).

5. *La oración y el servicio de la palabra*, he ahí las dos grandes obras del *ministerio* apostólico. Esta palabra *servicio* de la palabra corresponde al *servicio* de las mesas (v. 1,2). El término griego es *diaconía*. El título de *diácono* ha quedado en la iglesia para designar un cargo permanente. (Fil. 1:1; 1 Tim. 3:8, etc.) Así, ora los apóstoles que predican la palabra, ora los diáconos que cuidan de los indigentes, todos desempeñan un *servicio;* ellos *sirven* y no deben tener ambición más alta.

y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y de Espíritu Santo, y a
Felipe y a Prócoro y a Nicanor y a Timón y a Pármenas y a
6 Nicolás prosélito antioqueno [6], los que pusieron en presencia de los
apóstoles; y habiendo orado pusieron sobre ellos las manos [7]
7 Y la palabra de Dios crecía, y se multiplicaba el número de
los discípulos en Jerusalén en gran manera, y grande multitud de
los sacerdotes obedecían a la fe [8].

6. *Esteban* es nombrado el primero en la lista, a causa de la hermosura de su carácter cristiano (*lleno de fe y de Espíritu santo*), que fué reconocido por toda la iglesia, y principalmente a causa del lugar eminente que va a tener en los relatos que siguen. *Felipe* reaparecerá en este libro de los Actos, desempeñando el ministerio de evangelista (8:5 y sig.; 21:8). A *Prócoro* son atribuídos los Actos apócrifos de Juan. *Nicolás* es designado por Ireneo como el fundador de la secta de los Nicolaítas (Apoc. 2:6,15). Esos datos son poco seguros. Los demás diáconos nos son desconocidos. Sus nombres, todos griegos, muestran con qué espíritu de conciliación y de caridad esas elecciones fueron hechas por la iglesia de Jerusalén. Quiso ella hasta incluir un *prosélito*, pagano nativo, *de Antioquía*, y por consiguiente extraño a la nacionalidad de los hebreos (v. 1, 2ª nota).

7. La *oración* de los apóstoles y de toda la iglesia para los nuevos elegidos es aquí lo esencial; pero no hace inútil *la imposición de manos*, que fué, en todo tiempo, el símbolo y el medio de la comunicación del Espíritu y de la bendición divina, necesaria al cumplimiento de un cargo en la iglesia. (Núm. 27:18; Mat. 19:13; Act. 8:17; 13:3, etc.).

8. El texto no dice que esta nueva prosperidad de la iglesia fuese fruto de la armonía y de la paz que acababa de ser restablecida por la elección de los siete. Mas con razón la mayor parte de los intérpretes acercan ambos hechos y deducen aquella consecuencia. Aun *una grande multitud de sacerdotes* fueron ganados al evangelio, por la influencia potente de la vida cristiana que se manifestaba ante los ojos de todos. Esta expresión: *una grande multitud*, parece exagerada; pero si se recuerda que la raza sacerdotal era extremadamente numerosa, que contaba hasta millares de miembros (Esdr. 2:36-39), se comprenderá que en esos días una obra admirable de conversión se cumplió en su seno. "Los mejor dispuestos de los hombres de esa profesión debían, a la nueva luz que resplandecía en la vida de la iglesia, sentir y reconocer tanto más vivamente la degradación profunda de la jerarquía a que pertenecían". *Meyer*. Las palabras: *obedecían a la fe*, deben ser pesadas; el verbo en imperfecto indica una acción que continúa: perseveraban en la obediencia. Según otros, el imperfecto significaría que había siempre nuevos sacerdotes que llegaban a la obediencia (18:8). *Obedecer a la fe* es de gran exactitud psicológica y moral; pues la fe no es más que la obediencia de la conciencia, del corazón y de la voluntad a la verdad divina. (Comp. Rom. 1:5; 10:16; 2 Tes. 1:8; Juan 3:36).



B. 8-15. El ministerio de Esteban. La acusación contra él. — 1º *La actividad bendecida de Esteban suscita oposición.* Esteban, lleno de potencia de lo alto, obra milagros en el pueblo. Los miembros de diversas sinagogas helenistas entablan discusiones con él, pero son vencidos por su sabiduría y por el Espíritu que inspira sus palabras (8-10). — 2º *Esteban arrastrado por el motín ante el sanedrín.* Sus adversarios, sobornando algunos hombres que afirman haberle oído blasfemar contra Moisés y contra Dios, excitan en su contra al pueblo y a los escribas, y le arrastran de improviso ante el sanedrín (11,12). — 3º *La acusación hecha contra Esteban.* Los falsos testigos le reprochan hablar incesantemente contra el templo y contra la ley, anunciar que Jesús de Nazaret destruirá el primero y abolirá los preceptos de Moisés. Todas las miradas están fijas sobre Esteban: su rostro parece a los miembros del sanedrín semejante al de un ángel (13-15).

8 Y Esteban, lleno de gracia y de potencia, hacía prodigios y
9 señales grandes en el pueblo [9]. Mas se levantaron algunos de los
de la sinagoga llamada de libertos y de cireneos y de alejandri-
10 nos y de los de Cilicia y Asia disputando con Esteban [10]; y no

9. Lucas vuelve a Esteban. Nos muestra en él, no solamente al primero de los mártires, sino al defensor poderoso de la verdad. (Com. v. 14, nota.) Le ha designado ya como un hombre lleno de fe y de Espíritu Santo (v. 5); repite que era *lleno de gracia y de potencia*, a fin de hacer ver en esos dones la fuente de los *milagros* que realizaba, y también la causa de la oposición que no tardó en levantarse en su contra. La palabra *gracia* (el texto recibido, con algunas *mayúsc.* y vers. tiene: *fe*, como en el v. 5) no debe entenderse, como se ha hecho a menudo, del favor de que Esteban habría disfrutado ante el pueblo, sino de la gracia divina en todo su rico significado. En cuanto al *poder* de Esteban, era el del Espíritu de Dios de que estaba lleno.

10. Había en Jerusalén gran número de sinagogas (los rabinos contaban hasta 480), donde los judíos se reunían para la lectura de la escritura y la oración. Todas las nombradas aquí se componían de israelitas que habían vivido en el extranjero, de donde habían llevado, con la lengua griega, opiniones filosóficas que debían disponerlos a *disputar* contra la doctrina nueva profesada por Esteban (v. 1, 2ª nota). Atraídos por una afinidad de cultura y de tendencias, se agrupaban para formar sinagogas, según las nacionalidades diversas en cuyo seno habían vivido. Lucas nombra primeramente la sinagoga de los *libertos*, término que ha sido explicado de diversas maneras, pero que la mayor parte de los exégetas, desde Crisóstomo, entienden como designando judíos en otro tiempo llevados a Roma como prisioneros de guerra, luego *libertados*, y que, vueltos a su país, habían formado en Jerusalén, entre ellos, una sinagoga. Esta opinión se funda en diversas razones históricas y ante todo en el nombre latino que Lucas les da: *libertini, libertos*. Los *cireneos* habían habitado *Cirene*, capital de Libia, en Africa, donde según Josefo (*Antig.* XIV, 7,2), los judíos formaban la cuarta parte de la población. *Alejandría*, en Egipto, tenía igualmente una colonia judía muy numerosa, en cuyo seno se formó la célebre escuela

11 podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba[11].
Entonces sobornaron varones que decían: Le hemos oído hablar
12 palabras blasfemas contra Moisés y Dios[12]; y conmovieron el pue-
blo y los ancianos y los escribas, y habiendo sobrevenido le arre-
13 bataron y llevaron al sanedrín[13], y pusieron testigos falsos que
decían: El hombre éste no cesa de hablar palabras contra el lu-
14 gar santo y la ley; pues le hemos oído decir que Jesús, el nazareno
ése, destruirá este lugar y cambiará las costumbres que nos tras-
15 mitió Moisés[14]. Y mirándole fijamente todos los sentados en el
sanedrín vieron su rostro como rostro de ángel[15].

tan conocida bajo este nombre. La sinagoga de los *alejandrinos*, en razón de su cultura científica, debía estar pues particularmente dispuesta a entrar en lucha contra Esteban. Entre los judíos de *Cilicia* se hallaba sin duda Saulo de Tarso; está presente, en efecto, en el suplicio de Esteban. Por *Asia* hay que entender el Asia proconsular, sobre las márgenes del mar Egeo, cuya ciudad principal era Efeso. No se ve claramente cuántas sinagogas diferentes cuenta Lucas: según Meyer, enumeraría *cinco*: la de los libertos, y una para los de jurisdicción de cada una de las cuatro provincias indicadas. Wendt estima que el texto obliga a distinguir *dos* sinagogas, una comprendiendo los libertos, los cireneos y los alejandrinos; la otra los judíos de Cilicia y de Asia. Calvino y otros intérpretes piensan que no había sino *una* sola, que reunía los representantes de esos diversos grupos. La traducción que hemos adoptado (Bonnet), siguiendo a Oltramare y Segond, menciona *tres* sinagogas y cierto número de judíos de las provincias de Cilicia y de Asia. (La nuestra reconoce *una* sinagoga y cierto número de judíos).

11. El *Espíritu* (de Dios) era la fuente de la *sabiduría* a la que los adversarios *no podían resistir*. Escribiendo estas palabras, Lucas recordaba sin duda la promesa de Jesús que él mismo había consignado en su evangelio (21:15).

12. Esos *varones* son los falsos testigos del v. 13, y las palabras *blasfemas* que atribuyen a Esteban son resumidas en el v. 14. Porque esos adversarios no podían resistir a Esteban, por buenas razones, recurren, como siempre, a las falsas acusaciones y aun a la violencia (v. 12).

13. Hasta ese momento el *pueblo* había sido favorable a los cristianos (2:47), la persecución no había sido suscitada más que por los saduceos que aborrecían la doctrina de la resurrección (4:1, 2). Ahora los *ancianos* y los *escribas*, que pertenecían en su mayor parte al partido de los fariseos, se dejan también *conmover*. Se produce pues un tumulto, del que aprovechan los adversarios de Esteban para arrastrarlo hacia el *sanedrín*, que, parece, se hallaba reunido; y es allí donde va a ocurrir toda la escena relatada hasta el fin del cap. 7. El participio: *arrojándose sobre él*, traducido por otros: *sobreviniendo de improviso*, pertenece al verbo empleado en 4:1, y significa a menudo acercarse de modo inesperado con intenciones hostiles (Luc. 21:34; Act. 17:5; 23:27).

14. Los *falsos testigos* reproducen exactamente los medios puestos en juego contra el Señor mismo Mat. 26:59 y sig.). Su falso testimonio no



C. 1-53. Discurso de Esteban. — 1º *La época patriarcal:* a) *El Dios de gloria revelándose a Abraham en diversos lugares.* Interrogado por el sumo sacerdote sobre la verdad de las acusaciones levantadas contra él, Esteban se dirige con respeto al sanedrín. Habla de la aparición de Dios a Abraham en Mesopotamia, de la orden que dió al patriarca de trasladarse a Charán, luego a Canaán; de la promesa que le hizo, asegurándole que su posteridad poseería ese país después de haber sido esclavizada por cuatrocientos años en tierra extraña; del pacto que hizo con él y cuya señal era la circuncisión, señal que fué aplicada por Abraham a su hijo Isaac, por éste a Jacob, y por Jacob a los doce patriarcas (1-8). b) *José, vendido por sus hermanos, se vuelve el benefactor de su familia.* Los celos impelen a los patriarcas a vender su hermano José como esclavo en Egipto. Pero Dios le liberta de sus pruebas y le da sabiduría, que le hace complacer a Faraón y le vale el gobierno de la casa real y de todo el país. Un hambre lleva a los hijos de Jacob a Egipto; José se hace reconocer por sus hermanos; envía por su padre, quien va a establecerse en Egipto. Muere allí, así como sus hijos tras él; sus cuerpos son transportados a Sichem y depositados en la tumba que Abraham había comprado de los hijos de Hemor (9-16). — 2º *La época de Moisés:* a) *Nacimiento de Moisés. Es primeramente rechazado por los Israelitas.* Se acercaban los tiempos en que debía cumplirse la promesa hecha a Abraham. Israel se multiplica y es maltratado. Moisés viene al mundo, es recogido por la hija de Faraón e instruído en toda la sabiduría de los Egipcios. A la edad de cuarenta años, visita a sus hermanos, mata a un egipcio que los maltrataba, pero es desconocido por ellos y rechazado cuando procura intervenir en una de sus querellas. Huye al país de Madián (17-29). b) *Moisés llega a ser el libertador del pueblo, que sin embargo rehusa obedecerle.* Cuarenta años después, Dios se revela a Moisés en la visión de la zarza ardiendo, y le envía a Egipto a libertar a Israel. Da así por libertador a su pueblo a un hombre que ese pueblo había desechado. Moisés hace salir los israelitas de Egipto y los conduce durante cuarenta años por el desierto; les promete el envío de un profeta semejante a él; conversando con el ángel del Eterno sobre la montaña, les trasmite palabras de vida. Pero le rehusan obediencia; piden a Aarón dioses semejantes a los de Egipto, a quienes puedan ver; sacrifican al becerro que ellos han fabricado. Dios los entrega al culto de los astros, como lo atesta un pasaje de Amós, en el cual se predice, como castigo, la cautividad de Babilonia (30-43). 3º *El tabernáculo y el templo.* En el desierto tenían nuestros padres un tabernáculo, hecho conforme al modelo que Moisés había visto. Lo introdujeron en Canaán en tiempos de Josué. Permaneció hasta los días de David. Éste pidió a Dios el favor de levantarle una morada. Su hijo Salomón la edificó. Pero el Altísimo no habita en un templo levantado por los hombres. Su morada es el universo por él creado, como lo enseña el profeta (44-50). — 4º *Peroración.* Esteban reprocha a los judíos ser rebeldes al Espíritu Santo, como lo fueron sus padres, que persiguieron a todos los profetas. Ellos han sido los matadores del Justo que aquéllos anunciaban; ellos, que sin embargo han recibido la ley por intermedio de ángeles, pero no la han guardado (51-53).

VII Mas el sumo sacerdote dijo: ¿Es esto así [1]? Y él dijo [2]: Va-

era absolutamente inexacto, mas consistía en mencionar palabras de Esteban apartándolas de su sentido. Así, él podía muy bien haber pronunciado, respecto al *santo lugar* y la *ley, palabras* (el texto recibido, con algunas *mayúsc.* y vers. añade: *blasfemas)* que no eran más que el eco de las enseñanzas del Salvador, pero que, a los ojos de los judíos, eran sacrílegas. Podía, anunciando el evangelio de la gracia, haber dado un sentido espiritual enteramente nuevo a las *costumbres trasmitidas por Moisés.* Podía también, al denunciar los juicios de Dios sobre el pueblo rebelde, haber repetido tal o cual palabra de Jesús que implica la *destrucción* del templo (Mat. 24). Estas palabras: *Jesús, el nazareno ése,* están llenas de desprecio. No es imposible que Esteban tuviera concepciones enteramente evangélicas sobre la abolición del antiguo pacto; él era helenista (v. 1, nota) y, como observa Neander, la educación griega que había recibido podía ya elevarle por sobre los estrechos prejuicios judíos. Pero principalmente estaba lleno de Espíritu Santo y de sabiduría cristiana (v. 3 y 10); y, por esta doble razón, podía haberse adelantado a los mismos apóstoles de Jerusalén en el conocimiento de la verdad. Por esto, con razón ve Neander en él al precursor del apóstol Pablo *(Hist. del establecimiento y de la dirección de la Iglesia cristiana,* trad. Fontanés, I, p. 41).

15. Apareciendo delante de la alta asamblea del sanedrín, al oír las acusaciones producidas en su contra, y en el momento de tomar la palabra para la defensa de la verdad, el primer mártir fué de tal modo penetrado del Espíritu de Dios, que su *rostro* mismo resplandeció de alegría santa y celestial. Lucas lo compara al *rostro de un ángel* (Comp. 2 Sam. 14:17; Mat. 13:43). Todos los miembros del sanedrín le *vieron* así.

1. *Mas,* mientras todos los miembros del sanedrín tienen los ojos fijos en Esteban, que está en pie delante de ellos, irradiando su rostro paz divina y santo entusiasmo (6:15), el *sumo sacerdote* rompe el silencio para pedirle se explique acerca de la acusación presentada en su contra (6:11, 13, 14).

2. El sentido como el objeto de este largo discurso de Esteban no aparece claramente a primera vista. En particular, so se ve la relación que podía haber entre la acusación formulada contra él y esta exposición de la historia de Israel. Algunos críticos han inferido de ello que el discurso no era auténtico; pero su autenticidad resulta de esa misma dificultad, "pues francamente se puede afirmar que un redactor enteramente independiente de la tradición, que no tuviera, para componer esta apología, otro antecedente que la situación indicada y sobre todo el principal punto de acusación, no habría llegado a encerrarse en un círculo de ideas que parece tan extrañamente alejado de los hechos y de los intereses de la causa" *Reuss.* Si se pregunta también cómo este discurso ha sido recogido y trasmitido al autor de los Actos, es natural suponer que alguno de los oyentes de Esteban, favorable al evangelio (Comp. 6:7), hizo una relación que circulaba entre los discípulos y llegó así a manos de Lucas. La existencia de tal relato es tanto más probable cuanto que refería las últimas palabras del mártir. Por lo demás, fué de fácil redacción,



puesto que todos los hechos históricos recordados por Esteban eran conocidos de sus oyentes, y no les fué necesario ningún esfuerzo de memoria para retenerlos. El objeto de Esteban era doble: justificarse de la acusación de blasfemar contra Dios, de despreciar su ley y su templo; volver esa acusación contra sus adversarios haciéndoles sentir que eran rebeldes a Dios y a sus designios de misericordia, como sus padres lo habían sido en todo tiempo. La exposición histórica que emprende era apropiada para obtener este doble fin. Primeramente, al olvidarse de sí para no hablar más que de hechos rodeados de la veneración de todos sus oyentes, Esteban conseguía hacerse escuchar de ellos, cualesquiera fuesen su irritación y su mala voluntad (6:12); luego, por el modo como hablaba de esos hechos, convencía a sus jueces de la inexactitud del reproche que se le hacía de despreciar las gloriosas tradiciones de su pueblo. ¿Cómo habría podido hacerse culpable de las blasfemias que le eran imputadas él, que hablaba con esa fe viva, esa piedad, esa adoración del *Dios de gloria* y de las revelaciones que en todo tiempo otorgó a los que esperaban en él, que contaba con emoción la vocación y la obra de Moisés, que describía con respetuosa admiración la construcción del templo? Pero, al destruir esas imputaciones calumniosas, Esteban preparaba sus oyentes para recibir las ideas nuevas y atrevidas que habían podido provocarlas. Si se extiende, al principio, sobre la época patriarcal y realza las comunicaciones divinas que recibieron en diversos lugares Abraham y sus descendientes, ¿no es para insinuar que la presencia de Dios no está ligada al santuario de Jerusalén? Vuelve a esta idea al relatar la erección de ese mismo santuario (v. 48-50). La conclusión que de ello se podía sacar, es que el templo no era inmutable y que el culto que allí se celebraba debería un día ceder lugar a lo que Jesús llamaba la adoración en espíritu y en verdad (Juan 4:21-24; Act. 6:14, nota). Mas si Esteban ha tenido la intención de realzar incidentalmente esta verdad, el objeto principal de su discurso era el de hacer resaltar que en todas las épocas Israel ha respondido a los beneficios de Dios con la ingratitud y la rebelión. Presenta a sus oyentes la historia del pueblo electo como un verdadero espejo en el cual ellos podían reconocerse y convencerse de que se mostraban, como dignos hijos de sus padres, rebeldes también a los designios de la misericordia de Dios. ¿No eran ellos los demasiado fieles imitadores de aquellos hombres que habían vendido a José, rechazado a Moisés y perseguido a los profetas? ¿Y no acababan de colmar la medida de las iniquidades realizadas por sus antepasados al matar al Mesías? Tal es la severa y osada conclusión del discurso (v. 51-53); ella suministra la clave de éste. Se puede admitir que Esteban se proponía terminar con un llamado al arrepentimiento y a la fe en Jesucristo. Su exposición histórica le suministraba naturalmente el tema: cada uno de los siervos de Dios rechazados por los israelitas se había tornado luego en su bienhechor: José acogiendo a su familia en Egipto, Moisés arrancando a su pueblo de la tierra de servidumbre. Esteban podía inferir de esos ejemplos que Jesús de igual modo, entregado y matado por los judíos, se tornaría en su Libertador, si volvían hacia él con fe. Pero la irritación de sus oyentes no le permitió dirigirles esa suprema exhortación y le obligó

2 rones hermanos y padres, oíd[3]. El Dios de la gloria apareció a
nuestro padre Abraham estando en Mesopotamia antes de morar
3 él en Harrán, y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven
4 a la tierra que te mostraré[4]. Entonces, habiendo salido de tierra
de los Caldeos moró en Harrán. Y de allí después de morir su
padre le transportó a esta tierra en que vosotros ahora moráis[5],
5 y no le dió heredad en ella ni aun la anchura de un pie, y prome-
tió dársela en posesión y a su descendencia después de él, no te-
6 niendo él hijo[6]. Y habló Dios así: Será su descendencia extran-

a terminar su discurso con palabras de condenación.

3. Esteban se dirige a su auditorio en términos llenos de respeto y de afecto. Todos los israelitas eran para él *hermanos;* pero honra con el título de *padres* a los miembros del sanedrín, que, en general, eran hombres de edad (Comp. 22:1).

4. *El Dios de la gloria,* que aparece en la gloria, en el esplendor de la luz celestial. El Eterno se revelaba en esa gloria (Ex. 24:16; 33:18; 40:34; Isa. 6:3; Luc. 2:9). Es mencionada y unida al nombre de Dios como un atributo, porque diversas revelaciones de este Dios van a ser referidas. Por otra parte, pronto Esteban la contemplará con sus propios ojos (v. 55). El libro del Génesis refiere (11:31, 32), que Abraham salió de Ur, en Caldea, con su padre y toda su familia para ir al país de Canaán; que fué a *Harrán,* que vivió allí, y que allí murió su Padre. Después del relato de esta primera migración, el Génesis menciona la orden de Dios recordada por Esteban (Gén. 12:1). Según aquélla Dios habría aparecido a Abraham en *Harrán* y no, como dice Esteban, *antes que morase en Harrán.* Diversos exégetas (de Wette, Meyer), han hallado pues en ello un error histórico, fácil de concebir en un hombre que cita de memoria en un discurso improvisado. Sin embargo, sabemos, según el Génesis mismo (15:7, comp. Nehem. 9:7), que Abraham no dejó a Ur, en Caldea, sino por una revelación de Dios. Y hay que notar que la tradición generalmente admite entre los judíos se atendía a este último antecedente. (Josefo, *Antig.* I, 7, 1.) Esteban pues no hace más que seguirla. Esteban no nombra Ur de los caldeos, que estaba situada al sudeste de la Mesopotamia, en la Babilonia meridional, no lejos del golfo Pérsico. Se han hallado las ruinas de esa ciudad.

5. Comparando Gén. 11:32 y 12:1, se podría realmente inferir que Abraham no fué a Canaán sino *después que hubo muerto su padre.* Pero, según otros datos del Génesis, Teraj, padre de Abraham, era de setenta años de edad cuando tuvo este hijo (Gén. 11:26), y vivió hasta la edad de doscientos cinco años (Gén. 11:32). Como Abraham tenía setenta y cinco años cuando salió de Harrán para ir a Canaán (Gén. 12:4), resulta que su padre vivió sesenta años aún después de esa época. Todas las tentativas hechas para explicar este error de cronología no son sino esfuerzos vanos. Más vale dejar la responsabilidad de él a Esteban y a la tradición que él seguía y que se encuentra en Filón. Nació sin duda de los dos pasajes del Génesis citado al principio de esta nota.

6. Así, a todo respecto, Abraham debió andar únicamente por fe en las promesas de Dios: promesas de la posesión de Canaán, cuando no tenía, en cuanto a *propiedad* (gr. *heredad),* donde *asentar el pie;* promesa de dar ese país *a su posteridad, aunque no tenía hijo* (Gén. 12:7; 13:15; Hebr. 11:8,11). Es necesario que la fe vea lo invisible.



jera en tierra extraña, y la harán sierva y maltratarán cuatro-
7 cientos años; y a la nación a que servirán juzgaré yo, dijo Dios,
8 y después de esto saldrán y me servirán en este lugar[7]. Y le dió
el pacto de la circuncisión; y así engendró a Isaac y le circuncidó
en el día octavo, e Isaac a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas[8].
9 Y los patriarcas, estando celosos de José le vendieron para
10 Egipto; y era Dios con él, y le libró de todas sus tribulaciones, y
dióle gracia y sabiduría delante de Faraón rey de Egipto, y le
11 estableció gobernador sobre Egipto y su casa entera[9]. Y fué ham-
bre sobre el Egipto entero y Canaán y grande tribulación, y no
12 hallaban alimentos[10] nuestros padres. Mas habiendo oído Jacob
13 que había trigo en Egipto envió a nuestros padres primero; y en
la segunda vez fué reconocido José por sus hermanos, y mani-
14 fiesto fué hecho a Faraón el linaje de José[11]. Y habiendo enviado
José hizo venir a Jacob su padre y toda su parentela. Con setenta
15 y cinco almas[12], bajó Jacob a Egipto, y murió él y nuestros pa-

7. Véase Gén. 15:13, 14. Este pasaje es citado libremente según los Setenta; las últimas palabras: *me servirán en este lugar,* son tomadas de Ex. 3:12. La cifra redonda de 400 años está también en el Génesis (15:13), mientras que en el Exodo (12:40), la duración de la servidumbre de Israel en Egipto es fijada exactamente en 430 años.

8. Gr. *Un pacto de circuncisión,* es decir, un pacto cuya señal y sello era la circuncisión. Este símbolo de la regeneración del hombre pecador obligaba a Abraham a la fidelidad para con Dios (Gén. 17:10), y *así,* en esa relación con el Eterno, engendró a Isaac *y le circuncidó* (Gén. 21:4).

9. Esta mención de los *celos* de los *patriarcas* contra José y del crimen de que se hicieron culpables (Gén. 37:11, 28), es quizá, en la intención de Esteban, una primera alusión a la enemistad de su pueblo contra el Salvador, que, él también, fué *vendido* y entregado por sus hermanos a quienes amaba. *Mas,* para Jesús, como para José, *Dios estaba con él* (Gén. 39:2). Esteban ve en la *liberación* y la elevación de José en Egipto la acción directa de *Dios,* que le *hizo hallar gracia* (Gén. 39:21) y le dió una rara *sabiduría* delante de Faraón. A causa de esto este último *le estableció sobre Egipto y sobre toda su casa.* Gén. 41:37 y sig.; Comp. Sal. 105:21.)

10. Esta palabra, que sólo se lee en este lugar en el nuevo testamento, significa propiamente *forraje.* Los Setenta la emplean en Gén. 42:27.

11. Gr. *Y su linaje tornóse manifiesto para Faraón.* El texto recibido, con *B, C, D,* tienen la familia de José. Véase Gén. 41:54 y sig.; 42:1; 45:4. Esteban no recuerda estos hechos sino a causa de su vivo interés para todo israelita.

12. Así José, aborrecido, perseguido, se tornó en el salvador de toda su familia. Una comparación con Jesús se ofrecía por sí misma. Esteban cuenta *setenta y cinco personas* (gr. *almas)* en la familia de Jacob al tras-

16 dres, y fueron trasladados a Siquem y puestos en el sepulcro que
había comprado Abraham a precio de plata de los hijos de Hemor,
17 padre de Siquem [13]. Mas conforme se acercaba el tiempo de la
promesa que había prometido Dios a Abraham, creció el pueblo
18 y multiplicóse en Egipto, hasta que se levantó otro rey sobre
19 Egipto, que no conocía a José [14]. Éste, usando astucia contra
nuestra raza maltrató a los padres hasta exponer sus criaturas

ladarse a Egipto, aunque, en tres pasajes del antiguo testamento, el texto hebreo no indica más que setenta (Gén. 46:27; Ex. 1:5; Deut. 10:22). Esteban saca ese dato de la versión griega de los Setenta que, en Génesis 46:27 y Ex. 1:5, tiene la cifra de 75. Nosotros conectamos las últimas palabras del v. 14 al principio del v. 15: "Con setenta y cinco personas, Jacob descendió a Egipto." Este modo de disponer el texto nos parece indicado por Deut. 10:22 (véase la versión de los Setenta). Los más antiguos manuscritos tienen es verdad, al principio del v. 15, una conjunción: *y* Jacob descendió. Pero el hecho de que esa conjunción no es la misma en todos los manuscritos prueba que en el original faltaba. Es lo que confirman *D*, varias *minúsc.*, la Peschito. En estos documentos el v. 15 empieza de un modo abrupto: *Jacob descendió* (Blass).

13. La fe de los patriarcas en la promesa de Dios era tan firme que, muriendo en Egipto, pidieron ser *transportados* a la tierra de Canaán, destinada a convertirse en patria de sus descendientes. Jacob y José habían dado a sus hijos las órdenes más positivas a este respecto (Gén. 49:29; 50:25). Este v. 16 da lugar a tres observaciones más: 1º Se dice en él de Jacob *y de los padres*, es decir, de todos los hijos de Jacob, que *fueron transportados* a la tierra de la promesa. Este detalle, mencionado también por Josefo *(Antig.*, II, 8, 2), es en sí mismo muy probable, puesto que los nietos de Jacob habrían querido tributar a sus padres los mismos honores que a su abuelo. Pero el hecho no es relatado en el antiguo testamento más que respecto de Jacob y de José. 2º Se dice también que esos patriarcas fueron sepultados en *Siquem*, lo que es verdad de José (Jos. 24:32), y probablemente de los demás hijos de Jacob; pero Jacob mismo fué enterrado en *Efron*, en la caverna de Macpela (Gén. 49:29, 30). 3º Se dice por último que *Abraham* había comprado ese sepulcro de Siquem; pero es *Jacob* quien lo había adquirido a *precio de plata* (Gén. 33:19; Jos. 24:32), mientras que Abraham había comprado de Efrón una tumba cerca de Mamré (Gén. 50:13). Esteban reúne en una sola las dos compras, los dos entierros de que habla el antiguo testamento. Las inexactitudes subsisten, pero carecen de importancia. Traduciendo: *Hemor, padre de Siquem*, seguimos el texto recibido, que se funda en *D* y algunas mayúsc. y vers., y que es conforme a Gén. 33:19. *Sin.*, *B*, *C* tienen: *en Siquem*. Es probable que los copistas hayan hecho esa corrección, estimando que *Siquem* era aquí, como al principio del versículo, nombre de lugar.

14. *Que no había conocido a José* personalmente y no se creía obligado a ningún reconocimiento para con sus descendientes. El hecho es comprobado por Ex. 1:8. En el v. 17, el texto recibido tiene: la promesa que Dios había *jurado* a Abraham. Se trata de la promesa recordada poco antes, v. 5.



20 para no conservar la vida [15]; tiempo en que nació Moisés, y era
hermoso para Dios, quien fué criado tres meses en la casa del
21 padre [16]; mas habiendo sido expuesto le tomó para sí la hija de
22 Faraón y le crió para sí por hijo. Y fué Moisés instruído en toda
sabiduría de los egipcios, y era poderoso en sus palabras y sus
23 obras [17]. Mas como se cumplía para él tiempo de cuarenta años,
subió a su corazón visitar a sus hermanos los hijos de Israel [18].

15. Estos hechos, con las razones enteramente políticas que los inspiraron, son expuestos en Ex. 1:9 y sig.

16. *En ese tiempo*, tiempo de opresión y de aflicción profunda, *nació Moisés*, el libertador. Así es como Dios escoge los tiempos y los momentos, según su sabiduría y su misericordia. Ese niño *era hermoso* (gr.) *a Dios*, *o para Dios* o *a los ojos de Dios*, es decir que Dios mismo lo hallaba hermoso. El sentido de estas palabras no es dado por la traducción: *divinamente hermoso* o *de hermosura divina.* No sólo la hermosura del niño indujo a su madre a ocultarlo durante *tres meses* (Ex. 2:2); como había en ello un gran peligro, la epístola a los Hebreos (11:23) atribuye esa valiente acción a la fe de los padres.

17. Esa *instrucción*, que Moisés recibió, es otro detalle extraño al relato del antiguo testamento, pero que se encuentra en Filón y en la tradición judía. "La *sabiduría de los egipcios* se dedicaba sobre todo a las ciencias naturales (comprendiendo la magia), la astronomía, las matemáticas, la medicina; eran los sacerdotes quienes cultivaban esa sabiduría, lo mismo que el arte del gobierno." *Meyer.* "Que Moisés hubiera sido educado en la sabiduría de los egipcios, podía saberlo Esteban por la tradición judía, bien que el antiguo testamento nada diga al respecto. Pero, admitiendo este hecho, la antigüedad estaba muy lejos de suponer, como la incredulidad moderna, que la educación dada a Moisés en Egipto hubiera bastado para hacer de él el fundador de la vida religiosa y política de su pueblo. Toda la ciencia egipcia estaba en manos de los sacerdotes. Si la piedad de Moisés se hubiera desarrollado bajo la influencia de ellos, habría derramado su idolatría en el pueblo de Israel; en lugar de ello, trabajó en aniquilar todos los vestigios de ella que ese pueblo había podido llevar de Egipto. No es la cultura griega que había recibido en Tarso, ni sus estudios con Gamaliel, lo que ha hecho de Pablo un apóstol; no fué tampoco la sabiduría del Egipto lo que hizo a Moisés apto para tornarse en el legislador de Israel. Pero Dios pudo muy bien hacer útil la cultura exterior que esos hombres habían recibido, para impartir a su pueblo la verdad, bajo la influencia del Santo Espíritu de que estaban llenos." *Olshausen.* Poderoso en sus *obras* no indica solamente los milagros obrados por Moisés, sino todos los grandes actos de su vida. *Poderoso en sus palabras* parece contradecir a Ex. 4:10; pero la respuesta del Eterno a las objeciones de Moisés justifica el juicio de Esteban. Meyer hace observar con razón que un lenguaje no elocuente puede ser poderoso por el Espíritu divino que lo anima; y esto es, en particular, lo que prueba la acción ejercida por Moisés. Lucas (24:19) caracteriza a Jesús en los mismos términos.

18. Atribuyendo a Moisés la edad de *cuarenta años*, Esteban sigue una tradición no expresamente fundada

24 Y viendo a alguien que era agraviado tomó venganza, e hizo jus-
25 ticia al oprimido habiendo herido al egipcio. Y pensaba que enten-
derían los hermanos que Dios por su mano les daba la liberación;
26 mas ellos no entendieron [19]. Y al día siguiente apareció a ellos
que luchaban, e intentaba ponerlos en paz diciendo: Varones,
27 hermanos sois; ¿para qué uno a otro hacéis agravio? Mas el que
hacía agravio al prójimo le desechó diciendo: ¿Quién te ha esta-
28 blecido jefe y juez sobre nosotros? ¿Acaso matarme quieres tú de
29 la manera que mataste ayer al egipcio [20]? Y huyó Moisés a esta
palabra, y se hizo extranjero en tierra de Madián, donde engen-
dró dos hijos [21].
30 Y habiéndose cumplido cuarenta años aparecióle en el desier-
to del monte Sinaí un ángel en la llama de fuego de una zarza.
31 Y viendo Moisés admiraba la visión; y allegándose él para con-
32 siderar vino voz del Señor: Yo soy el Dios de tus padres, el Dios
de Abraham y de Isaac y de Jacob. Mas poniéndose Moisés a
33 temblar no osaba considerar. Y le dijo el Señor: Desata los zapa-
tos de tus pies; pues el lugar sobre que estás tierra santa es.
34 He visto, he visto el maltrato de mi pueblo que está en Egipto, y

en el antiguo testamento. Sin embargo, se lee en Ex. 7:7 que Moisés tenía ochenta años de edad cuando se presentó delante de Faraón, lo que concuerda con el dato de Esteban (v. 30). De ahí, sin duda, la tradición, recogida también por los escritos de los rabinos judíos, de que Moisés vivió cuarenta años en la corte de Egipto, cuarenta en la soledad de Madián (v. 30) y cuarenta como conductor de su pueblo (v. 36). *Subió a su corazón el visitar a sus hermanos*: pensamientos pueden existir de modo inconsciente en las profundidades del alma; *suben al corazón* y se tornan en él sentimientos precisos o voluntad resuelta. Tal fué en Moisés el amor para su pueblo, que le impulsó no solamente a *visitar a sus hermanos*, sino a dedicarse enteramente a ellos (v. 24 y sig.). A este momento de la vida de Moisés se aplican las hermosas palabras de la epístola a los Hebreos 11:24-26.

19. Véase Ex. 2:11, 12. Es evidente por este relato que Moisés sentía ya en sí la vocación de libertador de su pueblo; pero, con celo carnal, no esperó el llamado de Dios y procedió por la violencia. Esta falta, sin embargo, no excusa la ceguedad y la ingratitud de sus hermanos que le rechazan. Es lo que Esteban quiere hacer sentir a sus oyentes (Comp. v. 27).

20. Véase Ex. 2:13, 14. Esta vez Moisés procedió con sabiduría y mansedumbre; *instaba* a sus hermanos *a la paz* (gr. *los reunía para la paz)*; lo que no impidió que fuera nuevamente rechazado con palabras de celos y desafío.

21. *Esta palabra* debió llenar a Moisés de temor, pues le mostraba que su acto era conocido. Según el relato del Exodo, había sido comunicado a Faraón, y éste procuraba hacerle morir (Ex. 2:15). Así Moisés, educado en el palacio de Faraón, debió *huir y morar como extranjero* en el desierto, a causa de la ceguera de su pueblo.



su gemido he oído, y he bajado a librarlos; y ahora vén, que te
35 envíe a Egipto [22]. A ese Moisés, al que negaron diciendo: ¿Quién
te ha establecido jefe y juez? a ése, Dios tanto por jefe como por
libertador ha enviado con la mano del ángel que le apareció en la
36 zarza [23]. Éste los llevó fuera, habiendo hecho prodigios y señales
en tierra de Egipto y en el mar Rojo y en el desierto cuarenta
37 años. Este es el Moisés que dijo a los hijos de Israel: Profeta os
38 suscitará Dios de entre vuestros hermanos, como yo [24]. Éste es

Pero el día de su vocación como libertador de ese pueblo estaba reservado en presencia de Dios. *Madián*, región de la Arabia Pétrea habitada por tribus nómadas.

22. Véase Ex. 3:1-10. La explicación de esta grande teofanía por la que se realizó la vocación de Moisés pertenece a la exégesis del antiguo testamento. Nosotros nos limitamos a algunas observaciones necesarias para la inteligencia del pensamiento de Esteban: 1º Sobre este término de 40 años, véase v. 23, nota. 2º En lugar de: *el monte Sinaí*, se lee en el Exodo (3:1): "la montaña de Dios en Horeb." Estos dos nombres son empleados uno por otro en el pentateuco, porque designan las dos cumbres más elevadas de la misma cadena de montañas. 3º La voz *del Señor;* la palabra *Señor* es, en la versión griega de los Setenta, que citaba Esteban, la traducción constante del nombre de *Jehová, el Eterno*. En el relato del Exodo, el ser llamado aquí *un ángel* es nombrado *el ángel del Eterno* (Ex. 3:2). 4º *Quita* (gr. *desata) los zapatos de tus pies.* Era, entre los orientales, una señal de respeto, como para nosotros el descubrirnos la cabeza. 5º *He visto, he visto;* traducimos así el hebraísmo: *viendo he visto*, que significa: *he visto muy bien;* es ésa la expresión de las tiernas compasiones de Dios por *la opresión de su pueblo*. 6º *He descendido* es un antropomorfismo que indica una revelación o una acción divina para la liberación del pueblo de Dios o el castigo de los malos (Gén. 11:5, 7; 18:21). El verbo traducido por *libertar* tiene el sentido reflexivo: *tomar consigo* o *para sí* (Act. 26:17). 7º El texto recibido tiene: *Yo te enviaré* a Egipto, mientras que, según el verdadero texto *(Sin., B, A, C, D)*, Dios dice: *envíete yo. Ahora*, esta misión era el objeto actual de la revelación.

23. Después de haber referido la vocación divina dirigida a Moisés, Esteban pinta, por una parte, la grandeza de ese servidor de Dios (v. 35-38) y, por la otra, la rebelión de su pueblo que le *negó* (Comp. 3:13) y "rehusó obedecerle" (v. 39). No solamente Dios *le envió* como *jefe* y *juez*, sino como *libertador* (gr. *redentor)*. "Esta progresión en los términos tiene por objeto mostrar, en la oposición del pueblo contra Moisés, el tipo de su oposición contra el Salvador (v. 51), y así en Moisés mismo el tipo de Aquel que ha realizado, en el sentido más elevado, la redención de su pueblo (Luc. 1:68; Hebr. 9:12; Tito 2:14)." *Meyer*. Moisés no puede ser libertador y realizar tan grandes obras (v. 36) sino *con la asistencia* (gr. verdadero texto, *B, A, C, D, con la mano) del ángel*, es decir, del representante de Dios, que le había aparecido. Esteban no veía, en ese ángel, un ángel cualquiera, sino un mediador especial cuya ayuda equivalía a la de Dios mismo.

24. Deut. 18:15, comp. precedentemente cap. 3:22. El texto recibido

el que fué en la asamblea, en el desierto, con el ángel que le ha-
blaba en el monte Sinaí y nuestros padres, quien recibió oráculos
39 vivientes para darnos [25], a quien no quisieron hacerse obedientes
nuestros padres, sino que desecharon y se volvieron en sus cora-
40 zones a Egipto, diciendo a Aarón: Háznos dioses que irán delante
de nosotros; pues el Moisés ése que nos llevó fuera de la tierra
41 de Egipto, no sabemos qué le ha acontecido [26]. E hicieron un be-
cerro en aquellos días y ofrecieron sacrificio al ídolo, y se rego-
42 cijaban en las obras de sus manos [27]. Mas volvióse Dios y los
entregó que sirvieran al ejército del cielo [28], conforme escrito está
en el libro de los profetas: ¿Víctimas y sacrificios acaso me ofre-
43 cisteis cuarenta años en el desierto, casa de Israel? Y llevasteis
el tabernáculo de Moloc y la estrella del dios Refán, las imágenes
que hicisteis para adorarlas: os transportaré también más allá
de Babilonia [29].

tiene: El *Señor* Dios os suscitará; *...a él escucharéis.* Las palabras en bastardilla faltan en *Sin., B, A.* Habrán sido añadidas para hacer la cita conforme a los Setenta.

25. Este versículo también exalta a Moisés como habiendo sido el mediador de la ley del Sinaí. Estaba, *en la asamblea* (gr. *la iglesia), en el desierto,* entre *el ángel que le hablaba* (Comp. v. 53, nota) y *nuestros padres,* recibiendo *oráculos vivientes* (los mandamientos de la ley considerados como conduciendo a la vida, comp. Rom. 7:10, 12; Gál. 3:12) y dándolos al pueblo. *Sin., B, tienen*: para daros. (Westcott y Hort, Weiss, Wendt). ¡Qué elocuente refutación de la acusación hecha contra Esteban de haber blasfemado a Moisés y la ley! (6:11, 13). Se observará en todo este pasaje (v. 35-38) la fórmula oratoria: *Ese Moisés, éste es quien.* Ella manifiesta la emoción de Esteban.

26. Véase Ex. 16:3; 32:1 y por los términos empleados comp. Ezeq. 20:7 y sig. *Se volvieron en sus corazones hacia Egipto,* es decir, que quisieron introducir entre ellos un culto idólatra copiado de la religión de Egipto. Otros entienden: quisieron regresar a Egipto. Los *dioses que vayan delante de nosotros* serían entonces dioses que llevarían a Israel de nuevo a Egipto. Pero el becerro de oro era una imagen visible del Dios que había *hecho salir* al pueblo de Egipto para conducirlo a Canaán (Ex. 32:4; 1 Reyes 12:28).

27. Alusión a la fiesta grosera que celebró el pueblo después de hacer su *becerro de oro* (Ex. 32:6). Este último era imitación de una divinidad egipcia, el dios Apis, de Memfis.

28. Es decir, al *culto* idólatra de los astros y de las fuerzas de la naturaleza. *Dios los* entregó a ello, en castigo de su ingratitud y de su incredulidad (Comp. Rom. 1:24, 25). Era ésta una advertencia indirecta dirigida por Esteban a sus oyentes.

29. Amós 5:25-27, libremente citado conforme a la versión griega de los Setenta. El Eterno reprocha primeramente a su pueblo, por boca del profeta, de *no* haberle *ofrecido víctimas y sacrificios,* durante la travesía del desierto. Este aserto parece estar en contradicción con pasajes tales como Ex. 24:4 y sig.; Núm. 7:10; 9:1 y sig. Pero el abandono de la circuncisión (Jos. 5:4-9) revela un relajamiento religioso que pudo muy



44 Tenían nuestros padres el tabernáculo del testimonio en el
desierto, conforme había ordenado el que hablaba a Moisés hacerla
45 según el modelo que había visto [30]; el que también, habiéndolo re-
cibido a su vez, introdujeron nuestros padres con Josué en la
tierra poseída por los gentiles, los que expulsó Dios de la presen-
46 cia de nuestros padres, hasta los días de David [31]; que halló gra-
cia en presencia de Dios y pidió para sí hallar un tabernáculo

bien extenderse hasta la celebración de los sacrificios. (Véase la *Bible annotée,* sobre Amós 5:25-27.) No puede explicarse más que por un arrastramiento general del pueblo a la idolatría. Este último pecado reprocha luego el profeta a Israel, recordando ese *tabernáculo de Moloc* que *llevaba* en pos de sí, y esa *estrella del dios Refán, imágenes* o ídolos que había *hecho para adorarlas.* No hay que prolongar, con algunos editores (Tischendorf, Weiss) la pregunta hasta la mitad del v. 43: "¿Me ofrecisteis,... *y llevasteis...* esas imágenes que hicisteis para adorarlas?" pues la respuesta negativa que hace esperar la forma de la interrogación en griego, no es admisible más que para la última proposición del v. 42: "Me ofrecisteis acaso víctimas? No, no lo hicisteis; *al contrario* (tal es el sentido de la *y)* llevasteis, etc." *Moloc* significa *rey* o señor, y corresponde al Bel o Baal de los pueblos cananeos. Se adoraba bajo ese nombre el sol, como principio generador y vivificante de la naturaleza. El astro llamado según los manuscritos Romfán o *Refán* era Saturno. La versión griega traduce con ese nombre el hebreo Kiyún que, con otros puntos-vocales, se pronunciaría Kewán. Kewán es el sobrenombre asirio de Saturno. *Refán* sería uno de los nombres dados a Seb, el Saturno de los egipcios, *Sin., A, C, mayúsc.* tienen: *vuestro* dios Refán. La palabra en bastardilla falta en *B, D.* Como castigo de esa idolatría, Amós anuncia al pueblo que será *transportado* más allá de Damasco, capital del reino de Siria, el poderoso enemigo de Israel. Esteban precisa la idea, substituyendo a ese nombre de Damasco el de *Babilonia,* a fin de recordar la grande cautividad del pueblo judío, castigo de sus infidelidades.

30. Algunos exégetas (Calvino, de Wette, Olshausen) han pensado que Esteban quería oponer este verdadero *tabernáculo* al de Moloc (v. 43), a fin de hacer sentir tanto más vivamente cuán culpable era ese pecado de idolatría. Es más bien, en el discurso, un nuevo desarrollo, en el cual Esteban viene a hablar del *templo* (v. 46,47), que se le había acusado de despreciar. El *tabernáculo* o la tienda *del testimonio* así es como los Setenta traducen, erróneamente, la palabra hebrea que significa *citación* o *reunión.* Lo que importa a Esteban es recordar cuán sagrado era ese tabernáculo para los israelitas piadosos, puesto que no solamente el Eterno había prescripto su construcción hasta en los menores detalles (Ex. cap. 25 a 27), sino que había ordenado a Moisés hacerlo *según el modelo* que le había sido mostrado sobre el santo monte (Ex. 25:40; 26:30, comp. Hebr. 8:5).

31. *Nuestros padres* (los de la generación que entró en Canaán), *habiéndolo recibido a su vez* (de manos de sus predecesores) *lo introdujeron con Josué en la tierra conquistada de las naciones,* literalmente: *en* (durante) *la posesión de las naciones,* es

47 para el Dios de Jacob. Mas Salomón le edificó casa [32]. Pero el
48 Altísimo no mora en (casas) hechas de mano; conforme el profeta
49 dice: El cielo es para mí un trono y la tierra estrado de mis
pies; ¿qué casa me edificaréis, dice el Señor, o cuál será el lugar
50 de mi reposo? ¿No hizo mi mano todo ésto? [33].
Duros de cerviz e incircuncisos de corazones y de oídos,
51 vosotros siempre al Espíritu Santo os oponéis, como vuestros

decir: "cuando esa tierra estaba en poder de las naciones" (Meyer), o mejor: "tomando posesión de las naciones" (Wendt), siendo objeto, y no sujeto, el genitivo *de las naciones*. *Dios expulsó* a esas naciones *delante de nuestros padres, hasta los días de David:* la conquista de Canaán no fué terminada sino en el tiempo de David. Otros conectan las palabras *hasta los días de David* a la proposición principal: *lo introdujeron*, y sobrentienden: *y permaneció.*

32. Por cuanto había *hallado gracia delante de Dios*, David *pidió hallar una morada* (gr. una *tienda) para el Dios de Jacob. Sin., B, D*, tienen una morada *para la casa* de Jacob. Esta variante no presenta casi sentido aceptable. El Salmo 132:5, aquí citado, obliga a admitir *Dios* de Jacob. Hort propone una conjetura plausible, según la cual el texto primitivo tenía *Señor* de Jacob. Esta palabra *Señor*, corrompida, habría dado lugar a la variante de los principales manuscritos. En cuanto al hecho mismo, comp. 2 Sam. 7:1 y sig.; 1 Crón. 22:7 y sig. Si, para designar el templo (v. 46), Esteban toma del Salmo 132:5 una palabra que significa propiamente *tienda*, y designa una habitación frágil y temporaria, es para indicar que ese templo, hecho por mano humana, participaba del carácter transitorio de todas las cosas visibles. No quiere decir que su erección haya carecido de valor a los ojos de Dios, pero da a entender que fué obra humana. Dios no había ordenado nada. David toma la iniciativa, suplicando a Dios que le conceda el favor de levantar esa casa para su gloria. Y aun la gracia pedida no fué otorgada sino a su hijo Salomón. A pesar de esos tonos que da a la exposición de los hechos, Esteban **habla con respeto** y veneración del origen del santuario de Jerusalén; refuta así indirectamente la acusación de haber proferido blasfemias contra él. Si, a continuación (v. 48-50), formula aun una reserva capital, y procura llevar a sus oyentes a una noción más espiritual del único verdadero y permanente santuario del Altísimo, se expresará de modo que demuestre que su pensamiento es el del mismo rey que construyó el templo y lo consagró al Eterno, conforme a las enseñanzas de los profetas.

33. Este noble pensamiento de que el Dios infinito, Creador del universo, no podría *habitar* exclusivamente en un *templo*, obra de *mano humana*, condenaba el culto formalista y farisaico de la época. Se cree, escuchando a Esteban, oír un eco de las palabras de Jesús (Juan 4:21-24). Y sin embargo no expresa más que un pensamiento formulado ya en términos semejantes por Salomón mismo en su oración cuando la dedicación del templo (v. 48; comp. 1 Reyes 8:27); luego apoya nuevamente ese pensamiento con la autoridad de un profeta (Isa. 66:1, citado casi exactamente conforme a los Setenta).



52 padres también vosotros [34]. ¿A cuál de los profetas no persiguie-
ron vuestros padres? y mataron a los que antes anunciaron sobre
la venida del justo, del que ahora vosotros entregadores y matado-
53 res os habéis vuelto [35], los cuales recibisteis la ley por ordena-
ción de ángeles, y no la habéis guardado [36]...

34. ¡Qué fulminante peroración de todo este discurso! (v. 51-53). ¡Mas cuán verdaderas son esas palabras en su severidad! ¿Será necesario admitir con algunos exégetas (Ebrard, Meyer, Lechler), que esta aplicación es simplemente la consecuencia natural que Esteban saca de todo su discurso. O, con Olshausen y otros, que este brusco cambio de tono fué provocado por señales de impaciencia y de ira en su auditorio? Esta última opinión nos parece ser la verdadera. Hasta aquí Esteban había expuesto con calma las verdades que resultan de la historia de Israel; si el sanedrín, constituído en corte de justicia, le hubiera escuchado con atención, ¿hubiera sido prudente, o aun caritativo, provocar, con estas últimas palabras, los orgullosos prejuicios de ese consejo? De seguro que Esteban no lo habría hecho. Además, ¿cómo suponer que hubiera querido terminar su discurso sin exhortar a sus oyentes al arrepentimiento y sin anunciarles en Jesús la misericordia de Dios? En lugar de esto, no menciona *al Justo* sino para abrumar a los jefes del pueblo con el recuerdo de su crimen (v. 52). Es que Esteban veía el furor pintado en todos los rostros; que fué interrumpido por murmuraciones y gritos; que en fin previó el final trágico del debate y que, en su indomable valor, encontró que nada más tenía que considerar en esos rebeldes. Los v. 54 y 57 confirman esta explicación. La *dura cerviz* es figura de un carácter inflexible, caprichoso, rebelde. El pueblo de Israel se mostraba así entonces. Esta palabra sólo se halla aquí en todo el nuevo testamento, pero el término hebreo que corresponde es bastante frecuente. (Véase Ex. 33:3,5.) Ser *incircunciso de corazón y de oídos*, es mostrarse incapaz de sentir y aun de oír la verdad. La incircuncisión era, entre los judíos, la señal del paganismo y de la impureza (Lev. 26:41; Deut. 10:16); la circuncisión el símbolo de la purificación del corazón (Jer. 4:4; 9:25; Rom. 2:29).

35. Véase, sobre los *profetas perseguidos* por su pueblo, Hebr. 11:36 y sig. Mas el crimen de los jefes actuales de ese pueblo sobrepujaba a todos los demás. Habían *entregado* a un juez pagano *el justo* por excelencia (3.14), y así se habían convertido en sus *asesinos!*

36. Las palabras: *por* (gr. *en* o *sobre) ordenación de ángeles* han sido diversamente interpretadas. El sentido más probable es que los ángeles han servido de intermediarios. El relato del Exodo (cap. 20), es verdad, no menciona la participación de los ángeles en la promulgación de la ley. Pero ese papel les es atribuído por una tradición que los Setenta han introducido en la escritura misma, al traducir el pasaje obscuro de Deut. 33:2, que dice, según la versión más usada: "de su diestra (ha enviado) el fuego de la ley", "a su diestra *ángeles* con él". Varios autores del nuevo testamento han sacado de allí la idea de una intervención de los ángeles, de que Dios se habría servido para comunicar la ley a Moisés (Gal. 3:19; Hebr. 2:2). Esta idea es expresada también por algunos rabinos

D. 54-8:3. MARTIRIO DE ESTEBAN Y PERSECUCIÓN DE LA IGLESIA. — 1º *Esteban contempla a Jesús en la gloria y es arrastrado por sus furiosos enemigos.* Las palabras de Esteban excitan el furor de sus oyentes. Él, lleno de Espíritu Santo, ve la gloria de Dios y a Jesús en pie a la diestra de Dios; lo declara solemnemente. Entonces sus enemigos se tapan los oídos, lanzan grandes voces y, precipitándose todos juntos sobre él, le arrastran afuera de la ciudad para apedrearle (54-58ª). — 2º *Muerte de Esteban.* El joven Saulo guarda los mantos de los testigos. Apedrean a Esteban, quien entrega su espíritu en las manos del Señor Jesús y, de rodillas, intercede por sus asesinos. Luego se duerme. Saulo aprobaba el asesinato de Esteban (58ᵇ-8:1ª). — 3º *La iglesia dispersada por la persecución.* Una grande persecución de los cristianos de Jerusalén se produce; a excepción de los apóstoles, se dispersan todos por Judea y Samaria. Piadosos judíos entierran a Esteban, mientras que Saulo asuela la iglesia, penetrando en las casas para realizar arrestos de hombres y de mujeres (8:1ᵇ-3).

54 Mas oyendo ésto se estremecían de ira en sus corazones y
55 rechinaban los dientes contra él [37]. Mas estando lleno del Espíritu
Santo, mirando fijamente al cielo vió la gloria de Dios y a Jesús
56 estando en pie a la diestra de Dios [38], y dijo: He aquí, contemplo
los cielos abiertos y al hijo del hombre estando en pie a la dies-

y por el historiador Josefo *(Antig.* XV, 5,3). Sin razón pues algunos intérpretes, fundándose en el Salmo 104:4, han visto en estos *ángeles* una designación poética de los fenómenos naturales que se produjeron en el Sinaí (Ex. 19:16-19). Crisóstomo pensaba hallar en nuestro versículo el ángel mencionado en los v. 30 y 38. Pero la palabra *ángeles,* en plural, se opone a esta interpretación. Esteban declara a sus oyentes que la ley, promulgada con tanta solemnidad, no ha sido *guardada* por ellos. Podía dirigirles este reproche, con el cual les devolvía la acusación presentada en su contra (6:13,14), pues las disposiciones manifestadas por sus padres (7:39-43) eran también las suyas. No creemos que quisiera censurarlos por no haber comprendido la ley en su espiritualidad (v. 48-50), ni que la transgresión de la ley que tenía en vista fuera especialmente el homicidio del Justo (v. 52).

37. *Se estremecían de furor.* Véase, sobre esta expresión, 5:33, donde el sentido literal es explicado. *Estas cosas,* eran principalmente el contenido de los v. 51-53. (Comp. sin embargo v. 51, nota.) Ese *furor* y el *rechinar de dientes,* forman, como observa Olshausen, un contraste sorprendente con la tranquila serenidad de Esteban, que contempla el cielo abierto (v. 56).

38. Las palabras: *lleno de Espíritu santo,* no significan solamente que Esteban estaba habitualmente bajo la influencia de este Espíritu, sino que en ese momento de peligro supremo Dios lo revistió de él de nueva manera. (Comp. 4:8). *Vió la gloria de Dios* (v. 2); una visión, enteramente interna, le fué concedida por la acción misma del Espíritu de que estaba lleno. Se puede suponer que la buscaba, *fijos los ojos en el cielo,* por sobre los hombres, el peligro, la vida y la muerte. Pero el objeto especial y sumamente consolador de la



57 tra de Dios [39]. Y clamando con grande voz apretaron sus oídos y
58 se precipitaron unánimemente sobre él, y habiéndole echado fuera de la ciudad apedreaban [40]. Y los testigos depusieron sus ves-
59 tidos a los pies de un joven llamado Saulo [41]. Y apedreaban a
Esteban que invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu [42].

visión, fué *Jesús,* su Salvador, por el cual iba a dar su vida. Y, nótese bien, puesto que este detalle de la visión es repetido en el v. 56, ve a Jesús *en pie a la diestra de Dios.* Estar a la diestra de Dios es compartir con él la autoridad y el poder. El Salvador es a menudo representado *sentado,* a la diestra de Dios, en actitud de gobierno o de juicio (Mat. 26:64, etc.); aquí está *en pie,* pues se ha levantado para ir al encuentro del mártir y para recibirle en su gloria (v. 59). Esta explicación admitida hoy por la mayor parte de los intérpretes, es de Gregorio el Grande.

39. Esteban sólo tuvo esta gloriosa visión; los miembros del sanedrín no percibieron nada; pero Esteban *dijo* lo que veía a fin de que les sirviera de testimonio. Llama a Jesús *el hijo del hombre,* sin duda por alusión a la visión de Daniel (Dan. 7:13,14; comp. Mat. 26:64; Luc. 22:69) quien contempla también a Aquel cuyo dominio y reinado son eternos. Es éste el único pasaje en que este nombre, que Jesús mismo toma ordinariamente en los evangelios, le es dado por uno de sus discípulos.

40. Este verbo en imperfecto, y sin régimen en griego, significa que se preparaban para apedrearle; la acción misma no es relatada sino en el v. 59. Otros explican la ausencia del régimen y la repetición del verbo: *apedreaban,* en el v. 59, suponiendo que el v. 58ᵇ es una observación introducida por el autor de los Actos en el documento que transcribía. Éste diría simplemente: *y habiéndole arrojado fuera de la ciudad, apedreaban a Esteban, quien oraba y decía.* Toda esta escena tumultuosa no permitió al sanedrín pronunciar un juicio regular: fué una especie de motín, y la muerte de Esteban fué un asesinato. Sólo que los autores del asesinato pretendían aplicar al acusado el castigo ordenado para los blasfemos (Lev. 24:16).

41. Los *testigos* (6:13,14) debían lanzar la primera piedra al condenado (Deut. 17:7). Para ello, era necesario que se despojaran de sus mantos, que les habrían molestado; esos son los *vestidos que depositaron a los pies de un joven* que, en su fanatismo de fariseo, asistía complacido a esa ejecución (v. 60). Ese joven se llamaba *Saulo.* Es la primera vez que se nombra en el nuevo testamento. ¡Qué grande y hermoso lugar ocupará en él más tarde!

42. *Apedreaban a Esteban, que oraba* (gr. *invocaba, llamaba);* ¡qué contraste! Llamaba a ese *Jesús* que acababa de aparecerle en visión; le pedía que *recibiera su espíritu.* La misma oración que el Salvador había dirigido a Dios su Padre, Esteban la dirige a Jesús. "Esta circunstancia notable del relato es una prueba de la divinidad del Salvador más convincente que muchos otros pasajes en que ordinariamente se apoya, principalmente si se considera la severidad con que el antiguo testamento condena todo homenaje de este género tributado a un ser que no fuera Dios. Esteban obra aquí según la orden de Jesucristo mismo (Juan 5:23), y tal

60 Y doblando las rodillas clamó con grande voz: Señor, no les pongas en cuenta este pecado[43]. Y habiendo dicho ésto se durmió[44]. Y Saulo estaba aprobando su muerte.

VIII Y fué hecha en aquel día grande persecución contra la iglesia que había en Jerusalén; y todos fueron dispersados por las
2 regiones de Judea y Samaria, fuera de los apóstoles[1]. Mas llevaron a Esteban varones piadosos e hicieron lamentación grande
3 sobre él[2]. Mas Saulo asolaba la iglesia entrando por las casas, y arrastrando varones y mujeres los entregaba en la cárcel[3].

ha sido en todo tiempo la práctica de la iglesia". *Olshausen.* Comp. también, sobre la invocación del nombre de Jesús. 22:16; Rom. 10:12; 1 Cor. 1:2.

43. Es decir *¡perdónales!* Otra palabra de Jesús sobre la cruz (Luc. 23:34), al pie de la cual Esteban, moribundo, se coloca en pensamiento. La última oración de Jesús, que era la expresión de una caridad divina, ha sido capaz Esteban de pronunciarla a su vez. La ha pronunciado hasta *con voz fuerte,* queriendo que todos la oyesen. Y esa oración fué oída, por lo menos en cuanto a ese joven, espectador del drama, que se tornó en el apóstol de la gracia (1 Tim. 1:15). ¡Cuántas veces debió éste recordarla después!

44. Dulce figura de la muerte que se ha vuelto un *sueño* para los fieles, aun cuando es la más violenta. (Comp. Juan 11:11; 1 Tes. 4:13). Tal fué el fin del primer mártir de la iglesia cristiana. Su nombre griego *Stéfanos* significa *corona.* Fué las primicias de esa larga serie de testigos de Jesucristo, que al salir de sus combates y tribulaciones, fueron al lugar del reposo, a ceñir sus frentes con la corona inmortal prometida a los que no reservan su vida por amor de Aquel que les dió la suya (Apoc. 2:10).

1. *La persecución contra la iglesia* estalló *aquel día* y fué ocasionada por el mismo tumulto que había causado la muerte de Esteban. Cuando Lucas dice que todos fueron *dispersados,* hay que entender esa palabra en un sentido hiperbólico, significando la mayor parte. En efecto, vemos aún cristianos en Jerusalén desde el v. 3 y en la continuación del relato. Lucas no habla más que de *Judea* y de *Samaria,* las provincias más cercanas; pero los fugitivos se trasladaron también a Galilea, donde había muchos discípulos, luego por toda la Siria (9:1 y sig.) El autor prepara con esta observación el relato de los grandes resultados que esta primera persecución tuvo para la propagación del evangelio (v. 4 y sig.).

2. Estos términos: *algunos varones piadosos,* indican *judíos* piadosos (2:5; 22:12) y no prosélitos entre los gentiles. Habiendo conservado sus sentimientos benevolentes hacia los cristianos (2:47) quisieron cumplir con Esteban ese religioso deber. Los discípulos habrían sido impedidos ciertamente por los perseguidores. Hicieron *grande lamentación* sobre él; el substantivo que traducimos por *lamentación* deriva de un verbo que significa *golpearse* el pecho en señal de duelo (Luc. 8:52). Los funerales que hicieron a Esteban tuvieron el brillo y la solemnidad que los orientales se complacen en dar a esas ceremonias (Mat. 9:23; Mar. 5:38.) Se ha considerado a menudo este versículo como no estando en su lugar, porque parece sin relación con lo que precede y lo que sigue (De Wette, Olshausen). Es un error. Lucas nos muestra por este hecho, como observa Meyer, que muchos habitantes de Jerusalén veían con pena la persecución, luego prosigue con este contraste chillón: *Pero* Saulo asolaba la iglesia, etc.

3. Meyer hace observar la progresión del odio de Saulo contra los cristianos: primeramente guarda los vestidos de los asesinos de Esteban (7:58), luego se complace en su suplicio (8:1), y por último *asuela la iglesia.* Comp. 9:21.) Él mismo recordará con dolor ese tiempo de su vida (26:9-11; Gál. 1:13; 1 Cor. 15:9).

4. Esos *dispersos* se tornan en otros tantos evangelistas; van de lugar en lugar (gr.) *evangelizando la palabra;* el espíritu misionero ha nacido con la vida cristiana. Es así, como, desde el origen, "la sangre de los mártires ha sido la simiente de la iglesia". Este momento es de gran importancia en la historia de la iglesia primitiva: el evangelio sale del estrecho horizonte del judaísmo, para extenderse a lo lejos por el mundo. Ante todo es acogido por el pueblo de



### 2. *Ministerio de Felipe.*

A. 4-25. EL EVANGELIO EN SAMARIA. — 1º *Predicación de Felipe.* Los cristianos de Jerusalén, dispersados por la persecución, anuncian el evangelio. Felipe predica el Cristo en Samaria. Los milagros que realiza atraen la atención. Numerosos enfermos son sanados. El gozo es grande (4-8). — 2º *Simón el Mago.* Practicaba la magia en Samaria y, dándose por un ser superior, fascinaba a todo el pueblo, que le tenía por una encarnación de la divinidad. Desde hacía algún tiempo ejercía su influencia en los samaritanos, cuando éstos creyeron a la predicación de Felipe y pidieron el bautismo. Simón mismo se hace creyente, recibe el bautismo y se allega a Felipe; la vista de los milagros que Felipe opera, le deja estupefacto (9-13). — 3º *Intervención de los apóstoles.* En Jerusalén, los doce se enteran de la conversión de los samaritanos. Delegan ante ellos a Pedro y a Juan, quienes piden para ellos el Espíritu Santo, pues no les había sido dado en el momento de su bautismo. Les es comunicado por la imposición de las manos de los apóstoles (14-18). — 4º *Simón el Mago y Pedro.* Simón ofrece dinero a los apóstoles, a fin de recibir de ellos el poder de comunicar el Espíritu Santo por la imposición de las manos. Pedro le responde que ese dinero irá con él a la perdición, puesto que ha creído adquirir por su medio el don de Dios. Hay incompatibilidad entre el poder que pide y las disposiciones de su corazón, que no es recto delante de Dios. Arrepiéntase y pida a Dios que le perdone el pensamiento que ha tenido, pues en él se revela el espíritu de hostilidad y de injusticia a que obedece. Simón pide a los apóstoles que intercedan por él, a fin de que evite el castigo con que le han amenazado (19-24). — 5º *Regreso de los apóstoles.* Tomando nuevamente el camino de Jerusalén, evangelizan muchas aldeas samaritanas (25).

4 Los que habían sido pues, dispersados iban por todas partes
5 anunciando la palabra[4]. Y Felipe, habiendo bajado a la ciudad

6 de Samaria, les predicaba el Cristo [5]. Y estaban atentas las mul-
titudes a lo dicho por Felipe unánimemente, al oír ellos y ver las
7 señales que hacía. Muchos, en efecto, de los que tenían espíritus
impuros... gritando con grande voz salían; y muchos paralizados
8 y cojos fueron sanados; y hubo mucho gozo en aquella ciudad [6].
9 Mas cierto varón, por nombre Simón, estaba antes en la ciudad
ejerciendo la magia y pasmando a la gente de Samaria, diciéndose
10 ser alguien grande [7], al que se entregaban todos desde el peque-

los samaritanos que, aunque profundamente separados de los judíos, observaban aún la ley de Moisés. Más lejos, cuando Lucas nos muestre el evangelio extendiéndose por Siria y Antioquía, por Fenicia y hasta por la isla de Chipre, referirá expresamente ese nuevo progreso a la dispersión de los cristianos de Jerusalén después de la muerte de Esteban (11:19).

5. Lucas nos muestra en Felipe a uno de esos cristianos dispersos que anunciaban la palabra, es decir que predicaban el evangelio (v. 4). Felipe no era el apóstol de ese nombre, sino uno de los siete diáconos (6:5). Es el mismo que en el cap. 21:8, es llamado evangelista. El texto recibido, con *C, D,* tiene: *una ciudad* de Samaria, lo que dejaría ignorada la ciudad de que se trata. *La ciudad de Samaria* (*Sin., B, A*) designa la ciudad que dió su nombre a la provincia. Fundada por Omri (1 Reyes 16:24), había sido la capital del reino de las diez tribus. Su caída en 722, después de un sitio memorable, señaló el fin de este reino (2 Reyes 17). Fué, poco antes de la era cristiana, ensanchada y embellecida por Herodes el Grande que, en honor del emperador Augusto, la llamó Sebasta (Augusta). Numerosas ruinas señalan su situación, cerca de la aldea de Sebastijeh, a dos horas y media al nordeste de Siquem. (Véase sobre Samaria Mat. 10:5 y Juan 4:9, notas.) Estas palabras: *predicaba el Cristo,* significan que probaba a sus oyentes que Jesús era el *Mesías,* el *Ungido* de Dios, el Salvador.

6. Los Samaritanos *estuvieron atentos* (gr.) *al oír ellos* las cosas que Felipe les decía (*Sin.* tiene: *oyéndole,* a Felipe), y *viendo los milagros* obrados por él; o, según la interpretación más generalmente recibida, que supone la lección de los demás documentos, y da el mismo régimen a ambos verbos: *oyendo y viendo los milagros.* Es así como llegaron a la fe y al *gozo.* Jesús mismo había sembrado en esa región y preparado esta hermosa cosecha (Juan 4). Se sabe que los samaritanos esperaban la venida del Mesías (Juan 4:25), y es probable que, en el sentimiento de su miseria moral, fueran menos opuestos al evangelio qué los judíos con sus orgullosos prejuicios. Pero su ignorancia también los exponía a toda suerte de supersticiones (v. 9 y sig.).

7. *Antes,* es decir antes que Felipe fuera a Samaria. Ese *Simón* era uno de esos impostores (*goetes*) muy numerosos entonces, que pretendían poseer los secretos de la naturaleza y comunicarse con el mundo invisible. Se dedicaban a las artes ocultas, profesaban predecir el porvenir, evocar los muertos, hacer curas milagrosas; en una palabra, *ejercían la magia* con todas sus engañosas prácticas, y hallaban en la superstición popular terreno propicio que explotaban para satisfacer su ansia de dinero. De ahí ese *asombro* o más bien ese arrebatamiento del pueblo, puesto *fuera de sí* por el mago (sentido de la palabra griega, igualmente en el v. 11). Simón el Mago desempeña un papel considerable en la literatura del siglo II. La tradición hace de él el jefe de una secta gnóstica y el ardiente adversario del apóstol Pedro. Pero no hay que inferir de las leyendas que se han acumulado sobre su nombre que Simón no haya existido jamás. La historia ha conservado la huella cierta de dos hombres con los cuales se puede identificar el personaje de nuestro relato. El uno, de que habla Josefo (*Antig.,* XX, 7, 2), fué, por el año 60, empleado por el gobernador Félix para apartar a Drusila de su esposo, Aziza, rey de Emesia, en Siria. Mas se trata más bien de otro Simón, que Justino (*Apol.* I, 26) menciona como originario de Gitta de Samaria, mientras que Josefo da al Simón de que habla la isla de Chipre por patria. El Simón nombrado por Justino es considerado por los Padres, desde Ireneo (*Contra las herej.,* 1, 23), como el instigador de todas las herejías.



ño hasta el grande diciendo: Éste es la potencia de Dios, la lla-
11 mada grande. Y se entregaban a él por haberlos pasmado mucho
12 tiempo con sus artes mágicas [8]. Mas cuando hubieron creído a
Felipe que les anunciaba sobre el reino de Dios y el nombre de
13 Jesucristo, eran bautizados tanto varones como mujeres [9]. Y Si-
món mismo creyó también, y habiendo sido bautizado estaba de-
dicándose a Felipe, y viendo señales y milagros grandes que eran
hechos, se pasmaba [10].

8. En esos tiempos en que los pueblos habían abandonado generalmente sus creencias religiosas, eran tanto más accesibles a todas las supersticiones. Así esos samaritanos *se entregaban* a Simón con general manía, viendo en él alguna encarnación de *la potencia de Dios, la llamada grande.* La palabra *llamada* (*Sin., B, A, C, B*), omitida erróneamente por el texto recibido, supone que los samaritanos distinguían entre diversas potencias emanadas de la divinidad; la principal de ellas se manifestaba, creían, en Simón. Simón los había inducido a esa creencia por la importancia que se daba (v. 9).

9. Lucas ha dicho (v. 6) cómo esos samaritanos fueron llevados a la fe; aquí nos hace saber lo que *creyeron.* Felipe les anuncia *la buena nueva* de la venida del Mesías, que ellos esperaban, y de la fundación del *reino de Dios* por la vida y la muerte de Jesús y por su regreso a la gloria. En una palabra, les predicaba *el nombre de Jesucristo.* Tal era el objeto de su nueva fe; y como la profesaban pidiendo el bautismo, Felipe no vaciló en *bautizarlos, a varones y a mujeres,* sin distinción. La continuación del relato nos mostrará lo que faltaba aún a esos nuevos creyentes (v.15-17).

10. *Simón mismo creyó,* como podía creer con su disposición moral: es decir, que fué intelectualmente convencido de que Felipe predicaba la verdad al anunciar a Jesús como el Mesías; y sobre todo de que ese evangelista estaba en posesión de una potencia superior a la suya. Fueron, en efecto, *las señales y los grandes milagros* realizados por Felipe los que le pusieron (gr.) *fuera de sí* de admiración. Experimentó a su vez la impresión que él había producido en otros por sus prácticas de magia (v. 9, 11).

14 Y habiendo oído los apóstoles que estaban en Jerusalén que
había recibido Samaria la palabra de Dios, les enviaron a Pedro
15 y a Juan, los cuales habiendo bajado oraron por ellos para que
16 recibieran Espíritu Santo; pues aún no había caído sobre ninguno
de ellos, mas sólo habían sido bautizados en el nombre del Señor
17 Jesús [11]. Entonces ponían las manos sobre ellos, y recibían Espí-
18 ritu Santo [12]. Y viendo Simón que por la imposición de las manos

En su admiración *no dejaba más a Felipe* (gr.), *estaba dedicándose* a Felipe. No hay que extrañarse de que Simón *fué* bautizado con los demás creyentes; como se decía convencido, lo que era verdad en cierta medida, Felipe, que no leía en los corazones, no tenía razón alguna de rehusarle el bautismo.

11. *Los apóstoles*, habiendo sabido en Jerusalén los hechos hasta entonces inauditos que se producían fuera del pueblo judío, y entre samaritanos, sintieron la necesidad de ver por sí mismos qué era ese movimiento religioso. Su derecho y su deber era examinarlo, dirigirlo, afirmarlo; pues a ellos había confiado el Señor el gobierno de su iglesia. Además, era necesario unir esos nuevos cristianos de Samaria a la iglesia apostólica, a fin de conservar su unidad. Delegan para ello *a Pedro y a Juan*, que a menudo nos son presentados trabajando juntos (3:1, 11; 4:13, 19, etc.). Pedro, de quien se ha hecho el príncipe de los apóstoles, se deja humildemente delegar con su colega Juan. *Habiendo llegado* (gr. *descendido*), hallaron creyentes sinceros que habían recibido *el bautismo en el nombre de Jesús*, pero no el Espíritu Santo. Éste *no había descendido* (gr. *caído*) *aún sobre ninguno de ellos*. ¿El bautismo sin el Espíritu? este hecho nos extraña a primera vista. ¿Sería, como piensan algunos intérpretes, porque Felipe no era apóstol? (v. 17, nota); ¿o bien porque esos samaritanos habían creído sin sufrir un desarrollo interno suficiente? ¿o por último, débese entender por *recibir el Espíritu Santo* la comunicación del don de lenguas, tal como había sido hecha a los cristianos de Jerusalén en pentecostés? (Comp. 2:4, 2ª nota). Simón (v. 18) *ve* la comunicación hecha por la imposición de manos: esto parece probar que la efusión del Espíritu fué acompañada de señales visibles. Pero no hay motivos para limitar a la aparición de esas señales la intervención de los apóstoles. Nuestro relato nos obliga más bien a inferir que el don del Espíritu no está ligado al acto humano del bautismo. Este don puede, como aquí, seguir al bautismo (Comp. 19:5) o precederlo (10:44, 47), o acompañarlo (2:28). "El Espíritu, como el viento, sopla donde quiere, y hay en la vida individual, lo mismo que en la historia de la iglesia, sus tiempos y sus momentos." *Andreae.*

12. Estos verbos en imperfecto muestran la acción sucesiva y prolongada que los apóstoles ejercieron sobre muchos creyentes. Los dos medios empleados por ellos fueron *la oración y la imposición de manos*: Dios otorgaba el Espíritu en respuesta a la oración y los apóstoles confirmaban su don a esos nuevos cristianos imponiéndoles sus manos, para afirmar su fe. Se ha inferido de este acto que los apóstoles solos tenían el poder de impartir el Espíritu Santo; ¡y que el don del Espíritu no es trasmitido más que por obispos, sucesores directos de los apóstoles! Pero vemos al apóstol Pablo recibir la imposición de las manos (y aparentemente también el Espíritu Santo) de un sencillo cristiano (9:17). Este acto simbólico es por otra parte realizado todas las veces que se trata de implorar la bendición de Dios sobre servidores encargados de alguna misión especial (6:6; 13:3). Para ejercer su hermoso ministerio con los samaritanos, era necesario que los apóstoles hubieran renunciado al desprecio que todo judío sentía por ese pueblo. ¿Recordó Juan, en particular, que un día había querido hacer descender el fuego del cielo sobre habitantes de Samaria? (Luc. 9:54).



19 de los apóstoles era dado el Espíritu, les ofreció dinero diciendo:
A mí también dad este poder para que sobre quienquiera que pu-
20 siere las manos reciba Espíritu Santo [13]. Mas Pedro le dijo: Tu
dinero contigo esté en perdición, ya que el don de Dios has pen-
21 sado adquirir por dinero [14]. No tienes parte ni suerte en este
22 asunto; pues tu corazón no es recto delante de Dios [15]. Arrepién-
tete pues de esta maldad tuya, y suplica al Señor, si quizá te
23 será perdonado el pensamiento de tu corazón [16]; pues en hiel de

13. Habiendo permanecido extraño a toda influencia del Espíritu de Dios, Simón ni siquiera lo desea. Hay que notar, en efecto, que lo que él pide es únicamente *ese poder* de impartir a otros *el Espíritu* y de conferirles los dones que acompañaban esa comunicación. Quería de ese modo crearse una nueva industria más lucrativa aún que la precedente. Así pensaba 1º que ese poder se transmitía de hombre a hombre, sin ninguna relación con las disposiciones internas, y 2º que podría adquirirlo por *dinero*. Era eso una horrible profanación de las cosas santas, una especie de blasfemia. Uno de los castigos de Simón ha sido que su nombre ha formado la palabra *simonía*, que designa el tráfico de las cosas santas. El texto recibido (con todos los testimonios, salvo *Sin.*, *B*) tiene, en el v. 18: viendo que el Espíritu *santo* era dado. Este adjetivo ha sido añadido por analogía con los v. 17 y 19.

14. Gr. *¡Tu dinero contigo sea a perdición!* Una viva indignación se expresa en estas palabras de Pedro. Ve a Simón en un estado de alma que le arrastrará a la perdición, y dice, personificando el dinero: ¡Vaya allá tu dinero contigo; que *perezca!* No es ésta, sin embargo, una condenación definitiva pronunciada por el apóstol, puesto que exhorta a Simón al arrepentimiento (v. 22); le da una advertencia muy severa, para despertar, si es posible, su conciencia.

15. Gr. *No hay para ti* parte ni suerte en *esta palabra*. La mayor parte de los exégetas toman este último vocablo en el sentido hebraico, significando el *negocio* en cuestión, y entonces se trata del *poder* que ha pedido Simón. Otros, como Neander, Zöckler, Blass, la toman en su significado ordinario: *esta palabra* sería *el evangelio* y sus dones. Y Simón no tiene parte alguna en ello porque su *corazón* carece absolutamente *de rectitud delante de Dios* (Luc. 1:6).

16. Gr. Arrepiéntete pues de *esta* maldad *tuya*. Exhortarle al *arrepentimiento* y a la *oración*, era no considerar su salvación como imposible; pero Pedro se expresa de un modo problemático: *si es posible* (gr. para ver *si quizás* el pensamiento de tu corazón *te será perdonado*); no que dude de la misericordia de Dios, sino porque no tiene confianza alguna en

24 amargura y en ligadura de iniquidad veo que estás[17]. Y respon-
diendo Simón dijo: Suplicad vosotros por mí al Señor, para que
25 nada me sobrevenga de lo que habéis dicho[18]. Ellos pues, habien-
do testificado y hablado la palabra del Señor volvían a Jerusalén,
y muchas aldeas de los samaritanos evangelizaban[19].

B. 26-40 CONVERSIÓN DEL ETÍOPE. — 1º *El encuentro de Felipe y el etíope.* Felipe recibe, por intermedio de un ángel, la orden de trasladarse hacia mediodía, al camino desierto de Jerusalén a Gaza. Habiendo obedecido prestamente, ve acercarse a un etíope, ministro de hacienda de la reina, que había ido a Jerusalén a adorar y se volvía, sentado en su carro y leyendo el profeta Isaías. El Espíritu ordena a Felipe que se allegue al carro de ese hombre (26-29). — 2º *Su conversación.* Habiendo acudido Felipe y oyendo que el etíope leía a Isaías, le pregunta si entiende lo que lee. El etíope se queja de no tener nadie que le explique la Escritura. Invita a Felipe a sentarse a su lado. Leía el pasaje que describe al siervo del Eterno como el cordero que sufre sin abrir su boca. Pregunta si el profeta habla de sí mismo o de algún otro. Felipe, tomando esas palabras como punto de partida, le anuncia a Jesús (30-35). — 3º *Bautismo del etíope.* Su ruta les lleva a un paraje donde hay agua. El etíope pide el bautismo, hace detener el carro y desciende con Felipe al agua. Felipe le bautiza (36-38). — 4º *Separación del etíope y Felipe.* Cuando suben del agua, el Espíritu arrebata a Felipe. El etíope no le ve más, pues gozoso continúa su viaje. Felipe se halla en Azoto, desde donde recorre el país, evangelizando, hasta Cesárea (39, 40).

la sinceridad de Simón, condición de su *perdón.* El texto recibido tiene: ora *a Dios;* la variante *al Señor,* se lee en *Sin., B, A, C, D, E.*

17. Gr. *en hiel de amargura y en vínculo de iniquidad has caído,* es decir, *en un espíritu de amargura,* de maldad, de oposición a la verdad, que es como la hiel, y *en una iniquidad* moral, que constituye un conjunto de cadenas de que estás atado. Los antiguos consideraban la *hiel* como una figura del veneno, y algunos exégetas entienden esta palabra como si Pedro dijera: Estás moralmente envenenado. Meyer ve más bien en esa amargura de la hiel la figura del *odio* contra el evangelio (Comp. Rom. 3:14; Ef. 4:31). Esta interpretación nos parece la más natural.

18. Aquí tampoco el corazón de Simón es recto delante de Dios, pues no promete arrepentirse, ni orar él mismo (v. 22), sino que pide la oración de los apóstoles; ¿por qué? A fin de que el castigo de que le han amenazado no caiga sobre él. "Confiesa el temor de la pena, no el horror de su pecado." *Bengel.* Por eso no fué conducido a Dios; de otro modo su conversión sería contada como un triunfo del evangelio; las tradiciones subsiguientes, aunque mezcladas de fábulas, demasiado prueban que Simón perseveró en su enemistad contra el cristianismo apostólico.

19. Así, no sólo los apóstoles han aprobado y afirmado la obra de Felipe entre los samaritanos, sino que ellos mismos, de regreso a Jerusalén, anuncian la *buena nueva* de la salvación *en muchas aldeas de los samaritanos.* Un paso inmenso era dado así en el progreso del evangelio y en el desarrollo de la iglesia cristiana.



26 Mas un ángel del Señor habló a Felipe diciendo: Levántate
y ve, por mediodía, al camino que baja de Jerusalén a Gaza; ése
27 es desierto[20]. Y habiéndose levantado, fué. Y he aquí un varón
etíope, eunuco, ministro de Candace reina de los etíopes, que era
28 sobre todo su tesoro, que había venido a adorar a Jerusalén; y
estaba de regreso y sentado sobre su carro y leía el profeta
29 Isaías[21]. Y dijo el Espíritu a Felipe: Allégate y júntate a este

20. El relato interesante que va a seguir se relaciona naturalmente con el que precede, pues nos hace conocer un nuevo progreso del evangelio fuera del judaísmo. Nos muestra también la acción misericordiosa de la Providencia para la salvación de un alma que por su sencillez y su rectitud contrasta singularmente con la de Simón. Felipe es también aquí el instrumento de esta obra de gracia, y es *un ángel,* un mensajero de Dios (Hebr. 1:14), quien le induce a trasladarse adonde había un alma que salvar, sin indicarle el objeto de ese viaje. *Gaza* era una ciudad filistea muy antigua (Gen. 10:19), situada cerca del mar Mediterráneo. Varios caminos conducían allí desde Jerusalén; el ángel designa a Felipe cuál debe tomar, diciéndole que es *desierto,* solitario, es decir, que atraviesa una región poco habitada y cultivada. Erróneamente se ha aplicado a menudo este epíteto a la ciudad y no a la ruta que a ella conducía (el adjetivo griego permite ambos sentidos); pues Gaza no era desierta, y como Felipe no debía ir a ella, no había ninguna razón para caracterizarla de una manera especial, mientras que era muy importante que conociera bien el camino que debía seguir. Esta observación es destinada quizá también a preparar la continuación del relato que nos muestra al etíope absorto en su lectura y nos refiere la grave conversación que tuvo con Felipe. (Véase sobre las diversas rutas que conducen de Jerusalén a Gaza, L. Gautier, *Recuerdos de Tierra Santa,* p. 140. La locución que traducimos por *hacia mediodía,* a la hora de mediodía, era vertida en nuestras antiguas versiones por *hacia el mediodía,* en la dirección del Sud. Pero esa indicación habría sido inútil, puesto que Felipe tenía orden de trasladarse al camino de Gaza. En los Setenta esta expresión es siempre empleada para designar el tiempo (Nestle).

21. Este extranjero nos es pintado por menudo, a causa de la importancia de su conversión. Su patria era *Etiopía,* país de Africa, situado al sur de Egipto, del que formaba parte lo que hoy se llama Abisinia./Ese país era gobernado por reinas que llevaban el título de *Candace,* como los reyes de Egipto el de Faraón. Nuestro personaje era un *ministro,* detentor del poder (gr. *dinasta*), de la reina Candace. Era *superintendente de todos sus tesoros,* lo que se llama hoy un ministro de hacienda. Como su país era pagano, se puede suponer que había sido llevado al conocimiento del verdadero Dios por judíos que habitaban Etiopía, puesto que había *ido a Jerusalén a adorar.* Era pues "prosélito de la puerta", y no "de la justicia", pues, según la ley, *un eunuco* no podía ser admitido en la asamblea del pueblo (Deut. 23:1); pero la promesa del profeta (Isaías 56:3-5) se había cumplido para él; se debía cumplir mejor aun por su conversión al cristianismo./En su deseo de instruirse y edificarse, aprove-

30 carro [22]. Y habiendo acudido Felipe le oyó leyendo Isaías el pro-
31 feta, y dijo: ¿Entiendes realmente lo que lees? Y él dijo: ¿Cómo
pues podría si alguien no me guiare? y rogó a Felipe que subien-
32 do se sentara con él [23]. Y el contenido de la escritura que leía
era éste: Como oveja a la matanza fué llevado; y como cordero,
33 mudo delante del que le trasquila, así no abre su boca. En la hu-
millación su juicio fué quitado; su generación ¿quién referirá?
34 porque quitada es de la tierra su vida [24]. Y respondiendo el eunu-

cha del lugar que le daba su viaje para leer la escritura. Ningún libro de la biblia podía responder mejor a sus necesidades que el del profeta *Isaías*. Fué sin duda por una dirección de la Providencia como leyó el capítulo en que son descritos los sufrimientos del Siervo del Eterno; o bien quizá como piensa Meyer, fué atraído hacia él por todo lo que podía haber oído en Jerusalén concerniente a Jesús y a la iglesia que invocaba su nombre.

22. Por un impulso pues del Espíritu de Dios tuvo Felipe el valor de abordar a ese extranjero, que viajaba sin duda acompañado de numerosos servidores y con cierto fausto.

23. Esta entrada en conversación está llena de interés. La pregunta de Felipe era de la mayor importancia, pues es necesario *comprender* la escritura para recibirla en su corazón. Los dos verbos de que se sirve (*leer* y *comprender*), teniendo en griego la misma etimología, forman una graciosa asonancia que debía prevenir favorablemente al extranjero. La respuesta de éste revela su humildad y su deseo de instruirse. Los términos que emplea no son precisamente una negación; denotan la dificultad, más bien que la imposibilidad, de comprender. Muy erróneamente pues se ha citado esta respuesta como prueba de la obscuridad de la escritura y del peligro que habría en dejarla en manos de los laicos, teniendo la iglesia sola facultad de interpretarla. Sin duda Dios, instituyendo el ministerio de la palabra, ha querido que sus siervos iluminados hicieran participar de sus luces a aquellos que carecen; pero, desde el momento en que su palabra es descubierta a un alma por el Espíritu Santo, esa palabra se le torna luminosa en todo lo que importa a su salvación. Tal fué la experiencia del etíope. Presentía en el pasaje del profeta la buena nueva de la salvación, de que su alma estaba sedienta, y como ve en Felipe un hombre inteligente e instruído que se interesa por él, *le invita* con benevolencia a *sentarse a su lado*.

24. Este pasaje de Isaías (53:7,8) es citado conforme a la versión griega de los Setenta, que difiere en diversos puntos del hebreo. Felipe la aplica al Salvador (v. 35), como lo hace todo el nuevo testamento (Mat. 8: 17; Mar. 15:28; Juan 12:38; 1 Pedro 2: 22-25). Juan Bautista mismo comprendió bien quién era ese *cordero que no abre la boca* (Juan 1:29). La primera parte de nuestra cita (v. 32) se entiende de por sí (Mar. 14:60; Luc. 23:9; Juan 19:9), pero el sentido de la segunda (v. 33) es difícil de determinar. Varios intérpretes traducen: en *la humillación* (comp. Fil. 2:8) su *juicio*, ese juicio que soportaba de parte de los hombres, fué *consumado, acabado*. Pero el término griego significa *alzado*,



co a Felipe, dijo: Suplícote, ¿sobre quién el profeta dice ésto?
35 ¿Sobre sí mismo o sobre otro alguno? Y abriendo Felipe su boca
36 y empezando desde esta escritura le anunció a Jesús [25]. Y como
iban por el camino llegaron a cierta agua, y dice el eunuco: He
38 aquí agua [26]: ¿qué me impide ser bautizado [27]? Y mandó detener
el carro, y bajaron ambos al agua, tanto Felipe como el eunuco,
39 y le bautizó [28]. Y cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor

*quitado*, y no hay motivos para apartarse de este sentido: por su obediencia, ha vencido la muerte, libertándose de la condenación que el pecado de la humanidad hacía pesar sobre él. El hebreo tiene: (el Mesías) por la angustia y el juicio "fué *quitado*", lo que significa simplemente que su muerte fué violenta y dolorosa. La frase siguiente de la cita es aun más obscura: "¿Quién dirá o *relatará su generación?*" Se ha traducido algunas veces esta última palabra por *la duración de su vida;* pero el término de *generación* no tiene jamás ese sentido. Los Padres de la iglesia lo entendieron del origen divino y la generación eterna del Hijo. Varios intérpretes modernos traducen: "¿Quién dirá cuán corrompida y mala era su generación, es decir sus contemporáneos, para haber cercenado su vida de la tierra?" Esta explicación tiene en cuenta el *pero*, que opone a la justa conducta de Dios la perversidad de los hombres. Se objeta que en nuestro trozo la atención está concentrada en el Mesías y su obra. Por esto varios toman la palabra *generación* en el sentido de posteridad y ven en ella todos los hombres que serán salvados por sus sufrimientos. Mas ¿no se aparta demasiado esta interpretación del hebreo, que dice: "Quién piensa, en su generación (entre sus contemporáneos), que fué cortado de la tierra de los vivos y que la llaga le ha herido por los pecados de mi pueblo?" ¿Han querido los Setenta introducir aquí ya el pensamiento del v. 10? No es imposible, pero la interpretación de su texto permanece dudosa, y la de nuestro pasaje no podría ser fijada tampoco con exactitud. El último sentido indicado tendría la ventaja de introducir naturalmente una conversación sobre el reinado espiritual del Mesías.

25. La pregunta del eunuco descubre su candor y su necesidad de instruirse, lo mismo que su inteligencia; en efecto, de esa pregunta depende todo el sentido y la importancia de la gran profecía de Isaías. ¿No es ésa la pregunta que discuten hoy todavía los teólogos? La respuesta de Felipe es muy clara, pues esta profecía le sirve de texto para (gr.) *evangelizar a Jesús*, es decir exponer su vida, sus sufrimientos, su muerte, nuestra salvación en él. En todo tiempo, los lectores creyentes de la biblia, judíos o cristianos, han dado la misma respuesta a la pregunta: *¿de quién* habla el profeta?

26. *El agua* a la cual llegaron podía ser un arroyo o un estanque cuyo nombre no es indicado, porque importaba poco al relato. La pregunta del etíope supone que Felipe, en una conversación prolongada con él, le había hablado también del reino de Dios fundado por Jesús, de la iglesia y del *bautismo* con el cual se recibía en ella a los creyentes. Nuestro historiador, muy conciso, resume todos estos importantes hechos en estas pa-

arrebató a Felipe [29], y no le vió más el eunuco, pues iba su ca-
40 mino gozando [30]. Mas Felipe fué hallado en Azoto, y yendo por
todas partes evangelizaba las ciudades todas hasta que llegó a
Cesárea [31].

labras: *la buena nueva de Jesús*. Y el alma del etíope, enteramente abierta a la verdad y a la vida, aspira a recibir inmediatamente el símbolo de su unión con el Salvador y con su iglesia.

27. El texto recibido tiene un v. 37 concebido como sigue: *Y Felipe dijo: Si crees de todo tu corazón, es lícito* (var.: *serás salvado*). *Y respondiendo dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios*. Este versículo falta en *Sin., B, A, C,* etc., en la mayor parte de las versiones y de los Padres. Además, donde se encuentra está con diversas variantes, lo que a menudo es señal de no-autenticidad. Esta profesión de fe, en términos precisos, exigida antes del bautismo, no está en el espíritu de la edad apostólica. Ha sido añadida más tarde por correctores que se extrañaban de la facilidad con que Felipe había administrado este bautismo. El agregado es sin embargo antiguo; se halla ya en la versión siriaca, en la Peschito, y en Ireneo. Blass lo admite en la redacción romana de nuestro libro.

28. Es el etíope quien *ordenó* a sus servidores hacer *detener* el carro, después que Felipe hubo consentido en su bautismo. Hay en todo esto una decisión y prontitud que denotan la sinceridad y la vivacidad de su fe.

29. Esta palabra *arrebató* a Felipe (Comp. 2 Cor. 12:2,4; 1 Tes. 4: 17, donde se halla el mismo verbo) parece indicar que Felipe desapareció por un milagro (Comp. 1 Reyes 18:12), lo que se podría también inferir del v. 40 (*fué hallado*). Sin embargo, como nada en el relato indica cuál podría ser el objeto de tal milagro, se inclina uno a ver en ello, con Olshausen, Lange, Meyer, el simple hecho de que, por un movimiento del Espíritu, Felipe se alejó bruscamente y se fué a otra región donde tenía que proseguir su obra (v. 40), mientras que, por su parte, el etíope continuó su viaje.

30. *El eunuco no le vió más*, no porque Felipe de repente se hubiera hecho invisible, como piensan algunos intérpretes, sino simplemente porque (*pues*) *continuaba su camino lleno de gozo* y Felipe no le era ya necesario. Se volvía sólo a su país, donde no debía hallar, en medio de las tinieblas del paganismo, ningún socorro humano, donde persecuciones quizá le esperaban; pero estaba lleno de santo *gozo*, pues acababa de hallar a su Salvador y, en él, la vida eterna.

31. *Azoto*, en hebreo *Asdod* (Jos. 13:3; 1 Sam. 5:5), era una ciudad de los filisteos al oeste de Jerusalén, bastante cerca del mar Mediterráneo, cuyas márgenes siguió Felipe hacia el norte hasta *Cesárea*. Esta última ciudad (que se llamaba Caesarea Stratonis, porque Herodes el Grande la había edificado en el sitio de la torre de Straton y se distinguía así de Cesárea de Felipe, Mat. 16:13), es muy célebre en la historia. Servía de residencia habitual a los procuradores romanos; situada a orillas del mar, era en esa época el principal puerto de Palestina. (Véase F. Bridel, *Palestina Ilustrada*, III, 39-43). Felipe no hizo de una vez la larga carrera de Azoto a Cesárea; sino



### 3. *Saulo de Tarso se vuelve apóstol de Jesús.*

A. 1-19a. CONVERSIÓN DE SAULO. — 1º *Saulo encuentra a Jesús en el camino de Damasco:* a) *La partida de Saulo para Damasco.* Continuando su persecución de los discípulos de Jesús, Saulo pide al sumo sacerdote cartas para las sinagogas de Damasco, que le dan plenos poderes para llevar prisioneros a Jerusalén a los adherentes del Cristo, hombres y mujeres (1,2). b) *La aparición de Jesús.* Como se acercaba a Damasco, es rodeado de una luz esplendente; precipitado a tierra, oye una voz: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dice él: ¿Quién eres, Señor? Oye que es a Jesús a quien persigue. El Señor le ordena levantarse y entrar en la ciudad, donde será instruído acerca de lo que debe hacer (3-6). c) *La llegada de Saulo a Damasco.* Habíanse detenido sus compañeros de viaje, oyendo la voz pero no viendo a nadie. Saulo se levanta, habiendo perdido la vista; sus compañeros le hacen entrar en Damasco conduciéndole por la mano. Queda ciego tres días, sin comer ni beber (7-9). — 2º *Ananías impone sus manos a Pablo:* a) *La orden dada por el Señor a Ananías.* El Señor le llama en visión y le ordena buscar, en una casa cuya dirección exacta le da, a un tal Saulo, de Tarso. Está en oración, agrega el Señor, y ha visto a Ananías entrar y poner sobre él sus manos, para devolverle la vista (10-12). b) *Las objeciones de Ananías.* Ananías expone con toda libertad al Señor sus vacilaciones en cumplir semejante misión; Saulo persigue a los discípulos, ha ido a Damasco para prenderlos. El Señor hace saber a Ananías que ha escogido a Saulo para llevar su nombre ante los gentiles y los hijos de Israel; tendrá mucho que sufrir por el nombre de Jesús; (13-16). c) *Ananías se traslada junto a Pablo.* Pone sobre él sus manos declarándose enviado por el Señor Jesús para procurar a Saulo el recobro de la vista y el don del Espíritu Santo. La vista es devuelta a Pablo instantáneamente. Es bautizado. Después de haber comido, le vuelven las fuerzas (17-19a).

IX Y Saulo respirando aún amenaza y homicidio contra los dis-
2 cípulos del Señor [1], allegándose al sumo sacerdote pidió de él para

yendo de lugar en lugar (v. 4), *evangelizaba todas las ciudades* por donde pasaba. Parece que, llegado a Cesárea, halló allí un campo de trabajo que le indujo a fijar su morada en esa ciudad pues allí le encontraremos más tarde. (21:8).

1. *Aún*, esta palabra nos traslada al cap. 8:1-13. El odio de Saulo contra *los discípulos del Señor* no había sido satisfecho con la persecución que asoló la iglesia de Jerusalén; *respira amenaza y homicidio*, como se respira el aire; en el original, estos complementos están en genitivo para indicar el elemento de su respiración: *respira de amenaza y de homicidio*, es decir del deseo de matar; esa pasión habíase tornado en su vida. Pablo mismo describirá aun con más energía este estado de alma. (22:4; 26:11.) Los historiadores se han preguntado a menudo si cierta preparación moral no precedió para Saulo al milagro de su conversión. Sin disminuir en nada la realidad de este milagro, algunos teólogos evangélicos, en el deseo muy natural de mostrar la posibilidad psicológica de tal transformación, han supuesto que Saulo

sí cartas para Damasco a las sinagogas [2], para que si hallara al-
gunos que del camino fueran, tanto varones como mujeres, pre-
3 sos los llevara a Jerusalén [3]. Y estando en camino aconteció acer-

había debido recibir de la muerte de Esteban, de su fe triunfante, de su oración por sus verdugos, una impresión profunda; que sus discusiones con los cristianos (6:9, nota), sus respuestas en los interrogatorios que les hacía soportar cuando los detenía (8:3), le habían conmovido en sus ideas judías, y le habían inspirado dudas sobre la senda que seguía, escrúpulos sobre la legitimidad de la persecución. Es posible; pero hay que tener en cuenta el carácter ardiente y absoluto de Saulo: tales pensamientos, si realmente se produjeron, fueron pronto ahogados por la convicción de la santidad de la ley mosaica y por su orgullo de fariseo, de modo que su odio ciego contra los cristianos se tornó en fanatismo. Saulo pensaba servir a Dios esforzándose por aniquilar una secta impía a sus ojos. (Juan 16:2.) Sólo que era sincero en su error; y esta sinceridad, este firme propósito de obedecer a Dios (Juan 7:17), fué probablemente toda su preparación interna. Se ha dicho con razón, un Caifás más hipócrita que fanático, guiado por los intereses de su ambición y no por la preocupación de hacer la voluntad de Dios, no habría podido ser convertido como Saulo. El apóstol mismo afirmará más tarde que tal era en efecto su estado de alma inmediatamente antes de su conversión (Gál. 1:13 y sig.; 1 Tim. 1:13-15). Ésta fué un rayo que le alcanzó mientras andaba resueltamente en la senda del farisaísmo perseguidor (Fil. 3:4-6); la gracia divina le "agarró" (Fil. 3:12) en su ceguedad y en su orgullo; debió experimentar el soberano poder de esa gracia, a fin de ser, como otros después de él, un Agustín, un Lutero, un Calvino el apóstol de la gracia. (Comp. v. 19, nota.)

2. *Damasco* era la antigua capital de la Siria. Sabemos, por el historiador Josefo, que la población judía era allí en extremo numerosa. Una iglesia cristiana había nacido en ella, sea que judíos de Damasco, habiendo ido a Jerusalén en las fiestas, hubieran llevado la simiente del evangelio, sea que éste hubiera sido llevado hasta Damasco, por la dispersión de los cristianos de Jerusalén, que acababa de tener lugar. (8:1.) Saulo se había provisto pues de *cartas del sumo sacerdote* para las *sinagogas*, a las cuales los cristianos de Damasco estaban aún unidos. Esperaba apoderarse de ellos por intermedio de los jefes de esas sinagogas. En efecto, la jurisdicción del sanedrín era reconocida por todos los judíos, aun en el extranjero. La autoridad civil habría podido oponerse a esa persecución; pero los romanos dejaban a los tribunales judíos el ejercicio de la justicia; se reservaban solamente la aplicación de la pena de muerte. La palabra *sinagogas*, en plural, muestra también cuán numerosos eran en Damasco los judíos, puesto que había allí varias casas de oración.

3. La palabra que designa la iglesia, ordinariamente traducida por *secta*, significa propiamente *vía, senda, camino*, es decir cierta dirección, una conducta que siguen los hombres. Esta designación no se halla más que en el libro de los Actos. (19:9; 22:4; 24:14,22; Comp. 18:25,26.) La expresión: *si hallara algunos*, no pone en duda que hubiera cristianos en Damasco, sino que significa: los que hallara, los que pudiera aprehender.

4. Esta *luz* que *resplandecía* (gr. *como el relámpago*) en pleno mediodía (22:6), más brillante que el esplendor del sol (26:13), era *la gloria* misma del Señor, en la que aparecía a Saulo de Tarso. (v. 17,27; 26:16.) Éste le vió (22:14); y mucho tiempo después, el perseguidor, hecho apóstol, afirmaba explícitamente haber "visto al Señor", y fundaba en este hecho su autoridad apostólica. (1 Cor. 9:1.) Mucho más aún, ponía esta aparición del Señor al mismo nivel que aquellas con que fueron favorecidos los otros apóstoles después de la resurrección de Jesús. (1 Cor. 15:8.)

5. Saulo oyó distintamente una *voz* y palabras. ¿Qué impresión debió producir en él su nombre, dos veces pronunciado, y este reproche terrible: *¿por qué me persigues?* Pero le era necesario mayor claridad aún. En respuesta a la pregunta: *¿Quién eres?* pronunciada con respeto, como lo muestra el título de *Señor*, oye el nombre de ese *Jesús* al que aborrecía, al que *perseguía*, ¡pero al que ve ahora en la gloria! La respuesta del Señor tiene literalmente: *YO soy Jesús, al que TÚ persigues*. YO, TÚ, ¡qué contraste! ¿Pero cómo podía Saulo perseguir a Jesús? En la persona de sus discípulos, con los cuales el Salvador se identifica en su tierno amor por ellos. (Comp. Luc. 10:16; Mat. 25:40.)

6. El texto recibido dice, al final del v. 5 y principio del 6: *Duro te es cocear contra los aguijones. Temblando y espantado, dijo: Señor, ¿qué quieres que haga? Y el Señor le dijo:* Levántate... Estas palabras que, en este lugar, no se encuentran en ninguna *mayúsc.*, han sido tomadas de los otros dos relatos de la conversión de Saulo (22:10; 26:14), donde son auténticas.

7. *Te será dicho lo que debes hacer*: le será dicho por esos cristianos a quienes hasta ese momento había aborrecido y despreciado. Entretanto, no tiene más que creer y obedecer.

8. *Los hombres que viajaban con él* era la gente de la "caravana" (Luc. 2:44) con la que Saulo viajaba. No se trata de servidores que habría tenido bajo sus órdenes, ni de soldados que le hubieran servido de escolta. Hay en este versículo dos hechos, sin importancia, que no concuerdan con los otros relatos de la conversión de Saulo: 1º Según 26:14, los que le acompañaban cayeron con él por tierra; aquí, *quedan de pie, mudos de* espanto. 2º En nuestro versículo, todos *oyen la voz, pero no ven a nadie*, mientras que según 22:9, "vieron a la verdad la luz, pero no oyeron la voz". Se puede suponer que esos hombres oyeron una voz, un sonido, pero no palabras, pues éstas eran destinadas a Saulo, y pronunciadas por otra parte "en lengua hebraica". (26:14; Comp. Juan 12:29, donde se reprodu-



carse él a Damasco, y de repente resplandeció en su derredor
4 una luz procedente del cielo [4], y habiendo caído en tierra oyó una
5 voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y dijo:
¿Quién eres, Señor [5]? Y él: Yo soy Jesús a quien tú persigues [6];
6 pero levántate y entra en la ciudad, y seráte dicho lo que sea
7 necesario que tú hagas [7]. Y los varones que con él viajaban esta-
8 ban en pie, mudos, oyendo sí la voz mas a nadie viendo [8]. Y se

levantó Saulo de tierra, mas abiertos sus ojos nada veía; y guián-
9 dole por la mano le introdujeron en Damasco[9]. Y estuvo tres días
sin ver, y no comió ni bebió[10].
10 Y había cierto discípulo en Damasco, por nombre Ananías,
y díjole en visión el Señor: ¡Ananías! Y él dijo: Héme aquí, Se-
11 ñor. Y el Señor a él: Levantándote vé a la calle llamada Recta y
busca en casa de Judas uno de Tarso, por nombre Saulo; pues he
12 aquí, ora[11], y ha visto un varón, por nombre Ananías entrando

ce un fenómeno semejante.) Igualmente, *no vieron a nadie*, ninguna forma distinta, sino solamente la *luz*. Tal es la explicación de Reuss y de muchos exégetas.

9. *No veía nada*, porque estaba ciego. (El texto recibido, contra el testimonio de *Sin.*, *B*, *vers.*; tiene: no veía a *nadie*, lo que significaría, no que no veía ya al Señor, sino a ninguno de sus compañeros de viaje.) La ceguera fué causada por el esplendor de la luz. (22:11.) Gracias a esta dispensación de Dios, Saulo estuvo, por un tiempo, aislado del mundo exterior y concentrado en sí mismo. Ante todo es necesario que se deje *conducir por la mano* y que así entre *en Damasco*, no ya como un inquisidor temido, sino como un pobre ciego, quebrantado, lleno de angustia, dependiente de los hombres. Tal fué la primera fase de su conversión.

10. Estos *tres días* fueron para Saulo de Tarso el tiempo de su nacimiento a una vida nueva. (Gál. 2:20; 2 Cor. 5:14-17.) Sabe ahora que ese Jesús al que perseguía en sus discípulos vive en el seno de la gloria; le ha visto y oído. Un profundo y doloroso arrepentimiento se ha apoderado de su alma. Separado del mundo por su ceguera, sólo con su conciencia y su Dios, se prepara por el ayuno y la oración (v. 11) para el mensaje que el Señor le ha anunciado. (v. 6.) Es entonces cuando, por primera vez, descendió hasta el fondo de su corazón y todo un mundo nuevo se reveló allí a él; entonces, sin duda alguna, hizo las experiencias que él mismo nos ha descrito en la página más conmovedora de sus cartas, el capítulo 7 de la epístola a los Romanos.

11. *El Señor* (Jesús) no deja inconclusa su obra. Después de haberse revelado a Saulo, llamó *en visión*, nocturna, en sueño (16:9); o de día, en estado de éxtasis (Comp. 10:3,10), al *discípulo* que debía terminar la obra de la conversión de Saulo y devolverle la vista. (v. 17.) (Igual llamado y respuesta en 1 Sam. 3:1.) *Ananías* (Hebr. *Jananyá*, gracia del Eterno, 5:1) era, según su nombre, un judío convertido. (Véase sobre este discípulo 22:12.) La *calle Recta* era probablemente la larga calle que hoy aún divide la ciudad de Damasco en dos partes y se extiende desde la puerta oriental a la occidental. Cerca de esta última, se muestra al viajero una casa que habría sido aquella en que Pablo se alojó. *Tarso* era la capital de la Cilicia, provincia del Asia Menor, limitada al sur por el mar Mediterráneo, al norte por la alta sierra del Tauro. Los historiadores antiguos nos pintan a Tarso como una ciudad distinguida por su cultura científica y literaria. Era para el Asia, dicen, lo que Atenas para Grecia y Alejandría para Egipto. Se ha podido inferir naturalmente de ello que Saulo, educado en un ambiente semejante, aunque nacido de una familia judía, debió ser desde su ju-



13 y poniendo sobre él las manos, para que recobre la vista[12]. Mas
respondió Ananías: Señor, he oído de muchos sobre este varón,
14 cuántos males a tus santos ha hecho en Jerusalén; aun aquí tie-
ne autoridad de parte de los principales sacerdotes para aprisio-
15 nar todos los que invocan tu nombre[13]. Mas díjole el Señor: Vé,
porque vaso de elección es éste para mí, para llevar mi nombre
en presencia tanto de gentiles como de reyes e hijos de Israel;
16 pues yo le mostraré cuanto es necesario que él padezca por mi
17 nombre[14]. Y se fué Ananías y entró en la casa, y habiendo pues-
to sobre él las manos dijo: Saulo hermano, el Señor me ha en-
viado, Jesús el que te apareció en el camino por que venías, para

ventud instruído en las letras griegas. Una circunstancia debe alentar a Ananías a desempeñar la misión que el Señor le confía: hallará a Saulo en la mejor disposición para recibirle y escucharle: *pues he aquí, él ora*. Jamás hasta entonces había orado así. Su oración fué el primer aliento o el primer grito del alma que nace a la vida.

12. Tal era el objeto de la misión de Ananías. El Señor, respondiendo a la oración de Saulo, le ha hecho conocer por una *visión* que le va a enviar un hermano que será para él mensajero de buena nueva y le devolverá la vista. Las palabras *en visión* faltan en *Sin.*, *A*. Tischendorf, Nestle y otros las omiten.

13. Estas objeciones de Ananías eran muy naturales. No hay que ver en ellas una señal de incredulidad o una negativa a obedecer, sino más bien el abandono filial con que expone todas sus dudas, a fin de que el Señor mismo las disipe. Ananías probablemente había sido informado del objeto de la venida de Saulo a Damasco por cartas de cristianos de Jerusalén que advertían a los de Damasco que estuvieran en guardia. De ahí sus objeciones. Los cristianos son llamados aquí, por primera vez en el nuevo testamento, *santos* (v. 32,41; 26:10), hombres apartados del mundo, consagrados a Dios y destinados a llegar a ser santos en realidad. (Rom. 1:7, nota; Comp. Dan. 7:18,22.) Ya pertenecen al Señor: *tus santos*, dice Ananías. Nuestro pasaje contiene otra designación notable de los discípulos de Jesús: *los que invocan tu nombre*. (Comp. v. 21; 7:59, nota; Comp. 2:21 y 1 Cor. 1:2, 3ª nota.)

14. A fin de convencer a Ananías, el Señor le revela la grande vocación del futuro apóstol; le presenta su doble carácter: la actividad que desplegará y los sufrimientos que soportará por el nombre de Jesús. Gr. *Me es un vaso de elección*, es decir un *instrumento escogido* para mi servicio y destinado a *llevar mi nombre*, en primer lugar *ante las naciones*, es decir a los paganos; tal será la principal vocación de Pablo, y sólo en segundo lugar llevará el nombre de Jesús *ante los reyes* (Herodes Agripa, cap. 26, Nerón), y *ante los hijos de Israel*. Tal misión acarreará grandes *padecimientos*. Yo le *mostraré*, dice el Señor, ora por revelaciones (de Wette, Ebrard, Wendt) ora más bien por el curso de su misma vida (Meyer, Holtzmann), *cuánto es necesario que sufra por mi nombre*. Esta profecía, que se ha cumplido ampliamente en la vida de Pablo (2 Cor. 11 y 12), anunciaba el ardiente amor que debía tener hacia Jesús el que hasta ese momento la había perseguido. Es necesario observar la palabra tres ve-

18 que recobres la vista y seas llenado de Espíritu Santo [15]. Y luego
cayeron de sus ojos como escamas, y recobró la vista [16], y habién-
19 dose levantado fué bautizado [17], y habiendo tomado alimento se
fortaleció [18].

ces repetida: tu *nombre,* mi *nombre* (v. 14, 15, 16), ese *nombre* de Jesús, que es la expresión de todo su ser.

15. ¡Con qué amor aborda Ananías al hombre que había ido a Damasco para perseguir a los cristianos! *Poner las manos sobre él,* sin duda orando, era ya testificarle afecto capaz de inspirarle confianza. Ciego, Saulo no veía al que le tocaba y le hablaba; pero ¡con qué emoción debió oír estas palabras: *Saulo hermano!* Ananías expone luego sencillamente el mensaje que ha recibido del Señor y que debía tener este doble resultado: que Saulo *recobrara la vista* y que fuera *llenado del Espíritu santo.* Se puede suponer que el espíritu descendió sobre él, ora cuando Ananías puso sus manos sobre él, ora en el momento del bautismo. (v. 18.)

16. *Cayeron de sus ojos como escamas.* ¿Quiere decir el autor que una capa de materias que cubrían los ojos del apóstol fué quitada? Se sirve más bien de esta figura para caracterizar la impresión que sintió Saulo cuando de repente recobró la vista. Lo repentino de su curación es señalado en el texto recibido con estas palabras que faltan en *Sin., B. A, C: al instante* recobró la vista. Se podría verter la idea diciendo: "como si un velo le hubiera caído de delante de sus ojos." Esta curación fué un milagro de la potencia de Dios. ¡Qué recuerdo debió Saulo conservar de esta experiencia!

17. El futuro apóstol *fué bautizado* por un simple discípulo. La escritura no enseña el sacerdocio universal en teoría solamente, sino con hechos. El Señor ha instituído el ministerio de la palabra, a fin de proveer a la instrucción y al buen orden de la iglesia; pero el derecho y el deber de todos los verdaderos creyentes subsiste. Aquí, el ejercicio de este derecho tenía además una razón importante: si Saulo hubiera sido bautizado por un apóstol, eso le habría puesto en una especie de dependencia a su respecto. Habría podido parecer que su misión provenía de ese apóstol. Ahora bien: importaba que no fuera así. (Gál. 1:1.)

18. Saulo no puso fin a su largo ayuno, efecto de su profundo arrepentimiento, sino después de su bautismo. Entonces *sus fuerzas,* agotadas por las emociones y la privación de alimento, *le volvieron* (gr. *tomó fuerzas*). La conversión de Saulo ha tenido para la iglesia cristiana consecuencias incalculables. Ella constituye, por sí sola, la más poderosa apología del evangelio. Ella prueba del modo más evidente que Jesús ha resucitado (1 Cor. 15:3-8,14,15), que vive y es omnipotente para atraer los hombres hacia sí y establecer su reinado sobre la tierra. (Mat. 28:18-20; Juan 12:32.) Que esta conversión ha sido obrada por el Salvador glorificado, que ella supone su intervención personal, es atestado por el apóstol mismo, no solamente en el doble relato que de ella hizo ante el pueblo de Jerusalén y ante Agripa (cap. 22 y 26), sino por numerosos testimonios de sus cartas. (Gál. 1:1,13-16; 1 Cor. 9:1; 15:8; 1 Tim. 1:13-15.) Distingue claramente la aparición de Jesús que vió sobre el camino de Damasco, de las visiones que le fueron concedidas en otras ocasiones (18:9; 22:17, 18); asimila aquélla a las apariciones del Señor a los primeros discípulos en los días que siguieron a su resurrección. Es pues imposible admitir



B. 19b-30. PRIMERA ACTIVIDAD DE SAULO CONVERTIDO. SU VISITA A JERUSALÉN. — 1º *El perseguidor unido a los discípulos.* Durante algunos días permanece Saulo con los cristianos de Damasco (19b). — 2º *Sus predicaciones.* Proclama, en las sinagogas, que Jesús es el Hijo de Dios. Sus oyentes quedan estupefactos, reconociéndole como el que perseguía a los cristianos de Jerusalén y que tenía mandato de llevarlos prisioneros. Saulo se fortalece; prueba a los judíos de Damasco que Jesús es el Mesías (20-22). — 3º *La primera persecución que soporta.* Al cabo de un tiempo bastante largo, una asechanza contra su vida es urdida por los judíos de Damasco. Es advertido de ello, y como sus enemigos guardan las puertas de la ciudad, los discípulos le bajan por sobre el muro en un canasto (23-25). — 4º *Su primera visita a Jerusalén.* Es objeto de la desconfianza de los cristianos. Bernabé le conduce a los apóstoles y les cuenta su conversión y sus predicaciones en Damasco. Desde entonces tiene relaciones fáciles con los discípulos, predica a Jesús y discute con los helenistas. Pero queriendo éstos atentar contra su vida, los discípulos le conducen a Cesárea y le hacen partir para Tarso (26-30).

19 Y estuvo con los discípulos que había en Damasco algunos
20 días [19], y luego en las sinagogas predicaba a Jesús [20], que éste es

que la conversión de Saulo fuera una crisis enteramente interna, producida únicamente por causas psicológicas y morales. Si el apóstol Pablo ha sido en su vida el más poderoso testigo de Jesús resucitado, lo es ya por el hecho mismo de su conversión.

19. *Saulo, con los discípulos,* en comunión de espíritu y de corazón con ellos, he ahí el sello de su *conversión.* El perseguidor fanático es ahora un discípulo de Jesús y llegará a ser el mayor de sus apóstoles y de sus misioneros.

20. Esta indicación tropieza con algunas objeciones. Según el relato de Lucas, Saulo habría quedado en Damasco un tiempo bastante largo (v. 23, nota) y habría empezado su apostolado inmediatamente después de su conversión. (v. 20-22.) La persecución de los judíos le habría obligado luego a dejar Damasco y entonces habría hecho su primer viaje a Jerusalén. (v. 23-26.) Pero tenemos, sobre esta época de su vida, un relato del apóstol mismo, que presenta con el de Lucas notables diferencias. Pablo nos hace saber: 1º "que cuando plugo a Dios revelar su Hijo en él (así es como designa su conversión), inmediatamente, sin consultar carne ni sangre, no subió a Jerusalén hacia los que habían sido apóstoles antes que él, sino que se fué a Arabia" (Gál. 1:15-17); 2º que después de esa permanencia en Arabia "volvió nuevamente a Damasco"; 3º que ambas residencias, la en Arabia y la en Damasco, duraron *tres años,* al término sólo de los cuales "subió a Jerusalén para conocer a Cefas, y moró quince días en su casa, pero no vió a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo, el hermano del Señor." Pablo atribuye grande importancia a este relato de los hechos que siguieron su conversión, puesto que agrega: "En las cosas que os escribo, protesto delante de Dios que no miento." (Gál. 1:18-20.) Los exégetas han buscado diversas maneras de conciliar ambos relatos, admitiendo todos naturalmente que el de Pablo debe servir de regla. Unos, para hacer entrar el viaje a Arabia en el relato de Lucas, lo colocan, entre los v. 22 y 23; otros,

21 el Hijo de Dios[21]. Y se pasmaban todos los que oían y decían:
¿No es éste el que asoló en Jerusalén los que invocaban este
nombre, y aquí para esto había venido, para llevarlos presos a
22 los principales sacerdotes? Mas Saulo más se fortalecía y confun-
día a los judíos que moraban en Damasco, demostrando que éste
23 es el Cristo[22]. Mas como se cumplían muchos días, deliberaron

después de su fuga de Damasco. (v. 25.) Pero es evidente que la primera suposición rompe el relato de Lucas, que no soporta una ausencia en ese momento; y en cuanto a la segunda, ¿es probable que el apóstol hubiera vuelto a Damasco después de su fuga y hubiera podido permanecer allí aún, como lo cuenta la epístola a los Gálatas? Hay que reconocer pues francamente que el *luego de* Pablo (Gál. 1:16) contradice el *luego* de Lucas. Éste habrá sido extraviado por datos incompletos. Su relato manifiesta por lo demás alguna incertidumbre: después de haber dicho que Saulo, después de su conversión, estuvo *algunos días* con los discípulos en Damasco (v. 19), supone (v. 23, nota) que "gran número de días" habían transcurrido, cuando la persecución obligó a Saulo a huir de Damasco. Ha confundido las dos estadas del apóstol en esa ciudad, hechas con un intervalo de algunos años. Después de su conversión, Saulo no pasó más que *algunos días* con sus nuevos hermanos. ¿Cuál debía ser entonces la necesidad profunda de su alma? ¿Predicar en las sinagogas (v. 20), disputar con los judíos? ¡de ningún modo! Él, que por graves razones no quería que el obispo fuera un recién convertido (1 Tim. 3:6), se sentía aún demasiado débil en el conocimiento y la experiencia cristiana; sentía la necesidad del recogimiento, de la oración, de una silenciosa comunión con Dios, que le permitiera recibir nuevas luces, nuevas fuerzas, aun nuevas revelaciones. (Gál. 1:12; Ef. 3:3.) He ahí lo que fué a buscar, en prolongado retiro, a alguna región de Arabia. Luego volvió a Damasco, y a esta segunda visita se adapta muy bien el relato de Lucas. (v. 20-30.)

21. El texto recibido tiene: predicaba a *Cristo*. Pero era *Jesús* (*Sin., B, A, C*) al que Pablo, desde este primer comienzo de su apostolado, predicó como siendo el *Hijo de Dios*. La naturaleza divina del Salvador se había revelado a él en la aparición de Jesús en el camino de Damasco. Se dice luego en el v. 22 que "demostraba que ese mismo Jesús es el Cristo", el Mesías, el Ungido del Eterno. El título de *Hijo de Dios* revela la naturaleza del Salvador, el de *Cristo* su oficio y su realeza en la obra de la redención. Ambos términos no son equivalentes.

22. El *asombro* de los oyentes de Pablo se comprende aun mejor desde el punto de vista de los que piensan que el recién convertido predicó inmediatamente en las sinagogas (v. 20, nota); pero no es inadmisible si esa predicación no tuvo lugar hasta el regreso de su viaje a Arabia. En Damasco no se podía haber olvidado ni las persecuciones de Saulo, ni el objeto de su precedente venida a esa ciudad. Y su predicación poderosa del evangelio era bien apropiada para causar ese asombro. (Comp. v. 26, nota.) *El que persiguió* (gr. *asoló*). Pablo emplea, en Gál. 1:13, 23, el mismo verbo para caracterizar su conducta respecto de los cristianos. Saulo *se fortalecía más y más*, se afirmaba en sus convicciones cristianas y en la posesión de la gracia de Dios. A consecuencia de estos progresos, su predicación se hacía



24 juntos los judíos para matarlo[23]; mas fué conocido por Pablo
su complot. Y guardaban aun las puertas tanto de día como de
25 noche, para matarlo. Mas habiéndole tomado sus discípulos de
noche por el muro lo descendieron, bajándolo en una canasta[24].
26 Y habiendo llegado a Jerusalén tentó de juntarse con los
27 discípulos; y todos le temían, no creyendo que era discípulo[25]. Mas
Bernabé tomándole le llevó a los apóstoles, y refirióles cómo en
el camino había visto al Señor y que le había hablado, y cómo

cada vez más una "demostración de espíritu y de potencia." Preferimos entender así el verbo: *se fortalecía*, más bien que unirlo al siguiente y traducir con Stapfer: "Ponía cada día más fuerza en confundir a los judíos."

23. *Cuando buen número de días se hubieron cumplido*: esta expresión puede designar un tiempo prolongado (18:18); en ningún caso puede ser equivalente a los *pocos días* del v. 19. Así el relato mismo de Lucas supone una segunda estada de Pablo en Damasco. (v. 20, nota.) Ya aquí el apóstol, desde los primeros pasos en su carrera, soporta la violenta persecución de los judíos, de quienes tanto tendrá que sufrir hasta el fin.

24. El apóstol mismo recuerda estos hechos como formando parte de las humillaciones que debió soportar en Damasco. (2 Cor. 11:32,33.) Sólo que nos hace saber, en este pasaje, que los que *guardaban las puertas de la ciudad* eran soldados del gobernador que mandaba en Damasco en nombre del rey Aretas. El gobernador obraba sin duda a instigación de los judíos. Los discípulos que salvaron la vida de Pablo fueron, según la lección de *Sin., B, A, C, sus* discípulos. Así debió su salud a aquellos que había conquistado para Jesucristo, por su predicación en Damasco.

25. Este primer viaje de Pablo a Jerusalén, que tuvo lugar tres años después de su conversión (v. 20, nota), es aquel del que él mismo nos habla, Gál. 1:18,19. Nos hace saber que el objeto de su viaje era conversar con Pedro, y que moró quince días con él. Es difícil, a primera vista, comprender la desconfianza de los cristianos de Jerusalén respecto de Saulo, pues ciertamente habían sabido su conversión que databa de tres años. ¿Hay que inferir, con Meyer y otros, que el relato de Lucas no es exacto en este punto? Antes de formular esa conclusión, se debe por lo menos considerar que Lucas no dice que esos cristianos ignoraban aún el cambio obrado en Pablo, sino que no *creían* en su realidad. ¡Y cuán natural era esto! Pablo había dejado a Jerusalén como un perseguidor fanático, que asolaba la iglesia; luego había desaparecido largo tiempo, durante su retiro a Arabia. Su residencia y su predicación en Damasco eran demasiado recientes para que noticias detalladas hubieran podido llegar a Jerusalén. Y ahora reaparece de repente en Jerusalén en medio de aquellos a quienes había perseguido; ¿y no habrían manifestado alguna desconfianza? El corazón del hombre, tan pronto en creer el mal, ¿lo es tanto para creer el bien? Por lo demás, tenemos aquí el testimonio de Pablo mismo, que nos dice que en esa época era desconocido de rostro de las iglesias de Judea, y que solamente habían "oído" que el antiguo perseguidor anunciaba el evangelio. (Gál. 1:22,23.)

en Damasco había hablado francamente en el nombre de Jesús.[26]
28 Y estaba con ellos entrando y saliendo de Jerusalén, hablando
29 francamente en el nombre del Señor, y hablaba y disputaba con
30 los helenistas; mas ellos intentaban matarle. Mas habiéndolo co-
nocido los hermanos le llevaron a Cesárea y le enviaron a Tarso [27].

4. *Ministerio de Pedro. Entrada del primer pagano en la iglesia.*

A. 31-43. Dos MILAGROS REALIZADOS POR EL APÓSTOL. — 1º *Curación de Eneas el paralítico.* Como la iglesia, en toda la Palestina, disfrutaba de tiempos pacíficos y crecía por la acción del Espíritu Santo, Pedro, visitando a los discípulos en diversos lugares, fué a Lida. Halla un paralítico, Eneas, echado desde hacía ocho años. Le declara que Jesucristo le sana. El paralítico se levanta inmediatamente. Muchos habitantes de Lida y de Sarón, testigos del milagro, se convierten a Señor (31-35). — 2º *Resurrec-*

26. La primer mención de *Bernabé* se lee en el cap. 4:36. Le hallaremos pronto como compañero de Pablo en su primer viaje misionero. Él introduce ante los apóstoles a Pablo, y les relata el acontecimiento que se realizó *en el camino* de Damasco y las pruebas que Pablo había dado desde entonces de su conversión por su fiel y valiente predicación del evangelio. Bernabé había sido instruído de ello, ora por informaciones particulares recibidas por él de Damasco, ora por los relatos de Pablo mismo. Hay aún otro detalle del relato de Lucas que parece en contradicción con la epístola a los Gálatas (1:18,19); Lucas dice que Pablo fué presentado a *los apóstoles,* mientras que, según sus propias afirmaciones, no vió más que a Pedro y a Jacobo, hermano del Señor. Lucas ha podido sin duda ignorar esta circunstancia; pero no es inadmisible que haya comprendido en el título de *apóstol* un personaje tal como Jacobo, que tuvo desde temprano una influencia preponderante en la iglesia de Jerusalén. (Comp. 12:17.)

27. La estada de Pablo en Jerusalén no duró más que quince días, pero este tiempo basta para que los hechos relatados por Lucas hayan podido pasar. (Véase sobre los *helenistas* 6:1, 2ª nota.) En esta ocasión nuevamente, son los hermanos quienes salvaron a Pablo de la emboscada de los judíos. Según 22:17-21, el Señor mismo, apareciendo a Pablo en el templo, le ordenó dejara a Jerusalén. Los hermanos le condujeron en seguridad hasta *Cesárea* (véase sobre esta ciudad 8:40, nota), y de ahí *le hicieron partir* (gr. *le enviaron*) a *Tarso,* capital de la Cilicia, su patria. (Véase sobre esta ciudad, v. 11, nota.) Este relato se encuentra confirmado por el apóstol mismo. (Gál. 1: 21-24.) Dice él tan sólo: "Fuí en seguida a las regiones de la Siria y la Cilicia." Parece resultar de estas palabras que atravesó la Siria para trasladarse a Tarso de Cilicia. Pero puede ser también que haya ido por mar a Seleucia y Antioquía, para trasladarse de allí a Cilicia, o que haya navegado de Cesárea a Tarso y hecho viajes de allí por las regiones de Siria y de Cilicia. La expresión: *le hicieron partir* de Cesárea *para Tarso,* parece indicar un viaje por mar. En todo caso, no permaneció inactivo durante esa residencia en el país de su nacimiento; había en Cilicia iglesias (15:23 41) que sin duda, fueron fundadas por él en ese tiempo.



*ción de Tabita*: a) *La vida y la muerte de Tabita.* En Jope una discípula llamada Tabita, en griego Dorcas, realizaba muchas obras de caridad. Cae enferma y muere. Se lava su cuerpo y se lo deposita en un aposento alto (36,37). b) *Pedro llamado a Jope.* Los discípulos, informados de que Pedro está en la vecindad, en Lida, le hacen venir con mucha prisa. Cuando llega y es introducido en el aposento alto, las viudas, con lágrimas le muestran sus vestidos, que Tabita había hecho en vida (38,39). c) *Tabita vuelta a la vida.* Pedro hace salir a todos, dobla las rodillas y ora. Luego interpela a la difunta y le ordena levantarse. Ella abre los ojos, ve a Pedro y se sienta. Él le da la mano y la hace levantar; luego llama a los discípulos y las viudas y se la presenta viva. Todo Jope tiene conocimiento de ello; muchos llegan a la fe. Pedro mora en casa de Simón el curtidor (40-43).

31 La iglesia pues por toda la Judea y Galilea y Samaria tenía
paz, edificada y andando en el temor del Señor; y por la conso-
lación del Santo Espíritu era multiplicada [28].
32 Y aconteció que Pedro, cruzando por todos descendió también
33 a los santos que habitaban Lida [29]. Y encontró allí cierto hombre,

28. Este tiempo feliz de reposo para la iglesia sucedió a la persecución que había empezado con la muerte de Esteban y de la que Saulo había sido el principal instigador. Ahora que él se ha tornado en testigo de la verdad, *la iglesia está en paz.* Mucho más: hace grandes progresos por dentro y por fuera; esto es un fruto de la persecución misma. Por dentro, es *edificada* como un templo cuya construcción se adelanta hacia su terminación (Comp. Ef. 2:21,22; 1 Pedro 2:4,5); en la vida práctica *anda en el temor del Señor,* es decir en humilde obediencia a su voluntad. Por fuera, es *multiplicada,* aumentada en número, y esto en las tres provincias que componían la tierra santa. El libro de los Actos no ha hablado aún de la predicación del evangelio en *Galilea,* pero como Jesús tenía allí muchos discípulos que se habían hecho miembros de la iglesia nueva, la mención de esta comarca no debe extrañarnos. El agente poderoso de estos progresos de la iglesia era el *Espíritu Santo,* este Espíritu que la había creado y el único que aumenta en ella la vida. La palabra que traducimos por *consolación* del Espíritu Santo significa también *exhortación.* (4:36; 13:15; 15:31; Comp. Juan 14: 16, nota.) Se trata de la acción poderosa del Espíritu de Dios que dispone las almas a escuchar y creer la palabra; pero el resultado de esa obra es siempre una consolación íntima que atrae los corazones y aumenta la iglesia. (Fil. 2:1.) Se podría traducir también: *Andando en el temor del Señor y en la asistencia del Espíritu Santo, se multiplicaba.* El texto recibido tiene: *las iglesias* en lugar de la iglesia (*Sin., B, A, C.*) Lucas, empleando el singular, ha querido hacer sentir que los discípulos del Salvador forman una hermosa y santa unidad, aun cuando están dispersos por diferentes regiones. No constituyen más que *una* iglesia. Son los errores y las pasiones de los hombres los que hacen desaparecer esa unidad por las divisiones que crean.

29. Lucas cuenta aquí una gira en la cual *Pedro, visitando* las iglesias, fué conducido hasta Cesárea, donde tuvo lugar la conversión de Cornelio (cap. 10), que forma la transición natural a la predicación del evangelio a los paganos. Gr. *Recorriendo Pedro todos los...* lugares, como sobrentien-

por nombre Eneas, desde hacía ocho años acostado sobre una
34 camilla, que estaba paralizado. Y le dijo Pedro: Eneas, te sana
Jesucristo; levántate y extiende el lecho para ti mismo. Y luego
35 se levantó [30]. Y le vieron todos los que habitaban Lida y Sarón,
los cuales se convirtieron al Señor [31].
36 Y en Jope había cierta discípula, por nombre Tabita, que in-
terpretada se dice Dorcas; ésta era llena de obras buenas y de
37 limosnas que hacía [32]. Y aconteció en aquellos días que habiendo
ella enfermado murió; y habiéndola lavado pusiéronla en un apo-
38 sento alto [33]. Y estando cerca Lida de Jope, los discípulos, habien-
do oído que Pedro estaba en ella enviaron dos varones a él ro-
39 gando: No tardes en cruzar hasta nosotros [34]. Y levantándose

den nuestras antiguas versiones. Pero los comentadores prefieren sobrentender la palabra *santos*, que se lee en la proposición siguiente. *Descendió a Lida*, pues esa pequeña ciudad situada muy cerca de Jope, no lejos del mar, estaba a una menor altura que Jerusalén y la comarca montañosa de Judá. En el antiguo testamento lleva el nombre de Lod (1 Crón. 8:12; Esd. 2:33; Nehem. 11: 35), que aparece hoy bajo su designación árabe de Ludd.

30. Las palabras llenas de certidumbre: *Jesucristo* (el *Salvador* que es el *Mesías*) *te sana*, no son un voto, sino una declaración positiva, que Pedro tomaba de su fe: Jesús te sana actualmente. Estas palabras atribuían también toda la curación al Señor Jesús y a él referían la gloria de ella. El enfermo que, según su nombre griego, era un judío helenista, pudo así aprender a conocer a este Jesús que le sanaba. Las palabras: *haz tú mismo tu cama* (gr. *extiende para ti*) anuncian al pobre paralítico que en adelante podrá tomar él mismo los cuidados que hasta ese momento otros habían debido tener para con él.

31. *El Sarón* es una hermosa llanura, muy fértil, que se extiende desde Jope hasta el Carmelo, a lo largo de la mar. (Isa. 33:9;35:2;65: 10.) La palabra *todos* es sin duda una hipérbole; muchos de los que *vieron* al enfermo sanado *se convirtieron*.

32. *Una discípula... llena de buenas obras y de limosnas que hacía.* Se decía que Esteban era "un hombre *lleno* de fe y de Espíritu santo, de amor y de potencia." (6:5,8.) Aquí, en el elogio de Tabita, los frutos de sus virtudes son indicados en lugar de sus virtudes mismas. Por sus *buenas obras*, probaba que era *una discípula*. Esta palabra, en femenino, no se encuentra más que aquí en el nuevo testamento. El nombre de *Tabita* en hebreo, de *Dorcas* en griego, significa gacela. El nombre de este animal gracioso, cantado por los poetas orientales, era frecuentemente dado a las mujeres. *Jope*, en hebreo Jafo, hoy Jaffa, era un puerto de mar bastante importante. Aun en nuestros días, por este puerto se aborda ordinariamente Palestina, cuando se va a Egipto o de Europa. Hay aproximadamente tres horas de marcha de Lida a Jope.

33. Véase sobre el *aposento alto*, que se hallaba sobre el techo en la azotea de la mayor parte de las casas en oriente, 1:3; nota. La costumbre de *lavar* los muertos tenía, entre los judíos, un sentido simbólico de pureza legal.

34. Gr. según *Sin.*, *B*, *A*, *C*: rogándole *no tardes en pasar hasta*



Pedro fué con ellos; al que, habiendo llegado, llevaron al apo-
sento alto, y estuvieron allí todas las viudas llorando y mostrando
40 túnicas y mantos, cuanto hacía Dorcas estando con ellas [35]. Mas
habiendo hecho salir fuera a todos Pedro y doblando las rodillas
oró, y vuelto al cuerpo dijo: Tabita, levántate. Y ella abrió sus
41 ojos, y viendo a Pedro se incorporó. Y habiéndole dado la mano
la levantó; y habiendo llamado los santos y las viudas la presentó
42 viva [36]. Y fué conocido por toda Jope, y creyeron muchos en el
43 Señor [37]. Y aconteció que posó muchos días en Jope en casa de
cierto Simón, curtidor [38].

B. 1-33. PEDRO LLAMADO AL LADO DE CORNELIO. — 1º *Las visiones de Cornelio y de Pedro*: a) *El mensaje celestial dirigido a Cornelio.* En Cesárea, un centurión caritativo y piadoso ve un ángel que le aparece en visión. Éste le hace saber la aprobación de Dios y le dice que haga venir a Pedro. Cornelio comunica esta aparición a dos de sus servidores y a un soldado piadoso y los envía a Jope (1-8). b) *La revelación concedida a Pedro.* Como se acercan a Jope, el día siguiente Pedro, en éxtasis sobre la azotea de la casa, ve un lienzo lleno de animales impuros que desciende del cielo, y una voz le ordena que mate y coma. Protesta al Señor que jamás ha comido nada de inmundo. La voz le dice que no llame inmundo lo que Dios ha purificado. Tres veces la visión aparece, luego el recipiente es retirado al cielo (9-16). — 2º *Pedro se traslada a Cesárea*: a) *Pedro recibe los*

*nosotros.* La grande reputación de Pedro inspiró a esos cristianos la confianza de que llevaría socorro, aun después de la muerte de Dorcas.

35. Las lágrimas de esas *viudas* indigentes (6:1), objeto de los beneficios de Dorcas, eran de su parte la más conmovedora oración fúnebre y la súplica más persuasiva para el apóstol de ir en su ayuda. Ellas *mostraban* sobre sí mismas (la voz media del verbo lo indica) *las túnicas y mantos que Dorcas hacía* con sus propias manos.

36. Pedro *hace salir* a todos, probablemente por motivos análogos a los que dictaron la conducta de Jesús en casa de Jairo (Mar. 5:38-40); luego *se pone de rodillas y ora*, pidiendo a Dios que responda a las lágrimas de las pobres viudas. Cuando ha adquirido por la oración la convicción de que Dios le escuchará, *se vuelve hacia el cuerpo* inanimado y dirige la palabra a la muerta, como si pudiera oírle. La llama por su nombre hebreo *Tobita*. El historiador pinta luego todos los pasos del regreso a la vida, hasta el momento en que Pedro *presenta* a la *asamblea*, penetrada de emoción y de gozo, a Tabita *viva*.

37. "Ved los frutos diversos de ese milagro: Dios quería consolar a los pobres, devolver a la iglesia una santa mujer cuya muerte había sido una grande pérdida, y llamar muchas almas a la fe." *Calvino*.

38. Las gentes de ese oficio eran consideradas como impuras y tenían, a causa de esto, habitaciones aisladas. (10:6.) Pedro, morando en casa de Simón, se ponía pues, entonces ya, por encima de los prejuicios de su nación. Lucas, haciéndonos saber que Pedro prolongó por un *buen número de días* su residencia en Jope, prepara el relato del capítulo siguiente.

*enviados de Cornelio.* Como Pedro reflexiona sobre el sentido de la visión, los mensajeros se presentan a la puerta y el Espíritu le dice que los siga. Entregan su mensaje. Pedro les ofrece hospitalidad; el día siguiente parte con ellos, acompañado de algunos hermanos de Jope (17-23). b) *Cornelio recibe a Pedro en su casa.* Llegan a Cesárea el día siguiente. Cornelio los espera con su parentela y amistades. Se postra ante Pedro. Éste le levanta y entra con él en la casa, explicando a los presentes cómo está autorizado de Dios para hacer lo que los judíos miraban como prohibido. Pregunta para qué le han hecho venir. Cornelio responde contando la visión y la orden que el ángel le dió. Declara que él y los suyos están prestos a oír lo que Pedro les diga (24-33).

X Y cierto varón en Cesárea, por nombre Cornelio, centurión
2 de la cohorte llamada Italiana [1], piadoso y que temía a Dios con
toda su casa, que hacía muchas limosnas al pueblo y suplicaba
3 a Dios continuamente [2], vió en visión claramente, como hacia la
hora novena del día, un ángel de Dios entrando hacia él y dicién-

1. Lucas va a relatar la conversión de Cornelio con muchos detalles, a causa de su gran importancia, pues ese varón, llevado a la fe, será las primicias de la gentilidad. Nos describe primeramente su posición externa, luego su estado religioso y moral. (v. 2.) Cornelio era *centurión* (oficial al mando de cien hombres) en una *cohorte llamada Italiana* de guarnición en *Cesárea.* (Véase sobre esta ciudad 8:40, nota.) Siendo Cesárea la capital política del país, la residencia del gobernador, era importante sin duda tener allí una de esas *cohortes* compuestas de soldados originarios de Italia y que gozaban del derecho de ciudadanos romanos. Inspiraban más confianza que las tropas auxiliares formadas por indígenas, que eran acuarteladas en el resto del país y en la ciudad misma de Cesárea, cuya guarnición constaba de cinco cohortes. Cornelio pues era romano, o por lo menos italiano.

2. Cornelio, pagano de nacimiento, había llegado al conocimiento del verdadero Dios, sin duda por su residencia en medio del pueblo judío. Ese conocimiento no había quedado estéril; la *piedad* y el *temor de Dios* reinaban en su corazón y en *toda su casa,* sobre la cual él había ejercido saludable influencia. (Comp. v. 7, nota.) Su vida respondía enteramente a esos sentimientos; manifestaba su caridad para con el pueblo por *numerosas limosnas* y su fe en Dios por *continuas oraciones.* Era pues amado de los judíos. (v. 22.) El término: *temeroso de Dios* podría ser simplemente sinónimo de *piadoso* (Comp. v. 35); pero es probable que designe a Cornelio como uno de esos semi-prosélitos que adoptaban las ideas religiosas de los judíos y practicaban en parte el culto israelita, sin someterse a la circuncisión y a todas las obligaciones de la ley levítica. (13:16,26.) Bajo el punto de vista judío no por eso quedaban libres de la impureza de los paganos. Esto explica las palabras que Pedro dirige a Cornelio en los v. 28 y 34. Véase también 11:3;15:7, donde Cornelio es designado como incircunciso y pagano. El hecho de que Cornelio había soportado en cierta medida la influencia del judaísmo no disminuye la importancia histórica de su conversión: él fué realmente el primer gentil admitido en la iglesia cristiana.



4 dole: ¡Cornelio [3]! Y él mirándole fijamente y habiéndose espan-
tado dijo: ¿Qué hay, Señor? Y díjole: Tus oraciones y tus li-
5 mosnas han subido en memorial delante de Dios [4]. Y ahora, envía
varones a Jope y haz venir a cierto Simón que es apellidado Pe-
6 dro; éste posa en casa de cierto Simón, curtidor, que tiene casa
7 junto al mar [5]. Y como se fué el ángel que le hablaba, habiendo
llamado a dos de los criados y un soldado piadoso de los que se
8 dedicaban a él, y habiéndoles referido todo los envió a Jope [6].
9 Y al día siguiente, viajando ellos y acercándose a la ciudad,

3. *La novena hora,* las tres de la tarde, era, entre los judíos, uno de los momentos del día consagrados a la oración. (3:1.) Cornelio, que había aprendido de ellos a conocer a Dios y a orar, se complacía en unirse a ellos en oración. Impelido por sus profundas necesidades religiosas, oraba (v. 30), y sin duda pedía a Dios más luz para su alma. Dios respondió a su súplica enviándole un *ángel,* al que *vió claramente en una visión,* es decir que el hecho real de la presencia del enviado celestial no fué perceptible más que a su espíritu en estado de éxtasis. En todas las grandes épocas de su reinado (y la entrada del mundo pagano en ese reinado era una de ellas), Dios se digna revelarse a los hombres por esos seres celestiales que ejecutan con amor sus órdenes. (Sal. 103:20; Hebr. 1:14.) Sin hablar del antiguo testamento, semejantes revelaciones fueron concedidas a Zacarías, a María, madre del Salvador, a los pastores de Belén, a Jesús mismo.

4. En el culto israelita, el sacerdote hacía *subir* hacia Dios, quemándola sobre el altar, la ofrenda de flor de harina, rociada de aceite y unida al incienso. Esta ofrenda era presentada *en memorial.* Los Setenta traducen la palabra hebrea por el término aquí aplicado a los actos de piedad y de caridad de Cornelio. (Lev. 2:2; 5:12; 6:15.) Dios no había olvidado las *oraciones* y las *limosnas* de Cornelio; las había aceptado, porque provenían de un corazón sincero. Y sin embargo no bastaban para asegurar a Cornelio la paz y el gozo de la salvación, puesto que Dios le envía una revelación sobrenatural, a fin de llevarle al conocimiento del Salvador.

5. No hace Dios anunciar el evangelio a Cornelio por el ángel; ninguno puede hacerlo, sino pobres pecadores que han sentido el poder de él y han encontrado en él la paz y la vida. *Pedro,* visitando las iglesias (9:32), se hallaba providencialmente cerca de Cesárea, y a él debe Cornelio invitar a venir para anunciarle la buena nueva de la salvación. Este último pensamiento es expresado por las palabras del texto recibido agregadas al final del v. 6 y que son tomadas del cap. 9:6: *Él te dirá lo que debes hacer.*

6. Cornelio, obedeciendo de inmediato a las direcciones que acaba de recibir, tiene la dicha de hallar junto a sí *criados* de confianza y un *soldado piadoso* a los cuales puede *contarles todo.* Tal es la influencia bendita que él ejercía sobre su casa y aun sobre ese soldado romano, tornado en soldado piadoso. Es designado como uno de *los allegados a su persona.* Se ha propuesto entender esta expresión de gentes que "tenían la misma tendencia religiosa" (8:13) que Cornelio. Pero es más natural ver en ella la indicación de su posición al servicio de aquél.

10 subió Pedro al terrado a orar como a la hora sexta [7]. Y tuvo mu-
cha hambre y quería comer: y preparando ellos sobrevínole un
11 éxtasis [8], y ve el cielo abierto y una especie de vaso que bajaba
como un grande lienzo, por cuatro extremos descendido sobre la
12 tierra [9], en el que había todos los cuadrúpedos y reptiles de la
13 tierra y aves del cielo [10]. Y vino una voz a él: Levántate, Pedro,
14 mata y come. Mas Pedro dijo: De ningún modo, Señor, porque
15 nunca comí nada inmundo e impuro [11]. Y una voz a él otra vez,
por segunda: Lo que Dios ha purificado, tú no lo llames inmun-
16 do [12]. Y esto se produjo por tres veces, y luego fué tomado en alto
el vaso al cielo [13].

7. *La azotea de la casa,* (gr.) *el techo* (Luc. 17:31), que era en forma de azotea, como aún hoy en oriente, donde uno se retiraba para disfrutar de la soledad o de la frescura del aire. Pedro se había refugiado allí *para orar.* La respuesta a su oración será la importante revelación que va a recibir. Siempre es por la oración como la luz de arriba en las almas resplandece.

8. Gr. *un éxtasis fué sobre él,* términos que expresan lo que hubo de inesperado en esta manifestación de lo alto. La palabra *éxtasis* significa literalmente un estado en que el alma está *fuera* de sí, elevada por encima de la esfera ordinaria en que se mueve. No se perciben entonces los objetos por los sentidos, sino por un contacto inmediato con una revelación que le es presentada. (Comp. 2 Cor. 12:1-4, donde el mismo pensamiento es expresado por otro término.) Esta revelación puede, como aquí, manifestarse en la forma de una visión que pasa exclusivamente por el espíritu del que la recibe, o de cualquier otro modo.

9. Lo que Pedro *ve* en su visión (hay que observar este verbo en presente), es primeramente *el cielo abierto* (Comp. 7:56; Mat. 3:16; Juan 1:52, 2ª nota); luego un *vaso,* un recipiente que *desciende,* semejante a un gran mantel, o *lienzo.* Era *tenido por las cuatro esquinas.* El griego dice simplemente, en *Sin., B, A*: *por cuatro esquinas* (el vaso) *bajaba sobre la tierra.* En el texto recibido (*C*), se lee: por las cuatro esquinas *estaba atado* y bajaba sobre la tierra. Admítase o no este agregado, no hay que pensar, con algunos intérpretes, que los extremos del mantel estaban anudados unos con otros, pues entonces Pedro no habría podido ver lo que contenía. La figura descrita no implica que esos *cuatro extremos* colgaban hacia la tierra, sino más bien que eran tenidas por manos invisibles, por ángeles quizá. (Comp. 11:5-7.)

10. Restituimos aquí el verdadero texto (*Sin., B, A*), suprimiendo las palabras *y las fieras* que el texto recibido tiene después de *cuadrúpedos.* La distinción entre los animales *de la tierra* y las aves *del cielo* (Mat. 6:26, nota), es al mismo tiempo natural y poética. (Comp. Rom. 1:23.)

11. Pedro habría podido escoger para *matar* y *comer* animales puros. Pero ha comprendido que la orden recibida borra la distinción entre animales puros e impuros. De ahí su negativa decidida, inspirada por su respeto a la ley. *¡De ningún modo, Señor!,* exclama. Reconoce pues la voz que le habla como la de Dios. Resultaba de ello un conflicto de deberes.

12. Gr. *tú, no lo hagas inmundo.* En efecto, Pedro, al tener un objeto por inmundo, lo hacía tal para él. (Rom. 14:14.) Estas palabras contienen todo el sentido de la visión: 1º La declaración divina de que *Dios ha purificado* todo es exacto en su sentido literal; las prescripciones levíticas relativas a animales impuros (Lev. 11) tenían su sentido simbólico, útil para los israelitas, pero evidentemente no debían existir más que por un tiempo y para un pueblo, puesto que son inaplicables a la humanidad entera. "Ahora bien: después que Dios ha realizado la redención del mundo, que la escritura considera como la restitución de toda la creación" (*Olshausen*), no hay, en esa creación, nada ya de impuro en sí mismo. (Mat. 15:11; Rom. 14:14; 1 Tim. 4:4; Tito 1:15.) 2º Con mayor razón, la declaración que nos ocupa concierne a la humanidad, objeto especial de la redención cumplida por Jesucristo; en esta humanidad, no podría haber ya distinción entre puros e impuros, entre judíos y paganos. Pedro lo comprenderá luego y lo proclamará con altura. (v. 34,35; 11:17; 15:7 y sig.)



17 Y como en sí mismo estaba perplejo Pedro, qué sería la vi-
sión que había visto, he aquí los varones enviados por Cornelio,
habiendo hallado por preguntas la casa de Simón sobrevinieron a
18 la puerta, y habiendo llamado preguntaban si Simón el apelli-
19 dado Pedro posaba allí. Y considerando Pedro sobre la visión
20 dijo el Espíritu: He aquí varones buscándote: pero levan-
tándote baja, y vé con ellos sin vacilación alguna, porque yo los
21 he enviado [14]. Y habiendo bajado Pedro a los varones dijo: He
aquí, yo soy el que buscáis; ¿cuál es la causa porque estáis aquí?
22 Y ellos dijeron: Cornelio centurión, varón justo y que teme a
Dios, y que tiene buen testimonio de la nación entera de los
judíos, ha sido divinamente advertido por un santo ángel de ha-
23 certe venir a su casa y oír palabras de tu parte [15]. Habiéndolos

13. Como Pedro no comprendía el sentido de la visión (v. 17), a fin de que la impresión fuera más viva, Dios se la hizo ver tres veces. Los hechos se encargarán de explicársela, como lo muestra la continuación de nuestro relato.

14. Mientras Pedro, vuelto de su éxtasis, *reflexionaba* sobre el sentido de la visión, los mensajeros de Cornelio, *informado que se hubieron* (el término griego, que sólo aquí se halla en el nuevo testamento, los muestra informándose de calle en calle) *de la casa de Simón* el curtidor, *llaman y preguntan* si el apóstol mora allí. Al mismo tiempo, éste, que aún ignoraba todo, es advertido por el Espíritu que *algunos hombres* (lección de *D, mayúsc., Peschito; Sin., A, C* tienen *tres* hombres; *B*: *dos* hombres) te *buscan,* y exhortado a seguir a esos hombres *sin vacilar.* La advertencia no era inútil, pues como los que le buscaban eran gentiles, Pedro muy bien habría podido rehusar entrar en relación con ellos. (v. 28.) Para decidirle, era necesaria también esta declaración: *yo los he enviado.*

15. Gr. *palabras de tu parte,* palabras de verdad divina que serán para Cornelio otras tantas revelaciones. Estos enviados entregan su mensaje sencilla y claramente, y con amor para con su amo. Para designar la revelación del ángel a Cornelio, se sirven de un término clásico que traducimos por: *divinamente advertido* y que, entre los antiguos, significaba: recibir respuesta de un oráculo. Aquí era la respuesta de Dios a las oraciones de Cornelio.

pues invitado hospedólos. Y al día siguiente habiéndose levan-
tado salió con ellos, y algunos de los hermanos de Jope fue-
ron con él [16].
24 Y al día siguiente entró en Cesárea; y Cornelio estaba aguar-
dándolos, habiendo convocado sus parientes y los amigos ínti-
25 mos [17]. Y como aconteció que entró Pedro, encontrándole Cornelio
26 cayendo sobre sus pies adoró [18]. Mas Pedro le levantó diciendo:
27 Levántate, yo mismo también hombre soy [19]. Y conversando con
28 él entró, y halla a muchos reunidos, y les dijo: Vosotros sabéis
cuán ilícito es a un varón judío juntarse o allegarse a un extran-
jero; y a mí Dios ha mostrado que a ningún hombre llame
29 inmundo o impuro [20]; por lo cual también sin oponer objeciones

(Comp. Mat. 2:12,22; Luc. 2:26; Hebr. 8:5; 11:7.)

16. *Pues,* a consecuencia de la advertencia que ha recibido (v. 20) y de las palabras de estos mensajeros que le inspiran confianza, los recibe Pedro sin vacilar y ejerce para con ellos la hospitalidad de que él mismo gozaba en casa de un hermano; pues no podían partir el mismo día. (v. 30, nota.) *El día siguiente,* se ponen en camino, no solos, sino *acompañados de algunos hermanos de Jope.* Pues allí también había ya cristianos convertidos por el ministerio de Pedro. (9:42.) *Seis* de esos nuevos hermanos fueron con él. (11:12.) Había gran interés para ellos en seguirle en esa misión importante, y mucho más para Pedro en tener testigos de lo que iba a ocurrir; pues deberá dar cuenta a la iglesia de Jerusalén, para su propia justificación. (11:1 y sig.)

17. Gr. *los amigos necesarios,* excelente definición de las más íntima amistad. Cornelio quiso que parientes y amigos, todo lo que él amaba, tuviese con él la dicha de oír la buena nueva del evangelio. El amor de las almas es inseparable de la fe, aun donde ésta es obscura todavía.

18. Gr. *Y como aconteció que entró Pedro. Prosternándose, cayendo sobre* sus pies, es como los orientales tributaban homenaje a los grandes de la tierra; pero la palabra que traducimos así implica en el nuevo testamento la idea de adoración (8:27; Juan 4:21 y sig.; 12:20, etc.), y las palabras de Pedro (v. 26) dicen con bastante claridad que tal intención no era extraña a Cornelio. Éste, según la revelación que había recibido y conforme a sus antiguas ideas gentiles, podía considerar a Pedro como un ser por encima de la humanidad. (Comp. Gál. 4:14.) Pero el apóstol se empeña en reprimir toda apariencia de idolatría. Cornelio muestra que estaba más adelantado en hechos que en conocimiento; esto vale más que la inversa, que es lo ordinario. El texto occidental (Blass, según *D,* la Peschito y otros documentos) presenta una variante, de cierta importancia, en el v. 25: *Y como Pedro se acercaba a Cesárea, uno de los criados, habiendo corrido adelante, anunció que llegaba. Y Cornelio, habiendo salido apresuradamente e ido a su encuentro, arrojándose a sus pies, le adoró.*

19. *Un hombre,* "esto basta para desterrar toda elevación propia y la admiración de los demás.) *Bengel.* (Comp. 14:15; Apoc. 19:10.) Jesús jamás rechazó tales homenajes. (Luc. 8:41,47; Mar. 3:11; Juan 9:38.)

20. La ley no prohibía a los judíos toda relación con *extranjeros,* es decir con paganos; las tradiciones del farisaísmo y su desprecio de todo lo que no pertenecía al pueblo israelita habían inspirado esa rígida regla. (Juan 18:28.) Pedro estaba aún sujeto a esas tradiciones, consideradas como sagradas, aun por los judíos que habían abrazado la fe cristiana (Gál. 2:12); quiere que sus oyentes sepan que está autorizado a obrar como lo hace. *Dios le ha mostrado,* por la visión precedente, esa gran ley de la libertad y de la caridad. Y con satisfacción se vale de ella por primera vez.



he venido cuando enviasteis por mí. Pregunto pues por qué causa
me habéis hecho venir.
30 Y Cornelio dijo: Cuatro días hace hasta esta hora estaba
orando a la novena en mi casa [21], y he aquí un varón estuvo en
31 presencia de mí con vestidura espléndida, y dice: Cornelio, oída
ha sido tu oración y tus limosnas han sido recordadas en presencia
32 de Dios. Envía pues a Jopé y haz venir a Simón que es apelli-
dado Pedro; éste posa en casa de Simón curtidor junto a la
33 mar [22]. Al instante pues envié a ti, y bien tú has hecho viniendo.
Ahora pues todos nosotros en presencia de Dios estamos para oír
todo lo que te ha sido ordenado por el Señor [23].

C. 34-48. Discurso de Pedro y bautismo de Cornelio. — 1º *Pedro anuncia el evangelio a gentiles:* a) *Carácter universal de la salvación.* Pedro declara con solemnidad la convicción que se ha hecho en su espíritu: Dios no toma en cuenta la posición externa; en todo pueblo quien observa su ley le es agradable; eso resulta ya de las profecías relativas a la salvación que debía traer Jesucristo. Él es el Señor de todos (34-36). b) *Vida, muerte y resurrección de Jesús.* Pedro recuerda a sus oyentes los hechos de la historia

21. La *novena hora,* es decir las tres de la tarde. (v. 3;3:1.) Cornelio indica la hora precisa en que el ángel le había aparecido, *cuatro días* antes. La distancia de Cesárea a Jope era de treinta millas (cerca de 45 kilómetros); los mensajeros, partiendo por la tarde, no habían llegado a Jope sino el día siguiente hacia mediodía. (v. 9,17.) Pedro y sus compañeros de viaje no se pusieron en marcha sino el día siguiente (v. 23), y como les fué necesario más de un día para tarsladarse a Cesárea, no llegaron hasta el cuarto día después de la visión de Cornelio. Éste recuerda que estaba *en oración,* cuando el ángel le apareció; Dios respondía así a su súplica. Después de *orando,* el texto recibido (*Mayúsc.* vers.), añade: y *ayunando,* palabras que probablemente han sido introducidas, porque los judíos y los primeros cristianos juntaban a menudo el ayuno a la oración. No se encuentran en *Sin., B, A, C.*

22. El texto recibido con *C, D, mayúsc.,* vers. agrega: *viniendo el cual te hablará.*

23. Véase, sobre este relato, v. 3-6. Cornelio cuenta sencillamente lo que le ha sucedido; luego concluye expresando el pensamiento de que bajo la mirada de *Dios* están todos reunidos para oír la palabra del *Señor.* Entre tales oyentes, la predicación que va a seguir llevará infaliblemente todos sus frutos. En lugar de las palabras: *delante de Dios, D,* la vulgata, y una de las vers. sir. tienen: *delante de ti.* (Texto occidental.)

evangélica: el ministerio de Jesús de Nazaret, precedido de la predicación de Juan el Bautista, cumplido con el poder del Espíritu de Dios y consistiendo en obras de liberación. Los apóstoles son testigos de los actos de Jesús y de su muerte por el suplicio que los judíos le infligieron. Dios le ha resucitado y le ha hecho aparecer, no a todos, sino a testigos elegidos anticipadamente y que han comido y bebido con el resucitado (37-41). c) *El testimonio apostólico.* Los apóstoles han recibido de Dios la orden de predicar a Cristo como el Juez universal. Todos los profetas atestan que él otorga el perdón de los pecados a todo el que en él cree (42,43). — 2º *Efusión del Espíritu y bautismo de los paganos presentes.* Hablando aún Pedro, desciende el Espíritu sobre sus oyentes gentiles; los judíos que habían acompañado al apóstol se asombran de oírlos hablar en lenguas. Pedro declara que no se podría rehusar el bautismo a los que han recibido el Espíritu, y da orden de bautizarlos en el nombre de Jesucristo. Le ruegan que prolongue su permanencia entre ellos (44-48).

34 Y abriendo Pedro la boca dijo[24]: En verdad comprendo que
35 no hace Dios acepción de personas, sino que en toda nación el que
36 le teme y obra justicia le es agradable[25]: la palabra que envió a
los hijos de Israel anunciando paz por medio de Jesucristo; éste
37 es de todos Señor[26]. Vosotros conocéis el suceso acontecido por

24. La locución: *abriendo la boca,* tiene algo de solemne que hace esperar un discurso grave y sostenido. (Comp. 8:35; Mat. 5:2, nota.) En efecto, Pedro, anunciando por primera vez el evangelio a paganos, debió hacerlo con una instrucción luminosa y completa de la que sólo tenemos aquí un resumen.

25. *En verdad, comprendo;* este verbo está en presente; es una luz, una *convicción* (sentido de la palabra griega) que se forma en este mismo momento en el espíritu del apóstol. ¿Qué ha concurrido a formar en él esta convicción? Primeramente la visión que ha tenido; luego el relato de Cornelio que la hace clara. Una frase de la escritura que él conocía se le vuelve de repente luminosa: *Dios no hace acepción de personas;* literalmente: *Dios no recibe el rostro, lo* exterior, la apariencia. (Deut. 10:17; 1 Sam. 16:7; Comp. Rom. 2:11; Gál. 2:6; Ef. 6:9; 1 Pedro 1:17.) ¿Qué mira él pues? El corazón, la vida, el *temor* que de él se tiene, la *práctica de la justicia.* Todo el que está en estas disposiciones, a cualquiera nación que pertenezca, judío o gentil, *le es agradable* (gr. *aceptable, grato.*) No está aún de lleno en el reino de Dios, pero preparado para entrar. Es evidente que Pedro aplica a Cornelio esta importante verdad. Pero no se podría inferir de ello que "todas las religiones son buenas. La historia de Cornelio que debe ser llevado al conocimiento de Cristo para participar de la salvación contradice precisamente una opinión semejante. "Hallar en estas palabras la idea de que todas las religiones valen, y servirse de ellas para elogiar el indiferentismo, es el colmo de la ligereza exegética." *De Wette.*

26. La *palabra* o en otros términos la verdad que Pedro acaba de enunciar (v. 34,35), es la que Dios ya hizo conocer *a los hijos de Israel, anunciándoles la buena nueva de la paz* (Isa. 52:7) *por Jesucristo.* Puesto que esta *paz* sólo es *por Jesucristo,* es evidente que no se la obtiene ob-



toda la Judea, empezando desde Galilea después del bautismo que
38 Juan predicó, a Jesús de Nazaret, cómo le ungió Dios con Espíritu Santo y potencia, el que fué por todas partes haciendo bien
y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios era
39 con él[27]; y nosotros somos testigos de todo lo que hizo tanto en
la tierra de los judíos como Jerusalén; al que también mataron

servando los preceptos de la ley judía, sino que Dios la destina a todos El apóstol funda también su afirmación de la universalidad de la salvación en el hecho de que este Salvador que da la paz es *el Señor de todos,* de todos los hombres, judíos o paganos. Es así como Pablo mismo establecía esta gran verdad. (Rom. 3: 29.) Pedro, hablando con emoción, exterioriza su pensamiento en una frase gramaticalmente incorrecta. Por ello los exégetas construyen de diversas maneras estos v. 36-38. En lugar de considerar las palabras del v. 36 (gr.): *la palabra que envió,* como dependientes del verbo: *reconozco* (v. 34) y refiriéndose a la verdad enunciada en los v. 34 y 35 (de Wette, Ebrard, Baumgarten), se ha creído que eran coordinadas del término de *justicia* (v. 35) y se ha traducido: "el que practica la justicia... y cumple la palabra que envió." (Ewald, Nösgen, Zöckler); pero el sentido que se obtiene así es menos satisfactorio. Numerosos intérpretes (Meyer, Wendt, Lechler, Barde) conectan el v. 36 con lo que sigue y traducen: "Vosotros sabéis la palabra que Dios envió a Israel anunciando la paz por Jesucristo (él es el Señor de todos); sabéis lo que ocurrió en toda la Judea." Oponemos a esta construcción dos objeciones principales: 1º No se puede decir que los oyentes de Pedro tuviesen ya conocimiento del destino universal de la salvación proclamada por el evangelio; 2º se está obligado a hacer una frase incidental o aun un paréntesis de la importante declaración: *Éste es Señor de todos.* Este pensamiento corona el razonamiento de Pedro. Luego, no podríamos admitir la conjetura de Blass que considera la palabra *señor* como una interpolación y, cercenándola, traduce: "La palabra que envió a los hijos de Israel, anunciando la paz por Jesucristo, es de todos", es decir, es "destinada a todos." Esta conjetura no se funda sobre ningún documento. Pero *B, A,* vrs., presentan una variante, que parece haber nacido también del deseo de simplificar la frase. Suprimen el pronombre relativo después de *palabra.* Habría que traducir entonces: "Envió la palabra a los hijos de Israel, anunciando la paz por Jesucristo." (Oltramare, Segond, Stapfer.)

27. Pedro anuncia a sus oyentes a *Jesucristo,* que acaba de nombrar como autor de la paz (v. 36), en estos términos: (gr.) vosotros conocéis *el hecho que se produjo* (Luc. 2:15)..., a saber: *Jesús, que era de Nazaret, cómo Dios le ungió de Espíritu santo.* (Isa. 61:1; Mat. 3:16; Juan 1:32-34.) Su santa vida fué una serie no interrumpida de beneficios: *fué de lugar en lugar* (8:4) *haciendo bien, sanando* y libertando hasta los desdichados *oprimidos* por el poder de las tinieblas. ¡Qué pruebas brillantes de que *Dios era con él!* Con relación a estos hechos externos de la vida de Jesús, el apóstol podía decir: *Vosotros sabéis,* porque, habitando sus oyentes la Palestina, era imposible que no tuvieran algún conocimiento de ellos; pero no habían comprendido su profundo significado. Pedro se lo revela.

40 colgándole de un madero. A éste ha Dios resucitado en el tercer
41 día y concedido hacerse manifiesto, no a todo el pueblo, sino a
testigos que habían sido antes elegidos por Dios, a nosotros que
hemos comido y bebido con él después de resucitar él de entre los
42 muertos [28]; y nos ha mandado predicar al pueblo y testificar que
43 éste es el determinado por Dios juez de vivos y de muertos [29]. A
éste todos los profetas dan testimonio que perdón de los pecados
recibe por medio de su nombre todo el que cree en él [30].
44 Hablando aún Pedro estas cosas cayó el Espíritu Santo sobre
45 todos los que oían la palabra [31]. Y se pasmaron los fieles de la

28. A fin de persuadir bien a sus oyentes de la realidad de los hechos que expone, Pedro declara que él y sus condiscípulos son *testigos* de ellos (1:8); testigos divinamente autorizados, puesto que habían sido (v. 41) *escogidos antes por Dios.* Esta selección, hecha por Jesús, es aquí atribuída a Dios mismo. (Juan 15:16.) Después de haberle perseguido con su odio, los judíos *le hicieron también morir* (véase sobre el término: *colgarle del madero,* 5:30; nota); pero *Dios le ha resucitado el tercer día.* Y para establecer la certidumbre de la resurrección de Jesús, Pedro recuerda que los apóstoles han *comido y bebido con él después que hubo resucitado de los muertos.* (Luc. 24:41-43; Juan 21:12.) ¿Por qué Jesús resucitado no fué *manifestado a todo el pueblo?* Véase la respuesta de Jesús a esta pregunta que le es hecha por uno de sus discípulos. (Juan 14:22:24.) "Su reinado es el reinado de la fe; es un reinado celestial; no es de este mundo; desdeña un vano esplendor; queda oculto bajo la humil de apariencia de la cruz." *Bengel.*

29. La *orden* aquí aludida no es la de predicar el evangelio a todos los pueblos (1:8; Mat. 28:19), pues se trata de un mensaje dirigido *al pueblo* de Israel y que presenta a Jesús principalmente como *juez.* ¿Es necesario admitir con Meyer que Pedro alude a una orden especial de Jesús, que no sería referida en los evangelios? No es necesario. Jesús a menudo se ha declarado el supremo *Juez.* Resultaba de ello para sus apóstoles la obligación de *predicarle* y *atestarle* como tal. (Mat. 25:31; y sig.; Juan 5:27; Comp. Act. 17:31; 2 Tim. 4:1; 1 Pedro 4:5.) *Los vivos y los muertos* son los que vivirán y los que estarán muertos a la venida del Señor.

30. El *testimonio de todos los profetas* había precedido al testimonio de los apóstoles, para atestar que *todo el que cree* en el Salvador, de cualquier nacionalidad que sea, *recibe la remisión* o el perdón de *sus pecados por su nombre,* es decir en él y por él. He ahí la universalidad de la salvación proclamada por Pedro, como lo será por Pablo. (Rom. 3:22.) ¡Qué motivo de gozo para los gentiles que escuchaban estas palabras! Cuando Pedro dice: *todos los profetas,* no pretende que haya en los escritos de todos pasajes precisos que declaren que el perdón de los pecados es otorgado a todo el que cree en el Salvador; pero todos, anunciando el libertador y los tiempos evangélicos, anunciaban implícitamente esta preciosa verdad.

31. (Gr.) el Espíritu santo *cayó* (igualmente en 8:16; 11:15), es decir que todos los oyentes de Pedro fueron de repente captados por el Espíritu de Dios. Su alma estaba preparada a recibirle (v.33); no hubo pues nada de mágico en esta acción



circuncisión, cuantos habían ido con Pedro, de que también sobre
46 los gentiles el don del Espíritu Santo era derramado; pues les oían
47 hablando en lenguas y engrandeciendo a Dios [32]. Entonces res-
pondió Pedro: ¿Acaso el agua puede alguien impedir para que no
sean bautizados éstos, puesto que el Espíritu Santo han recibido
48 como también nosotros? Y ordenó que en el nombre de Jesucristo
fueran ellos bautizados [33]. Entonces le rogaron quedarse algunos
días [34].

D. 1-18. Pedro se justifica ante la iglesia de Jerusalén. — 1º Regreso de Pedro a Jerusalén. *Acusación hecha contra él.* La noticia de la conversión de los gentiles llega a los apóstoles y a los cristianos de Judea. Cuando Pedro vuelve a Jerusalén, le reprochan haber entrado en relación con incircuncisos (1-3). — 2º *Discurso de Pedro:* a) *La visión de Jope.* Pedro hace una exposición seguida de lo ocurrido. Cuenta primeramente la visión que tuvo en Jope, la orden de matar y comer animales impuros, sus objeciones, la respuesta del Señor (4-10). b) *El encuentro con Cornelio.* Pedro dice cómo, apenas terminada la visión, tres varones enviados de Cesárea van

del Espíritu. ¿Pero en qué señal los concurrentes reconocieron esta efusión del Espíritu Santo cuyo momento preciso se indica? Los v. 45 y 46 responden a esta pregunta.

32. Gr. *Los fieles de la circuncisión,* es decir los judíos convertidos que habían acompañado a Pedro de Jope a Césárea (v. 23), reconocieron la acción del Espíritu por sus efectos (v. 46), y *se asombraron,* porque era la primera vez que se daba el Espíritu a paganos. Esos creyentes nuevos, Cornelio y sus amigos, llenos de gozo y de santo entusiasmo, *magnificaban a Dios.* Daban vuelo a sus sentimientos, no en lenguaje ordinario, sino que *hablaban en lenguas.* Aquí se reproduce pues el fenómeno de pentecostés. (Véase 2:4, 2ª nota.)

33. *Entonces Pedro respondió: ¿Puede acaso alguien impedir el agua de modo que éstos no sean bautizados?* La gracia significada por el bautismo siendo dada, ¿por qué rehusar el símbolo? Pedro, en lugar de bautizarlos personalmente (Comp. 1 Cor. 1:15, nota), *ordena bautizarlos en el nombre de Jesucristo.* El texto recibido tiene: *en el nombre del Señor;* la variante aquí adoptada se lee en *Sin., B, A.* El Espíritu Santo es dado a Cornelio y a las personas reunidas en su casa antes de que reciban el bautismo; en otras ocasiones, este don del Espíritu sigue al bautismo. (8:16; 19:5,6.) Dios nos muestra así que, en la dispensación de sus dones, es enteramente independiente de la acción humana; los otorga como y cuando lo encuentra conveniente. "El viento sopla donde quiere." Pero es necesario observar que *no por eso* deja Pedro de estimar necesaria la administración del bautismo de agua, que queda siendo el sello visible de la gracia invisible, es decir de la regeneración por el Espíritu Santo. Aun las más vivas experiencias de la gracia no harán sino hacer más ardiente, en un alma humilde, el deseo de participar de los símbolos sagrados instituídos por Jesucristo.

34. Estos nuevos convertidos, dichosos por la presencia de Pedro en medio de ellos, desean afirmar su propia fe y recibir nuevas luces en conversaciones prolongadas con él. La fe siempre "obra por el amor."

a buscarle. El Espíritu le dice que los siga. Seis hermanos, que presenta a sus oyentes, le acompañan. Entran en casa de Cornelio. Éste les cuenta que un ángel le ha ordenado hacer venir a Pedro para oír de su boca el mensaje de salvación (11-14). c) *La efusión del Espíritu.* Pedro cuenta por último cómo, mientras hablaba a los paganos reunidos en casa de Cornelio, el Espíritu descendió sobre ellos del mismo modo que había descendido sobre los primeros cristianos el día de pentecostés; dice que este hecho le recordó la palabra de Jesús sobre el bautismo del Espíritu Santo, e infiere que no podía oponerse a Dios, puesto que Dios hacía a esos incircuncisos el don que había concedido a ellos, judíos, a causa de su fe en Jesucristo (15-17). — 3º *El efecto producido.* Los opositores son reducidos a silencio. Glorifican a Dios por haber dado a gentiles el arrepentimiento que lleva a la vida (18).

XI Mas oyeron los apóstoles y los hermanos que estaban por la
Judea que también los gentiles habían recibido la palabra de
2 Dios [1]. Y cuando subió Pedro a Jerusalén disputaban contra él
3 los de la circuncisión diciendo: Has entrado hacia varones incir-
4 cuncisos y has comido con ellos [2]. Mas empezando Pedro les expo-
5 nía por orden diciendo [3]: Yo estaba en la ciudad de Jope orando,
y vi en éxtasis una visión, una especie de vaso que bajaba como
un gran lienzo por cuatro extremos descendido del cielo, y vino
6 hasta mí; mirando al cual fijamente consideraba, y vi los cua-

1. *Mas;* esta partícula hace presentir la oposición que van a suscitar en el seno de la iglesia de Jerusalén los hechos realizados en Cesárea. La *palabra de Dios* significa aquí todo el evangelio de la gracia, que algunos *paganos* acababan de recibir.

2. *Los de la circuncisión* eran judíos convertidos al evangelio que, como tales, estaban circuncidados y que, además, consideraban indispensable que los gentiles también recibieran la circuncisión para entrar en la iglesia. Lo que reprochan a Pedro es, no solamente el haber bautizado *incircuncisos*, sino el haber ya entrado en relación con ellos y haber *comido* en la misma mesa. El texto occidental (*D* Peschito, etc.) tiene un v. 2 notablemente más desarrollado: ***Después de bastante tiempo quiso pues Pedro ir a Jerusalén, y habiendo convocado a los hermanos y fortalecídolos, partió; y pronunciando numerosos discursos, iba por los campos, enseñándoles. Mas cuando hubo llegado a Jerusalén y les hubo anunciado la gracia de Dios,*** los de la circuncisión discutían contra él...

3. Gr. *Mas habiendo empezado Pedro les exponía con orden.* Véase, sobre este relato de Pedro, 10: 9 y sig., notas. Es una apología lo que presenta el apóstol; debe justificarse, en presencia de cristianos, de haber llevado al Salvador a Cornelio, su familia y sus amigos, primicias del mundo pagano que Dios quiere salvar. ¡Hasta tal punto el pobre corazón humano es lento en recibir la verdad y en creer en la misericordia divina! ¡Este apóstol que se justifica delante de sus hermanos con tanta humildad, es el mismo Pedro de quien la ignorancia, o más bien la especulación interesada, ha hecho el primero de los papas! Lucas relata aquí por segunda vez este acontecimiento, a causa de la importancia que tenía para los cristianos judaizantes de Jerusalén.



drúpedos de la tierra y las fieras y los reptiles y las aves del
7 cielo. Y oí también una voz que me decía: Levántate, Pedro, mata
8 y come. Mas dije: De ningún modo, Señor, porque cosa inmunda
9 o impura nunca entró en mi boca. Y respondió por segunda vez
una voz del cielo: Lo que Dios ha purificado, tú no lo llames
10 inmundo. Y esto se produjo por tres veces, y fué retirado otra vez
11 todo al cielo. Y he aquí al instante tres varones sobrevinieron a la
12 casa en que estábamos, enviados a mí desde Cesárea [4]. Y el Espí-
ritu me dijo que fuera con ellos, ninguna distinción haciendo. Y
fueron conmigo también estos seis hermanos [5], y entramos en la
13 casa del varón [6]. Y nos contó cómo había visto al ángel en su
casa que estuvo y dijo: Envía a Jope y haz venir a Simón el ape-
14 llidado Pedro, que te hablará palabras con las cuales serás salvado
15 tú y toda tu casa. Y al empezar yo a hablar cayó el Espíritu
Santo sobre ellos así como también sobre nosotros en el princi-
16 pio [7]. Y me acordé de la palabra del Señor como decía: Juan, sí,
bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados en Espíritu
17 Santo [8]. Si el mismo don pues dió a ellos Dios como también a
nosotros habiendo creído en el Señor Jesús, ¿yo quién era capaz
de trabar a Dios [9]?

4. En lugar de: *en que estábamos* (*Sin., B, A, D*) el texto recibido (*mayúsc.*, vers.) tiene: *en que yo estaba.* Pedro tenía consigo los hermanos de Jope que le acompañaron a Cesárea. (10:23.)

5. Al pronunciar estas palabras, Pedro presentaba a la asamblea *esos seis hermanos* (su número no estaba indicado en 10:23) que, no solamente habían ido con él a Cesárea, sino que le habían acompañado luego hasta Jerusalén y le servían de testigos. Su testimonio tenía tanta mayor importancia cuanto que eran ellos también judíos convertidos. (10:45,46, nota.)

6. *Del varón,* de Cornelio.

7. Las palabras: *como yo había empezado a* hablar parecen indicar que Pedro se proponía prolongar aún su discurso, pero que fué interrumpido por la efusión inesperada del Espíritu. (10:44, nota.) *En el principio,* es decir, en el día de pentecostés. Dios no había hecho ninguna diferencia; ¿por qué la harían los hombres?

8. Esa *palabra,* que el *Señor* había dirigido a los apóstoles antes de dejarlos (1:5), es aplicada por Pedro, con razón, a sus oyentes de Cesárea, porque había visto con sus propios ojos su cumplimiento en medio de ellos.

9. Conclusión a la cual ninguno podía replicar nada. El apóstol en efecto, habría *trabado a Dios* si se hubiera rehusado a admitir en la iglesia hombres que habían recibido el Espíritu Santo. Se ha propuesto traducir: Dios les dió el mismo don que a nosotros, *a ellos que han creído,* es decir: "por haber creído." Pero la construcción que nosotros hemos seguido es más conforme al orden de las palabras en griego. Presenta además un sentido muy propio. "Pedro quiere decir: el don del Espíritu Santo nos fué otorgado, no

18 Y habiendo oído esto guardaron silencio, y glorificaron a Dios diciendo: ¡Luego también a los gentiles ha dado Dios el arrepentimiento para vida [10]!

### 5. *Fundación de la primera iglesia en tierra gentil.*

19-33. La iglesia de Antioquía. — 1º *Su fundación.* Los discípulos expulsados de Jerusalén por la persecución que siguió a la muerte de Esteban se esparcen hasta Fenicia, Chipre y Antioquía; predican el evangelio solamente a los judíos. Pero algunos cristianos de Chipre y de Cirene, llegados a Antioquía, se dirigen a los griegos. El Señor bendice su trabajo: numerosos son los convertidos (19-21). — 2º *La visita de Bernabé.* Al oír de este acontecimiento, la iglesia de Jerusalén delega a Bernabé a Antioquía. Él reconoce la obra de la gracia divina y se regocija por ello. Exhorta a los neófitos a perseverar en su adhesión al Señor. Su actitud es explicada por las cualidades morales de que está dotado, por su fe y su comunión con el Espíritu Santo. Tiene por consecuencia la conversión de una multitud de paganos que se unen a Cristo (22-24). — 3º *Ministerio de Bernabé y de Saulo.* Bernabé parte a Tarso, en busca de Saulo. Cuando le ha hallado, le lleva a Antioquía, donde trabajan juntos un año entero en edificar la iglesia y evangelizar la multitud. El nombre de Cristianos es dado por primera vez a los discípulos en Antioquía (25-26). — 4º *Profetas de Jerusalén en Antioquía. Socorros llevados de Antioquía a las iglesias de Judea.* Descienden profetas de Jerusalén a Antioquía; uno de ellos, Agabo, predice un hambre, que tuvo lugar en efecto en tiempos de Claudio. Los cristianos de Antioquía envían a sus hermanos de Judea socorros proporcionados a sus medios. Encargan a Bernabé y a Saulo llevar su contribución (27-30).

19 Los que habían sido, pues, dispersados por la tribulación acontecida contra Esteban, atravesaron, sí, hasta Fenicia y Chipre y Antioquía, a nadie hablando la palabra sino sólo a judíos [11].

porque éramos de la circuncisión, sino porque creímos." *Bengel.*

10. Los oyentes de Pedro son convencidos; se *calmaron* o *callaron* (Luc. 14:4); cesaron de *disputar contra él* (v. 2); se regocijaron de los hechos que les habían sido referidos, *glorificaron a Dios* por ellos (*A*, *E* tienen *glorificaban*), y reconocieron que Dios *había dado aun a los paganos* (gr.) *el arrepentimiento para vida.* El *arrepentimiento*, que es ya, como la palabra lo indica, una transformación moral, llama la regeneración que obra el Espíritu Santo (Mat. 3: 2, 1ª nota); tiene por fruto *la vida*, la vida del alma, la vida eterna. Desgraciadamente los oyentes de Pedro no eran todo el partido judeo-cristiano; este partido, muy numeroso entonces en la iglesia, persistió en su espíritu estrecho y sectario. Le volveremos a encontrar en el cap. 15, y será para el apóstol Pablo uno de los mayores obstáculos en su ministerio.

11. Lucas remonta en su relato al cap. 8:4, mostrándonos con un segundo ejemplo que la persecución de que la muerte de Esteban fué seguida transformó a los cristianos *dispersados* en otros tantos misioneros que llevaron a lo lejos el evangelio. Los que nos presenta ahora se dirigieron hacia el norte. Dejando las fronteras de la tierra santa y siguiendo las costas del Mediterráneo, penetraron en *Fenicia.* De ahí unos se embarcaron para la isla de *Chipre*, adonde seguiremos más tarde al apóstol Pablo; otros adelantaron hasta *Antioquía*, en Siria. Esta grande ciudad, antigua capital del imperio de los Seléucidas, era entonces la tercera ciudad del imperio. Llegó a ser, en la edad apostólica, uno de los focos principales de la vida cristiana. De la iglesia de Antioquía partieron los primeros misioneros (cap. 13). Su fundación fué pues un acontecimiento que tuvo consecuencias importantes. Recorriendo esas diversas regiones, los fieles de Jerusalén aprovechaban toda ocasión de *anunciar la palabra*, pero se dirigían *a judíos solamente*, ignorando aún que la misericordia divina destinaba la misma gracia a los paganos. Completamente distinta fué la conducta de algunos otros creyentes, descrita en el versículo siguiente.



20 Mas algunos de entre ellos eran varones chipriotas y cireneos, los
cuales llegados a Antioquía hablaban también a los griegos, anun-
21 ciando al Señor Jesús. Y era la mano del Señor con ellos, y grande
22 número que había creído se convirtió al Señor [12]. Y fué oído el
rumor sobre ellos en los oídos de la iglesia que estaba en Jeru-
23 salén, y enviaron a Bernabé hasta Antioquía [13]; el que, habiendo
llegado y visto la gracia de Dios gozóse, y exhortaba a todos a
24 continuar con el Señor con el propósito del corazón [14], porque era

12. Esos *algunos* eran, unos originarios de la isla de *Chipre*, otros de *Cirene* de África, y por ende más independientes de los prejuicios judaicos, porque habían sufrido la influencia de la civilización griega. Hablaron *también a los griegos*, es decir a los habitantes gentiles de Antioquía, *anunciándoles al Señor Jesús* como su Salvador. Y como *la mano del Señor estaba con ellos*, es decir que su Espíritu Santo hacía viva su palabra en las almas, un gran número de éstas *creyeron y se convirtieron al Señor.* Así fué fundada una iglesia compuesta de paganos convertidos. El texto recibido, en lugar de las palabras: *a los Griegos*, tiene: a los *helenistas*, lo que significaría a judíos que hablaban la lengua griega. (Véase sobre este término 6:1, 2ª nota.) Esta lección, que se halla, es verdad, en *B* y alguna *mayúsc.*, y que parece apoyada por el error de copista del *Sin.*, en que se lee: *evangelistas*, falsea (6: 1) el sentido de nuestro relato. En efecto, la conversión de helenistas no habría sido un hecho nuevo; ahora bien, Lucas opone precisamente la acción de esos "*algunos chipriotas y cireneos*" a la conducta de los otros cristianos dispersos que se dirigían solamente a los judíos. (v. 19.)

13. La *iglesia de Jerusalén*, habiendo sabido lo que ocurría en Antioquía, *envió a Bernabé*, a fin de tomar conocimiento del asunto y dirigir ese movimiento religioso. Igualmente había enviado a Pedro y Juan a Samaria. (8:14.) Estos hechos nos muestran que los apóstoles ejercían la autoridad de que Jesús los había investido para vigilar y gobernar toda su iglesia. Fundaban y mantenían así la unidad de ella. El nuevo testamento no es favorable al congregacionalismo.

14. *Bernabé* (véase sobre este discípulo 4:36, nota) reconoció muy pronto en la conversión de esos paganos de Antioquía una obra de *la*

varón bueno y lleno de Espíritu Santo y de fe. Y fué añadida
25 grande multitud al Señor [15]. Y partió a Tarso a buscar a Saulo,
26 y habiéndole hallado trájole a Antioquía. Y les aconteció aun por
un año entero congregarse en la iglesia y enseñar grande mul-
titud [16], y ser llamados cristianos los discípulos primeramente en
Antioquía [17].
27 Y en esos días descendieron de Jerusalén profetas a Antio-
28 quía [18]; y levantándose uno de entre ellos, por nombre Agabo,

*gracia de Dios*, y *se regocijó*. Y, sin exigir que esos nuevos hermanos se hicieran judíos para ser recibidos en la iglesia, se contentó con *exhortar a todos a permanecer allegados al Señor con corazón firme* (gr. *con el propósito del corazón.*) En el *corazón* pues de esos nuevos convertidos reconoció Bernabé la obra de la gracia.

15. Este hermoso testimonio dado al carácter cristiano de Bernabé, muestra cuán apropiado era para exhortar así a esos recién convertidos y confirmarlos en la fe; muestra también qué medio poderoso debió ser su cooperación para llevar *al Señor* esa *multitud* de almas salvadas. *Varón de bien* (gr.) *varón bueno, excelente;* y Bernabé era tal por estar *lleno del Espíritu santo y de fe.* (Comp. 6:5.) *Una multitud considerable* (gr.) *fué añadida al Señor*, expresión característica: al Jefe de la iglesia son unidos los creyentes, y por su unión con él se hacen miembros de su cuerpo. *B* omite *al Señor;* Comp. 2:41.

16. Bernabé había conocido a *Saulo* en Jerusalén (9:27 y sig.); sabía qué poderosa ayuda podía éste traer a la iglesia de Antioquía; por lo tanto quiso asegurar al rebaño naciente la cooperación de este siervo de Dios. El resultado de su actividad común durante *un año entero* fué que *enseñaron a una multitud considerable.* Se ha propuesto traducir: fueron *acogidos como huéspedes* (Mat. 25: 35); pero el verbo griego tiene a menudo el sentido de: *estar reunido, juntarse* (4:5). Otros consideran las dos y, la primera de las cuales traducimos por *aun*, como correlativas: *en parte* se reunieron en la iglesia, *en parte* instruyeron a la multitud de afuera.

17. Lucas agrega aquí esta observación importante, sin decirnos por quién fué dado a los fieles de Antioquía este hermoso nombre de *cristianos*. Este nombre no proviene ni de los creyentes mismos, que se nombran en el nuevo testamento discípulos, santos, hermanos, ni de los judíos que habrían creído profanar el nombre de su Mesías (*Cristo*) aplicándolo a esa secta despreciada; fué dado a los discípulos, con ironía, por los paganos que los veían declararse de Cristo, tornado para ellos en nombre propio. Esta opinión es confirmada por el historiador Tácito, que hace derivar también de Cristo el nombre de cristianos (*Ann.* XV, 44). Es confirmada también por los dos únicos pasajes del nuevo testamento en que se encuentra este nombre (Act. 26:28; 1 Pedro 4:16); ambos pasajes prueban que este nombre no nació en la iglesia (Comp. 1 Pedro 4:16, nota). Los cristianos fueron llamados así *por primera vez* en Antioquía, porque allí fué constituída por primera vez una iglesia en medio de una población pagana.

18. ¿Eran esos profetas enviados a Antioquía por la iglesia de Jerusalén? o ¿iban por un movimiento



significaba por medio del Espíritu que habría de haber grande
hambre por la tierra entera; la cual aconteció en tiempos de
29 Claudio [19]. Y conforme medios tenía uno de los discípulos, deter-
minaron enviar cada uno de ellos en socorro a los hermanos que
30 moraban en Judea [20]; lo que también hicieron enviándolo a los
ancianos [21] por mano de Bernabé y de Saulo [22].

del Espíritu? o por último, ¿huían de la persecución? Todas estas opiniones han sido sostenidas, pero ninguna puede probarse, porque el texto guarda silencio a este respecto. En cuanto al don de *profecía* en el nuevo testamento, véase 1 Cor. 14:2, 1ª nota, donde este járisma, este don de la gracia es expuesto en su relación con el don de hablar en lenguas (Véase la nota sig.). En el v. 27 se lee uno de los más importantes agregados del texto occidental: *y había grande gozo; y como estábamos reunidos,* uno de ellos, llamado Agabo... Comp. Introducción, VII. Wendt, aunque no acepta la hipótesis de Blass, estima que este texto es muy probablemente el original. Harnack al contrario lo rechaza por numerosas razones; pero la introducción del pronombre *nosotros* en este pasaje aislado permanece enteramente inexplicable si no se ve en él más que una interpolación posterior.

19. *Agabo* es conocido también por otra predicción no menos importante que ésta para la iglesia. (21:11.) La función principal de los profetas, tanto en el antiguo como en el nuevo testamento, no era *predecir* el porvenir, sino anunciar la voluntad de Dios, exhortar, hacer oír revelaciones que recibían *por el Espíritu* de Dios. Sin embargo esos videntes tenían a menudo por el mismo Espíritu, una intuición directa que se extendía también a los acontecimientos del porvenir. Así Agabo pudo predecir esa *grande hambre* de que la Palestina entera tanto tuvo que sufrir. Hay que limitar a este país y a algunas otras partes del imperio esta expresión: *toda la tierra.* (Comp. Luc. 2:1.) Sabemos, en efecto, por Josefo (*Antig.* XX, 2, 6) y por Eusebio (*Hist. eccles.* II, 12), que tal hambre tuvo lugar el cuarto año del reinado de *Claudio*, correspondiente al año 44 de la era cristiana.

20. Los cristianos de Antioquía tuvieron sin duda también que sufrir del hambre, pero menos, parece, que los *hermanos que moraban en Judea*, donde quizá la colocación de los bienes en común, más generosa que prudente, había dejado tras sí la miseria (4: 34,35); y donde, además, todos habían sido probados y empobrecidos por la persecución. Y precisamente entonces esa persecución hacía estragos nuevamente en Jerusalén (12:1). Los miembros de la iglesia de Antioquía aprovecharon pues con diligencia esta ocasión de ir en socorro de sus hermanos de Judea. Así les mostraban por su caridad la realidad de su fe y su reconocimiento por haber recibido de ellos el tesoro del evangelio. Más tarde el apóstol Pablo hizo, en las iglesias de Grecia, colectas en favor de esos mismos cristianos de Judea (1 Cor. 16:1).

21. El título de *ancianos* aparece aquí por primera vez en el libro de los Actos, en que reaparece a menudo más tarde. Este cargo existía pues desde entonces en la iglesia de Jerusalén, ignoramos el momento en que fué instituído. Cada rebaño era dirigido por un colegio de ancianos, encargados también de enseñar y edifi-

### 6. *La iglesia perseguida por Herodes.*

A. 1-19. PERSECUCIÓN Y LIBERACIÓN. — 1º *Suplicio de Jacobo y encarcelamiento de Pedro.* Por la misma época, Herodes ataca a los jefes de la iglesia; hace decapitar a Jacobo, hermano de Juan, y, alentado por los judíos, ordena el arresto de Pedro. Esto ocurría durante la pascua; pensaba pues guardarlo con cuidado para juzgarlo y ejecutarlo en público después de la fiesta. Mientras Pedro está en la cárcel, la iglesia ora (1-5). — 2º *Un ángel liberta a Pedro.* La noche que precede a su comparición, duerme Pedro profundamente entre dos soldados, atado con dos cadenas; hay centinelas a la puerta de la prisión. Un ángel aparece de repente, inundando de luz el calabozo. Despierta a Pedro hiriéndole en el costado y le ordena que se levante, se vista y le siga. Pedro obedece, sin saber si obra en sueño o si el hecho es real. Pasan la primera, luego la segunda guardia; la puerta de hierro se abre de por sí; adelantan por la calle, y de repente el ángel desaparece. Pedro, vuelto en sí, reconoce la liberación de que ha sido objeto de parte de Dios (6-11). — 3º *Pedro se muestra a los discípulos reunidos y deja Jerusalén.* Después de haber considerado lo que había de hacer, se traslada Pedro a casa de María, madre de Juan Marcos, donde numerosos discípulos estaban en oración. Golpea a la puerta. La sirvienta, Rhode, sin abrirle, va a anunciar que Pedro está allí. Unos la tratan de loca, otros piensan que es el ángel del apóstol. Cuando por fin le introducen, su asombro es grande. Pedro les cuenta su liberación, les encarga comunicarlo a Jacobo y a la iglesia, y se va a otro lugar (12-17). 4º *Los guardas castigados.* Por la mañana, gran turbación entre los soldados que comprueban la desaparición de Pedro. Herodes los hace juzgar y ejecutar. Luego se traslada a Cesárea, su residencia (18-19).

car, según el don que tenían. Esos ancianos (en griego *presbyteroi*) llevaron más tarde el título de *inspectores* (en griego *epíscopoi*, de donde *obispos*. Véase 20:17,28; Tito 1:5,6; 1 Pedro 5:1 y sigs.).

22. La iglesia de Antioquía atribuía la mayor importancia a este testimonio de su caridad para con los cristianos de Judea, puesto que quiso que les fuera trasmitido por sus dos principales conductores, *Bernabé* y *Saulo.* Pero este segundo viaje del apóstol Pablo a Jerusalén (comp. 9:26) presenta una seria dificultad: Pablo lo calla en los dos primeros capítulos de la epístola a los Gálatas, donde parece querer enumerar todas sus relaciones con los apóstoles de Jerusalén, a fin de dejar establecido que su apostolado era independiente de ellos; escribe (Gál. 2:1): "Catorce años después (después de su conversión, o: de su primer viaje), subí nuevamente a Jerusalén." Ahora bien: el viaje que en estos términos introduce no es el que Lucas cuenta aquí; la cronología se opone a ello absolutamente. En efecto, acabamos de ver que Pablo se traslada a Jerusalén con motivo del hambre que tuvo lugar en el año 44, lo que colocaría su primer viaje o por lo menos su conversión en el año 30. El viaje de Gál. 2:1 coincide con el concilio de Jerusalén, por el año 50. Pero, por otra parte, ¿podía Pablo omitir una visita hecha en el intervalo a Jerusalén? Muchos intérpretes e historiadores estiman que no, e infieren que el viaje mencionado en nuestro pasaje no puede haber tenido lugar, que Lucas ha sido pues indu-



XII Y por aquel tiempo echó mano Herodes el rey a maltratar a
2 algunos de los de la iglesia [1], y mató a Jacobo el hermano de Juan,
3 a espada [2]. Y viendo que era agradable a los judíos continuó

cido a error. Otros exégetas han supuesto que, siendo destinada la colecta *a los hermanos que habitaban Judea* en general, Pablo podía no haber llegado hasta Jerusalén, sino deteniéndose en camino, en Cesárea por ejemplo. Esta opinión sería muy plausible, si no fuera trastornada por la declaración bien clara de 12:25. Hay que buscar en otra parte la solución del problema. O más bien el problema no existe más que si se parte de una interpretación discutible del texto Gal. 2:1. Pablo, se dice, procura probar en Gál. 1 y 2, la independencia de su apostolado respecto de los Doce, y enumera a este efecto todas las circunstancias en que habría podido hallarse en relación con ellos. Pero esta intención no es manifiesta más que en el primer capítulo de los Gálatas, donde Pablo afirma que permaneció tres años después de su conversión sin ver a los apóstoles (Gal. 1:18). El cap. 2 aborda un asunto diferente y las palabras con que empieza: *Catorce años después subí nuevamente a Jerusalén,* no implican necesariamente que no hubiera ido en el intervalo, pues *otra vez* no significa *por segunda vez,* sino simplemente una vez que puede muy bien ser la tercera. Pablo podía omitir el mencionar su segundo viaje a Jerusalén, porque fué ocasionado por una simple comisión que debía cumplir ante los *ancianos,* y porque no vió entonces a los apóstoles, pues Pedro estaba en ese momento preso, y Jacobo acababa de ser muerto (12:1 y sigs.). Los otros probablemente habían abandonado a Jerusalén (12:17, 2ª nota). Se encontrará los principales argumentos contra la realidad de este viaje en A. Sabatier, *El apóstol Pablo,* p. XX, XXI, y los que le son favorables en F. Godet, *Introducción al Nuevo Testamento,* I, p. 116.

1. *Por aquel tiempo,* es decir, en el tiempo en que Bernabé y Saulo llevaban a Jerusalén los socorros recogidos en Antioquía (11:30). Fueron probablemente testigos de esta nueva persecución que tuvo lugar, en todo caso, antes de su partida de Jerusalén, mencionada en el v. 25 de nuestro capítulo. *Herodes Agripa,* nacido en el año 10 antes de J. C., educado en la corte de Roma, era nieto de Herodes el Grande (Mat. 2:1), hijo de Aristóbulo y de Berenice y sobrino de Herodes Antipas, cuyo nombre aparece tan a menudo en los evangelios. Había recibido de Calígula las provincias del norte y del noroeste de Palestina, con el título de *rey.* Claudio había añadido Samaria y Judea, de modo que reunía entonces bajo su cetro todo el reino de Herodes el Grande. (Josefo, *Antig.*, XIX, 5, 1.) Residía en Cesárea (v. 19), de donde había ido a Jerusalén por la fiesta de pascua (v. 4). "Príncipe astuto, ligero, pródigo, aunque menos malo que su abuelo". *Meyer.* En lugar de *empezó a maltratar,* hay literalmente: *puso las manos a* maltratar, expresión que indica una acción hostil y violenta. *Algunos de la iglesia;* no era una persecución general. Herodes, con astucia satánica, quería privar a la iglesia de sus conductores, a fin de debilitarla. Empieza pues por Jacobo y Pedro.

2. *Hizo morir a espada,* es decir hizo decapitar, a *Jacobo,* hijo de Zebedeo (Mat. 10:2) y *hermano de Juan.* Jacobo fué así el primero de los apóstoles que sufrió el martirio (Mar. 10:38,39). Parece haber sido uno de los principales fundadores

prendiendo también a Pedro [3] —y eran los días de los ázimos[4]—,
4 al que también, habiéndole prendido, puso en la cárcel, entregán-
dole a cuatro cuaterniones de soldados para guardarle, queriendo
5 después de la pascua presentarle al pueblo [5]. Pedro pues, sí, era
guardado en la cárcel; mas oración era hecha intensamente por
6 la iglesia a Dios por él [6]. Y cuando había de presentarle Herodes,
aquella noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados atado
con dos cadenas, y guardas ante la puerta guardaban la cárcel [7].
7 Y he aquí un ángel del Señor sobrevino, y una luz brilló en la
prisión; y habiendo herido el costado de Pedro le despertó dicien-
8 do: Levántate pronto. Y las cadenas cayeron de sus manos. Y el

y conductores de la iglesia de Jerusalén. Esto lo designaba a los ataques de Herodes. Clemente de Alejandría había recibido de los antiguos una hermosa tradición que nos ha conservado Eusebio (*Hist. eccles.* 11,9): "Uno de los que habían denunciado a Jacobo, conmovido de la firmeza con la cual confesaba su fe, se declaró cristiano. Ambos fueron pues llevados al suplicio. En el camino, pidió a Jacobo que le perdonara. Éste, después de un momento de reflexión, dijo: ¡La paz sea contigo! y le dió el beso fraternal. Así ambos murieron juntos".

3. Gr. *añadió* a ese primer acto de persecución *arrestar a Pedro.* El favor de que los cristianos habían disfrutado ante el pueblo (2:47) había cedido lugar al odio. Pero, en todo esto, no hay duda de que Herodes fuera impelido por los miembros del sanedrín, que veían con amargos celos los progresos de la iglesia cristiana. Herodes, aunque judío, no se preocupaba absolutamente de por religión, pero se hacía campeón de ella por política, a fin de hacerse popular, en Jerusalén y en Roma al mismo tiempo (Josefo, *Ant.* XIX, 7,3).

4. Es decir la fiesta de pascua, que duraba ocho días. Herodes no hizo matar a Pedro en el acto, queriendo ofrecer su proceso y suplicio en espectáculo al pueblo después de la fiesta (v. 4; Comp. Juan 19:13).

5. Ordinariamente un prisionero era guardado por cuatro soldados que se relevaban en cada una de las cuatro velas de la noche. Aquí, la guardia fué cuadruplicada: dos soldados velaban en la prisión, y dos en la puerta (v. 6). Los otros doce debían relevarlos de vela en vela.

6. Gr. *Mas oración era hecha intensamente por la iglesia a Dios respecto de él.* El adverbio que traducimos por *intensamente* significa también *continuamente,* pero el primer sentido conviene más, pues es el mismo término que caracteriza la oración de Jesús en Getsemaní (Luc. 22:44; Comp. 1 Pedro 1:22). Los cristianos oraban así en todas sus pequeñas asambleas (v. 12). ¡Admirable contraste! Dos potencias están aquí frente a frente: por una parte, Herodes, su cárcel y sus soldados; por la otra, la iglesia en oración. ¿Quién vencerá? Nuestro relato va a responder.

7. *Aquella misma noche*: el peligro supremo es inminente; el día siguiente, Pedro será conducido a la muerte, *atado con dos cadenas,* según la costumbre romana, una en cada brazo, atado al brazo de un soldado, a diestra y siniestra, mientras que, *delante de la puerta, centinelas guardan la cárcel.* Y Pedro *duerme tranquilamente.*



ángel le dijo: Cíñete y calza tus sandalias. E hizo así. Y dícele:
9 Ponte tu manto y sígueme. Y habiendo salido seguía, y no sabía
que era real lo hecho por medio del ángel, mas pensaba ver vi-
10 sión [8]. Y habiendo atravesado primera guardia y segunda llegaron
a la puerta férrea que lleva a la ciudad, la cual de suyo se abrió
a ellos, y habiendo salido fueron adelante una calle, y luego el
11 ángel se apartó de él [9]. Y Pedro vuelto en sí dijo: Ahora sé ver-
daderamente que ha enviado el Señor su ángel y me ha librado
de mano de Herodes y de toda la expectación del pueblo de los
judíos [10].
12 Y habiendo comprendido fué a la casa de María la madre de
Juan el apellidado Marcos, donde estaban muchos reunidos y
13 orando [11]. Y habiendo él llamado a la puerta del pórtico se allegó

8. *Despertado* de su sueño durante la noche, deslumbrado por la *luz* que resplandecía en el *calabozo* (gr. el *departamento* o el *edificio*), Pedro no sabía si lo que le acontecía era *real* o si *tenía visión.* Quedó algunos momentos en ese estado y no *volvió en sí* sino *en la calle,* cuando el ángel le hubo dejado (v. 11).

9. Lucas ha relatado esta liberación hasta con sus menores detalles. El texto occidental agrega aún: habiendo salido, *descendieron las siete gradas,* y avanzaron. Tal relato no puede provenir más que de un testigo ocular, y este testigo es Pedro mismo, que va a relatar todo en una asamblea de fieles que oran por su liberación (v. 17). Esta asamblea se celebraba en casa de una mujer cristiana cuyo hijo, Marcos, será el autor de nuestro segundo evangelio y el compañero de tareas de Pedro y de Pablo (v. 12, nota). Marcos suministró muy probablemente a Lucas las informaciones sobre las cuales reposa nuestro relato.

10. Pedro *sabe* ahora que Dios es quien le ha salvado de la muerte por medio de un *ángel. Herodes* y *el pueblo* serán frustrados en su *espera.* Me ha libertado, dice Pedro, (gr.) *de toda la expectación del pueblo de los judíos.* Se podría dar también a esa palabra el sentido de *temor,* que tiene en Lucas 21:26, y traducir: Me ha libertado *de todo el temor* que yo podía tener *del pueblo judío,* de todo lo que tenía que temer de él. La primera interpretación es sin embargo más natural. No hay que explicar esta liberación; un milagro no se explica (Comp. 5:19; 16:25 y sig.; 27:23). Pero cuán necesaria debe parecer esta intervención de Dios a los ojos de los creyentes, puesto que se trataba de arrancar a la muerte al principal de los apóstoles.

11. Pedro, habiendo *comprendido, visto, comprobado* (14:6); esta palabra resume el versículo precedente: Ahora sé... Pedro se trasladó a una casa amiga, donde sabía que hallaría hermanos. Esta casa pertenecía a *María,* cuyo hijo, llamado *Juan Marcos,* o simplemente *Marcos,* tendrá una hermosa misión que llenar en la iglesia, aunque no fuese más que escribiendo el evangelio que lleva su nombre (Véase sobre este joven discípulo v. 25; 13:5; 15:37; Col. 4:10; 2 Tim. 4:11; Filemón 24; 1 Pedro 5:13). Si Marcos era el joven que seguía a la tropa que detuvo a Jesús (Mar. 14:52, nota), la casa de su madre podía hallarse en las cercanías de Getsemaní.

14 una sirvienta a escuchar, por nombre Rhode [12], y habiendo reco-
nocido la voz de Pedro del gozo no abrió el pórtico, mas corriendo
15 adentro anunció que Pedro estaba ante el pórtico. Mas ellos le
dijeron: Estás loca. Mas ella afirmaba ser así. Y ellos decían:
16 Su ángel es [13]. Mas Pedro persistía llamando; y habiendo abierto
17 le vieron y se pasmaron. Mas habiéndoles hecho señal con la mano
que callaran les refirió cómo le había el Señor sacado de la
cárcel [14], y dijo: Anunciad esto a Jacobo y a los hermanos [15]. Y
habiendo salido se fué a otro lugar [16].

12. *Para escuchar* y reconocer así quién llamaba. Pedro *llamaba* en la *puerta de entrada,* (gr.) *en la puerta del pylón.* Este último término designa la puerta de entrada de una casa (10:17), el pórtico de un templo (14:13), el vestíbulo o el espacio comprendido bajo el pórtico (Mat. 26:71; Luc. 16:20). Se ha supuesto que, en nuestro pasaje, *la puerta del pylón* era una puertecita hecha en la puerta cochera. En el versículo siguiente la palabra *pylón* es empleada sola ambas veces.

13. ¡Cuán natural y tomado de la realidad es el movimiento de esta *sirvienta* que, en su gozo, en vez de abrir, *entra corriendo* a anunciar la buena nueva! No menos natural es la conducta de esos cristianos que acaban de orar por la liberación de Pedro y que cuando se la anuncian, rehusan creer, tan profundo es su gozo (Comp. Luc. 24:41). En lugar de decir sencillamente con la sirvienta: *él es,* hacen una suposición que nos parece extraña: *Es su ángel.* Según una idea popular muy extendida entre los judíos, cada hombre tiene su ángel tutelar que le guarda en el peligro (Sal. 34:8). Esta opinión no es expresamente confirmada en el nuevo testamento, pero hay una palabra de Jesús que parece favorable (Mat. 18:10, véase la nota).

14. Se comprende que esos fieles reunidos, escuchando el relato de Pedro, quedaran *pasmados* (gr.) *arrebatados fuera de sí.* Veían sus oraciones oídas; la angustia cedía lugar a la alegría.

15. Pedro quiere hacer compartir a *sus hermanos* el gozo de su liberación. ¿Qué *Jacobo* es éste, a quien envía personalmente su mensaje? Según la tradición católica, se trataría de uno de los dos apóstoles de este nombre. de Jacobo, hijo de Alfeo. Los intérpretes protestantes concuerdan hoy generalmente en reconocer en él a Jacobo, "hermano del Señor" (Gál. 1:19). Llegó a la fe en el momento de la muerte de Jesús (Juan 7:5, comp. 1 Cor. 15:7); se había juntado con los discípulos antes de Pentecostés (Act. 1:14), y tomó pronto un lugar preponderante en la iglesia de Jerusalén (15:13; 21:18; Gál. 1:19; 2:9). Si él solo es explícitamente designado por Pedro, se debe a que los apóstoles estaban ausentes de Jerusalén (11:30, 2ª nota; véase la Introd. a la epístola de Jacobo).

16. *Habiendo salido,* de la casa de María (v. 12). Otros entienden: salido de la ciudad. El texto no lo decide. Poco importa; lo que Lucas quiere hacer comprender es que Pedro, sintiéndose poco seguro en una casa cristiana bien conocida, se aleja para irse *a otro lugar,* que no es designado. ¿Qué no se ha imaginado con ocasión de este hecho tan sencillo? Algunos intérpretes hacen ir a Pedro desde ese momento a Antioquía (Gál. 2:11), lo que muy improbable; una tradición católica muy antigua nos le muestra trasladándose a Roma y tornándose desde entonces en ¡obispo de la capital del mundo!



18 Y llegado el día hubo no pequeña turbación entre los solda-
19 dos, qué pues se había hecho de Pedro. Mas Herodes, habiéndole
buscado y no hallado, interrogados los guardas mandó que fueran
llevados al suplicio [17], y habiendo descendido de Judea en Cesárea
moraba.

B. 20-25. Muerte de Herodes. — 1º *Herodes castigado por Dios.* Había conflicto entre Herodes y los habitantes de Tiro y de Sidón. Estos ganan al camarero del rey, a fin de restablecer las buenas relaciones con el rey, cuyas tierras suministraban a ellos su subsistencia. En el día fijado para la entrevista solemne, Herodes, vestido con esplendidez, está sentado sobre su trono. El pueblo le tributa honores divinos. Inmediatamente es herido por un ángel por no haber dado gloria a Dios, y muere roído de gusanos (20-23). — 2º *Progreso de la iglesia. Partida de Bernabé y de Saulo.* La palabra de Dios se extiende. Bernabé y Saulo dejan a Jerusalén, llevando a Juan Marcos (24-25).

20 Y estaba muy irritado con tirios y con sidonios; mas unáni-
memente se presentaron a él, y habiendo ganado a Blasto el cama-
rero del rey pedían para sí paz, por ser alimentada su tierra por
21 la real [18]. Y en un día fijado Herodes, habiendo vestido vestidura
22 real, sentándose sobre el trono los arengaba públicamente; y el
23 pueblo ¡De un dios es voz, y no de hombre! E inmediatamente

17. Esta *no pequeña turbación entre los soldados* demasiado se comprende, si se recuerda que, según la ley romana, respondían con su vida de los prisioneros confiados a su custodia. Por eso Herodes, después de búsquedas inútiles para hallar a Pedro, hizo *interrogar* a los soldados y matarlos. Hay en el griego: los hizo *llevar,* pero es éste el término judicial para decir: *conducir al suplicio.* Quizás Herodes no hizo perecer así más que a los cuatro soldados que estaban de guardia en el momento fatal (v. 6); pero aún esos eran completamente inocentes. ¡Ojalá ese crimen jurídico hubiera sido el último!

18. Se dice literalmente que Herodes *combatía con ira* a los tirios y los sidonios. Esta expresión no significa que estuviera *en guerra* con las ciudades de Tiro y de Sidón, ni que tuviera "el designio de hacerles guerra", según la traducción de Ostervald, pues estas ciudades de la Fenicia estaban bajo el dominio romano y Herodes, que también debía todo a los emperadores, se habría cuidado bien de tal locura. La palabra griega significa que estaba *irritado, animado de disposiciones hostiles* contra esas ciudades comerciales, procuraba perjudicar sus intereses materiales, como este versículo mismo lo muestra. Los Fenicios *tomaban,* por su negocio, de los estados de Herodes, trigo, frutas y otros artículos necesarios para su *subsistencia.* Por eso se apresuraron a asegurarse *la paz* con él. Sus delegados, *habiendo ganado, sobornado,* a un *camarero del rey,* obtuvieron una audiencia pública, que Lucas va a describir.

hirióle un ángel del Señor por cuanto no había dado la gloria a
Dios, y siendo comido de gusanos expiró [19].
24 Mas la palabra del Señor crecía y se multiplicaba [20]. Y Ber-
25 nabé y Saulo se volvieron de Jerusalén habiendo cumplido el ser-
vicio, tomando consigo a Juan el apellidado Marcos [21].

19. Herodes era judío; debía pues saber cuán culpable era ese orgullo que le embriagaba. Y cuando el pueblo enceguecido le rindió públicamente honores divinos, habría debido rechazarlos como idolatría y sacrilegio. No lo hizo, y un castigo terrible manifestó la justicia de Dios sobre el que, además, tenía sobre su conciencia el asesinato de un apóstol del Señor. La enfermedad mortal de que fué *herido* es atribuída a la acción *de un ángel* (comp. 2 Sam. 24:17; 2 Reyes 19:35), pero esta expresión no implica necesariamente que el ángel apareciera a los espectadores. Lucas mismo indica la causa de la muerte de Herodes en la espantosa enfermedad de que fué alcanzado: *roído de gusanos.* Murió como Antíoco Epifanes (2 Macab. 9:5,9). Josefo, *Antig.* XIX, 8,2) cuenta largamente la muerte de Herodes. Su relato difiere, en algunos detalles, del de Lucas, pero, en el fondo, ambos escritores están de acuerdo. El historiador judío coloca la escena en pleno teatro, donde se celebraban juegos en honor del emperador, en presencia de una multitud inmensa. Herodes apareció, cubierto de un manto real cuyos bordados de plata centelleaban a los rayos del sol. Cuando el pueblo le tributó los honores divinos, Josefo, indignado, hace esta reflexión: "El rey no los reprendió, y no rechazó de sí esa impía adulación". Según este historiador, Herodes, en el mismo instante, se sintió atacado de una enfermedad misteriosa, que le desgarraba las entrañas, y fué llevado a su palacio, donde murió algunos días después.

20. *Mas;* es necesario observar esta partícula que hace resaltar un sorprendente contraste: mientras el poderoso perseguidor perecía miserablemente, *la palabra de Dios* (*B* tiene: *del Señor*) marchaba de conquista en conquista. Gr. *Crecía y se multiplicaba,* es decir, que el número de los discípulos aumentaba (6:7).

21. Gr. cumplido *el servicio, la diaconía,* es decir, después de haber entregado la colecta de que estaban encargados (11:29,30). Lucas termina así su relación del viaje de Bernabé y Saulo a Jerusalén (11:30). Se puede pues inferir de ello que todos los hechos relatados en nuestro capítulo ocurrieron durante ese viaje (v. 1, nota). En cuanto a *Juan, apellidado Marcos,* véase v. 12, nota.

---



# SEGUNDA PARTE

**(Cap. 13-28)**

---

## PABLO Y LA MISION ENTRE LOS GENTILES

---

### I. PRIMER VIAJE MISIONERO DE BERNABÉ Y PABLO

(Cap. 13 y 14)

A. 1-12. EL ENVÍO DE LOS MISIONEROS. SU VIAJE A TRAVÉS DE CHIPRE. — 1º *Bernabé y Saulo son designados para la misión.* La iglesia de Antioquía contaba con cinco profetas y doctores. Mientras está la iglesia reunida para celebrar el culto y ayunar, recibe del Espíritu Santo la orden de poner aparte para la misión a Bernabé y a Saulo. Después de haber nuevamente orado y ayunado, y puesto las manos sobre los misioneros, los discípulos los despiden (1-3). — 2º *La isla de Chipre*: a) *Los comienzos en Salamina.* Enviados por el Espíritu, Bernabé y Saulo descienden a Seleucia, donde se embarcan para Chipre. Llegan a Salamina, donde predican en las sinagogas. Juan es su ayudante (4-5). b) *Pafos. Elimas y Sergio Pablo.* Atraviesan la isla para trasladarse a Pafos. Encuentran allí, entre las relaciones del procónsul Sergio Pablo, un mago judío, Elimas, que combate el deseo manifestado por Sergio Pablo de oír la palabra de Dios. Saulo, llamado también Pablo, le reprende ásperamente y le anuncia que va a volverse ciego. Esta amenaza se cumple inmediatamente y el procónsul es conducido a la fe (6-12).

XIII Y había en Antioquía en la iglesia existente profetas y maes-
tros, tanto Bernabé como Simeón el llamado Niger y Lucio el
cireneo, tanto Manahén criado con Herodes el tetrarca como
2 Saulo [1]. Y sirviendo ellos al Señor y ayunando, dijo el Espíritu

1. La *iglesia de Antioquía,* cuya fundación ha referido Lucas (11:19-30), estaba completamente preparada, sea por su estado espiritual, sea por su posición geográfica, para llevar el evangelio a los gentiles, en Asia Menor y en Grecia. Hasta aquí Lucas ha referido el establecimiento y los progresos de la iglesia cristiana en medio del pueblo judío. Ahora comienza la segunda parte de su libro, consagrada por completo al apostolado de Pablo entre las naciones paganas. Nos muestra primeramente en la iglesia de Antioquía, ya numerosa (11:26), los dones del Espíritu que la hacían eminentemente capaz para la obra misionera que iba a emprender. Había en su seno *profetas* (véase 1 Cor. 14:2, 1ª nota), y *doctores.* Es

Santo: Apartadme pues a Bernabé y a Saulo para la obra a la
3 cual los he llamado a mí [2]; entonces, habiendo ayunado y orado
y puesto sobre ellos las manos los despidieron [3].

tos últimos eran, por sus luces y por la asistencia del Espíritu, capaces de *enseñar* a sus hermanos en la verdad divina. Los profetas tenían más bien por misión dirigir a las almas exhortaciones apropiadas para despertarlas, consolarlas y fortificarlas. Recibían revelaciones especiales, que participaban a la iglesia (11-28; Comp. 1 Cor. 12:28; Ef. 4:11). Lucas nombra cinco de esos hombres así dotados, ora como profetas, ora como doctores. Se ha creído poder inferir de las diversas partículas que, en griego, unen estos cinco nombres, que los divide en dos grupos, designando los tres primeros como *profetas* y los dos últimos como *doctores.* Pero esta distinción no es segura. Esos cinco hombres eran: *Bernabé,* bien conocido de los lectores de nuestro libro (4:36,37, nota); *Simeón,* cuyo sobrenombre latino de *Niger* (*Negro*) muestra que era originario de Italia; *Lucio,* de Cirene (Africa), probablemente uno de los fundadores de la iglesia de Antioquía (11:20), quizás el que Pablo hace saludar (Rom. 16:21); *Manahén,* que sorprende y regocija encontrar aquí entre los principales miembros de la iglesia, puesto que había sido *criado* y en todo caso había vivido en medio de una corte corrompida; el término que se le aplica significa propiamente: el que es *nutrido con, hermano de leche* (Stapfer), pero había perdido este primer sentido, y designaba el familiar de un príncipe. Herodes el tetrarca es el matador de Juan el Bautista (Mat. 14:1-12). Por último *Saulo,* nombrado aquí después de todos, tan humilde posición había tomado hasta entonces en la iglesia, bien que hubiera recibido hacía mucho tiempo su vocación al apostolado.

2. La expresión: *servir al Señor, celebrar el culto del Señor,* es aplicada por los Setenta a las funciones de los sacerdotes. Aquí designa el *culto* cristiano. Ese día el culto estaba acompañado de *ayuno.* En medio pues de una asamblea solemne recibió la iglesia del Espíritu, quizá por intermedio de alguno de sus profetas, la orden de *poner aparte* a Bernabé y a Saulo, para la obra para la cual el mismo Espíritu *los había* ya *llamado* en lo íntimo de su ser. La *vocación* viene de Dios, y la iglesia recibe la orden de conferir el cargo. Hay, con el imperativo *poner aparte* (Rom. 1:1; Gál. 1:15); una partícula que da énfasis a la orden e indica que debe ser ejecutada inmediatamente (Luc. 2:15).

3. Las palabras *entonces* y *habiendo ayunado y orado,* muestra que la imposición de manos a los misioneros y su envío no se hicieron en la asamblea mencionada en el v. 2, sino en otra, solemnemente convocada para ello. Tres actos religiosos prepararon esta misión. El *ayuno* que aseguraba al espíritu toda su libertad y dominio sobre el cuerpo; la *oración,* por la cual la iglesia imploraba la ayuda del Espíritu Santo sobre los dos misioneros; por último la *imposición* de manos. Por este último acto (6:6, nota), Bernabé y Saulo eran consagrados a su obra, en el nombre de Dios que la había ordenado y por la iglesia que los enviaba. Debía ésto ser doble fuerza para los servidores de Dios, en medio de las dificultades y peligros de su vocación. Nuestro relato muestra que es la iglesia misma quien debe



4 Ellos en efecto, enviados por el Santo Espíritu descendieron
5 a Seleucia, y de allí navegaron a Cipre [4], y habiendo llegado a
Salamina anunciaban la palabra de Dios en las sinagogas de los
6 judíos; y tenían también a Juan por servidor [5]. Y habiendo atravesado la isla entera hasta Pafos encontraron cierto varón, mago,
7 falso profeta judío, que tenía nombre de Barjesús [6], que estaba

hacer la obra de la misión, la cual no ha sido emprendida por sociedades sino porque la iglesia, hecha indiferente, ha faltado a su más sagrado deber. *Los dejaron partir, los despidieron* (Act. 15:33), con todo el religioso interés que se siente hoy aún por los misioneros que parten.

4. El *Espíritu* que los había *enviado* los acompaña por los lugares adonde llevarán el evangelio. Se decidieron primeramente por la gran isla de *Chipre,* situada a poca distancia de Siria, al oeste y sur de Cilicia. Tenían para ello más de una razón. Primeramente, era la patria de Bernabé (4:36), que debía desear llevar el evangelio a sus conciudadanos. Luego, había entre los primeros fundadores de la iglesia de Antioquía chipriotas que debían compartir el mismo deseo (11:20). Por último, como nuestros dos misioneros tenían principalmente en vista el Asia Menor, la isla de Chipre se hallaba en su camino. Para trasladarse a ella no tuvieron más que *descender* el curso del Oronte hasta *Seleucia,* ciudad marítima que servía de puerto a Antioquía, de la que distaba ciento veinte estadios, alrededor de 22 kilómetros.

5. *Salamina* está situada en el extremo oriental de la isla. Vemos aquí, como siempre en el resto del relato, a Pablo *anunciar la palabra de Dios primeramente en las sinagogas* (Esta palabra en plural muestra cuán numerosos eran los *judíos* en esa ciudad). En efecto, según el designio de Dios para con su pueblo (Rom. 1:16), el evangelio de la gracia debía serle trasmitido en primer lugar Además, Pablo hallaba en las sinagogas muchos prosélitos, mejor dispuestos que los judíos de nacimiento a recibir la verdad, estando menos cegados por los prejuicios. Por último, esta conducta era dictada a Pablo por su ardiente amor por su pueblo (Rom. 9:1-5). *Juan,* apellidado Marcos (12:12, nota, 25), acompañaba a Pablo y a Bernabé, en calidad de *ayudante* (gr. *servidor*). Siendo muy joven aún, les hacía diversos servicios que los dejaban más libres para su ministerio. Se conoce hoy aún, la gran utilidad de los ayudantes misioneros.

6. Era necesario atravesar *toda* la isla (palabra omitida por el texto recibido), para trasladarse desde Salamina hasta *Pafos,* ciudad situada en el extremo occidental de la isla. Allí es donde ambos misioneros querían trasladarse, quizá por ser la residencia del procónsul, delante del cual fueron providencialmente conducidos. No se dejaron retener por la triste celebridad de la antigua *Pafos,* donde el culto de Venus había acarreado una grande corrupción de las costumbres. La predicación del Salvador era tanto más necesaria. Lucas no nos hace conocer, del ministerio de Pablo en esta ciudad, más que su acción tan diferente sobre dos personajes, el *procónsul Sergio Paulo* y el *mago Barjesús* (hijo de Jesús o Josué). Este último había conseguido cautivar la atención del magistrado romano por medios que

con el procónsul Sergio Pablo, varón entendido. Éste, habiendo
llamado a sí a Bernabé y a Saulo procuró oír la palabra de Dios [7];
8 mas les resistía Elimas el mago, pues así se interpreta su nom-
9 bre, procurando apartar al procónsul de la fe [8]. Mas Saulo, que
también es Pablo [9], lleno de Espíritu Santo mirándole fijamente

han sido descriptos con ocasión de las hazañas de su émulo Simón (8:9, nota).

7. El gobernador de Chipre tenía el título de *procónsul*, porque esa isla era una provincia senatorial. Había sido primeramente provincia imperial; pero Augusto la había cedido al Senado. *Sergio Paulo* es probablemente el mismo personaje que Plinio el Antiguo menciona en dos libros de su *Historia natural* (I. 2 y 18), donde se hallan noticias relativas a Chipre. A él se refiere también con toda verosimilitud una inscripción hallada en Chipre, que empieza por estas palabras: "Siendo Paulo procónsul". Estaba, como muchos hombres ilustres de su tiempo, hastiado de la religión pagana, pero no hallaba reposo ni en el escepticismo que se había apoderado de los espíritus, ni en las prácticas de la magia. En eso ya se mostraba *entendido*. Habiendo sabido que los misioneros de una doctrina nueva (de la que quizás había ya oído hablar, 11:19) habían llegado a Pafos, los *hizo llamar*, y *pidió oír la palabra de Dios*. Naturalmente, estas últimas palabras son dichas del punto de vista del historiador; mas buscando la verdad, Sergio Paulo buscaba realmente, sin tener de ello conciencia, *la palabra de Dios*, única verdad.

8. El *mago* era *judío* (v. 6), pero, ya fuera por haber nacido en Arabia, ya por haber vivido allí, había adoptado el título árabe de *Elimas* que significa *mago*, sabio (de la misma raíz de la ley entre los musulmanes). Este hombre que había renegado de la religión de Israel, se había establecido definitivamente junto al procónsul. *Resistía* a los mensajeros de la buena nueva (2 Tim. 3:8; Ex. 7:11,12), procurando *apartar de la fe* al procónsul, sobre el cual temía perder su interesada influencia. El texto occidental indica expresamente este motivo, agregando (*D*, Peschito, etc.): *porque los escuchaba de muy buena gana*. Elimas comprobaba que el procónsul sufría la influencia de la palabra divina.

9. Hasta aquí, Lucas no ha dado al apóstol más que el nombre de *Saulo;* por primera vez le llama *Paulo, Pablo*, lo que hará siempre en lo sucesivo. Las palabras: *que es también Pablo* son pues del autor de los Actos y no podrían ser consideradas como una interpolación. Desde Jerónimo hasta nuestros días, muchos intérpretes han pensado que este nombre fué dado a Pablo por sus compañeros de viaje, o adoptado por él mismo, en recuerdo de Sergio Paulo, al que había ganado al evangelio, y esto quizá a pedido del procónsul mismo. Pero ¿es probable que el apóstol hubiera aceptado ese título de gloria? Mucho mejor podríase pensar, con Agustín, que Pablo mismo había querido, desde su conversión, y por humildad, cambiar su nombre de Saulo (en hebreo *Schaúl, el Deseado*, pedido en oración) por el de *Paulus* (en latín *el Pequeño*). Pero la suposición más verosímil es que, según una costumbre muy extendida entre los judíos (comp. v. 1), Pablo había recibido desde su infancia dos nombres, el uno recordando su nacionalidad judía, el que había usado mientras había vivido en Palestina; el otro, su nombre



10 dijo [10]: ¡Oh lleno de todo engaño y toda picardía, hijo del diablo,
enemigo de toda justicia! ¿no cesarás de pervertir los rectos
11 caminos del Señor [11]? Y ahora, he aquí la mano del Señor contra
ti, y serás ciego no viendo el sol hasta cierto tiempo [12]. E inmedia-
tamente cayó sobre él obscuridad y tinieblas, y andando en derre-
12 dor buscaba quienes le guiaran por la mano [13]. Entonces viendo el
procónsul lo acontecido creyó, asombrado por la doctrina del
Señor [14].

latino, que debía tener como ciudadano romano (16:37,38; 22:25-28), y que tomó en su misión por el mundo griego. Este cambio de nombre era conforme a la gran verdad que el apóstol enseñaba: "En Cristo no hay ya ni judío ni griego" (Gál. 3:28). Es de notar también que, desde este momento, Pablo toma la delantera sobre Bernabé, ejerce la mayor influencia, lleva la palabra, y lucas le nombra siempre, excepto en 14:14 y 15:12,25, el primero de los dos, contrariamente a lo que había hecho hasta este momento (11:30; 12:25; 13.4).

10. *Lleno de Espíritu santo*, en ese momento mismo (comp. 4:8; 7:55), de modo que las palabras que va a pronunciar son inspiradas por este Espíritu, y no por amargo celo. Esta influencia divina se hizo evidente para todos; contribuyó a la conversión del procónsul (v. 12).

11. Estas palabras severas eran demasiado justificadas. Había *engaño* y *picardía* en los móviles y los medios con los cuales ese hombre procuraba apartar al procónsul de la fe, es decir, retener en la perdición su alma que Dios quería salvar. Con ello se mostraba *hijo del diablo*, obrando bajo la influencia del príncipe de las tinieblas (Juan 8:44). Este epíteto forma un amargo contraste con el nombre de *hijo de Jesús* (v. 6). Por último el mago *pervertía*, en la medida de su poder, los *caminos de Dios, que son rectos* todos, es decir, conformes con la justicia y la bondad (Deut. 32:4; Oseas 14:9). Esta declaración es verdadera en su sentido más general, lo mismo que en su aplicación al procónsul: los caminos de la misericordia divina se dirigían a la salvación eterna de este último; la influencia del mago le habría conducido a su perdición. Esto explica la severidad de este discurso, y el justo castigo que siguió.

12. *La mano del Señor*, es decir su poder, puede *ser sobre* alguno para bendecir (Luc. 1:66; Act. 11:21), como aquí para castigar (Hebr. 10:31). El Espíritu de que Pablo estaba lleno le reveló el juicio que Dios iba a ejercer, pues Pablo no hace más que anunciarlo: *serás ciego*. Más con todo sólo será *hasta cierto tiempo*, pues Dios castiga mesuradamente. Esta palabra deja alguna esperanza para la salud de Elimas.

13. De la *obscuridad* (gr. *niebla*) a las *tinieblas*, hay gradación, sea que la acción divina se cumpliera por grados, sea más bien que estas dos palabras deban expresar la ceguera absoluta que *cayó sobre* ese desdichado. Es lo que también pinta Lucas dramáticamente mostrándonosle (gr.) *andando en derredor buscando* (gr.) *conductores por la mano*.

14. El procónsul quedó *sorprendido de la doctrina del Señor*, es decir, de la relación profunda que veía entre esta doctrina y la acción divina anunciada por el apóstol y ejecutada sobre el mago por la potencia de Dios. No

B. 13-52. ANTIOQUÍA DE PISIDIA. DISCURSO DE PABLO. — 1º *De Pafos a Antioquía.* Embarcados en Pafos, Pablo y sus compañeros se trasladan a Pamfilia, a Perga. Allí Juan los deja para volver a Jerusalén. Pablo y Bernabé remontan hasta Antioquía de Pisidia. Entran, el sábado, en la sinagoga, cuyos jefes les invitan a hablar (13-15). — 2º *Discurso de Pablo. Primera parte: la promesa de gracia en el antiguo pacto:* a) *En la época de los comienzos.* Pablo, levantándose y haciendo señal con la mano para pedir silencio, se dirige a los judíos y a los prosélitos. Les recuerda cómo eligió Dios a Israel, le sacó de Egipto, le puso en posesión de Canaán y le dió jueces hasta Samuel (21,22). b) *Época del establecimiento de la monarquía.* Los israelitas piden rey, y Dios les da Saul, luego David, hombre según su corazón (21,22). c) *En el momento de la aparición del Salvador.* De la familia de David, Dios, cumpliendo la promesa, ha suscitado un salvador a Israel. Su venida fué precedida de un llamado al arrepentimiento, que Juan el Bautista dirigió al pueblo en el curso de su ministerio ejercido con profunda humildad (23-25). — 3º *Segunda parte: la predicación de la salvación:* a) *Las profecías cumplidas por la muerte de Jesús.* Dirigiéndose nuevamente con insistencia a sus hermanos israelitas y prosélitos, Pablo declara que el mensaje salutífero es dirigido a la presente generación, y esto porque las profecías han sido cumplidas por los magistrados de Jerusalén, que han condenado a Jesús, le han hecho ejecutar por Pilato y le han puesto en un sepulcro (26-29). b) *La resurrección de Jesús, cumplimiento de las promesas de Dios.* Dios ha resucitado de entre los muertos a Jesús: él apareció durante muchos días a sus apóstoles, que son ahora sus testigos en Judea. Pablo y Bernabé también proclaman que Dios ha cumplido la promesa hecha a los padres. La resurrección de Jesús es el cumplimiento de una sentencia del salmo segundo. Que esta resurrección ha tenido lugar realmente y es definitiva, resulta de los pasajes de Isaías y del salmo 16 que son citados por Pablo. Esta última declaración no puede entenderse de David, sino de Aquél a quien Dios ha sustraído a la corrupción resucitándole (30-37). c) *El perdón de los pecados ofrecido en Cristo.* Pablo anuncia a sus hermanos la remisión de los pecados que les es adquirida por el Resucitado: en él, todo creyente es asegurado de esta completa justificación que no da la observancia de la ley (38,39). d) *Exhortación final.* Pablo termina con una advertencia tomada de Habacuc: que por su incredulidad no vuelvan ellos en juicio la obra de gracia que Dios realiza (40,41). — 4º *Resultados del discurso de Pablo:* a) *Los apóstoles invitados a hacerse oír otra vez.* A su salida de la sinagoga, se les constriñe a reanudar su enseñanza el sábado siguiente. Numerosos judíos y prosélitos se juntan a ellos; ellos les exhortan a perseverar en la gracia (42,43). b) *Los apóstoles, rechazados por los judíos celosos, se vuelven hacia los paganos.* El sábado siguiente toda la población se reúne para oír la palabra de Dios. Los judíos tienen envidia. Contradicen e injurian a Pablo. Los mensajeros del evangelio les declaran que se vuelven a los gentiles, obedeciendo así la orden del Señor, expresada en un pasaje de Isaías. Los paganos se regocijan de ello, y los que de entre ellos eran destinados de Dios a la vida eterna se hacen creyentes (44-48). c) *Persecución y partida de Antioquía.* La palabra de Dios se extiende por todo el país. Los judíos excitan algunas damas distinguidas y a los magistrados contra Pablo y Bernabé. Éstos, obligados a dejar Antioquía, se trasladan a Iconium. Los discípulos que dejan en Antioquía son llenados de gozo y de Espíritu Santo (49-52).



13 Y habiéndose hecho a la mar desde Pafos Pablo y sus com-
pañeros llegaron a Perga de Pamfilia [15]; mas Juan, habiéndose
14 apartado de ellos se volvió a Jerusalén [16]. Mas ellos, yendo por
todas partes desde Perga llegaron a Antioquía de Pisidia, y ha-
biendo entrado en la sinagoga en el día del sábado se sentaron.
15 Y después de la lectura de la ley y de los profetas enviaron a
ellos los jefes de sinagoga diciendo: Varones hermanos, si hay en
vosotros alguna palabra de exhortación para el pueblo, decid [17].
16 Y habiéndose levantado Pablo y hecho señal con la mano dijo [18]:

creyó solamente a causa del milagro, sino que experimentó en sí la fuerza de la verdad, confirmada de ese modo ante sus ojos. Blass traduce: *Sorprendido del milagro, creyó la doctrina del Señor;* cita Lucas 24:25, como una prueba de que se puede así ligar el complemento: *la doctrina del Señor* al verbo: *creyó.* Pero el orden de las palabras en griego es más favorable a la versión ordinaria, que tiene en su favor las expresiones análogas de Luc. 4:32; Mar. 1:22. La conversión del procónsul romano fué la primera victoria que la verdad obtuvo por el ministerio de Pablo en este primer viaje misionero. Es probable que otras almas también se convirtieran en la isla de Chipre, aunque Lucas no haga mención de ello. Se sabe por la historia que la isla entera fué muy pronto ganada al evangelio.

15. De Pafos, navegando hacia el continente, los misioneros arribaron a *Pamfilia,* provincia del Asia Menor situada al oeste de Cilicia y poco distante de la isla de Chipre. Desembarcaron en el puerto de Attalia (14:25), y prosiguiendo su ruta hacia el norte, llegaron a *Perga,* capital de la provincia. No parece que se hayan detenido allí entonces, pero, a su vuelta, anunciaron el evangelio (14:24,25).

16. Se trata de Juan, apellidado Marcos (12:12), que acompañaba a Pablo y a Bernabé en este viaje (v. 5). Se ignora los motivos de su separación de con ellos, pero sabemos que Pablo los desaprobó y que esta desaprobación tuvo más tarde un resultado enojoso (15:37-39).

17. Avanzando más hacia el norte, Pablo y Bernabé *atravesaron* toda la Pamfilia y entraron en *Pisidia.* En este viaje a través de una región montañosa y poco segura, soportaron algunas de las pruebas que Pablo enumera en 2 Cor. 11:26. La perspectiva de esos peligros acarreó quizá la defección de Marcos. Sea lo que fuere, *llegaron a Antioquía,* capital de Pisidia y colonia romana, que no hay que confundir con Antioquía de Siria, de donde habían partido nuestros misioneros (v. 1-3). *El día del sábado,* entraron, según su costumbre, *en la sinagoga* (v. 5 nota), y quedaron allí. En las reuniones de la sinagoga, se acostumbraba leer una sección de *la ley,* es decir de los libros de Moisés, y otra de *los profetas* (Luc. 4:15, nota). Acabada esa *lectura,* los ancianos, los *jefes de la sinagoga,* viendo los dos extranjeros, en quienes reconocieron a judíos letrados, les hicieron proponer el dirigir *al pueblo* una *palabra de*

17 Varones israelitas y los que teméis a Dios, oíd. El Dios de este
pueblo Israel eligió a nuestros padres, y al pueblo exaltó en la
estada en tierra de Egipto, y con brazo elevado los sacó de ella [19],
18 y como por tiempo de cuarenta años soportó sus costumbres en el
19 desierto [20], y habiendo destruído siete naciones en tierra de Ca-
20 naán les distribuyó en herencia la tierra de ellas [21]. Y después de
esto, como por cuatrocientos cincuenta años dió jueces hasta
21 Samuel profeta [22]. Y después pidieron para sí un rey, y dióles

*exhortación.* Tal fué la ocasión del discurso de Pablo, el primero que tenemos de él.

18. Se acababa de leer una sección del pentateuco y una de los profetas, probablemente Deut. 1 e Isaías 1. Pablo refiere a esos pasajes su predicación del evangelio; Deut. 1 inspira la primera parte de su discurso (v. 18, nota), en la cual echa una ojeada rápida sobre la historia de su pueblo; así lo había hecho Esteban (Cap. 7). Pablo llega en seguida, de modo enteramente natural, a anunciar a Jesús, su muerte, su resurrección y la remisión de los pecados, ofrecida en este Salvador, y que había sido prometida en Isaías 1:18.

19. Pablo se dirige de modo solemne y afectuoso a los *israelitas* de nacimiento y a los prosélitos designados por estas palabras: *los que teméis a Dios.* Y como su propósito es desarrollar los tesoros de la misericordia de Dios hacia su pueblo, remonta hasta *la elección de los padres* de ese pueblo, que era un acto soberano de la gracia divina. Se ha explicado, de diversas maneras, esta expresión: *Exaltó al pueblo en Egipto;* pero esas interpretaciones vienen a parar en la idea de que Dios multiplicó entonces los israelitas. Luego los sacó de la servidumbre de Egipto *con brazo levantado,* es decir con poder que se manifestó por milagros brillantes (Comp. Ex. 6:1; Deut. 4:37).

20. En lugar de esta palabra: los *soportó,* una variante que proviene del cambio de una sola letra da el sentido: los *nutrió,* como una nodriza amamanta a su niño. Esta variante es admitida por Tischendorf por el testimonio de *A, C,* versiones. En la versión de los Setenta, en el pasaje Deut. 1:31 que probablemente había sido leído como sección de la ley (v. 15, nota), y del cual Pablo toma su expresión, ambas lecciones aparecen. La lección: *soportó,* parece ser allí la más antigua. En el original hebreo, se lee: "el Eterno tu Dios te ha llevado como lleva un hombre a su hijo".

21. El recuerdo de esas *siete naciones* destruídas (hebr. *expulsadas*) es tomado de Deut. 7:1.

22. Nombrando la época de los *jueces* inmediatamente después de la toma de posesión de la tierra, Pablo comprende en ella también el gobierno de Josué. Luego, contando *como cuatrocientos cincuenta años* desde el establecimiento del pueblo en Canaán hasta Samuel inclusive, sigue una cronología generalmente admitida en su tiempo, pues está de acuerdo con el historiador Josefo (*Antig.* VIII, 3,1). Según el autor del libro de los Reyes (1 Reyes 6:1), cuatrocientos ochenta años habían transcurrido desde la salida de Egipto hasta la construcción del templo por Salomón. Hay entre ambas evaluaciones una diferencia de un siglo aproximadamente. Inútil es mencionar los diferentes cálculos que han sido hechos para restablecer la armonía. Probablemente es también el deseo de obviar esta dificultad lo que ha dado lugar a una variante según la cual habría que construir como sigue los v. 19 y 20: "Les dió la tierra como herencia, como por cuatrocientos cincuenta años. Después de ésto, les dió jueces". De este modo, los cuatrocientos cincuenta años no designarían el período de los jueces, sino al contrario todo el período anterior, durante el cual Dios preparó el establecimiento de Israel en Canaán, período que comprende los cuatrocientos años de esclavitud en Egipto (7:6), los cuarenta años de residencia en el desierto y una decena de años que fueron empleados en la conquista de Canaán. Bien que esta lección se encuentre en *Sin., B, A, vers.,* su autenticidad es dudosa.



Dios Saúl hijo de Kis, varón de la tribu de Benjamín por cua-
22 renta años [23]; y habiéndole removido suscitóles a David por rey,
al que también dió testimonio diciendo: He hallado a David el
hijo de Jessé, varón según mi corazón, que hará todas mis volun-
23 tades [24]. De la descendencia de éste, Dios según promesa ha traído
24 a Israel un salvador, Jesús [25], habiendo antes predicado Juan ante
la presencia de su entrada bautismo de arrepentimiento a todo el
25 pueblo de Israel. Y como acababa Juan la carrera, decía: ¿Quién
suponéis que soy? No soy yo; pero he aquí, viene después de mí
aquél de quien no soy digno de desatar el zapato de los pies [26].

23. Aunque al *pedir un rey* los israelitas no obraron según la voluntad de Dios, que solo debía reinar sobre ellos (1 Sam. 8:5 y sig.), Dios los soportó aun en esto y respondió a su voto. No hay en el antiguo testamento ninguna indicación precisa sobre la duración del reinado de *Saúl.* Algunos intérpretes incluyen en estos *cuarenta años* el gobierno de Samuel.

24 Pablo se complace en recordar este magnífico *testimonio* dado a *David,* porque su gloria repercute sobre su descendiente, el Libertador que el apóstol anuncia. Por eso no prosigue más lejos esta revista de la historia de su pueblo; su objeto ha sido alcanzado. Cita: de memoria, según los Setenta, y combina diversos pasajes de la escritura (Sal. 89:21; 1 Sam. 13:14), a los cuales agrega, conforme a 1 Reyes 14:8 (*Comp.* Isa. 44:28) estas palabras: *hará todas mis voluntades.*

25. Después de haber hablado de David con tanta veneración, Pablo llega, del modo más natural, al gran tema de su discurso, que era el de anunciar *al Salvador. De la simiente* de David, Dios ha *suscitado* (*C, D*) este salvador, o, según una variante generalmente admitida, le *ha traído a Israel,* en la persona de Jesús, cuyo nombre mismo significa *Salvador.* Y el apóstol tiene cuidado de añadir que esta gran manifestación de la misericordia divina ha tenido lugar *según la promesa* de Dios, promesa bien conocida de sus oyentes, y que debía inspirarles confianza en este *Jesús* en quien Dios la ha cumplido. Esta promesa se encuentra en las predicciones mesiánicas de todos los profetas. (Comp. Luc. 1:69,70.)

26. Los oyentes de Pablo no podían ignorar el ministerio del gran profeta que había aparecido en Israel, *Juan.* Recordárselo, afirmar el testimonio que él había dado de Jesús, era presentarles a este último como el objeto de su fe. (Comp. Mat. 3:2,11; Luc.

26 Varones hermanos, hijos de la raza de Abraham y los que
entre vosotros temen a Dios, a nosotros la palabra de esta salva-
27 ción ha sido enviada [27]. Los que moran, en efecto, en Jerusalén y
sus jefes, no habiendo conocido a éste ni las voces de los profetas
que en todo sábado son leídas, habiéndole juzgado las cumplie-
28 ron [28], y ninguna causa de muerte hallando, pidieron para sí a
29 Pilato que fuera matado; y como cumplieron todo lo que sobre
él estaba escrito, habiéndole bajado del madero pusiéronle en un

3:3,15, notas.) Las palabras: *antes de su entrada* significan *antes que Jesús entrara* en su ministerio, y no antes de su encarnación, como han pensado algunos intérpretes a pesar del contexto. Las palabras de Juan el Bautista que Pablo cita, palabras tan humildes, con las cuales glorificaba al Salvador, no fueron pronunciadas al final de *su carrera;* pero el apóstol considera su testimonio como *cumpliendo* esa carrera, que no tenía otro propósito. Ebrard hace observar, con razón, que esta expresión: cumplir su carrera, pertenece al estilo de Pablo (20:24; Gál. 2:2; 1 Cor. 9:26; Fil. 2:16; 2 Tim. 4:7); Lucas mismo jamás se sirve de ella. Ella prueba la verdad histórica de este discurso. Se puede traducir también, adoptando otra puntuación: *Quien suponéis soy, no soy yo.* Con ambas traducciones, hay que sobrentender: el Mesías.

27. Llegado a este punto de su discurso, en que tiene el gozo de hablar del Salvador a los que le escuchan, el apóstol se dirige directamente a ellos con un redoble de afecto (*hermanos*), haciendo sentir a los unos el privilegio de pertenecer a *la raza de Abraham,* a los otros el de haber llegado al conocimiento del verdadero Dios (gr. *los* que *entre vosotros* están *temiendo a Dios,* término que designa a los prosélitos). Luego agrega: *a nosotros* (*Sin., B, A, D*) Dios *envía* esta grande *salvación;* a nosotros, sus siervos, que la proclamamos, y a vosotros que oís nuestra *palabra.* ¡Qué poder de persuasión había en este lenguaje!

28. La transición entre los v. 26 y 27 está señalada con la partícula *en efecto.* ¿Qué significa este *en efecto?* Según Meyer, indicaría el motivo por el cual la salvación es anunciada a esos judíos dispersos; habiéndola rechazado los de Jerusalén, han sido privados de ella por un justo juicio de Dios y ha sido enviada a otros israelitas no culpables de esa criminal ingratitud. Pero, como observa de Wette, no es esa la razón por la cual la salvación es anunciada a los judíos de Antioquía, a los cuales habría llegado en todo caso. Calvino piensa que el apóstol excita así en sus oyentes el deseo de recibir el evangelio, a fin de no hacerse cómplices del crimen cometido en Jerusalén. Pero estas explicaciones suponen en el v. 26 la lección del texto recibido: *a vosotros* la palabra de esta salvación es enviada. Según la lección mucho más autorizada: *a nosotros,* Pablo no opone los habitantes de Jerusalén a sus oyentes actuales. Lo que dice de su conducta respecto de Jesús, de la muerte que le han hecho sufrir, de su resurrección realizada por Dios y atestada por testigos dignos de fe (v. 27-31), es destinado a justificar (*en efecto*) la grande afirmación que acababa de emitir (v. 26), a demostrar que realmente es *la palabra de la salvación* la que *nos es enviada,* a prevenir en el espíritu de sus oyentes, como dice Calvino, una objeción que podía escandalizarlos: "¡Cómo! Nos anuncias la salvación en el nombre de un hombre al que los jefes de nuestra nación han ejecutado con la última ignominia!" ¡Sí, responde Pablo, le han *desconocido,* rechazado, crucificado; pero no han hecho al *juzgarle* más que *cumplir las palabras de los profetas,* palabras que ellos *no reconocieron,* aunque *se leen,* en sus sinagogas, *cada día de sábado!*



30 sepulcro [29]. Mas Dios le ha resucitado de entre los muertos; el
31 que ha aparecido por muchos días a los que habían subido con él
de Galilea a Jerusalén, los cuales ahora son sus testigos para con
32 el pueblo [30]. Y nosotros os anunciamos la promesa hecha a los
33 padres, que ésta ha cumplido Dios a los hijos de ellos, a nosotros,
resucitando a Jesús, como también en el salmo segundo escrito
34 está: Hijo mío eres tú, yo hoy te he engendrado [31]. Y que le ha

29. Todos estos detalles relativos al juicio de Jesús, a su inocencia, a su muerte, fueron sin duda expuestos más largamente por el apóstol, que hizo resaltar, por una parte, la perversidad de los jefes del pueblo, y por la otra, el inmenso amor del Salvador. Lucas, en su resumen del discurso de Pablo, no distingue entre los enemigos de Jesús que le *hicieron morir* y sus amigos que le *descendieron de la cruz* y le *pusieron en un sepulcro.* Estos hechos eran bien conocidos de aquél a quien dirigía su libro.

30. La *resurrección* de Jesucristo es proclamada en muchos pasajes del libro de los Actos (2:32; 3:15, etc.); siempre es atribuída a Dios. Por ella Dios ha justificado a Jesús, condenado injustamente; le ha declarado Hijo suyo con potencia (Rom. 1:4), y le ha elevado para ser el Príncipe de la vida. En el presente discurso, Pablo establece la certidumbre de esa resurrección, invocando el *testimonio* más seguro, el de los discípulos, que habían seguido a Jesús en todo su ministerio, *que habían subido con él de Galilea a Jerusalén y que le han visto durante muchos días.* (Comp. 10:41 y principalmente 1:3.) Estos hombres, agrega el apóstol, son testigos de este hecho *ahora* (*Sin., A, C;* omitida en *B, mayúscula.*) delante del pueblo, en Jerusalén, al mismo tiempo que nosotros damos testimonio a los judíos de la dispersión (v. 32).

31. Pablo y Bernabé *también* podían ahora, después de haber probado que Jesús era, a pesar de las apariencias contrarias, el portador de la salvación (v. 27-31), *anunciar* a sus oyentes *la buena nueva* de que *la promesa hecha a los padres, Dios la había cumplido plenamente para nosotros sus hijos, resucitando a Jesús.* En efecto, esta resurrección es el cumplimiento de todas las promesas relativas a la redención del mundo. Pablo cita tres de ellas que él ve realizadas en ese grande hecho; y ante todo el Sal. 2:7. La epístola a los Hebreos aplica también este pasaje a la resurrección del Hijo de Dios (1:5, véase la nota) y esta aplicación está en plena armonía con el pensamiento de nuestro apóstol en Rom. 1:4. Pedro emplea el mismo término, cuando habla de la resurrección en Actos 2:24, 32. Sin embargo, varios intérpretes (Calvino, las vers. de Pau-Vevey y de Weizsäcker) traducen: *habiendo suscitado a Jesús.* El apóstol pensaría, no en la resurrección de Jesús sino en su entrada en su obra mesiánica. Wendt alega en favor de esta interpretación los siguientes motivos: 1º la analogía de 3:26, comp. 3:22 y 7:37; 2º el hecho de que el apóstol

resucitado de entre los muertos no debiendo más volver a corrup-
ción, así ha dicho: Os daré las cosas santas de David que son
35 fieles [32]. Por lo que también en otro salmo dice: No permitirás
36 que tu santo vea corrupción. David en efecto, sí, habiendo servido
en su propia generación al designio de Dios se durmió y fué
37 reunido a sus padres y vió corrupción; mas aquél a quien Dios
38 ha resucitado no ha visto corrupción [33]. Conocido pues os sea,

reanuda en el v. 32 el pensamiento del v. 26; 3º en el v. 34, donde habla de la resurrección, añade expresamente: *de los muertos;* 4º el pasaje del Sal. 2:7 fué citado por la voz celestial durante el bautismo de Jesús (Luc. 3:22, según el texto de *D*, *Itala*). Las principales *mayúsc.* (*Sin, B, A, C, D*) presentan esta lección que no ofrece sentido muy aceptable: *a nuestros hijos.* No se comprende por qué no sería la promesa cumplida sino para los hijos de la presente generación. Por lo demás a ésta se aplica este término de *hijos* opuesto al de padres. Weiss conserva el texto recibido: *a nosotros sus hijos.* Blass lee: *a sus hijos;* Wendt: *a los hijos,* habiéndonos suscitado. Una variante admitida por Lachmann y Tischendorf por la autoridad de *D* y de Orígenes, tiene salmo *primero* en lugar de *segundo.* Proviene de que se reunía a veces los dos primeros salmos en uno solo, o se consideraba el salmo primero como una introducción de toda la colección.

32. Jesús resucitado vive eternalmente, no muere más (Rom. 6:9). Tal es el pensamiento que el apóstol expresa por las palabras: *no volver más a la corrupción.* Pronunciando estas palabras, Pablo tenía sin duda en vista ya su cita del Sal. 16: 10, que va a seguir (v. 35); pero le viene al espíritu una palabra de Isaías (55:3) que le parece asegurar al descendiente de David, las *cosas santas* (los bienes mesiánicos, la vida futura) prometidas a su antepasado. La cita es tomada de la versión de los Setenta, donde se lee: "Trataré con vosotros pacto eterno (asegurándoos) *las cosas santas de David que son fieles*", es decir las santas promesas que le han sido hechas y que no le engañarán. Hay en el hebreo: "las *gracias* de David que son verdaderas o *fieles,* o *seguras*". Se podría entender la expresión de los Setenta en el mismo sentido. Wendt entiende por *las cosas santas de David* la santidad misma del Mesías, que es *cierta,* segura contra la destrucción. Las dos citas, vers. 34 y 35, expresarían el mismo pensamiento, en forma positiva primeramente, luego en forma negativa: Yo os daré un Mesías santo y por tanto permanente, y yo no permitiré (Gr. no *darás*) que ese santo vea la corrupción.

33. De Wette y Meyer traducen: *Después de haber servido a su generación para el designio de Dios.* Calvino y algunos exégetas, construyendo de otro modo el v. 36, traducen: *David, después de haber servido a su tiempo, se durmió según el designio de Dios, y fué puesto con sus padres.* Nuestra traducción es la de la Vulgata, Lutero y la mayor parte de las versiones modernas. En David personalmente no se cumplió, pues, la palabra del salmo, sino en *Aquél* cuyo antepasado y tipo era en la historia del reino de Dios. Pablo funda sobre esta cita del Salmo 16 poco más o menos la misma argumentación que Pedro en 2:29 y sig. (Véase las notas).



varones hermanos, que por medio de éste perdón de pecados os es
39 anunciado, y de todo lo que no pudisteis por la ley de Moisés ser
40 justificados, por éste todo el que cree es justificado [34]. Cuidad
41 pues no sobrevenga lo dicho en los profetas: Ved, menospreciado-
res, y admiraos y desvaneceos, porque una obra obro yo en
vuestros días, obra que de cierto no creeríais si alguien os la
refiriere [35].

34. Por segunda vez (v. 26), el apóstol se vuelve con amor a sus oyentes (*varones hermanos*) y, después de haberles probado que Jesús es verdaderamente el Salvador, por su muerte, por su resurrección, anunciada en las escrituras (v. 26-37), les expone los inmensos beneficios que son fruto de su obra (v. 38,39). Primeramente, es este don de la gracia de Dios lo que da paz a toda alma arrepentida (v. 16, nota), la *remisión* (o el *perdón*) *de los pecados. Por éste os es anunciada*: estas palabras designan a Jesús, no como el autor de la proclamación del perdón, que él publicaría por boca de los apóstoles, sino como el que procura el perdón mismo por su muerte redentora. Luego, como el apóstol habla a los judíos, los más serios de los cuales se esforzaban por hallar la justicia en la observancia de *la ley de Moisés,* les declara claramente que *no han podido ser justificados* por ese medio, pero que lo serán plenamente por el Salvador que él les predica, y eso sin otra condición que el *creer* en él. Así, la *justificación por la fe,* este coronamiento del evangelio, esta gloriosa verdad que estaba reservado al apóstol Pablo hacer triunfar en la iglesia, es formulada aquí por primera vez. Lo será más claramente aún en las epístolas de Pablo (Comp. en particular Rom. 3: 21-26, véase las notas). Se puede inferir de este hecho que el discurso resumido por Lucas ha sido realmente pronunciado por este apóstol. Este discurso, en efecto, no enseña, como se ha pretendido, que la fe vale al creyente una justificación parcial solamente, destinada a completar la que podían adquirir practicando la ley de Moisés, a asegurarles la remisión de *todas las cosas de que no habían podido ser justificados por la ley de Moisés.* Se ha creído hallar esta doctrina atenuada en nuestro discurso y por esta razón se le ha rehusado al apóstol Pablo. Pero esa interpretación fuerza demasiado los términos empleados. Éstos no señalan el límite entre *las cosas de que se podía ser justificado por la ley* y aquellas para las cuales era necesario otro medio de justificación. Y por lo demás, Pablo no ha enseñado jamás que las obras de la ley carecieran en sí mismas de valor moral; se ha limitado a comprobar que no podían procurar al pecador la justificación necesaria a su salvación. No se podría tampoco objetar a la autenticidad de este discurso las analogías que presenta, en su primera parte, con el de Esteban. Si los mismos ejemplos históricos son invocados, lo son con intenciones diferentes; Esteban quiere probar la rebelión constante de Israel contra los conductores que Dios le envía; Pablo hace resaltar el desarrollo de la promesa. En cuanto a la cita del Sal. 16, que había sido hecha por Pedro en su discurso de pentecostés, ese pasaje debía aparecer con frecuencia en la argumentación por la cual los primeros cristianos procuraban establecer que Jesús resucitado era el Mesías anunciado por los profetas.

35. Pablo termina su discurso con una seria advertencia, cuyos térmi-

42 Y saliendo ellos rogaban que para el siguiente sábado les
43 fueran habladas estas palabras. Y disuelta la congregación si-
guieron muchos de los judíos y de los prosélitos devotos a Pablo
y a Bernabé, los cuales hablando a ellos les persuadían que con-
tinuaran en la gracia de Dios [36].
44 Y en el sábado siguiente casi toda la ciudad se congregó
45 para oír la palabra de Dios [37]. Mas viendo los judíos las multitu-
des se llenaron de celos, y contradecían a lo que Pablo hablaba,

nos toma del profeta Habacuc (1:5). Cita conforme a los Setenta, que se apartan en algo del hebreo. Así, estas palabras: *Ved, contendores,* suponen un texto diferente del hebreo que tiene: *Mirad entre las naciones.* Así también, la versión griega agrega al texto el verbo que traducimos por: *desvaneceos,* y que significa propiamente tornaos invisibles. El profeta anunciaba al pueblo el juicio que Dios iba a ejercer sobre él por los caldeos. Tal era la *obra* que debía llenarle de *asombro* y *que no podría creer si se la contaran.* Citando este pasaje, Pablo anunciaba a sus oyentes, si rechazaban la gracia divina, un juicio semejante. Esta amenaza se cumplió para el pueblo judío en la ruina de Jerusalén, que puso fin a su existencia como nación; podrá cumplirse, en la retribución del último día, para todos aquellos a quienes la gracia haya sido ofrecida en vano.

36. Como Pablo y Bernabé salían de la sinagoga, sus oyentes o más probablemente los jefes de la sinagoga (v. 15) *les rogaban* (gr.) *que esas cosas* (o *palabras*) *les fueran dichas el sábado siguiente.* Este hecho muestra qué impresión profunda el discurso de Pablo había producido. Pero además, *muchos judíos y prosélitos siguieron* a los evangelistas a su domicilio. Estos aprovecharon diligentemente esta ocasión de exhortarlos a perseverar en *la gracia de Dios.* En este último término, tan rico y hermoso, resume Lucas todo el evangelio; y en efecto, lo contiene por entero. El texto recibido, a las palabras: *salido que hubieron,* agrega: *de la sinagoga de los judíos,* adición que falta en casi todas las *mayúsc.* Luego este mismo texto dice (v. 42) que fueron *los paganos* quienes pidieron a Pablo que les anunciara nuevamente la palabra. Es esa una corrección destinada a poner el v. 42 en armonía con los v. 45 y 48. En lugar del verbo *rogaban, B* tiene un verbo que señala menos solicitud en su demanda, y puede traducirse: *pedían.* Por último, en el v. 43, el texto occidental (Blass, según Peschito) tiene: *siguieron a Pablo y Bernabé, pidiendo ser bautizados.*

37. *Casi toda la ciudad;* ¡qué poderoso movimiento religioso suponen estas palabras! Es que, además de la impresión hecha por el discurso de Pablo, los dos misioneros no quedaron ociosos durante esa semana, entre ambos sábados. Calvino y Th. de Beza, tomando la palabra *sábado* en el sentido de semana, lo que es gramaticalmente posible, aun piensan que la demanda del v. 42 se aplicaba a la *semana siguiente.* Es ese un error de interpretación, pero que fué una realidad en los hechos. Es necesario observar esta palabra: *palabra de Dios* (*Sin., A*), o *palabra del Señor* (*B, C*), que aparece tan a menudo en este libro (v. 46,48,49; 4:29,31; 6:2; 15:35; 19:10). La predicación de los apóstoles no era *su* palabra, sino que en cuanto eran penetrados del Espíritu de Dios su palabra se tornaba en palabra de Dios. Y se puede designar así toda predicación fiel del evangelio. Este pensamiento no resulta de la lección de *D* (texto occidental), que dice simplemente: *para oír a Pablo.*



46 blasfemando [38]. Y teniendo osadía Pablo y Bernabé dijeron: A
vosotros era necesario que fuera primero hablada la palabra de
Dios; puesto que la desecháis y no os juzgáis dignos de la vida
47 eterna, he aquí nos volvemos a los gentiles [39]. Así, en efecto, nos
ha mandado el Señor: Te he puesto por luz de gentiles, para que
48 seas por salvación hasta lo último de la tierra [40]. Y oyendo los
gentiles se gozaban y glorificaban la palabra del Señor [41], y cre-
yeron cuantos estaban ordenados para vida eterna [42].

38. La vista de *esas multitudes,* entre las cuales sin duda había muchos paganos, hirió el orgullo teocrático de esos *judíos* y excitó sus *celos.* Entonces, a sus *contradicciones* apasionadas de la palabra de Pablo, añadían *blasfemias,* sin duda contra Jesús. Este hecho no contradice al v. 42, pues los perseguidores podían ser otros judíos, o de los que no habían recibido más que una impresión pasajera del discurso de Pablo. El participio *contradiciendo,* falta en *Sin., B, A, C.*

39. *A vosotros,* judíos, *primeramente, era necesario;* tal era el consejo de Dios para con su pueblo (Mat. 10:6; Rom. 1:16; comp. precedentemente v. 5, nota). Mas *rechazando la palabra de Dios,* esos judíos se *juzgaban indignos de la vida eterna.* Hay algo de trágico en ese destino voluntariamente elegido. Ahora los apóstoles *se vuelven hacia los paganos.* Era el cumplimiento de la palabra de Jesús (Mat. 21:43).

40. ¿Dónde *nos lo ha ordenado así* el Señor? En las palabras mismas que Pablo cita, tomándolas de Isaías 49:6. En efecto, puesto que el Servidor del Eterno, el Mesías, al cual la palabra es aquí dirigida, es *puesto* (hebr. *dado*) por Dios para ser *la luz de los gentiles* y *salvación* a todos los pueblos, resulta para sus discípulos el deber sagrado de anunciarlo a todas las naciones. Se ve, por esta palabra, que la universalidad de la salvación estaba revelada desde la época de los profetas.

41. Los *paganos,* comprendiendo, por las últimas palabras del apóstol, que podían ser salvados por la fe sola, a pesar de la oposición de los judíos, *se regocijaban.* Y testificaban ese gozo *glorificando la palabra del Señor.* La *glorificaban,* ora recibiéndola en su corazón cada vez con mayor decisión, ora expresando en alta voz su reconocimiento.

42. Los paganos no *creyeron* todos, sino *cuantos* (de entre ellos) *estaban destinados* (literalmente *ordenados*) *a la vida eterna.* El que los había *ordenado* (colocado en ese *orden*) era Dios, por su gracia soberana, y dándoles el Espíritu de adopción (Rom. 8:15). Tal es la causa por la cual *creyeron, se confiaron* en Jesús, el Salvador que Pablo anunciaba. Habrían podido resistir como otros, pues la acción de Dios no aniquila de ningún modo la libertad humana. "Él no fuerza a nadie, pero hace que se quiera." Este relato de Lucas está en perfecta armonía con el pensamiento de Pablo, expresado a menudo en otras partes por otro término más preciso aún (Rom. 8:29; Ef. 1:5). Los comentadores han torturado a menudo este texto con interés dogmático. Mientras Calvino ve en

49 Y se extendía la palabra del Señor por toda la región. Mas
50 los judíos incitaron las mujeres devotas de distinción y los prin-
cipales de la ciudad, y suscitaron persecución contra Pablo y
51 Bernabé, y los expulsaron de sus términos [43]. Mas ellos, habiendo
sacudido el polvo de sus pies contra ellos [44] fueron a Iconium [45],
52 y los discípulos eran llenados de gozo y de Espíritu Santo [46].

C. 1-20. ICONIUM, LISTRA, DERBE. — 1º *Los mensajeros del evangelio en Iconium*: a) *Sus éxitos.* En Iconium predican en la sinagoga y llevan muchos judíos y prosélitos a la fe. Los judíos que no se convierten excitan a los gentiles contra los discípulos. Los misioneros prolongan su estada. El Señor apoya su predicación atrevida por los milagros que les concede realizar (1-3). b) *Persecución y fuga.* La población se divide. Judíos y paganos se unen y, de acuerdo con las autoridades, se preparan para apedrear a los apóstoles. Éstos huyen a Listra y a Derbe, donde evangelizan (4-7). — 2º *En Listra*: a) *Curación del inválido.* Un hombre que jamás había podido andar oía hablar a Pablo. Y Pablo, reconociendo en él la fe, le ordena que se ponga de pie. Se levanta de un salto y anda (8-10). b) *Pablo y Bernabé*

él la doctrina de un decreto absoluto, otros se esfuerzan por disminuir la acción de Dios para elevar la del hombre, quien, en último análisis, se destinaría a sí mismo a la vida eterna. Oltramare traduce: "Los que estaban *dispuestos para* vida eterna, creyeron." Para ello, es necesario hacer callar la conciencia exegética. La mayor parte de los traductores y de los intérpretes recientes, aun entre los luteranos, prefieren dejar al texto decir lo que dice.

43. Mientras que la *palabra del Señor*, el evangelio de su gracia, *se extendía* (gr. *era llevada de aquí para allá*), no solamente en la ciudad de Antioquía, sino en *toda la comarca*, los judíos designados en el v. 45, *provocaron una persecución excitando* el fanatismo de *mujeres devotas;* la palabra empleada denota prosélitos, ardientes en defender su nueva fe judaica. Luego, poco a poco, el movimiento arrastró a *los principales de la ciudad*, los magistrados, que eran paganos. Expulsaron a Pablo y Bernabé de su *territorio.* Este odio de los judíos, que volveremos a encontrar desde el capítulo siguiente y en todas partes de este libro, terminaba el destino trágico de ese pueblo que corría a su ruina al rechazar al Salvador.

44. Los discípulos no hacían en esto más que seguir la orden de su Maestro (Mat. 10:14; Luc. 9:5); declaraban con este hecho a los judíos rebeldes que toda la responsabilidad de su conducta pesaría sobre ellos.

45. En lugar de proseguir su marcha hacia el norte, los dos evangelistas se dirigieron hacia el sudeste, entraron en la provincia de Licaonia y se detuvieron en *Iconium*, capital de esta provincia donde los hallaremos en l capítulo siguiente.

Esta ciudad de Iconium subsiste aún hoy bajo el nombre de *Konieh.*

46. *Los discípulos*, todos los que habían sido convertidos durante la estada de Pablo y Bernabé en Antioquía, lejos de ser desalentados por su partida eran *llenados de gozo*, el gozo de su salvación eterna, suscitado y mantenido en ellos por el *Espíritu santo* que es la fuente de aquél. ¡Magnífico fruto de esta primer misión en Pisidia!



*tratados como dioses.* La multitud exclama en lengua licaónica: ¡Dioses han venido a visitarnos! Bernabé es tenido por Júpiter, Pablo por Mercurio. El sacerdote del templo consagrado a Júpiter que se elevaba a las puertas de la ciudad, se apresta a ofrecerles sacrificio. Los apóstoles desgarran sus vestiduras, se arrojan sobre la multitud y declaran que no son más que hombres que predican a los paganos que se aparten de los falsos dioses para ir al Dios vivo, creador del universo. Este Dios, si ha dejado hasta el presente a las naciones seguir sus caminos, se ha revelado sin embargo por sus beneficios en la naturaleza. Por estos discursos persuaden con gran dificultad a la multitud que no le ofrezca sacrificio (11-18). c) *Pablo apedreado. Partida hacia Derbe.* Sobrevienen judíos de Antioquía y de Iconium, que ganan al pueblo. Pablo es apedreado, arrastrado fuera de la ciudad, dejado por muerto. Como los discípulos le rodean, se levanta. El día siguiente parte con Bernabé hacia Derbe (19,20).

XIV Y aconteció en Iconium que juntos entraron en la sinagoga
de los judíos y hablaron de tal manera que creyeron tanto de
2 judíos como de griegos grande muchedumbre [1]. Mas los judíos
que no habían creído excitaron e irritaron las almas de los genti-
3 les contra los hermanos [2]. Bastante tiempo, en efecto, pasaron
teniendo osadía en el Señor que daba testimonio a la palabra de
su gracia, concediendo que señales y prodigios fueran hechos por
4 sus manos [3]. Mas fué dividida la muchedumbre de la ciudad, y

1. *En Iconium* (13:51, nota) *entraron* primeramente, de igual modo que en Antioquía, etc., *en la sinagoga de los judíos* (Véase 13:5, nota). Todas nuestras versiones, siguiendo a la Vulgata, traducen: entraron *juntos*, pero vale más verter el término griego por: *del mismo modo* (Comp. Luc. 6:23,26; 17:30). Los *griegos* que creyeron eran personas del país, paganos, nativos y tornados en prosélitos, puesto que los apóstoles los hallaron en la sinagoga (Comp. 11:20,21, nota; 17:4; 18:4).

2. Como lo vemos siempre en el libro de los Actos, la oposición viene de los judíos que habían quedado *incrédulos.* Este último término es un participio que significa: *vueltos desobedientes.* En efecto, la fe no es más que *la obediencia* de la conciencia y del corazón a la verdad (Rom. 11:30,31; Juan 3:36, nota). *Irritaron* (gr. *hicieron malas, malignas*) *las almas de los gentiles.* ¡Los judíos hacen para ello una conjuración con los paganos a quienes despreciaban! (v. 5; comp. nota sig.) Los *hermanos* son los que habían creído por la predicación de Pablo.

3. *En efecto* se refiere al gran éxito mencionado en el v. 1. Los efectos del trabajo realizado por los judíos incrédulos (v. 2) no son indicados hasta los v. 4 y 5. No se hicieron sentir sino poco a poco. El texto occidental expone de otro modo el curso de los acontecimientos (Comp. v. 7, nota). Esta primera tentativa de persecución no habría tenido consecuencias. Sea lo que fuere, Pablo y Bernabé quedaron en Iconium *un tiempo bastante largo*, y a pesar de la oposición que se formaba a su derredor, *hablaban con resolución* (gr. *con osadía*, cimentados *en el Señor.* Por eso Dios, respondiendo a su fe, *daba testimonio a la palabra*

5 unos estaban con los judíos y otros con los apóstoles. Y como se
produjo ímpetu tanto de los gentiles como de judíos con sus jefes
6 para injuriarlos y apedrearlos, habiéndolo comprendido huyeron
7 a las ciudades de Licaonia Listra y Derbe y los alrededores; y
allí anunciando el evangelio estaban [4].
8 Y cierto varón en Listra impotente de los pies estaba sentado,
9 cojo desde el vientre de su madre, que nunca había andado. Éste
oía a Pablo hablando; el que mirándole fijamente y viendo que
10 tenía fe para ser sanado, dijo con grande voz: Levántate sobre
11 tus pies derecho. Y saltó y andaba [5]. Y las multitudes, habiendo

*de su gracia.* ¿Cómo? (gr.) *dando que milagros y prodigios se cumplieran por sus manos.* No hay mucha distinción que hacer entre los dos términos *milagros* y *prodigios;* se trata sin duda de *curaciones* que se obraban por Pablo y Bernabé (Comp. 4:29,30; 5:12) y que eran un *testimonio,* una especie de legitimación que Dios otorgaba a la palabra de sus mensajeros (Hebr. 2:4; Rom. 15:19). Los milagros solos no habrían convertido a nadie; pero confirmaban *la palabra de la gracia,* que ganaba los corazones.

4. La *división* que se produjo en el pueblo de la ciudad hizo más fácil a judíos y paganos levantar un motín contra los discípulos. Con la aprobación de los *magistrados* mismos, suscitaron un *movimiento* popular (gr. un *ímpetu* tuvo lugar) con el designio de *ultrajar* y aun de *apedrear* a Pablo y Bernabé. Pero *habiendo comprendido* éstos, a tiempo, lo que les amenazaba, *huyeron,* según la orden de su Maestro (Mat. 10:23), y dirigiéndose hacia el sudoeste, fueron sucesivamente a *Listra* y a *Derbe* (v. 20) *ciudades de Licaonia.* Pero si salvaron su vida dejando a Iconium no fué más que para *anunciar* nuevamente *la buena nueva* (gr. *evangelizar*) en las comarcas nuevas adonde los echaba la persecución. La recensión occidental presenta en los primeros versículos de este capítulo notables variantes, v. 2: *Los jefes de la sinagoga y los magistrados suscitaron contra ellos una persecución* e irritaron las almas de los paganos contra los hermanos, *mas el Señor dió pronto paz.* (Vers. 4-7: ...los otros por los apóstoles, *estando allegados a causa de la palabra de Dios. Y de nuevo los judíos con los paganos suscitaron una persecución por segunda vez, y habiéndoles apedreado, los expulsaron de la ciudad. Y huyendo fueron a Licaonia, a una ciudad llamada Listra* y a Derbe y en *toda* la comarca circundante. Y allí anunciaban la buena nueva, *y toda la multitud fué conmovida de* (su) *enseñanza. Y Pablo y Bernabé quedaban en Listra.*

5. *En Listra,* se suponía que esta ciudad estaba situada al sudeste de Iconium. Una inscripción recientemente hallada ha permitido fijar su ubicación cerca de la aldea de Khatyn Serai, a 20 kilómetros al sud-sudoeste de Iconium. Era entonces una colonia romana. Los misioneros se hallaban allí en pleno paganismo, tropezando con groseras supersticiones, que demasiado se revelarán en este relato. Aquí no hay sinagoga donde Pablo pueda empezar a predicar; *habla,* según toda probabilidad, en la plaza pública. Entre sus oyentes, el más atento probablemente era un pobre *impotente, tullido desde su nacimiento* (gr. *desde el vientre de su madre*). *Estaba* allí, *sentado,* mientras que el auditorio estaba de



visto lo que había hecho Pablo levantaron su voz en licaonio [6],
diciendo: Los dioses asemejados a hombres han bajado a nos-
12 otros; y llamaban a Bernabé Zeus, y a Pablo Hermes, por cuanto
13 él era el director de la palabra [7]. Y el sacerdote del Zeus que está
ante la ciudad, habiendo llevado toros y guirnaldas a las puertas,
14 con las multitudes quería sacrificar [8]. Mas habiéndolo oído los
apóstoles Bernabé y Pablo, desgarrando sus vestidos se lanzaron
15 a la multitud, clamando y diciendo: Varones, ¿por qué hacéis
esto?, también nosotros hombres somos de semejantes pasiones a

pie; *escuchaba* la palabra de Pablo que penetraba en su alma. Hay que observar este imperfecto (*B, C,*) que denota la duración de la acción y que es preferible al aoristo (*Sin., A, D*). La recensión occidental hace del inválido un prosélito judío, pues tiene, según *D*: escuchaba *estando en temor de Dios.* Esta indicación es poco verosímil. Pablo, después de acabar su discurso, *habiendo fijado su mirada* sobre ese desdichado, *vió,* en la viva expresión de su fisonomía, *que tenía fe para ser sanado;* el griego dice para ser *salvado,* y Pablo predicaba, en efecto, la salvación. Pero según el contexto, la fe que el apóstol leía en las miradas del desdichado tenía por primer objeto la liberación de sus males físicos, puesto que la vista de esa fe dió a él mismo la convicción de que el impotente podía ser sanado. De ahí su orden llena de resolución: *¡Levántate!* A esta orden, por el poder de Dios, la fuerza y la vida son dadas a los miembros tullidos del inválido. Es necesario observar el cambio de tiempo de los verbos: *Saltó* (*Sin., B, A, C*), de un solo brinco, se levantó sobre sus pies; y *andaba,* pues aquí hay continuidad en la acción; la curación es completa.

6. Lengua provincial, hoy desconocida. En su viva emoción a la vista de un gran milagro, era natural que esas gentes se expresaran en su dialecto. Resultó de ello probablemente que los apóstoles no comprendieron lo que se decía de ellos; no pudieron prevenir la acción idólatra que se preparaba, y de la que no se apercibieron sino más tarde (v. 14).

7. Era conforme a los antiguos mitos del paganismo admitir esas teofanías, o manifestaciones de los dioses en forma humana. Se ha indicado más de una razón para que los Licaonios vieran en los apóstoles a *Júpiter* (*gr. Zeus*) *y Mercurio* (gr. *Hermes*): primeramente la antigua leyenda de Filemón y Baucis, que, precisamente en esa comarca, habrían sido visitados por esas dos divinidades, a las cuales habrían ofrecido hospitalidad (Ovidio, *Metamorfosis,* VIII); luego, que había delante de la puerta de Listra (v. 13) un templo de Júpiter, y que ese dios era ordinariamente acompañado de Mercurio, intérprete y mensajero de los dioses. Lucas indica muy bien la causa por la cual esta última divinidad era identificada con Pablo: porque *él llevaba la palabra,* mientras que se tenía a Bernabé, de más edad quizá, y con un físico más imponente (2 Cor. 10:10), por Júpiter, el señor de los dioses.

8. Lucas dice: *del Júpiter que está a la entrada de la ciudad,* para indicar que ese dios tenía allí un templo consagrado a su culto. Lo muestra la presencia de un *sacerdote* de ese templo. Arrastrado por el entusiasmo de la *multitud,* ese sacerdote *lleva toros con coronas,* o *guirnaldas* destinadas a adornar las víctimas y los altares;

vosotros [9], que os evangelizamos que de estas vanidades os con-
virtáis a Dios viviente, que hizo el cielo y la tierra y la mar y
16 todo lo que hay en ellos [10]; que en las pasadas generaciones per-
17 mitió a todos los gentiles andar en sus propios caminos [11]; aunque
no se ha dejado sin testimonio haciendo bien, del cielo dandoos
lluvias y estaciones fructíferas, colmando de alimento y de rego-
18 cijo vuestros corazones [12]. Y diciendo esto apenas apaciguaron las
multitudes para que no les sacrificaran [13].

se disponía a *ofrecer un sacrificio* a los dos misioneros. ¿Dónde ocurre esta escena? Lucas dice simplemente: *delante de las puertas,* por las que se ha entendido, ora las puertas del templo, ora las de la casa donde moraban Pablo y Bernabé, ora en fin, las puertas de la ciudad. Este último sentido es el más probable, pues el sacerdote, dejando el templo situado fuera de la ciudad, se aprestaba a entrar en ésta para rendir homenaje a los dos huéspedes divinos.

9. *Los apóstoles* (este nombre es dado también a Bernabé en el sentido general de *enviado,* como en Rom. 16:7), *sabiendo* lo que ocurre, y *desgarrando sus vestiduras,* en señal de dolor y de indignación, se *lanzaron sobre la multitud,* a fin de impedir ese acto de idolatría. Quieren, además, atribuir a Dios solo toda la gloria del milagro que ha llenado de entusiasmo a ese pueblo ignorante. Les bastaba para ello declarar humildemente que *ellos también* eran *hombres* de la misma naturaleza, teniendo *las mismas flaquezas* (gr. los mismos *afectos, pasiones*) que los que querían sacrificarles. Tales son, en sí mismos, los más grandes siervos de Dios (Jac. 5:17, donde se lee la misma palabra).

10. Gr. *Os evangelizamos que os volváis, lejos de esas cosas vanas* (o de los *dioses vanos*), *hacia el Dios viviente.* Después de haberse colocado en su verdadero lugar, los apóstoles declaran que su vocación es precisamente *apartar* a sus oyentes de esas *vanidades,* de esos ídolos, que no son más que nada (1 Sam. 12:21; 1 Cor. 8:4), y convertirlos al *Dios viviente,* la fuente de toda vida, de toda creación, de todo lo que existe. ¡Qué inmenso contraste! Algunas palabras bastan para dar a esos pobres paganos una idea verdadera de Dios. En particular, esta profunda definición de Dios: *el Dios viviente,* es por completo del estilo de Pablo (Rom. 9:26; 2 Cor. 3:3; 6:16; 1 Tes. 1:9; 1 Tim. 3:15; 4:10, etc.); Lucas mismo no la emplea jamás. Las últimas palabras del versículo: *que hizo,* etc., son una cita del antiguo testamento (Ex. 20: 11: Sal. 146:6).

11. *Todos los gentiles* han andado en *los caminos* de ignorancia y de idolatría donde el pecado las había sumergido. Dios *las ha dejado* hasta el tiempo en que establecería su reinado en medio de ellas. Se ve, por los términos de que se sirve, que el apóstol quiere dar una característica del paganismo, que atenúa la responsabilidad de sus sectarios. Igualmente se expresa en 17:30, mientras que en Rom. 1:18 y sigs., pronuncia un juicio más severo.

12. *Colmando vuestros corazones de alimento y gozo.* El apóstol expresa en estos términos el sentimiento del bienestar, la alegría del vivir, de que los beneficios de Dios en la naturaleza *llenaban el corazón* del hombre. Por esto la palabra *regocijo,* aquí, no es la que, en la escritura, expresa el gozo cristiano. Pablo muestra en todos esos *beneficios* de Dios, un *testimonio* que da de sí mismo; emplea, en griego, tres participios que, como observa Meyer, son subordinados, el segundo al primero y el tercero al segundo: Dios hace bien enviando las lluvias, y por este envío llena de gozo los corazones. Así, aunque hasta aquí haya dejado a los pueblos paganos marchar en sus caminos sin revelación positiva de su parte, habrían ellos podido y debido reconocerle y adorarle (17:27; Rom. 1:19-21).

13. En este discurso, brevemente resumido por Lucas, el apóstol ha mostrado ante todo lo que Dios es en sí mismo: el Dios vivo; luego, cómo se ha manifestado por la creación que anuncia su infinito poder; cómo por último se revela por su Providencia que gobierna las naciones y hace bien a todos. Se ve aquí cómo Pablo sabía "hacerse todo a todos". No pudiendo, en medio de los paganos, invocar el testimonio de la revelación, toma por texto las obras de Dios en la naturaleza. (Comp. 17:22 y sigs.) Lucas no dice cuál fué el efecto del discurso; comprueba solamente que bastó apenas para *impedir* el acto de idolatría que los oyentes iban a cumplir: (gr.) *apenas calmaron la multitud para no sacrificarles.*

14. El fanatismo de esos *judíos* que habían perseguido a los evangelistas en Antioquía (13: 14,50) y en Iconium (v. 1,5) los impele a perseguirlos hasta en Listra (v. 8); y allí, habiendo *ganado* (*persuadido*) la voluble multitud, sin duda por falsos relatos, *apedrearon* a Pablo. *Creyéndole muerto le arrastraron afuera de la ciudad.* Más tarde, el apóstol recordará estas grandes tribulaciones, bendiciendo a Dios de haberle libertado de ellas (2 Cor. 11:25; 2 Tim. 3.11).

15. Aun en esta ciudad completamente pagana de Listra, el apóstol había llevado ya a Jesucristo algunos *discípulos.* Salen de la ciudad en pos de los asesinos del apóstol; *forman círculo a su derredor,* preparándose sin duda para cumplir con él los últimos deberes, y son testigos de su sorprendente restauración. Entre ellos se hallaba un joven que, más tarde, se hará un amigo querido al corazón del apóstol y su compañero de tarea (16:1 y sig.). Fué sin duda gracias a una intervención divina como pudo Pablo *levantarse* inmediatamente después de haber vuelto de su desvanecimiento, *entrar en la ciudad* y, a pesar de las heridas que había recibido, *partir el día siguiente para Derbe.* La situación de *Derbe* no puede ser fijada con tanta precisión como la de Listra. Unos creen que estaba al sudeste de Listra, cerca de las aldeas actuales de Bossola y de Zosta; otros más al oeste, cerca de Gudelissin.



19 Mas sobrevinieron de Antioquía e Iconium judíos, y habiendo
persuadido las multitudes y apedreado a Pablo le arrastraron
20 fuera de la ciudad, pensando que estaba muerto [14]. Mas habién-
dole rodeado los discípulos, levantándose entró en la ciudad. Y al
día siguiente partió con Bernabé a Derbe [15].

D. 21-28. Regreso de Pablo y Bernabé a Antioquía de Siria. — 1º *Visita a las iglesias fundadas.* Después de haber ganado al evangelio numerosos discípulos en Derbe, los misioneros vuelven a Listra, Iconium y Antioquía, donde afirman a los discípulos y les presentan las tribulaciones como condición de entrada en el reino de Dios. Establecen ancianos en todas las iglesias y los encomiendan al Señor (21-23). — 2º *Pablo y Bernabé en Pamfilia. Su retorno a Siria.* Atraviesan Pisidia, llegan a Pam-

filia, predican el envangelio en Perga, luego se embarcan en Attalia para Siria. Llegados a Antioquía, convocan la iglesia y le relatan cuanto ha hecho Dios por su medio, cómo ha abierto a los paganos la puerta de la fe. Prolongan su estada en Antioquía (24-28).

21 Y habiendo evangelizado la ciudad aquélla y hecho bastantes
discípulos[16] se volvieron a Listra y a Iconium y a Antioquía,
22 confirmando las almas de los discípulos, exhortándoles a perseve-
rar en la fe, y que por muchas tribulaciones es necesario que
23 entremos en el reino de Dios[17]. Y habiéndoles elegido en cada
iglesia ancianos, habiendo orado con ayunos los encomendaron al
Señor en quien habían creído[18].

16. Lucas resume en una palabra la residencia de los apóstoles en esta ciudad: *evangelizar, anunciar la buena nueva;* pero allí también hicieron *buen número de discípulos.* Para ello es necesario que hayan permanecido en la ciudad algún tiempo.

17. De Derbe, Pablo y Bernabé, volviendo sobre sus pasos, reanudan en sentido inverso, a través del Asia Menor, todo el viaje que habían hecho. No vacilan en volver a esas ciudades de *Listra,* de *Iconium* y de *Antioquía,* donde han sufrido la persecución y hallarán otra vez los mismos enemigos. Es que grandes deberes los llaman. Por doquier han dejado *almas* convertidas al Salvador, y, en su tierna solicitud por ellas, sienten la necesidad de *confirmarlas* en medio de los peligros que las rodean, a fin de que *perseveren en la fe.* Y para que estos nuevos discípulos no se extrañen de los sufrimientos que soportan los apóstoles y a los cuales ellos mismos están expuestos, los misioneros les enseñan esta importante verdad, que *por muchas aflicciones nos es necesario entrar en el reino de Dios. Es necesario,* no hay otro camino que el que ha seguido el Salvador; *nos* es necesario, a nosotros todos, sin excepción, a pesar de la diferencia de los tiempos (1 Tes. 3:2-4;2 Tim. 3:12).

18. Otro deber también llevaba de nuevo a los apóstoles hacia esas iglesias jóvenes: el establecer en medio de ellas, para dirigirlas e instruirlas, *ancianos* (Véase 11:30; 1ª nota; Comp. Tito 1:5). Pablo jamás emplea este término en sus epístolas, salvo en las Pastorales. Llama a los que ejercen cargos en las iglesias *presidentes* (1 Tes. 5:12), *diáconos* (Rom. 16:1), *obispos* (Fil. 1:1). Pero no resulta de ello que la mención de estos *ancianos* constituya un anacronismo. Como observa Wendt, pudo este título ser usado en Asia Menor para designar los conductores de las iglesias (Comp. 20:17). El verbo que traducimos por *elegir* significa, según la etimología: *elegir levantando la mano*; muchos intérpretes infieren de ello que los apóstoles dejaron a cada iglesia el cuidado de elegir, en su seno, a hombres que poseían su confianza (Comp. 2 Cor. 8:19, donde se halla el mismo verbo). Pero otros objetan esta suposición que el verbo griego ha tomado el sentido general de *escoger* (Comp. 10:41, donde se aplica a la selección que *Dios* hizo de los *Apóstoles*) y que el pronombre *les,* que lo acompaña en nuestro pasaje, muestra que los apóstoles fueron quienes procedieron a esa elección para los fieles en cada iglesia. En cuanto a la hipótesis que identifica



24 Y habiendo atravesado Pisidia llegaron a Pamfilia, y habien-
25 do hablado en Perga la palabra bajaron a Attalia[19], y de allí
26 navegaron a Antioquía, de donde habían sido encomendados a la
27 gracia de Dios para la obra que habían cumplido. Y habiendo
llegado y congregado la iglesia, anunciaban cuanto había hecho
Dios con ellos, y que había abierto a los gentiles la puerta de la
28 fe[20]. Y pasaban no poco tiempo con los discípulos[21].

estas iglesias con aquellas a las que Pablo dirigió la epístola a los Gálatas, véase 16:6, nota.

19. Habían entrado de nuevo en *Pisidia,* para volver a Antioquía. De ahí, dirigiéndose hacia el sur atraviesan esa provincia y entran en *Pamfilia.* Llegan a la ciudad de *Perga,* donde no parece que se hayan detenido en su primer pasaje (13:13). Esta vez, hacen una estada allí y *anuncian la palabra.* Luego, con la intención de volver a *Antioquía* de Siria, de donde habían partido (v. 26; 13:1-3), prosiguen su ruta hacia el sud hasta *Attalia,* puerto de mar sobre el Mediterráneo. De ahí se embarcan directamente para la Siria, sin tocar la isla de Chipre.

20. Llegados a Antioquía *de donde habían sido encomendados a la gracia de Dios* (v. 26), su primera necesidad es convocar una *asamblea* de la *iglesia,* a fin de dar cuenta de su misión. Conducen a sus oyentes por todos los países que han recorrido, por todas las ciudades donde han anunciado el evangelio, y *cuentan* sus triunfos y sus pruebas. Lo que han hecho lo atribuyen a *Dios* que lo hizo *con ellos* porque han trabajado en comunión constante con él. Los resultados de su viaje probaban de brillante modo que Dios *había abierto a los paganos la puerta de la fe.* Esta hermosa figura expresaba un hecho de inmensa importancia. Pablo se complacía en usar esta figura, con la cual atribuía a Dios toda la gloria de sus éxitos (1 Cor. 16:9;2 Cor. 2:12; Col. 4:3). En la medida en que el relato de Lucas es completo (cap. 13 y 14), Pablo y Bernabé pudieron relatar la fundación de siete iglesias como resultado de esta primera misión: dos en la isla de Chipre, luego en Antioquía de Pisidia, en Iconium, en Listra, en Derbe, en Perga. Eran esos pequeños comienzos, pero bastante para regocijar la iglesia de Antioquía y hacerle esperar todo en el porvenir.

21. Gr. *tiempo no poco.* Las indicaciones cronológicas de Lucas son a menudo muy vagas. Así, este primer viaje de misión, que relata de un modo tan abreviado, duró probablemente varios años, de 45 a 48 ó 49. Luego *este largo tiempo* que Pablo y Bernabé pasaron en Antioquía, trabajando en esta gran iglesia y sus alrededores (15:35), puede haber sido de dos años poco más o menos, pues los graves acontecimientos que van a seguir (cap. 15) tuvieron lugar en el año 51 ó 52.

---

## II. Conferencia de Jerusalén

### (Cap. 15:1-35)

1-35. Deliberación de los delegados de Antioquía con los cristianos de Jerusalén sobre la posición en la iglesia de los paganos convertidos. — 1º *La iglesia de Antioquía envía delegados a Jerusalén:* a) *Ocasión del envío.* Algunos llegan de Judea a enseñar en Antioquía que sin la circuncisión no se puede ser salvado. Su predicación produce turbación. Pablo y Bernabé tienen con ellos una viva discusión. Se decide llevar el asunto ante los apóstoles y los ancianos en Jerusalén. Pablo y Bernabé son delegados con algunos otros (1,2). b) *Viaje de los delegados. La acogida que reciben en Jerusalén.* La iglesia de Antioquía los acompaña. Atraviesan Fenicia y Samaria, relatando la conversión de los gentiles; causan mucho gozo a los hermanos. En Jerusalén son recibidos por la iglesia, los apóstoles y los ancianos, y les exponen la obra que Dios ha hecho por su medio. Algunos cristianos, fariseos de origen, afirman que los paganos deben ser circuncidados y constreñidos a observar la ley de Moisés (3-5). — 2º Los debates. Discurso de Pedro. Los apóstoles y los ancianos se reúnen; una grande discusión empieza. Pedro recuerda cómo le eligió Dios, a él, miembro de la iglesia de Jerusalén, para introducir los primeros gentiles en la iglesia, y cómo les ha dado el Espíritu Santo tanto como a los judíos, purificando sus corazones por la fe. Infiere de ello que imponerles un yugo que los judíos mismos no han podido llevar, sería tentar a Dios, puesto que solamente por la gracia de Dios los judíos tanto como los paganos son salvos (6-11). — 3º *Relato de Bernabé y de Pablo.* Aprovechando la calma producida por las palabras de Pedro, Bernabé y Pablo relatan los prodigios que Dios ha realizado por su medio entre los paganos (12). — 4º *Intervención de Jacobo.* Jacobo toma la palabra después del informe de ambos misioneros: a) *La conversión de los gentiles es el cumplimiento de las profecías.* Jacobo recuerda el relato de Pedro, que mostraba de qué manera Dios había empezado a escogerse un pueblo entre los paganos. Cita la profecía de Amós que anunciaba ese acontecimiento (13-18). b) *Posición de los gentiles en la iglesia.* No hay que crearles dificultades, sino solamente invitarlos a abstenerse de viandas sacrificadas a ídolos, de la fornicación, de las bestias ahogadas y de la sangre, y esto porque la ley de Moisés es muy conocida por la lectura que de ella se hace en las sinagogas (19-21). — 5º *Carta a las iglesias de Siria y de Cilicia.* Los apóstoles y los ancianos, de acuerdo con toda la iglesia, deciden enviar a Antioquía, con Pablo y Bernabé, dos delegados, Judas Barsabas y Silas, que serán portadores de una carta, cuyo texto Lucas da. Esta carta declara a los hermanos de entre los gentiles que las personas salidas de Jerusalén para turbarlos con sus discursos no tenían mandato alguno. Presenta a los delegados que irán con Bernabé y Pablo, a los cuales rinde homenaje como a fieles testigos de Jesucristo. Enuncia las únicas condiciones que los cristianos de Jerusalén, dirigidos por el Espíritu Santo, estiman necesario imponer a los paganos (22-29). — 6º *Los delegados en Antioquía.* Partidos de Jerusalén, los delegados llegan a Antioquía, reúnen la iglesia y le comunican la carta. Su lectura causa unánime gozo. Judas y Silas, profetas, fortalecen los cristianos de Antioquía con sus exhortaciones; luego se vuelven a Jerusalén, mientras Pablo y Bernabé continúan enseñando en Antioquía (30-35).



XV. Y algunos, habiendo bajado de Judea enseñaban a los her-
manos: Si no hubiereis sido circuncidados según la costumbre de
2 Moisés, no podéis ser salvados [1]. Y habiéndose producido una con-
tienda y no pequeña cuestión a Pablo y a Bernabé contra ellos,
ordenaron subieran Pablo y Bernabé y algunos otros de entre
ellos a los apóstoles y ancianos en Jerusalén sobre esta cuestión [2].
3 Ellos en efecto, habiendo sido acompañados por la iglesia atra-

1. Volvemos a hallar aquí (cap. 11:1:18, notas) en conflicto los dos partidos que existían entonces en la iglesia: por una parte, los judíos que habían abrazado el evangelio, pero sin renunciar a las observancias de la ley, a las que atribuían la más alta importancia. No se oponían a la entrada de los paganos en la iglesia; pero, convencidos de la perpetuidad y de los derechos divinos del judaísmo, exigían que los paganos convertidos fueran circuncidados y se comprometiesen por ello a observar todas las prescripciones de la ley; en pocas palabras, que los paganos se hicieran judíos antes de hacerse cristianos. La observancia de la ley no era a sus ojos la causa de la salvación, puesto que ellos mismos habían creído en el Salvador pero hacían de ella una condición absoluta: *Si no hubiereis sido circuncidados, no podéis ser salvados.* Si su opinión hubiera prevalecido, adiós salvación por gracia, por la fe sola; adiós libertad cristiana y universalidad del evangelio. La iglesia cristiana habría quedado como simple modificación del mosaísmo, una secta judía, semejante a las que persistieron durante los primeros siglos. Habría sido incapaz de conquistar el mundo. Es lo que sentía vivamente el varón que tenía por vocación especial llevar el evangelio a los paganos. Las necesidades de su obra (Gál. 2:2), y más aún las experiencias que habían hecho de él, fariseo celoso por la ley, el apóstol de la gracia, le indujeron a combatir vivamente las doctrinas de los judeo-cristianos. Pablo no se oponía a que se observaran las ceremonias de la ley considerándolas como medios de edificación o por respeto por las tradiciones de los padres. Él mismo hizo circuncidar a su discípulo Timoteo (16:3). Pero en cuanto las exigencias de los judaizantes llegaban nada menos que a falsear o trastornar el puro evangelio, entonces les oponía una resistencia invencible (v. 2) El conflicto era inevitable; la entrada de numerosos paganos en la iglesia lo hacían cada ves más agudo. La tormenta estalló en Antioquía, la principal iglesia del mundo pagano, a consecuencia de la llegada de algunos hermanos de Judea. El texto occidental agrega que eran *de los de la secta de los fariseos que habían creído* (Comp. v. 5, nota).

2. Gr. *Y una agitación habiendo venido, y a Pablo y Bernabé no pequeña disputa con ellos.* La *agitación* (la palabra significa *alzamiento,* sedición, 19:40) se produjo en la iglesia, oponiéndose Pablo y Bernabé vivamente a los doctores de Judea. *Resolvieron* **(gr. *ordenaron*)**, a saber, los cristianos de la iglesia de Antioquía. La iglesia eligió para esta delegación a *Pablo y a Bernabé,* a quienes consideraba como sus conductores, y

vesaban tanto Fenicia como Samaria refiriendo la conversión de
4 los gentiles, y causaban grande gozo a todos los hermanos[3]. Y
habiendo llegado a Jerusalén fueron recibidos de la iglesia y los
apóstoles y los ancianos, y anunciaron cuanto había Dios hecho
5 con ellos[4]. Mas se levantaron algunos de los de la secta de los
fariseos, que habían creído, diciendo: Es necesario circuncidarlos
y mandarles guardar la ley de Moisés[5].

a *algunos otros* de sus miembros. Entre los delegados estaba Tito, discípulo amado de Pablo (Gál. 2:1; Tito 1:4). La iglesia de Jerusalén, muy numerosa (21:20), teniendo a su cabeza *los apóstoles* y *los ancianos*, era la metrópolis de la cristiandad. Era pues natural que la de Antioquía deseara tener su opinión sobre la grave cuestión que la agitaba; tanto más cuanto que los que habían provocado el conflicto (v. 1) se presentaban como obrando por la autoridad de la iglesia de Jerusalén (v. 24). Importaba pues entenderse para conservar la paz. En cuanto a Pablo, por amor también de la paz consintió en esa delegación (Gál. 2:2); pues, como lo declara positivamente, no tenía que someter el evangelio que él predicaba al juicio de los otros apóstoles, habiendo recibido su apostolado directamente de Dios y de Jesucristo (Gál. 1:1). En el cap. 2 de la epístola a los Gálatas, Pablo ha hecho un relato abreviado de este viaje a Jerusalén, en el cual se hallan algunos detalles que parecen diferir del relato de Lucas, y de los que se debe tener en cuenta en la explicación de este último. Así, según Gál. 2:1, este viaje sería el segundo desde su conversión, mientras que, según Lucas, sería el tercero. (Véase sobre este asunto, 11:30, nota.) Así también, Pablo nos dice que lo hizo "por revelación de Dios" (Gál. 2:2), mientras que, en nuestro relato, parece obedecer solamente al voto de la iglesia de Antioquía. Mas ambos motivos se concilian perfectamente. Pablo habría probablemente rehusado esa delegación como contraria a la autoridad de su apostolado, si no hubiera tenido una indicación de lo alto. En cuanto a la época de este viaje, el relato de Lucas puede concordar con el del apóstol. Leemos en Gál. 2:1 que volvió a Jerusalén "catorce años después", después de su conversión o de su primera visita (Gál. 1:18), es decir diez y siete años después de su conversión. Ahora bien: como se coloca su conversión en el año 35 ó 36, y el concilio de Jerusalén en los años 50 a 52, el viaje relatado por Pablo (Gál. 2:1) tuvo lugar al mismo tiempo que éste.

3. Las palabras: *acompañados por la iglesia*, muestran que ésta, penetrada de la importancia de esta delegación, y deseosa de testificar su adhesión a los que ella enviaba, los condujo, con solemnidad, hasta alguna distancia de Antioquía (20:38; 21:5). *Fenicia* había sido ya visitada por cristianos (11:19), y en cuanto a *Samaria*, sabemos que había allí *hermanos* en gran número, que *se regocijaron* al oír los relatos de Pablo y Bernabé (8:5-8).

4. Fueron *recibidos*, acogidos *por la iglesia*, en una asamblea convocada para oírlos. Lo fueron, en particular por los *apóstoles y los ancianos* (v. 6, nota). Los términos empleados muestran que fueron recibidos oficialmente como delegados de la iglesia de Antioquía. El texto occidental (*C*, Peschito, etc.) tiene: Fueron recibidos *grandemente*.

5. Se puede encontrar extraña la manera cómo es el debate introducido ante los apóstoles y ancianos de



6 Y se congregaron los apóstoles y los ancianos para ver sobre
7 este asunto[6]. Mas producida grande cuestión, levantándose Pedro
díjoles: Varones hermanos, vosotros sabéis que desde antiguos
días entre vosotros eligió Dios que por boca mía oyeran los gen-

Jerusalén. Los delegados de Antioquía cuentan los triunfos misioneros de Pablo y Bernabé (v. 4), pero no dicen palabra del conflicto que había estallado en su iglesia, y por motivo del cual habían sido enviados a Jerusalén (v. 1 y 2). Son miembros de la iglesia de Jerusalén, antiguos fariseos, quienes empiezan el debate elevando sus pretensiones relativas a la circuncisión de los paganos. Parecería, a atenernos al texto de los principales manuscritos, que la discusión nació espontáneamente en Jerusalén, sin ser provocada por la diputación de Antioquía. Para evitar esta incoherencia del relato, algunos intérpretes han supuesto que el v. 5 formaba aun parte de la relación de los delegados (v.4); contaron... pero *que* algunos *se habían levantado*... Esta explicación es poco natural. La dificultad puede ser allanada, de modo más natural, si se admite el agregado del texto occidental en el v. 1, véase la nota. Según ese texto, los miembros de la iglesia de Jerusalén que habían ido a turbar la de Antioquía, eran ya antiguos fariseos, y sin duda los mismos personajes que presentaron los primeros sus pretensiones en Jerusalén. Vueltos al seno de su iglesia, empeñaron la lucha, a la llegada de los delegados de Antioquía, repitiendo las exigencias que habían formulado en Antioquía. Estos adversarios, nos dice Lucas, habían pertenecido, antes de su conversión, a *la secta de los fariseos*, y no habían renegado sus principios (v. 1, nota). No habían creído más que con la inteligencia; y animados quizá por ese celo de proselitismo que caracterizaba a los fariseos (Mat. 23:15) no habían admitido el evangelio más que por motivos interesados. En efecto, Pablo los llama "falsos hermanos que se habían introducido entre nosotros y se habían deslizado secretamente para espiar la libertad que tenemos en Jesucristo" (Gál. 2:4).

6. Pablo no habla (Gál. 2:2) más que de una conferencia privada en la que "expuso el evangelio que predicaba, en privado, a los que eran los más considerados", es decir, a los *apóstoles*. El relato de Lucas nos presenta, a partir del v. 7 por lo menos, la convocación de una grande asamblea de la iglesia, donde se deliberó sobre la cuestión ya resuelta en la conferencia que había tenido lugar entre sus conductores (Véase los v. 12,22,25; ya en el v. 6, el texto occidental añade: *con la multitud*). Se ha pretendido que esta asamblea general no era más que una invención de Lucas, sin realidad histórica. Se fundan sobre el silencio de Pablo en la epístola a los Gálatas. Pero este silencio se explica por el hecho de que lo que importaba a Pablo era demostrar a los Gálatas que en Jerusalén se había hallado de acuerdo con los apóstoles y los conductores de la iglesia (Gál. 2:7-9). La solemne diputación de Antioquía no podía permanecer ignorada de la iglesia, como tampoco la grave cuestión de que se trataba. Ahora bien: habría sido contrario a todos las costumbres del tiempo apostólico excluir la iglesia de toda participación en un debate de donde dependía su vida (Véase los cap. 6 y 11). El partido farisaico, por otra parte, ardiente por hacer triunfar su causa, no debió dejar de insistir en que ella fuera llevada ante la iglesia en-

8 tiles la palabra del evangelio y creyeran[7]. Y el Dios conocedor
de corazones les dió testimonio al darles el Espíritu Santo confor-
9 me también a nosotros, y ninguna distinción hizo entre nosotros
10 y ellos, habiendo por la fe purificado sus corazones[8]. Ahora pues
¿por qué tentáis a Dios, al poner un yugo sobre la cerviz de los
discípulos, que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido so-
11 portar? Más aun, por medio de la gracia del Señor Jesús creemos
ser salvados de la misma manera que también aquéllos[9].

tera. Hay pues varias buenas razones para admitir el relato de Lucas y la realidad de esta gran asamblea, impropiamente llamada concilio apostólico.

7. Hubo *grande cuestión,* porque los partidarios de la circuncisión fueron los primeros que expusieron sus pretensiones. Se ve qué libertad dejaban los apóstoles a sus hermanos. Pero *Pedro se levantó* para hablar. Él era el apóstol de la circuncisión; no obstante, había sido el primero elegido por Dios para hacer oir a paganos la *palabra del evangelio.* Recuerda ese gran acontecimiento relatado en el cap. 10 y que, *desde mucho tiempo atrás* (gr. *desde antiguos días*), había decidido la cuestión. Hacía, en efecto, diez años por lo menos que ese hecho había tenido lugar y que la iglesia de Jerusalén lo había aprobado; ¿por qué pues volver sobre el asunto? Pedro no dice: Dios *me* eligió, sino: Dios *hizo selección,* decidió que... Este giro hace resaltar mejor la autoridad de Dios, y en cuanto a Pedro, es más modesto. Hemos admitido, con la mayor parte de los críticos, la lección entre *vosotros* (*Sin., B,A,C*) en lugar de entre *nosotros* (*mayúsc. recientes*). Meyer estimaba que el sentido requería *nosotros,* puesto que Pedro ha debido naturalmente contarse en el número de sus hermanos. Blass admite *nosotros* en ambos textos. Pero se puede decir que este *vosotros* da énfasis al hecho de que en la iglesia de Jerusalén había Dios elegido a Pedro para introducir el primer pagano en su iglesia.

8. He ahí un argumento al que nada absolutamente había que responder, pues reposaba sobre el *testimonio de Dios* (gr.) *el conocedor de corazones,* que había *dado* a los paganos convertidos *el Espíritu Santo,* sin hacer *ninguna diferencia* entre ellos y los judíos. Pedro había presentado ya, en otra ocasión, esta razón irrefutable (11:15,17). Este don de Dios a los paganos había *purificado sus corazones por la fe,* sin el auxilio de la circuncisión, que no era más que la señal de la purificación. Los judaizantes exigían aún esa señal, porque ignoraban que es el *corazón* lo que debe ser circuncidado (7:51; Rom. 2:28, 29).

9. *Ahora pues,* puesto que la obra de Dios es evidente a nuestros ojos, *¿por qué tentáis a Dios?* Tentar a Dios es provocar sus juicios, desconociendo su voluntad y oponiéndole nuestra incredulidad y nuestras rebeliones (Ex 17:2). Los cristianos judaizantes tentaban a Dios, puesto que *la gracia de nuestro Señor Jesús* les era predicada como el único medio para el cual el pecador puede *ser salvado,* y, no obstante, ellos querían imponer a los paganos convertidos *el yugo* intolerable de la ley (Comp. Mat. 23:4; Gál. 5:1). Pedro profesa altamente su fe en esa salvación por gracia; y puesto que Dios no ha hecho diferencia entre los judíos y los paganos (v.



12 Y calló toda la muchedumbre, y oían a Bernabé y a Pablo
refiriendo cuantas señales y prodigios había hecho Dios entre los
13 gentiles por medio de ellos[10]. Y después de callar ellos respondió
14 Jacobo, diciendo: Varones hermanos, oídme. Simeón ha referido
cómo Dios primero ha visitado para tomar de entre los gentiles
15 un pueblo para su nombre[11]. Y con esto concuerdan las palabras
16 de los profetas, conforme escrito está: Después de esto volveré
y reedificaré el tabernáculo de David que está caído, y sus ruinas
17 reedificaré y lo levantaré otra vez, para que busquen los restan-
tes de los hombres al Señor, todos los gentiles sobre quienes ha
sido invocado mi nombre, dice el Señor que hace estas cosas[12]

9), el apóstol tampoco hace ninguna: *de la misma manera que ellos también.* Está pues en plena armonía con Pablo en esta importante doctrina. Este último, como observa Meyer, también lo reconoce; pues, si más tarde, en Antioquía, debió reprochar a Pedro un momento de inconsecuencia (Gál. 2:14), pudo en esta circunstancia apelar a su perfecto acuerdo sobre el principio mismo de la justificación por la fe (Gál. 2.15,16). El discurso de Pedro es el último acto de este apóstol que Lucas cuenta.

10. El discurso de Pedro tuvo por efecto imponer silencio a los adversarios (Comp. 11:18), y *toda la multitud* dió su asentimiento tácito. *Bernabé y Pablo* aprovecharon de esa calma de la asamblea para *contar* los grandes resultados que habían obtenido entre los paganos. Atribuyen toda la gloria de ellos a Dios, pues él solo puede hacer *esos milagros y esos prodigios,* por lo que se debe entender, no solamente curaciones, sino también y sobre todo los efectos poderosos de la palabra y del Espíritu de Dios en las almas. Su relato era una confirmación brillante del discurso de Pedro.

11. Después que ambos misioneros hubieron acabado su exposición, *Jacobo* (véase 12:17, 2ª nota), que ejercía una influencia tan grande en la iglesia de Jerusalén, *tomó la palabra* (gr. *respondió,* pues su discurso responde a la situación creada por lo que acababa de decirse, Comp. 3:12; 5:8). Aprueba primeramente la exposición que Pedro (le llama *Simeón,* según la antigua forma hebraica de su nombre primitivo) acaba de hacer, de la conversión de los primeros paganos; muestra luego en ese importante acontecimiento el cumplimiento de la palabra profética (v. 16-18); por último, hace una proposición práctica que pueda responder al anhelo de todos (v. 19-21). Los términos en que expresa el hecho de la entrada *de los paganos* en la iglesia, son notables: *Dios,* dice, *por primera vez* (Comp. 14:16), *tuvo cuidado* (gr. *echó la mirada, consideró*) *en tomar de en medio de los paganos un pueblo para su nombre,* es decir que *llevara* ese nombre. El término de *pueblo* no era dado jamás sino a los judíos; aplicándolo a las naciones paganas, Jacobo las hace iguales a Israel; era, como observa Bengel, "enigma tópico para oídos judíos" (Comp. Rom. 9:24-26).

12. Amós 9:11,12. Jacobo, como todos los apóstoles, se empeña en mostrar el *acuerdo* de sus afirmaciones *con las palabras de los profetas.* Así, halla la conversión de los paganos anunciada en esa profecía de Amós, que, en un tiempo desdichado de la

18 conocidas desde la antigüedad [13]. Por lo cual yo juzgo de no per-
19 turbar a los que de los gentiles se convierten a Dios, sino de
20 escribirles que se abstengan de las contaminaciones de los ídolos
21 y de la fornicación y de animal ahogado y de la sangre [14]. Moisés,

historia de Israel, promete el restablecimiento de la *casa de David*, de su dinastía de su reino espiritual. Esta casa no era entonces, a los ojos del profeta, más que un *tabernáculo*, una frágil *tienda, caída en ruinas*, porque diez tribus del pueblo se habían separado de ella. Pero vendrán los tiempos en que Dios la *reedificará*, la restablecerá en su antiguo esplendor. Y entonces *el resto de los hombres, todos los gentiles* paganos *sobre los cuales el nombre de Dios será invocado, buscarán al Señor* y serán recibidos en gracia, sin otras condiciones. Es lo que *dice el Señor que*, ahora, *hace estas cosas, que son conocidas* de él *desde la eternidad*. Jacobo citó esta profecía en la lengua original. Lucas la refiere libremente según la versión griega. Ésta difiere en diversos respectos del hebreo, cuya traducción literal es como sigue: "En aquel día, yo levantaré la tienda de David que ha caído; repararé sus brechas; levantaré sus ruinas y la reedificaré como en los días antiguos, a fin de que posean el resto de Edom y todos los gentiles sobre los cuales mi nombre es invocado, dice el Eterno, que hace esto.". Se ven las dos principales diferencias entre el hebreo y la versión griega. Ésta tiene: *el resto de los hombres*, en lugar de *el resto de Edom*. Luego, los traductores griegos transformaron la afirmación de que los israelitas *poseerán las naciones* en ésta: las naciones *buscarán al Señor*, pensamiento que no está en el hebreo. Tenían evidentemente ante sus ojos un texto diferente de nuestro texto hebreo actual. Y se puede preguntar si no era así también para Jacobo, pues la palabra de Amós, tal como la leemos hoy en las biblias hebreas, no contiene sino muy indirectamente la profecía que Jacobo invoca.

13. La lección que hemos adoptado con la mayor parte de los editores, por autoridad de *Sin.*, *B*, *C*, reduce el v. 18 a estas únicas palabras: *conocidas desde la eternidad*. Esas cosas que Dios había anunciado por el profeta, y que él conocía desde la eternidad, porque las había resuelto en su consejo, era la conversión de los paganos y el destino de la salvación a todos los hombres. No debían pues ser, para los oyentes de Jacobo, motivo de asombro o de duda. Lachmann y Blass adoptan el texto de *A*, *D*, Vulgata: "Su obra es conocida del Señor desde la eternidad." Por último el texto recibido, con algunas *mayúsc.* y la mayor parte de las *minúsc.* tiene: "Todas sus obras son conocidas de Dios desde la eternidad." En las tres lecciones, la idea es la misma.

14. Con sabiduría enteramente apostólica, Jacobo propone pues no (gr.) *importunar además, a los paganos que se convierten a Dios*, imponiéndoles, además de la fe, la circuncisión y la observancia de la ley de Moisés (v. 5), sino simplemente recomendarles la abstención, negativa y fácil, de ciertas prácticas autorizadas en el paganismo, pero que, prohibidas por la ley, eran objeto de horror para lós judíos. Sin esta precaución, ninguna relación fraternal habría podido establecerse entre los creyentes nacidos en el judaísmo y los que se convertían del paganismo. Estas prescripciones, que los judíos hacían ya a los prosélitos de entre los paganos, caían sobre tres puntos: primeramente, las *contaminaciones de los ídolos*; lo que, según el v. 29 significa las viandas sacrificadas a los ídolos. Se hacían con ellas festines que degeneraban en orgías. Y, aun sin esos abusos, comer de esas bestias sacrificadas a los ídolos era a los ojos de algunos participar del culto pagano. (Véase 1 Cor. cap. 8.) Jacobo nombra en segundo lugar la *fornicación*, o la impureza. (Comp. v. 29, donde el orden de estas prescripciones es diferente.) Se ha hallado extraño encontrar este precepto enteramente moral en medio de ordenanzas que no tenían más que un carácter ritual. Pero si se recuerda lo que eran las costumbres del paganismo, si se considera que los mejores de sus moralistas no reprobaban más que el adulterio, y aun el de la mujer sola, no se pensará ya que los paganos convertidos llegasen, en dos días, a practicar la pura moral cristiana. Por lo demás, puede ser, como piensan muchos intérpretes, que se trate de matrimonios en grados prohibidos por la ley (Lev. 18), o de relaciones contrarias a la estricta monogamia (1 Tim. 3:2, 1 nota). Por último, la ley de Moisés prohibía a los judíos comer animales *ahogados* (gr. *ahogado*) o *sangre* conservada en las bestias que no habían sido desangradas (Lev. 3:17; 17:10-14). Tenían pues horror a la sangre como alimento, y sus hermanos debían, por caridad, respetar ese escrúpulo. Varios intérpretes cuentan cuatro preceptos, distinguiendo la prohibición de comer la carne de los animales ahogados de la de gustar de la *sangre*. Fundan esta distinción en el hecho de que en los sacrificios, los paganos bebían la sangre de las víctimas, mezclada con vino.

15. Gr. *Desde generaciones antiguas*. Las palabras con que termina Jacobo su discurso son evidentemente destinadas a motivar su proposición. Como no son muy claras, se las comprende de dos modos: puesto que Moisés es leído y predicado, no es necesario prescribir nada a los cristianos judíos que son instruídos por él; no tienen más que observar la ley como lo han hecho hasta ahora. O bien: Siendo Moisés desde tanto tiempo predicado *en cada ciudad y leído en las sinagogas cada día de sábado*, estando así la ley profundamente grabada en el espíritu de los judíos y conocida aún de los paganos que los rodean, es necesario impedir que hombres admitidos como miembros en las iglesias tengan una conducta en contradicción flagrante con los principios de esta ley. Esto sería un escándalo para sus hermanos salidos del judaísmo y un motivo de asombro para los paganos mismos. Pensamos que este último pensamiento es el que Jacobo ha querido expresar. Si en tal espíritu de caridad estas prescripciones fueron propuestas por Jacobo y votadas por la asamblea, se comprende que Pablo haya podido aceptarlas sin conceder nada de sus principios relativos a la salvación por gracia y a la libertad cristiana. Él mismo, tratando más tarde estos asuntos en sus epístolas a los Corintios (1 Cor. 8-10) y a los Romanos (cap. 14 y 15), exhortará a los fuertes, a hacer concesiones a los débiles. Se ha dicho que el voto de la asamblea de Jerusalén, que habría prescripto estas condiciones a los cristianos salidos del paganismo, estaba en contradicción con la afirmación de Pablo (Gál. 2:6): "Los que son más considerados no me impusieron nada." Pero expresándose así Pablo hablaba de la circuncisión, cuya aplicación a Tito exigían los ju-



en efecto, desde generaciones antiguas en cada ciudad tiene los
que le predican en las sinagogas, siendo leído en todo sábado [15].

22 Entonces pareció bien a los apóstoles y a los ancianos con la
iglesia entera [16], habiendo elegido varones de entre ellos enviar a
Antioquía con Pablo y Bernabé, a Judas el llamado Barsabas y
23 a Silas, varones principales entre los hermanos [17], habiendo escri-
to por mano de ellos [18]: Los apóstoles y los ancianos y los her-
manos, a los hermanos de entre los gentiles por Antioquía y Siria
24 y Cilicia, salud [19]. Por cuanto hemos oído que algunos de entre

daizantes. Podía, a pesar de las ordenanzas promulgadas por la asamblea de Jerusalén, decir con toda verdad que nada le habían "impuesto", pues esas ordenanzas, observadas ya por los prosélitos, no introducían ninguna condición nueva y dejaban intacta la cuestión de principio. En cuanto a lo que Pablo escribe (Gál. 2:10): *solamente que nos acordáramos de los pobres*, estas palabras expresan un deseo, una recomendación, no una prescripción. No se podrían pues oponer al relato de Lucas.

16. *Con toda la iglesia;* hay que notar bien estas palabras que completan el v. 6. La historia de esta asamblea, que se ha llamado concilio de Jerusalén, derrama preciosa luz sobre la constitución de la iglesia primitiva. Los partidarios del clericalismo han pretendido que ese concilio no había sido celebrado más que por los *apóstoles*, asistidos por los *ancianos*, y que, como se trataba de una cuestión de doctrinas, los simples fieles de la iglesia no habían tenido participación. Es verdad que la iglesia de Antioquía envía a Jerusalén para consultar a "los apóstoles y los ancianos" (v. 2), que se reúnen a fin de deliberar sobre esta importante cuestión (v. 6); es también muy natural que su opinión tuviera la mayor importancia y autoridad. Pero obsérvese bien, desde el principio hasta el fin de esta transacción, la iglesia, como tal, toma parte en ella. Es lo que resulta de modo evidente de los v. 5, 12, 23, 30. Lo mismo había ocurrido cuando la elección de los primeros diáconos (cap. 6).

17. Además de la carta que va a seguir y de que fueron encargados *Pablo* y *Bernabé* la iglesia decidió muy sabiamente *enviar* a Antioquía, con ellos, dos de sus *principales* miembros (gr. *gobernantes;* comp. Luc. 22:26), que darían testimonio de viva voz de lo que había ocurrido en Jerusalén (v. 27). *Judas Barsabas* no es conocido de otro modo. En cuanto a *Silas*, llegaría a ser el compañero de tareas del apóstol Pablo: v. 40; comp. 17:4; 18:5; 2 Cor. 1:19; 1 Tes. 1:1; 2 Tes. 1:1. En estos últimos pasajes, Pablo le llama Silvano, que es la forma latina del nombre.

18. Gr. *por su mano;* hebraísmo que no significa que los enviados de la iglesia redactaron la carta, sino que fueron sus portadores ante las iglesias nombradas a continuación. Esta carta, cuya autenticidad se ha puesto en duda sin razón suficiente, lleva sin embargo todos los caracteres de su origen. Es clara y completa en su brevedad. Y, como este importante documento fué muy pronto distribuído por las iglesias de Asia Menor, para las cuales tenía tan alto interés (16:4; 21:25), nada fué más fácil para Lucas que procurarse una copia, que nos ha conservado.

19. Una variante de *Sin.*, *B*, *A*, *C*, *D*, admitida por Tischendorf y varios críticos, suprime estas dos palabras: *y los* delante de *hermanos*, de modo que este último término se aplicaría a los ancianos y no a los demás miembros de la iglesia. Habría



nosotros os han turbado con discursos trastornando vuestras
25 almas, a quienes no hemos mandado [20], ha parecido bien a nos-
otros, llegados a la unanimidad, habiendo elegido varones enviar
26 a vosotros con nuestros amados Bernabé y Pablo, hombres que
han expuesto sus vidas por el nombre del Señor nuestro Jesucris-
27 to [21]. Hemos enviado pues a Judas y a Silas anunciando ellos

que traducir entonces: "Los apóstoles *y los ancianos hermanos.*" Esta variante tiene todo el aspecto de una corrección inspirada por el clericalismo naciente, que no quería que *los hermanos* fueran también firmantes de la carta. No es probable que se hubieran agregado esas palabras, si no hubieran formado parte del texto primitivo. La carta es dirigida *a los hermanos de entre los gentiles que están en Antioquía y en Siria*, donde, desde la capital del país, el evangelio se había extendido; por último *en Cilicia*, patria de Pablo, donde él mismo había anunciado a Jesucristo (9:30, nota; 11:25; 15:41) Es necesario realzar el hecho de que la carta es dirigida solamente a las iglesias de esas provincias, en las cuales los judíos eran particularmente numerosos. Esto explica, por una parte, cómo Pablo no hace ninguna alusión a ella en 1 Cor. 8-10, donde trata el mismo asunto: el decreto de Jerusalén era desconocido de los cristianos de Grecia. Y por otra parte, se puede ver, con Wendt, en esta dirección limitada una prueba de la autenticidad del documento. Si Lucas no lo hubiera encontrado redactado en estos términos, le habría atribuído sin duda una dirección más general, tanto más cuanto que, según su propio relato (16:4), los misioneros, en su segundo viaje, recomendaban las decisiones de Jerusalén aun a iglesias situadas en regiones más lejanas. El saludo griego que traducimos por: *salud*, significa: *¡alegraos!* o *¡gozo a vosotros!* (Comp. 23:26.) Se ha observado que, de todos los escritores del nuevo testamento, Jacobo es el único que emplea esta fórmula en su epístola (1:1); y se ha inferido de ello que él es quien redactó nuestra carta. Vista su alta posición en la iglesia de Jerusalén y la parte que había tenido en la conclusión del debate, esta opinión no es inverosímil.

20. Se ve que la asamblea de Jerusalén sintió pena de que los cristianos de Antioquía fueron *turbados* y *trastornados* en sus almas, y que ella desaprueba a los hombres por quienes ocurrió. *Ninguna orden*, ningún *mandato* les había sido dado, como probablemente habían pretendido. El texto recibido con *C*, *mayúsc.*, vers., agrega estas palabras: *diciendo que es necesario ser circuncidados y guardar la ley.* Los críticos y los exégetas las suprimen. Sin embargo es posible que la carta expresara la causa del conflicto.

21. Hay en esta parte de la carta dos cosas que serán de la más alta importancia para las iglesias a las cuales es dirigida: primeramente el hecho de que la asamblea de Jerusalén se había *puesto de acuerdo* (gr. *tornada unánime*) y que así su decisión no había sido tomada por mayoría solamente. Luego, que la carta habla de *Pablo y Bernabé* con veneración y amor. Son reconocidos como fieles siervos de Dios *que han expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo.* Es ésta una alusión a las persecuciones que habían padecido en su primer viaje de misión. (Véase en particular 14:19.) Aunque, desde el cap. 13:9, Pablo es ordinariamente nombrado

28 también lo mismo de palabra [22]. Ha parecido bien, en efecto, al
Espíritu Santo y a nosotros que ninguna carga más sea puesta
29 sobre vosotros fuera de esto necesariamente: abstenerse de lo sa-
crificado a ídolos y de sangre y de animales ahogados y de
fornicación [23]; de lo que guardandoos bien os irá [24]. Pasadlo bien.
30 Ellos en efecto, despedidos descendieron a Antioquía, y habiendo
31 congregado la muchedumbre entregaron la carta. Y habiéndola
32 leído se gozaron por la consolación [25]. Tanto Judas como Silas,

antes de Bernabé, es natural que aquí y en el v. 12 se encuentre el orden inverso, puesto que Bernabé era conocido en Jerusalén desde mucho tiempo antes que Pablo; él precisamente era quien le había introducido ante la iglesia (9:27). Bleek y Meyer ven con razón en este detalle una prueba de la autenticidad del documento conservado por Lucas.

22. *Las mismas cosas* que las contenidas en la carta. Las confirmarán *de palabra,* con la autoridad de hombres que son delegados por los apóstoles de Jerusalén.

23. Véase v. 20, nota. Estas palabras solemnes: *Ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros,* distingue la influencia del Espíritu Santo de la convicción personal en los que hablan; pero ambas cosas son inseparables como la causa y el efecto. El Espíritu Santo es quien ha obrado esa convicción, y los autores de la carta tienen clara conciencia de ello (Comp. 5:32; Juan 15:26, 27, nota). ¡Cuántas veces ha sido repetida esta fórmula en concilios donde el error y las pasiones humanas tenían mucha mayor parte que el Espíritu Santo!

24. Se traduce ordinariamente: *Cosas de que haréis bien en guardaros.* Pero la expresión griega significa: *os hallaréis bien.* Los apóstoles quieren decir: Tendréis así la paz y la concordia en la iglesia. Rilliet y Oltramare traducen también de este modo. Algunos documentos presentan en el v. 29 tres variantes, de las cuales las dos primeras se hallan igualmente en el v. 20: 1º las palabras: *y de animales ahogados* son omitidas; 2º después de las palabras: *y de fornicación,* se lee: *y todo lo que no queréis que a vosotros mismos acontezca, no hacerlo a los demás;* 3º después de: *os hallaréis bien, D,* Ireneo, Tertuliano, agregan: *siendo llevados por el Espíritu Santo.* Blass admite las tres variantes en su texto occidental. Para Zahn la primera resulta en todo caso de una mutilación del texto original; la segunda es una interpolación hecha en oriente primeramente y por los siguientes motivos: el decreto de Jerusalén no tenía ya aplicación; se procuró transformarlo en una especie de catecismo moral; se dejó caer la prohibición relativa a los animales *ahogados;* se entendió la relativa a las viandas *sacrificadas a los ídolos,* del culto pagano en general; y la relativa a la *sangre,* de la efusión de la sangre humana; a la mención de los tres pecados capitales: idolatría, homicidio, adulterio, se añadió este resumen de la ley: *todo lo que no queréis que se os haga, no lo hagáis a los demás* (Comp. Mat. 7:12; Rom. 13:8-10).

25. En Antioquía, como en Jerusalén, es la *multitud* de la iglesia la que *se reúne* para recibir la respuesta esperada. Se concibe que escuchando la lectura de la carta todos *se regocijarán de la consolación.* Era en efecto para ellos una *consolación* inmensa el saber que no serían ya turbados (v. 24) en su fe en la salvación por gracia y que quedaban libertados del yugo de la ley judía. No hay que traducir, como lo hacen varios: se regocijaron de *la exhortación.* La palabra griega, tiene, sí, este sentido también; pero la exhortación recibida en Antioquía era de abstenerse de las cosas sacrificadas a los ídolos, etc. Bien: ¿qué motivo de alegría había en esas prescripciones?



siendo ellos también profetas, por grande discurso exhortaron a
33 los hermanos y los confirmaron [26]; y habiendo pasado un tiempo
fueron despedidos con paz de los hermanos hacia los que los
35 habían enviado [27]. Mas Pablo y Bernabé moraban en Antioquía,
enseñando y anunciando con otros muchos también la palabra del
Señor [28].

---

## III. Segundo Viaje Misionero. El Evangelio en Grecia
### (15:36 a 18:22)

A. 36-41. La partida. — 1º *Desavenencia entre Pablo y Bernabé.* Pablo propone a Bernabé volver a visitar las iglesias que han fundado en su precedente viaje. Bernabé quiere tomar consigo a Juan Marcos. Pablo se niega a causa de la defección de Juan en Pamfilia. Esta disidencia fué tan viva que los dos misioneros se separan. Bernabé, con Juan Marcos, se embarca para Chipre (36-39). — 2º *Comienzos del viaje de Pablo.* Pablo escoge a Silas. La iglesia los encomienda al Señor. Recorren Siria y Cilicia, fortificando las iglesias (40,41).

36 Y después de algunos días dijo a Bernabé Pablo: Volviendo
pues visitemos a los hermanos por toda ciudad en las que hemos
37 anunciado la palabra del Señor, cómo están [29]. Y Bernabé quería

26. Véase, sobre este don de *profecía,* 11:27, 28, nota; 31:1. Judas y Silas, teniendo ese don, eran capaces de *exhortar* con potencia.

27. Gr. *Fueron despedidos con paz,* es decir, con votos de paz y de prosperidad para su viaje. El texto recibido tiene: *hacia los apóstoles* en lugar de: *hacia los que los habían enviado* (*Sin., B, A, C, D*). A continuación de estas palabras el mismo texto contiene éstas, que forman el v. 34: "Silas empero juzgó conveniente quedar allí." Esta observación se lee en *C, D,* muchas *minúsc.* y vers. Blass la considera como perteneciente a ambas redacciones. En el texto occidental, admite además este agregado de *D*: "y Judas solo partió". Es necesario, en todo caso sobrentender esta indicación, puesto que, en el v. 40, Silas se halla aún en Antioquía.

28. Gr. *Enseñando y evangelizando la palabra del Señor.* Estos dos discípulos, y aun *muchos otros,* hallaban, en la gran ciudad de Antioquía y sus alrededores, un campo bastante vasto para sus trabajos.

29. *Cómo están,* es decir, cuál es su estado espiritual, desde su conversión. El apóstol muestra su amor y su viva solicitud por las almas que había llevado a Jesucristo. Fundar iglesias es una gran cosa; confirmarlas, hacerlas avanzar en la vida cristiana, es otra, no menos importante. Hay en el texto, después de la palabra *volvamos,* una partícula que indica que esta proposición debe ser ejecutada inmediatamente, sin dilación.

38 tomar consigo también a Juan, al llamado Marcos; mas Pablo
juzgaba justo, al que se había apartado de ellos desde Pamfilia
39 y que no había ido con ellos a la obra, a éste no tomar consigo.
Y se produjo una irritación, al punto de apartarse uno del otro,
40 y Bernabé tomando consigo a Marcos navegar a Chipre [30]. Mas
Pablo, habiendo escogido a Silas partió, encomendado a la gracia
41 del Señor por los hermanos [31]; y atravesaba Siria y Cilicia con-
firmando las iglesias [32].

B. 1-12. De Derbe a Filipos. — 1º *Visita a Derbe y Listra. Timoteo asociado a los misioneros.* Llegados a Derbe y a Listra, Pablo halla allí un discípulo, Timoteo, hijo de judía y gentil, que disfrutaba de la estima de los hermanos. Resuelto a tomarle consigo, Pablo le circuncidó, a causa de los judíos (1-3). — 2º *Promulgación de las decisiones de la conferencia*

30. Se recuerda que *Juan apellidado Marcos* (véase sobre este discípulo 12:12, nota) había partido con Pablo y Bernabé en ocasión de su primer viaje de misión (13:5); *y que los había dejado desde Pamfilia* para regresar a Jerusalén (13:13). Parece que Pablo había desaprobado y juzgaba severamente los motivos, para nosotros desconocidos, de esa retirada. Aplicaba sin duda a Marcos la palabra del Señor: "El que ha puesto la mano al arado y mira atrás, no es apto para el reino de Dios" (Luc. 9:62). No quiere pues *tomar consigo*, como compañero de trabajo, al que había retrocedido quizá ante las fatigas y los peligros de la misión. Bernabé, de su parte, por un afecto lleno de indulgencia por Marcos que era su pariente (Col. 4:10), quería llevarle *con ellos*. Hubo una *disidencia* (gr. *irritación*) *tal que se separaron uno del otro*, y que Bernabé, persistiendo en su idea, *tomó a Marcos consigo y se embarcó para la isla de Chipre*, adonde le gustaba volver, porque era su patria (4:36; 13:4, nota). Este relato deja en el alma del lector una impresión de tristeza. Nos muestra que los más eminentes siervos de Dios son aún hombres, y que el Maestro solo fué "sin pecado". Sabemos felizmente que no quedó, en el corazón de estos tres hombres, ninguna huella de animosidad. Más tarde, Pablo habla de Bernabé con la más alta estima (1 Cor. 9:6), y de Marcos con el más tierno afecto (Col. 4: 10; 2 Tim. 4:11; Filem. 24).

31. *Silas* (v. 22 y 33, notas) estaba aún en Antioquía, puesto que Pablo le *escogió para sí*, como su compañero en este segundo viaje de misión. Antes de partir, *fueron encomendados* (gr.) *entregados a la gracia de Dios por los hermanos*, es decir, por la iglesia (Comp. 14:26). Resulta de este hecho, según toda verosimilitud, que la iglesia de Antioquía aprobó la conducta de Pablo en su desavenencia con Bernabé.

32. Para ir de Antioquía al Asia Menor, donde el apóstol había fundado las iglesias que quería visitar (v. 36), Pablo y Silas debían *atravesar* la parte septentrional de la *Siria;* penetraron luego en la *Cilicia*, patria de Pablo. En estas dos provincias encontraron ya *iglesias a confirmar* (v. 23, 2ª nota); 9:30, nota). Pero el principal objeto de su viaje era la provincia del centro del Asia Menor, donde habían sido fundadas varias iglesias importantes durante el primer viaje de misión (Cap. 13 y 14; Comp. 16:4,5).



*de Jerusalén.* Recorriendo las ciudades de esas regiones, hacen conocer a los fieles esas ordenanzas y les recomiendan observarlas. Las iglesias crecen en fe y en número (4,5). — 3º *A través del Asia Menor.* Recorren las provincias del centro, impedidos por el Espíritu de penetrar en el Asia proconsular. Descienden a Troas (6-8). — 4º *Visión de Pablo en Troas. Partida para Macedonia.* Un macedonio apareció a Pablo, durante la noche, llamándole en su ayuda. Pablo y sus compañeros infieren que el Señor los invita a pasar a Macedonia, y buscan una ocasión de ello. Alzan velas en Troas para Samotracia, de donde pasan el día siguiente a Neápolis. Se trasladan de allí a Filipos, donde quedan (9-12).

XVI Y llegó también a Derbe y a Listra. Y he aquí cierto discí-
pulo había allí, por nombre Timoteo, hijo de una mujer judía
2 creyente mas de padre griego, que tenía buen testimonio de los
3 hermanos en Listra e Iconium [1]. Éste quiso Pablo que con él sa-
liera, y habiéndole tomado le circuncidó por causa de los judíos
que estaban en los lugares aquellos; todos, en efecto, sabían que
4 griego era su padre [2]. Y como artavesaban las ciudades entregá-

1. Pablo había anunciado el evangelio y fundado iglesias en *Derbe* y en *Listra* en su primer viaje misionero (cap. 14). Viniendo esta vez de Cilicia (15:41), llega primero a Derbe (14:7, nota). Encuentra en Listra a *Timoteo*, al que precedentemente había ganado a la fe, como se deduce de 1 Cor. 4:17, donde le llama su hijo amado, que pronto se iba a tornar en su fiel compañero de tareas (14:20, nota; véase la Introd. a las epístolas pastorales). Timoteo era realmente de Listra y no de Derbe, como se ha querido inferir de 20:4 (véase la nota). Joven como era todavía, los cristianos de esas regiones *le daban un buen testimonio*. Esta circunstancia contribuyó a la resolución del apóstol (v. 3). La *madre* de Timoteo, que se llamaba Eunice (2 Tim. 1:5), era una *judía* hecha *fiel creyente*, es decir, cristiana. Había educado a su hijo, desde su tierna infancia, "en el conocimiento de las santas letras" (2 Tim. 3:15). El *padre* de Timoteo era *griego*, pagano de nacimiento, quizá hecho "prosélito de la puerta".

2. Toda la vida de Timoteo probó cuán bien había juzgado Pablo al desear *llevarle consigo* (gr. *que saliera con él*). Era también un acto de sabiduría y de caridad cristiana el *circuncidarlo*, pues, sin esta precaución, el apóstol no habría podido, según su costumbre, anunciar el evangelio a los judíos, escandalizados de verlo acompañado de un joven nacido de mujer judío y padre pagano y que no hubiera recibido la circuncisión. Se ha dicho que, si este hecho fuera real, el apóstol se habría puesto en contradicción con sus propios principios, con su conducta en el cap. 15, y con su negativa enérgica a dejar circuncidar a Tito (Gál. 2:3). Pero Pablo obra según su importante máxima: "Hacerse todo a todos, a fin de salvar algunos" (1 Cor. 9:19-23). Hay que notar bien, en efecto, que es *a causa de los judíos*, y a fin de no cerrarse las puertas de sus sinagogas, que circuncida a Timoteo, jamás lo habría hecho para ceder a las exigencias de cristianos judaizantes que hubieran considerado la circuncisión como una condición de la salvación. Así, su conducta está en perfecta armonía con el cap. 15:1, 2 y con Gál. 2:3.

banles para guardar las ordenanzas que habían sido resueltas por
los apóstoles y ancianos que estaban en Jerusalén [3].
5 Las iglesias, en efecto, eran afirmadas en la fe y crecían en
6 número cada día [4]. Y atravesaron Frigia y la región de Galacia,
habiendo sido impedidos por el Santo Espíritu de hablar la pa-
7 labra en el Asia [5]; y habiendo llegado a Misia tentaron de entrar

3. Esas *ordenanzas, o decisiones promulgadas en Jerusalén,* eran las prescripciones relativas a las cosas de que los paganos convertidos debían abstenerse, por consideración a sus hermanos de origen judío (15:29). Pablo las *entregaba* fielmente a las iglesias (15:23, 2ª nota).

4. Las *iglesias* crecían interiormente en la *fe* y la vida cristiana, y exteriormente en cuanto al *número* de sus miembros. Doble prosperidad bien rara. Lucas coloca aquí esta observación (9:31), sin duda para hacer sentir que el acrecentamiento de las iglesias tenía por causa la presencia y la actividad de Pablo en medio de ellas.

5. Es necesario seguir sobre un mapa del Asia Menor este itinerario de nuestros evangelistas (v. 6-8), para darse clara cuenta de él. Parten de Listra de Licaonia (v. 1). De allí fueron seguramente a Antioquía de Pisidia, donde habían tenido un éxito tan hermoso en el primer viaje (cap. 13). Después de esto, querían dirigir su carrera al oeste e ir al *Asia* proconsular, situada hacia el mar Egeo, donde habrían anunciado el evangelio en Efeso, ciudad principal de todo el país. Pero el momento para ello no había llegado; fueron *impedidos por el Espíritu Santo.* Volviendo pues hacia el noreste, *atravesaron Frigia y la región de Galacia* (gr. *la región galática*). Lucas designa por esta última expresión la región que había sido ocupada por tribus galas o celtas en el tercer siglo antes de Jesucristo y cuyas principales ciudades eran entonces Ancyra, Tavium, Pessinonte. Su relato presenta aquí una laguna. Pablo no se contentó con *atravesar* Galacia; fué retenido allí por una enfermedad, y esta parada forzosa le dió ocasión de evangelizar esa región (Gál. 4:13), y de fundar allí importantes iglesias, a las cuales dirigió más tarde, poco después de una segunda visita que les hizo (Act. 18:23), la epístola a los Gálatas. (Véase la Introducción a esta epístola.) Numerosos historiadores e intérpretes (Mynster, Paulus, Thiersch, Weizsäcker, Renán, Sabatier, Ramsay, Zahn) estiman, es verdad, que la epístola a los Gálatas es dirigida a las iglesias que Pablo había fundado, con Bernabé, en su primer viaje misionero: Antioquía de Pisidia, Iconium, Listra, Derbe (cap. 13 y 14). El apóstol entendería por *Galacia* la provincia romana de este nombre, constituída en el año 25 antes de Jesucristo, y que comprendía, además del país primitivo de los gálatas, las regiones adyacentes del mediodía, Pisidia y Licaonia. No podemos entrar aquí en esta discusión: los principales argumentos en favor de la última opinión son expuestos en el *San Pablo* de E. Renan (p. 48 y sig.) y en el artículo *Gálatas* de la *Enciclopedia* de Lichtenberger, por Sabatier. La opinión tradicional es defendida por sabios tales como Grimm, Holsten, Hilgenfeld, Siefert, Lipsius, Wendt y Godet (*Introducción al Nuevo Testamento* I, p. 219). Nos parece la más probable. Sólo ella concuerda con los breves antecedentes de Lucas en nuestro pasaje; éste entiende evidentemente por *la región de Galacia* una comarca diferente de aquella donde



8 en Bitinia, y no les permitió el Espíritu de Jesús; y habiendo
pasado por Misia bajaron a Troas [6].
9 Y una visión por la noche a Pablo apareció, estaba cierto
varón macedonio, en pie y rogándole y diciendo: Atravesando
10 hacia Macedonia socórrenos [7]. Y como hubo visto la visión, luego
procuramos partir a Macedonia, infiriendo que nos había llamado
11 Dios a sí para evangelizarlos [8]. Y habiéndonos hecho a la mar
desde Troas viajamos directamente a Samotracia, y al día siguien-
12 te a Neápolis [9], y de allí a Filipos, la cual de la parte de Mace-

se hallaban Derbe y Listra, puesto que los evangelistas no la abordan sino después de haber dejado esas ciudades (v. 3) y pasado por otros lugares (v. 4), y especialmente *atravesado la Frigia* (v. 6). Para eludir esta dificultad, se ha presentado las primeras palabras del v. 6 como una recapitulación de los v. 1-5 y propuesto traducirlos: *Después de haber atravesado* —como acaba de contarse— *la Frigia y la región de Galacia.* Pero esta interpretación supone el texto recibido (*mayúsc.* recientes), y aun con este texto es poco natural. Ahora bien: la lección *atravesaron,* es atestada por *Sin., B, A, C, D, E.*

6. Lucas nos muestra los misioneros, que habían *llegado* cerca de Misia, en la frontera de esta provincia, *disponiéndose a ir a Bitinia.* Habrían sido conducidos a las márgenes del mar Negro. Pero, *el Espíritu de Jesús* no *habiéndoselo permitido* tampoco, *pasaron Misia,* dirigiéndose hacia el oeste, *y descendieron a Troas,* al borde del mar Egeo, cerca de los lugares donde había estado la antigua Troya. Allí están frente a Macedonia y a Europa, destino al cual los conducía el Espíritu de Dios (v. 9). El *Espíritu Santo* es quien dirigía a los siervos de Dios en este viaje (v. 6), y no su propio espíritu de sabiduría y de prudencia. La expresión: *el Espíritu de Jesús* (*Sin., B, A, D*) sólo aquí se halla en el nuevo testamento, que dice siempre: el Espíritu de Cristo, o del Señor, o de Dios.

7. La *visión* que Pablo tuvo *durante la noche,* probablemente mientras estaba en oración para pedir a Dios dirección para su viaje, no le dejó duda alguna a este respecto (v. 10). Ese *varón que allí estaba,* fué reconocido por un *macedonio,* por la súplica misma que le dirigía: *Pasa a Macedonia y socórrenos.* Ahora Pablo comprende por qué el Espíritu divino le había impedido detenerse más en Asia: ¡la Europa se abría ante él!

8. El *evangelio,* la buena nueva de la salvación, tal era el gran *socorro* que pedía Macedonia. Los misioneros lo *infieren* de su súplica. Y como *Troas* era el puerto de mar de donde se embarcan ordinariamente para Macedonia y para Europa, *procuraron inmediatamente* hacerlo, es decir, que empezaron a buscar un navío que hiciera el trayecto. Aquí Lucas dice, por primera vez según la redacción oriental, *nosotros,* indicando modestamente, por este cambio de persona, que acababa de juntarse con Pablo en Troas. Desde este momento y en todos los trozos en que descubre así su presencia, su relato se hace mucho más claro, más preciso, más detallado.

9. *Samotracia,* gran isla del mar Egeo, entre Asia menor y Macedonia. *Neápolis,* puerto de mar de Filipos, que estaba a alguna distancia en el interior.

donia es primera ciudad, colonia [10]. Y estuvimos en esa ciudad pasando algunos días.

C. 13-40. Fundación de la iglesia en Filipos. — 1º *Lidia*: a) *Un auditorio de mujeres al lado del río.* Llegado el sábado, los mensajeros del evangelio se trasladan a orillas del río, donde esperan encontrar judíos reunidos para la oración. Encuentran allí algunas mujeres (13). b) *El Señor abre el corazón de Lidia.* Lidia, vendedora de púrpura, prosélita, escucha la predicación del evangelio, y Dios la dispone a recibir las palabras de Pablo (14). c) *Lidia abre su casa a los enviados del Señor.* Después de haber sido bautizada, así como su familia, constriñe a los evangelistas a escoger por domicilio su casa (15). — 2º *La conversión del carcelero*: a) *La sirvienta adivinadora.* Trasladándose al lugar de la oración, los evangelistas encuentran una esclava que tenía espíritu de pitón y hacía ganar mucho dinero a sus amos prediciendo el porvenir. Esta esclava los designa como siervos de Dios que anuncian la salvación. Repite muchos días sus declaraciones, e impacientado, Pablo ordena al espíritu salir de esa mujer (16-18). b) *Pablo y Silas azotados y encarcelados.* Los amos de la esclava, viéndose privados de su ganancia, arrastran ante los magistrados a Pablo y a Silas, tratándolos de Judíos que turban la ciudad y predican una religión no autorizada. Se produce un motín, y los pretores, después de haber hecho azotar a Pablo y a Silas, los echan en la cárcel, recomendando al carcelero que los guarde bien. Este los pone en la prisión interior y les aprieta los pies en el cepo (19-24). c) *Los prisioneros libertados por el terremoto.* Hacia medianoche, Pablo y Silas en oración, cantan. Los otros presos los escuchan. Un terremoto conmueve la cárcel; las puertas se abren, las prisiones de los encadenados se desatan (25,26). d) *El carcelero salvado por sus prisioneros.* El carcelero, creyendo que han fugado los hombres cuya custodia tiene, quiere matarse. Pablo le grita que todos están allí. El carcelero pide luz, entra en el calabozo, se arroja a los pies de Pablo y de Silas diciendo: ¿Qué es necesario que haga para ser salvo? Le responden: Cree en el Señor Jesús y serás salvado, tú y tu familia. Evangelizan a todos los que están en la casa (27-32). e) *El carcelero testifica su amor a Pablo y a Silas y gusta el gozo de la salvación.* Lava las heridas de Pablo y de Silas, luego es bautizado con toda su familia. Los acoge en sus habitaciones, les sirve de comer y se regocija de su nueva fe (33,34). — 3º *Pablo y Silas, honrosamente libertados, dejan a Filipos.* Llegado el día, los pretores envían al carcelero la orden de soltar a Pablo y a Silas. El carcelero les ofrece salir en libertad. Pablo rehusa; invocando el hecho de que ellos, ciudadanos romanos, han sido azotados públicamente y encarcelados sin juicio, exige que los magistrados mismos vayan a conducirlos fuera de la cárcel. Informados de ese deseo por los lictores, los pretores se atemorizan al saber que Pablo y Silas son ciudadanos romanos. Van a presentarles excusas y les ruegan que dejen la ciudad. Es lo que hacen Pablo y Silas, después de haberse trasladado a casa de Lidia y haber exhortado a los hermanos que allí se hallaban reunidos (36-40).

10. Véase, sobre esta ciudad la introducción a la epístola a los Filipenses. La *primera ciudad* no significa que fuera la capital del distrito (la Macedonia había sido dividida por Paulo Emilio en cuatro distritos). La capital de ese distrito era Anfípolis (17:1). Se ha explicado pues de diversas maneras el calificativo de *primera ciudad.* Según unos este término indicaría simplemente que fué la primera ciudad de Macedonia donde Pablo se detuvo y anunció el evangelio. Pero las palabras *de esa parte,* de ese distrito, se oponen a ese sentido Hay que admitir pues que *Filipos* llevaba ese título en su calidad de *colonia* romana.



13 Y el día del sábado salimos fuera de la puerta junto a un río
donde pensábamos que había un lugar de oración, y habiéndonos
14 sentado hablábamos a las mujeres que se habían reunido [11]. Y
cierta mujer, por nombre Lidia, vendedora de púrpura de la
ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, oía, de quien el Señor abrió
15 el corazón para estar atenta a lo hablado por Pablo [12]. Y como
fué bautizada, y su casa [13], rogó diciendo: Si me habéis juzgado
ser creyente en el Señor, entrando en mi casa posad; y constriñónos [14].

11. *Fuera de la puerta* es la lección de *Sin., B, A, C, D.* El texto recibido: *fuera de la ciudad,* tiene el mismo sentido. *Pensábamos que había* es el texto de *Sin. C,* admitido por la mayor parte de los editores. Wendt prefiere el texto recibido (*mayúsc. recientes, minúsc.*): *donde era costumbre haber un lugar de oración.* Blass propone cambiar una letra del texto de *B* y leer: *donde acostumbraban estar en oración.* Los judíos se reunían de buena gana cerca de un *río,* cuyas aguas servían para sus abluciones. Allí establecían de preferencia sus sinagogas. El *lugar de oración,* mencionado en nuestro pasaje, ¿era un edificio o un sencillo punto de reunión al aire libre? El texto deja esto indeciso. El *río* de que se trata, no era el Strimon, muy alejado, sino probablemente uno de sus afluentes llamado *Gangas,* Gangitas o Angitas. Se ignora por qué la asamblea no era compuesta más que de *mujeres.* Quizás habían quedado ellas después del culto para oír a estos extranjeros. Calvino piensa que los hombres estaban ausentes por indiferencia. Es probable que fueran pocos en Filipos. La colonia israelita se componía principalmente de judías que se habían casado con paganos, y de prosélitos, como Lidia. La religión de Israel ganaba adherentes entre las mujeres más que entre los hombres.

12. *Tiatira* (Apoc. 2:18) estaba en Lidia, en el Asia Menor. Aunque *Lidia* fuera un nombre de mujer muy frecuente, es posible que ésta fuera llamada así por su país natal. Esta región compartía con Fenicia la industria de las telas de *púrpuras,* con que Lidia comerciaba. Estas palabras: *que adoraba a Dios,* muestran que era pagana de nacimiento, pero prosélita judía. Su necesidad religiosa no estaba, sin embargo, aún satisfecha, por lo tanto *escuchaba.* Pero *para estar atenta* a la palabra divina (8:6), para que la comprendiera y la recibiera, fué necesario que *el Señor le abriera el corazón.* (Luc. 24:45).

13. Lidia *fué bautizada con su familia,* sin recibir instrucción prolongada, sencillamente sobre la confesión de su fe en Jesucristo su Salvador. Así lo vemos siempre en el libro de los Actos. Es inútil preguntarse si en *su familia,* y en la del carcelero (v. 33), había niñitos, y si fueron bautizados también; el texto no lo dice.

16 Y aconteció, yendo nosotros al lugar de oración, que cierta
sirvienta que tenía espíritu de pitón nos encontró, la cual mucha
17 ganancia causaba a su amos adivinando [15]. Ésta, siguiendo tras
Pablo y nosotros clamaba, diciendo: Estos hombres siervos del
Dios Altísimo son, los cuales os anuncian el camino de la salva-
18 ción. Y esto hacía por muchos días. Mas habiendo sido molestado
Pablo y vuéltose al espíritu, dijo: Mándote en nombre de Jesu-
19 cristo salir de ella; y salió en la misma hora [16]. Mas viendo sus
amos que había salido la esperanza de su ganancia, habiendo
echado mano de Pablo y de Silas los arrastraron al foro hacia
20 los magistrados, y habiéndolos llevado a los pretores dijeron:
21 Estos hombres perturban nuestra ciudad, siendo judíos, y anuncian
costumbres que no es lícito a nosotros aceptar ni hacer siendo
22 romanos [17]. Y se levantó junta la multitud contra ellos, y los

14. El mismo verbo que en Luc. 24:29. (Véase la nota.) Primera señal conmovedora de este amor cristiano que nace con la fe (Comp. v. 33,34).

15. El nombre de *pitón* era el de la serpiente de Delfos, el célebre santuario donde se pronunciaban oráculos. Al decir de Plutarco, se consideraba especialmente a los ventrílocuos como poseídos de un "espíritu de pitón". Gracias a ese espíritu tenían la pretendida facultad de *adivinar* o predecir el porvenir. La *sirvienta* (o *esclava*), entregándose a tales practicas ganaba dinero, del que sus amos hacían su *provecho*. Lucas, y Pablo mismo (v. 18), atribuyen a *un espíritu* de que estaba poseída sus aptitudes de clarividente y de adivinadora. No se ha querido ver en esta idea más que un prejuicio judío, y atribuir a causas completamente naturales el don que ejercía la esclava. Pero entonces, ¿cómo explicar que el apóstol la privó de él, al ordenar al espíritu que saliera de ella? La misma cuestión se plantea respecto de los exorcismos practicados por Jesús (Mat. 8:28, 2ª nota).

16. En los evangelios sinópticos se ve frecuentemente a los demonios reconocer así al Señor y rendirle homenaje, sin duda por el temor que de él tenían (Mat. 8:29; Mar. 3:11; Luc. 4:41). Pero, ni Jesús ni nuestro apóstol sufrían esas manifestaciones, a fin de no parecer teniendo la menor solidaridad con tales seres. Pablo procede aquí del mismo modo que hacía el Salvador para expulsar los demonios. Es difícil penetrar más en un dominio tan obscuro.

17. *Sus amos*, ven que (gr.) *la esperanza de su ganancia había salido* con el espíritu que Pablo acababa de expulsar. Entonces la ambición frustrada enciende su cólera, *se apoderan de Pablo y de Silas* (quizás Lucas y Timoteo estaban ausentes o no se los miraba como culpables); *los arrastran ante los magistrados* y hacen oír contra ellos la acusación ordinaria de *turbar la ciudad* (17:6; 24:5). Pero el agravio que les sirve de pretexto es que *estos judíos* (término de desprecio), enseñan *a nosotros que somos romanos* (palabra pronunciada con orgullo) *costumbres que no nos es lícito recibir ni seguir*. En efecto, una ley romana prohibía, bajo pena de deportación o de muerte, la introducción de religiones nuevas. La religión judía estaba autorizada en el imperio; por eso los apóstoles fueron acusados probablemente de enseñar ideas nuevas. Quizá sus perseguidores hicieron un llamado al odio de los judíos solamente para excitar al populacho. En cuanto a los magistrados, castigaron a los apóstoles por haber turbado la paz pública. En este relato, los representantes de la autoridad romana, llamados primeramente *magistrados, arcontes*, son luego llamados *pretores* (gr. *estrategas*); pero son los mismos funcionarios, a quienes los griegos daban de buena gana títulos militares.



pretores habiendo arrancado los vestidos de ellos mandaban apa-
23 learlos, habiéndoles dado muchos azotes los echaron en la cárcel,
24 habiendo mandado al carcelero guardarlos seguramente [18]; el que
habiendo recibido tal mandamiento los echó en la cárcel interior
25 y sus pies aseguró en el cepo [19]. Y por media noche Pablo y Silas
orando cantaban himnos a Dios, y les escuchaban los prisione-
26 ros [20]; y de repente gran terremoto se produjo, de modo que
fueron conmovidos los fundamentos de la cárcel; y se abrieron
inmediatamente las puertas todas, y de todas las prisiones se sol-
27 taron [21]. Y habiéndose despertado el carcelero y viendo abiertas
las puertas de la cárcel, sacando la espada estaba a punto de
28 matarse, pensando que los prisioneros habían huído [22]. Mas clamó
Pablo con grande voz diciendo: Ningún mal te hagas, pues todos
29 estamos aquí [23]. Y habiendo pedido luz lanzóse dentro, y ponién-

18. Los *pretores*, en la esperanza de calmar el *levantamiento de la multitud*, no miran de cerca a esos judíos despreciados; sin previo juicio, infligen a Pablo y a Silas un suplicio cruel, luego los hacen echar a la cárcel. *Habiendo arrancado sus vestidos*, pues la flagelación era aplicada sobre las espaldas desnudas, *ordenaban que fueran azotados*. La palabra traducida por *azotes* significa también *llagas, heridas*, pues cada uno de esos azotes hacía manar la sangre. (Comp. v. 33.) Este relato es confirmado por el apóstol Pablo mismo (1 Tes. 2:2).

19. Gr. *en el madero*. Era un block o viga doble en la cual había agujeros para pasar cada pierna. Servía también para torturar a los criminales apartándoles los pies con violencia.

20. Gr. *Cantaban himnos a Dios*. ¡En qué situación y en qué espera! Tales hombres tienen el derecho de decir a sus hermanos: "Estad siempre gozosos." Cuánto más conmovedora aún se hace la escena con este último detalle: *los prisioneros los escuchaban*. Jamás se había oído nada semejante en una cárcel.

21. "Dios recompensa inmediatamente la fe y el padecimiento alegre de Pablo y de Silas con una intervención milagrosa. He ahí la relación pragmática entre los versículos 25 y 26." *Meyer*. *Ramsay* ha hecho la observación de que aun hoy en esas regiones las puertas en general, y aun las de las cárceles, están cerradas por una barra, que un temblor de tierra puede hacer salir de la grampa destinada a retenerla.

22. El *carcelero*, probablemente un antiguo oficial del ejército, *despertado* por el temblor de tierra, y viendo toda la cárcel abierta no duda de que los prisioneros hayan *fugado*; y, como respondía de ellos con su vida, *iba a matarse* en su desesperación. (Comp. cap. 12:19.)

23. Pablo, en su ardiente caridad, salva la vida del que había sido el instrumento de sus perseguidores, a fin de poder luego salvar su alma. Si

30 dose a temblar postróse ante Pablo y ante Silas, y habiéndolos
guiado fuera dijo: Señores, ¿qué es necesario que yo haga para
31 ser salvado[24]? Y ellos dijeron: Cree en el Señor Jesús y serás
32 salvado tú y tu casa[25]. Y le hablaron la palabra de Dios con
33 todos los que estaban en su casa. Y tomándolos consigo en aquella
hora de la noche lavólos de las heridas, y fué bautizado él y los
34 suyos todos inmediatamente[26], y haciéndolos subir a la casa púsoles delante de una mesa, y habiendo creído a Dios con toda su
casa se alegró[27].

se pregunta cómo se había apercibido el apóstol en las tinieblas (v. 29) de que el carcelero iba a atentar contra su vida, se puede suponer que éste pronunció palabras de desesperación que llegaron a oídos de Pablo. Ramsay admite que en el momento en que el carcelero iba a matarse, estaba sobre el umbral de la prisión y que su silueta se destacaba sobre el cielo iluminado por las estrellas o la luna. Si se pregunta además cómo los otros prisioneros no aprovecharon de tal momento para evadirse, se puede suponer que espantados por el terremoto y no habiendo tenido tiempo de volver de su terror, imitaron simplemente a Pablo y a Silas, a quienes habían oído cantar las alabanzas de Dios.

24. El carcelero, sacudido por todo lo que acababa de experimentar, convencido de que había en ese milagro una manifestación de la divinidad en favor de los prisioneros, no ve ya en éstos a criminales, sino lo que habían pretendido ser, mensajeros de Dios. ¿Cómo no se habría impresionado al ver que esos hombres, lejos de huir, no pensaban más que en testificarle la solicitud de su caridad? De ahí su veneración, de ahí su pregunta, que supone el sentimiento del pecado despertándose en él: *¿Qué es necesario que yo haga para ser salvado?* Es el grito de angustia de una conciencia que se siente perdida (2:37; Luc. 3: 10). La recensión occidental (*D*, Peschito) tiene en el v. 30: Los *condujo* afuera, *después de haber asegurado* en los cepos *los otros* prisioneros. (Comp. v. 24.)

25. Respuesta que contiene el evangelio en toda su riqueza. Pablo, anunciando la palabra divina al carcelero (v. 32), no pudo decirle nada que no estuviera ya contenido en la primera respuesta. *Creer en el Señor Jesucristo*, es decir *confiarse* en él del fondo del corazón, es ya *ser salvado* (15:11; Juan 3:16; 20:31). Tal es también la doctrina de Pablo en todas sus epístolas. El texto recibido tiene: "Señor Jesu*cristo*." Esta última palabra falta en *Sin.*, *B*, *A*, pero se lee en todas las otras *mayúsc.* y la mayor parte de las versiones antiguas.

26. *Lavó sus heridas*: aun antes de ser bautizado, en cuanto creyó, este nuevo discípulo ejerce para con sus prisioneros una activa caridad, fruto de la fe (v. 15). Aquí también los apóstoles administran el *bautismo* sin exigir ningún tiempo de instrucción o de prueba, sobre la sencilla declaración de la fe (v. 15; 2:41; 8:38: 10:47). Pablo había dicho al carcelero: Serás salvado, *tú y tu casa* (o tu *familia*), y su palabra es cumplida: *él y todos los suyos*. (Comp. v. 34.)

27. Gr. *aderezó mesa*, y en esa mesa *se regocijó con toda su casa*. ¡Qué motivo de gozo, en efecto! Creyendo en Jesucristo, había *creído en Dios*, es esa una misma fe; pero el nombre de *Dios* es puesto aquí en oposición



35 Y habiendo llegado el día enviaron los pretores a los lictores
36 diciendo: Suelta los hombres aquellos. Y anunció el carcelero estas
palabras a Pablo: Han enviado los pretores para que seáis sol-
37 tados; ahora pues saliendo idos en paz[28]. Mas Pablo les dijo:
Habiéndonos azotado públicamente sin ser condenados, siendo
hombres romanos, nos echaron en la cárcel; ¡y ahora secretamente nos hacen salir! No por cierto, sino viniendo ellos llévennos
38 fuera[29]. Y anunciaron a los pretores los lictores estas palabras.
39 Y tuvieron temor, habiendo oído que eran romanos; y habiendo

a las divinidades del paganismo que eran las únicas conocidas hasta entonces por el carcelero.

28. Los *pretores*, inquietos quizá por el juicio sumario e injusto que habían infligido la víspera en medio de un alboroto, quizá también instruídos en parte de lo que había ocurrido en la cárcel, han cambiado de opinión, y ordenan al carcelero que *suelte* los prisioneros. El carcelero, gozoso, va a anunciarlo a Pablo y le exhorta a *salir* e *irse en paz*. El relato occidental es más explícito; indica los motivos que determinaron a los pretores a cambiar de actitud: "*Los pretores se reunieron en el ágora y acordándose del terremoto que había tenido lugar, tuvieron miedo y enviaron...* (*D*, Peschito.)

29. Pablo *les* dijo a los lictores, venidos a él con el carcelero, para anunciarle la libertad (v. 38). Pablo no la acepta pura y simplemente. La víspera no había querido prevalerse de su título de ciudadano *romano* para preservarse de la flagelación y de la prisión; ahora lo hace con energía, pero con un propósito diferente, el interés de su ministerio. Tenía derecho a ello. La ley romana prohibía infligir a un ciudadano romano ninguna pena infamante, y esa ley era religiosamente observada. Cicerón decía con justo orgullo nacional: "Estas palabras, esta apelación: *soy ciudadano romano*, ha sido a menudo la salvación de muchos, hasta los extremos de la tierra, aun entre bárbaros." Ahora bien: Pablo era, de nacimiento, ciudadano romano (22:28, nota), y vemos aquí (v. 37) que Silas (*Silvanus*) lo era también. Si se hubiera tratado de una injuria personal el apóstol habría guardado silencio; ¡cuántas otras ha soportado! Pero lo que estaba comprometido en este proceso, para estos siervos de Dios, era el honor y la influencia de su ministerio, la causa del evangelio que anunciaban en un país donde eran desconocidos. El porvenir de su obra dependía del modo como salieran de la cárcel de Filipos; era necesario que no se pudiera decir que la doctrina nueva era predicada por vagabundos reincidentes, ni aun que se pudiera sospechar que ellos se habían evadido de la cárcel. Por eso Pablo, que habría podido reclamar penas severas contra los que le habían castigado injustamente, pide por lo menos que en lugar de libertarle *secretamente*, *vengan ellos mismos* a ponerle en libertad, oficial y públicamente. Se concibe pues la impresión de responsabilidad y de *temor* que experimentaron los pretores al saber estas cosas (v. 38), y sus procedimientos llenos de moderación nos son explicados (v. 39). No fué ésta la única vez en que Pablo se sirvió de su carácter de ciudadano romano para evitar ultrajes perjudiciales a su apostolado (22:24,25).

venido los apaciguaron[30], y habiéndolos llevado fuera les rogaban
40 irse de la ciudad[31]. Y habiendo salido de la cárcel entraron hacia
Lidia, y habiéndolos visto exhortaron a los hermanos y par-
tieron[32].

D. 1-15. TESALÓNICA Y BEREA. — 1º *El evangelio en Tesalónica*: a) *La predicación.* Los mensajeros del evangelio, después de haber atravesado Anfípolis y Apolonia llegan a Tesalónica, donde había una sinagoga. Pablo comienza por discutir allí durante tres sábados. Demuestra la necesidad de los padecimientos del Mesías y afirma que este Mesías ha aparecido en la persona de Jesús. Algunos judíos y muchos griegos llegan a la fe, entre estos últimos mujeres de la mejor sociedad (1-4). b) *La persecución.* Los judíos tienen celos; reclutan gentes de baja ralea y provocan un motín delante de la casa de Jasón. No hallando ni a Pablo ni a Silas, arrastran a Jasón y a otros hermanos ante los magistrados, y los acusan de querer poner otro rey, en lugar de César. Los magistrados no dejan ir a los acusados sino después de haber exigido de ellos una caución (5-9). — 2º *El evangelio en Berea*: a) *La palabra recibida por los judíos de Berea* La noche siguiente los hermanos hacen partir a Pablo y a Silas para Berea. Los judíos de esta ciudad reciben la predicación del evangelio con generosa solicitud y verifican en las escrituras lo que les es anunciado. Muchos de entre ellos, y mujeres griegas, así como hombres, se hacen creyentes (10-12). b) *La persecución suscitada por los judíos de Tesalónica.* La noticia del éxito de Pablo lleva a Berea a los judíos de Tesalónica. Excitan al pueblo. Los hermanos hacen partir a Pablo en dirección al mar. Silas y Timoteo quedan en Berea. Los compañeros del apóstol le conducen a Atenas, luego vuelven, encargados de enviarle lo más pronto posible Silas y Timoteo (13-15).

XVII Y habiendo atravesado Anfípolis y Apolonio llegaron a Tesa-
2 lónica, donde había una sinagoga de los judíos[1]. Y según la cos-

30. Gr. *Y habiendo venido, les rogaron* que se declararan satisfechos con esa diligencia, y que no llevaran más lejos sus reivindicaciones.

31. Sea porque una permanencia más larga habría podido ocasionar nuevos tumultos, o porque los pretores sentían que se habían comprometido gravemente.

32. Van *a casa de Lidia*, donde se alojaban (v. 15). Allí encuentran *hermanos*, nacidos a la vida cristiana durante esa estada de los evangelistas en Filipos. Los *consolaron* respecto de las rudas pruebas de que acababan de ser testigos; o bien los *exhortaron* a permanecer firmes en la fe. Luego *partieron*, por lo menos Pablo y Silas, mientras que probablemente Lucas y Timoteo quedaron aún para edificar la iglesia naciente. Se infiere esto del hecho que, en la prosecución del relato, Lucas cuenta de nuevo en tercera persona, y de que Timoteo no reaparece hasta el cap. 17:14.

1. Tres ciudades de Macedonia, situadas al sudoeste de Filipos y unidas por una ruta romana, la vía Egnatia. *Anfípolis*, cabecera del primer distrito de Macedonia, estaba a un día de camino de Filipos, y Apolonia a un día de Anfípolis. *Tesalónica* (véase sobre la permanencia de Pablo en esta ciudad la Introducción a la primera epístola a los Tesalonicenses) era la cabecera del segundo distrito de Macedonia y un puerto de mar. Era entonces ya importante por su comercio. Lo ha sido hasta nuestros días, bajo el nombre de Salónica. En esta ciudad se encontraba *una sinagoga*, según el texto de *Sin., B, A, D*, no *la* sinagoga, como tienen las *majúsc.* más recientes; el artículo significaría que era la única que había en la comarca, aquella a la que iban judíos de las otras ciudades.



tumbre de Pablo entró hacia ellos[2], y por tres sábados discurrió
3 con ellos según las escrituras, explicando y exponiendo que era
necesario que el Cristo padeciera y que resucitara de entre los
muertos, y que: "Este es el Cristo, el Jesús que yo os anuncio[3]".
4 Y algunos de entre ellos fueron persuadidos y adjudicados a Pablo
y a Silas, y de los griegos devotos grande muchedumbre, y de
5 las mujeres principales no pocas[4]. Mas ardiendo de celos los
judíos y habiendo tomado consigo del populacho algunos varones
malos y formado una multitud alborotaban la ciudad, y habiendo
sobrevenido a la casa de Jasón los buscaban para llevarlos hacia
6 el pueblo; mas no habiéndolos hallado arrastraron a Jasón y

2. *Según su costumbre*, como lo vemos en todos sus viajes misioneros (13:5,14; 14:1, notas). Pablo, que tanto había sufrido ya de parte de los judíos (13:45,50; 14:2,5 y 19), sabía bien a qué se exponía obrando así en Tesalónica, y él mismo recordaba a los cristianos de esta ciudad todo el valor que le había sido necesario para anunciarles el evangelio después de la persecución soportada en Filipos (1 Tes. 2:2).

3. *Durante tres sábados, discutió;* se podría también traducir: *conversó, dialogó* con ellos; pero, como sin duda le hacían objeciones, las conversaciones tomaban el carácter de la discusión. Todo eso tenía lugar *conforme a las escrituras*, gr. *desde* las escrituras, tomándolas como punto de partida. Se puede también juntar ese complemento a los participios que siguen. Lo que *explicaba y exponía* probándolo *por las escrituras* era un gran principio y un gran hecho. El principio, enteramente extraño a todas las nociones de los judíos, era *que era necesario que el Cristo, el Mesías, sufriese y resucitase de entre los muertos.* Los judíos esperaban un Mesías poderoso y glorioso, y por tanto no podían admitir su muerte. Pablo les probaba que esa muerte había debido acontecer no solamente porque estaba predicha en las escrituras, sino porque ella era indispensable a la obra de la redención del mundo (Luc. 24:25). El hecho que establecía el apóstol era que *el Mesías había aparecido* en la persona de ese *Jesús* que él *anunciaba.*

4. De los judíos de nacimiento, *algunos* solamente *creyeron y se unieron a Pablo y a Silas* (gr. *les fueron adjudicados* por Dios literalmente: les *tocaron en suerte*). Notable expresión de la obra de la gracia, pero que no hay que comprender mal. En cuanto a los *griegos temerosos de Dios*, es decir a los prosélitos de raza pagana, que por profunda necesidad religiosa, habían creído al verdadero Dios, hubo de ellos *una grande multitud* que fueron llevados al Salvador. (Comp. 14:1; 16:14.) Entre ellos se hallaban (gr.) *de las primeras mujeres no pocas.* Según 1 Tes. 1:9, la iglesia estaba compuesta casi exclusivamente de gentiles convertidos. Eso no debilita los datos de Lucas, pues tiene

algunos hermanos hacia los magistrados de la ciudad, clamando:
Los que han trastornado el mundo, éstos, también aquí han lle-
7 gado, a quienes ha recibido Jasón; y éstos todos contra los decre-
8 tos de César obran, otro rey diciendo que hay, Jesús [5]. Y turbaron
9 la multitud y a los magistrados de la ciudad que oían esto, y
habiendo recibido caución de Jasón y de los demás los soltaron [6].
10 Mas los hermanos luego por la noche enviaron tanto a Pablo
como a Silas a Berea, los cuales habiendo llegado a la sinagoga
11 de los judíos se fueron [7]; y éstos eran más nobles que los que
estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda buena
voluntad, cada día examinando las escrituras si sería esto así [8].
12 Muchos, en efecto, de entre ellos creyeron, y de las mujeres grie-

cuidado de decir que los judíos no eran sino *algunos* y los prosélitos una *multitud*.

5. El texto recibido tiene: los *judíos incrédulos y llenos de celos*. *D* y el texto occidental tienen solamente: *los judíos incrédulos*. La conducta de esos judíos prueba que tales términos los caracterizan muy bien. *Reclutan algunos varones malignos* (gr. de los *que están en la plaza*, es decir del *populacho*, y suscitan un *alboroto* que *turba la ciudad*: *Buscan a Pablo y a Silas en la casa de Jasón*, un discípulo, por lo demás desconocido, que los alojaba en su casa (v. 7); y, *no habiéndolos hallado*, arrastran a Jasón *y algunos hermanos* ante *los magistrados de la ciudad* (gr.) *los politarcas*. El título ha sido encontrado en inscripciones, que nos hacen saber que esos *politarcas* eran entonces en número de cinco o seis en Tesalónica. Ante los magistrados, los perseguidores hacen oír contra los misioneros esas banales acusaciones políticas que se reproducen por todas partes desde que fueron proferidas contra Jesús mismo (Luc. 23:2; Juan 19:12).

6. Se puede verter el sentido del participio griego traduciendo: *No los soltaron hasta haber recibido caución*. Lucas no dice en qué consistió esa *caución* (gr. *lo equivalente, lo suficiente*), pero como los principales acusados, Pablo y Silas, estaban ausentes (v. 10), y Jasón y los demás hermanos eran conocidos en la ciudad, los magistrados se contentaron con una garantía de que la tranquilidad no sería otra vez turbada.

7. *Berea*, otra ciudad de Macedonia, situada al oeste de Tesalónica. Allí también, a pesar de la enemistad que los judíos acababan de testificar a Pablo (v. 5), a ellos anuncia primeramente la salvación (13:5,14, nota; 14:1).

8. *Para saber* si la predicación de Pablo estaba en armonía con *las escrituras*. En esto esos judíos de Berea mostraron sentimientos *más nobles* que los de Tesalónica. Es necesaria una verdadera nobleza de espíritu para ponerse por encima de los prejuicios y saber escuchar, *examinar* y *recibir la palabra* de verdad. Es así como esta palabra produce la convicción y la fe (v. 12). ¡Qué contraste con el ciego fanatismo de los judíos de Tesalónica! (v. 5,13). Nuestro relato muestra que Pablo, a pesar de su autoridad apostólica, no exigía que sus oyentes le creyeran por su palabra, sino que aprobaba la *solicitud* con que *examinaban* lo que él les decía. "Es el carácter de la verdadera religión, que se deja examinar y juzgar." *Bengel*.



13 gas de distinción y de varones no pocos [9]. Mas como supieron los
judíos de Tesalónica que también en Berea había sido anunciada
por Pablo la palabra de Dios, fueron también allí agitando y tur-
14 bando las multitudes [10]. Mas luego entonces a Pablo enviaron los
hermanos para ir hasta la mar [11]; y quedaron tanto Silas como
15 Timoteo allí. Y los que conducían a Pablo le llevaron hasta Ate-
nas, y habiendo recibido mandamiento para Silas y Timoteo para
que lo más pronto fueran hacia él partieron [12].

**E. 16-34. Pablo en Atenas. — 1º** ***Impresiones del apóstol en las calles de Atenas. Conversaciones en la sinagoga y en la plaza.*** **La idolatría floreciente causa a Pablo una indignación profunda, que le impele a discutir en la sinagoga con judíos y prosélitos, y a conversar todos los días con los que encuentra en el ágora. Algunos epicúreos y algunos estoicos le atacan. Unos le tratan de charlatán; otros le acusan de predicar nuevas divinidades, por-**

9. El adjetivo *griegas*, aplicado aquí a esas *mujeres de distinción*, puede, según el original, referirse también a los *hombres*, quienes, *en buen número, creyeron*. Este epíteto designa sin duda prosélitos nacidos en el paganismo, pero no excluye a paganos propiamente dichos. Entre los griegos era donde hallaba el evangelio mejor acceso (v. 4; 14:1; 16:14).

10. Esos judíos, impelidos por su fanatismo, persiguen a Pablo de Tesalónica a Berea y le fuerzan pronto a abandonar este campo de trabajo. Gr. *agitando* y *turbando* la multitud; el texto recibido omite el segundo de estos participios, que se lee en *Sin.*, *B*, *A*, *D*.

11. *Hasta el mar*: esta expresión indica que Pablo y los que le acompañaban fueron por mar a Atenas, lo que el v. 15 deja indeciso. El texto recibido y las *mayúsc.* recientes tienen una variante que se traduce por: *como* para ir *hacia el mar*. Varios exégetas, desde Teodoro de Beza, adoptando esta lección, piensan que no se trata más que de un fingimiento para escapar a los adversarios, y que luego Pablo y sus amigos hicieron por tierra su viaje a Atenas. Pero la variante en que se funda esa hipótesis es discutible.

12. *Silas y Timoteo* son dejados por Pablo en Berea para confirmar a los nuevos creyentes; pero solo en *Atenas*, el apóstol les hace decir que vayan a su lado en cuanto puedan. ¿Dónde se juntaron a él? (Véase sobre este punto, que presenta una dificultad histórica, 18:5, nota). En cuanto a *Timoteo*, nuestro relato no lo ha mencionado después de 16:1-3. ¿Quedó en Filipos, para juntarse de nuevo con el apóstol en Berea? ¿O bien acompañó a Pablo y Silas en todo su viaje, sin que el historiador de los Actos juzgara necesario mencionar su presencia? Esta última suposición es más natural, pues la estada de los evangelistas en Tesalónica debió ser bastante prolongada (Fil. 4:16), y si Timoteo no hubiera sido conocido de los Tesalonicences ¿se lo había enviado Pablo desde Atenas? (1 Tes. 3:1 y sig.) En *D* (texto occidental), el v. 15 está concebido como sigue: "Los que escoltaban a Pablo le condujeron hasta Atenas. *Y pasó a lo largo de Tessalia; pues fué impedido de predicarles la palabra.* Y recibida *de Pablo*, para Silas y Timoteo, la orden de ir hacia él lo más pronto, partieron." (Com. 16:6.)

que anunciaba la buena nueva de Jesús y de la resurrección (16-18). — 2º *Discurso de Pablo en el Areópago*: a) *Ocasión de este discurso.* Sus interlocutores le conducen al Areópago, rogándole que exponga su doctrina, que les parece extraña y pica su curiosidad. Los ciudadanos y los habitantes de Atenas pasan su tiempo, en efecto, en comunicarse las últimas novedades (19-24). b) *El exordio.* El apóstol comprueba el celo religioso de los atenienses. Recorriendo su ciudad ha visto un altar consagrado a un dios desconocido. Lo que ellos honran sin conocerlo, viene él a anunciárselo (22,23). c) *Primera parte. El Dios creador del universo no podría ser servido por la mano de los hombres.* Ha hecho todo lo que existe y rige el universo; templos construídos por hombres no podrían contenerle, manos humanas no podrían servirle, pues él no necesita nada; él, al contrario, es quien mantiene toda vida (24,25). d) *Segunda parte. El Dios que dirige los destinos de la humanidad y cuya raza somos, no puede ser asimilado a los productos de la industria humana.* Ha hecho nacer de un solo hombre todas las naciones y fijado su habitación sobre la tierra y los períodos de su historia. Ha dado a los hombres el instinto de buscarle, palpando, a él que no está lejos de ningún hombre, pues vivimos en él. Los poetas de los griegos lo han afirmado proclamándonos de su raza. Dios no es, pues, semejante a estatuas de metal y de piedra creadas por el arte de un escultor (26-29). e) *Conclusión. Arrepentimiento y juicio.* Olvidando estos tiempos de ignorancia, Dios invita a todos los hombres a arrepentirse, pues ha fijado un día en que juzgará al mundo por el hombre acreditado por él para ello ante todos, resucitándole de los muertos (30,31). — 3º *Efectos del discurso de Pablo.* Provoca las burlas de unos, y, de parte de otros, la propuesta de dejar para otra oportunidad la discusión. Pablo deja la asamblea. Algunas personas se allegan a él y llegan a la fe; así Dionisio, miembro del Areópago, y una mujer llamada Dámaris (32-34).

16 Y en Atenas, esperándolos Pablo, se irritaba su espíritu en
17 él viendo que llena de ídolos estaba la ciudad [13]. Discurría en
efecto en la sinagoga con los judíos y los devotos y en la plaza
18 en todo día con los que allí se encontraban [14]. Y algunos también

13. Los historiadores antiguos están unánimes en celebrar todos esos templos y todas esas estatuas de divinidades diversas a quienes se rendía culto. Nos hacen saber también qué supersticiones reinaban en ese pueblo ligero y frívolo; éstas produjeron en el espíritu de Pablo una dolorosa *irritación.* El verbo que traducimos por *irritarse* no se halla más en el 1 Cor. 13:5, y el substantivo de donde deriva, en Act. 15:39; Hebr. 10:24.

14. *En efecto* impelido por su celo y estimulado por la indignación que le inspiraba la vista de tanta idolatría, el apóstol, que primeramente solo quería esperar en Atenas la llegada de sus amigos (v. 15), consagró todo su tiempo a la evangelización. Los días de sábado, *discutía* o *discurría* (v. 2, nota) con los judíos y los prosélitos en la sinagoga; y durante la semana, *en la plaza, con los que allí se hallaban.* Esa plaza era la célebre *Ágora,* que servía al mismo tiempo de mercado y de lugar de reunión, en la cual se congregaba el pueblo para oír oradores o para tratar de los negocios públicos.



de los filósofos epicúreos y estoicos disputaban con él [15], y algunos
decían: ¿Qué querría el charlatán éste decir [16]? Y otros: De ex-
tranjeras divinidades parece ser anunciador; porque a Jesús y la
19 resurrección anunciaba [17]. Y habiendo echado mano de él al Areó-
pago le llevaron, diciendo: ¿Podemos saber qué doctrina es la
20 nueva esta por ti hablada?, pues ciertas cosas extrañas introduces
en nuestros oídos; queremos pues saber qué quiere ser esto [18].

15. Los *epicúreos,* discípulos de Epicuro (342-270 antes J. C.), enseñaban una especie de materialismo, negaban la acción de Dios en el gobierno del mundo, colocaban el bien supremo en el placer y decían que, para llegar a él, era necesario mantenerse en un reposo exento de pasiones y cuidados. Los *estoicos,* discípulos de Zenón (nacido por el año 340 antes de J. C.), así llamados porque ese filósofo daba sus lecciones bajo un pórtico (en griego *stoa*), eran los panteístas de la época. Para ellos, Dios era el alma del mundo, de la que el alma humana no era más que una emanación, pero sin existencia personal después de esta vida. Según ellos, el hombre puede llegar a la virtud y soportar el dolor por sus propias fuerzas. Ni unos ni otros estaban en disposiciones favorables para oír el evangelio que Pablo anunciaba. En los primeros la búsqueda del placer ahogaba las aspiraciones superiores a la santidad y a la vida eterna; y los segundos eran impedidos, por su orgullo y la ilusión de su fuerza propia de recibir el mensaje de la gracia, que no es acogido más que por corazones humildes y contritos.

16. Gr. este *espermologo.* En el principio, esta palabra designaba un pájaro, en particular la corneja, que *recogía la semilla* esparcida por tierra, y que, por sus gritos, se había vuelto al mismo tiempo en tipo del parásito y del charlatán. En este último sentido la palabra es tomada aquí; debía ser expresión de una despreciativa ironía. Blas realza el carácter enteramente ateniense de este término, empleado por Demóstenes, y estima que fué seguramente pronunciado por los oyentes de Pablo. La mayor parte de nuestras versiones lo traducen por *hablador;* la de Lausana, por *sembrador de palabras,* lo que es precisamente lo inverso de la etimología; Rilliet por *charlatán,* Reuss por *farsante,* M. Stapfer por *chocho.*

17. Las palabras *divinidades extranjeras* (en plural) extraña, pues, según el texto, Pablo anunciaba simplemente a Jesús. De Wette las explica por el hecho de que Pablo hablaba de Dios y del Salvador. Intérpretes antiguos, como Crisóstomo y, entre los modernos Wendt y Barde, piensan que, anunciando el apóstol a *Jesús y la resurrección,* los filósofos atenienses tomaron esta última palabra (gr. *Anástasia*) por el nombre de una divinidad. Lo mejor es admitir que el plural indica simplemente la categoría (Meyer). Y en cuanto a *la resurrección,* no creemos que Pablo enseñara a tales oyentes la resurrección en general, sino más bien que les había hablado de Jesús resucitado (v 31). Introducir *divinidades extranjeras* y negar los dioses nacionales, era prohibido por las leyes de Atenas; ésa fué la causa de la condenación de Sócrates. No parece sin embargo que nadie haya pensado incriminar a Pablo por ello, aunque algunos intérpretes lo han inferido, erróneamente, del hecho de haber sido conducido al Areópago (v. 19).

18. El *Areópago,* o colina de Marte, era el nombre de una peña, al oeste de la Acrópolis, sobre la cual te-

21 Porque todos los atenienses y los residentes extranjeros en nin-
guna otra cosa pasaban su tiempo que en decir algo u oír algo
más nuevo [19].
22 Y estando Pablo en pie en medio del Areópago dijo [20]: Varo-

nía sus sesiones el célebre tribunal de ese nombre. Allí se reunían también los hombres de estado y los sabios para conversar juntos. Los filósofos condujeron allí a Pablo, a fin de poder oírle hablar, mejor de lo que hubiera sido posible en medio del tumulto de la plaza del mercado (v. 17). Las preguntas que le dirigen son corteses, aunque formuladas con ligero timbre de ironía (Gr. *Tú nos introduces en los oídos* ciertas cosas extrañas).

19. *Algo más nuevo.* El comparativo hace aún más significativa la expresión; se quería *oír* o *decir* algo *más nuevo* que lo que acababa de decirse. Lucas hace esta observación para explicar la curiosidad de los filósofos (v. 19, 20). Demóstenes (4, 10) los describía ya de un modo semejante: "Os gusta, circulando, preguntaros unos a otros: ¿Qué se dice de nuevo?" La vivacidad de los atenienses, su gusto por la instrucción, habían degenerado, con la decadencia de su patria, en una vana curiosidad.

20. *En pie en medio del Areópago,* es decir, en el centro de la terraza situada en la cima de la colina, y sobre la cual un centenar de personas podían hallar lugar. El sabio helenista Curtius ha emitido la idea de que no se trata aquí de esa meseta, sino del tribunal del Areópago que, en esa época, tenía sus sesiones a inmediaciones del Ágora, bajo el Pórtico real, y que parece haber ejercido cierta vigilancia sobre la enseñanza pública. Pablo habría sido llevado a ese Pórtico por los que deseaban oírle, y habría hablado desde allí a la multitud reunida en la plaza, mientras que los jueces del Areópago le rodeaban en semicírculo. Ramsay da varios argumentos en apoyo de esta opinión: la meseta en la cima de la colina es un paraje poco apropiado para una asamblea numerosa; la expresión: *en medio del Areópago,* no puede entenderse de esa meseta, sino sólo de los jueces reunidos en tribunal. Los atenienses, en su orgullo nacional y su respeto de las cosas religiosas no se habrían preocupado por llevar a un lugar al que se ligaban los más sagrados recuerdos, un extranjero que pasaba por anunciador de nuevas divinidades, etc. Sea lo que fuere del lugar de esta asamblea, un punto incontestable es que el apóstol no debe ser considerado como un acusado llevado ante un tribunal o sometido a una investigación judicial. La curiosidad sola mueve a sus oyentes. Aparece libremente en medio de ellos, y se retira igualmente después de haber hablado. Jamás se había hallado aún en presencia de un auditorio semejante, compuesto en gran parte de filósofos y de sabios. ¡Y no podía olvidar que estaba en Atenas, en medio de los monumentos célebres de esa ciudad gloriosa, en frente de la Acrópolis! Ahora bien: su discurso, lejos de ser inferior a la situación, ha sido en todo tiempo admirado de los hombres capaces de apreciarlo. De Wette lo caracteriza como un "modelo de enseñanza apologética". "El discurso de Pablo delante de esa asamblea, dice Neander, es la prueba viva de su sabiduría y de su elocuencia apostólicas. Vemos aquí cómo podía, según su propia expresión, hacerse pagano con paganos, a fin de ganarlos al evangelio". Meyer realza también "la elegancia y la finura de las expresio-



23 nes atenienses, en todo como más religiosos os veo [21]. Cruzando
en efecto y considerando atentamente los objetos de vuestro culto
he hallado también un altar en el que estaba inscripto: A un dios
no conocido [22]. Lo que, pues, no conociendo honráis, eso yo os
24 anuncio [23]. El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él,

nes, así como el movimiento y gradación con que está señalado el discurso".

21. Gr. *Más* (que otros) *temerosos de los dioses.* Pablo no adula a los atenienses; comprueba un hecho confirmado por todos los historiadores de la antigüedad. La historia política de Atenas como su desarrollo artístico son señalados por ese carácter religioso. El calendario ateniense tenía dos veces más días feriados que los contados en las demás ciudades griegas. Cultos sirios, fenicios, frigios, egipcios, se habían introducido en Atenas; se encontraban allí numerosos santuarios romanos (Holtzmann). ¿Pero cuál es el sentido exacto de la expresión empleada por el apóstol? El *temor* de la divinidad puede, según su naturaleza, ser piedad o superstición. Los escritores clásicos emplean ese término en ambos sentidos. Pablo pronuncia la palabra, pero con admirable sabiduría se cuida bien de definirla. Por eso, con razón censura Meyer a los traductores que la vierten por "supersticiosos". Aquí y en todo este discurso, el apóstol, deseoso de ganar almas, ha sabido dominar la indignación que le inspiraba la vista de la idolatría (v. 16).

22. ¡Qué ingenioso exordio, y cuán apropiado era para despertar la atención de los oyentes! Pablo muestra que sabía observar; pues *considerando atentamente* (sentido del verbo griego) *los objetos del culto* de los atenienses, es decir, los templos, las imágenes de los dioses, los altares, había observado uno de estos últimos que contenía la inscripción: *A un dios desconocido.* La palabra carece de artículo, no se debe pues traducir *al* dios desconocido, sino dejarle su sentido indeterminado. Se sabe por dos escritores antiguos, Pausanias y Filóstrato, que había en Atenas más de un altar semejante. Se sabe también por un relato de Diógenes Laercio, que ciertos altares de este género debían su origen a una época de peste, en que Epiménidas había dejado correr ovejas negras y blancas, luego las había inmolado donde se habían parado, sacrificándolas "al dios a quien concernía", a aquel cuya ira era necesario aplacar. La peste había cesado, y desde entonces se hallaban en Atenas altares consagrados a dioses no conocidos. La idea de que había dioses desconocidos concordaba con las nociones del politeísmo; la filosofía griega, de su parte, se había elevado al pensamiento de una divinidad infinitamente mayor que todos los dioses conocidos. El apóstol va ahora a aplicar su observación al momento actual.

23. El texto recibido tiene: *Aquel* que, ...es el que yo os anuncio. Pero Pablo no podía, permaneciendo en la verdad, suponer que los atenienses *honraban* sobre ese mismo altar al Dios mismo que él les *anunciaba.* El texto auténtico, que se funda en *Sin., B, A, D* y en el testimonio de varios Padres, tiene: *Lo* que vosotros honráis sin conocerlo, *eso* os anuncio yo. El pronombre neutro muestra que Pablo supone en sus oyentes una vaga aspiración hacia el verdadero Dios que él les anunciaba y del cual no podían ellos tener aún más que una idea muy indeterminada (Comp. Juan 4:22). Así su palabra queda en los límites de la estricta verdad. La inscripción misma de que hablaba pro-

éste de cielo y tierra siendo señor no mora en santuarios hechos
25 de mano, ni por manos humanas es servido necesitando algo,
26 dando él vida y respiración y todo [24]; e hizo de uno toda la raza
de los hombres para morar sobre toda la faz de la tierra, habiendo
determinado tiempos ordenados y los límites de la habitación de
27 ellos [25], para que busquen a Dios, si así pues le palparían y

baba la insuficiencia del politeísmo, puesto que quedaban siempre dioses desconocidos; y además, todos los esfuerzos de los paganos para elevarse por su culto hasta la divinidad, mostraban en ellos una necesidad inconsciente, pero indestructible, del verdadero Dios, del Dios que Pablo anunciaba. Esa necesidad se descubre aún hoy en nuestra humanidad, en cuanto todo hombre inconverso tiene su dios desconocido al que busca y adora bajo todas las formas y todos los nombres que le prometen la felicidad.

24. Tal es el Dios vivo y verdadero, fuente de cuanto existe. La religión de los griegos consistía en una deificación de la naturaleza y de sus fuerzas, del hombre y de sus pasiones. Proclamar que Dios es el Creador, era destruir el politeísmo con una sola palabra, colocar a Dios por encima de todas sus criaturas, en su independencia absoluta (Comp. 7:48-50; 14:15, 16). ¡Cómo pues ese Dios infinito sería encerrado *en templos?* ¿Con qué podría el hombre *servirle*, a él que no tiene *necesidad* de nada, sino que, al contrario, *da a todos la vida, la respiración* que la conserva, *y todas las cosas?* Lutero traduce como si fuera masculino el pronombre que nosotros vertimos por *algo*: como si tuviera necesidad de *alguien*. Pero el neutro: *algo*, da al pensamiento un giro más absoluto (Sal. 50-7-15). Los oyentes de Pablo pensaban que les contaría alguna fábula mitológica (v. 18) ¡y él entreabre para ellos las profundidades de Dios!

25. Gr. *De uno solo hizo toda nación de los hombres habitar sobre toda la faz de la tierra, habiendo determinado*, etc. Se puede traducir también: *Ha hecho de un solo* (hombre) *todas naciones de los hombres para que habiten,... para que busquen.* Después de haber revelado a esos filósofos gentiles el Dios creador de todas las cosas, les instruye sobre su obra principal, nuestra humanidad, su origen, su historia, su destino, bajo el gobierno de Dios. Es ésta una verdadera filosofía de la historia y lo que se ha podido llamar una "geografía divina". El origen común de la humanidad, nacida *de un solo hombre* (es la palabra sobrentendida, bien que *D* y las *mayúsc.* recientes tienen *sangre;* Pablo piensa en Adán), su unidad, su solidaridad en todas las cosas, tales son las importantes verdades que el apóstol proclama. En el politeísmo, cada pueblo, teniendo sus dioses nacionales, se aislaba con ellos del resto de la humanidad. Todo el que no era griego o romano, no era, a los ojos de éstos, más que un bárbaro, un enemigo. Pero, además de esta unidad de origen, los pueblos, salidos de la mano del mismo Dios, tienen otra aún: que todos viven bajo el mismo gobierno divino. Su existencia sobre la tierra está *determinada* según leyes llenas de sabiduría y de justicia que presiden a su desarrollo. Éstas le asignan: 1º *tiempos ordenados con precisión* (texto recibido, *D*: ordenados *anticipadamente*), por lo que hay que entender ya los períodos de crecimiento y de decadencia (Job. 12:23), ya las grandes fases de la historia universal; 2º *los límites de su habitación*, es decir, los límites de las regiones donde se establecen (Deut. 32:8). Si los pueblos reconocieran esta verdad, los que, por *los límites de su habitación* se encuentran vecinos, verían en ello otra cosa que una razón de aborrecerse y hacerse sangrientas guerras.



hallarían [26], y ciertamente no estando lejos de cada uno de nos-
28 otros. En él en efecto vivimos y nos movemos y somos [27], como
también algunos de vuestros poetas han dicho: Pues de él raza
29 somos también [28]. Raza pues siendo de Dios, no debemos pensar
que a oro o a plata o a piedra, a escultura de arte e imaginación
30 de hombre, la divinidad sea semejante [29]. Los tiempos, en efecto,
de la ignorancia habiendo pasado Dios por alto, ahora manda a

26. Tal es el propósito asignado a los hombres: que *busquen* y *hallen a Dios* (el texto recibido: *al Señor*). Dios les había fijado ese propósito *para ver si quizá podrían hallarle andando a tientas,* como hace un ciego. Dios sabía que el pecado ha hundido al hombre en las tinieblas.

27. *No está lejos de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y somos. En él* y no solamente *por él,* como traducía Ostervald. Dios presente en todas partes, penetrando todas las cosas, es el elemento fuera del cual no existiríamos como tampoco fuera del aire que respiramos (Jeremías 23:23,24; Sal. 104:29-30; 139:5,7-10). Proclamando así la inmanencia de Dios en el mundo, el apóstol no cae en el panteísmo, porque no menos enérgicamente mantiene la personalidad de Dios y la del hombre. El hombre no se pierde en Dios; al contrario, en él se halla. Se han esforzado en establecer sutiles distinciones entre estos tres verbos: *vivir, moverse, ser.* Diremos más bien con de Wette, que, con estos tres términos, el apóstol ha querido agotar la idea de que no existimos sino en Dios, y que, por consiguiente, no debería ser imposible para nosotros buscarle y hallarle (Comp. 14:17).

28. Pablo decía con mucha exactitud: *algunos de vuestros poetas;* estas palabras se hallan primeramente en Arato, poeta griego, originario de Cilicia, lo mismo que el apóstol, pero que vivía tres siglos antes de la era cristiana; y luego en un himno del poeta estoico Cleanto. Pablo cita realmente ambos poetas, y no repite una máxima corriente; lo prueba el *pues,* que introduce la citación, y que se lee en el texto de ambos autores. El apóstol se apropia ese pensamiento (v. 29); pero ¡en qué sentido más elevado y verdadero podía entenderlo, él que sabía que el hombre, creado a la imagen de Dios, capaz de conocerle y amarle, tiene verdaderamente un grado íntimo de parentesco con él! ¡Y cuánto más verdadera es aún esa palabra para el cristiano "nacido de Dios" (Juan 1:12, 13), y "partícipe de la naturaleza divina"! (2 Pedro 1:4).

29. Conclusión irrefutable. Prosternarse delante de imágenes materiales de la divinidad, es humillar a Dios y degradar al hombre mismo. "Crítica fina y profunda del culto gentil." (Meyer). Y al mismo tiempo, qué consideración hay en estas palabras: *no debemos pensar* (gr. no estamos *obligados* a pensar). "Locución clemente, principalmente en la primera persona del plural" (Bengel). "El *oro*, la *plata*, y la *piedra* sirven de materiales al artista para expresar su fantasía. La *divinidad* no podría depender de la *invención de un hombre*" (Meyer). Se sabe con qué ironía denunciaba el profeta esas aberraciones (Isa. 44:13-20; 46:4-7).

31 los hombres que todos por todas partes se arrepientan [30], por
cuanto ha establecido un día en que ha de juzgar al mundo con
justicia, por el varón que ha determinado [31], habiendo dado con-
vicción a todos resucitándole de entre los muertos [32].
32 Mas habiendo oído "resurrección de muertos", los unos se
burlaban, los otros dijeron: Te oiremos sobre esto aun otra
33 vez [33]. Así salió Pablo de en medio de ellos. Mas algunos varones,
34 habiéndose juntado con él, creyeron, entre los cuales también
Dionisio el areopagita y una mujer, por nombre Dámaris, y otros
con ellos [34].

30. *Así pues,* ya que resulta de todo lo que precede que el paganismo ha sido *un tiempo de ignorancia,* Dios, en su misericordia, no quiere castigar, en consideración de esa ignorancia, sino que *mira por sobre* ellos (3:17). Pablo ya había expresado en otra ocasión este misericordioso designio de Dios (14:16; comp. Rom. 3:24, 25). Pero el estado de ignorancia no debe prolongarse más; *ahora,* por la predicación del evangelio, Dios *ordena a los hombres* que *se arrepientan* (véase, sobre el sentido de esta palabra, Mat. 3:2, nota primera) *todos, en todas partes.* A pesar de lo que de severo tiene esta *orden,* contiene la oferta de la salvación. Las palabras: *todos* los hombres, *por todas partes,* expresan el universal destino de esta salvación ofrecida por la misericordia de Dios.

31. ¡Qué motivo de arrepentirse, *el juicio del mundo,* que será ejercido *con justicia!* El juez *establecido* para ello (gr. *determinado* por Dios), es *el varón,* Jesús, elevado a la gloria (10:42; Juan 5:27; Rom. 14:10; 2 Cor. 5:10).

32. Gr. *Habiendo suministrado a todos* (un motivo de) *fe, resucitándole de entre los muertos.* Por esta *fe* (sin artículo) algunos intérpretes entienden la *fe* en el Salvador, por la cual *todos* pueden ser recibidos en gracia en el día del juicio. Según otros, Dios ha dado así la *prueba,* la *convicción* de ese juicio: será ejercido por Aquel que resucitó de los muertos. La *resurrección* de Jesucristo es la carta de crédito por la cual Dios le ha acreditado ante el mundo entero, a la vez como Salvador y como Juez. Tal es el sentido más generalmente admitido de estas solemnes palabras.

33. El discurso de Pablo fué interrumpido por las *burlas* de los unos, por la proposición más cortés de los otros de diferir la discusión a *otra vez.* ¿Será necesario, con Calvino, atribuir una intención seria a estos últimos? Parece que si Pablo hubiera tenido motivos de creerlos sinceros, no habría abandonado Atenas tan pronto (18:1). Tal es la opinión de Meyer. Su respuesta debe ser considerada como un pretexto, semejante al de Félix (24:25). La única palabra de *resurrección* trajo este resultado. Pablo no hablaba de la resurrección de los muertos en general, aunque sus oyentes lo entienden así, sino únicamente de la resurrección de Aquel que será el Juez en el postrero día y cuyo nombre ni aún había pronunciado el apóstol. Y no obstante, esta palabra basta para poner fin a la atención de los oyentes. Se comprende de parte de filósofos epicúreos y estoicos (v. 18), para quienes la idea de la vuelta de un muerto a la vida era un absurdo.

34. Así este primer encuentro solemne del evangelio con la filosofía griega no careció de resultado. Hubo *algunas* almas llevadas a la fe, y se sabe que en el tercer siglo, Orígenes citaba como ejemplo la iglesia de Atenas, aunque Pablo no habla de ella en ninguna parte. No se sabe nada de cierto sobre este *Dionisio,* miembro del tribunal del Areópago (v. 19). Según Eusebio (*Hist. eccles.,* III, 4 y IV, 23), habría sido obispo de la iglesia de Atenas, donde habría padecido el martirio. Por mucho tiempo se le ha atribuído escritos que no han podido ser redactados antes de la segunda mitad del siglo cuarto, y que, gracias a este nombre antiguo, han gozado de una consideración inmerecida. En cuanto a *Dámaris,* no es conocida en la historia.



F. 1-17. PABLO EN CORINTO. — 1º *Pablo trabaja con sus manos después de asociarse a Aquila y Priscila.* De Atenas se traslada Pablo a Corinto. Encuentra allí una pareja de judíos oriundos del Ponto, expulsados de Roma por Claudio. Como ejercían el mismo oficio, Pablo se une a ellos y trabaja con ellos en hacer tiendas. Los días de sábado habla en la sinagoga (1-4). — 2º *Pablo se dedica a la predicación: ruptura con la sinagoga.* La llegada de Silas y de Timoteo le permite consagrarse enteramente a la evangelización. Haciendo oposición los judíos, les declara que es inocente de su sangre y que va a dirigirse a los paganos. Se traslada a casa de un prosélito, que vivía junto a la sinagoga. Sin embargo Crispo, jefe de la sinagoga, llega a la fe con todos los suyos. Numerosos corintios creen y son bautizados (5-8). — 3º *El Señor alienta al apóstol en una visión.* Le aparece de noche, en visión, y le ordena que hable sin temor, prometiéndole su protección; mucho pueblo en Corinto pertenece al Señor. Pablo queda diez y ocho meses predicando el evangelio a los corintios (9-11). — 4º *Pablo ante Galión.* Los judíos se unen contra el apóstol y le arrastran ante Galión, procónsul de Acaya, acusándole de enseñar un culto contrario a la ley. Galión los despide, declarando que cuestiones de esa índole no son de su competencia. La multitud golpea a Sóstenes, jefe de la sinagoga, sin que Galión intervenga (12-17).

XVIII Después de esto, habiendo partido de Atenas fué a Corinto [1].
2 Y habiendo hallado cierto judío, por nombre Aquila, póntico por
raza, recientemente venido de Italia, y a Priscila su mujer, por
haber ordenado Claudio que se fueran todos los judíos de Roma,
3 se allegó a ellos [2], y por ser del mismo oficio posó con ellos y

1. Véase sobre *Corinto* y sobre el ministerio de Pablo en esta ciudad, la introducción a la primera epístola a los Corintios. Corinto estaba situada sobre el istmo que une el Peloponeso con la Hélada. Había sido destruída en el año 146 antes de J. C. por el procónsul Mummio; pero reedificada cien años después por Julio César, que estableció allí una colonia de veteranos, había reconquistado y sobrepasado su antiguo esplendor. Su comercio, floreciente gracias a su doble puerto que la ponía en relación con el oriente y el occidente, le valía gran prosperidad. Se distinguía también por sus corrompidas costumbres.

2. El *Ponto* era una provincia romana del Asia Menor a las márgenes del Ponto Euxino o mar Negro. Originarios de esa provincia, Aquila y Priscila habitaban en *Roma,* cuando fueron expulsados de ella con los judíos por el edicto del emperador *Claudio;* regresaron allá más tarde (Rom. 16:3). Los exégetas difieren sobre la cuestión de saber si esos esposos eran ya cristianos antes de su encuentro con Pablo, o si por él fueron llevados

4 trabajaba; pues eran por oficio hacedores de tiendas [3]. Y discu-
rría en la sinagoga en todo sábado, y persuadía a judíos o a
griegos.
5 Mas como hubieron descendido de Macedonia tanto Silas
como Timoteo, era constreñido Pablo por la palabra, testificando
6 a los judíos que el Cristo era Jesús [4]. Mas oponiéndose ellos y
blasfemando, habiendo sacudido los vestidos díjoles: ¡Vuestra
sangre sea sobre vuestra cabeza! yo soy inocente; desde ahora

a la fe. Esta última suposición es la más probable aunque nuestro texto no obligue a admitirla, pues el nombre de *judío* podía ser dado a un cristiano de origen judío (Gál. 2:13, 14). Sea lo que fuere, el apóstol se juntó estrechamente con ellos, hizo viajes con ellos (v. 18), les envió saludos en sus cartas, donde les da el más hermoso testimonio (Rom. 16:3,4; 2 Tim. 4:19; 1 Cor. 16:19. En nuestro capítulo mismo (v. 26), los vemos ejercer una gran influencia en el elocuente Apolo. El edicto del emperador Claudio, que expulsó a los judíos de Roma, y que menciona Suetonio, fué provocado, según este historiador, por alborotos de que un cierto *Chrestus* fué instigador. Este nombre ha inducido a varios historiadores (Weizsäcker, Schürer, Ramsay) a suponer que se trataba de discusiones entre los judíos y los cristianos, y que Suetonio, oyendo hablar del Cristo, lo había tomado por un agitador judío y había transformado su nombre en *Chrestus*. Parece que el edicto de Claudio fué pronto revocado, o que pronto se renunció a ejecutarlo; pues acabamos de ver que Aquila y Priscila volvieron a Roma, y había en esa ciudad judíos y cristianos cuando Pablo llegó (cap. 28):

3. *D* y una antigua versión latina omiten las palabras: *pues, por oficio, eran hacedores de tiendas. Sin., B,* tienen: *trabajaban*, lo que es quizá una corrección ocasionada por el plural que sigue. Las *tiendas* eran hechas, ora de tela, ora de cuero, ora principalmente de paño de Cilicia. La patria de Pablo producía un tejido impermeable, de pelo de cabra, con que se hacía también mantos, cortinas, colchas. De ese paño grosero de Cilicia deriva la palabra cilicio. Era costumbre que los rabinos judíos aprendieran un *oficio* simultáneamente con sus estudios. Pablo practicó asiduamente el suyo, a fin de no ser carga a las iglesias, dondequiera que sus adversarios hubieran podido atribuirle planes interesados (20:34; 1 Cor. 4:12; 9:14-18; 2 Cor. 11:9; 1 Tes. 2:9; 2 Tes. 3:7-9). Pero en principio enseñaba que las iglesias deben proveer a las necesidades de los que les anuncian la palabra (1 Cor. 9:14), y él mismo era bastante humilde para recibir donativos de sus hermanos (Fil. 4:14-18).

4. En lugar de *se dedicaba por completo a la palabra* (gr. *constreñido por la palabra*), el texto recibido, con algunas *mayúsc.*, recientes tiene: *constreñido por el Espíritu.* Esta indicación es opuesta a la de los v. 3 y 4, que nos muestra a Pablo trabajando en su oficio con Aquila y Priscila y no predicando el evangelio más que los días de sábado. Desde este momento, se dedicó *por completo* a su actividad misionera. Por la llegada de sus compañeros de obra, que había dejado en Macedonia, fué descargado sin duda del cuidado de proveer a su mantenimiento (17:14,15). Las buenas noticias que ellos le traían de la iglesia de Tesalónica le llenaron de gozo y le indujeron a prolongar su permanencia en Corinto (1 Tes. 3:



7 a los gentiles me iré [5]. Y habiéndose ido de allí fué a la casa de
uno, por nombre Ticio Justo, que adoraba a Dios, cuya casa era
8 contigua a la sinagoga [6]. Mas Crispo el jefe de sinagoga creyó al
Señor con toda su casa, y muchos de los corintios oyendo creían
y eran bautizados [7].

4-8). Resulta de 17:15, comp. 1 Tes. 3:1,2, que Silas y Timoteo se juntaron con Pablo ya en Atenas. El relato de Lucas presenta una laguna: no menciona esa primera reunión del apóstol con sus colaboradores y haría creer que éstos, a pesar de la urgente invitación que se les dirigía (17:15), no fueron hacia Pablo sino después de su partida de Atenas a Corinto. Pero la indicación de 1 Tes. 3:1, 2, nos obliga a admitir que Timoteo en todo caso, y probablemente también Silas, fueron a encontrar al apóstol a Atenas. El apóstol los envió nuevamente a Macedonia: Timoteo a Tesalónica y Silas quizá a Filipos (Fil. 4:15); y de allí se le reunieron en Corinto, adonde entretanto se había trasladado. Ramsay estima, por estas idas y venidas, que Pablo pasó tres o cuatro semanas en Atenas y que estuvo cinco o seis semanas esperando a sus amigos en Corinto.

5. ¡Momento trágico para esos judíos que rechazaban la gracia! Las palabras del apóstol hacen más conmovedora aún esta escena, que se había producido ya en otras partes (13:45, 46). *Sacudir sus vestidos*, echar de ellos hasta el polvo contra alguno, era una acción simbólica, figurando la ruptura absoluta de todas las relaciones (Comp. 13:51; Mat. 10: 14). La *sangre* de esos hombres rebeldes, es decir, la responsabilidad de su ruina, de su muerte, caerá *sobre su cabeza*. Pablo se declara *limpio, inocente* de ella, porque les ha anunciado la salvación (Comp. 20:26). Esta figura terrible es tomada del antiguo testamento (2 Sam. 1:16; 1 Reyes 2:32, 33; Ezeq. 33:4); reaparece en boca de Jesucristo mismo (Mat. 23:35). Véase también la horrible imprecación de los asesinos del Salvador (Mat. 27:25).

6. Pablo *parte* de la sinagoga, como para confirmar de modo visible las palabras que acaba de pronunciar. Se traslada, para continuar su enseñanza, a casa de un prosélito (es lo significado por *que adoraba a Dios*), cuya casa era vecina, quien no es de otro modo conocido en la historia. Los manuscritos tienen: Ticio Justo (*B*), Tito Justo (*Sin.*) Justo (*A, mayúsc.*, texto recibido). Lucas no quiere decir, como han pensado algunos exégetas, que fué a esa *casa* para morar en ella, y que así dejaba la de Aquila y Priscila (v. 3). Estableció en ella solamente el lugar de sus predicaciones y de las asambleas de la iglesia naciente. Bien que separándose de la sinagoga, continuaba ofreciendo la ocasión de oír el evangelio a los judíos dispuestos a recibirlo: pero se exponía a conflictos, que no dejaron de producirse (v. 12 y sig.)

7. La conversión de *Crispo, jefe de la sinagoga*, y de *toda su casa*, fué un gran triunfo del evangelio en medio del combate que sostenía el apóstol. Quiso pues, contra su costumbre, bautizar personalmente a esta familia (1 Cor. 1:14). Además, *muchos corintios que oían* la palabra de Pablo *creían y eran bautizados*. Estos verbos en imperfecto indican que la obra divina de la conversión de las almas continuaba por el ministerio del apóstol. El participio *oyendo* está sin régimen en griego. Varios traducen: oyendo hablar de la conversión de Crispo y de la ruptura de Pablo con la sinagoga.

9 Y dijo el Señor en la noche por medio de visión a Pablo: No
10 temas, sino habla y no calles, porque yo estoy contigo y nadie te
atacará para maltratarte, porque tengo grande pueblo en esta
11 ciudad [8]. Y moró un año y seis meses enseñando entre ellos la
palabra de Dios [9].
12 Mas siendo Galión procónsul de Acaya [10] se levantaron uná-
nimemente los judíos contra Pablo y le llevaron ante el tribunal,
13 diciendo: Contra la ley incita éste a los hombres a adorar a
14 Dios [11]. Mas estando Pablo a punto de abrir la boca dijo Galión
a los judíos: Si fuera, sí, alguna injusticia o mala picardía, oh
15 judíos, según derecho os tolerara; mas si cuestiones son sobre
doctrina y nombres y vuestra ley, veréislo vosotros mismos; juez
16 yo de esto no quiero ser [12]. Y los echó del tribunal. Y habiendo

8. A pesar de los triunfos que obtenía en Corinto, Pablo tenía sin duda necesidad de ser alentado por estas divinas palabras, pues estaba rodeado de peligros y penetrado del sentimiento de su debilidad (1 Cor. 2:3). *Durante la noche* (estas palabras se leen antes de *en visión* en *Sin., B,* después en otros manuscritos; Blass las cercena basándose en *A*) es cuando, en una *visión* en que le apareció *el Señor,* oyó Pablo estas palabras (Comp. 16:9; 23:11). Ellas le daban dos razones poderosas de no *temer,* de no *callarse,* sino de *hablar: Yo soy contigo,* le dice el Señor (Comp. Isa. 41:10; Jer. 1:8); y: *mucho pueblo me pertenece en esta ciudad* de Corinto. Este *pueblo* eran judíos aun incrédulos o indiferentes, paganos aun inconversos. Pero Dios los conocía, como perteneciéndole en el orden de su gracia; estaban "ordenados para vida eterna" (13:48; Juan 10:16; 11:52). Era necesario pues que Pablo los condujera al Salvador, y él sabía ahora que su obra no sería vana.

9. Prosigue durante *diez y ocho meses* su permanencia y su obra en Corinto, a consecuencia de la importante revelación que acababa de recibir. De Corinto el evangelio se extendió por toda la Acaya (2 Cor. 1:1). Durante esta estada escribió Pablo las dos epístolas a la iglesia de Tesalónica, las más antiguas que tenemos de él.

10. *Acaya* era el nombre de una provincia romana que comprendía toda la Grecia, con el Peloponeso. El *procónsul,* o gobernador de esa provincia, residía en Corinto. *Galión* estaba entonces investido de esa dignidad; era hermano del filósofo Séneca, que le dedicó dos de sus principales obras, y que le alaba por la mansedumbre de su carácter. Se llamaba propiamente Marco Annaeo Novato, y el nombre de *Galión* le venía del retor Junio Galio que le había adoptado. Fué más tarde muerto de orden de Nerón, así como Séneca, su hermano.

11. Los judíos disfrutaban en todo el imperio de libertad de culto; esperaban pues que el procónsul se opondría a la enseñanza de Pablo, que ellos declaraban *contraria a su ley y* que tendía por consiguiente a introducir un culto nuevo (16:21, nota). La acusación resulta más completa de la respuesta de Galión (v. 15).

12. El procónsul rehusa prudentemente entender en esta causa, en razón de que los acusadores no presentaban más que agravios religiosos. Designa esos agravios como *discusiones sobre palabra o doctrina, sobre nombres,* sin duda el nombre de Jesús y de Mesías que Pablo anunciaba, *sobre* su *ley,* la ley judía que los acusadores pretendían ser violada por la enseñanza del apóstol. Galión declara claramente que *no quiere ser juez* de una causa semejante. Con esta respuesta, establece claramente la distinción entre el delito y la convicción religiosa, entre la política y la conciencia. Se puede lamentar que Galión, gracias a su paganismo, habla de las cosas más santas con la indiferencia de un escéptico; pero, como procónsul, hizo su deber. Si todos los magistrados *cristianos* hubieran juzgado como este pagano, muchos males habrían sido evitados a nuestra humanidad.

13. El texto recibido tiene: *todos los griegos,* contra *Sin., B, A* y varias versiones. Blass conserva ese término, aun en la redacción oriental. Hay que entender en efecto por esta palabra *todos,* la multitud pagana que aborrecía a los judíos. Es difícil admitir, con algunos intérpretes, que los judíos mismos se hubieran vengado de su derrota maltratando al jefe de la sinagoga, porque le sabían favorable a Pablo. *Sóstenes* había estado sin duda al frente de la diputación judía y había tomado la palabra delante del procónsul. Viendo que éste había despedido a los acusadores con algo de humor (v. 16), los subalternos del tribunal, ayudados del populacho, quisieron hacer expiar al *jefe de la sinagoga* sus malas intenciones. *Sóstenes* quizá había sucedido en su cargo a Crispo, después de la conversión de este último (v. 8), o bien era presidente de otra sinagoga. Algunos intérpretes le consideran como el mismo *Sóstenes* a que Pablo llama *hermano* (1 Cor. 1:1) y que habría sido convertido después. Si Galión había hecho su deber declarándose incompetente en una causa religiosa, no lo cumplía al permitir, ante sus ojos, un acto de violencia. Evidentemente, condenaba en su corazón la envidia y el fanatismo que los judíos acababan de manifestar por su acusación.

14. Es necesario observar que Pablo, al dejar a Corinto, *navegaba hacia Siria,* es decir que su propósito era llegar a Antioquía, de donde partirá para su tercer viaje misionero (v. 22,23). Los rodeos que hace por Efeso (v. 19), por Cesárea y quizá por Jerusalén (v. 21, nota), no le hacen perder de vista ese objeto. Por lo demás, en estos v. 18-23, el relato de Lucas no contiene más que ligeras indicaciones, bastante difíciles de comprender.



17 echado todos mano de Sóstenes el jefe de sinagoga le herían
delante del tribunal; y de nada de esto cuidábase Galión [13].

G. 18-22. Regreso a Antioquía por Efeso y Jerusalén. — 1º *Partida de Corinto.* Después de haber prolongado aún su permanencia, Pablo se embarca, con Priscila y Aquila, para Siria. Se hace trasquilar en Cencreas, a consecuencia de un voto (18). — 2º *Paso a Efeso.* Desembarcan en Efeso, donde Pablo deja a sus compañeros. Conversa en la sinagoga con los judíos. Quieren retenerle; no consiente, pero les promete volver, si Dios quiere. Abandona Efeso (19-21). — 3º *Por Cesárea a Antioquía.* Desembarcado en Cesárea, va a saludar la iglesia de Jerusalén, luego desciende a Antioquía (22).

18 Y Pablo habiendo quedado aún bastantes días, habiéndose
despedido de los hermanos navegaba hacia Siria [14], y con él Pris-

cila y Aquila, habiéndose trasquilado en Cencreas [15] la cabeza,
19 pues tenía voto [16]. Y llegaron a Efeso, y a aquéllos dejó allí, mas
20 él habiendo entrado en la sinagoga discurrió con los judíos. Y
21 rogando ellos que por más tiempo morara no asintió [17], sino que
habiéndose despedido y dicho: Otra vez volveré hacia vosotros
22 queriendo Dios [18] se hizo a la mar desde Efeso, y habiendo abor-

15. *Cencreas* era el puerto de Corinto, del lado del Asia, sobre el mar Egeo, a legua y media de la ciudad. Sobre el golfo de Corinto, la ciudad tenía otro puerto, llamado Lechaeum, donde se embarcaban para Italia y los países de occidente.

16. He ahí uno de esos hechos apenas indicados y que quedan necesariamente obscuros. Y ante todo, ¿quién había *hecho un voto?* Según la construcción griega, puede ser Pablo o Aquila. Siguiendo a la Vulgata, Meyer, Weizsäcker, Blass, Zöckler, se pronuncian por Aquila. Meyer se basa en el hecho de que Lucas nombra a Aquila después de Priscila, a fin de colocar su nombre inmediatamente antes de esta frase: *habiéndose trasquilado.* Pero como Pablo es el sujeto principal de toda la frase, y como no se comprende bien por qué indicaría Lucas ese detalle respecto de Aquila, es más probable que se trate del apóstol. (Agustín, Lutero, Calvino, de Wette, Holtzmann, Barde). Priscila es también nombrada la primera en v. 26, Rom. 16:3; 2 Tim. 4:19. Tenía sin duda mayor parte que su marido en el trabajo de llevar el evangelio. Pero se ignora la causa y la naturaleza de ese voto hecho por Pablo. No se podría, con de Wette, pensar en el voto de nazareos (véase Nº 6), pues para desligarse de ese voto era necesario ofrecer un sacrificio en el templo de Jerusalén, donde se quemaba los cabellos cortados. Ahora bien: ya en Cencreas había Pablo cumplido su voto y se había cortado los cabellos. Es probable pues que se había ligado por un voto más libre, análogo al que Josefo describe en la *Guerra de los Judíos* (II, 15,1) y que consistía en dejarse crecer los cabellos durante treinta días, comprometiéndose a abstenerse de toda bebida fermentada. ¿Hay que extrañarse de que el apóstol usara, para su edificación personal, de tal práctica religiosa? De ningún modo. Lo mismo hará, en otra ocasión, por simple condescendencia con sus hermanos, aun adictos a las ceremonias del judaísmo (21:26). La espiritualidad de su fe le dejaba enteramente libre respecto de estas cosas. No se oponía a ellas sino cuando otros buscaban en ellas un medio de salvación (Comp. 15:2, nota).

17. Pablo no fué *a Efeso,* según parece, más que por no haber hallado en el puerto de Cencreas navío que le condujera directamente a Siria (v. 18, nota). *Efeso,* esa gran ciudad marítima, capital del Asia proconsular, se volverá, más tarde, campo principal de sus trabajos; por el momento, no hace más que pasar por ella y *deja* allí a sus compañeros de viaje, Priscila y Aquila. Aprovecha sin embargo de su paso para *conversar con los judíos, que recibieron* de él una impresión favorable, puesto que *le rogaban* que prolongara su permanencia en medio de ellos. *No consintió,* porque tenía ante sí otro fin importante (v. 18, 1ª nota; comp. v. 22, nota).

18. El texto recibido (*D mayúsc. recientes*) tiene: *Me es absolutamente necesario hacer la fiesta que viene en Jerusalén.* Casi todos los críticos, desde Bengel hasta Tischendorf, omiten esas palabras. Han sido agregadas, ya para justificar la negativa de Pablo (v. 20), ya para explicar el v. 22, tan obscuro en su brevedad. Pero la interpolación es muy antigua, pues se encuentra ya en las dos versiones siríacas, que remontan al segundo siglo. Blass admite este pasaje como formando parte de la redacción occidental. No queda pues de este versículo más que la promesa de Pablo de *volver nuevamente* a Efeso, *queriendo Dios,* añade, con el sentimiento de una humilde dependencia. Dios lo quiso, en efecto, y el apóstol pudo no solamente volver a esa ciudad, sino permanecer allí mucho tiempo (19:1,10).



dado en Cesárea, habiendo subido y saludado la iglesia, bajó a
Antioquía [19].

## IV. TERCER VIAJE. PERMANENCIA EN EFESO Y SEGUNDA ESTADA EN CORINTO

(18:23 a 20:3)

A. 23-28. LA PARTIDA. APOLO EN EFESO Y EN CORINTO. — 1º *A través del Asia Menor.* Después de estar algún tiempo en Antioquía, se pone Pablo nuevamente en camino; recorre Galacia y Frigia, fortaleciendo los discípulos (23). — 2º *Apolo, en Efeso, instruído por Priscila y Aquila.* Apolo, judío alejandrino, versado en las escrituras, llega a Efeso. Expone con fervor y precisión lo que concierne a Jesús, aunque siendo solamente discípulo de Juan el Bautista. Habla osadamente en la sinagoga. Priscila y Aquila, después de haberle oído, le invitan a ir a su casa y le instruyen más completamente sobre la salvación en Cristo (24-26). — 3º *Apolo se traslada a Acaya.* Parte munido de una recomendación de los hermanos de Efeso. Llegado a Acaya, presta grandes servicios, demostrando, en discusiones públicas con los judíos, que Jesús es el Mesías (27,28).

23 Y habiendo pasado algún tiempo partió, atravesando por

19. Pablo *partió de Efeso* (gr. *fué conducido en alto, tomó la alta mar*) y navegó directamente hasta *Cesárea,* capital política de Palestina (8:40, nota). De ahí ¿adónde fué?. Lucas dice, con una concisión que le hace obscuro: *habiendo subido y saludado la iglesia, descendió a Antioquía.* Los intérpretes que no admiten aquí un viaje a Jerusalén piensan que Pablo, llegado al puerto de Cesárea, *subió* a la ciudad o a alguna eminencia, donde la iglesia tenía el lugar de sus reuniones, y después de haberla saludado, *descendió a Antioquía.* (Véase una entrevista semejante con una iglesia en 21:4,5.) Los términos del texto son poco favorable a esta interpretación. *Subir, descender,* son las palabras empleadas para decir ir a Jerusalén y volver (11:2; 15:2; 21:12,15; 24:11; 25:1,9; y a menudo en los evangelios). Es probable pues que Pablo se trasladara a la santa ciudad. ¿Pero qué es lo que motivaba su visita? Si creemos la indicación del texto occidental (v. 2, nota), deseaba asistir a las solemnidades de una fiesta. Y si esa indicación parece dudosa, puede uno atenerse a la razón dada por Lucas: ver la iglesia de la capital, *saludarla,* es decir mostrarle deferencia. Lo que más tarde allí ocurrió (21:20 y sig.) muestra claramente que Pablo podía sentir la necesidad de hacer esta diligencia.

orden la región gálata y Frigia, afirmando todos los discípulos [20].
24 Y cierto judío, por nombre Apolo, alejandrino por raza, varón
25 elocuente, llegó a Efeso, siendo poderoso en las escrituras [21]. Éste
había sido instruído en el camino del Señor, y siendo ferviente
en su espíritu hablaba y enseñaba con exactitud lo relativo a
26 Jesús, conociendo sólo el bautismo de Juan [22]; y éste empezó a
hablar francamente en la sinagoga. Y habiéndole oído Priscila y
Aquila le tomaron consigo y más exactamente le expusieron el
27 camino de Dios [23]. Y queriendo él cruzar a Acaya, habiéndole

20. Lucas no dice cuál fué la duración de esta *permanencia* del apóstol en Antioquía. Probablemente fué entonces cuando tuvo lugar el conflicto entre Pablo y el apóstol Pedro (Gál. 2:11 y sig.) Luego después, partió para su tercer viaje misionero a las provincias del Asia Menor. Este viaje es indicado por Lucas sólo brevemente, como lo había sido el segundo (16:6), principalmente en lo que concierne a *Galacia y Frigia*. Parece que las fuentes de donde se informaba nuestro historiador no le ilustraban sobre estas partes de la actividad misionera del apóstol. Se contenta con señalar el muy importante propósito: *fortalecer todos los discípulos*.

21. *Apolo*, abreviatura de Apolonio, era *oriundo de Alejandría*, Egipto, ciudad célebre por sus escuelas, tanto judías como griegas. No era solamente *elocuente* (la palabra griega significa igualmente *sabio*, culto), sino también *poderoso en las escrituras*, es decir que las conocía muy bien, y que era fuerte en el arte de explicarlas.

22. Estas últimas palabras muestran claramente cómo debe entenderse todo lo que precede respecto de Apolo. Estaba en el punto donde el *bautismo de Juan*, es decir todo su ministerio, había conducido a las almas: el arrepentimiento, la profunda necesidad de una redención y la convicción de que Jesús era el Mesías, "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". En un hombre *ferviente de espíritu*, dotado de viva inteligencia y de alma ardiente (el *espíritu* no es aquí el Espíritu Santo), como era Apolo, ese conocimiento, por incompleto que fuera, no dejaba de llevar fruto en su vida; le ponía en condiciones de ser luz para los demás. Por eso puede Lucas decir que *había sido instruído en el camino del Señor* (*D* agrega: *en su patria*, en Egipto) y que era capaz de *enseñar exactamente lo relativo a Jesús*, el Mesías, el Salvador de Israel. Lo que le faltaba era el bautismo del Espíritu Santo, exactamente como a esos otros discípulos de Juan de que se habla en el cap. 19:1 y sig. Hay, en plena cristiandad, muchas almas que están prácticamente en el mismo punto, que saben que Jesús es el Salvador, pero que jamás aun han llegado al pentecostés del Espíritu. El *camino* o *la senda del Señor*, y, en el versículo siguiente, el *camino de Dios*, significa, no solamente la *doctrina*, sino la *dirección* de la vida que tiende hacia Dios, que conduce a él. (Comp. 9:2; 19:9,23; 22:4); etc. Según el texto recibido, Apolo enseñaba lo relativo *al Señor*, en lugar de *a Jesús*. (Comp. v. 28.)

23. Se ve por este relato que Aquila y Priscila, que se hallaban entonces en Efeso (v. 19), seguían aún el culto de la *sinagoga*. Allí oyeron a Apolo *hablar con resolución*. Esa pareja fiel comprendió inmediatamente lo que faltaba al elocuente predicador, y, *habiéndole tomado consigo*, invita-



alentado los hermanos escribieron a los discípulos que le recibieran [24]; quien, habiendo llegado, fué muy útil a los que habían
28 creído por la gracia [25]; pues con vehemencia a los judíos refutaba
públicamente mostrando por las escrituras que el Cristo era
Jesús [26].

B. 1-22. PABLO EN EFESO. — 1º *Los discípulos de Juan el Bautista*. Mientras está Apolo en Corinto, Pablo que acaba de recorrer la región alta, llega a Efeso. Encuentra allí algunos discípulos a quienes pregunta si han recibido el Espíritu Santo. Responden que ni aún han oído hablar de él. Han sido bautizados con el bautismo de Juan. Pablo les expone que Juan bautizó para llevar a la fe en Aquél que había de venir, Jesús. Son bautizados en el nombre de Jesús. Pablo les impone sus manos. Reciben el Espíritu y hablan en lenguas. Eran como doce (1-7). — 2º *Ruptura con la sinagoga. La escuela de Tiranno*. Durante tres meses, Pablo predica el reino de Dios y discute en la sinagoga. Ante la oposición de los judíos y sus calumnias contra los cristianos, reúne aparte a los discípulos y enseña todos los días en la escuela de Tiranno. Ocurrió esto durante dos años; todos los habitantes de la

do a su casa, *le expusieron más exactamente y más completamente el camino de Dios*, es decir la obra de la redención cumplida por Jesucristo, y, especialmente, la de la regeneración obrada por el Espíritu Santo. El sabio alejandrino se mostró bastante humilde para recibir instrucción de esos modestos fabricantes de tiendas. *Priscila* es nombrada antes de *Aquila* según el texto de *Sin.*, *B*, *A*, *E*.

24. Apolo *quiso ir a Acaya*, es decir sin duda a Corinto, habiendo sabido por Aquila y Priscila los primeros triunfos de Pablo en esa ciudad. *Los hermanos* que se hallaban ya en Efeso, a consecuencia de la corta estada del apóstol (v. 19), *alentándole escribieron* a los fieles de Corinto *que le recibieran bien*, como a un siervo de Dios. Así traducen Calvino, Beza, Weizsäcker, Holtzmann, Wendt, y esta traducción nos parece la más conforme a la construcción de la frase. Lutero Meyer, Zöckler, traducen: "Los hermanos escribieron a los discípulos, *induciéndolos a recibirles*." *D* y las versiones siriacas tienen aquí una importante adición, que nos hace saber cómo fué Apolo inducido a trasladarse a Corinto: "Algunos corintios residentes en Efeso, habiéndole oído, le exhortaban a pasar (el mar) con ellos hacia su patria. Y consintiéndolo él, los efesios escribieron a los discípulos en Corinto, a fin de que recibieran bien a este varón."

25. Es decir que, *por la gracia* divina, que acompañaba su predicación. Apolo *se hizo muy útil* a los *creyentes* de Corinto; contribuyó a iluminarlos, a confirmarlos en la fe. "Pablo había plantado, Apolo regó" (1 Cor. 3:6). *Bengel*. Se sabe por otra parte, por las epístolas de Pablo, que Apolo ejerció grande influencia en la iglesia de Corinto (1 Cor. 1:12; 3:5; 4:6).

26. *Refutaba* las objeciones *de los judíos* poniendo en ello toda la vehemencia de su talento y de su alma ardiente. La palabra *públicamente* puede entenderse de la sinagoga o también de otras reuniones donde hablaba Apolo. El objeto positivo de esas demostraciones era probar *por las escrituras*, en las cuales era poderoso (v. 24), que Jesús era el Cristo, el Mesías. Ésa era, en efecto, la gran verdad de que, ante todo, había que convencer a los judíos.

provincia oyeron el evangelio (8-10). — 3º *Los exorcistas judíos.* Dios realizaba milagros extraordinarios por la mano de Pablo: se aplicaba a los enfermos lienzos que habían estado en contacto con su piel, y sanaban; los poseídos eran libertados. Algunos exorcistas judíos tratan de invocar el nombre de Jesús. Así procedían los siete hijos de Sceva. El espíritu maligno declara no conocerlos; el poseído se arroja sobre ambos exorcistas y los maltrata tanto que huyen desnudos y heridos. Este hecho causa un temor general. Muchos van a confesar sus prácticas: Traen los libros de magia y queman públicamente por valor de cincuenta mil piezas de plata. La palabra del Señor progresa de ese modo (11-20). — 4º *Proyectos de nuevos viajes.* Pablo, después de estos acontecimientos, proyecta trasladarse a Jerusalén, pasando por Macedonia y Acaya; luego ir hasta Roma. Envía a Timoteo y a Erasto a Macedonia. Él queda aún algún tiempo en Asia (21,22).

XIX Y aconteció mientras estaba Apolo en Corinto que Pablo,
habiendo atravesado las partes superiores llegó a Efeso [1] y encon-
2 tró algunos discípulos; y les dijo: Habiendo creído ¿recibisteis el
Espíritu Santo? Y ellos a él: Pero ni aun si Espíritu Santo hay
3 hemos oído [2]. Y dijo: ¿En qué pues habéis sido bautizados? Y
4 ellos dijeron: En el bautismo de Juan [3]. Y dijo Pablo: Juan bau-

1. El texto occidental (*D*, vers. sir.) introduce nuestro capítulo con estas palabras: "Y queriendo Pablo según su propia voluntad ir a Jerusalén, el Espíritu le dijo que volviera a Asia. Y habiendo atravesado las regiones superiores, llega a Efeso." Véase sobre Apolo cap. 18:24-28. Las *regiones superiores* son la meseta elevada y Montañosa del Asia Menor, donde se hallaban Galacia, Frigia y otras provincias, que Pablo recorrió al comienzo del tercer viaje misionero (18:23). Estas provincias son designadas así a causa de su situación elevada sobre el nivel del mar, hacia el cual Pablo descendió para *ir a Efeso.* Iba allí por segunda vez, según promesa hecha en cap. 18:21.

2. Esos *discípulos* no habían recibido más que el bautismo de Juan (v. 4), es decir, que eran *discípulos,* menos de Jesús que de Juan el Bautista. Su desarrollo religioso estaba en el mismo punto que el de Apolo (18:25, nota). Pablo, habiéndolos *hallado, encontrado,* comprendió bien pronto lo que faltaba a su conocimiento y a su fe. De ahí su pregunta. Ella supone que cuando se ha *creído,* se ha *recibido* también el *Espíritu Santo;* el apóstol se extraña de no hallar los efectos de ello en sus conversaciones. La respuesta de estos discípulos no significa que ignorasen hasta la existencia del Espíritu Santo; habrían estado, en ese caso, muy mal instruídos de la predicación de Juan el Bautista (Mat. 3:11; Juan 1:32-34). Quieren decir más bien que no saben si el Espíritu Santo ha sido ya dado, si está en medio de la humanidad en esta nueva condición que supone el regreso de Jesús a la gloria (comp. Juan 7:39, nota); si el creyente puede recibirle de modo permanente, ser iluminado, vivificado, santificado por él, y obtener también por su acción dones extraordinarios. Ellos mismos van a hacer la experiencia (v. 6).

3. *Pues,* puesto que no habéis recibido el Espíritu Santo ¿cuál ha sido vuestro bautismo? Gr. *¿en qué* o *para qué* o *en vista de qué fuisteis bautizados?* La partícula griega que tra-



tizó con el bautismo del arrepentimiento, al pueblo diciendo que
5 en el que venía después de él creyeran, esto es en Jesús [4]. Y
habiendo oído fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús [5].
6 Y habiéndoles puesto Pablo las manos vino el Espíritu Santo
7 sobre ellos, y hablaban en lenguas y profetizaban [6]. Y eran todos
los varones como doce.
8 Y habiendo entrado en la sinagoga hablaba francamente por
tres meses discurriendo y persuadiendo sobre el reino de Dios [7].

tamos de traducir así a falta de otra mejor, indica la dirección, el objeto en vista del cual se hace una cosa, el propósito que ocupa nuestro pensamiento. En el bautismo cristiano el objeto de la fe del neófito es Jesucristo, el Salvador (v. 5; Mat. 28:19, nota); para los discípulos de Juan el Bautista, era el arrepentimiento que Juan predicaba, pero designando a Jesús como el Mesías que debía venir (v. 4). Para los que confesaban sus pecados y creían en su palabra, sellaba él esa fe administrándoles el bautismo.

4. Véase la nota que precede. Pablo expone así el carácter preparatorio del bautismo de Juan (1:5; 11:16; 13:24) e insiste en la necesidad de *creer en Jesús,* al que designa como "Aquel que viene después de él", expresión a menudo empleada en Juan (Mat. 3:11; 11:3). Estas verdades desarrolladas por el apóstol, penetraron en el corazón de los discípulos, de modo que Pablo consintió en que recibieran el bautismo cristiano (v. 5).

5. Aquí también: *para el nombre* del Señor Jesús, abrazándole por la fe (v. 3, nota). Reciben, de manos de Pablo o de algún otro discípulo, el bautismo cristiano. El apóstol hacía pues una diferencia esencial entre este bautismo y el de Juan. Todos los discípulos de Juan no fueron sin embargo rebautizados al hacerse discípulos de Jesús; no se nos dice que Apolo fuera bautizado por Aquila y Priscila (18:26); no se habla del bautismo de los apóstoles después de pentecostés. Se administraba un segundo bautismo según las personas y las circunstancias. Lo esencial era que todos recibieran el Espíritu Santo. En el siglo XVI, los anabaptistas se valían sin razón de este pasaje para probar su doctrina, puesto que el bautismo de un niño por cristianos no es asimilable al bautismo de Juan. Los reformadores, impelidos por las necesidades de su polémica, han tratado de explicar nuestro relato de modo que excluyera de él el segundo bautismo administrado a los discípulos de Juan. T. de Beza y otros pretendían que nuestro v. 5 forma parte todavía del discurso de Pablo: *Y los que le oyeron* (a Juan el Bautista) *fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.* ¡Pero Juan no bautizaba en el nombre de Jesús! Calvino, por su parte, pensaba que se trata en el v. 5, no de un bautismo de agua, sino del del Espíritu Santo. Esta suposición es contraria al sentido evidente del texto.

6. Recibiendo el bautismo y *la imposición de manos,* esos discípulos, animados de nueva fe, recibieron también la efusión del *Espíritu* (Comp. 8:17). Los dones de este Espíritu que había abundado en la iglesia de Jerusalén les fueron conferidos *hablaban en lenguas y profetizaban* (Comp. 2:4; 10:46; 1 Cor. 14:2, notas).

7. *Hablaba con franqueza* (gr. *se atrevía*). El versículo siguiente muestra cuánto valor le era necesario. *Discutir,* según las escrituras y *persua-*

9 Mas como algunos se endurecían y no creían hablando hay del
camino en presencia de la muchedumbre, habiéndose apartado de
ellos separó los discípulos, cada día discurriendo en la escuela de
10 Tiranno [8]. Y esto aconteció por dos años, de modo que todos los
que habitaban el Asia oyeron la palabra del Señor, tanto judíos
como griegos [9].
11 Y milagros no ordinarios hacía Dios por las manos de Pablo,
12 al punto de que aun sobre los enfermos eran llevados de su piel
sudarios o delantales y eran removidas de ellos las enfermedades,
13 y los espíritus malignos salían [10]. E intentaron también algunos

*dir* las almas, tal era la obra de Pablo en medio de los judíos, que siempre le hacían muchas objeciones. El objeto de su predicación era todo lo relativo al *reino de Dios* (Comp. Mat. 3:2, 2ª nota). Estos *tres meses* durante los cuales el apóstol predicó en la sinagoga de Efeso no deben ser comprendidos en los *dos años* del v. 10.

8. Aquí se reproduce el triste fenómeno que Lucas ha debido referir varias veces ya (13:46; 18:6): cierto número de judíos se obstinan en su oposición y *calumnian el camino;* esta última palabra puede designar el partido mismo de los cristianos (9:2, 2ª nota) o su enseñanza (18:25, 26). Las palabras: *del Señor* no están en el texto. El endurecimiento y la enemistad de los judíos forzaron al apóstol a *retirarse de ellos* y reunir aparte *los discípulos,* lo que era indispensable para constituirlos en iglesia. *Tiranno,* en cuya *escuela* empezó Pablo entonces a predicar, es completamente desconocido; se ignora si era un orador griego o un rabino judío, si era o no ganado al evangelio. Todo lo que se ve por el texto es que tenía escuela y que alquiló o prestó su local al apóstol Pablo. La redacción occidental (*D,* la Peschito, una antigua versión latina), contiene esta curiosa adición: Pablo enseñaza todos los días en la escuela de *un cierto tiranno, de la quinta a la décima hora.*

9. A estos *dos años* durante los cuales Pablo enseñó en la escuela de Tiranno, hay que agregar los tres meses de predicación en la sinagoga (v. 8), luego el tiempo que transcurrió aún antes de su partida (v. 22); se obtiene así los tres años que él asigna a su permanencia en Efeso (20:31). Durante todo ese largo tiempo, con todo el movimiento que provocaba la prédicación de Pablo, no solamente los habitantes de Efeso, sino *todos los que habitaban el Asia* proconsular, *tanto judíos como griegos, oyeron la palabra del Señor.* Expresión ligeramente hiperbólica, que significa que se habló en toda la provincia de la predicación de Pablo. En efecto, las regiones vecinas de la capital mantenían con ella incesantes relaciones, ora por el comercio, ora por el culto de Diana, ora por el placer. Y, además, el apóstol y sus colaboradores hicieron, sin duda, durante esos tres años, muchas excursiones en las regiones circundantes. Así fueron fundadas, en particular, las siete iglesias de Asia a las cuales es dirigido el Apocalipsis.

10. Lucas habla a menudo de los *milagros extraordinarios* (curaciones de enfermos), que Dios obraba por los apóstoles (5:12; 14:3). Esos milagros no convèrtían las almas, pero eran un poderoso medio de despertar la atención de los hombres y de inspirarles respeto y confianza por la predicación de la palabra divina que



de los judíos ambulantes exorcistas nombrar sobre los que tenían
los espíritus malignos el nombre del Señor Jesús diciendo: Os
14 conjuro por el Jesús que Pablo predica [11]. Y había siete hijos de
15 cierto Sceva, judío, sacerdote principal, que esto hacían [12]. Mas
respondiendo el espíritu maligno díjoles: A Jesús conozco y quién
16 es Pablo sé; mas vosotros ¿quiénes sois [13]? Y habiendo saltado
sobre ellos el hombre en quien estaba el espíritu maligno, habiéndose enseñoreado de ambos pudo contra ellos, de modo que des-
17 nudos y heridos huyeron de la casa aquélla. Y esto fué conocido
a todos tanto judíos como griegos que habitaban Efeso, y temor
sobrecogió a todos ellos, y era engrandecido el nombre del Señor
18 Jesús [14]; y muchos de los que habían creído venían, confesando y

les iluminaba, los convencía y los llevaba al Salvador (8:13 y sig.) En cuanto a los medios exteriores a que recurría el entusiasmo popular, no eran por cierto los *sudarios* y los *delantales* lo que curaba a los enfermos. Pero Dios, en su misericordia condescendía a socorrer a esos hombres, cuyo corazón era recto delante de él (Comp. 5:15 y principalmente Luc. 8:43-46).

11. Sabemos por los evangelios (Mat. 12:27; Luc. 9:49) y por Josefo (*Antig.* VIII, 2, 5) que muchos de esos *exorcistas* judíos recorrían el país y pretendían expulsar los demonios y sanar los enfermos por medio de ciertas fórmulas mágicas que trata, viendo que Pablo sanaba a los enfermos en el nombre de Jesús, imaginaron que era esa también una fórmula sacramental que ellos podrían repetir sobre los enfermos que tenían espíritus malignos, y que serían libertados. Los exorcistas paganos tenían la costumbre de mezclar con sus fórmulas mágicas los nombres de los dioses de todas las naciones. Se ha señalado en un papiro griego, citado por Blass, la fórmula siguiente: "Te conjuro por el Dios de los hebreos, Jesús..."

12. *Sin., A, minúscu.* tienen: *algunos* de los *siete hijos de Sceva.* Pero la lección de *B*: los siete hijos de *cierto Sceva,* es preferida por la mayor parte de los editores y de los intérpretes. El v. 16 muestra que *dos* de entre ellos solamente tomaban parte en este hecho. El texto de *D* y de la Peschito presenta un v. 14 más desarrollado: "Entre ellos también los hijos de cierto Sceva, sacerdote quisieron hacer la misma cosa. Tenían la costumbre de exorcizar a tales gentes. Y habiendo entrado hacia el endemoniado, empezaron a invocar el nombre, diciendo: "Te ordenamos, por Jesús, que Pablo predica, que salgas". Este *Sceva* es por lo demás completamente desconocido. El título de *principal sacerdote* muestra que pertenecía a una de las familias de la aristocracia sacerdotal (4:6).

13. El *espíritu maligno,* por boca del hombre, en quien estaba. Reconoce la potencia de *Jesús* y de Pablo, pero pregunta a los exorcistas con desprecio: *¿Vosotros, quiénes sois?* (Comp. 16:17; Mat. 8:29; Luc. 4:41. Véase sobre los endemoniados, Mat. 8:28).

14. Esta tentativa de curación tuvo muy mal resultado para los exorcistas. El endemoniado *se arrojó sobre ellos;* el texto recibido dice: enseñoreándose *de ellos,* lo que designaría a los siete hijos de Sceva; *Sin., B, A, D*: se enseñoreó de *ambos* (v. 14, nota). Era natural que esta escena

19 anunciando sus actos [15]. Y muchos de los que habían practicado
las artes ocultas habiendo traído los libros los quemaban en
presencia de todos; y computaron los precios de ellos y hallaron
20 cincuenta mil piezas de plata [16]. Con tanto poder del Señor la
palabra crecía y mostraba su fuerza.
21 Y como fué cumplido esto, puso Pablo en su espíritu habiendo
atravesado Macedonia y Acaya ir a Jerusalén, diciendo: Después
de haber llegado allí es necesario que yo también a Roma vea [17].

inspirase *temor* a las personas presentes. La confusión de los que habían querido imitar los milagros de Pablo redundó en gloria del *Señor Jesús*: su *nombre era magnificado*, es decir que este nombre era reconocido *grande* y glorificado como tal.

15. ¿Es necesario admitir que estas palabras: *muchos de los que habían creído*, designan hombres hasta entonces paganos y que se convirtieron bajo la impresión del temor que entonces sintieron? (v. 17). El participio perfecto designa más bien a discípulos que lo eran con anterioridad ya. Y se concibe muy bien que tales discípulos, ahora graves por la observación de esos hechos, sintieran la viva necesidad de ir a *confesar sus prácticas* al apóstol o a otros cristianos, pues es probable que las acciones que *confesaban y declaraban* eran principalmente esas prácticas de magia que nos revela el v. siguiente. Tales prácticas habían podido subsistir algún tiempo en hombres que creían en Cristo, pero cuya conciencia estaba aún insuficientemente iluminada.

16. El ejercicio de las *artes ocultas* o de la magia estaba muy difundido; se pretendía por ese medio penetrar los secretos de la naturaleza, del porvenir y del mundo invisible (8:9; 13:6). Existía una multitud de *libros* que trataban de esos asuntos; en particular los llamados "escritos efesios" eran célebres en todas partes. *Muchos*, pues de los que tales libros poseían, convertidos y reprendidos en su conciencia, *los llevaron y quemaron en presencia de todos* los fieles. El valor de esos libros indicado aquí, *cincuenta mil piezas de plata* (se trata sin duda de dracmas), parece enorme (aproximadamente 45.000 francos). Pero si se recuerda que esos libros eran manuscritos, uno solo de los cuales se vendía a menudo a elevado precio, no se estará tentado a ver en esa cifra una exageración. Fué esa una magnífica victoria del evangelio sobre la superstición y el paganismo. Lucas mismo lo observa en su relato (v. 20).

17. Pablo *se propuso, formó el proyecto*. Tal es el significado de las palabras griegas *puso en el espíritu* y no: se propuso *por el Espíritu* (de Dios), como han traducido algunos intérpretes. Viendo que después de tres años de trabajo en Efeso su obra estaba concluída, el apóstol resolvió *ir a Jerusalén*, a fin de llevar allá la colecta que había hecho levantar en Grecia en favor de los hermanos pobres de Judea (1 Cor. 16:1-4; Rom. 15:25-28). Pero antes quería visitar por última vez las iglesias *de Macedonia y de Acaya*, especialmente Corinto (1 Cor. 16:5). Por último, considera desde ese momento como el objeto supremo de su apostolado, Roma. Está convencido de que ése es su deber y la voluntad de Dios a su respecto: *Me es necesario ver a Roma* (Comp. 23:11; Rom. 1:10; 15:23). Pero llegará a Roma mucho más tarde y de modo muy distinto al que pensaba entonces (Cap. 27 y 28).



22 Y habiendo enviado a Macedonia a dos de los que le servían,
Timoteo y Erasto, él quedó un tiempo en Asia [18].

C. 23-40. Tumulto provocado por Demetrio. — 1º *Agitación de los plateros contra Pablo.* Los progresos de la iglesia son ocasión de graves alborotos. El platero Demetrio, que sacaba provecho considerable de la fabricación de pequeñas reproducciones en plata del templo de Diana, reúne a todos los obreros del oficio y les muestra que la industria, fuente de su fortuna, está comprometida por la predicación de Pablo quien, en Efeso y en toda la provincia, ha convencido a una multitud de personas de la nulidad de los dioses hechos por mano de hombre, y que alcanza así, no solamente los intereses de los plateros, sino el renombre del templo mismo de Diana y a la majestad de la que todo el Asia y el mundo entero adora. Este discurso los pone furiosos y empiezan a gritar: Grande es la Diana de los efesios! (23-28). — 2º *Reunión tumultuosa en el teatro.* La agitación gana toda la ciudad; la multitud se precipita al teatro arrastrando a dos compañeros de viaje de Pablo. Éste quiere presentarse delante del pueblo. Es impedido por sus discípulos y algunos presidentes de Asia amigos suyos. Gritos diversos resuenan en la asamblea, cuya razón de ser es ignorada por la mayor parte. Los judíos impelen a Alejandro para que hable, pero la multitud, reconociéndole, clama durante dos horas: ¡Grande es la Diana de los efesios! (29-34). — 3º *El secretario de la ciudad apacigua la asamblea.* Recuerda que la ciudad de Efeso tiene, como lo sabe todo el mundo, la custodia del templo de Diana. Siendo incontestable este hecho, no hay que hacer nada con precipitación; los hombres que la multitud ha arrastrado al teatro no son culpables ni de sacrilegio ni de blasfemia contra la diosa. Que Demetrio y sus obreros lleven sus quejas ante los tribunales. Toda otra cuestión será discutida en una asamblea legalmente convocada. Lo que acaba de ocurrir puede motivar una acusación de sedición, pues nada justifica tal reunión. Con estas palabras despide la asamblea (35-40)

23 Y se produjo por aquél tiempo tumulto no pequeño sobre el
24 camino [19]. Uno en efecto, por nombre Demetrio, platero, que hacía
santuarios de plata de Artemisa, causaba a los artífices no pe-
25 queña ganancia, a quienes habiendo reunido y a los obreros en
tales cosas, dijo [20]: Varones, sabéis que de este negocio nuestro

18. El envío de estos dos discípulos *a Macedonia* tenía sin duda también por objeto terminar allí la colecta que se acaba de recordar (1 Cor. 4:17; 16:10). *Erasto*, poco conocido por lo demás, es mencionado también en 2 Tim. 4:20. No se cree que sea el mismo nombrado en Rom. 16:23, que estaba en Corinto. *En Asia*, y no en Efeso solamente.

19. *El camino* (las palabras *del Señor* no se hallan en el texto griego) designa la doctrina y la vida cristianas (18:25, nota) y de modo más general la iglesia, donde éstas se manifiestan (9:2, 2ª nota). Es la iglesia quien, por su desarrollo, se torna en el objeto de un *tumulto* (gr.) *no pequeño*.

20. "La escena aquí descrita es quizá la más pintoresca de todo el libro; lleva en tan alto grado el sello de la verdad psicológica que revela en cada línea al testigo ocular." *Reuss.*

26 bienestar procede, y veis y oís que no sólo en Efeso sino que casi
en toda el Asia el Pablo éste habiéndoles persuadido ha desviado
grande multitud, diciendo que no son dioses los que son hechos
27 por medio de manos [21]. Y no sólo nos corre peligro que esta parte
venga en descrédito, sino que también el templo de la grande
diosa Artemisa en nada sea reputado, y esté aun a punto de ser
derribada de su majestad, que el Asia entera y la tierra adora [22].
28 Y habiendo oído y llenándose de furor clamaban diciendo: ¡Gran-
de es la Artemisa de los efesios [23]!

El *templo de Diana* en Efeso, célebre en todo el oriente, construído sobre las ruinas del que Eróstrato había incendiado en el año 356 antes de J. C., era considerado como una de las siete maravillas del mundo. Se tributaba allí a Diana (gr. *Artemisa*) un culto celebrado con grandes fiestas populares que atraían de toda el Asia Menor inmensas multitudes. Entre los griegos, Artemisa, hermana de Apolo, era la diosa de la virginidad. Pero, bajo la influencia del culto fenicio de Astarté, había llegado en Asia Menor a representar la fuerza productiva de la naturaleza; se la nombraba "la madre de todos." El platero *Demetrio* hacía del templo de Diana pequeños modelos de plata que los adoradores de esa divinidad llevaban consigo como amuletos, o consagraban a la diosa como ofrendas. Esta industria era fuente de una *grande ganancia* para los *artífices* y los *obreros* que ocupaba. El texto hace una distinción entre los *artífices* y los *obreros*: los primeros pertenecían sin duda a una categoría superior. Demetrio, sorprendido de la disminución de su ganancia por efecto de los progresos del evangelio, reunió todos los *obreros del mismo oficio* (gr. *obreros tocante a tales cosas*) y les dirigió el discurso que Lucas transcribe aquí. El orador popular tiene la buena fe de presentarles, como primer argumento, la pérdida considerable que sufrían unos y otros; luego, en segundo plano, apela a este motivo religioso: la desconsideración resultante para la diosa.

21. Demetrio había comprendido bien a este respecto el pensamiento del que él llamaba con desprecio *el Pablo éste* (1 Cor. 8:4); pero él creía, con todos los paganos, que *los dioses hechos por mano de hombre*, es decir sus imágenes mismas, *son dioses*. En teoría, el paganismo pretendía distinguir entre las divinidades y sus representaciones visibles; pero, en la práctica, las confundía. Y lo mismo ocurre, en plena cristiandad, dondequiera que es admitido el culto de las imágenes.

22. Después de la ganancia perdida (gr. *la parte desacreditada para nosotros*) el motivo religioso. No se podría deplorar en términos más enérgicos la decadencia de la grande *diosa*, de su *templo*, de su *culto* y de su *majestad*. Varios intérpretes (Meyer, Zöckler, Weiss) traducen: y que *algo de su majestad sea aniquilado*, etc. Otros (Rilliet, Wendt) consideran *el templo* como sujeto de ambas proposiciones: que *el templo sea pronto despojado de la majestad de aquélla que*... La construcción más natural nos parece ser el sobrentender: *ella* (la diosa) como sujeto de los infinitivos: *deber ser despojada* (gr. *tirada abajo*) *de su majestad, ella a quien toda el Asia reverencia*.

23. Este grito unánime era una protesta vehemente contra las enseñanzas con que Pablo desacreditaba la *grande Diana de los efesios*.



29 Y llenóse la ciudad de confusión, y se precipitaron unánime-
mente al teatro, habiendo arrebatado a Gayo y a Aristarco,
30 macedonios, compañeros de viaje de Pablo [24]. Y queriendo Pablo
31 entrar en el pueblo no le permitían los discípulos; y aun algunos
de los presidentes de Asia, siendo sus amigos, habiendo enviado
32 a él le rogaban no trasladarse al teatro [25]. Unos en efecto clama-
ban una cosa, otros otra; pues la asamblea estaba confusa, y los
33 más no sabían por causa de qué se habían reunido. Y de la
multitud instruyeron a Alejandro, empujándole adelante los ju-
díos; y Alejandro habiendo hecho señal con la mano quería
34 defenderse ante el pueblo [26]. Mas habiendo conocido que era judío,

24. El *teatro*, adonde se precipita la multitud, servía también para las asambleas deliberantes del pueblo. No habiendo hallado a Pablo, la multitud *arrastra* por lo menos consigo a dos de sus amigos que le habían acompañado a Efeso: *Gayo*, probablemente no el nombrado en 20:4, nota, ni el mencionado en Rom. 16:23; 1 Cor. 1:14, y *Aristarco*, discípulo que reaparece en la compañía de Pablo. (20:4; 27:2; Col. 4:10; Filem. 24).

25. Pablo quería *presentarse ante el pueblo* para defender su causa y aprovechar la ocasión de anunciar el evangelio. Pero fué impedido por los *discípulos* y también por algunos *Asiarcas*. Se llamaba *Asiarca* al *presidente* de la asamblea provincial del *Asia* proconsular. Llevaba ese título como el de Galacia el de "Galatarca", el de Bitinia "Bitiniarca". Encargado de presidir el culto y los juegos públicos que se celebraban en honor de los dioses y de los emperadores, era elegido entre los ciudadanos considerados y ricos, pues él mismo costeaba los gastos de las fiestas que presidía. No era nombrado más que por un año, pero conservaba el título después de terminada su magistratura. Es así como nuestro texto puede hablar de los *Asiarcas* en plural. Los que aquí toman interés en la seguridad de Pablo, sin haberse aún hecho cristianos, habían tenido ocasión de ver y oír al apóstol y eran adictos a él por la estima y el afecto que les inspiraba; eran sus *amigos*. ¡Hermoso testimonio dado a su carácter y a su vida!

26. Traducimos según el texto de *Sin., B, A*, admitido por la mayor parte de los editores. El verbo que se lee en este texto tiene probablemente, como en 1 Cor. 2:16, y a menudo en los Setenta, el sentido de *instruir, poner al corriente. Se instruyó* de las causas del tumulto a *un varón* que salía *de la multitud*, y, sin duda, se informaba de lo que ocurría. El texto recibido tiene: *hicieron avanzar; D: hicieron descender*. Blass prefiere este último verbo: le hicieron descender de las gradas del teatro a la plataforma para hablar a la multitud. ¿Quién era *Alejandro?* Muchos, desde Calvino hasta Meyer, han pensado que era un cristiano *empujado hacia adelante por los judíos*, a fin de exponerle al furor del pueblo. En este caso, la *apología* que quería presentar habría sido en favor de los cristianos y de Pablo en particular. T. de Beza ya, y muchos exégetas después de él, han visto mejor al pensar que ese hombre era judío (v. 34), y que sus correligionarios le *empujaban hacia adelante* primeramente para informarse de las causas del motín, ignoradas de la ma-

una voz sola se produjo de todos, como por dos horas clamando:
¡Grande es la Artemisa de los efesios [27]!
35 Y habiendo apaciguado el secretario la multitud, dice [28]:
Varones efesios, ¿quién pues hay de los hombres que no sepa
que la ciudad de los efesios es guardiana del santuario de la
36 grande Artemisa y de la imagen caída de Zeus [29]? Incontestable
pues siendo esto, necesario es que vosotros estéis apaciguados y
37 nada precipitado hagáis. Habéis en efecto traído estos varones,
38 ni sacrílegos ni blasfemadores de nuestra diosa. Si en efecto De-
metrio y los artífices que con él están, tienen asunto contra
alguien, audiencias se celebran y procónsules hay, acúsense unos
39 a otros. Y si algo más buscáis, en la asamblea legal será deci-
40 dido [30]. Pues también corremos peligro de ser acusados de sedi-
ción por lo de hoy, ninguna causa habiendo sobre la cual podamos
dar razón de este amontonamiento. Y habiendo dicho esto despidió
la asamblea [31].

yor parte de los presentes (v. 32); luego, si el rumor que corría de un sacrilegio imputado a los discípulos de Pablo era confirmado, para pronunciar un discurso en el cual trataría de separar la causa de los judíos de la de los cristianos, con los cuales se les confundía habitualmente en países paganos. Si es así, como todo lo indica, es posible que este Alejandro, enemigo de Pablo, fuera el mismo de quien el apóstol habla en 1 Tim. 1:20; 2 Tim. 4:14.

27. *¡Dos horas* de gritos, en honor de *la grande Diana!* Las asambleas populares, cuando la pasión las anima, oyen de mejor gana los *gritos* que las razones.

28. El *secretario* de la ciudad, o canciller, estaba encargado de la redacción de todas las actas que emanaban del consejo y de la conservación de los archivos. Nuestro relato mismo prueba que ejercía gran influencia. Su discurso es de habilidad notable. Entra primero de lleno en los sentimientos apasionados de la multitud; luego le hace comprender que los acusados por ella no son criminales, que por otra parte los negocios jurídicos se tratan de un modo muy distinto, que por último los efesios corrían el riesgo de ser castigados por sedición por la autoridad romana decidida a reprimir severamente los tumultos.

29. *Guardiana del templo* (gr. *neocoros*, palabra que designa propiamente al que *barre el templo*) era un título de honor que tomaban las ciudades de Asia donde había santuarios venerados. En el templo de Diana era conservada la estatua de la diosa, de madera de cedro según algunos historiadores; de ébano, según otros. Y para rodearla de una veneración tanto más grande, se hacía creer al pueblo que había *caído del cielo* (*gr. bajada de Zeus*), mentira frecuentemente repetida en otras partes.

30. El orador opone, con grande sabiduría, a esa asamblea tumultuosa, todos los medios legales: las *audiencias públicas*, los *procónsules* (plural de categoría, pues no había más que uno para el Asia proconsular), la *asamblea legal* de los ciudadanos.

31. El argumento reservado para el final era irreplicable: el terror que



D. 1-3. **Partida de Efeso. Permanencia de tres meses en Corinto. — Calmado el tumulto, convoca Pablo a los discípulos, les dice adiós y parte para Macedonia. Después de haber visitado las iglesias de esa región, va a Grecia. Permanece allí tres meses, luego, como los judíos urden una conjuración contra él en el momento en que va a embarcarse para Siria, decide volver a pasar por Macedonia (1-3).**

XX Y después de cesar el alboroto, habiendo Pablo hecho venir
los discípulos y exhortándoles, habiéndolos saludado salió para ir
2 a Macedonia [1]. Y habiendo atravesado las partes aquéllas y exhor-
3 tándoles con grande discurso llegó a Grecia [2]; y habiendo pasado
tres meses producido un complot contra él por los judíos al estar
a punto de hacerse a la mar hacia Siria, formó propósito de
volver por Macedonia [3].

inspiraba la autoridad romana, inexorable contra las rebeliones. Y como no había más que los interesados, es decir Demetrio y sus obreros, que realmente estuvieran irritados (v. 32), la asamblea se dejó *despedir*. Este relato es el único pasaje del nuevo testamento en que la palabra *ecclesia*, iglesia, tiene su sentido primitivo, designando una asamblea popular. (v. 32,39,40).

1. El momento preciso de la partida de Pablo es indicado con estas palabras: *Después que hubo cesado el alboroto*. (19:23 y sig.) Se puede admitir también que ese tumulto fué la causa de su partida; la circunstancia de que Pablo *hace llamar los discípulos*, los convoca expresamente, sin esperar una reunión ordinaria de la iglesia, parece indicar una partida precipitada, bajo la impresión del motín que acababa de producirse. Pablo no quería dar lugar a nuevos alborotos. Su estada en Efeso había llegado por lo demás a su término. Desde hacía algún tiempo ya formaba el proyecto de dejar esa ciudad. En efecto, en la primera epístola a los Corintios, escrita desde Efeso, decía (16:8) que esperaba residir mucho tiempo en Corinto, pero que debía quedar en Efeso hasta pentecostés. De Efeso también escribió la epístola a los Gálatas. (Véase las introducciones a ambas epístolas.) Pero, antes de partir, Pablo, después de haber *hecho venir los discípulos*, *los saludó*, se despidió de ellos, y según el texto de *Sin.*, *B*, *A*, *D*, los *exhortó* o *consoló*. Se puede uno imaginar como fué esta separación por la que tuvo lugar más tarde y que fué definitiva. (v. 36-38.) De Efeso, Pablo se trasladó a Macedonia (v. 2): visitaba esta región por segunda vez. (16:9 a 17:14.)

2. *Esa región* (gr. *esas partes*), la provincia de Macedonia, con las ciudades de Filipos, de Tesalónica, de Berea, donde el apóstol había fundado iglesias durante su primera estada. Tenía empeño en confirmarlas en la vida cristiana, lo que hizo dirigiéndoles *muchos discursos*. Luego, prosiguiendo su viaje hacia el Sur, llegó *a Grecia*. Es el mismo país que Lucas ha llamado hasta aquí Acaya y cuya principal ciudad era Corinto. (18:1 y sig.)

3. La intención del apóstol, después de esos *tres meses* pasados en Grecia, principalmente sin duda en Corinto, era *embarcarse para Siria*; pues pronto se verá que su meta era Jerusalén. Pero habiéndole *preparado* los judíos *una emboscada*, con el intento de ha-

## V. ÚLTIMO VIAJE DE PABLO A JERUSALÉN

(20:4 a 23:35)

A. 4-16. PABLO EN TROAS. — 1º *De Corinto a Troas. Los compañeros de viaje de Pablo.* El autor nombra siete hermanos que acompañaron al apóstol hasta Asia. Toman la delantera. Pablo, en compañía del autor, parte de Filipos, después de las fiestas de pascua, y se junta con sus compañeros en Troas, donde permanece siete días (4-6). — 2º *La reunión del domingo por la noche*: a) *Discurso prolongado del apóstol.* Estando reunidos los discípulos para la cena del Señor, Pablo, que debía partir el día siguiente, habla hasta media noche (7). b) *La reunión turbada por un accidente.* Estando numerosas lámparas encendidas, el joven Eutico sucumbe al sueño, se deja caer del tercer piso y es levantado muerto (8,9). c) *La reunión termina, con el gozo de una liberación, por la celebración de la cena y la partida del apóstol.* Pablo desciende, se inclina sobre Eutico, y conforta a sus amigos prometiéndoles su vuelta a la vida. Luego sube de nuevo, rompe el pan, habla hasta el alba y se pone en camino. El joven conducido vivo procura a todos inmenso consuelo (10-12). — 3º *El viaje hasta Mileto.* Los compañeros de Pablo le preceden por mar hacia Assos, donde el apóstol, después de haber hecho la ruta a pie, los alcanza. Se trasladan a Mitilene, pasan por delante de Kío, tocan Samos, y, después de haberse detenido aún en Trogilio, llegan a Mileto. Pablo, en efecto, había resuelto no ir a Efeso para no demorarse en Asia y estar para pentecostés en Jerusalén (13-16).

4 Y le acompañaba hasta Asia Sópater bereano hijo de Pirro,
y Aristarco y Segundo de los tesalonicenses, y Gayo de Derbe y
5 Timoteo, y los asiáticos Tiquico y Trofimo [4] ; y éstos, habiendo ido
6 delante nos aguardaron en Troas [5]; mas nosotros navegamos

cerle perecer, sea en el puerto de Cencreas, sea en la mar, *formó el propósito* (*Sin., B, A;* texto recibido: *se* formó, es decir: Pablo y sus amigos; texto occidental según *D;* vers. siriacas: *el Espíritu le dijo*); *de volverse* a Asia (v. 1) *por Macedonia.* Toma pues otra vez la ruta por la cual había ido de Efeso a Corinto. En toda esta parte de su relato, Lucas se limita, nuevamente, a breves indicaciones, que poco nos informan sobre ese año de la vida del apóstol. La segunda epístola a los Corintios, escrita desde Macedonia, nos deja entrever las luchas dolorosas que debió sostener entonces. Durante los *tres meses* pasados en Corinto escribió la epístola a los Romanos.

4. Se ha hecho diversas conjeturas sobre las razones por las cuales tan grande número de discípulos acompañó al apóstol. Se podría, ante todo, buscar esas razones en su afecto por él; pero, además, las emboscadas que acababan de hacerle los judíos hacen suponer que sus hermanos querían proveer a su seguridad. Como Pablo se trasladaba a Jerusalén para llevar el producto de la colecta que había hecho en las iglesias de Macedonia y de Acaya en favor de los cristianos pobres de Judea (19:21, nota; Rom. 15:25-27), y como, en 1 Cor. 16:3,4, Pablo emitía la idea de enviar esa colecta a Jerusalén por personas aprobadas de la iglesia de Corinto, se ha pensado que los siete hermanos nombrados en nuestro pasaje eran precisamente los delegados de las iglesias



donantes; y se agrega que Pablo debía empeñarse en llevarlos consigo a Jerusalén, no solamente para que le sirviesen de fiadores ante las iglesias de Grecia, sino también para poder presentarlos a las iglesias de Judea como primicias de la gentilidad. La expresión de Lucas: fué acompañado hasta Asia, no excluye (véase la nota siguiente) la suposición de que tendríamos aquí delegados encargados de trasmitir la colecta a Jerusalén, pero no le es favorable. Además, de los personajes nombrados, tres son oriundos de Macedonia y cuatro de Asia Menor. Los primeros podrían ser delegados de las iglesias de su país, pero no se ve a qué título figurarían los segundos en la lista, pues no hay indicio de que las iglesias de Asia Menor hayan contribuído también a la colecta. Y, al contrario, las iglesias de Acaya no contarían con ningún representante en la diputación. No es seguro que Pablo haya podido reunir así los delegados de que hablaba en 1 Cor. 16:3; y es más probable que tengamos aquí los nombres de los principales colaboradores del apóstol que le acompañaron, unos hasta Asia Menor, otros hasta Jerusalén. *Sópater, hijo de Pirro* (*Sin., B,A,D*), no es conocido de otro modo, a menos que sea el mismo nombre de Sosípater. (Rom. 16:21.) De los dos de Tesalónica que siguen, el primero sólo, *Aristarco,* es conocido. (19:29;27:2.) *Gayo,* de *Derbe* (Asia) no es el mismo mencionado en 19:29, pues aquél era macedonio. *Timoteo* era demasiado conocido para que Lucas debiera indicar su lugar de origen. Era Listra, como Lucas ya lo había dicho (16:1), y no Derbe, como algunos han inferido en nuestro pasaje. Deben para ello puntuar el texto de modo de juntar Gayo con los de *Tesalónica* Aristarco y Segundo, y conjeturar (Blass) un cambio de conjunción para referir el epíteto *de Derbe* a Timoteo. Pero el nombre de *Gayo* era muy común, y la mención de un macedonio de este nombre entre los compañeros de viaje de Pablo (19:29) no es una razón suficiente para hacer en nuestro texto esos cambios, que por lo demás pondrían a Lucas en contradicción con sus precedentes indicaciones en 16:1. De los dos últimos, oriundos de Asia (*D: efesios*), el uno, *Tiquico,* es nombrado a menudo en las epístolas (Ef. 6:21; Col. 4:7; 2 Tim. 4:12; Tito 3:12); el otro, *Trófimo,* no es tampoco desconocido (2 Tim. 4:20); en el presente viaje, siguió a Pablo hasta Jerusalén. (21:29.)

5. El relato de Lucas presenta, en los v. 4,5, alguna obscuridad, resultante de su extrema concisión y de las variantes del texto. En el v. 4, las palabras *hasta Asia* faltan en *Sin., B.* Habrán sido cercenadas porque esa indicación parecía contradicha por 21:29, donde vemos que Trófimo fué con Pablo a Jerusalén, y por 27:2, que nos dice que Aristarco se encontraba aún junto a él en Cesárea. Pero si se dice que los siete hermanos, nombrados en el v. 4, escoltaron a Pablo *hasta Asia,* eso no excluye la idea de que uno u otro de entre ellos le hayan seguido hasta el término de su viaje. Por eso muchos exégetas consideran como auténticas las palabras *hasta Asia,* que son certificadas por importantes testimonios. Otra variante, que tiene más importancia aun para el sentido del relato, se halla en el v. 5, donde *Sin., B, A, mayúsc. y minúsc.* tienen: *habiendo llegado,* en lugar de: *habiendo tomado la delantera,* que no se lee más que en un corrector de *B,* en *D,* las vers. siriacas, otras vers. orientales, la Vulgata. Pero el testimonio de estas

después de los días de los ázimos desde Filipos, y llegamos a ellos
en Troas en cinco días, donde pasamos siete días [6].
7 Y en el primer día de la semana congregados nosotros para
romper el pan [1], Pablo discurría con ellos, habiendo de partir el
8 día siguiente, y prolongó el discurso hasta medianoche. Y había
muchas lámparas en el aposento alto donde estábamos congrega-

versiones tiene tanto más valor cuanto que en el texto griego la variante resulta de agregar una sola letra, y que una falta de copista ha podido producirse en muchos manuscritos. Si se adopta, con Tischendorf, Weiss, Nestle, la lección: *habiendo tomado la delantera*, se puede representar como sigue el orden de los hechos: en un lugar que no se indica, pero que es probablemente Filipos, Pablo hizo *ir delante* a su escolta, ordenándole de *esperarle en Troas*. Pasó en Filipos la fiesta de pascua (v. 6), luego partió con Lucas, que desde este momento está otra vez asociado al apóstol, como lo indica el empleo del pronombre *nos*. Lucas y Pablo, y otros hermanos que pueden igualmente estar comprendidos en este pronombre, alcanzaron en *Troas* los siete compañeros de viaje del apóstol. En efecto, Lucas no contaría tan solemnemente su partida de Filipos, señalando la fecha precisa del embarque y la duración de la travesía, si hubiera hecho ese viaje solo con algunos hermanos no nombrados. La manera como se expresa revela la presencia en su sociedad del que es el héroe de todo este relato. En cuanto a la indicación del v. 4: le acompañaron *hasta Asia*, no es menos justificada por el hecho de que Pablo alcanzó a sus siete compañeros en Troas, y de allí hizo camino con ellos probablemente hasta Mileto. Véase sobre *Troas* 16:8, nota. Pablo había predicado el evangelio con éxito en Troas, cuando pasó por primera vez. (2 Cor. 2:12.)

6. Pablo quiso pasar la fiesta de pascua (*los días de los panes sin levadura*) en calma y recogimiento, en el seno de una iglesia que amaba, y después proseguir su viaje. *Nos embarcamos en Filipos* (gr. *partimos en barco*) no es una expresión exacta, pues Filipos se hallaba a cierta distancia del mar. Neápolis era el puerto más cercano (16:11, nota.) El viaje duró *cinco* días; en el sentido inverso referido en 16:11, parece haber sido más rápido. En *Troas*, Pablo se reunió con sus amigos y quedó *siete días*. A partir de este v. 6 reaparece el pronombre *nosotros*, con el cual Lucas indica modestamente su presencia. En efecto, le habíamos dejado en Filipos. (16:10 y sig.; Comp. v. 40.) Quizá había quedado allí desde entonces.

7. *Romper el pan* es la expresión usual para la celebración de la cena. (2:42, nota.) Es necesario observar que esta asamblea tenía lugar *el primer día de la semana*, el domingo. Se puede inferir de ello que este día era especialmente consagrado a las reuniones del culto. (Comp. 1 Cor. 16:2; Apoc. 1:10.) Estos pasajes no prueban de modo absoluto que el domingo fuera desde entonces universalmente observado por los cristianos como día de reposo. Pero ya los Padres apostólicos mencionan su celebración general (véase Justino, *Apol.*, I, 67); y es probable que el recuerdo de la resurrección del Salvador hizo apartar el primer día de la semana desde la época de los apóstoles. El texto recibido tiene, contra la autoridad de *Sin., B, A, D*: como *los discípulos* estaban reunidos, y en el v. 8: *estaban* reunidos.



9 dos [8]. Y estando sentado cierto joven, por nombre Eutico, sobre la
ventana, abrumado por profundo sueño, discurriendo Pablo más
aún, habiendo sido arrastrado del sueño cayó desde el tercer piso
10 abajo y fué alzado muerto. Mas habiendo bajado Pablo se echó
sobre él y habiéndole tomado en sus brazos dijo: No os turbéis,
11 pues su alma en él está. Y habiendo subido y roto el pan y
comido, y conversado por largo tiempo hasta el amanecer, así
12 partió [10] Y llevaron al niño vivo, y fueron consolados sin medida [11]
13 Mas nosotros habiendo ido delante al barco nos hicimos a
la mar hacia Assos, de allí habiendo de tomar a bordo a Pablo;
14 así en efecto había ordenado, habiendo él de viajar a pie [12]. Y
como se nos reunía en Assos, habiéndole tomado a bordo fuimos
15 a Mitilene; y de allí habiendo navegado, al día siguiente llegamos
frente a Kío, y al otro abordamos en Samos, y habiéndonos dete-

8. Se habían reunido en la noche, quizá ya algo tarde; y como Pablo *debía partir el día siguiente*, y sabía que no había de volver a ver a sus hermanos de Troas (v. 25), habló, de la abundancia de su corazón, *hasta media noche*. Se ha visto en el hecho de que *había muchas lámparas* en ese *aposento alto*, una medida de prudencia, que debía prevenir las calumnias ordinarias contra las asambleas de los cristianos. Pero es dudoso que esas acusaciones se hubieran producido ya entonces. Lucas hace notar ese hecho, porque el calor de esas lámparas, viciando la atmósfera, contribuyó al amodorramiento de *Eutico*.

9. Estas últimas palabras, pronunciadas con alegría, significan: vuelve a la vida. Algunos exégetas dan a estas palabras el sentido de: no está muerto. Pero como Lucas, testigo ocular de esta escena, dice positivamente que fué *levantado muerto*, es evidente que entiende contar la resurrección de ese muerto. *Inclinarse sobre él, tomarle en sus brazos* fueron los medios por los cuales el apóstol le volvió a la vida. (Comp. 1 Reyes 17:21.)

10. La cena y la comida no tuvieron lugar sino después del discurso de Pablo y del incidente del mancebo. Es el apóstol quien desempeña las funciones del padre de familia, *rompiendo el pan*. El verbo *comió* (*gustó*, 10:10), indica una comida distinta de la celebración de la cena, y que siguió a ésta. Después de esto, Pablo conversó aún con sus hermanos, *hasta el amanecer;* luego *partió así*, tal cual estaba, sin tomar reposo. (Juan 4:6, 2ª nota.) El ardor de su alma le impedía sentir fatiga.

11. *No llevaron al joven* (gr. *al niño*) al aposento alto (otros traducen: *condujeron* a su casa) sino después de la partida de Pablo; le había sido necesario algún tiempo para reponerse del todo. Los asistentes fueron *en gran manera consolados* (gr. *no con medida*) de volver a verle *vivo*. *D* tiene: *Y despidiéndose ellos, él* (Pablo) *llevó el joven* vivo.

12. De Troas, los viajeros debían seguir la costa del Asia Menor, del norte al sur; pero mientras sus compañeros, subidos *al barco*, fueron por mar hasta *Assos*, ciudad marítima situada frente a la isla de Lesbos, Pablo *mismo* quiso *hacer* ese trayecto por tierra y *a pie*, y él era quien *así lo había ordenado*. Los exégetas se preguntan por qué se aislaba así, y cada uno responde con alguna suposición. La más natural es que, después de las fatigas y las emociones

16 nido en Trogilio al siguiente llegamos a Mileto [13]. Había en efecto
resuelto Pablo navegar de largo frente a Éfeso, para que no le
aconteciera pasar tiempo en Asia; se apresuraba en efecto para,
si posible le fuera, celebrar el día de pentecostés en Jerusalén [14].

B. 17-38. PABLO EN MILETO. ADIÓS A LOS ANCIANOS DE EFESO. — 1º *El apóstol recuerda lo que ha sido su ministerio en Efeso.* Hace venir a Mileto los ancianos de la iglesia de Efeso; los invita a recordar la humildad de que ha dado pruebas al servicio de su iglesia, sus padecimientos causados por los judíos, la fidelidad con que les ha instruído, en público y en privado, suplicando a judíos y a gentiles que se convirtieran y creyeran (17-21). — 2º *Pablo hace frente a las tribulaciones que el porvenir le reserva.* Ligado por el Espíritu, se traslada a Jerusalén, sabiendo qué cadenas allí lo esperan; pero él de grado sacrifica su vida, con tal que acabe el ministerio que ha recibido de dar testimonio a la buena nueva de la gracia (22-24). — 3º *Adiós. Exhortaciones a la vigilancia y a un ministerio desinteresado.* Declara a aquéllos a quienes ha predicado que no le verán más. Protesta que está limpio de

de Troas, debía sentir la necesidad de un día de soledad y recogimiento.

13. *Mitilene,* ciudad importante, sobre la costa oriental de la isla de Lesbos. *Kío* y *Samos,* islas del mar Egeo. Después de haber tocado en Samos, llegaron al continente, pasaron la noche en *Trogilio,* promontorio y ciudad de la costa *asiática,* y el día siguiente llegaron a *Mileto,* ciudad de Jonia, donde Pablo quería detenerse. *Sin., B, A, C* suprimen: *y habiéndonos detenido en Trogilio,* de modo que en Samos habrían pasado los viajeros la noche. Pero estas palabras se leen en *D, mayúsc.,* vers. sir., y no se ve por qué razón se habría introducido esta noticia en el texto. Trogilio estaba más cerca de Efeso que Mileto; ¿por qué Pablo no convocó allí a los ancianos de Efeso? Algunos lectores se habrán planteado la pregunta y habrán puesto en duda la parada de Pablo en Trogilio. Así se explica el cercenamiento de estas palabras. (Wendt.)

14. En esta navegación habían pasado frente a Efeso sin detenerse. Lucas, que se encontraba entonces con el apóstol, indica claramente la razón de ello. No le habría sido posible detenerse en esa ciudad donde Pablo había ejercido durante tres años su apostolado, donde había tantos discípulos y amigos, sin consagrarles mucho tiempo: Ahora bien: *se apresuraba,* a fin de encontrarse, *si era posible, el día de pentecostés en Jerusalén.* Es posible que quisiera celebrar esta fiesta por última vez con todo su pueblo en el templo (18:18, 3ª nota; 18:21; 21:25; 24:11, 17, notas); luego, en la época de esta solemnidad, tenía probabilidad de hallar en Jerusalén a los principales jefes de la iglesia judeo-cristiana. Tenía interés en ello, pues les llevaba la colecta levantada por él en las iglesias de Grecia y Macedonia, en favor de sus hermanos pobres de Judea. (24:17; Rom. 15:25-27; 1 Cor. 16:1; 2 Cor. 8:1 y sig.) Esperaba que este testimonio de la caridad de los paganos convertidos no sólo fortalecería el vínculo que unía las jóvenes iglesias de Grecia a la iglesia matriz, sino que haría una buena impresión en los judíos mismos que oyeran hablar de ello. La continuación del relato probará que no había contado con el odio de ese pueblo endurecido.



la sangre de todos, habiéndoles hecho conocer todo el consejo de Dios. Les exhorta a velar sobre sí mismos y sobre el rebaño que será expuesto a los ataques de hombres peligrosos y verá levantarse de su propio seno doctores que procurarán pervertirlo. Imiten pues el ejemplo que Pablo les ha dado exhortándoles durante tres años, uno por uno, noche y día, con lágrimas. Los encomienda a Dios y a la palabra de su gracia. Les recuerda el desinterés con que ha trabajado en medio de ellos, proveyendo a sus necesidades y a las de sus colaboradores, y mostrándoles así cómo es necesario obrar según el precepto de Jesús: más dicha hay en dar que en recibir (26-35). — 4º *Oración y separación.* Pablo se pone de rodillas y ora con todos. Lloran y le abrazan, afligidos de su declaración de que no verían más su rostro. Le acompañan al navío (36,38).

17 Mas desde Mileto, habiendo enviado a Efeso hizo venir los
18 ancianos de la iglesia [15]. Y como hubieron llegado a él díjoles [16]:
Vosotros sabéis, desde el primer día en que entré en Asia, cómo
19 con vosotros el tiempo todo heme hecho, sirviendo al Señor con
toda humildad y lágrimas y tentaciones que me han sucedido en
20 los complots de los judíos [17]; cómo nada he ocultado de lo prove-

15. Pablo no se había detenido en Efeso, *mas* no se alejará definitivamente sin haberse despedido de la iglesia, representada por sus *ancianos.* (Véase, sobre este cargo, 11:30, 1ª nota.) Aquí (v. 28) esos mismos ancianos son llamados *obispos, inspectores;* así también en Tito 1:5-7. Se ve que había en cada iglesia varios ancianos u obispos (Fil. 1:1) que formaban el *presbiterio* (de *presbítero, anciano*) encargado de dirigirla. (1 Tim. 4:14.)

16. "Leemos aquí el más hermoso entre todos los discursos insertos en nuestro libro, y que, aun en la forma abreviada en que nos ha llegado, revela una profundidad de sentimiento y una concepción tal del deber apostólico, que puede ser comparado a las más conmovedoras páginas de las epístolas. Todo nos hace sentir que tenemos aquí un resumen hecho por un oyente inmediato." *Reuss.* En efecto, Lucas era del número de los oyentes (v. 13), por eso nos ha conservado este discurso en forma más precisa y más completa que ningún otro de Pablo. Su resumen no contiene un solo pensamiento que no lleve el sello del apóstol.

17. Pablo había llegado *al Asia,* es decir a Efeso, primeramente para una corta residencia (18:19), luego para ejercer allí un ministerio de cerca de tres años. (19:1.) Ahora bien: puede apelar a la conciencia de sus oyentes que habían sido testigos y objeto de sus trabajos, *y que sabían cómo durante todo ese tiempo,* había desempeñado su apostolado *con toda humildad,* la primera y más rara virtud de un cristiano y de un siervo de Dios. Se ve por este discurso que la verdadera humildad no consiste en desconocer los más hermosos dones de Dios que se ha recibido, con tal que se agregue con el apóstol: "No yo, sino la gracia de Dios." La humildad es inseparable del amor. De ahí las *lágrimas* con que anunciaba las compasiones de Dios, las que derramaba viendo la ingratitud y el endurecimiento de los hombres que le suscitaban *tentaciones* e iban hasta tenderle *emboscadas* para anular su ministerio, o aun con el intento de hacerle perecer. Si el apóstol apela

choso para no anunciaros y enseñaros públicamente y por las
21 casas, testificando tanto a judíos como a griegos el arrepentimien-
to para con Dios y fe en el Señor nuestro Jesús [18].
22 Y ahora he aquí ligado yo por el Espíritu voy a Jerusalén,
23 no conociendo lo que en ella me acontecerá, fuera de que el Espí-
ritu Santo por las ciudades me testifica diciendo qué prisiones y
24 tribulaciones me aguardan [19]. Pero por ninguna causa estimo la
vida preciosa para mí mismo como termine mi carrera y el minis-
terio que recibí de parte del Señor Jesús, para testificar el evan-
gelio de la gracia de Dios [20].

frecuentemente a las lágrimas que debe derramar, no es para quejarse sino para ganar los corazones al evangelio. (v. 31; 2 Cor. 2:4; Fil. 3:18.) ¡Cuán conmovedoras son, en efecto, estas lágrimas, en un hombre fuerte como Pablo!

18. Pablo tiene conciencia de no haber *ocultado nada, sustraído nada* de todo lo que es *útil* a la salvación de las almas, sino de haberlo *predicado, enseñado,* no solamente *en público,* en las asambleas de los cristianos, sino *de casa en casa,* y *tanto a los judíos como a los griegos.* Ahora bien: lo que es *útil* ante todo, lo resume Pablo en dos palabras: *arrepentimiento* y *fe.* El *arrepentimiento,* punto de partida de una completa transformación moral del hombre (Comp. Mat. 3:2, 1ª nota), y cuyo objeto es *Dios* (*hacia Dios*), no sólo en cuanto lleva al alma a Dios, como se entiende ordinariamente, sino porque el sentimiento del pecado no es verdadero, sincero, fértil en buenos frutos, si no se experimenta con dolor *delante de Dios.* (Sal. 51:6; Luc. 15:21.) Con el arrepentimiento, Pablo anunciaba *la fe* en el Salvador, medio del perdón, de la paz y de una vida nueva. He ahí aquello de que *daba testimonio* tanto con su vida como con su palabra.

19. Después de esta mirada sobre su pasado, el apóstol echa otra, no menos seria, sobre su porvenir. Se siente constreñido a ir *a Jerusalén,* ignorando *la que le acontecerá* si no es que por todas partes *prisiones y aflicciones le esperan.* (21:33.) Estas palabras: *ligado por el espíritu* ¿significaban *en mi espíritu*? (18:25), por una convicción íntima que llega hasta el constreñimiento, o: *por el Espíritu de Dios* (v. 23). Los intérpretes se dividen en esta cuestión. En el fondo, los dos sentidos se funden en uno; sin duda, el apóstol está ligado realmente en su espíritu; mas ¿qué es lo que le constriñe a ir al encuentro de las pruebas y de la muerte (v. 24), sino este mismo Espíritu santo que *le da testimonio por las ciudades* de que sufrirá persecuciones? ¿Cómo, por último, le revela este Espíritu ese doloroso porvenir? Meyer responde: por profetas. (13:2; 21:4,11.) Otros piensan más bien en revelaciones íntimas por el Espíritu divino. Se encuentran ambas manifestaciones en la vida de Pablo.

20. Pablo no *tiene para nada en cuenta* esas prisiones y aflicciones, no se deja intimidar ni detener por ellas. La causa de su heroico valor está en que ya ha hecho el sacrificio de *su vida,* que no le es preciosa. Una sola cosa le importa: *acabar su carrera,* su carrera apostólica (término predilecto del apóstol, 13:25; 2 Tim. 4:7) *y el ministerio* (gr. *servicio*) que *recibió del Señor Jesús.* Este ministerio es a sus ojos de un valor infinito, mucho más precioso que su vida, porque su objeto es *dar testimonio de*



25 Y ahora, he aquí yo sé que no veréis más mi rostro, vosotros
todos entre quienes por todas partes he ido predicando el reino [21].
26 Por tanto os protesto en el día de hoy que inocente soy de la sangre
27 de todos, pues no he ocultado para no anunciaros todo el consejo
28 de Dios [22]. Cuidad pues de vosotros mismos y de todo el rebaño
en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos [23], para apacen-

*la buena nueva de la gracia de Dios.* Hemos traducido la primera parte de este versículo según el texto de *Sin., B, C,* vers., adoptado por la mayor parte de los críticos y de los exégetas. La voz griega vertida *causa* puede significar *palabra;* equivaldría a decir: *mi vida, no vale la pena de hablar de ella.* Esta frase algo obscura ha sido corregida como sigue en el texto recibido (*mayúsc.* recientes y *minúsc.*): *Mas para nada tengo en cuenta* (las advertencias, v. 23) *ni estimo mi vida preciosa para mí mismo.* Además, este último texto dice: con tal que *con gozo* acabe mi carrera. Las palabras en bastardilla faltan en *Sin., B, A, D,* y en muchas versiones. Si hubieran sido auténticas nadie habría pensado en suprimirlas.

21. Este pensamiento tan conmovedor para Pablo y para sus oyentes (v. 28), completa el del v. 22: las prisiones y aflicciones que él preveía por el Espíritu harán definitiva su separación; ¡los ancianos de Efeso *no verán más* al que les había anunciado la salvación y la vida! Y dice esto, no sólo a sus oyentes presentes, sino a todos los que, en Asia, habían oído su predicación. ¿Cuál es su propósito al declarar esta dolorosa convicción? No por cierto provocar una vana emoción; sino, como dice Bengel, a fin de que todo este discurso penetrara con tanto mayor poder en los corazones. Eran éstas sus últimas palabras: se volvían sagradas como un testamento. El apóstol dice: *sé.* Durante su cautividad en Roma expresa la esperanza de ser libertado por las oraciones de sus hermanos y volver al Asia. (Fil. 1:25; 2:24.) Según 1 Tim. 1:3, 2 Tim. 4:13,20, volvió en efecto a esas regiones. (Véase la Introd. a las epístolas pastorales.) Su presentimiento, pues, no se cumplió. No dejaba por eso de ser un producto del Espíritu de Dios, pues el plan de Dios no se desarrolla con rigor mecánico. (1 Tes. 2:18). Si se insiste en el hecho de que Pablo no expresa solamente una aprensión, sino que dice: *Sé,* se puede suponer que ninguno de sus oyentes de Mileto volvió a ver su rostro. "Después de gran número de años podían estar muertos o dispersos." *Bengel.*

22. Solemne conclusión de lo que precede: Puesto que os he *anunciado todo el consejo de Dios* para la redención del mundo y la salvación de vuestras almas, yo soy *limpio de vuestra sangre* (18:6), *inocente de vuestra muerte,* si os perdiereis. *Yo os protesto,* os tomo por testigos de ello, en este día de nuestra última entrevista. Tales palabras, y todo este discurso de Pablo, nos revelan en él una conciencia tan pura, un apostolado de tal modo santificado, ¡que queda uno humillado, sobrecogido de temor y de temblor!

23. *Pues,* puesto que sobre vosotros solos reposa una responsabilidad tan temible (esta partícula falta en *Sin., B, A, D*); con esto pasa el apóstol a la última parte de su discurso, a la exhortación que dirige a sus oyentes, hecha incisiva por todo lo que precede. El *obispo* (inspector, v. 17, nota) debe *tener cuidado,* con santa vigilancia, primeramente *de sí mismo,*

tar la iglesia del Señor, que adquirió por medio de su propia san-
29 gre [24]. Porque yo sé que entrarán en vosotros después de mi parti-
30 da lobos crueles que no evitarán dolor al rebaño, y de entre vos-
otros mismos se levantarán varones que hablarán cosas perversas
31 para arrancar a los discípulos en pos de sí [25]. Por tanto velad, acor-
dándoos de que por tres años, noche y día, no he cesado con lágri-

de su alma, de su vida cristiana, (1 Tim. 4:16), luego de *todo el rebaño* que le ha sido confiado: ¿por quién?, por la iglesia misma, sin duda; pero como el *Espíritu santo* es quien vive y obra en ella; como, ante todo, de este Espíritu el obispo ha recibido todos los dones que le hacen capaz de serlo (1 Cor. 12:4-30; Rom. 12:6-8), es realmente el Espíritu santo quien le *ha puesto*; ante él pues es responsable.

24. La vocación del obispo o del pastor es la de *apacentar* la iglesia, es decir nutrirla de la palabra divina y conducirla, guardarla, como el pastor hace con su rebaño. De ahí viene esta expresión figurada. (Comp. Isa. 40:11; Ezeq. 34:2 y sig.; 1 Pedro 5:2; Juan 21:15-17.) Pero la iglesia no pertenece al pastor, jamás debe olvidarlo; es la iglesia *del Señor.* Y lo que debe hacerla para él infinitamente preciosa y sagrada es el hecho de que el Señor la ha *adquirido, rescatado por su propia sangre,* es decir por su muerte, por su sacrificio expiatorio; de modo que la iglesia es su propiedad exclusiva. (Efes. 1:14; Tito 2:14; 1 Pedro 2:9.) Aquí se presenta una de las variantes más célebres de todo el nuevo testamento. El texto recibido dice: la *iglesia de Dios.* Esta lección tiene en su abono los dos manuscritos más antiguos, el del Vaticano y el del Sinaí, once *minúsc.*, varias versiones y Padres de la iglesia. Bengel, que admite esta variante, hace observar que Pablo no escribe jamás la *Iglesia del Señor,* sino siempre (once veces) la iglesia *de Dios.* Este texto es adoptado por Westcott y Hort, Weiss, Nestle. Por otra parte, *A, C, D* y otra *mayúsc.*, catorce *minúsc.*, varias versiones orientales y numerosos Padres tienen la Iglesia *del Señor,* lección admitida por los críticos modernos Griesbach, Lachmann, Tischendorf, Blass. Por último, cuatro *mayúsc.* y un ciento de *minúsc.* han reunido ambos términos: *del Señor y de Dios,* lo que parece no ser más que una corrección. Nos decidimos en favor del término: la iglesia *del Señor,* en la convicción de que el apóstol Pablo no habría jamás empleado esta expresión: la *sangre de Dios,* que ciertamente no es bíblica, ni aplicado el título de *Dios* a Jesucristo en un pasaje en que insiste en su sacrificio cruento. La versión de Pau-Vevey tiene: "la asamblea de Dios, la cual ha adquirido por la sangre de su propio (hijo)". Westcott y Hort emiten igualmente la conjetura de que la palabra *hijo* se hallaba al final de la frase y ha sido omitida porque sus tres últimas letras son las mismas, en griego, que las tres últimas del adjetivo *propio* que le precede.

25. A fin de dar mayor fuerza a su exhortación (v. 28), el apóstol introduce, en estos términos, su profecía: *Porque* (falta en *Sin., A,C,D*) *yo sé.* El apóstol había adquirido esta dolorosa certidumbre viendo en Asia introducirse en las iglesias los primeros gérmenes del error; le era dada también por el espíritu profético que estaba en él. Los escritos posteriores del nuevo testamento (la epístola a los Colosenses; las epístolas pastorales; la 1ª de Juan; el Apoca-



32 mas de amonestar a cada uno [26]. Y ahora os encomiendo al Señor
y a la palabra de su gracia, que puede edificar y dar la herencia
33 entre todos los santificados. Plata u oro o atavío de nadie he co-
34 diciado; vosotros mismos sabéis que para las necesidades mías y
35 para los que estaban conmigo las manos éstas han servido. En todo
os he enseñado, que trabajando así es necesario socorrer a los

lipsis) atestan que esta predicción se cumplió. No sólo de fuera vendrán esos falsos doctores que Pablo compara a *lobos crueles* (Comp. Mat. 7:15; Luc. 10:3; Juan 10:12), sino *de entre vosotros mismos,* del seno de las iglesias. ¿Y con qué objeto enseñarán *cosas perversas?* A fin de *atraer* o *arrastrar los discípulos en pos de sí.* Los sectarios no van a buscar en el mundo las almas que ganan a sus ideas particulares; a los *discípulos,* a los creyentes, quieren ellos arrastrar, no en pos del Señor, sino *en pos de ellos.* Unos lo hacen por egoísmo y orgullo (Gál. 4.17); otros por esa estrecha ignorancia que les persuade de que ellos solos poseen la verdad.

26. *Velad* sobre el rebaño (v. 28), como pastores atentos a defenderlo contra los lobos. (v. 29.) Los ancianos de Efeso no tienen más que imitar el ejemplo que les ha dado el apóstol: *acordándoos.* Cada palabra de este versículo es un rasgo de valor infinito, que describe el carácter apostólico de Pablo: *durante tres años* (19:10, nota), *sin cesar, noche y día, cada uno, con lágrimas.* (v. 19.) Lágrimas de gozo, de dolor, de piedad, de angustia, de amor. Esas lágrimas eran un poder en el ministerio de Pablo.

27. *Ahora,* en este momento de separación tan dura, después de la cual nada podré hacer por vosotros (Comp. Juan 17:11), yo os (gr.) *remito,* os confío *a Dios y a la palabra de su gracia.* Esta palabra de la gracia de Dios, es todo el evangelio (14:3), es una palabra creadora que regenera y santifica los corazones derramando en ellos la vida divina. Se puede pues vacilar en referir las palabras: que *puede edificar,* a *Dios* o a *la palabra* (Jac. 1:21); el griego permite ambas maneras de construir la frase; la primera nos parece sin embargo la más natural. Dios es pues *poderoso para* (gr.) *sobreedificaros. Edificar* es levantar un *edificio;* una vez empezado éste, se trata de agregar piedra sobre piedra hasta su terminación. La figura significa pues: llevar la vida cristiana a su perfección. Dios es poderoso para ello; tal es la consoladora seguridad que Pablo lleva a su partida. Y al final Dios coronará su obra dando a los que sean *santificados* por su palabra y su Espíritu *la herencia* eterna. Esta palabra significaba originariamente la *parte* atribuída por la *suerte* a las tribus de Israel en la tierra de promisión (Mat. 5:5); y según esa figura la parte de los redimidos en la Canaán celestial. (Gál. 3:18; 1 Pedro 1:4.)

28. Varios editores y exégetas conectan: *en todo* (v. 35) a la proposición precedente. (v. 34). El apóstol quería, parece, terminar su admirable discurso con las palabras de adiós que preceden (v 32); pero un pensamiento importante se le presenta aún y lo añade: recomendar a los ancianos de Efeso el desinterés de que les había dado ejemplo, y eso por consideración hacia los *débiles,* a quienes escandalizaría la menor apariencia de avaricia. El apóstol se ha cuidado bien de ello; ha trabajado con *sus manos* para subvenir a *sus necesidades* (18:3 nota),

débiles [28], y acordarse de las palabras del Señor Jesús, porque él
dijo: Más dichoso es dar que recibir [29].
36 Y habiendo dicho esto, doblando sus rodillas con todos ellos
37 oró [30]. Y hubo de todos mucho llanto, y habiendo caído sobre el
38 cuello de Pablo le besaban con afecto, doloridos sobre todo por la
sentencia que había dicho de que no debían ver más su rostro. Y
le acompañaban al barco [31].

C. 1-16. VIAJE DE PABLO, DE MILETO A JERUSALÉN. — 1º *Pablo en Tiro:* a) *Viaje por mar de Mileto a Tiro.* Pablo y sus compañeros vuelven a hacerse a la mar, tocan en Cos y en Rodas, cambian de navío en Patara, pasan por delante de Chipre, hacen carrera directa hacia Siria y llegan a Tiro, donde el navío deja su cargamento (1-3). b) *Partida de Tiro.* Quedan siete días con los cristianos de Tiro, quienes advertidos por el Espíritu, aconsejan

y aun a las de sus compañeros de tarea, lo que por otra parte no sabíamos. Los *débiles* son los cristianos mal afirmados a quienes las ideas interesadas de sus conductores conmoverían en su fe (Comp. Rom. 14:1; 15:1; 1 Cor. 9:22, etc.); y se trata aquí, no de *socorrerlos* materialmente, sino (gr. de *acogerlos, ir a su encuentro,* evitándoles toda ocasión de caída. (1 Cor. 9:12.) Tal es la interpretación de Calvino, de Meyer y de muchos exégetas. Algunos Padres, Olshausen, de Wete, entienden por los *débiles* los pobres, a quienes se trataría de *asistir;* pero ni el substantivo ni el verbo tienen este significado. Y, aunque este pensamiento mismo esté seguramente en la mente del apóstol, si hubiera querido expresarlo aquí, se habría servido de otros términos. (Véase la nota siguiente.)

29. Se ha entendido a menudo esta palabra del Salvador también en el sentido de *dar* y *recibir* bienes materiales. Y entonces se imagina que expresa el sentimiento de *dicha* que un corazón sensible halla en *dar* y las impresiones penosas que siente el que está en la necesidad de *recibir.* Eso no sería, en el primero, más que una voluptuosidad egoísta y refinada; en el segundo, orgullo. El pensamiento del apóstol, en la aplicación actual que hace de la palabra de Jesús, es que es *más bienaventurado* para un siervo de Dios hacer participar de bienes espirituales, aun imponiéndose privaciones y fatigas, que trabajar por una recompensa a recibir. En este sentido, la hermosa sentencia de Jesús es susceptible de aplicaciones diversas, si se capta bien el espíritu de ella. Esta palabra, como tantas otras (Juan 20:30), no ha sido conservada en los evangelios; el apóstol la había recibido por la tradición oral o la había hallado en los numerosos escritos que circulaban sobre la vida del Salvador. (Luc. 1:1.)

30. Bajo la mirada de Dios, *de rodillas,* en la *oración,* quiere el apóstol decir adiós a sus hermanos. En estas condiciones, las separaciones más dolorosas son dulcificadas, pues Dios, su amor, su comunión continúan siendo el vínculo indisoluble entre los que se alejan y los que quedan. (Comp. 21:5.)

31. ¡Qué escena conmovedora y con qué verdad es descrita en breve rasgos! Todos derraman *lágrimas; abrazaban* al apóstol; el verbo significa *besar a alguien con ternura,* mientras que el imperfecto indica que esos testimonios de vivo afecto se prolongaron bastante tiempo. Luego *le acompañaban hasta la nave.* ¡Qué te-



a Pablo que no suba a Jerusalén. Cuando los viajeros reanudan el viaje, hombres, mujeres y niños se arrodillan sobre la ribera y oran con ellos. El trayecto de Tiro a Ptolemaida termina la travesía. Después de haber pasado un día con los hermanos de Ptolemaida, los viajeros se trasladan al día siguiente a Cesárea (4-8ª). — 2º *Pablo en Cesárea:* a) *En casa de Felipe. Predicción de Agabo.* Pablo y sus compañeros posan en casa del evangelista Felipe, que tenía cuatro hijas profetisas. Agabo va de Jerusalén y, con una acción simbólica, anuncia a Pablo la suerte que le espera (8ᵇ-11). b) *Pablo, instado a retroceder, declárase presto a sacrificar su vida.* Sus amigos y los cristianos de Cesárea suplican a Pablo que no suba a Jerusalén. Les ruega que no le enternezcan con sus lágrimas. Está listo para soportar por el Señor Jesús, no solamente las cadenas sino la muerte. Sus amigos, no pudiendo doblegarlo, se someten a la voluntad de Dios (12-14). c) *Partida hacia Jerusalén.* Algunos discípulos acompañan a los viajeros, que reciben hospitalidad en casa de un cristiano de los primeros tiempos, chipriota, llamado Mnasón (15,16).

XXI Y como aconteció, habiéndonos arrancado de ellos, hacernos
a la mar, viajando directamente llegamos a Cos, y el día siguiente
2 a Rodas y de allí a Patara [1]; y habiendo hallado un barco que cru-
3 zaba hacia Fenicia embarcándonos nos hicimos a la mar. Y habien-
do avistado a Chipre y dejándola a mano izquierda navegamos ha-
cia Siria y abordamos en Tiro, pues allí el barco había de descargar
4 el cargamento [2]. Y habiendo hallado a los discípulos nos quedamos
allí siete días [3]; los cuales a Pablo decían por medio del Espíritu

soros de amor cristiano debían llenar el corazón de este apóstol, de este hombre tan fuerte, de este dialéctico tan potente, para que inspirase en su rededor sentimientos tan apasionados! Su discurso de Mileto y todas sus epístolas lo testifican.

1. La palabra de que se sirve Lucas para expresar la separación que tuvo lugar en Mileto significa *separarse con dificultad, con pena. Cos,* isla del mar Egeo, renombrada por sus vinos, sus telas, sus aromas, se llama hoy Stancho. *Rodas,* isla más considerable al sudeste del mar Egeo, con capital del mismo nombre, había tenido un comercio floreciente. Había sufrido mucho en las últimas guerras de la república, habiendo sido saqueada por Cassio en 42 antes de J. C. *Patara,* ciudad marítima de Licia, al sud del Asia Menor. El texto occidental (*D,* etc.) agrega: *y a Mira,* Mira era igualmente un puerto de la costa de Licia. (27:5.)

2. Para navegar de Patara o de Mira *hacia Fenicia,* era necesario dirigirse directamente al sudeste. Los viajeros pasaban así muy cerca de la isla de *Chipre,* que dejaban a su izquierda. Viéndola, Pablo debió acordarse de su primer viaje misionero y del éxito que tuvo en Pafos, principal ciudad de esta isla. (13:6 y sig.) *Tiro,* capital de la Fenicia, célebre en la antigüedad por su comercio. Lucas nombra aquí la *Siria,* porque entonces Fenicia formaba parte de esta gran provincia romana.

3. Estas palabras: *hallado a los discípulos,* suponen que Pablo y sus amigos informados de la presencia de cristianos en Tiro, los habían buscado en esa gran ciudad. Lucas no ha contado cuándo el evangelio había sido anunciado en Fenicia. Este país,

5 no subiera a Jerusalén [4]. Mas cuando nos aconteció completar los
días, habiendo salido nos íbamos, acompañándonos todos con mu-
jeres y niños hasta fuera de la ciudad; y habiendo doblado las
6 rodillas sobre la ribera, habiendo orado nos dijimos adiós unos a
otros y entramos en el barco, y aquéllos se volvieron a sus casas [5].
7 Mas nosotros, habiendo terminado la navegación desde Tiro llega-
mos a Ptolemaida y habiendo saludado a los hermanos posamos
8 un día en sus casas [6]. Y al día siguiente, habiendo partido fuimos
a Cesárea, y habiendo entrado en la casa de Felipe el evangelista,
9 que era de los siete, posamos en su casa [7], y éste tenía cuatro hijas
10 vírgenes que profetizaban [8]. Y quedando muchos días descendió
11 desde Judea cierto profeta, por nombre Agabo, y habiendo llegado

situado en las márgenes del Mediterráneo, sobre la ruta de Jerusalén a Antioquía, debió ser a menudo atravesado por cristianos que hablaron allí de su Salvador. (11:19; 15:3.)

4. El *Espíritu* descubría a esos discípulos que Pablo tendría que sufrir mucho en Jerusalén, y ellos, en su tierna solicitud por él, le exhortaban a no ir allá. Pero Pablo, que bien preveía esos sufrimientos, iba a su encuentro, constreñido por el Espíritu. (20:22,23; Comp. aquí, v. 13.) Esta detención de *siete días*, a pesar del apuro que él tenía de estar en Jerusalén para la fiesta (20:16), fué impuesto a Pablo por las circunstancias, pues el navío debía descargar. (v. 3.) Quizá también el apóstol no tenía tanto apuro porque su viaje a Tiro se había efectuado más rápidamente de lo que él contaba.

5. ¡Qué escena conmovedora! Por todas partes creaba el evangelio entre las almas cristianas esos tiernos y profundos vínculos.

6. *Terminando la navegación, porque el viaje de Tiro a Ptolemaida* era el último trayecto a hacer por mar; el resto del viaje tenía lugar por tierra. *Ptolemaida*, ciudad marítima de Siria, situada entre Tiro y Cesárea, nombrada en hebreo Acco, hoy San Juan de Acre. Allí también halla pablo *hermanos* y queda un día con ellos.

7. La distancia de Ptolemaida a Cesárea es de 62 kilómetros: Pablo y sus compañeros debieron emplear dos días para franquearla. Véase sobre *Cesárea* y la predicación de Felipe, 8:5,26,40. Quizá desde entonces había quedado él en dicha ciudad. Había cesado pues de ser *uno de los siete* diáconos de la iglesia de Jerusalén (6:5) y se había hecho *evangelista* (8:40), gracias a sus dones para la predicación del evangelio. Se daba ya entonces este nombre a discípulos que, sin ser apóstoles o ancianos ligados a un iglesia determinada, viajaban anunciando la buena nueva de la salvación. Tales fueron Bernabé, Timoteo, Tito (2 Tim. 4:5; Comp. Ef. 4: 11.) Estos dos pasajes y el nuestro son los únicos del nuevo testamento donde se encuentra el nombre de evangelista.

8. Es decir que tenían el *don* de *profecía*. (11:27; 13:1; Comp. 1. Cor. 14:2, notas.) Este don naturalmente no se ejercía, como todos los dones de la iglesia apostólica, más que en los momentos en que el Espíritu hacía sentir su acción. Las hijas de Felipe no contravenían a las prescripciones del apóstol (1 Cor. 14:34), pues la expresión de Lucas no las presenta como enseñando en las asambleas. Sus profecías, durante el paso de Pablo, eran sin duda semejantes a las de los



a nosotros y tomado el cinto de Pablo, habiendo atado sus pies y
sus manos dijo: Esto dice el Espíritu Santo: Al varón cuyo es este
cinto así atarán en Jerusalén los judíos y entregaránle en manos
12 de los gentiles. Y como hubimos oído esto, rogábamos tanto nos-
13 otros como los del lugar que no subiera a Jerusalén [9]. Entonces res-
pondió Pablo: ¿Qué hacéis llorando y despedazando mi corazón?
Yo en efecto, no sólo a ser atado sino aun a morir en Jerusalén
14 preparado estoy por el nombre del Señor Jesús [10]. Y no siendo
persuadido guardemos silencio diciendo: ¡Del Señor la voluntad
sea hecha! [11].
15 Y después de esos días, habiéndonos provisto de lo necesario
16 subíamos hacia Jerusalén [12]; y vinieron también de los discípulos
de Cesárea con nosotros, llevándonos a cierto Mnasón, chipriota,
antiguo discípulo, en cuya casa posaríamos [13].

hermanos de Tiro (v. 4) y a las de Agabo. (v. 10,11.) Algunos intérpretes católicos, basándose en el hecho de que las hijas de Felipe son declaradas *vírgenes* (Luc. 2:36), han visto en ellas monjas, ligadas por un voto de virginidad perpetua; pero parece resultar de pasajes de Clemente de Alejandría y de Eusebio que este mismo Felipe se estableció más tarde en Hierápolis, Frigia, y que dos de sus hijas se casaron allí.

9. *Agabo* es el mismo que ha sido nombrado en el cap. 11:28. Anuncia a Pablo lo que le acontecerá en Jerusalén, por un acto simbólico, como lo hacían frecuentemente los antiguos profetas (Isa. 20:2; Jer. 13:1; 27:2; Ezeq. 4:1; 12:5.) El apóstol mismo sabía que sería *atado en Jerusalén* (20: 23), y lo fué en efecto (v. 33), y *entregado a los paganos*. (25: 21.) Al oír esta profecía, todos los discípulos que rodeaban a Pablo empezaron a *suplicarle que no subiera a Jerusalén*. (Comp. v. 4, 2ª nota.)

10. ¡Qué sensibilidad en este hombre enérgico que estaba presto para el sacrificio de su vida! Es así como responde al tierno interés de sus hermanos. Pero, en Mileto ya, había declarado que el sacrificio de su vida estaba cumplido en su corazón. (20: 24.) Dios le llama, irá; tal es el verdadero heroísmo.

11. A pesar de su profundo afecto por el apóstol, estos fieles quedan convencidos de que su resolución es conforme a la *voluntad del Señor*, y se someten. En todas las grandes crisis de la vida, en presencia de los más dolorosos sacrificios, eso es no solamente el deber del cristiano, sino también su supremo consuelo. Se eleva así hasta la imitación de su Maestro. (Mat. 26:42).

12. *Aquellos días* son los que Pablo y sus amigos acababan de pasar en Cesárea, en casa de Felipe. (v. 8.) Ahora, *habiéndose provisto para la partida*, se van *a Jerusalén*. La palabra que traducimos por *habiéndonos provisto de lo necesario* significa literalmente: *habiendo reunido nuestros efectos*. El texto recibido, cambiando una partícula del verbo, dice: *habiendo depuesto nuestros efectos*, es decir que los habrían dejado en Cesárea o enviado delante. Esos *preparativos* se explican, pues los viajeros tenían que recorrer aún 102 kilómetros, y el transporte de la colecta les obligaba a tomar ciertas medidas.

13. *Algunos discípulos* de Cesárea quisieron acompañar también al apóstol y sus amigos. Los *condujeron*

D. 17-36. APRESTO DE PABLO EN EL TEMPLO. — 1º *Pablo recibido por los ancianos.* Algunos cristianos de Jerusalén acogen bien a Pablo y a sus compañeros. El día siguiente de su llegada, los viajeros se trasladan a casa de Jacobo, donde los ancianos estaban reunidos. Después del saludo, Pablo les cuenta lo que Dios ha hecho por su ministerio en el mundo gentil. Dan gloria a Dios (17-20ª). — 2º *Pablo es invitado a entrar en el templo con cuatro hombres que habían hecho un voto.* Los ancianos informan a Pablo que millares de judíos ahora creyentes le tienen por menospreciador de la ley, que aparta a los israelitas de su observancia; y que la multitud se reunirá al saber su llegada. Proponen a Pablo en consecuencia que se una a cuatro hombres que se habían ligado por un voto, que tome a su cargo los gastos del sacrificio que habían de ofrecer; todos sabrán así que él observa la ley. Nada tiene que temer por los convertidos del paganismo: quedan bajo el régimen de las decisiones tomadas en la conferencia de Jerusalén, y que les han sido comunicadas. Pablo se asocia a esos hombres, se purifica con ellos y entra en el templo para anunciar el día del sacrificio (20ᵇ-26). — 3º *Motín provocado por los judíos de Asia. Pablo, maltratado por la multitud, es arrestado por el tribuno.* El término fijado para el cumplimiento del voto iba a llegar, cuando algunos judíos de Asia reconocen a Pablo y levantan al pueblo contra él, acusándole de haber introducido paganos en el templo. Le habían visto en la ciudad en compañía de Trófimo de Efeso. El pueblo afluye de todas partes. Arrastran a Pablo fuera del templo, cuyas puertas son cerradas. Van a matarlo cuando el tribuno, informado, acude con soldados y centuriones, le hace atar con doble cadena y pregunta qué ha hecho. Impidiéndole el tumulto oír nada de positivo, ordena que Pablo sea conducido a la fortaleza. La apretura es tal, sobre las escaleras, que los soldados son obligados a llevarle en alto. La multitud sigue profiriendo gritos de muerte (27-36).

*a casa de Mnasón,* donde *debían posar,* según disposiciones tomadas de antemano. No se sabe de este Mnasón más que lo que dice el texto, es decir que era *chipriota* y *antiguo discípulo,* convertido quizá durante la primera misión en su patria (cap. 13), o aun antes. (11:19,20.) Se supone que habitaba Jerusalén y se añade que era muy precioso para el apóstol tener en esa ciudad un amigo de toda confianza que le recibiera en su casa. Tal es la interpretación generalmente dada; pero no se puede decir que se imponga como evidente. No se dice, en el original: "los discípulos *nos* llevaron", sino solamente: los discípulos "vinieron con nosotros, *llevando* en casa del cual Mnasón posaríamos". Y en el v. 17, la llegada a Jerusalén es presentada como un hecho posterior a la llegada a casa de Mnasón. Por esto Calvino, Theod. de Beza y otros traducen: "Algunos discípulos vinieron también de Cesárea con nosotros, *trayendo* consigo cierto Mnasón." Ese discípulo, que habitaba Jerusalén, se habría encontrado pues entonces en Cesárea, y se habría convenido con él que daría alojamiento a los viajeros. El texto occidental (*D,* vers. sir.) presenta aquí una adición interesante, que da nuevo sentido a este pasaje obscuro: "Estos nos llevaron a aquellos en cuya casa posaríamos; y habiendo llegado a cierta aldea, fuimos a casa de Mnasón, chipriota, antiguo discípulo. Y saliendo de allí, llegamos a Jerusalén, donde los hermanos nos recibieron con gozo." Según este texto, Mnasón habría habitado una aldea entre Cesárea y Jerusalén, que sirvió de etapa a la caravana. Aún con el texto de los



17 Y habiendo llegado nosotros a Jerusalén con gozo nos reci-
18 bieron los hermanos [14]. Y al día siguiente entró Pablo con nosotros
19 hacia Jacobo, y vinieron todos los ancianos [15]. Y habiéndolos salu-
dado refería una por una cada una de las cosas que había hecho
20 Dios entre los gentiles por medio de su ministerio. Y ellos, ha-
biendo oído glorificaban a Dios [16] y le dijeron: Ves, hermano, cuán-
tas miríadas hay entre los judíos de los que han creído, y todos
21 son celosos por la ley [17]; y han sido informados sobre ti que ense-
ñas a apostatar de Moisés a los judíos todos que hay por los gen-
tiles, diciendo que no circunciden los hijos ni anden según las
22 costumbres [18]. ¿Qué hay pues? Sin duda es necesario que se reúna
una muchedumbre, pues oirán que has llegado [19].
23 Haz pues esto que te decimos: Tenemos cuatro varones que
24 tienen voto sobre sí mismos; habiendo tomado a éstos contigo pu-

principales manuscritos, esta explicación nos parece la más natural.

14. Estos *hermanos* eran miembros de la iglesia de Jerusalén, parientes y amigos particulares de Pablo, que con solicitud le *recibieron;* sólo al día siguiente vió a los ancianos (v. 18.) Pero Lucas se complace en notar esta buena recepción que debió consolar y animar a Pablo y sus amigos.

15. Véase sobre *Jacobo,* 12:17, 2a. nota; 15:13. Se ve por este texto que los apóstoles no estaban en Jerusalén, puesto que los ancianos solos se hallaron en esa reunión en casa de Jacobo.

16. Los cristianos de la metrópoli judía, Jacobo a su frente, sabían pues regocijarse y *glorificar a Dios* de los progresos del evangelio *entre los paganos, por el ministerio* (gr. *servicio*) de Pablo. Este hecho arroja una luz favorable sobre la proposición que van a hacerle y que a menudo ha sido mal comprendida.

17. La palabra *miríada,* literalmente *diez mil,* parece una hipérbole, pero Jacobo pensaba no solamente en los judíos convertidos de Judea, sino en los millares que se hallaban entonces en Jerusalén para la fiesta de pentecostés. Por lo demás en el lenguaje ordinario este término era empleado para decir *una gran multitud.* (Luc. 12:1.) Todos esos judíos, nacidos en Judea, eran *celosos por la ley* (Gál. 1:14) y practicaban aún sus ritos con devoción. Esta circunstancia motiva la proposición de Jacobo al apóstol Pablo.

18. Las *costumbres* judías eran las ordenanzas de la ley (6:14) o las reglas establecidas por la tradición. Jacobo formulando esta acusación contra el apóstol, no expresa su propio sentimiento, sino el de los cristianos judaizantes: *han sido informados sobre ti que enseñas a todos los judíos dispersos entre los paganos* (gr.) *la apostasía* respecto *de Moisés diciéndoles que no circunciden sus hijos* ni observen las demás *costumbres* religiosas. Véase, sobre el valor de estas acusaciones, v. 24 nota.

19. La *multitud* de los creyentes *se reunirá,* no por una convocación oficial (Calvino), mucho menos aún de manera tumultuosa, sino por el motivo indicado en estas palabras: *sabrán que has llegado. B, C,* algunas *mnúsc.* y la mayor parte de las versiones tienen este texto abreviado que es adoptado por Westcott y Hort, Weiss, Nestle: *¿Qué hay pues? Seguramente oirán que has llegado.*

rifícate con ellos y gasta por ellos para que rapen su cabeza, y
sabrán todos que de lo que han sido informados sobre ti nada hay,
25 sino que andas tú también guardando la ley [20]. Que sobre los gen-
tiles que han creído nosotros hemos escrito, habiendo resuelto que
nada de tales cosas guarden sino que se guarden tanto de lo sacri-
ficado a ídolos como de sangre y de animal ahogado y de forni-

20. *Cuatro* miembros de la iglesia habían hecho voto de nazareos (Núm. 6), que duraba treinta días; ese tiempo tocaba a su término (v. 27); debían ofrecer un sacrificio en el templo y hacerse cortar los cabellos; se los dejaba crecer mientras duraba el voto. (Núm. 6:12-21.) Pablo, según el consejo de los ancianos, debía pues juntarse a esos hombres, purificarse con ellos y, como parece que eran pobres, *pagar* su parte del sacrificio común lo que era considerado por los judíos como una obra de piedad. De este modo caerán los falsos rumores divulgados contra él, y *todos conocerán* que él mismo no tenía escrúpulo alguno en observar una ceremonia judía. ¿Cómo debemos apreciar este consejo dado a Pablo? Si la idea desfavorable que los cristianos judaizantes se hacían de su ministerio hubiera sido justificada, si el apóstol realmente hubiera consagrado sus esfuerzos a apartar los judíos de la ley de Moisés, persuadiéndoles que estaba abolida (v. 21), el acto con que habría afirmado su respeto por esa misma ley habría sido manchado de hipocresía. Pero la posición que Pablo tomaba respecto de la ley no era de ningún modo la que sus adversarios le atribuían. Eximía a los paganos de observar la ley, porque estimaba que estaban plenamente salvados abrazando por la fe la obra que Cristo había realizado por ellos y quería realizar en ellos. En cuanto a los judíos, les dejaba entera libertad de conformarse a los mandamientos de la ley, con tal que no viesen en ello el medio de su salvación; aun les exhortaba a quedar en la condición en que se hallaban cuando habían sido llamados (1 Cor. 7:18-20); prescribía a todos los miembros de las iglesias en sus relaciones con "los débiles" que consideraban las ordenanzas legales como sagradas, que observaran los mayores miramientos y se sometieran a todos los renunciamientos dictados por la caridad (Rom. 14:1 y sig.; 1 Cor. 8:1 y sig.; 10:23 y sig.). El mismo había hecho circuncidar a Timoteo por condescendencia con los judíos (16:3) y, en su propia vida espiritual, no temía recurrir a los votos practicados por los judíos (18:18); para su edificación personal, quería ir a celebrar en Jerusalén una de las grandes fiestas israelitas. (18:21.) Siendo tal la actitud real del apóstol respecto de las instituciones mosaicas. ¿Cómo disipar las injustas prevenciones que habían concebido a su respecto los cristianos judaizantes? Explicaciones verbales no habrían sido suficientes; podían empeñar discusiones que más valía evitar. Un acto público, atestando de modo irrecusable el respeto de Pablo por la ley, debía alcanzar, parecía, el fin deseado, más pronta y seguramente. Los ancianos podían aconsejar al apóstol realizar tal acto, puesto que éste estaba de acuerdo con su habitual modo de obrar y no atacaba en ningún modo el principio de la salvación gratuita y de la libertad de los paganos respecto de la ley. (v. 25, nota.) La proposición hecha a Pablo no era pues en nada contraria a la verdad. Sin embargo era dictada



26 cación [21]. Entonces Pablo, habiendo tomado consigo a los varones,
al día siguiente habiéndose purificado con ellos entró en el templo
publicando la terminación de los días de la purificación, hasta que
fué ofrecida por cada uno de ellos la ofrenda [22].
27 Y como estaban los siete días a punto de concluir, los judíos
de Asia [23], habiéndole visto en el templo tumultuaban toda la mul-

quizá por la prudencia humana más que por la sabiduría de lo alto. De hecho, tuvo por resultado el motín que costó al apóstol largos años de cautividad, después de estar a punto de costarle la vida.

21. El objeto de estas últimas palabras es tranquilizar a Pablo sobre las consecuencias del acto que se le proponía: no debes tener ningún escrúpulo *en cuanto a los gentiles que han creído*, objeto especial de tu apostolado: quedan completamente libres, según lo hemos decidido juntos y *les hemos escrito.* (15:23 y sig.) Así era protegido el principio del apostolado de Pablo, que anunciaba la salvación por gracia por la fe. Hemos traducido siguiendo el texto recibido, que se funda en *C, D, mayúsc.*, vers. y Padres, y que presenta el sentido más satisfactorio. *D* tiene, además, esta ampliación: En cuanto a los paganos hechos creyentes, *nada tienen que decir en tu contra.* La mayor parte de los editores modernos adoptan el texto de *Sin., B, A*: *Les hemos escrito* (o *enviado a decir, B*), *habiendo decidido que se guarden...* Con este texto abreviado, no se comprende por qué el decreto de Jerusalén es recordado aquí; y los críticos en vano denuncian este versículo como una interpolación torpe que el autor de los Actos se habría permitido hacer en la obra que utilizaba.

22. Pablo se juntó pues con esos cuatro varones, se *purificó* o se santificó por los ritos en uso para cumplir un voto; luego se trasladó con ellos al templo e hizo saber (*publicó*) a los sacerdotes dentro de cuántos *días terminaría* la purificación impuesta por el voto (gr. *el cumplimiento de los días de la purificación*). *E hizo así* (estas palabras no están en el texto), entró cada día en el templo, según otros se estableció allí, *hasta que la ofrenda hubo sido presentada por cada uno de ellos.* (Núm. 6:13,14.) Otros estiman que estas últimas palabras determinan el substantivo *cumplimiento de los días*, y traducen: "anunciando en qué día la purificación terminaría y la ofrenda sería presentada por cada uno de ellos." El tiempo determinado para un voto era de treinta días; los cuatro varones no tenían más que *siete días* que pasar para llegar a ese *término*. (v. 27, nota.) La costumbre permitía entonces a un israelita asociarse a su voto por el tiempo que faltaba. Pablo aprovechó de ello. Podía obrar así con toda buena conciencia (Comp. v. 24, nota), porque, sin atribuir ningún carácter meritorio a este acto religioso, no tenía en vista sino la paz a conservar entre las dos partes de la iglesia, una de las cuales había salido del judaísmo, la otra del paganismo. En esta ocasión, como siempre, fué "con los judíos como judío, con los que estaban bajo la ley como bajo la ley, débil con los débiles, para salvar algunos de todas maneras." (1 Cor. 9:19-22.) Obrando así, observaba la ley (v. 24) del modo más excelente, practicando la caridad, que es el cumplimiento de la ley. (Rom. 13:10.)

23. *Los siete días*, con el artículo, designan un período determinado y bien conocido, probablemente el tiem-

28 titud, y le echaron mano clamando: ¡Varones israelitas, ayudad!
Este es el hombre que contra el pueblo y la ley y este lugar a todos
por todas partes enseña, y aun hasta griegos ha introducido en el
29 templo y ha contaminado este santo lugar. Habían antes, en efecto,
visto a Trófimo el efesio en la ciudad con él, al que pensaban que
30 en el templo había introducido Pablo [24]. Y fué conmovida la ciu-
dad entera y se produjo un agolpamiento del pueblo, y habiendo
echado mano de Pablo le arrastraban fuera del templo, y luego
31 fueron cerradas las puertas [25]. Y procurando matarle llegó aviso
al tribuno de la cohorte de que Jerusalén entera estaba tumultua-
32 da; quien al instante habiendo tomado consigo soldados y centu-
riones descendió corriendo hacia ellos; y ellos, viendo al tribuno y
33 los soldados cesaron de herir a Pablo [26]. Entonces, habiéndose acer-

po que debía transcurrir entre el momento en que el término del voto de nazareos era anunciado en el templo (v. 26), y aquel en que los cabellos eran cortados (Meyer, Weiss), después que se habían ofrecido los sacrificios de costumbre. (Núm. 6:13, 14.) Blass piensa que los *siete días* son contados simplemente desde la llegada de Pablo a Jerusalén; pero debe cercenar el artículo, lo que es contrario a la mayor parte de los documentos. *Los siete días se cumplían,* cuando *los judíos de Asia,* que habían sido testigos de los trabajos y de los triunfos de Pablo en esa provincia, y que, quedando incrédulos, le aborrecían, suscitaron contra él un tumulto.

24. Cada rasgo de esta escena denota el ardiente fanatismo de esos judíos. (Véase principalmente v. 31,) La exageración de su acusación contra el apóstol, la falsedad de su alegación respecto de Trófimo, todo muestra la ceguedad del odio. *Trófimo de Efeso* había acompañado a Pablo, de Corinto hasta Asia y Jerusalén. (20:4, nota.) Los judíos que habían hallado al apóstol en el atrio, donde sólo los judíos podían entrar, se imaginan que había introducido en él este discípulo pagano de nacimiento, y gritan que ha *¡introducido griegos* al templo y *profanado el santo lugar!* Todo ello porque habían visto a ese amigo de Pablo *¡en la ciudad!* Josefo refiere (*Guerra de los Judíos,* v. 5,2) que había en la puerta del atrio de los israelitas, carteles prohibiendo la entrada a los extranjeros bajo pena de muerte. Se ha hallado en Jerusalén una de esas inscripciones provenientes del templo de Herodes y redactada en lengua griega.

25. Gr. *Hubo agolpamiento del pueblo. Arrastraron* a Pablo *afuera del templo,* porque decididos a matarle, no querían contaminar con su sangre el santuario. Luego *de inmediato las puertas* de éste *fueron cerradas,* no por esos fanáticos, sino por la policía del templo, a fin de que toda nueva profanación fuera impedida.

26. Así pues ya *le herían,* a fin de *matarle.* No fué salvado más que por el *tribuno de la cohorte* romana, de guarnición en la fortaleza Antonia, situada en el ángulo noroeste de la meseta del templo. Este oficial superior (gr. *comandante de mil hombres*), Claudio Lisias (23:26), sabiendo que acababa de producirse un tumulto, se apresura a acudir con *centuriones* (capitanes) y *soldados.* Su llegada impidió el cumplimiento de los designios criminales de esos judíos furiosos.



cado el tribuno echó mano de él y mandó que fuera atado con dos
34 cadenas, y preguntaba quién fuera y qué había hecho. Y unos cla-
maban una cosa, otros otra en la multitud; y no pudiendo él cono-
cer lo cierto por causa del alboroto, mandó que fuera llevado a la
35 fortaleza [27]. Y cuando llegó sobre las gradas, sucedió que fué lle-
vado por los soldados por causa de la violencia de la multitud;
36 pues seguía la muchedumbre del pueblo, clamando: ¡Quítale [28]!

E. 37-22:21. Discurso de Pablo al Pueblo. — 1º *Pablo autorizado a hablar al pueblo.* En el momento de entrar en la fortaleza, ruega al tribuno que le permita una pregunta. Éste, sorprendido de oírle expresarse en griego, le pregunta si no es un egipcio, jefe de sicarios. Pablo se declara ciudadano de Tarso y pide autorización para dirigirse a la multitud. Habiéndola obtenido, habla en lengua hebrea, de pie sobre las gradas de la fortaleza, en medio de gran silencio (37-40). — 2º *El discurso del apóstol.* Empieza con afecto y respeto, llamando a sus oyentes "hermanos y padres". El silencio se hace aun más profundo cuando oyen a Pablo expresarse en hebreo (1,2): a) *Su vida en el judaísmo.* Nacido en Tarso, ha sido educado en Jerusalén e instruído a los pies de Gamaliel en todo el rigor de la ley. Celoso por Dios, tanto como sus oyentes, ha perseguido a muerte la secta; el sumo sacerdote y el sanedrín son de ello testigos, pues le han dado mandamiento para los judíos de Damasco a fin de traer presos a los cristianos que hallara allí (3-5). b) *Su conversión.* Se acercaba a Damasco, cuando una luz del cielo brilló en su derredor. La voz de Jesús de Nazaret se hizo oír de su perseguidor. Conducido a Damasco ciego, recibió la visita de Ananías, varón fiel a la ley y estimado de todos los judíos, quien le anunció que Dios le había revelado su voluntad y le había hecho conocer al Justo al cual debía servir de testigo delante de todos los hombres; luego Ananías le administró el bautismo (6-16) c) *La misión que recibió del Señor.* De regreso a Jerusalén y orando en el templo, cayó en éxtasis. El Señor le ordenó dejar a Jerusalén, donde su testimonio no sería recibido. Pablo objetó el conocimiento que todos los habitantes de Jerusalén tenían de su celo perseguidor contra los cristianos. Pero el Señor le declaró que le enviaría lejos hacia los gentiles (17-21).

37 Y estando a punto de ser introducido en la fortaleza dice Pa-

27. El tribuno hizo *atar a Pablo con dos cadenas,* porque no dudaba que fuera culpable de algún crimen. Se informó prudentemente de su persona y de lo *que había hecho;* pero no pudiendo entender nada *en medio de la multitud,* donde se elevaban *gritos* diversos, le hizo *llevar a la fortaleza.*

28. La *multitud,* contenida un momento por la llegada de los soldados, redobló entonces su *violencia,* viendo que su víctima iba a escapársele. *Gradas* de piedra conducían a la fortaleza (Josefo, *Guerra de los Judíos,* V, 5,8); allí la *multitud* hizo una nueva tentativa para apoderarse de Pablo, gritando: *¡quítale!* es decir: *¡mátale!* (Comp. 22:22 y Juan 19: 15.) Fué necesario pues que los soldados, más humanos que esos fanáticos, le *llevasen* para arrancarlo de sus manos. El discípulo fué tratado por su pueblo como lo había sido su Maestro.

blo al tribuno: ¿Me es lícito decirte algo? Y él dijo: ¿Conoces
38 griego? ¿No eres tú pues el egipcio que antes de estos días tras-
tornó y llevó fuera al desierto los cuatro mil varones de los ase-
39 sinos [29]? Mas dijo Pablo: Yo, sí, hombre soy judío, de Tarso, de
una ciudad no insignificante de Cilicia ciudadano [30]; mas te supli-
40 co, permíteme hablar al pueblo. Y habiéndolo permitido, Pablo,
estando en pie sobre las gradas hizo señal con la mano al pueblo; y
habiéndose producido grande silencio dirigió la palabra en lengua
hebrea diciendo [31]:

XXII Varones hermanos y padres, oíd mi presente defensa para con
2 vosotros [1]. Y habiendo oído que en lengua hebrea les dirigía la pa-
3 labra más silencio hicieron [2]. Y dice: Yo soy varón judío, nacido

29. El apóstol pide al oficial romano el *permiso de decirle algo*. Quizá quiere la autorización de hablar al pueblo. Se sirve de la lengua griega que comprendían entonces todos los romanos cultos. Pero el tribuno se extraña de que Pablo supiera esa lengua, porque sospechaba que era un falso profeta *egipcio*, probablemente un judío que había habitado Egipto, y que, algún tiempo antes, había amotinado gran número de rebeldes y había conducido a millares *al desierto* de donde quería conducirlos contra Jerusalén, prometiéndoles que llegados al monte de los Olivos verían caer los muros de esa ciudad, se apoderarían de ella y sacudirían el yugo de la autoridad romana. Estos hechos son referidos por Josefo (*Guerra de los Judíos*, II,13,5; *Antigüedades*, XX,8,6); quien añade que esa tropa fué dispersada por el procurador Félix, que la mayor parte de los rebeldes fué matada y que su jefe escapó por la fuga. El tribuno llama a esos rebeldes *sicarios*, es decir hombres del puñal; es el nombre que se daba a esos fanáticos judíos que, uniéndose a los más violentos de los zeladores fariseos, recorrían el país, siempre prestos a fomentar todas las sediciones.

30. Esta respuesta de Pablo decía a la vez que no era el rebelde egipcio y cómo sabía el griego. Habla con cierta satisfacción de su ciudad de *Tarso*, que no sólo *no era insignificante*, sino que era entonces una de las primeras ciudades del imperio. 9:11, nota; 22:3.)

31. La multitud, por agitada que estuviera, viendo que el tribuno permitía a su prisionero hablar, no pudo más que guardar *silencio;* Pablo, al mismo tiempo, hizo *señal con la mano* de que quería hablar. En el fondo, en esa multitud inconstante, no había más que los instigadores del alboroto (v. 27) que estuvieran realmente irritados contra el apóstol. Aprovechando de la autorización del tribuno y del silencio que se había producido, el apóstol empezó el discurso que sigue *en lengua hebrea*, es decir en arameo, lengua nacional, que había de agradar a su auditorio. (22:2).

1. *Escuchad mi presente apología ante vosotros.* Pablo no pronuncia estas palabras sino después de haberse dirigido con respeto y afecto a esa multitud que acababa de maltratarle y atentaba contra su vida. Esos judíos eran aún sus *hermanos*: y como veía entre ellos, sin duda, ancianos o miembros del sanedrín, los honra con el título de *padres*.

2. *Aún más silencio*, tal fué el efecto de la *lengua hebrea* (Comp. 21:40, nota), cara al corazón de ese



en Tarso de Cilicia, mas criado en esta ciudad, a los pies de Gama-
liel instruído según la exactitud de la ley de los padres, siendo ce-
4 loso por Dios conforme todos vosotros sois hoy [3]; que este camino
persegui hasta la muerte, atando y entregando en las cárceles tan-
5 to varones como mujeres, como aun el sumo sacerdote me da tes-
timonio y todo el cuerpo de ancianos; de cuya parte aún habiendo
recibido cartas para los hermanos a Damasco iba, para traer tam-
bién a los que allí estaban presos a Jerusalén para que fueran
castigados [4].
6 Y me aconteció yendo y acercándome a Damasco como a me-
diodía, de repente, procedente del cielo, resplandecer grande luz
7 en mi derredor; y caí al suelo y oí una voz que me decía: Saulo,
8 Saulo, ¿por qué me persigues? Y yo respondí: ¿Quién eres, Señor?
9 Y díjome: Yo soy Jesús el nazareno, a quien tú persigues. Y los
que conmigo estaban la luz, sí, vieron, mas la voz no oyeron del
10 que me hablaba. Y dije: ¿Qué haré, Señor? Y el Señor me dijo:
Habiéndote levantado vé a Damasco, y allí se te hablará sobre to-
11 do lo que te está ordenado hacer. Y como no veía por el esplendor
de la luz aquélla, guiado por la mano por los que estaban conmigo
12 llegué a Damasco [5]. Y cierto Ananías, varón piadoso según la ley [6],

pueblo; se sorprende de oírla de boca de un hombre que le ha sido representado como enemigo de las tradiciones de sus antepasados.

3. Cada palabra de esta entrada en materia era apropiada para apaciguar a los judíos: *nacido en Tarso, de Cilicia* (9:11,30, nota; 21:39), *pero criado en esta ciudad* de Jerusalén, *instruído de la ley de los padres* (gr.) *según la exactitud*, es decir a seguir escrupulosamente la ley que nos han trasmitido nuestros padres, y eso por el maestro más venerado de nuestras escuelas, *Gamaliel* (5:34, nota); además, *lleno de celo por Dios* (gr. *zelador de Dios;* Comp. Gál. 1:14.) Blass conecta las palabras: *de la ley de los padres* con *siendo celoso*, y considera las palabras: *de Dios* una interpolación. El apóstol puede, sin caer en la adulación, agregar: *como todos vosotros lo sois hoy;* en efecto, él sabe que en el fondo del fanatismo de sus oyentes hay un celo sincero, aunque ciego, por la religión de los padres (Rom. 10:2.) Esta expresión: *a los pies de Gamaliel*, se explica por el hecho de que en las escuelas judías los mancebos estaban en tierra alrededor de su maestro sentado en un asiento elevado.

4. Véase, sobre estos hechos, 8:3; 9:2. *Esta secta o doctrina*, Gr. *este camino.* (Comp. 18:25, nota. *Cartas para los hermanos*, es decir para los judíos de Damasco (9:2), no para los cristianos de esa ciudad, lo que sería un contrasentido.

5. Véase, sobre el relato de la conversión de Pablo, 9:3-9, notas. Señala aquí el momento en que resplandeció la luz: *hacia mediodía.* (v. 6; Comp. 26:13.) En el v. 9, el texto recibido tiene: Los que estaban conmigo vieron en verdad la luz *y fueron sobrecogidos de temor;* las palabras en bastardilla se leen en *D*, *mayúsc.* recientes, versiones. Blass las admite en el texto occidental. El mismo versículo presenta una diferencia con 9:7; véase la nota. El joven fariseo,

13 que tenía buen testimonio de todos los moradores judíos, habiendo
venido hacia mí y estando presente me dijo: Saulo hermano, reco-
bra la vista. Y yo en el mismo momento recobré la vista levantando
14 los ojos a él [7]. Y él dijo: El Dios de nuestros padres te ha determi-
nado para conocer su voluntad y ver al justo y oír voz procedente
15 de su boca, porque serásle testigo para con todos los hombres de
16 lo que has visto y oído [8]. Y ahora, ¿por qué demoras? Levantándote
bautízate y lava tus pecados habiendo invocado su nombre [9].
17 Y me aconteció habiendo vuelto a Jerusalén, y orando yo en
18 el templo, caer yo en éxtasis [10], y verle diciéndome: Apresúrate y
sal pronto de Jerusalén, porque no aceptarán tu testimonio sobre
19 mí. Y yo dije: Señor, ellos mismos saben que yo estaba encarcelan-
20 do y azotando por las sinagogas a los que creían en ti; y cuando
era derramada la sangre de Esteban tu testigo, también yo mismo
estaba presente y aprobando y guardando los vestidos de los que
21 lo mataban [11]. Y me dijo: Vé, porque yo a naciones lejanas te
enviaré [12].

herido en su orgullo, se rinde a uno más fuerte que él exclamando: *Señor, ¿qué haré?* (v. 10.) Lo que deberá hacer le será dicho *en Damasco* y aun está ya *ordenado* por el Maestro que le aparece.

6. Véase, sobre *Ananías* y su misión ante Pablo, 9:10 y sig., notas. *Piadoso según la ley,* podía el apóstol decir con toda verdad, pues Ananías, aunque cristiano, observaba cuidadosamente la ley, como todos los judíos convertidos de esa época.

7. El verbo griego que aparece dos veces en este pasaje (v. 13) significa al mismo tiempo *levanta los ojos* (Mar. 6:41), *y recobra la vista.* (9:17,18; Mat. 11:5). La segunda vez, reúne ambos sentidos: *levanté los ojos sobre él y recobré la vista.* Nuestra versión procura dar este doble sentido, pero hay que notar que no hay, en griego, más que un solo verbo.

8. Toda la vocación del apóstol está contenida en estas palabras, que Ananías le repite después de haberlas oído él mismo de boca del Señor. (Act. 9:15.) *Ver al Justo* (Comp. 3:14;7:52); Pablo acababa de *verle, de oír palabras* (gr. *voz*) *de su boca* (Comp. v. 18); ahora *será su testigo delante de todos los hombres.* Para esto ha sido *destinado* de antemano. (26:16; Gál. 1:15.)

9. *Su nombre* (*Sin., D, A,* vers.); el texto recibido tiene: *el nombre del Señor.* Se trata del Señor Jesús: la invocación de su nombre es enseñada por todas partes en el nuevo testamento. (9:14,21; 1 Cor. 1:2.) *Invocar este nombre* es todo lo que se exigía del que *se hacía bautizar.* El efecto del bautismo de los creyentes es expresado aquí por estas palabras enérgicas: *lavar de sus pecados.* (Tito 3:5.)

10. Este viaje *a Jerusalén* es el del cap. 9:26, donde la visión de que habla el apóstol no es referida. Sobre el estado de *éxtasis,* véase 10:10, nota.

11. El Señor, apareciendo a Pablo en visión, le ordena que *salga de Jerusalén,* porque en esa ciudad el *testimonio* que él querría darle no sería *recibido.* A eso el apóstol objeta que los habitantes de Jerusalén *sabían* muy bien todos los males que él había infligido a los cristianos desde el día



F. 22-29. PABLO AMENAZADO CON LA INQUISICIÓN POR EL AZOTE, SE DECLARA CIUDADANO ROMANO. — 1º *Nuevo tumulto. Pablo llevado dentro de la fortaleza.* Cuando los judíos oyen la orden que Pablo dice haber recibido de ir hacia los gentiles, le interrumpen con gritos de muerte. Ante la explosión de su rabia, el tribuno ordena hacerle entrar en la fortaleza y someterle a interrogatorio para conocer la causa de la ira de aquéllos contra él (22-24). —2º *Pablo invoca su calidad de ciudadano romano.* En el momento de recibir la flagelación, Pablo pregunta si es lícito infligir ese suplicio, sin juicio previo, a un ciudadano romano. El centurión lo comunica al tribuno. Éste va a interrogar a Pablo. Se extraña de hallarle en posesión de ese derecho que él mismo ha debido pagar muy caro. Pablo declara tenerlo de nacimiento. Los ejecutores se apartan inmediatamente; el tribuno se inquieta aun de haberlo hecho encadenar (25-29).

22 Y le oyeron hasta esta palabra, y levantaron su voz diciendo:
23 ¡Quita al tal de la tierra, pues no convenía que viviera [13]! Y cla-
24 mando ellos y arrojando los vestidos y echando polvo al aire, man-
dó el tribuno que fuera introducido en la fortaleza, habiendo dicho
que con azotes fuera examinado, para saber por qué causa clama-
25 ban así contra él [14]. Mas como le hubieron extendido ante las co-
rreas, dijo Pablo al centurión que estaba: ¿A un hombre romano
26 y sin ser condenado es lícito azotar [15]? Y habiendo oído el centu-

en que fué *derramada la sangre de Esteban, tu mártir, tu testigo;* luego, parece querer inferir, verán tanto mejor la sinceridad de mi conversión y esto los dispondrá a recibir mi testimonio. Con ardiente amor por su pueblo habla Pablo así; habría querido trabajar en su conversión. Y esperaba quizá que esa adhesión podría hacer impresión en sus actuales oyentes. Mas ¡ay!... (v. 22.)

12. Pablo no tenía pues más que obedecer. *Hacia los paganos,* tal debía ser su vocación. (13:2;26:18; Gál. 1:16.) Pero esto fué también lo que encendió la ciega ira de sus oyentes. Le interrumpieron e impidieron anunciarles las compasiones de Dios y contarles lo que el Señor había hecho por su ministerio en medio de esos paganos, objeto del odio de ellos.

13. *Hasta esta palabra,* la del Señor Jesús mismo, que Pablo acababa de citar. (v. 21.) El orgullo teocrático y el odio sectario contra los paganos no podían soportar la idea de que estos últimos participaran de las bendiciones del reino de Dios.

14. Algunos exégetas piensan que los judíos se disponían a apedrear a Pablo. Es así como comprenden esa acción de *arrojar sus vestidos* exteriores (sus mantos) y *lanzar polvo al aire,* a falta de piedras, contra el prisionero. Otros objetan que la multitud no podía tener entonces tal idea, puesto que Pablo estaba en poder de los soldados romanos; que ella manifestaba tan sólo su furor con esos gestos desordenados. Concluyendo de toda esa ira que su prisionero debía haber cometido algún crimen, el *tribuno,* que no había comprendido el discurso de Pablo, pronunciado en arameo, *ordenó que fuera conducido* al interior de *la fortaleza.* Su propósito era primeramente ponerle en seguridad, pero luego prescribió el empleo de la tortura *por el azote,* a fin de hacerle confesar la verdad.

15. *Como le extendían ante las correas; Sin., B* tienen: *Cuando le hu-*

rión, allegándose al tribuno anunció diciendo: ¿Qué estás a punto
27 de hacer? pues el hombre éste romano es [16]. Y habiéndose allegado
28 el tribuno díjole: Dime, ¿tú eres romano? Y él dijo: Sí. Y respondió el tribuno: Yo por grande suma la ciudadanía ésta adquirí.
29 Y Pablo dijo: Mas yo aun nacido soy [17]. Luego, pues, se apartaron de él los que estaban a punto de examinarle, y el tribuno también temió habiendo reconocido que romano era y que lo había atado [18].

*bieron extendido.* La palabra *correas* significa al mismo tiempo las que se usaban para *atar*, y las *lonjas* que formaban el *azote* para *azotar*; por esto varios intérpretes traducen: *Como le hubieron extendido* sobre una viga atándole *con* correas. En el momento en que el suplicio iba a comenzar, Pablo se vale de su derecho de *ciudadano romano.* (Comp. 16:37, nota).

16. El texto recibido dice (v. 26): *¡Ten cuidado de lo que vas a hacer!* Nosotros damos el texto de *Sin., B, A, C,* vers.

17. Al saber que su prisionero es ciudadano romano, el tribuno se apresura a ir a él y asegurarse de ello. Ante la respuesta afirmativa de Pablo, se extraña de que ese extranjero de Tarso, de pobre aspecto, posea esa ciudadanía, y hace observar que él mismo la ha comprado muy cara. A este respecto, Pablo tenía sobre él una ventaja, pues puede responder con cierto orgullo: *Mas yo hasta soy nacido* (romano). Se sabe por Dion Cassio que la esposa del emperador Claudio vendió abusivamente el derecho de ciudadano romano. Es probable que nuestro tribuno adquiriera el suyo por este camino. Tomó, en efecto, el nombre de Claudio (23:26), porque se hizo romano entrando en la "gens Claudio". En cuanto a los padres de Pablo, quizá se hayan hecho ciudadanos romanos a consecuencia de la guerra civil entre Bruto y Cassio por una parte, Octavio y Antonio por la otra. Tarso había tomado el partido de estos últimos. Cassio, para castigarla, vendió como esclavos a gran número de sus habitantes. Pero los que llegaron a Roma fueron libertados después de la victoria de Octavio. (Appiano, *Bell, civ.* IV, 64; V, 17.) Es probable que con la libertad, muchos obtuvieran el título de ciudadanos romanos. Entre ellos debían hallarse judíos. En todo caso, sabemos por Josefo (*Antig.* XIV,10,13,14,17) que, en diversas ciudades de Asia Menor, residían judíos que disfrutaban del derecho de ciudadanos romanos.

18. En general, la ley prohibía aun *atar* un ciudadano romano. Esta observación parece en contradicción con el hecho de que el comandante no quitó las ligaduras de su prisionero hasta el día siguiente (v. 30), y que al otro día, Pablo las llevaba aún. (Véase 23:18, donde la palabra traducida por *prisionero* significa *atado.*) Varios intérpretes suponen que el oficial sentía temor, no por haber simplemente atado a su prisionero, sino porque lo había hecho atar *para azotarlo.* Pero eso es sobrentender lo esencial. Por esto Meyer piensa que el oficial romano, bien que temiendo realmente por haber atado a Pablo, le dejó encadenado para no desdecirse. Con la redacción occidental la dificultad no existe, pues agrega: *e inmediatamente le desató.* Luego en el v. 30, se lee: *...queriendo saber, ...mandó que...* las palabras: *le desató, y...* son cercenadas.

19. Hasta aquí este jefe militar se había hallado en presencia de una multitud furiosa, de la que nada había podido saber sobre su prisionero. Resuelve pues sabiamente convocar a todos los personajes oficiales del pueblo, *los principales sacerdotes y todo el sanedrín;* luego, habiendo hecho desatar al acusado, le *hace descender*, de la fortaleza Antonia a la sala del sanedrín que estaba muy cerca, y le presenta a la asamblea. Estaba convencido de que de esa solemne audiencia, brotaría para él luz. ¡Se equivocaba! Cuando se dice que *le hizo desatar*, se puede suponer que se trata de una liberación momentánea, para la sesión del sanedrín. (23:1-10.) Otros, basándose en la observación del v. 29, han emitido la hipótesis de que el tribuno hizo quitar solamente la pesada cadena que el apóstol tenía en su pie. Pablo habría conservado, durante el resto de su cautividad, la cadena más ligera que ataba su brazo al del soldado encargado de guardarle. (23:18;24:27;26:29;28:16.)



G. 22:30 a 23:11. COMPARICIÓN DE PABLO ANTE EL SANEDRÍN. — 1º *Pablo comparece ante el sanedrín.* El día siguiente, el tribuno, para conocer exactamente las acusaciones hechas contra Pablo, hace reunir el sanedrín en pleno y conduce ante él a Pablo, libre de cadenas. Este, mirando de frente al sanedrín, declara que se ha conducido siempre con buena conciencia delante de Dios (30,1). — 2º *Pablo y Ananías.* El sumo sacerdote ordena a los presentes que abofeteen a Pablo en la boca. Pablo replica que Dios herirá a Ananías a causa de su hipocresía. Los presentes le hacen observar que está ultrajando al gran sacerdote de Dios. Pablo declara que no sabía que fuera el gran sacerdote (2-5). — 3º *Pablo se declara fariseo.* Sabiendo que la asamblea estaba compuesta en parte de saduceos, en parte de fariseos, exclama que es fariseo y que es puesto en causa por la esperanza de la resurrección, doctrina rechazada por los saduceos, con la de los ángeles y los espíritus, profesada por los fariseos. Una discusión resulta entre ambos partidos. Algunos escribas proclaman a Pablo inocente y emiten la hipótesis de que ha recibido una revelación (6-9). — 4º *Pablo puesto en seguridad por el tribuno y alentado por el Señor.* Creciendo el tumulto, el tribuno, temiendo por la vida de Pablo, le hace sacar del sanedrín por los soldados y volver a conducirle a la ciudadela. La noche siguiente, el Señor aparece a Pablo y le dice que tenga buen ánimo, pues debe ser en Roma, lo mismo que en Jerusalén, testigo del evangelio (10,11).

30 Y al día siguiente, queriendo conocer lo cierto, el por qué era acusado por los judíos, le desató, y mandó se reunieran los principales sacerdotes y todo el sanedrín, y habiendo traído abajo a Pablo le puso entre ellos [19].

XXIII Y habiendo mirado Pablo fijamente al sanedrín dijo: Varones hermanos, yo con toda buena conciencia me he conducido
2 para con Dios hasta este día [1]... Mas el sumo sacerdote Ananías

1. Pablo se encuentra por primera vez delante del sanedrín, donde habían comparecido su Maestro y más tarde los demás apóstoles. Pasea por esa asamblea una *mirada* firme y sin temor, atestando su *buena conciencia.*

3 ordenó a los que estaban con él herir su boca [2]. Entonces Pablo a
él dijo: Herirte ha Dios, pared blanqueada; también tú estás sen-
tado juzgándome según la ley, y quebrantando la ley mandas que
4 sea yo herido [3]? Y los que allí estaban dijeron: ¿Al sumo sacer-

(1 Tim. 1:5,19; Hebr. 13:18; 1 Pedro 3:16.) *Delante de Dios,* o a su servicio, *se ha conducido* siguiendo siempre las inspiraciones de esa buena conciencia. (24:16.) El verbo que traducimos por *conducirse* designa ordinariamente la conducta de un *ciudadano* en el Estado o la ciudad. Pablo la aplica a la actividad que ha desplegado como apóstol en la ciudad de Dios, que es la iglesia. (Comp. Fil. 1:27.) Por esta entrada en materia, refutaba ya las falsas acusaciones presentadas contra él (21:28), y le hubiera sido fácil demostrar su falsedad si no hubiera sido bruscamente interrumpido. (24:14-16; Fil. 3:6.) Se extraña uno al ver al apóstol tomar la palabra en esta sesión del sanedrín, sin haber sido invitado a ello por el presidente. Hay que suponer que Lucas, apurado por llegar a los hechos principales, ha callado las formalidades de la apertura de la sesión, que bastante poco le importaban. Pablo no saluda a los miembros del sanedrín con el título respetuoso de "padres" (7:2; 22:1); no emplea la fórmula solemne con la cual Pedro abre su discurso (4:9.) Se ha inferido de ello que no esperaba juicio equitativo de esta asamblea, o que no quería, en presencia del tribuno, aparecer en una actitud demasiado humilde. Su resolución y la brusquedad de su exordio probablemente provocaron la orden de Ananías. (Véase la nota siguiente.)

2. *Ananías,* que el historiador Josefo describe como un hombre ambicioso, codicioso y cruel (*Antig.* XX, 9,2-4), había sido elevado a la dignidad de *sumo sacerdote* por Herodes, príncipe de Calcis, por el año 47. Cuatro años más tarde había sido enviado a Roma, encadenado, por Cuadrato, gobernador de Siria, para responder de violencias cometidas por celotes contra samaritanos. (Josefo *Antig.* XX, 6,2.) Fué absuelto y reintegrado a su cargo. Depuesto a fines del gobierno de Félix, conservó una grande influencia, debido a sus riquezas. Desde los primeros tiempos de la guerra de los judíos contra los romanos, Ananías pereció, asesinado por sicarios. (Josefo, *Guerra de los Judíos,* II, 17,9.) Tal fué el hombre que se hallaba entonces al frente de la teocracia judía. Irritado de la resolución con que Pablo, antiguo fariseo, apóstata, apelaba a su buena conciencia, a pesar de las acusaciones hechas en su contra, Ananías *ordenó a los que estaban cerca de él,* probablemente alguaciles (Mar. 14:65; Juan 18:22), *que le golpearan en la boca.* Quería no solamente ultrajarle, sino castigarle por las palabras que esa boca acababa de pronunciar. ¿Qué debió pensar el tribuno militar, presente en la sesión (v. 10), él, que no había osado herir a un ciudadano romano? (22:25 y sigs.).

3. Cuando se compara las palabras de Pablo con la conducta de Jesús (Juan 18:23), se encuentra ésta más tranquila y exenta de toda vivacidad de temperamento. Pero no hay que exagerar la diferencia. Las palabras severas: *Dios te herirá,* no son ni una imprecación ni un voto, sino el anuncio profético del justo juicio de Dios. Semejantes declaraciones se encuentran en cada página en el discurso de los profetas, de los apóstoles y del Salvador mismo. En cuanto al epíteto de *pared blanqueada* aplicado a Ananías (comp. Mat. 23:27), el apóstol lo explica y justifica inmediatamente, probando la hipocresía del sumo sacerdote por el chillón contraste que había entre su pretensión de *sentarse para juzgar según la ley,* en el momento mismo en que *trasgredía la ley.* (Comp. v. 5, nota.)



5 dote de Dios injurias [4]? Y Pablo dijo: No sabía, hermanos, que
fuera sumo sacerdote, pues escrito está: De un jefe de tu pueblo
no hablarás mal [5].

4. Sumo sacerdote *de Dios;* esta palabra debía hacer resaltar la santidad del cargo que Pablo parecía no respetar. ¡Pero qué contraste con el carácter del hombre!

5. La respuesta de Pablo es, a primera vista, difícil de comprender. Por eso ha atormentado a los intérpretes, quienes, a su vez, la han atormentado con explicaciones falsas. La mayor parte estiman imposible tomar al pie de la letra la frase: *No sabía,* y admitir que Pablo ignoraba que el que acababa de ordenar que le hirieran fuera el *sumo sacerdote.* ¿Cómo el discípulo de Gamaliel, el antiguo delegado del sanedrín ante Damasco, habría ignorado la dignidad de que era investido el presidente de esa asamblea? Pero entonces, ¿qué significan estas palabras: *No sabía?* Los teólogos de la escuela de Tubinga no vacilan en ver en esas palabras una mentira. Sólo que, para no atribuirla al apóstol Pablo, la ponen bajo la pluma del historiador de los Actos que no habría consignado aquí, como en otros lugares, más que un relato de su invención. Según otros (Bengel, Olshausen, Neander), estas palabras significarían: *No consideraba,* de modo que el apóstol se excusaría retirando sus palabras. "Pablo, apurado, arrepintiéndose de su pasión, no busca más que una excusa". *Neander.* ¡Pero qué papel se hace desempeñar a este apóstol de Jesucristo, que representa aquí por última vez en medio de su pueblo la santa causa del evangelio! "Esperábamos ver aquí un apóstol, revestido del poder del Espíritu Santo, en la dignidad sagrada de un profeta de Dios, ¡y se nos muestra un Pablo descendiendo, en presencia del sanedrín judío y del tribuno romano, hasta la pasión, la retractación de sus palabras, el apuro, la mentira!" *Baumgarten.* Se comprende pues que otros exégetas, Agustín, Calvino, Meyer, Stier, Ebrard, no hayan visto en estas palabras de Pablo *No sabía,* más que una severa ironía dirigida a ese Ananías en quien era imposible *reconocer* un sumo sacerdote. Si lo fuera en verdad, Pablo habría respetado a su respecto el precepto de la escritura que cita con veneración. (Ex. 22:28.) Pero ni es siquiera necesario admitir la ironía para interpretar en este sentido las palabras del apóstol. Como Baumgarten, traducimos como sigue: con toda la seriedad que Pablo ponía: "No sabía que fuera pontífice, pues por su violencia se muestra, no un pontífice, sino un tirano." Ese es, en el fondo, el pensamiento de Jesús, que no reconocía por servidores de Dios los que, entonces, "se habían sentado sobre la cátedra de Moisés.' (Mat. 23:2.) Hay que observar que la palabra *sumo sacerdote* está sin artículo, porque es considerada como simple atributo, y un atributo que Pablo no quiere reconocer a tal hombre. Por eso ninguna reclamación se levanta en una asamblea donde Ananías era aborrecido, y Pablo puede aprovechar de ese silencio para llevar su defensa a otro punto. Mencionemos por último la explicación según la cual Pablo no se habría dado cuenta de dónde partía la orden de herirle y la habría atribuído a un miembro cualquiera del sanedrín (Crisóstomo, Zöckler,

6 Mas sabiendo Pablo que la una parte era de saduceos y la
otra de fariseos clamó en el sanedrín: Varones hermanos, yo fa-
riseo soy, hijo de fariseos; sobre la esperanza y la resurrección de
7 los muertos soy juzgado [6]. Y hablando él esto se produjo contienda

Blass). Su ignorancia es cargada por algunos a cuenta de su mala vista. "No es fácil, dice Barde, aun a una vista experta, discernir, en una asamblea de unos cincuenta miembros, de dónde acaba de partir una interjección. Y es casi imposible para una mala vista como era la de Pablo"). Varios preferirán recurrir a esta suposición, bastante verosímil en sí misma, porque permite dejar a las palabras: *No sabía* su sentido propio y natural. Se puede invocar en su favor el comienzo del apóstrofe de Pablo: *Tú también*; el apóstol parece tomar a Ananías por un juez cualquiera. Por otra parte, se le puede oponer la respuesta de Pablo: *No sabía que fuera sumo sacerdote*. Si el apóstol hubiera ignorado de quién provenía la orden de herirle, habría dicho más bien. *No había que el sumo sacerdote había hablado*. A pesar de esta dificultad, consideramos preferible la última explicación.

6. En tal momento y tal asamblea, Pablo vió claramente que no podía reanudar el discurso empezado en que se proponía hacer su apología (v. 1). Por eso, con gran presencia de espíritu lleva la lucha a un terreno que podía interesar en la santa causa que él defendía a toda la parte del consejo que no había abandonado los grandes principios de la revelación. Era el partido de los *fariseos*, opuesto al de los *saduceos*. *Exclama en el sanedrín*, de modo que sus palabras sean oídas de todos: *Yo soy fariseo, hijo de fariseos*. Se ha pretendido que no podía, sin faltar a la verdad, declararse *fariseo hijo de fariseo*. Pero dondequiera y siempre se gloria de pertenecer como judío a ese partido, cuidadosamente reteniendo lo que tenía de verdadero, aunque combatiendo sus errores (24:15; Fil. 3:5). Y, considerando las grandes doctrinas que va a invocar, la *esperanza*, la *resurrección*, podía declararse, con alegre convicción, por los fariseos, que sostenían esas verdades, contra los saduceos, que las negaban (v. 8). Pero precisamente es aquí donde se puede reprochar al apóstol de no llevar exacta cuenta de los hechos. ¿Había realmente sido *puesto en juicio* con motivo de *la esperanza* de su pueblo, de *la resurrección de los muertos?* A tomar las cosas rigurosamente al pie de la letra, no. Pablo, en efecto, era acusado (21:28) de enseñar de un modo contrario a la ley, y la principal causa de la animosidad de sus perseguidores era que se pretendía encargado por Dios para anunciar a los paganos el evangelio de su reino (22:21, 22). He aquí lo que se puede decir para defender la conducta del apóstol en esta circunstancia. Predicando la gracia, establecía la ley; proclamando la universalidad de la salvación, y consagrándose a publicar esa salvación entre las naciones, no hacía más que cumplir las profecías del antiguo testamento. Así el fundamento de su doctrina, y el objeto de ese trabajo de que sus adversarios le hacían un crimen, era realmente (Rom. 3:31) *la esperanza* de Israel, *es decir* (tal es el sentido de la *y*) *la resurrección* de los muertos. No pudiendo, en una asamblea semejante, empeñar una discusión dogmática, menciona el gran tema de la predicación que él hacía oir dondequiera y en todas ocasiones (17:32; 24:15,21; 26:23; 1 Cor. 15:12). Pero



8 de los fariseos y saduceos, y fué dividida la muchedumbre. Los
saduceos en efecto dicen no haber resurrección ni ángel ni espí-
9 ritu, mas los fariseos confiesan ambas cosas [7]. Y se produjo gran-
de clamor; y levantándose algunos de los escribas de la parte de
los fariseos disputaban violentamente diciendo: Ningún mal ha-
llamos en el hombre éste; mas ¿si un espíritu le ha hablado, o un
10 ángel [8]?... Y produciéndose grande contienda, temiendo el tribu-
no que fuera despedazado Pablo por ellos, mandó que la tropa ba-
jando le arrebatara de en medio de ellos y le llevara a la forta-
leza [9].

estas explicaciones no satisfacen en todo punto. Se puede encontrar que Pablo no tenía derecho de proclamarse fariseo, sin añadir ninguna reserva, y que demostró demasiada habilidad diciéndose puesto en causa por la doctrina de la *resurrección*. "Si el estudio imparcial del texto, diremos con Barde, no nos conduce a una inteligencia satisfactoria de la conducta del apóstol en esta circunstancia, más vale confesarlo lealmente. Pablo no ha pretendido jamás la infalibilidad". Pero, añadiremos, con el mismo autor, esta justa reflexión: "Demasiado poco conocemos una multitud de circunstancias de ese proceso para pronunciar un juicio definitivo". Weiss pretende por otra parte, basándose en el imperfecto (en griego participio presente): *hablando él esto* (v. 7), que Lucas nos ha conservado solamente, en el v. 6, una frase que resume la arenga de Pablo, y que éste ha podido explicar en qué sentido se declaraba fariseo.

7. Véase, sobre las sectas de los *fariseos* y de los *saduceos*, Mat. 3:7, 1ª nota. Estos últimos negaban la vida venidera, el mundo de los *espíritus*, la existencia de los *ángeles*, con mayor razón la *resurrección*. Los fariseos, al contrario, *admitían uno y otro*, es decir, la resurrección y el mundo invisible, poblado de espíritus glorificados y de los ángeles de Dios. Luego Pablo se sentía infinitamente más cerca de los fariseos que de los saduceos, y debía desear el hacer sentir a los primeros estos puntos de contacto entre ellos y él, e interesarlos así en su causa y en la del evangelio. Es lo que legitimaría su proceder, que *dividió* ambos partidos.

8. *Algunos* de los *escribas*, o doctores de la ley, del partido fariseo, toman la palabra en medio del tumulto, para proclamar la inocencia de Pablo; admiten aun la posibilidad de que haya tenido revelaciones del cielo. No lo afirman, pero dejan la cuestión en suspenso, en estos términos prudentes: *mas si un espíritu o un ángel le ha hablado?...* ¿qué hemos de decir? Nosotros acabamos así la frase suspendida (Juan 6:62; Rom. 9: 22). El texto recibido la completa por estas palabras, que se leen en algunas *mayúsc.*, y la mayor parte de las *minúsc.*, pero que son copiadas del cap. 5:39: *no combatamos contra Dios*. No hay duda, no obstante lo que Meyer diga, de que estas palabras de los *escribas* sean una alusión a los relatos que Pablo había hecho la víspera (22:6,17,18), y en los cuales los saduceos no podían ver más que imposturas.

9. *El tribuno* de la cohorte, presente a esa sesión de sanedrín, de la que esperaba más luz sobre su misterioso prisionero (22:30), viendo el tumulto aumentar a su derredor, *temió* por su vida, de que era responsable, y por

11 Mas en la siguiente noche, sobreviniendo a él el Señor dijo:
Ten buen ánimo, pues como has testificado lo relativo a mí en
Jerusalén, así es necesario que tú también en Roma testifiques [10].

H. 12-35. COMPLOT DE LOS JUDÍOS CONTRA PABLO. PABLO CONDUCIDO A CESÁREA. — 1º *El complot urdido contra Pablo y denunciado al tribuno*: a) *La emboscada proyectada.* El día siguiente por la mañana, más de cuarenta judíos se obligan por un voto a no comer ni beber hasta haber matado a Pablo. Comunican su proyecto al sanedrín y le piden que solicite del tribuno nueva comparición del prisionero; le matarán mientras le traigan (12-15). b) *El sobrino de Pablo junto al tribuno.* El hijo de la hermana de Pablo oye hablar del complot y va a revelarlo a Pablo. Éste ruega a uno de los centuriones que conduzca al joven hasta el tribuno. El tribuno le lleva aparte y recibe su comunicación. Le recomienda silencio (16-22). — *El tribuno toma medidas para el traslado de Pablo a Cesárea*: a) *La escolta ordenada.* Dos centuriones reciben orden de tener preparados para las nueve de la noche infantes y jinetes cuyo número les es prescripto, y cabalgaduras para Pablo, a fin de llevarle al gobernador (23,24). b) *Carta a Félix.* Claudio Lisias expone al gobernador Félix el arresto de Pablo, su comparición delante del sanedrín, la conspiración de los judíos contra él que ha motivado su envío a Cesárea, adonde el tribuno ha remitido sus acusadores (25-30). c) *El viaje. Pablo presentado a Félix.* Los infantes escoltan a Pablo hasta Antipatris, de donde vuelven a Jerusalén. Los jinetes le llevan a Cesárea, entregan la carta del tribuno al gobernador y le presentan a Pablo. Félix la lee, se informa de su país de origen, y sabiendo que es de Cilicia, dice que le oirá en presencia de sus acusadores. Ordena guardarle en el pretorio de Herodes (31-35).

12 Mas llegado el día, habiendo hecho conspiración los judíos hi-
cieron imprecaciones contra sí mismos diciendo que ni comerían ni
13 beberían hasta haber matado a Pablo [11]. Y eran más de cuarenta
los que esta conjuración habían hecho; los cuales, allegándose a
14 los principales sacerdotes y a los ancianos dijeron: Bajo maldi-

segunda vez (22:24), le puso en salvo *en la fortaleza.* De ahí *la tropa* debió *descender* para arrebatarle *de en medio* del sanedrín.

10. Pablo, en los peligros y sufrimientos que soportaba entonces y que le esperaban en su larga cautividad, tenía gran necesidad de este *buen ánimo,* que el Señor le inspira. Lo que le revela sobre el *testimonio* que tendrá que darle *en Roma de las cosas que a él atañen,* estaba completamente en armonía con el propio pensamiento del apóstol (19:21; Rom. 15:23).

11. Gr. *Los judíos se anatematizaron, diciendo ni comer ni beber*... es decir que pronunciaron contra sí mismos la más rigurosa excomunión llamada en hebreo *jerem.* (Así v. 14). Es probable que esa *conspiración* fuera tramada a instigación de esos mismos judíos de Asia que, la antevíspera ya, habían querido matar a Pablo (21:27,31).



ción hemos hecho imprecaciones contra nosotros mismos de nada
15 gustar hasta que hayamos matado a Pablo. Ahora pues vosotros
declarad al tribuno, con el sanedrín, para que le traiga abajo ha-
cia vosotros como queriendo informaros más exactamente lo re-
lativo a él; que nosotros antes de acercarse preparados estamos
16 para matarle [12]. Mas habiendo oído el hijo de la hermana de Pablo
de la emboscada, llegando y entrando en la fortaleza contó a Pa-
17 blo. Y habiendo llamado Pablo a sí a uno de los centuriones dijo:
A este joven lleva hacia el tribuno, pues tiene algo que contarle.
18 Él pues tomándole consigo le llevó hacia el tribuno y dice: El pri-
sionero Pablo, habiéndome llamado a sí ha rogado que trajera este
19 mancebo hacia ti, que tiene algo que hablarte. Y tomándole de la
mano el tribuno y habiéndose retirado aparte preguntaba: ¿Qué
20 es lo que tienes que contarme? Y dijo: Que los judíos han conveni-
do rogarte que mañana traigas abajo a Pablo al sanedrín como
21 queriendo más exactamente preguntar algo sobre él. Tú pues no
les atiendas; pues le tienden una emboscada más de cuarenta va-
rones de entre ellos, los cuales han hecho imprecaciones contra sí
mismos de ni comer ni de beber hasta haberle matado; y ahora
22 están preparados aguardando la promesa de ti. El tribuno pues
despidió al mancebo, habiéndole mandado: A nadie cuentes que
ésto me has declarado [13].
23 Y habiendo llamado a sí a ciertos dos de los centuriones dijo:
Preparad doscientos soldados para que vayan hasta Cesárea, y
setenta jinetes y doscientos lanceros, desde la tercera hora de la

12. Los conjurados, no pudiendo atacar a Pablo si permanecía en la fortaleza, se dirigen a los miembros del sanedrín, y les piden que obtengan del *tribuno,* en el nombre del *sanedrín,* el hacer comparecer a Pablo por segunda vez ante esa asamblea, so pretexto de *informarse más exactamente de su negocio.* Los asesinos se encargan de lo demás, sin que los miembros del sanedrín tengan que meterse en ello; *están listos para matar* al apóstol, *antes de que se acerque al sanedrín* y comparezca ante él.

13. Así, por una dirección de la Providencia que velaba sobre él, escapó el apóstol a un peligro inminente, y los conjurados no recogieron más que su anatema. Nos enteramos, por este relato, de que Pablo tenía una *hermana* casada en Jerusalén, y del hijo de esa hermana Dios se sirvió para salvarle. Pablo, a pesar de la seguridad que le había sido dada por el Señor (v. 11), advertido por su sobrino, no descuida nada para obtener la protección del tribuno militar. Éste, que desempeña un hermoso papel en toda esta historia, recibe al *joven,* le toma por la mano, le lleva aparte para animarle a hablar, y habiendo sabido todo por él, le invita a *no decir a nadie* lo que acaba de comunicarle. Este silencio era necesario para la ejecución de su plan. Todo concurre, bajo la dirección de Dios a conservar la vida del gran apóstol.

24 noche; y proveer bestias, para que poniendo encima a Pablo le
25 llevaran en salvo a Félix el gobernador [14], habiendo escrito una
26 carta que tenía esta forma: Claudio Lisias al excelentísimo go-
bernador Félix, salud. Al varón éste, prendido por los judíos y
estando a punto de ser matado por ellos, sobreviniendo con la tro-
28 pa libré, habiendo sabido que es romano; y queriendo conocer la
29 causa por qué le acusaban, le traje abajo al sanedrín de ellos; al
que hallé acusado sobre cuestiones de la ley de ellos, mas ningún
30 crimen teniendo digno de muerte o de prisión. Mas habiéndome
sido informado un complot que contra este varón había de haber,
al instante le he enviado a ti, habiendo mandado también a los
acusadores que hablen contra él ante ti [15].

14. El tribuno militar toma precauciones tales, que no solamente Pablo será conducido a Cesárea *sano y salvo* (gr. *salvado a través*), sino que toda rebelión que se produjera entre los judíos sería inmediatamente reprimida. Llama a *dos centuriones* (gr.) *ciertos dos* de los centuriones, expresión que designa a esos dos oficiales como gozando de la confianza particular de su jefe. Además de los *doscientos soldados* de infantería y *setenta de caballería,* pone en servicio *doscientos* hombres de tropa ligera, cuya arma es difícil determinar, porque la palabra de que se sirve Lucas es desconocida en el nuevo testamento y en la literatura griega. Nuestras versiones traducen por *arqueros;* Rilliet por *tropas ligeras.* Eran necesarias también cabalgaduras para el prisionero y aquellos a cuya custodia era confiado. Todo ese convoy debía estar listo para partir en la *tercera hora de la noche,* es decir, las nueve p.m. Pablo debía ser entregado al gobernador Antonio *Félix,* liberto de la familia imperial y hermano de Pallas, el favorito de Claudio. Fué procurador de Judea, probablemente de 52 a 60. Tácito (*Hist.* V, 9) nos le ha hecho conocer en estos términos: "Ejerció un poder real con el alma de un esclavo, entregándose a toda especie de crueldádes y libertinajes" (véase 24:26,27). Comp. el cuadro del gobierno de Félix, y de su émulo Cumanus, en Tácito, *Anales* XII, 54. Según Josefo (*Antig.*, XX, 6; *Guerra,* II, 12), Félix fué el sucesor de Cumanus.

15. El tribuno militar, *Claudio Lisias* (22:28, nota), pagano como era, mostró en todas estas transacciones un carácter muy superior al de los judíos. Su carta a Félix da cuenta exacta de lo que acababa de ocurrir salvo un detalle que le ha hecho acusar de mentira por algunos exégetas (Reuss dice: "una desvergonzada mentira".; pretende haber arrebatado a Pablo (al que los judíos querían matar), *habiendo sabido que era romano* (21:31-33). Ahora bien: en ese momento, Lisias no sabía aún que Pablo era romano; no lo supo sino más tarde (22:25 y sigs.). Hay allí, en efecto, una inexactitud. Pero el comandante *libró* segunda vez al prisionero de los judíos, temiendo que fuera despedazado por ellos (23:10); y esa vez realmente protegía al ciudadano romano. El texto de la carta presenta varias variantes. En el v. 29, el texto occidental tiene: "Acusado sobre la ley de Moisés y un cierto Jesús". En el v. 30 el texto recibido agrega: preparado *por los judíos. Sin., A,* tienen: preparado *de su parte.* Ambos manuscritos omiten: *al instante.* El texto recibido, con *Sin.*, etc., termina la carta con la fórmula de saludo: *pásalo bien,* que falta en *B, A.*



31 Los soldados pues, según lo que les había sido ordenado, to-
32 mando consigo a Pablo le llevaron de noche a Antipatris; y al día
siguiente, dejando a los jinetes irse con él, se volvieron a la for-
33 taleza [16]; los cuales entrando en Cesárea y entregando la carta al
34 gobernador le presentaron también a Pablo. Y habiendo leído y
preguntado de cuál provincia era; y habiendo sabido que de Ci-
35 licia: Te oiré atentamente, dijo, cuando también tus acusadores
hayan llegado; mandando que en el pretorio de Herodes fuera
guardado [17].

## VI. Cautividad de Pablo en Cesárea

(Cap. 24 al 26)

A. 1-27. Pablo ante Félix. — 1º *Pablo acusado ante el gobernador.* Después de cinco días llega el gran sacerdote Ananías, acompañado de ancianos y asistido del abogado Tértulo. Van a entablar queja contra Pablo. Éste es conducido. Tértulo empieza alabando a Félix por la paz y las reformas que procura al pueblo judío; luego acusa a Pablo de excitar sediciones entre todos los judíos del mundo, de ser el jefe de la secta de los nazarenos y de haber querido profanar el templo. El gobernador podrá asegurarse de estos hechos sometiendo al acusado a un interrogatorio. Los judíos confirman lo alegado por su abogado (1-9). — 2º *Pablo habla en su defensa:* a) *Rechaza la acusación contra él.* Se defiende con con-

16. *Los soldados* de infantería, no siendo ya necesarios a la protección del prisionero, no fueron m á s que hasta *Antipatris, dejando a los jinetes* proseguir hasta Cesárea, mientras que ellos regresaron a Jerusalén. *Antipatris,* situada entre Lida y Cesárea, había sido fundada por Herodes el Grande, quien la nombró así en honor de su padre Antipater. Esta ciudad estaba alejada de Jerusalén 42 millas romanas (63 kilómetros). Se ha acusado a Lucas de error, pues parece decir que las tropas franquearon en una *noche* esta distancia y volvieron *el día siguiente* a su fortaleza. Pero su indicación puede ser entendida en este sentido: que las tropas partieron *de noche,* según la orden recibida, y que *al día siguiente* de su llegada a Antipatris, se pusieron en camino para *volverse* a Jerusalén.

17. *Te oiré* significa: te haré soportar un interrogatorio en regla. Era necesario, en efecto, para ello, que los *acusadores* se hubieran presentado ante Félix, como habían sido citados por el tribuno militar (v. 30). El *pretorio de Herodes* era un palacio edificado por Herodes el Grande y que servía de residencia al gobernador romano. El hecho de que Pablo fué *guardado* en esa morada, y no en una cárcel ordinaria, puede ser considerado como un favor. Y ese favor lo debió probablemente, como piensa Meyer, a la carta de Lisias, que declaraba a ese prisionero ciudadano romano y, además, inocente de todo delito que mereciera la muerte o aun la prisión (v. 29).

fianza delante de Félix quien, desde hace bastantes años, administra ese pueblo. El gobernador podrá comprobar que Pablo ha ido a celebrar la fiesta en Jerusalén, doce días ha solamente; que no ha tenido discusión, ni provocado sedición; que las acusaciones de los judíos carecen de fundamento (10-13). b) *Profesa su fe.* Según una doctrina que los judíos tratan de herejía, él sirve al Dios de sus padres, creyendo la ley y los profetas, esperando una resurrección de los justos y de los injustos. Se esfuerza, pues, por tener una conciencia sin reproche (14-16). c) *Expone el objeto de su visita a Jerusalén y los hechos que en ella se produjeron.* Vino a hacer limosnas a su pueblo. Algunos judíos de Asia le hallaron en el templo, sin alboroto. Habrían debido comparecer. Que los presentes digan de qué crimen ha sido convencido delante del sanedrín, a menos que sea de haber exclamado que era puesto en juicio por la resurrección de los muertos (17-21). — 3º *El gobernador aplaza la causa.* Bastante exactamente informado de lo que concierne a los cristianos, Félix aplaza el juicio hasta la llegada de Lisias. Ordena al centurión que permita a Pablo en su prisión ciertas libertades (22-23). — 4º *Relaciones de Félix con su prisionero.* Algunos días después, le hace parecer delante de él y de Drusila, su esposa, para oírle hablar de la fe en Jesucristo. La predicación de la justicia, de la templanza y del juicio venidero, pone miedo a Félix, quien despide al apóstol hasta otra oportunidad. Esperaba que Pablo le daría dineros por su liberación: tal era el objeto secreto de las conversaciones, bastante frecuentes, que tenía con él. Durante dos años dejó Félix a Pablo en prisión, para congraciarse con los judíos; luego tuvo por sucesor a Porcio Festo (24-27).

XXIV Y cinco días después bajó el sumo sacerdote Ananías con al-
gunos ancianos y cierto Tértulo, orador, los cuales declararon al
2 gobernador contra Pablo [1]. Y habiendo sido él llamado empezó a
acusar Tértulo diciendo: Grande paz obteniendo por medio de
ti y reformas siendo hechas para esta nación por tu previsión en
todo y por todas partes lo aprobamos, excelentísimo Félix, con
3 toda acción de gracias [2]. Mas para no retenerte más aún, ruego

1. *Cinco días después* de la llegada de Pablo a Cesárea (v. 11, nota), *Ananías* (23:2) y *algunos ancianos*, miembros del sanedrín, se trasladaron a esa ciudad para acusar a Pablo, según el aviso que habían recibido del tribuno militar (23:30). Tomaron consigo *cierto orador* (gr. *retor*) o abogado, *Tértulo*, que debía, en su nombre, querellar contra el apóstol.

2. El abogado empieza por servirles adulaciones que, dirigiéndose a un hombre como Félix (23:25, nota), tenían el aspecto de una sátira, como observa Ebrard. Alaba a Félix por haber establecido una *paz profunda*, cuando el país era turbado por sediciones sin cesar renacientes; celebra *las reformas* (gr. *reparaciones*, mejoras) *que su previsión ha procurado a esta nación*, cuando Félix se distinguía por sus crueldades y sus exacciones, por las cuales debía muy pronto ser acusado ante el emperador (23:24, nota). Las palabras: *en todo y dondequiera*, que, en nuestra traducción, se refieren a éstas:



5 que nos oigas brevemente en tu clemencia. Habiendo hallado en
efecto al varón éste una peste y que excita sediciones entre todos
los judíos que hay por la tierra, y jefe de la secta de los nazarenos,
6 quien hasta el templo tentó de profanar [3], al que también prendi-
8 mos [4]; de quien podrás tú mismo, interrogando, conocer sobre todo
9 esto de que nosotros le acusamos. Y atacaron juntamente también
los judíos pretendiendo que eso era así [5].

*lo aprobamos,* pueden también aplicarse a la frase que precede, y entonces la adulación del orador es más exagerada aún.

3. El requisitorio pronunciado contra Pablo empieza por una grosera injuria: *este varón, una peste.* Luego viene la imputación ordinaria de suscitar en todas partes *sediciones.* Lo que era efecto del odio de los judíos, es atribuído al apóstol, y debía ser castigado de las persecuciones que soporta de parte de ellos. Pero el principal agravio contra él, es el de ser *jefe* (gr. *soldado de primera fila*) *de la secta de los nazarenos.* Jesús lleva a menudo el título despreciativo de *nazareno*, pero es este el único pasaje del nuevo testamento en que sea aplicado a sus discípulos. Por último Tértulo reproduce contra Pablo la mentira proferida ya por los judíos (21:28), de que había *profanado el templo.* A esto se reducen los agravios presentados por el abogado; en ellos se funda para llegar a esta conclusión: *Por tanto le hemos arrestado* (21:30).

4. El texto recibido, con una *mayúsc.*, algunas *minúsc.*, las vers. sir., la vulgata, agrega: *y quisimos juzgarle según nuestra ley; mas presentándose el tribuno Lisias, le arrebató de nuestras manos con mucha violencia, ordenando que sus acusadores viniesen delante de ti.* Estas palabras eran consideradas por todos los críticos del texto como no auténticas. Recientemente Blass ha reivindicado su autenticidad y las ha admitido en ambas redacciones. Ha sido seguido por Zöckler, Holtzmann, Hilgenfeld. Se funda en esta consideración: que, si se las suprime, las palabras del v. 8: *"Tú* mismo podrás, *interrogándole*, a saber *de él"*, se refieren a Pablo, y no a Lisias. Ahora bien: le parece absurdo que Tértulo, después de una enumeración tan breve de los agravios de los judíos, apele al testimonio del acusado mismo. Pero se puede responder que Tértulo debía menos aun sentirse tentado de apelar al testimonio de Lisias, favorable al prisionero, y que no podía ser oído sin aplazar el proceso. Por lo demás, el abogado de los judíos era un hombre demasiado hábil para presentar una imputación de *violencia* contra Lisias, el tribuno de la cohorte romana. Estas consideraciones prueban que las palabras del v. 7 son una torpe interpolación. Sin embargo esta interpolación es muy antigua, pues se halla en las dos versiones siriacas, que remontan al fin del siglo II.

5. Así, para darse el tono de la sinceridad y de la convicción, el abogado lleva su desvergüenza hasta apelar al testimonio del acusado, de quien, dice al gobernador, *¡podrás tú saber todas las cosas de que le acusamos!* Los *judíos* confirmaron naturalmente lo dicho por su orador. El discurso de este último no es reproducido por Lucas sino en resumen; pues es evidente que después de su pomposo exordio, debió desarrollar y esforzarse por probar las acusaciones que presentaba contra Pablo.

10 Y respondió Pablo, habiéndole hecho señas al gobernador de
hablar: Sabiendo que desde muchos años eres juez para esta na-
11 ción, con buen ánimo mi causa defiendo [6], pudiendo tú reconocer
que no son para mí más de doce días desde que subí a adorar a
12 Jerusalén [7]. Y ni en el templo me hallaron discutiendo con alguien
o haciendo alboroto de la multitud, ni en las sinagogas ni por la
13 ciudad, ni probar te pueden aquello sobre que ahora me acusan [8].
14 Mas esto te confieso, que según el camino que llaman secta así sir-

6. ¡Qué contraste entre este exordio de Pablo y las adulaciones de Tértulo! El apóstol se limita a recordar el hecho de que Félix es *desde muchos años* gobernador del país; debe pues conocer bastante sus costumbres y su espíritu para no creer fácilmente las falsas acusaciones. En efecto, Félix había sido nombrado gobernador probablemente en el año 52 (Josefo, *Antig.* XX, 7,1); la época de nuestro relato nos coloca en el año 59, hacía pues por lo menos siete años que ese procurador administraba la provincia (23:24, nota).

7. Se puede contar de diversas maneras los *doce días* que Pablo indica aquí. La más natural nos parece ser suponer que toma por punto de partida el primer día que pasó entero en Jerusalén y no cuenta el día del viaje y de su llegada a esa ciudad, que tuvo lugar al anochecer. Ese primer día fué el de la entrevista con Jacobo (21:17-25). El segundo día, entró en el templo para cumplir su voto (21:26). La expresión de 21:27, "como los siete días iban a cumplirse", obliga a admitir que cuatro o cinco por lo menos de esos días habían transcurrido. Al final del sexto día pues fué cuando estalló el tumulto provocado por los judíos de Asia; el séptimo día Pablo es conducido por Lisias ante el sanedrín (22:30). El octavo fué el del complot contra la vida del apóstol (23:12). La noche siguiente y una parte del noveno día fueron empleados en el viaje de Jerusalén a Cesárea. Por último el día de la presente comparición no es contado; sería el décimotercero. Por lo demás, es probable que no haya que forzar este término de *doce días*; es un número redondo; Pablo quiere decir: una docena de días. En cuanto a los cinco días (24:1), son contados de tal suerte que el primero es el de la llegada de Pablo a Cesárea, o sea el noveno de la serie de los doce días, y el último el día mismo en que estamos, o sea el décimotercero. Pablo hace notar ante todo este hecho de que *no ha más de doce días* que subió a Jerusalén, porque resulta de ello que esos alborotos de que se le acusa son muy recientes y podrán ser establecidos por la investigación, y porque, por otra parte, en este corto lapso de tiempo, no le ha sido posible fomentar la sedición de que se le hace responsable. Se ha dicho que Pablo no indicaba a Félix el verdadero propósito de su viaje cuando declara que ha ido a Jerusalén *para adorar*, mientras que iba a llevar la colecta hecha en favor de los cristianos pobres. Se infiere de esa pretendida inexactitud que este discurso es una libre composición del autor de los Actos. Pero el apóstol era realmente llevado a Jerusalén por necesidades religiosas, puesto que estaba tan deseoso de llegar allí para pentecostés (20:16). En este discurso mismo (v. 17 y sigs.) él indica, por lo demás, el otro fin de su visita (v. 17).

8. Pablo reanuda y refuta así una a una las acusaciones de sus adversarios. Niega haber tenido discusión ninguna *con alguno*, como también de haber *provocado una sedición de la multitud*, sea *en el templo*, sea *en las sinagogas*, sea *en la ciudad*. Desafía así a sus adversarios a *probar* aquello de que le han acusado (v. 5).



vo al Dios de los padres, creyendo todo lo que en la ley y lo que
15 en los profetas está escrito; esperanza teniendo en Dios, que tam-
bién éstos mismos aguardan, que resurrección habrá de haber tan-
16 to de justos como de injustos [9]. Por esto también yo me esfuerzo
por tener conciencia sin reproche para con Dios y los hombres
continuamente [10].
17 Mas después de muchos años, para hacer limosnas a mi na-
18 ción he venido, y ofrendas [11]; en las que [12] me hallaron purificado

9. He ahí ahora (v. 14,15) la respuesta del apóstol a la imputación de ser "el jefe de la secta de los nazarenos" (v. 5). No niega nada (excepto quizá el título de *jefe*); al contrario, afirma, *confiesa*. "Confesión verdadera, voluntaria, completa." (*Bengel.*) Primeramente toma el término de Tértulo para desaprobarlo: el *camino* (18:25, nota) *que ellos llaman secta*, es decir, un *partido* (gr. *herejía*, 1 Cor. 11:19, nota). Ahora bien: el cristianismo, la religión más universal, no era una secta, aun si se consideraba en sus relaciones con el judaísmo, del que había salido; era el desarrollo de él y su perfecto cumplimiento. Es lo que el apóstol va a hacer sentir a sus oyentes tomando del antiguo testamento los términos mismos de su confesión, los únicos que ellos pudieran comprender y que son en su boca, como cristiano, de rigurosa verdad: el Dios a quien *sirve así* (según la pretendida secta) es realmente *el Dios de sus padres* (gr. *el Dios paterno*); él *cree*, de todo su corazón, *todo lo que está escrito en la ley y los profetas*. ¿Con qué derecho se acusa a Pablo de disimular su verdadera fe? A sus ojos, el evangelio no es sino el cumplimiento de la ley y de los profetas, comprendidos en su profundo sentido (Rom. 3:31; 13:8-10; 10:4). Por último el apóstol, terminando su pensamiento, confiesa su fe en una *resurrección de los muertos*, que es el coronamiento de nuestra redención, la consoladora *esperanza* de los redimidos. Pero todos los judíos, excepto los saduceos, *esperaban también* esa resurrección. ¡Qué contradicción de parte de ellos, al perseguir a Pablo por esa causa! (23:6).

10. *Por esto yo mismo también*, precisamente porque tengo esta fe que acabo de confesar (v. 14,15), *me esfuerzo por tener* (gr. *me ejercito en tener*) *constantemente una conciencia sin reproche*, o (gr.) *sin tropiezo* (Fil. 1:10), que no *tropieza* en ninguno de los obstáculos que el mundo y el pecado colocan delante de mí. ¿Y quiénes son los testigos de esta buena conciencia? *Dios*, que sonda los corazones y los riñones, *los hombres*, siempre tan clarividentes para hallar falta en su prójimo. ¡Qué ideal de vida moral, de santidad! Si la fe, aun la fe más ortodoxa, no produce la aspiración a este ideal y esfuerzos para alcanzarlo, es sal que ha perdido su sabor.

11. Después de haber rechazado las acusaciones de sus adversarios y confesado su fe, el apóstol recuerda las circunstancias de su arresto (21:26 y sigs.), a fin de mostrar, por el objeto mismo de su ida a Jerusalén, cuán injusto era ese arresto. Volvía allá, *después de muchos años* de ausencia; cuatro años habían transcu-

en el templo, no con multitud ni con alboroto, mas algunos judíos
19 de Asia, los que era necesario estuvieran presentes ante ti y acusar
20 si algo tuvieran contra mí. O éstos mismos digan qué injusticia ha-
21 llaron compareciendo yo ante el sanedrín, sino sobre esta única
voz que clamé estando entre ellos: Sobre la resurrección de los
muertos yo soy juzgado hoy ante vosotros [13].
22 Mas les puso dilación Félix, más exactamente conociendo lo
relativo al camino, diciendo: Cuando Lisias el tribuno bajare, exa-
23 minaré vuestro caso [14]; habiendo ordenado al centurión que fuera

rrido desde su última y corta aparición en esa ciudad (18:22). ¿Y cuál era el objeto de su ida? Un gran beneficio para su *nación*: llevar a los cristianos pobres de la Judea *limosnas;* se trata de la rica colecta que había hecho entre los paganos convertidos de Macedonia y Grecia (1 Cor. 16:1 y sigs.; 2 Cor. 8:1 y sigs.; Rom. 15:25 y sigs.), que no es mencionada en otro lugar del libro de los Actos Se puede hallar extraño que el apóstol presente como destinada *a su nación* una colecta que llevaba a la iglesia de Jerusalén. Pero muchos indicios muestran que ésta no estaba aún sino muy incompletamente separada de la *nación* judía (21:20), y es probable que más de un judío indigente tuviera parte en las limosnas que Pablo llevaba. En cuanto a las *ofrendas* de que habla Pablo, no son presentes hechos a hombres, sino sacrificios ofrecidos a Dios en el templo. (Comp. 21:26.) Los sacrificios mencionados en este último pasaje no eran el objeto de la visita de Pablo a Jerusalén, puesto que no fué inducido a ofrecerlos más que por la proposición de los ancianos reunidos en casa de Jacobo (21:18-26); pero como se dice que el apóstol "tenía premura por estar el día de pentecostés en Jerusalén" (20:16), se puede suponer que deseaba celebrar esta fiesta con su pueblo participando del culto en el templo.

12. *Sin., B, A, C,* varias *minúsc.* tienen: *en las ofrendas.* Texto recibido: *en estas cosas* o estas *circunstancias.*

13. Estos son realmente los hechos tal cual habían ocurrido cuando el arresto de Pablo (21:26 y sigs.). Realza especialmente (v. 21) la *palabra* que había *exclamado* en medio del sanedrín (23:6). Es difícil ver, en el modo como Pablo la cita, la confesión tácita de que esta exclamación le dejaba algún remordimiento. Ahora bien, concluye Pablo, esos *judíos de Asia* (v. 19) deberían ellos mismos *comparecer* ante el gobernador y *acusarme, si tuvieran algo contra mí.* Pero se han cuidado bien de ello, y con razón. O bien, en su defecto, que *éstos* (el sumo sacerdote, los ancianos y el abogado Tértulo, v. 1) *digan si me han hallado culpable,* si han tenido éxito en establecer un agravio contra mí, *cuando comparecí delante del sanedrín.* ¡Ante este desafío, todos guardan silencio! El gobernador Félix es quien toma la palabra (v. 22).

14. El texto recibido tiene: Félix, *habiéndolo oído.* Las palabras en bastardilla faltan en *Sin., B,A,C,* vers. Pero ¿qué significa esta frase: Félix, *conociendo con bastante exactitud lo relativo al camino, les puso dilación?* Quiere decir que la razón por la cual el gobernador no tomó entonces ninguna decisión, sino aplazó la causa, fué que sabía demasiado a qué atenerse respecto de los cristianos y de las acusaciones apasionadas que los judíos hacían contra



guardado y tuviera alivio, y a ninguno de los familiares suyos im-
24 pidiera servirle [15]. Y algunos días después, viniendo Félix con
Drusila su mujer que era judía, hizo venir a Pablo, y le oyó sobre
25 la fe en Cristo Jesús [16]. Mas discurriendo él sobre justicia y tem-
planza y el juicio venidero, habiéndose espantado Félix respon-
dió: Por ahora vete, mas en hallando oportunidad te haré venir [17];
26 al mismo tiempo también esperando que dinero le sería dado por
Pablo; por lo cual también con mayor frecuencia haciéndole venir
27 conversaba con él [18]. Y habiéndose cumplido dos años recibió por

ellos. Conocía *con bastante exactitud el camino* (véase sobre esta palabra 18:25, nota), ora hubiera sido instruído de ella por el discurso de Pablo, ora más bien porque, desde hacía siete años, administraba ese país donde los cristianos eran numerosos y había una iglesia ante sus ojos, en Cesárea mismo (21:8 y sig.). El político hábil no quiere ni condenar a Pablo, ciudadano romano, ni soltarle, lo que hubiera irritado a los judíos: posterga. Pero la razón que da es un pretexto, pues no podía esperar del *tribuno Lisias* más luces que las que ya tenía. Por eso no se habla más del testimonio de Lisias. T. de Beza propuso una construcción enteramente diferente de este versículo y ha sido seguido por Martin y Oltervald en sus versiones. Considera la primera frase como formando parte del corto discurso de Félix, y traduce: "Cuando hubiere sido más exactamente instruído de esta secta, tomaré conocimiento de vuestro negocio". Esta traducción no es admisible.

15. Las consideraciones que el *centurión* debía tener para con su prisionero muestran bastante qué opinión tenía Félix de éste. Las palabras: *que tuviera alguna libertad,* o algún *alivio,* significan que el centurión debía aliviar para él los rigores de la prisión. Después de: *servirle,* el texto recibido agrega: *o ir hacia él.*

16. *Drusila* era *judía*; era hija de Herodes Agripa I°, cuya muerte cuenta Lucas en el cap. 12:20 y sig., y hermana de Herodes Agripa II (25:13). Casada con Aziza, príncipe de Emesa, había abandonado a su marido (8:9, nota) para casarse con Félix, de quien fué la tercera mujer (Josefo, *Antig.* XX,7,1). Le dió un hijo, que pereció en la erupción del Vesubio. Drusila, habiendo oído hablar, sin duda por su marido, del prisionero elocuente confiado a su guarda, deseó oirle; y Pablo, fiel a su misión, habló *de la fe en Cristo Jesús.* Los más admiten esta lección de *Sin., B minúsc.,* versiones. El texto recibido tiene simplemente: *en Cristo.*

17. Pablo habla de *justicia* a aquel cuya vida estaba llena de iniquidades; de *templanza* (o *continencia*) a aquel que tenía a su lado la cómplice de una unión adúltera; del *juicio venidero* a aquel del cual Tácito ha podido decir: "Pensaba que todos los crímenes serían impunes para él" (*Anales,* XII,54). ¡Y Pablo, testigo de Jesucristo, sabía que su oyente tenía el poder de hacerle matar! Juan el Bautista pagó con su cabeza una declaración semejante que hizo oir a Herodes Antipas (Mat. 14:4). La palabra de verdad ejerció su efecto, aun sobre un Félix: *fué asustado.* Pero se apresura a borrar esa primera impresión; despide al que turba su conciencia y muestra luego toda la bajeza de sus sentimientos (v. 26).

sucesor Félix a Porcio Festo; y queriendo Félix el favor ganar de los judíos dejó a Pablo preso [19].

B. 1-12. PABLO ANTE FESTO. — 1º *Visita de Festo a Jerusalén.* Tres días después de su llegada al gobierno, Festo sube a Jerusalén. Las autoridades judías le solicitan que haga venir a Pablo a Jerusalén, meditando matarle durante el trayecto. Festo rehusa y los cita en Cesárea (1-5). — 2º *Comparición de Pablo ante Festo. Su apelación a César:* a) *Pablo se defiende contra los judíos.* Después de haber pasado una decena de días en Jerusalén, vuelve Festo a Cesárea. El día siguiente hace comparecer a Pablo ante su tribunal. Los judíos, descendidos de Jerusalén, hacen contra él acusaciones que no pueden probar. Pablo se defiende de haber faltado respecto de la ley o del emperador (6-8). b) *La propuesta de Festo rechazada. El recurso de César admitido.* Festo, para congraciarse con los judíos, pide a Pablo consienta ser juzgado por el sanedrín, en su presencia. Pablo apela a César, motivando esta apelación por su inocencia respecto de los judíos, conocida del gobernador mismo, y afirmando que no podía ser entregado a ellos por complacencia. Consultado el consejo, declara Festo que Pablo irá ante el tribunal del emperador (9-12).

XXV Festo pues habiendo entrado en la provincia, después de tres

18. A las palabras: *que Pablo le daría dinero,* el texto recibido agrega éstas: *a fin de que le pusiera en libertad.* No son auténticas, pero completan el pensamiento. Félix podía saber que su prisionero no era rico, pero sabía también que sus hermanos en la fe no omitirían nada por su libertad.

19. Gr. *Dejó a Pablo atado.* Se ha pensado que esta expresión indicaba una agravación en la detención infligida hasta entonces al prisionero (v. 23); Félix habría ordenado esos nuevos rigores en el momento en que se vió llamado, y en que tenía necesidad de *asegurarse el reconocimiento de los judíos,* a fin de que éstos no le acusaran ante el emperador a causa de las iniquidades de su administración. Esta suposición explicaría la mención de ese hecho después de la del reemplazo de Félix por Festo. Sin embargo no se dice en el v. 23 que Pablo estuviera libre de toda cadena, y es probable que la mencionada aquí le uniera a un soldado encargado de cuidarle. La redacción occidental (basada solamente, es verdad, en una *minúsc.* y una nota marginal de la Peschito (daba otra razón de la prisión prolongada del apóstol. La segunda parte del v. 27 habría tenido estas palabras: *mas él* (Félix) *dejó a Pablo en prisión a causa de Drusila.* En cuanto al propósito atribuído a Félix por nuestro texto, no fué alcanzada. Acusado en Roma por los judíos a causa de sus malversaciones, no debió la vida más que a la intervención del liberto Pallas, su hermano (Josefo, *Antig.* XX, 8,9). *Habiéndose cumplido dos años,* a partir del encarcelamiento de Pablo en Cesárea, Judea recibió un nuevo gobernador, Porcio Festo (Véase, sobre este sucesor de Félix, 25:1, nota). ¡Dos años de cautividad para el gran apóstol! ¡Dos años, durante los cuales no sabemos casi nada de su vida, de sus pruebas! ¡Cuán misteriosas son las sendas de Dios! Su ardiente deseo, largo tiempo diferido, será realizado por Festo, quien le enviará a Roma.



2 días subió de Cesárea a Jerusalén [1], y declararon ante él los prin-
cipales sacerdotes y los principales de los judíos contra Pablo, y
3 le rogaban pidiendo para sí gracia contra él, para que le hiciera
venir a Jerusalén, haciendo una emboscada para matarle por el
4 camino [2]. Festo pues respondió estar guardado Pablo en Cesárea,
5 y que él mismo había pronto de partir; bajando conmigo pues, di-
ce, los principales entre vosotros, si hay algo impropio en el varón
6 acúsenle [3]. Y habiendo pasado entre ellos no más de ocho o diez
días, bajado a Cesárea, al siguiente día sentándose en el tribunal
7 mandó fuera traído Pablo. Y habiendo él llegado le rodearon los

1. Porcio *Festo,* sucesor de Félix (24:27), acababa de *llegar a la provincia* que debía él administrar, a *su gobierno* (gr. *eparquía,* de donde viene el título de *eparca* dado a los gobernadores). Era durante el reinado de Nerón, el año 60 o 61 de nuestra era (Josefo, *Antig.* XX,8,9; *Guerra de los Judíos,* II,14,1). Esta indicación corresponde a la cronología de los Actos, donde Lucas se muestra siempre exactamente instruído de las cosas de su tiempo. Festo murió ya en el año 62, dos años después de haber entrado en funciones. Josefo dice muy poco de él, pero da a entender que administró el país con justicia, y nuestro relato no desmiente ese juicio. El gobernador residía en *Cesarea* (8:40, nota), pero era natural que, luego después de su advenimiento, se trasladara *a Jerusalén,* la capital religiosa del país, para hacerse presentar las autoridades judías que allí residían.

2. Estas palabras: *los principales sacerdotes* (en plural, según, *Sin., B, A, C*) *y los primeros de entre los judíos,* designan los miembros del sanedrín, sacerdotes y ancianos. Aprovechan la primera ocasión que se ofrece a ellos para esforzarse por obtener de Festo lo que su predecesor les había rehusado, es decir, que Pablo fuera entregado en sus manos. No se trata más que de otorgarles *una gracia, un favor;* piden éste *contra* Pablo con intenciones que le son hostiles; y presentando esta demanda, están (gr.) *haciendo una emboscada para matarle en camino.* Se proponen renovar con mayor éxito el complot criminal que ya habían tramado contra él (23:14,15).

3. Gr. Que los *poderosos de entre vosotros desciendan conmigo* (a Cesárea), es decir, los que ejercen el poder. Blass traduce: *los que de entre vosotros puedan.* La palabra del original, dice, no se encuentra en el nuevo testamento con el sentido de *principales,* y es ya a los principales, y a ellos solos (v. 2) a quienes Festo habla. (Comp. sin embargo 1 Cor. 1:26.) *Acúsenle, si hay algo de malo en ese varón,* si ha cometido alguna iniquidad (gr.) alguna cosa que *no* esté *en su lugar, no en orden* (igual expresión en Lucas 23:41). Entretanto declara Festo, Pablo *está encarcelado en Cesárea,* y allí quedará. Bien que enunciada en términos indirectos, la decisión del gobernador es positiva. Ora hubiera penetrado los designios de los jefes del pueblo (el v. 16 lo haría suponer), ora su principal razón fuera realmente la brevedad de su permanencia en Jerusalén. Festo rehusa claramente a los judíos el *favor que piden.* El procurador pagano, inspirado por los principios del derecho romano, se muestra más justo que los jefes de Israel, animados de un espíritu de corrupción y de mentira.

judíos que de Jerusalén habían bajado, trayendo muchas y graves
8 acusaciones, las que no podían demostrar [4], defendiéndose Pablo:
Ni contra la ley de los judíos ni contra el templo ni contra César
9 he pecado en algo [5]. Mas Festo, queriendo de los judíos el favor
ganar, respondiendo a Pablo dijo: ¿Quieres, subido a Jerusalén,
10 allí sobre esto ser juzgado ante mí [6]? Mas Pablo dijo: De pie ante
el tribunal de César estoy, donde es necesario sea yo juzgado. A
judíos ningún agravio he hecho, como también tú mejor compren-
11 des [7]. Si soy pues criminal y algo digno de muerte he cometido, no
rehuso el morir; mas si nada hay de lo que éstos me acusan, nadie
me puede donar a ellos: a César apelo [8].

4. Los judíos han aceptado pues realmente la invitación del gobernador y se han trasladado a Cesárea para acusar a Pablo. Lucas no dice qué *acusaciones* presentaron contra Pablo, suponiéndolas conocidas por los relatos precedentes; la respuesta de Pablo (v. 8) las indica por lo demás claramente. Lucas se limita a observar que *no podían probarlas*.

5. Parece pues que los judíos repetían contra Pablo sus acusaciones ordinarias de haber enseñado contrariamente a la ley judía y profanado el templo (21:28; 24:5); a lo que agregaban algún delito político (*contra César*), lo que hubiera sido mucho más grave a los ojos del gobernador romano, si lo hubiera creído (17:7; Juan 19:12).

6. Festo, a pesar de la negativa que precedentemente había opuesto a los judíos (v. 4), o más bien a causa de esa misma negativa, deseaba estrenarse en sus altas funciones con algún acto que les mostrara su buena voluntad. De ahí la proposición que hace a Pablo. No debía esperar que Pablo aceptara, pero se daba por lo menos el tono de haber querido ser agradable a los judíos. Festo debía pedir a Pablo su asentimiento y no podía con su propia autoridad decidir que el proceso tuviera lugar en Jerusalén, porque, en su calidad de ciudadano romano, Pablo era de competencia de la justicia imperial y el gobernador no tenía derecho de distraerle de la jurisdicción de César para entregarle a otro tribunal, al sanedrín. Se trataba, en efecto, de hacerle juzgar en Jerusalén por el sanedrín; sólo que para tranquilizar a Pablo y ganarle, si fuera posible, a su proyecto, Festo le promete estar presente en la sesión. Agrega, como dice Bengel: "de la manera especiosa", *delante de mí*.

7. Pablo se considera como *en pie ante el tribunal de César*, porque todo magistrado romano administraba justicia en nombre del emperador. Allí, agrega, (gr.) *es necesario sea yo juzgado*. Y da las razones de este categórico *es necesario*. Primeramente, que es inocente respecto de los judíos, y puede, por consiguiente, recusar su jurisdicción. *A los judíos no he hecho ningún agravio.* Y aquí apela a la conciencia de su juez mismo: *como tú mismo lo reconoces muy bien;* Pablo lo infiere de la proposición que Festo acaba de hacerle (v. 9); Festo no dejaría en libertad de escoger sus jueces a un hombre al que creyera verdaderamente culpable. Comp. también el relato de Festo, v. 17-19.

8. Apartados los judíos, queda César a quien me acusan de haber faltado; si es así, si (gr.) *estoy en la injusticia, si he cometido algo digno de muerte,* máteseme; pero si esta segunda acusación es tan falsa como la primera, *ninguno puede* (según las reglas del derecho) *entregarme a ellos* (gr. entregarme *por gracia,* por favor, por complacencia por ellos). Palabras que debían ser omnipotentes para la conciencia de un magistrado romano. Pablo concluye pronunciando, según el derecho de todo ciudadano romano, la palabra decisiva: *¡Apelo a César!* Sin ninguna duda, el apóstol habla con tanta resolución, porque tiene en el pensamiento la promesa de su Maestro (23;11).



12 Entonces Festo, habiendo conversado con el consejo respon-
dió: A César has apelado, a César irás [9].

C. 13-27. VISITA DE AGRIPA Y DE BERENICE. — 1º *Festo expone a Agripa el caso de Pablo.* Agripa y Berenice van a Cesárea a saludar a Festo. Este habla al rey del prisionero que Félix le ha dejado; cuenta las solicitaciones que le dirigieron en Jerusalén las autoridades judías, su negativa de entregárselo sin juicio, el proceso abierto en Cesárea donde los judíos presentaron agravios muy diferentes de los que esperaba, disidencias de orden religioso relativas a cierto Jesús, difunto, que Pablo pretendía estar vivo; agrega que Pablo ha rechazado su propuesta de ser juzgado en Jerusalén y apelado al emperador. Agripa expresa el deseo de oír a Pablo. Festo le dice que le oirá el día siguiente (13-22). — 2º *Pablo comparece en audiencia solemne delante de Agripa y de Berenice.* El día siguiente se reúne brillante asamblea: Agripa y Berenice, los principales personajes de Cesárea, oficiales. Pablo es conducido. Festo le presenta al rey, diciendo que los judíos han reclamado su suplicio, pero que nada ha hallado en él que mereciera la muerte; que ha resuelto enviarlo a César, pero no sabe qué escribir a su respecto; tal es la razón por la cual le hace venir ante el rey, pues absurdo le parece enviar un prisionero sin indicar los cargos hechos contra él (23-27).

13 Y habiendo transcurrido algunos días, Agripa el rey y Bere-
14 nice llegaron a Cesárea a saludar a Festo [10]. Y como muchos días

9. Cada magistrado romano tenía un *consejo*, cuyos miembros tenían el título de *asesores;* debía consultarles en casos graves. La apelación al emperador podía ser denegada cuando los motivos invocados eran manifiestamente insuficientes. Festo anuncia a Pablo que su demanda es acogida, y así se cumple el destino del apóstol.

10. *Saludar* significa *rendir homenaje*, pues Agripa, a pesar de su título de rey, debía este acto de cortesía al representante del emperador cuyo vasallo era. *Herodes Agripa II* era el hijo de aquel cuya muerte ha sido referida en 12:20 y sigs. El emperador Claudio en cuya corte había sido educado, le había dado, por el año 50, con el título de rey, el pequeño principado de Calcis en el Líbano, con el derecho de custodiar el templo y nombrar el sumo sacerdote. En el año 53, recibió, en cambio de Calcis, las tetrarquías de Felipe y de Lisanias, al nordeste de Palestina (Luc. 3:1). Sus dominios fueron aun agrandados por Nerón. Vivió hasta el tercer año del reinado de Trajano (98-117). Este príncipe residía ordinariamente en Jerusalén. Dotado de algunas buenas disposiciones, pero débil, recibió una viva impresión de las palabras de Pablo (26:28). *Berenice* era la her-

pasaban allí, expuso Festo al rey el caso de Pablo diciendo: Cierto
15 varón ha sido dejado por Félix prisionero, sobre el cual llegado yo
a Jerusalén, declararon los principales sacerdotes y los ancianos
16 de los judíos, pidiendo para sí contra él condenación [11]; a quienes
respondí que tienen costumbre los romanos de donar algún hom-
bre [12] antes que el acusado presentes tuviera a los acusadores y
17 lugar recibiera de defensa sobre el crimen. Habiéndose pues reuni-
do aquí, ninguna dilación haciendo yo, al día siguiente, sentado en
18 el tribunal, mandé que fuera traído el varón; sobre quien, compa-
reciendo los acusadores, ninguna acusación traían de las malda-
19 des que yo suponía, mas ciertas cuestiones sobre la propia reli-
gión tenían contra él [13] y sobre cierto Jesús, difunto, que Pablo
20 pretendía estaba vivo [14]. Y estando yo perplejo en cuanto a la
cuestión sobre eso decía si querría ir a Jerusalén y allí ser juzgado
21 sobre eso. Mas habiendo Pablo apelado para ser guardado para la
decisión de Augusto [15], mandé que fuera guardado hasta que le
22 enviara a César. Y Agripa a Festo: Querría yo mismo también al
hombre oír. Mañana, dice, le oirás [16].

mana de Agripa II y vivía entonces con él. Viuda de un príncipe de Calcis, su tío, casó en segundas nupcias con Polemón, rey de Cilicia; pero pronto se separó de él para volver a vivir con su hermano. Más tarde se hizo célebre como favorita de Tito (Suetonio, 7). Racine la ha representado, idealizándola, en su tragedia de *Berenice*.

11. El texto recibido tiene: pidiendo *juicio*. La variante de *Sin.*, *B*, *A*, *C*: *condenación*, es admitida por todos los críticos. Expresa mejor el odio de los judíos.

12. El término *donar* un hombre, darlo *por gracia, por favor*, señala la reprobación que provoca en este romano un pedido tan contrario al derecho. El texto recibido tiene: entregar un hombre *a la muerte* o *a la ruina*, contra *Sin.*, *B,A,C;* vers.

13. Festo por consideración a Herodes, designa las creencias de los judíos con un término que no se tomaba necesariamente en mal sentido, y significaba, según la etimología, *temor de los dioses* (Comp. 17:22, 2ª nota). Por el empleo de este término, evitaba formular su propia apreciación de esas creencias, que tenía sin duda por supersticiones.

14. El gobernador romano habla de *cierto Jesús* con una soberbia indiferencia, que su ignorancia excusa, y que es mucho menos culpable que el odio de los judíos. La opinión de Pablo de que Jesús *vive*, es decir que ha resucitado, no halla crédito en Festo; la señala empleando una palabra despectiva que equivale a decir: Pablo *pretende* con cierta jactancia (Comp. Rom. 1:22).

15. Gr. *Habiendo apelado* (pidiendo) *ser reservado* (o *guardado en prisión*) *para el conocimiento de Sebastos. Sebastos* significa: El que debe ser *venerado. Augusto* tenía para los romanos el mismo sentido, y todos los emperadores llevaron ese título a partir de Octavio.

16. Como judío, Agripa debió sentir algún interés por el hombre de que Festo acaba de hablarle; de ahí su deseo de *oirle él mismo*. Gr. *Yo quería* oirle; el imperfecto no indica que su deseo era ya antiguo, sino que subordinaba su realización a la benevolencia de Festo. El gobernador, de su parte, no pedía otra cosa, esperando que la opinión del príncipe judío podría ayudarle a salir del apuro en que estaba (v. 20,26). Es lo que da a entender su pronta respuesta: *Mañana le oirás.*



23 Al día siguiente pues, habiendo venido Agripa y Berenice con
mucha pompa y entrado en la audiencia con tribunos y hombres
24 eminentes de la ciudad, y mandándolo Festo fué traído Pablo [17]. Y
dice Festo: Rey Agripa y todos los varones que estáis presentes
con nosotros, miráis a éste sobre quien toda la muchedumbre de
los judíos me han solicitado tanto en Jerusalén como aquí, cla-
25 mando ser necesario que él no viva más [18]. Mas yo he comprendido
que nada digno de muerte él ha cometido, mas habiendo éste mismo
26 apelado a Augusto he resuelto enviarle [19]; sobre quien algo cierto
que escribir al señor no tengo, por lo cual le he presentado ante
vosotros y sobre todo ante ti, rey Agripa, para que, producido el in-
27 terrogatorio, tenga algo que escribir; pues absurdo me parece en-
viando un prisionero no indicar también las acusaciones contra él [20].

17. Hay que darse cuenta bien de la naturaleza de esta asamblea y del objeto del discurso que Pablo en ella pronunciará (cap. 26). El apóstol ha apelado a César; el gobernador ha pronunciado que esa apelación tendrá efecto (v. 12). No se trata pues ya aquí de un juicio. Si Festo ha escogido la *sala de audiencia* era sin duda por ser el local más apropiado para una asamblea semejante; si invita a los jefes de las cohortes (había cinco en Cesárea, *Josefo, Gwerra de los Judíos*, III,4,2) y a los *eminentes personajes de la ciudad*, era para hacer honor al rey Agripa. Deseaba conocer la opinión de éste sobre este singular prisionero, del que no sabía qué pensar. Le creía inocente (v. 25); pero en presencia de la insistencia de los judíos en acusarle, era muy cómodo poder basarse en la opinión de un príncipe de su nación. La asamblea así formada, el apóstol *fué conducido*, cargado de cadenas (26:29).

18. Las palabras de Festo nos muestran que a los jefes del pueblo judío se había unido toda una *multitud* fanática que pedía a *gritos* la muerte del apóstol (Comp. 22:22). Lucas no había referido este detalle en su relato de la visita de Festo a Jerusalén (v. 7).

19. Tal es la traducción más autorizada del texto de *Sin., B,A,C.* El texto recibido tiene: "*habiendo* reconocido que nada ha hecho... *y* habiendo apelado él mismo... he resuelto". Pero la inocencia reconocida de Pablo no era un motivo para enviarle a César; ¡al contrario! (26: 32).

20. El *interrogatorio*, o mejor el *examen* sencillo del caso de Pablo no debía ser seguido de una sentencia, puesto que su suerte estaba ya oficialmente determinada (v. 12). Pero el gobernador, enviando a Pablo a Roma, debía *escribir al señor* (título adoptado por los sucesores de Tiberio), es decir, hacer una relación. Ahora bien: no hallando en Pablo ningún delito político y no dando fe a las acusaciones religiosas de los judíos, que ni siquiera comprendía, se concibe que no tuviera *nada de cierto que escribir*. Y como tal pro-

D. 1-32. Discurso de Pablo ante Agripa. — 1º *Exordio del discurso.* Habiendo recibido de Agripa permiso de hablar en su defensa, Pablo se declara dichoso de tener que disculparse delante de un príncipe que conoce las discusiones de los judíos. Le ruega que le escuche con paciencia (1-3). — 2º *Primera parte. El origen judío de Pablo.* Su conducta desde su juventud, en medio de su pueblo, es conocida de todos los judíos; era fariseo, y ahora ¡helo ahí puesto en juicio por haber esperado el cumplimiento de la promesa de Dios sobre la cual todo Israel cuenta! ¿Hallarían increíble algunos judíos que Dios resucite muertos? (4-8). — 3º *Segunda parte. Cómo se volvió apóstol de Jesucristo*: a) *Su carrera de perseguidor.* Había llegado por sí mismo a la opinión de que debía oponerse con todas sus fuerzas a la predicación de Jesús de Nzaret. Ha hecho encarcelar a muchos de sus santos y aprobado su ejecución. Los trataba con rigor en todas las sinagogas y los perseguía hasta en las ciudades extranjeras (9-11). b) *Su conversión.* Partió, con ese objeto, para Damasco, munido de plenos poderes. En camino, una luz más brillante que la del sol le circundó con su esplendor, lo mismo que a sus compañeros. Una voz le dijo, en lengua hebrea: ¿Por qué me persigues? ¡Duro te sería resistir! Supo que era Jesús, al que había perseguido, y recibió orden de levantarse, pues el Señor le había aparecido para hacer de él su testigo; como tal debía ejercer un ministerio de misericordia y de liberación en medio de Israel y entre las naciones (12-18). — 4º *Tercera parte. El apostolado de Pablo, el contenido de su predicación.* Pablo obedece a la visión; en Damasco, en Jerusalén y en Judea, entre los paganos, ha predicado el arrepentimiento. Esta actividad misionera le valió ser detenido en el templo por algunos judíos que querían matarle. Dios le protegió y le permitió hasta este día predicar a todos el cumplimiento de las predicciones del antiguo pacto por los padecimientos y la resurrección de Cristo, luz de Israel y de las naciones (19-23). — 5º *Resultados del discurso de Pablo*: a) *Interrupción de Festo.* El gobernador declara a Pablo que su mucho saber le ha hecho perder el sentido. Pablo replica que anuncia la verdad y la formula de manera sensata (24, 25). b) *Interpelación a Agripa.* Pablo apela al rey, que está instruído de los hechos en cuestión. Le pregunta si cree en los profetas. Agripa responde que el apóstol no está lejos de ganarle a la fe cristiana. Pablo expresa el voto de que el rey y todos los concurrentes se vuelvan tal como él mismo es, con excepción de sus cadenas (26-29). c) *Pablo es reconocido inocente.* Todos se levantan y se retiran. Convienen en que Pablo nada ha hecho que mereciera la muerte o la prisión. Agripa declara a Festo que se podría soltarle, si no hubiera apelado al emperador (30-32).

XXVI Y Agripa a Pablo dijo: Permitido te es hablar por ti mismo.
2 Entonces Pablo extendiendo la mano se defendía [1]: Sobre todo

ceder sería *irrazonable*, esperaba que el resultado de la entrevista con Pablo y la opinión de Agripa podrían sacarle de esa posición apurada.

1. *Pablo*, en el momento de tomar la palabra delante de esa brillante asamblea (Comp. 25:23, nota), *extiende la mano*, no como en otra ocasión (21:40) a fin de obtener si-



aquello de que soy acusado por judíos, rey Agripa, héme conside-
3 rado dichoso de haber hoy ante ti de defenderme, perfecto cono-
cedor siendo tú de todas las costumbres y cuestiones entre judíos;
por tanto suplico me oigas con longanimidad [2].
4 Mi modo pues de vivir desde la juventud, que desde el princi-
5 pio fué en mi nación en Jerusalén, conocen todos los judíos, cono-
ciéndome antes desde el principio, si quieren dar testimonio, que
según la más exacta secta de nuestra religión he vivido fariseo [3].
6 Y ahora a causa de la esperanza de la promesa hecha a nuestros
7 padres por Dios estoy en juicio, a la que nuestras doce tribus in-
tensamente rindiendo culto noche y día esperan llegar; sobre cual
8 esperanza ¡soy acusado por judíos, oh rey [4]! ¿Por qué se juzga in-
creíble entre vosotros si Dios muertos resucita [5]?

lencio, sino para dar con ese ademán más solemnidad a su exordio. La ocasión era grave en efecto. El apóstol, que ha apelado al emperador, sabe que no saldrá de su prisión sino para irse a Roma y que es ésta la última vez que puede dar testimonio del evangelio de la gracia en su país y delante de un rey de su nación. Por eso, al mismo tiempo que se justifica de las acusaciones de que es objeto, su discurso muestra que toma más a pecho hacer penetrar la verdad divina en las almas que le rodean. En cuanto a la marcha de su discurso, de que Lucas nos ha conservado el resumen, véase el análisis.

2. Este corto exordio es sencillo, digno, verdadero, sin ninguna huella de adulación al real oyente, y muy comprensible para el gobernador romano y sus oficiales. Pablo, que ya había comparecido ante Festo, *acusado por judíos* (25:7), podía *considerarse dichoso* de hablar en presencia de un rey que conocía *las costumbres* de los judíos y las *cuestiones agitadas entre ellos*, sin compartir sin embargo el odio ciego de los sacerdotes. Podía esperar ser comprendido.

3. El apóstol echa primeramente una mirada sobre su vida pasada, y apela al *testimonio* de los mismos judíos que le acusan. Recuerda que ha vivido, *desde su juventud, en Jerusalén*, estudiando con Gamaliel; sus acusadores lo *saben*, y saben también que *ha vivido* como *fariseo*, *según la secta más exacta* de la *religión* judía. Tales antecedentes debían ya debilitar acusaciones falsas.

4. ¡Qué chillona contradicción! Ser *acusado, puesto en juicio* por *judíos a causa de la esperanza* de todo el pueblo de Israel, de las *doce tribus;* una esperanza santa, fundada en la *promesa* de Dios a los padres (gr. *promesa acontecida a nuestros padres de parte de Dios*); una esperanza en fin hacia cuyo *cumplimiento* tienden con todos sus votos (gr. esperan *encontrarla*) las almas piadosas *que sirven a Dios* (gr. *dan su culto*) *continuamente, día y noche!* Ahora bien: Pablo predicaba que esta esperanza estaba cumplida en el Mesías, por su vida, su muerte, su resurrección v. 8; 13:32;23:6;24:14, 15;28:20), en dos palabras por el establecimiento de su reinado sobre la tierra. Por doquier sostiene el apóstol así la unidad del antiguo pacto y el nuevo, de la promesa de Dios y el evangelio; por esta razón podía, con toda verdad y en todos sus discursos, considerarse como perteneciendo

9 Yo pues, sí, había pensado en mi mismo que cuanto al nom-
bre de Jesús el Nazareno era necesario hacer muchas cosas con-
10 trarias; lo que también hice en Jerusalén, y a muchos de los san-
tos yo en cárceles encerré habiendo recibido la autoridad de parte
11 de los principales sacerdotes, y siendo ellos matados di mi voto, y
por todas las sinagogas muchas veces castigándolos los obligué a
blasfemar, y enfurecido muchísimo contra ellos los perseguía aun
hasta las ciudades extrañas [6].

aún al pueblo de Dios. Por esto se cuida mucho de atribuir a todo ese pueblo, del que millares se habían hecho cristianos, las injustas acusaciones levantadas contra él; *judíos*, dice (v. 2 y 7), y no *los judíos*, según un texto alterado (*minúsc.*) o versiones inexactas. Es necesario observar que este discurso se dirige particularmente al rey Agripa (v. 3), como lo prueban estas palabras: *nuestros padres*, y la alusión a las esperanzas del pueblo de Israel.

5. Esta pregunta abrupta prueba que Pablo había presentado la *resurrección* del Salvador como realización de la esperanza (v. 7), y quizá también que veía señales de incredulidad en el rostro de algunos oyentes. Pablo sabía muy bien que la *resurrección de los muertos* debe parecer *increíble* a todo el que no tiene la fe en el Dios vivo y verdadero. Por eso su pregunta se dirige aun al judío Agripa, al que consideraba como creyendo por lo menos la revelación divina (v. 27); ese es el sentido de las palabras *entre vosotros*. Y aun hace la pregunta de modo que va en ayuda de la duda. No dice: ¿Es increíble a vuestro juicio *que* Dios resucite muertos?, sino (gr.) *si* Dios los resucita. *Si* realmente lo hace, ¿lo negaréis, *juzgando* que eso le es imposible? ¿No es un hecho más fuerte que todos los raciocinios? En lugar de traducir este versículo como en nuestro texto, muchos exégetas y versiones lo vierten así: *¿En qué* juzgáis increíble?... El sentido en el fondo es el mismo.

6. Los primeros tiempos de su vida, que acababa de recordar (v. 4-7), eran ya de gran fuerza apologética. ¡Cuánto mejor prueba la sinceridad de su fe en el judaísmo, y también la verdad divina de conversión, al exponer las persecuciones que había hecho contra los cristianos! Para hacer de ese perseguidor convencido un ardiente apóstol de Jesucristo, ha sido necesario un milagro de la gracia, que debía causar impresión hasta en un Agripa y que, en todo tiempo, lleva consigo su potente demostración. Por una razón profunda pues, desarrolla Pablo sucesivamente estos dos cuadros (v. 9-11 y v. 12 y sigs.) Pero es necesario observar, en lo que Pablo refiere de sus actos de enemistad *contra el nombre de Jesús*, diversos detalles que no se encuentran en otra parte. Así, *en Jerusalén*, había *encerrado en cárceles muchos de los santos*, es decir, de los discípulos de Jesús, a quienes no teme dar este hermoso nombre de *santos*, aun en presencia de una asamblea semejante. Así también, *cuando se los hacía morir*, él *daba su voto* para ello. El plural puede aplicarse, por amplificación al caso único de Esteban. Muertes semejantes no debieron repetirse a menudo (Juan 18:31). La expresión: *yo daba mi voto*, es figurada y significa: yo aprobaba, pues Pablo no tenía que votar en el sanedrín. (Comp. 8:1; 22:20). Por último, *a menudo*, persiguiéndolos en *todas las sinagogas*, e infligiéndoles *castigos, los constreñía a blasfemar*,



12 En cuales circunstancias, yendo a Damasco con la autoridad
13 y comisión de los principales sacerdotes, a medio día por el camino
vi, oh rey, una luz por sobre el esplendor del sol brillando del cie-
14 lo en derredor de mí y de los que iban conmigo; y habiendo caído
todos nosotros a tierra oí una voz diciéndome en lengua hebrea:
Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro te es dar coces contra
15 los aguijones [7]. Mas yo dije: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo:
16 Yo soy Jesús a qien tú persigues. Pero levántate y tente sobre tus
pies; pues para esto te he aparecido, para determinarte por minis-
tro y testigo tanto de lo que me has visto como de aquello en que
17 apareceré a ti [8], librándote del pueblo y de los gentiles, a quienes-

se esforzaba por hacerles abjurar o maldecir el nombre de Jesús. Y no contento con ejercer así en Jerusalén su *extremo furor*, quiso llevarlo *hasta las ciudades extranjeras*. Mas aquí le esperaba el día señalado por Dios. Se concibe con qué profundo dolor recordaba el apóstol estas cosas (1 Cor. 15:9).

7. Véase sobre este relato, 9:3-9, notas y comp. 22:6-11. Esta tercera relación de la conversión de Pablo es la única donde se encuentran dos detalles notables. Primeramente las palabras: *en lengua hebrea*. Pablo en una asamblea compuesta como lo era la de Cesárea (25:23), se servía sin duda alguna de la lengua griega; era, pues, natural que hiciera observar que *la voz le* habló *en dialecto hebreo* (21:40, nota). No era menos natural que el Señor, dirigiéndose a un israelita empleara su lengua materna, la de su infancia y de sus impresiones religiosas más profundas. (Comp. 22:2.). Este detalle, que el apóstol tiene cuidado de realzar, sirve para mostrar la completa realidad del gran acontecimiento que relata; no había olvidado ningún detalle de él. Luego, nuestra relación es la única que contiene las palabras: *Duro te es cocear contra los aguijones*. Esta expresión figurada, empleada también por los griegos, es, en su aplicación a Pablo, de una verdad profunda. Los que conducen los bueyes los estimulan por medio de una larga caña terminada por una punta de hierro. Si el animal resiste, cocea, el *aguijón* se entierra en sus carnes. Tal habría sido la experiencia de Pablo si hubiera persistido en su rebelión contra su Maestro, contra la verdad, contra su propia conciencia después de haber oído el llamado de Dios. Cuanto más se prolonga la resistencia, tanto más *dura* se torna; ella debe concluir, para la criatura moral y responsable, por la sumisión o por la ruina.

8. El apóstol, o quizá Lucas, resumiendo su discurso, reune (v. 16-18) todas las palabras que fueron dirigidas a Pablo, ora por el Señor mismo, ora por Ananías (9:15), ora por una revelación subsiguiente (22:17,21). Es la vocación auténtica y completa de Pablo al apostolado. Tenemos que realizar diversas expresiones importantes: *Levántate, ténte sobre tus pies*, estas palabras tienen un sentido moral, no menos que un significado literal: prosternado en el polvo del camino, Saulo debe *levantarse* con esperanza y aliento y tomar una actitud propia de los trabajos y combates que le están reservados (Ezeq. 2:1,3). En efecto, el propósito de esta *aparición* era el de *establecerle ministro* (gr. *servidor*) *y testigo* (1:8; 22:15, notas), ¿de qué?, tanto de las cosas que acababa de *ver* (*B, C*, tienen: de las

18 yo te envío [9] a fin de abrir sus ojos, para convertirse de las tinie-
blas a la luz y del poder de Satanás a Dios, para que reciban ellos
el perdón de los pecados y parte entre los santificados por la fe
en mí [10].
19 Por lo que, rey Agripa, no me hice desobediente a la celestial
20 visión, sino que a los que estaban en Damasco primero tanto como
en Jerusalén y por toda la región de Judea y a los gentiles anun-
ciaba que se arrepintieran y que se convirtieran a Dios, obras ha-
21 ciendo dignas del arrepentimiento [11]. Por causa de esto habiéndo-

cosas por las que *me* has visto; lección adoptada por Westcott y Hort, Weiss) como de aquellas que el Señor le revelará aún *apareciéndole* en otras ocasiones. Algunos exégetas traducen este verbo: cosas que yo te *haré ver*; pero como la forma es puramente pasiva, no puede significar más que: *yo seré visto de ti o te apareceré.*

9. El Señor aparecerá aún a su siervo para *libertarle* de todos los peligros, ora le vengan de ese *pueblo judío* o de parte de los *paganos.* Se ha propuesto traducir: *escogiéndote* de en medio de... pero es contra el sentido constante de este verbo en nuestro libro (7:10,34; 12:11; 23:27), y por otra parte, Pablo no ha sido elegido *de en medio de los gentiles.* Estas palabras *hacia los cuales te envío* (Jer. 1:7), designan por igual a unos y otros. (Comp. v. 20.) En efecto, Pablo se dirigía dondequiera en primer lugar a su nación, y no se volvía hacia los paganos sino cuando los judíos le rechazaban (13:5, nota). Convenía al propósito de su discurso ante Agripa hacer constar bien este hecho.

10. El objeto de la vocación de Pablo es magníficamente expuesto por él, en estas palabras. Hay en ellas una cadena de gracias divinas a la que no falta ni un eslabón, desde el momento cuando *los ojos se abren a la luz* del evangelio hasta aquel en que un alma salvada toma *su parte entre los* venturosos *santificados* (Isa. 35:5;42:6,7,16). Las palabras tan importantes: *por la fe en mí,* indican el medio de obtener la *remisión* o el *perdón de los pecados,* y por ende la salud eterna. Era, para los oyentes de Pablo, una invitación a tomar su parte en todas estas gracias divinas. Esta parte del discurso no contiene más que ideas y expresiones muy familiares a nuestro apóstol, prueba manifiesta de la fidelidad con que Lucas las ha recogido (Col. 1:12 y sig.; Ef. 2:2; 5:8,2 Cor. 4:4,6; Act. 20:32).

11. Interpelando a *Agripa* por su nombre, Pablo se dirige a la conciencia del rey; le invita a seguir el ejemplo que él le ha dado *no resistiendo a la visión celestial.* Gr. *No me hice desobediente* a la visión celestial; esta expresión indica "la libertad del hombre ante el llamado del Señor", como dice Barde (Comp. Juan 20:27, nota). En la descripción que hace de su actividad entre Judíos y paganos, desde el momento de su conversión hasta el actual, Pablo es obligado a abreviar, y a pasar por alto diversos detalles de lo que ocurrió entre su conversión y sus primeras predicaciones, tanto en Damasco como en Jerusalén. Sin razón pues se ha querido ver en ello una contradicción entre esta rápida exposición y algunos pasajes de la epístola a los Gálatas (1:21,22; Comp. Act. 9:19,20, notas). Decir a Agripa que el objeto de su predica-



me judíos tomado prisionero en el templo tentaban de matarme.
22 Habiendo pues obtenido el socorro de parte de Dios hasta este día
subsisto dando testimonio tanto a pequeño como a grande, nada
diciendo fuera de lo que tanto los profetas dijeron debe aconte-
23 cer como Moisés, si estaba el Cristo destinado a sufrir, si siendo el
primero por la resurrección de los muertos debía anunciar luz tan-
to al pueblo como a los gentiles [12].
24 Y defendiéndose él con esto Festo con grande voz dice: Estás
25 loco, Pablo; las muchas letras a la locura te llevan [13]. Mas Pablo:

ción era el *arrepentimiento* y la *conversión,* era también mostrarle el camino de la salvación. Pablo emplea aquí algunas expresiones que recuerdan la predicación de Juan el Bautista (Mat. 3:8). ¿No podía este recuerdo hacer también en el rey una seria impresión?

12. El apóstol vuelve, al terminar, al momento en que fué detenido *en el templo* por *judíos,* que querían *matarle* (gr. *matarle con sus manos,* 5:30, nota; Comp. 21:30,31), lo que fué origen de su encarcelamiento y de todo su proceso. Por eso se empeña en atribuir al *socorro de Dios* el hecho de que *subsiste hasta hoy* y puede *dar testimonio* a todos de la verdad divina, pero conformándose a lo que han *anunciado* anticipadamente *Moisés y los profetas.* Todo el evangelio no es, en efecto, más que el cumplimiento de sus profecías (Luc. 24:27,44), y este evangelio se resume en estos dos hechos de inmenso alcance: los *sufrimientos* y la *resurrección* del Cristo (Luc 24:26). De él resplandece *la luz* divina sobre *el pueblo* (judío) y sobre *las naciones* (Luc. 2:32; Isa. 42:6;49:6). Este final del discurso es un magnífico testimonio dado al evangelio, en su armonía profunda con las promesas del antiguo testamento (Isa. 53). Hay que observar también aquí los pensamientos y las expresiones mismas familiares al apóstol Pablo: así nombra a Cristo (gr.) *el primero de la resurrección de los muertos* (Véase 1 Cor. 15:20; Col. 1:18; y Comp. Apoc. 1:5). Por último, el apóstol no dice directamente, como una predicción de los profetas, *que* el Cristo debía sufrir, *que* resucitaría el primero de entre los muertos, sino (gr.) *si* el Cristo debía sufrir, *si* el primero, etc. Pablo emplea intencionalmente este giro para hacer comprender a Agripa que esos eran los puntos en cuestión entre él y los judíos, sus acusadores; pues éstos, en sus concepciones carnales, esperaban, no un Mesías paciente, que debiera morir por los pecados del hombre y resucitar por su justificación y su vida, sino un Mesías glorioso y triunfador según el mundo (1 Cor. 1:23).

13. Festo (impaciente al oir verdades que sobrepasaban el horizonte de su paganismo, poco impresionado en su frío escepticismo por la ardiente palabra de un apóstol, contrariado al no hallar en el discurso de su prisionero las informaciones jurídicas que esperaba sobre su causa, exclama en alta voz: *¡Estás loco, Pablo!* Y atribuye lo que le parecía una exaltación de espíritu al *gran saber en las letras* (sentido del original griego), que había observado en las numerosas citas que Pablo hacía de las escrituras. Estas palabras de Festo no son ni una chanza irónica (Olshausen), ni la expresión de la ira (Meyer, Crisóstomo), sino una señal de impaciencia manifestada por una expresión hi-

No estoy loco, dice, excelentísimo Festo, sino que palabras expreso
26 de verdad y de cordura [14]. Sabe en efecto sobre esto el rey, a quien
también hablo teniendo osadía; pues de que no se le oculta nada
de esto persuadido estoy; pues no ha sido hecho esto en un rin-
27 cón [15]. ¿Crees, rey Agripa, a los profetas? Sé que crees [16]. Y Agri-
28 pa a Pablo: Con poco esfuerzo me persuades a hacerme cristiano.
29 Mas Pablo: ¡Rogara yo a Dios que, tanto con poco esfuerzo como
con grande, no sólo tú sino también todos los que me oyen hoy
fueran hechos tales cual también yo soy, excepto estas prisiones [17]!

perbólica que excedía en mucho su verdadero pensamiento. Este término: *Estás fuera de ti*, no debe ser considerado como un insulto, pues no estaba ni en el carácter ni en la posición del gobernador ultrajar a un prisionero por el cual, en el fondo, tenía estima (v. 31;25:25). Por lo demás la palabra del original no tiene jamás ese sentido injurioso en el nuevo testamento, sino que expresa un juicio exagerado sobre alguno cuyo lenguaje parece increíble a los que lo escuchan (Juan 10:20; Act. 12:15;1 Cor. 14:23). La respuesta tranquila y respetuosa de Pablo muestra claramente que no se creía insultado. Sabía muy bien, el gran apóstol de los paganos, que la predicación de Cristo crucificado es una *locura* para los griegos, pero él se servía, para decirlo, de otro término (1 Cor. 1:23).

14. *Palabras de verdad* objetiva, divina, y de *cordura* en el que las *pronuncia*. Todo el que predica el evangelio con fidelidad debe parecer *fuera de sí* al hombre del mundo, mientras que ese evangelio es para sí mismo el supremo *buen sentido*. El tono mismo de esta respuesta de Pablo era la mejor refutación del juicio de Festo.

15. Pablo apela al juicio de Agripa que, como judío, debía conocer los grandes hechos de la historia evangélica, que el apóstol acababa de recordar en su discurso. Es lo que designa por estas palabras: *esto*: Agripa no podía *ignorarlas*, agrega el apóstol, pues no habían *ocurrido en oculto* (gr. *en un rincón*), sino muy públicamente, en la gran ciudad de Jerusalén.

16. Después de haber apelado al testimonio de Agripa, Pablo se vuelve hacia él, e impelido por su celo apostólico, le dirige una pregunta directa para obligarle a decidirse. Agregando esta afirmación positiva: *Sé que crees*, apelaba a la creencia común a todos los judíos, pues no es probable que estuviera especialmente instruído de las opiniones personales de su real oyente. Se puede ver también en sus palabras un benevolente estímulo a retener esas creencias y profesarlas.

17. *Sin.*, *B*, algunas *minúsc.* y vers. tienen: *me persuades a hacer* (me) cristiano. Esta lección es adoptada por Tischendorf, Nestle, Weiss. Lachmann y Blass prefieren el texto de *A*: tú *te* persuades (verbo en voz media) es decir *tú crees* hacerme cristiano. Esta lección parece ser una corrección lo mismo que la de las *mayúsc.* más recientes y de la mayor parte de las *minúsc.* que es: me persuades a *volverme* cristiano. El texto más autorizado: *Con poco me persuades a hacer un cristiano*, resulta, como dice Wendt, de la fusión de ambas ideas: vas a persuadirme a *volverme* cristiano y: vas a *hacer* de mí un cristiano. Debe pues traducirse: *Con poco me vas persuadiendo a hacer de mí un cristiano*. Pero ¿cuál



30 Y se levantó el rey y el gobernador y Berenice y los que esta-
ban sentados con ellos, y habiéndose retirado hablaban unos a
31 otros diciendo: Nada digno de muerte o de prisiones hace este
32 hombre. Y Agripa a Festo dijo: Podía haber sido soltado este
hombre si no hubiera apelado a César [18].

es el sentido de las palabras *con poco* en esta declaración de Agripa, *con poco...*, *con grandes...*, en la réplica de Pablo? Para completar esta locución, se puede sobrentender: *tiempo* o *discurso*. Este último término parece indicado por la antítesis que se halla en la respuesta de Pablo: *Con grande*. Que se vea en estas palabras un circunstancial de tiempo o que se las entienda del medio empleado, el sentido es en el fondo el mismo: se trata de la prontitud o la facilidad con que sería obrada la conversión de Agripa al cristianismo. Otra pregunta, más importante pero más difícil de resolver de modo cierto, es ésta: ¿Son irónicas o no las palabras de Agripa? Si se ve en ellas un propósito de no recibir, lleno de ironía, hay que traducir: *En tiempo muy corto*, o *en muy breve discurso* (Rilliet: *a poco costo*) *pretendes tú persuadirme de hacerme cristiano*, ¡pero se necesitaría mucho más! Se hace observar, en apoyo de esta interpretación, que la palabra *cristiano*, poco simpática en esa época, debe tener, en boca de Agripa un sentido irónico.

Tal es la explicación de la mayor parte de los intérpretes modernos (Meyer, Zöckler, Weiss, Blass, Barde). Pero se puede objetar a esta explicación 1º La seguridad con que Pablo ha hablado de la fe en los profetas que él suponía en Agripa; 2º La respuesta del apóstol, respuesta tan cordial, tan alentadora y estimulante, que no habría podido hacer si el rey se hubiera expresado con ironía. Parece ella probar, que con estas palabras, Agripa reconocía la fuerza de la argumentación de Pablo, que estaba conmovido del relato que el apóstol acababa de hacer de la aparición de Jesús y que quería decirle: Estás muy cerca de persuadirme; bastaría, para obtener ese resultado, que añadieses *un poco* a tus discursos. Esta segunda interpretación, que nos parece la más probable, fué presentada ya por Crisóstomo y los padres; ha sido introducida por T. de Beza en nuestras antiguas versiones francesas. Calvino vacilaba entre ambas. Se encuentra ella también en la versión inglesa y en la de Lutero; el profundo exégeta R. Stier la defiende enérgicamente, y recientemente Wendt la ha sostenido en una exposición muy clara y convincente. Esta misma perspectiva de ser persuadido por el apóstol hace retroceder a Agripa. ¡Volverse *cristiano*, *él*, el rey judío... imposible! Por eso su reflexión, aunque sea expresada con emoción y testifique la impresión que ha recibido, es un modo de cortar la conversación. Pero sin dejarse detener, Pablo, en su ardiente amor de las almas, replica: (gr.) *Querría yo rogar a Dios que, con poco y con grande*, es decir, que baste para ello pocas palabras, o que sea necesario un gran discurso, tú *te tornaras tal como yo soy*. Luego extiende este voto de su corazón a *todos los que le escuchan*. Por último, con un además conmovedor y lleno de delicadeza, extendiendo sus manos cargadas de cadenas, agrega: *con excepción de estas cadenas*. Jamás se ha mostrado el apóstol Pablo más grande que en este discurso, en presencia del último de los reyes de su pueblo.

18. Aun Meyer, que ve en la respuesta de Agripa una ironía, recono-

## VII. Viaje de Cesárea a Roma

(Cap. 27 y 28)

A. 1-13. La partida. De Cesárea a la isla de Creta. — 1º *Primera parte de la navegación.* La partida para Itália decidida, Pablo y otros prisioneros son entregados al cuidado del centurión Julio, de la cohorte Augusta. Suben, con Aristarco de Tesalónica y el autor del relato, a un navío de Adramyttium. En Sidón recibe Pablo permiso de ir a ver a sus amigos. Vientos contrarios obligan a los navegantes a pasar al Este de Chipre; luego, franqueando el mar de Cilicia, llegan a Mira de Licia. Allí hace subir el centurión sus prisioneros a un navío de Alejandría que iba a Italia. Llegan a Cnido con dificultad y pasan por debajo de Creta, que costean difícilmente y llegan a Buenos Puertos (1-8). — 2º *Pablo aconseja interrumpir la navegación.* Estando avanzada la estación y el ayuno pasado, advierte Pablo a sus compañeros que no podrán continuar el viaje sin exponerse a grandes riesgos. El centurión tiene más confianza en lo que dice el piloto. Tratan de ganar el puerto de Fénix, más favorable para invernar. Levan anclas y, como la brisa del Sur los impele a lo largo de las costas de la isla, creen alcanzar su objeto (9-13).

XXVII Y como fué resuelto que navegáramos a Italia, entregaban
tanto a Pablo como algunos otros prisioneros a un centurión por
2 nombre Julio de la cohorte Augusta [1]. Y habiéndonos embarcado en

ce que las últimas palabras, tan conmovedoras, del apóstol habían podido hacer en el príncipe una impresión que no habría podido ocultar si le hubiera escuchado por más tiempo, y que a causa de ello, *se levanta* y *se retira,* seguido de toda la compañía. Entonces, consultando juntos, esos grandes personajes son unánimes en reconocer la inocencia de Pablo, como antes los gobernadores Félix y Festo. Más aún, el rey Agripa expresa su opinión en estos términos: *Podía este hombre ser puesto en libertad.* La única razón de retenerlo prisionero era que *había apelado a César.* Así Festo había conseguido su objeto que era obtener el dictamen de Agripa sobre la causa del prisionero (25:26); y este dictamen era completamente favorable al apóstol. Tal fué uno de los resultados del último discurso del gran apóstol en medio de su pueblo. ¿Llevó fruto en las almas este poderoso testimonio dado al evangelio? La eternidad lo revelará.

1. Lucas no dice cuánto tiempo transcurrió desde la comparición de Pablo ante Festo y Agripa hasta esta partida. Pero por fin la partida tanto tiempo deseada del apóstol fué *resuelta* (gr. *juzgada*), sin duda por el gobernador. Este *entregó a Pablo y algunos otros prisioneros* a la custodia del *centurión Julio,* quien se mostró benevolente durante un penoso viaje. Mandaba una *cohorte* designada con el nombre honorífico de *Augusta* o *imperial,* y que probablemente estaba entonces de guarnición en Cesárea. (Comp. 10:1.) Pablo no estaba solo entre extraños; además de Aristarco (v. 2), Lucas estaba con él; indica su presencia diciendo *nosotros.* Se comprende por consiguiente que el relato de esta navegación sea tan completo; revela hasta en sus



un barco de Adramyttium que había de navegar hacia los lugares a
lo largo de Asia nos hicimos a la mar, estando con nosotros Aris-
3 tarco macedonio tesalonicense [2]; y al otro día arribamos a Sidón,
y tratando Julio á Pablo con humanidad permitióle que yendo a los
4 amigos obtuviera cuidado [3]. Y habiéndonos hecho de allí a la mar
5 navegamos a sotavento de Chipre por ser los vientos contrarios; y el
mar que está a lo largo de Cilicia y Pamfilia habiendo atravesado
6 abordamos en Mira de Licia [4]. Y allí habiendo hallado el centurión
7 un barco alejandrino navegando a Italia nos hizo entrar en él. Y
navegando por muchos días lentamente y apenas llegados a la al-
tura de Cnido, no permitiéndonos el viento acercarnos, navegamos
8 a sotavento de Creta a la altura de Salmone [5]; y costeándola ape-

menores detalles al testigo ocular. Hay que observar también en él los numerosos términos técnicos de marina, que Lucas había aprendido en sus viajes.

2. *Aristarco acompañaba* al apóstol probablemente desde la residencia de éste último en Efeso (19:29;20:4). La nave en que se embarcaron era *de Adramyttium,* en Misia, y debía, yendo allí, hacer escala en diversos *puertos* del *Asia Menor* (gr. *navegar hacia los lugares que están del lado del Asia*) para dejar allí las mercaderías de que estaba cargada. En esos puertos se buscará otro navío que haga vela hacia Italia (v. 6).

3. *Sidón,* ciudad de Fenicia, célebre por su comercio, la rival de Tiro. Parece que la nave se detuvo allí algún tiempo, de lo que Pablo quiso aprovechar para visitar a *sus amigos,* los fieles de esa ciudad. Ultima ocasión de verlos, de hacerles bien mientras que él mismo *recibía* de ellos *sus cuidados,* de que podía tener mucha necesidad al empezar una navegación que debía ser tan penosa. Debió este favor al centurión *Julio,* a quien ya había inspirado confianza y quien *le trataba con humanidad* (gr. *filantrópicamente;* Comp. v. 43).

4. En tiempo favorable, habrían navegado directamente de Sidón hacia el Asia Menor (v. 2), dejando a Chipre a su diestra; pero *los vientos eran contrarios,* soplaban del Oeste o del Noroeste, así que se acercaron a la *isla de Chipre* y costearon de Sur a Norte la ribera oriental de la isla (gr. *navegamos bajo Chipre*) hasta el promontorio que se interna muy al Norte. Tenían así la isla a mano izquierda. Sus altas montañas los protegían contra los vientos. Dejando luego el abrigo de la isla, *atravesaron el mar que costea a Cilicia y Pamfilia,* para arribar a *Mira,* en *Licia.* Estas tres provincias forman la parte meridional del Asia Menor, sobre el Mediterráneo.

5. El *centurión,* encargado de conducir a Roma los prisioneros, halló en *Mira* una nave *de Alejandría* (Egipto), *que navegaba hacia Italia,* y *los hizo subir en ella.* Continuaron costeando el Asia Menor, pero tan *lentamente* que al cabo de *muchos días* no se hallaban más *a la altura de Cnido,* península de Caria. *El viento* del Noroeste *no les permitía,* muchos sobrentienden: "abordar en Cnido", otros: *proseguir en línea recta,* navegando hacia el Peloponeso. Desviándose hacia el Sur, a una gran distancia, buscaron más tranquila mar al abrigo de las altas

nas llegamos a cierto lugar llamado Buenos Puertos, del que cer-
9 ca estaba la ciudad de Lasea [6]. Y habiendo mucho tiempo transcu-
rrido y siendo ya peligrosa la navegación por haber ya pasado
10 también el ayuno [7], les amonestaba Pablo diciendo: Varones, veo
que con avería y grande pérdida no sólo de la carga y del barco
11 sino también de nuestras vidas habrá de ser la navegación [8]. Mas
el centurión atendía más al piloto y al patrón de la nave que a lo
12 que Pablo decía. Y no siendo cómodo el puerto para invernar, los
más dieron consejo de hacerse de allí a la mar, si de algún modo
podrían llegando a Fénix invernar, puerto de Creta que mira al
13 Nordeste y al Sudeste [9]. Y habiendo soplado suavemente el austro,

montañas de Creta (gr. *navegamos bajo Creta,* igual verbo que en el v. 4). La hallaron a partir del promontorio de *Salmone.*

6. De Salmone el navío siguió *con dificultad, apenas,* la costa meridional de la isla. Los lugares donde abordó, *Buenos Puertos* y *la ciudad de Lasea,* no son mencionados por otros escritores de la antigüedad, pero debían estar situados al Este del cabo Matala, donde se halla una bahía que lleva aún el nombre de *stous Kalous Limiones,* Buenos Puertos.

7. *Había transcurrido mucho tiempo* ¿desde la partida de Cesárea (Meyer, Wendt) o desde la llegada a Buenos Puertos (Weiss, Ramsay, Blass)? Se hace valer en favor de esta última suposición el hecho de que desde allí la isla no los protegía ya del viento y esperaron en vano durante todo ese tiempo circunstancias atmosféricas más favorables. Pero si tal hubiera sido el pensamiento del autor ¿no habría debido escribir: habiendo transcurrido mucho tiempo *allí,* y no es más natural referir esta indicación, un poco vaga, a la duración total del viaje? El *ayuno* es el del gran día de las expiaciones (Lev. 16:29 y sig. 23:27 y sig.), el 10 del mes de Tischri (octubre), después del equinoccio de otoño. Entonces la navegación se hacía *peligrosa,* y los antiguos renunciaban a ella, para invernar donde se encontraban. Esta circunstancia motiva la advertencia de Pablo que sigue.

8. Pablo prevé que *la navegación* (gr.) *será con agravio.* Esta palabra no debe entenderse en el sentido moral, como de un insulto, de un desafío a Dios, sino del daño traído por los elementos desencadenados. Prisionero, aventura sin embargo esta modesta advertencia. No fué oído (v. 11); mas que haya osado tomar la palabra sobre este asunto, en medio de las gentes del oficio, muestra el grado de confianza que ya había sabido inspirar. Más tarde (v. 21-26) tomará nuevamente la palabra para confortar a sus compañeros sobre la suerte de sus *vidas* y estimularles con autoridad; y concluirá por ser el amigo y consejero de todos los que navegaban con él (v. 30,31).

9. Era muy natural que el oficial romano se fiara de los profesionales más que de su prisionero. Y como ese puerto *no* parecía *apropiado para invernar,* se pensó elegir, entre dos males, el menor. Se esforzaron por ganar un puerto de la isla llamado *Fénix, para invernar. Fénix,* probablemente hoy Lutro, era un puerto que *miraba según el Lips y el Joros;* eran éstos los nombres de dos vientos uno de los cuales soplaba del *Sudoeste* y el otro del *Noroeste.* El puerto estaba situado de tal manera que se podían poner al abrigo de ambos vientos; estaba orientado siguiendo su dirección.



pensando haber alcanzado su propósito, levando costeaban más
cerca a Creta [10].

B. 14-26. LA TEMPESTAD. — 1º *El navío llevado a la deriva.* De repente un huracán del Nordeste desciende de los montes de la isla e impele el navío hacia alta mar. Mientras pasan bajo la pequeña isla de Clauda, los marineros tiran hacia sí el esquife, ciñen el navío, toman medidas para disminuir su marcha, por temor de dar con los bancos de la Sirte. El día siguiente echan a la mar el cargamento, y al tercer día los aparejos. No apareciendo ni sol ni estrellas, no saben los navegantes ya dónde se encuentran y pierden toda esperanza (14-20). — 2º *Pablo alienta a sus compañeros de viaje.* Desde hacía mucho tiempo ayunaban, cuando Pablo se levanta, recuerda a sus compañeros que habrían evitado este peligro si hubieran seguido sus consejos y no hubieran dejado a Buenos Puertos; luego les exhorta a tomar ánimos, prometiéndoles a todos la vida salva; el navío solo se perderá. Pablo cuenta que un ángel de su Dios le ha aparecido y le ha dicho que debe comparecer ante César, y que Dios le había dado todos los que navegaban con él. Pablo expresa su confianza en esta promesa, mas predice que serán echados a alguna isla (21-26).

14 Mas no mucho después se arrojó abajo desde ella el viento
15 tempestuoso llamado Euraquilón [11]; y habiendo sido arrebatado el
barco y no pudiendo hacer frente al viento nos entregamos y éra-
16 mos llevados [12]. Y habiendo corrido a sotavento de cierta pequeña
isla llamada Clauda pudimos apenas hacernos dueños del esquife [13],
17 habiendo izado el cual usaban de ayudas, ciñendo por debajo el

10. Como costeaban la isla de Este a Oeste, un ligero *viento del Sud,* el *austro,* los impelería hacia adelante, acercándoles al mismo tiempo a tierra. Esto les hizo creer que ya *eran dueños de su propósito.*

11. Gr. *se arrojó abajo de ella,* de Creta (v. 13); se precipitó por las pendientes (Mat. 8:32) y a través de las altas gargantas de la isla, rechazando al navío lejos de las costas hacia alta mar.

12. El nombre de ese *viento tempestuoso,* en el texto recibido (*máyúsc.* recientes y *minúsc.*) es *Euroclidon:* "ola del Euro", del viento del Sudeste. *Sin., B,A* tienen: *Euraquilón;* es el nombre de un viento que soplaba entre el *Euro* del Sudeste y el *Aquilón* del Norte, es decir del Este-nordeste; *llevó* a altar mar la nave que, *no pudiendo hacer frente* fué abandonada *al capricho del viento: nos entregamos.*

13. La *pequeña isla de Clauda* (*B, Cauda,* hoy *Gozzo*) está situada al Sur de la de Creta. Aprovechando el abrigo momentáneo que les ofrecía esa isla, quisieron *hacerse dueños del esquife* que seguía al navío a remolque, izarlo a bordo, por temor de que fuera llevado por el viento, y sujetarlo al flanco del navío (v. 32).

barco [14]; y temiendo ser echados a la Sirte, habiendo arriado el
18 aparejo, así eran llevados [15]. Mas siendo nosotros en gran manera
19 azotados por la tempestad al día siguiente alijaban, y al tercer
20 día con sus propias manos arrojaron los aparejos del barco [16]. Mas
ni sol ni estrellas apareciendo por muchos días, y apretando una
no pequeña tempestad, al fin era quitada toda esperanza de salvarnos [17].
21 Y habiendo largo ayuno, entonces puesto en pie Pablo en me-
dio de ellos dijo: Era necesario sí, oh varones, habiéndome aten-

14. *Empleaban medios de socorro, ciñendo la nave por debajo.* Casi todos los traductores y los exégetas entienden por ello que se ciñó la nave con *cables,* a fin de fortalecer sus flancos. Unos piensan que se los pasaba bajo la quilla, sujetándolos por ambas extremidades; otros estiman que esa ceñidura era dispuesta horizontalmente, a lo largo. Un escritor que, en un libro sobre el arte náutico entre los antiguos, ha consagrado un estudio especial a nuestro relato, el Dr. Breusing, director de la Escuela Naval de Bremen, se adhiere a esta última hipótesis, y dice que se colocaba esos cables cuando el navío estaba aún en el astillero, y que no había más que apretarlos con un cabrestante.

15. La *Sirte* era el nombre de bancos de arena que, del litoral africano, se extendían a los lejos, y que los navegantes temían sobre todo. El navío era pues impelido hacia el Sur. En ese *temor,* añade Lucas, *eran así llevados, habiendo arriado el aparejo.* Se sirve de una expresión cuyo sentido no podemos ya fijar con seguridad: *habiendo arriado el instrumento.* Por esta palabra *instrumento,* que a falta de otra mejor traducimos por *aparejo,* algunos entienden *el mástil,* que no se podía sin embargo *arriar,* o la *verga.* Según Breusing, se trataría de una plancha espesa, mantenida perpendicular en el agua por pesos fijados en los ángulos inferiores y atada por cables a la popa del navío, que arrastraba ese aparato destinado a retardar su marcha.

16. *El día siguiente,* de aquel en que se hizo lo contado en los v. 16 y 17. El texto original no dice qué se *arrojó* al mar, sino solamente: *alijaron.* Sin embargo es natural pensar que fué *el cargamento,* en parte por lo menos (Comp. v. 38, nota). Se resignaron a esta pérdida para alijar el barco, porque era *violentamente azotado por la tempestad,* lo que hacía presentir un naufragio (v. 20). Más aún, *al tercer* día, fué necesario resignarse a sacrificar hasta *los aparejos de la nave.* Y lo característico de la angustia es que fueron los pasajeros quienes aquí, pusieron manos a la obra: *arrojamos,* dice Lucas, *con nuestras propias manos*), sin duda porque los marineros, abrumados de fatiga, no bastaban al trabajo. Es verdad que una variante de *Sin., B, A,* adoptada por muchos críticos, dice: *arrojaron con sus propias manos.* ¿No sería esta lección una corrección?

17. No teniendo *ni sol* de día *ni estrellas* durante la noche, no podían, puesto que la brújula no se había inventado, orientarse; ignoraban a qué mares habían sido impelidos. Se concibe que después de *muchos días* de peligro tan inminente, *toda esperanza* de salud fuera perdida.



dido, no hacerse a la mar desde Creta y evitar esta avería y esta
22 pérdida [18]. Y ahora os amonesto que tengáis buen ánimo; pérdida
ninguna, en efecto, de vida habrá de entre vosotros, fuera del bar-
23 co. Ha estado en efecto conmigo esta noche, del Dios cuyo soy, a
24 quien también sirvo, un ángel diciendo: No temas, Pablo; ante
César es necesario que comparezcas, y he aquí, te ha donado Dios
25 todos los que navegan contigo [19]. Por tanto tened buen ánimo, va-
rones; pues confío en Dios que así será de la misma manera que
26 me ha sido dicho. Mas necesario es que a alguna isla seamos
echados [20].

18. Gr. *Habiendo gran abstinencia de alimento...* Esta introducción al discurso de Pablo extraña, pues, en las palabras que pronuncia, el apóstol no invita a sus compañeros a poner fin a esa abstinencia. En una circunstancia posterior (v. 33) fué cuando les dió ese consejo. ¿Hay que inferir de ello que estas palabras no están en su lugar? Quizá el autor ha querido describir, por la mención de ese ayuno prolongado, el estado de desmoralización completa en que se hallaban los navegantes. ¡Cuán grande se muestra este apóstol de Jesucristo que, en medio de la más grande tormenta, cuando todos desesperan de salvar su vida, *se levanta en medio de ellos,* lleno de valor y fortaleza, dominando tanto los enfurecidos elementos como los espíritus abatidos! Si empieza por reprocharles por no haber quedado, según su consejo, en la isla de *Creta* (v. 10) no insiste, mas les prodiga los alientos y promesas de que era depositario de parte de Dios.

19. Dos veces (v. 22,25) exhorta el apóstol a esos desesperados a *tener buen ánimo.* Pero para ello era necesario que pudiera pronunciar el gran nombre de *Dios* en medio de esta escena, donde una naturaleza hostil amenazaba la vida de todos. Pobre prisionero, osa proferir estas palabras: *¡Ninguno de vosotros perderá la vida!* Ha recibido la seguridad de ello por un mensajero de este *Dios a quien pertenece* por completo *y al que sirve* (gr. al cual *rindo culto;* Rom. 1:9, nota). *Es necesario* que él alcance el objeto de su viaje, Roma, donde debe glorificar a su Maestro, *compareciendo ante César.* Quedan las más extraordinarias de sus palabras; sin ninguna duda, el fiel siervo de Dios había orado por la liberación de sus compañeros de viaje; ahora bien: *he aquí,* ha dicho el mensajero celeste, *Dios te los ha dado todos* (gr. *dados por gracia*). Los doscientos setenta y seis hombres (v. 37) que se hallaban con Pablo sobre esa nave fueron salvados por amor de él, como Sodoma y Gomorra lo hubieran sido por amor de diez justos. "Más fácil es que sean muchos malos salvos con un pequeño número de píos, que el que perezca un solo piadoso con muchos culpables. El mundo es semejante a este navío". *Bengel.*

20. El apóstol confirma una vez más su perfecta *confianza* de que todo acontecerá *como le ha sido dicho;* pero, agrega, esta navegación terminará por un naufragio, seremos *arrojados* contra *alguna isla;* predicción fundada sin duda también en la revelación que acababa de recibir, y que fué realizada ante los ojos de todos (28:1).

C. 27-44. El naufragio. — 1º *Proximidad de tierra.* La décimocuarta noche, sacudidos en el Adriático, los marineros sospechan la proximidad de alguna tierra; echan la sonda y hallan veinte brazas, luego quince. Por temor de dar en arrecifes, echan cuatro anclas de popa, deseando la llegada del día (27-29). — 2º *Pablo previene el deseo de los marineros de huir.* Con la intención de escaparse del navío, los marineros iban a bajar el esquife a la mar bajo pretexto de echar las anclas de proa; Pablo entiende su proyecto y los denuncia al centurión, declarando que su presencia es necesaria para la salud de todos. Los soldados cortan las cuerdas que retenían el esquife y lo dejan caer (30-32). — 3º *Pablo aconseja a sus compañeros que tomen alimento.* Mientras esperan el día, Pablo les exhorta a comer, recordándoles que es el décimocuarto día que no han comido regularmente. Les asegura que ninguno de ellos perderá un cabello de su cabeza. Toma pan, da gracias a Dios y come. Todos siguen su ejemplo. Doscientas setenta y seis personas se hallaban en el navío. Cuando son hartos, echan a la mar el trigo para alijar el buque (33-38). — 4º *Encalladura del navío.* Llegado el día, no reconocen la tierra, mas notando una playa al fondo de una bahía, tientan de hacer encallar allí la nave. Abandonan las anclas cortando los cables, desatan los gobernalles y alzan la vela de mesana para singlar hacia la orilla. Mas la nave encalla en un paraje hondo, la popa es despedazada por las olas (39-41). — 5º *Pablo salvado por el centurión. Todos llegan a tierra.* Los soldados proponen matar los prisioneros, por temor de que escapen. El centurión, por salvar a Pablo, se lo impide. Ordena a los que saben nadar que se echen al agua, a los demás que se pongan sobre despojos del barco; todos llegan a tierra sanos y salvos (42-44).

27 Y como la décimocuarta noche hubo llegado, siendo nosotros
llevados acá y allá en el Adriático [21], a medianoche suponían los
28 marineros que se acercaba a ellos alguna tierra. Y habiendo echado
la sonda hallaron veinte brazas, y habiéndose apartado un poco y
29 echado otra vez la sonda hallaron quince brazas; y temiendo que
por ventura diéramos en arrecifes, habiendo echado de popa cua-
30 tro anclas hacían votos porque llegara el día [22]. Mas procurando los

21. Algunos escritores antiguos llaman *mar Adriático,* no solamente el que lleva hoy ese nombre, sino además toda la parte del Mediterráneo que se halla comprendida entre Creta y Sicilia y que se llamaba generalmente *mar de Jonia.* La *décimocuarta* noche debe entenderse desde la partida de Buenos Puertos, isla de Creta (v. 8). Habían sido echados primeramente por el Euraquilón hacia el Sudoeste (v. 14); luego el viento había debido cambiar al Sudeste. La distancia recorrida era de por lo menos 474 millas marinas. Corresponde bien, según Breusing, al trayecto que puede hacer en catorce días un navío impulsado por la tempestad. Catorce noches y otros tantos días en la tempestad; ¡qué prueba!

22. Los marineros *sospechaban que alguna tierra se les acercaba,* expresión usada en diversas lenguas, y que proviene del hecho de que el marino, sobre su navío, ve la tierra ir hacia él. Un sondaje, dos veces repetido, mostró que el mar perdía en profundidad y se vieron así expuestos al peligro de *dar en arrecifes,* y *echaron las anclas,* luego esperaron. Este último pensamiento es expresado en estos términos, llenos de emoción: *Hacían votos porque llegara el día.*



marineros huir del barco y habiendo arriado el esquife a la mar
31 so pretexto como de proa habiendo de largar anclas, dijo Pablo al
centurión y a los soldados: Si no quedaren éstos en el barco, vos-
32 otros no podéis ser salvados [23]. Entonces cortaron los soldados los
33 cabos del esquife y lo dejaron caer [24]. Y hasta que el día estaba a
punto de llegar, exhortaba Pablo a todos a tomar alimento dicien-
do: Hoy décimocuarto día aguardando continuáis ayunos, nada
34 habiendo tomado. Por tanto os exhorto a tomar alimento, pues
esto a vuestra salud conviene; de ninguno en efecto de vosotros
35 un cabello de la cabeza se perderá [25]. Y habiendo dicho esto y to-

23. Cuanto más cerca de la tierra estaban, mayor era el peligro de estrellarse contra ella. Los *marineros* lo sabían mejor que nadie; por esto se entendieron para salvarse por astucia y abandonar los pasajeros a su suerte. Bajaron el esquife a la mar bajo pretexto de *largar* también *las anclas de proa* (las de la popa ya estaban echadas, v. 29), y en la esperanza de ganar así la ribera. Pero la vigilancia y la energía de Pablo anularon ese designio. Va directamente *al centurión y a los soldados,* les participa el proyecto de los marineros, que él ha comprendido, y agrega esta muy clara declaración: *Si éstos no quedaren en la nave, vosotros no podéis salvaros.* Mas ¿no está esta declaración en contradicción con los v. 22-25? Sí, según la lógica humana; no, según el pensamiento de Dios. Determinando el fin, Dios determina también los medios; estos dos términos son inseparables; por su acuerdo Dios pone en armonía sus decretos eternos y la libertad del hombre; esos decretos, lejos de excluir la libertad, es decir la responsabilidad humana, la encierran, la solicitan, le dan toda su fuerza. Ninguno sobre el navío estaba más seguro de su liberación que Pablo, y ninguno se mostró más vigilante y activo. Lo mismo ocurre cuando se trata de la soberanía de la gracia divina y de la responsabilidad del hombre en la obra de la salvación.

24. El *esquife,* que los marineros se esforzaban por echar al mar (v. 30), estaba aun suspendido al flanco de la nave (v. 16) por *cabos,* que los soldados *cortaron para dejarlo caer a las olas.* Era, de parte del oficial que dió la orden, una imprudencia, puesto que el esquife era necesario para abordar, si esto era posible; pero, con la decisión de un soldado, entre dos males escoge el menor.

25. Después de haber apartado un peligro, el vigilante servidor de Dios quiere prevenir otro, el desfallecimiento que podía causar un *ayuno* que duraba ya *catórce días* y al cual los pasajeros se habían entregado en la *espera* ansiosa de la liberación. Eso no quiere decir que ninguno, en la nave, hubiera tomado absolutamente ningún alimento; pero no había habido ninguna comida regular. El trabajo de los unos, la angustia de los otros, el mareo, todo había hecho olvidar los alimentos. El apóstol, con

mado pan dió gracias a Dios en presencia de todos, y habiendo
36 roto empezó a comer. Y habiendo cobrado todos buen ánimo tam-
37 bién ellos tomaron alimento. Y éramos las almas todas en el barco
38 doscientas setenta y seis [26]. Y satisfechos de alimento alijaban el
39 barco echando el grano a la mar [27]. Y cuando hubo llegado el día,
no reconocían la tierra, mas un golfo percibían que tenía playa, a
40 la que resolvían si pudieran impulsar el barco.[28]. Y habiendo qui-
tado las anclas las abandonaron a la mar, soltando al mismo tiem-

fraternal solicitud, *exhorta* pues a su compañeros a *tomar alimento*. Insiste en ello dos veces, agregando que eso era *necesario para la salud de ellos;* y por último, para alentarlos, les asegura que esa salud es cierta: *no caerá ni un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros*. Estas palabras son probablemente una reminiscencia de las del Salvador (Mat. 10:29; Luc. 21:18); comp. sin embargo 1 Sam. 14:45; 2 Sam. 14:11; 1 Reyes 1:52.

26. Aquí también, imitando a su Maestro (Mat. 14:19; Mar. 8:6; Juan 6:11), el apóstol, como un padre de familia, *toma el pan, da gracias a Dios delante de todos*, y dando el ejemplo, *empieza a comer. Todos* entonces, *alentados* por esas palabras y ese ejemplo de firmeza en el peligro, *tomaron alimento*. Con ocasión de esta palabra *todos*, Lucas indica con admiración el gran número de esos pasajeros sobre los cuales ejercía Pablo tal influencia: *doscientas setenta y seis personas* (*B* dice: *como de* 276). En efecto, era la cuarta vez que tomaba la palabra en esa peligrosa navegación (v. 10,21,31,33); primeramente no fué escuchado, pero paulatinamente su palabra se hizo tan poderosa que se le obedecía como si hubiera sido el capitán del navío. Así fué él quien salvó a sus compañeros de viaje (v. 24). ¡Qué manifestación de la influencia que puede ejercer un gran carácter animado del Espíritu de Dios! ¡Y quién podría decir las impresiones religiosas producidas en las almas para su salvación eterna!

27. El sentido de la palabra que traducimos por *grano* es realmente el de todo producto de la siega, trigo, centeno, avena, etc. Pero se extiende también al grano ya preparado para el consumo y significa *harina, pan, alimentos*. Lo que se *echó al mar* en ese último momento fué sin duda el resto del cargamento (v. 18, nota), pues las naves de Egipto llevaban muchos cereales a Occidente. Se ha visto en ello, equivocadamente, las provisiones de boca que quedaban después que se hubieron *satisfecho*. Hubiera sido una locura echar los alimentos al mar, puesto que no se sabía cuándo se descendería a tierra ni si se hallaría en ella de comer. Por lo demás, esos alimentos no representaban un peso que pudiera hacer zozobrar el navío.

28. El *día*, tan impacientemente esperado, llegó por fin, ¿y qué se ofreció a la vista? Una *tierra desconocida*, pero que presentaba un *golfo*. Ese golfo era muy probablemente el que es llamado hoy Bahía de San Pablo, que se abre hacia el nordeste. Los navegantes *percibían* además, al fondo de ese golfo, no rocas o acantilados, sino *una playa*, donde se podía abordar. Fué éste un primer rayo de esperanza; por eso *deliberaban impeler* la nave a ese abrigo, *si podían*, pues la tempestad duraba aún. En lugar de *impeler* la nave, *B* tiene:



po las ataduras de los gobernalles, y habiendo izado la vela de me-
41 sana al viento singlaban hacia la playa [29]. Mas habiendo caído en
un lugar que tenía mar de ambos lados hicieron encallar el barco,
y la proa, sí, hincada permaneció inmóvil, mas la popa era despe-
42 dazada por la violencia [30]. Y consejo de los soldados hubo que ma-
taran los prisioneros, no fuera que alguien alejándose a nado esca-
43 para; mas el centurión queriendo salvar a Pablo les impidió el de-
signio, y mandó que los que podían nadar arrojándose por la bor-
44 da los primeros salieran a tierra; y los demás, unos sobre tablas,
otros sobre algunas cosas de las del barco. Y así aconteció que
todos llegaron en salvo a tierra [31].

*salvar*, poner en abrigo. Es necesario observar, aquí y en los versículos siguientes, con qué exactitud de detalles nos describe Lucas el naufragio.

29. Disponen todas las partes de la nave para *singlar hacia la playa* que habían percibido en el fondo del golfo. Primeramente, *abandonan al mar* todas *las anclas*, algunas de las cuales, las de la proa (v. 30), eran aun una carga para la nave; luego dejan libre los *gobernalles*, que se había atado, a fin de que no fueran rotos por la tempestad (los grandes navíos tenían, entre los antiguos, dos gobernalles); por último despliegan al viento la *vela de mesana* que se había arriado con todas las demás (gr. *el artimón*). Este término de *artimón* no se lee en otra parte. Es evidentemente el nombre de una vela; unos l colocan en la parte trasera de la nave según el sentido que esa palabra tiene aún en francés y en italiano, en que el *artimón* es el mástil más cercano a la popa. Según Breusing, se trataría, al contrario, de una vela fijada en la parte delantera de la nave y que era la más apropiada para impulsarla hacia el golfo.

30. Es necesario observar el verbo: *hicieron encallar* la nave. Fué probablemente el resultado de una repentina decisión que los marineros tomaron, cuando vieron ese banco de arena en parte cubierto por las olas; es esto lo que significa *un lugar que tenía mar de ambos lados*. Este término no puede entenderse de un canal dando acceso al golfo. Esperaban sin duda que el navío, fijándose por completo en la arena, podría esperar allí el fin de la tempestad. Por desgracia, la proa sola *se hincó y permaneció inmóvil*, mientras que la popa se rompía *por la violencia de las olas*. El naufragio era entonces inevitable.

31. El designio criminal de los *soldados* se explica por la responsabilidad que pesaba sobre su jefe y sobre ellos respecto de los prisioneros. *Pero el centurión*, que estimaba y amaba a Pablo, cuya influencia evidentemente sentía (v. 36, nota), estaba muy lejos de compartir el parecer de los soldados. *Quería salvar a Pablo*, resultara lo que resultare, y así los otros prisioneros fueron, segunda vez, salvados por amor de él (v. 24). El centurión *ordenó* pues a los que *sabían nadar que se echaran al agua los primeros*. Se ha preguntado por qué era necesario nadar, puesto que la nave tocaba tierra. Es que se trataba de un promontorio submarino, cubierto por las aguas, a gran distancia de tierra. He ahí por qué también *los demás* pasajeros no se salvaron sino *sobre tablas* o *cosas de la*

D. 1-15. PABLO EN MALTA. DE MALTA A ROMA. — 1º *Estada en Malta*: a) *La acogida de los habitantes*. Llegados a tierra firme, saben que están en la isla de Malta. Los indígenas los reciben con rara humanidad, reuniéndolos alrededor de un gran fuego (1,2). b) *Pablo considerado como un malhechor y como un dios*. Recogiendo el apóstol un haz de leña para echarlo al hogar, sale una víbora de aquél, le muerde y queda suspendida de su mano. A la vista de ello, los habitantes se convencen de que es un criminal, puesto que la justicia divina no le permite vivir después de haber escapado de las olas. Pero él sacude al animal al fuego, y como los espectadores no le ven hincharse y caer, llegan a pensar que es dios (3-6). c) *Pablo recibido en casa de Publio. Curaciones*. Cerca de allí estaba la heredad de Publio, quien concedió a Pablo y a sus compañeros hospitalidad por tres días. Pablo sana con la imposición de sus manos al padre de Publio, enfermo de disentería. Los demás enfermos de la isla van a él y son sanados. Grandes honores son tributados a Pablo y a sus compañeros, y a su partida son provistos de lo que necesitan (7-10). — 2º *Viaje de Malta a Roma*. Después de una permanencia de tres meses, toman pasaje en un navío alejandrino, con la enseña de los Dioscuros, que había invernado en la isla. Ganan Siracusa, donde pasan tres días. Costeando llegan a Reggio, y de allí, gracias al viento del Sur, alcanzan en dos días a Puteoli. Hallan allí hermanos y quedan una semana con ellos; luego se ponen en camino para Roma. Los hermanos de esta ciudad, sabiendo de la llegada de Pablo, van a su encuentro. Viéndoles, da gracias Pablo y toma aliento (11-15).

XXVIII Y habiendo sido salvados, entonces supimos que la isla era
2 llamada Malta [1]. Y los bárbaros nos mostraban no la ordinaria hu-
manidad; habiendo en efecto encendido un fuego a todos nosotros
3 recibieron consigo por la lluvia que venía y por el frío [2]. Mas ha-

*nave*; pero *todos fueron salvados*. Así se cumplió la misericordiosa promesa que Dios había hecho a su fiel servidor (v. 22), y todos los pasajeros fueron testigos de la verdad de las palabras pronunciadas por ese preso que varias veces los había alentado durante la tempestad.

1. Esta isla, célebre en la historia, está situada al Sur de Sicilia. Nuestros náufragos no la *reconocieron* sino después de *haber sido salvados* (el verbo griego compuesto con una partícula significa *enteramente salvados*). La comprobación de que estaban en Malta les causó gozo sin duda, pues estaban poco alejados de Italia, mientras que, durante la tempestad, habían temido ser arrojados muy lejos hacia las costas del Africa (27:17, 2ª nota). Al mismo tiempo, fué para ellos todos la confirmación de la predicción de Pablo (27:26). La continuación del relato de Lucas (v. 11,12) aparta la hipótesis según la cual Pablo habría abordado en una isla que lleva hoy el nombre de Meleda y se encuentra frente a las costas de Illiria. El texto recibido tiene (*mayúsc.* recientes): *supieron*. Lucas, presente en todas estas escenas, las cuenta en primera persona del plural.

2. Esos insulanos no eran *bárbaros* en el sentido que se atribuye hoy a esa palabra, puesto que demostraron



biendo juntado Pablo cierta cantidad de leña puéstola sobre el
4 fuego, una víbora saliendo por el calor se prendió de su mano. Y
como vieron los bárbaros colgando la bestia de su mano, unos a
otros decían: Sin duda homicida es el hombre éste, a quien salva-
5 do de la mar Justicia no ha permitido vivir [3]. El pues habiendo
6 sacudido la bestia al fuego ningún mal padeció; mas ellos aguarda-
ban que él había de hincharse o caer de repente muerto. Mas por
mucho tiempo aguardando ellos y viendo que nada extraño le
acontecía, cambiando de parecer decía que era un dios [4].
7 Y en los alrededores del lugar aquél había campos del princi-
pal de la isla, por nombre Publio, quien recibiéndonos por tres
8 días amistosamente nos hospedó [5]. Y aconteció que el padre de
Publio, de fiebres y de disentería atacado, estaba acostado, hacia
quien habiendo Pablo entrado y orado, poniendo sobre él las ma-
9 nos le sanó. Y habiendo acontecido esto, también los demás que ha-
bía en la isla que tenían enfermedades se allegaban y eran sana-
10 dos [6], quienes también con muchos honores nos honraron y al ha-
cernos a la mar nos proveyeron de lo necesario [7].

a los náufragos una *poco común humanidad* (gr. *filantropía*); mas entonces se llamaba así a todos los *extranjeros* que no hablaban griego ni latín. La isla de Malta estaba habitada por colonos de origen fenicio y cartaginés.

3. La *víbora*, reanimada por el *calor* del fuego, se lanzó a la mano de Pablo y quedó de ella *suspendida* por una mordedura que los isleños juzgaron inmediatamente mortal; infieren de ello que *Justicia* (que era a sus ojos una divinidad) *no ha permitido que ese hombre*, apenas escapado del naufragio, *viviera*. Los verbos están en pretérito, para mostrar que su muerte era cierta a sus ojos. Infieren de ello que ese desdichado debía ser un criminal, un *homicida*.

4. Vieron en este hecho una liberación milagrosa, y ciertamente eso es lo que Lucas ha querido referir. Desde entonces, pasando bruscamente de un extremo al otro, como lo hacen todos los pueblos niños, *decían que Pablo era un dios*, es decir una divinidad aparecida bajo forma humana. Hemos visto un ejemplo de un cambio de sentimiento semejante, en 14:11 y 19.

5. Ese *Publio, principal de la isla*, era un gran personaje indígena (13:50; 25:2; 17:4), más bien que magistrado romano. Es dudoso que un legado del gobernador de Sicilia, de que dependía Malta, estuviera establecido en la isla. *Publio* no era entre los romanos un nombre de familia, y no habría bastado para designar un funcionario. Publio había oído hablar de Pablo por el centurión que le tenía a su custodia o por el rumor público. De ahí su *amistosa hospitalidad* para con ese prisionero y sus amigos, comprendiendo al centurión. Es lo que sin duda Lucas entiende por *nos*, pues Publio no habrá recibido en su casa los doscientos setenta y seis náufragos que viajaban con Pablo.

6. La *oración* y la *imposición de las manos* eran los medios por los cuales Pablo obraba esas notables cu-

11 Y tres meses después nos hicimos a la mar en un barco que
había invernado en la isla, alejandrino, con los Dioscuros por en-
12 seña [8]. Y habiendo arribado a Siracusa quedamos tres días, de don-
13 de haciendo un circuito llegamos a Reggio. Y un día después ha-
biéndose levantado el austro al segundo día llegamos a Puteoli [9],
14 donde habiendo hallado hermanos nos rogaron que quedáramos
15 con ellos siete días; y así llegamos a Roma [10]. Y de allí los her

raciones. Las oraciones del apóstol y el nombre de Jesucristo pronunciado sobre los enfermos eran, para esos insulares paganos, una predicación hecha más poderosa aun por las curaciones realizadas. Y como Pablo no perdía ninguna ocasión de anunciar el evangelio, se puede suponer que su residencia de tres meses en la isla de Malta (v. 11) tuvo, para muchas almas, resultados mucho más importantes que la curación de los enfermos. Es lo indicado por el versículo siguiente.

7. Llenos de reconocimiento por los beneficios recibidos por medio de esos extranjeros, los de Malta, que habían tenido ocasión de conocerlos, los colmaron de honores, y como sabían que, en su naufragio, habían perdido todo, ejercieron a su respecto generosa caridad, proveyéndolos de lo que les era *necesario* para continuar su viaje. ¡Cómo se manifiesta la dirección de Dios a cada paso hacia sus siervos!

8. Por segunda vez (27:6), el centurión halla una *nave de Alejandría* fletada para Italia y embarca en ella sus prisioneros; esta circunstancia se explica por el hecho de que Egipto expedía entonces sus granos y demás productos a todo el Occidente y principalmente a Roma. El exacto historiador de los Actos hace aún dos observaciones sobre esa nave: primeramente que había *invernado* en Malta y así escapado a la tempestad; luego, que tenía *por enseña los Dioscuros*, Cástor y Póllux, dos hijos de Júpiter, a quienes la antigüedad honraba como patrones de los marinos. La enseña de la nave era una figura pintada o esculpida en la proa, como se ve aún hoy en muchos navíos.

9. La nave arribó primeramente a *Siracusa*, gran ciudad comercial situada sobre la costa oriental de Sicilia. Quedó allí *tres días*, teniendo sin duda mercaderías que dejar. De allí, *rodeando la costa* de Sicilia, llegaron a *Reggio*, pequeña ciudad situada al Sur de Italia, sobre el estrecho de Mesina. El verbo traducido por *rodear la costa* significa propiamente *hacer un circuito*. De Siracusa a Reggio, la navegación podía hacerse en línea recta, sin seguir la costa. Pero habría sido necesario para ello *el austro, el viento del sur*, que no se levantó hasta el día siguiente. Gracias a ese viento, *dos días* bastaron a nuestros viajeros para llegar a *Puteoli*, cerca de Nápoles. Puteolí servía de Puerto a Roma. La mayor parte de las naves de Egipto, de Siria y de España depositaban allí sus mercancías, porque la navegación a lo largo de las costas del Lacio presentaba dificultades.

10. En Puteoli, Pablo y sus amigos tuvieron gozo de *hallar hermanos*, quienes los invitaron a morar con ellos una semana entera. Fué ésa una grande consolación para ellos en ese triste viaje. Pero Pablo era prisionero; ¿cómo pudo obtener del centurión la autorización de quedar allí tanto tiempo? Muchos exégetas se explican este hecho por el afecto que el apóstol había inspirado a ese



manos, habiendo oído lo relativo a nosotros vinieron a nuestro en-
cuentro hasta Mercado de Appio y Tres Tabernas [11], a quienes
viendo Pablo dando gracias a Dios cobró buen ánimo [12].

E. 16-31. PABLO EN ROMA. — 1º *Pablo convoca a los judíos de Roma y les explica los motivos de su llegada*: a) *Posición del apóstol en Roma.* Es entregado por el centurión al prefecto del pretorio y recibe permiso de morar en casa particular con un soldado para guardarlo (16). b) *Sus explicaciones a los judíos.* Al cabo de tres días invita a los principales de ellos a ir a verle y les dice que, sin haber cometido nada contra las instituciones de su pueblo, ha sido entregado por los judíos de Jerusalén en manos de los romanos; que ha apelado al emperador pero no quiere quejarse de sus compatriotas; que está preso por la esperanza de Israel (17-20). c) *Respuesta de los judíos.* Dicen no haber recibido de Judea ningún informe relativo a Pablo. Serán dichosos de oírle sobre una secta en todas partes contradicha (21,22). — 2º *Pablo predica el evangelio a los judíos.* Habiendo sido fijado un día, numerosos judíos van a casa de Pablo. Desde la mañana hasta la tarde les anuncia el reino de Dios, demostrándoles por la ley y los profetas que Jesús es el Salvador. Unos se dejan persuadir, otros permanecen incrédulos. Como se separan en desacuerdo, Pablo les aplica una sentencia de Isaías, y les declara que la salud de Dios es enviada a los paganos (23-28). — 3º *Pablo, cautivo dos años en Roma.* Queda dos años enteros en una casa que ha alquilado, recibe a los que a él van y predica con libertad el reino de Dios y lo concerniente al Señor Jesús (30-31).

oficial, sobre el cual había adquirido grande influencia, como lo prueban diversos incidentes del viaje. Esta opinión es muy probable. Se puede suponer también, sin embargo, que el centurión, debiendo conducir a pie sus prisioneros de Pŭteoli a Roma, tenía algunos preparativos que hacer para el viaje. *Y así*, agrega Lucas, después de esa dulce visita a los hermanos de Puteoli, *llegamos a Roma*.

11. Los *hermanos* de Roma pudieron saber la llegada del apóstol durante los siete días que él había pasado en Puteoli; e inmediatamente cierto número de los miembros de la iglesia se pusieron en camino para ir a su encuentro. Unos, partidos los primeros, fueron hasta *Forum*, o *Mercado de Appio*, aldea alejada de Roma 43 millas (63 kms. 55); los otros hasta *Tres Tabernas*, que se hallaban en el camino, a 34 millas (50 kms. 25) de la capital. ¡Se comprende el celo y el amor con que los Cristianos de Roma emprendieron ese corto viaje, a fin de ver más pronto al gran apóstol, al que muchos conocían ya (Rom. 16), y cuya inmortal carta dirigida por él a su iglesia habían ellos leído y releído!

12. "¡Cuán natural era que Pablo, para quien Roma había sido el término largo tiempo deseado de su actividad (19:21; 23:11; Rom. 1:10), a la vista de esos hermanos que le llevaban la expresión del amor de su iglesia, hiciera subir a Dios sus ardientes *acciones de gracias*, y en ese momento tan serio se sintiera animado de un nuevo *aliento* para el porvenir de su vida y de su vocación!" *Meyer*.

16 Y cuando hubimos entrado en Roma, el centurión entregó los
prisioneros al prefecto del pretorio [13], mas a Pablo fué permitido
morar por sí con el soldado que lo guardaba [14].
17 Y aconteció tres días después que él convocó a los que eran
principales de los judíos; y reunidos ellos les decía [15]: Yo, varones

13. El *prefecto del pretorio* (gr. *jefe del campamento*) era el capitán general de la guardia pretoriana o imperial; a él se confiaba el cuidado de poner en seguridad a los prisioneros. Había en general dos oficiales de este grado; si Lucas no habla más que de uno, es porque, en la época a que nos lleva nuestro relato, y hasta la primavera del año 62, no hubo temporariamente más que uno, que era entonces el noble Burro. El historiador Mommsen ha emitido la idea de que se debía traducir este título, con el manuscrito latino Gigas, por *jefe del campamento de los extranjeros*. Era éste un cuerpo compuesto de centuriones destacados de las legiones de las provincias, a quienes incumbían funciones de policía, especialmente las investigaciones sobre los acusados. Su cuartel se hallaba en el monte Caelio. Pero su existencia no es establecida de modo cierto sino a partir del siglo II. Las palabras: *el centurión entregó los prisioneros al jefe del campamento* faltan en *Sin.*, *B*, *A*, algunas *minúsc.*, diversas versiones antiguas; son suprimidas por la mayor parte de los críticos; pero se leen en las *mayúsc.* recientes y todos los testigos del texto occidental. Por otra parte, es difícil admitir que un dato tan preciso y que lleva todos los caracteres de la verdad haya sido agregado al texto en época más reciente. Por esto, con de Wette, Meyer, y otros, creemos que este detalle del relato es auténtico.

14. Este favor tan precioso al apóstol para el ejercicio de su ministerio, lo debió sin duda, ora a la relación de Festo, que le declaraba inocente (25:25; 26:31), ora a la recomendación del centurión, que pudo dar un testimonio tan hermoso de la conducta de ese prisionero y aun declarar que a él habían debido todos los pasajeros su salvación en la tempestad (27:30-36). Sin embargo Pablo era *guardado por un soldado* y encadenado a él (v. 20; 22:30, nota). Verdadero sufrimiento para un hombre de su carácter y de su actividad.

15. Si Pablo hubiera estado libre, se habría trasladado hacia esos *principales de los judíos* (presidentes de sinagoga, etc.), y les habría anunciado el evangelio en sus asambleas. Prisionero, debe rogarles que vayan hacia él para entrar en relaciones con ellos, según su gran principio de dirigirse primeramente a su pueblo (13:5,14, notas; Rom. 1:16). En cuanto a este primer discurso del apóstol, es natural que tenga un carácter apologético. Llegando a Roma prisionero, este solo hecho podía hacerle muy sospechoso a los ojos de sus conciudadanos judíos; además, éstos podían haber recibido de Jerusalén falsos relatos respecto a él (v. 21). Le importaba pues ganar su confianza, a fin de poder hacerles bien. A eso tienden las palabras que siguen. Esta primera entrevista con los judíos tuvo lugar *tres días después* de la llegada de Pablo a Roma; durante ese tiempo, entró sin duda en diversas relaciones con la iglesia cristiana, a muchos de cuyos miembros ya había visto (v. 15). A primera vista, se encuentra extraño que Lucas



hermanos, nada habiendo hecho contrario al pueblo o a las cos-
tumbres de los padres, prisionero desde Jerusalén he sido entrega-
18 do en manos de los romanos, los cuales habiéndome examinado
querían soltarme por no haber en mí ningún crimen de muerte;
19 mas contradiciendo los judíos fuí obligado a apelar a César; no co-
20 mo a mi nación teniendo algo que acusar [16]. Por esta razón pues
he rogado veros y hablaros; pues por causa de la esperanza de
21 Israel estoy rodeado de esta cadena [17]. Y ellos a él dijeron: Nos-
otros ni cartas sobre ti hemos recibido de Judea, ni habiendo lle-
gado alguno de los hermanos ha contado o hablado algo malo so-
22 bre ti [18]. Mas juzgamos justo de ti oír lo que piensas; pues sobre la
secta ésta conocido nos es que por todas partes es contradicha [19].

pase en silencio las relaciones del apóstol con la iglesia que desde hacía tanto tiempo deseaba ver. ¡Mas todo este final del libro de los Actos es tan abreviado!

16. Así Pablo afirma su inocencia, primeramente respecto de *su pueblo* y de las *costumbres de los padres*. Entregado injustamente *en manos de los romanos* y conducido por ellos a Cesárea, éstos reconocieron que no había *nada en él que mereciera la muerte*, y así le habrían *soltado*, sin *la oposición de los judíos*, que le *forzó a apelar a César*. Pero esta apelación a César, agrega Pablo con gran delicadeza, tenía exclusivamente por objeto su propia defensa, y llegando a Roma, no tenía *ningún designio de acusar a su nación* ante la autoridad romana, a pesar de las injusticias de que había sido objeto. Estos hechos, que debían ganar la confianza de los judíos de Roma, confirman, con algunas ligeras divergencias, y completan el relato precedente de Lucas sobre el proceso del apóstol (25:11,12,25; 26:31,32).

17. El apóstol concluye *pues* que el objeto de esta entrevista que él ha provocado era entrar en relación con sus oyentes (*veros y hablaros*). Y de su parte, ellos podían responder a su deseo con tanta mayor confianza cuanto que, si le veían *atado* (gr. *rodeado*) *con esa cadena*, era únicamente *a causa de la esperanza de Israel*, esa grande esperanza que era común a toda la nación. (Comp. 26: 6,7, nota.)

18. Se ha encontrado extraño que los judíos de Roma no hubieran sabido nada del proceso de Pablo ni por *cartas de Judea* ni por la llegada de algún *hermano*. Pero, antes de la apelación a César, a que el apóstol recurrió en último extremo (25:10), los judíos de Palestina, que esperaban retener su causa o deshacerse de él matándole (25:3), no imaginaban de modo alguno que iría a Roma, y no tenían ningún interés en instruir de este asunto a los judíos de esa ciudad. Y después de la apelación del apóstol transcurrió poco tiempo hasta su partida (25:13; comp. 27:1); relatos de Judea no habrían casi podido preceder a Pablo en Roma, pues las comunicaciones eran lentas y difíciles; el relato de la navegación de Pablo en el capítulo precedente, la presencia en Malta de esa nave alejandrina, que había pasado todo el invierno en la isla, bien lo prueban (28:11).

19. El pensamiento de esos judíos es pues éste: Nada hemos sabido de desfavorable a tu respecto; y aunque

23 Y habiéndole señalado día vinieron a él muchos al alojamiento; a
quienes exponía, testificando el reino de Dios y persuadiéndoles
sobre Jesús tanto por la ley de Moisés como por los profetas, desde
24 la mañana hasta la tarde [20]. Y unos eran persuadidos por lo que
25 dicho era, mas otros no creían; y siendo discordes unos con otros
partían, habiendo dicho Pablo una sola palabra [21]: Bien habló el
Espíritu Santo por medio de Isaías el profeta a vuestros padres
26 diciendo [22]: Vé hacia el pueblo ése y dí: De oído oiréis y de cierto

te veamos en prisión, *estimamos justo oír de ti mismo* lo que tengas que decirnos de tu enseñanza; *pues* agregan, *en cuanto a esta secta* (véase sobre esta palabra 24:14, nota), a la que sabemos que perteneces, sabemos que *se la contradice por doquier.* Tanta mayor razón para que te expliques con nosotros. Quieren aparecer neutrales en la causa de Pablo y del cristianismo. Muchos exégetas han sacado de esta respuesta la conclusión extraña de que esos judíos no tenían conocimiento alguno de la iglesia cristiana de Roma. La escuela de Tubinga y muchos intérpretes actuales niegan por esta causa la verdad de todo el relato. Es inadmisible que esos judíos ignorasen que había una iglesia en Roma. La epístola a los Romanos muestra que había en esa iglesia una fuerte proporción de judíos (cap. 14). Si la callan, y si hablan del cristianismo como de una secta que encuentra universal contradicción, es porque, por prudencia, evitan pronunciarse. ¿No era ésa entre Pablo y ellos una cuestión ardiente, que pronto debía dividirlos? (v. 28). De Wette dice a este respecto: "Como Lucas acababa de hablar de la iglesia de Roma (v. 15), probablemente ni siquiera a su mente el que se pudiera inferir de la respuesta de los judíos que ignoraban una cosa en Roma tan conocida."

20. En el día fijado, fueron *en mayor número* que la vez primera *a su domicilio* (v. 16). La palabra griega puede significar que Pablo alojaba en casa de un amigo que le daba *hospitalidad*, mientras que en el v. 30 se trata de un departamento *alquilado.* Sea lo que fuere, el apóstol aprovecha, con su celo habitual, de esta ocasión para *exponer el reino de Dios*, con la claridad y la fuerza de un *testimonio*, muy apropiado para *persuadir.* No sin designio amontona Lucas todos estos términos. Y naturalmente, el gran objeto de esta predicación era *lo que atañe a Jesús*, el Salvador. Por último, como sus oyentes son judíos que creen las escrituras del antiguo testamento, Pablo toma sus demostraciones de la *ley de Moisés* y de los *profetas*, como lo hacía siempre en caso semejante (24: 14; 26:22). El trabajo del infatigable apóstol tenía lugar *desde la mañana hasta la tarde*, pues sus oyentes se sucedían sin duda; muchos también no se cansaban más de escuchar que él de hablar.

21. Como siempre y dondequiera, esta predicación potente *persuadía a unos*, mientras que *otros no creían.* (Los verbos en imperfecto indican una lucha prolongada entre la fe y la incredulidad). Por último, *en desacuerdo unos con otros, se retiraban* (imperfecto) lentamente, escuchando a *Pablo* que *les decía* aún *una sola palabra* palabra final y de inmensa importancia, dirigida a los que no habían creído.

22. *Con razón*, o mejor (gr.) *bien, muy bien* (como en Mat. 15:7), *dijo*



27 no entenderéis, y viendo veréis y de cierto no percibiréis; pues se
ha engrosado el corazón de este pueblo, y con los oídos han oído
pesadamente, y han cerrado sus ojos; no sea que perciban con los
ojos y con los oídos oigan y entiendan con el corazón y se convier-
28 tan, y yo los sane [23]. Séaos pues conocido que a los gentiles ha sido
enviada esta salvación de Dios; aun ellos oirán [24].
30 Mas [25] dos años enteros moró en propia casa de alquiler, y re-
31 cibía a todos los que entraban hacia él, predicando el reino de
Dios y enseñando lo relativo al Señor Jesús con toda osadía, sin
impedimento [26].

*el Espíritu Santo.* Así, a los ojos de Pablo, es el Espíritu Santo quien, *por Isaías el profeta*, ha pronunciado la importante palabra, cuya cita va a terminar sus discursos a esos judíos de Roma. ¿Quién sabe si este último testimonio divino no conmovió la conciencia de ellos?

23. Esta cita es tomada de Isaías 6:9, 10, según los Setenta. (Véase para su explicación Mat. 13:14, 15, nota, y comp. Juan 12:40 nota.)

24. *Esta salvación de Dios* (*Sin.*, *B*, *A*), que vosotros rechazáis, cumpliendo la palabra de Isaías, *ha sido enviada a los paganos;* Pablo se la predicaba desde su conversión. *Y* (¡bendito contraste con los judíos!) *ellos la escucharán* y la recibirán en su corazón. Estas palabras de Pablo repiten a los judíos rebeldes de Roma la temible verdad que Jesús había declarado a los judíos de Jerusalén relativa al porvenir de su reinado (Mat. 21:43). Y no es ésta la primera vez que nuestro apóstol, instruído por la experiencia, las repetía a sus oyentes israelitas que rechazaban el evangelio (13:46; 18:6).

25. Un versículo 29: *Y habiendo dicho esto se fueron los judíos teniendo grandes cuestiones entre sí*, falta entero en *Sin.*, *B*, *A*, y muchas versiones. Blass lo admite en su texto occidental.

26. *Dos años enteros*, después de los dos de su prisión en Cesárea (24: 27), o sean cuatro años de cautividad; ¡dura prueba para un hombre del temple de Pablo! Pero estos últimos versículos del libro de los Actos nos muestran con qué fuerza y con qué serenidad soportaba esta cautividad; no podía ella disminuir en nada su infatigable actividad. *Recibía a todos los que iban a verle* (gr. *los que entraban hacia él*), judíos, cristianos o paganos. Se comprende con qué gozo los creyentes debían valerse de la presencia del gran apóstol, para ir a escuchar sus instrucciones. Por esto Lucas, después de esta importante observación, ha juzgado superfluo hablarnos en detalle de las relaciones del apóstol con la iglesia de Roma. *Predicaba el reino de Dios* (véase este término en Mat. 3:2, 2ª nota) y para ello *enseñaba* las verdades que tienen por objeto el *Señor Jesucristo* (*Sin.* omite *Cristo*), todo lo que él es, todo lo que ha hecho y continúa haciendo desde el alto cielo para la salvación de la humanidad caída. Llenaba este apostolado *con* santa *libertad* (gr. *osadía, resolución*); por una dirección providencial de Dios, no le sobrevenía de afuera *ningún impedimento.* Véase sobre este final del libro de los Actos, la Introducción.